# CUADERNOS DIECIOCHISTAS

*REVISTA CONSAGRADA AL ESTUDIO DE LA HISTORIA, EL PENSAMIENTO, LA LITERATURA, EL ARTE Y LA CIENCIA DEL*

## SIGLO XVIII

Año 2024 Vol. 25

ISSN: 1576-7914 - eISSN: 2341-1902
DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202425

*AUSPICIADA POR LA*
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

*EDITADA POR*
EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

# CUADERNOS DIECIOCHISTAS

ISSN: 1576-7914 - eISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202425 - CDU: 940
- IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD) - BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD)
- BISAC: LITERARY CRITICISM / General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 25, 2024

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
http://revistas.usal.es/index.php/1576-7914/index

DIRECTOR: *Miguel Ángel Lama* (Universidad de Extremadura)

SECRETARÍA: *Antonio Calvo Maturana* (Universidad de Málaga)
*M.ª Dolores Gimeno Puyol* (Universitat Rovira i Virgili)

CONSEJO DE REDACCIÓN:

*Joaquín Álvarez Barrientos* (Centro de Ciencias Humanas y Sociales. CSIC); *Pedro Álvarez de Miranda* (Universidad Autónoma de Madrid y Real Academia Española); *Mónica Bolufer Peruga* (Universitat de València); *Cinta Canterla* (Universidad Pablo de Olavide de Sevilla); *Marieta Cantos Casenave* (Universidad de Cádiz); *Joaquín Ocampo Suárez-Valdés* (Universidad de Oviedo); *María José Rodríguez Sánchez de León* (Universidad de Salamanca); *Alberto Romero Ferrer* (Universidad de Cádiz).

CONSEJO CIENTÍFICO:

*Philip Deacon* (University of Sheffield); *Klaus-Dieter Ertler* (Karl-Franzens-Universität Graz); *David T. Gies* (University of Virginia); *María Jesús García Garrosa* (Universidad de Valladolid); *Carmen Iglesias Cano* (Real Academia de la Historia); *Catherine M. Jaffe* (Texas State University); *Begoña Lolo Herranz* (Universidad Autónoma de Madrid); *M.ª Victoria López-Cordón Cortezo* (Universidad Complutense de Madrid); *Concepción Lopezosa Aparicio* (Universidad Complutense de Madrid); *Teresa Nava Rodríguez* (Universidad Complutense de Madrid); *Ofelia Rey Castelao* (Universidade de Santiago de Compostela); *Gabriel Sánchez Espinosa* (Queen's University Belfast); *Mercedes Simal López* (Universidad de Jaén); *Rafael Torres Sánchez* (Universidad de Navarra); *Inmaculada Urzainqui Miqueleiz* (Universidad de Oviedo).

SECRETARÍA DE REDACCIÓN:

*Cuadernos Dieciochistas*. Departamento de Filología Hispánica y Lingüística General. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Extremadura. Campus Universitario, s/n. 10003 Cáceres. Correo-e malama@unex.es

*Cuadernos Dieciochistas* se indiza en Scopus, Fuente Academica Plus, MLA - Modern Language Association Database, DOAJ y DIALNET. Además, es evaluada en CARHUS Plus+ 2018 (grupo D), CIRC. Clasificación integrada de revistas científicas (con valor superior a D), Directory of Open Access Journals, ERIHPlus, Latindex (Catálogo) y Miar (Icds = 9,8). Tiene el Sello de Calidad FECYT (cuartil 2). En cuanto al auto-archivo, figura en Dulcinea (color Azul) y SHERPA/ROMEO.

MAQUETACIÓN: INTERGRAF - D. LEGAL: S. 972-2000

Ni la totalidad ni parte de esta revista puede reproducirse con fines comerciales sin permiso escrito de Ediciones Universidad de Salamanca. A tenor de lo dispuesto en la calificación *Creative Commons* CC BY-NC-SA, se puede compartir (copiar, distribuir) el contenido de esta revista siempre y cuando se reconozca y cite correctamente la autoría (BY), siempre con fines no comerciales (NC) y compartiendo la obra resultante bajo el mismo tipo de licencia (SA).

CC BY-NC-SA

# CUADERNOS DIECIOCHISTAS

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202425 - CDU: 940 - IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD) - BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD) - BISAC: LITERARY CRITICISM / General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 25, 2024

## ÍNDICE

¿El león olvidado? Los países bajos españoles en tiempos de transición (1678-1725)

(Coords. Roberto Quirós Rosado, Thomas Glesener y Cristina Bravo Lozano)

Quirós Rosado, Roberto; Glesener, Thomas and Bravo Lozano, Cristina, *Presentación* ..... 7-13

Sánchez García de la Cruz, Juan, *El sitio de Luxemburgo ¿causa de la caída de un Primer Ministro (1682-1684)?* ..... 15-39

Glesener, Thomas, *La polarización dinástica en los Países Bajos: la nobleza flamenca borbonista entre España y Francia (hacia 1670-1706)* ..... 41-63

Schietere de Lophem, Marc de, *Asegurar la lealtad a través de las relaciones epistolares: la correspondencia de la nobleza flamenca al IX duque del Infantado (1686-1693)* ..... 65-87

Angulo Morales, Alberto, *Los vestigios del ocaso de las relaciones entre el País Vasco y Flandes (1638-1714). Cartas desde Namur* ..... 89-119

Vermeir, René, *«Y en fin los flamencos son españoles, y no alemanes». La representación diplomática española en los Países Bajos austríacos, 1716-1725* ..... 121-143

Bravo Lozano, Cristina, *Gobernar la fe. La capilla diplomática de La Haya y la gestión política del catolicismo entre las Provincias Unidas y los Países Bajos españoles (1649-1716)* ..... 145-181

Bravo Martín, Alberto y Quirós Rosado, Roberto, *La agencia de la hija del gran Prior. La* princesa *María Catalina Isabel de Austria, entre Borgoña, Milán, Castilla y Flandes (1658-1714)* ..... 183-216

Varia

Ajenjo López, Pablo, *El Colegio de San Antonio: la obra pía de Antonio de Vergas y Carvajal en la Salamanca del siglo XVIII* ..... 219-244

Berná Ortigosa, Antonio Manuel, *Política, crisis y enfermedad. El Mediterráneo en el* Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España *(1756-1799)* ..... 245-275

Blanco Aparicio, Jaime, *El arte francés del siglo XVIII y la problemática del realismo: ruptura estética o continuidad retórica. La pintura de Jean Baptiste Greuze y las ideas poéticas de su época* ..... 277-308

Flórez Asensio, María Asunción, *Rebelión de la compañía de Prado en 1712* ..... 309-326

González Delgado, Juan A., *Las proclamaciones de Fernando VI y Carlos III en Buenos Aires* ..... 327-352

Gutiérrez-Pérez, Nicolás y Santos-Aranaz, Eugenio, *La casa-esquileo del siglo XVIII y su función de representación y hospedaje asociado a la corte borbónica* ..... 353-387

López Ortega, Jesús, *José Beratón (1746-1796): noticias biográficas de un pintor de cámara* ..... 389-420

Martí-Fraga, Eduard, *El conflicto por la presidencia del brazo militar de Cataluña y sus implicaciones (1693-1706)* ..... 421-449

Martínez Molina, Javier, *El proyecto ilustrado de regularización y actualización estética de los interiores de la Seo de Zaragoza (c. 1772-1773), una ambiciosa propuesta no ejecutada del destacado arquitecto clasicista Agustín Sanz* ..... 451-481

Nieto Márquez, Miguel Ángel, *La Casa de los Cinco Señores de México, un edificio olvidado de época virreinal* ..... 483-508

Padilla Aguilera, Tania, *Censura de las* Obras poéticas *de Eugenio Gerardo Lobo en 1796: una reimpresión frustrada* ..... 509-557

Pascual Ramos, Eduardo, *Pompa y circunstancia. La real proclamación de Carlos IV en la capital del reino de Mallorca* ..... 559-583

Rodríguez García, Miguel, *La polémica de los gatos de 1779, ¿una apología animalista?* ..... 585-615

Santos Conde, Héctor Eulogio, *La orquesta en las catedrales españolas entre c. 1770 y c. 1820: Uso del término y configuración de las plantillas* ..... 617-648

Reseñas ..... 651-704

# CUADERNOS DIECIOCHISTAS

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202425 - CDU: 940 - IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD) - BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD) - BISAC: LITERARY CRITICISM / General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 25, 2024

## TABLE OF CONTENTS

¿El león olvidado? Los países bajos españoles en tiempos de transición (1678-1725)

(Coords. Roberto Quirós Rosado, Thomas Glesener and Cristina Bravo Lozano)

Quirós Rosado, Roberto; Glesener, Thomas and Bravo Lozano, Cristina, *Introduction* ..... 7-13

Sánchez García de la Cruz, Juan, *The Siege of Luxembourg. Cause of the Fall of a Prime Minister (1682-1684)?* ..... 15-39

Glesener, Thomas, *Dynastic Polarisation in the Spanish Low Countries: The Flemish Bourbonist Nobility between Spain and France (ca. 1670-1706)* ..... 41-63

Schietere de Lophem, Marc de, *Ensuring Loyalty Through Epistolary Relations: The Correspondence of the Flemish Nobility to the 9th Duke of Infantado (1686-1693)* ..... 65-87

Angulo Morales, Alberto, *The Vestiges of the Decline of Relations between the Basque Country and Flanders (1638-1714). Letters from Namur* ..... 89-119

Vermeir, René, *«After all, the Flemish are Spanish, not German». The Spanish Diplomatic Representation in the Austrian Low Countries, 1716-1725* ..... 121-143

Bravo Lozano, Cristina, *Governing the Faith. The Diplomatic Chapel of The Hague and the Political Management of Catholicism between the United Provinces and the Spanish Low Countries (1649-1716)* ..... 145-181

Bravo Martín, Alberto and Quirós Rosado, Roberto, *The Agency of the Grand Prior's Daughter. The* Princess *Mary Catherine Elizabeth of Austria, between Burgundy, Milan, Castile and Flanders (1658-1714)* ..... 183-216

Varia

Ajenjo López, Pablo, *The San Antonio College: The Pious Work of Antonio de Vergas y Carvajal in the 18th Century Salamanca* ..... 219-244

Berná Ortigosa, Antonio Manuel, *Politics, Crisis and Illness. The Mediterranean in the* Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España *(1756-1799)* ..... 245-275

Blanco Aparicio, Jaime, *The French Art of the Eighteenth Century and the Problematic of Realism: Aesthetic Break or Rhetorical Continuity. The Painting of Jean Baptiste Greuze and the Poetic Ideas of his Time* ..... 277-308

Flórez Asensio, María Asunción, *Rebellion of Prado's Company in 1712* ..... 309-326

González Delgado, Juan A., *The Proclamations of Fernando VI and Carlos III in Buenos Aires* ..... 327-352

Gutiérrez-Pérez, Nicolás and Santos-Aranaz, Eugenio, *The 18th Century Casa-Esquileo and its Function of Representation and Accommodation Associated with the Bourbonic Court* ..... 353-387

López Ortega, Jesús, *José Beratón (1746-1796): Biographical News of a Chamber Painter* ..... 389-420

Martí-Fraga, Eduard, *The Conflict for the Presidency of the Military Arm of Catalonia and its Implications (1693-1706)* ..... 421-449

Martínez Molina, Javier, *The Enlightened Project for the Regularization and Aesthetic Updating of the Interiors of the Saragossa Cathedral (c. 1772-1773), an Ambitious Unexecuted Proposal by the Prominent Classicist Architect Agustín Sanz* ..... 451-481

Nieto Márquez, Miguel Ángel, *The House of the Five Lords of México, a Forgotten Building of the Colonial Era* ..... 483-508

Padilla Aguilera, Tania, *Censorship of the* Obras Poéticas *of Eugenio Gerardo Lobo in 1796: A Frustrated Reprint* ..... 509-557

Pascual Ramos, Eduardo, *The Royal Proclamation of Charles IV in the Capital of the Kingdom of Mallorca* ..... 559-583

Rodríguez García, Miguel, *The Cats' Controversy of 1779, an Animalist Apology?* ..... 585-615

Santos Conde, Héctor Eulogio, *The Orchestra in the Spanish Cathedrals between* c. *1770 and* c. *1820: Use of the Term and Configuration of the Ensembles* ..... 617-648

Reviews ..... 651-704

# ¿EL LEÓN OLVIDADO? LOS PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES EN TIEMPOS DE TRANSICIÓN (1678-1725)

(Coords. Roberto Quirós Rosado, Thomas Glesener y Cristina Bravo Lozano)

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425713

# PRESENTACIÓN*

## *Introduction*

Roberto QUIRÓS ROSADO
Thomas GLESENER
Cristina BRAVO LOZANO

El último cuarto de siglo ha asistido a un sobresaliente impulso de los estudios sobre el reinado de Carlos II y la guerra de Sucesión española. La celebración del tricentenario del conflicto dinástico y del subsecuente ciclo de tratados de paz firmados en Utrecht, Rastatt y Baden entre 1713 y 1715 ha gestado una profunda renovación en el conocimiento sobre las dimensiones sociales, económicas, políticas y militares de esta gran crisis que transformó el mapa de Europa durante el primer cuarto del Setecientos (Álvarez-Ossorio, García García y León Sanz, 2007; González Mezquita, 2007; Andújar Castillo, 2008; Dubet, 2008; Albareda, 2010; Albareda y Alcoberro, 2015; García García y Antonio Álvarez-Ossorio, 2015; Muñoz Rodríguez, 2015; Quirós Rosado, 2017). Sin embargo, uno de los espacios *olvidados* para los avances de la historiografía fueron los Países Bajos españoles y austriacos, el *Leo Belgicus* todavía leal a la Monarquía de España. Mientras se ha ido desarrollando este avance en el conocimiento crítico de la transición al Setecientos, la historiografía de los Países Bajos ha permanecido anclada en lecturas heredadas del siglo XIX y principios del XX a través de las notables obras

* Este dosier se ha desarrollado en el marco del proyecto *FAILURE: Reversing the Genealogies of Unsuccess, 16th-19th Centuries* [H2020-MSCA-RISE, Grant agreement: 823998], dentro de las líneas de trabajo establecidas en su WP4. Asimismo, se incluye dentro del proyecto *Una monarquía policéntrica de repúblicas urbanas ante la rivalidad europea en el Atlántico ibérico (1640-1713)* [PID2022-14501NB-I00], financiado por el MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER, UE; y del proyecto *De los reinos al Palacio Real: los agentes y el despacho regio en la monarquía de España, 1659-1725* [PID2023-148329NB-I00], financiado por el MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER/UE y concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación (Gobierno de España). Por último, es necesario apuntar cómo el origen de este monográfico radica en los debates surgidos en el Seminario Internacional *La crisis del sistema imperial hispano en los Países Bajos (1665-1716)* celebrado en Aix-en-Provence, en 29 y 30 de marzo de 2019, financiado por una ayuda HISPANEX 2018 (Ministerio de Cultura y Deporte, Gobierno de España).

de Louis Prosper Gachard (1867 y 1880), Henri Lonchay (1896), Frans Van Kalken (1907) y Henri Pirenne (1902-1932) como referencia. Sin embargo, estas monografías estaban impregnadas de una interpretación nacional del conflicto sucesorio, resaltando la continuidad de las estructuras e identidades políticas de la *nación belga* a pesar de los cambios de régimen. Esto permitió al propio Pirenne afirmar que «España, que reinó sobre Bélgica durante tanto tiempo, no dejó allí nada de sí misma. Las dos naciones convivieron sin penetrarse ni comprenderse […]. El régimen español llegó a su fin con el último aliento del Moribundo de Madrid», es decir, Carlos II de Austria (Pirenne, 1926: 48).

Desde esta perspectiva positivista, se consideró la llegada de Felipe V, bajo la apariencia de continuidad con el gobierno español, como el inicio en los Países Bajos de un régimen absolutista francés profundamente contrario al espíritu del territorio, caracterizado por su apego a sus antiguos privilegios. El entusiasmo inicial tras la proclamación del monarca se disipó rápidamente y la conquista de Bruselas por las tropas angloholandesas tras la derrota de los Borbones en Ramillies (1706) sería considerada como una liberación. Tras la toma de posesión de los Países Bajos por los ministros imperiales en 1716 (Zedinger, 2000) volverían a generarse nuevos recelos que mutaron en abiertos disturbios políticos en Brabante entre 1717 y 1719. A pesar de la represión por parte del césar Carlos VI, tales revueltas demostraron una vez más la feroz determinación de las provincias flamencas por preservar su autonomía frente a las tendencias centralizadoras de las potencias monárquicas.

Esta interpretación heredada de las lecturas de los siglos XIX y XX debe revisarse en profundidad, ya que la idea de una anexión francesa de los Países Bajos durante el reinado de Felipe V, al igual que la de un retorno al gobierno tradicional bajo Carlos VI, ha sido recientemente puesta en entredicho (Van Gelder, 2016; Glesener, 2018). La tarea de renovación de los paradigmas interpretativos es vasta y es preciso iniciarla trascendiendo la bisagra del cambio de siglo, frecuentemente considerada como una línea divisoria entre dos periodos completamente divergentes. De hecho, la historiografía belga sobre la guerra de Sucesión en los Países Bajos ha estado desconectada de la del reinado de Carlos II y de las transformaciones en el sistema de gobierno (Van Gelder y Vermeir, 2008). Todo ello se ha debido a una antigua incomprensión de las dinámicas políticas del reinado del último Austria madrileño, generalmente asociado a un periodo de decadencia y al abandono fáctico de los Países Bajos por parte de España, en gran medida ante la ausencia de estudios sistemáticos sobre el largo reinado carolino y la disminución de la atención prestada frente a periodos precedentes durante los tiempos de los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia o Felipe IV (Crespo Solana y Herrero Sánchez, 2002; Janssens, 2009; Vermeir, Ebben y Fagel, 2011). Durante mucho tiempo, obras de marcado cariz económico o prosopográfico como las John G. Everaert (1973), Reginald De Schryver (1965 y 1996) o Anne Vandenbulcke (1996) fueron piezas aisladas en la historiografía belga. No obstante, en los últimos veinte años, y en colaboración con las redes académicas españolas e italianas, una serie

de estudios ha renovado profundamente nuestro conocimiento sobre las transformaciones políticas, económicas y sociales de la Monarquía de Carlos II, lo que ha tenido ciertas declinaciones específicas para los Países Bajos o los lazos con las Provincias Unidas (Herrero Sánchez, 2000; Storrs, 2006; Rodríguez Hernández, 2007; Sanz Camañes, 2012; García García y Antonio Álvarez-Ossorio, 2015; Maffi, 2020). Gracias a estas introspecciones se han propuesto conceptos relevantes para explicar tanto la debilidad excepcional de la autoridad real como la fuerte cohesión de los territorios en torno a la figura del rey, hablándose en paralelo de un proceso de autonomización, refeudalización, provincialización o resurgimiento republicano dentro de un marco policéntrico de la Monarquía (Herrero Sánchez, 2017).

¿Qué ocurriría de todo ello en los Países Bajos españoles? La afirmación de que la debilidad de Madrid provocó que las provincias flamencas cayeran bajo el control de soberanos extranjeros debe matizarse. Por un lado, bajo el reinado de Carlos II, Bruselas era considerada la «principal oficina de las negociaciones del Norte» ante la emergencia de su conversión en un núcleo cada vez más autónomo en la gestión de la diplomacia y la coordinación militar entre la Monarquía de España y las potencias enfrentadas a la Francia de Luis XIV (Bravo Lozano y Herrero Sánchez, 2024). Las reivindicaciones de los principales aliados y rivales de España en los Países Bajos deben considerarse en el contexto de un vasto proceso de fragmentación del poder. Esto condujo a la aparición de numerosos actores políticos, cuerpos sociales y comunidades que reclamaban el derecho a asumir parte del poder que antes correspondía a la autoridad real (Van Honacker, 1994; Herrero Sánchez, 2019). A menudo, estos actores no dudaron en jugar con protecciones rivales para apoyar sus reivindicaciones, sin llegar a la secesión (Vermeir, 2009). Del mismo modo, el poder real no estaría durante esta transición de siglos y dinastías completamente replegado o condenado a iniciar reformas que era incapaz de implementar. Por el contrario, hubo de rehabilitar el papel del poder central de Madrid, tanto de su Consejo de Estado como, ya en el Setecientos, de las Secretarías de Estado y del Despacho, a la par que salvaguardaba formas de gobierno sutiles que ya no transitaban por los canales ordinarios, considerablemente debilitados, sino que eran asumidos por nuevos protagonistas e intermediarios del poder regio. El papel de la embajada española en La Haya en la gestión de los asuntos de Flandes es un ejemplo de ello (Bravo Lozano, 2018), pero también lo es la extensión de las clientelas políticas de la nobleza castellana en los Países Bajos (Vermeir, 2011).

El presente monográfico desarrolla líneas de trabajo en las que se adentra en las dinámicas políticas que condujeron a la desvinculación de los Países Bajos de la Monarquía de España (o, mejor dicho, de la corte madrileña) a principios del siglo XVIII y que no pueden entenderse sin vincularlas a la crisis del sistema *imperial* que atravesaron los reinos, provincias y señoríos de su jurisdicción durante el reinado de Carlos II. Lo que durante la guerra de Sucesión se presentó como «privilegios» o «tradiciones inmemoriales» que defender, muy a menudo no eran más que logros relativamente recientes, gracias al resurgimiento de esta «monarquía

de repúblicas urbanas», según la expresión del citado Manuel Herrero Sánchez (2017). De hecho, el empoderamiento de organismos y comunidades generó expectativas y proyectos, cada uno postulando el posible futuro de la Corona y de cada una de sus piezas en momentos de incertidumbre.

Ante todo lo expuesto anteriormente, ¿cómo reaccionó la Monarquía ante las constantes pérdidas del patrimonio dinástico ante los diferentes conflictos por el control del Norte? ¿Qué relaciones, no tanto oficiales, sino oficiosas, permitieron enlazar la agencia de los ministros del rey de España con sus aliados o clientes en tierras vecinas, como las Provincias Unidas? ¿Qué canales desplegaron las elites flamencas, valonas o propiamente *españolas* radicadas en el Cuerpo Bélgico para sobrevivir en tiempos de mudanzas? ¿Qué acaeció con el citado proyectismo surgido en tiempos de último Austria madrileño cuando Felipe V llegó al poder y cómo influyó en el posicionamiento político de unas y otras «facciones» en el conflicto sucesorio? ¿Cómo respondieron los partidarios de unas opciones político-dinásticas a los fracasos en los que se vieron inmersos como consecuencia de sus posicionamientos ante los acontecimientos vividos en las cortes de Madrid, Versalles o Viena?

Para tratar de responder a algunas de estas preguntas, el presente monográfico desarrolla siete artículos elaborados por especialistas belgas y españoles en varias de tales materias. El fracaso militar se declina con el *case study* a cargo de Juan Sánchez García de la Cruz sobre la pérdida carolina de Luxemburgo a mediados de la década de 1680, no solo como ocasión central para el debilitamiento del dispositivo defensivo de la Monarquía frente a las agresiones de Luis XIV, sino como uno de los argumentos decisivos en la crisis y la ulterior caída del único *primer ministro* de tiempos de Carlos II: el VIII duque de Medinaceli. Geopolítica e intereses de elites, aunque en la «media duración», son elementos que Thomas Glesener observa entre los partidarios de la Casa de Borbón en las tierras flamencas y valonas ya desde el último tercio del siglo XVII, a través de diferentes casos de señores, cuyos recursos de manutención habían acabado pasando al reino de Francia y que emergieron como el núcleo inicial de fieles a Felipe V, a la vez que se compararán sus actitudes con las que aquellos ministros y cabos militares que, cual oportunistas, no dudaron en potenciar la reformación desplegada entre Versalles y Madrid a comienzos de la nueva centuria.

A caballo entre lo particular y lo general, el género epistolar da razón de ser a tres artículos del dosier. Alberto Angulo Morales estudia la relevancia del recurso a la carta como medio para la circulación de noticias políticas, avisos militares y misivas privadas entre las elites militares de origen vasco con sus patrias peninsulares, mientras que Marc de Schietere de Lophem desgrana el creciente recurso a la tinta y el papel por las noblezas de los Países Bajos meridionales para obtener el apoyo cortesano a sus intereses personales o familiares por parte de insignes representantes de la Grandeza de España en la lejana corte de Madrid, en esta ocasión, el IX duque del Infantado. Para bien entrada la segunda década del Setecientos, René Vermeir evoca cómo determinados plumistas fieles a Felipe V y

ligados a la diplomacia borbónica en La Haya, caso de Antonio de Castro, posibilitaron el mantenimiento de flujos de información que permitieron a Madrid estar al corriente de la incorporación flamenca a los dominios del emperador Carlos VI y las dinámicas políticas de mayor trascendencia en el continente europeo.

Este tipo de interacciones transnacionales o de compleja articulación entre lo político, lo diplomático y lo militar tiene también su complemento en dos factores no menos relevantes, como la religión y el género. En pleno auge del jansenismo en el Cuerpo Bélgico español y neerlandés, los lazos y conflictos surgidos entre los representantes hispanos en La Haya, el gobierno general de Flandes y las jerarquías y autoridades católicas tanto en las Provincias Unidas como en Bruselas centran la atención de Cristina Bravo Lozano, quien demuestra el papel crucial de la capilla del *Palacio de España* hayense como uno de los espacios de poder más destacados para la diplomacia de Carlos II y Felipe V en el Norte. Por su parte, Alberto Bravo Martín y Roberto Quirós Rosado elaboran una biografía femenina que discurrió entre recintos conventuales y redes escriturarias que conectaron gran parte de Europa, con particular énfasis en los Países Bajos meridionales: la *princesa* María Catalina Isabel de Austria. Hija natural del gran prior Juan José de Austria, vástago ilegítimo de Felipe IV, con su periplo vital en casas de ministros reales en Bruselas y cenobios en Besançon, Burgos y, durante casi un cuarto de siglo, en la propia corte brabanzona se reconstruirán sus agencias de mediación y amparo financiero en Madrid, Versalles y Barcelona, sus intereses económicos y clientelares en Flandes e, incluso, su postrera intervención por la vía de un enviado particular en el Congreso de Utrecht.

## Bibliografía

Albareda, Joaquim (2010), *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona: Crítica.

Albareda, Joaquim y Alcoberro, Agustí (coords.) (2015), *Els tractats d'Utrech. Clarors i foscors de la Pau: la resistència dels catalans. Actès del Congrés Internacional (Barcelona, enero 2014)*, Barcelona: Museu d'Història de Catalunya-Institut Universitari d'Història Jaume Vicens i Vives-Universitat Pompeu Fabra.

Andújar Castillo, Francisco (2008), *Necesidad y venalidad. España e Indias, 1704-1711*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Bravo Lozano, Cristina (2018), «Un patronato evanescente. La capilla española de La Haya durante la Guerra de Sucesión», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV. Historia Moderna*, 31, pp. 215-242.

Bravo Lozano, Cristina y Herrero Sánchez, Manuel (2024), «Carlos II y los Países Bajos españoles: defensa militar, gobierno político e intereses mercantilistas», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, Cristina Bravo Lozano y Roberto Quirós Rosado (eds.), *Bifronte imperio de dos mundos. Europa y América durante el reinado de Carlos II*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert. En prensa.

Crespo Solana, Ana y Herrero Sánchez, Manuel (eds.) (2002), *España y las 17 provincias de los Países Bajos: una revisión historiográfica (XVI-XVIII)*, Córdoba: Universidad de Córdoba.

De Schryver, Reginald (1965), *Jan van Brouchoven, graaf van Bergeyck 1644-1725. Een halve eeuw staatkunde in de Spaanse Nederlanden en in Europa*, Bruselas: Palais des Académies.

De Schryver, Reginald (1996), *Max II. Emanuel von Bayern und das Spanische Erbe. Die europäischen ambitionen des hauses Wittelsbach 1665-1715*, Mainz: Verlag Philipp von Zabern.

Dubet, Anne (2008), *Un estadista francés en la España de los Borbones. Juan Orry y las primeras reformas de Felipe V (1701-1706)*, Madrid: Biblioteca Nueva.

Everaert, John G. (1973), *De internationale en koloniale handel der Vlaamse firma's te Cadiz 1670-1700*, Brujas: De Tempel.

Gachard, Louis Prosper (1867), *La Belgique sous Philippe V*, Bruselas: Gobbaerts.

Gachard, Louis Prosper (1880), *Histoire de la Belgique au commencement du XVIII^e^ siècle*, La Haya-Bruselas: M. Nijhoff-C. Muquardt.

García García, Bernardo José y Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (eds.) (2015), *Vísperas de sucesión. Europa y la monarquía de Carlos II*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes.

Glesener, Thomas (2018), «Annexion ou régéneration? La France et le gouvernement des Pays-Bas à l'époque du "régime anjouin"», en Guillaume Hanotin y Dominique Picco (eds.), *Le Lion et les Lys. Espagne et France au temps de Philippe V*, Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 123-140.

González Mezquita, María Luz (2007), *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión española: el Almirante de Castilla*, Valladolid: Junta de Castilla y León.

Herrero Sánchez, Manuel (2000), *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Herrero Sánchez, Manuel (ed.) (2017), *Repúblicas y republicanismo en la Europa moderna (siglos XVI-XVIII)*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Herrero Sánchez, Manuel (2019), «Los Países Bajos en la estructura imperial hispánica durante el reinado de Carlos II», en Marina Mestre Zaragozá (dir.), *L'Espagne de Charles II, une modernité paradoxale 1665-1700*, París: Garnier, pp. 107-154.

Janssens, Paul (ed.) (2009), *La Belgique espagnole et la principauté de Liège 1585-1715*, Bruselas: La Renaissance du Livre.

León Sanz, Virginia (2014), *El Archiduque Carlos y los austracistas. Guerra de Sucesión y exilio*, Barcelona: Arpegio.

Lonchay, Henri (1896), *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas (1635-1700). Étude d'histoire diplomatique et militaire*, Bruselas: Imprimerie Hayez.

Maffi, Davide (2020), *Los últimos tercios: el ejército de Carlos II*, Madrid: Desperta Ferro.

Muñoz Rodríguez, Julio David (2015), *La séptima corona: el reino de Murcia y la construcción de la lealtad castellana en la Guerra de Sucesión*, Murcia: Editum.

Pirenne, Henri (1902-1932), *Histoire de Belgique*, Bruselas: Henri Lamertin, 5 vols.

Quirós Rosado, Roberto (2017), *Monarquía de Oriente. La corte de Carlos III y el gobierno de Italia durante la guerra de Sucesión española*, Madrid: Marcial Pons Historia.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2007), *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668): guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Sanz Camañes, Porfirio (ed.) (2012), *Tiempo de cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*, Madrid: Actas.

Storrs, Christopher (2006), *The Resilience of Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford: Oxford University Press.

Van Gelder, Klaas (2016), *Regime Change at a Distance: Austria and the Southern Netherlands Following the War of the Spanish Succession (1716-1725)*, Lovaina: Peeters.

Van Gelder, Klaas y René Vermeir (2008), «De Habsburgse Nederlanden in de overgang van Spanje naar Oostenrijk (1692-1713)», en *Oudenaarde 1708. Een stad, een koning, een veldheer*, Audenarde: Stadsarchief Oudenaarde, pp. 33-50.

Van Honacker, Karin (1994), *Lokaal verzet en oproer in de 17de en 18de eeuw: collectieve acties tegen het centraal gezag in Brussel, Antwerpen en Leuven*, Heule: UGA.

Van Kalken, Frans (1907), *La fin du régime espagnol aux Pays-Bas: étude d'histoire politique, économique et sociale*, Bruselas: J. Lebègue.

Vandenbulcke, Anne (1996), *Les Chambres des Comptes des Pays-Bas espagnols. Histoire d'une institution et de son personnel au XVII^e siècle*, Bruselas: Éditions de l'Université de Bruxelles.

Vermeir, René (2009), «*Je t'aime, moi non plus*. La nobleza flamenca y España en los siglos XVI-XVII», en Bartolomé Yun Casalilla (ed.), *Las redes del imperio. Elites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*, Madrid: Marcial Pons Historia, pp. 313-337.

Vermeir, René (2011), «De (Zuid-)Nederlandse aristocratie en de vorming van een transnationale elite in de Spaans-Habsburgse samengestelde staat», en Margo De Koster, Bert De Munck, Hilde Greefs, Bart Willem y Anne Winter (ed.), *Werken aan de stad: stedelijke actoren en structuren in de Zuidelijke Nederlanden, 1500-1900*, Bruselas: VUB Press, pp. 291-309.

Vermeir, René; Ebben, Maurits y Fagel, Raymond (eds.) (2011), *Agentes e identidades en movimiento. España y los Países Bajos (siglos XVI-XVIII)*, Madrid: Sílex.

Zedinger, Renate (2000), *Die Verwaltung der Österreichischen Niederlande in Wien (1714-1795)*, Viena: Böhlau.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci2024251539

# EL SITIO DE LUXEMBURGO ¿CAUSA DE LA CAÍDA DE UN PRIMER MINISTRO (1682-1684)?*

## *The Siege of Luxembourg. Cause of the Fall of a Prime Minister (1682-1684)?*

Juan SÁNCHEZ GARCÍA DE LA CRUZ
Universidad Autónoma de Madrid
juan.sanchezgarcia@uam.es

Fecha de recepción: 17/02/2024
Fecha de aceptación: 31/05/2024

RESUMEN: En las postrimerías del reinado de Carlos II la presión francesa sobre los Países Bajos españoles causó un gran impacto en la corte de Madrid. Los fracasos de las armas de la monarquía tensionaron a las élites gubernativas y tuvieron efectos notables en la articulación de la lucha política en el ámbito cortesano. La pérdida de Luxemburgo, en 1684, afectó al primer ministro, el duque de Medinaceli, que en aquel momento tuvo que lidiar con una grave conjunción de amenazas para su posición. Para comprender el impacto de este asedio y cómo afectó a la corte de Madrid es imprescindible profundizar en el contexto y los factores clave que estuvieron en juego. Este artículo busca analizar el protagonismo que tuvo el sitio de Luxemburgo en los asuntos de Estado a mediados de la década de 1680 y precisar hasta qué punto este revés determinó la supervivencia política del primer ministro.

*Palabras clave*: Luxemburgo; corte; Medinaceli; Luis XIV; nobleza; guerra.

* Este trabajo se ha realizado al amparo del contrato predoctoral para la Formación de Profesorado Universitario del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (FPU-MCIU), bajo la supervisión de Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño y Roberto Quirós Rosado (UAM). El doctorando es miembro del Programa de Doctorado Interuniversitario UAM-UC, con vinculación a la Escuela de Doctorado de la UAM. Asimismo, se ha desarrollado en el marco del proyecto *FAILURE: Reversing the Genealogies of Unsuccess, 16th-19th Centuries* [H2020-MSCA-RISE, Grant agreement: 823998].

ABSTRACT: At the end of the reign of Charles II, French pressure on the Spanish Low Countries had a great impact on the court in Madrid. The defeats of the monarchy's army strained the governmental elites and had notable effects on the articulation of the political struggle in the court sphere. The loss of Luxembourg in 1684 affected the trajectory of the prime minister, the Duke of Medinaceli, who at that time had to deal with a serious combination of threats to his position. To understand the impact of this siege on the court in Madrid, it is essential to delve into the historical context and analyze the key factors at play. This article seeks to analyze the prominence of the siege of Luxembourg in the affairs of state in the mid-1680s and to determine to what extent this defeat on the foreign scene determined his political survival.

*Key words*: Luxembourg; court; Medinaceli Louis XIV; nobility; war.

## 1. ¿Un reinado decadente?

La visión tradicional del reinado del último Austria ha sido sumamente negativa, aunque en las últimas décadas se ha llevado a cabo un proceso de revisión (Sanz Ayán, 1988; Sánchez Belén, 1996; De Santiago Fernández, 2001; Álvarez-Ossorio Alvariño, 2002; Storrs, 2006; Ribot García, 2009; Rodríguez Hernández, 2011a; Hermant, 2012; Bravo Lozano y Quirós Rosado, 2015, 2018; Mitchell, 2019; Arroyo Vozmediano, 2020). La etiqueta de «el Hechizado» otorgada a Carlos II no era sino otro modo de denostar a un rey que se consideró abúlico, débil, enfermizo y con escasa voluntad para gobernar. La idea, bastante simplista, de que Carlos II fue el triste epílogo de una dinastía que llevaba años mostrando síntomas de agotamiento se impuso en la historiografía durante mucho tiempo. Esta decadente imagen del último soberano Habsburgo de la rama española se extrapoló al conjunto del periodo de tal manera que la visión que ha primado de la monarquía de España durante el último tercio del siglo XVII no ha sido muy halagüeña.

Parece, tal y como refiere Luis Ribot, que en efecto la persona del rey no era especialmente robusta. Desde el momento de su nacimiento la sombra de la enfermedad se cernió sobre él y su desarrollo físico e intelectual no se caracterizó por la precocidad y la fortaleza. Suele también apuntarse su inclinación hacia el ocio –con especial predilección por la caza– y su escaso interés hacia las tareas de gobierno asociadas a su posición. Además, se ha puesto de manifiesto su volubilidad, su carácter receloso y su irresolución ante desafíos que requerían una fortaleza de carácter superior (Ribot García, 1999: 23-25).

Sin embargo, no se ha de incurrir en la opinión de corte decimonónico que entendió que este rey se hallaba muy por debajo de la inteligencia normal y poseía deformaciones aberrantes que le hacían ser una persona fuera de lo común. A pesar de que el revisionismo sobre su figura ha comenzado en las últimas décadas a discernir hasta qué punto la imagen de Carlos II es cierta y cuáles eran sus capacidades físicas y mentales, una de las mejores caracterizaciones historiográficas ha sido la de Domínguez Ortiz.

El célebre historiador sevillano no consideraba al último Austria un personaje anormal con unas carencias excesivas, sino como un individuo mediocre de voluntad débil, desconfiada y, de forma general, con escasa predisposición a la dirección de los asuntos públicos, aunque hubiese determinados momentos en los que mostró mayor interés en este punto. No estaba falto de cualidades positivas, como la consciencia de sus deberes, la piedad y la rectitud, pero no logró estar a la altura de su misión, por lo que se le ha tildado de incompetente en incontables ocasiones (Domínguez Ortiz, 1992: 30). Lo que no cabe duda es de que, si bien no destacó por su brillantez y fortaleza, no fue el degenerado que en muchas ocasiones se ha querido dibujar.

De nuevo, el problema de la perversión de la imagen de Carlos II en la historiografía es que ha afectado negativamente al periodo histórico que abarca los 39 años que vivió (Cánovas del Castillo, 1910; Maura Gamazo, 2018). No es casual que a raíz de la mala concepción del soberano todo el reinado se haya visto impregnado de una atmosfera decadentista alejada de cualquier destello de esperanza y marcada por los estertores de una monarquía moribunda acosada por los nuevos poderes europeos en alza.

De todas las dificultades y las alteraciones que se produjeron durante los inicios de la década de 1680, las que se dieron en los ámbitos cortesano y militar son las que serán objeto de este estudio. En primer lugar, cabe subrayar que, aunque se ha demonizado la capacidad militar de la monarquía –siendo presentada como un gigante con pies de barro con unas fuerzas sometidas a constantes reveses–, esta visión se ha ido matizando con el paso del tiempo. El reinado de Carlos II estuvo salpicado por conflictos bélicos: la guerra de Restauración portuguesa, la guerra de Devolución, la de Holanda, la de Luxemburgo y la de los Nueve Años. En todos estos escenarios, la monarquía presentó una capacidad de resistencia muy considerable a pesar de estar imbuida en unas circunstancias extremadamente difíciles (Rodríguez Hernández, 2006, 2007, 2013, 2016; Maffi, 2010, 2014, 2016; Storrs, 1997, 1999, 2006; Valladares, 1998).

Aunque esta revisión del reinado está asentada con cierta firmeza en la historiografía, conviene atender también a los momentos más arduos. En este sentido conviene subrayar que, si bien la monarquía no fue tan decadente como se creía, tampoco estuvo exenta de momentos de crisis como refleja el episodio de la caída de Luxemburgo. Atender a estos periodos de adversidad permite ver las respuestas –en muchas ocasiones reflejo de la tesis de resiliencia que se ha difundido sobre la monarquía en esta época– que se dieron a los principales desafíos y cómo se tensionaron distintos resortes político-cortesanos que coadyuvaron a generar un ambiente propicio para mutaciones en el escenario áulico.

## 2. Los designios expansionistas de Luis XIV

Uno de los grandes problemas que tuvo que asumir Carlos II y, previamente, la reina Mariana durante su regencia, fue la agresividad de la que hizo gala

Luis XIV (Sánchez Belén, 1999; Oliván Santaliestra, 2006; Mitchell, 2019; Burke, 1995; Cornette, 2007; Bély, 2009, 2015; Cénat, 2010; Da Vinha, Maral y Milanovic, 2014; Perréon, 2017). Haciendo una breve retrospectiva uno de los puntos fundamentales que condicionaron la década de 1670 fue la guerra de Holanda, librada con especial intensidad en los Países Bajos españoles y en el principado de Cataluña. Este conflicto se vio agravado por la revuelta de Mesina, que se enquistó gracias al apoyo galo (Lynn, 1999: 113-160; Ribot García, 2002).

Desde 1675, debido a la compleja situación que provocaba el conflicto bélico, se llevaba negociando una paz universal entre los aliados y Francia. El punto final a esta guerra se dio en 1679 con la ratificación del tratado de Nimega, un acuerdo sustancialmente perjudicial para la monarquía que tuvo considerables pérdidas territoriales: el Franco Condado, Valenciennes, Cambrai, Saint Omer, Ypres, Condé y Bouchain. Además, y de forma paradójica, a pesar de estos sacrificios territoriales las relaciones hispano-francesas continuaron siendo hostiles, quedando patente que la paz de Nimega iba tener una duración efímera (Serrano de Haro, 1992; Bravo Lozano, 2018: 121; Salinas, 1989a; Herrero Sánchez, 2000).

Carlos II fue muy consciente del balance negativo de esta paz, lo que alimentó la oposición contra don Juan José. Es significativa una misiva de Carlos II a su madre en la que le pedía perdón por «no haberte enviado noticias más individuales de la paz no fue falta de memoria, sino juzgar no echarías de menos el ver artículos tan poco ventajosos para mis intereses» (Maura Gamazo, 2018: 456). Las pérdidas territoriales ayudaron a los detractores del de Austria a acusarlo de una gestión nefasta del conflicto y de los intereses de la monarquía de España. De hecho, a Carlos II le remitían de camino a la capilla memoriales donde se enumeraban las plazas y los territorios que se habían perdido desde 1677 para alimentar la decepción para con su hermano[1].

La mala situación con Francia y el desenlace de la guerra de Holanda minaron la posición de don Juan José, un precedente de gran importancia para su sucesor el VIII duque de Medinaceli –un hombre con una posición privilegiada en la corte gracias a su cercanía con el rey y a su puesto de sumiller de corps– que fue testigo de cómo la posición del de Austria se tambaleaba a medida que los envites de Francia ganaban terreno.

Aunque la década de 1670 se había cerrado con una paz, la siguiente continuaría con las tendencias que se habían desarrollado desde inicios del reinado de Carlos II. De nuevo, desde comienzos del ministerio de Medinaceli se puso de manifiesto la importancia estratégica del territorio situado entre las cuencas de los ríos Rin y Mosa al ser una franja fundamental para los designios galos sobre los Países Bajos españoles y las Provincias Unidas (Stoye, 2018: 280-287; Herrero Sánchez, 2019).

1. Carta de Gierolamo Marcello Gubernatis al duque de Saboya. Madrid, 9 de junio de 1678. Archivio di Stato di Torino (ASTo), Lettere Ministri Spagna, mazzo 32.

La monarquía de España centró buena parte de su diplomacia en atraer a los príncipes que conformaban el círculo imperial del Rin, fundamentalmente a través del pago de ciertas cantidades en forma de subsidio, para lograr su apoyo o, al menos, evitar que se situasen dentro del área de influencia francesa. Además, se intentó involucrar al emperador en la defensa del círculo imperial de Borgoña –cuya cabeza era Carlos II– a fin de asegurar la frontera meridional y oriental de los Países Bajos y entorpecer, en la medida de los posible, los movimientos de las fuerzas galas (Rodríguez Hernández, 2011; Griesbach, 2006; Bérenger, 2004).

## 3. El VIII duque de Medinaceli. La tramoya cortesana de un primer ministro

Juan Francisco Tomás de la Cerda fue un cortesano con una proyección sobresaliente entre 1675 y 1685 (Álamo Martell, 2004; Sánchez García de la Cruz, 2023a). Medinaceli, desde la creación de la casa del rey, a finales de 1674, inició un progresivo ascenso en el escenario áulico aumentando su ascendiente sobre el joven soberano a través del control de su cámara. Desde esta temprana fecha el duque ejerció como sumiller de corps y empleó este oficio palatino como una plataforma para reforzar su vínculo con el rey e ir medrando en la corte (Gómez-Centurión Jiménez, 2003)[2]. Medinaceli logró incrementar su influencia durante el agitado periodo del ascenso de Valenzuela, perfilándose como un personaje de enorme relevancia a finales de la década de 1670 (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2015, 2019, 2021, 2023; Ruiz Rodríguez, 2008; Fernández Giménez, 2004). Además, también sobrevivió al gobierno de don Juan José de Austria mostrando su habilidad como cortesano en un periodo marcado por las turbulencias áulicas (Gómez-Centurión Jiménez, 1982; Castilla Soto, 1990; Álvarez-Ossorio Alvariño, 1992; Manescau Martín, 2004; Ruiz Rodríguez, 2005, 2007; Kalnein 2010, Trápaga Monchet, 2015).

Medinaceli, con una posición sólida en palacio gracias a compartir la cotidianidad del soberano, dio un paso trascendental al lograr entrar en la esfera ministerial debido a su inclusión en el Consejo de Estado (Barrios Pintado, 1984)[3]. Su presencia en el ámbito del gobierno político de la monarquía se vio reforzada a través de su nombramiento como presidente del Consejo de Indias, en febrero de 1679, tras la defunción del conde de Medellín (Antón Infante, 2019)[4]. De esta manera, a comienzos de la década de 1680, Medinaceli era reconocido como uno de los hombres con mayor influencia en la corte de Madrid.

2. Decreto de nombramiento de Juan Francisco Tomás de la Cerda como sumiller de corps. Madrid, 27 de noviembre de 1674. Archivo General de Palacio (AGP), caja 319, exp. 21.

3. Decreto de nombramiento del duque de Medinaceli como consejero de Estado. Madrid, 20/XI/1675. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 248.

4. Decreto de nombramiento del duque de Medinaceli como presidente del Consejo de Indias. Madrid, 1 de febrero de 1679. Archivo General de Indias (AGI), Indiferente, 640.

La muerte de don Juan José de Austria, el 17 de septiembre de 1679, marcó la etapa final del ascenso de Medinaceli hacia el culmen de su carrera. La defunción del hermano del rey dejó un vacío de poder en la corte y pronto comenzaron las cábalas tendentes a averiguar cuál sería el nuevo escenario en el que se desenvolverían las vicisitudes del gobierno de la monarquía. No se tenía ninguna certeza sobre si se elegiría una junta que asesorase al joven soberano o si este preferiría la fórmula ministerial[5].

La opción de la junta pronto se descartó por la dificultad que tendría la elección de sus integrantes, los resentimientos que ocasionaría en aquellos que se viesen excluidos de ella y las dudas que presentaba su operatividad a la hora de aunar criterios sobre determinados asuntos de Estado. Aunque Carlos II ejerció un periodo que podría considerarse como un gobierno personal, entre septiembre de 1679 y febrero de 1680, la mayoría de la corte había fijado su vista en el condestable de Castilla y el duque de Medinaceli.

Ambos aristócratas eran los mejor posicionados para optar a la máxima instancia de poder. Íñigo Melchor Fernández de Velasco era una figura de enorme peso en la corte al poseer una jefatura dentro de la casa del rey: la mayordomía mayor. Además, contaba con una experiencia superior a la de Medinaceli al ser el consejero de Estado más veterano y haber desempeñado los cargos de capitán general del reino de Galicia y de gobernador de los Países Bajos[6]. Sin embargo, a pesar de los méritos que acreditaba el duque de Frías, parecía que el duque de Medinaceli sería finalmente el individuo que tomaría las riendas de la monarquía.

A los pocos días de la muerte de don Juan José, Medinaceli era reconocido como uno de los hombres favoritos del monarca para depositar en él el peso del ministerio. Carlos II mostraba de forma notoria una especial predilección hacia Juan Francisco Tomás de la Cerda de tal modo que el embajador toscano comentaba: «Dicen claramente que en cuanto a tener segura la voluntad del rey el duque de Medinaceli se aventaja a todos»[7]. La misma impresión transmitía el embajador veneciano cuando avisaba de que el sumiller de corps siempre había gozado de la confianza del rey[8]. Parecía que, aunque el condestable presentaba una experiencia superior, la balanza se inclinaría hacía el duque de Medinaceli por gozar de mayor afecto y confianza por parte del soberano.

5. Carta de Giovanni Benedetto Pichenotti al gobierno de Génova. Madrid, 25 de septiembre de 1679. Archivio di Stato di Génova (ASGE), Archivio Segreto, lettere ministri Spagna, 2458.

6. El embajador de Saboya comentaba que el condestable era uno de los sujetos más idóneos para desempeñar el ministerio. Carta de Gierolamo Marcello Gubernatis al duque de Saboya. Madrid, 15 de septiembre de 1679. ASTo, Lettere Ministri Spagna, mazzo 32.

7. Carta de Vieri di Castiglione a Francesco Panciatichi. Madrid, 28 de septiembre de 1679. Archivio di Stato di Firenze (ASF), Mediceo del Principato, filza 4982.

8. Aviso de Federico Cornaro. Madrid, 31 de agosto de 1679. Archivio di Stato di Venezia (ASV), Dispacci al Senato degli Ambasciatori, Spagna, Rubriche K4.

Finalmente, la decisión de Carlos II se materializó el 21 de febrero de 1680 cuando, a través de su confesor, le hizo llegar a Medinaceli un billete informándole de la necesidad que tenía de valerse de un primer ministro para que le ayudase con el gobierno universal de la monarquía[9]. De esta manera, tras sobrevivir a la convulsa década de 1670 y ascender progresivamente en el teatro cortesano, Juan Francisco Tomás de la Cerda accedió al primer ministerio alcanzando así el gran hito de su trayectoria.

## 4. Los desafíos del ministerio. El problema de Luxemburgo

El nombramiento como primer ministro fue un punto clave en la proyección de Medinaceli, pero ni mucho menos supuso el final de los retos que tuvo que encarar. Alcanzar semejante posición había sido sumamente complicado al haber tenido que desplegar una estrategia cortesana habilidosa para lograr el éxito. Sin embargo, su capacidad de supervivencia política se puso verdaderamente a prueba una vez que comenzó a desempeñar el primer ministerio. Paradójicamente, el acceso al ministerio supremo dotó a Medinaceli de una gran influencia, pero al mismo tiempo lo situó frente al abismo ya que sobre él se verterían el grueso de las críticas que anteriormente habían recaído en otros personajes que habían desempeñado un puesto de similar calado (Tomás y Valiente, 1982: 66; Boyden, 1999: 84).

La obtención del primer ministerio podía suscitar envidias entre aquellos que se habían postulado a aquella posición y no lo habían logrado, pero realmente la situación que tuvo que afrontar Medinaceli no era especialmente apetecible debido al delicado estado de la monarquía de España a comienzos de 1680. Los desafíos que tuvo que afrontar fueron de diversa naturaleza siendo, quizás, uno de los más notorios el que se dio en materia económica. De forma escueta, y para comprender el contexto en el que se desarrolló la dinámica de gobierno de Medinaceli, este llevó a cabo una devaluación monetaria muy significativa y también una media anata de juros para sanear la moneda y poder hacer frente a los gastos previstos (Sánchez Belén, 1996; San Ayán, 1996; De Santiago Fernández, 2000; Font de Villanueva, 2008; Lanza García, 2023).

Tampoco facilitó su ministerio el desencadenamiento de una epidemia de peste que tuvo su inicio en el sur peninsular, donde fue especialmente virulenta. Este brote avanzó con cierta celeridad hacia el norte llegando a poner en peligro zonas cercanas a la villa de Madrid. La mortandad aumentó notablemente y, sobre todo, creció la alarma en la corte a través de aquellos que hacían llegar noticias de las fatídicas consecuencias que estaba teniendo dicha enfermedad (Bustos Rodríguez, 1983; Toribio García, 1993; Gómez Martínez, 1999; Carrascal Muñoz, 2006).

9. Decreto del rey nombrando al duque de Medinaceli primer ministro. Madrid, 21 de febrero de 1680. Archivo Ducal de Medinaceli (ADM), Archivo Histórico, leg. 45, r. 21.

Sin embargo, el gran reto –sobre el que pivota este estudio– fue la animosidad de Luis XIV hacia las fronteras de la monarquía de España. Si bien es cierto que Medinaceli inició su etapa de primer ministro en una teórica paz con Francia en virtud de los acuerdos alcanzados en Nimega, de forma temprana se reveló que la actitud del soberano francés era la de proseguir con las hostilidades. La beligerancia gala fue uno de los grandes asuntos de Estado a los que tuvo que hacer frente Juan Francisco Tomás de la Cerda en calidad de primer ministro.

Las cláusulas de la paz de Nimega jugaron un papel fundamental en el desencadenamiento y la justificación de la guerra de Luxemburgo, también conocida como la guerra de las Reuniones. En dichas cláusulas se observaba el derecho del soberano galo a poder reclamar los territorios que, en origen, estuviesen unidos a las provincias que se había anexionado Francia. De esta forma se articularon las *Chambres de Réunion* en Metz, Breisach y Besançon, cuyo objetivo fue la investigación de los derechos feudales y de posesión de aquellos territorios que la corona francesa podía reclamar en virtud de esa antigua vinculación. Está política de reunión y la presión que ejerció sobre las fronteras de la monarquía carolina es uno de los puntos que permiten comprender el definitivo estallido de la guerra entre Francia y la monarquía a mediados de la década de 1680 (Black, 1990: 28-52; Stoye, 2018: 161-171; Bély, 2008: 49-50).

Desde inicios de 1679 podría hablarse de una «paz caliente» con Francia que supuso una preocupación constante para los ministros de la monarquía. Las agresiones francesas –a diversa escala– fueron constantes y especialmente punzantes en los Países Bajos. Desde un primer momento, se vio como el tratado de Nimega iba a tener una aplicación difícil tal y como se reveló en la conferencia de Courtrai. En ella comisarios franceses y españoles entablaron negociaciones para ejecutar las cláusulas de la paz, lo que suponía dirimir temas como el desalojo de guarniciones francesas en territorios bajo soberanía de Carlos II o la restitución de ciertas plazas (Van Houtte, 1927: 194-195)[10]. Este foro no fue sino un reflejo del rápido detrimento de la teórica paz donde no se logró estabilizar el frágil *statu quo* alcanzado en 1679.

En este ambiente de tensión con Luis XIV, Medinaceli, al comienzo de su ministerio, decidió llevar a cabo un relevo en la gobernación de los Países Bajos. El duque de Villahermosa, gobernador de este territorio durante los últimos compases de la guerra de Holanda, solicitó licencia y fue reemplazado por Alessandro Farnese tras la publicación de su nombramiento en junio de 1680[11]. El noble italiano afrontaba un gobierno complejo por lo que se le instó a partir sin

10. El Consejo de Estado y el primer ministro estuvieron al tanto y siguieron con detalle los negocios que se trataron en esta conferencia. Véase como ejemplo la consulta (una de muchas) que llevó a cabo el Consejo de Estado sobre los «embarazos» que se daban en Courtrai. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 29 de febrero de 1680. Archivo General de Simancas (AGS), Estado Flandes, leg. 3865.

11. Carta de Vieri di Castiglione a Francesco Panciatichi. Madrid, 4 de junio de 1680. ASF, Mediceo del principato, filza, 4982.

demora a su destino y se le concedió una sustancial suma de dinero para sofocar las principales urgencias[12].

Farnese arribó a los Países Bajos en noviembre y encontró una situación de considerable gravedad debido a los constantes enfrentamientos con las tropas francesas[13]. Su capacidad de acción estuvo enormemente limitada no solo por la disponibilidad de recursos humanos y financieros, también porque de acuerdo con lo que se discurría en el Consejo de Estado no debía iniciar una confrontación con las tropas galas, pero, al mismo tiempo, tenía que comenzar a realizar las prevenciones necesarias en vista del posible estallido de una nueva guerra[14].

El aristócrata italiano, a fin de evitar una escalada de hostilidades por parte de Francia, comenzó a abogar por una estrategia diplomática –promovida desde Madrid– enfocada a reforzar los lazos con Inglaterra y las Provincias Unidas de tal modo que, en caso de guerra, se pudiese repetir el escenario que se había producido con la Triple Alianza para lograr así un contrapeso que disuadiese a Luis XIV de emprender una ofensiva a gran escala contra las fronteras de la monarquía (Herrero Sánchez, 1995)[15]. En esta misma línea se insertó la búsqueda de aliados entre los electores del Rin –fundamentalmente entre el de Maguncia, el de Tréveris y el de Colonia–para evitar el paso de tropas francesas por estos territorios y evitar un bloqueo de esta franja en caso de que llegasen refuerzos desde el Sacro Imperio[16].

Esta posición de evitar a toda costa un rompimiento con Francia fue uno de los principios que Medinaceli buscó implementar durante el lustro de su ministerio, aunque, como se pudo comprobar, no lo logró. Durante aproximadamente tres años se toleraron situaciones de clara agresión contra plazas bajo la soberanía de Carlos II y se pretendió crear un «escudo» de aliados que al menos garantizase a la monarquía que, en caso de guerra, tendría el apoyo necesario para soportar las ofensivas francesas hasta lograr renegociar una paz que fuese lo menos perjudicial posible.

Sin embargo, a medida que iba pasando el tiempo dentro de las élites gubernativas de la monarquía iba extendiéndose un sentimiento de cierto desengaño para con aquellos que habían sido sus aliados durante la anterior contienda. La ayuda que se esperaba de Leopoldo I nunca se materializó –en buena medida debido a la lucha que mantenía contra las fuerzas otomanas en el frente oriental

12. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 7 de agosto de 1680. AGS, Estado Flandes, leg. 3865.

13. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 28 de noviembre de 1680. AGS, Estado Flandes, leg. 3865.

14. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 12 de enero de 1681. AGS, Estado Flandes, leg. 3866.

15. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 4 de febrero de 1681. AGS, Estado Flandes, leg. 3866. Los tratados entre la monarquía de España y las Provincias Unidas habían sido un punto clave en la lucha contra las fuerzas de Luis XIV durante la década anterior.

16. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 28 de diciembre de 1681. AGS, Estado Flandes, leg. 3867. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 21de enero de 1682. AGS, Estado Alemania, leg. 3923. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 1 de abril de 1682. AGS, Estado Flandes, 3870.

de sus dominios–, de tal modo que las relaciones entre Viena y Madrid se enfriaron considerablemente. El emperador actuó en muchas ocasiones más como un mercenario que combate por dinero que como un pariente y estrecho aliado de Carlos II (Hochedlinger, 2003; Rodríguez Hernández, 2011: 175; González Cuerva, 2012; Sánchez García de la Cruz, 2023b).

La misma actitud de distancia tomaron las Provincias Unidas e Inglaterra que optaron por no involucrarse en el conflicto hispano-francés que se llevaba gestando desde 1680. Con Inglaterra se buscó una alianza defensiva a comienzos de la década que no fue efectiva. Pronto las esperanzas puestas en que el rey inglés enviase tropas a los Países Bajos se desvanecieron y, de hecho, se mostró la parcialidad de este soberano hacia Francia con los constantes intentos de arbitraje que pretendió entre la corona gala y la española (Fernández-Nadal, 2009)[17].

También se produjo un «abandono» por parte de las Provincias Unidas (Salinas, 1989b). Aunque estas estaban profundamente interesadas en que la monarquía tuviese una defensa sólida en los Países Bajos, no aportaron ayuda contra las agresiones francesas durante la primera mitad de la década de 1680[18]. Los holandeses prefirieron abogar en un primer momento por la mediación que ofrecía el rey inglés para así evitar el inicio de una confrontación armada[19]. Sin embargo, la monarquía declinó este arbitraje e instó a los Estados Generales a que cumpliesen con lo establecido en la alianza y entrasen en guerra abierta con Francia[20]. Aun así, las demandas de los diplomáticos de Carlos II no lograron la participación activa de los aliados en la guerra de Luxemburgo.

Durante este proceso de búsqueda de apoyos exteriores la situación en los Países Bajos continuó deteriorándose. Mantener la teórica situación de paz era cada vez más difícil ante las constantes agresiones galas, llegando a estar la plaza

17. A lo largo de 1680 se debate con frecuencia la alianza con el rey inglés. Como ejemplo, Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 7 de mayo de 1680. AGS, Estado Inglaterra, leg. 3957; Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 22 de junio de 1680. AGS, Estado Inglaterra, leg. 3957; Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 14 de julio de 1680. AGS, Estado Inglaterra, leg. 3957. Pedro Ronquillo, embajador en Inglaterra, expresaba sus dudas sobre el envío de tropas inglesas a los Países Bajos. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 19 de febrero de 1682. AGS, Estado Inglaterra, leg. 3958. También Baltasar de Fuenmayor expresaba la dificultad que habría para empeñar al rey de Inglaterra contra Francia. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 19 de febrero de 1682. AGS, Estado Holanda, leg. 3982. El arbitraje del rey de Inglaterra se debatió desde 1682, pero pronto se rechazó por los «graves inconvenientes» que supondría y por la instancia que este soberano hacía de que fuese un tratado particular de Francia con la monarquía de España en lugar de un ajuste universal de los aliados con Luis XIV que era lo que se pretendía en Madrid. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 25 de diciembre de 1682. AGS, Estado Inglaterra, leg. 3958.

18. El embajador holandés instaba al duque de Medinaceli que se pusiesen en buena defensa los Países Bajos. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 23 de abril de 1682. AGS, Estado Flandes, leg. 3870.

19. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 13 de mayo de 1683. AGS, Estado Holanda, leg. 3983.

20. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 2 de marzo de 1684. AGS, Estado Holanda, leg. 3984.

de Luxemburgo bloqueada de manera casi permanente desde 1682[21]. El gobernador apuntaba que el objetivo final de todos los movimientos franceses era Luxemburgo –al ser un enclave relevante para el sistema defensivo meridional de los Países Bajos españoles– y que no eran maniobras para divertir fuerzas. Además, subrayaba el miserable estado en que se encontraban sus fortificaciones y la necesidad de más hombres para guarnecerla[22]. Ante semejante situación Alessandro Farnese llegó a advertir al Consejo de Estado sobre la necesidad de romper abiertamente la paz para intentar conservar los Países Bajos[23].

El gobierno de Farnese se prolongó hasta mediados del año 1682 cuando fue reemplazado por el marqués de Grana. El envío de Grana a los Países Bajos fue urdido por el primer ministro, probablemente con el apoyo de Mariana, y sin informar pertinentemente al Consejo de Estado (Sánchez García de la Cruz, 2023b: 159-163)[24]. La elección del marqués fue una estrategia destinada a lograr un mayor compromiso del emperador en la defensa del círculo imperial de Borgoña. Se preveía que los antiguos vínculos de Grana con la corte de Viena y su buena relación con Guillermo III de Orange predispondrían a los aliados a proteger los dominios carolinos, pero a pesar de las simpatías que despertaba el marqués la situación siguió siendo la misma[25].

Grana continuó con los intentos de abastecer Luxemburgo y fortalecer las fuerzas en el conjunto de los Países Bajos españoles que ya había puesto en práctica el príncipe de Parma[26]. Durante el año de 1682 logró introducir en la plaza vituallas y hombres de cara a un sitio más duro por parte de las tropas galas[27].

21. Desde comienzos de este año se analizaba cómo podría socorrerse esta plaza y qué movimientos hacían las tropas de Luis XIV por la zona. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 18 de febrero de 1682. AGS, Estado Flandes, 3869. Las agresiones fueron la tónica dominante dándose cuenta de numerosos ataques en distintos puntos de los Países Bajos. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 12 enero de 1681. AGS, Estado Flandes, leg. 3866; Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 4 de febrero de 1681. AGS, Estado Flandes, leg. 3866. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 23 de abril de 1681. AGS, Estado Flandes, leg. 3866. Consulta de Consejo de Estado. Madrid, 27 de diciembre de 1681. AGS, Estado Flandes, 3867; Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 14 de septiembre de 1683. AGS, Estado Flandes, leg. 3873. Consulta del Consejo de Estado Madrid, 9 de diciembre de 1683. AGS, Estado Flandes, leg. 3873.

22. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 18 de febrero de 1682. AGS, Estado Flandes, leg. 3869.

23. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 26 de febrero de 1682. AGS, Estado Flandes, leg. 3869.

24. El enviado de Módena calificó de «troppo dispotico» este movimiento de Medinaceli. Carta de Pietro Paolo Dini al duque de Módena. Madrid, 22 de mayo de 1682. Archivio di Stato di Modena (ASMo), Carteggio ambasciatori Spagna, 62. La reina madre escribió a su hermano el emperador para que permitiese a Grana entrar al servicio de su hijo. Carta del marqués del Fresno al conde de Prades. Madrid, 19 de marzo de 1682. Archivo Histórico de la Nobleza (AHNOB), Frías, c. 176.

25. Carta del marqués del Fresno al conde de Prades. Madrid, 19 de marzo de 1682. AHNOB, Frías, c. 176.

26. Despacho del marqués de Grana a Carlos II. Bruselas, 9 de septiembre de 1682. Biblioteca Nacional de España (BNE), ms. 9888, ff. 100r.-101r.

27. Despacho del marqués de Grana a Carlos II. Bruselas, 20 de mayo de 1682. BNE, ms. 9888, ff. 23r.-24v.

Aun así, los esfuerzos que podía aplicar el marqués eran limitados e informaba de la necesidad de situar al menos dos mil hombres más para que Luxemburgo pudiese considerarse prevenida, cosa que no había podido ejecutar por la falta de medios[28].

Durante el gobierno de Grana la hipotética paz con Francia se fue resquebrajando aún más. Los movimientos franceses en territorios bajo la soberanía de Carlos II provocó un aumento desmedido de la tensión entre ambas coronas hasta que se produjo la declaración oficial de guerra a finales del año de 1683[29]. De forma inmediata se produjeron los primeros reveses para la monarquía con la pérdida de las plazas de Courtrai y Dixmuda en noviembre de 1683. Ambas cayeron con pasmosa facilidad debido al pobre estado de sus fortificaciones y la escasa guarnición que albergaban. De esta fatídica forma comenzaba un conflicto que no auguraba nada bueno ni para la monarquía ni para su primer ministro[30].

## 5. La caída de Luxemburgo ¿detonante del fin del ministerio de Medinaceli?

La caída de Medinaceli del primer ministerio no ha sido examinada de forma sistemática –como tampoco lo ha sido su personaje– a diferencia de otros personajes que ejercieron posiciones de poder como son los casos del conde-duque de Olivares, Luis de Haro o, ya en el reinado de Carlos II, Fernando de Valenzuela. En este sentido, sobre la caída del VIII duque se cuenta con un capítulo que examina la trayectoria general del personaje (Álamo Martell, 2004) y la obra de Maura. Al respecto de la segunda, si bien es un material en el que se siguen apoyando los historiadores del reinado de Carlos II, en lo referente al primer ministro adolece de considerables lagunas y achaca su caída de forma fundamental a intrigas cortesanas (Maura Gamazo, 1990: 303-310).

En este marco conviene, por tanto, esbozar someramente algunas de las causas de la defenestración de Medinaceli para dotarla de la complejidad y la entidad que tuvo un proceso que, en ocasiones, se ha simplificado. Desentrañar de forma pormenorizada cada uno de estos factores supera el ámbito de este estudio, pero sí pueden determinarse el papel y la intensidad que tuvo la derrota militar que sufrieron las fuerzas de la monarquía en Luxemburgo e insertarlo en un espectro más amplio conectado con algunas de las dinámicas cortesanas del momento.

En primer lugar, cabe destacar que desde el estallido de la guerra la situación de Luxemburgo fue en detrimento. En abril de 1684, Luis XIV en persona comandó una fuerza de en torno a 40.000 hombres reunidos en las proximidades de

28. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 22 de noviembre de 1682. AGS, Estado Flandes, leg. 3871.

29. Declaración de guerra. Madrid, 6 de diciembre de 1683. AHN, Consejos, leg. 7269, exp. 29.

30. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 9 de diciembre de 1683. AGS, Estado Flandes, leg. 3873.

Condé y Valenciennes con el objetivo de evitar que se desplazasen hacia el sur tropas de la monarquía que pudiesen auxiliar Luxemburgo. El asedio a esta plaza fue dirigido por el mariscal Crequi, con la ayuda del archiconocido ingeniero Vauban. La estrategia para someter la ciudad –que se encontraba bajo el mando del príncipe de Chimay– fue someterla a un bombardeo de altísima intensidad llegando a utilizar entre 3000 y 4000 proyectiles de mortero entre el 22 y 26 de diciembre del año 1683. A pesar de las pérdidas humanas y materiales la plaza continuó resistiendo, por lo que se decidió avanzar con otro cuerpo de ejército francés que convergiese en Luxemburgo y reforzase su bloqueo (Lynn, 1999: 168)[31].

Desde comienzos del año 1684, ante la crítica situación que atravesaba Luxemburgo, Grana advertía al Consejo de Estado de la necesidad de involucrar activamente a los aliados en la lucha contra Francia. Consideraba que para lograr aliviar la presión sobre la plaza sitiada era fundamental que estos enviasen fuerzas, aunque no fuesen muy numerosas, para divertir los esfuerzos franceses[32]. Sin embargo, las solicitudes del marqués no pudieron ejecutarse y Luxemburgo tuvo que ser defendida fundamentalmente con la guarnición que contaba en ella.

Hacia finales de abril de 1684, las tropas francesas cercaron gran parte del perímetro de la ciudad con líneas de trincheras[33]. La guarnición, que se estimaba en unos 2500 hombres, presentó una considerable resistencia y protagonizó diversas salidas con el fin de romper el sitio (Lynn, 1999: 168). Sin embargo, a pesar de los arduos combates librados la situación para los defensores era desesperada. Ante la falta de municiones y con la escasa esperanza de la llegada de refuerzos el príncipe de Chimay negoció la rendición de la plaza –firmada el 4 de junio– y salió de ella con las banderas el día 7[34].

La pérdida de Luxemburgo fue un duro revés para la monarquía ya que se debilitaba su presencia en el territorio situado entre los ríos Mosa y Rin, el cual era uno de los designios de la corona francesa. Ya se había demostrado con la toma de Lorena en 1670, el Franco Condado en 1674 o Estrasburgo en 1681. La caída de este ducado en la órbita francesa reforzaba su presencia en esta zona, ayudaba a bloquear la posible llegada de tropas imperiales por la zona del Rin y aumentaba la vulnerabilidad de la frontera meridional de los Países Bajos españoles (Stoye, 2018: 280-287).

También afectó negativamente a Medinaceli que, aunque seguía gozando de una influencia de enorme importancia, comenzaba a mostrar ciertos signos de desgaste tal y como refleja el detrimento de su salud o el refuerzo de la oposición de algunos cortesanos como el condestable o la facción de los Haro. La

31. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 22/V/1684. AGS, Estado Flandes, leg. 3874.
32. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 8 de febrero de 1684. AGS, Estado Flandes, leg. 3874.
33. Plano del asedio de Luxemburgo de 1684. Biblioteca Nacional de Francia (BNF), GED-6467.
34. Relación que hace el príncipe de Chimay de todo lo que mandó en el sitio de Luxemburgo desde el 28 de abril de 1684 que los enemigos tomaron puestos hasta el 7 de junio que salió la guarnición de dicha villa. AGS, Estado Flandes, leg. 3876.

capitulación de esta plaza alimentó a los detractores del primer ministro que comenzaron de forma inmediata a criticar las acciones de Grana. El marqués intentó justificar su gobierno y la pérdida del ducado arguyendo la escasez y la falta de calidad de las tropas, así como el abandono de los aliados[35].

Dentro del Consejo de Estado hubo una corriente especialmente crítica con la gestión de Grana encabezada por uno de los rivales de Medinaceli, el condestable de Castilla. Íñigo Melchor Fernández de Velasco no tardó en reprobar la acciones del gobernador considerando que no había sido capaz de proporcionar los recursos necesarios para la defensa de la plaza perdida. Argumentaba el condestable que si Grana hubiese desplazado de la retaguardia 1000 o 2000 hombres más se habría podido mantener la defensa de Luxemburgo el tiempo suficiente para su liberación. Con una actitud diferente encaró el almirante –en aquel momento más cercano a la posición del primer ministro– el debate que se produjo en el Consejo. En opinión de Juan Gaspar Enríquez de Cabrera era primordial averiguar exactamente lo que había sucedido para acabar con un desenlace militar tan desastroso, pero consideraba que no se podía imputar al gobierno de Grana esta pérdida. En esta misma dirección se movía, por ejemplo, el marqués de los Balbases –apoyo y confidente de Medinaceli–, que achacaba la derrota sufrida al abandono de los aliados[36].

La pérdida de Luxemburgo se convirtió en un arma política de gran utilidad para minar el papel de Medinaceli como director de los asuntos de Estado de la monarquía. El envío de Grana había sido promovido por el primer ministro y el pésimo desenlace de la guerra que se auguraba no ayudaba a que mantuviese una posición sólida. Acusar a Grana de incompetente y achacarle la pérdida de Luxemburgo era una forma eficaz de alimentar la oposición contra el primer ministro y de sembrar en el ánimo del rey la duda de si Medinaceli debía continuar al frente del gobierno.

Aunque el fracaso en el escenario de los Países Bajos fue un revés de importancia, cabe preguntarse si fue este tropiezo el que supuso el final del ministerio de Medinaceli. La pérdida de Luxemburgo fue un mazazo y sería perfectamente lógico pensar que esta crisis supuso la caída en desgracia del duque, pero esto sería una verdad parcial ya que influyeron otros factores y otros actores para poner punto y final al ministerio que Juan Francisco Tomás de la Cerda había iniciado en 1680.

No cabe duda de que en junio de 1684 la supervivencia política de Medinaceli como primer ministro se había complicado de forma considerable. Sin embargo, desde la pérdida de Luxemburgo hasta la caída de Juan Francisco Tomás de la Cerda del primer ministerio transcurrió aproximadamente un año, de tal manera que el duque, a pesar de los sonoros fracasos en el exterior, demostró una notable capacidad de resistencia. En este sentido, cabe destacar la casi profética sentencia

35. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 5 de julio de 1684. AGS, Estado Flandes, leg. 3875.
36. *Ibidem*.

que emitió un enviado florentino en la corte: «Solo las miserias públicas y el rey de Francia podrán remover el duque del primer ministerio»[37].

Los factores que motivaron la defenestración del primer ministro no pueden circunscribirse al punto de Luxemburgo, sino que abarcan aspectos relacionados tanto con los reveses bélicos como con los cambios acaecidos en el seno de la corte. En lo concerniente a las adversidades frente a Francia igual de relevante –para la caída de Medinaceli– fue el terrible bombardeo que sufrió la ciudad de Génova, en mayo de 1684, a manos de una escuadra gala. El tradicional aliado de la monarquía en el Mediterráneo occidental, tras este ataque, tuvo una sensación de desamparo frente a las fuerzas francesas produciéndose de este modo una situación delicada en las relaciones hispano-genovesas (Herrero Sánchez, 2001, 2004, 2005, 2011; Bitossi, 1988, 2011; Ceccarelli, 2022).

La cristalización de estos fracasos frente a Francia se produjo con la firma de la tregua de Ratisbona el 15 de agosto de 1684. El triunfo de Luis XIV era innegable y su preponderancia sobre el continente europeo parecía más clara que nunca. En este tratado se devolvían a la monarquía las plazas de Courtrai y Dixmuda –tras demoler sus fortificaciones– y Francia retenía Luxemburgo y el enclave de Estrasburgo que había logrado tomar en 1681. La tregua, con una duración prevista de 20 años, era una ratificación de las victorias francesas y un apuntalamiento de las posiciones que había ganado en su frontera nororiental (Lynn, 1999: 169).

Aunque la diplomacia carolina se esforzó por incluir a la república de Génova dentro de la tregua que se iba a firmar con la corona francesa, estos esfuerzos fueron inútiles ya que quedó finalmente excluida[38]. De hecho, Luis XIV obligó al dux genovés a trasladarse hasta París, acto que fue considerado una humillación sin precedentes hacia esta república[39]. La incapacidad de la monarquía de incluir a esta república en un tratado conjunto fue otro fracaso que se incluyó dentro de la gestión realizada durante los años del ministerio de Medinaceli.

Como se puede comprobar, la pérdida de Luxemburgo fue un importante factor dentro de los reveses militares acontecidos en 1684, pero no el único. Además, hay que considerar que la caída de Medinaceli se debió a la sucesión de fracasos frente a Francia y también a un espectro de factores internos mucho mayor. Es indispensable centrar la vista en las conexiones y los efectos recíprocos entre este ámbito «exterior» e «interior», concretamente, en las dinámicas que se fueron desarrollando en la corte y que, poco a poco, fueron minando la posición del primer ministro.

Al igual que la consecución del ministerio dependió de una multiplicidad de factores, la pérdida del mismo tampoco fue un camino lineal, sino complejamente

37. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 20 de junio de 1680. ASF, Mediceo del principato, filza, 5065.

38. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 29 de enero de 1685. AGS, Estado Flandes, leg. 3877.

39. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 10 de abril de 1685. AGS, Estado Génova, leg. 3621. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 18 de agosto de 1685. AGS, Estado Génova, leg. 3621.

ramificado. Luxemburgo fue un hito –aunque no el único– dentro de la progresiva pérdida de influencia que experimentó Medinaceli desde el último tercio de 1683 tras haber sufrido una apoplejía que puso en riesgo su vida[40]. Las enfermedades fueron, hasta cierto punto, regulares durante la madurez de Medinaceli. Ya en la segunda mitad de la década de 1670 había acusado en varias ocasiones indisposiciones de más o menos gravedad que le habían provocado estar en cama durante varios días[41].

En muchas ocasiones, las dolencias formaban parte de la estrategia social y eran más que una enfermedad real un fingimiento utilizado para eludir ciertas situaciones, encuentros o compromisos que podían resultar perjudiciales o inoportunos. Sin embargo, en el caso de Medinaceli parece que los achaques que tuvo a lo largo de la década de 1680 fueron plenamente reales ya que se llegó a dudar de que lograse superarlos en varias ocasiones. Los accidentes de salud continuaron hasta el fin de su ministerio, aunque los intentaba disimular, era notorio su detrimento físico y la necesidad de tratarse de forma constante, sobre todo a través de sangrías[42].

El progresivo declive físico, acelerado considerablemente a finales de 1683, fue un factor determinante en la progresiva pérdida de influencia de Medinaceli. Aunque intentó mostrar robustez su salud se iba resintiendo de forma clara. Un hombre en la posición de Medinaceli no podía permitirse el lujo de mostrarse en una convalecencia constante ni ausentarse del despacho ya que su detrimento de salud se asociaba a una debilidad en el plano político que podía reforzar la oposición a su persona.

Además del frágil estado de salud del duque, habría que tener presente la enemistad que le mostró Mariana de Austria cuando se avecinaba el final de su etapa como primer ministro. La reina no había sido partidaria en un comienzo de la fórmula ministerial habiendo preferido un sistema de junta que asesorase a su hijo. Sin embargo, cuando Carlos II decidió decantarse por elegir un único ministro que encabezase el gobierno consideró que, frente a la amenaza que suponía el clan familiar de los Haro y la menor inclinación que sentía su hijo hacia el condestable, Medinaceli era el menor de los males[43].

Existió cierta cooperación entre Medinaceli y Mariana a lo largo de este lustro, pero desde mediados de 1684 hubo un considerable distanciamiento entre ellos.

40. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 15 de julio de 1683. ASF, Mediceo del principato, filza, 5066.

41. Carta de Vieri di Castiglione a Francesco Panciatichi. Madrid, 9 de diciembre de 1676. ASF, Mediceo del Principato, filza 4981.

42. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 9 de marzo de 1684. ASF, Mediceo del principato, filza, 5066.

43. Carta de Giovanni Benedetto Pichenotti al gobierno de Génova. Madrid, 23 de febrero de 1680. ASGE, Archivio Segreto, lettere ministri Spagna, 2459. Carta de Giovanni Benedetto Pichenotti al gobierno de Génova. Madrid, 10 de octubre de 1679. ASGE, Archivio Segreto, lettere ministri Spagna, 2458.

La reina fue instada por algunos adversarios del primer ministro –especialmente por el conde de Mansfeld, embajador cesáreo– a que cooperase en la caída del primer ministro y, poco a poco, a medida que el ambiente cortesano ponía de manifiesto la escasa probabilidad de que el duque se mantuviese, la oposición de Mariana fue en aumento[44]. También favoreció la progresiva hostilidad de Mariana que la reina María Luisa de Orleans, casi a finales de 1684, comenzase a apoyar al duque de una manera notoria –aunque durante un tiempo no le hubiese sido una persona grata–. La rivalidad entre ambas reinas provocó que este apoyo de la reinante al primer ministro fuese un acicate para que Mariana enfriase aún más su relación con Medinaceli[45].

Sin embargo, la situación del duque, durante la primavera de 1685, era completamente insostenible. Ambas reinas coincidieron en la necesidad de que Medinaceli abandonase su puesto, lo cual fue, sin lugar a duda, un aspecto clave en la definitiva defenestración de este primer ministro[46]. La relación, un tanto ambivalente, que mantuvo con ambas mujeres determinó de forma clara su estrategia cortesana y también articuló en buena medida los últimos pasos que dio durante su ministerio. La final oposición de las reinas –que no se había generado por los fracasos de las armas de la monarquía en el exterior– fue fundamental para establecer el marco en el que se inserta la caída de Juan Francisco Tomás de la Cerda.

También hay que considerar la constante oposición que emprendieron los Haros durante los cinco años del ministerio, fundamentalmente el marqués del Carpio y el conde de Monterrey[47]. Medinaceli temía la posibilidad de la vuelta de Carpio a Madrid –se hallaba desempeñando el puesto de embajador en Roma a comienzos de 1680– al ser un rival político notable[48]. El marqués era el primogénito de Luis de Haro, y entendía que por cuna debía optar a la misma posición que había tenido su padre. Sin embargo, el duque gracias a su influencia sobre el favor real logró mantenerlo alejado al lograr un exilio dorado para Carpio con la concesión del virreinato de Nápoles[49].

44. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 14 de mayo de 1684. ASF, Mediceo del principato, filza, 5066.

45. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 10 de agosto de 1684. ASF, Mediceo del principato, filza, 5066.

46. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 31 de mayo de 1685. ASF, Mediceo del principato, filza, 5076.

47. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 15 de agosto de 1680. ASF, Mediceo del principato, filza, 5065. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 30 de julio de 1682. ASF, Mediceo del principato, filza, 5066.

48. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 31 de diciembre de 1682. ASF, Mediceo del principato, filza, 5066.

49. Carta de Fernando de Aragón al marqués de Villagarcía. Madrid, 25 de agosto de 1682. AHN, Estado, lib. 176. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 11 de agosto de 1682. AGS, Estado Nápoles, leg. 3310.

Sin embargo, el hermano de Carpio, el conde de Monterrey, permaneció en Madrid y se erigió como la cabeza en la corte del partido de los Haro. En el ínterin entre la muerte de don Juan José de Austria, en septiembre de 1679, y el nombramiento de Medinaceli como primer ministro en febrero de 1680 intentó aspirar al valimiento, pero no tuvo éxito (Carrasco Martínez, 1999: 115)[50]. El conde emprendió una oposición constante a Medinaceli, sobre todo, tras ver cómo quedaba excluido de los nombramientos de nuevos consejeros de Estado –puesto al que aspiraba con anhelo– que se produjeron en abril de 1680[51].

Intentó a través de diversas «trazas» minar la posición de Medinaceli y, aunque no logró auparse al valimiento, sí fueron una molestia constante para el primer ministro las maniobras de Monterrey, del cual desconfiaba continuamente[52]. De hecho, entre el final de 1680 y el comienzo de 1681, Monterrey fue expulsado de la corte por conspirar –junto con otros aristócratas como el duque del Infantado, el marqués de Mancera o el duque de Osuna– para defenestrar a Medinaceli[53].

Es necesario subrayar también la progresiva pérdida de ascendiente sobre el rey debido al paulatino ascenso del conde de Oropesa. De gran relevancia fue el nombramiento de este último como presidente del Consejo de Castilla por iniciativa propia del rey sin intervenir y ni siquiera informar a Medinaceli. Este acto sorprendió a la corte tal y como desprenden las palabras del duque de Montalto: «De aquí puedo decirte haber hecho su majestad (ex: motu proprio) elección del conde de Oropesa para presidente de Castilla con total independencia del primer ministro, para el cual no ha sido muy de su agrado esta provisión»[54].

Gestos como este auguraban que la caída del duque era inminente y así era percibido por el conjunto de la corte. El nombramiento de Oropesa como presidente de Castilla reforzaba la idea de que era el nuevo hombre fuerte de la corte y la persona a la que Carlos favorecía con mayor notoriedad. Comentaba el embajador florentino, en junio de 1684, que Medinaceli se tambaleaba en el valimiento, pero no lo relacionaba con los reveses bélicos frente a las fuerzas francesas, sino con la perdida de afecto del rey y el aumento de protagonismo de Oropesa[55].

50. Carta de Vieri di Castiglione a Francesco Panciatichi. Madrid, 28 de septiembre de 1679. ASFI, Mediceo del Principato, filza 4982.

51. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 15 de agosto de 1680. ASF, Mediceo del Principato, filza 5065.

52. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 20 de noviembre de 1681. ASF, Mediceo del principato, filza, 5065.

53. Carta del nuncio a la secretaría. Madrid, 1 de enero de 1681. Archivio Apostolico Vaticano (AAV), Descifrati Nunzio alla Segretaria, Spagna, sig. 158. Carta de Federico Cornaro. Madrid, 30 de enero de 1681. ASV, Dispacci al Senato degli Ambasciatori, Spagna, Rubriche K4.

54. Carta de Fernando de Aragón al marqués de Villagarcía. Madrid, 29 de junio de 1684. Archivo Histórico Nacional, AHN, Estado, lib. 176.

55. Carta de Octavio Tancredi a Carlo Antonio Gondi. Madrid, 29 de junio de 1684. ASF, Mediceo del Principato, filza 4983.

El rol de Oropesa se configuró como un factor de enorme importancia en la caída del duque. El desenlace perjudicial de un conflicto frente a Francia era algo esperado y la opción menos dañina para Medinaceli fue, en un primer momento, evitar el rompimiento y, una vez declarada la guerra, amortiguar en la medida de lo posible las pérdidas que previsiblemente se iban a producir. Sin embargo, aunque la gestión de la guerra era un punto fundamental para la supervivencia política del duque, el ascenso de Oropesa, antaño uno de sus apoyos. El aumento de influencia del conde había avivado la desconfianza del primer ministro hacía él, lo que produjo un enfriamiento de la relación entre ambos, lo cual se reveló como un asunto crítico para la permanencia de Medinaceli en su posición.

El conde representaba un firme candidato a sucederle en sus funciones, lo cual no se había producido durante los cuatro años que llevaba ejerciendo el ministerio. La posibilidad de ser reemplazado y de perder el estrecho vínculo con el rey se materializaba día a día con el aumento de influencia de Oropesa que, tras lograr la presidencia de Castilla –a pesar de la oposición del primer ministro que prefería introducir a una persona más parcial a sus intereses–, se configuraba como uno de los hombres más fuertes de la corte[56].

Este conglomerado de acontecimientos provocó lo que realmente podía poner a Medinaceli fuera del ministerio: la pérdida de la confianza del rey. Si bien la relación con el rey –que había aupado al duque al ministerio– había sido sumamente estrecha, poco a poco se fue debilitando. La oposición ejercida por diversos personajes de peso en la corte, sumado a las derrotas de la monarquía frente a Luis XIV, fueron minando el afecto del rey hacia su primer ministro. Sin embargo, una de las mayores desavenencias que mostró el soberano en público hacia Medinaceli no se debió ni a la pérdida de Luxemburgo ni tampoco a la desventajosa tregua de Ratisbona, sino a las estrechez de medios que había en la casa real. El primer ministro había intentado reencauzar las finanzas de la monarquía y sanear la Hacienda, pero esto había repercutido directamente en el día a día del soberano. Carlos II llegó a declarar a Medinaceli que «en tiempo de don Fernando de Valenzuela, que tanto condenó, hubo mejor y bastante disposición para toda la corona y de la real casa»[57].

Medinaceli pugnó por mantener su ascendiente sobre Carlos II, pero a mediados de 1685 la lucha para él estaba perdida. Al igual que había sucedido con los validos desde comienzos del siglo XVII, la pérdida de la confianza y la gracia del soberano conllevaba ser apartado de esta preeminente posición y de la dirección de los asuntos de Estado (Tomás y Valiente, 1982: 11; Benigno, 1994: 10; Thompson, 1999: 26). La pérdida de la plaza de Luxemburgo fue un aspecto más que se

56. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III de Medici. Madrid, 29 de junio de 1684. ASF, Mediceo del Principato, filza, 5066.

57. Carta de Carlo Ridolfi a Cosimo III. Madrid, 9 de marzo de 1684. ASF, Mediceo del principato, filza, 5066.

diluye en la miríada de elementos que propiciaron la disolución de este vínculo entre el soberano y su primer ministro. La pérdida del afecto de Carlos II fue la definitiva sentencia que marcó el fin del ministerio de Juan Francisco Tomás de la Cerda.

Se puede apreciar que Luxemburgo fue un combustible muy eficaz para alimentar la oposición a Medinaceli y acelerar el resquebrajamiento de su posición. De hecho, la pérdida de esta plaza fue especialmente dolorosa para la monarquía y jugó un papel fundamental en negociaciones de paces futuras como fue el caso de Rijswijk (Bravo Martín, 2023; Serrano de Haro, 1995). Sin embargo, no se puede achacar exclusivamente a esta derrota la caída de un primer ministro de la talla del duque ya que sería inexacto. Juan Francisco Tomás de la Cerda continuó ejerciendo su ministerio durante casi un año y siguió gozando de gran influencia, aunque mermada si lo comparamos con los años 1682 y 1683. La caída de esta plaza hirió gravemente a Medinaceli en el terreno político y tuvo una relevancia nada desdeñable, pero fue necesaria la conjunción de más golpes en otros ámbitos para terminar de acabar con él.

## 6. Bibliografía

Álamo Martell, María Dolores (2004), «El VIII duque de Medinaceli. Primer ministro de Carlos II», en Luis Suárez Fernández y José Antonio Escudero López (coords.), *Los Validos*, Madrid: Dykinson, pp. 547-572.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (1992), «Fueros, cortes y clientelas. El mito de Sobrarbe, Juan José de Austria y el reino paccionado de Aragón (1669-1678)», *Pedralbes*, 12, pp. 239-292.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (2002), *La república de las parentelas: el Estado de Milán en la monarquía de Carlos II*, Mantua: Gianluigi Arcari.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (2015), «Precedencia ceremonial y dirección del gobierno. El ascenso ministerial de Fernando de Valenzuela en la corte de Carlos II», en Bernardo José García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (eds.), *Vísperas de sucesión. Europa y la Monarquía de Carlos II*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, pp. 21-55.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (2019), «El espacio de la privanza. Fernando de Valenzuela y los Reales Sitios», en Marina Mestre-Zaragoza (coord.), *L'Espagne de Charles II, une modernité paradoxale, 1665-1700*, París: Classiques Garnier, pp. 47-68.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (2021), «De conductor de embajadores a privado. Fernando de Valenzuela y las redes diplomáticas en la corte de Mariana de Austria», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Los embajadores: representantes de la soberanía, garantes del equilibrio, 1659-1748*, Madrid: Marcial Pons, pp. 49-81.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (2023), «La caída anunciada: Fernando de Valenzuela, nuevo Ícaro», *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 9/18, pp. 75-101.

Antón Infante, Lucas (2019), *El Consejo de Indias en la monarquía hispánica de Carlos II, 1665-1700*, Universidad Complutense de Madrid (Tesis doctoral).

Arroyo Vozmediano, Julio (2020), «Carlos II y su Hechizo. Crónica y leyenda de un rey inacabado», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV. Historia Moderna*, 33, pp. 19-42.

Barrios Pintado, Feliciano (1984), *El Consejo de Estado de la Monarquía española, 1521-1812*, Madrid: Consejo de Estado.

Bély, Lucien (2008), «La representación de la frontera en las diplomacias durante la Época Moderna», *Manuscrits*, 26, pp. 35-51.

Bély, Lucien (2009), *La France au XVII siècle. Puissance de l'État, contrôle de la société*, París: PUF.

Benigno, Franceso (1994), *La sombra del rey. Validos y lucha política en la España del siglo XVII*, Madrid: Alianza.

Bérenger, Jean (2004), *Léopold I (1640-1705), fondateur de la puissance autrichienne*, París: PUF.

Bitossi, Carlo (1988), «Il picolo sempre succombe al grande: la Repubblica di Genova tra Francia e Spagna, 1684-1685», en *Il bombardamento di Genova nel 1684. Atti della Giornata di studio nel terzo centenario*, Génova: Quercia dizioni, pp. 39-69.

Bitossi, Carlo (2011), *1684. La Repubblica sfida il Re Sole*, Roma: Laterza.

Black, Jeremy (1990), *The Rise of European Powers 1679-1793*, Londres: Edward Arnold.

Boyden, James M. (1999), «"De tu resplandor, te ha privado la fortuna": Los validos y sus destinos en la España de los siglos XV y XVI», en John H. Elliott y Laurence Brockliss (dirs.), *El mundo de los validos*, Madrid: Taurus, pp. 43-59.

Boyden, James M. (2015), *Les Secrets de Louis XIV. Mystères d'État et pouvoir absolu*, París: Tallandier.

Bravo Lozano, Cristina (2018), «Tramoya de concordia. La preparación de la plenipotencia española en el congreso de Nimega», en José Ignacio Fortea Pérez, Juan Eloy Gelabert Gonzalez, Roberto López Vela y Elena Postigo Castellanos (coords.), *Monarquías en conflicto. Linajes y noblezas en la articulación de la Monarquía Hispánica*, Santander: Universidad de Cantabria, pp. 119-132.

Bravo Lozano, Cristina y Quirós Rosado, Roberto (coords.) (2015), *Los hilos de Penélope: lealtad y fidelidades en la Monarquía de España, 1648-1714*, Valencia: Albatros.

Bravo Lozano, Cristina y Quirós Rosado, Roberto (coords.) (2018), *La corte de los chapines: mujer y sociedad política en la monarquía de España, 1649-1714*, Milán: EDUCatt.

Burke, Peter (1995), *La fabricación de Luis XIV*, San Sebastián: Nerea.

Bustos Rodríguez, Manuel (1983), *Un comerciante saboyano en el Cádiz de Carlos II (Las memorias de Raimundo de Lantery. 1673-1700)*, Cádiz: Caja de Ahorros de Cádiz.

Cánovas del Castillo, Antonio (1910), *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*, 2.ª ed., Madrid: José Ruiz Editor.

Carrascal Muñoz, José María (2006), *La guerra de Dios. Peste y milagro en la bahía de Cádiz (1680-1681)*, Sevilla: Universidad de Sevilla.

Carrasco Martínez, Adolfo (1999), «Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II», *Studia Historica. Historia Moderna*, 20, pp. 77-136.

Castilla Soto, Josefina (1990), «El "valimiento" de don Juan de Austria (1677-1679)», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, 3, pp. 197-211.

Ceccarelli, Alessia (2022), «The Navy of the Republic of Genoa in the Context of Mediterranean Military Renewal (16-17 Centuries)», *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2, pp. 69-98.

Cénat, Jean-Philippe (2010), *Le roi stratège. Louis XIV et la direction de la guerre, 1661-1715*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes.

Cornette, Joël (2007), *Mémoires de Louis XIV ou le Métier de roi*, París: Tallandier.
Domínguez Ortiz, Antonio (1992), «Introducción al testamento de Carlos II», en *Testamento de Carlos II*, ed. facsímil, Madrid: Editora Nacional.
Fernández Giménez, María del Camino (2004), «Valenzuela: valido o primer ministro», en José Antonio Escudero López (coord.), *Los validos*, Madrid: Dykinson, pp. 353-405.
Fernández-Nadal, Carmen-María (2009), *La política exterior de la monarquía de Carlos II: El consejo de Estado y la embajada en Londres (1665-1700)*, Gijón: Ateneo Jovellanos.
Font de Villanueva, Cecilia (2008), «La estabilización monetaria de 1680-1686. Pensamiento y política económica», *Estudios de Historia Económica*, 52, pp. 13-118.
González Cuerva, Rubén, «La última cruzada. España en la guerra de la Liga Santa (1683-1699)», en Porfirio Sanz Camañes (ed.), *Tiempo de cambios: guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*, Madrid: Actas pp. 221-249.
Gómez Martínez, Enrique (1999), «La epidemia de peste de 1680 en Andújar. Repercusión económica y demográfica», en Marion Reder Gadow (coord.), *Actas del Congreso sobre la Andalucía de finales del siglo XVII*, Cabra: Ayuntamiento de Cabra, pp. 89-104.
Gómez-Centurión Jiménez, Carlos María (1982), «La Guardia Chamberga, don Juan José de Austria y la opinión pública madrileña», en VV. AA., *Temas de Historia Militar: 1.er Congreso de Historia Militar*, vol. II, Zaragoza: Estado Mayor del Ejército, pp. 250-262.
Gómez-Centurión Jiménez, Carlos María (2003), «Al cuidado del cuerpo del rey: Los sumilleres de corps en el siglo XVIII», *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos*, 2, pp. 199-239.
Griesbach, Jan (2006), *Kaiser Leopold I und die Wiener Monarchie bis zum Ausbruch des Spanischen Erbfolgekrieges*, Leipzig: Grin.
Hermant, Heloïse (2012), *Guerre de plumes. Publicité et cultures politiques dans l'Espagne du XVIIe siècle*, Madrid: Casa de Velázquez.
Herrero Sánchez, Manuel (1995), «La monarquía hispánica y el Tratado de La Haya de 1673», *Diálogos Hispánicos*, 16, pp. 103-118.
Herrero Sánchez, Manuel (2000), *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid: CSIC.
Herrero Sánchez, Manuel (2001), «Una república mercantil en la órbita de la monarquía católica (1528-1684): hegemonía y decadencia del agregado hispano-genovés», en Bruno Antra y Francesco Manconi (coords.), *Sardegna, Spagna e Stati italiani nell'età di Carlo V*, Roma: Carocci, pp. 183-200.
Herrero Sánchez, Manuel (2004), «Génova y el sistema imperial hispánico», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño y Bernardo José García García (coords.), *La monarquía de las naciones: patria, nación y naturaleza en la monarquía de España*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, pp. 529-562.
Herrero Sánchez, Manuel (2005), «La quiebra del sistema hispano-genovés (1627-1700)», *Hispania: Revista Española de Historia*, 65/219, pp. 115-151.
Herrero Sánchez, Manuel (2011), *Génova y la monarquía hispánica (1528-1713)*, Génova: Societá Ligure di Storia Patria.
Herrero Sánchez, Manuel (2019), «Los Países Bajos en la estructura imperial hispánica durante el reinado de Carlos II», en Marina Mestre-Zaragoza (coord.), *L'Espagne de Charles II, une modernité paradoxale, 1665-1700*, París: Classiques Garnier, 2019, pp. 107-154.
Hochedlinger, Michael (2003), *Austria's Wars of Emergence, 1683-1797*, Londres-Nueva York: Routledge.

Kalnein, Albrecht Graf Von (2010), *Juan José de Austria en la España de Carlos II. Historia de una regencia*, Lleida: Milenio.

Lanza García, Ramón (2023), «La reforma monetaria de 1680-1686 y la depresión económica en Castilla a finales del siglo XVII», en Ramón Lanza García (coord.), *Finanzas y crisis financieras en la Monarquía Hispánica, siglo XVI-XVII*, Madrid: Marcial Pons, pp. 379-436.

Lynn, John (1999), *The Wars of Louis XIV (1667-1714)*, Londres y Nueva York: Routledge.

Maffi, Davide (2010), *La cittadella in armi: esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II, 1660-1700*, Milán: Franco Angeli.

Maffi, Davide (2014), «El peso de Marte. El sistema del remplazo militar y la conregazione dello Stato en el Milanesado español (1662-1700)», *Chronica Nova: Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 40, pp. 53-75.

Maffi, Davide (2016), «El gigante olvidado. El ejército de Carlos II: entre la decadencia y la conservación (1665-1700)», en María del Carmen Saavedra Vázquez (ed.), *La decadencia de la Monarquía Hispánica. Viejas imágenes y nuevas aportaciones*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 111-128.

Manescau Martín, María Teresa (2004), «Don Juan José de Austria ¿Valido o dictador?», en José Antonio Escudero López (coord.), *Los validos*, Madrid: Dykinson, pp.447-541.

Maura Gamazo, Gabriel (1990), *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid: Aguilar.

Maura Gamazo, Gabriel (2018), *Carlos II y su corte*, tomo II, 1.ª ed., Madrid: BOE.

Mitchell, Silvia Z. (2019), *Queen, Mother and Stateswoman. Mariana of Austria and the Government of Spain*, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.

Oliván Santaliestra, Laura (2006), *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII*, Universidad Complutense de Madrid (Tesis doctoral).

Perréon, Stéphane (2017), *Vauban*, París: Ellipses.

Ribot García, Luis (1999), «Carlos II. El centenario olvidado», *Studia Historica. Historia Moderna*, 20, pp. 19-44.

Ribot García, Luis (2002), *La monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)*, Madrid: Actas.

Ribot García, Luis (dir.) (2009), *Carlos II: el rey y su entorno cortesano*, Madrid: CEEH.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2006), «El reclutamiento de españoles para el ejército de Flandes durante la segunda mitad del siglo XVII», en Enrique García Hernán y Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, vol. II, Madrid: Laberinto, pp. 395-434.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2007), *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668): guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2011a), *Los tambores de Marte: el reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1710)*, Valladolid: Universidad de Valladolid.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2011b), «El precio de la fidelidad dinástica: la colaboración económica y militar entre la monarquía hispánica y el imperio durante el reinado de Carlos II (1665-1700)», *Studia Historica. Historia Moderna*, 33, pp. 141-176.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2013), «La recuperación del prestigio militar en la Italia española: la gran recluta de 1680», en José Manuel Bernardo Ares (coord.), *El cardenal Portocarrero y su tiempo: Biografías estelares y procesos influyentes*, Madrid: CSED, pp. 557-593.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2016), «Reclutamiento y operaciones de enlace y transporte militar entre España y Milán a finales del siglo XVII (1680-1700)», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5/10, pp. 23-45.

Ruiz Rodríguez, Ignacio (2005), *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un imperio*, Madrid: Dykinson, 2005.

Ruiz Rodríguez, Ignacio (2007), *Don Juan José de Austria en la Monarquía Hispánica. Entre la política, el poder y la intriga*, Madrid: Dykinson.

Ruiz Rodríguez, Ignacio (2008), *Fernando de Valenzuela. Orígenes, ascenso y caída de un Duende de la Corte del Rey Hechizado*, Madrid: Dykinson.

Salinas, David (1989a), *La diplomacia española en las relaciones con Holanda durante el reinado de Carlos II (1665-1700)*, Madrid: Biblioteca Diplomática Española.

Salinas, David (1989b), «La diplomacia española en relación con Holanda durante el reinado de Carlos II: una aproximación a su estudio», *Hispania*, 49/171, pp. 317-324.

Sánchez Belén, Juan Antonio (1996), *La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II*, Madrid: Siglo XXI.

Sánchez Belén, Juan Antonio (1999), «Las relaciones internacionales de la Monarquía Hispánica durante la regencia de doña Mariana de Austria», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 20, pp. 137-172.

Sánchez García de la Cruz, Juan (2023a), «El VIII duque de Medinaceli: ascenso al ministerio y aproximación a sus redes de poder», en Porfirio Sanz Camañes (ed.), *La nobleza titulada en la conservación del imperio español en tiempos de Carlos II*, Madrid: Sílex, pp. 33-55.

Sánchez García de la Cruz, Juan (2023b), «Diplomacia y defensa territorial: tensiones entre el duque de Medinaceli y el embajador cesáreo Mansfeld (1683-1685)», en Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Negociar en la corte del Rey Católico: agencia diplomática y mediación económica en el Madrid de Carlos II. Mo.Do. Rivista di Storia, Scienze umane e Cultural Heritage*, 7-8, pp. 153-174.

Santiago Fernández, Javier de (2000), *Política monetaria en Castilla durante el siglo XVII*, Valladolid: Junta de Castilla y León, 2000.

Santiago Fernández, Javier de (2001), «Carlos II. Balance de un reinado», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 18, pp. 359-379.

Santiago Fernández, Javier de (2021), *Política monetaria y moneda en el reinado de Carlos II*, Madrid: UNED, 2021.

Sanz Ayán, Carmen (1988), *Los banqueros de Carlos II*, Valladolid: Universidad de Valladolid.

Sanz Ayán, Carmen (1996), «Reformismo y Real Hacienda: Oropesa y Medinaceli», en María del Carmen Iglesias Cano (coord.), *Nobleza y sociedad en la España Moderna*, Oviedo: Nobel-Fundación Central Hispano, 1996, pp. 163-184.

Serrano de Haro, Antonio (1992), «España y la paz de Nimega», *Hispania*, 52/2, 181, pp. 564-565.

Serrano de Haro, Antonio (1995), «España y la Paz de Rijswijk. De la Paz de Nimega (1678) a la de Rijswijk (1697)», en Jan Lechner y Harm den Boer (eds.), *España y Holanda. Ponencias leídas durante el Quinto Coloquio Hispano holandés de Historiadores*, Ámsterdam: Rodopi B. V., pp. 119-138.

Storrs, Christopher (1997), «The army of Lombardy and the resilience of Spanish Power in Italy in the reign of Carlos II (1665-1700). Part I», *War in History*, 4, pp. 371-397.

Storrs, Christopher (1999), «Disaster at Darien (1698-1700)? The persistence of Spanish imperial power on the eve of the Demise of the Spanish Habsburgs», *European History Quarterly*, 29/1, pp. 5-38.

Storrs, Christopher (2006), *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford: Oxford University Press.

Stoye, John (2018), *El despliegue de Europa. 1648-1688*, 2.ª ed., Madrid: Siglo XXI.

Thompson, Irving A. (1999), «El contexto institucional de la aparición del ministro-favorito», en John H. Elliott y Laurence Brockliss (dirs.), *El mundo de los validos*, Madrid: Taurus.

Tomás y Valiente, Francisco (1982), *Los validos en la monarquía española del siglo XVII. Estudio institucional*, Madrid: Siglo XX.

Toribio García, Manuel (1993), «La epidemia de peste de 1676-1682 en el Puerto de Santa María. Noticias de ella en el Archivo Municipal de Sanlúcar de Barrameda», *Historia del Puerto*, 10, pp. 47-56.

Trápaga Monchet, Koldo (2015), *La reconfiguración política de la monarquía católica: la actividad de don Juan José de Austria (1642-1679)*, Universidad Autónoma de Madrid (Tesis doctoral).

Valladares Ramírez, Rafael (1998), *La rebelión de Portugal. Guerra, conflicto y poderes en la monarquía Hispánica (1640-1680)*, Valladolid: Junta de Castilla y León.

Van Houtte, Hubert (1927), «Les conférences franco-espagnoles de Deynze (1676-1678) Un essai inconnu de règlement du droit de la guerre», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 9, pp. 191-215.

Vinha, Mathieu da; Maral, Alexandre y Milanoviv, Nicolas (dirs.) (2014), *Louis XIV l'image et le mythe*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci2024254163

# LA POLARIZACIÓN DINÁSTICA EN LOS PAÍSES BAJOS: LA NOBLEZA FLAMENCA BORBONISTA ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA (HACIA 1670-1706)*

## *Dynastic Polarisation in the Spanish Low Countries: The Flemish Bourbonist Nobility between Spain and France (ca. 1670-1706)*

Thomas GLESENER
Universidad de Aix-Marseille. CNRS. TELEMME
thomas.glesener@univ-amu.fr

Fecha de recepción: 06/02/2024
Fecha de aceptación: 06/06/2024

RESUMEN: Este artículo arroja luz sobre el modo en que se construyó la adhesión a la sucesión borbónica en los Países Bajos. El estudio se centra en lo que puede describirse como la base social del borbonismo, a saber, un número relativamente reducido de familias nobles valonas de las provincias fronterizas con Francia. Ya integradas en la dinámica política francesa desde finales del siglo XVII, fueron las primeras en mostrar su adhesión a la nueva dinastía. Sin embargo, la ampliación del apoyo a Felipe V más allá de este primer círculo se debió, en gran medida, al interés de las élites flamencas por preservar las oportunidades que ofrecía la estructura imperial de la monarquía hispánica. Con la reforma del ejército de Flandes, que benefició en gran medida a las élites locales, los Borbones parecieron capaces de reforzar los vínculos entre Bruselas y Madrid.

* El presente ensayo se ha desarrollado dentro del proyecto proyecto I+D Generación de Conocimiento De los reinos al Palacio Real: los agentes y el despacho regio en la monarquía de España, 1659-1725 [PID2023-148329NB-I00], financiado por el MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER/UE y concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación (Gobierno de España).

*Palabras claves*: Países Bajos; reformas borbónicas; guerra de Sucesión de España; Felipe V; Carlos II; Luis XIV; ejército; nobleza.

ABSTRACT: This article sheds light on how adherence to the Bourbons succession was shaped in the Low Countries. The study focuses on what can be described as the social base of Borbonism, namely a relatively small number of Walloon noble families located on either side of the border with France. Already integrated into French political dynamics at the time of the dynastic transition, they were the first to show their attachment to the new dynasty. However, the broadening of support for Philip V, beyond this first circle, was largely due to the interest of the elites in preserving the opportunities offered by the imperial structure of the Hispanic monarchy. With the reform of the army of Flanders, which largely benefited the local elites, the Bourbons seemed to be able to strengthen the links between Brussels and Madrid.

*Key words*: Spanish Low Countries; Bourbon Reformes; Spanish War of Succession; Philip V; Charles II; Louis XIV; Army; Nobility.

## 1. Introducción

Tradicionalmente, desde el siglo XIX, la guerra de Sucesión española fue estudiada como un conflicto esencialmente de dimensión internacional, privilegiando la perspectiva de la historia militar y diplomática. Durante mucho tiempo, el enfoque se redujo a la competición por la hegemonía entre, por un lado, las dos grandes dinastías de los Habsburgo y Borbón; y, por el otro, las dos grandes potencias emergentes que rivalizaban por el control del Atlántico: Inglaterra y Francia (Stanhope, 1832; Baudrillart, 1890-1905). Desde las últimas décadas del siglo XX, se prestó mayor atención a la dimensión interna de esta guerra, es decir, al conflicto civil que desgarró los territorios de la monarquía de España entre partidarios de Felipe V y de Carlos III (Kamen, 1969 y 1980). Esto permitió resaltar el protagonismo de los agentes políticos de la monarquía hispánica, que no fueron actores pasivos en las manos de potencias extranjeras, sino que aprovecharon la crisis dinástica para afirmar posiciones y proyectos que venían gestando desde hacía varias décadas. Por lo tanto, la atención a la dimensión civil obligó a abrir el arco cronológico en el cual se insertaba el conflicto sucesorio. La guerra apareció entonces como un hito mayor durante el cual se desencadenaron tensiones que remontaban hasta mediados del siglo XVII y que no pudieron resolverse por completo hasta mediados del siglo XVIII. Esto significó un cambio importante: la guerra de Sucesión ya no era solamente el resultado de las rivalidades al nivel internacional, sino que había que indagar en las tensiones suscitadas por la crisis política y económica que afectó la Monarquía durante el reinado de Carlos II. Permitía, por lo tanto, conectar el conflicto sucesorio con la gran crisis europea de mediados del siglo XVII y abrir un campo comparativo con las convulsiones

políticas que vivieron en ese mismo periodo otras grandes monarquías como fueron Francia o Inglaterra (León Sanz, 1989; Stradling, 1992; Storrs, 2007 y 2016).

En la larga historiografía de la guerra de Sucesión, la noción de «partido» o «facción» ha sido utilizada para designar los procesos de adhesión a uno u otro bando. Sin embargo, según las épocas y las historiografías, la atención conferida a las «facciones» ha sido muy diferente con los autores atribuyendo a dichos colectivos una importancia y una coherencia política muy variada. Por ejemplo, en la historiografía sobre el conflicto sucesorio en los Países Bajos, se ha hecho un uso muy blando de las «facciones», considerando que la adhesión a una dinastía u otra no tuvo realmente un contenido político y que se trataba ante todo de posiciones oportunistas sin fundamento real. Los historiadores belgas han solido mencionar la existencia de dos bandos en Flandes a inicios del siglo XVIII: los *Carabiniers* (partidarios de Felipe V) y los *Cuirassiers* (partidarios de Carlos III). Hay que resaltar que las menciones de estos términos en las fuentes de la época son muy escasas, lo que probablemente haya incitado a los historiadores a relativizar su alcance. De hecho, un historiador como Van Kalken tenía una visión totalmente despolitizada de las facciones, que consideraba como grupos heterogéneos, sin ninguna coherencia interna, que reunieron de forma efímera a los descontentos del gobierno de turno. Según él, el campo de Felipe V estaba poblado de «los enemigos de los Habsburgo, los descontentos con el reinado de Carlos II, los ambiciosos, siempre dispuestos a aprovechar un cambio de gobierno, y algunos partidarios convencidos de la dominación francesa» (Van Kalken, 1907: 164). Del otro lado, los seguidores de Carlos III eran «nobles irritados por ser suplantados en la corte por los jóvenes oficiales [franceses]; miembros de los consejos y tribunales de justicia adscritos a la dinastía de los Habsburgo, burgueses ricos, patricios acostumbrados a los desórdenes, y a la prodigalidad, en una palabra, a las costumbres españolas» (Van Kalken, 1907: 161).

Esta lectura totalmente despolitizada del proceso de polarización dinástica en los Países Bajos contrasta considerablemente con los estudios que se han llevado a cabo desde hace más de veinte años en la historiografía española sobre la situación en la Península Ibérica. A través de los trabajos pioneros de Virginia León Sanz (1993 y 2014), de Joaquim Albareda (2005 y 2010) o de Roberto Quirós Rosado (2017), el austracismo catalano-aragonés ha sido el más estudiado. Se ha considerado no tan solo como una adhesión fuerte, sino también como un conjunto de grupos sociales federados en torno a un proyecto político compartido. Algunos historiadores, incluso, han inscrito el austracismo en un proyecto político mucho más largo, que se remontaba a la revuelta de los *Segadors* a mediados del siglo XVII, y que expresaba una clara voluntad autonomista difundida entre grupos y clases sociales muy diferentes (Simon i Tarrés, 2011).

Macropolitización por un lado, despolitización por el otro. Esa diferencia se debe, primeramente, a las condiciones de la guerra, ya que no hay indicios en Flandes de una polarización comparable con la que ocurrió en la Península. En ambos territorios de la Monarquía, la realidad política y militar era diferente y

lo que se jugaba en el antagonismo dinástico no tenía la misma proyección en ambos territorios. Mientras que los reinos peninsulares vivieron el enfrentamiento directo entre los dos pretendientes, los Países Bajos fueron objeto de una guerra más compleja, liderada por procuración de los aliados de los pretendientes, en la cual no solo gestaban los intereses de las dos dinastías, sino también de las potencias holandesa, inglesa y bávara. Sin embargo, esas diferencias no explican por sí solas que se hayan hecho interpretaciones tan diferentes de un proceso similar de fragmentación política. Hay que tomar en cuenta un sesgo historiográfico. Por un lado, la historiografía belga de finales del siglo XIX y principios del siglo XX privilegió una lectura nacional del conflicto que tendía a sobrevalorar la unidad de las élites frentes a las potencias extranjeras (Gachard, 1867 y 1880; Van Kalken, 1907; Pirenne, 1926). Por el otro lado, una lectura en clave catalana del austracismo, por ejemplo, por un historiador como Ernest Lluch, se hizo bajo el umbral del mito de las Dos Españas, amplificando el antagonismo político y territorial entre dos proyectos nacionales (Lluch, 1999 y 2000).

Por lo tanto, a la hora de reabrir el problema de las facciones en los Países Bajos, es imprescindible avanzar con cautela. En vez de considerar las facciones como agentes colectivos que actuaban de forma coherente y estructurada, este estudio se centrará en el proceso de polarización dinástica en Flandes. Por ello, se considera una dinámica compleja de movilización social que se hizo (por medio de la propaganda, de la amenaza, del chantaje o de la seducción) por los círculos próximos de los pretendientes al trono para fidelizar una parte de las élites. Siguiendo los pasos de estudios recientes (Muñoz Rodríguez, 2015), se trata de evitar cosificar unas «facciones», indagando en las formas de adhesión y de vertebración de unas clientelas políticas. Con ello, se quiere resaltar la diversidad de posiciones que hubo durante el conflicto sucesorio y entender cómo cuajó un proceso de adhesión a la dinastía borbónica entre las filas de la nobleza en Flandes y, en particular, entre las élites de las provincias valonas fronterizas con Francia. Considerando que no se puede entender este proceso desde un proyecto político único –la adhesión al centralismo francés en este caso–, se ha considerado imprescindible resaltar las historias particulares de estas casas, sus expectativas en las últimas décadas del siglo XVII, la presión que sufrieron por ambas partes de la frontera, lo que explica que, en un momento dado, dieran el paso de un apoyo decidido al nieto de Luis XIV. Se trata de demostrar aquí que la fidelidad de una parte de la nobleza flamenca a Felipe V tiene que entenderse tomando en cuenta los vínculos que mantenían estas casas con Madrid, Bruselas y Versalles.

## 2. Las fidelidades en un territorio fronterizo

En la segunda mitad del siglo XVII, la política flamenca de Luis XIV apuntó principalmente a las élites de las provincias denominadas valonas, limítrofes con Francia y parcialmente conquistadas por ella. Contrariamente a las zonas

urbanizadas del norte de los Países Bajos, donde los conflictos religiosos habían agotado a las viejas casas, la antigua nobleza conservó en estas provincias un papel político y económico importante (Janssens, 1998: 144-161). Estos territorios ya habían sido uno de los baluartes de la revuelta nobiliaria que había sacudido los Países Bajos entre 1629 y 1632: los jefes de las grandes casas de Artois y Henao (Epinoy, Bournonville) figuraban entre los cabecillas de la revuelta y habían buscado auxilio y refugio en Francia (Pirenne, 1927, t. I: 262-266; Vermeir, 2006: 13-101; Esteban Estríngana, 1998). Posteriormente, esta nobleza se había encontrado en una posición delicada ante las conquistas de Luis XIV, que amenazaban directamente la integridad de sus patrimonios. En principio, los tratados de paz entre Francia y España, tanto en la Paz de los Pirineos (1659) como en el Tratado de Aquisgrán (1668), habían previsto preservar los intereses de estas casas, garantizando la propiedad de los bienes, sin someterlas a la obligación de residencia o de servicio militar[1]. Sin embargo, Luis XIV nunca respetó el acuerdo y cada repunte de tensión era una oportunidad de ejercer una presión creciente sobre los grandes linajes nobles de las provincias meridionales de los Países Bajos. Fue el caso del 20 de agosto de 1668, tras la Paz de Aquisgrán, cuando el rey de Francia amenazó con confiscaciones a todos los sujetos que poseyeran propiedades en las regiones cedidas por España y no residieran en ellas. Aunque, en principio, la nobleza estuviera exenta de esta medida, Louvois ordenó saquear los bienes de las casas nobles situadas en Artois y en Henao para obligarlas a unirse al Rey Cristianísimo[2]. En 1673, la intimidación prosiguió con motivo de la guerra de Holanda, cuando el rey de Francia decretó la confiscación de los bienes de los súbditos del rey de España al servicio de las Provincias Unidas, amenazando así, directamente, los bienes del príncipe de Chimay y del conde de Egmont (Manuel de Lira a Mariana de Austria, La Haya, 7 de marzo de 1673, *CCEPB*, t. V: 181). En 1676, una nueva ordenanza real amenazaba de confiscación a todas las familias nobles del país conquistado que tuvieran aún un pariente al servicio de España. Se apuntaba explícitamente a las grandes familias nobles de Henao y del Flandes francés: los príncipes de Robecq, de Chimay, el duque de Havré, los condes de Egmont, de Solre, de Coupigny, de Ribaucourt y el marqués de Deynze[3]. Estas medidas fueron acompañadas de una serie de limitaciones referentes al comercio y los contactos a uno y otro lado de la frontera, como la ordenanza publicada en 1685 que prohibía a los franceses casarse en el extranjero[4]. Estas medidas, generalmente, no fueron

1. Mariana de Austria al Condestable de Castilla, Madrid, 27 de octubre de 1668, en *Correspondance de la Cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas* (en adelante, *CCEPB*), 1935, t. V: 63-64.

2. Pedro Fernández del Campo al Condestable de Castilla, Madrid, 30 de septiembre de 1668, en *CCEPB*, t. V: 64-65.

3. Archives Générales du Royaume (AGR), Secretaría de Estado y de Guerra, 282, f. 71, El duque de Villahermosa a Carlos II, Bruselas, 17 de febrero de 1677.

4. Carlos II al marqués de Gastañaga, Madrid, 27 de septiembre de 1685, en *CCEPB*, t. V: 471.

aplicadas, pero contribuyeron, con el tiempo, a modelar un espacio fronterizo, incitando a ciertas familias a empezar a separarse de España.

Más que su firmeza, la generosidad exhibida por Luis XIV fue determinante para consolidar su dominio sobre las provincias recién incorporadas y extender su influencia sobre las que aún se le escapaban. En 1661, la iniciativa de Mazarino de fundar el Colegio de las Cuatro Naciones en París para instruir en él a los hijos de las noblezas catalana, alsaciana, flamenca y piamontesa fue un medio de integrar los nuevos territorios conquistados, pero también de suscitar defecciones en las filas de las élites de los principados y reinos vecinos (Fauconpret, 1992). Paralelamente, Mazarino financió en 1656 la formación del regimiento Real-Alsacia y, al año siguiente, la formación del regimiento Real-Catalán, mientras se levantaban varios regimientos valones para que sirvieran en ellos los súbditos de los Países Bajos (Rowlands, 2010: 156; Fieffé, 1854, t. I: 189)[5]. Además, Luis XIV recibió en Versalles a los miembros eminentes de la nobleza flamenca y los integró al ceremonial de la corte junto a las grandes familias nobles de Francia (Saint-Simon, t. IV: 694-695; t. VII: 353). Gracias a una hábil política matrimonial, grandes casas como las de los Melun, Croÿ, Bournonville o Isenghien se hicieron un hueco en el seno de la alta nobleza francesa. En 1655, Ambroise de Bournonville contrajo matrimonio con Lucrèce Françoise de La Vieuville, hija del duque del mismo nombre, par de Francia, capitán de la Guardia de Corps y Gran Halconero de Francia (Vegiano d'Hovel, 1865, t. I: 288). En 1699, el príncipe de Chimay, jefe de la familia de Hennin Liétard en Artois, se casó con la hija del duque de Nevers, par de Francia (Saint-Simon, t. II: 1607). Estas familias entraron, así, a formar parte, en el transcurso del siglo XVII, de la jerarquía de los honores de la nobleza francesa. En 1652, el ducado de Bournonville, situado en el Boulonnais, fue erigido en ducado con dignidad de par por Ambroise de Bournonville. En 1661, Alexandre Guillaume de Melun, príncipe de Epinoy, fue recibido en la Orden del Espíritu Santo, mientras que Philippe-Emmanuel de Croÿ, príncipe de Solre, accedió a ella, a su vez, en 1688 (Ursel, 1986). Esta integración fue, no obstante, vivamente cuestionada por los sectores más conservadores de la aristocracia francesa. Las memorias de Saint-Simon están llenas de desprecios hacia esos recién llegados que trataban de encajar en Versalles (Saint-Simon, t. IV: 694-695). El transfuguismo no estaba, así pues, exento de riesgos y las familias flamencas que se aventuraron a ello lo hicieron con prudencia, tanto más cuanto que esto las obligaba a reorganizaciones muy conflictivas de su patrimonio.

El caso de los Bournonville es un ejemplo ilustrativo del modo en que una familia se desvinculó, paulatina y parcialmente, del servicio de España a lo largo del siglo XVII. Las posesiones familiares, situadas en parte en el Boulonnais

5. En 1673, se levantan el regimiento Real-Valón y el regimiento Real-Vierset en las provincias conquistadas en los Países Bajos. Posteriormente, se crearían otros regimientos valones para el ejército francés: Piettemont (1677), Lallement (1678), Boufflers (1688), Robecq (1688), Solre (1688).

y en Artois, es decir, en la frontera histórica entre los dominios de los reyes de Francia y de los duques de Borgoña, se vieron muy pronto confrontadas a las rivalidades políticas entre Francia y España. En 1600, Alexandre de Bournonville (1585-1656), a la sazón al servicio de España y, más tarde, de los archiduques Alberto e Isabel, obtuvo de Enrique IV que una tierra del Boulonnais fuera erigida en ducado de Bournonville, pero dicho título no fue reconocido en los Países Bajos (Saint-Simon, t. IV: 216-218). Esta decepción incitó, quizá, a Alexandre a encabezar la revuelta nobiliaria de 1632 contra Felipe IV, obligándolo al exilio en Lyon. Alexandre aprovechó la situación para reorientar el servicio real con el fin de adaptarlo a la distribución espacial de su patrimonio familiar. Su hijo menor, Ambroise, fue el primero en pasar al servicio de Francia y recibió de su padre el ducado de Bournonville, bajo dominio del Rey Cristianísimo. Al año siguiente, la tierra fue erigida en ducado con dignidad de par por Luis XIV. Ambroise entró en el seno de la alta nobleza por vía matrimonial en 1655 y se convirtió en gobernador de París en 1660 (Saint-Simon, t. I: 881). Entre tanto, el hijo mayor, Alexandre Hippolyte, permaneció al servicio de Felipe IV, desarrollando una carrera militar ejemplar recompensada con el Toisón de Oro (1673) y los virreinatos de Cataluña (1684) y de Navarra (1686) (Ursel, 1986). Sin embargo, la principal preocupación de Alexandre Hippolyte era consolidar su patrimonio, dado que su hermano menor, Ambroise, había heredado la dignidad de duque y de par de Francia, mientras que él, el mayor, era simple conde de Hénin-Liétard en los Países Bajos. En 1658, llegó a un acuerdo con Felipe IV que lo autorizaba a reunir todos los bienes de la familia bajo dominio español y a erigirlos en principado, bajo el nombre de Bournonville[6]. Existía así, desde entonces, un duque de Bournonville, en Francia, y un príncipe, con el mismo nombre, en los Países Bajos españoles. No contento con esto, Alexandre Hippolyte trató también, a su vez, de conseguir que su familia se desligara de España para unirse a las filas de la alta aristocracia francesa. Para ello, situó a su hijo mayor en el ejército francés y consiguió que fuera nombrado duque en Versalles en 1660 (Ursel, 1986: 224). En 1687, una vez que consiguió que su patrimonio fuera indivisible, Alexandre Hippolyte se las arregló para que su hijo mayor, que vivía en la corte francesa, lo sucediera a la cabeza del principado de Bournonville en los Países Bajos, con la garantía de conservar sus bienes, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra[7]. Tras el patrimonio material, ya no le restaba a Alexandre Hippolyte sino distribuir el capital político acumulado tras sus largos servicios a la Corona de España. En su testamento, repartió, así, el

6. AGR, Familias y particulares [FP], Ursel, W 195, testamento de Alexandre Hyppolite de Bournonville, Pamplona, 4 de enero de 1687.

7. AGR, SEG, 629, ff. 73-76, Carlos II al marqués de Gastañaga, Aranjuez, 30 de mayo de 1691. La tentativa fracasó porque los bienes sitos en los Países Bajos fueron confiscados por Carlos II a la muerte de Alexandre Hippolyte.

beneficio de sus méritos entre dos de sus sobrinos, que permanecieron al servicio de Carlos II, uno en los Países Bajos y el otro en Cataluña[8].

En suma, las trayectorias de Ambroise y de Alexandre Hippolyte demuestran el poder de atracción que ejercieron los títulos y los honores en Francia sobre la nobleza flamenca. Para gozar de ellos, el primero organizó una separación completa, implantando su casa en Francia, mientras que el segundo pasó a estar al servicio de Francia, conservando, al mismo tiempo, su patrimonio en los Países Bajos españoles. Estos cambios se produjeron en una o dos generaciones, es decir, en un tiempo corto a escala de las temporalidades familiares y condujeron a las casas nobles a desgarrarse en largos y costosos pleitos. Alexandre Hippolyte de Bournonville solo pudo constituir el principado de Bournonville en los Países Bajos, despojando de sus bienes a miembros de su familia que habían permanecido fieles a España[9]. El príncipe de Isenghien, el príncipe de Chimay o el duque de Havré se vieron, igualmente, enzarzados en litigios interminables ante los tribunales en Francia y en los Países Bajos para solventar los problemas de reparto y sucesión ligados a la reorganización de sus patrimonios. Estos litigios no solo pusieron a la nobleza en una situación financiera delicada, sino que obligaron, también, a las familias a situarse en dependencia más estrecha de los arbitrajes reales a un lado y otro de la frontera[10]. De hecho, fue para disponer de acceso directo a la corte de Francia que algunos nobles apoyaron la idea de una representación permanente de los Países Bajos en Versalles. En 1669, el barón de Itre, enviado a París por el gobernador general, solicitó, así, que se le concediera la residencia independiente del embajador español[11].

A la muerte de Carlos II, una parte de la nobleza flamenca, procedente, en su mayoría, de las provincias meridionales de los Países Bajos, se encontraba ya, por lo tanto, bien arraigada en las redes políticas y aristocráticas francesas. Mientras que la desvinculación de España se saldaba con largos y costosos conflictos, la perspectiva de la sucesión borbónica ofreció la esperanza de apaciguar las relaciones entre las ramas familiares instaladas a uno y otro lado de la frontera franco-flamenca y sacar provecho de ellas en el marco de una alianza dinástica. En consecuencia, a ojos de esta nobleza flamenca, las pretensiones al trono de España fueron vistas como una solución para salir de un desacuerdo mortífero que amenazaba con desclasarlos a cada lado de la frontera. Esto explica, también, por qué estas familias no abandonaron completamente el servicio de España en un momento en el que estaban en posición de fuerza para canjear su fidelidad.

8. AGR, FP, Ursel W 195, testamento de Alexandre Hippolyte de Bournonville, Pamplona, 4 de enero de 1687.

9. Procès intenté par le marquis de Bournonville […] contre le duc et prince de Bournonville, 1688.

10. AGR, Consejo Privado, 2 a 5. En el último tercio del siglo XVII, el Consejo Privado en los Países Bajos se ve asediado con peticiones de moratorias por parte de las casas nobles para permitirles aplazar el pago de sus deudas.

11. Archivos Nacionales (AN), G7, 260, f. 112, de Cazier a Michel de Chamillart, París, 30 de enero de 1701.

## 3. Negociar la fidelidad

Enfrentados a las defecciones a favor de Luis XIV, Carlos II, en Madrid, y sus gobernadores generales, en Bruselas, multiplicaron las iniciativas de acercamiento de la nobleza flamenca a la Monarquía. Diez años después de la fundación del Colegio de las Cuatro Naciones en París, el gobernador general creó en Bruselas un seminario de nobles con el fin de evitar que los hijos de las grandes casas acudieran a Francia para aprender equitación y el oficio de las armas[12]. En 1676, mientras Luis XIV amenazaba con la confiscación a todas las familias que tuvieran un pariente al servicio de España, el gobernador general de los Países Bajos mandó publicar un placarte que condenaba a pena de muerte a todos los súbditos del rey que abandonaran el servicio. A continuación, se entabló un proceso –inmediatamente suspendido– contra el barón de Quincy, un coronel de caballería, defensor de Valenciennes, que se había pasado a Francia con su regimiento (Satterfield, 2003: 255-258). Sin embargo, del mismo modo que Luis XIV, Carlos II no esgrimió la amenaza sino aderezada de demostraciones de generosidad. En efecto, tras la publicación de la ordenanza francesa de 1676 relativa a las confiscaciones, el rey de España solicitó la lista de las casas amenazadas y se comprometió a compensar todas las pérdidas que tuvieran que sufrir[13]. El mismo año, el príncipe de Isenghien recibió un sobresueldo anual de 6.000 escudos en razón de las propiedades que le habían sido confiscadas en Francia[14]. En 1689, el duque de Arschot, el duque de Havré, el príncipe de Ligne y el conde de Egmont, jefes de las mayores familias nobles de los Países Bajos, recibieron, cada uno, una renta anual de 4.000 florines como indemnización por los bienes confiscados[15].

Se instauró, así, una difícil relación de fuerza entre la Corona y algunas grandes casas de los Países Bajos. Estas últimas pusieron en juego su fidelidad a España a cambio de empleos, títulos y gracias, a riesgo de perderlo todo si se mostraban demasiado exigentes. Ante ellas, la Corona se vio moralmente obligada a compensar, mediante gracias, las pérdidas sufridas por aquellos de sus súbditos a los que no había podido defender, empujada a confiar los más altos empleos militares del *país* a una nobleza que vacilaba entre Francia y España.

Conocido por su proximidad con la corte de Francia, rodeado de parientes que ya habían pasado al servicio de Luis XIV, el duque de Havré fue objeto de

12. El conde de Monterrey a Mariana de Austria, Bruselas, 11 de marzo de 1671, en *CCEPB*, t. V: 102. Este seminario de nobles, en ocasiones denominado «Escuela de la guerra», no debe ser confundido con la academia militar fundada en 1675. Véase: Barrios Gutiérrez, 1983: 19-35.

13. AGR, SEG, 621, f. 117, Carlos II al duque de Villa Hermosa (Villahermosa), Madrid, 20 de abril de 1677.

14. AGR, SEG, 620, f. 174, Mariana de Austria al duque de Villa Hermosa (Villahermosa), Madrid, 19 de junio de 1675.

15. AGR, SEG, 629, f. 2, Marqués de Gastañaga al Consejo de Finanzas, Harelbeke, 3 de septiembre de 1689.

una atención muy especial por parte de la Corona española, tanto por la fama de su casa como por los signos de claudicación que manifestaba:

> reservando el decir privativamente a Vuestra Alteza que el natural afrancesado del duque de Havré y lo conocido de sus vicios no permiten que Su Majestad pueda darle empleo sin aventurar su real servicio […] debo reducir mi sentir a que convendría mandase Su Majestad tenerle muy alentado a la esperanza o bien inclinarle a pasar a España para detenerle de la propensión que muestra a retirarse con licencia a Francia inducido (como lo creo) de su mujer[16].

Se sabe, en particular, que desempeñó un papel en la reorganización del comercio francés en los Países Bajos tras su prohibición en España. Militando por la apertura del comercio de Indias desde los puertos de Flandes, algunos nobles flamencos velaron por los intereses de los comerciantes franceses. En el respaldo a la causa borbónica, los intereses patrimoniales de las casas nobles se mezclaron con poderosos intereses comerciales que pretendían hacer de Ostende la nueva capital del contrabando francés (Ramos Medina, 2000; Diago Hernando, 2001; Sánchez Belén, 2009). Por consiguiente, a ojos de España, el doble juego del duque de Havré lo convertía en una figura tanto más importante cuanto que era peligrosa. Cuando este reclamó el gobierno de Henao y el mando general de la caballería extranjera como compensación de más de 700.000 florines de confiscaciones, el gobernador general dudó antes de confiarle cargos tan importantes en la defensa del *país*. Para evitar enajenarse definitivamente una gran casa, aconsejó al rey que lo atrajera a la corte de Madrid o que le asignara una pensión en el dominio real de Castilla[17].

Al igual que con el duque de Havré, otras lealtades en Flandes fueron recompensadas a costa de bienes en España. Así, a finales del siglo XVII, por primera vez desde Carlos V, se produjo el regreso de la nobleza flamenca a la cabeza de los grandes gobiernos políticos y militares de la Monarquía. A raíz del envío de tercios valones a las fronteras portuguesa y pirenaica, virreinatos peninsulares recayeron en grandes nobles de los Países Bajos: el príncipe de Chimay ocupó el de Navarra (1685-1686), seguido en 1697 por el borgoñón Jean-Charles de Watteville, marqués de Conflans, quien recibió, a continuación, un puesto en el Consejo de Guerra en Madrid. Alexandre Hyppolite, príncipe de Bournonville, obtuvo, por su parte, el virreinato de Cataluña (1678-1686) y el de Navarra (1686-1690). Antes que ellos, en Italia, el príncipe de Ligne ya había sido nombrado, sucesivamente, virrey de Sicilia (1670-1674), gobernador de Milán (1674-1678) y había terminado su vida como consejero de Estado en Madrid (Vermeir, 2009: 321-322; 2011). «No era cosa baladí conseguir virreinatos sin ser de la nación dominante», escribía el marqués de Westerloo cuando hacía balance de los empleos obtenidos por sus pares (Westerloo, t. I: 50-51). En efecto, curiosamente, la nobleza flamenca más

16. AGR, SEG, 212, f. 208, Duque de Villahermosa a Don Juan José, Bruselas, 25 de mayo de 1678.
17. AGR, SEG, 285, f. 295, Marqués de Grana a Carlos II, Bruselas, 5 de mayo de 1683.

inconstante en su fidelidad a Carlos II pudo aprovecharse de la situación para recuperar su posición en el aparato central de la Monarquía. La paradoja no termina ahí, pues, en el mismo momento en que su lealtad titubeaba, esta nobleza pudo hacer valer las confiscaciones sufridas en Francia como prueba de fidelidad a España. En 1685, cuando el príncipe de Chimay, a la sazón virrey de Navarra, solicitó el virreinato de Cerdeña, arguyó explícitamente que había perdido «[su] casa y [su] patrimonio por el infortunio de las circunstancias y de los tiempos» y que este empleo debía ayudarle a mantenerse hasta que sus bienes volvieran bajo el dominio del rey[18]. La concesión de estos empleos por parte de Carlos II respondió, por lo tanto, a una obligación moral, aunque también fue, más prosaicamente, un medio de alejar de los Países Bajos a jefes de familia, cuya fidelidad podía flaquear.

Sin embargo, este retorno de la nobleza flamenca a la Monarquía no puede comprenderse sin el apoyo de las poderosas élites castellanas que tomaron el control del aparato de Estado en Madrid. Si las recompensas concedidas a las casas flamencas pudieron invadir un espacio tradicionalmente reservado a la alta nobleza castellana fue debido a los lazos que se multiplicaron entre las primeras casas de la Monarquía. Así, el príncipe de Barbançon contrajo matrimonio en 1672 con la hija del conde de Frigiliana. En 1675, el príncipe de Chimay se unió a la hija del conde de la Puebla del Mastre. El príncipe de Ligne casó a su hijo mayor en 1677 con la hija del duque de Segorbe, Grande de España (Vermeir, 2009: 331). De hecho, en el último tercio del siglo XVII, las recomendaciones de las grandes familias nobles españolas fueron decisivas para la obtención de empleos no solo en España, sino también en Flandes[19].

No obstante, el apoyo prodigado por la vieja nobleza castellana a sus pares de Flandes solo afectó a los empleos del rey: la nobleza flamenca permaneció ampliamente excluida de los títulos y beneficios que dependían de la Corona de Castilla. En el siglo XVII, de entre más de diez mil concesiones, apenas un centenar de flamencos (nacidos de padre y madre flamencos) obtuvieron el hábito de una de las cuatro órdenes militares españolas. En la misma época, pese a peticiones recurrentes, solo cuatro familias flamencas gozaban de la Grandeza de España: el duque de Arschot (1530), el conde de Egmont (1530), el príncipe de Ligne (1621) y el duque de Havré (1622) (Vermeir, 2009: 324-325; Postigo Castellanos, 1988: 200 y 205; Fernández Izquierdo, 2002: 109). Por consiguiente, el acceso de la nobleza flamenca a altos empleos de la Monarquía en España e Italia, a finales

18. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 671, Memoria del príncipe de Chimay, Pamplona, 12 de noviembre de 1685.

19. Archivo Histórico de la Nobleza (AHNOB), Osuna, CT 94, f. 4, Conde de T'Serclaes Tilly al conde de Benavente, Namur, 9 de junio de 1688. Agradece su apoyo en el nombramiento del marqués de Richebourg para el gobierno de Henao. Ver también el caso del duque de Havré solicitando apoyos para obtener el gobierno de Henao: AHNOB, Osuna, CT 240, f. 50; CT 114, ff. 23-24, El duque de Havré al conde de Benavente, 13 de abril de 1688; al duque de Pastrana, 12 de abril de 1690; al duque del Infantado, 24 de marzo de 1693.

del siglo XVII, no hizo ninguna mella en el amplio dominio político de las élites castellanas. La integración social de la nobleza flamenca en la aristocracia castellana y en los órganos centrales de la Monarquía Hispánica era tan reciente y frágil como lo era en Francia.

Frente a la atracción ejercida por Luis XIV, Carlos II fue capaz de estrechar lazos con la nobleza flamenca, distribuyendo pensiones y empleos y apoyándose en el clientelismo de las grandes familias nobles de Castilla. La compra de lealtades tuvo un coste político, pues se hizo a costa de mantener en los Países Bajos estructuras administrativas y militares desmesuradas, en comparación con su eficacia. A partir de los años 1680, hubo tentativas para reducirlas, pero tropezaron con los temores del rey de ver escabullirse a las élites flamencas[20]. Esta situación permitió a la nobleza conservar posiciones importantes en los Países Bajos y alimentar, nuevamente, ambiciones de carrera en la península, algo de lo que se había visto privada desde mediados del siglo XVI. Esto explica por qué la desvinculación de España no fue completa y que la mayoría de las familias conservara un pie a cada lado de la frontera. La nobleza no fue, sin embargo, la única que preparó el cambio dinástico. Entre los juristas y los letrados de los tribunales se hicieron oír llamamientos al restablecimiento de la autoridad real. Contrariamente a la nobleza de las provincias meridionales, estos grupos no pusieron sus esperanzas del lado de Francia, sino en la dinámica impulsada por la casa de Baviera.

## 4. Restablecer la autoridad real en Bruselas

En 1692, el nombramiento al gobierno general de los Países Bajos de Maximiliano Manuel de Baviera, jefe de la poderosa dinastía de los Wittelsbach, marcó un giro importante en las relaciones entre España y sus provincias flamencas. Durante la última década del siglo, esta casa estuvo en el corazón del juego diplomático europeo, pues parecía poseer la clave para una resolución pacífica de la sucesión de España. En 1696, respaldado por Inglaterra y por las Provincias Unidas, Carlos II designó como heredero al último hijo del elector de Baviera, el joven José Fernando, que contaba a la sazón tres años de edad. Tras largas negociaciones, esta elección fue finalmente ratificada por el rey de Francia y el emperador. Gracias a estas negociaciones, el elector consiguió imponer sus condiciones, en concreto, la promesa de una cesión de los Países Bajos con plena soberanía. Para él, el reto consistía en reforzar el poder de los Wittelsbach en el Imperio, con el fin de competir con los Habsburgo en la lucha por la Corona imperial. En efecto, además de Baviera y el Palatinado, las dos ramas de la dinastía de los Wittelsbach dominaban desde finales del siglo XVI el principado episcopal de Lieja (1581) y el electorado de Colonia (1583). En 1694, el hermano de Maximiliano Manuel, José

20. AGR, SEG, 70, f. 1; *CCEPB*, t. V: 354 y 545.

Clemente de Baviera, accedió a ambas dignidades, haciendo de los principados situados entre el Rin y el Escalda un coto privado bávaro. Este proyecto de desmembramiento de los Países Bajos fue esbozado en secreto –tanto los Habsburgo de Madrid como los de Viena lo rechazaban categóricamente–, lo que condujo a Maximiliano Manuel a procurarse la protección de Luis XIV, aliado tradicional de los Wittelsbach en el Imperio. En 1699, la muerte repentina de José Fernando de Baviera desbarató los proyectos de las potencias europeas por la sucesión de España e hizo renacer las ambiciones de los Borbones y de los Habsburgo austríacos. Para Maximiliano Manuel, la Corona española se alejaba definitivamente y ya solo le quedaba consagrarse al destino de los Países Bajos. Por consiguiente, a ojos de los regalistas flamencos, la casa de Wittelsbach pareció ser una opción sólida para restaurar las instituciones centrales del gobierno bruselense, aun a riesgo de tener que tomar distancias respecto a Madrid (Demoulin, 1983; De Schryver, 1996, Ribot García, 2010; López Anguita, 2011; Herrero Sánchez, 2019).

Desde inicios de los años 1680, los juristas se aplicaron a reforzar la autoridad real en Bruselas. La figura emblemática de este grupo fue Jean de Brouchoven, conde de Bergeyck, antiguo consejero de finanzas y, más tarde, del Consejo Supremo de Flandes en Madrid, nombrado en 1688 superintendente y tesorero general de las finanzas de Flandes. Situándose por encima del Consejo de Finanzas y de la moribunda administración de la hacienda española, Bergeyck esbozó una unificación de las finanzas del rey bajo la dirección de Madrid (Van Houtte, 1908; De Schryver, 1965: 146-154)[21]. Sin embargo, la debilidad del rey no le permitió actuar con eficacia. En 1681, fracasó una tentativa de supresión de los cargos venales de la administración. En 1690, la reforma del Tour de Rolle de la guardia flamenca en Madrid no llegó a término; y, en 1691, una reforma de los Consejos Colaterales y del Consejo Supremo de Flandes quedó igualmente inconclusa (*CCEPB*, t. V: 354, 380-381, 464, 524, 531-532).

El restablecimiento que Bergeyck deseaba no podía hacerse sin un poderoso representante del rey en Bruselas. Ahora bien, desde el inicio de su reinado, Carlos II no había nombrado sino gobernadores de segunda fila, todos tan incapaces de captar fidelidades en la corte de Bruselas como de poner en marcha la más mínima política de reformas. Los llamamientos de Bergeyck y de los letrados flamencos fueron escuchados en Madrid. El nombramiento del elector de Baviera trató de dar un nuevo impulso a los esfuerzos de recentralización del poder en Bruselas y de rearticulación política de los Países Bajos con la corte de Madrid. Por su parte, Maximiliano Manuel no tenía ninguna intención de ser un simple figurante. Desde su entrada en funciones, se consagró a devolver a la corte de Bruselas su lustro de antaño, invirtiendo sumas importantes de su propio dinero, y colocó a tropas bávaras a costa de la tesorería española en las guarniciones de los Países Bajos (Van Kalken, 1907: 105; Pirenne, 1926, t. V: 43).

21. AGR, SEG, 592, f. 255, Marqués de Gastañaga a Carlos II, Bruselas, 5 de diciembre de 1691.

No obstante, el elector fue más allá de las expectativas de Carlos II. Puso en marcha la política de recentralización de las instituciones reales, en la medida en que le servía para cobrar influencia sobre los Consejos Colaterales y ganarse a los juristas favorables al restablecimiento de la autoridad real. Entre ellos, el superintendente de finanzas, el conde de Bergeyck, dejó paulatinamente de obedecer las órdenes de Madrid para convertirse en el principal hombre de confianza del gobernador general[22]. A través de las redes personales de Bergeyck, el elector ganó para su causa a poderosos agentes en los tribunales reales de todas las provincias. A semejanza de lo que había hecho Pierre Roose en el tiempo de Olivares, el conde de Bergeyck recuperó el control sobre el mundo de los letrados, que se había aprovechado del debilitamiento de la autoridad real para patrimonializar los cargos (De Schryver, 1965: 188-196). A diferencia de Roose, que operaba para Olivares, Bergeyck lo hizo para el elector, reforzando así la recentralización del poder, sin servir por ello como agente de Madrid.

En Bruselas, el elector relanzó una vida de corte fastuosa, según el modelo de la de Versalles, que le permitió tejer sus propias redes clientelares entre la nobleza local. Entre los diez gentilhombres de cámara nombrados en 1692, figuraban los príncipes de Chimay, de Masmines, de Steenhuyse y los marqueses de Lede y de Deynze[23]. Maximiliano Manuel no perdió de vista la apuesta dinástica de su gobierno, y conservó en torno a él a un partido «bávaro» que ganó considerablemente en influencia en la corte de Bruselas. Encontramos en él a cierto número de liejenses, entre los cuales, el príncipe de T'Serclaes, antiguo maestre de campo de un tercio valón, convertido en comandante en jefe de las tropas de Lieja, y que regresó en 1697 a Bruselas como maestre de campo general del ejército de Flandes (Van Kalken, 1907: 136-137; Rooms, 2003: 446-447). Este mundo de confidentes de la casa de Wittelsbach veló por los intereses dinásticos del elector y respaldó su diplomacia personal con los Borbones[24].

En 1699, los partidarios de la casa de Baviera se vieron, sin embargo, desencantados. No solo la muerte del hijo del elector alejó a los Wittelsbach de la sucesión de España, sino que una vasta reforma de la administración de las provincias tropezó con una sublevación de las corporaciones bruselenses. Diseñada por Bergeyck, preveía el arrendamiento de una serie de impuestos, el fin de las ventas de los cargos municipales y el aumento de los aranceles de entrada y salida de las mercancías[25]. Se planteaba, también, suprimir numerosos empleos de

22. AGR, Embajada de España en La Haya, 173, Bernardo de Quirós a Antonio Ubilla, La Haya, 21 de enero de 1699.

23. AHNOB, Osuna, CT 101, f. 8, Martin Léonard Voeller al conde de Monterrey, Bruselas, 9 de abril de 1692.

24. AGR, SEG, 308, Pedro Olmedo a Juan Angulo, Bruselas, 16 de enero de 1693; Bernaldo de Quirós a Carlos II, La Haya, 3 de noviembre de 1694, en *CCEPB*, t. V: 619; Bernaldo de Quirós a Carlos II, La Haya, 4 de diciembre de 1694, en *CCEPB*, t. V: 620-621.

25. AGR, Consejo Privado, 4, f. 200, Carlos II al elector de Baviera, Madrid, 30 de enero de 1698.

oficiales, hasta entonces ocupados por la nobleza local, una medida impopular a la que Carlos II solo había accedido a regañadientes[26]. Sin embargo, la revuelta de los gremios obligó al elector a renunciar a las reformas y a destituir a Bergeyck de sus funciones. Aunque se restableció la calma en Bruselas, esta sublevación socavó, a ojos de los regalistas flamencos, la autoridad del gobernador general y su capacidad de dirigir un proyecto ambicioso de reforma (Van Kalken, 1907: 74-92; Herrero Sánchez, 2019).

En suma, en vísperas de la muerte de Carlos II, el paisaje político flamenco estaba profundamente dividido. Los Borbones podían contar con ciertas familias de la nobleza de las provincias meridionales, cuyos patrimonios y lealtades estaban repartidos entre España y Francia. Esta posición distaba de ser compartida por el conjunto de las grandes casas del *país*: el rey de España, el rey de Inglaterra, las Provincias Unidas o el duque de Baviera, todos tuvieron partidarios en las provincias. Este último fue, durante mucho tiempo, el paladín de los juristas de los tribunales reales de Flandes y Brabante, pero la incertidumbre que planeaba sobre su destino los incitó a la prudencia y a considerar la opción francesa como un mal menor. Cuando Felipe V subió al trono, el borbonismo no era, por lo tanto, la opción más extendida en los Países Bajos. Sin embargo, la unión se produjo durante los primeros meses de su reinado gracias a un nuevo impulso político llegado de Versalles.

## 5. La cristalización de un partido: la huelga del Toisón y la reforma del ejército

Cuando llegó a Bruselas la noticia de la muerte de Carlos II, el 22 de noviembre de 1700, los miembros más destacados de la nobleza valona se esmeraron en llegar cuanto antes a los pies del joven Felipe V. Es un hecho poco destacado, pero, de todas las élites de la monarquía hispánica, fueron ellos los primeros en prestar homenaje al nuevo monarca y a su potente valedor, Luis XIV. De hecho, el 26 de noviembre de 1700, el príncipe de Chimay estaba en Versalles; y, el 10 de diciembre, el duque de Havré había también hecho el viaje. Sin embargo, mientras unos jefes de casa de la nobleza valona afirmaban públicamente su compromiso con los Borbones, otros asumían una posición más ambigua, sobre todo, entre los partidarios del elector de Baviera.

De hecho, la situación en Bruselas era de las más inciertas. Para Luis XIV, era un asunto de la mayor importancia la salida de las guarniciones holandesas y de las tropas bávaras y su remplazo por regimientos franceses. No se sabía en la corte de Francia si el elector optaría por mantener sus tropas para apoyar sus pretensiones sobre una cesión en plena soberanía de los Países Bajos. Además, Felipe V

26. AGR, SEG, 291, f. 106, Carlos II al elector de Baviera, Madrid, 5 de diciembre de 1698.

seguía en Versalles y no había tomado posesión del trono, desconociéndose si las órdenes que debía acatar el elector procedían de Madrid o de Versalles. El marqués de Bedmar, el gobernador de las armas de Flandes, fue enviado a Francia por el elector para felicitar al nuevo monarca, pero su recibimiento fastuoso en la corte tenía como objetivo alejarlo del duque de Baviera y colocarlo en la clientela personal de Felipe V y de su abuelo (Glesener, 2018).

Entre las filas de la nobleza, la posición del elector creaba incertidumbre sobre el futuro de Flandes. Mientras que unos esperaban que la dinámica de autonomización de los Países Bajos se acentuara, para otros, el advenimiento de los Borbones ofrecía garantías en cuanto a la integridad territorial de la Monarquía y, por lo tanto, abría nuevas perspectivas de movilidad. El marqués de Westerloo consideraba en octubre de 1700 que

> por un milagro que nos podíamos esperar, todo ha cambiado con la aceptación entera que ha hecho el Rey Cristianísimo [del testamento de Carlos II] […] y esto hará que los establecimientos en ese país [España] volverán a ser tan ventajosos para nosotros como por el pasado[27].

Para renovar las dinámicas imperiales había que mostrar fidelidad a la nueva dinastía y desprenderse de las ambiciones políticas del elector de Baviera. Un episodio poco conocido ilustra las tensiones que agitaron a la corte de Bruselas en el momento de la transición dinástica. En el mes de diciembre de 1700, el elector organizó las exequias de Carlos II en la catedral de Santa Gúdula y convocó a los caballeros del Toisón de Oro para que asistieran. Estos, reunidos la víspera en capítulo, decidieron no participar en la ceremonia, considerando que la convocatoria no era apropiada. Según ellos, el elector se había extralimitado en sus facultades al pedirles que se presentaran reunidos como cuerpo en torno a él. Durante las exequias reales, se consideraba que el soberano estaba de cuerpo presente y, por lo tanto, el gobernador general no podía pretender representarlo en esa ocasión (Westerloo, t. I: 186-190)[28]. Humillado, Maximiliano Manuel de Baviera informó a Felipe V y a Luis XIV de la insubordinación de las grandes familias locales y ordenó su salida inmediata de la corte. El 17 de enero, mandó arrestar y encarcelar al marqués de Westerloo, al marqués de Richebourg y al príncipe de Acquaviva[29]. El asunto causó gran revuelo, pues fue unánimemente percibido como un acto de sedición de la nobleza en el momento más inoportuno de la transición dinástica, cuando Felipe V no había llegado aún a Madrid y Luis XIV trataba de negociar el alejamiento del elector. Sin embargo, como proclamaba en

27. AGR, FP, Ursel, L 325, Marqués de Westerloo al conde de Ursel, Ostende, 10 de octubre de 1700.

28. AHN, Estado, leg. 1284, consulta del Consejo de Flandes, Madrid, 1 de mayo de 1701.

29. Archives du Ministère des Affaires Etrangères (AMAE), Correspondance Politique [CP], Países Bajos, 57, f. 15, El marqués de Bedmar al marqués de Torcy, Bruselas, 10 de enero de 1701; AGR, FP, Ursel, L 325, El marqués de Westerloo al conde de Ursel, ciudadela de Amberes, 2 de febrero de 1701.

sus cartas el marqués de Westerloo, los caballeros habían querido expresar su apego a Felipe V, limitando las veleidades soberanistas del elector[30]. Como telón de fondo, se perfilaba una relación de fuerza entre los partidarios de un gobierno bruselense poderoso y autónomo y una alta nobleza favorable al acercamiento con Francia, cuyos principales miembros habían viajado ya a Versalles para postrarse a los pies de Felipe V antes de su marcha a Madrid[31].

Tras la marcha del elector a Múnich, las tensiones se apaciguaron y las posturas se acercaron. La unión en torno a Felipe V se produjo gracias a la inmediata puesta en marcha de la reforma del ejército de Flandes y a las garantías ofrecidas por el tesoro francés para sufragar el mantenimiento de las tropas. La reforma se desarrolló en dos etapas: la primera, en el transcurso del año 1701, se apoyó exclusivamente en la inversión privada gracias a la publicación de dos placartes (3 de marzo y 14 de noviembre de 1701), por los que el gobernador general exhortaba a «toda la nobleza a tomar empleos en las tropas», garantizando a los asentistas «que daremos cuenta exacta a Su Majestad de la diligencia y el celo de que cada cual habrá hecho gala para su servicio» (*Recueil des ordonnances des Pays-Bas autrichiens*, t. I: 18-19). Fue un éxito, porque, en total, solo en el año 1701, se formaron 160 compañías de infantería y 31 de caballería con fondos privados. La segunda etapa, durante el año 1702, se caracterizó por un cambio de método, en vista de que el vivero de empresarios militares comenzaba a agotarse. Se trató, entonces, de alentar nuevas vocaciones aligerando las cargas de inversión, mediante la contribución de las ciudades. Esta etapa coincidió con la creciente implicación de los agentes franceses en los asuntos flamencos y el endurecimiento de la política fiscal del régimen *anjouino*. Esta vez, los contratos se referían a regimientos enteros, con condiciones particularmente ventajosas para los asentistas. En 1702 se crearon, de este modo, 15 regimientos de infantería y al menos 3 de dragones (Glesener, 2011: 192-193). En conjunto, la reforma del ejército de Flandes fue un éxito indiscutible: en 1703, contaba con alrededor de 37.000 hombres, es decir, más del triple de los efectivos que había al advenimiento de Felipe V. Estas cifras solo son significativas en relación con el final del reinado de Carlos II, pues quedan por debajo de las grandes movilizaciones del reinado de Felipe IV. No obstante, con 26.000 hombres, la participación local en las tropas volvió al nivel más alto de lo que las provincias habían proporcionado en el pasado al ejército real (Westerloo, t. I: 193; Rodríguez Hernández, 2009: 296).

La alta nobleza no faltó a la cita, con el fin de señalar su apego a la nueva dinastía. En el mes de enero de 1701, las compañías de la Guardia de la Corte de

30. AMAE, CP, Países Bajos, 57, ff. 26-31, El marqués de Westerloo al marqués de Bedmar, Amberes, 25 de enero de 1701.

31. El 26 de noviembre de 1700, el príncipe de Chimay rindió homenaje a Felipe V en Versalles. Quince días más tarde, le sigue el duque de Havré, quien obtiene autorización para acompañar al rey a Madrid. Ubilla, *Succesion de el rey D. Phelipe V*: 31-32.

Bruselas, llamadas compañías de caballos blancos y de caballos grises, vestigios de la antigua guardia de los duques de Borgoña, fueron reorganizadas y equipadas de nuevo. Al frente de ellas, se encontraban algunos jefes de las grandes familias nobles del *país*, en particular, el marqués de Richebourg; Philippe de Schetz, conde de Millam, y Wolfgang Guillaume de Bournonville, marqués de Sars (Ursel, 2004, t. II: 141-142). Al mismo tiempo, el príncipe de T'Serclaes, el marqués de Lede, el duque de Havré, el conde de Brouay y el conde de Hornes levantaron compañías francas de 100 hombres, denominadas «de Carlos V»[32]. La leva de tropas atrajo, asimismo, a nobles flamencos que habían marchado a servir en los ejércitos de los príncipes vecinos, tanto en Holanda, como en Lorena o en el Imperio. Así, por ejemplo, el conde de Ursel o el marqués de Westerloo, que habían dejado el servicio de España por el del Imperio, volvieron a Bruselas en busca de un empleo[33]. Además de la alta nobleza, las élites urbanas constituían el grueso de los batallones de los empresarios militares. Las redes personales del conde de Bergeyck proporcionaron, por sí solas, numerosos oficiales de reclutamiento, mientras que él mismo financió cuatro compañías para su propia familia[34]. Gracias a él, familias de la oligarquía urbana como los Della Faille y Dusmet en Flandes, los Glimes en Brabante o los Dumont de Gages en Luxemburgo, que jugarían un papel importante en la España del siglo XVIII, entraron en servicio y se pusieron, de este modo, bajo la protección de los hombres fuertes del gobierno de Bruselas[35].

Este éxito daba fe de la confianza renovada de los particulares en la inversión militar. Se debió, por supuesto, a las condiciones ventajosas de las levas y a las garantías ofrecidas por el tesoro francés. Otra razón de este éxito radica en el circuito corto de la decisión y la rápida rentabilidad de las inversiones, que permitieron redinamizar la economía de la gracia. En efecto, la atribución de los contratos de leva estaba controlada por el «gabinete» de Bruselas, en estrecha relación con el ministro francés de guerra, mientras que la corte de Madrid permaneció ajena al proceso de decisión[36]. Así, Bedmar, de concierto con el ministro de Guerra francés Chamillart, nombraba a los nuevos oficiales del ejército de Flandes y los salarios correspondientes eran pagados por el tesoro militar francés, sin esperar a las patentes que debían ser expedidas en Madrid. En 1701, el príncipe de Spínola fue nombrado brigadier del ejército de Flandes sin haber recibido las patentes,

32. AGR, Audiencia, leg. 1007.

33. AGR, FP, Ursel, L 325, El marqués de Westerloo al conde de Ursel, Ostende, 6 de octubre de 1700; AGR, FP, Ursel, L 325, El marqués de Westerloo al conde de Ursel, Ostende, 15 de octubre de 1700.

34. AGR, Audiencia, 1007. Nicolas Joseph, Jean-Philippe (hijos), Joseph Hyacinthe y Jean Nicolas (sobrinos) levantan cada uno una compañía de infantería entre marzo y abril de 1701.

35. El marqués de Puységur al marqués de Torcy, 10 de abril de 1701, citada en Gachard, 1880: 52-53, n. 1; «Mémoire sur l'état présent des affaires du Pays Bas espagnol (1701)», AMAE, CP, Países Bajos, 57, ff. 349-357.

36. AHN, Estado, leg. 1648, exp. 2, consulta del Consejo de Estado, Madrid, 12 de abril de 1701.

porque Bedmar «no recibió respuesta alguna de Madrid, no más que sobre los otros brigadieres y oficiales generales nombrados por su Majestad» (AMAE, CP, Países Bajos, 56, f. 167, Duque de Boufflers al marqués de Torcy, Bruselas, 18 de noviembre de 1701).

La nobleza flamenca se benefició también de la interconexión de los circuitos ministeriales franco-flamencos para recibir títulos y pensiones en reconocimiento de su fidelidad. Las demandas procedentes de Bruselas venían apoyadas por las recomendaciones de los ministros de Luis XIV y llegaban directamente a Felipe V a través del embajador francés, sin que el Consejo Supremo de Flandes en Madrid pudiera impedirlo. De este modo, a petición de Bedmar y recomendado por Torcy, el ministro francés de asuntos exteriores, el príncipe de T'Serclaes fue recompensado, en mayo de 1702, con un collar del Toisón de Oro por su papel en el éxito de la reforma del ejército de Flandes[37]. La alta nobleza se benefició, también, de este acceso privilegiado al rey: el príncipe de Ligne obtuvo la Grandeza de España en 1703; el príncipe de Chimay y el conde de Hornes recibieron, cada uno, 18.000 florines de pensión, y el marqués de Westerloo fue distinguido con una renta de 2.000 doblones sobre los bienes confiscados a los rebeldes napolitanos (AHN, Estado, leg. 689). El acceso reservado al rey no solo benefició a las grandes familias del país, también permitió a Bedmar y a Bergeyck recomendar a gran número de oficiales venales. En enero de 1702, Bedmar obtuvo la autorización de Felipe V y de Luis XIV para reservar a las familias de los oficiales del ejército los «panes de abadía», es decir, pensiones reales con cargo a las abadías del país, destinadas tradicionalmente a las viudas y a los huérfanos (AMAE, CP, Países Bajos, 58, ff. 45-47, El marqués de Torcy al duque de Boufflers, 12 de enero de 1702). El gobierno de Bruselas disponía, así, de medios para dar muestras particulares de atención a los oficiales reclutadores que se habían implicado en la reforma del ejército de Flandes (AHN, Estado, leg. 1491-2, Real Decreto, Madrid, enero de 1705. Otros ejemplos en: AHN, Estado, leg. 1491-1 y leg. 1491-3). En suma, invertir en la reforma de Flandes no solo significaba adquirir un empleo militar, permitía, al mismo tiempo, participar en una nueva red de poder organizada en torno al gobierno de Bruselas y que disponía, a través de Versalles, de un acceso reservado al rey.

## 6. Conclusión

No es posible comprender la posición de las élites flamencas ante la crisis dinástica sin tener en cuenta la gran incertidumbre política en la que se encontraba el territorio en las tres últimas décadas. El debilitamiento del sistema imperial en los Países Bajos favoreció la aparición de una pluralidad de poderes, tanto dentro

37. AMAE, CP, Países Bajos, 55, ff. 237-238, El marqués de Bedmar al marqués de Torcy, Bruselas, 7 de septiembre de 1701; AMAE, CP, Países Bajos, 59, ff. 99-101, El marqués de Bedmar al marqués de Torcy, Bruselas, 22 de mayo de 1702.

como fuera de la Monarquía, que formularon proyectos políticos contrapuestos para el futuro de este territorio y se dotaron de los medios para alcanzarlos. En vísperas de la guerra, las provincias flamencas se caracterizaban no por la polarización en dos facciones, sino por una gran fragmentación de las posiciones, generalmente agrupadas en torno a las clientelas de algunas figuras poderosas.

El borbonismo en Flandes tenía una base social formada por la nobleza valona de los territorios fronterizos con Francia, pero esto no era en absoluto suficiente para controlar el territorio. Debía contar con el apoyo de poderosos actores políticos en Bruselas, a los que los ministros franceses alentaron a apoyar la causa borbónica. El marqués de Bedmar y el conde de Bergeyck fueron las dos figuras emblemáticas. Emprendieron un vasto plan de reformas, la mayoría de las cuales ya habían sido iniciadas durante el reinado de Carlos II, pero que no habían podido prosperar por falta de recursos económicos y de apoyo político. Al beneficiar en gran medida a las élites locales, la reforma del ejército amplió el círculo de apoyo a la nueva dinastía y afianzó su poder en las provincias flamencas. Por consiguiente, el estallido de la guerra de Sucesión no provocó defecciones entre las élites flamencas, que se unieron en masa en torno a Luis XIV y Felipe V. Sin embargo, el programa de reformas institucionales y fiscales emprendido al mismo tiempo provocó un profundo malestar entre las élites flamencas. Mientras que, por un lado, la nobleza valona se comprometía cada vez más al servicio de Felipe V, en particular levantando y financiando el nuevo regimiento de guardias valonas con destino a Madrid, por otro, sectores de la élite urbana adoptaban una postura cada vez más reservada. Aunque las fisuras aparecieron ya en 1703, sólo se hicieron patentes tras la derrota de Oudenaarde en 1706, cuando las tropas borbónicas perdieron el control de gran parte de los Países Bajos. Como consecuencia de la guerra, la causa de Felipe V fue perdiendo apoyos y sólo pudo mantenerse, primero en la provincia de Namur, la última bajo control borbónico hasta 1711, y después en el norte de Francia, apoyándose en su base social histórica.

## 7. Bibliografía

### 7.1. Fuentes impresas

*Correspondance de la Cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas au XVIIe siècle. Précis de la correspondance de Charles II (1665-1700)*, vol. 5, Henri Lonchay, Joseph Cuvelier y Joseph Lefèvre (eds.), Bruxelles: Lamertin, 1935.

Mérode-Westerloo, Jean Philippe Eugène de Mérode (marqués de), *Mémoires du feld-maréchal comte de Mérode-Westerloo*, Bruxelles: A. Wahlen, 1840, 2 vols.

*Procès intenté par le marquis de Bournonville, général de bataille et gouverneur de la ville de Lierre &c… contre le duc et prince de Bournonville, chevalier de l'ordre de la Toison d'Or, Vice-Roy de Navarre…*, s. l.: s. ed., 1688.

*Recueil des ordonnances des Pays-Bas autrichiens. 3e série (1700-1794)*, vol. 1: 1700-1706, Léon Prosper Gachard (ed.), Bruxelles: Devroye, 1860.

Saint-Simon, Louis de Rouvroy (duque de), *Mémoires (1691-1721)*, ed. de Yves Coirault, Paris: Gallimard, 1983-1988, 8 vols.

Ubilla Medina, Antonio, *Succesión de el rey D. Phelipe V. Nuestro Señor en la corona de España, diario de sus viages desde Versalles a Madrid…jornada a Napoles, a Milán, y a su ejército*…, Madrid, Juan García Infanzon, 1704.

## 7.2. Bibliografía

Albareda Salvadó, Joaquim (2005), *El «cas dels Catalans». La conducta del Aliats arran de la guerra de Successió*, Barcelona: Fundació Noguera.

Albareda Salvadó, Joaquim (2010), *La guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona: Crítica.

Barrios Gutiérrez, Juan (1983), «La Real y Militar Academia de los Países Bajos», *Revista de Historia Militar*, 27(54), pp. 19-35.

Baudrillart, Alfred (1890-1905), *Philippe V et la Cour de France*, Paris: Firmin Didot, 5 vols.

Demoulin, Bruno (1983), *Politique et croyances religieuses d'un évêque et prince de Liège. Joseph-Clément de Bavière (1694-1723)*, Liège: Société des bibliophiles liégeois.

De Schryver, Reginald (1965), *Jan van Brouchoven, graaf van Bergeyck 1644-1725. Een halve eeuw staatkunde in de Spaanse Nederlanden en in Europa*, Bruxelles: Palais des Académies (Mémoires de l'Académie royale de Belgique, Classe des Lettres, 57).

De Schryver, Réginald (1996), *Max II. Emanuel von Bayern und das Spanische Erbe: die Europäischen ambitionen des Hauses Wittelsbach: 1665-1715*, Mayence: Philipp von Zabern.

Diago Hernando, Máximo (2001), «Actividad mercantil y financiera de los hombres de negocios flamencos en Madrid a mediados del siglo XVII», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 41, pp. 165-206.

Esteban Estríngana, Alicia (1998), «La crise politique de 1629-1633 et le début de la prééminence institutionnelle de Pierre Roose dans le gouvernement général des Pays-Bas Catholiques», *Revue belge de philologie et d'histoire*, 76(4), pp. 939-977.

Fauconpret, Benoît de (1992), *Les pensionnaires du collège Mazarin ou des Quatre Nations : 1688-1794*, Paris: B. de Fauconpret.

Fernández Izquierdo, Francisco (2002), «Los flamencos en las órdenes militares españolas. Algunas notas sobre la integración en el sistema nobiliario en la monarquía hispánica», en Ana Crespo Solana y Manuel Herrero Sánchez (eds.), *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica (XVI-XVIII)*, t. I, Córdoba: Universidad de Córdoba-Fundación Carlos de Amberes, pp. 101-136.

Fieffé, Eugène (1854), *Histoire des troupes étrangères au service de la France depuis leur origine jusqu'à nos jours*, Paris: Librairie militaire, 2 vols.

Gachard, Louis Prosper (1867), *La Belgique sous Philippe V*, Bruxelles: Gobbaerts.

Gachard, Louis Prosper (1880), *Histoire de la Belgique au commencement du XVIII^e^ siècle*, La Haye-Bruxelles: M. Nijhoff-C. Muquardt.

Glesener, Thomas (2011), «Venalidad y fidelidad en los Países Bajos durante el reinado de Felipe V», en Francisco Andújar Castillo y M. M. Felices de la Fuente (eds.), *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 191-209.

Glesener, Thomas (2018), «Annexion ou régénération ? La France et le gouvernement des Pays-Bas à l'époque du «régime anjouin»», en Guillaume Hannotin y Dominique Picco

(dirs.), *Le lion et les lys. Espagne et France au temps de Philippe V*, Pessac: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 123-140.

Herrero Sánchez, Manuel (2019), «Los Países Bajos en la estructura imperial hispánica durante el reinado de Carlos II», en Marina Mestre Zaragozá (dir.), *L'Espagne de Charles II, une modernité paradoxale 1665-1700*, Paris: Garnier, pp. 107-154.

Janssens, Paul (1998), *L'évolution de la noblesse belge depuis la fin du Moyen Âge*, Bruxelles, Crédit Communal.

Kamen, Henry (1969), *The War of Succession in Spain, 1700-1715*, London: Indiana University Press.

Kamen, Henry (1980), *Spain in the Later Seventeenth Century, 1665-1700*, London-New York: Longman.

León Sanz, Virginia (1989), «La dimensión civil de la Guerra de Sucesión española en la historiografía actual», *Cuadernos de Historia Moderna*, 10, pp. 183-194.

León Sanz, Virginia (1993), *Entre Austrias y Borbones. El Archiduque Carlos y la monarquía de España (1700-1714)*, Madrid: Sigilo.

León Sanz, Virginia (2014), *El archiduque Carlos y los austracistas: Guerra de Sucesión y exilio*, Sant Cugat: Arpegio.

Lluch, Ernest (1999), *Las Españas vencidas del siglo XVIII. Claroscuros de la Ilustración*, Barcelona: Crítica.

Lluch, Ernest (2000), *L'alternativa catalana (1700-1714-1740). Ramon de Vilana-Perlas i Juan Amor de Soria. Teoria i acció austriacista*, Vic: Eumo.

López Anguita, José Antonio (2011), «Madrid y Viena ante la sucesión de Carlos II: Mariana de Neoburgo, los condes de Harrach y la crisis del partido alemán en la corte española (1696-1700)», en José Martínez Millán y Rubén González Cuerva (eds.), *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, t. II, Madrid: Polifemo, pp. 1111-1156.

Muñoz Rodríguez, Julio David (2015), *La séptima corona: el reino de Murcia y la construcción de la lealtad castellana en la Guerra de Sucesión*, Murcia: Editum.

Pirenne, Henri (1902-1932), *Histoire de Belgique*, 3.ª ed. Bruxelles: Henri Lamertin, 5 vols.

Postigo Castellanos, Elena (1988), *Honor y privilegio en la corona de Castilla. El consejo de las Órdenes y los Caballeros de Hábito en el siglo XVII*, Valladolid: Junta de Castilla y León.

Quirós Rosado, Roberto (2017), *Monarquía de Oriente. La corte de Carlos III y el gobierno de Italia durante la guerra de Sucesión española*, Madrid: Marcial Pons.

Ramos Medina, Dolores (2000), «Mercaderes flamencos en Madrid: la Casa y Compañía Dupont (1650-1679)», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Moderna*, 13, pp. 221-249.

Ribot García, Luis Antonio (2010), *Orígenes políticos del testamento de Carlos II. La gestación del cambio dinástico en España*, Madrid: Real Academia de la Historia.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2009), «El ejército que heredó Felipe V: Su número y su composición humana», en José Manuel de Bernardo Ares (ed.), *La sucesión de la Monarquía Hispánica, 1665-1725. Biografías relevantes y procesos complejos*, Madrid: Silex, pp. 263-294.

Rowlands, Guy (2010), «Foreign Service in the Age of Absolute Monarchy: Louis XIV and His Forces Étrangres», *War in History*, 17(2), pp. 141-165.

Sánchez Belén, Juan Antonio (2009), «Los Dupont de Madrid: una dinastía mercantil flamenca en el comercio atlántico del siglo XVII», en Carlos Martínez Shaw y Marina Dolores Alfonso Mola (eds.), *España en el comercio marítimo internacional (siglos XVII-XIX)*, Madrid: UNED, pp. 143-202.

Satterfield, George (2003), *Princes, Posts and Partisans. The Army of Louis XIV and Partisan Warfare in the Nederlands (1672-1678)*, Leyden: Brill.

Simon i Tarrés, Antoni (2011), *Del 1640 al 1705. L'autogovern de Catalunya i la clase dirigent catalana en el joc de la política internacional europea*, Valencia: Universitat de València-Institut d'Estudis Catalans.

Stanhope, Philipp Henry (1832), *History of the War of the Succession in Spain*, London: John Murray.

Storrs, Christopher (2007), *The Resilience of the Spanish Monarchy, 1665-1700*, Oxford: Oxford University Press.

Storrs, Christopher (2016), *The Spanish Resurgence, 1713-1748*, New Haven: Yale University Press.

Stradling, Robert A. (1992), *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*, Madrid: Cátedra.

Ursel, Baudouin d'Ursel, conde de (1986), «La Maison de Bournonville», *Le Parchemin*, 51(244), pp. 210-265.

Ursel, Baudouin d'Ursel, conde de (2004), *Les Schetz. La maison d'Ursel*, vol. 2, Bruxelles: Association royale Office généalogique et héraldique de Belgique.

Van Houtte, Hubert (1908), «Un Colbert belge : Jean de Brouchoven, comte de Bergeyck (1644-1725)», en *Mélanges Godefroid Kurth. Recueil de mémoires relatifs à l'histoire, à la philologie et à l'archéologie*, t. I, Liège-Paris: Vaillant-Carmanne & Honoré Champion, pp. 343-354.

Van Kalken, Frans (1907), *La fin du régime espagnol aux Pays-Bas : étude d'histoire politique, économique et sociale*, Bruxelles: J. Lebègue.

Van Kalken, Frans (1938), «La souveraineté de Maximilien-Emmanuel à Namur (1711-1714)», *Annales du Congrès d'archéologie de Namur*, pp. 350-355.

Vegiano d'Hovel, M. de (1865), *Nobiliaire des Pays-Bas et du comté de Bourgogne*, Gand: Gyselynck, 2 vols.

Vermeir, René (2006), *En estado de guerra: Felipe IV y Flandes, 1629-1648*, Córdoba: Universidad de Córdoba.

Vermeir, René (2009), «Je t'aime, moi non plus. La nobleza flamenca y España en los siglos XVI-XVII», en Bartolomé Yun Casalilla (ed.), *Las redes del imperio. Elites sociales en la articulación de la monarquía hispánica, 1492-1714*, Madrid: Marcial Pons, pp. 313-337.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci2024256587

# ASEGURAR LA LEALTAD A TRAVÉS DE LAS RELACIONES EPISTOLARES: LA CORRESPONDENCIA DE LA NOBLEZA FLAMENCA AL IX DUQUE DEL INFANTADO (1686-1693)

## *Ensuring Loyalty Through Epistolary Relations: The Correspondence of the Flemish Nobility to the 9th Duke of Infantado (1686-1693)*

Marc de SCHIETERE DE LOPHEM
Universidad de Alcalá
marc.schietere@edu.uah.es

Fecha de recepción: 08/02/2024
Fecha de aceptación: 05/05/2024

RESUMEN: La correspondencia cruzada entre la nobleza flamenca y el IX duque del Infantado materializa la red clientelar de este aristócrata en los Países Bajos españoles. Analizando las cartas se pueden entrever algunos de los mecanismos utilizados para mantener a la nobleza leal en un momento tan inestable como finales del siglo XVII. El duque del Infantado, sumiller de corps de Carlos II y miembro del Consejo de Estado, recibió varias peticiones de nobles que, conjugándolas de forma oportuna con las mercedes correspondientes, podían asegurar la lealtad de un territorio remoto y que sufría guerras con Luis XIV.

*Palabras clave*: Carlos II; nobleza de los Países Bajos; lealtad; duque del Infantado; correspondencia.

ABSTRACT: The correspondence between the Flemish nobility and the 9th Duke of Infantado materializes this aristocrat's patronage network in the Spanish Low Countries. Analyzing the letters, one can glimpse some of the mechanisms used to maintain the loyalty of the nobility during such an unstable period as the end of the 17th century. The Duke of Infantado, *sumiller de corps* of Carlos II and advisor

to his Council of State, received several requests from nobles. By timely combining the favors associated with these requests, he could ensure the loyalty of a remote territory, which was suffering from wars with Louis XIV.

*Key words*: Charles II; Spanish Low Countries nobility; loyalty; Duke of Infantado; correspondence.

## 1. Un medianero en la Corte de Carlos II: Gregorio María de Silva y Mendoza, IX duque del Infantado y V de Pastrana

Gregorio María de Silva y Mendoza (1649-1693) nació del matrimonio de Rodrigo de Silva, IV duque de Pastrana, y de Catalina de Mendoza. En él se fundieron los mayorazgos de ambas casas nobles (Terrasa Lozano, 2012). El título ducal del Infantado provenía del tío de Gregorio, Rodrigo de Mendoza, quien murió sin descendencia, lo que hizo que recayese inicialmente en Catalina y, más adelante, en su vástago. Se casó con María de Haro y Guzmán, hija de Luis de Haro, VI marqués del Carpio. Sin embargo, los mayorazgos no se unieron y don Gregorio recibió el hábito de Santiago en compensación. Empezó su carrera militar como capitán de la compañía de los hombres de armas de las Guardas de Castilla. A partir de 1674, fue montero mayor y gentilhombre de la Cámara de Carlos II. Un año después murió su padre y le sucedió al frente del ducado de Pastrana, y, en 1686, tras el fallecimiento de su madre, heredó el ducado del Infantado. Así, la unión de los mayorazgos estaba consumada. Luis de Salazar y Castro (1685) escribió una genealogía de la casa Silva y dedicó un capítulo específico al IX duque del Infantado. Según el conocido cronista castellano, el linaje Silva tenía cuatro Grandezas de España, lo que la convertía en la más laureada de todas las familias aristocráticas. Su poder señorial se concentraba, sobre todo, en Castilla y en el reino de Valencia (Carrasco Martínez, 2023: 387). En 1686, con la muerte de Catalina de Mendoza, el todavía V duque de Pastrana obtuvo dos Grandezas adicionales, correspondientes a los títulos de duque del Infantado y duque de Lerma. A partir de este momento, hasta su deceso, en Gregorio María de Silva y Mendoza confluyeron los ducados del Infantado, Lerma, Pastrana, Estremera y Francavilla; los principados de Melito y Éboli; los condados de Saldaña y la Chamusca, y los marquesados de Algecilla, Almenara y Cea (Salazar y Castro, 1685: 6-7).

El duque recibió a lo largo de su vida varias mercedes. En 1666 obtuvo el ya mencionado hábito de la Orden de Santiago. Ocho años más tarde ocupó el cargo de montero mayor y, además, fue nombrado gentilhombre de la Cámara en 1675. Es a partir de 1686, coincidiendo con su nombramiento como sumiller de corps, cuando don Gregorio tuvo una vía de acceso privilegiada a Carlos II (Salazar y Castro, 1685: 618). Finalmente, obtuvo un asiento en el Consejo de Estado en 1691. Con estos dos últimos cargos se convirtió en una persona responsable de hacer prevalecer los intereses de la Monarquía en todos los territorios, aunque,

en su caso, especialmente, en los Países Bajos españoles. Su papel al servicio de Carlos II en relación con la nobleza de dichos territorios fue de medianero cortesano. Esta idea de medianero o *agente* la presentó Marika Keblusek (2006: 10-11), que define la posición de medianero de la siguiente forma: «Para funcionar exitosamente como agente, depende en primer lugar de la capacidad de construir y mantener dos relaciones clave: con el empleador o patrocinador, por un lado, y con la(s) red(es) por otro»[1]. En el caso del duque del Infantado, su patrocinador era el rey y su red, la nobleza de los Países Bajos españoles. Keblusek añade:

> La capacidad de construir este tipo de capital social puede haber sido afectada por, o de hecho depender de, el trasfondo personal del agente: su educación, su posición social y económica, sus raíces geográficas, sus creencias religiosas e incluso su carácter[2].

Don Gregorio tenía un perfil que respondía a todos estos criterios y acumulaba, en consecuencia, un capital social considerable. Por haber crecido entre Madrid y Pastrana, se hallaba próximo a la Corte. Madrid era, además, una villa donde varios nobles de los Países Bajos vivieron durante un tiempo, con lo cual pudieron conocerse personalmente. Fue el caso del conde Louis Ernest de Egmont y Philippe-Charles de Arenberg, IX duque de Arschot. También recibió el mismo tipo de educación que aquellos con quienes mantenía relaciones epistolares. Dichos aspectos hacían que fuera un medianero adecuado entre Carlos II y la nobleza de los Países Bajos.

## 2. El objetivo de una correspondencia aristocrática: entre amistad y beneficio

Séneca teorizó la acción de hacer bien a otra persona, el *beneficium*, un concepto que apareció en su obra *De beneficiis*, que fue la base de la moral en las Edades Media y Moderna (Hespanha, 1993: 160). El filósofo cordobés concluyó que «la acción benéfica no es en ningún caso espontánea y gratuita» (Hespanha, 1993: 160). No hay acciones que se hagan sin pensar en el beneficio propio y que no se estudien con antelación. Para el estoico, existían dos realidades o palabras claves: espontaneidad y gratuidad. La primera se refiere a que se piensa antes de hacer una acción beneficiosa, no ocurre de forma natural. La segunda se refiere a que siempre se busca el beneficio. Este proceso de pensamiento se resume en: «No hay que dar cualquier cosa a cualquiera de cualquier manera y en cualquier

1. Traducción propia. El original: «To function successfully as an agent depend first and foremost on one's ability to build and maintain two key relationships: with one's employer –or patron– on the one hand, and with one's network(s) on the other».

2. Traducción propia. El original: «The capacity to build this sort of social capital may have been affected by, or indeed in turn depended on, the agent's personal background: his education, his social and economic position, his geographical roots, his religious beliefs –perhaps even his character».

momento» (Hespanha, 1993: 160). Esta idea es la clave de la praxis social ejercida por el duque del Infantado en lo relativo a las peticiones hechas por los nobles de los Países Bajos españoles.

Los nobles pidieron cargos militares y otros favores al rey a través de la persona del duque del Infantado. La acción beneficiosa fue interceder ante el rey en pro de estas élites. Así las cosas, ¿cómo podía el Grande de España utilizar tales peticiones para mantener la lealtad del territorio? La correspondencia sirve para ver dos aspectos distintos. Por un lado, se pueden apreciar las aspiraciones que tenían los nobles; y, por otro, gracias a la gran cantidad de cartas que existen, se observa cómo el duque gestionaba las mercedes, ya que a menudo estos señores tuvieron que repetir varias veces sus peticiones. En adelante se demostrará, a través de los casos de los condes de Egmont, de Hornes y de t'Serclaes de Tilly, del príncipe de Berghes y del duque de Arschot, que demandaban una gran variedad de mercedes y, en consecuencia, existía también una gran variedad de recompensas que el duque del Infantado podía utilizar para mantener su lealtad.

Si bajo el reinado de Carlos V los antiguos linajes flamencos pudieron gozar de una posición en el aparato gubernamental de la Monarquía, durante los reinados siguientes la situación cambió progresivamente. Por ejemplo, los nobles que fueron embajadores de los archiduques en las Cortes europeas fueron individuos formados en las universidades, pues, a menudo, disfrutaban del estatus de noble desde hacía poco (Vermeir, 2009: 320). A raíz del conflicto del siglo XVI, la cantidad de nobles de antiguos linajes con funciones políticas disminuyó hasta que su participación fue casi nula. Sin embargo, hubo un cambio a partir de 1668 cuando el Franco Condado fue gobernado por el VIII duque de Arschot, Charles-Eugène de Arenberg (Reig Ruiz: en prensa). En los años posteriores hubo otros virreinatos atribuidos a nobles flamencos. El príncipe de Ligne obtuvo el virreinato de Sicilia entre 1670 y 1674 y fue gobernador de Milán desde 1674 hasta 1678; y, posteriormente, ocupó un asiento en el Consejo de Estado en Madrid. Según Vermeir (2009: 321), una posible explicación para que obtuviese estos cargos fue su amistad con el gobernador general de los Países Bajos españoles entre 1656 y 1659, don Juan José de Austria. El duque de Bournonville fue virrey de Cataluña entre 1678 y 1684 y de Navarra desde 1686 hasta su muerte en 1690. El conde de Egmont fue virrey de Cerdeña de 1680 hasta 1682; el príncipe de Chimay lo fue de Navarra durante menos de un año, pues murió estando en el cargo. Por último, el borgoñón Jean-Charles de Watteville, marqués de Conflans, fue virrey de Navarra entre 1697 y 1698. Pese a ser gobiernos de tiempo reducido y en territorios de una importancia relativa en el seno de la Monarquía, que seis nobles se convirtiesen en virreyes representaba un gran logro tras más de un siglo sin ningún cargo para estos señores (Vermeir, 2009: 334-335; Janssens, 2024: 322-323). A partir de este momento, la nobleza de los Países Bajos españoles se involucró en el aparato de la Monarquía. El duque del Infantado se encargó de seguir las relaciones positivas con los nobles que estaban en el propio territorio. La importancia de la comunicación epistolar

radicaba, sobre todo, en asegurar la lealtad en un contexto de guerra continua con Francia, pues existía miedo de perder el territorio.

## 3. Una profunda amistad: el X conde de Egmont y el IX duque del Infantado

Louis Ernest, X conde de Egmont, nació en Bruselas en 1665. Era hijo de Philippe de Egmont y Marie-Ferdinande de Croÿ. Desde pequeño viajó a varias Cortes europeas. Fue en la Corte madrileña donde mejor se le recibió, pues se le concedieron varias mercedes regias (Schmelzer, 2012: 395). Cuando tenía veintidós años contrajo matrimonio con Marie-Thérèse de Arenberg, hermana del IX duque de Arschot, que se había casado en primeras nupcias con el marqués de Grana, gobernador general de los Países Bajos españoles entre 1682 y 1685. El mismo año de su boda, 1687, el rey le hizo Grande de España y caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro, dos dignidades que los condes de Egmont habían ostentado desde el siglo XVI[3]. Su carrera militar fue muy breve. Murió apenas un año después de ser nombrado, tras infructuosas reclamaciones, general de la caballería durante la guerra de los Nueve Años (1693). Hasta el momento de su fallecimiento, Egmont mantuvo una correspondencia muy íntima con Gregorio de Silva y Mendoza. Se conservan veinticinco cartas en el Archivo Histórico de la Nobleza del periodo 1691-1693. La mayoría de las misivas tienen un carácter político. Sin embargo, casi siempre tratan también asuntos personales, a menudo relacionados con la salud.

La casa de Egmont era una casa nobiliaria antigua y conocida en los Países Bajos. La historiografía positivista belga dedicó muchos estudios al conde Lamoral de Egmont, ejecutado en Bruselas, junto con el conde de Hornes, por el duque de Alba. Recibieron esa atención por parte de los historiadores porque se los representó como ejemplos y padres de la nación al haberse sublevado contra la Monarquía de España. Aunque esta historiografía positivista no yerra en cuanto a los hechos históricos, los acontecimientos no fueron tan importantes como para dedicarles una relevancia decisiva dentro de la historiografía nacional. La casa de Egmont quedó mancillada a ojos de Madrid y, en 1632, el conde Louis de Egmont –abuelo de Louis Ernest– participó en la conjura nobiliaria contra Felipe IV (de Schietere, 2023). Solo el tiempo y los esfuerzos personales de los descendientes pudieron borrar los hechos que dañaron la reputación de su Casa. Los condes Philippe y Louis Ernest cambiaron las relaciones entre Madrid y su linaje de una manera decisiva.

La primera carta dirigida al duque del Infantado está datada el 16 de febrero de 1691. Louis Ernest dio noticia de su llegada al puerto de Bilbao, pues se dirigía

3. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a favor de Louis Ernest, conde de Egmont. Madrid, 9 de octubre de 1687. AHN, Estado 7684, exp. 11.

desde la Corte madrileña hacia los Países Bajos españoles. En esta misiva, como en las siguientes, Egmont tuteó al duque. De todas las tratadas en este estudio, el aspecto del registro informal solo se encuentra en las de Louis Ernest y las del IX duque de Arschot. Este acercamiento lingüístico indica una gran confianza entre ambos señores, lo que se confirma, además, con el contenido de las cartas.

A través de la correspondencia, el conde de Egmont se sirvió de su amigo, el duque del Infantado, para conseguir un cargo en el ejército. Así lo pedirá en una misiva del 30 de enero de 1692:

> Aunque en este correo había esperado experimentar los buenos oficios con los cuales estás acostumbrado de favorecerme, pues no se dudaba hubiese Su Majestad tomado la resolución sobre la mudanza de algunos puestos de este ejército. No dudo me los continuarás para que yo salga cuanto antes del paso en que me hallo, pues sin hacienda, sin sueldo y sin ningún género de conveniencia queda ocioso el celo de servir a su amo[4].

El conde se encontraba en una situación similar a la de muchos nobles a finales del siglo XVII: sus bienes se habían perdido debido a la guerra con Francia. Ya en 1673, en el contexto de la guerra de Holanda, las posesiones del príncipe de Chimay y del conde Philippe de Egmont, padre del remitente de esta carta, habían sido amenazadas. Irónicamente, a causa de esta situación, Louis Ernest pudo residir bastante tiempo en la Corte siendo joven. El rey dio como compensación por los bienes perdidos al conde Philippe, su padre, el privilegio de poder mandar a su primogénito a la Corte[5].

Todas las posesiones en el Henao y el Flandes francés de los grandes linajes que tenían parientes que estaban al servicio de la Monarquía de España también fueron amenazadas de incautación por Luis XIV (Glesener, 2018: 29). Por tanto, no es extraño que Egmont pidiese ayuda a su amigo en Madrid. Los gobernadores generales de Flandes y el propio Carlos II se veían obligados a intervenir en este tipo de situaciones porque era importante mantener a los nobles en su posición social. Las élites locales evocaban en la población la presencia de la Monarquía, así que era esencial que el lejano soberano ayudase a solventar la situación y evitase el descontento de los hombres de alcurnia, también para evitar sustos como el de 1632[6]. Janssens (2024: 319) menciona que «un consejero madrileño subrayaba cómo "de tales personas deben ser los príncipes soberanos sus tutores, pues son las más principales que mantienen la corona"». Los coetáneos entendían la significatividad de mantener a los nobles que habían contraído deudas para asegurarse el mantenimiento del poder de Madrid. No era, entonces, una mera

4. El castellano está actualizado. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 30 de enero de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 5.

5. Archives de la Ville de Besançon, Ms. 1123-1124. Registro de cartas escritas por Claude-François Pelletier al conde de Egmont entre 1672 y 1675.

6. Sobre la conjura nobiliaria véanse Juste (1851) y Henrard (1876).

cuestión de empatía hacia un grupo social privilegiado, sino una lógica de beneficio mutuo. En esta misma línea, también se utilizaba la amistad para obtener cargos, como fue el caso del príncipe de Ligne y Juan José de Austria, quien obtuvo para el aristócrata un puesto en el Consejo de Estado (Maura, 1990: 229; Castilla Soto, 1992: 103-154).

Para Aristóteles, «la amistad origina y sustenta los vínculos políticos más permanentes, al tiempo que es germen de deberes muy estrictos y perdurables» (Hespanha, 1993: 157). También diferencia «la amistad fundada sobre la virtud de aquella otra que busca el provecho o el placer». La amistad es, por tanto, un instrumento para mantener vínculos políticos y puede ser virtuosa o provechosa. Según este filósofo, la amistad debe implicar igualdad, pero cabe también entre personas desiguales. Estas relaciones divergentes se encuentran en las dinámicas de patronazgo y clientela y, en este caso, retrata a la perfección la relación que mantuvieron el duque del Infantado y el conde de Egmont. Al generar beneficio, ambos esperaban una reciprocidad de la otra persona para que se retroalimentasen los lazos. Don Gregorio se situaba por encima de don Louis Ernest en el escalafón social, tanto por su título nobiliario como por sus cargos de sumiller de corps y consejero de Estado. ¿Cuál era la reciprocidad y la relación de amistad que mantenían los dos nobles? Por un lado, el conde se ponía al servicio de la Monarquía y dedicaba su vida a ella. Haciendo esto, aseguraba al duque, e indirectamente al rey, que el poder regio se mantenía en el territorio, pese a la lejanía. Esta parte del contrato es todo lo que Egmont podía ofrecer al duque, si bien también era su obligación como súbdito del monarca[7]. Por otro lado, el duque podía intervenir para conseguirle mercedes y cargos que le dieran prestigio y acreditasen el rango nobiliario del conde. Estas concesiones eran para la Monarquía la forma de reforzar los lazos de lealtad.

Como informador avisado, el conde de Egmont trató a lo largo de sus cartas la llegada del elector Maximiliano Emmanuel de Baviera, a quien Carlos II había elegido nuevo gobernador de los Países Bajos españoles tras el fracaso del marqués de Castañaga en la defensa de Mons contra los franceses. Los gobernadores generales eran similares a los virreyes de otros territorios de la Monarquía (Pérez-Bustamante, 2006: 472). La llegada del gobernador fue un asunto que Egmont esperaba con impaciencia. Carlos II se había decantado por el elector para satisfacer la solicitud de los juristas, como el II conde de Bergeyck, que pedían mayores esfuerzos para centralizar el poder en Bruselas (Glesener, 2018: 37). La primera vez que Egmont lo mencionó fue en una carta del 2 de enero de 1692 en la que también decía: «Creo que con esta resolución tomara Su Majestad la de declarar el generalato de la caballería, y espero lograre el fruto de los buenos oficios que

7. Sobre las relaciones entre monarca y súbdito y cómo el súbdito debe servir al monarca véase Esteban Estríngana (2012: 11-50).

deus a tu fineza»[8]. El conde pedía otra vez el puesto de general de la caballería española de Flandes y, en la carta siguiente, volvió a pedir al duque del Infantado que le patrocinase para obtener el cargo al que aspiraba[9].

En otra misiva reiteró la venida del elector de Baviera, que dilataba su llegada a Bruselas al esperar su nómina en Venecia. Después de haber sido elegido, viajó a Viena y Múnich para arreglar la regencia durante su estancia en los Países Bajos (Van Kalken, 1907: 34). La siguiente ocasión en la que habló del elector es en una carta del 27 de marzo de 1692, en la que dijo: «No hay más novedad que avisarte de haber ayer llegado a esta Corte el señor elector de Baviera; podemos esperar que con las tropas que vienen de Inglaterra prevengamos a embarazar los designios de los franceses»[10]. Tras la llegada del elector, continuaron los problemas en los Países Bajos españoles, pues el conde recordó al duque que las tropas de Luis XIV estaban en Mons preparándose para la guerra. Sin embargo, los ingleses también estaban en armas, pues el día:

> 19 llegó a esta villa el rey británico a avocarse con el señor elector y conferir lo que conviene en las ocurrencias presentes; tiene su cuartel junto a Bruselas, donde se van juntando las tropas para las operaciones de la campaña. Y se está observando qué movimientos hará el francés para según ellos obrar nosotros lo que parece más provechoso[11].

Maximiliano de Baviera apenas se había instalado en los Países Bajos cuando tuvo que encargarse de batallar contra los franceses. El nuevo gobernador general asumió con todas las consecuencias su rol e invirtió recursos y tropas bávaras para defender los intereses de Carlos II en la guerra de los Nueve Años (Glesener, 2018: 37).

Esta situación era, además, muy conveniente para el conde de Egmont porque aún no había llegado la resolución sobre el generalato de la caballería. El conde mencionó primero la batalla que estaban preparando para, después, recordar al duque del Infantado que en la Corte de Madrid se tenía que tomar una decisión respecto a este asunto, para el que Egmont estaba dispuesto a servir. A partir de entonces, el conde ya no solo intentó obtener el puesto a través de su relación con el sumiller de corps, sino también por medio del elector de Baviera. Así, en la misma carta del 27 de marzo, escribió: «Yo he presentado al señor elector mis razones y los motivos que justifican mi pretensión para que las pase a consideración de Su

8. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 19 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 3.

9. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 2 de enero de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 4.

10. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 27 de marzo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 10.

11. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 21 de mayo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 11.

Majestad y espero que el rey las atenderá con aquella benignidad que le he dicho siempre». El conde de Egmont parecía pensar que su corresponsal en Madrid ya no podía mediar lo suficiente como para acceder al cargo y, en consecuencia, necesitaba otras formas con mayores posibilidades de obtener la dignidad militar. Sin embargo, todos sus miedos eran infundados, pues se le entregó el generalato dos meses después[12].

El largo proceso por el que el conde de Egmont intentó a través de sus relaciones personales obtener el cargo de general de la caballería de Flandes dio paso a un servicio breve, pero activo. El conflicto bélico con los franceses, la guerra de los Nueve Años, fue un enfrentamiento europeo entre el rey francés, los jacobitas escoceses e irlandeses y, de forma indirecta, los turcos otomanos contra Guillermo III de Orange, rey de Inglaterra y estatúder de las Provincias Unidas; Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y Carlos II de Austria. El Rey Sol, con la Política de Reuniones, intentó conseguir un poder hegemónico sobre sus territorios fronterizos y provocó en el otro bando la formación de la Liga de Augsburgo, que pretendía limitar los esfuerzos franceses y devolver Europa a la situación de la paz de Westfalia.

Las causas del inicio de la guerra fueron la toma del castillo de Luxemburgo en 1684, que continuaba la anexión francesa de Estrasburgo (1681) y preludiaba la de Philippsburg (1688) (Goubert, 1984: 180). Luis XIV pensaba intimidar a los príncipes germánicos para imponer a su candidato, Maximiliano Enrique de Baviera, como elector de Colonia. Sin embargo, la situación cambió cuando el príncipe Guillermo fue coronado rey de Inglaterra en 1688 y decidió luchar junto con la Monarquía de España y el Sacro Imperio contra Francia (Van Os, 2003: 101). En el marco de esta guerra ocurrieron las conquistas francesas de Mons en 1691 y de Namur en 1692, así como el bombardeo de Bruselas tres años más tarde.

Las campañas en las que estuvo involucrado el conde de Egmont fueron constantes. Si bien los combates navales los ganaron Inglaterra y Holanda, los que tuvieron lugar en el condado de Namur no eran muy concluyentes. El conde avisó a Madrid:

> Nosotros estamos aquí en este paradero teniendo los enemigos en frente y, aunque sean más fuertes que nosotros, me parece que con ochenta mil hombres que tenemos con el excelentísimo rey de Inglaterra se hubiera podido intentar algo, lo que no se ha hecho hasta ahora. La villa de Namur se rindió a 5 del corriente [junio] retirándose toda la guarnición al castillo y fuerte nuevo que se ha hecho de un año a esta parte. Y desde el 7 atacaron los enemigos el castillo, lo que están continuando con grandísima furia, pero hasta ahora se defiende con igual fuerza[13].

12. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Campo de Deinze, 10 de septiembre de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 15.

13. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Campo de Grand-Rosière, 18 de junio de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 12.

Otro informante coetáneo, Michael Catmayer, también mencionó la toma de Namur en una carta del 12 de agosto de 1692, utilizando interesantes metáforas en un castellano imperfecto: «10 000 hombres españoles y valones los franceses no haber cogido Namur: cuando yo pienso cómo los pobres españoles han defendido esta plaza como leones»[14]. Se trataba de una mención atípica debido a su comparación entre españoles y leones, haciendo referencia, probablemente y no de manera consciente, al león de los pendones de Castilla.

La relación de amistad Egmont-Infantado era verdadera. Además del generalato, don Louis Ernest pidió a don Gregorio que mediase para que el capitán de la infantería española Matías Pérez de Cortes obtuviese la sargentía mayor de la isla de Tenerife. Sus argumentos se basaban en que el capitán había servido durante treinta y ocho años en los Países Bajos y, debido a unas heridas, no podía seguir en las tierras del Norte. Curiosamente, esta carta es la única ocasión en la que el conde intercede para alguien y esa persona era un español de nacimiento. Esto supone un cambio, ya que se muestra cómo sujetos foráneos requerían a la propia nobleza local para que mediase en su favor en la Corte madrileña.

Otro signo de amistad entre ambos señores es la preocupación constante por la salud del duque. El conde, siguiendo los parámetros de la cortesía barroca, siempre encabezaba las cartas agradeciendo a su interlocutor que le hubiese dado noticias sobre su salud. De no ser el caso, le preguntaba cómo se encontraba. Prosiguiendo las formalidades aristocráticas, el conde insistía en que le diera órdenes ducales que cumplir. Era un claro juego de servicio amistoso. Ejemplo de ello es una carta que trata únicamente sobre cuestiones de salud. El 19 de noviembre de 1692, don Louis Ernest escribió a don Gregorio: «Yo pasé unos días a esta villa a la precisa asistencia de algunos negocios domésticos, y me ha sobrevenido una fluxión a los ojos que me incomoda y ha embarrado la vuelta a mi casa»[15].

A través de la correspondencia, se puede ver hasta qué punto la nobleza de los Países Bajos españoles estaba preocupada por el mantenimiento de la soberanía y la presencia de las fuerzas del rey de España en la región porque era la única manera de asegurarse su propio patrimonio. Ya en el pasado los nobles se habían planteado que tal vez era mejor rendirse al enemigo antes de que fuese demasiado tarde (Esteban Estríngana, 2018: 369). Entregar el territorio a los franceses podía ser otra manera de conservar sus bienes y su posición. Ante esa lógica, el papel del duque del Infantado era crucial para evitar males mayores. El abuelo del conde de Egmont había participado en la conjura de 1632 con la intención de rendir el territorio a Luis XIII. Además, el bisabuelo había sido decapitado por el duque de Alba en 1568. Así las cosas, con la intención de mantener la lealtad del conde

14. Carta de Miguel de Catmayer al IX duque del Infantado. Bruselas, 27 de agosto de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 117, D. 5.

15. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Amberes, 19 de noviembre de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 21.

de Egmont, cuyo apellido estaba doblemente mancillado, don Gregorio acabó interviniendo a su favor, pues, a veces, la amistad no era suficiente para asegurar una lealtad ininterrumpida.

## 4. Las cartas del interés: la circulación de favores entre la nobleza titulada de los Países Bajos y el duque del Infantado

### 4.1. El príncipe de Berghes y el Toisón de Oro

Carlos II concedió a Philippe-François de Glymes el título de príncipe de Berghes en 1686. Era el quinto hijo del conde de Grimbergen y de Florence-Marguerite de Renesse, familias que formaban parte de la vieja nobleza de sangre (Ryckman de Betz, 1957: 206-207 y 390-391). El príncipe nació el 7 de septiembre 1646. Con treinta años ya había ocupado varios cargos dentro del ámbito militar. Había sido consejero de guerra, capitán, maestro de campo de un tercio valón y general de batalla (Le Roy, 1868: 240). Con esta experiencia, el príncipe tuvo un papel importante en la defensa de Mons en 1691. La caída de la plaza de Henao fue inesperada para los aliados, preparados para que los franceses atacaran Ostende o Charleroi. Mons era una pequeña ciudad de cinco mil habitantes y tenía, aproximadamente, el mismo número de soldados en sus cuarteles de invierno. El asedio comenzó el 15 de marzo y la ciudad tuvo que rendirse después de veintidós días (Dumoulin, 1998: 613). Luis XIV quería asegurarse la victoria en la batalla y encargó a sus ministros y cabos Vauban y Louvois la preparación del sitio. El plan estratégico consistía en juntar todas las fuerzas francesas antes de que empezara la época propicia para hacer la guerra y, así, una vez que la ciudad fuese tomada, podría redistribuir las tropas en Flandes y Renania para mantener los otros territorios que ya habían conquistado (Lynn, 1999: 216-218). Berghes estaba, por su parte, en Mons, en calidad de gobernador de la provincia Henao. Cuando la batalla ya se había resuelto a favor de Francia, el príncipe no dudó en justificar su labor y pidió un collar del Toisón de Oro al rey. Lo hizo, por supuesto, a través de un medianero de la talla del duque del Infantado: «Hace muchos años que Su Majestad se ha dignado de hacerme esperar la honra del collar del Toisón de Oro, […] después de cerca 30 años que tengo la dicha de servir en sus ejércitos»[16].

El príncipe tenía un objetivo claro: obtener tan insigne distinción a toda costa. Por si no era suficiente para convencer al duque y al rey lo que ya había mencionado en su carta, adjuntó una razón más por la cual se le debía conceder esta merced:

16. Carta del príncipe de Berghes al IX duque del Infantado. Bruselas, 5 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 5.

> Las considerables pérdidas que he hecho, y estoy haciendo, de mi hacienda y la destrucción de mis casas y bosques, que dejan arruinada a mi familia hasta la cuarta generación, sufriéndolo todo como un vasallo que no tiene otra mira que la gloria de su rey[17].

Berghes no obtuvo su ansiado reconocimiento en esta primera ocasión, pues en mayo del año siguiente volvió a reclamarla, diciendo que sabía que el rey tenía la intención de crear nuevos caballeros del Toisón de Oro y que esperaba que el duque del Infantado lo tuviese en cuenta cuando el monarca eligiese a los agraciados[18]. Varias cartas volvieron a cruzarse sobre el mismo asunto hasta que el 17 de marzo de 1694 Carlos II le premió con la insignia «en atención a su calidad, méritos y servicios de su casa»[19]. Era una argucia utilizada por el duque del Infantado para que el príncipe se mantuviese contento y leal. Esta forma de proceder podría estar definida en una virtud: la liberalidad. Aristóteles habló sobre este gesto:

> Tiene que ver con la disponibilidad para dar y puede ser definida como esa capacidad para saber evaluar las cosas según su valor esencial, para no apartarse de un justo medio cuando se hace uso de los bienes, […] para experimentar en dosis adecuadas tanto el goce de la adquisición como el pesar en el gasto. (Hespanha, 1993: 162)

Es, por tanto, la balanza con la que Carlos II, por medio de su sumiller de corps, pesaba si los servicios hechos por el príncipe de Berghes valían un collar o, por contra, todavía no eran suficientes. En todo caso, se trataba de buscar un equilibrio casi matemático, pues el donante «debe saber a quién dar, así como la cantidad conveniente y el momento justo» (Hespanha, 1993: 162) para generar un sentimiento de gratitud en el que recibe. El concesor tiene la noción de haber gratificado a un hombre generoso por sus servicios, de manera que ambas partes retroalimentan nuevamente la virtud de la liberalidad en un círculo sin fin (Hespanha, 1993: 162).

### 4.2. El conde de Hornes

Otro de los descendientes de una de las familias más antiguas de la nobleza de los Países Bajos, el conde de Hornes, de nombre Philippe-Emmanuel, también se comunicó por carta con el duque del Infantado entre 1691 y 1692. Philippe-Emmanuel era el segundo príncipe de Hornes. Se había casado con Marie-Antoinette de Ligne, hija de Henri y de la española Juana Mónica de Aragón y Benavides. El

17. *Ibidem*.
18. Carta del príncipe de Berghes al IX duque del Infantado. Bruselas, 21 de mayo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 8.
19. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Philipe-François, príncipe de Berghes. Madrid, 15 de marzo de 1694. AHN, Estado 7682, exp. 18.

conde decía hallarse en una situación difícil porque había perdido todo debido a la presencia de los franceses[20]. Al parecer, el aristócrata ya había mencionado varias veces a Carlos II que se hallaba en esta situación, pues aludía a «las diversas y humildes representaciones que hice al rey sobre el oprimido estado en que me hallo». Acabó acudiendo al duque del Infantado.

Hornes informó a su corresponsal de cómo se había enterado de la situación bélica en la que se hallaba Mons cuando estaba de camino a los Países Bajos tras pasar un periodo en España. Dijo que intentó «por todos los medios imaginables entrar dentro de la plaza, pero después de varios y peregrinos accidentes me vi precisado volver»[21]. Esta frase es clave para justificar lo que pidió a continuación: el cargo de maestro de campo, para lo cual también solicitó ayuda al marqués de Gastañaga, gobernador general de los Países Bajos españoles entre 1685 y 1692.

Al día siguiente, mandó una carta para felicitar las Pascuas con la intención de reforzar lo que había pedido la jornada anterior. En ella escribió: «Con la justa confianza de que admitiendo Vuestra Excelencia como mitantemente (¿humildemente?) se lo suplico, este tributo de mi devolida (¿devota?) obediencia no me negara ocasiones muy frecuentes de su servicio en que poder emplearla»[22].

Después de tres meses, el 13 de marzo de 1692, el conde mandó otra misiva, la última. En este caso, Hornes ya no solicitaba la dignidad anterior, sino la de teniente general de caballería de Flandes. Este cargo lo ocupaba hasta aquel momento el marqués de Grigny, Jean-Baptiste de Bassecourt, pero había obtenido una promoción y el puesto iba a quedar vacante. Hornes vio entonces la oportunidad de tener un cargo de responsabilidad mayor. «Como Vuestra Excelencia sabe, he representado a Su Majestad en otras ocasiones sin haber conseguido el mínimo consuelo»[23]. La mediación del duque del Infantado era fundamental: «Espero que, considerada mi razón, Vuestra Excelencia me favorezca con su voto para el feliz éxito de mi pretensión»[24]. La relevancia de Infantado como agente informal de los señores flamencos era, en este punto, tan elevado que el mismo día un pariente de Hornes, el conde de Merode, sargento general de batalla en Namur, le llegó a escribir pidiéndole el cargo de maestro de campo general de Cataluña[25]. Desafortunadamente para el conde de Hornes, el de Egmont había pedido el mismo cargo y, como se ha visto, lo obtuvo en septiembre de 1692.

20. Carta del conde de Hornes al IX duque del Infantado. Bruselas, 5 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 27.

21. *Ibidem*.

22. Carta del conde de Hornes al IX duque del Infantado. Bruselas, 6 de diciembre de 1691. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 28.

23. Carta del conde de Hornes al IX duque del Infantado. Bruselas, 13 de marzo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 116, D. 29.

24. *Ibidem*.

25. Carta del conde de Merode al IX duque del Infantado. Namur, 13 de mayo de 1692. AHNOB, Osuna, CT. 117, D. 19.

Estos ejemplos de cartas son paradigmáticos en la solicitud de cargos, beneficios y dignidades por medio de un Grande de España bien situado en la Corte madrileña. Mientras que Hornes pedía la ayuda del duque por necesidad, Merode veía en el sumiller de corps una vía para ascender a un cargo con más prestigio. Tenía dos razones para ello: «Mis servicios, que pasan de veinticinco años, y el deseo que me asiste de adelantar el mérito en el Real Servicio»[26]. No es extraño que los nobles de los Países Bajos mandasen sus peticiones al duque, pues era solo el rey quien tenía la potestad de elegir a los hombres de armas de mayor graduación, mientras que el gobernador general de los Países Bajos podía nombrar exclusivamente los grados inferiores al de coronel o maestro de campo (Van Kalken, 1908: 64).

### 4.3. El conde de t'Serclaes y de Tilly

Albert-Octave, conde de t'Serclaes y de Tilly, y príncipe de ambos nombres desde 1693[27], fue uno de los mayores exponentes de la milicia nobiliaria de los Países Bajos españoles. Nació en Bruselas en 1646 y murió en Barcelona en 1715. Empezó su carrera militar en una compañía del regimiento de infantería alemana. A partir del 1670 comenzó a subir los escalones militares para, cinco años más tarde, convertirse en maestro de campo de un tercio valón (Jordens, 1932: 728). Durante la guerra de los Nueve Años, Tilly quedó acantonado en el entorno de Lieja al mando de las tropas del elector (Maffi, 2020: 292). Tenía bajo su mando, según Van Kalken (1908: 53), 27.000 hombres.

Se conservan en el Archivo Histórico de la Nobleza nueve cartas del conde, todas ellas escritas en menos de seis meses, entre el 7 de noviembre de 1692 y el 9 de abril de 1693. En la correspondencia de Tilly con el duque del Infantado no se encuentra ninguna carta de tipología *cortesana*. Todas las misivas giran en torno al conflicto bélico. En su caso, parece ser que ambos señores no se conocían y el conde no había viajado a España. Dado que Tilly no tenía relación de amistad con don Gregorio, no tuvo la necesidad de mandar cartas de confianza.

Tilly también pidió la mediación del aristócrata castellano: «Será preciso que el puesto de maestro de campo general se provea en sujeto benemérito, y aunque yo no me juzgo por tal, entiendo merecerlo mediante el auxilio y amparo de Vuestra Excelencia»[28]. Ante la promoción del poseedor de esta dignidad, el marqués de Bedmar, que regresaba a España, Tilly, que juzgaba que lo merecía, quiso sustituirlo. Necesitaba la ayuda del duque para obtener el cargo y, por ello, utilizó las palabras «auxilio» y «amparo». En la carta siguiente no mencionó de manera explícita su

26. *Ibidem*.

27. Sin embargo, para limitar las confusiones, se utilizará el título de conde a lo largo del ensayo.

28. Carta del conde de t'Serclaes de Tilly al IX duque del Infantado. Lieja, 28 de enero de 1693. AHNOB, Osuna, CT. 94, D. 8.

voluntad. Siempre empezaba las misivas recordando a Infantado lo que le había escrito con anterioridad. Sin embargo, en esta surgió el tema mediante una especie de eufemismo: «El correo pasado escribí a Vuestra Excelencia manifestándole mi inalterable rendimiento», es decir, aludía a su deseo de promoción[29].

No volvió a pedir el cargo en ninguna otra carta. Fue mucho más tarde, tras el tratado de Rijswijk, cuando Carlos II nombró a t'Serclaes maestro de campo general de los Países Bajos, el 18 de julio de 1698. Poco después empezó a estudiar las reformas del Ejército que estaban por hacerse en los Países Bajos españoles (Jordens, 1932: 741). Cuando el rey murió y el duque de Anjou, Felipe V, heredó la Corona, t'Serclaes ya tenía una posición clave en el gobierno del territorio y llevó a cabo la deseada reorganización junto con el conde de Bergeyck, tesorero general de Finanzas, y el napolitano duque de Bisaccia, general de la artillería (Jordens, 1932: 744). En 1702, el conde recibió el collar del Toisón de Oro de manos del príncipe de Berghes[30].

### 4.4. Los pretendientes al gobierno del Henao

Ferdinand François de Croÿ, III duque de Havré y de Croÿ, siguió, como la mayoría de su familia, una carrera militar. En 1670 recibió el collar del Toisón de Oro y en 1686 se le otorgó la Grandeza de España[31]. Existen dos cartas conservadas del duque en las cuales pedía ayuda a su corresponsal madrileño, el duque del Infantado, para conseguir el puesto de gobernador de Henao[32]. Esta provincia ocupaba una posición importante al compartir fronteras con Francia. El puesto había quedado vacante porque su titular, Philippe-François de Melun, marqués de Richebourg, había muerto (Poullet, 1873: 165). El duque de Havré vio la oportunidad de obtener el cargo, si bien lo ambicionaban otros señores. Ya antes de que muriese el marqués-gobernador, el duque de Arschot había mandado una carta a don Gregorio en la que decía:

> Pues entiendo que el gobernador de la provincia de Henao está muy malo y que no da ninguna esperanza de convalecencia. Si viniese a faltar, no dudo tendrá Su Majestad atención a la pretensión en que ya se entrado de este gobierno; y me prometo que, sirviéndose Vuestra Excelencia favorecer la, tendré el logro que me aseguro en cosa tan justa[33].

29. Carta del conde de t'Sercleas de Tilly al IX duque del Infantado. Lieja, 11 de febrero de 1693. AHNOB, Osuna, CT. 94, D. 9.

30. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Albert, príncipe t'Serclaes de Tilly. Nápoles, 3 de mayo de 1702. AHN, Estado 7689, exp. 26.

31. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Ferdinand, duque de Croÿ y de Havré. Madrid, 29 de agosto de 1670. AHN, Estado 7685, exp. 46.

32. Carta del duque de Havré y de Croÿ al IX duque del Infantado. Bruselas, 15 de febrero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 114, D. 23.

33. Carta del duque de Arschot al IX duque del Infantado. Malinas, 18 de enero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2[3].

Al mismo tiempo que Havré y Arschot remitieron sus misivas al sumiller de corps, hubo otra persona que envió una petición idéntica. Se trataba de Gaspar del Vaus, uno de los principales oficiales de pluma españoles del ejército de Flandes. En su carta del 15 de febrero de 1690 solicitó a don Gregorio que se tuviese en cuenta en el Consejo de Estado al vizconde de Maulde[34] cuando se discutiese sobre el puesto de gobernador de Henao. Maulde había desempeñado el cargo de gobernador interino de la provincia entre el 23 de diciembre de 1681 y el 10 de mayo de 1682 (Poullet, 1873: 165). También proponía que, si no se le podía dar dicho puesto, se le podría promocionar a maestro de campo[35], cargo libre desde la muerte el 25 de junio de 1681 de Charles-Eugène de Arenberg, VIII duque de Arschot y antiguo capitán general de Henao (Gachard, 1866: 411).

El vizconde de Maulde utilizó, por su parte, los servicios de su familia como una razón válida para obtener la gracia de Carlos II. El sentimiento de participación y servicio de un linaje era clave en las solicitudes nobiliarias en la Corte de Madrid. Esto se observa, también, en el memorial que mandó el duque de Arschot en su segunda carta. Dos de tres páginas están dedicadas a lo que hicieron sus padres, sus tíos y también su suegro, el marqués de Grana, quien fue gobernador general de los Países Bajos entre 1682 y 1685. Ese mismo 15 de febrero de 1690, Arschot remitió su segunda misiva al duque del Infantado, adjuntando una copia de un memorial para el rey y pidiendo el gobierno de Henao. Esta carta fue la primera en la que el aristócrata castellano añadió una nota personal autógrafa:

> Amigo y señor mío, espero que tú me harás el favor de asistirme en mi pretensión allí por la memoria de señor marqués de Grana, por la amistad que te profeso y por el deseo que tengo de tener las ocasiones de servirte; no te escribo más ahora por estar obligado a partir para mi guarnición[36].

Esta postdata era una prueba de lealtad, honor y amistad para Arschot, que no dudó en subrayar este último concepto para ganarse la benevolencia de Infantado.

La segunda misiva del duque de Havré y de Croÿ lleva por fecha el 12 de abril. Según el noble, «la resolución aún no ha llegado del gobierno de Henao […], aunque me será sensible por mis grandes atrasos, esperaré gustoso, me honre Vuestra Excelencia manteniéndome en su memoria, y a los pies del rey cuando lo permita la ocasión»[37].

34. El vizconde de Maulde era Jacques Fariaux. Guillaume (1878: 884-885) menciona que Carlos II le hizo caballero de la Orden del Toisón de Oro. No obstante, no está en ninguna lista de la orden.

35. Carta de Gaspard del Vaus al IX duque del Infantado. Bruselas, 15 de febrero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 98, D. 9. Maulde ya había contactado previamente con el duque del Infantado, en particular con una carta de Pascuas en francés datada el 12 de diciembre de 1685. Carta del vizconde de Maulde al duque de Pastrana. Bruselas, 12 de diciembre de 1685. AHNOB, Osuna, CT. 113, D. 8.

36. Carta del duque de Arschot al IX duque del Infantado. Bruselas, 15 de febrero de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2[4].

37. Carta del duque de Havré y de Croÿ al IX duque del Infantado. Bruselas, 12 de abril de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 114, D. 24.

Según el archivero belga Alexandre Pinchart, durante las dos últimas décadas del 1600 el Gobierno condal no tuvo un nombramiento fijo, sino que hubo designaciones de poca duración (Pinchart, 1858: 147). De hecho, el aristócrata que consiguió el cargo fue el príncipe de Berghes (Pérez-Bustamante, 2006: 475). Por su parte, el vizconde de Maulde obtuvo el cargo de gobernador de Ath. El 12 de abril de 1690 Gaspar del Vaus escribió una carta al duque del Infantado dándole las gracias por haberle concedido tal merced[38]. Como Ath estaba cerca de la frontera con Francia, era vital tener a personas eficaces gobernando la región. Sin embargo, parece que el vizconde no estaba satisfecho con el cargo porque el 26 de abril de 1690, dos semanas después de que Vaus escribiera la misiva, Maulde se dirigió de nuevo a don Gregorio pidiendo el generalato de la artillería[39]. Queda claro que el vizconde aspiraba a más que a una vida tranquila en una ciudad de provincia, máxime siendo un militar que había participado en tres grandes batallas y diecinueve asedios de ciudades, como el de Maestricht, en el que Maulde era el general de la guarnición de la ciudad (Guillaume, 1878: 884-885).

### 4.5. Philippe-Charles de Arenberg, IX duque de Arschot

Las cartas escritas por el duque de Arschot se revisten de gran curiosidad. Este aristócrata formaba parte de un linaje antiguo y de gran relevancia en los Países Bajos españoles, aunque había caído en desgracia en tiempos de Felipe IV. Vermeir (1993) ha estudiado el caso del VI duque de Arschot, bisabuelo del noveno, Philippe-Charles de Arenberg, y vio en él a uno de los últimos nobles con poder dentro de la gobernación del territorio. Según su interpretación (Vermeir, 1993: 477), la conjura marcó un giro en la historia política de aquellos estados. A principios del reinado de Felipe IV se creía que Madrid estaba conduciendo los Países Bajos hacia la ruina. Debido a estos acontecimientos, algunos nobles se sublevaron contra el rey.

Philippe-Charles de Arenberg, el nieto del duque conjurado[40], nació en 1663. Ya con quince años, el duque de Villahermosa, gobernador general de los Países Bajos, le confió un regimiento de infantería alemana (Gachard, 1866: 411-412). En 1683, Carlos II le nombró capitán de su Guardia de Archeros y, con veintidós años, fue condecorado caballero del Toisón de Oro[41]. Al poco, se casó con la hija

38. Carta de Gaspard del Vaus al IX duque del Infantado. Bruselas, 12 de abril de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 98, D. 13.

39. Carta del vizconde de Maulde al IX duque del Infantado. Ath, 26 de abril de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 113, D. 9.

40. El duque conjurado se casó tres veces. La primera vez con Hippolyte-Anne de Melun, la segunda con Isabelle Claire de Berlaymont y la tercera con Marie Cleopha de Hohenzollern-Sigmaringen. De este tercer matrimonio nació Charles-Eugène, VIII duque de Arschot, y de su matrimonio con Marie Henriette de Cusance nació Philippe-Charles.

41. Expediente de concesión de la Orden del Toisón de Oro a Philippe-Charles, duque de Arschot. Madrid, 4 de julio de 1685. AHN, Estado 7681, exp. 23.

del gobernador general de los Países Bajos, Henrietta del Carretto. Para entonces, Arschot era un noble de la alta nobleza y, por lazos familiares, estaba relacionado de una manera extraordinaria con distintos territorios de Europa (Verreyken, 2021: 181). De hecho, conocía la península ibérica por haber estado en Madrid cuando fungió de capitán de los Archeros, lo que le sirvió para seguir avanzando dentro de la promoción social en Bruselas (Gachard, 1866: 410-411).

Se conservan doce cartas del duque de Arschot al del Infantado para el periodo 1685-1691. Al igual que la correspondencia del conde de Egmont, tiene un gran valor para este estudio, dado que el duque parece haber sido amigo íntimo de don Gregorio. Su primera misiva está datada del 25 de julio de 1685 y da cuenta al duque del Infantado de haber llegado a Bruselas. Como el conde de Egmont, el duque de Arschot tuteaba a su corresponsal. Es indicativo de que había una gran confianza entre los dos nobles. Arschot empieza siempre sus cartas con «amigo y señor mío», salvo en la primera, en la que escribió «señor mío»[42]. Ambos duques debieron de conocerse en Madrid mientras Arschot era capitán de la Guardia de Archeros[43].

La segunda carta que el duque de Arschot mandó a Infantado es del 3 de octubre de 1685 y, en ella, dice:

> Amigo y señor mío, me hallo favorecido con tus dos cartas que me ponen en suma estimación y acontecimientos por los favores que me continúas, pero yo quedo con grandísimo sentimiento de no poder cumplir lo que me mandas tocante la primera plaza de archero por haberla ya dado estando yo aún en esa corte; sin embargo, la siguiente que viniese a vacar la pondré en tus manos para que dispongas de ella como fueses servido[44].

Por entonces, el duque de Pastrana requería una plaza de la compañía para una potencial hechura suya, algo que su corresponsal no podía satisfacer al haberse provisto cuando Arschot estaba todavía en Madrid. El control temporal de los archeros por el aristócrata amigo le convertía en pieza clave para el establecimiento de clientelas cortesanas, si bien, al poco tiempo, con el futuro nombramiento de don Gregorio como sumiller de corps, la situación mutó sensiblemente.

Las siguientes dos cartas son para felicitar las Pascuas. La primera es del año 1685 y la segunda de tres años más tarde. Hay un vacío notable en la correspondencia de los dos Grandes de España. Con toda probabilidad, se han perdido las misivas, pues parece extraño que siendo íntimos no se escribiesen en tanto tiempo. La segunda carta referida es una nota breve que debió de adjuntarse a otra, pues se dice: «Aquí va la carta para el señor duque que es del conde de Vertin en

42. Carta del duque de Arschot al duque de Pastrana. Bruselas, 25 de julio de 1685. AHNOB, Osuna, CT. 209, D. 148.

43. Gregorio María de Silva y Mendoza heredó del título del ducado del Infantado en 1686, después de que el duque de Arschot estuvo en Madrid.

44. Carta del duque de Arschot al duque de Pastrana. Bruselas, 3 de octubre de 1685. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2[1].

Flandes sobre la pretensión que tiene del collar del Toisón»[45]. No está firmada ni datada, pero seguramente la escribió el duque de Arschot para unirla a la de felicitación de las Pascuas en diciembre de 1688. Esta nota, junto con la intercesión del conde de Egmont a favor de Matías Pérez de Cortes[46], demuestra también que, al mantener relaciones epistolares con la nobleza de los Países Bajos, no solamente se aseguraba la lealtad de sus corresponsales, sino que también se le abrían las puertas a toda su red clientelar.

Arschot mandó cuatro cartas más al duque del Infantado, además de las misivas remitidas para conseguir el cargo de gobernador de la provincia de Henao. En las últimas, destacó aspectos diversos sobre la guerra de los Nueve Años y sus acciones, y también requirió consejo al aristócrata castellano sobre varios asuntos. Asimismo, en la última el duque escribió a don Gregorio, el 25 de octubre de 1690, que su mujer había dado a luz a un hijo, un asunto muy personal que define otra vez la amistad que hubo entre los dos hombres de poder.

La amistad Arschot-Infantado quizá no era igual de fuerte que la que hubo entre Egmont y Silva y Mendoza, pues estos dos hablaban en cada carta sobre temas de salud, se tutearon desde el inicio y mantuvieron una correspondencia más intrínseca. No obstante, este personaje histórico es crucial para demostrar que los lazos entre los grandes madrileños y los grandes de los Países Bajos eran fuertes. Los antepasados de ambos hombres, Egmont y Arschot, y también Hornes habían sido tratados como traidores de la Monarquía, pero sus familias consiguieron reconstruir las relaciones políticas con esfuerzo a pesar de la mácula que conllevó portar tales títulos de los Países Bajos.

## 5. Las cartas de Pascuas

El duque del Infantado, como el resto de la alta nobleza *española* de su tiempo, recibió muchas cartas de Pascuas, que servían a los nobles de los Países Bajos como medio para recordar en la Corte de Madrid su servicio y lealtad a la Monarquía de España. Estas misivas no son interesantes por su contenido, pues no eran más que un compendio de fórmulas básicas. Un ejemplo de este tipo de cartas lo ofrece la princesa de Chimay:

> Excelentísimo señor:
> No escusa mi obligación manifestarle [a] Vuestra Excelencia cuán gustoso quedará mi afecto si Vuestra Excelencia logra estas Pascuas de la natividad del Señor, tan cumplidas y felices como lo deseo, con muy buenas entradas de año y la continuación

45. Nota ¿del duque de Arschot? dirigida a Don Judoco para que remita una carta con la pretensión del conde de Vertin al IX duque del Infantado. AHNOB, Osuna, CT. 23, D. 2[2].

46. Carta del conde Louis Ernest de Egmont al IX duque del Infantado. Bruselas, 11 de marzo de 1693. AHNOB, Osuna, CT. 45, D. 27.

> de otras muchas, empleándolas Vuestra Excelencia en mandarme cuanto fuere de su agrado, cuya vida guarde mío señor, como he menester[47].

La carta de la princesa de Chimay es llamativa no por su contenido, sino por el hecho de que fuese una mujer quien la escribió. De toda la correspondencia conservada entre el duque del Infantado y la nobleza de los Países Bajos, es la única misiva que fue escrita por una señora titulada. La princesa era una aristócrata española de nacimiento, María Antonia de Cárdenas y Ulloa, que se casó con Ernest Alexandre de Croÿ, príncipe de Chimay (Bermejo Herreros, 2007: 27). En el momento que escribió esta carta al duque, su marido, virrey de Navarra desde 1686, ya había muerto. Pese a que no parece que fuese a conseguir nada de don Gregorio, la noble siguió escribiendo a alguien que le era ajeno, pero que pudo tener buenos contactos con su difunto esposo.

Del corpus epistolar conservado en el Archivo Histórico de la Nobleza hay unas veinte cartas de Pascuas mandadas por nueve nobles, aparte de los ya mencionados. Dos de ellos, los príncipes de Rubempré y de Ligne, mandaron dos veces una carta al duque para felicitarle las Pascuas[48]. Los siete restantes solo tuvieron un contacto escrito con él: el barón de Oudenhove, los condes de Valssasine, de Rœulx, de Malbaine y de Clairmont, la princesa de Chimay y el duque de Bournonville[49].

## 6. Conclusión

El IX duque del Infantado fue, desde su nombramiento como sumiller de corps de Carlos II en 1686, una figura clave para la nobleza de los Países Bajos, pues le permitía obtener cargos militares y políticos y mercedes aristocráticas. Un primer acercamiento entre estos señores con los Grandes madrileños se había iniciado durante las guerras de Devolución y de Holanda, dada la necesidad común de hacer frente al empuje francés, o por la existencia de amistades particulares, como fue el caso del príncipe de Ligne y Juan José de Austria. Los descendientes de aquellas generaciones de nobles locales disfrutaron de una ventaja: el camino hacia la Corte de Carlos II y sus mercedes estaba ya preparado.

Con estas nuevas reglas del juego, muchos nobles pidieron al duque del Infantado favores personales, como el conde de Egmont, el príncipe de Berghes, el conde de Hornes, el conde de t'Sercleas y de Tilly, el duque de Arschot y el vizconde de Maulde. De otros nobles quedan cartas de cortesía y de Pascuas. Estas misivas podían ser piezas importantes para obtener favores en el futuro. Muchos iniciaron

47. Carta de la princesa de Chimay al IX duque del Infantado. Malinas, 20 de diciembre de 1690. AHNOB, Osuna, CT. 114, D. 19.

48. AHNOB, Osuna, CT. 257, D. 87, CT. 243, D. 30, y CT. 67, D. 20.

49. AHNOB, Osuna, CT. 25, D. 41, CT. 540, D. 30, CT. 257, D. 67, CT. 247, D. 9, CT. 223, D. 4, CT. 114, D. 19, CT. 105, D. 6.

sus contactos así, recordando al duque que existían, mandándole misivas sencillas y quedando a la espera de una respuesta con el fin último de pedirle, en el momento oportuno, que intercediese ante el rey para obtener los galardones y los cargos militares que el gobernador general de los Países Bajos españoles no les podía conceder.

Los nobles utilizaban dos argumentos de peso cuando querían conseguir una dignidad. En primer lugar, recordaban al duque cuáles fueron las virtudes de su linaje y los servicios que hicieron para la Monarquía. En segundo lugar, mencionaban las consecuencias de los conflictos bélicos para su hacienda señorial. Los nobles que habían sufrido grandes pérdidas ante los avances franceses no dudaban en mencionarlo, siempre añadiendo que estos perjuicios provenían de una guerra en la que, por supuesto, ellos combatían en nombre del rey de España.

La mayoría de los nobles que mantuvieron cierta correspondencia con el duque del Infantado utilizaron un tono cordial, sin mucho sentimiento sincero de amor. Sin embargo, hubo dos casos en los que sí había una relación estrecha de amistad: el conde de Egmont y el duque de Arschot. Ambos habían pasado una temporada en Madrid. Para el duque, la amistad no fue una razón *sine qua non* para ayudarlos, pues sus corresponsales tuvieron que mandar varias cartas sobre el mismo asunto antes de conseguir lo que pedían. De hecho, el duque de Arschot, a pesar de la insistencia, no consiguió obtener el favor solicitado en distintas ocasiones.

Parece que el objetivo de la amistad *verdadera* no era simplemente conseguir cargos, ya que los asuntos que trataban estos señores eran muy variados y seguían mandando cartas, aunque don Gregorio no les consiguiese lo que querían. El aristócrata castellano sabía bien que ser amable y mantener una relación de amistad profunda con la élite dirigente de los Países Bajos no significaba corresponder a todos sus deseos. Silva y Mendoza encontró el equilibrio en una balanza útil entre dar y recibir para que los señores locales fuesen leales a la Corona y no perdiesen la fe en eventuales mercedes. En todo momento debía estudiar si convenía o no favorecer a quienes insistían para que los patrocinase. Gracias a las peticiones de los nobles, el duque del Infantado ejercía un *softpower* considerable sobre sus corresponsales y sus redes. El papel que ocupaba en el mantenimiento de lealtades de la alta aristocracia fue, en consecuencia, muy significativo.

## 7. Bibliografía

Bermejo Herreros, Antonio (2007), *Recuerdos españoles en Flandes. Tomo II: Bélgica. Sur: Bélgica, zona valona con región alemana y gran ducado de Luxemburgo*, Madrid: Vision Net.

Carrasco Martínez, Adolfo (2023), «Entre el peso de la herencia y la construcción de la individualidad, Gregorio María de Silva Mendoza, V duque de Pastrana y IX del Infantado», en Porfirio Sanz Camañes (coord.), *La nobleza titulada castellana en la conservación del Imperio español en tiempos de Carlos II*, Madrid: Sílex, pp. 385-400.

Carrasco Martínez, Adolfo, «Gregorio María Domingo Silva Mendoza y Sandoval», en Real Academia de la Historia, *Diccionario biográfico electrónico*. https://dbe.rah.es

Castilla Soto, Josefina (1992), *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV); su labor política y militar*, Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

De Schietere de Lophem, Marc (2023), «El camino hacia el perdón del conde de Egmont (1622-1682)», en Ofelia Rey Castelao y Francisco Cebreiro Ares (coords.), *Los caminos de la Historia Moderna: Presente y porvenir de la investigación*, Santiago de Compostela: Ediciones Universidade de Santiago de Compostela.

Dumoulin, Robert (1998), «Compte-rendu : Le siège de Mons par Louis XIV en 1691. Actes du colloque du 16 mars 1991 sur le tricentenaire du siège de Mons par Louis XIV (15 mars-6 avril 1691)», *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 76, pp. 613-614.

Esteban Estríngana, Alicia (2012), «El servicio: paradigma de relación política en los siglos XVI y XVII», en Alicia Esteban Estríngana (ed.), *Servir al rey en la monarquía de los Austrias*, Madrid: Sílex, pp. 11-50.

Esteban Estríngana, Alicia (2015), «Desleales rehabilitados leales: el príncipe de Barbançon. Albert de Ligne, Autor de *El amigo verdadero y leal,* y la construcción de lealtades colectivas en el siglo XVII», en Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Los hilos de Penélope: Lealtad y fidelidades en la Monarquía de España, 1648-1714*, Valencia: Albatros, pp. 39-56.

Gachard, Louis (1866), «Charles-Eugène d'Arenberg», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 1, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, pp. 410-411.

Glesener, Thomas (2017), *L'empire des exilés: les Flamands et le gouvernement de l'Espagne au XVIIIe siècle*, Madrid: Casa de Velázquez.

Goubert, Pierre (1984), *Initiation à l'histoire de la France*, París: Tallandier.

Guillaume, Henri (1878), «Jacques de Fariaux», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 6, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, pp. 884-885.

Henrard, Paul (1876), *Marie de Médicis dans les Pays-Bas*, París: J. Baudry.

Hespanha, António Manuel (1993), *La gracia del derecho: economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Janssens, Paul (2024), «La nobleza de los Países Bajos españoles», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Las noblezas de la monarquía de España, 1556-1725*, Madrid: Marcial Pons, pp. 313-342.

Jordens, Ernest (1932), «Albert-Octave t'Serclaes de Tilly», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 25, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, p.728.

Juste, Théodore (1851), *Conspiration de la noblesse belge contre l'Espagne en 1632, Études historiques*, Bruselas: Librairie Polytechnique d'Aug. Decq.

Keblusek, Marika (2006), «Introduction: Profiling the Early Modern Agent», en Hans Cools, Badeloch Noldus y Marika Keblusek (eds.), *Your Humble Servant*, Hilversum: Verloren, pp. 9-15.

Le Roy, Alphonse (1868), «Philippe-François de Glymes, Prince de Berghes», en *Biographie Nationale de Belgique*, vol. 2, Bruselas: Académie royale des sciences, des lettres et des beaux-arts de Belgique, p. 240.

Lynn, John (1999), *The Wars of Louis XIV 1667-1714*, 1.ª ed., Nueva York: Routledge.

Maffi, Davide (2020), *Los últimos tercios de Carlos II*, Madrid: Desperta Ferro.

Maura y Gamazo, Gabriel (1990), *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid: Aguilar.

Pérez-Bustamante, Rogelio (2006), «Los Países Bajos: una república nobiliaria (siglos XIV al XVII)», *Anuario de la Historia del Derecho Español*, 76, pp. 461-506.

Pinchart, Alexandre (1858), *Histoire du Conseil souverain de Hainaut*, vol. 7, Bruselas: Hayez.

Poullet, Edmond (1873), *Les gouverneurs de province dans les anciens Pays-Bas catholiques*, Bruselas: Hayez.

Reig Ruiz, Pedro [en prensa], *Entre el castigo y la clemencia: los proyectos de reforma y conservación del Franco Condado de Borgoña durante la regencia de Mariana de Austria (1668-1674)*.

Ryckman de Betz, Baron (1957), *Armorial Général de la Noblesse belge*, Lieja: H. Dessain.

Salazar y Castro, Luis de (1685), *Historia genealógica de la casa de Silva*, tomo I, Madrid: Melchor Álvarez y Mateo de Llanos.

Schmelzer, Wim (2012), *Afebeeldinge ende levensbeschryvinge van de Heeren en Graven van Egmondt*, Egmond: Historische bibliotheek van Jan Lutte.

Terrasa Lozano, Antonio (2012), *La casa de Silva y los duques de Pastrana: Linaje, contingencia y pleito en el siglo XVII*, Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica.

Van Kalken, Frans (1907), *La fin du régime espagnol aux Pays-Bas. Étude d'histoire politique, économique et sociale*, Bruselas: J. Lebègue.

Van Os, Michiel y Potjer, Menno (2003), *Een kennismaking met de geschiedenis van de Nieuwe Tijd*, 3.ª ed., Bussum: Coutinho.

Vermeir, René (1993), «*Le duc d'Arschot et les conséquences de la conspiration des nobles (1632-1640)*», en Hugo Soly y René Vermeir (eds.), *Beleid en Bestuur in de Oude Nederlanden Liber Amicorum Prof. Dr. M. Baelde*, Gante: Vakgroep Nieuwe Geschiedenis Universiteit Gent, pp. 477-490.

Vermeir, René (2009), «"Je t'aime, moi non plus". La nobleza flamenca y España en los siglos XVI-XVII», en Bartolomé Yun Casalilla (ed.), *Las redes del imperio: élites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*, Madrid: Marcial Pons, pp. 313-337.

Verreyken, Sophie (2021), *Marriage Politics: Transregional Familie in the Spanish Habsburg Netherlands ca. 1650-1700* [Tesis doctoral no publicada] Lovaina: Katholieke Universiteit Leuven.

Yun Casalilla, Bartolomé (2002), *La gestión del poder: Corona y economías aristocráticas en Castilla (siglos XVI-XVIII)*, Madrid: Akal.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci20242589119

# LOS VESTIGIOS DEL OCASO DE LAS RELACIONES ENTRE EL PAÍS VASCO Y FLANDES (1638-1714). CARTAS DESDE NAMUR*

## *The Vestiges of the Decline of Relations between the Basque Country and Flanders (1638-1714). Letters from Namur*

Alberto ANGULO MORALES
Universidad del País Vasco
alberto.angulo@ehu.eus

Fecha de recepción: 30/01/2024
Fecha de aceptación: 04/06/2024

RESUMEN: Este trabajo articula una visión de larga duración explicando la compleja transformación de unas intensas relaciones mercantiles entre la cornisa cantábrica y Flandes a una vinculación de defensa militar de las posesiones hispanas fronterizas con Francia, en los Pirineos Occidentales y en el Flandes de finales del Seiscientos e inicios de la siguiente centuria. El rol estratégico de las provincias vascas como fuente de noticias públicas y privadas y principal regulador de la defensa de la frontera de finales del siglo XVII, junto a los estertores de Flandes como frente militar, se erigirá en la principal atalaya documental del trabajo. El uso de correspondencia privada e inédita enriquecerá el análisis de este momento de transformación histórica.

* Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Generación de Conocimiento 2021 (La defensa global. La movilización de recursos militares en la construcción imperial de la Monarquía Hispánica en el siglo XVIII, PID2021-127306NB-I00) en el Grupo de Investigación Consolidado del Sistema Universitario Vasco «País Vasco, Europa y América: Vínculos y Relaciones Atlánticas» (IT1241-19) y dentro del Proyecto de I+D del Programa de estímulo a la investigación de jóvenes doctores «Todo lo vence el dinero». Finanzas, agencia y cultura política en torno a los 'homines novi' en la monarquía de Carlos II [SI3/PJI/2021-00236].

*Palabras clave*: defensa; militar; frontera; correspondencia; vasco; Sevilla; Flandes.

ABSTRACT: This work articulates a long-term vision explaining the complex transformation of intense commercial relations between the Cantabrian coast and Flanders to a link of military defense of the Spanish border possessions with France, in the Western Pyrenees and in Flanders at the end of the 16th century and beginning of the next century. The strategic role of the Basque provinces as a source of public and private news and the main border defense regulator at the end of the 17th century, together with the death rattles of Flanders as a military front, will become the main documentary watchtower of the work. The use of private and unpublished correspondence will enrich the analysis of this moment of historical transformation.

*Key words*: Defense; Military; Border; Correspondence; Basque; Seville; Flanders.

La ruta mercantil y financiera Sevilla-Burgos-Flandes desde la segunda mitad del siglo XV hasta la década de los años sesenta del Seiscientos abonó con éxito la presencia de comunidades mercantiles organizadas. De entre tales nos centraremos en el papel de los transportistas y los mercaderes del norte peninsular, especialmente, de los vascos y del decaimiento de su relación con Flandes. La guerra de los Ochenta Años (1568-1648) dará paso a la presencia de una comunidad vasca cada vez más reducida y especializada en labores más de carácter burocrático y militar. La política ofensiva francesa de la segunda mitad de la centuria llevará a un decaimiento mercantil como un reforzamiento del papel estratégico de la defensa de la frontera pirenaica. Los norteños que encontramos en Flandes en el cambio de centuria y de dinastía ponen en activa relación a la frontera pirenaica con la flamenca: ambos son escudos defensivos ante la expansión francesa. El cambio dinástico de la siguiente centuria encontrará los rescoldos de una profunda relación entre Flandes y la fachada marítima septentrional de la España de la Edad Moderna rota, pero con un cúmulo de experiencias históricas que perviven hasta mediados del Setecientos. En esta dinámica relacional –analizada a través de correspondencia privada– los naturales del norte peninsular se afincan finalmente en Sevilla mientras que Burgos y Flandes quedan solapadas por la relevancia de Madrid como centro de decisiones junto a la relevancia de las instituciones forales de las provincias y de sus hombres y recursos al servicio de los Austrias y los Borbones.

## 1. Tiempos de miedos y necesidades financieras

Una misiva de 9 de agosto de 1694 encomiaba a Miguel de Aramburu dirigirse a Madrid en busca de dinero para la mejora de las defensas de las plazas guipuzcoanas con Francia (Fuenterrabía, Pasajes y San Sebastián). Miguel, conocedor del ambiente y las reglas de juego cortesanas, indicaba no ser el momento idóneo por estar el rey y «sus primeros ministros en la mira de las operaciones de los ejércitos

de Cataluña, Italia y Flandes en esta campaña al oposito de sus enemigos»[1]. El mantenimiento de las fortificaciones del Reino de Navarra se vinculó a la venta de mercedes que permitió el encumbramiento de algunas familias de la primera «hora navarra» de Julio Caro Baroja (Ostolaza Elizondo, 2007: 242-244) como los Alduncín (Floristán Imízcoz: 2005, 135-196). Este palaciano, en 1688, disputaba con la villa de Erasun el dominio de los bosques y ferrerías de Asura y Zumarrista (Urrizola, 2006: 256-268).

A instancias de la Corte, el duque de San Germán (virrey de Navarra) dirigió esta venta de mercedes (fiscales, derecho de asiento en Cortes, compra de palacios de cabo de armería, jurisdicciones, oficios) para financiar las plazas defensivas navarras optando por la venta masiva de mercedes –31 llamamientos al brazo militar a un promedio de 4.200 reales– a los germanistas, principales beneficiarios de esta lluvia. Linajes como los Goyeneche obtuvieron el derecho de asiento en el parlamento navarro tras el éxito borbónico (Floristán Imízcoz, 2005: 172). Frente a este modelo de sostener las defensas del Reino (Ostolaza Elizondo, 2006: 113-145), los guipuzcoanos acudieron a la Corte en busca del dinero necesario. Aramburu contó con el auxilio del parlamento provincial mediante el agente en Corte de Guipúzcoa, Tomás de Ibarguen. Miguel acudió a Madrid como diputado en Corte (Angulo, 2024: en prensa). En octubre de 1694 afirmaba que, tras hablar:

> a todos los señores de estado a los secretarios del mismo consejo, al del despacho universal y debo asegurar a VS. que en todos de primo ad ultimum he hallado muy buena acogida y grandes deseos que se pongan esas *fronteras en la defensa* necesaria para cualquier acometimiento de enemigos[2].

Esta embajada de trece meses en Madrid –10 de septiembre de 1694 a 4 de octubre de 1695– buscaba financiación (Espino López, 2004: 11-36). ¿Quién era el embajador provincial? Pues el descendiente de un comprador de oro y plata en Sevilla. En 1661, el tolosarra Miguel de Aramburu y Aburruza (1639-1697) vistió el hábito de Santiago mientras su hermano, el almirante Pedro (1642-1696), lo obtuvo en 1680[3]. En su juventud, Miguel residió en la Corte en calidad de paje y gentilhombre de la casa de Juan de Austria (Díaz Rodríguez, 1893: 431), interviniendo también en la campaña militar portuguesa de 1661-1662.

Retornó a Tolosa tras morir su progenitor y desarrolló una carrera que le llevó a alcanzar seis veces el premio de diputado general –entre 1665 y 1695–. El principal

1. Archivo Histórico de Euskadi (AHE), Archivo de la Casa de Irulegui (ACI), legajo 125.
2. AHE. ACI, legajo 125, Carta de 14 de octubre de 1694, Madrid. La cursiva es nuestra.
3. Archivo Histórico Nacional (AHN), Órdenes Militares. Caballero de Santiago, expediente 497. El expediente de su hermano Pedro: AHN, Órdenes Militares. Caballero de Santiago, expediente 498. Pedro actuó en calidad de capitán de mar y guerra de la Armada de la guarda de la Carrera de Indias, haciendo también préstamos financieros a la Corona en la construcción de navíos en Guipúzcoa. Archivo General de Indias (AGI). Panamá, legajo 240, libro 20, fols. 146v.-149v. y fols. 338r.-341r. AGI. Indiferente, legajo 441, libro 28, fols. 323v.-324r.

encargo de su misión era la confirmación e impresión de la Nueva Recopilación de los Fueros y Ordenanzas (Zavala, 1959: 175). Sus acciones se centraron en la defensa y la promoción de los intereses políticos o la aprobación y la difusión de la constitución jurídica de Guipúzcoa en Madrid. Miguel no dudaba en lograr una favorable resolución sobre el mantenimiento de sus plazas y defensas bien que Italia, Flandes o Cataluña se llevasen los nervios y esfuerzos de los consejeros de Carlos II:

> por el conocimiento en que se hayan todos de lo mucho que importa la defensa de esas fronteras; pero atendida la cortedad de medios que al presente hay para ocurrir a las asistencias de las armadas de Inglaterra y Olanda que han de hibernar en las costas de la Andalucía y para el refuerzo que se pretende dar el ejército de Cataluña, donde parece se hace hoy más actual la ocasión de oponerse a los enemigos, temeré con justa razón se dilate la pronta providencia de suministrarse los medios necesarios y eficaces por lo menos hasta la cantidad entera de lo que parece preciso para ponerse las fortificaciones de estas plazas en la debida defensa[4].

Días más tarde, Aramburu muestra su prudencia insistiendo en no exceder en demandas al rey «porque de un átomo de los permisos, se querrá formar acá un Elefante y nada de esto nos conviene en el estado presente»[5]. La defensa de la frontera fue el principal servicio que Aramburu gestionó ante los ministros de Carlos II (Espino López, 2019a: 157-184; Espino López, 2019b: 527-552; Angulo Morales, 2019b: 427-458). Una generación más tarde, el mayorazgo Miguel de Aramburu Atorrasagasti (1677-1739) se significa como el «hombre de confianza en Guipúzcoa de Juan Bautista de Orendain», marqués de la Paz (Guerrero Elecalde, 2012: 485). Una familia con intensas y relevantes conexiones en la frontera guipuzcoana como en Madrid. La correspondencia del diputado en Corte guipuzcoano refleja que la defensa del imperio (Italia, Flandes y Cataluña) y el peligro francés en la frontera centraban las negociaciones en Madrid de los intereses guipuzcoanos.

Una iniciativa del Señorío de Vizcaya dirigida a los vizcaínos ubicados a ambos lados del Atlántico (Italia, Indias y Flandes) reclamaba recursos para acrecentar el futuro mercantil, formativo y económico del Señorío (1638). Este documento pone todavía a Flandes en las miras de las autoridades vizcaínas, aunque cierto es que la frecuencia y el peso de las relaciones mercantiles se fracturó al ritmo de la guerra de los Ochenta Años. Desde finales del Quinientos, la inestabilidad y la porosidad de la frontera guipuzcoana con Francia centraron el interés de la Corona e instituciones locales que siempre pretendieron sacar provecho de su estratégica posición en el movimiento de información, personas y recursos materiales (armas y hierro) que ofrecía la defensa de la frontera (Angulo Morales, 2019a: 153-172; Aragón Ruano, 2019: 155-174). Flandes queda como un reducto destinado a los esfuerzos bélicos frente al francés, al igual que la defensa de la frontera pirenaica.

4. AHE. ACI, legajo 125, Carta de 16 de octubre de 1694, Madrid.
5. AHE. ACI, legajo 125, Carta de 20 de octubre de 1694, Madrid.

Entre el Seiscientos y las primeras décadas del Setecientos veremos cómo –bien la documentación oficial, bien la correspondencia de archivos familiares vascos–(Angulo Morales, 2016: 13-40) se subraya el papel de los hombres vinculados a la carrera militar en Flandes. Esta peculiar e inigualable fuente nos acercará a las realidades vitales de varios nobles de las provincias que resistieron en Namur y otros frentes militares siempre en busca de fortuna en la carrera de las armas. Unos militares que supieron contar, o buscar, el acompañamiento de las redes familiares e instituciones provinciales (Angulo Morales, 2021b: 179-200). A la par, la reducida presencia de mercaderes flamencos avecindados desde finales del Seiscientos perduró por la vía de la naturalización abonando la proyección de quimeras colonizadoras como la protagonizada por el vizcaíno de origen flamenco Pedro Francisco de Goossens y Mazo (1702-1775) a mediados del Setecientos en Luisana.

## 2. Sevilla ensombrece a Flandes

El medio centenar de integrantes de la comunidad mercantil vasca en Sevilla elevó entre 1471 y 1500 varias peticiones a los tribunales de la Corona –de particulares, de grupos de mercaderes o en representación al condado de Vizcaya– demandando seguridad ante los piratas, prioridad de carga de sus navíos, libertad de gravámenes y de servicios militares, reconocimiento de su hidalguía universal y ventajas fiscales (González Arce, 2009: 77-97). La confirmación regia o de sus tribunales a que se aspiraba los llevaba a recrear la situación dimanada de la carta de privilegio firmada en 1493 por los mercaderes del Cantábrico con Brujas (base del *Praetorium Cantabricum* o Casa de Vizcaya hasta 1575, el barrio vizcaíno) tras huir de Amberes (Angulo Morales, 2015: 157-166; Solórzano Tellechea, 2015: 221-244), ventajas fiscales, en el transporte, en la jurisdicción de los comerciantes o en la ubicación de un espacio territorial propio en el área de negociación. El juego o lucha por el control de exportación de la lana merina aclara la separación entre la nación de Vizcaya y la burgalesa o nación castellana, ratificada el 29 de agosto de 1455 por Enrique IV de Castilla (Priotti, 1995: 265-283).

El hierro, la lana y los textiles se convierten en los artículos de tráfico con el mundo flamenco. Al explicar el cierre de la Casa de Vizcaya además del efecto bélico tenemos que considerar otros aspectos ligados a la competencia internacional por la exportación férrica. En 1616 Vizcaya consiguió un privilegio prohibiendo instalar un ingenio para labrar hierro delgado por 12 años proveniente de un flamenco original de Lieja o a otro proyecto en Guipúzcoa junto a Cestona[6]. El hierro de Lieja y Alemania se proyectó todo el Seiscientos como relevante competidor del producto

6. Archivo Histórico Municipal de Hondarribia (AHMH), Subfondo Histórico. Fomento, libro 2, reg. 2. Archivo Histórico Foral de Bizkaia (AHFB), Gobierno y Asuntos Eclesiásticos, AJ00059/035 (1619).

férrico vasco. El Señorío obtuvo una Real Cédula (5 de septiembre de 1675) prohibiendo introducir hierro, clavazón y herramientas de Lieja en Indias[7]. Tal situación no se solucionará hasta 1702. La Corona concede ese año una Real Provisión a Vizcaya y Guipúzcoa ordenando a la Casa de Contratación de Sevilla una estricta vigilancia para evitar la entrada ilegal en Indias de hierro de Alemania, Lieja o Suecia[8].

Entre 1580 y 1630, un *lobby* político-militar organizado en torno a los principales linajes de parientes mayores –Butrón en Vizcaya e Idiáquez en Guipúzcoa– mantenía su relación directa en Madrid, así como en la frontera francesa con los Habsburgo (Priotti, 2012: 62-88). Este linaje aunaba a la influencia cortesana el dominio oligopólico de decenas de ingenios siderúrgicos o ferrerías alimentadas por las riquezas de las minas de las Encartaciones de Vizcaya, la leña de los montes de Guipúzcoa o del condado de Oñate (Guipúzcoa). Sus descendientes controlaron o poseyeron gran parte de los recursos naturales, los medios de producción y la política local por su predominancia en los parlamentos provinciales. Desde ellos propagaron el discurso sobre la exclusividad de la producción y el comercio del hierro para enlazar y defender –es decir, para construir– (Fernández-Armesto y Lucena, 2022: 50-55) el arquitrabe material de un imperio hispánico. La unión discursiva de la estima por el hierro vizcaíno y la defensa de la hidalguía y la foralidad justificaban las oportunidades cedidas a los proveedores del hierro para construir un extenso imperio.

La colaboración entre las elites provinciales y la política internacional de Felipe III o Felipe IV desgastó los bolsillos de los negociantes, los financieros y las autoridades locales. Las dificultades hacendísticas de Vizcaya y la invasión francesa de 1638 abocaron al Señorío a editar unas proposiciones a los hijos de la emigración pidiéndoles mandas en sus testamentos para la proyección de su tierra, rezando que «la obligación natural que cualquiera hijo, y los más notables tienen a su patria, que después de Dios, y el Rey es la primera, y a lo menos la segunda, después de los padres naturales» (García, 2005: 166). El Señorío veía a todos sus hijos en Indias, Flandes o Italia como provisores de ayudas para un objetivo poblacional y político (obras pías para casar doncellas y repoblar la frontera); otro educativo y/o formativo (un colegio en Salamanca para educar a los jóvenes) (Merino Malillos, 2019: 127-152); y, un último, de carácter económico (mejorar caminos para acrecentar el comercio en Bilbao) (Angulo y Merino, 2012: 1781-1791). El horizonte de esta petición se adentraba en territorios de la Corona (Flandes e Italia), junto a las prósperas colonias organizadas de emigrantes atlánticas –en la Península (Sevilla y Cádiz) y en las tierras del Perú– (Angulo Morales, 2021a: 361-378). Cada vez más asentados en Sevilla y América y cada vez más lejos del mundo flamenco aparecen los migrantes de origen vasco.

Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe expuso con total claridad el proceso y las fases del declive de las relaciones mercantiles entre la costa cantábrica y las tierras

7. AHFB, Instituciones. Consulado, 0009/017.
8. AHFB, Gobierno y Asuntos Eclesiásticos, AJ00059/038.

de Flandes. Los restos o vestigios de tal realidad serán algunos de los actores que vivieron el ocaso de tales relaciones. Desde 1575, el lugar de los mercaderes lo ocuparon burócratas y militares. En este conjunto, el contingente de vascos y montañeses continuó siendo bastante elevado hasta 1648 (Echeverría Bacigalupe, 1998: 145). Una presencia ligada a las dificultades económicas de finales del Quinientos, el tradicional contacto con Flandes, el nivel de alfabetización (con la Universidad de Oñate como buque insignia), la peculiaridad del Señorío y Guipúzcoa o la similitud climática con los Países Bajos.

Dentro de esta colonia vasca de burócratas destaca la figura de Juan de Gauna. Nacido en Oñate, pero de origen vitoriano y ligado al mundo de los negocios en Burgos, Amberes, Florencia o Francia, tras más de doce años en Flandes proyectó el llamado decreto Gauna. Otros colaboradores de Gauna fueron Ortuño de Urízar, Juan López de Ugarte, Antonio de Jáuregui, Francisco de Anchieta o Martín de Aróstegui (Echevarría Bacigalupe, 1992: 135-138). Todos provenientes de una pequeña y media nobleza que estaba profundamente involucrada con las actividades mercantiles y que lograba acaparar puestos en órdenes militares (especialmente Santiago) y residiendo en Flandes durante años en empleos de relieve.

Desde mediados del Seiscientos, el peso del colectivo vasco en territorio flamenco cedió ante el predominio de Andalucía e Indias. Las exequias de María Luisa (Sevilla, 1689) la componían cuatro estatuas simbolizando los puntos cardinales de la ruta de Indias: Madrid, Sevilla, Lima y México (Bustamante, 1689: 15-16). Una ruta de negocios centrada con Madrid como capital de un vasto imperio. En esas fechas y puntos cardinales se ubicaron las cofradías de emigrantes vascos que, ya con los Borbones, se centraron en el proyecto de la Real Congregación de San Ignacio de las Tres Provincias de Cantabria en Madrid (1713-1718). Los primeros y poco exitosos pasos de este proyecto de las tres provincias (1677-1682) contrastan con el rápido asentamiento de la Real Congregación de San Fermín y su *global network* (Angulo, 2021a: 36).

Unas redes imperiales centralizadas cada vez más en la Corte. Algo semejante ocurrió en otros territorios, particulares y urbes del Imperio en las centurias de la Edad Moderna (Angulo Morales, 2023: en prensa). Las oligarquías periféricas utilizaron este espacio para proyectar su agenda en la vida política y cortesana madrileña aprovechando la relevancia estratégica de sus productos (barcos, hierro y armas), la activa defensa de las fronteras (pirenaica y flamenca). Las relaciones personales y políticas, las noticias, la protección por el origen y el auxilio de las instituciones locales entre aquellos migrantes que se movieron hasta finales del Seiscientos en un arco que se desplegaba desde Sevilla hasta Flandes se erigen en un tesoro que se gestionaba en Madrid especialmente a partir de los años setenta de aquella centuria. Esta dinámica política mantuvo una lógica premoderna que llevó a que las diputaciones subordinasen y dominasen a sus diputados a las Cortes españolas hasta las primeras décadas del siglo XIX comprendiendo su actuación como meros agentes de sus diputaciones. Una premisa básica del proyecto de 1677-1683 consistió en ofrecer una salida exitosa a los jóvenes segundones

vascos a través de su integración en los ejércitos del rey. Un adelanto de lo que ocurrirá durante la guerra de Sucesión y el siglo XVIII: el papel central de Madrid.

Unas tierras vascas que, en boca de foráneos, contaban con unas peculiaridades que precisaban su defensa en Madrid. El relato de los dos viajes (1668 y 1681) del embajador ruso, Piotr Ivánovich Potemkin, subrayaba el montañoso carácter de Vizcaya, una ordenada agricultura, el papel de la frontera, la falta de pago de impuestos y las célebres minas de hierro (Derjavine, 1930: 894). La porosa frontera con Francia fue centro de las actividades políticas, mercantiles y militares paralelamente a la decadencia de las relaciones con Flandes como consecuencia directa del ciclo de conflictos confesionales y militares iniciados a mediados del Quinientos y que finalizarán con el ciclo de la presión francesa en la fronteras pirenaicas, así como en las del Flandes finisecular. Mientras se mantuvo esta comunicación activa, las tierras de la frontera fueron un fecundo hervidero de noticias, testimonios personales y vivencias militares ligadas a las posesiones hispanas en Flandes.

## 3. El correo de Flandes y las gacetas de San Sebastián

Entre 1613 y 1720, la familia Arbelaiz de Irún mantuvo bajo su control –por vía de ajuste y arrendamiento con los condes de Oñate– el oficio de Correo Mayor de Irún y San Sebastián. Juan Arbelaiz Bulano recibió este honor de Felipe III:

> porque como Juan Arbelaiz vuestro abuelo y todos vuestros pasados sirbieron a los reyes nuestros predecesores en tener las inteligencias y avisos secretos que ofrecieron en el discurso de muchos años asta el de mil y quinientos y sesenta en el passo de Irun y que Jacobe de Arbelaiz vuestro Padre servía al Rey mi Señor que santa gloria aya desde el dicho año asta el de ochenta y tres que murió encaminando los despachos de Su Magestad a Francia y flandes […] nos haveis servido y servis de treinta años a este parte en las cosas secretas y públicas de nuestro servicio con mucho riesgo de vuestra persona y gasto de vuestra hazienda[9].

Los Arbelaiz fue una más de aquellas familias enriquecidas por su intervención en la producción del hierro[10], los negocios marítimos, la venta de trigo[11] o las escribanías del Quinientos. A todo ello, este linaje de Irún ofreció servicios a los Habsburgo desde tiempos de Carlos V (Isasti, 1850: 473). En el Milán de 1582 Juan de Arbelaiz ejercía de cajero de los ejércitos reales bajo el mando del tesorero principal, Pedro López de Orduña. Un año más tarde, residía en Irún y era secretario del Santo Oficio en San Sebastián. Entre las funciones de este oficio destaca la coordinación de los familiares de la Inquisición, investigar las genealogías

9. AHMH, Subfondo Histórico. Fomento, libro 3, registro 3.

10. Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (ARCHV), Pleitos Civiles (PC), Escribanía Alonso Rodríguez, caja 216/6, L. 37 (1560-1561).

11. ARCH. PC, Escribanía Taboada, caja 364/3, L. 71 (1594).

de los aspirantes a esta institución y a enviar la documentación ordinaria de su distrito (Reguera Acedo, 1988: 531-540; Torres Arce, 2016: 299-316)[12]. Ahora bien, la función de vigilancia e información en la frontera también le ofrecía unas jugosas oportunidades estratégicas: el control de la inspección de los navíos en los puertos guipuzcoanos. Un control sobre la ortodoxia religiosa de la época que se aderezaba con un sinfín de oportunidades económicas.

El consistorio de San Sebastián intentó destituirle en 1588 y colocar a alguien que proveyese el oficio con «paz y quietud de esta República» (Mora, 2014: 35-36). Un descontento nacido de los abusos en el cobro de derechos que imponía Arbelaiz a raíz de tales visitas. Siendo los ojos del Santo Oficio en los principales puertos afrontó algún caso de brujería:

> bruxos, en el pacto que tienen hecho con el diablo, dicen nuevas de lo que pasa en la mar y en cabo del mundo: a veces con verdad y a veces con mentira, porque se ha visto por experiencia decir al segundo día del suceso lo que pasó en cien leguas y en quinientas y ser así verdad y no poder averiguar quien fue el primero que lo dixo, y esto ser la causa impulsiva por que se hacen bruxas, *por saber nuevas de sus maridos e hijos que andan a las Indias y a Terranova y* Noruega, y también por actos de lujuria y por el estipendio que les da el diablo y por comidas, aunque malas y desabridas. (Mora, 2014: 36)

Este pasaje muestra un rasgo peculiar de la costa vasca a fines del Quinientos como fue la gran presencia de los hombres en Terranova y Noruega o en los navíos de la carrera de Indias. Todos deseaban nuevas de sus maridos e hijos. Arbelaiz controlaba el movimiento de ideas, la ortodoxia profunda de una Guipúzcoa católica o las actividades de los negociantes de San Sebastián y sus cercanías y, desde 1599, actuaba en paralelo como «correo mayor». Un año más tarde presentó un memorial donde, además de sus servicios como correo, demandaba un entretenimiento de treinta escudos atento a sus servicios alojando, recibiendo, financiando y organizando a diferentes espías en Francia y otras partes[13].

Entre 1585 y 1591, Juan sirvió como correo mayor despachando las cajas, baúles y misivas que iban o venían de Francia, Flandes y otras partes. En ese contexto reclamaba el entretenimiento por ocuparse en las «inteligencias de Ynglaterra, Flandes y Francia que trata don Juan Velázquez con el mismo gasto de espías y otras personas» (Mora, 2014: 38). El padre de Juan, el escribano Martín Pérez de Arbelaiz, controló el arqueo de las naos fabricadas en Guipúzcoa y la documentación de los empréstitos reales a los constructores de naves. Los papeles de tales negocios y servicios a la Corona los acabó entregando su hijo Juan en torno a 1606. Igualmente, y en calidad de su oficio de correo de Irún, también recibió

12. En 1598, Juan recibe el perdón por la visita de su empleo en Milán. Archivo General de Simancas (AGS), Consejo de la Cámara de Castilla, legajo 801 (1698).

13. AGS, Consejo de Guerra, libro 82, fol. 549r. (16 de mayo de 1600). AGS, Consejo de Guerra, legajo 570 (11 de diciembre de 1600).

encargos como la recuperación de la artillería de los cuatro galeones perdidos en la costa de Bayona (Francia) y provenientes de la flota de Antonio de Oquendo en 1606[14].

Siendo el primer puesto peninsular en la gestión del movimiento postal de la valija de Flandes, este correo mayor actuaba como delegado directo del rey. Espiando en la frontera, buscando y entreteniendo confidentes, llevando las gestiones administrativas en la formación de armadas, recuperando artillería o vigilando la saca de metales preciosos en dirección a Francia (Truchuelo García, 2012: 240-241). Desde los años treinta del siglo XVII, los condes de Oñate y los descendientes de la familia Arbelaiz obtendrán un claro monopolio sobre el manejo del empleo de correo mayor en la frontera con Francia y en todo el territorio comprendido en las tres provincias vascas actuales (Álava, Guipúzcoa y Vizcaya).

Irún, San Sebastián, Tolosa o Vergara (Guipúzcoa); Vitoria (Álava), o Bilbao (Vizcaya) y su consulado mercantil fueron los principales interesados en mantener la red de postas o tenedurías de correo mayor que manejaban la correspondencia del norte y el centro de Europa a finales del Seiscientos (Montañez Matilla, 1953; Vallejo García, 2002: 1785-1810). Un ejemplo similar sería el representado por la familia Serra entre 1630 y 1699 en Milán (Ben Yessef, 2011: 303-330). Unos empleos u oficios que, como hemos advertido, tenían otras funciones paralelas en servicio a los Habsburgo y fueron una satisfactoria fuente de recursos para sus poseedores, por lo que la sombra de la corrupción y el nepotismo son constantes significativas en el Seiscientos (Ortega Jiménez, 2018: 279-295; Gómez Martínez, 2017: 229-251).

La aparición de nuevos proyectos –algunos de sesgo ultramarino como el del alavés marqués de Montesacro o de tinte peninsular como el del baztanés Juan de Goyeneche–[15], junto al reglamento de 1720, dinamitaron este sistema de comunicaciones e información[16]. A fines de la centuria, entre 1693 y 1694, se concretó un pleito entre la viuda de Arbelaiz, Isabel de Berrotarán, y el conde de Oñate y Villamediana (correo mayor de Italia, Flandes y otras partes) por la percepción del porte de cartas llegadas a Irún o San Sebastián por las valijas italiana y flamenca que los Arbelaiz reclamaban como suyas y, por ende, con capacidad de nombrar tenientes[17]. Desde la muerte de la condesa de Oñate en 1684, los Arbelaiz aspira-

14. AGS, Consejo de Guerra, legajo 806. AHE, Archivo de la Casa de Arbelaiz (ACA), Real Cédula de Felipe III a Juan de Arbelaiz dándole instrucciones sobre la saca de artillería que se perdió en la costa de Francia (31/051607). https://dokuklik.euskadi.eus/badator/visor/222/0779 (consultado el 1 de julio de 2023).

15. AHN, Consejo de Castilla, legajo 12619 (1703), Memorial e informe de Juan de Goyeneche sobre poner calesas de posta de Madrid a Pamplona y sobre los derechos del conde de Oñate en postas y correos que goza por juro de heredad por poseer el título de Correo Mayor del Reino.

16. Real Academia de la Historia, Colección Pellicer, tomo 18, fols. 109-133 (23 de abril de 1720).

17. AHE, ACA, Memorial de 1693 (https://dokuklik.euskadi.eus/badator/visor/222/0619, consultado el 1 de julio de 2023) y 1694 (https://dokuklik.euskadi.eus/badator/visor/222/0621, consultado el 1 de julio de 2023).

ban a mantener este oficio como lo venían haciendo toda la centuria, tal y como el licenciado madrileño Juan Gutiérrez Coronal mantenía en sus informaciones[18].

Los portes y el movimiento de cartas quedan esbozados, aunque sin profundidad para elaborar una cuantificación, en los papeles del teniente de correo mayor de Tolosa, Domingo de Maiz, entre 1684 y 1712[19]. En Vizcaya, y más en concreto en Bilbao, desde fines del Quinientos, Pedro de Retes había logrado licencia de Raimundo Tasis para despachar mensajeros y correos en los negocios tocantes a los mercaderes del Consulado levantado en 1511[20]. A mediados del Seiscientos Juan de Arechaga, sustituto del teniente del correo mayor de Bilbao, afrontaba un pleito con el Señorío por el despacho de peones a ciertas ciudades[21]. Este proceso muestra del papel vertebral de la estafeta bilbaína sobre la que Arechaga pretendía:

> Yntentar sobre que ni la Villa ni el consulado ni los Vezinos Particulares y Hombres de negocios no puedan sin su comunicación y orden despachar ningunos propios peones ni a caballo para las Ciudades de San Sebastián y Bayona ni para otras partes donde tengan sus correspondientes[22].

Todo ello derivaba de la mala ubicación que generaba una profunda dependencia de las postas fronterizas con Francia y las mayores necesidades de los comerciantes bilbaínos y sus correspondientes en Europa. En el pleito protagonizado por Arechaga se dibuja de una manera muy clara la desequilibrada estructura del movimiento de cartas e informaciones en las provincias vascas de la segunda mitad del Seiscientos. Las diligencias explican que nunca hubo correo de Bilbao a San Sebastián:

> sino que las cartas venían rodeando desde allí para Vitoria y de ella para la dicha Villa con los pliegos de Castilla hasta que este Señorío y la dicha su casa y Universidad de Contratación advirtieron y animaron a Don Pedro de la Rentería sustituto antecedente en el dicho oficio para que hubiese y pusiese un correo particular de a caballo que cada semana hiciese un viaje vía recta y sin tantos rodeos y dilaciones para la dicha ciudad de San Sebastián[23].

La derechura de las cartas, paquetes o baúles seguía la ruta del camino de Castilla iniciada en Irún y que llegaba a Madrid. Bilbao y su consulado quedaban fuera de esta línea de comunicación y transmisión de información. Los rodeos y dilaciones generaban pérdidas y sinsabores a los negociantes bilbaínos y sus

18. AHE, ACA, Pareceres de letrados sobre pleito entre José de Arbelaiz y el conde de Oñate por portes de cartas (valijas de Italia y Flandes) en Irún y San Sebastián (1687-1691). https://dokuklik.euskadi.eus/badator/visor/222/0620, consultado el 1 de julio de 2023).
19. AHF, Archivo de la casa Irulegui-Larreta, legajo 116, 26 de junio de 1712.
20. AHFB, Instituciones, Consulado 0015/007 (2 de julio de 1573 a 21 de noviembre de 1573).
21. AHFB, Instituciones, Consulado 0281/001/009.
22. AHFB, Instituciones, Consulado 0281/001/009.
23. AHFB, Instituciones, Consulado 0281/001/009.

convecinos. Todavía en 1719, este consulado pleiteaba con José de Arriquibar –vecino y correo mayor de Bilbao– sobre la remisión semanal de un correo a San Sebastián para recoger la valija del norte con eficiencia y sin dependencia[24]. San Sebastián, Irún o Pasajes, a finales del siglo XVII, fueron un relevante polo de información y noticias de la Europa del norte y central bajo el control de los Arbelaiz. Algunos excesos puntuales en la lucha contra el contrabando afectaban a los correos. Por ejemplo, el 15 de abril de 1713, Lorenzo de Morales (director general de las estafetas del Reino) pleiteaba con dos guardas de las rentas de Vitoria, Andrés de Araujo y Pedro de Echavarría, por al abrir la valija con la «mala de Flandes» por sospecha de introducir productos prohibidos o de contrabando[25].

Este centro neurálgico de noticias iba acompañado de otra realidad que, con suma frecuencia, se olvida en el análisis histórico de las provincias vascas. La existencia desde mediados de la centuria de un impresor oficial que, al mismo tiempo, proyectó y gestionó la reedición de dos gacetas (una impresa en Bruselas y otra en San Sebastián) de las que solo se han conservado algunos ejemplares. La confluencia de las noticias postales y de las periodísticas confirieron un papel protagónico a San Sebastián y otras localidades de la Guipúzcoa costera durante el reinado del último Habsburgo.

El primer impresor oficial de Guipúzcoa fue Martín de Huarte (1668). La cercanía de la frontera favoreció este proyecto ayudando tanto a la formación de los hijos de Martín y Francisca en Burdeos como a la llegada del material de la primera imprenta guipuzcoana desde Ámsterdam[26]. Su viuda, Francisca de Aculodi, se convirtió en la primera periodista española de la historia. Tras fallecer Martín y con permiso de las Juntas Generales, Francisca asumió la dirección de la empresa editorial provincial (Díaz Noci, 2012: 28). El proyecto de los Huarte se alimentaba de la presencia del correo de Flandes que aportaba las novedades de los Países Bajos españoles, además de otras noticias de todo el centro de Europa. Este nudo informativo pasaba por la frontera guipuzcoana (Irún, Fuenterrabía, San Sebastián, Tolosa) distribuyéndose a toda la Península. Junto a la publicación de un conjunto de memoriales, libros y otros productos (Fernández de Casadevante, 2015), esta saga de impresores dedicó sus esfuerzos a la reimpresión y la difusión de los primeros productos periodísticos ubicados en tierras vascas.

Por Cataluña (1684-1692) y Guipúzcoa (1687-1704), la porosa frontera dejaba llegar las novedades del norte de Europa. Las *Noticias Generales de Europa venidas a Barcelona por el correo de Flandes* del impresor Rafael Figueró incluían noticias de San Sebastián (Díaz Noci, 2012: 29). En Flandes y Holanda germinaron

24. AHFB, Instituciones, Consulado 0277/003/016 (1719).
25. AHN, Consejos Suprimidos, legajo 51846.
26. *Memorial de Martín de Huarte á la provincia de Guipuzcoa, manifestándole los gastos que ha hecho para traer de Ambterdam [sic] letra nueva y cajas, en virtud del nombramiento que se le dio de impresor de la provincia y pide una ayuda de costa y salario como tal impresor*, San Sebastián: Martín de Huarte, 1668.

dos gacetas ligadas con la Monarquía Católica: *Noticias Principales y Verdaderas* (1685-1704) y *La Gazeta de Ámsterdam* (1675-1691). La primera, editada en Flandes por Pierre de Cleyn y reimpresa en San Sebastián por Huarte, muestra la perspectiva de unos Países Bajos católicos, mientras la segunda representa un territorio independiente y donde convivían las ideas luteranas, calvinistas y otras creencias perseguidas por Roma (Sánchez Vasco, 2017: 56).

La gaceta quincenal de Cleyn recopilaba noticias de boletines de Roma, Venecia, Génova, Hamburgo, Londres, París o Viena. En Flandes se completaban con otras noticias de Bruselas seleccionadas por los escritores flamencos que redactaban las *Noticias Principales y Verdaderas* para que los Huarte las reimprimiesen y dirigiesen a toda la Península. A pesar de las órdenes prohibitivas, el proyecto de Huarte encontró la permisividad de las autoridades por el interés de «proveer al público de una información favorable a la Monarquía o al catolicismo» (Sánchez Vasco, 2017: 59). La gaceta de Cleyn llegaba con una semana de retraso a San Sebastián y los Huarte decidieron solventar esta dilación creando una gaceta propia titulada *Noticias extraordinarias del Norte* que cubriese la falta de noticias. Esta segunda publicación periodística ubicada en la capital guipuzcoana fue también una reimpresión de otra gaceta flamenca editada en castellano (Díaz Noci, 2012: 3-31).

La confluencia de las dos gacetas en San Sebastián, bajo la dirección de los Huarte entre 1687 y 1704, son prueba palpable del papel estratégico de esta ciudad junto a sus elites mercantiles en servicio de la Corona. Estas gacetas donostiarras de finales del siglo XVII también incluían informaciones de cartas de diferentes lugares de Europa o del entorno fronterizo. Frecuentemente, los oficios derivados de la Inquisición, los empleos en las aduanas y los oficios de correos estuvieron en las manos de un reducido conjunto de familias que aprovecharon esta situación para ascender socialmente, emparentar con linajes más antiguos, introducirse en las instituciones políticas locales y provinciales, así como convertirse en interlocutores fiables y leales de los designios de los ministros de Madrid y de las Reales Personas.

## 4. Entre Vitoria y Lequeitio (1691-1717). De oportunidades y austracistas

Llegados a 1704, un escrito anónimo exponía la resistencia a la política expansiva de Luis XIV en ciertos territorios peninsulares. Una oposición al candidato francés que recorría los pasos naturales de los Pirineos (Guipúzcoa-Navarra y Cataluña). El anónimo sostenía que:

> Lograría que la Francia así por Cataluña mal dispuesta para recibir aquella dominación; y por las Provincias Vascas y Navarra poco amigas y ventajosamente sitiadas contra los franceses no adelantándose más a los progresos que en las últimas guerras por ser tal constitución del continente. (León Sanz, 1989: 191-192)

El miedo al francés recorre los archivos vascos de la segunda mitad del siglo XVII y está activo toda la guerra de la Cuádruple Alianza (Storrs, 2022: 31-63).

Las misivas entre el escribano de Rentas Reales y del regimiento de Vitoria entre 1678 y 1713, Juan Antonio de Maturana, y el propietario de ferrerías Pedro Bernardo de Villarreal de Bérriz (Lequeitio, Vizcaya) ratifica, por un lado, el tortuoso camino de las postas que pasando por Vitoria se dirigían a la costa vizcaína, un rodeo no resuelto a finales de la centuria. Estas misivas también informaban directamente de la situación internacional, de los movimientos en Francia, Flandes, Alemania o en Madrid, ora a través de la valija de Flandes, ora por informaciones que llegaban a Maturana por medio de otros interlocutores. En cierta medida, Maturana aplicaba los mismos criterios que los Huarte con sus gacetas a fin de tener bien informado a un amigo, confidente, compañero de negocios y de intereses familiares.

Las epístolas de Maturana van informando a Pedro Bernardo de las nuevas que llegaban a la posta vitoriana o de varios personajes (Juan Francisco Manrique de Arana; Francisco Antonio de Agurto, o el conde de Lacorzana, Diego Hurtado de Mendoza) de origen alavés, emparentados o conocidos de los Villarreal, que se movían en el mundo de la búsqueda de oportunidades en la carrera de las armas. Con frecuencia, Maturana informaba que «la balija de Flandes no ha llegado con que no se sabe nada del Marqués ni del estado de la plaza sitiada pues aunque de Madrid se ha escrito con la balija se perdió no hay certeza»[27]. El horizonte flamenco aparece vinculado a las aspiraciones de militares como Juan Francisco Manrique de Arana (1655-1736), quien, aunque acabó de gobernador en Ceuta, siempre mantuvo un especial interés por convertirse en capitán general de la artillería de Flandes o Milán.

Juan de Maturana confesaba a su interlocutor la idea de Juan Francisco de pasar a Vitoria con su sobrino para llevarlo a «Flandes o Milán para que allí se crie y enseñe las habilidades de hombre honrado debajo de su mano, siempre con la idea de que «irá mejorando con la artillería de uno de dichos dos países que se hallan vacas es pretendiente y de buen derecho»[28]. La esperanza de Milán o Flandes se quedó en agua de borrajas y, desde 1695, acabó luchando contra los moros en los presidios del norte de África convirtiéndose (1700-1703) en gobernador y capitán General de Ceuta y capitán general de Andalucía (1709-1720). A decir verdad, entre 1709 y 1769 la capitanía general de Andalucía estuvo en manos de media docena de militares de origen vasco (Mézin, 2016: 76-77).

Además de informaciones llegadas de Bruselas, Italia, África, Indias o Madrid, Maturana también desgranaba en sus misivas rumores sobre bodas, obtención de cargos políticos y militares, breves noticias sobre los frentes militares y novedades de los amigos y confidentes. La pretensión de Manrique por la artillería flamenca o milanesa, la de Lacorzana por el gobierno de Cádiz y otras tantas recorren las breves líneas de estas misivas. Incluso las noticias presentan a la familia del rey. Así, en otoño de 1696, dice Maturana que la

27. Fundación Sancho el Sabio (FSS), Villarreal de Bérriz, n.º 436, Vitoria, 20 de octubre de 1693.
28. *Ibidem*, Madrid, 3 de marzo de 1695.

> Reina quedaría a la muerte y de haber despachado a la otra vida a su Camarera la de Alburquerque y dice que los Condes de Baños oropesa y Marqués de Orani se hallaban en la Corte levantados sus destierros y que su Magestad declaró por primer Ministro al Señor Cardenal de Toledo como gran Canciller de Castilla[29].

Una excelente foto fija de un momento relevante en la vida cortesana del Madrid de fin del Seiscientos. Estos elementos certifican el papel de Vitoria por su conexión con Irún y San Sebastián al inundar el norte peninsular de noticias sobre familiares, compañeros, amigos, pretendientes y cualquier acción militar o política noticiada por la valija de Flandes o Castilla. Manrique de Arana muestra el atractivo flamenco e italiano cuando recibe la concesión del Consejo de Guerra y Cámara de Indias de una plaza de consejero de Guerra con pronta entrada en la capitanía y gobierno general de Cartagena de Indias. Todo ello

> con la calidad de que reedifique aquella Ciudad y todo tan apreciable y ventajoso que se pierde de Vista su fortuna así en la parte del decoro como en lo Útil y por ambos motivos siendo cosa tan apreciable como se deja conocer, Pasa este Caballero, a abandonarlo todo diciendo no es de su genio el pasar a Indias y sin más motivo que este ha respondido no le he de admitir y siendo como son las graduaciones con la calidad de admitir el gobierno despreciando este no llega el caso de lo demás con que se quedará según se estaba, y aunque a este tiempo ha vacado la maestría de campo General de Flandes y la solicita se dificulta se la den habiendo despreciado lo que tenía asegurado, que no es lo menos que a todos sus interesados mortifica sin que haya bastado el decirle lo mal que en esto se porta y más en el tiempo presente que no hace falta la milicia, No dudo sentirá Vm. esta noticia por lo que en ella interesa y su sobrino pero le veo en paraje de que todos quedemos con igual mortificación por no poderle vencer a que acepte cosa en que tanto puede interesar y sus dependientes[30].

La cercanía de la frontera, el conocimiento de las aspiraciones francesas en el Seiscientos y una nueva dinastía cierran esta tipología de noticias dando paso a cuestiones más oscuras y desconocidas. En el verano de 1699 le noticiaba a Pedro Bernardo que Juan de Larrea, secretario de despacho, había estado en Zurbano (Álava) para divertirse un par de meses. Esa misiva expone la sustitución del duque de Baviera por Belmar o la cercanía de la deposición de los gobernadores de Milán y Cataluña. Nuevas posibilidades para Manrique. Seis años más tarde, en 1706, en las noticias sobre el amigo Larrea que transmite a Lequeitio insistía que:

> aunque todavía en la cárcel y mi hijo fuera de ella sin que haya delito de que se tema la menor lesión a su punto y lealtad y con la esperanza de que en breve logrará su soltura y al paso de este justo quedo con la mortificación de que a nuestro Amigo Mayo y el hijo del Doctor Zuazo los han preso y encerrado en la cárcel sin saberse el

29. *Ibidem*, Madrid, 13 de septiembre de 1696.
30. *Ibidem*, Vitoria, 28 de noviembre de 1697.

> individual motivo más de la Voz de haber cogido algunas Cartas que escribían a Ceuta que se supone sería a Manrique algún confidente de ella pero me dicen mis hijos tienen por sin duda saldrán bien de el Cargo que se lo hace que lo permita Dios[31].

En varias misivas entre febrero y abril de 1707, Maturana informa del destierro de varios consejeros de Madrid mientras Larrea seguía en la cárcel bajo la temible acusación de austracista. En septiembre, Juan de Larrea (desterrado a San Martín de Valdeiglesias), Ansótegui o Salazar en Madrid no estaban indultados porque su causa estaba en sumario y en Vitoria «nos hallamos con un garnacha de Pamplona a la pesquisa de los pecadores de su calidad de pecados pero todavía no se sabe de sus delincuentes»[32]. Los dos hijos varones de Maturana progresaron a la sombra de Larrea y, en aquel momento, su carrera estaba en peligro. El anónimo de 1704 sostenía que ni Navarra ni las provincias vascas eran territorios cómodos para los planes expansivos franceses y, aunque esporádicamente, advertimos el eco de afectos a la causa del Archiduque y del mundo flamenco e italiano tan provechoso para las carreras de estas familias locales. Muchos de los partidarios del archiduque arrestados en Madrid acabaron en 1704 en los castillos de Pamplona y Bayona (Quirós Rosado, 2018: 89).

El desplazamiento de militares de origen vasco a Flandes hasta las últimas décadas del siglo XVII (Rodríguez Hernández, 2006: 395-434) generó una comunidad humana –sombra del experimento mercantil de 1451 o de la comunidad de burócratas del Seiscientos– que vio su futuro ligado a la legitimidad dinástica de los Habsburgo. Si bien los escasos austracistas de los que se habla en la correspondencia de Lequeitio tuvieron poco éxito, también lo es que otros acabaron haciendo fortuna en el bando del archiduque, como lo refleja la correspondencia del conde de Ayasasa (desde Tournai, Dresde o Viena) con su tío, Ignacio de Ayasasa (canónigo catedralicio de Bilbao)[33]. Antoine Alberto Joseph Ayasasa (Mons, 1715-1779) expresa un modelo de austracista exitoso (Guillaume, 1900: 1-4). El servicio de su padre, teniente coronel, en el regimiento valón de Claude de Ligne le ubicó en Bélgica. Luchó contra los turcos y en la guerra de los Siete Años donde logró la cruz de caballero de la Orden de María Teresa de Austria. Sus últimos años vitales se concentraron, bajo el título de general, en la reorganización de la caballería austriaca, la gobernación de Ostende (1768), el empleo de comandante general en los Países Bajos (1770), consejero de Estado, chambelán y otros oficios de gran relevancia. Un reflejo de un éxito austracista frente a los más que numerosos éxitos de los vascos alineados con la causa borbónica. En la línea del linaje de los Arrázola Oñate como ejemplo de una familia transregional ubicada en el Flandes del Seiscientos (Verreyken, 2021: 187-222; Johnson, 2011).

31. *Ibidem*, Vitoria, 25 de noviembre de 1706.
32. *Ibidem*, Vitoria, 1 de septiembre de 1707.
33. Archivo Histórico Foral de Bizkaia (AHFB), Familias, Ansótegui, 3538/001 (1746-1762).

## 5. Cartas de Miguel José a su madre desde Namur (1689-1692) durante la guerra de los Nueve Años

El archivo familiar de los Villarreal de Bérriz ha conservado parte de las epístolas mandadas desde la plaza de Namur por un descendiente del linaje de los Beingolea que combatía al francés en la frontera flamenca de fines del Seiscientos. En la Sevilla de esta época, los Ibarburu, Galdona, Ochoa de Iurretauría, Pérez de Garayo, Cruzelaegui y Compañía o los Cruz de Gainza habían ocupado el lugar de los Olarte, Olloqui, Arce, Ipeñarrieta (Basterretxea Kerexeta, 2004). La presencia vasca en la capital hispalense, según Fernando Fernández González, provocó que un 23 % de las remesas de oro y plata americanas arribasen a Vizcaya y Guipúzcoa (2002: 294-295). Joaquín Valle de Lersundi, al estudiar el linaje Beingolea (ferrones de Lequeitio, Vizcaya), subrayaba en su discurrir el papel de las sumas invertidas en las flotas de Indias y las penalidades por los retrasos. Al llegar los galeones, esta familia pagaba deudas, redimía censos, compraba fincas y reparaba sus propiedades inmuebles (1979: 503). El motor de la plata peruana activaba la maquinaria financiera de estas familias de ferrones.

La estructura empresarial de los Beingolea radicaba en la actividad conjunta de varios hermanos. José gestionaba la producción de las herrerías en Vizcaya mientras Juan, asentado en Lima con su familia, abordaba la extracción de plata, así como el transporte, compra y venta de hierro. Juan y Silverio viajaban del País Vasco a Cádiz, Sevilla, Chile y Panamá (Llorente Arribas, 2019: 30)[34]. De esta familia de ferrones con intereses en América desde la primera mitad del XVII destacamos la desconocida figura de Miguel José de Beingolea, hijo natural de Silverio según dicta su testamento de 1682[35]. Por los libros del sueldo del Ejército de Carlos II en los Estados de Flandes (Storrs, 2002: 39-61), Miguel José sirvió en ellos desde el 5 de septiembre de 1689 en que entró en calidad de soldado de la compañía de infantería española del capitán Pedro Ibáñez Zabala –tercio del maestre de campo Gaspar de Rocafull, al que sucedió Juan Díaz Pimienta–. En 17 de enero de 1693 obtuvo el premio de alférez de la misma compañía.

Miguel José se ubica entre los segundones que, con ayuda de la familia y de las instituciones provinciales, incrementaron el valor del aporte militar de estas provincias en el siglo XVII (Sánchez Belén, 1999: 249-274). Juan Francisco Manrique de Arana (del Consejo de Guerra, sargento general de batalla de los ejércitos y maestre de campo de un tercio de infantería española en Flandes) certifica en 1694 que el alférez Miguel José había cumplido con todas las obligaciones «de su sangre muy a satisfacción nuestra y de los demás jefes que le han mandado» y, en particular, en el sitio de la villa de Namur durante el ataque francés de 25 de mayo de 1692[36]. El

34. FSS, Archivo Uriarte (AU), Beingolea, N.180.
35. FSS, AU Beingolea, N. 1885.
36. AHN, Estado, legajo 850, expediente 37, Bruselas, 10 de octubre de 1694.

10 de junio del mismo también actuó en la defensa a la puerta de San Nicolás de la misma villa empleándose en la punta del ataque junto a algunos soldados españoles y acabó malparado por una granada que le alcanzó en el cuello y la cabeza[37].

La relación de servicios (Rodríguez, 2015: 49-53) de Miguel José se complementa con algo menos de una veintena de epístolas desde Namur –desde el 3 de septiembre de 1689 hasta el 11 de febrero de 1692– dirigidas a su madre y señora Catalina Josefa. El 13 de septiembre de 1689 dice que tras 16 días de viaje llegó a Ostende para ir a Namur donde su primo, el capitán Pedro de Zavala, estaba de guarnición y donde adquirió ropa «a la moda de este país» habiendo por ello disminuido su bolsillo. Rápidamente, una constante de estas misivas hace acto de presencia: las necesidades o angustias pecuniarias. Como relata a su progenitora:

> confiado en que Vm. obrará siempre como Madre y señora mía socorriéndome para que me pueda mantener en el presente estado pues a no ser en esta confianza desde el primer día me hubiera ido a comer pan de munición y habas como los demás soldados, pues aunque mi primo quisiera impedirlo lo mal pagado que aquí están los oficiales y soldados los obliga, aún a los capitanes a pasarlo con mucha estrechez, y quien para sí no lo tiene mal podrá tenerlo para dos[38].

Con el dinero presente en su faldriquera esperaba llegar hasta el mes de enero de 1690, pero siempre con la esperanza de la provisión mensual de su madre (10 o 12 diez patacones) antes de verse sin maravedí[39]. Aunque confirmaba que no habría campaña la siguiente primavera:

> no faltan ni riesgo ni trabajos, aún no ha más que tres días que llegue y dentro de otros tantos empezaré hacer en nombre de Dios cumpliendo con mi obligación de soldado que es entrar cada tres días de guardia en el cual haré ocho o diez horas de centinela y dormir sobre el tablado, teniendo salud y con que pasarlo todo se me hará nada[40].

Esta epístola inicial transporta recuerdos y cariños extensibles a individuos particulares como Pablo, Rosa, María Teresa, los señores Agustines, Juan de Iturraspe, su primo el clérigo y los demás interesados a quien su madre debía extender las nuevas de su salud y presencia en Namur junto a su primo Zavala. Durante el invierno de 1692 confesaba a su madre la falta de noticias de su tío, Juan de Zavala, al tiempo que valuaba su subsistencia en los Países Bajos en 11 o 12 pesos o patacones al mes (el rey solo les abonó 2 pesos)[41]. Desde su llegada a Namur

37. *Ibidem*.
38. FSS, AU, Beingolea, n.º 491, Namur, 13 de septiembre de 1689.
39. Miguel confía que obrará «con el Cariño de Madre, que en mí nunca faltará el reconocimiento debido». *Ibidem*.
40. *Ibidem*, Namur, 13 de septiembre de 1689.
41. Patacón o patagón de Flandes, moneda de plata equivalente a un peso o real de a ocho (Méndez Barocci, 2021: 95).

la situación económica resulta compleja para el joven lequeitiarra (Sánchez Belén, 1996). Subraya las economías que efectúa, pero:

> Pues abandonándome Vm. me veré precisado a Volverme a casa no porque me parece mal ni los Trabajos ni los riesgos de soldado pues los Trabajos son muchos menos que los de los demás soldados por tener a mi primo por Capitán y los riesgos como son comunes no son los que me echarán del país echárame de él la ambre y desnudes que abre de padecer no apiádanse Vm. pues aunque le debo a mi primo Cariño y oficios de Padre aseguro a Vm. que le es también imposible el poder mantener sino el con mucha estrechez porque no es creíble la que todo el mundo padece en este exército donde no se ve sino es todos los soldados pidiendo Limosna de puerta en puerta: no ha de querer Vm. que Yo haga lo mismo[42].

Vuelve a rogar a su madre ser socorrido por su primo José de Barasorda pues «en Vilvao no faltan mercaderes que tengan correspondencia en este país» o por cualquier otra vía»[43]. La coletilla de la misiva muestra la endeble existencia de un circuito financiero en Flandes ligado con Bilbao. Ahora bien, del anterior pasaje destaca la cruel imagen que ofrece de las dificultades de la tropa y oficiales ubicados en los castillos y plazas de Flandes a fines de 1689. Las cartas a otro tío, José de Mendiola, no surtieron efecto, pero esperaba ansioso lograr el empleo de alférez en la bandera de su primo Zavala, reconociendo al unísono las dificultades del ascenso por no ser su pariente quien tenía la última decisión (Rodríguez Hernández, 2015: 53-60).

En febrero de 1690, las exageradas expectativas de algunos parientes presentes en los contingentes militares de Flandes no alcanzaron la ayuda del vitoriano Íñigo de Agurto (gobernador y capitán general de los estados de Flandes). A la preocupación por su carrera se unen los saludos y las condolencias por la muerte de familiares o noticias de otros primos que habían logrado mercedes como el gobierno de Huamanga (Perú)[44]. Tres meses más tarde comenta el poco eco visto en Íñigo, a quien besó las manos como le advirtieron su madre y su tío José. La situación empeoró tanto que, a inicios de 1691, afirmaba no tener «un ochavo pues un mes aún se puede vivir con la droga de comer a crédito pero más es imposible» y le pide socorro nuevamente[45]. Nuestro protagonista, en el verano de 1692, explica a Catalina su primera intervención en el campo de batalla (sitio de Namur) de donde:

> como su Divina Majestad ha sido servido sacarme con bien aunque herido de una granada, que al principio me puso en bastante cuidado por ser en parte tan peligrosa y ser muchísima la sangre que perdí, que fue la causa el haberme partido una vena, pero ya me hallo fuera de peligro y mi primero Don Pedro, que lo hirieron al

42. FSS, AU, Beingolea, n.º 491, Namur, 3 de diciembre de 1689.
43. *Ibidem*, Namur, 13 de septiembre de 1689.
44. *Ibidem*, Namur, 2 de febrero de 1690.
45. *Ibidem*, Namur, 7 de abril de 1691.

> mismo tiempo que a mí, se pone a su obediencia de Vm. y estamos juntos en esta Villa, que nos hemos quedado hasta que nos hallemos en forma de poder seguir a nuestra Jente que seis días a que marcharon[46].

Las heridas empeoraban las anteriores penurias económicas. Confiesa a su madre que no sabe cómo afrontará los gastos en medicamentos y cirugía derivados de la herida en batalla. En el carteo con su madre cinco meses después continúa expresando que todo su círculo le aconsejan prudencia porque lograría con brevedad sus objetivos. Una confianza no compartida por Miguel José, quien dibuja las penurias con frases harto lapidarias:

> mi primo que me tiene consigo pasándolo en todo así como el mismo si bien es con harta estrechez pues no obstante tener una Compañía lo pasan mejor los Criados de casa que nosotros por lo mal y poco que el rey paga lo que aumenta más su galantería[47].

E insiste a Catalina que, si salen en campaña, aumentarán los gastos (ropa, caballo, etcétera) ya que «es muy diferente lo que allí cuesta todo a lo que valen en las Villas»[48]. Las últimas misivas datan de inicios de 1693. La salud de Miguel había empeorado hasta llevarle a una «melancolía arraigada que crey morir, por varios accidentes que le habían ocurrido y con asistencia del doctor»[49]. El dinero llegaba desde Lima por ser imposible desde Bilbao, pero no solventaba su situación obligándole, como sus compañeros, a vivir entre hambre y fatigas. Solamente el alojamiento y la comida a mediodía le quitaban ocho pesos mensuales por lo que dejó de cenar y, confiesa a su madre, que «estoy desnudo» pues toda su ropa blanca se reducía a un conjunto de tres camisas malas y un par de calzoncillos»[50] (Sánchez Belén, 1996). La corta vestimenta, la herida y los dolores de cabeza, la melancolía o un más que probable estrés postraumático se mezclaban con el auxilio de parientes y amigos mientras buscaba mejorar su carrera militar en Flandes. Este esfuerzo se plasma en el logro de la plaza de alférez, pero la documentación inicia un vacío que no podemos cubrir. Las noticias de Miguel José dejan de llegar al domicilio de su madre y parientes. No sabemos cómo finalizó ni dónde su carrera ni su vida.

Este testimonio de primera mano incide en dos cuestiones relevantes. La primera, nada novedosa, insiste en las dispares dificultades y desamparo en que vivían los militares que defendían las posesiones españolas frente a la cada vez mayor presión francesa (Hernández Rodríguez, 2016: 247-275; Glesener, 2018: 123-140). Mientras sobrellevaban las penurias materiales, los amigos, paisanos y familiares se encargaban de gestionar, ora en Flandes, ora en Madrid –al igual que lo reflejaban las epístolas de Maturana–, las vidas y futuros de estos segundones

46. *Ibidem*, Namur, 8 de julio de 1692.
47. *Ibidem*, Namur, 6 de noviembre de 1692.
48. *Ibidem*, Namur, 6 de noviembre de 1692.
49. *Ibidem*, Namur, 11 de febrero de 1693.
50. *Ibidem*, Namur, 11 de febrero de 1693.

de las familias más ricas y poderosas de las tierras de Guipúzcoa o de Vizcaya. Tal y como sostenían las tres provincias en el memorial sobre la creación de un hospital, colegio y congregación de nacionales en Madrid de 1684, una importante labor sería la de vehicular a muchos jóvenes hacia los ejércitos de Carlos II.

Junto a este episodio epistolar finisecular, los archivos privados nos ofrecen otra imagen de la presencia vasca en Flandes, un duelo guipuzcoano en el Amberes de 1704. Sabedor Fernando Sáenz Izquierdo de que Bernardo de Veroiz estaba en 1704 «en el País bajo, pasó a Bruselas con resolución de tomar satisfacción como Caballero y habiendo encontrado en dicha Villa de Bruselas, un caballero llamado D. Bruno Mauricio de Zavala, a quien le descubrió su intención»[51]. ¿Qué intenciones llevaba Fernando Saénz Izquierdo al encaminarse a Bruselas? El negocio era un duelo iniciado en el invierno de 1699 en la casa de «juego de trucos» de San Sebastián. Fernando discutió con Agustín de Veroiz y fue atacado a espada por el hermano, Bernardo. El corregidor los internó en casa con guardas bajo pena de dos mil ducados. Los autos llegaron hasta las manos del presidente del Consejo de Castilla. La terquedad de Fernando y Bernardo los llevó a que fuesen recluidos en presidios separados (Pamplona y San Sebastián), aunque, poco después, volvieron a violar la reclusión y se enfrentaron nuevamente.

Desde el Madrid de 1699, Íñigo Eugenio de Agurto aconsejaba mandar seis u ocho meses a París o Madrid a Bernardo. Un lustro tras el lance acaecido en San Sebastián, el maestro mayor de armas del rey Francisco Antonio de Evenhard y Abarca (caballero Francisco Tenarde), Antonio de Idiáquez, Antonio de Agurto (marqués de Gastañaga), el señor de Aramayona de Mújica (gentilhombre de la Boca del Rey) o Juan Ortiz de Vivanco emitieron sus opiniones sobre si se trataba de un duelo y de cómo resolver la discordia entre aquellos caballeros. Incluso queda rastro de la intervención de Domingo Tomás de Isasi, por orden del conde de Oropesa. Un asunto familiar y local que acaba por adquirir tonalidades más globales.

Entre 1700 y 1701, el marqués de Bedmar, el príncipe de T'Serclaes de Tilly o el conde de Bruay elevaron pareceres sobre evitar perniciosos efectos de esta animadversión. Mientras Fernando vivía recluido en Guipúzcoa, Bernardo fue enviado en marzo de 1701 a servir en Flandes. Prefirió el castillo de Amberes al de Gante y allí se acomodó. En esta ciudad, el futuro fundador de Montevideo, Bruno Mauricio de Zavala, fue testigo del duelo a espada en la arboleda de la plaza de armas del castillo de Amberes. Por lo menos tiraron cuatro veces sus espadas sin que ninguno resultase herido y dejaron de pelear por la llegada de un soldado que dio la voz de alarma. La memoria de lo ocurrido pasó por manos del príncipe de Barbanzon, del conde de Bruay (maestre de campo general de la provincia de Namur), del conde de Valsasines (maestro de campo general y gobernador de Limburg), del conde de Hornes (teniente general y gobernador de Gueldnes), del conde de Soy (teniente general) y del marqués de Westerloo (caballero de la

51. AHE, Archivo de la Casa de Olazabal, legajo 5 (1699-1704).

orden del Toisón y general de Batallón). Todos ellos analizaron el acontecimiento violento de Amberes con atención y suma reflexión.

El marqués de Taracena, gobernador de Flandes, remitió una misiva al duque de Ciudad Real, Francisco Borja de Idiáquez, refiriendo los mismos sucesos desde Amberes en noviembre de 1704. Una discusión nacida en San Sebastián, vigilada desde Madrid y acabada en Bruselas y Amberes son buena muestra de la íntima conexión y relación entre estos espacios y la presencia de militares de origen vasco en un espacio flamenco que estaba a punto de desaparecer de las miras y posibilidades de futuro de los jóvenes vascos. América, Sevilla y Cádiz acabaron por tomar el turno al viejo espacio flamenco desde inicios del Setecientos.

## 6. La comunidad flamenca en Bilbao

El argumento fronterizo impregnaba los memoriales que las instituciones y las corporaciones de las provincias vascas remitían a la Corona. Junto a los servicios a los monarcas o la defensa del territorio, pronto el argumento o la justificación del servicio en la frontera toma carta de naturaleza inundando la concepción foral de las oligarquías provinciales. La esterilidad impulsaba a sus habitantes a buscar su abasto para tener poblado y defendido este paso estratégico del peligro que suponían las aspiraciones francesas. Este corolario planteó problemas de calado al expandirse rumores sobre ciertas novedades en el capítulo toledano (1560-1562) de las órdenes militares respecto al logro de hábitos. Desde 1563, las provincias mandaron sus memoriales al Consejo de Castilla alegando que estos hidalgos trataban o negociaban en las fronteras de Navarra y Francia con géneros para abastecer y conservar poblados sus territorios[52]. El novedoso requisito de no poder ser nieto de mercaderes para acceder a tales mercedes era lesivo ya que, en el fondo, realizaban un servicio al rey. No eran negociantes, sino defensores de la frontera en el plano militar o del abastecimiento.

La siguiente centuria, la defensa de la hidalguía universal y su compatibilidad con las actividades productivas y de intercambio generan una política de protección vigilada de los negociantes foráneos asentados en Guipúzcoa (Aragón Ruano, 2009: 174-185) o Vizcaya. La prevención antijudía guipuzcoana de la primera mitad del Seiscientos forzó sin éxito la expulsión de los portugueses (Rey Castelao, 2003: 34) mientras que la guerra de los Treinta Años debilitó a las colonias de extranjeros de Bilbao y San Sebastián. ¿Qué ocurrió con los flamencos en la segunda mitad del Seiscientos? Aingeru Zabala muestra el lento pero continuo proceso de integración de algunas familias flamencas en el Señorío. Como punto de partida, entre 1554 y 1597, los residentes eran 41 ingleses, 23 franceses, 11 flamencos y 4 portugueses. Los 80 negociantes se habían reducido a 30 para 1599

52. Archivo del Territorio Histórico de Álava, Juntas Generales, libro 6, 4 de mayo de 1563, fol. 191v.

(Rey Castelao, 2006: 37-38). A las lonjas abiertas añadiremos el cúmulo de agentes y mercaderes circulantes entre Bilbao o San Sebastián, Madrid, Sevilla e Indias como lo muestra el periplo vital de Antonio Marines (Sánchez Belén, 2009: 513-525; Diago Hernando, 2001: 165-206; Ramos Medina, 2008: 94-97).

La visita (1654) de las lonjas de comercio de Bilbao dibuja una comunidad de extranjeros dominada por 19 casas inglesas y 4 empresas flamencas –Jacques de Backer de Amberes, Guilles Lebuque de Amberes, Francisco Van der Borckt de Branderburgo y Salomon Cock– (Zabala, 2006: 153). Estas casas almacenaban productos holandeses que esparcían por tierras de Castilla. Una década más tarde, una nueva inspección de cuarenta lonjas ofrece semejantes guarismos: 11 inglesas, 5 flamencas, 4 francesas, 2 irlandesas y 1 holandesa; el resto locales (Zabala, 2006: 155). La peste de 1665 llevó a emplear puertos flamencos como recurso limpio frente a los holandeses. Circunstancialmente se primó a Ostende frente a Ámsterdam con navíos de menor tonelaje y mercancías de los «países de Flandes y mucha menos cantidad de mercancías de las que antes solían venir por vía de los Estados de Holanda y Zelanda»[53].

Otra década más tarde, en 1674, una nueva revisión de las lonjas refleja un horizonte similar: predominio inglés con 8 representantes, 2 irlandesas, ninguna francesa y 8 flamencas. Estas casas flamencas eran intermediarias de los holandeses. Poderes y otros instrumentos notariales y judiciales son muestra fidedigna del papel de estos negociantes flamencos como testaferros, intermediarios, apoderados en pleitos y negocios y otros servicios de los mercaderes holandeses. En esta época, la distinción entre flamencos y holandeses resulta difusa y confusa según los testimonios de los archivos vizcaínos.

Entre 1654 y 1674, el número de flamencos con lonja abierta en Bilbao no superó el total de ocho. Entre ellos destaca la presencia en Vitoria y Bilbao de la familia de Francisco Croce o la de Adrián Tourlon en Bilbao. Desde 1685 se advierte el decaimiento de la presencia flamenca conforme aumenta el número de holandeses. Dos años más tarde las autoridades vizcaínas convocaron a las naciones flamenca y holandesa que, a pesar de la letra de esa misma convocatoria, seguían siendo realmente una sola y confusa mezcla de identidades y realidades (Zabala, 2006: 164). Un recuento de 1687 cifraba en 4 el número de mercaderes flamencos, como en 1654. De estas reducidas colonias extranjeras presentes en Bilbao (Sánchez Belén, 2002: 269-278), la de Flandes estaba en un honroso tercer puesto tras ingleses y holandeses. Desde finales de la centuria apreciamos un significativo incremento de la presencia de comerciantes franceses e irlandeses en la villa de Bilbao (Rey Castelao, 2003: 35-36).

El avecindamiento y la naturalización de algunos mercaderes flamencos de fines del Seiscientos e inicios del Setecientos ofrece una imagen sobre el residual como atractivo papel surgido de una vieja relación. Nacido en Bruselas, Cornelio

53. AHFB, Consulado, JCR 1810/009.

Goossens llegó a Bilbao en 1700 desde Amberes. Cornelio actuaba en el mundo mercantil y como traductor de varios idiomas –francés, neerlandés y sueco– en el puerto de Bilbao entre 1716 y 1723[54]. La hidalguía les fue reconocida en 1765 (Garrido Yerobi, 2014: 288-304). De este linaje flamenco destaca Pedro Francisco Goossens y del Mazo (1702-1775), quien llegó a ser miembro del Consejo de Hacienda y tesorero general del Reino. A decir verdad, un comerciante cosmopolita, banquero y financiero nacido en Bilbao y que dejó un rico vínculo y mayorazgo.

Desde 1734 residía en París donde gracias a sus contactos con el ministro Choiseul se dedicó a fomentar la expansión del comercio francés en Rusia mientras su hermano, Juan Enrique, seguía en Bilbao (Garrido Yerobi, 2014: 294). En 1750 aparece ligado a la fundación de una compañía de seguros marítimos en París de la que su hermano era agente en Bilbao y otra, con socios francocanadienses hugonotes, dedicada al sector de la comercialización de bacalao y otros productos pesqueros para Francia, así como para los mercados americanos. Antes de esta expansión empresarial, Pedro Francisco se dedicó al suministro de madera, anclas y otros materiales férricos a la Armada francesa, que volvieron a darse en 1757 y 1758. El *Almanaque Royal* parisino lo presentaba como un banquero e inversor que, entre 1749 y 1757, arriesgó capitales y trabajo en empresas mercantiles en San Petersburgo para llevar tabaco americano. Entre 1758 y 1762 volvió a proveer los arsenales, de manera que en un año se construyeron 24 navíos de guerra (Garrido Yerobi, 2014: 295).

En 1762 volvió a Bilbao justo cuando por el Tratado de París se cedía a la Corona española el territorio de la Luisiana. Cuatro años más tarde, Francisco ocupaba plaza en el Consejo de Hacienda en Madrid. Los archivos vizcaínos ofrecen una pieza más de la cadena empresarial de este linaje flamenco tras la vuelta de Pedro Francisco y su estancia en un Madrid lleno de oportunidades. Entre 1764 y 1767 los comerciantes de Bilbao negociaron establecer una compañía de comercio para la Luisiana. Esta iniciativa nació de un acuerdo del consulado de Bilbao[55]. La idea se acercó al marqués de Grimaldi a través del diputado del Señorío en Madrid, Domingo del Barco, quien también iniciará los contactos con el negociante marsellés Enrique Pouillard en la Corte[56]. En sustitución de Barco, Goossens firmará el convenio con Pouillard el 18 de marzo de 1765.

El comercio y consulado de Bilbao intentó infructuosamente crear un proyecto de compañía privilegiada con las Indias. al estilo de la de Caracas (1728). Así, entre 1736 y 1749, se ideó el poco exitoso proyecto de fundar una compañía de comercio y navegación para las provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay (Guiard, 1914: 344-365). En nombre del Señorío, Pedro Francisco Goossens firmó las condiciones con el comerciante marsellés a la espera de obtener permiso de

54. AHFB, Consulado, JCR 1827/010. AHFB, Consulado, JCR1566/052.
55. AHFB, Familias, Goossens, 2887/004.
56. AHFB, Familias, Goossens, 2887/005.

la Corona. El fondo financiero inicial sería de 3 millones de pesos de a 15 reales (una mitad por el Señorío y la otra de Pouillard y sus socios) y sus almacenes se ubicarían en la ría de Bilbao.

La memoria de los artículos y las expectativas creadas alrededor de la colonia de Luisiana muestra un claro cambio de mentalidad (Guiard, 1914: 366-372; Guiard, 1980: 508-509). El provecho económico es el objetivo fundacional de esta empresa sin muestra de reparo moral ninguno[57]. A pesar de la experiencia cosmopolita de Pedro Francisco, este plan quedó relegado a otra quimera más proyectada antes de la aplicación de los decretos de libre comercio de 1778 que dejaron fuera del circuito americano a los puertos de Vizcaya y Guipúzcoa a menos que aceptasen el traslado de las aduanas del Ebro a los límites de la frontera con Francia.

## 7. Conclusiones

Los ejemplos de Goossens en Bilbao o de Ayasasa en Bruselas son buena muestra de los vestigios que quedaron de una profunda relación entre los territorios vascos y Flandes en el campo de los negocios y de la actividad militar. Las comunidades establecidas por norteños en Flandes y flamencos en Bilbao se fueron descomponiendo progresivamente al calor de los enfrentamientos bélicos –como bien lo expone Echevarría Bacigalupe– y, paralelamente, a la activación de varias comunidades vascas de emigrantes en Indias, Sevilla o Madrid. Tanto los negocios mercantiles en Sevilla como los asuntos de tinte político, jurisdiccional y/o jurídico se centralizaban en Madrid, por lo que el interés en Flandes quedará vertebrado en torno a un elenco de militares que exploraba las posibilidades que ofrecían los ejércitos de Carlos II a finales de esta centuria. Igualmente, las autoridades locales de cada provincia aprovecharon estas ubicaciones como lo refleja el acuerdo para felicitar a Francisco Antonio de Agurto por su nombramiento como teniente general de caballería de la orden de Alcántara en 1671[58].

Unos militares (Agurto, Manrique de Arana, Beingolea) que desde diferentes escalas de los ejércitos nos ofrecen un panorama de familias transregionales (Verreyken, 2021; Johnson, 2011) con contactos y experiencias vitales comunes. En las miras y la mentalidad de hombres de armas, Flandes o San Sebastián formaban parte de los numerosos espacios de frontera del Imperio hispánico. Unas fronteras que, como bien lo muestra la misión de Aramburu en Madrid, tienen que estar bien defendidas. Bien diferente sería la actitud de la Corona con el Reino de Navarra a la hora de proteger su sistema defensivo. Cada cuerpo de la monarquía

57. AHFB, Familias, Gosssens, 2887/008.

58. Archivo del Territorio Histórico de Álava, Acta de Juntas Generales, libro 17, 03/01/1671, fol. 386r.

demandaba unas negociaciones específicas tanto como en el campo de la Corona, sus ministros y consejos.

Guipúzcoa y, especialmente, San Sebastián se erigen a fines del Seiscientos en un núcleo de concentración de información y noticias a través de las Gacetas como de la posta o mala de Flandes. Esta concentración de noticias en la frontera pirenaica, junto a la movilidad de algunas familias transregionales, les abría las puertas de su fortuna en el Imperio. Esta estructura generaba oportunidades y nuevos mercados que colmaban las ansias de riqueza y fortuna a quienes veían como su futuro no se dibujaba en tierras flamencas.

El duelo de dos guipuzcoanos en el Amberes de 1704 se había resuelto desde Madrid. La correspondencia de Miguel José de Beingolea muestra a Flandes como un espacio que ofrece oportunidades. Merced a su correspondencia privada nos hemos adentrado en los padecimientos sufridos por Miguel durante su experiencia militar. Quedaría profundizar en sus motivaciones o aspiraciones para aceptar los padecimientos que desprenden sus misivas. Ahora bien, el ansia por crecer y mejorar su fortuna les lleva a plantearse cuáles serían los mejores caminos para sus aventuras en los ejércitos del rey (Italia, Alemania, Indias) y esta quizás fuese su principal motivación. Tal estímulo les lleva a cambiar de camino siempre que la fortuna les parezca más asequible.

Merced a la correspondencia privada y a la documentación de archivos históricos ubicados en el País Vasco hemos reconstruido elementos vitales de algunas familias y personajes destacados en este periodo de transición (Aramburu, Arbeláiz, Maturana, Manrique de Arana, Ayasansa, Goossens o los Beingolea). Este elenco de personajes nos ha permitido recuperar las últimas noticias de una longeva relación que se encontraba en franca decadencia en la segunda mitad del Seiscientos. Igualmente, el desconocido y escaso influjo austracista en tierras vascas se presenta como ejemplo del decaimiento final con el cambio dinástico. Las puertas mercantiles, bélicas y políticas que ofrecía Flandes dejan de ser tan jugosas como otros horizontes.

La excepcional importancia de Brujas o Amberes en la mentalidad de los vizcaínos de tiempos de Andrés de Poza o de Gaspar de Añastro a finales del Quinientos había dejado paso a una percepción de Flandes cada vez más alejado de una ruta migratoria o de movilidad al tiempo que política y económica que unió los intereses de estas familias cosmopolitas y transregionales con Madrid, Andalucía o las Indias. Poco a poco, el decaimiento ya significado provocó un giro del interés mostrado por los actores que aparecen en esta investigación por los nuevos espacios meridionales y atlánticos. El testigo del duelo de 1704 en la plaza de Amberes, Bruno Mauricio de Zavala, acabó siendo gobernador del Río de la Plata y de Uruguay.

Si en 1638 el Señorío llamaba a las conciencias de todos los vizcaínos establecidos en Flandes, Italia e Indias a fin de ayudar a los proyectos provinciales, con la victoria y la política de la nueva dinastía (1714) solo quedarán los proyectos individuales de un austracista como Ayasasa o los sueños de plantaciones atlánticas en

La Luisiana de Pedro Francisco de Goossens. Ambos, vestigios de un pasado mucho más interconectado y vigoroso por el que transitaron varias familias principalmente ubicadas en el espacio del camino Real de Postas, pero con claras ramificaciones con algunas localidades de la costa vizcaína como Lequeitio. La correspondencia privada testimonia este mundo de informaciones y noticias con que abordaban sus procesos vitales individuos como Miguel José de Beingolea y sus cartas de Namur.

## 8. Bibliografía

Angulo Morales, Alberto (2015), «Criaderos de agentes económicos. Las colonias mercantiles vascas en los inicios de la Edad Moderna (1450-1550)», en AA. VV., *Hacienda, fiscalidad y agentes económicos en la Cornisa Cantábrica y su entorno (1450-1550): nuevos textos para su estudio*, Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 139-176.

Angulo Morales, Alberto (2016), «Migration, Mobility and Voyages. A Case Study on the Use of Private Sources for the Understanding of Basque Migration in the Eighteenth Century», en Alberto Angulo y Óscar Álvarez (dirs.), *From the records of my deepest memory. Personal sources and the study of European migration, 18th-20th centuries*, Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 13-40.

Angulo Morales, Alberto (2019a), «Información, negociación y defensa: las fronteras en las provincias exentas (XVI-XVII)», en Miguel Ángel Melón Jiménez *et al*. (eds. lits.), *Dinámica de las fronteras en periodo de conflictos: el Imperio Español (1640-1815)*, Cáceres: Universidad de Extremadura, pp. 153-172.

Angulo Morales, Alberto (2019b), «Ubicarse en la Corte. La presencia institucional y diplomática vasca en el corazón de la Monarquía Hispánica (XVI-XIX)», en José Martínez Millán, Juan Antonio Sánchez Belén y Manuel Rivero Rodríguez (coords.), *Del enfrentamiento a la amistad: influencias entre las monarquías de Francia y España en los siglos XVII y XVIII*, Madrid: Polifemo, pp. 427-458.

Angulo Morales, Alberto (2021a), «El institutional entangled global network de navarros y vascongados en la defensa atlántica por la plata peruana del Seiscientos (Madrid, Potosí y Puno)», *Probistoria*, 35, pp. 361-378.

Angulo Morales, Alberto (2021b), «De la familia provincial a la atlántica: hijos de las provincias y señorío. Reputación y éxito en la movilidad norteña (XVI-XIX)», en Francisco García González (coord.), *Familias, trayectorias y desigualdades: estudios de historia social en España y en Europa*, Madrid: Sílex, pp. 179-200.

Angulo Morales, Alberto (2024, en prensa), «Las provincias vascas en tiempos de Carlos II. Entre uniones atlánticas y desuniones interprovinciales», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, Cristina Bravo Lozano y Roberto Quirós Rosado (eds.), *Bifronte imperio de dos mundos. Europa y América durante el reinado de Carlos II*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.

Angulo Morales, Alberto y Merino Malillos, Imanol (2012), «La gestión del Señorío de Vizcaya en el Imperio (1590-1640). La proyección de su representación y defensa», en M.ª José Pérez y Alfredo Martín (eds.), *Campo y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispano*, León: Universidad de León, pp. 1781-1791.

Aragón Ruano, Álvaro (2019), ««Con casa, familia y domicilio. Mercaderes extranjeros en Guipúzcoa en la Edad Moderna», *Studia Historica*. Historia Moderna, 31, pp. 155-200.

Aragón Ruano, Álvaro (2019), «Discursos de frontera en el Pirineo occidental durante la Edad Moderna», en Álvaro Aragón y Alberto Angulo (coords.), *Una década prodigiosa: beligerancia y negociación entre la Corona y las provincias vascas (1717-1728)*, Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 155-174.

Basterretxea Kerexeta, Igor (2004), *Hierro y Palacios Elorrio-Sevilla. Mercaderes elorrianos en Sevilla durante los siglos XVI y XVII*, Bilbao: Ayuntamiento de Elorrio.

Ben Yessef Harfia, Yasmina Rocío (2011), «Entre el servicio a la Corona y el interés familiar. Los Serra en el desempeño del Oficio del Correo Mayor de Milán (1630-1699)», en Manuel Herrero Sánchez *et al*. (coords.), *Génova y la monarquía hispánica (1528-1713)*, vol. 1, Genova: Società Ligure di Storia Patria, pp. 303-330.

Bustamante y Medrano, Juan Manuel (1689), *Sucinta descripción de las exequias que a Su Reina, la Señora Doña María Luisa de Borbón, consagro el regio Tribunal de la Contratación de las Indias*, Sevilla: Juan Francisco de Blas.

Derjavine, C. (1930), *La primera embajada rusa en España*, Leningrado: Embajada de la Federación Rusa en el Reino de España.

Diago Hernando, Máximo (2001), «Actividad mercantil y financiera de los hombres de negocios flamencos en Madrid a mediados del siglo XVII», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XLI, pp. 165-206.

Díaz Noci, Javier (2012), «Historia del periodismo vasco (1600-2010)», *Mediateka*, 13, pp. 1-261.

Díaz Rodríguez, Manuel (1893), «Euskaros ilustres: el General de la Armada D. Pedro de Zubiaurre», *Euskal-Erria*, 29, pp. 427-432.

Echeverría Bacigalupe, Miguel Ángel (1998), *Flandes y la monarquía hispánica, 1500-1713*, Madrid: Sílex.

Echeverría Bacigalupe, Miguel Ángel (2006), «El ejército de Flandes en la etapa final del régimen español (1659-1713)», en Enrique García Hernán y Davide Maffi (eds. lits.), *Guerra y sociedad en la monarquía hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, vol. I, Madrid: Mapfre, pp. 553-578.

Espino López, Antonio (2004), «El pensamiento hispano sobre la guerra defensiva y el declinar de la monarquía hispánica en el siglo XVII», *Revista de Historia Militar*, 95, pp. 11-36.

Espino López, Antonio (2019a), «Sobre la creación de fronteras. El caso de La Española y las guerras del reinado de Carlos II, 1673-1697», *Anuario de Estudios Americanos*, 1, pp. 157-184.

Espino López, Antonio (2019b), «La frontera de Navarra durante el reinado de Carlos II. La acción virreinal y el problema de la defensa», *Príncipe de Viana*, 271, pp. 527-552.

Fernández-Armesto, Felipe y Lucena Giraldo, Manuel (2022), *Un Imperio de ingenieros*, Madrid: Taurus.

Fernández de Casadevante Romanía, M.ª Dolores (2015), *La imprenta en Guipúzcoa (1585-1850)*, Madrid: ADI.

Fernández González, Fernando (2002), «Castilla, Sevilla y el País Vasco en la segunda mitad del siglo XVII», *Itsas Memoria*, 4, pp. 287-295.

Floristán Imízcoz, Alfredo (2005), «Honor estamental y merced real. La configuración del brazo Militar en las Cortes de Navarra 1512-1828», *Príncipe de Viana*, 234, pp. 135-196.

García, José I.; Royela, José E. y Sesmero, Enriqueta (2005), *Juntas y Regimientos de Bizkaia. Actas. Tomo II (Abril 1637-Febrero1641)*. Bilbao: Juntas Generales de Bizkaia.

Garrido Yerobi, Iñaki (2014), «Los Goossens: un linaje de mercaderes flamencos asentado en Bilbao», *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, XVII, pp. 281-343.

Glesener, Thomas (2018), «Annexion our régénération? La France et le gouvernement des Pays-Bas à l'époque du régimen «anjouin»», en Guillaume Hanotin y Dominique Picco (dirs.), *Le Lion et les Lys. Espagne et France au temps de Philippe V*, Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 123-140.

Gómez Martínez, Nelson F. (2017), «De la «confianza» a las sospechas de corrupción: las concesiones de Correo Mayor en el mundo hispanoamericano (1501-1720)», en Francisco Gil Martínez y Amorina Villarreal Brasca (coords.), *Estudios sobre la corrupción en España y América (siglos XVI-XVIII)*, Almería: Universidad de Almería, pp. 229-251.

González Arce, José Damián (2009), «La ventaja de llegar primero. Estrategias en la pugna por la supremacía mercantil durante los inicios de los consulados de Burgos y Bilbao (1450-1515)», *Miscelánea Medieval Murciana*, XXXIII, pp. 77-97.

Guerrero Elecalde, Rafael (2012), *Las elites vascas en el gobierno de la monarquía borbónica. Redes sociales, carreras y hegemonía en el siglo XVIII (1700-1746)* (Tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco).

Guiard, Teófilo (1908), *Historia de la noble Villa de Bilbao*, tomo III, Bilbao: Imprenta de José de Astuy.

Guiard, Teófilo (1914), *Historia del Consulado y Casa de Contratación de la Villa de Bilbao*, vol. II, Bilbao: Imprenta de José de Astuy.

Guillaume, Général (1900), *Biographie ostendaise. Extraits de la biographie nationale avec quelques annotations*, vol. I, Ostende: Typo Litho.

Isasti, Lope de (1850), *Compendio historial de la provincia de Guipuzcoa, por Lope de Isasti en el año de 1625*, San Sebastián: Ignacio Ramón Baroja.

Johnson, Christopher M. *et al*. (eds.), *Transregional and transnational families in Europe and beyond. Experiences Since the Middle Ages*, New York: Berghahn Books, 2011.

León Sanz, Virginia (1989), «La dimensión civil de la Guerra de Sucesión española en la historiografía actual», *Cuadernos de Historia Moderna*, 19, pp. 183-194.

Llorente Arribas, Elena (2019), «La élite vizcaína en el Imperio y el Atlántico. Movilidad social y modelos de carreras en durante el siglo XVII», en Pablo Ortega del Cerro y Antonio Irigoyen López (eds. lits.), *Profesiones, ciclos vitales y trayectorias familiares entre la continuidad y la transformación (siglos XVII-XX)*, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 13-25.

Méndez Barozzi, Ricardo (2021), «El fraude en la Casa de Moneda de Potosí. Otro episodio de la lucha entre vicuñas y vascongados por la preeminencia local», *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales*, 1, pp. 89-107.

Merino Malillos, Imanol (2019), ««Hacer mayorazgo infalible de consejeros y ministros graves». El Señorío de Vizcaya y el proyecto de fundar un colegio en Salamanca (1638-c. 1660)», *CIAN. Revista de Historia de las Universidades*, 2, pp. 127-152.

Mézin, Anne (2016), «La correspondance des consuls de France á Cadix», en Anne Mézin y Anne Pérotin-Dumon (dirs.*), Le consulat de France à Cadiz. Institution, intérêts et enjeux (1666-1740)*, Paris: Publications des Archives Nationales, pp. 20-117.

Montañez Matilla, María (1953), *El Correo en la España de los Austrias*, Madrid: CSIC.

Mora, Juan Carlos (2014), *Rostros de piedra. Biografías de un mundo moderno*, San Sebastián: Museo San Telmo.

Ortega Jiménez, Julio (2018), «Privilegios y exenciones de los derechos dependientes de las postas y correos de España hasta el reglamento general de 1720», *Historia. Instituciones. Documentos*, 10, pp. 279-295.

Ostolaza Elizondo, María Isabel (2006), «La venta de jurisdicciones y oficios públicos en Navarra durante los siglos XVI-XVII», *Príncipe de Viana,* 237, pp. 113-145.

Ostolaza Elizondo, María Isabel (2007), «La hacienda real en Navarra durante la etapa de los Austrias», *Príncipe de Viana,* 240, pp. 225-262.

Priotti, Jean-Philippe (1995), «Mercaderes vascos y castellanos en Europa durante el siglo XVI. Cooperaciones y rivalidades», en Hilario Casado Alonso (coord.), *Castilla y Europa: comercio y mercaderes en los siglos XIV, XV y XVI*, Burgos: Diputación Provincial de Burgos, pp. 265-283.

Priotti, Jean-Philippe (2012), «Maîtres du fer, seigneurs de la guerre. La formation d'un lobby militaro-politique en Espagne (1580-1630)», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 1, pp. 62-88.

Quirós Rosado, Roberto (2018), «Madrid, 1706. El ministerio español ante la primera restauración de Carlos III de Austria», en Guillaume Hanotin y Dominique Picco (dirs.), *Le Lion et les Lys. Espagne et France au temps de Philippe V*, Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 83-108.

Ramos Medina, M.ª Dolores (2008), *Casas de negocios y comerciantes en el Madrid de los Austrias (1634-1700)*, Madrid: UNED.

Reguera Acedo, Iñaki (1988), «La Inquisición en los puertos vascos y sus mecanismos de control», en *Congreso de Historia de Euskal Herria*, vol. 3, Bilbao: Txertoa, pp. 531-540.

Rey Castelao, Ofelia (2003), «Los extranjeros en la cornisa cantábrica durante la Edad Moderna», en M.ª Begoña Villar y Pilar Pezzi (dirs.), *Los extranjeros en la España moderna*, Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 23-58.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2006), «El reclutamiento de españoles para el Ejército de Flandes durante la segunda mitad del siglo XVII», en Enrique García Hernán y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la monarquía hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, vol. 2, Madrid: Laberinto, pp. 395-434.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2015), «¿Continuidad o cambio? el generalato entre los Austrias y los Borbones», *Cuadernos Dieciochistas*, 15, 47-72.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2016), «Guerra y alianzas en la lucha por la hegemonía europea durante la segunda mitad del siglo XVII. El papel de España», en Luis Ribot y José María Iñurritegui (eds.), *Europa y los Tratados de reparto de la Monarquía de España, 1668-1700*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 247-275.

Sánchez Belén, Juan Antonio (1996), *La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II*, Madrid, Siglo XXI.

Sánchez Belén, Juan Antonio (1999), «La aportación de la Provincia de Álava a la contienda Hispano-Portuguesa en los años finales del reinado de Felipe IV (1663-1665)», *Espacio, tiempo y forma, Serie IV, Historia Moderna*, 12, pp. 249-274.

Sánchez Belén, Juan Antonio (2002), «Bilbao y el comercio de importación anglo-holandés durante la Guerra de Reuniones de 1684», en *Historia y perspectivas de investigación: estudios en memoria del profesor Ángel Rodríguez Sánchez,* Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 269-278.

Sánchez Belén, Juan Antonio (2009), «Antonio Marines, un mercader intermediario flamenco en el Madrid de 1660», en Isidro Dubert García *et al.* (coords.), *El mar en los siglos modernos*, vol. I, Santiago de Compostela: Junta de Galicia, pp. 513-525.

Sánchez Vasco, M.ª Isabel (2017), «Noticias principales y verdaderas y La Gazeta de Amsterdam: Visión comparada de dos gacetas de Flandes y Holanda durante el siglo XVII», *Libros de la Corte*, 15, pp. 54-69.

Solórzano Tellechea, Jesús Ángel (2015), «La «Nación de Vizcaya y de la Costa marina de España». La colonia de mercaderes, marineros y transportistas del Cantábrico en la ciudad de Brujas en la Baja Edad Media», en Jesús Á. Solorzano y Louis Sicking (coords.), *Diplomacia y comercio en la Europa atlántica medieval*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, pp. 221-244.

Storrs, Christopher (2003), «La pervivencia de la monarquía española bajo el reinado de Carlos II», *Manuscrits*, 21, pp. 39-61.

Storrs, Christopher (2022), «The war of the Quadruple Alliance (1718-1720): the «Great war» thah never was», *Studia Historica. Historia Moderna*, 2, pp. 31-63.

Torres Arce, Marina (2016), «Propaganda, religión e Inquisición en los puertos cantábricos durante la Guerra de Sucesión española», en Manuel-Reyes García-Hurtado y Ofelia Rey Castelao (eds.), *Fronteras de agua. Las ciudades portuarias y su universo cultural (siglos XIV-XX)*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 299-317.

Truchuelo García, Susana (2012), «El paso de moneda falsa por los territorios vascos costeros en las primeras décadas del siglo XVII», en Olivier Caporossi y B. Tarimond (dirs.), *La fabrique du faux monétaire (du Moyen Âge à nos jours)*, Toulouse: Méridiennes, pp. 223-254.

Urrizola Hualde, Ricardo (2006), «Tres cartas en euskara escritas por un ferrón de Bera», *Fontes Linguae Vasconum, Studia et Documenta*, 102, pp. 255-270.

Valle de Lersundi, Joaquín (1979), «Una familia de ferrones, los Beingolea, en el siglo XVII, a través de las cartas de Miguel de Bazterrechea y de un libro del Padre Garrastachu, O.P.», *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, 3 y 4, pp. 475-530.

Vallejo García Hevia, José M.ª (2002), «El Correo Mayor de las Indias (1514-1768)», en Feliciano Barrios Pintado (coord.), *Derecho y administración publica en las Indias hispánicas*, vol. 2, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 1785-1810.

Verreyken, Sophie (2021), *Marriage Politics. Transregional Families in the Spanish Habsburg Netherlands, ca. 1650-1700* (Tesis doctoral inédita), Leuven.

Zabala, Aingeru (2006), «Los Holandeses en Bilbao. La reconstrucción de la comunidad tras el tratado de Münster (1648)», *Bidebarrieta*, 17, pp. 148-184.

Zavala, F. de (1959), «La defensa de los puertos y plazas de Guipúzcoa. Una gestión de don Miguel de Aramburu en 1694, 1695 y 1696», en *Homenaje a D. Julio de Urquijo e Ibarra. Número Extraordinario del Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, tomo III, San Sebastián, pp. 173-206.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425121143

# «Y EN FIN LOS FLAMENCOS SON ESPAÑOLES, Y NO ALEMANES». LA REPRESENTACIÓN DIPLOMÁTICA ESPAÑOLA EN LOS PAÍSES BAJOS AUSTRÍACOS, 1716-1725

## *«After all, the Flemish are Spanish, not German». The Spanish Diplomatic Representation in the Austrian Low Countries, 1716-1725*

René VERMEIR
Universiteit Gent, Bélgica
rene.vermeir@ugent.be

Fecha de recepción: 14/02/2024
Fecha de aceptación: 28/04/2024

RESUMEN: En esta contribución se analizan las acciones de los dos encargados que promovieron los intereses de Felipe V en los Países Bajos austríacos durante la primera década posterior a la Paz de Utrecht, a saber, Antonio de Castro y el marqués de Beretti Landi. Tanto Castro como Beretti Landi mantuvieron una correspondencia regular con Madrid, que apenas ha sido utilizada en la investigación histórica. Sobre la base de varios centenares de cartas, se examinará con qué intención Castro y Beretti Landi estaban destinados en Bruselas, a qué asuntos flamencos e internacionales prestaban especial atención tanto ellos mismos como sus mecenas y también cómo veían el hecho de que los antiguos Países Bajos españoles hubieran pasado a ser propiedad austríaca. Por último, las cartas también servirán para calibrar la importancia de Bruselas como encrucijada diplomática a principios del siglo XVIII.

*Palabras clave*: diplomacia; siglo XVIII; España; Felipe V; Países Bajos austríacos.

ABSTRACT: This contribution examines the actions of the two commissioners who promoted Philip V's interests in the Austrian Netherlands during the first decade after the Peace of Utrecht, namely Antonio de Castro and the Marquis de Beretti Landi. Both Castro and Beretti Landi maintained a regular correspondence with Madrid, which has hardly been used in historical research. On the basis of several hundred letters, it will be examined with what intention Castro and Beretti Landi were stationed in Brussels, to which Flemish and international affairs they and their patrons paid special attention, and also how they viewed the fact that the former Spanish Netherlands had become Austrian property. Finally, the letters will also serve to gauge the importance of Brussels as a diplomatic crossroads in the early 18th century.

*Key words*: diplomacy; 18th century; Philip V; Spain; Austrian Low Countries.

En la transición del dominio hispano-habsburgo al austro-habsburgo, los Países Bajos meridionales atravesaron años especialmente turbulentos. En esta contribución, en primer lugar, quisiera resumir en unas pocas páginas y basándome en la literatura académica las principales características de estos complejos acontecimientos con el fin de esbozar el marco en el que analizar las acciones de los dos encargados que promovieron los intereses de Felipe V en los Países Bajos austríacos durante la primera década posterior a la Paz de Utrecht. En concreto, el estudio se centrará en Antonio de Castro, una figura que ha permanecido casi completamente bajo el radar hasta el día de hoy, y el más conocido marqués de Beretti Landi, quien, sin embargo, murió poco después de su nombramiento en Bruselas. Tanto Castro como Beretti Landi mantuvieron una correspondencia regular con Madrid, que apenas ha sido utilizada en la investigación histórica, pero que para el período 1717-1724 lamentablemente también presenta grandes lagunas[1].

Sobre la base de varios centenares de cartas que se han conservado correspondientes al período 1716-1725, se examinará con qué intención Castro y Beretti Landi estaban destinados en Bruselas, a qué asuntos flamencos e internacionales prestaban especial atención tanto ellos mismos como sus mecenas y también cómo veían el hecho de que los antiguos Países Bajos españoles hubieran pasado a ser propiedad austríaca. Por último, las cartas también servirán para calibrar la importancia de Bruselas como encrucijada diplomática a principios del siglo XVIII.

1. La correspondencia de los años 1716-1725 analizada en este artículo se encuentra en el Archivo General de Simancas (AGS), Estado, legajos (legs.) 7479-7483. Tras la muerte de Beretti Landi a finales de octubre de 1725, y hasta 1741, don Antonio de Castro, su hijo Joseph y los secretarios de Beretti, Felipe Rodríguez y Blas Antonio de Urrutigoiti, se hicieron cargo de los contactos con Madrid desde Bruselas. Su correspondencia es especialmente voluminosa y se conservó prácticamente íntegra (AGS, Estado, legs. 7484-7489 y Estado, legs. 7490-7511).

## 1. El fin del régimen español en los Países Bajos meridionales

Desde la década de 1630, España y Francia libraban una encarnizada batalla por la supremacía en Europa. Gran parte del enfrentamiento entre las dos potencias tuvo lugar en los Países Bajos meridionales, entre otras cosas porque el control de este territorio de importancia estratégica fue en sí mismo objeto de sucesivas guerras. A la Paz de los Pirineos de 1659 siguió la guerra de Devolución (1667-1668), concluida con la Paz de Aquisgrán (1668), que volvió a otorgar a Francia ganancias territoriales en su frontera septentrional. Pocos años después estalló la guerra de Holanda (1672-1678) entre Francia y Gran Bretaña (al menos hasta 1674), por un lado, y la alianza formada por España, la República de las Provincias Unidas y el Sacro Imperio Romano Germánico, por otro. La Paz de Nimega de 1678 le costó a Carlos II el Franco Condado y la parte occidental del condado de Flandes. La exhausta España ya no tenía capacidad para defender los Países Bajos meridionales. Los sucesivos gobernadores generales en Bruselas apenas recibieron mesadas y, de hecho, fueron prácticamente abandonados a su suerte (Rooms, 2006: 72). En el último cuarto del siglo XVII, la supervivencia del dominio español dependía mucho más del apoyo militar de la República y de Gran Bretaña que del gobierno de Madrid. Las propias provincias flamencas también desempeñaron un papel cada vez más importante en la financiación de las operaciones bélicas.

Alarmados por el afán de conquista de Luis XIV, el Sacro Imperio Romano Germánico, España, Baviera y Suecia concluyeron la Liga de Augsburgo en 1686. Tras el estallido de la guerra de los Nueve Años en 1689, Gran Bretaña y la República (ambas gobernadas por Guillermo III de Orange) también se unieron a la coalición y la Gran Alianza antifrancesa se hizo realidad.

## 2. Un gobernador general bávaro

Como consecuencia del fracaso del liderazgo militar y del abandono *de facto* por la debilitada España, los tres primeros años de la guerra de los Nueve Años no le resultaron nada bien en los Países Bajos meridionales. Por ello, bajo la presión del emperador Leopoldo I y especialmente del rey-estatúder Guillermo III, se propuso al elector bávaro Maximiliano II Manuel como nuevo gobernador. Los motivos de este nombramiento eran predominantemente de naturaleza militar. Maximiliano II Manuel había desempeñado un papel importante durante la guerra contra los otomanos en la conquista de Budapest (1686), la batalla de Mohács (1687) y la toma de Belgrado (1688), lo que le convertía en una estrella emergente en el firmamento europeo. Además, como elector y soberano del próspero y políticamente importante ducado de Baviera, fue uno de los principales actores del Sacro Imperio Romano Germánico.

La República holandesa quería detener a toda costa el avance francés. Con este fin, Guillermo III intentó convertir los Países Bajos españoles en una zona

tampón que absorbiera los ataques franceses y protegiera así a las Provincias Unidas. Así pues, tras la firma de la Paz de Rijswijk (1697), se iniciaron los trabajos para construir una Barrera. La idea de que los Países Bajos meridionales sirvieran de cinturón de seguridad para proteger a la República de la Francia expansionista era una idea que ya circulaba a mediados del siglo XVII. En definitiva, la República no deseaba sufrir las consecuencias de la impotencia española en Flandes (De Schryver, 1963: 65-90; Hahlweg, 1959: 66-72; Van Nimwegen, 2002: 149-152).

Todos los proyectos de reforma para armar militarmente a los Países Bajos meridionales contra Luis XIV se desarrollaron en un contexto de incesantes especulaciones sobre el estado de salud y la posible muerte del monarca español Carlos II, sin descendencia. El escenario en el que la cuestión sucesoria desembocaría en una unión del Imperio español con Francia o con Austria, con todas sus consecuencias para el equilibrio de poder europeo, hacía que una nueva guerra no fuera imaginaria. En octubre de 1698, Francia y las potencias marítimas –Gran Bretaña y Holanda– concluyeron un tratado secreto de partición, especialmente favorable a la dinastía Wittelsbach de Baviera, con la esperanza de evitar así un conflicto paneuropeo. El plan se supo demasiado pronto, por lo que Carlos II redactó un testamento en el que proclamaba heredero universal a José Fernando, hijo de Maximiliano II Manuel y bisnieto de Felipe IV de España. Los descendientes varones del emperador Leopoldo I solo eran elegibles en segundo lugar. La muerte de José Fernando, de seis años, el 6 de febrero de 1699, frustró estos planes para desesperación de su ambicioso padre y condujo a un segundo tratado de partición en marzo de 1700, estableciendo que la Corona española pasaría a manos del archiduque Carlos de Austria, mientras que la mayor parte de las posesiones españolas en Italia serían para Francia. Sin embargo, un nuevo testamento de Carlos II del 2 de octubre de 1700 decretó que todo el Imperio español pasaría indiviso a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV y bisnieto de Felipe IV, aunque con la condición expresa de que España y Francia nunca se unirían. Se anunció al día siguiente de la muerte de Carlos II, el 1 de noviembre de 1700. El Rey Sol aceptó este testamento, descartando así el segundo tratado de partición (De Schryver, 1996: 92-112; Hüttl, 1976: 244-269; Bély, 2007: 631-652; Kampmann, 2016: 173-194; Ribot, 2016: 29-53; Arroyo Vozmediano, 2019: 178-199).

## 3. El régimen angevino: los Países Bajos meridionales bajo tutela francesa

Jurídicamente, el testamento de Carlos II era sólido, pero políticamente las implicaciones eran inaceptables. Las Provincias Unidas y Gran Bretaña se oponían por razones de seguridad y mercantiles, mientras que la rama austríaca de la Casa de Habsburgo estimaba que Carlos, hijo menor del emperador Leopoldo I, tenía derecho al trono español. La llegada al poder de la dinastía borbónica en España hizo temer que el equilibrio de poder europeo se rompiera definitivamente. Nadie dudaba de las intenciones del monarca francés y de su gran influencia sobre

el joven Felipe de Anjou, de apenas diecisiete años, por quien este período de la historia de los Países Bajos meridionales recibe el nombre de «régimen angevino». Esto quedó meridianamente claro cuando, al partir hacia España, Felipe cedió inmediatamente gran parte de su autoridad en Flandes a su abuelo. La guerra parecía inevitable. El gobernador-elector Maximiliano de Baviera reconoció al nuevo soberano, lo que Viena no le agradeció. En 1701 se concluyó un tratado secreto de neutralidad franco-bávaro, seguido al año siguiente por una alianza ofensiva. Como resultado de ambos tratados, Maximiliano II Manuel aumentó sus efectivos bávaros en Flandes, mientras que Luis XIV prometió medidas de apoyo financiero. En la práctica, sin embargo, los Países Bajos meridionales tuvieron que pagar parte de esos fondos. El segundo tratado daría un coletazo unos años más tarde, con la promesa del monarca francés de recompensar al elector bávaro por su apoyo con la posesión del Bajo y Alto Palatinado. Si perdía esos territorios, Maximiliano de Baviera pasaría a ser gobernador general hereditario de los Países Bajos meridionales y soberano de dos de sus provincias en compensación. Si perdía su patria bávara en la inminente guerra, se convertiría en soberano de todo el territorio flamenco (De Schryver, 1965: 229-246; De Schryver, 1996: 115-134; Coppens, 1992: 327).

Las potencias marítimas concluyeron una nueva Gran Alianza con el emperador el 7 de septiembre de 1701. A ellas se unieron Dinamarca y un grupo de príncipes alemanes. El principal objetivo de la alianza era desbancar al flamante Felipe V del trono español y recuperar los Países Bajos angevinos. El archiduque Carlos de Austria debía ocupar el lugar de Felipe como heredero de todo el Imperio español, incluidos los Países Bajos meridionales. Por fin, la guerra de Sucesión española estalló en la primavera de 1702.

Para Maximiliano II Manuel, tras la muerte de Carlos II se abrió un período de febril tanteo acerca de qué bando podía ofrecerle mayores ventajas. Aunque mantuvo contactos con el emperador en varias ocasiones, se decantó definitivamente por el lado francés tras las citadas promesas de Luis XIV, aunque los contactos con las potencias marítimas y el emperador continuaron incluso después. A diferencia del gobernador general, el conde de Bergeyck –hacia 1700, el más destacado estadista de los Países Bajos meridionales– sí optó decididamente y sin ambigüedades por apoyar a Francia. Los dirigentes franceses comprendieron rápidamente que debían confiar en él para llevar a cabo sus planes. En su calidad de superintendente general de Finanzas y ministro de Guerra, llevó a cabo algunas reformas sorprendentes, tanto en el plano militar como en el financiero e institucional. Su intervención más llamativa fue, sin duda, la reorganización de la administración del Estado. Mediante la fusión de instituciones y la supresión de otras consiguió racionalizar la pesada administración central, cuya estructura se remontaba a la época de Carlos V, y hacerla funcionar con mayor eficacia (De Schryver, 1962: 214-220; Vandenbulcke, 1992: 33-40, 136-137). El *Conseil Royal* se convertiría en el eje de la nueva administración. Decenas de personajes privilegiados perdieron su oficio y sus ingresos como consecuencia de estas innovaciones, pero, a pesar de todos los vientos en contra, el conde logró mantenerse sin esfuerzo durante

todo el régimen angevino (De Moreau de Gerbehaye, 1995: 143-146, 148-150; De Schryver, 1965: 310-337; De Schryver, 1995: 275-281; Hasquin, 1968: 184-189; Lenders, 1995: 383-395).

## 4. La batalla de Ramillies y el condominio anglo-bátavo

A medida que el régimen de Anjou se instalaba en los Países Bajos meridionales, se veía atacado por los ejércitos de la Gran Alianza. La coalición obtuvo sus primeros éxitos en los años 1702 y 1703 con la toma de la mayor parte del Alto Güeldres y del ducado de Limburgo, dos pequeñas provincias separadas del resto del *país* por el principado-obispado de Lieja. También fueron tomadas Lieja y Huy, dos de sus principales ciudades fortificadas, y la ciudad de Bonn. A la cabeza del principado-obispado se encontraba José Clemente, al mismo tiempo elector de Colonia, hermano de Maximiliano II Manuel de Baviera y también él mismo un importante eslabón de la alianza francesa. Gran Bretaña y las Provincias Unidas asumieron la soberanía y la administración del Alto Güeldres. El ducado de Limburgo, por su parte, fue cedido al pretendiente austríaco Carlos (Hasquin, 2005: 263-267, 275; De Schryver, 1981: 486-488).

El gran avance de los ejércitos aliados se produjo en mayo de 1706 cuando derrotaron a las tropas franco-españolas cerca de Ramillies (al sur de Bruselas) y, a continuación, pudieron expulsar a todas las tropas enemigas restantes de las provincias de Flandes, Brabante y Malinas. El 5 de junio, los Estados (las Cortes) de Brabante reconocieron al archiduque Carlos como soberano. Al día siguiente, los Estados de Flandes siguieron su ejemplo (Veenendaal, 1953: 198-214; De Schryver, 1996: 154-158; De Schryver, 1981: 488-489).

Después de Ramillies, la República holandesa reclamó para sí la administración efectiva de aquellos territorios. Los Estados Generales de La Haya se declararon dispuestos a asumir temporalmente el gobierno de Flandes en nombre del archiduque Carlos y de acuerdo con Gran Bretaña. El traspaso oficial de poderes al archiduque se produciría tras concluir un tratado de paz y acordar el restablecimiento de la Barrera. Esta administración conjunta de las Provincias Unidas y Gran Bretaña pasó a los libros de historia como el período del «Condominio anglo-bátavo». Un consejo de ministros anglo-holandés o «Conferencia» constituyó el máximo órgano de gobierno del Condominio. Transmitía las órdenes de la reina Ana y de los Estados Generales mediante «requisiciones» a las instituciones de los Países Bajos meridionales (Veenendaal, 1945: 25-26, 112-138; Demoor, 1947: 7, 24).

A su vez, el Condominio reorganizó rápidamente el aparato administrativo. Las potencias marítimas suprimieron los organismos centralizadores angevinos y restablecieron algunas de las antiguas instituciones. Al mismo tiempo, también vieron las ventajas del paso centralista, tal como lo habían impuesto Bergeyck y el duque de Anjou. Al conciliar ambas tendencias, el Condominio esperaba combinar las ventajas de los regímenes español y angevino. El hecho de que no se lograra sin problemas

se debió, en parte, a una desafortunada política de nombramientos, a los desacuerdos entre Flandes y Brabante y a las discordias entre los diputados ingleses y holandeses. Esto último fue, por supuesto, consecuencia de los diferentes objetivos de los aliados. Mientras que la República deseaba una fuerte injerencia en los asuntos de Flandes, sobre todo para lograr el éxito de la Barrera, Gran Bretaña deseaba evitar una influencia demasiado considerable de La Haya y, sobre todo, salvaguardar sus propios intereses comerciales a través de Ostende (Demoor, 1947: 33-45).

Como resultado de la guerra, los Países Bajos meridionales se convirtieron en un mosaico de territorios bajo diferentes soberanías. Las potencias marítimas gobernaban las provincias de Brabante, Malinas, Flandes y Henao en nombre de Carlos VI. El Alto Güeldres, Lille y algunas otras ciudades reconquistadas a Francia estaban bajo la autoridad directa de los Estados Generales en La Haya. El ducado de Limburgo era la única parte de los Países Bajos meridionales donde el archiduque Carlos, desde 1711 emperador Carlos VI del Sacro Imperio Romano Germánico, era soberano. Finalmente, solo el condado de Namur y el ducado de Luxemburgo y las ciudades de Charleroi y Nieuwpoort (los llamados «cuatro lugares») seguían bajo la autoridad de Felipe V, aunque, de hecho, el conde de Bergeyck mantenía allí un firme control. Sin embargo, debido a que el gobernador Maximiliano II Manuel había perdido su electorado de Baviera en la batalla de Höchstädt-Blenheim en 1704, solicitó a Luis XIV que cumpliera su promesa de traspasarle la soberanía en los Países Bajos, pero el rey francés fue incapaz de llevarla a cabo. Solo después de una larga insistencia por parte del elector y de Luis XIV, Felipe V se rindió y los Países Bajos meridionales fueron cedidos a Maximiliano de Baviera en enero de 1712. En teoría, el elector se convirtió en soberano de todos los Países Bajos meridionales, pero, en la práctica, solo lo fue de los territorios que en ese momento quedaban en manos de España. Además, la cesión iba acompañada de una serie de condiciones, entre ellas, la de hacerse cargo de muchas deudas (De Schryver, 1996: 144-148, 183-204; De Schryver, 1981: 490-493; De Schryver, 1965: 383-384; Demoor, 1947: 26-27). Para Luis XIV, se trataba de no perder a su aliado frente al partido austríaco. Para Maximiliano, se trataba de adquirir un territorio que pudiera servir de moneda de cambio en las negociaciones de paz para recuperar sus tierras hereditarias.

## 5. Negociaciones de paz en Utrecht y restablecimiento de la Barrera

Tras la repentina muerte del joven emperador José I en abril de 1711 y la posterior coronación del pretendiente austríaco Carlos como emperador Carlos VI del Sacro Imperio Romano Germánico, Gran Bretaña cambió de postura. De hecho, esto significaría un nuevo desequilibrio de poder, esta vez, no a favor de los Borbones, sino de la Casa de Habsburgo. Se iniciaron negociaciones secretas entre Gran Bretaña y Francia, que desembocaron en un armisticio el 17 de julio de 1712 (Tombs y Tombs, 2007: 31-32; Hasquin, 2005: 286-292; Demoor, 1947: 14-15; De Schryver, 1981: 493-494).

A raíz de los sucesivos éxitos militares de la Gran Alianza en 1708, el camino hacia unas conversaciones generales de paz ya se había abierto antes. Los Preliminares de La Haya de mayo de 1709 habían sido frustrados por Francia debido a las exigencias inaceptables de los aliados y la Conferencia de Geertruidenberg de 1710 también fracasó[2]. Las pretensiones de gran alcance de la coalición muestran claramente la confianza que los aliados tenían después de 1708. La República holandesa se esforzó especialmente por asegurar las posiciones adquiridas al sur de sus fronteras. Uno de los objetivos de la Gran Alianza en 1701 era la reconstrucción de la Barrera y este era el asunto en el que la República debía poner su énfasis. El primer Tratado de la Barrera (llamado «Tratado de Townshend») databa del 29 de octubre de 1709. Garantizaba a las Provincias Unidas una doble Barrera, pero las críticas no tardaron en sonar en el Parlamento británico. Los tories acusaron a los whigs de ser demasiado indulgentes con La Haya. Cuando obtuvieron la mayoría parlamentaria en 1712, declararon inválido el Tratado de Townshend. El 30 de enero de 1713 se promulgó un segundo Tratado de la Barrera, más limitado, con el que los tories sí estuvieron de acuerdo.

El 11 de abril de 1713 se firmó el Tratado de Utrecht entre las Provincias Unidas y Francia, completado posteriormente por tratados de paz entre España y las potencias marítimas. No fue hasta 1714 cuando el emperador y Luis XIV concluyeron un acuerdo (el Tratado de Paz de Rastadt, confirmado por el Tratado de Baden), después de que Luis XIV mediara en la reconciliación entre Maximiliano II Manuel y el emperador mediante el Tratado de Fontainebleau de 20 de febrero de 1714. A raíz de estos tratados de paz, el duque, tras asegurarse la restitución de Baviera y el rango de primer elector secular, despojó a sus súbditos de su juramento de fidelidad y transfirió sus territorios flamencos a los Estados Generales de La Haya. De gran importancia para los Países Bajos meridionales fue la disposición del tratado del 11 de abril de 1713 que establecía que Austria solo obtendría estas regiones si se llegaba a un acuerdo sobre la Barrera. Finalmente, en octubre de 1714 se iniciaron en Amberes las negociaciones finales con este fin. Los principales puntos de fricción eran el tamaño de la Barrera y la cuestión de si se necesitaban puntos defensivos en el interior aparte de la línea en la frontera francesa. Luego, por supuesto, quedaba la financiación del sistema. Además, Gran Bretaña no quería que las Provincias Unidas controlaran Ostende y Dendermonde, mientras que Austria deseaba evitar un poder holandés excesivo en Flandes (De Schryver, 1996: 172-178, 204-224; De Schryver, 1981: 494; Van Nimwegen, 2002: 153-166; Onnekink, 2005: 49-66; Bussemaker, 1900: 296-320)[3].

2. El principal escollo en las negociaciones de paz de 1709 y 1710 fue la exigencia aliada de la abdicación de Felipe V en España.

3. Para un tratado de paz entre el emperador y España hubo que esperar hasta el 30 de abril de 1725. Hasta entonces, en Viena se seguía hablando del «duque de Anjou» porque Carlos VI se consideraba rey de España.

El Tratado de la Barrera de 15 de noviembre de 1715 fue un texto de compromiso. Para proteger a los Países Bajos meridionales en tiempos de paz, además de 18.000 soldados austríacos, debían estacionarse unos 12.000 soldados holandeses en 7 fortalezas de la Barrera, a saber, Veurne, Fuerte Knokke, Ypres, Waasten, Menin, Tournai y Namur. En Dendermonde se estacionaría una guarnición mixta austríaco-holandesa bajo un comandante austríaco. En tiempos de crisis o guerra, las Provincias Unidas podían aumentar el número de tropas. Los Países Bajos austriacos debían pagar por ello 1,4 millones de florines anuales. Además, Carlos VI aceptó hacerse cargo de una serie de deudas y renunciar a territorios en favor de la República holandesa en la frontera norte flamenca y en los alrededores de Venlo. Por último, también accedió a las exigencias de Gran Bretaña y de la República de que la legislación aduanera de Flandes no pudiera modificarse sin su permiso. Los peajes vigentes eran muy ventajosos para las potencias marítimas (Van Nimwegen, 2002: 165-166; Bussemaker, 1900: 320-323; Coppens, 1992: 328-330; Hasquin, 1987: 78).

En retrospectiva, según Olaf van Nimwegen, puede afirmarse que la importancia de la Barrera no hay que buscarla principalmente en el plano militar. Nadie creía realmente que esta línea defensiva pudiera detener un ataque francés, una sospecha que, de hecho, se confirmaría en 1744. A lo sumo, podría detener a los atacantes temporalmente para dar tiempo a la República a preparar su ejército y sus propias defensas. Más importantes eran las implicaciones económicas y, sobre todo, políticas. Las Provincias Unidas conservaban un punto de apoyo en Flandes, y Gran Bretaña tenía la garantía de que una conquista francesa de la estratégica zona costera no se produciría sin lucha. Por otra parte, a pesar del recorte de su soberanía y de la pesada carga financiera, Carlos VI confiaba en la ayuda inglesa y holandesa contra cualquier agresión francesa. La Barrera fue el cemento que sostuvo la alianza antifrancesa (Van Nimwegen, 2002: 158, 166-171).

## 6. El inicio del dominio austríaco

Solo tras la ratificación del Tratado de la Barrera el 31 de enero de 1716, el emperador Carlos VI asumió efectivamente el control de sus Países Bajos. Nombró gobernador general a Eugenio de Saboya, pero debido a las operaciones militares contra los otomanos en los Balcanes, el príncipe permaneció ausente y fue representado en Bruselas por un ministro plenipotenciario, el astuto diplomático Ercole Turinetti, marqués de Prié. Entre 1717 y 1720, el nuevo monarca se estrenó en todas las provincias de Flandes. Solo entonces, diecisiete años después de la primera investidura en Limburgo, Carlos VI pudo llamarse plenamente soberano de los Países Bajos habsburgo.

Los primeros años de gobierno austríaco se caracterizaron por una lenta búsqueda de una estructura de gobierno adecuada. En palabras de Klaas Van Gelder, fue un período de prueba y error (Van Gelder, 2016: 31), y en 1717-1720 el nuevo

régimen también tuvo que hacer frente a los continuos disturbios urbanos en Brabante, especialmente en Bruselas. Además, Viena tuvo que tener en cuenta la posición tradicionalmente fuerte de los Estados provinciales, especialmente los de Flandes y Brabante. Poco después de concluir las negociaciones sobre la Barrera, los Estados provinciales criticaron duramente el acuerdo alcanzado. A petición suya, con vistas a una revisión, se iniciaron nuevas conversaciones con La Haya, que dieron lugar a algunos ajustes a finales de 1718. Entre otras cosas, se limitó la pérdida de territorio en el condado de Flandes (Bernard, 1985: 45-49; Van Nimwegen, 2002: 166).

Finalmente, el tira y afloja entre las élites flamencas y el gobierno de Viena conduciría en 1725 a una restauración bastante general de las instituciones administrativas centrales tal y como habían funcionado en la época española. Con el nombramiento de la archiduquesa María Isabel de Austria como gobernadora general y el establecimiento de una corte en Bruselas en 1725, por fin, pudo completarse la larga fase de rodaje del dominio austríaco. Ese mismo año, el Tratado de Viena enterró también el hacha de guerra entre España y el Sacro Imperio Romano Germánico e inició la normalización de las relaciones diplomáticas entre Madrid y Viena. Esto condujo, entre otras cosas, al envío del embajador Beretti Landi como representante de Felipe V en los Países Bajos austríacos.

## 7. Antonio de Castro

Incluso antes de la instalación de Beretti Landi en Bruselas, y aunque Viena y Madrid siguieran formalmente en guerra tras los tratados de paz de 1713-1714, Felipe V podía contar en Bruselas con un leal defensor de los intereses españoles en la persona de Antonio de Castro. No era un diplomático oficial, sino un agente informal que mantenía a Madrid informado de lo que ocurría en los Países Bajos meridionales y sus alrededores. Su corresponsal habitual era el marqués de Grimaldo, secretario del Despacho de Estado desde 1714 y, como tal, primer responsable de la política exterior de Felipe V, de quien, desde 1719 y hasta su abdicación en enero de 1724, se convirtió en ministro principal y hombre de confianza[4].

Se sabe muy poco de Antonio de Castro, pero dice que nació hacia 1660 y que estaba en Flandes desde 1677 para servir como escribano del secretario de Estado y Guerra[5]. De hecho, en una consulta del Consejo de Estado madrileño de 1699 se le menciona como oficial de la Secretaría de Estado y Guerra en Bruselas. En aquella época, ya era claramente un estrecho colaborador de Maximiliano II Manuel de Baviera, ya que este escribió una carta de recomendación para él apoyando una petición de dinero de Castro al soberano[6]. Cuando el elector se retiró

4. Sobre Grimaldo, véase C. de Castro (2004) y también, más adelante, nota 28.
5. Antonio de Castro a Beretti Landi, 21 de junio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
6. Consulta Consejo de Estado, 16 de diciembre de 1699 (AGS, Estado, leg. 4101, s. f.).

después de Ramillies a Mons y luego a Namur, le acompañaba Antonio de Castro, que entretanto se había convertido en oficial mayor de la Secretaría (Lefèvre, 1934: 213)[7]. Tras la abolición de la institución en 1711, se convirtió en secretario personal del elector, pero cuando Maximiliano II Manuel de Baviera abandonó definitivamente los Países Bajos en agosto de 1712 (De Schryver, 1996: 204), Castro permaneció en Bruselas a petición suya y con el consentimiento de Felipe V, para actuar allí como agente del elector[8]. Felipe V le concedió entonces también el título de secretario del rey, pero sin remuneración fija. Tampoco recibió estipendio alguno de Maximiliano II Manuel, lo que suscitó el comentario en 1725 de que tanto el rey como el elector «le tenían muerto de hambre»[9].

## 8. Los oídos y ojos de Felipe V en Bruselas

Durante la guerra de Sucesión española, tanto Felipe V como Carlos VI tuvieron sus partidarios en Flandes. Tras la toma del poder de Carlos VI, algunos grupos siguieron mostrando abiertamente su lealtad al rey español, lo que llevó a que en 1716 el nuevo soberano tomara medidas para acabar con la herencia del duque de Anjou. A sus súbditos que servían a Felipe V en España se les ordenó regresar a casa y jurar lealtad al emperador, de lo contrario sus bienes serían confiscados. Esto último también se aplicó a los partidarios del rey en los Países Bajos austríacos. Los flamencos activos en el comercio con España sufrieron posteriormente las represalias españolas e indirectamente los numerosos artesanos que vivían del comercio con España también padecieron las consecuencias (Van Gelder, 2016: 206-213). Antonio de Castro siguió de cerca estos acontecimientos que afectaban directamente a los intereses de Felipe V. Los Estados de Flandes y Brabante, «voiant que cela tend a la ruine totale du commerce», exigieron la derogación de las medidas contra Anjou[10]. La actitud de Carlos VI fue contraproducente, ya que la separación de España fue muy lamentada en los Países Bajos meridionales, afirmó Castro, «et a plus juste raison depuis qu'ils conçoivent que leur commerce pourat etre interdit ensuitte des confiscations reciproques deja commencés»[11]. Fe-

7. En Flandes, el secretario de Estado y Guerra era responsable de la gestión administrativa de las operaciones militares. En la primera mitad del siglo XVII, también tenía mucha influencia sobre el gobernador general como su asesor en política interior y exterior, pero más tarde sus tareas se limitaron a la defensa. Entre otras cosas, era el encargado del reclutamiento de tropas y de la financiación de las operaciones del ejército. En el ejercicio de sus funciones, tenía mucho trato con los funcionarios de las veedurías, contadurías y pagadurías, encargados respectivamente de la inspección, la contabilidad y el pago del ejército, así como con el superintendente de la justicia militar.

8. Beretti Landi a Paz, 2 de agosto de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).

9. Antonio de Castro a Beretti Landi, 21 de junio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).

10. Antonio de Castro a Grimaldo, 25 de diciembre de 1716 y 4 de enero de 1717 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).

11. Antonio de Castro a Grimaldo, 8 de enero de 1717 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).

lipe V todavía podía contar con muchos apoyos en Flandes, hecho que también señalaba regularmente el marqués de Rossi, enviado francés en Bruselas (Vermeir y Smessaert, 2020: 437-438).

Antonio de Castro tuvo muy en cuenta el papel de los Estados provinciales, que evidentemente no dudaron en intervenir en la política exterior del emperador siempre que lo consideraron oportuno para los intereses de sus provincias. Esto es evidente no solo en su rechazo a las medidas antiangevinas de Carlos VI, sino también en sus persistentes esfuerzos por mitigar los efectos negativos del Tratado de Barrera de noviembre de 1715. Este preveía, entre otras cosas, la cesión a la República holandesa de una zona fértil en el norte del condado de Flandes, aranceles aduaneros desfavorables y el pago (incluso forzoso) por parte de los Países Bajos meridionales de un subsidio anual para mantener a las tropas holandesas en las ciudades de la Barrera, y la oposición a ello por parte de los Estados de Flandes, Brabante y Namur no se hizo esperar. En opinión de los Estados provinciales, el tratado era contrario a una serie de derechos fundamentales de los súbditos recogidos en la *Joyeuse Entrée*, lo que significaba que, en lo que a ellos concernía, la toma de posesión de Carlos VI como nuevo soberano no podía tener lugar por el momento[12]. Enviaron amplias delegaciones a Viena y también informaron a La Haya de sus quejas, hasta tal punto que surgió una gran preocupación en los Estados Generales sobre la viabilidad del tratado y La Haya se mostró dispuesta a revisar algunos puntos. El marqués de Prié dirigió las negociaciones a tal efecto. No fue hasta finales de diciembre de 1718 cuando se llegó a un nuevo acuerdo aceptable para todas las partes (Van Gelder, 2016: 136-139). Todo el tiempo, Castro continuó vigilando de cerca el curso de las conversaciones. Lo que captaba, lo señalaba inmediatamente a Grimaldo con comentarios adjuntos[13].

Las Provincias Unidas podían contar con mucha atención en las cartas de Castro, no solo cuando se trataba de la Barrera. La estancia de Pedro el Grande en Ámsterdam en 1717 también fue digna de mención varias veces, ya que implicaba aspectos económicos y diplomáticos[14]. Por supuesto, también siguió las negociaciones con vistas a la posible adhesión de La Haya a la Triple y, más tarde, Cuádruple Alianza[15]. Bruselas era un ir y venir de diplomáticos, soldados y hombres de Estado[16], lo que significaba que el atento Castro siempre se enteraba de algo en alguna parte. A finales de septiembre de 1718, por ejemplo, supo que, después de todo, las Provincias Unidas aceptarían la Cuádruple Alianza, «le bruit etant icy

12. Antonio de Castro a Grimaldo, 1 de enero de 1717 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
13. Entre otros, Antonio de Castro a Grimaldo, 11 y 25 de diciembre de 1716; 1 de enero de 1717, y 17 de agosto, 30 de septiembre y 7 de octubre de 1718 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
14. Antonio de Castro a Grimaldo, 8 de enero de 1717 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
15. Entre otros, Antonio de Castro a Grimaldo, 11 de diciembre de 1716, 4 de enero de 1717 y 30 de septiembre de 1718 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
16. Por ejemplo, Antonio de Castro a Grimaldo, 25 de diciembre de 1716 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).

qu'à la fin seront contraints de l'accepter par les pressentes instances de la France et de l'Angleterre»[17]. El estallido de la guerra entre España y los aliados hizo que la posición de Castro en Bruselas no pasara desapercibida; después de todo, era el agente de un monarca hostil. Aunque se toleraba su presencia en Bruselas, «on ne laisse pas pour cela de me tenir suspect» y, por razones de seguridad, sugirió que la correspondencia hacia y desde Bruselas pasara temporalmente por París y La Haya[18].

El asunto que dominaría la correspondencia de Castro a partir de mediados de 1718 fueron los disturbios urbanos que se produjeron en Malinas, Amberes y, sobre todo, Bruselas. El descontento con el procedimiento de concesión de las *aides* (subsidios) había provocado un pequeño enfrentamiento entre la autoridad central y los gremios de Amberes y Bruselas en 1714-1716, pero las torpes reacciones del marqués de Prié ante las nuevas demandas de los decanos de los gremios de Bruselas, que poco a poco movilizaban también a sus bases obreras, reavivaron el descontento en 1718. La resistencia se convirtió en una revuelta en la que participaron capas más amplias de la población urbana[19]. Los días 19 y 20 de julio se produjeron saqueos en la residencia del canciller y de los miembros del Consejo de Brabante y de algunos regidores de la ciudad. Antonio de Castro se apresuró a informar a Madrid de los acontecimientos. Su correspondencia no muestra que un eventual descontento político con el nuevo régimen hubiera desempeñado un papel en el inicio de los disturbios (que, sin embargo, podrían haber servido a la causa española)[20], más que eso, Castro se manifestó rotundamente negativo sobre el motín, «ce torrent de desordre», y se mostró partidario del despliegue de tropas porque una acción militar (a la que sabiamente no recurrió el gobierno de Bruselas) «dissiperoit bientot la multitude des sauterelles attroupés, chargés de pierres de la rue, batons et d'autres armes semblables»[21]. La situación siguió siendo inestable durante varias semanas más[22], pero las concesiones del gobierno central calmaron los ánimos. Sin embargo, Castro detectó «un esprit de revolte» en los Países Bajos austríacos. Se sabía la existencia de disturbios en Courtrai, Lovaina y Halle, «et l'on n'a pas meilleur oppinion de ceux du Haynau, Gand, Bruges et Anvers»[23].

Lamentablemente, la correspondencia de Castro posterior a 1718 no se conservó, lo que nos deja desinformados sobre su opinión acerca del castigo que se impondría en 1719 a algunos instigadores de los disturbios. Tampoco se sabe nada del impacto de la guerra de la Cuádruple Alianza para su propia posición

17. Antonio de Castro a Grimaldo, 30 de septiembre de 1718 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
18. Antonio de Castro a Grimaldo, 17 de junio de 1718 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
19. Para un análisis en profundidad, véase I. Decuypere (2010) y Van Gelder (2014).
20. Esto confirma una evaluación realizada anteriormente por Klaas Van Gelder (2016: 216).
21. Antonio de Castro a Grimaldo, 22 de julio de 1718 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
22. Antonio de Castro a Grimaldo, 17 de agosto y 23 de septiembre de 1718 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).
23. Antonio de Castro a Grimaldo, 15 de octubre de 1718 (AGS, Estado, leg. 7480, s. f.).

en Bruselas. ¿Quizás Castro debió abandonar precipitadamente los Países Bajos austríacos? De ser así, el regreso habría sido posible tras la conclusión del Tratado de La Haya en febrero de 1720, pero tampoco se conservó su correspondencia de los años siguientes. No obstante, durante el Congreso de Cambrai *(cf. infra)*, mantuvo informado al plenipotenciario español (y futuro embajador en Bruselas) el marqués de Beretti Landi de lo que ocurría en los Países Bajos austríacos[24], lo que sugiere, sin embargo, una cierta continuidad (al menos, a partir de 1722) como agente de Felipe V y representante del elector de Baviera. Tras el Tratado de Viena, incluso solicitó abiertamente un puesto como residente oficial español en Bruselas. Mientras tanto, aunque Beretti Landi había sido nombrado primer representante oficial de Felipe V en Bruselas, se esperaba que el marqués viajara pronto a Venecia, y puesto que «los Paises Vaxos han sido en todo tiempo el centro y teatro de pazes, de guerras y de tratados», en opinión de Castro se requería absolutamente una presencia diplomática española permanente en Bruselas, especialmente, desde que la archiduquesa María Isabel iba a asumir allí el cargo de gobernadora general[25]. Al mismo tiempo, Castro se dio cuenta de que tal misión podría ser demasiado elevada para una figura de origen social modesto como él, «no hallandome Su Magestad sufficiente o condecorado para un empleo semejante», pero se conformaría con una asignación anual[26].

## 9. El primer (y último) embajador

El diplomático que representaría a Felipe V en los Países Bajos austríacos a partir de 1725 fue Lorenzo Verzuso, marqués de Beretti Landi (1654-1725), nacido en el ducado de Mantua. En 1702 había entrado al servicio de Felipe V, primero como consejero en el *Consiglio Segreto* del ducado de Milán y después como embajador español en los Cantones suizos y, a partir de 1716, en las Provincias Unidas (Ozanam, 1998: 465-466). En 1722, fue nombrado plenipotenciario español en el Congreso de Cambrai, organizado en cumplimiento de la Paz de La Haya de 1720, por la que España se unió a la Cuádruple Alianza y puso fin a la guerra (1718-1720) entre España, por una parte, y Francia, Gran Bretaña y el Sacro Imperio Romano Germánico, por otra (Dhondt, 2017: 97-130; Dhondt, 2013: 271-292). En Cambrai, bajo la supervisión de los mediadores Francia y Gran Bretaña, debían elaborarse los detalles bilaterales de un tratado de paz entre Felipe V y Carlos VI y buscarse acuerdos para la cesión a don Carlos (hijo de Felipe V y de su segunda esposa, la reina Isabel Farnesio) de los ducados italianos de Parma, Piacenza y Toscana. Comenzó oficialmente a finales de 1722 y duró hasta la primavera de 1725, sin resultados concretos (Dhondt, 2013b: 1340; Dhondt, 2013a: 277). Las

24. Beretti Landi a Paz, 2 de agosto de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
25. Antonio de Castro a Grimaldo, 2 de julio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
26. Antonio de Castro a Beretti Landi, 21 de junio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).

crecientes tensiones entre España y Francia, que alcanzaron su punto culminante a principios de 1725 con la anulación de la boda prevista entre la infanta Mariana Victoria y Luis XV y el regreso a España de la novia rechazada (Pialoux, 2010: 399-416), marcaron el fin de facto del congreso, que terminó oficialmente el 23 de mayo de 1725.

Ante esta situación, Felipe V cambió de estrategia buscando un acercamiento con Carlos VI. En Viena, el 30 de abril de 1725, su enviado Ripperdá firmó el primero de una serie de acuerdos (formalizados en el «Tratado de Viena») que supondrían una sorprendente *renversement des alliances*, poniendo fin a la enemistad entre la España de los Borbones y los Habsburgo. Felipe V aceptó la Pragmática Sanción y renunció a la Corona francesa, mientras que Carlos VI reconoció las demandas italianas de Felipe V y renunció a sus pretensiones a la Corona española y las colonias asociadas. Felipe V también concedió privilegios comerciales a la Compañía de Ostende y restableció los derechos de todos sus súbditos que se habían aliado con Austria durante la guerra de Sucesión española. Por último, se preveía una alianza dinástica entre España y Austria mediante el matrimonio de los dos hijos mayores de Felipe V e Isabel Farnesio con las dos hijas del emperador (Kamen, 2001: 154-155; Dhondt, 2011: 303-324). Ese pacto hispano-austríaco causó malestar en los círculos diplomáticos europeos, sobre todo porque el acuerdo amenazaba con alterar el equilibrio de poder que precisamente habían pretendido los tratados de paz de 1713-1714. Al fin y al cabo, el matrimonio de don Carlos con una archiduquesa austríaca podía dar lugar a reivindicaciones españolas sobre las tierras hereditarias austríacas y sobre la Corona imperial (Dhondt, 2013a: 288). Así pues, a finales de 1725, los adversarios de Austria y España, espoleados por Gran Bretaña, se unieron en la Liga de Hannover.

## 10. El Tratado de Viena y los Países Bajos austríacos

El nuevo entendimiento hispano-austríaco fue la razón inmediata para enviar un representante oficial español a Bruselas. De hecho, en el artículo XIV del tratado, Felipe V se comprometía a pagar todas las deudas contraídas por sus ministros en los Países Bajos meridionales durante el tiempo que la zona había estado bajo su dominio. Esta compleja operación financiera debía ser gestionada de común acuerdo por un comisario español y otro austríaco, que serían nombrados en los dos meses siguientes a la firma del tratado[27]. Dada la presencia de Beretti Landi en la región en aquel momento y su familiaridad con los Países Bajos, era quizás obvio que

27. «XIV. Assi también el Sereníssimo Rey de España Phelipe V pagará las deudas contraidas por sus Ministros en nombre de su Real Magestad, tanto en Flandes como en Milán, Napóles y Sicilia, o procurará contentar á sus acreedores, para cuyo fin se nombrarán Comissarios de una y otra parte en el termino de dos meses después de firmada la Paz, que distingan y liquiden dichas deudas» (*Tratado de Paz ajustado entre esta corona y el Emperador de Alemania, año de 1725*, Madrid: Imprenta Real).

se le confiaría la aplicación del artículo XIV. Sin embargo, no estaba previsto que permaneciera en los Países Bajos austríacos durante mucho tiempo, ya que había sido nombrado embajador de España en Venecia hacía algún tiempo y, por lo tanto, deseaba viajar rápidamente a Italia. Pero, aunque temporal, permanecería en Bruselas con el rango de embajador, lo que daba un gran peso simbólico a su presencia.

La cuestión es si el Tratado de Viena y la misión de Beretti Landi no iniciarían también una representación diplomática española permanente en Bruselas, lo que además confirmaría inmediatamente el giro austrofílico de la política española. En efecto, el punto de contacto del embajador en Madrid ya no era solo el marqués de Grimaldo, sino ahora el marqués de la Paz, que había sido uno de los artífices del acercamiento a Viena[28].

Beretti Landi llegó a Bruselas el 14 de junio de 1725. Fue recibido a las puertas de la ciudad por el internuncio Spinelli y el barón de Pentenriedter (con quien había negociado en Cambrai). Su entrada en la ciudad fue acompañada de salvas de artillería y el gobernador general interino, el mariscal de campo von Daun, le ofreció inmediatamente una compañía de dragones como escolta personal. Durante su viaje de Cambrai a Bruselas, ya había sido colmado «con todos los honores imaginables»; era evidente que las autoridades austriacas no habían reparado en gastos para dar la bienvenida al embajador, y con él a la nueva alianza entre Viena y Madrid. Beretti Landi también se dio a conocer inmediatamente como un firme partidario del nuevo rumbo austrofílico de Felipe V. Describió el Tratado de Viena como «este santo y digno tratado, que es obra de Dios»[29].

## 11. Asuntos de interés

Ocuparse de la cuestión de la deuda según lo previsto en la Paz de Viena fue la razón inmediata de su envío a Bruselas, pero no parecía tener muchas ganas de asumir esta tarea contable ni, según admitió él mismo, ninguna pericia en la materia. «Ignoro lo que es finanzas, no conozco la alguebra», se lamentaba a finales de agosto. Además, unas semanas de negociaciones ya le habían enseñado que los Estados provinciales planteaban duras exigencias financieras y solo gracias al «divino auxilio» no se encontraba entre la espada y la pared por el momento[30].

28. Durante el efímero reinado de Luis I, el antiguo colaborador de Grimaldo, Juan Bautista Orendayn, se hizo cargo de la política exterior española. A instancias de la reina Isabel Farnesio y junto con Ripperdá, en el otoño de 1724 inició las conversaciones que conducirían a la Paz de Viena, un éxito diplomático por el que fue recompensado con el título de marqués de la Paz. Tras el regreso al trono de Felipe V, Grimaldo volvió a desempeñar un papel político destacado, pero tuvo que compartir la supervisión de la política exterior con Orendayn. En 1726 fue definitivamente apartado por Orendayn (De Castro, 2004: 371-378).

29. Beretti Landi a Grimaldo, 15 de junio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).

30. Beretti Landi a Paz, 5 julio, 31 de agosto y 21 de septiembre de 1725 (AGS, Estado, legs. 7481-7482, s. f.).

Beretti Landi escribió a Ripperdá que no esperaba tener que realizar un trabajo diplomático importante en Bruselas porque eso se hacía en las capitales[31], pero, sin embargo, Madrid recurrió a él para solucionar un asunto delicado, en concreto, la deseada retirada por la República holandesa de su embajador en Madrid, François Van der Meer, cuyo comportamiento aparentemente ofensivo suponía un problema. Al mismo tiempo, Felipe V no quería una crisis diplomática, por lo que el asunto debía resolverse con discreción. Como el recién nombrado encargado de negocios de Felipe V no se encontraba en La Haya en ese momento, se recurrió a Beretti Landi. Como antiguo embajador de España en la República contaba allí con fuentes fiables[32] y durante su estancia también había entablado buenas relaciones con destacados regentes, entre ellos el alcalde de Ámsterdam, con quien se puso en contacto para este asunto[33]. Aun así, no fue fácil sacar a Van der Meer de Madrid, a pesar de que se le conocía como «un loco, conocido por tal en todas las Provincias». Después de todo, contaba con el apoyo del grefier de los Estados Generales en La Haya, François Fagel, y, además, era sencillamente muy difícil conseguir algo en la República «porque se trata de siete provincias que no van a la pluralidad de votos y que no pueden concluir la menor cosa si una sola Provincia resiste». Para Beretti Landi, la estructura estatal de las Provincias Unidas era «un auténtico laberinto»[34]. Sus gestiones no dieron resultado, Van der Meer seguiría siendo embajador de la República holandesa en Madrid durante años[35].

Beretti Landi, a través de sus contactos en La Haya y basándose en lo que oía en Bruselas, intentó mantener informada a Madrid de las reacciones en Gran Bretaña y la República al Tratado de Viena. La paz «no era del agrado de ninguna Potencia». Especialmente, la ampliación de la zona de operaciones de la Compañía de Ostende era muy problemática[36]. También intentó averiguar qué acuerdos secretos habían hecho Francia, Gran Bretaña y Prusia-Brandeburgo en respuesta a la Paz «en su cábala», la Liga de Hannover[37]. Bruselas era una ciudad donde diplomáticos, estadistas, soldados y comerciantes de toda Europa pasaban temporadas cortas o largas, por lo que siempre había algo nuevo que contar, desde luego, sobre lo que ocurría en las diferentes capitales europeas. La información que le parecía relevante se la comunicaba inmediatamente a Felipe V, «porque los grandes principes desean saver todo»[38].

31. Beretti Landi a Ripperdá, 27 de julio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
32. Beretti Landi a Grimaldo, 19 de junio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.); Beretti Landi a Paz, 5 de julio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
33. Beretti Landi a Paz, 21 de septiembre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7482, s. f.).
34. Beretti Landi a Paz, 14 de septiembre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7482, s. f.).
35. Véase *Secreete resolutiën van de Edele Groot Mog. Heeren Staaten van Holland en Westvriesland, Agtste Deel. Beginnende met den jaare 1728 en eindigende met den jaare 1734 incluis*. S. l., s. d., p. 213.
36. Beretti Landi a Paz, 31 de agosto de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
37. Beretti Landi a Paz, 15 de septiembre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7482, s. f.).
38. Beretti Landi a Paz, [principios de] octubre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7482, s. f.).

Donde Beretti Landi invirtió la mayor parte de su tiempo fue en una sostenida y, sobre todo, gloriosa política de presencia en círculos flamencos, especialmente, para escuchar cuál era el estado de ánimo entre los nobles y los principales funcionarios sobre el nuevo régimen. Resultó que no eran del todo positivos, mientras que los buenos recuerdos de la época española seguían muy vivos. Todo el *país*, dijo Beretti Landi, estaba encantado con el Tratado de Viena, precisamente porque permitía restablecer los antiguos lazos con España[39]. Felipe V gozaba de gran estima entre los flamencos, quienes, señalaba también Antonio de Castro, «no han olvidado ni olvidarán el haber sido sus buenos vasallos»[40]. Esto también se extendió a Beretti Landi, que fue tratado con gran respeto. Al día siguiente de conocerse en Bruselas que se le había concedido un puesto de honor en la corte de Madrid, por ejemplo, «duques, príncipes y ministros y gente de la mayor distinción» acudieron en masa a su residencia oficial para felicitarle[41]. Quizás se le veía como un posible mediador, como una posible línea directa con la corte madrileña, lo que podía ser útil por muchas razones. Su posición obligaba al embajador a realizar grandes gastos porque debía vivir de acuerdo con su rango, «con el esplendor proporcionado a la grandeza del Monarca que represento»[42], pues como representante de Felipe V «era más conspicuo que otros»[43]. La vida en Bruselas, «una ciudad en donde el dinero se va como paja», era cara y las peticiones de dinero dirigidas al rey se sucedían[44].

Los austríacos, según Beretti Landi, eran mucho menos queridos y esto tenía que ver principalmente con las finanzas y el poder político. Incluso con los ajustes de 1718, el Tratado de la Barrera seguía siendo una pesada carga para el *país* y, además, la anunciada llegada de la archiduquesa María Isabel como nueva gobernanta fue recibida con sentimientos encontrados. Al fin y al cabo, su numerosa corte, formada principalmente por austríacos, se pagaría con fondos de los Países Bajos meridionales. Los únicos que no se quejaron de ello fueron «los que habían recibido cargos en la corte», dijo el embajador, pero esto había creado de inmediato «celo y envidia entre las familias nobles»[45]. Que el dinero de los flamencos serviría «para engordar a los Alemanes» cayó en saco roto. Además, temían que «los Alemanes tendrán la autoridad»[46] y que los Países Bajos austríacos se verían some-

39. Beretti Landi a Grimaldo, 21 de junio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
40. Antonio de Castro a Grimaldo, 20 de julio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.). Algunas familias aristocráticas, así como parte de la burguesía comercial, consideraron sin duda que una sucesión por parte de la dinastía borbónica era un medio adecuado para salir del eterno estancamiento y salvaguardar sus intereses a largo plazo, véase Th. Glesener (2018: 19-67).
41. Beretti Landi a Paz, 5 de julio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
42. Beretti Landi a Paz, 14 de septiembre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7482, s. f.).
43. Beretti Landi a Grimaldo, 22 de junio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
44. Beretti Landi a Paz, 5 de julio de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
45. Beretti Landi a Paz, 31 de agosto de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
46. Beretti Landi a Paz, [principios de] octubre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7482, s. f.).

tidos a un régimen centralizado y coercitivo, muy diferente del «suave gobierno español» que, según el embajador, no se ajustaba en absoluto a las costumbres políticas del *país* porque «en fin los Flamencos son Españoles y no Alemanes»[47].

La instalación en Bruselas de María Isabel no dejaba de ser el acontecimiento más esperado por el vistoso Beretti Landi. El martes 9 de octubre, la archiduquesa hizo su entrada solemne en la capital. Para dar más lustre al acontecimiento, el embajador decoró la fachada de la embajada con sus mejores alfombras y una colorida iluminación. Al día siguiente, fue el primer diplomático extranjero al que se concedió una audiencia con ella y lo hizo *en grande pompe*. Él y su séquito recorrieron la corta distancia entre la embajada y el palacio de Coudenberg en cuatro carruajes precedidos por veinticuatro lacayos vestidos con librea de gala[48]. La entrada de María Isabel y su recepción en el palacio fueron sin duda el momento culminante de la actuación de Beretti Landi como embajador de España en Bruselas, pero también fue lo último que viviría allí. Pocos días después, enfermó de neumonía, lo que le causaría la muerte el 29 de octubre de 1725.

Inicialmente, la intención del gobierno de Madrid era que Felipe V fuera representado en la corte archiducal por un nuevo embajador. A instancias de Ripperdá, que quería así alejar a un posible rival, en enero de 1726 se nombró para el cargo al ministro de Marina José Patiño y Rosales, pero este consiguió retrasar su salida hasta que Ripperdá cayó en desgracia real. Como consecuencia, el aplazamiento se convirtió en anulación. Felipe V no volvería a nombrar embajador en los Países Bajos austríacos. En los años siguientes, los intereses españoles en Bruselas, incluido por supuesto el asunto de la deuda que Beretti Landi maldijo[49], fueron atendidos por los secretarios de Landi, Felipe Rodríguez y Blas Antonio de Urrutigoiti, y también, de nuevo, por Antonio Castro y, más tarde, por su hijo José.

## 12. Conclusiones

La correspondencia de Antonio de Castro y del marqués de Beretti Landi con el gobierno de Madrid ilustra el interés más que ordinario de Felipe V por un territorio que se le había escapado como consecuencia de la guerra de Sucesión española. El recuerdo de los Países Bajos meridionales vivía con fuerza en España, entre otras cosas porque, naturalmente, aún quedaban muchos lazos interpersonales. En sus cartas, Castro y Beretti Landi subrayaban regularmente la hispanofilia de una parte de la élite flamenca, aunque no se puede descartar que lo hicieran principalmente porque al rey español podría gustarle leerlo. Sin embargo, el enviado francés Rossi también señaló la existencia de tales sentimientos proespañoles. Era

47. Beretti Landi a Paz, 17 de agosto de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
48. Beretti Landi a Paz, 12 de octubre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7481, s. f.).
49. Felipe Rodríguez y Blas Antonio de Urrutigoiti a Paz, 2 de noviembre de 1725 (AGS, Estado, leg. 7483, s. f.).

un elemento del que España podría sacar provecho político tarde o temprano. Un férreo dominio austríaco podría, tal vez, aumentar la nostalgia por la época española en la que Flandes gozaba de un alto grado de autogobierno (Vermeir, 2006: 331-341; Vermeir, 2020: 303-304). El Tratado de Viena también fue muy bienvenido para España desde ese punto de vista, ya que permitía una representación española oficial y muy visible en Bruselas. De hecho, a diferencia de Castro, que tenía que trabajar con discreción, Beretti Landi podía mostrarse a la población de los Países Bajos austríacos con todas las galas. La misión diplomática de Beretti Landi encajaba sobre todo en la nueva *entente* entre Madrid y Viena, pero también permitía reforzar de nuevo los lazos entre España y Flandes. Así pues, la misión principal de Beretti Landi era, en realidad, simplemente *estar allí* como muestra de buena voluntad hacia Austria, pero también como señal hacia las élites flamencas.

Los ojos y oídos españoles en Bruselas también permitieron una constante recogida de información sobre lo que ocurría en casi todos los estados de Europa Occidental. Aunque Bruselas ya no fuera un lugar de alta negociación diplomática en el siglo XVIII, lo que hace que no se pudiera esperar que Beretti Landi tuviera mucha *agency* y aportación propias[50]. Aun así, Bruselas siguió actuando como encrucijada de diplomáticos, militares y comerciantes, y esto siempre proporcionó información útil.

Es notable, sin embargo, que, tras la inesperada muerte de Beretti Landi y la negativa de José Patiño a ocupar su lugar, Felipe V no nombrara finalmente un nuevo embajador español en Bruselas. ¿Quizás esto fuera consecuencia del rápido cambio de alianzas y la paulatina separación entre España y Austria, o simplemente porque Madrid consideraba que un encargado de negocios de rango muy inferior era suficiente? En cualquier caso, a juzgar por las numerosas líneas de su correspondencia conservadas en el Archivo General de Simancas, Rodríguez, Urrutigoiti y los Castro, padre e hijo, se tomaron muy a pecho su misión.

## 13. Bibliografía

Arroyo Vozmediano, Julio (2019), «Spain and the Partition Treaties (1697-1700)», *The International History Review*, 41/1, pp. 178-199.

Bély, Lucien (2007), «La diplomatie européenne et les partages de l'empire espagnol», en Antonio Álvarez-Ossorio y Bernardo J. García García (eds.), *La pérdida de Europa. La Guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, pp. 631-652.

Bernard, Bruno (1985), «Patrice Mac Neny (1676-1745). Secrétaire d'Etat et de Guerre», en Roland Mortier y Hervé Hasquin (eds.), *Une famille noble de hauts fonctionnaires: les Neny*, Bruselas: Université Libre de Bruxelles, pp. 7-77.

50. La *agency* es definida por M. K. Davis Cross como la medida en que los diplomáticos pueden ir más allá de su mandato establecido y tomar sus propias iniciativas que puedan conducir a resultados diplomáticos (Davis Cross, 2007: 7).

Bussemaker, Carel Hendrik Theodoor (1900), «De Republiek der Vereenigde Nederlanden en de keurvorst-koning George I», *Bijdragen voor Vaderlandsche Geschiedenis en Oudheidkunde*, vierde reeks, I, pp. 296-320.

Coppens, Herman (1992), *De financiën van de centrale regering van de Zuidelijke Nederlanden aan het einde van het Spaanse en onder Oostenrijks bewind (ca. 1680-1788)*, Bruselas: Koninklijke Academie voor Wetenschappen, Letteren en Schone Kunsten van België.

Davis Cross, Mai'a K. (2007), *The European Diplomatic Corps: Diplomats and International Cooperation from Westphalia to Maastricht*, Chippenham: Palgrave Macmillan.

De Castro, Concepción (2004), *A la sombra de Felipe V. José de Grimaldo, ministro responsable*, Madrid: Marcial Pons.

Decuypere, Ijen (2010), *«Les troubles à Bruxelles. » De positie van gevolmachtigd minister Prié en de Raad van State in de oproer en het protest tegen de Naties, 1717-1719,* Universidad de Gante (tesina de máster inédita).

Demoor, Hubert (1947), *Het Anglo-Bataafsch Condominium in zijn verhouding tot het Zuid-Nederlandsch centraal en Vlaamsch-provinciaal en locaal instellingenwezen, en in zijn verhouding tot het financiewezen der Staten van Vlaanderen*, Universidad de Gante (tesina de máster inédita).

De Moreau de Gerbehaye, Claude (1995), «Le régime anjouin: continuité, rupture ou synthèse?», en Herman Coppens y Karin Van Honacker (eds.), *Symposium over de centrale overheidsinstellingen van de Habsburgse Nederlanden*, Bruselas: Algemeen Rijksarchief, pp. 143-164.

De Schryver, Reginald (1962), «Inflatie van ambtenaren in de Spaanse Nederlanden. De Raad van Financiën aan het eind van de zeventiende eeuw», *Bijdragen voor de geschiedenis der Nederlanden*, XVII, pp. 214-220.

De Schryver, Reginald (1963), «De eerste Staatse Barrière in de Zuidelijke Nederlanden (1697-1701)», *Bijdragen voor de geschiedenis der Nederlanden*, XVIII, pp. 65-90.

De Schryver, Reginald (1965), *Jan van Brouchoven graaf van Bergeyck 1644-1725. Een halve eeuw staatkunde in de Spaanse Nederlanden en in Europa*, Bruselas: Paleis der Academiën.

De Schryver, Reginald (1981), «Who had sovereignty in the Southern Netherlands during the war of the Spanish succession (1700-1715)?», en Gustaaf Asaert (ed.), *Recht en instellingen in de oude Nederlanden tijdens de Middeleeuwen en de Nieuwe Tijd. Liber Amicorum Jan Buntinx*, Lovaina: Universitaire Pers Leuven, pp. 486-488.

De Schryver, Reginald (1995), «Conseil Royal (1702-1711)», en Erik Aerts, Michel Baelde y otros (eds.), *Les institutions du gouvernement central des Pays-Bas habsbourgeois*, I, Bruselas: Archives Générales du Royaume, pp. 275-281.

De Schryver, Reginald (1996), *Max II. Emanuel von Bayern und das spanische Erbe: die europäischen Ambitionen des Hauses Wittelsbach 1665-1715*, Maguncia: von Zabern.

Dhondt, Frederik (2011), «Law on the diplomatic stage: the 1725 Ripperda Treaty», en Viktoria Draganova, Stefan Kroll y otros (eds.), *Inszenierung des Rechts - Law on stage. Jahrbuch junge Rechtsgeschichte 6. Yearbook of young legal history 6*, pp. 303-324.

Dhondt, Frederik (2013a), «La culture juridique pratique au congrès de Cambrai (1722-1725)», *Revue d'Histoire Diplomatique*, 2013/3, pp. 271-292.

Dhondt, Frederik (2013b), «Review "Onnekink (David) & De Bruin (Renger). De Vrede van Utrecht (1713), 2012"», *Revue belge de philologie et d'histoire*, 91/4, p. 1340.

Dhondt, Frederik (2017), «"Arrestez et pillez contre toute sorte de droit": Trade and the War of the Quadruple Alliance (1718-1720)», en *Legatio. The Journal for Renaissance and Early Modern Diplomatic Studies*, 2017/1, pp. 97-130.

Glesener, Thomas (2018), *L'empire des exilés. Les Flamands et le gouvernement de l'Espagne au XVIIIe siècle*, Madrid: Casa de Velázquez.

Hahlweg, Werner (1959), «Barrière-Gleichgewicht-Sicherheit. Eine Studie über die Gleichgewichtspolitik und die Strukturwandlung des Staatensystems in Europa 1646-1715», *Historische Zeitschrift*, CLXXXVII, pp. 66-72.

Hasquin, Hervé (1968), «Les intendants et la centralisation administrative dans les Pays-Bas méridionaux aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Ancien Pays et Assemblées d'États/Standen en Landen*, XLVIII, Courtrai-Heule, 1968, pp. 173-224.

Hasquin, Hervé (1987), «Le temps des assainissements (1715-1740)», en Hervé Hasquin (ed.), *La Belgique autrichienne, 1713-1794. Les Pays-Bas méridionaux sous les Habsbourg d'Autriche*, Bruselas: Crédit Communal de Belgique, pp. 71-94.

Hasquin, Hervé (2005), *Louis XIV face à l'Europe du Nord. L'absolutisme vaincu par les libertés*, Bruselas: Racine.

Hüttl, Ludwig (1976), *Max Emanuel. Der Blaue Kurfürst 1679-1726*, Múnich: Süddeutscher Verlag.

Kamen, Henry (2001), *Philip V of Spain. The King who reigned twice*, New Haven-Londres: Yale University Press.

Kampmann, Christoph (2016), «Leopoldo I: la política imperial, los derechos dinásticos y la sucesión española», en Luis Ribot García y José María Iñurritegui Rodríguez (eds.), *Europa y los tratados de reparto de la Monarquía de España, 1668-1700*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 173-194.

Lefèvre, Joseph (1934), *La secrétairerie d'État et de Guerre sous le régime espagnol (1594-1711)*, Bruselas: Palais des Académies.

Lenders, Piet (1995), «Secrétairerie d'État et de Guerre (1594-1711, 1717-1787, 1790-1792, 1793)», en Erik Aerts, Michel Baelde y otros (eds.), *Les institutions du gouvernement central des Pays-Bas habsbourgeois*, I, Bruselas: Archives Générales du Royaume, pp. 383-395.

Onnekink, David (2005), «"Een generale, goede en duyrsame vreede": het Utrechtse vredescongres (1713) vanuit Staats perspectief», en Simon Groenveld, Maurits Ebben y Raymond Fagel (eds.), *Tussen Munster & Aken. De Nederlandse Republiek als grote mogendheid (1648-1748)*, Maastricht: Shaker, pp. 49-66.

Ozanam, Didier (1998), *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle*, Madrid-Burdeos: Casa de Velázquez.

Pialoux, Albane (2010), «Le renvoi de l'Infante Marie Anne Victoire par Louis XV», en Lucien Bély y Géraud Poumarède (eds.), *L'incident diplomatique (XVI -XVIIIe siècle)*, París: Éditions Pédone, pp. 399-416.

Ribot García, Luis (2016), «Los tratados de reparto de la Monarquía de España: entre los derechos hereditarios y el equilibrio europeo», en Luis Ribot García y José María Iñurritegui Rodríguez (eds.), *Europa y los tratados de reparto de la Monarquía de España, 1668-1700*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 29-53.

Rooms, Etienne (2006), «Envois de fonds en provenance d'Espagne (1660-1700)», en Paul Janssens (ed.), *La Belgique espagnole et la Principauté de Liège, 1585-1715. Volume I: la politique*, Bruselas: Dexia Banque-Renaissance du Livre, pp. 72-74.

Tombs, Robert y Tombs, Isabelle (2007), *That sweet Enemy. The French and the British from the Sun King tot the Present*, Londres: Vintage Publishing.

Vandenbulcke, Anne (1992), *Le pouvoir et l'argent sous l'ancien régime. La vénalité des offices dans les conseils collatéraux des Pays-Bas espagnols (seconde moitié du XVIIe siècle)*, Courtrai-Heule: Anciens Pays et Assemblées d'État.

Van Gelder, Klaas (2014), «Markies van Prié en het Brusselse oproer in 1717-1719. Over de repressie en de slagkracht van het centrale gouvernement in de Zuidelijke Nederlanden», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, 127/3, pp. 367-389.

Van Gelder, Klaas (2016), *Regime change at a distance. Austria and the Southern Netherlands following the War of the Spanish Succession (1716-1725)*, Lovaina-París-Bristol: Peeters Publishers.

Van Nimwegen, Oscar (2002), «The Dutch Barrier. Its Origins, Creation and Importance for the Dutch Republic as a Great Power, 1697-1718», en Jan F. De Jongste y Augustus Johannes Veenendaal (eds.), *Anthonie Heinsius and the Dutch Republic 1688-1720. Politics, War and Finance*, La Haya: Instituut voor Nederlandse Geschiedenis, pp. 147-175.

Veenendaal, Augustus Johannes (1945), *Het Engels-Nederlands condominium in de Zuidelijke Nederlanden tijdens de Spaanse Successieoorlog 1706-1716***,** Utrecht: Kemink en Zoon.

Veenendaal, Augustus Johannes (1953), «Kan men spreken van een revolutie in de Zuidelijke Nederlanden na Ramillies?», *Bijdragen voor de geschiedenis der Nederlanden*, VII, pp. 198-214.

Vermeir, René (2006), *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes, 1629-1648*, Córdoba: Universidad de Córdoba.

Vermeir, René (2020), «Early Seventeenth-Century Representative Institutions and Law Making in the Habsburg Netherlands», en Erik De Bom, Randall Lesaffer y Werner Thomas (eds.), *Early Modern Sovereignties. Theory and Practice of a Burgeoning Concept in the Nederlands*, Leiden-Boston: Brill, pp. 288-305.

Vermeir, René y Smessaert, Floor (2020), «The impossible dream. France and the Austrian Netherlands during the Régence (1715-1723)», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 98/2, pp. 431-448.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425145181

# GOBERNAR LA FE. LA CAPILLA DIPLOMÁTICA DE LA HAYA Y LA GESTIÓN POLÍTICA DEL CATOLICISMO ENTRE LAS PROVINCIAS UNIDAS Y LOS PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES (1649-1716)*

## *Governing the Faith. The Diplomatic Chapel of The Hague and the Political Management of Catholicism between the United Provinces and the Spanish Low Countries (1649-1716)*

Cristina BRAVO LOZANO
Madrid Institute for Advanced Study-Universidad Autónoma de Madrid
cristina.bravo@uam.es

Fecha de recepción: 26/03/2024
Fecha de aceptación: 06/06/2024

RESUMEN: Durante la segunda mitad del siglo XVII, la capilla de la embajada española en La Haya alcanzó una extraordinaria popularidad entre la comunidad católica local. Reputada por *parroquia* y tolerada por las autoridades neerlandesas, su erección como núcleo referencial para el catolicismo de las Provincias Unidas hizo de este espacio de culto un auténtico centro de poder. Esta relevancia, que continuaría en la transición al Setecientos, demostró la vigencia de una política

* Este trabajo se ha realizado al amparo del programa Tomás y Valiente y se incluye en el marco del proyecto «Una monarquía policéntrica de repúblicas urbanas ante la rivalidad europea en el Atlántico ibérico (1640-1713)» [PID2022-14501NB-I00], financiado por el MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER, UE, así como dentro del proyecto de I+D dentro del Programa de estímulo a la investigación de jóvenes doctores 'Todo lo vence el dinero'. *Finanzas, agencia y cultura política en torno a los* 'homines novi' *en la monarquía de Carlos II* [SI3/PJI/2021-00236], concedido por la Comunidad de Madrid y la Universidad Autónoma de Madrid.

confesional hispana. Gravitando sobre la corte provincial de Bruselas como eje cardinal para el gobierno de los negociados diplomáticos del norte de Europa y la acción proselitista, también significó la emergencia de controversias latentes en las que se contraponían los intereses de los representantes reales, los internuncios de los Países Bajos y los vicarios apostólicos de Holanda.

*Palabras clave*: capilla; embajada; vicario apostólico; internuncio; gobernador general de los Países Bajos; La Haya; Bruselas.

ABSTRACT: During the second half of the 17th century, the chapel of the Spanish embassy in The Hague became extraordinarily popular among the local Catholic community. Reputed as a parish church and tolerated by the Dutch authorities, its establishment as a reference point for Catholicism in the United Provinces made this place of worship an authentic centre of power. This relevance, which would continue in the transition to the 18th century, demonstrated the validity of a Spanish confessional policy. Gravitating on the provincial court of Brussels as the cardinal axis for the government of diplomatic negotiations in Northern Europe and Catholic proselytising action, it also meant the emergence of latent controversies in which the interests of the royal representatives, the internuncios of the Low Countries and the vicars apostolic of Holland clashed.

*Key words*: chapel; Embassy; vicar apostolic; internuncio; General Governor of the Low Countries; The Hage; Brussels.

En la primavera del año 1696, el estado material de la capilla de la embajada española en La Haya, situada en Westeinde desde que en 1677 adquiriese el inmueble en nombre de Carlos II el entonces enviado extraordinario Manuel Francisco de Lira, amenazaba ruina. Así lo declaraba su capellán mayor, el jesuita Lodewijk van der Beek, en una carta al diplomático Francisco Bernardo de Quirós. Los problemas estructurales identificados obedecían a «haber estado mal dispuesta y peor ejecutada desde el principio». Mantenerla en tales condiciones suponía una grave amenaza para la integridad de los fieles que acudían a profesar sus devociones en cada misa u oficio religioso. Aparte, demorar cualquier tipo de acción incrementaría los costes ulteriores al tener que erigirla de nuevo, con los consiguientes perjuicios que generaría entre la comunidad católica[1]. Su reparo, por tanto, se tornaba una prioridad para el embajador.

Con el fin de evaluar los daños y valorar las posibles intervenciones que acometer en el edificio, incluyendo los costes derivados de la obra, Quirós consideró prioritario requerir el parecer del arquitecto real y mayor de las obras y palacios en

1. Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 8446, f. 187r. Borrador de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Carlos II. La Haya, 19 de abril de 1696. Una panorámica general acerca del estado de los católicos en las Provincias Unidas se expone en Kaplan (2009).

los Países Bajos españoles, François de la Vigne[2]. En su reconocimiento técnico, este experimentado oficial advirtió la precisión de una reforma sustancial. Según su criterio, debía ancorarse por dos lados, de parte en parte, mediante trabajos de albañilería y ejecutar pequeñas e indispensables rehabilitaciones en el Real Palacio. Aprovechando la restauración, y siendo consciente de la popularidad alcanzada por el oratorio diplomático entre la comunidad local, tanto que muchos «se hallan obligados a quedar fuera», planteó la posibilidad de ampliar su tamaño catorce pies con el fin no solo de garantizar su seguridad, sino de mejorar el acomodo de los católicos hayenses y acogerlos a todos[3].

Por otro lado, don Francisco sopesó servirse de tal certificación para comprobar el grado de responsabilidad en el deterioro experimentado por parte del maestro de obras que hiciera los trabajos previos en la capilla en 1682, por encargo del marqués de Castel Moncayo[4]. En caso de que los desperfectos se debieran a su mala praxis, «como algunos dicen», por haber faltado a lo recogido en el contrato y con las elevadas costas que comportó, el ministro carolino estaba dispuesto a emprender acciones judiciales para obligarle a repararla y a «portar a los gastos que su omisión o mala fe nos obliga»[5]. En el archivo de la embajada no había podido encontrar dicho documento o la escritura de parte con que iniciar el pleito y la consiguiente reclamación, por lo que solicitaba a la corte de Madrid el duplicado. Para que la resolución de la querella no dilatase la tan necesaria reconstrucción de la capilla, lo más inmediato era «citarle en juicio»[6]. Sin embargo, como le informase el marqués de Canales, su predecesor en el cargo y presentáneo embajador español en Londres, dicho albañil ya había muerto y el principal defecto constructivo de la capilla se debía a una mala cimentación.

Desvanecida la posibilidad de una condena para el antiguo maestro de obras, las actuaciones de mejora señaladas por el arquitecto real exigían la disposición de medios económicos. Así, cualquier gasto correría por cuenta de la Real Hacienda[7].

2. AGS, Estado, leg. 8446, f. 188v. Borrador de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Carlos II. La Haya, 19 de abril de 1696. Hijo de François de la Vigne, también arquitecto real, fue nombrado en 1673 para el cargo. Este oficio real pasó a ser honorífico, precisamente, en el año 1696. Tal mudanza de condición no le impidió seguir ejerciendo sus funciones. Ese año, sus gajes se elevaban a 960 libras, según consta en la Cámara de los Comptos de Lille. Finot (1888, t. VI: 311). Sin embargo, a partir de entonces, su salario se vio reducido a 400 libras debido a su condición de *maître forestier* en Namur. Pese a esta dualidad de empleos, De la Vigne tenía que acudir a Bruselas cuando fuera requerido. Saintenoy (1932: 17).

3. AGS, Estado, leg. 3994. Certificación de François de la Vigne. La Haya, 19 de abril de 1696.

4. La disposición del interior de la capilla se resume en Kaplan (2002: 354-359).

5. AGS, Estado, leg. 8446, ff. 192rv. Carta de Francisco Bernardo de Quirós. La Haya, 1 de abril de 1696.

6. AGS, Estado, leg. 8446, ff. 193v.-194r. Carta de Francisco Bernardo de Quirós a Carlos II. La Haya, 19 de abril de 1696.

7. AGS, Estado, leg. 8446, f. 194r. Carta de Francisco Bernardo de Quirós a Carlos II. La Haya, 19 de abril de 1696.

En su argumentación, el embajador insistía en cómo Carlos II era el principal interesado en avenirse a sufragar dichos arreglos «por los sacrificios y oraciones con que diariamente se pide la asistencia particular de Dios para la real persona de Vuestra Majestad y por la dilatada sucesión que necesitamos»[8]. Atendiendo a la declaración de De la Vigne y los recelos de Quirós a que los presupuestos aportados alcanzasen para costear todo cuanto requería la reparación, «y así me lo aseguran aquí muchos», el monarca le asignó tres mil reales[9].

En uso de una plena potestad delegada, el mantenimiento del Real Palacio correspondía al embajador. Sin embargo, era evidente que cualquier intervención pasaba por la corte provincial de Bruselas. Al igual que sucedía en otras cuestiones políticas y económicas de la legación carolina en La Haya, el gobernador general de los Países Bajos españoles tenía una gran influencia en la toma de decisiones en asuntos relativos a la representación del Rey Católico ante las Provincias Unidas. En términos similares, los asuntos confesionales que concernían a la capilla diplomática tuvieron que ser tratados con el internuncio apostólico destinado a la corte brabanzona, pese a que su margen de actuación presentó ciertas limitaciones a fines del Seiscientos. El oratorio, en tanto lugar público de culto *romano*, se hallaba en la jurisdicción eclesiástica del vicario apostólico de Holanda, por ser territorio de misión bajo soberanía pontificia. A esta particularidad se sumaba la rivalidad que había suscitado entre el clero secular de La Haya el ejercicio proselitista que se practicaba desde aquellas paredes amparadas por el *ius gentium*, cuya emulación le condujo a condicionar su actividad y el alcance de su ministerio. La heterogeneidad de figuras que orbitaron en torno al altar español e interfirieron en su devenir ha de servir de base analítica para comprender el alcance de este espacio sacro, las disputas que se generaron a su alrededor y los fenómenos de mediación para su potenciación y legitimación que terminaron convirtiendo la capilla de España en un centro de poder católico y en un espacio de interacción entre Roma, Madrid y Bruselas durante la transición de los siglos XVII y XVIII.

## 1. Bruselas, epicentro de negociados políticos y confesionales en el Norte

Tras la paz de Westfalia, Bruselas se constituyó en la oficina principal de los negocios del Norte para los Austrias españoles (Salinas, 1988: 366). Su centralidad geopolítica y la proximidad con las Provincias Unidas facilitaban la comunicación y la participación de los diferentes gobernadores generales de Flandes en todo lo que afectaba a las relaciones hispano-neerlandesas y a la embajada española en

8. AGS, Estado, leg. 8446, f. 189r. Borrador de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Carlos II. La Haya, 19 de abril de 1696.

9. AGS, Estado, leg. 8446, f. 245r. Carta de Francisco Bernardo de Quirós a Crispim Gonçalves Botelho. La Haya, 1 de mayo de 1696; y AGS, Estado, leg. 3994. Minuta de carta a Francisco Bernardo de Quirós. Madrid, 7 de junio de 1696.

La Haya, incluyendo su capilla. En sus instrucciones, los enviados y embajadores destinados ante los Estados Generales contaban con una alusión expresa a la estrecha correspondencia que debían mantener no solo con los demás representantes regios en el norte de Europa, sino de manera particular con el gobierno general de los Países Bajos[10]. La figura de su titular, a todos los niveles, se convertía en su referente fundamental para el buen desarrollo de aquellas materias que pudieran ser decisivas para la resistencia y la supervivencia de la influencia del rey de España en el Viejo Continente. A falta de órdenes o noticias de Madrid, se prosiguió una senda de delegación en tales ministros superiores para la ampliación o concreción de las directrices regias dadas a su legado en La Haya; la resolución de problemáticas que requerían inmediatez, y la gestión de negociados que, por pragmatismo, se habrían de dirimir en la corte bruselense y no en la lejana villa madrileña. Aparte de las consabidas gestiones y conversaciones políticas con los Estados Generales neerlandeses, los estatúderes de la Casa de Orange o las compañías privilegiadas de Ámsterdam, los diplomáticos españoles en Holanda solían tratar con el gobernador de Flandes acerca de sus propios asuntos económicos, la mayoría de las veces relativos a su desasistencia y escasez de recursos pecuniarios. Cada vez más abrumados por las deudas y los impagos, y quejosos de la irregularidad con que se giraban las letras, enviados extraordinarios o embajadores acudían a este supremo representante real como un pagador anticipado para la provisión de fondos, pues se les señalaba desde el Consejo de Estado que la prevención de sus gastos correría por su mano[11].

La proximidad de Bruselas con La Haya no entendía de barreras geográficas y los viajes de los diplomáticos a la corte provincial brabanzona se sucedieron con cierta frecuencia[12]. En el gobernador general depositaban su confianza, le relataban sus dificultades y empeños en su misión, como si se tratase de un discurso guionizado, a la espera de obtener su consuelo y una ayuda pecuniaria (Bravo

10. «Al serenísimo príncipe elector de Baviera, mi buen hermano, primo y sobrino, mi gobernador y capitán general de mis Países Bajos de Flandes habéis de ir siempre dando cuenta de todo cuanto se fuere ofrecido en vuestro ministerio, sabiendo su parecer particularmente en las veces de importancia y que pidiesen prisa para que en ninguna materia que requiriera brevedad se pueda perder tiempo en lo que conviniese obrar en ella». Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 3456, caja 2, exp. 36. Instrucciones de Carlos II a Francisco Bernardo de Quirós. Madrid, 30 de abril de 1692.

11. «Dándoseme por mano del gobernador de Flandes como Vuestra Majestad se ha servido resolverlo los medios precisos para los gastos extraordinarios de que depende mi viaje y asistencia al congreso de Colonia». Biblioteca Nacional de España (BNE), Ms. 13375, f. 202v. Carta de Manuel Francisco de Lira a Mariana de Austria. Bruselas, 19 de junio de 1673. En su correspondencia con el duque de Villahermosa, Manuel Francisco de Lira le expresaba, en términos alegóricos, cómo «por nuestras manos pagamentos para otros famosos Fúcares estamos todos en lo general y lo privado». BNE, Ms. 13387, f. 23r. Carta de Manuel Francisco de Lira al duque de Villahermosa. La Haya, 20 de enero de 1679.

12. Archives Générales du Royaume de Belgique (AGRB), Ambassade d'Espagne à La Haye, 488. Carta de Pedro Ronquillo a Manuel Francisco de Lira. Londres, 9 de julio de 1675; y Carta de Manuel Francisco de Lira a Pedro Ronquillo. La Haya, 16 de junio de 1675.

Lozano, 2021). Si bien en no pocas ocasiones atravesó las mismas estrecheces que los legados, su titular acababa proporcionándoles los medios de los que disponía o les remitía a sus acreedores –concretamente, destacados miembros de la comunidad sefardita (Herrero Sánchez, 2016)– para aliviar una situación que, de prolongarse, resultaría lesiva para su propia reputación, el crédito de su negociado y la imagen regia. Aparte de dispensador de las mercedes y concesiones dinerarias asignadas desde Madrid, también se encargaba de proveer a la capilla de textiles y objetos cultuales. De hecho, no eran extrañas las jornadas del capellán mayor a Bruselas para la adquisición de pinturas y otros elementos necesarios para el servicio y ornato del *sacellum*, cuando no para exponer las vicisitudes religiosas que amenazaban el buen funcionamiento del espacio devocional.

Así, desde la propia Bruselas, en 1686, los progresos experimentados por el oratorio hayense condujeron al gobernador general Francisco Antonio de Agurto, I marqués de Gastañaga, a interconectarlo con sus homólogos sitos en Londres y Hamburgo (Bravo Lozano, 2015). Según informó el enviado regio ante las Provincias Unidas, Louis-Antoine de Claris, conde de Clairmont, se estaban extendiendo ciertos rumores ante el precario estado que atravesaba el oratorio diplomático por la cada vez más frecuente falta de asistencias. Para acallar tales voces, se requería una resolución firme por parte de las autoridades hispanas. El marqués era partidario de reformar las vías de financiación de la capilla y, por extensión, de las otras dos que, con pocas diferencias, se hallaban en semejantes condiciones económicas[13]. Su propuesta era «un repartimiento anual de cuatro o cinco mil escudos para cada capilla», extraído de una pensión privativa que se situaría sobre las abadías de los Países Bajos españoles, «a proporción de sus bienes temporales» cuando vacasen. Pese a la posibilidad de cargarse la renta con base en la regalía regia, la adjudicación y la extracción exigía la autorización pontificia[14]. Tras ser consultado el Consejo de Flandes, el parecer del de su homólogo de Estado rechazó el planteamiento del gobernador Gastañaga[15]. Por un lado, los consejeros desaconsejaban recurrir a las abadías vacantes con mayor renta por lo *alcanzado* que seguían como consecuencia de la guerra de Luxemburgo, aun cuando Carlos II tenía la prerrogativa sobre los bienes y frutos eclesiásticos disponibles en territorio flamenco[16]. Por el otro, sopesaron la repercusión que generaría en la imagen del monarca la negativa pontificia a aceptar tal disposición, pues consideraban que

13. AGS, Secretarías Provinciales, leg. 2483. Carta del marqués de Gastañaga a Carlos II. Bruselas, 30 de octubre de 1686. Diez años después, el cardenal Altieri cifraba el mantenimiento de la Real Capilla de España en La Haya en 4.000 escudos al año. Archivio Storico di Propaganda Fide (ASPF), Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 6, f. 23r. Carta del cardenal Altieri al arzobispo Sebaste. Roma, 12 de mayo de 1696.

14. AGS, Secretarías Provinciales, leg. 2483. Carta del marqués de Gastañaga a Carlos II. Bruselas, 30 de octubre de 1686.

15. AGS, Estado, leg. 3986. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 3 de diciembre de 1686.

16. En relación con la guerra de Luxemburgo, *vid*. Jeanmougin (2005).

se podían «excusar otros gastos menos precisos»[17]. Pese al fracaso de la iniciativa, quedó patente la conexión existente entre las tres capillas diplomáticas, mientras el *Cuerpo Bélgico* actuaba como antemural para la defensa del catolicismo en el Norte[18].

Sin duda, el gobernador general fue un testigo privilegiado y, por extensión, un actor dinámico en la articulación económica de la capilla de La Haya[19]. Pese a este proyecto frustrado y determinadas acciones puntuales relativas al mantenimiento estructural del edificio, asunto gestionado desde Bruselas, la posición política que ocupaba no le permitía intervenir en los conflictos religiosos de índole interna que experimentó el altar. En cambio, sí desempeñaría una función mediadora con el internuncio bruselense para facilitar el tratamiento de asuntos confesionales. Después de la finalización de la guerra de los Ochenta Años, el representante pontificio destinado a los Países Bajos ejerció como autoridad competente para defender los intereses de los católicos neerlandeses; negociar con el gobierno republicano y el resto de ministros calvinistas; participar de las cuestiones diocesanas, y ser el interlocutor de la Congregación de Propaganda Fide, dicasterio pontificio encargado de la acción apostólica en este ámbito septentrional[20]. Como también le sucediese al nuncio en Colonia, su labor era la de medianero y no podía imponer su criterio fáctico, ni tenía capacidad de decisión en las Provincias Unidas. El motivo no escapaba a ninguno de sus contemporáneos: este espacio de misión se hallaba bajo la potestad del papa y era administrado de manera delegada por el vicario apostólico de Holanda. Esta limitación de competencias no impedía al internuncio tener una amplísima influencia en materia religiosa y disponer de una densa red de contactos, tanto en los Países Bajos españoles como en aquellas provincias. El cuidado de la grey católica era su máxima obligación, pese a que sus oficios y diligencias en las materias tocantes a la capilla de España fueron muy limitadas. En sí, se redujeron a facilitar el ministerio de los capellanes, los *factota* de la empresa confesional desarrollada por Carlos II. Consciente de los beneficios religiosos que proporcionaba aquel oratorio a la comunidad católica hayense, se presentó como un aliado en las querellas que se sucederían con el vicario y un intermediario para obtener una resolución satisfactoria para todas las partes.

17. AGS, Secretarías Provinciales, leg. 2483. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 10 de diciembre de 1686.

18. Bravo Lozano (2015: 229-230).

19. La figura del gobernador general de los Países Bajos durante el reinado de Carlos II se analiza en Herrero Sánchez (2019: 107-114 y 135-138) y Bravo Lozano y Herrero Sánchez (en prensa).

20. Respecto a los orígenes de la nunciatura de los Países Bajos, *vid*. Vermeir (2010, vol. 1: 331-350). Para conocer la influencia de la religión en el ámbito político y diplomático hispano-neerlandés de la segunda mitad del siglo XVII y comienzos del Setecientos *vid*. Hubert (1882 y 1907).

## 2. Facultades pastorales en disputa: el ministerio de los capellanes *españoles*

Durante la segunda mitad del siglo XVII, las diferencias entre los legados españoles y el vicario apostólico de Holanda fueron una constante fuente de tensiones y discusiones. Se trató de discrepancias conocidas y disputas episódicas que giraron en torno a una constante: el reconocimiento formal de la capilla de España en La Haya y de las funciones pastorales ejercidas por sus capellanes. Dentro de esta polémica, el influjo y la extensión de la corriente jansenista entre el clero secular católico de las Provincias Unidas solo contribuyó a acrecentar las distancias entre las partes y avivar sus propias desavenencias hasta el punto de trascender los márgenes del vicariato holandés, incluso los de la internunciatura de Flandes, y llegar hasta la misma Roma[21].

Desde su fundación, el *sacellum* hispano estuvo servido por religiosos flamencos y de territorios adyacentes, así como provenientes de distintas órdenes religiosas[22]. Elegidos por los embajadores y enviados reales por su calidad y competencia para desempeñar su labor pastoral, se regían por la ejemplaridad exigida a la *familia* diplomática. Debían evitar cualquier tipo de queja hacia sus personas o escándalo, demostrando un comportamiento decoroso que contrastaba con el de determinados clérigos y regulares locales[23]. Tan heterogénea procedencia no se aplicó al cargo del capellán mayor. Esta dignidad fue fungida por un miembro de la

21. Sobre la corriente jansenista y antijansenista, véanse los trabajos de Lucien Ceyssens. Para el caso de los Países Bajos, *vid*. Schrama y Van Bavel (1982) y Willaert (1948).

22. Uno de los primeros capellanes flamencos que ocuparon el banco de la capilla de Antoine Brun en 1649 fue el bruselense Zacharias de Metz. Cools (2014: 47-55).

23. AHN, Estado, leg. 3456, caja 2. Instrucciones para Manuel Francisco de Lira. Madrid, 10 de abril de 1671. Desde la paz de Westfalia, con la designación pontificia de una veintena de jesuitas de la provincia de Flandes para conservar el catolicismo, repartidos por dieciocho villas, se generaron agrias disputas entre estos misioneros y el clero secular. AGRB, Ambassade d'Espagne à L'Haye, 317. Carta de Esteban de Gamarra al cardenal Pascual de Aragón. La Haya, 20 de diciembre de 1663. Una copia de esta misiva se encuentra en ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 1, ff. 165r.-166r. Waardt (2009: 344-359). Las reservas expuestas por los presbíteros provocaron el cuestionamiento de la efectividad de la Compañía, aun cuando el alcance de su labor pastoral quedaba avalado por el crecimiento exponencial del número de católicos en los ámbitos donde se aplicaban. A modo de ejemplo, en Róterdam se pasó de trescientos católicos a ocho mil. En cambio, en Dort, donde no llegaba la labor jesuita, el número se mantuvo en cuatrocientos. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 1, ff. 149r.-150v. Copia de carta de Esteban de Gamarra al cardenal Antonio Barberini. La Haya, 23 de diciembre de 1665. Herrero Sánchez (2000: 125-127). Su ministerio tampoco fue bien acogido por el vicario apostólico Johannes van Neercassel, obispo de Castoria, quien intentó depurar la planta eclesiástica de jesuitas, alterando el reemplazo natural: pretendía colocar a un seglar en el lugar que dejaba un ignaciano a su muerte. Sin embargo, la Congregación de Propaganda Fide frenó sus intenciones. Desde la atalaya de la embajada en La Haya, Esteban de Gamarra también tenía una perspectiva más conservadora y continuista por los beneficios registrados hasta entonces. Su parecer, además, estaba determinado por la presencia y buen hacer de ignacianos en su banco de capellanes. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 1, ff. 149r.-150v. Copia de carta de Esteban de Gamarra al cardenal Antonio Barberini. La Haya, 23 de diciembre de 1665.

Compañía de Jesús, cuya hegemonía al frente de la capilla motivó que en 1684 se institucionalizara la práctica consuetudinaria de tal recurso «por ser los más a propósito para las misiones y semejantes ejercicios». Como recordara Ottone del Carretto, marqués de Grana y, a la sazón, gobernador general de los Países Bajos, el banco de capellanes contaba con jesuitas desde sus orígenes. No obstante, al solicitársele su parecer respecto a la continuidad del padre Lodewijk van der Beck al frente de la capellanía mayor, advirtió cómo «sería más decente y autorizado» que dicho nombramiento fuera hecho por Carlos II y no por los ministros que allí residían[24].

Progresivamente, el oratorio fue adquiriendo notoriedad hasta el punto de convertirse en el principal centro de poder católico de las Provincias Unidas. Su entidad pública se vio reforzada con su traslado desde el barrio de Noordeinde, ubicación de la primera embajada española, al de Westeinde en la década de 1660 (Garran, 1966: 6-7; Knuttel, 1895: 106-107; Alzina, 2004: 32-33). Como epicentro confesional, fue un lugar de culto admitido por los vecinos –calvinistas– según la costumbre, reconocido a nivel local y que, incluso, contó con la connivencia política de las autoridades hayenses, sobre todo, tras la adquisición del edificio por el enviado extraordinario Lira y su conversión en Real Palacio en 1677 (Riemer, 1730: 747 y 908-910; Bongaerts, 1866: 40-41; Albers, 1916: 71-74; Kaplan, 2002: 354-359; Carrió-Invernizzi, 2016: 205-235; Bravo Lozano, 2018: 217-218).

Este alto grado de aceptación local contrastó con la crítica del vicario apostólico de Holanda a su actividad. Su oposición al alcance de las atribuciones concedidas a los capellanes del rey de España derivó en el surgimiento de profundas diferencias con los titulares de la embajada. Si bien esta problemática estaba latente, alcanzó su cénit en 1676 con Manuel Francisco de Lira. El motivo radicó en la negativa del vicario Johannes Baptista van Neercassel, obispo de Castoria, para que se administrase el sacramento de la confirmación en el *sacellum* español, así como sus reservas para aprobar las facultades pastorales de predicar y confesar a sus capellanes[25]. Por el creciente concurso de gentes, el enviado español necesitaba que todos sus dependientes gozasen de las mismas competencias del curato[26]. En cambio, el prelado no condescendió con la petición de Lira en su totalidad y solo aprobó a dos de los cuatro capellanes, aun cuando tan inflexible postura suponía desoír la orden de la Congregación de Propaganda Fide para que no

24. AGS, Estado, leg. 3984. Carta del marqués de Grana a Carlos II. Bruselas, 1 de noviembre de 1684.

25. Archivio Storico di Propaganda Fide (ASPF), Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 3, ff. 1r. Memorial de Manuel Francisco de Lira. La Haya, s. f., 1676. Sobre su vicariato apostólico, *vid*. Smit (1979) y Schoon (2018).

26. Similar petición trasladaría Pedro Ronquillo al internuncio en Bruselas para los capellanes de la capilla española en Londres. Archivio Apostolico Vaticano (AAV), Segreteria di Stato. Fiandra, 70, ff. 152r-153r. Carta de Sebastiano Antonio Tanari al cardenal Alderano Cybo. Bruselas, 30 de marzo de 1680. AAV, Segreteria di Stato Fiandra, 146, ff. 214v. y 216r. Despacho del cardenal Alderano Cybo a Sebastiano Antonio Tanari. Roma, 27 de abril y 11 de mayo de 1680. Bravo Lozano (en prensa).

alterase la praxis acostumbrada[27]. Castoria tampoco expresaba las razones de su disconformidad. Pronunciar sermones se entendía como una función inherente a todo sacerdote y religioso para la enseñanza doctrinal, al igual que la confesión auricular en tanto guía espiritual para la recepción de la penitencia. Ambas acciones estaban dirigidas hacia el disciplinamiento y podían instrumentalizarse como medios de control social y de creación de opinión pública a través de proclamas y discursos edificantes, amén de que la administración de la conciencia pudiese fluir hacia determinados fines religiosos, pero también políticos. Es posible que, sabedor de su eficacia y el alcance, el vicario Van Neercassel quisiera que su aplicación estuviera reducida al mínimo y la operatividad de un espacio tan poderoso y popular se viera mermada o, en su defecto, neutralizada para no dar servicio con la suficiencia requerida. Por esta vía, el prelado holandés interferiría en el curso regular de una capilla cuya entidad pública no acaba de reconocer.

Otra de las causas de la negativa del obispo pudo hallarse en la prevención de un conflicto de competencias con el clero secular que operaba en La Haya y alrededores por el ministerio que desarrollaban los capellanes *españoles* fuera de la embajada. La rivalidad soterrada entre sacerdotes, religiosos y misioneros no hacía sino agudizarse en la década de 1670, como también su censura al auge que estaban experimentando estas *hechuras* confesionales de diplomáticos foráneos, cada vez más demandados por los católicos locales[28]. Privados de sus dos principales facultades, los capellanes del enviado español quedaban prácticamente inhabilitados para su ejercicio. No fueron de extrañar los esfuerzos de don Manuel Francisco y otros legados europeos para que el internuncio de Bruselas, en tanto representante de la Santa Sede y autoridad competente en el ámbito septentrional, dispensase la autorización con que sus servidores pudiesen predicar en varias lenguas en sus oratorios domésticos. Se trataba de otro asunto conflictivo, pues los

27. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 3, ff. 1r. Memorial de Manuel Francisco de Lira. La Haya, s. f., 1676.

28. Tras el congreso de paz de Nimega, se advirtió a los misioneros que se aplicaban en las Provincias Unidas que el ejercicio de la religión católica se continuaría de forma privada, como hasta entonces, y con la connivencia de los magistrados. Esta permisividad implicaba el mantenimiento de un comportamiento digno y decoroso, como requerían los embajadores católicos responsables del acuerdo. Se les instaba a prescindir de fiestas pomposas que, más que exaltar la devoción, generaban envidias con serio riesgo de escándalo. Tampoco debían celebrar las mismas a la misma hora que las reuniones protestantes o, al menos, regular su temporalidad para que su finalización no coincidiese y prevenir que los asistentes salieran progresivamente para no comprometer las leyes locales y la posición de las autoridades. Por último, se debía respetar la confesión calvinista, sirviendo en silencio y en paz, tolerándola con humildad y sumisión y pidiendo que vuelvan a la «lume della sua grazia a quelli che vivono nelle tenebre degl'errori et a conservare» la religión católica con perseverancia. Por ello, con la sencillez y la prudencia se mantendrían los fieles de manera edificante y se contribuiría a la obediencia hacia dichos magistrados, siendo fundamental no dar lugar a quejas o reclamaciones entre aquellos que controlaban sus actos para desacreditarlos. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 3, ff. 175r.-176r. Recordatorio para los misioneros destinados a las Provincias Unidas. Nimega, 28 de julio de 1679.

superiores de las órdenes regulares de las misiones de Holanda eran partidarios de reducir esta permisión al ámbito doméstico de los diplomáticos, pero no se hacía mención expresa a lugares de culto que, como la capilla de España, tenía la consideración de *parroquia*[29].

## 3. «Concurso, dignidad y antigüedad»: la confirmación en el oratorio diplomático

El mismo año que Francisco Bernardo de Quirós tuvo que afrontar los problemas estructurales que atravesaba la capilla hayense del rey de España, se dio por concluida una querella que hacía ya algunos meses atrás venía produciéndose con el vicario apostólico de Holanda y arzobispo de Sebaste, Petrus Codde. La causa de la controversia suscitada no representaba una novedad en la embajada española, dado que, en esta ocasión, la oposición del prelado a celebrar la confirmación en el oratorio diplomático y facultar a sus capellanes repitió la misma secuencia de acontecimientos que tuvieron lugar dos décadas atrás para, con ello, lograr el colapso de la praxis proselitista del altar hispano.

Retrocediendo a 1676, el mencionado obispo de Castoria había decidido no acudir a la capilla española a administrar el sacramento de la confirmación. Este desplante, calificado por el capellán mayor Lodewijk van der Beck como una ofensa, derivó en la consiguiente queja de Manuel Francisco de Lira. El enviado español consideró que la representación del Rey Católico no había sido tratada con cortesía por parte de un agente papal. El padre Van Neercassel justificó su ausencia en que ninguno de los capellanes *españoles* acudió a recibirle cuando estuvo detenido en La Haya, ni tampoco se le demandó que celebrase tal función en aquel oratorio. No había precedentes de que sus predecesores hubieran asistido a actos de tales características en otros altares diplomáticos, como informaban los párrocos locales y los misioneros. A todos estos fundamentos y para no alterar el estilo acostumbrado, el vicario apostólico añadía el riesgo que sentía hacia su persona por la expectación que generarían sus oficios entre los curiosos allí

29. En calidad de administrador interino de la internunciatura de Flandes, el auditor Antonio Pigliardi se comprometió a escribir al arzobispo Sebaste y a los prefectos de las misiones regulares para informarse acerca de si los embajadores católicos residentes en La Haya tenían autorización para que sus capellanes predicasen en sus oratorios privados. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 4, f. 396r. Carta de Antonio Pigliardi al cardenal Alderano Cybo. Bruselas, 29 de septiembre de 1690. Sin haber pasado un mes, Pigliardi informaba al cardenal Altieri que los representantes católicos pedían licencia para que sus capellanes predicasen en varias lenguas en sus altares domésticos. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 4, f. 412r. Carta de Antonio Pigliardi al cardenal Paluzzo Paluzzi Altieri. Bruselas, 27 de octubre de 1690. Incluso, los superiores de las órdenes regulares de las misiones de Holanda se mostraron favorables a que se permitiera a dichos ministros que sus capellanes utilizasen distintas lenguas durante su ministerio. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 4, ff. 424r.-416r. Carta de Antonio Pigliardi al cardenal Paluzzo Paluzzi Altieri. Bruselas, 10 de noviembre de 1690.

congregados. A su entender, y pese a que el lugar de culto se hallaba en el interior del recinto inmune de la embajada, la atracción de tantos católicos, pero también calvinistas disimulados, podría ocasionar un incidente que sería condenado por el burgomaestre de La Haya[30]. Además, si accediese, el resto de representantes europeos reclamarían que, siguiendo su ejemplo, se procediera de igual modo en sus respectivos altares[31].

En la conversación que mantuvo Castoria con los capellanes de Lira, el intercambio de pareceres concluyó con la petición del prelado de una audiencia con el enviado español, que el propio don Manuel Francisco declinó. En vista de tal circunstancia, se planteó al capellán mayor Van der Beek la fijación de una nueva fecha para celebrar la función en la capilla y satisfacer públicamente al ministro de Carlos II. Sin embargo, el ministro volvió a negarse a condescender con el obispo. La explicación que ofreció Van Neercassel fue cómo toda esta querella surgió de la maquinación de los capellanes *españoles*, molestos por no verse facultados en materias religiosas que escapaban a su autoridad[32].

Irresoluta, la polémica volvería a emerger casi en mayo de 1695. Por entonces, el vicario Sebaste acudió a confirmar a los oratorios privados de los sacerdotes Hooft y Dalenoort, así como a la iglesia de los jesuitas. Sin embargo, se abstuvo de celebrar tal función sacramental en el oratorio español, lo que generó un «público escándalo». Como el propio Francisco Bernardo de Quirós admitiese, no alcanzaba a comprender la manifestada preocupación del vicario apostólico por su seguridad cuando la embajada no había sufrido ningún incidente, altercado o insulto reseñable, sobre todo, por tratarse de un espacio privilegiado protegido por el *ius gentium* y hallarse en el interior del Real Palacio, a diferencia de las referidas capillas privadas. Tampoco argumentaba por qué no había accedido a asistir a la española, la cual, debido a su antigüedad, precedía al resto de altares y entre cuyos muros los católicos se refugiaban «debajo de sus alas en cualquier tiempo borrascoso» al ser el único *público* que mantuvo inquebrantable su actividad cuando los demás habían cerrado[33]. Tales razones, «que más servían de enredar que de excusar el caso», se basaban en la necesidad de reconocimiento de su potencial y la correspondencia debida por su alcance e intenso ministerio en La Haya[34]. La actuación del vicario

30. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 3, ff. 1r.-4r. Memorial de Manuel Francisco de Lira. La Haya, s. f., 1676. Kaplan (2002: 344). En relación con los márgenes de las inmunidades de la embajada española en La Haya, *vid*. Bravo Lozano (2023: 37-74).

31. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 3, ff. 1r.-4r. Memorial de Manuel Francisco de Lira. La Haya, s. f., 1676. Para una panorámica general sobre esta problemática, *vid*. Frey y Frey (1999).

32. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 3, ff. 1r.-4r. Memorial de Manuel Francisco de Lira. La Haya, s. f., 1676.

33. AGS, Estado, leg. 3994. Relación de los capellanes Lodewijk van der Beck y NN. Bleich. La Haya, s. f., 1695.

34. AGS, Estado, leg. 3994. Traducción de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Inocencio XII. S. l., s. f. (Ouwerschie, junio de 1695).

y su «parcialidad y travieso modo de obrar» venían a demostrar todo lo contrario[35]. En lugar de colaborar con el representante carolino, favorecer el oratorio español e incentivar su proselitismo ante un objetivo confesional compartido, Sebaste «le manifiesta aversión» e, incluso, ignoraba su existencia «como si no la hubiera en el mundo», en palabras del embajador asturiano[36].

Ante el agravio sufrido, Bernardo de Quirós podría haber pretendido la satisfacción de unos Estados Generales, de mayoría calvinista, deseosos de recibir una queja contra el vicario para *mortificarle*[37]. Sin embargo, el ministro trasladó al propio arzobispo su parecer y la extrañeza que le causaba tan arbitrario proceder cuando entendía que, por competencias y atención, debía haber celebrado misa en la capilla. Desde Delft, el padre Codde remitiría a don Francisco la justificación a su comportamiento en idénticos términos que la de su antecesor en el cargo: en palabras del diplomático, el arzobispo de Sebaste consideraba que, por un lado, no se había convenido tal función ni recibido una invitación formal; y, por el otro, que confirmar en el oratorio español le habría expuesto «a gran riesgo por la estrechez con que vivían los católicos» y habría generado un ejemplo para el resto de embajadores y enviados europeos, aun cuando «ni tenían casas y capillas de sus soberanos para introducir la misma pretensión» porque solo profesaban sus devociones privadamente con sus criados. Respecto al alcance del ministerio de los capellanes, Codde consideraba que era materia ya adormecida sobre la que no se debía insistir, por lo que su intención de renovar la facultad a solo a dos de sus miembros para el ejercicio del curato. Todo ello provocó una honda indignación en Francisco Bernardo de Quirós. Según su testimonio, el oratorio ofrecía unos servicios religiosos de forma abierta, pública y notoria, con entera libertad y garantías, excediendo al resto «en concurso, dignidad y antigüedad». De ahí que las medidas de Sebaste fueran insuficientes para que se pudiese atender a sus obligaciones de predicar cada domingo y día de fiesta dos veces por la mañana para una feligresía que se cifraba en torno a 1.500 personas, enseñar la doctrina por la tarde, visitar enfermos y otros menesteres propios de su condición y el servicio de la capilla[38].

Con el fin de restablecer la situación y no acrecentar la problemática con el vicario, el capellán mayor Van der Beck pidió al padre Codde que excusase la comisión y le emplazó a que volviera a finales del verano y celebrase el sacramento de la confirmación en la capilla. El acto quedó fijado como un compromiso por

35. AGS, Estado, leg. 3994. Relación de los capellanes Lodewijk van der Beck y NN. Bleich. La Haya, s. f., 1695.

36. AGS, Estado, leg. 3994. Traducción de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Inocencio XII. S. l., s. f. (Ouwerschie, junio de 1695).

37. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al duque de Medinaceli. Ouwerschie, 10 de junio de 1695.

38. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al duque de Medinaceli. Ouwerschie, 10 de junio de 1695.

ambas partes que, a la postre, el arzobispo incumplió. Con un «astuto y engañoso» proceder, el arzobispo de Sebaste regresó a La Haya y siguió con su praxis de confirmar en oratorios privados, pero en ningún caso en el español[39]. Esta actitud comenzó a generar cierto ruido, sobre todo, ante las recomendaciones que circulaban por boca de párrocos locales para que los católicos se confirmasen en otras capillas siempre que jurasen no volver a ir a la española[40]. Estas tan poco sutiles presiones destinadas a anular la actividad de la capilla diplomática fueron contestadas con el rechazo categórico de Quirós a recibir al vicario por ser sus actos de una materia tan notoria que no quería disimular la «injuria y desprecio hecho a la real capilla» y a la representación española[41]. La negativa del prelado a satisfacer a los capellanes del Rey Católico era pública y, por tanto, también debía serlo la reparación. Sin embargo, desde Madrid se observó la visita como una oportunidad perdida que hubiera podido reportar más beneficios que la demostración de fuerza del rehusarlo[42].

Dado que el vicario apostólico estaba sujeto a la autoridad pontificia, la querella solo parecía que pudiese solventarse en Roma y no en la corte provincial de Bruselas, ante la incapacidad de una mediación efectiva del internuncio. Francisco Bernardo de Quirós, como representante del rey de España y agraviado por la parcialidad del ministro papal, evitó abrir un conflicto mayor. Declinó tratar el negociado con los Estados Generales y optó por guiarse por la vía informal, recurriendo al apoyo del embajador español en la *Urbs*, Luis Francisco de la Cerda, duque de Medinaceli[43]. Hasta entonces, don Francisco, buen conocedor de la corte romana, en la que había ejercido durante varios años el rol de agente general de España, se había abstenido de inmiscuirse en los crecientes problemas de la comunidad católica en las Provincias Unidas y, por ende, de comunicar a Inocencio XII la generalización de eclesiásticos jansenistas que se aplicaban en materia pastoral entre su grey. Según sus palabras, consideraba que el pontífice y sus dicasterios estarían informados al

39. AGS, Estado, leg. 3994. Relación de los capellanes Lodewijk van der Beck y NN. Bleich. La Haya, s. f., 1695. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al duque de Medinaceli. Ouwerschie, 10 de junio de 1695.

40. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al duque de Medinaceli. Ouwerschie, 10 de junio de 1695.

41. AGS, Estado, leg. 3994. Traducción de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Inocencio XII. S. l., s. f. (Ouwerschie, junio de 1695).

42. AGS, Estado, leg. 8446, ff. 67rv. Despacho de Carlos II para Francisco Bernardo de Quirós. Madrid, 21 de julio de 1695.

43. En una de sus cartas a Carlos II, Francisco Bernardo de Quirós se quejó de la constante falta de atención demostrada por el vicario hacia la capilla. Para resolver el agravio que sentía el ministro, solicitaba al monarca que se informase al duque de Medinaceli de la situación y se hicieran las instancias pertinentes para la reparación, instando a que no se volviera a producir tal dependencia por dicho prelado o el eclesiástico que le sucediera en la misma jurisdicción pontificia. Por su parte, él ya había escrito al aristócrata, al papa y había dirigido una declaración firmada por sus capellanes. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós a Carlos II. Ouwerischie, 14 de junio de 1695.

respecto por medio del internuncio en Bruselas. Sin embargo, mediado el año 1695, la situación se tornaba insostenible y era preciso intervenir de manera decidida para atajar el avance de las doctrinas de Jansenio. Su primera acción sería acabar con la continuidad en el vicariato de Holanda del padre Codde, simpatizante y protector de los partidarios de dicha corriente religiosa «según la opinión general»[44]. Frente al comportamiento errático del arzobispo, había que ponderar en la Santa Sede la actitud de los capellanes de España, firmes opositores del jansenismo y defensores de la *verdadera* fe católica[45].

Comparar el comportamiento de Codde y los clérigos de la capilla del Rey Católico era preciso, a ojos de Quirós, para que Medinaceli lograse la intervención del papa como último recurso para resolver los problemas jurisdiccionales de su *sacellum*. Era, al fin y al cabo, «la causa del rey» la que estaba en juego[46]. Era preciso preservar la imagen e integridad de la capilla que había quedado tan expuesta frente a los calvinistas como consecuencia de «las desatenciones y ligerezas de un vicario con tanta ingratitud» hacia la labor confesional desempeñada[47]. El mismo Carlos II, implicado en la dependencia, también trasladó a su embajador en La Haya los oficios que había realizado Medinaceli con Inocencio XII en la querella con el vicario de Holanda, que lograrían que una congregación particular se dirigiese al padre Petrus Codde para que cumpliera con su obligación[48]. Sus procederes y su negativa para administrar la confirmación en la Real Capilla española causaron extrañeza a los congregantes por considerar que «ni ha sido decente, ni justo», sobre todo, habiendo celebrado dicha función en otros oratorios católicos y no haber cumplido con su palabra de hacerlo posteriormente. De hecho, desde Roma se afeaba el empleo del arzobispo de «palabras poco ajustadas y poco decentes para un embajador del Rey Católico», así como su decisión arbitraria de solo facultar a dos capellanes de Quirós. Por todo ello, se le ordenaba que

44. En 1694, el vicario Petrus Codde tuvo que responder ante el papa a la primera de las acusaciones de filojansenista que los jesuitas elevarían contra él. Agten (2020: 33-34).

45. Con relación al clima antijansenista existente en las Provincias Unidas, *vid*. Spiertz (1992: 233-251).

46. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al duque de Medinaceli. Ouwerschie, 10 de junio de 1695. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al duque de Medinaceli. Ouwerschie, 10 de junio de 1695. Ante el desprecio sufrido, le pedía que, dada la apuntada inclinación filojansenista del vicario apostólico, remediase tal circunstancia por las consecuencias que podrían derivarse de mantener en el cargo a un sujeto sospechoso «en la religión». AGS, Estado, leg. 8446, ff. 67rv. Despacho de Carlos II para Francisco Bernardo de Quirós. Madrid, 21 de julio de 1695. Desde el Consejo de Estado, además, se proponía que el aristócrata averiguase cuán fundadas eran las acusaciones de jansenismo que circulaban contra el vicario. AGS, Estado, leg. 3994. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 9 de julio de 1695.

47. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al duque de Medinaceli. Ouwerschie, 10 de junio de 1695.

48. AGS, Estado, leg. 8446, ff. 263rv. Despacho de Carlos II para Francisco Bernardo de Quirós. Madrid, 29 de septiembre de 1695.

mandase las oportunas excusas a don Francisco[49]. Para comprobar el seguimiento de dicha orden, se emplazó al diplomático español a que noticiase su observancia o, por el contrario, si todavía el prelado persistía en su empeño y era preciso requerir la entera satisfacción en Roma[50].

No conformándose con estos logros, en la carta que remitió el embajador Quirós al papa –que finalmente Medinaceli no entregó– se hizo una exposición detallada del alcance y ejercicio de la capilla, factores positivos que debían suscitar el débito a Carlos II por parte de los católicos y el vicario apostólico. El monarca, en su «incasable munificencia», había dotado a la comunidad local de un oratorio en La Haya como «único y seguro amparo», situándolo al nivel de una «capilla real y pública» por la entidad que adquirió y su popularidad, muy por encima del resto. Con tales argumentos, aparte de poner al pontífice en antecedentes sobre los desprecios hechos por el padre Codde, propuso como solución definitiva a estas disputas eximir al altar hispano de la jurisdicción eclesiástica del vicario de Holanda para ponerla bajo la del arzobispo de Malinas o bien, en manos del obispo de Amberes[51]. Como diócesis más próximas, insertas en los Países Bajos españoles y cuyos titulares (Humbert-Guillaume de Precipiano y Johan Ferdinand van Beughem, respectivamente) eran sujetos afines al monarca y al gobernador general, se juzgaban las más apropiadas para facultar a los capellanes en la administración sacramental, incluyendo la confirmación, dentro del fuero de la capilla cuando fuera preciso[52].

Mientras no se resolvía la *quaestio* en las Provincias Unidas, desde Roma el duque de Medinaceli prosiguió la ofensiva española contra el vicario apostólico, tildando de *frívolas* y poco *decentes* sus excusas antes de tratar la controversia suscitada con el papa y los cardenales Fabrizio Spada y Girolamo Casanate, rector este último de la congregación particular para los asuntos de Holanda. En una de sus reuniones, la problemática suscitada por el arzobispo de Sebaste fue censurada y su comportamiento e inequidad reprobados para evitar que se diera otro incidente similar en La Haya. Por ello, se le instó a ofrecer las oportunas excusas a Bernardo de Quirós con las razones que le movieron a gobernarse de esa forma tan subjetiva, que el prelado justificó en cómo «los Estados Generales

49. AGS, Estado, leg. 3994. Carta de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide al vicario Petrus Codde. Roma, 11 de julio de 1695.

50. AGS, Estado, leg. 3994. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 16 de septiembre de 1695. AGS, Estado, leg. 8446, ff. 263rv. Despacho de Carlos II para Francisco Bernardo de Quirós. Madrid, 29 de septiembre de 1695.

51. El arzobispo de Malinas, Precipiano, se encargaba de recomendar al capellán mayor de la capilla de la embajada española en Londres entre los miembros de la Orden del Carmen Descalzo de dicha provincia. AGS, Estado, leg. 3978. Despacho de Carlos II al marqués de Canales. Madrid, s. f., julio de 1694. Bravo Lozano (2014: 237).

52. AGS, Estado, leg. 3994. Traducción de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Inocencio XII. S. l., s. f. (Ouwerschie, junio de 1695).

tendrían a mal que allí [en la capilla de España] se confirmase», mientras culpaba al embajador de no querer admitirle cuando se ofreció a celebrar tal sacramento. También se le ordenó que concediera a los cuatro capellanes la referida facultad para predicar y confesar, como les correspondía, sin introducir novedades al respecto, ni hacer excepciones. Aunque con ciertas dudas, se volvía a emplazar a don Francisco a observar si el padre Codde obedecía tales disposiciones, pues, en caso contrario, se abordaría la posibilidad de poner la capilla bajo una jurisdicción externa, siempre dentro de los Países Bajos españoles[53].

Otra posibilidad que barajó el legado asturiano para solventar los problemas jurisdiccionales fue que, si el arzobispo careciese de autoridad para expedir las licencias, estas fueran concedidas por el internuncio de Bruselas, abate Giulio Piazza. A este representante pontificio ya había acudido Pedro Ronquillo para que sus capellanes en Londres fueran facultados como misioneros[54]. Este planteamiento se basaba en motivos fundados de equidad y justicia, sobre todo, considerando cómo el vicario no era obispo en tierras neerlandesas y declinaba «aprobar ministros suficientes para tanto concurso y tanta necesidad del pueblo»[55]. Ante el desencuentro vivido por el diplomático español con el prelado, se precisaba la mediación del citado abate[56]. La persistente negativa para facultar a los capellanes que Carlos II tenía en nómina iba en detrimento de la religión católica y los buenos efectos que podría proporcionar a los católicos que vivían bajo soberanía de la República de las Provincias Unidas. Tal privación generaba múltiples empeños, pues en dichos territorios escaseaban los eclesiásticos *hábiles* y *ejemplares*, con las dificultades que provocaba encontrar candidatos de tales calidades e idoneidad para el ministerio[57]. Máxime, el abate Piazza no obviaba la eficacia confesional de la capilla ni los resultados que reportaban sus servidores.

Retornando a La Haya, y pese a la orden de la Congregación, el padre Codde volvió a oponerse a licenciar a dos de los capellanes de Bernardo de Quirós.

53. AGS, Estado, leg. 3994. Copia de carta del duque de Medinaceli a Carlos II. Roma, 15 de julio de 1695.

54. AAV, Segreteria di Stato. Fiandra, 70, ff. 152r.-153r. Carta de Sebastiano Antonio Tanari al cardenal Alderano Cybo. Bruselas, 30 de marzo de 1680. AAV, Segreteria di Stato. Fiandra, 146, ff. 214v. y 216r. Despacho del cardenal Alderano Cybo a Sebastiano Antonio Tanari. Roma, 27 de abril y 11 de mayo de 1680. Bravo Lozano (2014: 227-228).

55. AGS, Estado, leg. 3994. Traducción de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Inocencio XII. S. l., s. f. (Ouwerschie, junio de 1695).

56. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 6, ff. 1rv. Carta del abate Piazza al cardenal Altieri. Bruselas, 2 de marzo de 1696.

57. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 6, ff. 2r.-3v. Carta de Francisco Bernardo de Quirós al abate Piazza. Bruselas, 2 de marzo de 1696. Ejemplo de ello era el padre Cándido, un capuchino que ocupaba un lugar en el banco del oratorio español para quien el diplomático solicitaba del arzobispo Sebaste las facultades debidas a su cargo, pero este le dirigía a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Una copia del alegato que hizo el representante español al vicario Codde se encuentra en ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 6, ff. 17r.-21v. Carta de Francisco Bernardo de Quirós a Petrus Codde. La Haya, 11 de junio de 1696.

Atenta a la significatividad política del negociado, la corte romana dispuso que el cardenal Spada, a la sazón secretario de Estado de Inocencio XII, reiterase al vicario la decisión tomada de que autorizase a confesar, predicar y administrar otros sacramentos a los cuatro capellanes que tenía Carlos II a su cargo y sueldo. El dicasterio pontificio que estaba tratando la querella no podía verse afectado por «per mero capriccio o per altri fini inadequati» del arzobispo de Sebaste. También se le emplazaba a celebrar la confirmación en la capilla no solo para satisfacer los deseos expresados por el embajador, sino responder a la petición de la comunidad católica para recibirla en el Real Palacio de España, aparte de cumplir con la palabra dada[58].

En plena implementación de las órdenes papales, y sin que estas llegasen a su destino, finalmente el prelado terminó por cumplir con lo dictado, oficiando los días 27 y 28 de abril de 1696 un acto para la administración de dicho sacramento de la confirmación en el oratorio español. Respecto al asunto de las facultades, con la carta que dirigió a Francisco Bernardo de Quirós se dio por concluido el conflicto. El vicario se comprometía a darlas a todos los servidores del oratorio, aun cuando retenía profundos recelos para ser ecuánime en su aprobación. Por encima de tales reservas, y como el mismo padre Codde advirtió a su corresponsal, se impuso el mantenimiento de la paz misionera, la eliminación de los escándalos y la disciplina eclesiástica del catolicismo neerlandés[59].

## 4. «Alhaja de valor y estimación»: la Real Capilla y la guerra de Sucesión española

La estabilidad interna de la capilla fue efímera. Resuelto el controvertido asunto de las facultades, las estrecheces económicas para su mantenimiento se agudizaron por la acostumbrada falta de medios en plena crisis sucesoria y en medio de los conocidos tratados de Repartición auspiciados por el monarca francés Luis XIV y el príncipe Guillermo de Orange, estatúder de Holanda y rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda[60]. La muerte de Carlos II el 1 de noviembre de 1700 solo contribuyó a disponer un escenario de incertidumbre política en el que los tambores de guerra comenzaban a resonar con mayor fuerza en el trono español

58. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 6, ff. 23r.-24v. Carta del cardenal Altieri al arzobispo Sebaste. Roma, 12 de mayo de 1696.

59. ASPF, Scritture riferitti nei Congressi. Belgio ed Olanda, 6, f. 27r. Carta del arzobispo Sebaste al cardenal Altieri. Utrecht, 22 de agosto de 1696. Resulta paradójico que, un año después, el arzobispo Codde tuviera que volver a defenderse de una nueva acusación acerca de su inclinación jansenista. En esta ocasión, incluso, acudió a Roma para hacer las alegaciones pertinentes. Sin embargo, sus argumentos serían insuficientes y en 1702 sería suspendido del cargo por Clemente XI. Agten (2020: 34). Sobre el proceso, *vid*. Schoon (2019).

60. AHN, Estado, leg. 1693. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 21 de junio de 1701. Con relación a los tratados de partición, *vid*. Iñurritegui y Ribot (2016).

y en todos los espacios de jurisdicción hispana[61]. Con tales visos, el designado como nuevo soberano, Felipe V de Borbón, debía demostrar una posición fuerte frente a su rival por la herencia madrileña, el archiduque Carlos de Austria –desde 1703, reconocido como Carlos III por sus partidarios–. Los alineamientos en el tablero bélico llevaron a las potencias europeas a posicionarse de un lado u otro de los contendientes en liza[62]. Las Provincias Unidas (e Inglaterra), antiguas aliadas de la monarquía de España, se colocaron con el bando austracista impulsado por el emperador Leopoldo I[63]. Esto no impidió que, hasta 1702, el monarca Borbón tratara de mantener activa su embajada en La Haya, con cuanto comportaba la continuidad de su representación. Por pragmatismo político, como le aconsejaban sus ministros, convenía asegurar la capilla y su intensa labor proselitista[64].

En los albores del conflicto sucesorio afloró una problemática que determinaría la evolución del oratorio diplomático. Desde la compra del Real Palacio en 1677, los distintos embajadores o enviados españoles que se sucedieron en el cargo no abonaron el *verponding*, el impuesto que gravaba los bienes inmuebles en la provincia de Holanda. A su entender, se trataba de un espacio exento, pero legalmente no gozaba de tal privilegio, si bien poco efectivas resultaron las intimidaciones de las autoridades locales. La situación se fue agravando con el paso de los años, al igual que el importe de la deuda. En el año 1700, las autoridades holandesas ya advertían su disposición para confiscar y vender la casa si no se satisfacían los 5.552 florines y 10 placas estimados que se debía del impago de los tributos acumulados[65]. Aun cuando se barajaron distintas alternativas con que evitar saldar esta obligación fiscal o, en su defecto, demorar el proceso de liquidación de lo devengado, la presión del burgomaestre de La Haya fue en aumento como la imposibilidad de afrontar tal gasto por Francisco Bernardo de Quirós. Con escaso margen por las limitaciones en las arcas reales para entregar tan elevada cantidad, comenzaron a barajarse distintas alternativas ante el inminente desenlace que se anunciaba para la capilla[66]. En mayo de 1702, la declaración formal de guerra precipitó los acontecimientos. Con la ruptura de relaciones, el destino de la embajada española en La Haya estaba marcado. Su titular, Bernardo de Quirós, hacía algunos meses que se encontraba retirado en Flandes por motivos de salud y había

61. La evolución experimentada por la Real Capilla durante la guerra de Sucesión española se analiza en Bravo Lozano (2018a).

62. Entre la extensa producción historiográfica sobre la guerra de Sucesión española, *vid*. Albareda Salvadó (2010) y Quirós Rosado (2017).

63. Herrero Sánchez (2002: 133-154).

64. AHN, Estado, leg. 1693. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 21 de febrero de 1702.

65. AGS, Estado, leg. 8454, ff. 209rv. Minuta de carta de Francisco Bernardo de Quirós a Joseph Pérez de la Puente. Amberes, 6 de julio de 1700.

66. En caso de ejecutarse el anunciado embargo del edificio, se procedería a licenciar a unos capellanes que, como reclamara el capellán mayor Van der Beek, también sufrían los rigores de los débitos de sus sueldos caídos desde hacía varios años. AHN, Estado, leg. 1693. Consultas del Consejo de Estado. Madrid, 20 de junio y 26 de septiembre de 1702.

dejado a una persona al cuidado de su residencia[67]. La ausencia del representante español condujo al enviado imperial conde Johann Peter von Goëss a reclamar la posesión del Real Palacio de España. Apenas unos días después del estallido de las hostilidades, y sin acceder a la demanda habsbúrgica, se ordenó el secuestro de la propiedad y se prohibió cualquier actividad dentro de la capilla de España[68].

Tras la clausura del oratorio, sus cuatro capellanes no se pusieron al servicio del ministro cesáreo, pues sería el embajador portugués Francisco de Sousa Pacheco quien los acogiera como propios (Bongaerts, 1866: 53; Herrero Sánchez, 2002: 144). En paralelo, se planteó a Pedro II de Braganza la posibilidad de alquilar el antiguo edificio de la embajada española para restablecer el lugar de culto y acoger a la cada vez más numerosa feligresía que había excedido la capacidad de su casa[69]. La Real Capilla hispana estaba reputada como catedral y podría acoger a una creciente comunidad católica que, además, se veía privada de parroquias por el aumento del jansenismo en el ámbito local[70]. Aparte de los débitos existentes, el estado ruinoso en que se hallaba el inmueble desde hacía más de una década habría supuesto un desembolso considerable para su restauración[71]. Si bien Felipe V ya había propuesto que se acometieran intervenciones indispensables a nivel estructural mientras llegaba otro representante hispano que hubiera sustituido al retirado Quirós, el avance del conflicto armado y las cada vez más tensas relaciones hispano-neerlandesas complicaron tal posibilidad, que se volvió inevitable cuando la guerra ante los antiguos aliados dio comienzo[72].

Las negociaciones de Sousa Pacheco para el arriendo del palacio discurrieron en paralelo a una nueva petición del conde Goëss para tomar posesión del edificio

67. En su marcha a tomar las aguas a Aquisgrán subyacieron otras razones, sobre todo, la desconfianza que se cernía sobre su negociado y el cada vez mayor peso político que estaba adquiriendo el francés conde de Avaux. Arquivo Nacional Torre do Tombo (ANTT), Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 806, ff. 91v.-92r. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado portugués. La Haya, 9 de junio de 1701. Biblioteca Nacional de Portugal (BNP), Cod. 8580. Carta de Francisco de Sousa Pacheco a Luís da Cunha. La Haya, 4 de abril de 1702. Bouchet (1888: 156 y 159); Van Kalken (1907: 200-201).

68. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 808, ff. 43r.-45v. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. La Haya, 27 de junio de 1702.

69. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 808, ff. 43r.-45v. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. La Haya, 27 de junio de 1702.

70. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 808, f. 51v. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. Madrid, 12 de septiembre de 1702.

71. Rijksarchief Antwerpen-Beveren (RAAB), Archief van der Nederduitse provincie der jesuïten, 3244. Carta de Charles de Vos a Lodewijk van der Beek. Bruselas, 10 de diciembre de 1702; Carta de Lodewijk van der Beek a Charles de Vos. La Haya, 17 de diciembre de 1702; y Escritura notarial de Ferdinandus Fabri. La Haya, 19 de diciembre de 1702. AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 93. Carta de Lopes Suasso a Francisco Bernardo de Quirós. La Haya, 9 de marzo de 1703.

72. AHN, Estado, leg. 829, exp. 73. Despacho de Felipe V al marqués de Bedmar. Madrid, 8 de febrero de 1703. AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 93. Carta de Lopes Suasso a Francisco Bernardo de Quirós. La Haya, 9 de marzo de 1703.

en nombre de la Casa de Austria, si bien con un nuevo rechazo por las autoridades hayenses[73]. Ante la imposibilidad de que el legado imperial se hiciese con el antiguo recinto español, se movieron numerosas voces que alentaban al embajador luso para perseverar en su empeño y beneficiarse de las infraestructuras de la capilla. A las numerosas expresiones de interés de particulares dispuestos a alquilar el inmueble se sumaron las quejas de los vecinos de la embajada portuguesa por la afluencia diaria de católicos a sus calles y, a la par, las presiones de los propios fieles para que la casa *española* no quedase en manos de un protestante[74].

Estas consideraciones hicieron que, el 1 de mayo de 1703, el monarca Pedro II autorizase a *dom* Francisco el arrendamiento temporal del Real Palacio hasta que volviera a residir en La Haya un embajador de Felipe V, soberano con el que el Braganza todavía mantenía una tibia alianza[75]. Por su parte, Goëss no aceptó la decisión de la magistratura local y elevó una queja a los Estados Generales, además de informar de lo sucedido a Leopoldo I. Su descontento, en cambio, no tuvo recorrido. En aquellos momentos se estaba ultimando el tratado de Methuen para incorporar al reino luso a la Gran Alianza de La Haya y cualquier movimiento contra Portugal comprometería la alianza ofensiva que se estaba concertando (Francis, 1966; Martín Marcos, 2014). Tampoco contó con apoyos a su causa, ya que el resto de ministros públicos no puso reparos a la maniobra de las autoridades hayenses para ahorrarse los extraordinarios gastos que iba a suponer la restauración del edificio, los cuales correrían por cuenta de Sousa Pacheco[76]. Escaso margen quedaba a Felipe V para intervenir tras la enajenación del Real Palacio. Tan solo le restaba pagar cuanto debía a sus antiguos capellanes, ahora dependientes de otro monarca y amparados por la inmunidad diplomática del representante portugués ante la amenaza de expulsión que proyectaban los jansenistas[77]. Sin embargo, las deudas que tenían contraídas estos religiosos con distintos acreedores no eran satisfechas y su situación en La Haya era cada vez más comprometida, subsistiendo con serias dificultades y «con dinero tomado por interés», como advirtieron al gobernador general interino de los Países Bajos españoles, Isidro de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar[78].

73. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 808, ff. 116v.-117av. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. La Haya, 22 de febrero de 1703.

74. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 808, ff. 116v.-117av. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. La Haya, 22 de febrero de 1703.

75. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 812, ff. 5r.-7v. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. La Haya, 22 de mayo de 1703.

76. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 812, ff. 20rv. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. La Haya, 26 de junio de 1703.

77. ANTT, Ministério dos Negócios Estrangeiros, L. 812, ff. 11r.-12v. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado de Portugal. La Haya, 1 de junio de 1703. AHN, Estado, leg. 707. Consulta del Consejo de Estado. Madrid, 14 de junio de 1703.

78. AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 95, f. 38r. Carta de los capellanes de la real capilla de España al marqués de Bedmar. La Haya, 25 de septiembre de 1705.

La victoria de los aliados en Ramillies el 23 de mayo de 1706 puso bajo la soberanía –teórica– de Carlos III de Austria la mayor parte los Países Bajos. Esta pérdida territorial, geoestratégica para los intereses de la monarquía de España borbónica, se acompañó de la defección de Francisco Bernardo de Quirós, quien hacía largo tiempo residía en Bruselas, apartado del ministerio, pero sin licencia para retornar a España y, como advertía en sus misivas, endeudado y desacreditado públicamente[79]. Sousa Pacheco vio este cambio de bando y el afianzamiento diplomático de los Habsburgo en el Norte como una posible amenaza para su negociado en las Provincias Unidas, pues podría significar su salida inmediata del Real Palacio con el envío de un representante austracista a La Haya o el regreso del propio Quirós como plenipotenciario carolino[80].

Otro de los desafíos que se cernía sobre el oratorio *portugués* afectó directamente a sus capellanes. Los avances filojansenistas les dejaban en una posición delicada que comprometía su continuidad en el servicio del ministro Pacheco. Las prerrogativas de su representación les proporcionaban la protección necesaria, pero tal seguridad no les impidió recurrir a su otrora valedor, Bernardo de Quirós, o, incluso, al rey Carlos III, para tener mayores garantías[81]. Este proceder se intensificaría con la aprobación de distintas medidas contra el ejercicio de la Compañía de Jesús y el cierre de sus iglesias, que acabó con la orden de expulsión de sus miembros de las Provincias Unidas en 1708[82].

Un año después, en 1709, las muertes del plenipotenciario Quirós y del embajador Pacheco alteraron la estabilidad confesional (Van Kalken, 1907: 205; Ozanam, 1998: 185; Prestage, 1998: 19). La pérdida de los dos principales sostenedores del catolicismo en La Haya generó una honda preocupación por las consecuencias que tendría para el aparato religioso que habían creado en torno a sus embajadas durante cerca de dos décadas[83]. Desprovistos de sus privilegios diplomáticos, la repercusión más inmediata habría sido la salida de la villa del capellán mayor Lodewijk van der Beek en observancia de la legislación antijesuita aprobada por los Estados Generales. Le acompañaron los otros tres capellanes que, si bien no estaba incluidos en la norma, se vieron afectados por la coyuntura general. La

79. AHN, Universidades, L. 1152, ff. 150rv. y 155r. Minuta de carta de Francisco Bernardo de Quirós. Bruselas, 2 de abril de 1706. Sprunk (1964-1965) y Quirós Rosado (2017).

80. BNE, Ms. 8980, ff. 156v.-157r. Carta de Francisco de Sousa Pacheco al conde de Assumar. La Haya, 21 de octubre de 1707.

81. AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 94, ff. 106rv. Memorial de Diego Ortiz de la Carrera. Bruselas, 3 de noviembre de 1707. AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 100. Carta de Lodewijk van der Beek a Francisco Bernardo de Quirós. La Haya, 15 de febrero de 1708. Bongaerts (1866: 72). AAS, Segreteria di Stato. Colonia, 93, f. 330r. Carta de monseñor Bussi al cardenal Fabrizio Paolucci. Colonia, 13 de mayo de 1708.

82. AAV, Segreteria di Stato. Colonia, 93, ff. 146rv. Carta de monseñor Bussi al cardenal Fabrizio Paolucci. Colonia, 19 de febrero de 1708.

83. AAV, Segreteria di Stato. Nunziatura delle Paci, 55, f. 98r. Carta de la Secretaría de Estado pontificia al abate Passionei. Roma, 19 de octubre de 1709.

intervención de la viuda del ministro portugués solo consiguió demorar su partida hasta la llegada de un nuevo embajador de Juan V de Braganza, permaneciendo en su ejercicio ordinario en la capilla hasta entonces (Bongaerts, 1866: 73).

Coincidiendo con las conversaciones de paz de La Haya, y la previsible llegada de un nuevo legado carolino, volvió a retomarse la cuestión propietaria del Real Palacio y, en particular, el profundo impacto que causaría el cierre de la capilla diplomática[84]. El pago de la cantidad adeudada por el *verponding* fue la vía presentada por el barón Franz Adolf von Zinzerling a la magistratura local para la adquisición del inmueble y que revirtiera «sotto il dominio del suo padrone come rè di Spagna»[85]. Sin embargo, la cantidad abonada de más de 2.000 florines de la tasa no terminó de desbloquear el embargo que pesaba sobre el inmueble. La oposición de las autoridades no obedeció a una cuestión económica, sino a su firme decisión de no admitir la actividad del oratorio diplomático, reputado y muy popular entre la comunidad católica de La Haya y sus alrededores, sin residir en aquella casa un ministro real[86]. El arribo del conde de Tarouca como nuevo representante portugués podría haber cambiado la suerte de la capilla y sus cuatro capellanes si hubiera determinado pasar a residir en aquel edificio[87]. En contra de lo esperado, el ministro luso optó por alquilar otra casa y componer su propio oratorio, quedándose de entre los antiguos capellanes españoles solo con el carmelita Daniel Bosch para su servicio (Fruytier, 1930, vol. VIII: 184-185). Por orden de las autoridades holandesas, la clausura del altar español el 24 de febrero de 1710 puso fin a una larga trayectoria político-confesional en una de las principales urbes protestantes europeas. El que fuera reputado como «cura de España», Lodewijk van der Beek, fue «echado de Holanda» y se dirigió a la corte provincial de Bruselas acompañado del también capellán padre Philippe Augiers (Bongaerts, 1866: 73; Fruytier, 1927, vol. VII: 48-49)[88]. A instancias del agente pontificio Domenico Passionei, el barón Zinzerling se ocupó de pagar el sueldo del padre Lambertus Ter Mars y puso a su servicio los otros tres capellanes que había

84. AAS, Segreteria di Stato. Nunziatura delle Paci, 46, f. 327r. Carta de Domenico Passionei al cardenal Paolucci. La Haya, 27 de septiembre de 1709. Sobre las conversaciones de La Haya, Albareda Salvadó (2010: 278-282).

85. AAV, Segreteria di Stato. Nunziatura delle Paci, 47, f. 127v. Carta del abate Passionei al cardenal Fabrizio Paolucci. La Haya, 27 de febrero de 1710. Sobre el barón Zinzerling, *vid*. Mérode-Westerloo (1840, t. II: 54-55).

86. AAV, Segreteria di Stato. Nunziatura delle Paci, 47, f. 128r. Carta del abate Passionei al cardenal Fabrizio Paolucci. La Haya, 27 de febrero de 1710.

87. AAV, Segreteria di Stato. Nunziatura delle Paci, 47, f. 343v. Carta del abate Passionei al cardenal Fabrizio Paolucci. La Haya, 3 de julio de 1710. AAV, Segreteria di Stato. Nunziatura delle Paci, 55, ff. 230rv. Carta de la Secretaría de Estado pontificio al abate Passionei. Roma, 2 de agosto de 1710. Cluny (2006: 133, 168-169 y 211-212).

88. AAV, Segreteria di Stato. Nunziatura delle Paci, 47, f. 127r. Carta del abate Passionei al cardenal Fabrizio Paolucci. La Haya, 27 de febrero de 1710. AGS, Estado, leg. 6383, 44. Carta del marqués Berreti Landi al cardenal Acquaviva. La Haya, 22 de enero de 1717.

dejado Pacheco a su muerte, ejercitándose su ministerio en la capilla *francesa* que había junto a su casa[89].

Abandonado por completo, el Real Palacio quedó en un estado ruinoso. Las instancias del legado carolino Zinzerling para reclamar la posesión no acababan de materializarse[90]. La casa pasó de ser la sede de una de las embajadas más potentes en La Haya a un muladar y almacén de materiales de canteros y carpinteros locales. El esplendor de antaño se había visto deslucido por el abandono y el deterioro del edificio. Esto no obstaría para que en 1710 Carlos III, reconocido como rey católico de las Españas por el papa Clemente XI un año atrás, tratase de adquirir nuevamente y restaurar el *Spaansche Hof*, pese a los elevados costes que comportaría su rehabilitación y acomodo[91].

Durante las negociaciones del tratado de Utrecht, la tenencia del inmueble volvería a ser un agrio objeto de disputa[92]. De un lado, el duque de Osuna, Francisco María de Paula Téllez-Girón y Benavides, en su condición de plenipotenciario de Felipe V, comenzó a mover instancias con los Estados Generales para la devolución del Real Palacio al monarca Borbón; del otro, un secretario del ya elegido emperador Carlos VI, Diego Ortiz de la Carrera, calificaba la capilla como «alhaja de valor y estimación» e insistía al influyente Juan Antonio Romeo, marqués de Erendazu y secretario del Despacho Universal en Viena, «es necessario no perderla» del dominio habsbúrgico[93]. Para legitimar su reivindicación, el plenipotenciario imperial conde Philipp Ludwig Wenzel von Sinzendorf advirtió que la compra de la casa fue gestionada por Manuel Francisco de Lira en nombre del rey de España, su titular. Habiéndose financiado a costa de los Países Bajos, territorio conquistado por Carlos VI durante la guerra, la propiedad del Real Palacio debía revertir en el rey-emperador, según el testimonio del ministro cesáreo. Sin embargo, su discurso carecía de un soporte documental que atestiguase sus palabras, por lo que, en el marco de los acuerdos de Utrecht, la propiedad terminaría siendo entregada definitivamente a Felipe V (Lamberty, 1730, t. VIII: pp. 583-584).

En 1715, la llegada de Luis de Miraval como nuevo embajador ordinario significó el restablecimiento de las relaciones diplomáticas de la borbónica monarquía

89. AHN, Estado, leg. 3469. Cartas de barón Zinzerling al marqués de Rialp. La Haya, 3 y 10 de octubre de 1710. AGS, Estado, leg. 6382. Noticias del vicario apostólico Theodorus de Kock. S. l., s. f. AAV, Segreteria di Stato. Colonia, 95, f. 170r. Carta de monseñor Bussi al cardenal Fabrizio Paolucci. Colonia, 9 de marzo de 1710. En relación a la posición de Roma durante el conflicto sucesorio, *vid*. Martín Marcos (2011).

90. *Generaalen Index op de Registers…*, s. p.

91. AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 21. Carta de Diego Ortiz de la Carrera a Andreas Franz Kurz. La Haya, 18 de septiembre de 1711.

92. Con el reconocimiento pontificio de Carlos III como Rey Católico de las Españas en 1709, el Real Palacio y sede de la embajada hispana en Roma también se convirtió en objeto de disputa durante el conflicto sucesorio. Tanto el Austria como el Borbón estaban legitimados y su rivalidad se materializó en la reivindicación de sus respectivos derechos sobre la propiedad regia. Ochoa Brun (2002: 126-134).

93. AGRB, Chancellerie Austrienne des Pays-Bas, 110. Carta de Diego Ortiz de la Carrera al marqués de Erendazu. Utrecht, 28 de abril de 1713.

de España con las Provincias Unidas (Ochoa Brun, 2002)[94]. Observando sus instrucciones, uno de los primeros asuntos que atendió fue la apertura de su capilla. Con la presencia de un legado del Rey Católico, la comunidad local no ocultó su entusiasmo y se adelantó a pedir el restablecimiento del oratorio. A decir de Miraval, la popularidad alcanzada era tal que la preferían a la de cualquier otro ministro de príncipe católico «por ser la mejor que hay aquí» y haber mantenido la regularidad de sus oficios mientras residía un diplomático regio en el palacio de España. Esta reputación pública y las propias condiciones estructurales hacían que pudiera «pasar por iglesia, teniendo tres altares, púlpito y órganos»[95].

Sin embargo, el reacomodo del altar requería tiempo, pues se hallaba desprovisto de su acostumbrado patrimonio material[96]. Según sus informaciones, el barón Zinzerling, presentáneo representante imperial ante la República neerlandesa, disponía de distintos objetos que habían pertenecido al *sacellum*, si bien buena parte de los ornamentos viajó con Francisco Bernardo de Quirós cuando salió de La Haya al comienzo de la centuria[97]. También se debían atender distintas cuestiones para un acomodo proporcionado, pues el embajador español no parecía inclinado a introducir novedades en el funcionamiento y los usos acostumbrados. Por un lado, era preciso tener controlados los gastos ordinarios y extraordinarios, tomándose como referencia la última relación que remitió a Madrid el capellán mayor Van der Beek. Por el otro, se debía proveer a la capilla de capellanes para su servicio. Tradicionalmente, su banco contó con tres religiosos regulares o seculares, pero la nueva planta aplicada a los «ministros de afuera» seguiría el mismo criterio de dependientes tanto en Gran Bretaña como en las Provincias Unidas. Por último, los oficios se debían regular conforme a la práctica establecida de predicación dominical, con enseñanza de la doctrina cristiana, la exposición del Santísimo Sacramento los días de fiesta y el canto de misas con salve y música de acompañamiento. Con tales antecedentes, Miraval podía emprender la ardua tarea de reabrir el espacio de culto, dotarlo de medios materiales y humanos y ponerlo en funcionamiento. Consciente de las dificultades que entrañaba restablecer el *statu quo*, como ya plantease casi treinta años antes el marqués de Gastañaga, consideraba que, «si esta capilla tuviese una renta de 400 doblones al año sobre algún obispado», no sería preciso afrontar los gastos correspondientes a su nuevo acomodo y la adquisición de nuevos ornamentos, lo que implicaría descargar a la Real Hacienda de ello[98].

94. Una breve semblanza de Luis de Miraval en Ozanam (1998: 351-352).

95. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Luis de Miraval a Felipe V. La Haya, 19 de septiembre de 1715.

96. AGRB, Chancellerie Austrienne des Pays-Bas, 110. Carta de Diego Ortiz de la Carrera al marqués de Erendazu. Utrecht, 28 de abril de 1713.

97. AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 93. Carta de Lopes Suasso a Francisco Bernardo de Quirós. La Haya, 10 de abril de 1703. Bravo Lozano (2018b: 17-28).

98. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Luis de Miraval a Felipe V. La Haya, 19 de septiembre de 1715.

Para el cargo de capellán mayor, y ante la muerte en 1713 del jesuita Van der Beek, don Luis nombró al jesuita Domingo de Espinosa[99]. Con el objetivo de proporcionarle las facultades precisas para el ejercicio de sus funciones pastorales, el legado acudió al internuncio apostólico en los Países Bajos, el abate Giovanni Santini[100]. Debido a su condición diplomática y la jurisdicción inherente al cargo, le correspondía atender a la petición por ser a quien le «toca el régimen de la Misión de estas provincias», frente al papel centralizador que décadas atrás había ejercido el vicario apostólico de Holanda. La intención del embajador era que facultase al capellán para ejercer las funciones pastorales que habían gozado sus predecesores desde que hubo embajada permanente. En primera instancia, el internuncio bruselense se negó a conceder cualquier tipo de licencia a este respecto. Solo tras distintas conversaciones accedió a que el ignaciano pudiera administrar los sacramentos al embajador y su *familia*. En estas circunstancias, la oposición del legado papal condicionaba el funcionamiento de la capilla y, por ello, Miraval se planteó acudir a la mediación de Felipe V para que solicitase al papa Clemente XI que se mantuvieran las preeminencias que había gozado el oratorio. Si bien eran sumamente complejas las negociaciones existentes para el restablecimiento de vínculos diplomáticos entre Roma y Madrid, esta intención no llegó a materializarse por haber sido llamado el ministro de retorno en España[101].

Por su parte, y pese a una inicial condescendencia, el internuncio Santini mostró una postura combativa hacia la capilla española. Aparte de dificultar la apertura y regular actividad, se le acusó de alentar envidias entre los eclesiásticos católicos y favoreció diversas acciones dirigidas a su cierre. La causa de tal posicionamiento, como apuntase el secretario y encargado de negocios de la embajada Nicolás Antonio de Oliver y Fullana, respondía a su desinformación de cuanto acontecía en el interior del Real Palacio de España[102]. Tanto fue así que, en el ínterin que llegaba a La Haya el nuevo embajador felipista Lorenzo Verzuso, marqués de Beretti Landi, le escribió para que permitiera al capellán fray Agustinus van Duren, de la Orden de Predicadores, asistir a los misioneros de su religión[103]. Según sus noticias, este religioso permanecía ocioso, aun cuando celebraba misa todos los días y predicaba dos veces cada domingo y día de fiesta. Tampoco lo estaba el mencionado capellán Espinosa, quien se encargaba de hacer las meditaciones de la Pasión los miércoles y sábados de Cuaresma, y enseñar la doctrina diariamente[104].

99. AHN, Estado, leg. 3546[2]. Minuta de las instrucciones para Luis de Miraval. Buen Retiro, 14 de abril de 1715. Bongaerts (1866: 73).

100. Bongaerts (1866: 78).

101. Martín Marcos (2011).

102. Acerca de Oliver y Fullana, *vid*. Ozanam (1998: 374).

103. Una semblanza de Beretti Landi se halla en *ibidem*: 465-466.

104. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Nicolás Antonio de Oliver y Fullana a Juan de Elizondo. La Haya, 26 de marzo de 1716.

Mientras se reordenaba el organigrama interno de la capilla, y para prevenir murmuraciones entre el pueblo, el padre Domingo de Espinosa pidió licencia al deán o cura de La Haya. Si bien las veces anteriores se la había dispensado, en esta ocasión alegó que «tenía orden superior rehusarle cualquiera [de] dichas facultades, que con odiosa excepción de los capellanes de España, concede a otros cualesquiera que se la piden». Oliver y Fullana atribuyó esta decisión a dos razones. Por un lado, se pretendía disminuir el concurso de católicos «porque se queja el que llaman cura y los padres carmelitas descalzos franceses» de ver abandonados sus respectivos espacios de culto por el oratorio hispano[105]. Por el otro, la confluencia de intereses del internuncio y dicho clérigo con el residente imperial en La Haya, barón Arnold von Heems[106], quien fabricó una capilla bajo la dirección de los franciscanos y buscaba «engrandecer la suya con la aniquilación de la nuestra y la preferencia en todo como primer embajador de embajadores, según se intitula»[107].

En este ambiente de emulación, la intención del cesado Luis de Miraval para la conservación de los derechos y privilegios reales heredados, don Nicolás Antonio instaba a Felipe V a acudir al papa para que se facultase a Domingo de Espinosa «ahora que los Estados Generales no ponen embarazo en que esté abierta». Su argumento se basaba en la antigüedad de la capilla y haber sido tenida por *parroquia*, pese a existir en La Haya otras dos, una de ellas servida por un sacerdote jansenista. También los carmelitas descalzos contaban con su propio oratorio bajo el patrocinio imperial, «pero a ella solo asisten los que hablan francés», pocos en comparación con los católicos locales que acudían al Real Palacio de España. Otro factor eran las condiciones en que se fabricó la capilla de Francia. Al igual que la cesárea, estaba hecha de tablas y, «por consiguiente, no se reputa por fija y permanente», lo que contrastaba con la embajada española[108].

Durante su negociado interino, y mientras llegaban nuevas acerca del asunto de las facultades por vía de Lorenzo Verzuso, Oliver y Fullana conservó a dos capellanes en nómina y trató de imprimir cierto halo de prestigio a su oratorio, pese a las *dificultades* que ponían el internuncio y el barón Heems[109]. No sin esfuerzo, don Nicolás Antonio tuvo que enfrentarse a las reiteradas instancias del abate Santini y el provincial de la Orden de Santo Domingo para que fray Augustinus

105. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Nicolás Antonio de Oliver y Fullana a Juan de Elizondo. La Haya, 26 de marzo de 1716.

106. Biblioteca Nacional de Francia (BNF), Manuscrits, Lorraine, 781, f. 66r. Carta Wilhelm Kellers a Francisco Bernardo de Quirós. Barcelona, 4 de septiembre de 1707.

107. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Nicolás Antonio de Oliver y Fullana a Juan de Elizondo. La Haya, 26 de marzo de 1716.

108. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Nicolás Antonio de Oliver y Fullana a Juan de Elizondo. La Haya, 26 de marzo de 1716.

109. AGS, Estado, leg. 6182. Carta de Nicolás Antonio de Oliver y Fullana a Felipe V. La Haya, 17 de septiembre de 1716.

van Duren abandonase su cargo y se incorporase a la misión de su religión. La intención última era que solo quedase un capellán, «o se cerrase la capilla, o fuese menester pedir ayuda al que se intitula cura de aquí para que, poniendo él un sujeto de su parcialidad, dependiese la capilla de su dirección inmediata». Eran asuntos sin precedentes. Este religioso estaba aprobado por sus superiores para el ejercicio que desempeñaba en el oratorio, no pudiendo aplicarse en otro empleo sin licencia regia o, en su defecto, del embajador. Sin embargo, desde Bruselas, el internuncio le intimidó con revocarle la facultad para confesar y predicar si no obedecía la disposición y regresaba al convento[110].

Ante un escenario de desgobierno y reposicionamiento político, se observó una nueva maniobra para desplazar a Domingo de Espinosa. En un encuentro del conde Tarouca con los imperiales Heems y Zinzerling, un jesuita proveniente de Viena que se dirigía a Portugal para recalar en misiones americanas advirtió al barón cómo no solo recobraría el Real Palacio, sino que el capellán mayor debería abandonar la capilla por ser natural de los Países Bajos, territorio bajo soberanía de Carlos VI, y no debía servir a Felipe V, «enemigo de su amo» y señor natural. Por otro lado, era reconocible la mala voluntad del cura de La Haya contra el altar español y su voluntad de introducir en ella seglares «de pocas letras», lo que suponía una mediatización y un riesgo significativo de insertar el jansenismo en el espacio de culto. Para afrontar esta problemática, se insistía en la precisión de conseguir de Roma la ansiada facultad y se precisaba que el prepósito general Michelangelo Tamburini matriculase al padre Espinosa en la provincia de Castilla como hijo de español que murió al servicio de Carlos II. Mediante este expediente, quedarían *burlados* tanto el internuncio como los representantes hasbúrgicos. No obstante, existía un fuerte recelo a recibir a cualquier sujeto para ejercer de capellán. Si el jesuita fuera apartado del cargo, anotó Oliver y Fullana, «queda el arbitrio de hacer venir uno de esos reinos y de la misma religión, ignorando el tal el idioma flamenco para predicar y enseñar la doctrina cristiana se frustra el fin principal de la conservación de esta capilla, edificada para el pasto espiritual y consuelo de tantos católicos, que por la mayor parte son pobres»[111].

A su llegada a La Haya, el marqués de Beretti Landi advirtió cómo los católicos no hacían manifestaciones públicas de su religión a diferencia de otros *institutos*. Su número era similar al de los *sectarios*, aun cuando era el colectivo más «abatido y escaso de medios». Por esta razón, y en cumplimiento de sus instrucciones, el nuevo embajador se aplicó en su cometido de abrir la capilla. Esta intención implicaba la adquisición de ornamentos y objetos litúrgicos, el mantenimiento de los capellanes con las mismas atribuciones «que han de ejercer y ejercieron desde

110. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Nicolás Antonio de Oliver y Fullana a Juan de Elizondo. La Haya, 17 de septiembre de 1716.

111. AGS, Estado, leg. 6382. Carta de Nicolás Antonio de Oliver y Fullana a Juan de Elizondo. La Haya, 17 de septiembre de 1716.

que aquí hubo capilla de España». Como su predecesor, don Lorenzo retomó un asunto pendiente: la situación de una renta de 400 doblones sobre un obispado en Flandes (pese a que su dominio efectivo se había evaporado entre 1706, con la pérdida de la mayor parte de las provincias en favor de la soberanía teórica de Carlos III de Austria, y 1711, con la cesión de los remanentes borbónicos de los Países Bajos al Elector de Baviera)[112] para la financiación privativa del oratorio, sin cargar más gastos a la Real Hacienda. Respecto a las facultades, carecía de orden de Felipe V sobre esta materia, pero estaba informado de la designación de los capellanes mayores entre los miembros de la Compañía de Jesús y cómo hasta 1710, con la salida del padre Van der Beek, los servidores de este lugar de culto habían estado habilitados para administrar el bautismo, el matrimonio y la unción de enfermos a quienes «acuden a esta capilla como a parroquia, no habiéndola aquí determinada».

Para restaurar las prerrogativas que las coyunturas y el cierre temporal habían provocado, cualquier intervención que quisiera efectuar el ministro español pasaba por elevar instancias directamente con el representante pontificio[113]. En vista a la oposición del internuncio de Bruselas, era prioritario conseguir la restitución de las antiguas exenciones de Roma, pues el padre Espinosa era el único capellán de ministro católico que no lo tenía «por complacer al embajador de Alemania que fomenta esta tan inicua como odiosa distinción en despique de no haber podido apoderarse de esta real casa»[114]. Si bien el monarca Borbón había trasladado el asunto a la corte papal y a su embajador en la *Urbs*, el cardenal Francesco Acquaviva, se insistía al aristócrata parmesano que perseverase en sus oficios[115]. La obstinada negativa del agente pontificio desalentaba a Verzuso. Tan contraria posición, incluso, movió al Consejo de Estado a proponer a Felipe V que escribiera a Clemente XI «para que la sujeción que tenía esta capilla al internuncio de Bruselas se transfiera al internuncio de Colonia para que, como residente en una corte libre y sin sujeciones que lo embaracen, atienda a sus dependencias de la referida capilla»[116].

En su correspondencia con Acquaviva, el diplomático le trasladó desde La Haya el agravio del que sus capellanes eran objeto. Dos jesuitas que asistían la capilla de Francia estaban facultados en los mismos términos que se reclamaba

112. Van Kalken (1907), Glesener (2023) y Quirós Rosado (2018 y 2021).

113. AGS, Estado, leg. 6182. Carta del marqués Beretti Landi al marqués de Grimaldo. La Haya, 22 de octubre de 1716.

114. AGS, Estado, leg. 6382. Carta del marqués Beretti Landi a Felipe V. La Haya, s. f., 1716.

115. El marqués de Beretti Landi también dirigía todos los instrumentos probatorios y noticias que tocaban al asunto de las facultades para los capellanes de la Real Capilla de España. AGS, Estado, leg. 6382. Carta del marqués de Beretti Landi a Felipe V. La Haya, 24 de diciembre de 1716. Para conocer la embajada del cardenal Acquaviva, *vid*. León Sanz (2021).

116. AGS, Estado, leg. 6382. Carta del marqués de Beretti Landi a Felipe V. La Haya, 24 de diciembre de 1716.

para el padre Espinosa. Esta misma circunstancia se daba con los dos carmelitas descalzos que servían el oratorio bajo patrocinio imperial. Si bien el representante pontificio había expresado su negativa, todos ellos ejercían tales funciones «si no es con explícito, será con implícito consentimiento suyo». En este empeño, sin embargo, el purpurado se mostró prudente y aconsejó a su interlocutor que no emprendiera acciones o persistiera en un asunto que, con posterioridad, no se pudiera mantener. Respecto al padre Van Duren, el cardenal era partidario de que Beretti Landi obedeciera la orden de Santini y evitara comprometer la posición del dominico y arriesgarse a perder sus derechos con tal dependencia. Así, le recomendaría tomar otro capellán. En cambio, el parecer de don Lorenzo difería. Su oposición a ceder ante el internuncio o el provincial de Santo Domingo obedecía no solo a la autorización con que contaba dicho religioso y el comportamiento ejemplar demostrado desde tiempos de Miraval, sino también a cómo un posible sustituto le provocaba una honda desconfianza. Por un lado, consideraba que este individuo podría provocar la interrupción de los oficios litúrgicos; y, por el otro, la elección de un candidato que no fuera de su *devoción* podría significar la introducción de un sujeto que podría actuar como «espía». Tales recelos le movían a enfatizar su autoridad y criterio para licenciar y poner a disposición de sus superiores a fray Augustinus o a cualquier otro dependiente que fuese escandaloso, «sin haber de meterse en ello el internuncio, ni provincial contra la regalía que pertenece a mi carácter»[117].

La actitud combativa del aristócrata italiano no hizo sino acrecentarse con la recepción de la orden del provincial de Santo Domingo para recusar al padre Van Duren y reclamar su regreso a Brabante en el plazo de diez días so pena de excomunión. Tampoco contribuyó la respuesta del prepósito general de la Compañía de Jesús para la inmatriculación del padre Espinosa a la provincia de Castilla, pues el marqués era conocedor de las maniobras del diplomático imperial Heems –antiguo jesuita y casado con una luterana– para obstaculizar el ejercicio del capellán mayor e impedir que religiosos flamencos se aplicaran en la capilla de España, en tanto vasallos de Carlos VI de Austria. El objetivo no era otro que desgastar, por la vía diplomática y con instrumentos religiosos, a Felipe V. Esta erosión a la estabilidad de la capilla terminaría conduciendo a su cierre o, en su defecto, a la privación de sus servidores, lo que supondría un grave perjuicio para el Rey Católico. Se creaba un escenario sumamente adverso para la continuidad del baluarte confesional hispano que venía operando en las Provincias Unidas desde tiempos de Felipe IV y provocaría la degradación del altar diplomático al pasar de gozar privilegios de parroquia a los términos de un oratorio particular[118].

117. AGS, Estado, leg. 6382. Copia de carta del marqués de Beretti Landi al cardenal Acquaviva. La Haya, 24 de diciembre de 1716.

118. AGS, Estado, leg. 6382. Carta del marqués de Beretti Landi a Felipe V. La Haya, 31 de diciembre de 1716.

Tan abrupto cambio de naturaleza jurídica era inadmisible para Beretti Landi. En el intento de templar su ánimo, el cardenal Acquaviva trató de mediar en un asunto con jurisdicciones superpuestas e intereses políticos (y particulares) confrontados a escala europea. Según sus informaciones, los capellanes cesáreos tampoco estaban facultados ante la oposición del internuncio bruselense. En este punto, el marqués matizó que, tanto los dos frailes franciscanos que asistían la capilla protegida por Heems como el religioso dominico que le asistía por la nación alemana ejercían funciones pastorales, aunque «con qué licencia, lo ignoro». Tanto es así que los mismos capellanes del barón vivían de la limosna y no estaban a sueldo del emperador a diferencia de los domésticos españoles. Esta circunstancia también respondía a la falta de una capilla pública imperial durante el gobierno de los difuntos Leopoldo I y José I, pues los católicos no habían contribuido en la fábrica del altar que se erigió de tablas en el jardín de la casa en que vivía su residente. Las condiciones de este oratorio se debían a la temporalidad de su misión diplomática y al ocupar un inmueble que no era propio, como sí ocurría con el Real Palacio de España en La Haya[119].

En todo caso, el purpurado no dejó de advertir al diplomático que se había reclamado al internuncio la concesión de las facultades correspondientes para que sus capellanes desempeñaran el ministerio pastoral a la reserva del bautismo, el matrimonio y la comunión «para no perjudicar a los curas que están determinados en estas partes». Sin embargo, esta decisión significaba proporcionar a sus capellanes, cuando no confirmar, la misma licencia que ya tenían concedida previamente, pues no habiendo en la ciudad «curas determinados, con domicilio fijo, ni renta señalada, cada católico cumple con el precepto eclesiástico en la parte que quiere»[120]. Por ello, la capilla de España se había convertido desde hacía largo tiempo en un foco de atracción para dicha comunidad. Con base en esta condición y los servicios prestados, el marqués no aspiraba a obtener una facultad que fuera extensible a todos sus capellanes, sino solo al capellán mayor Domingo de Espinosa por su potestad y empleo. Perseverando en su razonamiento, replicó a Acquaviva cómo «solo la facción austriaca es la que mueve al internuncio y al provincial de Santo Domingo». Para probar esta mediatización, el aristócrata recuperó la confesión reiterada que el purpurado le hizo acerca de cómo los prelados en Roma «sono tinti di queste pece», bien por los intereses de las abadías que poseían en territorios bajo gobierno imperial, bien por el *abuso* existente en la *Urbs* para la provisión de cargos y dignidades al arbitrio de Viena. Este perfil que describía Beretti Landi se correspondía con el abate Santini por su postura inamovible de *escasear* la concesión de unas funciones que sí gozaban los capellanes de otros

119. AGS, Estado, leg. 6382. Copia de carta del marqués de Beretti Landi al cardenal Acquaviva. La Haya, s. f., 1716.

120. AGS, Estado, leg. 6382. Copia de carta del marqués de Beretti Landi al cardenal Acquaviva. La Haya, s. f., 1716.

representantes católicos «porque esta capilla es el objeto de la indignación de los austriacos». En paralelo, don Lorenzo señalaba cómo dicha facción conspiraba con el provincial de Santo Domingo para que se licenciase al padre Van Duren por predicar en flamenco y, con la vacante en el cargo, situar a otro de dicha orden o de cualquier otra que, proveniente de los Países Bajos, sería rechazado, pues «obedeciendo aquellas provincias al archiduque, ninguno de sus vasallos debía servir al rey» Felipe V[121]. Frente a tan compleja política, los oficios de Beretti Landi no estaban teniendo efecto. Todas sus esperanzas pasaban por la intercesión de Acquaviva para conseguir que el capellán Espinosa fuera finalmente facultado[122]. Incluso, le instaría a que la ejecución de la orden pontificia corriese por mano del nuncio de Colonia, monseñor Giovanni Battista Bussi, en lugar de por el internuncio[123]. Sin embargo, la querella siguió quedando irresoluta. La reivindicación de los privilegios reales en esta materia continuó posteriormente. En este escenario, el internuncio de Bruselas no fue sino un actor más de una discusión, con pareceres contrapuestos, en la que su postura venía a ratificar la negativa del vicario a la aprobación de las facultades demandadas por el segundo, con base en los límites aplicados a las mismas, aun cuando para el aristócrata parmesano su proceder perjudicase a Felipe V[124].

## 5. Conclusiones

La aprobación de las facultades a los capellanes que servían la capilla española en La Haya se convirtió en uno de los asuntos más controvertidos en la transición del siglo XVII al XVIII. En medio de unas relaciones tensionadas por intereses opuestos, quedó patente la falta de entendimiento por la desaprobación de los vicarios apostólicos de Holanda para dispensar la licencia requerida por los diplomáticos españoles, lejos de contribuir al objetivo común de preservar el catolicismo en las Provincias Unidas, obstaculizaba la política confesional del Rey Católico que, desde 1649, venían desarrollando los sucesivos ministros hispanos. Esta problemática permanecía para resurgir periódicamente, pues, con cada nueva

121. AGS, Estado, leg. 6382. Copia de carta del marqués de Beretti Landi al cardenal Acquaviva. La Haya, s. f., 1716.

122. El cardenal se documentó acerca de cuanto se había procedido con los capellanes del oratorio español. Su informante sería el provincial apostólico en las Provincias Unidas, abad Theodorus de Kock, buen conocedor de la materia por su experiencia como provicario apostólico de la Misión de Holanda desde 1702, en sustitución de Petrus Codde, hasta su renuncia en 1705. Cada uno de los aspectos expuestos fueron rectificados o refutados por Beretti Landi, mediante glosas marginales en la copia que mandó a Felipe V, conforme a las noticias extraídas de los registros y libros sacramentales de la real capilla. AGS, Estado, leg. 6382. Noticias de vicario apostólico Theodorus de Kock. S. l., s. f.

123. AGS, Estado, leg. 6382. Copia de carta del marqués de Beretti Landi al cardenal Acquaviva. La Haya, s. f., 1716.

124. AGS, Estado, leg. 6382. Noticias de vicario apostólico Theodorus de Kock. S. l., s. f.

reclamación, afloraron las diferencias existentes entre los representantes regios y los agentes pontificios en materias confesionales y jurisdiccionales.

El avance del jansenismo en este clima de inestabilidad y conflicto no hizo sino aumentar la distancia entre las partes, a lo que se sumó la panoplia de medidas de presión adoptadas por los Estados Generales, en particular, las dirigidas hacia el ejercicio y la presencia jesuita en la República neerlandesa. No obstante, las autoridades de La Haya adoptaron una postura de connivencia política y pragmatismo hacia la capilla de España, sobre todo, tras las resoluciones aprobadas en la década de 1650, cuya observancia por parte de los embajadores de Felipe IV, Carlos II y Felipe V fue muy laxa en virtud de sus prerrogativas y el *ius gentium* que imperaba en su casa.

Por más de cincuenta años, en el núcleo de esta disputa se hallaba el control de la religión católica por parte de un *pseudo*-patronato regio, ejercido desde el oratorio diplomático por unos religiosos dependientes del rey de España, que se contraponía a la acción misionera que la Santa Sede desplegó abiertamente en el Norte de Europa[125]. Entre ambos polos de fricción se situaría la corte provincial de Bruselas, cuya centralidad la convirtió en un espacio sobre el que bascularía la geopolítica europea y la gestión de las distintas empresas y ofensivas católicas, aprovechando los canales de tolerancia generados en tierras calvinistas, luteranas y anglicanas tras la paz de Westfalia. El papel desempeñado por cada gobernador general de los Países Bajos españoles en la dirección de los distintos negociados septentrionales de la Monarquía fue determinante no solo por su labor de mediación, sino también por su capacidad para capitalizar relaciones personales, amistades o, incluso, intimidar a agentes pontificios. Por su parte, el internuncio apostólico se presentó como un *broker* para la proyección del culto católico en las Provincias Unidas y la preservación de la ortodoxia en unos territorios donde las jurisdicciones eclesiásticas romanas tendían a superponerse y, en no pocas ocasiones, enfrentarse por hegemonizar su poder de intermediación y control.

La intervención de ambos representantes, político y confesional, hispano y pontificio, resultaría decisiva para clarificar los aspectos más discutidos en los que la capilla de la embajada española en La Haya se había convertido en un auténtico centro de poder, como demostrarían los distintos intentos de las potencias católicas para adquirir la propiedad del real palacio en el transcurso de la guerra de Sucesión. Sería durante este conflicto armado cuando, en un teórico período de secularización política como ha considerado tradicionalmente la historiografía, la religión no solo mantuvo su potencial como factor de desestabilización hasta el punto de instrumentalizarse y presentarse como una guerra de religión (González Cruz, 2002), sino que el eje confesional de la diplomacia de los príncipes católicos demostró su plena vigencia en el desarrollo de las nacientes relaciones internacionales.

125. Muestra de ello serían las políticas de Carlos III hacia Suiza y las misiones alemanas. Quirós Rosado (2015 y 2016).

## 6. Bibliografía

Agten, Els (2020), *The Catholic Church and the Dutch Bible. From the Council of Trent to the Jansenist Controversy (1564-1733)*, Leiden-Boston: Brill.

Albareda Salvadó, Joaquim (2010), *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona: Crítica.

Albers, P., SJ (1916), *De Sinte Teresia-Kerk op Het Hooge Westeinde voorheen de Spaansche Kapel en de Kerk van Spagne te 's-Gravenhage*, A.N. Govers, 's-Gravenhage.

Alzina, José Pablo (2004), *Embajadores de España en los Países Bajos*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.

Bongaerts, p. G., SJ (1866), *De St. Teresia-Kerk, weleer de Koninklijke Kapel van Spanje*, 's-Gravenhage: T.C.B. ten Hagen.

Bouchet, Louis-François de (marqués de Sourches) (1888), *Mémoires du marquis de Sourches sur le règne de Louis XIV* (edición del conde de Cosnac y Edouard Pontal), París: Librairie Hachette, t. VII.

Bravo Lozano, Cristina (2014), *Tierras de Misión. La política confesional de la monarquía de España en las islas Británicas, 1660-1702*, Tesis doctoral inédita, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

Bravo Lozano, Cristina (2015), «¿Antemural de la fe o tierras de misión? Reflexiones en torno al Norte y la proyección confesional de la monarquía carolina», en Pedro García Martín, Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Antemurales de la fe. Conflictividad confesional en la monarquía de los Habsburgo, 1516-1714*, Madrid: Ministerio de Defensa-UAM Ediciones, pp. 213-240.

Bravo Lozano, Cristina (2018a), «Un patronato evanescente. La capilla *española* en La Haya durante la guerra de Sucesión», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV*, 31, pp. 215-241.

Bravo Lozano, Cristina (2018b), «Pinturas, ornamentos y otros recaudos. La circulación de los 'trastos' entre las capillas españolas de Londres y La Haya, 1662-1665», *Archivo Español de Arte*, XCI/361, pp. 17-28.

Bravo Lozano, Cristina (2021), «La aguda pluma del embajador. Ingenio y cultura política española en la correspondencia informal entre Londres y La Haya (1675-1699)», en Cristina Bravo Lozano y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (eds.), *Los embajadores. Representantes de la soberanía, garantes del equilibrio (1659-1748)*, Madrid: Marcial Pons Historia, pp. 415-440.

Bravo Lozano, Cristina (2023), «*Ius gentium* y reciprocidad diplomática. La regulación de las inmunidades y franquicias en la corte de Madrid, 1665-1684», *Mo.Do. Rivista di Storia, Scienze umane, Sociali e Cultural heritage*, 7-8, pp. 37-74.

Bravo Lozano, Cristina (en prensa), *La religión de España. Diplomacia y cultura política en la embajada en Londres, 1660-1699*, Madrid: Sílex.

Bravo Lozano, Cristina y Herrero Sánchez, Manuel (en prensa), «Carlos II y los Países Bajos españoles: defensa militar, gobierno político e intereses mercantilistas», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, Cristina Bravo Lozano y Roberto Quirós Rosado (eds.), *Bifronte imperio de dos mundos. Europa y América durante el reinado de Carlos II*, Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.

Carrió-Invernizzi, Diana (2016), «Manuel de Lira, Spanish Ambassador to The Hague (1671-1678). The home of the ambassador and his role as agent of artists and art collectors», en Diana Carrió-Invernizzi (dir.), *Embajadores culturales. Transferencias y lealtades de la diplomacia española de la Edad Moderna*, Madrid: UNED, pp. 205-235.

Cluny, Isabel (2006), *O conde de Tarouca e a diplomacia na época moderna*, Lisboa: Livros Horizonte.

Cools, Hans (2014), «Een vreemde eend in de Hollandse bijt. De gesneefde loopbaan van co-adjutor Zacharias de Metz (ca. 1600-1661)», en Michiel van Groesen, Judith Pollmann y Hans Cools (eds.), *Het gelijk van de Gouden Eeuw. Recht, onrecht en reputatie in de vroegmoderne Nedernanden*, Hilversum: Verloren, pp. 47-55.

Finot, M. Jules (dir.) (1888), *Inventaire sommaire des Archives Départementales antérieures a 1790*, Lille: Imprimerie de L. Danel, t. VI.

Francis, A. D. (1966), *The Methuens and Portugal, 1691-1708*, Cambridge: Cambridge University Press.

Frey, Linda y Frey, Marsha (1999), *The History of Diplomatic Immunity*, Columbus: Ohio State University Press.

Fruytier, J. (1927), «Augiers, Philippus», en p. C. Molhuysen, p. J. Blok y K. H. Kossmann (eds.), *Nieuw Nederlandsch biografisch woordenboek*, Leiden: A. W. Sijthoff's uitgeversmaatschappij, vol. VII, pp. 48-49.

Fruytier, J. (1930), «Bosch, Daniel Willem», en p. C. Molhuysen, p. J. Blok y K. H. Kossmann (eds.), *Nieuw Nederlandsch biografisch woordenboek*, Leiden: A. W. Sijthoff's uitgeversmaatschappij, vol. VIII, pp. 184-185.

Garran, Peter (1966), «Westeinde, 12 - The embassy story», *Jaarboek Die Haghe*, pp. 1-17.

*Generaalen Index op de Registers…*, s. p.

Glesener, Thomas (2023), *El imperio de los exiliados*, Granada: Universidad de Granada.

Herrero Sánchez, Manuel (2000), *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid: CSIC.

Herrero Sánchez, Manuel (2002), «Las Provincias Unidas y la Guerra de Sucesión española», *Pedralbes*, 22, pp. 133-154.

Herrero Sánchez, Manuel (2016), «Conectores sefarditas en una monarquía policéntrica. El caso Belmonte/Schonenberg en la articulación de las relaciones hispano-neerlandesas durante la segunda mitad del siglo XVII», *Hispania. Revista Española de Historia*, 76/253, pp. 445-472.

Herrero Sánchez, Manuel (2019), «Los Países Bajos en la estructura imperial hispánica», en Marina Mestre Zaragozá (dir.), *L'Espagne de Charles II, une modernité paradoxale, 1665-1700*, París: Classiques Garnier, pp. 107-154.

Hubert, Eugène Ernest (1882), *De Charles-Quint à Joseph II : Étude sur la Condition des Protestants en Belgique*, Bruselas: A. N. Lebègueetcie.

Hubert, Eugène Ernest (1907), *Les Pays-Bas espagnols et la république des Provinces Unies depuis la paix de Munster jusqu'au traité d'Utrecht. Les questions religieuses et les relations diplomatiques*, Bruselas: Hayez.

Iñurritegui, José María y Ribot, Luis (eds.) (2016), *Europa y los tratados de reparto de la Monarquía de España, 1668-1700*, Madrid: Biblioteca Nueva.

Jeanmougin, Bertrand (2005), *Louis XIV à la conquête des Pays-Bas espagnols. La guerre oubliée, 1678-1684*, París: Éditions Économica.

Kaplan, Benjamin J. (2002), «Diplomacy and domestic devotion: embassy chapels and the toleration of religious dissent in Early Modern Europe», *Journal of Early Modern History*, 6/4, pp. 341-361.

Kaplan, Benjamin J. (2009), *Catholic communities in Protestant states. Britain and the Netherlands, c. 1570-1720*, Manchester: Manchester University Press.

Knuttel, W. p. C. (1895), «Vergaderplaatsen der katholieken te 's-Gravenhage in de zeventiende eeuw», *Archief voor Nederlandse Kerkgeschiedenis*, 5, pp. 106-107.

Lamberty, Guillaume de (1730), *Mémoires pour servir à l'histoire du XVIII siècle*, La Haya: chez Henri Scheurleer, t. VIII.

León Sanz, Virginia (2021), «El cardenal Francesco Acquaviva d'Aragona, ministro de Felipe V en Roma», en Cristina Bravo Lozano y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (eds.), *Los embajadores. Representantes de la soberanía, garantes del equilibrio, 1659-1748*, Madrid: Marcial Pons, pp. 205-228.

Martín Marcos, David (2011), *El papado y la Guerra de Sucesión*, Madrid: Marcial Pons.

Martín Marcos, David (2014), «Portugal entre Methuen y Utrecht», en Marina Torres Arce y Susana Truchuelo García (eds.), *Europa en torno a Utrecht*, Santander: Universidad de Cantabria, pp. 65-88.

Mérode-Westerloo, Jean Philippe Eugène de (1840), *Mémoires de feld-maréchal comte de Mérode-Westerloo, chevalier de la Toison d'Or, capitaine des trabans de l'empereur Charles VI, etc., etc.*, Bruselas: Société Typographique Belge, t. II.

Ochoa Brun, Miguel Ángel (2002), *Embajadas rivales. La presencia diplomática de España en Italia durante la guerra de Sucesión*, Madrid: Real Academia de la Historia.

Ozanam, Didier (1998), *Les diplomates espagnols du XVIII[e] siècle*, Madrid-Bordeaux: Casa de Velázquez-Maison des Pays Ibériques.

Prestage, Edgar (1998), *Portugal and the War of the Spanish Succession*, Cambridge: Cambridge University Press.

Quirós Rosado, Roberto (2015), «Un antemural de la fe en tiempos de transición dinástica. Esguízaros y grisones ante la monarquía de Carlos III de Austria», en Pedro García Martín, Roberto Quirós Rosado y Cristina Bravo Lozano (eds.), *Antemurales de la fe. Conflictividad confesional en la monarquía de los Habsburgo, 1516-1714*, Madrid: Ministerio de Defensa-UAM Ediciones, pp. 241-263.

Quirós Rosado, Roberto (2016), «Diplomacia y misión en Europa durante la guerra de Sucesión: los Habsburgo-Wolfenbüttel, el Estado de Milán y el catolicismo septentrional», *Cuadernos de Historia Moderna*, 41, pp. 29-47.

Quirós Rosado, Roberto (2017), *Monarquía de Oriente. La corte de Carlos III y el gobierno de Italia durante la guerra de Sucesión española*, Madrid: Marcial Pons.

Quirós Rosado, Roberto (2018), «Liberalitas como soberanía. Las concesiones nobiliarias en los Países Bajos habsbúrgicos», en José Ignacio Fortea Pérez, Juan E. Gelabert, Roberto López Vela y Elena Postigo Castellanos (coords.), *Monarquías en conflicto. Linajes y noblezas en la articulación de la Monarquía Hispánica*, Santander: Universidad de Cantabria-Fundación Española de Historia Moderna, pp. 713-726.

Quirós Rosado, Roberto (2021), «Moribus antiquis. Dynasty, political strategy and Burgundian court ceremonial during the genesis of the Austrian Golden Fleece, 1709-13», en Tibor Martí y Roberto Quirós Rosado (eds.), *Eagles Looking East and West. Dynasty, Ritual and Representation in Habsburg Hungary and Spain*, Turnhout: Brepols, pp. 271-285.

Riemer, Jacob de (1730), *Beschryving van 's Graven-Hage*, Delft: Reinier Boitet.

Saintenoy, Paul (1932), *Les arts et les artistes à la cour de Bruxelles*, t. 1, Bruselas: M. Lamartin.

Salinas, David (1988), «La diplomacia española a través de los embajadores en La Haya (1665-1700)», *Bulletin Hispanique*, 90/3-4, pp. 363-374.

Schoon, Dick Jan (2018), «Empowering Catholics in a Protestant Republic: Life and Works of Apostolic Vicar John van Neercassel (1626-1686)», en Peter-Ben Smit y Eva van Urk

(eds.), *Parrhesia. Ancient and Modern Perspectives on Freedom of Speech*, Leiden-Boston: Brill, pp. 83-103.

Schoon, Dick Jan (2019), *Een aartsbisschop aangeklaagd in Rome: De dagboeken van aartsbisschop Petrus Codde en zijn metgezellen Jacob Krijs en Benedict de Waal over hun reis naar en hun verblijf in Rome, 1700-1703*, Hilversum: Verloren.

Schrama, M. y Van Bavel, J. (dirs.) (1982), *Jansénius et le jansénisme dans le Pays-Bas. Mélanges Lucien Ceyssens*, Lovaina: Leuven University Press.

Smit, E. J. Th. A. M. A. (1979), *Neercassel, Huissen en de Hollandse Zending*, Huissen: Historische Kring Huessen.

Spiertz, Mathieu G. (1992), «Anti-Jansenisme en Jansenisme in de Nederlanden in de achttiende en negentiende eeuw», *Trajecta*, 1, pp. 233-251.

Sprunk, Alphonse, «Francisco Bernardo de Quirós, ein spanischer Diplomat im Dienste des Hauses Österreich während des Spanischen Erbfolgekrieges», *Mitteilungen des österreichischen Staatsarchivs*, 17-18 (1964-1965), pp. 24-95; 19 (1966), pp. 56-134; 20 (1967), pp. 1-35.

Van Kalken, Frans (1907), *La fin du régime espagnol aux Pays-Bas*, Bruselas: J. Lebègue & Cia.

Vermeir, René (2010), «La nunciatura de Flandes en las primeras décadas de su existencia (1594/1596-1634)», en José Martínez Millán y Manuel Rivero Rodríguez (coords.), *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica (siglos XV-XVIII)*, Madrid: Polifemo, vol. 1, pp. 331-350.

Waardt, Hans de (2009), «Jesuits, Propaganda and Faith Healing in the Dutch Republic», *History*, 94/3, pp. 344-359.

Willaert, L. (1948), *Les origines du Jansénisme dans les Pays-Bas catholiques*, Bruselas: Académie Royale de Belgique.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425183216

# LA AGENCIA DE LA HIJA DEL GRAN PRIOR. LA *PRINCESA* MARÍA CATALINA ISABEL DE AUSTRIA, ENTRE BORGOÑA, MILÁN, CASTILLA Y FLANDES (1658-1714)*

## *The Agency of the Grand Prior's Daughter. The* Princess *Mary Catherine Elizabeth of Austria, between Burgundy, Milan, Castile and Flanders (1658-1714)*

Alberto BRAVO MARTÍN
Universidad Autónoma de Madrid
alberto.bravom@estudiante.uam.es

Roberto QUIRÓS ROSADO
Universidad Autónoma de Madrid
roberto.quiros@uam.es

Fecha de recepción: 28/01/2024
Fecha de aceptación: 04/06/2024

RESUMEN: Uno de los personajes más desconocidos dentro del universo dinástico de los Habsburgo es la *princesa* María Catalina Isabel de Austria (1658-1714). Hija natural de don Juan José de Austria y, por ende, sobrina de Carlos II, desarrolló sus primeros años de vida entre el Franco Condado de Borgoña, Milán y Castilla hasta que, en 1690, pasaría a residir en los Países Bajos españoles. Allí, establecida en el convento bruselense de Berlaymont, permaneció hasta su muerte.

* [Nota de Roberto Quirós Rosado] Este artículo se ha desarrollado en el marco del proyecto *FAILURE: Reversing the Genealogies of Unsuccess, 16th-19th Centuries* [H2020-MSCA-RISE, Grant agreement: 823998], dentro de las líneas de trabajo establecidas en su WP2; y también forma parte del proyecto I+D Generación de Conocimiento *De los reinos al Palacio Real: los agentes y el despacho regio en la monarquía de España, 1659-1725* [PID2023-148329NB-I00], concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación (Gobierno de España).

Ante sus constantes problemas económicos, la dama desplegó una activa labor de negociación cortesana para ver reconocido su estatus como persona de sangre real y asegurar el cobro de la pensión y las ayudas de costa que el monarca le concediese para su manutención. Su situación se complejizaría tras la muerte del último soberano madrileño de la Casa de Austria y el estallido de la guerra de Sucesión española. A partir de entonces no dudó en desplegar su agencia política tanto ante las Dos Coronas borbónicas como en las Provincias Unidas o la corte habsbúrgica de Barcelona e, incluso, enviando a su propio representante ante los plenipotenciarios del Congreso de Utrecht para que defendiera sus intereses.

*Palabras clave*: María Catalina Isabel de Austria; Juan José de Austria; Países Bajos españoles; Franco Condado de Borgoña; Guerra de Sucesión española; Congreso de Utrecht.

ABSTRACT: One of the most unknown figures in the Habsburg dynastic world is *Princess* Maria Catherine Elisabeth of Austria (1658-1714). The illegitimate daughter of John Joseph of Austria and, therefore, niece of Charles II, she spent her early years in the Franche-Comté of Burgundy, Milan and Castile until she moved to the Spanish Netherlands in 1690. She remained in the convent of Berlaymont in Brussels until her death. In view of her constant financial problems, she actively negotiated with the Court of Madrid to have her status as a person of royal blood recognised and to ensure that she received the pension and the subsidies that the monarch granted her for her upkeep. Her situation became more complex after the death of the last Spanish sovereign of the House of Austria and the outbreak of the War of the Spanish Succession. From then on, she did not hesitate to deploy her political agency before the two Bourbon Crowns, the United Provinces and the Habsburg Court in Barcelona, and even sent her own representative to the plenipotentiaries of the Utrecht peace congress to defend her interests.

*Key words*: Mary Catherine Elizabeth of Austria; John Joseph of Austria; Spanish Netherlands; Franche-Comté of Burgundy; War of the Spanish Succession; Congress of Utrecht.

## 1. Preámbulo. Los orígenes de una princesa de Austria (Flandes, Borgoña, Milán, 1658-1674)

«La Dame Princesse d'Autriche est aujourd'hui la seule qui reste dans le monde, de ce grand Nom & de cette Illustre Maison»[1]. Así se refería el caballero Frederik de Weerts el 22 de septiembre de 1713 al hablar sobre su representada ante los plenipotenciarios de los Estados Generales de las Provincias Unidas en el Congreso de Utrecht. Dicha *princesa* no era otra sino María Catalina Isabel de

1. Exposición del caballero Frederik de Weerts a los plenipotenciarios de los Estados Generales, Utrecht, 22 de septiembre de 1713 (*Actes, mémoires & autres pièces*, 1714: 546-553).

Austria, residente desde hacía décadas en el convento de damas de Berlaymont, en Bruselas. Hija natural de Juan José de Austria (1629-1679), gran prior de Castilla y León en la Orden de San Juan de Malta y, por tanto, nieta de Felipe IV y sobrina de Carlos II, se presentaba ante la *société des princes* europea para reclamar las deudas que la hacienda de Güeldres y Brabante no le había pagado desde hace años y cuyo caudal serviría para que su *Altesse Serenissime* pudiera mantenerse con la dignidad y la calidad que requería su ilustre sangre[2]. Sin embargo, y pese a esta capacidad agencial en el epicentro diplomático europeo, su figura pasaría pronto al olvido y quedó relegada en las sombras de la cronística setecentista y a la historiografía de la Contemporaneidad.

Ya desde fines del siglo XX, como consecuencia de las aportaciones de la Historia de Género *modernista*, personajes desconocidos del universo de los Habsburgo han emergido hasta ver reconocidos sus roles en la política dinástica de los siglos XVI, XVII y XVIII. Es el caso del papel de las soberanas nacidas en el seno de la Augustísima Casa y que rigieron los destinos de Madrid y Viena dentro de la praxis del *Tu Felix Austria Nube*, pero también de otras mujeres a un nivel secundario o terciario (Cruz y Gallistampino, 2014). Este sería el espacio que ocuparon durante décadas las hijas naturales de uno de los más famosos vástagos ilegítimos de la dinastía: Juan José de Austria (1629-1679).

El gran prior de Castilla en la Orden de Malta, habido de la relación extraconyugal de Felipe IV con la comedianta María Calderón, ha recibido una cuidada atención en diferentes planos de su vida. Las disputas con Mariana de Austria y sus validos Neidhardt y Valenzuela tanto por las armas como mediante una propaganda al servicio de sus veleidades políticas (Von Kalnein, 2001; Álvarez-Ossorio Alvariño, 2004 y 2013; Pilo, 2010), su mecenazgo cultural y artístico (González Asenjo, 2005) o el servicio doméstico y la proyección de sus criaturas durante sus diferentes gobiernos virreinales (Trápaga Monchet, 2019). Frente a ello, todavía es preciso un estudio sistemático de su valimiento cortesano y sobre los ejes de su actividad al frente de la Monarquía entre 1676 y 1679 (Castilla Soto, 1992; Ruiz Rodríguez, 2005), a la par que se observa la escasa o nula que ha sido la indagación sobre su propia descendencia.

Según los registros coetáneos, don Juan tuvo una hija ilegítima en Nápoles, mientras comandaba las tropas hispanas para restaurar el *Reame* para Felipe IV tras la sublevación de Masaniello y la proclamación de la profrancesa Real República Napolitana: Margarita de Austria (1649-1686). La madre de la criatura era Rosa Azzolino y, pese a que conocidos gacetilleros de la época como Jerónimo de Barrionuevo la hacían hija del pintor José de Ribera, se trataba de la sobrina del *Spagnoletto*. Alejada de su progenitora, la niña fue atendida en casa de Alonso de Cardona, conde consorte de Erill, mayordomo mayor y sumiller de corps del gran

2. Sobre la consideración historiográfica de la *sociedad de los príncipes* en la transición de los siglos XVII y XVIII, *vid.* Bély, 1999.

prior de San Juan. Doña Margarita se mantendría bajo la protección del valenciano hasta que, en torno a sus siete años de edad y por orden expresa de Felipe IV, entró en el monasterio de las Descalzas Reales como novicia. No sería una noticia que pasara sin conocimiento de los mentideros de la Villa y Corte, dado que se dijo abiertamente cómo hubo «grandes competencias entre la Encarnación y las Descalzas, sobre cuál se la había de llevar»[3]. El paso de la «prenda que estava depositada» en la familia de los Erill hacia el cenobio real fue aplaudido por el propio don Juan, como consta de una carta que remitiese desde Bruselas al valido de su padre, Luis Méndez de Haro[4].

Cabe recordar cómo, desde su instauración por Juana de Austria a mediados del Quinientos, las Descalzas se convirtieron en un espacio de extraordinaria relevancia para la *agency* de la esfera femenina de los Habsburgo tanto madrileños como vieneses. Conocidos son los recorridos políticos que, detrás de las celosías y mediante el papel y la pluma, ejercerían la propia emperatriz viuda María de Austria, Margarita de Austria –hija de la primera y del césar Maximiliano II– y, para mediados del siglo XVII y hasta finales de la centuria, Ana Dorotea de Austria –hija ilegítima del emperador Rodolfo II– y Mariana de la Cruz y Austria –hija del cardenal infante Fernando de Austria– (Martínez López, 2013; De Cruz Medina, 2014; Romero-Díaz, 2018 y 2021). En este recinto pasaría la primogénita de don Juan el resto de su vida, profesa desde 1666 y amparada por sus familiares, tal y como demuestra un retrato grupal en que se la situaba junto a su tía, la citada sor Mariana. Pese a la influencia de su progenitor en la vida cortesana, que le llevó al valimiento de Carlos II a fines de 1676, se carece de información sobre su periplo vital dentro de los muros conventuales. Sor Margarita de Austria (o de la Cruz) fallecería en 1686.

Otras dos hijas naturales de Juan José de Austria recibieron menor atención en gacetas o correspondencias coetáneas. Se trataba de María Catalina Isabel de Austria (1658-1714), la segundogénita, y de Ana María Juana Ambrosia Vicenta de Austria (1661-1705). Nacida esta última en Madrid, poco antes del inicio de las campañas portuguesas de su padre, son nulos los datos tanto de los orígenes de su madre como de sus primeros años de vida. Solamente consta fehacientemente su entrada en el convento agustino de Nuestra Señora de Gracia de la villa abulense de Madrigal de las Altas Torres, recinto que ya en el siglo XVI había acogido a varias hijas ilegítimas de Fernando el Católico, Carlos V y Juan de Austria. Su profesión tendría lugar el 1 de marzo de 1679, meses antes del deceso de Juan José de Austria (Encinas, 1949: 64-65). Pensionada por Carlos II de manera vitalicia, a ella se le dedicaría el panegírico funeral predicado en la iglesia de San Nicolás con ocasión de las exequias de su tío, el 7 de diciembre de 1700 (Vera Tassis y Villarroel, 1701). La

3. Avisos, Madrid, 23 de enero de 1657 (Barrionuevo, 1893: 181).

4. Carta de Juan José de Austria a Luis Méndez de Haro, Bruselas, 28 de abril de 1657. Real Academia de la Historia [RAH], *Salazar y Castro*, A-107, f. 70r.

religiosa, dos veces priora conventual, falleció a comienzos de 1705, siendo pintado cuatro años más tarde su retrato, de mano de Joseph García Hidalgo, para conservarse en el cenobio *ad posteritatem* (Urrea Fernández, 1975: 116).

Con respecto a doña María Catalina Isabel, gracias a un manuscrito conservado en la Bibliothèque Municipale de Besançon se ha podido reconocer con certeza su nacimiento y origen familiar. Según tal registro documental constaba ser hija de Juan José de Austria y de una dama noble inglesa y que en 1670, contando con doce años de edad, ya residía en el convento de la Visitation de la ciudad *franc-comtoise*[5]. La joven había nacido, por tanto, en torno al año 1658, mientras don Juan ejercía como gobernador y capitán general de los Países Bajos españoles. Es más que probable que la madre formase parte de la corte del exiliado Carlos Estuardo, quien en aquel entonces vivía en las provincias flamencas al amparo de Felipe IV mientras florecía la *Commonwealth* de Oliver Cromwell. El futuro Carlos II de Inglaterra se había instalado en Brujas en abril de 1657 y de allí pasó a residir a Bruselas en febrero del año siguiente (Bramhall, 1844: 24). Don Juan mantuvo entrevistas con el príncipe inglés justo en este período para firmar un tratado de alianza en nombre de su padre, el Rey Planeta, por lo que es de suponer que sería en tales momentos cuando el Austria mantuviese relaciones con la misteriosa inglesa.

La proveniencia de estas indicaciones no es baladí. Se trata de las *Mémoires généalogiques* del eclesiástico borgoñón Jules Chifflet (1615-1676), canciller de la Orden del Toisón y abad de Balerne, y destacado anticuario y polemista nacido en la propia Besançon (Elías de Tejada, 1974: 140-149; Vregille, 2007: 113-134). Chifflet era contemporáneo a los hechos que narraba e, incluso, llegó a conocer en persona a doña María Catalina Isabel. Como él mismo afirmaba en otra de sus obras, reconoció en la niña «un fort bon esprit et qui se sembloit pas être d'une persone vulgaire», y afirmó que había estado confiada en Bruselas a Pedro Martínez de Paz, «domestique de Son Altesse», tras haber estado algún tiempo en la casa de un oscuro oficial de la Secretaría de Estado y Guerra, Juan de Abremez, quien años después terminaría su *cursus honorum* como secretario supernumerario del *Conseil Privé* bruselense pocos meses antes de su muerte, en 1675 (Chifflet, 1867: 76-77; Butkens, 1726: 189). Por su parte, Martínez de Paz era uno de los más reconocidos sujetos del ministerio bruselense. Natural de Calahorra, don Pedro había iniciado su servicio en cargos de pluma en 1617. Durante la guerra de los Treinta Años ejerció en Flandes diversos encargos «en affaires secretz du service de Sa Majesté […] sans estre suject d'en rendre compte», si bien esto no le depararía ningún oficio de relevancia en el gobierno de los Países Bajos (Finot, 1888: 174). En 1645, hallándose «sin empleo proporcionado en los Estados de Flandes»,

5. *Mémoires généalogiques de la maison d'Autriche, recueillis par messire Jules Chiflet, abbé de Balerne, chancelier de l'ordre de la Toison d'or, pour son utilité privée*, s. l., s. f., Bibliothèque Municipale de Besançon [BMB], Collection Chiflet, Ms. 145.

logró una elogiosa carta de creencia de la propia emperatriz María de Austria en la que solicitaba a su hermano Felipe IV la concesión a su favor del empleo de pagador general o de contador de la Armada de Dunkerke. Finalmente, con la llegada al gobierno general del archiduque Leopoldo Guillermo, Martínez de Paz promocionó a contralor y grefier de la corte provincial (Rasch, 2003: 34) y con el arribo del gran prior de San Juan pasó a ocupar el cargo de secretario del *Conseil des Finances*, momento en el que pretendería sin éxito obtener un hábito de la Orden de Santiago[6].

Tiempo después de la entrega de la niña al cuidado del plumista riojano, don Juan decidió sacar a su hija de los Países Bajos para ingresarla en un monasterio que debía ser fundado en la villa de Saint-Claude, en el Franco-Condado, donde poseía una abadía y, con ello, apartar a María Catalina Isabel de la vista del público, ya que «la mère étoit une dame principale de la cour des Pays-Bas, et de grande maison, et toujours fille». No obstante, el intendente de la abadía *comtoise*, Denis Chandiot, consideró que la joven estaría mejor en el monasterio de la Visitation de la ciudad de Besançon puesto que, a su parecer, no era conveniente que esta joven residiese en un cenobio donde sus religiosas podrían ver en esta prenda de su abad, don Juan, como un príncipe «certaiment fort aimable et doué de très-belles qualités», pero sujeto a las pasiones que suelen acompañar a las personas reales (Chifflet, 1867: 77).

Por tanto, en el año 1670 María Catalina Isabel de Austria entró en el citado monasterio agustino de la Visitation, en el que fue acogida abiertamente por unas religiosas que disimularon su origen ilegítimo y dinástico. Allí su educación sería confiada a la joven sor Thérèse-Gabrielle Perrinot; si bien también creó fuertes lazos afectivos con otras dos religiosas, sor Marie-Agnès de Bauffremont y sor Marie-Eugéne Guérinet, con las que solía pasear por el recinto del monasterio y peregrinar a Notre-Dame de Belle-Source. En estos mismos momentos, en torno a 1672, la Habsburgo parece haber sido prometida a Claude-Paul de Bauffremont (1648-1674), marqués de Listenois y sobrino-nieto de sor Marie-Agnès. No obstante, este proyecto de matrimonio se desvaneció pronto, ya que al año siguiente Listenois se alzó contra el gobierno español con la intención de entregar el Condado de Borgoña a Francia (Berger-Levrault, 1882: 36-37)[7].

El 19 de octubre de 1673 el *Rey Sol* declaró la guerra a Carlos II en función de los acuerdos ofensivo-defensivos que se habían firmado entre la Monarquía y las Provincias Unidas en 1671 y del subsiguiente apoyo del gobernador de Flandes,

6. Carta de la emperatriz María de Austria a Felipe IV, Linz, 22 de diciembre de 1645. Archivo Histórico Nacional [AHN], Diversos-Colecciones, legajo 10, documento 832. Información de testigos para el ingreso en la Orden de Santiago de Pedro Martínez de Paz, s. l., s. f. (c. 1656), RAH, Salazar y Castro, legajo 20, f. 103r. Pruebas reprobadas sobre la concesión del título de caballero de la Orden de Santiago de Pedro Martínez de Paz, 1656, AHN, Órdenes Militares, Reprobados de Santiago, expediente 50.

7. Ya sirviendo abiertamente en el bando francés, Bauffremont murió de las heridas recibidas en la batalla de Ensheim, el 4 de octubre de 1674.

conde de Monterrey, a los neerlandeses durante la invasión francesa (Herrero Sánchez, 2000: 1991-199; Bravo Lozano y Quirós Rosado, 2024). En la primavera de 1674 el monarca galo inició la invasión del Franco Condado de Borgoña, que había caído seis años atrás en sus manos sin grandes esfuerzos bélicos. Sin embargo, el gobernador Francisco de Albelda y sus subalternos, marqués de Borgomanero y príncipe de Vaudémont, resistirían con más empeño a los envites galos. Para abatir la defensa de los leales a Carlos II, el propio Luis XIV, secundado por el ingeniero Vauban, comenzó el sitio de Besançon a finales de abril obligando a la ciudad a capitular tras varias semanas de bombardeo (Maffi, 2020: 20-21).

En plenos preliminares de la campaña borbónica contra el Franco Condado, don Juan José decidió sacar a su hija del monasterio de la Visitation. El Habsburgo, por entonces virrey de Aragón, envió órdenes al conde Ercole Visconti, comisario general del ejército de Milán, para que nominase una persona que pasara a Borgoña a evacuar del cenobio a doña María Catalina Isabel. El elegido fue un oficial lombardo llamado Alessandro Borro, quien trasladó las cartas del conde Visconti a diversas personalidades, caso del ya citado Chandiot, administrador de la abadía de Saint-Claude, o el abad del de la Charité, el *jenízaro* hispano-luqués Joseph Arnolfini de Illescas (Chifflet, 1867: 78-79). Borro y Chandiot se dirigieron a la Visitation para hacer saber este mandato a *Mademoiselle*. La joven respondió su negativa a abandonar a sus hermanas agustinas, contando con el apoyo de la superiora y otras religiosas que consideraban las ventajas para el cenobio si la dama permanecía en él. Arnolfini marchó a Besançon para hablar con la hija de don Juan, prometiéndole un conveniente matrimonio. Esta situación chocaba a su vez con los propios intereses de la mencionada sor Marie-Agnès de Bauffremont, a favor de que la dama saliese del monasterio, y los de otra de las aristocráticas religiosas, sor Katharina Franziska Henrietta de Baden (1631-1691), hija del margrave de Baden, abiertamente contraria a que la joven abandonase el recinto. En este último caso, cabe resaltar cómo se oponía a Arnolfini ya que su hermano, el príncipe Hermann de Baden, había servido al rey de España en Flandes con un regimiento de alemanes y había sido provisto con la abadía de la Charité, que finalmente le fuese entregada al abad don Joseph (Chifflet, 1867: 78-82).

Según la narración de Chifflet, todo este *affaire* terminó convenciendo a la joven dama de que no era hija del secretario Abremez, como ella creía, pues este plumista llegaría incluso a escribir una misiva a la superiora de la Visitation –y que se mostró a la joven– negando su paternidad. Finalmente, el abad Chandiot terminó por hacerle abandonar su voluntad de ser monja en Borgoña. A decir de las *Mémoires* del abad de Balerne, tras la salida de la dama su padre verdadero podría llevarla al monasterio madrileño de las Descalzas Reales, donde ya residía desde 1665 otra de sus hijas, la mencionada sor Margarita de la Cruz (Chifflet, 1867: 82-83). Lo que sí terminó por ejecutarse fue el pasaje de María Catalina Isabel de Austria del ocupado Franco Condado a Milán, tal y como confirmaría una visita de la reina de Francia, María Teresa de Austria, a la Visitation bisontina en 1683 cuando esta solicitó a sus religiosas las «nouvelles de Mademoiselle Marie-Catherine

d'Autriche, qui avoit esté en pension chez nous et qu'on en avoit retirée depuis peu pour la conduire à Milan»[8].

## 2. De Castilla a la corte provincial de Bruselas: visitas cortesanas, rentas y pensiones en torno a María Catalina Isabel de Austria (1684-1699)

Las informaciones fehacientes de María Catalina Isabel de Austria sobre su estancia en Milán, su relación con Juan José de Austria durante el valimiento cortesano entre 1676 y 1679 o su procedimiento de legitimación son nulas. Tras una década de silencio, sin que se sepa a ciencia cierta el *status* de la dama en Castilla, en el otoño de 1684 volverá a aparecer su persona en una misiva conservada en la correspondencia de sor Mariana de la Cruz y Austria, hija ilegítima del cardenal infante Fernando de Austria y superiora, en diversas ocasiones, del monasterio de las Descalzas Reales madrileño. La carta era remitida por Juan Francisco de la Cerda, VIII duque de Medinaceli y primer ministro de Carlos II, y respondía a la cruzada por sor Mariana en torno al «intento y deseo» que tenía María Catalina Isabel de Austria de entrar en Madrid y ver a su tía y su mediohermana sor Margarita de la Cruz y Austria en su cenobio áulico. Una vez Medinaceli trasladó el aviso al monarca, éste *permitió* el exclusivo acceso al real convento y una entrevista por una sola hora –la «más escusada y a propósito»–, con la orden de que marchase a dormir fuera de la Villa y Corte. La *ruidosa* visita habría de ejecutarse siempre con el religioso que la acompañaba, dentro de un carruaje «de los de Madrid» y supervisada por uno de los más reputados consejeros de Guerra e Indias, Melchor Portocarrero, hermano del II conde de la Monclova y hechura del propio Juan José de Austria en sus campañas en Sicilia, Cataluña, Flandes y Portugal[9].

El secreto del misterioso, fugaz y censurado paso de la hija de don Juan a la Villa y Corte contrastaba, evidentemente, con la alta consideración de la sociedad cortesana por otras hijas naturales de los Austrias. Su figura parecía ser incómoda para Carlos II, quien determinó, en fecha indefinida, su morada en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas de Burgos, hasta que entre 1690 y 1691 volviese a dar *orden* de un nuevo traslado: los Países Bajos españoles, aunque sin dejársela de pagar la pingüe pensión anual de tres mil ducados de plata que recibía en la ciudad castellana[10]. Antes de su arribo a tierras flamencas, la Habsburgo recaló temporalmente en Londres. De dicha estancia dan fe las cuentas de Juan de Alvarado y Bracamonte, consejero y recibidor general *des Domaines et Finances* del monarca en Bruselas. Entre sus registros aparece el monto de 2.925

8. *Cfr.* Berger-Levrault, 1882: 37, nota 2.

9. Carta del duque de Medinaceli a sor Mariana de la Cruz y Austria, San Lorenzo el Real, 18 de octubre de 1684, Archivo General de Palacio [AGP], Patronatos. Descalzas Reales, caja 7, expediente 9.

10. Decreto de Carlos II al conde de Monterrey, Madrid, 10 de octubre de 1691, AHN, Estado, legajo 1442.

libras que el gobernador general de Flandes, Francisco Antonio de Agurto, encargó pagar a «dame Marie-Catherine d'Austriche» por orden de 5 de mayo de 1691, habiéndose encauzado la suma a la corte inglesa por letra de cambio del asentista sefardí Francisco Lopes Suasso, barón de Avernas-le-Gras (*Cfr*. Finot, 1888: 317). Por este motivo, el 10 de octubre de 1691, el monarca determinó que para «que pueda mantenerse en Flandes» se situase en tales provincias la concesión vitalicia a María Catalina Isabel de Austria que «goçava en Burgos», pagándose de la renta de 18.000 florines que había percibido hasta su muerte María Antonia de Cárdenas, princesa viuda de Chimay, sobre las tierras de Weert, Nederweert y Wissem, en el Güeldres Español[11].

El mencionado Francisco Antonio de Agurto, I marqués de Gastañaga, en 6 de noviembre de 1691 emitió otra orden registrada y visada por el tesorero general conde de Bergeyck, el conde de Saint Pierre y el *commis de Finances* Urbanus van der Borcht para que Jean-René Bouwens van der Boyen, señor de Macquen, consejero y receptor general de la provincia de Güeldres, pagase anualmente la citada cantidad a María Catalina Isabel de Austria según lo había recibido la princesa viuda de Chimay, de mes a mes en la misma proporción o de tres en tres meses a elección de la dama. Además, Bouwens debía entregar copias auténticas y recibo de cada pago para su validación por el presidente y miembros de la *Chambre des Comptes* de Brabante[12].

María Catalina Isabel de Austria cobraría esta consignación de manera ininterrumpida hasta el 10 de noviembre de 1699, cuando Carlos II decidió que la pensión vitalicia de 2.000 doblones que concedió por su salida de Madrid a Marie Gertrude Wolff von Gudenberg, condesa de Berlepsch y dama de Mariana de Neoburgo, se situasen sobre los mismos efectos de las tierras de Weert, Nederweert y Wissem que había gozado María Antonia de Cárdenas[13]. De esta forma, la pensión de la Habsburgo debía situarse en otro dominio del Güeldres Español, aunque ante «lo empeñados que están aquellos dominios», nunca llegaría a asentarse el pago en los últimos meses de vida del monarca[14].

En paralelo al negociado de la pensión, en la primavera de 1698 la señora buscó el amparo de su citada familiar sor Mariana de la Cruz y Austria, quien le

11. Decreto de Carlos II al conde de Monterrey, Madrid, 10 de octubre de 1691, AHN, Estado, legajo 1442. María Antonia de Cárdenas, fallecida en Malinas el 28 de agosto de 1691, era la viuda de Ernest-Alexandre-Dominique de Croy (1643-1686), príncipe de Chimay, caballero del Toisón de Oro, gobernador de Luxemburgo y virrey de Navarra entre 1684 y 1686. Bermejo Herreros, 2007: 217.

12. Copia impresa de la orden del marqués de Gastañaga, Bruselas, 6 de noviembre de 1691 (*Actes, mémoires & autres pièces*, 1714: 553-555).

13. Decreto de Carlos II al conde de Monterrey, San Lorenzo el Real, 10 de noviembre de 1699, Archivo General de Simancas [AGS], Secretarías Provinciales, legajo 2496. Sobre el patrimonio acumulado en sus años madrileños por la condesa Berlepsch y su salida de la corte de Madrid, véanse Quirós Rosado, 2012 y 2024.

14. Consulta del Consejo de Flandes, Madrid, 2 de septiembre de 1701, AHN, Estado, legajo 1442.

proveyó de una carta de recomendación para el nuevo gobernador general de los Países Bajos, Maximiliano II Manuel de Baviera[15]. El elector pronto respondería a las dos misivas de la Habsburgo de las Descalzas Reales excusando no socorrerla ante las *estrecheças* flamencas, pero manifestándola cómo «por cuyo alivio haré quanto queda en la possibilidad en permitiéndolo los medios»[16]. Tal búsqueda de apoyos en Madrid y Bruselas debió estar dirigida a la merced que solicitaría durante los mismos meses a Carlos II, que podía complementar su mantenimiento en los Países Bajos: una suma *ad hoc* para leña y carbón que se repartía por la vía del Consejo de Flandes. Estas fincas privativas, que se mantuvieron incólumes pese a la reforma de la planta y emolumentos del tribunal llevada a cabo el 17 de julio de 1691 (Esteban Estríngana, 2007: 341-342), terminaron redondeando el patrimonio pecuniario de María Catalina Isabel de Austria, tal y como se deduce del decreto del rey Carlos al conde de Monterrey, presidente de Flandes, de 23 de julio de 1698:

> En consequencia de lo que por despacho de diez y siete de agosto del año pasado de seiszientos y noventa y seis tuve por vien de declarar sobre que mi ánimo era, que el emolumento de leña y carbón, se continuase generalmente a todos los que hasta entonzes le havían gozado, a qualquier título que fuese, reservando yo la facultad de conzederlo en adelante. He resuelto se continúe a doña María Cathalina de Austria, la porzión de leña y carbón que la estava señalada, y hasta entonzes havía gozado. Tendráse entendido en el Consejo de Flandes, y se expedirá por él la horden conveniente a su cumplimiento[17].

Con la pensión y esta ayuda adicional, la hija de Juan José de Austria pudo fijar su pequeña corte en el cuarto secular del convento de damas de Berlaymont, situado en la villa de Bruselas. Este cenobio había sido fundado en 1624 por la condesa Marguerite de Lalaing con la ayuda de su esposo, Floris van Berlaymont, gobernador de Luxemburgo y caballero del Toisón de Oro, reutilizando un palacio adquirido a la familia T'Serclaes. Durante los siguientes años se fue edificando un claustro de canónigas regulares de la Orden de San Agustín en torno al cual se creó un importante complejo con casa conventual y extensos jardines (Schyrgens, 1928; González Asenjo, 2005: 294). Allí María Catalina Isabel de Austria no llegaría nunca a profesar como religiosa, tal y como afirman algunos autores[18], sino que

15. Carta de Bernardo Bravo (pseudónimo del barón Bertier) a Korbinian von Prielmayr, Madrid, 11 de abril de 1698. Baviera y Maura Gamazo, 2004: 732. Sobre el rol político de sor Mariana de Austria o De la Cruz y sus epistolarios y negociados como intermediaria de diferentes soberanos y aristócratas, *vid*. Martínez López, 2013; Romero-Díaz, 2018; Romero-Díaz, 2021; Bravo Lozano, 2022.

16. Carta del elector de Baviera a sor Mariana de la Cruz y Austria, Bruselas, 30 de mayo de 1698, Archivo General de Palacio, Patronatos. Descalzas Reales, caja 6, expediente 31.

17. Decreto de Carlos II al conde de Monterrey, Madrid, 23 de julio de 1698, AGS, Secretarías Provinciales, legajo 2495.

18. González Asenjo (2005: 294) afirma que María Catalina Isabel de Austria profesó con el nombre de sor Juana de Austria. Sin embargo, no se ha podido recuperar ningún documento coetáneo sobre

siguió una vida seglar y principesca acorde a su rango, como demuestra el hecho de que contase con casa propia y criados, entre los que descollaba el capitán de caballos corazas montañés Manuel de Rebolledo y Quijano, su mayordomo y caballerizo mayor (González Echegaray, 1969: 39)[19]. Con el objetivo de tejer vínculos con las elites flamencas, la señora formó parte de una aristocrática *confrérie* de devoción a los Santos Reyes Magos que, en la transición al siglo XVIII, también incorporaba entre sus hermanos al elector de Baviera o a Olimpia Mancini, condesa de Soissons (Henry, 1870: 33-34). Incluso, la Habsburgo debió mantener ciertas correspondencias con Madrid, pues durante el verano de 1700 constaba a la diplomacia bávara en la Villa y Corte cómo uno de los secretarios de Estado, Antonio Ortiz de Otalora, solicitaba al elector Maximiliano II Manuel el pago «con puntualidad» de las asistencias de la Habsburgo bruselense[20].

## 3. Los apremios económicos de una Habsburgo bajo la soberanía de las Dos Coronas (1700-1704)

La muerte de Carlos II el 1 de noviembre de 1700 supuso para María Catalina Isabel de Austria la pérdida de su principal apoyo en la corte de Madrid. El 6 de abril de 1701 el nuevo monarca Felipe V redujo su pensión de tres mil ducados de plata a la suma de 4.653 florines. Isidro Melchor de la Cueva y Benavides, IV marqués de Bedmar y quien había sustituido al elector de Baviera en el gobierno general de Flandes con el título de comandante general[21], escribió al monarca el

dicha incorporación al estado eclesiástico en su infancia o durante su madurez, máxime ante las posibilidades de matrimonio con el marqués de Listenois o el confuso casamiento con el marqués de Herzelles. De hecho, las fuentes conventuales estudiadas por el erudito belga J. Schyrgens aluden específicamente a que se trataba de una de las señoras seculares residentes en el cenobio (Schyrgens, 1928: 143).

19. Natural de Santa Cruz de Iguña, Manuel de Rebolledo y Quijano, había servido diecinueve años y diecisiete días en el ejército de Flandes desde el 13 de octubre de 1680 en que pasó de España como soldado de compañía y primer tercio del maestre de campo conde de Grajal. Desde este puesto ascendió posteriormente a alférez, capitán de infantería española y, finalmente, de caballería, habiendo estado presente en los sitios de Namur, Oudenaarde y otros señalados hechos de armas contra los franceses. Tras regresar a España desde Flandes con licencia del elector bávaro en 1701, formó parte del trozo de caballería del Rosellón mientras duró la invasión angloneerlandesa de la Baja Andalucía de 1702. Ese mismo año pidió a Felipe V el gobierno de Cumaná y fue consultado por el Consejo de Indias para la alcaldía mayor de Sombrerete y para el gobierno de Caracas en 1703, aunque sin éxito ninguno para el montañés. Memorial de Manuel de Rebolledo, s. l., s. f. (1702) y *Relación de servicios de el capitán don Manuel de Rebolledo*, s. l., s. f. (Madrid, 1702), Archivo General de Indias [AGI], Indiferente, legajo 136, expediente 47.

20. Carta del barón Bertier a Korbinian von Prielmayr, s. l., s. f. (Madrid, julio de 1700). *Cfr.* Baviera y Maura Gamazo, 2004: 1260.

21. Consulta del Consejo de Flandes, Madrid, 9 de julio de 1701, AHN, Estado, expediente 1442. En paralelo, la defensa militar de los Países Bajos había pasado a ser gestionada directamente desde la corte de Versalles, cuya mediatización a nivel político y fiscal sería una realidad bajo la interinidad de Bedmar (Glesener, 2018: 126-129).

22 de julio siguiente haciéndole saber «los empeños y estrechez a que se halla reducida la señora María Catalina de Austria» a causa de esta reducción en su consignación, motivo por el que se habría recurrido a la protección de Luis XIV para que éste, enterado de estos motivos y de la distinción y decoro con que debía mantenerse su persona, se dignase a atenderla. Asimismo, Bedmar apuntó cómo el monarca francés, una vez al tanto de la situación de la dama, le había insinuado, mediante carta del marqués de Torcy, la complacencia y el agrado con que se hallaría si se le atendiese particularmente con la pensión que le había mandado situar en su día Carlos II. Así, De la Cueva, considerando la calidad de esta señora, pasó, en virtud de esta orden de Versalles, a ordenar a su vez al *Conseil des Finances* que se pagase en adelante la referida pensión de tres mil ducados de plata, escribiendo a Felipe V que esperaba la aprobación de esta resolución «por las justas consideraciones que piden se atienda con particularidad a esta señora»[22].

El 28 de agosto, el rey de España remitía la carta de Bedmar al Consejo de Flandes para que le consultase sobre lo que se ofreciese acerca de la pensión de María Catalina de Austria[23]. El languideciente consejo, formado por su presidente conde de Monterrey y por Michiel Constantijn van Ruysschen, barón de Elixem, consultaba el 2 de septiembre siguiente informándole sobre los pormenores de la concesión y el consecuente cese de la pensión sobre las tierras de Weert, Nederweert y Wissem tras haberse allí situado los dos mil doblones para la condesa Berlepsch, por lo que la dama Habsburgo «quedó frustrada de los medios para mantenerse». El tribunal continuaba informando al rey que, puesto que la pensión de la antigua *valida* de la reina Neoburgo había sido recientemente anulada, habían quedado desembarazadas las rentas de Güeldres. Así, era del parecer que, para cumplir con el ánimo del Rey Cristianísimo, María Catalina Isabel de Austria debía ser atendida con la particularidad correspondiente a su calidad y que así «pueda mantenerse con el decoro debido a su persona», recomendando al monarca servirse de restituir las rentas en la misma forma que las había gozado hasta noviembre de 1699, cobrándose lo atrasado y lo corriente de su pensión de tres mil ducados. El parecer de Felipe V terminó siendo favorable[24]. En esta conformidad, el 7 de septiembre de 1701 se expidió un real despacho para la restitución vitalicia en Weert, Nederweert y Wissem, lo que habrían de ejecutar el gobernador general de los Países Bajos, el tesorero general y los comisarios de sus *Domaines et Finances*[25].

Mientras doña María Catalina Isabel requería el amparo del lejano rey Felipe, la dama activó otra agencia directa en pro de sus intereses: la corte de Versalles.

22. Carta del marqués de Bedmar a Felipe V, Bruselas, 22 de julio de 1701, AHN, Estado, legajo 1442.

23. Decreto de Felipe V al conde de Monterrey, Madrid, 28 de agosto de 1701, AHN, Estado, legajo 1442.

24. Consulta del Consejo de Flandes, Madrid, 2 de septiembre de 1701, AHN, Estado, legajo 1442.

25. Despacho de Felipe V, Madrid, 7 de septiembre de 1701, AHN, Estado, legajo 1442.

Ante la merma de la capacidad de decisión de los consejos madrileños de Estado y Flandes desde el advenimiento al trono del duque de Anjou, la Habsburgo fue plenamente consciente del influjo de Luis XIV en la gobernanza de los Países Bajos y, así, requirió la mediación política del embajador hispano ante el *Rey Sol*, Manuel de Sentmenat, I marqués de Castelldosrius y uno de los más reconocidos servidores de las Dos Coronas en los albores del Setecientos (Gómez Mesas, 2023). Según se infiere de una carta remitida el 12 de septiembre de 1701 por María Catalina Isabel de Austria a Jean-Baptiste Colbert, marqués de Torcy y secretario *d'État* francés, los contactos de Castelldosrius ya habían permitido previamente hacer conocedores de los *abogos* de la señora al monarca y a su plumista y, con ello, se había logrado una orden expeditiva para desbloquear los fondos de su manutención. El mandato regio y la «buena voluntad» de Torcy, sin embargo, todavía no se habían materializado, pues ni la pensión ni las ayudas de costa derivadas de tiempos de Carlos II se situaron «en finca segura». Ello no obstaría para que la Habsburgo acompañase la misiva con una postdata autógrafa aceptando el dictamen de Colbert de no realizar una *jornada* –posiblemente, hacia Francia–, reconociendo a su interlocutor y a Sentmenat como sus bienhechores y, por último, adjuntando un membrete con sus peticiones[26]. La planta que se delineaba en esta *mémoire* pasaba por que el cobro de la pensión volviese a la tierra de Weert y no se mantuviera en los subsidios inefectivos del Güeldres Español, con lo que se revertiría la mutación originada por la gracia otorgada a la condesa Berlepsch. A ello se debía sumar una renta adicional de dos mil escudos que el elector de Baviera habría acordado a su favor, pero jamás ejecutado, y gran parte de las mencionadas ayudas puntuales que, por mandato regio y del propio gobernador general Wittelsbach, debían haber corrido por el *Conseil des Finances*. Para lograrlo, se solicitaría a Versalles que «on pût assigner le pajemant des sus dittes sommes sur la terre de Vuert jusques à la concurance de huict mil escus acordés par Sa Majesté et des deus mil escus acordés par monseigneur l'Électeur de Bavière»[27].

A la espera de la respuesta versallesca, doña María Catalina Isabel aprovechó sus canales privilegiados ante los nuevos gobernantes y escribió a su hermana Ana María Juana de Austria «para que vea lo mucho que deve a Vuestra Excelencia en lo que la favoreçe con los buenos ofiçios que por sus asistençias açe, de que io me allo tanbién obligada y agredeçida», como afirmaba la monja agustina de Madrigal al secretario Torcy[28]. Tal era la esperanza de las dos Austrias en la intermediación francesa

26. Carta de María Catalina Isabel de Austria al marqués de Torcy, Bruselas, 12 de septiembre de 1701, Archives du Ministère des Affaires Étrangères [AMAE], Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 57, ff. 227r.-v.

27. *Mémoire pour madame la Princesse d'Austriche*, s. l., s. f. (septiembre de 1701), AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 57, ff. 228r.-v.

28. Carta de Ana María Juana de Austria al marqués de Torcy, Real Convento de Santa María de Gracia de Madrigal, 22 de diciembre de 1701, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 57, ff. 322r.-v.

que la religiosa no dudó en escribir también a Luis XIV solicitando su apoyo para desempeñarse de sus deudas y lograr fondos para reedificar su celda conventual

> pues Vuestra Magestad favoreze tanto a mi hermana María Cathalina, que se alla en Flandes asistida por anparo de Vuestra Magestad, le deva io que me favorezca a mí açiendo con el Rei nuestro señor, que Dios nos guarde, me atienda en ponerme renta que pueda sobrellevarme […] y dándome aiuda de costa para salir de las deudas[29].

Una nueva ofensiva de los acreedores bruselenses de María Catalina Isabel de Austria hizo que ésta retomase su agencia en Versalles ya iniciado el año 1702. El 28 de enero la dama remitió un memorial y una misiva al *Rey Sol* recordando su apurada situación económica, justificando su lealtad y reconociendo «la grande fe que me alienta de que haviéndose servida Vuestra Magestad de admitirme debajo de su real amparo, no a de permitir Vuestra Magestad que yo perezca a manos de mis infortunios». Tal era su confianza en el monarca francés que la Habsburgo obedecía y *sacrificaba* su vida por el soberano a cambio de verse protegida frente a «tan adversa fortuna»[30]. Igualmente, para ahondar en la *captatio* del favor francés, la señora encaminó otra carta al mencionado marqués de Castelldosrius explicando los pormenores del memorial de cara a no verse comprendida en los nuevos reglamentos fiscales que «quieren que yo sea comprehendida en la última disposizión que se a echo» en los Países Bajos. De otra manera, se veía imposibilitada de hacerse cargo de sus deudas «con dinero bajo y como cae sobre no haver recivido ni aún la esperança de cobrar la menor parte de las ayudas de costa». El *desengaño* de doña María Catalina Isabel ante sus continuos fracasos hacía que el embajador de Felipe V fuese considerado el verdadero medianero personal de la Habsburgo con el Rey Cristianísimo, pidiéndole incluso que alterase lo que fuere preciso en su memorial según «la grande capaçidad de Vuestra Excelencia y ponerle en forma de ser presentado al rey»[31]. Resulta llamativo como, en esta ocasión, la Habsburgo no se contentó con el medianero Sentmenat para su agencia. Así, se franqueó el correo a Versalles con una carta de creencia en la que el duque de

29. Carta de Ana María Juana de Austria a Luis XIV, Real Convento de Santa María de Gracia de Madrigal, 22 de diciembre de 1701, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 57, ff. 323r.-v.

30. Carta de María Catalina Isabel de Austria a Luis XIV, Bruselas, 28 de enero de 1702, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 40r.-41r.

31. Carta de María Catalina Isabel de Austria al marqués de Castelldosrius, Bruselas, 28 de enero de 1702, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 43r.-44v. Un día más tarde expediría la señora una nueva carta al secretario de Estado francés, pidiendo su apoyo para con el *Rey Sol* para que «sus buenos offiçios ynfluyan en el ánimo de tan gran monarca». Carta de María Catalina Isabel de Austria al marqués de Torcy, Bruselas, 29 de enero de 1702, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, f. 46r. Todos los pormenores sobre las peticiones *graciosas* sobre la renta del País de Weert se incluyen en el memorial de María Catalina Isabel de Austria a Luis XIV, s. l., s. f. (Bruselas, 1702), AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 47r.-v.

Boufflers, comandante general de las tropas francesas en Flandes, ponderaba «sa sage et noble conduite d'estre traitée favorablement» y que la señora había logrado tras entrevistarse con el mariscal antes de que partiese la valija[32]. Una vez cerrado el negociado *in situ*, el siguiente paso recaería en el embajador de Felipe V, a quien doña María Catalina Isabel encomendó todo «según Vuestra Excelencia juzgare convenir, que siempre será lo más acertado. Vuestra Excelencia perdone tantos enfados como doy a Vuestra Excelencia naçidos de la suma confianza que tengo en la jenerosidad y amistad de Vuestra Excelencia»[33].

Con el amparo de dos prohombres borbónicos de la talla de Boufflers y Castelldosrius, la respuesta de Versalles no se hizo esperar. El 15 de febrero, Torcy remitió tres cartas encaminadas a la interesada, al duque de Boufflers y al marqués de Bedmar. El tenor de las mismas redundaba en la *intention* del monarca francés de que las rentas de la dama no sufriesen ningún retraso ni disminución pese a las órdenes generales emanadas recientemente en los Países Bajos para el restablecimiento de la administración de las finanzas de su nieto Felipe V. Se trataba, en palabras del ministro Colbert, de una «exception fondée sur l'estime particulière que Sa Majesté a pour vous produira l'effet que vous en devez attendre». El apoyo de un sujeto como Boufflers y la solicitud proveniente de «une personne de ce rang», caso de la hija de Juan José de Austria, llevarían a esta muestra de la condescendencia borbónica[34]. Paradójicamente, la beneficiaria no recibió respuesta alguna desde Versalles. Por ello, el 10 de julio de 1702 expidió otra nueva carta a Torcy para recordar sus peticiones y mantener su atención y amparo ante Luis XIV. La urbanidad conque doña María Catalina Isabel escribía su correspondencia con el secretario de Estado corría pareja de sus elogios a los Borbón y, también, a una retórica de insistente requerimiento de protección económica. En sus propias palabras, «la pensión anual no es suficiente para el gasto ordinario», motivo por el cual solicitaría la libranza de sus 19.167 florines de deuda a favor de su persona y el aumento de la pensión anual hasta los quinientos escudos mensuales para residir en Berlaymont «con deçençia y quietud lo restante de mi vida» y no tener que recurrir a las ayudas discretas del ministro Jan van Brouchoven, II conde de Bergeyck, «a cuenta de su bolsillo»[35].

Dado que el negociado de la Habsburgo no parecía cristalizar en la corte de Bruselas, la hija de Juan José de Austria retomó su agencia epistolar remitiendo un

32. Carta del duque de Boufflers a Luis XIV, Bruselas, 28 de enero de 1702, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 63, f. 45r.

33. Minutas de cartas del marqués de Torcy a María Catalina Isabel de Austria, el duque de Bouffleurs y el marqués de Bedmar, Bruselas, 31 de enero de 1702, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 50r.-v., 51r., 52r.-v.

34. Carta de María Catalina Isabel de Austria al marqués de Castelldosrius, Bruselas, 28 de enero de 1702, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 43r.-44v.

35. Carta de María Catalina Isabel de Austria al marqués de Torcy, Bruselas, 10 de julio de 1702, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 359r.-361r.

nuevo memorial a mediados de 1703, en esta ocasión a Madrid. Con el recuerdo de la magnanimidad del difunto Carlos II y los *alivios* con que de manera puntual le habría librado antes de 1700 –que la dama tasó hasta en cuatro y seis mil ducados de plata–, María Catalina Isabel de Austria solicitó el amparo regio ante la minoración de la pensión como consecuencia del nuevo reglamento de moneda para los Países Bajos españoles. La implantación de la medida habría perjudicado la percepción de hasta 1.400 florines anuales y esto atentaba a los deseos del propio Felipe V y de su abuelo, el rey de Francia, para que la señora no estuviese expuesta a ningún ahogo económico[36]. Por ello, suplicó la exención de la subida de la moneda de cara a su pensión o, por contra, que se le aumentasen las sumas de manera proporcionada al alza pecuniaria. De igual forma, requirió nuevas mercedes para librarse de sus acreedores, pidiendo el reembolso de los adeudos de las ayudas de costa libradas por Carlos II o que se señalase una porción anual para ir devolviendo sus impagos sobre los 18.000 florines de renta en Weert, Nederweert y Wissem. La dama culminó su petición solicitando la remisión del memorial a Juan Francisco de Haro, conde de Monterrey, y, pese a cesar como presidente del extinto Consejo de Flandes un año atrás, uno de los mejores conocedores de los asuntos flamencos en el Consejo de Estado por ser el ministro por quien habían pasado sus principales dependencias desde que residiese en Bruselas en calidad de gobernador general[37].

Felipe V remitió con decreto de 30 de octubre de 1703 este memorial junto a otro adicional al Consejo de Estado. Sus ministros, que, aparte de Monterrey se sumaban los condes de Frigiliana, Santisteban y Montijo; el marqués de Villafranca, y los duques de Montalto y Veragua, dieron su parecer el 22 de diciembre. Siendo conocedores de las gracias carolinas en favor de su sobrina, «que la facilitavan el vivir con alguna comodidad y descanso», apuntaban el impacto en su economía de la subida de la moneda, el cese de los emolumentos de leña y los requerimientos de los acreedores, máxime cómo «las religiosas del monasterio adonde está, la quieren poner en la calle». Aparte de evaluar las peticiones específicas de la dama, que también recordaba dos ayudas de costa carolinas –remitidas por la vía de la Secretaría del Despacho Universal– por un monto de 8.000 escudos «que hasta aora no se la han satisfecho», añadieron cómo la suma de sus débitos con particulares ascendía a 14.702 florines y cómo, al no verse amparada por el suprimido Consejo de Flandes, tuvo que solicitar la protección de Luis XIV y la mediación de su ministro Torcy y el embajador cardenal D'Estrées. Ante tales pormenores y con el tenor de la consulta del Consejo de Flandes de 2 de septiembre de 1702, los consejeros de Estado representaron a Felipe V cómo este tipo de mercedes no

36. Memorial de María Catalina Isabel de Austria a Felipe V, s. l., s. f. (Bruselas, 1703), AHN, Estado, legajo 1442.

37. El conde de Monterrey había cesado como presidente del Consejo tras la extinción de este en junio de 1702. Consulta del Consejo de Estado, Madrid, 4 de septiembre de 1703, AHN, Estado, legajo 1490, caja 1.

habían estado tradicionalmente sujetas a reformas ni minoraciones, inalterables «porque es empeño siempre de la Magestad mantener estos alimentos a las personas que se consideran de la familia». Si Carlos II había atendido a su sobrina ante estos *empeños* dinásticos, su sucesor no debía ser menos y, por ello, condescender con los requerimientos de María Catalina Isabel de Austria por dos vías «pues no es honesto al decoro de Vuestra Magestad ver angustiada una prenda de su Casa»: evitar que la alteración monetaria disminuyese la renta originaria y, por el otro lado, atender a las ayudas de costa y al pago de trescientos escudos mensuales sobre la pensión para extinguir los adeudos con acreedores. Todo ello terminó siendo tácitamente aceptado por el monarca, quien –consciente de las dificultades hacendísticas y militares de los Países Bajos– encargó a Bedmar socorrer a la Habsburgo «en la mejor forma que lo permitan las cargas y obligaciones de aquellos Estados», tal y como se determinó por real despacho de 9 de enero de 1704[38].

La voluntad del Consejo de Estado español de la inclusión de María Catalina Isabel de Austria en la esfera de pensionados por la Casa de Borbón en los Países Bajos no impidió que la dama siguiese remitiendo cartas a la corte francesa, en particular, con ocasión del nacimiento de Luis de Borbón, duque de Bretaña. El arribo a Bruselas a fines de junio de la noticia de la sucesión del delfín haría que la Habsburgo hablase abiertamente a Luis XIV «de tanto júbilo y alborozo […] de la felizidad conque la Divina bondad ha colmado la Augusta Casa de Vuestra Magestad conzediéndole la satisfazión de veer asegurada su gloriosa real subvezión»[39]. La elogiosa misiva iba enlazada a otra al secretario Torcy en términos similares de vanagloria personal por «este feliz futuro» para la Casa de Borbón, aunque no le ocultaría su deseo para que en este «tiempo de merçedes» se siguiese amparando su persona, premiando «los leales corazones» como el de la escribiente y solicitando del *Rey Sol* la concesión de una suma de trescientos escudos mensuales aparte de su pensión, «cantidad que no puede prejudicar a los gastos públicos»[40].

Esta petición vino acompañada de un nuevo memorial de la Habsburgo para que el ministro francés la pusiese en manos de su soberano. Si bien la protección de los consejeros madrileños era patente, la señora tampoco desconocía las posibilidades ejecutivas que se abrían del beneplácito versallesco. Ya autointitulada como «la Princesse d'Austriche», doña María Catalina Isabel elevó nuevamente un recuerdo sobre los pormenores de las antiguas situaciones y de los presentes impagos de los tres mil ducados *carolinos* en tiempos del impacto directo de la alteración de la moneda brabanzona. Contando desde hacía meses con el despacho

38. Consulta del Consejo de Estado, Madrid, 22 de diciembre de 1703, AHN, Estado, legajo 1490, caja 1. Asimismo, véase la copia de despacho de Felipe V al marqués de Bedmar, Madrid, 9 de enero de 1704, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 63, ff. 344r.-v.

39. Carta de María Catalina Isabel de Austria a Luis XIV, Bruselas, 5 de julio de 1704, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 355r.-356r.

40. Carta de María Catalina Isabel de Austria al marqués de Torcy, Bruselas, 5 de julio de 1704, AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 357r.-358r.

favorable de Felipe V para que el marqués de Bedmar protegiese la causa de la señora, ésta dudaba de que pudiese tomar forma no solo dicho pago, sino el reconocimiento de las ayudas de costa adeudadas. Así las cosas, el monarca francés debía conocer la pérdida constante de su patrimonio y la presión tanto de sus acreedores, que «la menacent de saisir ses meubles», y de las propias religiosas de Berlaymont, amenazando su expulsión si no se hiciese el abono del apartamento que ocupaba en el convento. Solo la protección del rey Luis podría acabar con la incertidumbre económica de la dama, logrando que el gobernador general de Flandes ordenara ejecutar definitivamente los mandatos madrileños y, en paralelo, que se le acordase una suma adicional para redondear las gracias pecuniarias a favor de la hija del difunto mediohermano y valido de Carlos II[41].

## 4. La abadía de Nivelles y las pugnas faccionales flamencas en torno a María Catalina Isabel de Austria (1690-1706)

Conforme avanzaba la primera década del Setecientos, los sucesos militares del *Cuerpo Bélgico* de la Monarquía parecían ser aparentemente favorables a la Casa de Borbón pese a los iniciales éxitos de la Gran Alianza de La Haya sobre los territorios más expuestos del mismo. Güeldres –el territorio donde se situaban las rentas de María Catalina Isabel de Austria– y el indefenso Limburgo habían terminado en manos de los ejércitos coaligados entre 1702 y 1703, así como buena parte del obispado de Lieja, pero la mayor parte de los núcleos defensivos de Brabante y Flandes se mostraban incólumes tras las líneas defensivas instauradas por los ejércitos de las Dos Coronas desde comienzos del conflicto sucesorio español (Van Gelder, 2016: 94-95). Cuando todavía ningún bruselense tenía siquiera dudas sobre el afianzamiento del dominio político borbónico, en el invierno de 1705-1706, María Catalina Isabel de Austria remitió un nuevo memorial al gobernador general Maximiliano II Manuel de Baviera que parece dilucidar algunas dudas sobre la partida de la dama desde Burgos hasta Bruselas. Según su tenor,

> Tant per le droit de nature et des gens, qu'en vertu du testament de feu haut et puissant prince, don Jean d'Autriche, en son vivant régente d'Espagne, son frère naturel, d'entretenir cette princesse dans un rang conforme à sa naissance[42].

41. Memorial de María Catalina Isabel de Austria a Luis XIV, s. l., s. f. (Bruselas, 5 de julio de 1704), AMAE, Correspondance Politique, Pays-Bas espagnols et autrichiens, 61, ff. 350r.-351r. En paralelo, la dama logró verse incluida en el registro de sujetos exceptuados del pago de impuestos en la villa de Bruselas, al igual que los mariscales y demás ministros y oficiales de Francia, los príncipes y diplomáticos extranjeros, los Grandes y los caballeros del Toisón y otras dos señoras de renombre, como la condesa de Soissons y la marquesa de Lede. *Liste et déclaration des personnes que Sa Majesté entend franches et exemptes en tout des accises et impositions sur les quatre espèces de consomption, en la ville de Bruxelles*, Bruselas, 20 de julio de 1704 (*Cfr.* Gachard, 1860: 548).

42. Memorial de María Catalina de Austria al elector de Baviera, s. l., s. f. (Bruselas, 1706) (*Cfr.* Hachez, 1886: 277-278).

Así las cosas, Carlos II habría querido recompensar los servicios de don Juan José a través de la hija de éste, al tiempo que hacía cumplir su testamento. Es importante destacar que el fracasado valido, como gran prior de la religión de San Juan para los reinos de Castilla y León, no tenía libertad para testar puesto que sus bienes debían retornar íntegramente a la Orden de Malta, motivo por el cual fue necesario obtener una bula que le permitiese disponer de los mismos a su voluntad, y que el papa Clemente X le concedió el 15 de mayo de 1676[43]. En la Biblioteca Nacional de Madrid conserva una copia setecentista de este testamento en el que se declara heredero universal de los bienes juanistas a Carlos II, encargando al soberano atender a sus acreedores y socorrer a sus criados y familia. Aunque en el documento hay una referencia explícita a sor Margarita de la Cruz, profesa en las Descalzas Reales, a la que deja, entre otras cosas, una imagen que tenía en la alcoba[44], no hay referencia ninguna de Juan José de Austria a doña María Catalina Isabel ni a Ana María de Austria, la priora de Madrigal. En todo caso, el hijo de Felipe IV sí apuntó que su confesor, el doctor Miguel de Frías, entregaría un papel a los albaceas y al rey con las personas a socorrer, entre quienes pudieran haber estado registradas ambas hermanas.

No obstante, en su memorial de 1706 la Habsburgo anotó cómo su tío Carlos II había querido recompensarla con una abadía en la ciudad de Mons, a pesar de cierta oposición del capítulo, que decía haber ya cedido buena parte de sus ingresos al monarca. Así, el monarca decidiría en 1690 la partida de su sobrina hacia los Países Bajos para situarla allí como abadesa y con precisas órdenes al marqués de Gastañaga para convencer a las religiosas de las intenciones regias (Hachez, 1886: 278). Pese a su marcha, no pudo ejecutarse la hipotética posesión dado que el 10 de abril de 1690 las tropas de Luis XIV tomaron la capital de Hainaut tras un terrible asedio (Childs, 1991: 156-177). A pesar de las dificultades, se encargó a Maximiliano II Manuel de Baviera, el siguiente gobernador de los Países Bajos, que se encargase de negociar con Madelaine-Thérèse de Noyelles, abadesa del venerable y noble Capítulo de Sainte Gertrude de Nivelles, en Brabante, para hacerla renunciar a su abadía en favor de María Catalina Isabel de Austria. La aristocrática dama se negó en rotundo, aunque abrió la puerta al desbloqueo en caso de que ella y su familia recibiesen ventajas mayores a cambio de acordar a la Habsburgo.

Finalmente, la abadesa Noyelles murió el 9 de noviembre de 1705 y María Catalina Isabel de Austria entró en la lista de pretendientes a sucederla. Parecía la oportunidad de que la Habsburgo consolidase su situación económica, pero un movimiento inopinado daría al traste con todo ello. François de Neufville, II

43. Poder para testar de Juan José de Austria, Madrid, 7 de septiembre de 1679; y documentación anexa a la testamentaría, Biblioteca Nacional de España [BNE], ms. 10901, ff. 1r.-45r.

44. «A las señoras sor Dorotea de Austria, sor Mariana y sor Margarita dejo en señal de amor tres de las imágenes que tengo en la alcoba». Poder para testar de Juan José de Austria, Madrid, 7 de septiembre de 1679; y documentación anexa a la testamentaría, Biblioteca Nacional de España [BNE], ms. 10901, f. 33r.

duque de Villeroy y general al mando de las tropas borbónicas en Flandes, solicitó que se nombrase nueva abadesa a Marie-Françoise de Berghes, hija de sus protegidos de la Casa de Grimbergen. El mariscal francés se opuso a la elección de la hija de Juan José de Austria por diversas razones, en particular porque señalaba que la nobleza del país parecía negarse a recibir a ésta en calidad de canonesa. Doña María Catalina Isabel respondió a Villeroy entregando al elector de Baviera una declaración firmada por algunas de las principales familias de los Países Bajos en su creencia. Los signatarios fueron los príncipes de Hornes, Nassau, Rubempré, Everberg y Barbançon; los marqueses de Trazegnies y Herzelles; los condes de Trazegnies-d'Armuyden, Glymes, Herzelles, Erps, Croswarem y Dongelberg; el vizconde de Gand, y el barón de Resves, entre otros. A estos nombres se sumaron conspicuos miembros de la *nación española* radicada en los Países Bajos, como el asturiano Francisco Bernardo de Quirós, antiguo embajador en La Haya; el marqués de Taracena, castellano de Amberes; los oficiales militares Pedro de Zúñiga, Francisco Gutiérrez de los Ríos, Joseph Benítez de Lugo o Francisco Manso de Zúñiga; así como diferentes titulados italianos, caso de los duques de Pratoameno y Mondragone; y dos de los chambelanes del propio elector bávaro, entre ellos el marqués Maffei. La declaración de estos señores rezaba:

> Nous […] certifions et attestons sur notre foi et honneur que très-noble et très-illustre dame, madame Marie-Catharine d'Austriche, fille du sérénissime prince don Jean d'Austriche en son vivant régent d'Espagne, est très illustre demoiselle, de tout costé d'ancienne noblesse militaire et chevallereuse et suffisamment qualifiée pour, comme noble, pouvoir être receu en touts chapitres et colléges nobles. En foy de quoy nous avons signez cette présente attestation et munis du cachet de nos armes. (*Cfr*. Hachez, 1886: 280-281)

Junto a la memoria aristocrática se presentó un *quæritur* con fecha 2 de enero de 1706 firmado por diferentes ministros y heraldos de Brabante (Berckel) o Flandes (Van Ursel), así como el primer rey de armas (Vanderleenen), que justificaban cómo, según las leyes, costumbres y observancias del país, se establecía en primer lugar que los hijos naturales reconocidos de reyes debían tener un rango inmediatamente posterior al de los príncipes de sangre y preferencia sobre todos los príncipes, vasallos o extranjeros (Hachez, 1886: 281). La descendencia ilegítima, pero reconocida, de estos sujetos se integraría entre los señores *de race et sang* y tendría preferencia sobre toda la nobleza del país. Asimismo, «sont habilles, & sufisamment qualifiés, pour être reçus aux Ordres Militaires, Colleges, & Chapitres, fondés & établis pour l'ancienne Chevalerie, & Noblesse militaire», sin olvidar que:

> Sa Majesté feu le Roi Charles II, de très-Auguste mémoire, a aussi jugé sur préalable advis de son Conseil d'État, en faveur de Madame Marie Catherine d'Autriche, fille reconnue de son frère, le Prince don Juan, avant nommé, procréé en une damoiselle libre & de qualité distinguée, en destinant a dite dame la survivance d'abesse du noble & vénérable Chapitre de Sainte Gertrude à Nivelles. L'on dit sur préalable

> advis de son Conseil d'État, le cas de question y ayant été plusieurs fois décidé, comme il se peut voir au livre portant pour titre *Jurisprudentia Heroïca de Jure Belgarum*. (*Avis juridique & heraldique*, 1739: 43-45)

El amparo de poderosos linajes y ministros a las dos candidatas a la abadía llevó al elector de Baviera a fijar una vista para la elección de la dignidad de Nivelles. La Habsburgo solicitó un aplazamiento que le permitiese convertirse, antes de la nominación, en canonesa. El conde de Monterrey, desde su posición como consejero de Estado, recordaría la voluntad del difunto rey Carlos para nombrar a su sobrina para el cargo. Por su lado, el mariscal Villeroy presionó abiertamente al Wittelsbach y, por ende, no solo no retrasó la elección, sino que la adelantó. Quienes evaluarían las dos propuestas fueron el obispo de Namur y uno de los togados del *Conseil du Roy* creado, en 1702, por Felipe V sobre los antiguos Consejos Colaterales: Guillaume-Albert de Grysperre, barón de Goyck (*Reglamento*, 1703)[45]. Ambos acudirían en mancomún el 6 de enero de 1706 a la abadía de Nivelles para recoger los votos de las canonesas y elaborar una consulta que fuese resuelta por el gobernador general. Según el tenor del informe, veintidós canonesas y veintiséis canónigos tomaron parte en una elección en la que las cuatro damas más votadas fueron Jolante-Félicité-Émilie de Noyelles Falais (19 primeros votos, 7 segundos y 2 terceros), Madeleine-Albertine de Hamal (10 primeros votos, 5 segundos y 3 terceros), Marie-Françoise de Berghes (5 primeros votos, 6 segundos y 11 terceros) y la preboste Théodore d'Arherg de Falenghien (10 primeros votos y 8 segundos). Por su parte, María Catalina Isabel de Austria, aunque no formaba aparte del capítulo, recibió ocho votos (Hachez, 1886: 282).

Con esta situación, y cediendo a la influencia del mariscal de Villeroy, Maximiliano II Manuel de Baviera nombró a Marie-Françoise de Berghes como nueva abadesa y princesa de Nivelles, siendo expedidas las cartas de patente desde Bruselas el 8 de enero de 1706. Por otra parte, el elector hizo llamar a la corte bruselense al caballero que se había encargado de defender los intereses de la Habsburgo para que el conde de Tirimont, canciller del Consejo Real, le reprochase haber tomado la iniciativa de recabar los apoyos entre las elites flamencas, españolas e italianas sin contar con su permiso, considerando la declaración de los nobles en su favor como un abierto acto de sedición. Así, en total descalabro, María Catalina de Austria quedaba alejada del favor del gobernador general, privada de la abadía que su tío le había prometido antes de partir a Bruselas en 1690 y sin cobrar desde 1699 la pensión que se le había situado en el Güeldres Español.

45. El impreso de la nueva reglamentación se conserva en AHN, Estado, legajo 1490, caja 2.

## 5. El retorno de las águilas habsbúrgicas. María Catalina Isabel de Austria en la Bruselas de Carlos III (1706-1714)

El fracaso de los intentos de la Habsburgo para lograr la pingüe abadía de Nivelles y la pérdida definitiva de sus rentas en el Güeldres Español como consecuencia de los avances militares de la Gran Alianza llevaron a la economía de la dama a una situación límite. En octubre de 1702 las tropas de las Provincias Unidas y Prusia ya se habían hecho con la mayor parte de dicha provincia, por lo que su pensión no volvió a ser remitida a Bruselas, sino administrada por el receptor neerlandés Van Afferden, radicado en Roermond, directamente en beneficio de las Provincias Unidas[46]. El amparo inicial del elector de Baviera y del rey de Francia desaparecieron como consecuencia del *affaire* de la abadía. Por ello, tras la catástrofe militar de las tropas borbónicas comandadas por el mariscal de Villeroy y el propio Maximiliano II Manuel de Baviera ante los aliados dirigidos por el duque de Marlborough en Ramillies, el 23 de mayo de 1706, terminó convirtiéndose en una oportunidad para la hija de don Juan.

En cuestión de semanas, el ducado de Brabante y la mayor parte del condado de Flandes acabaron militarmente ocupados por la Gran Alianza. El 5 de junio, los *États* provinciales brabanzones reconocieron a Carlos III de Austria como su nuevo soberano, lo que se siguió un día más tarde por los flamencos (Van Gelder, 2016: 95). Junto a las elites de naturales, buena parte de la *nación española* conformante del ministerio bruselense y de la milicia se puso del lado de las águilas habsbúrgicas, como hicieran los mencionados Francisco Bernardo de Quirós –poco después plenipotenciario carolino y administrador de Limburgo hasta su muerte en 1709 (Van Gelder, 2016: 96-153)– y el marqués de Taracena, así como otros reconocidos plumistas, caso de Francisco Antonio Navarro (Van Gelder, 2016: 96-100; Quirós Rosado, 2018).

Como consecuencia de esta total mutación del escenario político-dinástico, la Habsburgo comenzó a ser reconocida universalmente en Bruselas como la *princesa de Austria* y, como actividad prioritaria, proyectó una nueva negociación política (y dinástica) siguiendo los mismos parámetros que los seguidos en Versalles y Madrid, pero con los nuevos dominadores del *Cuerpo Bélgico*: el gobierno angloneerlandés asentado en los Países Bajos y la corte de Barcelona, donde residía su familiar Carlos III, pese a que la soberanía de este último sobre los Países Bajos fuese más teórica que efectiva. En paralelo, a fines de dicho año 1706 tuvo lugar un episodio, entre la realidad y la ficción, en la vida de la Habsburgo.

Según diferentes registros procesales de finales del primer cuarto del Setecientos, María Catalina Isabel de Austria habría contraído matrimonio secreto con uno de sus valedores en Flandes, el marqués Ambroise-Joseph de Herzelles

46. Exposición del caballero Frederik de Weerts a los plenipotenciarios de los Estados Generales, Utrecht, 22 de septiembre de 1713 (*Actes, mémoires & autres pièces*, 1714: 549).

(1680-1759). Egresado en Derecho por la Universidad de Lovaina y antiguo miembro de las Guardias Valonas de Felipe V, ya bajo soberanía habsbúrgica terminaría siendo promocionado a superintendente, presidente y tesorero general de *Finances* bajo el gobierno de la archiduquesa María Isabel. Tal información quedó registrada en un proceso incoado contra Herzelles por Anne-Charlotte de Saint-Amand, con quien había tenido dos vástagos. Si bien el marqués había reconocido a su amante haber enviudado de una dama de la cual no quería revelar su identidad, habría de ser el borgoñón Humbert-Guillaume de Precipiano, arzobispo de Malinas, quien aportaría a los jueces una copia del acta de matrimonio fechada el 20 de diciembre de 1706 y en el que se anotaba como contrayentes a «Domina Maria Catharina Vincentia, principis Austriaca» y a «Domini Ambrosy Josephi, Marchionis de Herzelles»[47]. Por un lado, conviene apuntar cómo uno de los hijos ilegítimos del marqués, Charles-Ferdinand de Herzelles, achacó ser una falsificación encargada por el propio Herzelles al prelado *franc-comtois* para alcanzar un acuerdo con su amante y, así, evitar desposarla; resulta llamativo un hipotético desposorio entre una dama que rozaba los cincuenta años de edad y a un joven aristócrata de 26 años (Tomboy, 1999: 21). Por el otro, es sugestivo observar cómo el tercer nombre de la dama –Vicenta, no Isabel– era uno de los que tuviese su hermana ya difunta, la abadesa de Madrigal, lo que bien pudiera ser un error de transcripción o de mero registro, en caso de que no fuese un acta *ad hoc* en pro del aristócrata flamenco.

Casada secretamente con el marqués de Herzelles, o no, pues en ninguno de sus escritos ulteriores aparecería este asunto anotado, el silencio envolverá a la princesa de Austria durante los siguientes años. Se tiene constancia del envío de diferentes cartas, entre el 11 de diciembre de 1707 y el 21 de agosto de 1712, al ministro neerlandés Johan van den Bergh, uno de los principales administradores aliados de los Países Bajos, pidiendo la aplicación a su favor de una suma proveniente de la enajenación de una plaza del *Conseil de Brabant* para que se terminase «la persécution de mes plus importuns créditeurs» (*Cfr*. *Catalogue*, 1882: 9; *Catalogue*, 1887: 27). Mientras tanto, el 11 de febrero de 1709, la dama remitió una misiva y un correspondiente memorial al propio rey Carlos III, en los que solicitaba la concesión vitalicia del castillo de Tervuren en la misma forma que hasta entonces lo había gozado por gracia de Carlos II la romano-francesa Olimpia Mancini, condesa de Soissons y madre del príncipe Eugenio de Saboya, fallecida el 9 de octubre anterior. Este castillo medieval, construido por los duques de Brabante a las afueras de Bruselas, había sido reconvertido en palacete de caza por Alberto e Isabel Clara Eugenia de Austria, que hicieron de él una de sus residencias favoritas, tal y como se desprende de diferentes pinturas comisionadas por los archiduques (García García, 2013). La princesa de Austria hacía esta solicitud, ante todo:

47. Copia del acta de matrimonio del marqués de Herzelles con la princesa de Austria, Bruselas, 20 de diciembre de 1706 (*Cfr*. Tomboy, 1999: 21).

> Para que el mundo vea es voluntad de Vuestra Magestad cese ya el desvalimiento y desaire en que estoy desde la muerte del Rey, mi señor, que está en el Cielo, quien me favoreció siempre en preferencia a todos diciendo no hacía exemplar por la circunstancia que concurría en mi persona de nieta de su padre[48].

El memorial que adjuntaba la dama señalaba que Tervuren era una *maison royale* y que en los Países Bajos no había nadie con más derecho que la solicitante para gozarlo como nieta de Felipe IV y sobrina de Carlos II. Por contra, se encontraba residiendo en un convento, el bruselense de Berlaymont, que no convenía a su salud, por lo que pretendía un lugar donde poder tomar el aire del campo y compensar los desagravios sufridos durante un gobierno, el borbónico, para cuya derrota y el correspondiente triunfo de la Casa de Austria rezaba la señora[49].

Pese a la impetración de la gracia regia, Carlos III no dio una rápida respuesta a la petición. Dado que el plenipotenciario regio, Francisco Bernardo de Quirós, acababa de fallecer en el balneario de Aquisgrán, sería el príncipe Eugenio, general de las tropas imperiales en los Países Bajos, quien recibió el encargo carolino para informarle sobre las calidades de la dama en tanto supuesta hija de Juan José de Austria. Desconocedor de los orígenes y las motivaciones de doña María Catalina Isabel, el monarca inquirió al Saboya que, siendo satisfactoria la respuesta, también sugiriese el medio más adecuado para atender las peticiones de una dama de cara a lograr, por la vía del duque de Marlborough u otros aristócratas ingleses, los mejores medios con los que obtener el favor de la reina Ana de Gran Bretaña. Así conseguiría –al igual que con sus peticiones a Van den Bergh– el favor de quienes realmente controlaban los Países Bajos de cara a mantener su rango y decencia en Bruselas[50].

Mientras la situación económica de María Catalina Isabel de Austria empeoraba y no se resolvían sus peticiones a la corte de Barcelona, la contienda bélica continuó en Europa hasta el práctico agotamiento de las partes contendientes. Después del desastre de la campaña militar del rey Carlos hacia el corazón de Castilla en el verano-otoño de 1710 y con la muerte del emperador José I el 17 de abril de 1711, las cancillerías europeas comenzaron a tener más presente que nunca un horizonte de salida negociada. De hecho, en el mes de septiembre Carlos III abandonó la península ibérica para dirigirse a Italia y el Sacro Imperio, de donde le llegarían noticias de su elección como emperador por parte de la Dieta cesárea, siendo proclamado emperador, con el nombre de Carlos VI, en una solemne investidura el 22 de mayo de 1712, en Fráncfort. En paralelo, Gran Bretaña y Francia iniciarían una

48. Carta de María Catalina Isabel de Austria a Carlos III, Bruselas, 11 de febrero de 1709, Archives Générales du Royaume de Belgique [AGRB], Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.

49. Memorial de María Catalina Isabel de Austria, s. l., s. f. (Bruselas, 1709), AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.

50. Minuta de despacho de Carlos III de Austria al príncipe Eugenio de Saboya, Horta, 5 de mayo de 1709, AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 4. Quede patente nuestro agradecimiento a Tibor Martí y Ferenc Laki por su transcripción y traducción del documento original.

aproximación, que culminó con la apertura de un congreso general para el fin de la guerra en la ciudad neerlandesa de Utrecht (Onnekink, 2013: 139-163).

Ante este contexto general, al igual que una de las más poderosas damas de la sociedad europea del momento, la princesa Orsini, María Catalina Isabel de Austria decidió remitir a las conferencias de paz a un enviado personal que fuese aceptado por las potencias en liza y, con ello, lograr subvertir la crisis y abandono en el que se encontraba. Para ello eligió al caballero Frederik de Weerts y le dotó de una carta de poder firmada en Bruselas el 28 de abril de 1713 –correspondientemente ratificado por el notario regio-ducal y los burgomaestres, *échevins* y miembros de la villa– como su *enviado* en el Congreso de Utrecht, en particular para defender sus intereses y negociar con los ministros y plenipotenciarios de la reina de Gran Bretaña y de los Estados Generales de las Provincias Unidas. Para poderse mantener en la villa neerlandesa determinó la señora el pago de su salario sobre los atrasos de su renta anua de 8.250 florines anuales de plata sobre las tierras de Weert, Nederweert y Wissem. La Habsburgo encargó también a De Weerts solicitar el pago de los ya mencionados 8.000 escudos de ayuda de costa que le había concedido Carlos II sobre la hacienda de los Países Bajos españoles, así como de todas las demás pretensiones que le notificase a viva voz, otorgándole plenos poderes para negociar por sí mismo o por quien él eligiera para defender sus intereses[51].

En Utrecht permanecería el «envoyé de San Altesse Serenissime Madame la Princesse d'Autriche» asentado en una vivienda decorada con los escudos de la princesa y del propio caballero junto a la calvinista Pieterskerk (Figuras 1 y 2).

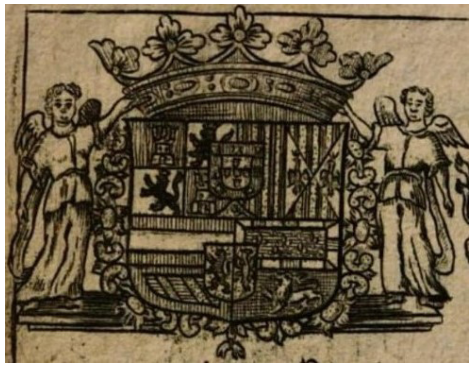


Figura 1. Escudo de armas de María Catalina Isabel de Austria (Chevalier, 1714: 297)

51. Poder a favor del caballero Frederik de Weerts como enviado de la princesa María Catalina Isabel de Austria en el Congreso de Utrecht, Bruselas, 28 de abril de 1713, AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.




Figura 2. Escudo de armas de Frederik de Weerts (Chevalier, 1714: 297)

Allí sería servido por un séquito de criados vestidos suntuosamente para esta legación particular, que debía reportar pingües intereses tanto a su representada como a él mismo. A decir de un impreso coetáneo del librero y medallista Nicolas Chevalier,

> Les domestiques sont vêtus de drap bleu avec des paremens jeaunes, des boutons d'argent avec des galons dont le milieu est de couleur feuille morte, soutenu de chaque côté d'une raye blanche, ensuite il y a également de chaque côté une bande cramoisie aussi large que celle du milieu; & des deux côtés en dehors il y a un galon d'argent. (Chevalier, 1714: 1)

Sobre sus negociados con diferentes diplomáticos y estadistas, caso del gran pensionario holandés Heinsius, se cuenta con un memorial impreso incluido dentro de las actas públicas del Congreso, dirigido a los plenipotenciarios de los Estados Generales neerlandeses el 22 de septiembre de 1713[52]. Las pretensiones de la princesa de Austria, «audjourd'hui la seule qui reste dans le monde de ce grand Nom & de cette Illustre Maison», fueron glosadas iniciando con la semblanza de doña María Catalina Isabel. Se trataba de la hija del difunto Juan José de Austria, quien decidió en la hora de su muerte poner en manos de Carlos II una rica herencia, y no en la hija, a causa de la juventud de la misma y de la necesidad de conservarla en su integridad. A cambio, el monarca había de procurar a su sobrina «un plus grand avantage pour le soutien de la dignité de son nom, de son rang & de sa naissance». El deceso del rey habría dejado desamparada a la princesa, pero De Weerts juzgaba *evidente* que el finado había querido restituir o, al menos, conceder un equivalente a la herencia perdida de don Juan. El primer paso sería la concesión, el 10 de octubre de 1691, de una pensión anual de 8.250

52. Exposición del caballero Frederik de Weerts a los plenipotenciarios de los Estados Generales, Utrecht, 22 de septiembre de 1713 (*Actes, mémoires & autres pièces*, 1714: 546-553). Las siguientes referencias provienen de esta fuente impresa. También se conservan las peticiones del enviado De Weerts en NA [National Archief], 1.10.109, 2242.

florines brabanzones sobre tierras del Güeldres Español, «hipotéquée sur le subside desdites terres», como alimentos y renta provisional de la princesa. El cobro y el reconocimiento de este beneficio perduraron satisfactoriamente incluso bajo «Sa Majesté le Roi Philippe V» mientras fue efectivo su dominio sobre el País de Weert, perdido en 1702. Puestos los réditos de la pensión principesca en manos del recibidor neerlandés de Roermond, Van Afferden, la situación económica de la Habsburgo le había llevado a «une très grande calamité, puisqu'elle s'est trouvée obligée de faire une réforme presqu'entière de toute sa maison, & de s'engager dans des dettes considérables». Sin servicio doméstico y perseguida por sus acreedores, en una edad avanzada y retirada de los asuntos mundanos en el convento de Berlaymont, la princesa de Austria se hallaba privada del patrimonio y los bienes que, por sangre, le corresponderían. Si bien la justicia neerlandesa habría reconocido los derechos y demandas de la señora, obligándose al pago regular de la renta hipotecada hasta el fin de sus días. Pero, en detrimento de la representada por De Weerts, poco se había logrado, salvo «l'avancement de quelque bagatelle» a cargo del plenipotenciario de las Provincias Unidas en Bruselas, el citado Johan van den Bergh, y todavía estaban sin cobrar las sumas que alcanzaban ya un débito de 90.750 florines brabanzones. Por todo ello, el enviado de la princesa de Austria requeriría en Utrecht la libranza de tales impagos junto con lo restante de la ayuda de costa situada en los Países Bajos españoles por Carlos II, dado que se trataba de rentas administradas no por Carlos VI, sino por los Estados Generales.

Los negociados del diplomático de María Catalina Isabel de Austria no terminaron por fructificar durante los dos años en que residiese en la sede del Congreso. Los delegados neerlandeses evitaron una respuesta que pudiera comprometer la gestión de los bienes secuestrados en tierras que todavía no habían sido claramente delimitadas en pro de sus intereses, de los del césar Carlos o de terceras potencias, caso del rey de Prusia y del elector del Palatinado. Posiblemente sería en estos momentos cuando De Weerts pasase comisionado por la señora a Versalles y Londres, aunque sin fruto alguno en pro de la representada. Así, en dicha espera y en los estertores de las conferencias de paz, la princesa de Austria falleció en sus estancias del convento de damas de Berlaymont el 26 de noviembre de 1714, durante el gobierno conventual de sor Jeanne-Walburge d'Arberg[53]. Pese a la crisis económica que padeciese durante décadas, según la gaceta vienesa del flamenco Johan van Ghelen era reputada universalmente como «figlia del fu prencipe don Giovanni d'Austria», lo que también denota el reconocimiento de la corte imperial a su vinculación de sangre con la Augustísima Casa[54].

53. La noticia de dicho deceso llegó a Viena por carta del secretario Diego Ortiz de la Carrera a la secretaría del Despacho Universal de 29 de noviembre. Carta del marqués de Rialp a Diego Ortiz de la Carrera, Viena, 12 de diciembre de 1714, AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 55.

54. Avisos, Amberes, 29 de noviembre de 1714 (*Foglio*, 1714).

Doña María Catalina Isabel murió *ab intestata*, por lo cual quedaría como heredero universal el emperador Carlos VI. Por este motivo, el plumista del *Conseil d'État*, el secretario real Adrien Bollaert, fue comisionado para hacer inventario de los bienes presentes en el cuarto y las estancias de la princesa de cara a su venta en pública almoneda. Bollaert inició su labor el 1 de diciembre de 1714 y lo finalizó el día 11 siguiente. Entre los bienes muebles encontrados en la *maison mortuaire* de la hija de don Juan José de Austria se hallaban sillas de cuero de España, diversas piezas de platería, tablas de carey y roble, ropa blanca y otros bienes menores, lo que sumado a un restringido número de personas que la servían –limosnero y damas de honor– dan la medida del intento de simulacro de vida principesca de la señora. Destacaban en el inventario diversos retratos de Carlos II, Mariana de Neoburgo, María Luisa de Orleáns y Mariana de Austria (en hábito de viuda esta última), aparte de uno de su padre, Juan José de Austria, y otro de ella misma que fue entregado a modo de memoria a sus damas de honor. Igualmente, delante de la chimenea del cuarto de Berlaymont colgaban los retratos de los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia, antiguos soberanos de los Países Bajos, «les-quels les domestiques ont déclarés être meubles de la Cour». En definitiva, alrededor de las modestas estancias privadas de la princesa giraba todo un programa iconográfico sobre la Casa de Austria que haría resaltar su pertenencia al epílogo de la rama madrileña de la dinastía en tanto sobrina y nieta de reyes de España[55]. De hecho, solo le sobreviviría unos meses la última de las Habsburgo hispanas, sor Mariana de la Cruz y Austria, la mencionada hija natural del cardenal infante Fernando de Austria, quien falleció a los 74 años en Madrid, el 3 de septiembre de 1715 (Heiss von Kogenheim, 1731: 220)[56].

Tras su muerte, y siguiendo la tradición debida a las personas de sangre real, se mandó tocar diariamente, durante tres semanas, las campanas de la iglesia del convento de Berlaymont en honor a quien había residido en su recinto durante un cuarto de siglo[57]. Según unos anales monásticos dieciochescos, el *Conseil d'État* determinó que, durante dicho tiempo, tres veces al día, sonasen también las campanas grandes de la colegial de San Miguel y Santa Gúdula, «comme il est d'usage pour le Roy». El cuerpo de María Catalina Isabel de Austria fue embalsamado e introducido en un ataúd, oficiándose su funeral el día 3 de diciembre. Sus restos

55. *Inventaire des meubles et effects troúvés dans la maison mortuaire de la ditte Dame Princesse avec un estat des arrierages des gages et pension des domesticqués come aussi cellúy de ces creaciers*, AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.

56. La *Gaceta de Madrid* informó sobre la noticia de la siguiente forma: «El día tres de este mes murió la sereníssima señora sor Mariana de la Cruz y Austria (hija del señor infante cardenal don Fernando), religiosa en el Real Convento de las Señoras Descalças de esta Corte. Nació en Bruselas en 26 de julio de 1641, tomó el hábito de edad de cinco años. Assistió a su entierro la Grandeza de España de orden del Rey. Y este mismo día Su Magestad fue servido de conceder la merced perpetua de Grande de España a las madres abadesas de este Real Convento, que oy es la excelentíssima señora sor Melchora María de Jesús». Avisos, Madrid, 10 de septiembre de 1715 (*Gaceta de Madrid*, 1715: 148).

57. Avisos, Amberes, 29 de noviembre de 1714 (*Foglio*, 1714).

reposarían en la iglesia del propio cenobio bruselense, al menos provisionalmente, mientras que dicho tribunal consultase al emperador Carlos VI la determinación que hubiera de tomar para el reposo definitivo de los despojos de su familiar (Schyrgens, 1928: 143-144).

## 6. Epílogo. La negociación de Frederik de Weerts ante el Consejo Supremo de Flandes de Viena (1717-1724)

Respecto a la pensión perdida, el 10 de mayo de 1717, el caballero Frederik de Weerts envió un memorial al respecto al emperador Carlos VI, que fue leído y evaluado el 9 de julio siguiente en el recién creado Consejo Supremo de los Países Bajos por el presidente príncipe de Cardona y los regentes Johann Christoph Penterieder y Johan Remacle van Thisquen (Zedinger, 2000). De Weerts, habiendo tenido poder general y comisión de la difunta princesa de Austria para solicitar sus intereses en el Congreso de Utrecht y en las cortes de Londres y Versalles, se trasladó desde Bruselas a Viena para mostrar con el celo con que trató de conservar para la hacienda cesárea los 125.650 florines brabanzones que se atrasaban a María Catalina Isabel de Austria de la renta cargada en Güeldres y que, desde 1702, estaba secuestrada por las Provincias Unidas pese a que los neerlandeses habían condescendido en Utrecht a su devolución. En sí, pese al compromiso del ministro de los Estados Generales en el gobierno de Bruselas, Johan van den Bergh, de situar la finca de la renta en las finanzas neerlandesas –y no en las asfixiadas flamencas– dada «la gran necesidad y pobreza en que se hallava la princesa», nada se había concretado. Según De Weerts, para la primavera de 1717, el montante de la suma y sus intereses de demora al cinco por ciento durante los tres lustros de confiscación ascendía a 185.172 florines. El Consejo de los Países Bajos propondría al monarca la concesión de una ayuda de costa pronta para que le permitiese al caballero retornar a Bruselas y, allí, solicitar el apoyo del gobierno general ante la Regencia neerlandesa, lo que tomó cuerpo con la concesión carolina de cuatrocientos florines entregados por la vía reservada[58].

El 7 de diciembre de dicho año 1717, el mencionado Consejo Supremo vienés consultaría nuevamente sobre los medios que habían de gestionar para el cobro de 125.650 florines que se debía cobrar de las Provincias Unidas por los atrasos de la pensión de la princesa de Austria. Para ello se habían recibido no solo las informaciones de De Weerts, sino una memoria del plenipotenciario cesáreo en los Países Bajos, Ercole Turinetti, marqués de Priero[59]. Los ministros imperiales

58. Consulta del Consejo de Flandes, Viena, 9 de julio de 1717, AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.

59. El piamontés Ercole Turinetti, marqués de Priero, fue nombrado por Eugenio de Saboya, gobernador propietario de los Países Bajos austriacos, como su ministro plenipotenciario, ejerciendo fácticamente la administración de las provincias entre 1716 y 1725 (Van Gelder, 2016: 155-164).

consideraban impropio de Carlos VI aumentar los bienes del erario por medio de esta vía, pero se propondría la delegación de un oficial carolino que escuchase sus peticiones. A ello se conformó el soberano, dando orden al presidente Cardona para elegir al ministro, resultando nominado el togado Goswin Arnould de Wynants, regente del propio Consejo de los Países Bajos[60]. Esta determinación no debió satisfacer al antiguo enviado *principesco*, pues una tercera, cuarta y quinta consultas del Consejo Supremo de Flandes, de 31 de enero, 23 de mayo y 18 de agosto de 1718, evocaron la obligación de De Weerts para no disgustar ni cansar al soberano y sus oficiales con arbitrios y memoriales sobre el cobro a los holandeses o la percepción de una ayuda de costa. De hecho, en la última de las evaluaciones sobre una petición en la que el enviado «se explica en modo indecente y agresivo contra el Consejo», se recomendó a Carlos VI que se le diera «una severa reprehensión y que no se tome más memorial de él»[61].

Aunque tuviera presentes las advertencias del Consejo de Flandes, el caballero De Weerts siguió insistiendo durante los siguientes años sobre sus máximas y logró ganarse el favor de la emperatriz madre Leonor de Neoburgo para solicitar, sin éxito, dignidades como la de maestro de bosques de Brabante o una de las intendencias de *Finances* en los Países Bajos austriacos. Llegaría el momento en que el Consejo vienés determinase condescender con el pertinaz De Weerts y se conminase al gobernador general de Flandes, príncipe Eugenio de Saboya, para que le otorgase algún empleo de su colación privativa. A pesar de todo, en fecha tan tardía como 1724 el antiguo enviado en Utrecht, Londres y Versalles todavía dejó su impronta en la corte cesárea requiriendo una concesión pecuniaria que consideraba debérsele en honor a sus servicios a la ya olvidada *princesse d'Autriche*[62].

## 7. Fuentes impresas y bibliografía

*Actes, mémoires & autres pièces authentiques concernant la Paix d'Utrecht* (1714), tomo IV, Utrecht: chez Guillaume vande Water y Ja[c]ques van Poolsum.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (2004), «Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos II», *Criticón*, 90, pp. 99-123.

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (2013), «La Chamberga. El regimiento de la Guardia del Rey y la salvaguarda de la majestad (1668-1677)», en Alfonso Rodríguez G. de Ceballos y Ángel Rodríguez Rebollo (dirs.), *Carlos II y el arte de su tiempo*, Madrid: Fundación Universitaria Española, pp. 23-106.

60. Consulta del Consejo de Flandes, Viena, 7 de diciembre de 1717; y decreto del príncipe de Cardona, Viena, 20 de diciembre de 1717, AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.

61. *Tocante a la deuda de la difunta princessa María Catharina Isabel de Austria, movida por Friderici de Weerts a cargo de los holandeses*, s. l., s. f., AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.

62. *Tocante a la deuda de la difunta princessa María Catharina Isabel de Austria, movida por Friderici de Weerts a cargo de los holandeses*, s. l., s. f., AGRB, Chancellerie Autrichienne des Pays-Bas, 971.

*Avis juridique & heraldique sur la question du rang que doivent tenir les enfans naturels & légitimés des Rois, & les enfans naturels des enfans naturels & légitimés des Rois* (1739), en *Le cérémonial diplomatique des Cours de l'Europe*, tomo I, Amsterdam-La Haya: varios libreros.

Baviera, Adalberto de y Maura Gamazo, Gabriel (eds.) (2004), *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*, tomo II, Madrid: Real Academia de la Historia. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Barrionuevo, Jerónimo de (1893), *Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo*, Antonio Paz y Meliá (eds.), tomo III, Madrid: Imprenta y Fundición de M. Tello.

Bély, Lucien (1999), *La société des princes. XVIe-XVIIIe siècle*, París: Fayard.

Bermejo Herreros, Antonio (2007), *Recuerdos españoles en Flandes. Zona flamenca y Bruselas*, tomo 2, Madrid: Visión Libros.

Bramhall, John (1842), *The Works of the Most Reverend Father in God, John Bramhall; With a Life of the Author, and a Collection of His Letters*, volumen III, Oxford: John Henry Parker.

Bravo Lozano, Cristina (2022), «*No me olvide con su real protección*. El marqués de Barinas y su epistolario con Mariana de Austria entre *consilium*, arbitrismo y promoción personal (1688-1695)», *Revista Complutense de Historia de América*, 48, pp. 45-73.

Bravo Lozano, Cristina y Quirós Rosado, Roberto (2024), «*Nothing could be better for them than to have our own interests and theirs in the Low Country*. The articulation of Manuel Francisco de Lira's *instruction* to the United Provinces (Madrid, 1670-1671)», en Tony Claydon, Charles-Édouard Levillain y Arthur Der Weduwen (eds.), *The Dutch Disaster Year (1672) in European and Global Context: Foreign Impact, Representations and Aftermath*, Ámsterdam: Amsterdam University Press, en prensa [previsión de publicación, 2024].

Butkens, Christophe (1726), *Supplement aux Trophées tant sacrés que profanes du Duché de Brabant*, La Haya: chez Chrétien van Lom.

Castilla Soto, Josefina (1992), *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): su labor política y militar*, Madrid: UNED.

*Catalogue d'une précieuse collection de lettres autographes et de documents historiques composant le cabinet de feu M. J.-Z. Mazel, directeur du Musée royal de peinture à La Haye* (1887), La Haya: W. p. Van Stockum & fils.

*Catalogue de la collection importante de lettres autographes et de documents historiques en manuscri formée par M.-A. G. de Visser, à La Haye. Ou provenant de diverses successions comme de celle du Professeur F. J. Stamkart, etc.* (1882), Ámsterdam: Frederik Muller & Co.

Chevalier, Nicolas (1714), «Supplement de la liste des noms & qualitez de Leurs Excellences Messeigneurs les Plénipotentiaires, Envoyés & Ministres Publics qui se trouvent au Congrès de la Paix Générale à Utrecht avec leurs armes, livrées & demeurs; le tout mis en ordre alphabetique», en Nicolas Chevalier, *Liste des noms et qualitez de Leurs Excellences mes Seigneurs les Plénipotentiaires, Envoyés & Ministres Publics, qui se trouvent au Congrès de la Paix Générale, à Utrecht. Avec leurs armes, livrées, & démeures*, Utrecht: chez Nicolas Chevalier.

Chifflet, Jules (1867), *Mémoires et documents inédits pour servir à l'histoire de la Franche-Comté*, tomo VI, Besançon: Imprimerie d'Outhenin-Chalandre Fils.

Childs, John (1991), *The Nine Years' War and the British Army, 1688-1697. The Operations in the Low Countries*, Manchester: Manchester University Press.

De Cruz Medina, Vanessa (2014), «An ilegitimate Habsburg. Sor Ana Dorotea de la Concepción, Marquise of Austria», en Anne J. Cruz y María Gallistampino (dirs.), *Early Modern Habsburg Women. Transnational contexts, cultural conflicts, dynastic continuities*, Farnham: Ashgate, pp. 96-117.

Elías de Tejada, Francisco (1975), *El Franco-Condado Hispánico*, Sevilla: Ediciones Montejurra.

Esteban Estríngana, Alicia (2007), «Preludio de una pérdida territorial. La supresión del Consejo Supremo de Flandes a comienzos del reinado de Felipe V», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, Bernardo José García García y Virginia León Sanz (coords.), *La pérdida de Europa. La guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, pp. 336-378.

Finot, Jules (1888), *Inventaire sommaire des Archives Départamentales antérieures à 1790, rédigé par M. Jules Finot, archiviste. Nord. Archives Civiles. Série V. Chambre des Comptes de Lille, N. 2788 à 3228*, tomo VI, Lille: Imprimerie de L. Danel.

*Foglio aggiunto all'Ordinario. 12 decembre 1714* (1714), Viena: appresso Giovanni van Ghelen.

*Gaceta de Madrid* (1715), n.º 37, Madrid: por Juan de Ariztía.

Gachard, Louis-Prosper (1860), *Recueil des ordonnances des Pays-Bas Autrichiens. Troisième série, 1700-1794*, tomo I, Bruselas: Emm. Drevroye, imprimeur du roi.

García García, Bernardo J. (2013), «The Cross-Influences in Architectural Patronage between Spain and the Low Countries as Revealed in the Letters of Infanta Isabel Clara Eugenia (1598-1621)», en Konrad Ottenheym y Krista De Jonge (eds.), *The Low Countries at the Crossroads. Netherlandish Architecture as an Export Product in Early Modern Europe (1480-1680)*, Turnhout: Brepols, pp. 177-193.

Glesener, Thomas (2018), «Annexion ou régénération ? La France et le gouvernement des Pays-Bas à l'époque du 'régime anjouin'», en Guillaume Hanotin y Dominique Picco (dirs.), *Le lion et les lys. Espagne et France au temps de Philippe V*, Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 123-140.

Gómez Mesas, Javier (2023), «Una aproximación al estudio de las relaciones internacionales en los albores del siglo XVIII: la contienda sucesoria y los embajadores hispánicos en Versalles (1700-1714)», *Revista Historia Autónoma*, 22, pp. 43-58.

González Asenjo, Elvira (2005), *Don Juan José de Austria y las artes (1629-1679)*, Madrid: Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico.

González Echegaray, María del Carmen (1969), *Escudos de Cantabria*, tomo IV, Santander: Institución Cultural de Cantabria.

Hachez, Félix (1886), «L'abbatialité du Chapitre de Nivelles promise à Madame d'Autriche», en *Annales de la Société Archéologique de l'arrondisement de Nivelles*, tomo III, Nivelles: Libraire de Ch. Guignardé, Imprimeur de la Société Archéologique, pp. 277-284.

Heiss von Kogenheim, Johann (1731), *Histoire de l'Empire*, tomo II, París: par la Compagnie des Libraires.

Henry, Victor (1870), *La dévotion aux Saints Rois Mages*, Bruselas: Imprimerie Wuyts.

Herrero Sánchez, Manuel (2000), *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Maffi, Davide (2020), *Los últimos tercios. El Ejército de Carlos II*, Madrid: Desperta Ferro.

Martínez López, Rocío (2013), «Sor Mariana de la Cruz y Sor Dorotea de Austria. El poder de las religiosas Habsburgo en las Descalzas Reales de Madrid», en Carme López Calderón, María de los Ángeles Fernández Valle e Inmaculada Rodríguez Moya (eds.),

*Barroco iberoamericano. Identidades culturales de un imperio*, vol. I, Santiago de Compostela: Andavira, pp. 165-180.

*Notice sur sœur Marie-Agnès de Bauffremont, religieuse de la Visitation de Besançon et Abrégé da la vie de sœur Marie-Louise de Bauffremont religieuse de la Visitation de Gray d'après les documents authentiques recueillis et mis en ordre par une religieuse du Monastère de la Visitation Sainte-Marie d'Ornans* (1882), Nancy: Imprimerie Berger-Levrault.

Onnekink, David (2013), «Las paces de Utrecht, Rastatt y Baden», en VV. AA., *En nombre de la paz. La Guerra de Sucesión Española y los tratados de Madrid, Utrecht, Rastatt y Baden 1713-1715*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, pp. 139-164.

Pilo, Rafaella (2010), *Juan Everardo Nithard y sus* Causas no causas. *Razones y pretextos para el fin de un valimiento*, Madrid: Sílex-Cajasur Publicaciones.

Quirós Rosado, Roberto (2012), «De mercedes y privilegios: negociación, intermediarios y política cortesana en la venta de los feudos napolitanos de la condesa de Berlepsch (1698-1700)», *Chronica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 38, pp. 221-242.

Quirós Rosado, Roberto (2018), «*Liberalitas* como soberanía. Las concesiones nobiliarias en los Países Bajos habsbúrgicos (1706-1714)», en José Ignacio Fortea Pérez, Juan Eloy Gelabert González, Roberto López Vela y Elena Postigo Castellanos (eds.), *Monarquías en conflicto. Linajes y nobleza en la articulación de la Monarquía Hispánica*, Santander: Fundación Española de Historia Moderna. Universidad de Cantabria, pp. 713-726.

Quirós Rosado, Roberto (2024), «Representación dinástica y proyección de linaje en la Europa de la *sucesión* carolina. La familia Berlepsch (1694-1701)», en Cristina Bravo Lozano, Adrian Guyot y Marina Mestre Zaragozá (eds.), *Le règne de Charles II. Gouvernement de la Monarchie hispanique, culture et représentation de la Majesté*, París: Classiques Garnier, pp. 125-149.

Rasch, Rudolph (2003), «Johann Jacob Froberger's travels 1649-1653», en Christopher Hogwood (ed.), *The Keyboard in Europe*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 19-35.

*Reglamento tocante a la Nueva Planta de Govierno que Su Majestad manda se observe en las Provincias de los Payses Bajos* (1703), Bruselas: en casa de Eugenio Henrique Feicx, impresor del Rey.

Romero-Díaz, Nieves (2018), «*Cada día más sola sin ti.* Autoridad y emoción en las relaciones epistolares de María Teresa de Austria», en María Martos y Julio Neira (eds.), *Identidad autorial femenina y comunicación epistolar*, Madrid: UNED, pp. 61-91.

Romero-Díaz, Nieves (2021), «Emociones y autoridad de la reina consorte María Teresa de Austria en la correspondencia con sor Mariana de la Cruz», *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 28/1, pp. 61-79.

Ruiz Rodríguez, Ignacio (2005), *Juan José de Austria: un bastardo regio en el gobierno de un imperio*, Madrid: Dykinson.

Schyrgens, J. (1928), *Berlaymont. Le Cloistre de la Reyne de tous les Saincts*, Bruselas: Librairie Albert Dewit.

Tomboy, Denis (1999), «Le marquis Ambroise-Joseph de Herzelles (1680-1759), surintendant et directeur général des finances», en Roland Mortier y Hervé Hasquin (eds.), *La haute administration dans les Pays-Bas Autrichiens (Ambroise-Joseph de Herzelles, Denis-Benoît de Cazier, Jacques-Antoine Le Clerc). Études sur le XVIIIe siècle*, volumen XXVII, Bruselas: Éditions de l'Université de Bruxelles, pp. 1-109.

Trápaga Monchet, Koldo (2019), *La actividad política de don Juan [José] de Austria en el reinado de Felipe IV (1642-1665)*, Madrid: Polifemo.

Urrea Fernández, Jesús (1975), «El pintor José García Hidalgo», *Archivo Español de Arte*, XLVIII (189), pp. 97-117.

Van Gelder, Klaas (2016), *Regime Change at a Distance. Austria and the Southern Netherlands Following the War of the Spanish Succession (1716-1725)*, Lovaina: Peeters.

Vera Tassis y Villarroel, Agustín de (OSA) (1701), *Oración fúnebre, piadosos baticinios, que en la declamada real parentación a la cathólica magestad del Rey nuestro señor don Carlos II de Austria, monarca de Dos Mundos (que de Dios goza) consagró el día 7 de diziembre de 1700 la muy leal y coronada villa de Madrigal, en la antiquíssima iglesia de su glorioso patrón San Nicolás de Bari*, Salamanca: por Isidro de León, impressor de la Universidad.

Vregille, Bernard de (2007), «Le Vesontio de Jean-Jacques Chifflet: Histoire d'une histoire», en Laurence Delobette y Paul Delsalle (dirs.), *Autour des Chifflet : des origines de l'érudition en Franche-Comté*, Besançon: Presses universitaires de Franche-Comté, pp. 113-134.

Zedinger, Renate (2000), *Die Verwaltung der Österreichischen Niederlande in Wien (1714-1795)*, Viena: Böhlau.

# VARIA

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425219244

# EL COLEGIO DE SAN ANTONIO: LA OBRA PÍA DE ANTONIO DE VERGAS Y CARVAJAL EN LA SALAMANCA DEL SIGLO XVIII

## *The San Antonio College: The Pious Work of Antonio de Vergas y Carvajal in the 18th Century Salamanca*

Pablo AJENJO LÓPEZ
Universidad de Salamanca
pabloajenjo@usal.es

Fecha de recepción: 22/08/2023
Fecha de aceptación: 08/01/2024

RESUMEN: Durante la Edad Moderna existieron múltiples instituciones de recogida de niños expósitos y huérfanos en todas las ciudades de Europa. Salamanca no fue una excepción. A imitación de otras instituciones del estilo que existieron, el regidor Antonio de Vergas y Carvajal creó una institución de recogida de jóvenes a finales del siglo XVII. Se estudia a continuación el funcionamiento de la institución en la primera mitad del siglo XVIII, cuando el colegio seminario se regula a través de un amplio corpus legal, así como se analiza la vida del fundador, desconocida hasta la fecha, la cotidianidad colegial y las características de los internos a comienzos del siglo ilustrado.

*Palabras clave*: infancia; Salamanca; colegio; huérfanos; expósitos; siglo XVIII.

ABSTRACT: During the Modern Age, several institutions were created in European cities to deal with the plight of abandoned children and orphans, and Salamanca was no exception. At the end of the seventeenth century, the alderman Antonio de Vergas y Carvajal founded an institution for the sole purpose of receiving young people, based on the prevailing model of other institutions. This study examines the functioning of the college during the first half of the 18th century, a

period characterized by the strict subjection of the seminary to a comprehensive legal framework. It also examines hitherto unknown aspects of the founder's biography, sheds light on everyday life in the college, and explores the characteristics of its boarders at the dawn of the Enlightenment.

*Key words*: childhood; Salamanca; college; orphans; foundlings; 18th century.

## 1. Introducción

En 1663 comenzaba a funcionar en Salamanca el Colegio Seminario de San Antonio, fundado por Antonio de Vergas y Carvajal a través de su testamento. Sin embargo, no fue hasta comienzos del siglo XVIII cuando, el también llamado Colegio de Carvajal, adquirió su verdadera naturaleza como institución de recogida y formación para niños huérfanos y expósitos. Resulta crucial acercarse al origen y el funcionamiento de esta institución que ha pasado desapercibida para la investigación, pero que, sin embargo, tuvo un gran peso social desde el siglo XVIII hasta finales del XX, cuando desapareció completamente. Para ello se recurrirá, principalmente, al rico fondo documental que se custodia en el archivo de la Catedral salmantina y a las noticias que se obtienen de esta institución a través de los protocolos notariales.

En la actualidad, la historia de la familia, y concretamente la de la infancia, cuenta con una gran aceptación dentro de los estudios historiográficos en la modernidad. Fernández Álvarez (1974: 161-174) fue el primero en hacerse eco sobre los huérfanos de la ciudad de Salamanca en la Edad Moderna dedicando un capítulo a ellos en su monografía sobre la sociedad española en el Renacimiento. Posteriormente, Fernández Ugarte (1988) presentó un interesante estudio sobre los niños expósitos en la primera mitad del siglo XVIII empleando documentación procedente del archivo de la Diputación de Salamanca en el que no analizó el Seminario de Carvajal. Se complementa esta cuestión con la obra de Torrubia y Tellechea (2004) sobre los expósitos salamantinos al final del Antiguo Régimen.

En los últimos decenios han ido apareciendo paulatinamente otros trabajos sobre pobreza y marginalidad infantil muy relacionados con el estudio de los niños expósitos, las concepciones en torno a ellos y los conflictos legales y de mentalidades que provocaban (Egido, 1975; Capul, 1999; Cava López, 2004; Núñez Roldan, 2011; León, 2015; García Fernández, 2019b). Con relación a las instituciones de caridad y pobreza, también hay obras que describen algunas de ellas en la Edad Moderna. La mayor parte de estos trabajos analizan pormenorizadamente los niños que ahí se recogían. Es el caso de Valladolid (estudiado por Teófanes Egido en 1975), Huelva (Lara, 1999), Salamanca (Martín Sánchez, 2003, 2008, 2011), Palencia (Rodríguez Blanco, 2021) o Extremadura (Cava, 1999, 2000). Para nuestro caso son relevantes las obras de Martín Sánchez (2007) sobre el Colegio Menor de la Concepción de Huérfanos y la publicación de Torrubia y Alfonso (2021) sobre

el Seminario de San Antonio o de Carvajal, como único trabajo científico publicado sobre él hasta la fecha, al margen de las breves referencias a esta institución en otras publicaciones (Torrubia, 2008: 129).

Por lo tanto, la fundación de un colegio seminario, denominación que dio su fundador a esta institución, como el de San Antonio, está inserta en un contexto general típico de la modernidad. En este momento proliferaron las obras pías con el propósito de recoger, educar y dotar a los jóvenes marginados de la sociedad. Uno de los objetivos que tuvieron este tipo de instituciones fue el de paliar las carencias materiales de los niños. Buscaban asegurar para ellas unas posibilidades de un matrimonio mejor y para ellos alcanzar la escolarización y el aprendizaje de un oficio ya fuera artesanal o asociado a una formación más intelectual (García Fernández, 2012: 648; 2019a: 97; Marcos, 2004).

## 2. La vida y muerte de Antonio de Vergas y Carvajal

La vida del fundador ha sido poco analizada y se desconoce buena parte su biografía. Bien es cierto que se conservan algunos datos sobre su labor legislativa como regidor del concejo de Salamanca, ya que elaboró una recopilación de ordenanzas municipales en 1619 que se conserva en el Archivo Histórico Municipal de la ciudad[1].

Villar y Macías (1887: 33) recuperó sucintamente algunas notas sobre su vida. Mencionaba que, además de regidor, Carvajal llegó a ser catedrático de Vísperas de la Universidad. Este dato nos resulta inverosímil puesto que no lo hemos podido localizar en ningún proceso de provisión de cátedra, ni tampoco en los libros de matrícula de la Universidad[2]. Villar debió incorporar esa información sin contrastarla demasiado, de manera que confundió a Carvajal con su padre, siguiendo la información que su testamento nos ofrece[3]. El mismo error lo cometieron Torrubia y Alfonso (2021: 1193), quienes no aportaron ningún otro dato significativo sobre él. Anteriores a ambos, Bernardo Dorado, en 1861, recogió escasas notas sobre Carvajal y su fundación piadosa.

Carvajal mandó redactar sus últimas voluntades el 24 de octubre de 1649, pero no falleció hasta el 11 de octubre de 1659. En una de las copias de su testamento

1. Archivo Municipal de Salamanca (A.M.Sa.), Gobierno, Ordenanzas Municipales, caja 3257, libro 424, año 1619.

2. Se han vaciado todos los libros de matrícula de la Universidad de Salamanca desde el curso 1612-1613, sig. Archivo de la Universidad de Salamanca (A.U.S.A.), 320 hasta el curso 1659-1660, A.U.S.A., 367 y no ha sido posible localizarlo en ninguno de ellos. Asimismo, se han revisado las bases de datos del mismo archivo donde están indexados todos los catedráticos del siglo XVII y no consta en ningún lugar.

3. «Cathedrático de vísperas de Cánones en la universidad de esta ciudad que fue el dicho dotor mi padre, que esté en gloria». Archivo de la Catedral de Salamanca (A.C.Sa.), cajón (CJ.) 84, legajo (LG.) 1 n.º 2, f. 1v.

conservadas en el archivo de la Catedral, también se hizo un traslado de la confirmación del escribano que en 1649 recibió ese documento. En ella hizo constar que, al tiempo de redactarlo, estaba «sano y en su juicio y entendimiento natural», por lo que la enfermedad no fue condicionante para la elaboración de la carta testamentaria[4].

A través de sus últimas voluntades también podemos conocer algunos datos sobre su vida[5]. Encontramos las mandas fúnebres típicas de la Edad Moderna, como el pago de una alta cantidad de misas cantadas y el recordatorio del aniversario de la fecha de su muerte. De igual forma, las invocaciones propias a Jesucristo y a la Virgen se repiten en varias ocasiones a lo largo de él. Desde el siglo XVI los testamentos estuvieron muy institucionalizados, aún más cuando la Virgen adquirió por parte de la Monarquía Hispánica un papel fundamental en la salvación de las almas en un contexto de reformas tras el Concilio de Trento[6] (Lorenzo, 1989). Más significativas son las cláusulas en las que se recuerda mantener los mandatos que había establecido su madre a la hora de su muerte y que Carvajal recuperó, como el pago de dos mil misas por la salvación de ambos en la iglesia parroquial de Carbajosa de la Sagrada[7].

Sabemos, igualmente, que ejerció como mayordomo de dos cofradías de la ciudad, la del Santísimo Sacramento, muy vinculada con la parroquia de San Isidro, y la de San Antonio, propia del convento de la misma vocación. Rogó a sus miembros que rezasen por su alma y cumpliesen con los oficios religiosos que eran usuales en ellas. No sorprende que fuera miembro de la cofradía de la parroquia de San Isidro puesto que era vecino de esa collación. Además, en esa parroquia estaban enterrados sus antecesores y es en ella en que se mandó enterrar él también[8]. Sin embargo, más adelante, cambió el lugar de enterramiento y dispuso que se trasladasen todos los restos de su familia y los de él a la capilla del colegio que fundó[9].

Antonio de Vergas y Carvajal murió sin hijos y probablemente tampoco se llegó a casar nunca. En todo el documento no hay una sola referencia a su mujer, que, aunque hubiera fallecido, habitualmente en los testamentos se solía hacer referencia al cónyuge muerto. Por lo tanto, la herencia que correspondía a sus

4. A.C.Sa., CJ. 83, LG. 1, n.º 1.

5. Hemos podido localizar dos copias completas de su testamento: A.C.Sa., CJ. 83, LG.1, n.º 1 y A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2. Sin embargo, no se ha encontrado el original en el protocolo correspondiente al escribano que redactó el inicial en 1649. Archivo Histórico Provincial de Salamanca (A.H.P.Sa.), Protocolo Notarial (P.N.), 5667.

6. «Suplico a la serenísima birxen María, madre de nuestro señor Jesucristo sea mi abogada y presente mi alma y pida misericordia y salbaçión para ella a Dios nuestro señor». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 1v.

7. A.C.Sa., CJ. 83, LG. 1, s. f.

8. «Mi cuerpo sea sepultado en las antiguas sepulturas de mis bisagüelos, agüelos y padres que están en la yglesia del señor san Ysidro debaxo de la tribuna». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f.1v.

9. «Saquen los güesos de mis padres, agüelos y bisagüelos que están en la yglesia del señor san Ysidro y se les de enterramiento parco junto al altar mayor y al lado del evangelio». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 5r.

herederos naturales pasó a otras manos[10]. Bien es cierto que tenía dos hermanos aún vivos, ambos religiosos: fray Alonso de Carvajal, provincial de los agustinos descalzos en las Filipinas, y Catalina Vergas, monja profesa en el convento de Santa Úrsula de Salamanca, a quien dejó treinta ducados cada año[11]. El resto de la herencia la destinó a dos obras caritativas. Una de ellas estuvo relacionada con el Hospital Real de Salamanca, al que destinó setenta y dos mil maravedíes con el fin de que acogieran y sanaran en él a los niños enfermos y pobres de solemnidad[12].

La otra la conforma la institución objeto de nuestro estudio, a través de la cláusula en la que manda fundar «un seminario de niños que sean huérfanos, pobres de solemnidad y si no los hubiere sean pobres y preferidos los picarillos, desnudos y andan mendigos»[13]. En ella se establecen los preceptos básicos sobre los que posteriormente se estableció el Colegio de San Antonio. Por ello, este apartado suscitó el interés del cabildo y el deán de la catedral. Cuando murió ese fragmento fue copiado en la primera página del libro de matrícula inaugurado en 1663, año en el que el seminario comenzó a funcionar[14].

En la mayoría de instituciones de tipo colegial o seminarista, fueron los fundadores quienes otorgaron las primeras constituciones que regían el funcionamiento o dejaron especificados a los encargados de hacerlo (Carabias, 1986). En esta ocasión, las primeras normas por las que se debió gobernar el seminario se institucionalizaron a través del propio testamento de Carvajal, siendo muy posterior la redacción de unas constituciones. Estas disposiciones fueron una especie de preceptos «informales» que dotaron de un corpus legal a su obra pía[15]. Este hecho lo podemos evidenciar a través del mero análisis diplomático de ambos documentos conservados. Además de custodiarlos como elementos fundacionales y de memoria de don Antonio, fueron glosados por varias manos a lo largo de los años, haciendo diversas anotaciones en las que se aclaran algunos aspectos –sobre todo– referentes a cantidades monetarias. Es por ello que, en torno a la fundación del seminario, el testamento es prolijo en descripciones. Estableció la edad de dieciséis años como límite para que los jóvenes permaneciesen en el colegio. Una vez cumplida esa edad, debían haberse formado en un oficio, asistido a la universidad o haber ido a servir al rey en las fronteras de Portugal[16].

10. «Declaro que no tengo hijo alguno y gracias a Dios nadie puede decir que lo es». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2l, f. 4r.

11. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4r.

12. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 3v.

13. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4r.

14. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 2r.

15. El hecho de que su testamento fuera usado como norma fundamental hasta 1712 lo encontramos en el preámbulo de las primeras constituciones donde dice: «deseando conservar lo que nuestros predecesores han determinado tocante al govierno y aprovechamiento de los muchachos […], como lo manda el fundador, y porque se conserven las loables costumbres que en el principio de su fundación se dieron y observaron hasta el presente […]». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 1.

16. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4v.

De acuerdo con lo anterior, el fundador previó cuatro posibilidades de progreso social para los niños que estuvieran internos dentro del colegio. Como apuntamos, podían asentar plaza como soldados en alguna de las compañías militares que se reclutaban con regularidad en todas las ciudades de Castilla[17]. A todos aquellos que decidieran servir en la milicia se les debía dar cien reales para «vestido de munición», una vez comprobado que ya habían acordado con algún capitán enrolarse en su compañía. Si alguno volvía al seminario estando «coxo o manco de la guerra» se preveían todavía algunas medidas de asistencia como la entrega de limosna y comida dentro de la institución[18].

La segunda posibilidad que ofreció Carvajal fue la de formarse en la universidad en las facultades de Derecho, Teología o Medicina. Puso como premisa que solo podían permanecer en el seminario aquellos estudiantes que fueran pobres de solemnidad y que, en un período de cinco años, concluyeran sus estudios[19]. El porcentaje de jóvenes colegiales que se matricularon fue bastante alto en este período, sin embargo, no superó a aquellos que aprendieron un oficio artesanal.

En línea con ello, algunos podían entrar a servir como «mozos de coro o cantor» en la catedral poniéndose bajo el amparo directamente del cabildo. Por último y de manera más frecuente, antes de cumplir teóricamente los doce años, los niños iniciaban el aprendizaje de un oficio artesano con alguno de los maestros de los diferentes gremios que existían en la ciudad[20].

De la misma forma, mandó que hubiera en el seminario dos capellanes que se ocuparan de los oficios religiosos diarios y de controlar el correcto funcionamiento del centro. Estos debían llevar a cabo la labor de administrar las rentas y de formalizar los contratos y asientos necesarios para abastecer al seminario[21]. Igualmente dispuso las vestiduras que los niños deberían llevar[22] y la forma en la que habían de salir a la calle, de dos en dos, como era costumbre entre todos los colegiales con el fin de evitar que se cometieran actos en contra de las constituciones o de la moral cristiana.

17. El contexto histórico es propicio para ello, dada la insurrección catalana y portuguesa y los asedios de las fortificaciones de «la Raya». Por ejemplo, en 1642 el rey ordenó, como recurso extremo, reclutar una compañía de soldados entre los estudiantes de la Universidad de Salamanca para auxiliar la ciudad de Ciudad Rodrigo, bajo el mando del duque de Alba, sitiados por los portugueses. A.U.S.A., 111, ff. 21r. y ss. En ese sentido, son frecuentes los registros de asientos de soldados en las fechas en las que Carvajal redacta su testamento y muchos de ellos pueden ser localizados en el archivo municipal de la ciudad: A.M.Sa., Ficheros, caja 156 (1).

18. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4v.

19. «Los muchachos que quisieren estudiar siendo, como dicho es, pobres de solemnidad, susténtense en el dicho seminario hasta cinco años en que puedan estudiar la facultad a que se aplicaren de derecho, theoloxía o medicina, y sino estudiaren, échenlos luego». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4v.

20. «Los muchachos que antes de tener doce años quisieren aprender oficio en esta çiudad, al que se pusieren haciéndose escriptura [con] el maestro, déseles ciquenta reales, y si no lo cumpliere, vuélvalos». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4v.

21. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 5r.

22. «La bestidura que han de traer es una loba de paño negro, las mangas de paño morado y beca de lo mismo y sonbrero negro». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 5v.

Otro aspecto significativo relativo a su fundación es el lugar donde mandó que se levantara. Carvajal indicó que el lugar en que se debía recoger a todos los internos era en «la casa de los niños de la doctrina y si no en la casa del hospital de nuestra señora santa María la Blanca»[23]. El seminario comenzó a funcionar en dicho hospital hasta que se construyó el edificio, que actualmente se conserva en estado ruinoso. Villar y Macías (1887: 33) apuntaba que el edificio se construyó sobre unas casas pertenecientes al cabildo donde antes había estado por algún tiempo el colegio militar de la Orden de Alcántara. Sabemos que la «fábrica del colegio» pertenecía a la Catedral[24]. De manera anual, los administradores, miembros del propio cabildo, debían pagar a la sede salmantina la cantidad de mil setecientos cincuenta reales por las «casas en las que está sito»[25].

Asimismo, Carvajal mandó que en la puerta de la calle se colocara un letrero que indicase quién había fundado el colegio. Expresamente señalaba qué debía figurar: «Don Antonio de Bergas Carvajal, hijo de los señores doctor Carvajal y doña Antonia de Bargas, fundó este seminario y es patrono d(e) él y sucederá en el patronazgo los que nombrase». Esta disposición fue atendida y todavía hoy se conserva en la fachada del colegio la placa de piedra que se erigió cuyo texto no difiere demasiado de lo que él mismo ordenó poner con el fin de preservar su memoria y legado más allá de su muerte.

Las últimas voluntades concluyen especificando de nuevo que los legítimos herederos de todo su patrimonio no eran otros que sus obras de caridad, como también él había recibido de su madre esa petición. Don Antonio dejó por albaceas y testamentarios al deán de la catedral y a los hermanos que, en el momento de su muerte, aún estuvieran con vida[26]. Ese documento se acompaña de una relación de los bienes pecuniarios que se documentaron en su casa tras su muerte y que fueron puestos en manos del corregidor de la ciudad hasta que fueron entregados al seminario. Sin embargo, no se nos aporta ningún otro dato sobre los bienes materiales que pudiera tener.

La lectura que se extrae del análisis del testamento de Antonio de Vergas y Carvajal es muy clara. Se observa una evidente necesidad de realizar obras piadosas al final de sus días, para lograr el descanso eterno de su alma. Al no conocer por el momento más datos sobre su biografía, nos es complicado poder establecer si esto lo realizó para redimirse de algún comportamiento poco cristiano durante su vida, algo que podría resultar lógico comparándolo con otros casos similares de la época. No hemos de perder de vista que el testamento también era un

23. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4v.

24. En la actualidad, la fachada del colegio se conserva en estado ruinoso en la plaza de Carvajal de Salamanca.

25. A.C.Sa., CJ. 83, LG. 2, n.º 34, f. 4r.

26. «En todos mis bienes y acciones y desechos ynstuyo por mi unibersal heredero las dichas obras pías y memorias que en este testamento dejo fundado para que en serviçio de Dios nuestro señor, los hereden todos». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 5v.

documento de carácter confesional. De igual forma, se observa a lo largo de todo él una importante veneración por la memoria de su madre, Antonia de Vergas, de quien probablemente heredó la mayor parte de su patrimonio y empleó su apellido en primer lugar[27].

## 3. Funcionamiento del seminario

Como hemos apuntado previamente, Carvajal dejó institucionalizados a través de su testamento una serie de principios fundamentales sobre los que el colegio debía funcionar, tales como la vestimenta, la administración de las rentas y las perspectivas laborales de sus miembros. El seminario comenzó a funcionar en el último cuarto del siglo XVII. Sin embargo, no fue hasta comienzos del siglo XVIII cuando encontramos muy seguidos –en 1712 y en 1718– dos conjuntos normativos que regulaban con mucho más detalle el régimen interno de la institución. Las constituciones ordenaban con especial detalle todos los aspectos de la vida cotidiana de los colegiales. Generalmente, se completaban con los ceremoniales y estatutos que no dejaban lugar a actividades fuera de la norma.

Del conjunto de colegios coexistentes en Salamanca, las constituciones de los cuatro mayores eran especialmente amplias y descriptivas (Sala, 1964), orientadas hacia un grupo muy concreto de la sociedad. Se enfocaban a hombres pertenecientes a un contexto universitario selecto, que reunían unas cualidades significativas en cuanto a su procedencia, edad, sus habilidades intelectuales y perspectivas de futuro, sabedores de formar parte con celeridad de la alta burocracia de la Monarquía (Carabias, 2005).

Esta es una característica diferenciadora que se evidencia en las constituciones del Colegio de San Antonio. El grupo de personas al que iban destinadas era muy diferente desde su ingreso. Todos los colegiales eran huérfanos o expósitos, es decir, provenían de estratos sociales generalmente marginales con elevados índices de pobreza[28]. Asimismo, la edad de entrada en este colegio era, general y sustancialmente, menor a la del resto de instituciones asimilables. Por lo que resultaba difícil imponer estrictas normas de comportamiento que un niño escasamente iba a ser capaz de cumplir. De igual forma, la temprana edad de los colegiales hacía que otras normas frecuentes en las constituciones no fueran necesarias, como la sobrerregulación que suele aparecer en torno a las mujeres o el comportamiento y ceremonias a seguir al encontrarse con algún otro miembro colegial, manteísta o profesor del Estudio.

27. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 5v.

28. Sin embargo, no todos los colegiales provenían de clases marginales. En 1722 entró al seminario el niño de siete años Joseph Gómez Carbajo, cuyo padre era D. Pablo Gómez Carbajo, catedrático de vísperas de Medicina en la Universidad de Salamanca, ya difunto, al igual que su mujer. Él acabó tomando el hábito del Calvario en 1730. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 18r.

Observan Torrubia y Alfonso (2021: 1197) que las disposiciones normativas son más propias de un convento que de un colegio secular. Sin embargo, este hecho no debería sorprender teniendo en cuenta la interpretación hermenéutica que cabe sobre el contexto en el que se insertan este tipo de normas y de instituciones. La vida reglada era la máxima a perseguir por aquellos que se insertaban dentro de los colegios. La tradición cristiana propia de las universidades hispánicas imponía y regulaba un régimen vital muy concreto de sus estudiantes, que entendían y asumían que esa forma de vida era la más adecuada para la actividad intelectual. Por ello, no es especialmente significativo que, siguiendo ese modelo, las constituciones del Colegio de Carvajal también imitaran esos paradigmas.

Además, se ha de tener muy en cuenta que el seminario estaba bajo el patronato de la catedral salmantina. Es decir, estaba directamente controlado por autoridades religiosas con gran influencia social y política, que pretendían educar a los jóvenes bajo su amparo, de una forma determinada y con una moral concreta. González Polvillo (2011: 16) define esto como un proceso de «indoctrinamiento» con unos propósitos muy claros de disciplina social que emanan desde las instituciones religiosas, capaces de configurar la personalidad de los niños desde los primeros años.

Llama también la atención que Torrubia y Alfonso (2021) solo centran su estudio en las constituciones de 1712 –las más cortas y menos estrictas–, omitiendo por completo las normas de 1718 y fundamentando el resto de su trabajo en los datos que se obtuvieron de la revisión de los libros de actas capitulares del cabildo catedralicio. Esto hace que planteen hipótesis que, con la revisión de otras fuentes directamente generadas por el colegio, hubieran podido confirmar (Torrubia y Alfonso, 2021: 1197).

### 3.1. Cargos de gobierno y personal asistencial

Ambas normativas regularon con especial atención algunos elementos relativos al gobierno del colegio. El propio Carvajal había previsto que el cabildo y el obispo de Salamanca fueran los patrones de él, además de la existencia de al menos dos capellanes que se ocupasen de las labores religiosas[29]. Las constituciones de 1712 fueron las primeras que fijaron por escrito los cargos que debían existir. En ese sentido indicaban que el administrador debía ser uno de los dos capellanes que se encargaba de observar el gobierno económico y demás cuestiones de funcionamiento del colegio[30]. Entre las labores que debía cumplir el administrador estaba también la vigilancia de que el resto del personal del colegio cumpliera con sus cometidos. Entre este personal, el seminario tenía contratados a un médico, un

29. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 2, f. 4v.
30. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 3.

cirujano-barbero, un ama, un portero, un aguador y una lavandera. Existe entre la documentación de la institución un libro de cuentas[31], que no posee fecha, pero se encuadra a comienzos del siglo XVIII por los nombres de personas que ahí figuran[32]. En él se recogen los pagos regulares a estas personas, entre ellos destacan los 250 reales de vellón y 30 maravedíes que cobraba el médico[33], 68 reales la lavandera[34] o 140 el barbero[35].

Por su parte, el otro capellán debía asumir el cargo de rector del colegio. De él se esperaba que guardara los intereses académicos de la institución, velando por que todas las normas se cumpliesen escrupulosamente en el día a día. Era el encargado de vigilar que los jóvenes se despertaran a las cinco de la mañana, desde el domingo de Pascua hasta san Miguel en septiembre y a las seis el resto del año[36]. Asimismo, observaba el correcto cumplimiento de las costumbres en el refectorio, la limpieza de los alimentos y la asistencia a los oficios religiosos ordinarios y a los especiales en días concretos a lo largo del año[37].

Además de ellos, el seminario contaba con dos maestros, uno de gramática[38], encargado de instruir a los internos en la lengua latina durante cuatro horas diarias y de prepararlos para acceder a la universidad posteriormente, y otro de primeras letras. Este último era el responsable de enseñar los conceptos básicos de lectura, aritmética y escritura[39]. En ambos casos, se preveían severos castigos físicos y corporales para aquellos que no cumplieran con sus obligaciones académicas. Las clases comenzaban a las ocho de la mañana[40], poco después de haber desayunado y escuchado la misa diaria en la capilla del colegio. Tras eso, se dejaba un tiempo de reflexión hasta la hora de la comida y, de nuevo, se volvía a asistir otras dos horas a las lecciones correspondientes. La cena era a las ocho de la tarde y a las

31. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 2, n.º 1.

32. Por ejemplo, se indica que el cirujano que estaba contratado en ese momento era Joseph Bárez, quien asentó muchos contratos de aprendiz de cirujano con el colegio en esta época. A.C.Sa., CJ. 83, LG. 2, n.º 34, f. 5r. Se formaron como barberos con él Juan Pedraz, Gabriel Ciriaco, Pedro Ramos y Francisco López. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 804, f. 7r.; 15r.; 39v.; 42r. Gabriel Ciriaco hacia 1729 asentó plaza como soldado en el regimiento de Zamora que estaba reclutando en Salamanca en ese momento A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 804, f. 15r. Pedro Ramos abandonó a su anterior maestro para comenzar con este en 1741. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 804, f. 39v. Francisco López se fue sin especificar por qué. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 804, f. 42r. Revísese también, p. ej.: A.H.P.Sa., P.N., 4486, f. 1314r., año 1720.

33. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 2, n.º 1, f. 119r.

34. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 2, n.º 1, f. 85r.

35. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 2, n.º 1, f. 153r. Además de ello también sabemos que el aguador cobraba 160 reales, 730 el ama y 796 el portero, cantidades mayores por estar internos constantemente en la institución.

36. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 6.

37. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 10.

38. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 11.

39. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 12.

40. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 11.

nueve todo el mundo debía estar acostado[41], momento en el que también se cerraba la puerta exterior de la institución.

Las dos normativas (Constituciones de 1712[42] y Normas Generales y Económica Disposición de 1718[43]) que se están comentando fueron otorgadas por personas diferentes que tenían una vinculación directa en ambos casos con el colegio. Las de 1712 fueron redactadas por Miguel Martínez Moretín de Dicastillo, chantre de la catedral; el doctor Alonso Muñiz Luengo, canónigo de magistral y catedrático de prima de Teología y don Diego de Mora, racionero y maestro de ceremonias de la catedral[44]. Puede observarse que se trataba de personas con un alto prestigio social e institucional, sobre todo el Dr. Muñiz, quien ostentaba, a la par, una de las canonjías más importantes y la cátedra de mayor relevancia en la Universidad en ese momento.

Similar suerte ocurrió con las Disposiciones Generales de 1718. Encontramos como redactores a Gerónimo de Zamora, arcediano de Ledesma; a don Andrés de Valdés, canónigo con más antigüedad de la catedral salmantina, y a don Juan Pardo, abogado de los Reales Consejos y racionero de la seo salmantina[45]. Tanto estos tres como los anteriores tenían el puesto de comisarios en el Colegio de Carvajal, una figura que se había institucionalizado por parte del cabildo prácticamente desde la fundación, con el propósito de controlar el buen gobierno y funcionamiento de la institución.

En ambos casos la motivación que se esgrime para justificar la elaboración de unas normas que rijan el seminario es muy similar. Podemos deducir que las instrucciones que había dejado establecidas Carvajal a su muerte ya no eran útiles porque no eran muy concisas y había pasado suficiente tiempo como para que empezaran a olvidarse. Esto debió generar situaciones en las que no se conocía muy bien cómo actuar y otras en las que se olvidaban los preceptos básicos del colegio incurriendo en faltas impropias de la obra pía del fundador.

### 3.2. La cotidianidad colegial

La normativa de 1712 comenzaba aludiendo a la necesidad de mantener las loables costumbres que, desde el principio, regían el colegio. Por ello, «observaron que por floxedad se van cada día disminuyendo en grave perjuicio de dicho colegio»[46]. Esto requería que se fijaran por escrito unas nuevas normas de funcionamiento que no se olvidaran con tanta facilidad. Sin embargo, no debieron tener

41. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 14.
42. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1.
43. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8.
44. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 1.
45. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8, p. 1.
46. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 2.

demasiado efecto y, ligado a otros problemas económicos que sufrió el colegio pocos años después (1718), fue necesario redactar de nuevo otras normas complementarias, estas mucho más amplias. La motivación de estas últimas también se expuso en su inicio:

> Por quanto los tiempos están muy trocados y las cosas se mudan contra voluntad de los hombres y acaban quando más havían de estar en su mayor fuerça y existencia […], puede llegar a mucho menoscabo por la cortedad de las rentas y el atraso de los labradores y habiendo reconocido algunos graves daños para su conservación y manutención de los muchachos […], para que no llegue a la ruina total que le amenaza, no se ocurriendo luego al remedio, mandaron poner en execución la mente del fundador, como a los principios se puso, y ya por causa del tiempo o por omisión y descuido, se han olvidado los estilos […]. Por lo que ordenamos los capítulos siguientes[47].

Resulta evidente que el colegio corría una época de dificultades en la que las rentas con las que se nutría no eran suficientes para asegurar la manutención de los jóvenes ni mantener los pagos a los maestros y todas las demás personas que trabajaban en él. De esta forma, los comisarios se vieron en la necesidad de volver a legislar sobre el funcionamiento de la institución.

El reglamento de 1712 proseguía, tras la exposición de motivos, con la reiteración de las cláusulas dispuestas en el testamento del fundador. No resultó demasiado innovador en ese sentido, ya que continuó poniendo la mayor parte del peso legislativo en lo ya existente. Seguidamente regulaba algunos aspectos relativos a los cargos que debían existir en el colegio. La disposición acerca del administrador resultaba importante para entender algunos aspectos sobre los colegiales y los oficios que se aprendían, puesto que se mandaba que existiese un libro en el que se recogiesen nombre, edad y señas personales de cada niño que ingresaba en el seminario. Esta disposición es de gran utilidad y valor histórico ya que ha posibilitado conocer una gran cantidad de información que difícilmente podríamos haber conocido de otra manera. Igualmente, se mandó apuntar el día y la persona con quien salían a aprender oficio

Los oficios religiosos que se debían seguir fueron descritos con especial énfasis, regulándose las misas y demás actos de la eucaristía que se celebraban dentro del colegio, como la confesión y la comunión de todos los internos al menos una vez al mes. No es novedoso plantear que este acto de confesión regular tenía como objetivo conseguir un control moral de la vida de los colegiales, especialmente, entre los recién llegados y de aquellos que empezaban a llegar a la pubertad y el consecuente desarrollo de la identidad y práctica sexual (González Polvillo, 2011: 25). El castigo para quienes no cumpliesen debidamente las disposiciones era el siguiente: «se les mortifique con pan y agua aquel día»[48].

47. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8, p. 1.
48. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 8.

Para los estudiantes de Gramática, Artes y los de las facultades mayores, se previó que cada tres meses fueran examinados en el propio colegio, con el fin de asegurar que aprovechaban el tiempo de estudio[49]. De la misma forma, se reguló la labor del maestro de gramática, latina naturalmente, y del maestro de escuela, encargado de enseñar las primeras letras y doctrina. Asimismo, se especificaron los días de asueto y los no lectivos a lo largo del año, con un período de «vacaciones» navideñas desde el día 21 de diciembre hasta el 2 de enero[50].

Para tener noticia de cuándo estaban dentro del colegio aquellos que salían para ir a la Universidad, se creó un sistema de control de los hábitos y capas. Al volver de las escuelas, debían colgar sus pertenencias en una tabla en los aposentos del administrador para que «se sepa a las horas que salen y buelven a casa»[51]. Las horas de despertar, dormir, comer, asistir a las clases y abrir y cerrar las puertas del seminario marcaban los ritmos vitales de los jóvenes y no diferían demasiado de lo estipulado en otros colegios. Resulta interesante su lectura, puesto que facilita comprender la cotidianidad de la sociedad salmantina del siglo XVIII.

Es interesante la norma que impedía sacar pan y cualquier otro alimento del colegio[52]. No era de extrañar que muchos de los jóvenes trataran de ayudar a otras personas que estuvieran en una situación parecida a la que ellos pudieron padecer antes de entrar al colegio. Sin embargo, no resultaba rentable a la institución sustracciones de comida, más cuando padecían ellos mismos situaciones de miseria. Son muy escasas las referencias hacia las mujeres, tan solo se menciona que estaba prohibido que entrasen en el colegio más allá de las amas, de edad y juicio asentado, que debían atender la cocina y la limpieza del colegio. En caso de enfermedad, sí se permite la entrada de «alguna parienta» para cuidar a los residentes que estuviesen enfermos[53].

Con el fin de seguir el correcto funcionamiento del seminario y asegurarse de que se cumplían las normas dispuestas, se mandó que al menos una vez mes, o todos los viernes después del rosario, el administrador, el rector, los maestros y los capellanes se reuniesen para subsanar los errores que hubieran podido observar[54].

Las disposiciones de 1718 marcaron y regularon otros aspectos que en las anteriores habían quedado omitidos, por ejemplo, el vestido. La primera norma

49. «Si hallare [el rector] alguno o algunos que no aprovechan, ni cumplen con su obligación como lo manda el fundador, nos de qüenta de ello para despedirlos». A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 11. Igualmente, en una visita realizada en septiembre de 1736, los visitadores creen oportuno mandar que, quince días antes de los exámenes de la universidad, los colegiales que estudien en alguna facultad se examinen dentro del colegio para asegurarse de que han adquirido los conocimientos necesarios para presentarse a las pruebas oficiales. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 34v.

50. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 12.

51. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 13.

52. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 15.

53. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 15.

54. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, p. 13.

dictaba que el 11 de octubre de cada año, aniversario de la muerte de Carvajal, se entregara a los colegiales que necesitasen ropa y zapatos nuevos. También se reguló la necesidad de que un sastre acudiese anualmente al colegio para remendar los vestidos de los internos[55]. Tanto él como la costurera debían declarar ante el rector cuántas piezas habían confeccionado y cuánto material habían gastado[56]. Que se dedicasen diecisiete normas específicas para el vestido no es casual. Nos está indicando que hasta entonces no había ningún control sobre esta materia y seguramente se estaban produciendo desmanes que hacían perder dinero al colegio, viéndose en la necesidad de comprar reiteradamente telas.

La regulación de los enterramientos fue una norma que marcó su carácter asistencial y en la que se puede observar la capacidad de creación de una identidad propia. El capítulo 21 de estas normas permitió a todos los cargos gubernativos, al ama y al portero, sepultarse en la capilla del seminario al tiempo de su fallecimiento. De esta forma, se creaba una vinculación familiar con el lugar en el que habían trabajado. A pesar de que se permitió a todos ellos su inhumación dentro de la institución, no lo hacían bajo unas mismas condiciones ni ocupaban el mismo lugar. Las diferencias sociales ante la muerte también eran muy notorias. Al administrador, al rector y a los maestros, se les permitía enterrarse «de balde» en las sepulturas que estaban junto al altar y el Santísimo. El portero y el ama debían hacerlo en las sepulturas que también se destinaban a los muchachos, junto a la puerta de la capilla y el confesionario. Además, debían pagar los derechos parroquiales por los actos litúrgicos funerarios[57]. No era lo mismo haber ocupado un cargo de dirección que haberse dedicado a custodiar la entrada o preparar la comida. Sin embargo, es significativo el hecho de que a todos los que de alguna manera habían tenido alguna vinculación con la institución se les premiara permitiéndoles reposar toda la eternidad dentro de sus muros.

Los estudiantes que acabaran exitosamente su período en la Universidad o que finalizaran el aprendizaje de un oficio artesano debían recibir un traje nuevo compuesto de jubón con mangas negras y calzones de estameña; medias negras de lana y habito de bayeta, que sustituía a la loba de estameña empleada en su época de colegial y zapatos de cordobán sin hebilla[58]. En algunos oficios artesanos se solía proporcionar esta vestimenta por parte de los maestros al finalizar el período formativo (Lorenzo, 1988: 452; 2009; Rodríguez Blanco, 2023: 203). Sin embargo, en los contratos establecidos por parte del seminario esta cláusula nunca se incorporó[59].

55. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8, pp. 1-2.
56. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8, p. 4.
57. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8, p. 5.
58. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8, pp. 6-7.
59. *Vid*. p. ej. A.H.P.Sa., P.N., 4128, año 1705; 4479, año 1705; 4476, año 1707; 4483, año 1710; 4794, año 1711; 4478, año 1713; 5181, año 1715; 4480, año 1716; 4481, año 1717; 4481, año 1718; 3411, año 1719; 4486, año 1720; 4907, año 1721; 4490, año 1728; 5752, año 1749.

Sobre el aprendizaje de oficios, las normas de 1718 sí regularon algunos aspectos. Por ejemplo, el capítulo 30 abordó por escrito situaciones que pudieran ser favorables al centro benéfico. Se pretendió que se procurase conseguir una negociación con el maestro para que el seminario se hiciera cargo el menor tiempo posible de sustentar al aprendiz, incitando a establecer un período de formación más corto que supusiese menos gasto, especificando, eso sí, que se había de hacer «sin perjuicio de los muchachos»[60].

El seminario se nutría económicamente a través de unas rentas y censos muy variados que se habían consolidado desde su fundación. Sin embargo, ya hemos apuntado con anterioridad las dificultades económicas que el colegio sufrió en algún momento, hecho que provocó que no entraran nuevos niños con el fin de asegurar el mantenimiento de la institución sin perjuicio para los internos.

El interés por tener una gestión económica eficaz se plasmó en los preámbulos de las dos ordenaciones que se elaboraron en este período de tiempo. Además de ello, se conserva un libro de cuentas con la relación de censos y juros del seminario[61]. Entre las rentas más significativas que poseían, destacan algunos juros sobre el impuesto de Millones o sobre el papel sellado[62], que son frecuentes desde el siglo XVII. Además, poseían algunos censos heredados de obras pías testamentarias como los que provenían del conde de Amayuelas. Asimismo, otras instituciones como el concejo de Fuentesaúco o el de Miranda también aportaban significativas cantidades económicas a la institución[63].

Teniendo en cuenta el conjunto de rentas, se entiende la capacidad económica que tenía el Colegio de Carvajal para establecer de forma mayoritaria contratos de aprendizaje y poder dotar de vestido y alimento a todos los colegiales. Sin embargo, también explican los aprietos económicos que podían padecer cuando los mayores aportes económicos se sustentaban sobre los juros emitidos por la Corona, afectados por los continuos movimientos inflacionarios.

Todo esto nos permite hacernos una idea bastante amplia de cómo era la vida dentro del colegio de los niños huérfanos y expósitos hasta que lograban salir para formarse en la Universidad, aprender un oficio o convertirse en religiosos.

## 4. Los niños del Carvajal

Tras lo expuesto, resulta evidente que el Seminario de Carvajal cumplió una labor social y asistencial muy útil en la ciudad de Salamanca. Un aspecto fundamental de él fue el interés que se demostró siempre porque sus colegiales fueran capaces de tener un progreso social a través de la educación bien universitaria o

60. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8, p. 7.
61. A.C.Sa., CJ. 83, LG. 2, n.º 34.
62. A.C.Sa., CJ. 83, LG. 2, n.º 34, f. 1r.
63. A.C.Sa., CJ. 83, LG. 2, n.º 34, f. 2r.

logrando acceder al mundo artesanal. La moral imperante de la época mostraba un claro temor a que la juventud cayera en una dinámica de adolescencia descontrolada, alejada de la autoridad, que solo podía acabar en la delincuencia y en la absoluta marginalidad.

Es sin duda esta motivación la que generó la preocupación tanto del fundador como de sus sucesores al frente del colegio. Pretendía que los jóvenes internos tuvieran acceso a unos recursos educativos básicos que, a la postre, consiguieran alejarlos de una vida de vagabundeo a través del conocimiento. Ejemplos similares al Colegio de Carvajal los encontramos en toda Castilla a lo largo de la Edad Moderna. En Sevilla o Valladolid se han podido estudiar varias instituciones piadosas con finalidad educativa (Carmona, 2011: 80). Se pretendía dotar a los jóvenes que estaban integrados en el colegio de un modelo civilizador basado en la educación para obtener un trabajo, máximo objetivo vital al que estas personas podían llegar (García Fernández, 2019a: 193).

### 4.1 Ingreso al seminario

La información que nos ofrecen las fuentes sobre los niños del colegio es muy significativa y nos permite hacer una lectura singular de un grupo concreto de población de comienzos del siglo XVIII. Para nuestro caso, hemos tomado una muestra de doscientos veinte niños que desde 1710 hasta 1745 pasaron por el seminario. La elección de esa horquilla temporal se justifica con el cruce de datos entre el libro de matrículas[64], que contiene información desde 1663, y el libro de asiento de oficios, iniciado en 1712[65]. Lo que nos permite conocer con detalle a los jóvenes que iniciaron su formación dentro del mundo manufacturero y artesanal.

Ambos libros de registro tienen singularidades que condicionan la obtención de resultados. Por ejemplo, el libro de matrícula, aunque empieza en 1663, hay algunos años que presentan vacíos dentro de nuestro marco cronológico. Es el caso de aquellos que ingresaron en el colegio desde 1706 hasta 1710[66]. Asimismo, el seminario tampoco recibió nuevos colegiales entre los años 1742 y 1745, ya que la situación económica no lo permitía, por lo que hasta 1746 no se vuelven a matricular más niños[67]. Sin embargo, las circunstancias de financiación se volvieron a agravar y no fue hasta la década de 1750 cuando de nuevo se registran matrículas con normalidad.

Por otro lado, en el libro de matrícula se señala a qué oficio o en qué facultad ingresaba cada colegial y la fecha en que lo hacían. A pesar de ello, en el libro de

64. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800.

65. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 804.

66. «Que el libro de asiento de entradas no consta cosa alguna desde la fecha antecedente hasta el día primero de octubre de mil setecientos y nuebe […]». A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 11v.

67. «En los años de 1742, 1743, 1744 y 1745, considerado hallarse empeñado el seminario no quisieron los señores comisarios recivir niños algunos». A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 40r.

registro de oficios figuran algunos jóvenes que no aparecen en el libro de matrículas o viceversa. Estas peculiaridades hacen que las cifras de personas analizadas oscilen entre un número mínimo de individuos de ciento noventa y cinco, de los que conocemos la fecha de su ingreso y las fechas de acceso al mundo laboral o académico, y un máximo de doscientos veinte, de los que sabemos solamente algún dato.

En primer lugar, se ha analizado en qué porcentaje se cumplía la norma de que los colegiales fueran huérfanos o pobres de solemnidad como había establecido Carvajal en su testamento, refrendada a través de las constituciones. Del total de matrículas estudiadas, el 70 % –ciento treinta y seis niños– eran huérfanos. De este porcentaje, la mayoría de ellos lo fueron tanto de padre como de madre, mientras que los demás eran tan solo huérfanos de padre y en ninguna ocasión solo había fallecido la madre.

El padre era el cabeza de familia, quien vertebraba las relaciones sociales, económicas y familiares y cuya desaparición suponía la pérdida de ingresos y la extinción de buena parte de los criterios legales que regían la jurisprudencia en la Europa moderna. Por este motivo, muchas madres viudas de sectores populares se veían abocadas necesariamente a la entrega de sus hijos a instituciones de caridad tratando de que no acabasen en la miseria, marginados del resto de la sociedad.

Está aún por estudiar el impacto psicológico y emocional que esto suponía para las familias. El abandono de los niños no se hacía al nacer. Todo lo contrario, llegaba a una edad bastante avanzada, por lo que las relaciones afectivas ya estaban más que forjadas. La entrega de un hijo a una institución en una situación de vulnerabilidad económica y social representaba el alejamiento del núcleo familiar en el que se configura la identidad propia del individuo. Además, conllevaba la creación de otros patrones morales distintos, que poco o nada tenían que ver con los que se podrían adquirir dentro del grupo de parentesco directo. La convivencia con otros jóvenes en situaciones similares bajo el amparo de las normas establecidas fraguaba una morfología de pensamiento distinta, que en muchas ocasiones conducía a la creación de nuevos lazos de parentesco, pero que en otras derivó en la huida y fuga.

Desconocemos por el momento qué fue lo que ocurrió con la mayoría de jóvenes al salir del colegio de forma definitiva, como tampoco sabemos más motivos que llevaron a las madres a entregarlos a estas instituciones de amparo social. Los protocolos notariales son, en ese sentido, una fuente imprescindible para arrojar luz a esta cuestión. Varios investigadores han analizado las escrituras de prohijamiento y el proceso de adopción tanto de huérfanos como de expósitos en la Castilla moderna (Fresneda y Elgarrista, 1987; Iglesias, 2011; García Fernández, 2019b: 119-200; Lorenzo, 2019: 73-112). Apuntan que este proceso representó una realidad social con unas características muy bien definidas en las que las familias de adopción se convertían en una salida de la miseria para los niños en condiciones de abandono. Además, adquirió una dimensión moral, en la que las familias con capacidad económica suficiente «rescataban» a un pobre y se aseguraban una obra piadosa con perspectivas de conseguir la salvación en la otra vida.

Otras veces los encargados de acoger a los menores eran los padrinos, que se convertían en curadores hasta que los niños adquiriesen una edad suficiente para independizarse o, de alguna otra manera, pasaban a ser una obligación para otra persona o institución (Lorenzo, 2019). Encontramos algunos ejemplos en los que son los padrinos los que llevan a los niños al seminario, como el caso de José Antonio de la Encina, quien ingresó en el colegio en 1726. En el libro de matrícula, figura como «niño expósito de una señora de la Encina, obispado de Burgos»[68]. Sin embargo, consta en su partida de bautismo que desde su nacimiento se hicieron cargo de él sus padrinos, a quienes el sacerdote advirtió «el parentesco espiritual que habían contraydo y demás obligaciones con el dicho baptizado»[69].

Por otro lado, encontramos un 14 % de matrículas en las que se indica que el niño era expósito o «hijo de la iglesia». A ello se le añade un porcentaje del 16 % en el que no se especifica su condición y que presumiblemente también fueran expósitos o abandonados. En total son cincuenta y nueve niños que ingresaron en este colegio y que habían sido abandonados en Salamanca. La situación legal y jurídica de los expósitos no fue atendida con detenimiento por parte de los monarcas hasta bien entrado el siglo XVIII. Es en el reinado de Fernando VI cuando la Ilustración comenzó a derramar tinta para buscar una solución a este problema. Las tímidas reformas que se emprendieron no fueron suficientes, ya que los ilustrados no buscaban tanto ayudar a los expósitos, sino hacer frente al grave problema demográfico que tenía España en esa época. En ese sentido, la Ilustración fue consciente del problema que existía, trató de esbozar algunas soluciones, pero acabó quedándose entre las intenciones y la ejecución de las propuestas (Fernández Ugarte, 1988: 28).

Las cifras tan bajas en este aspecto tienen una clara explicación: la existencia en Salamanca desde el siglo XVI de una casa de recogida de expósitos gestionada a través de la cofradía de Nuestra Señora de la Piedad (Fernández Álvarez, 1970: 166; Fernández Ugarte, 1988: 43). Fernández Ugarte (1988: 177) contabilizó un total de 3163 niños abandonados en las mismas fechas en las que nos situamos nosotros. Esta cifra es el reflejo del problema de desamparo que existía en Castilla. Asimismo, explica que en el Colegio de San Antonio no hubiera más abandonados, teniendo en cuenta que las rentas eran menores que las de la Casa de Expósitos.

El desvalimiento de niños era una problemática que, lejos de ser local, afectó a toda Europa de manera sistemática durante la Edad Moderna. Este fenómeno, mayoritariamente urbano, abarcaba a todos los grupos sociales e implicaba graves riesgos para los expósitos. Más allá de la probable muerte si no eran recogidos con celeridad, los supervivientes quedaban incluidos en un grupo social que era rechazado por el resto por no formar parte de una familia, núcleo indispensable de la integración social (Fresneda y Elgarrista, 1987: 110).

68. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 22r.
69. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 7, f. 1r.

En función de esto, se observa que la mayoría de los ingresos en la institución eran procedentes de la situación de orfandad, seguido de aquellos que eran expósitos. Contrastando los datos con otros trabajos sobre la infancia en Salamanca (Fernández Ugarte, 1988; Martín Sánchez, 2008), resulta necesario plantear la existencia de un problema con el abandono de los niños en la ciudad. Las instituciones de beneficencia y de asistencia piadosa tenían una sobrepoblación que empezó a generarles problemas económicos, abocándolas a tomar medidas de recorte que afectaban directamente a los niños, como el caso de la decisión tomada por el cabildo respecto al Colegio de Carvajal anunciada más arriba.

Con respecto a la procedencia geográfica, en el espacio de tiempo reseñado, setenta y siete niños (el 40 %) de los que se matricularon eran de la ciudad de Salamanca. A este porcentaje debe sumarse el de aquellos en cuya matrícula no se especifica su procedencia y que probablemente también fueran salmantinos. La mayoría de los casos en los que no se anunciaba su ascendencia geográfica, se anotaba que eran niños expósitos que previamente pudieron haber estado internos en otra institución de caridad de la ciudad. Por lo que fácilmente cerca del 60 % de los niños internos en la primera mitad del Setecientos eran naturales de Salamanca. Estos porcentajes equivalen a ciento dieciséis niños. El 40 % restante se dividía a partes iguales entre los naturales de la diócesis charra y los procedentes de otras diócesis castellanas.

Se observa una movilidad bastante amplia en cuanto a los naturales de otros lugares. Este hecho ha sido interpretado como una huida de la estigmatización social a la que se sometían los propios niños expósitos y las familias que los habían abandonado. La honra familiar era una característica inherente a la sociedad del Antiguo Régimen y resultaba indispensable para mantener un estatus aceptable en la época. Es por ello que el nacimiento de un hijo ilegítimo suponía una mancha que derivaba en la pérdida, sin reparación, del honor de la familia. Este era el motivo principal por el que se solían abandonar niños y que llegados a cierta edad se desplazaran, voluntaria o forzosamente, de sus lugares de origen en busca de mejores perspectivas (Fresneda y Elgarrista, 1987: 110).

Así, los procedentes de las diócesis cercanas –Zamora, Ávila y Ciudad Rodrigo– fueron los más numerosos, concretamente, los abulenses, seguidos de los zamoranos y los mirobrigenses. La explicación de esta dinámica es la existencia en Ciudad Rodrigo, por ejemplo, de una institución de recogida de expósitos con un funcionamiento similar al Seminario de Carvajal, lo que hacía que los niños fueran atendidos en la propia diócesis (Salazar, 2003). Hubo también un número significativo (cuatro de treinta y nueve) que eran naturales de la diócesis de León y los mismos de la de Santiago de Compostela. Más extraños son los casos de los procedentes de La Mancha o de Andalucía. Solo un niño perteneció a la diócesis de Cuenca, mientras que los demás llegaron de obispados al norte de Salamanca como Burgos (tres), Palencia (dos), Oviedo (dos), Osma (uno) o Calahorra (uno).

De la misma forma son casi inexistentes los niños extranjeros. No hay ningún registro de niños portugueses, cercanos a Salamanca, explicable por el contexto

de guerra con ese país a comienzos del siglo XVIII. Tampoco figuran franceses, cuyo número aumenta en España tras la llegada de los Borbones. Sí se ha documentado una persona procedente del «reino de Irlanda»[70]; tampoco son frecuentes los niños provenientes de la Corona de Aragón.

La edad de entrada en el colegio es muy variable hasta la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se acuerda definitivamente que los candidatos a ingresar en el seminario habían de tener más de diez años y ser obligatoriamente naturales de la ciudad de Salamanca, dejando sin posibilidad de acceso a los procedentes de otras ciudades o incluso de la propia diócesis. Esta decisión se tomó tras observar que era imposible hacer frente a todos los gastos que se estaban generando, y que impedía el correcto funcionamiento de la institución y la atención a los niños. Por ello, en 1745, los comisarios del seminario y otras autoridades con capacidad de decisión sobre él se reunieron y votaron con «haba y altramuz» los nuevos criterios para la aceptación de colegiales[71]. Hasta esa fecha encontramos edades muy dispares que no guardan una homogeneidad.

El 16 % de los niños que ingresaron tenían menos de diez años, el resto eran mayores de esa edad. En concreto, de los ciento noventa y cinco niños de los que conocemos todos los datos, treinta y seis fueron matriculados cuando tenían diez años. Es decir, el 23 % del total. Otro 16 % corresponde a los que tenían trece años y el resto de edades representan porcentajes menores. El niño que se matriculó con menor edad en este período tenía cinco años y el de mayor contaba diecisiete. Nos consta, a través de una partida de bautismo, que en 1727 se dejó abandonado en la puerta a un niño recién nacido que aún no estaba bautizado. Sin embargo, este no fue inscrito en el libro de matrícula, seguramente porque fuera trasladado a otra institución[72]. De la misma forma, hay treinta y seis matrículas en las que no se especifica la edad, bien porque se desconocía y se deja el espacio en blanco,

70. Antonio Cliford entró en el seminario el 10 de enero de 1725. Fue registrado como hijo legítimo de Tomás Cliford y María Magra, vecinos de la ciudad de Baterford *(sic)* [Waterford] en el reino de Irlanda. Era pelirrojo y tenía 12 años. De él carecemos de más información, al margen de la que indica que ese mismo día comenzó a estudiar gramática. Desconocemos, por el momento, cuál era su vinculación con Salamanca. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 20r.

71. «Se hallaron treinta y quatro habas y ningún altramuz […], por lo que declaró el cabildo que en adelante los señores comisarios del colegio del seminario *(sic)* tubiesen presente la qualidad prelativa que el cabildo declara en favor de los naturales y diocesanos con antelación a todos los forasteros […]». A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, ff. 40r. y ss. La información que se ofrece a propósito de esa reunión es interesante para conocer también otros aspectos significativos del funcionamiento del seminario.

72. Andrés Antonio Somora había nacido el 30 de noviembre de 1727 y fue abandonado en la puerta del colegio. En la cédula que portaba sí se especificaba quiénes eran sus padres, pero no aporta sobre ellos ningún dato más. Como era usual en los expósitos, portaba colgando una medalla de un santo para ampararle, en este caso de san Francisco Javier. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 9. Fernández Álvarez (1974: 170) anunciaba que la entrega de niños a este tipo de instituciones se solía hacer de noche, con el riesgo que conllevaba para el expósito que podía morir por frío o ser atacado por los animales que deambulaban por las calles de las ciudades libremente.

o por mera omisión a la hora de anotar los datos sin demasiada exhaustividad, común en la documentación en la Edad Moderna.

Es significativa la precisión con la que se aportan las edades de cada colegial. Resulta común en la documentación moderna encontrar algunas edades seguidas de la expresión «poco más o menos». Sin embargo, en las fuentes manejadas por nosotros esa expresión es muy escasa, apareciendo solo en ocasiones puntuales. Muchos de los niños que entraban presentaban con ellos una copia de la partida de bautismo expedida en la parroquia donde recibieron ese sacramento. Esto facilitaba corroborar la fecha de nacimiento puesto que la norma general era que se bautizaran a los pocos días de nacer para evitar el limbo de los justos al morir sin haber recibido el bautismo. En otros casos se apunta la edad que tienen especificando a continuación «según nos ha dicho», un dato indicativo de que la edad ofrecida puede mantener imprecisiones en algunas ocasiones.

No se aprecia un patrón uniforme en cuanto a la edad de ingreso, lo que suponía crear un ambiente cotidiano en el que personas de diferentes edades y, por lo tanto, con una madurez emocional e intelectual distinta convivían a diario en el seminario. En ese sentido las Constituciones de 1712 son conscientes de la disparidad de edades existentes y regulan algunos aspectos para las relaciones y el trabajo dentro del colegio. Por ejemplo, se debía nombrar a tres internos diferentes cada mes o cada semana, «mayor, mediano y menor», para servir en los oficios religiosos y asistir en el refectorio las comidas y las cenas[73]. El intercambio de papeles dentro del colegio y la conjugación de edades para realizar labores conjuntas favorecían que la educación de todos ellos se basara en el respeto y la colaboración.

Un aspecto muy significativo que nos aportan los libros de matrícula analizados es la descripción física de los colegiales. Esta información no es muy usual encontrarla en la modernidad y son muy escasos los trabajos que analizan aspectos antropométricos de conjuntos sociales del pasado. Las descripciones que se redactaban tenían como propósito poder identificar a los niños en caso de que estos se fugaran del seminario. También resultaban útiles para lograr diferenciarlos cuando eran pequeños o en caso de que ocurriera alguna desgracia que terminara con la muerte precipitada de alguno de ellos.

En general, las descripciones no son muy detalladas, pero sí nos permiten configurar una imagen amplia de cómo eran los niños que entraban a formar parte de esta institución. Los datos que se aportan se centran principalmente en describir los rasgos más reconocibles y que resultan fácilmente identificables a primera vista. De esta forma, se informa del color de pelo, del color de los ojos, marcas en la piel, morfología de la cara o tamaño de las orejas y de los labios. No todas las descripciones aportan todos esos datos, algunas se limitan a especificar el color del cabello, otras solo informan sobre alguna cicatriz y en otros casos no encontramos ningún dato físico.

73. A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1, pp. 6-7.

Por ejemplo, un retrato narrativo bastante amplio es el que tenemos de Ángel García en 1713. Este niño de once años tenía «nariz roma, moreno de rostro y dos señales de carbuncos: una debajo de la orexa derecha y la otra en la barba al mismo lado, y manco de un dedo de la mano izquierda»[74]. Sin embargo, la descripción de Román Ángel, siguiente niño que aparece en el libro de matrícula, es mucho más escueta: «pelo rojo, blanco de cara y frente espaciosa». Es frecuente encontrar niños con cicatrices en la cara de «descalabradura», que tenían la cara «bien arrostrada» para definir la belleza o que era «algo romo» cuando se quiere referir aspectos relacionados al peso de los descritos. Ángel Gómez Carbajo, por ejemplo, tenía la «frente espaciosa y una cicatriz de "escalabradura" en la cabeza» además de eso, era «tardo en pronunçiar muchas cosas de las que quería deçir»[75].

También es frecuente encontrar referencias al tamaño y la forma de la nariz y de los ojos. En ese sentido, Jerónimo Herrero en 1729 fue descrito como «carancho, nariz algo corta, afilada, ojos garzos alegres»[76]. Joachín Xavier Herrero era «pelicastaño, oxos hundidos castaños, carilargo y una nariz corta y boquiquiebro»[77]. Destacamos también la descripción de Fernando del Camino puesto que se nos dice que tenía «una señal de quemadura que dijo le havía hecho la madre que lo parió al fin de la frente sobre el ojo izquierdo para que fuese conocido»[78]. Probablemente la madre al morir su marido tuvo que entregar al niño de nueve años al colegio y con el fin de poder reconocerlo en el futuro le hizo esa marca. Sin embargo, Fernando falleció el 24 de abril de 1735 mientras estudiaba en la Universidad[79].

El dato del color del cabello aparece en el 88 % de las matrículas estudiadas, o lo que es lo mismo, tenemos esa información para ciento cuarenta y cinco personas. Setenta tenían el pelo castaño, cuarenta y nueve individuos estaban clasificados como «pelirrojos» y otro porcentaje significativo es el de aquellos en los que se omite esta información, probablemente porque no llamaba la atención y estarían dentro de la norma general de rasgos más oscuros.

Esas descripciones también nos permiten hacer una aproximación a las enfermedades que padecían las personas en la Salamanca del siglo XVIII. Podemos conocer la incidencia que tenía la viruela en la población infantil o al menos saber aquellos casos que ya la habían padecido y que sus huellas eran visibles en la piel. Esta es la única información que se nos da en esta fuente sobre salud y enfermedad, puesto que, cuando algún colegial fallecía dentro del colegio, no se especificaba la causa probable de la defunción. En concreto para el período analizado tan solo hemos localizado a diez jóvenes en los que se anuncia que

74. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 15r.
75. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 18v.
76. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 23v.
77. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 28r.
78. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 21r.
79. A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800, f. 21r.

tenían «viruelas» o «pecas de viruelas» en la cara, un porcentaje representativo de la incidencia de esta enfermedad común en el Antiguo Régimen y que estaba en visos de desaparecer no sin antes causar algunas epidemias más a lo largo de todo el siglo XVIII en toda Castilla.

## 5. Conclusiones

Las instituciones asistenciales fundadas a través de obras pías proliferaron durante la Edad Moderna en todos los puntos de Europa. Este tipo de centros cumplieron una labor social imprescindible hasta bien entrada la contemporaneidad, acogiendo en su seno a niños huérfanos y expósitos, dándoles una oportunidad de progreso dentro del difícil entramado social del Antiguo Régimen.

El Colegio de San Antonio, fundado por don Antonio de Vergas y Carvajal, bebió de esa dinámica y se consolidó en la ciudad de Salamanca como un referente para la asistencia de niños huérfanos hasta mucho tiempo después. La bibliografía demuestra la proliferación de este tipo de centros durante la modernidad y el interés existente por su análisis.

A través de este estudio hemos podido rescatar algunos datos poco conocidos sobre el fundador del colegio, aportando un amplio corpus documental que confirma su interés por asegurar un futuro mejor para los niños huérfanos de la ciudad. A pesar de ello, aún quedan algunos capítulos de su vida por esclarecer, como el repentino interés testamentario por cambiar el lugar de su enterramiento, además de todos los datos a propósito de su papel como regidor de la ciudad y sobre su familia.

Asimismo, hemos podido aportar nueva información sobre los primeros pasos del seminario y su realidad durante la primera mitad del siglo XVIII. Se han analizado las dos normativas que se elaboran en esta época, sobre las que no se había investigado demasiado. Además, se ha podido esclarecer cuál era la forma de financiación de esta institución con el objetivo de entender hasta qué grado se podía implicar en la educación de sus colegiales. De esta manera se ha hecho notoria una vez más la importancia que tenía tanto para el Estado como para los particulares la existencia de juros y censos. La información de tipo administrativo y económico que se conserva es muy prolija en detalles, por lo que será necesario un estudio con mayor amplitud para seguir aportando noticias sobre este colegio.

Sin duda, el aporte más trascendental de este trabajo ha sido el análisis de los más de doscientos niños que durante estos cincuenta años pasaron por el colegio. La historia de la infancia resulta imprescindible para comprender la sociedad de la Edad Moderna. De esta forma hemos podido establecer que en Salamanca también existió un problema importante con el abandono de niños y que las soluciones que se propusieron no fueron siempre iguales. El Colegio de Carvajal trató de dar a los huérfanos y expósitos un futuro basado en la educación, bien sea a través del aprendizaje de un oficio artesanal, o bien de los estudios universitarios.

## 6. Bibliografía

### 6.1. Bibliografía secundaria

Carabias Torres, Ana María (1983), *El Colegio Mayor de Cuenca en el siglo XVI*: *estudio institucional*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Carabias Torres, Ana María (1986), *Colegios Mayores: Centros de Poder*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Carabias Torres, Ana María (2005), «Salamanca, "académica palanca" hacia el poder», en F. J. Aranda (coord.), *Letrados, juristas y burócratas en la España moderna*, Cuenca: Ediciones Universidad de Castilla la Mancha, pp. 23-60.

Carmona, José Ignacio (2011), «Control, amparo y adoctrinamiento. Los centros para menores en el siglo XVI», en F. Núñez Roldan (ed.), *Infancia en España y Portugal, siglo XVI-XIX*, Madrid: Sílex, pp. 69-96.

Capul, Maurice (1999), *Infirmité et hérésie. (Les Enfants placés sous l'Ancien Régime)*, Toulouse: Privat.

Cava López, María Gema (2000), «La tutela de menores en Extremadura durante la Edad Moderna», *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 18, pp. 265-288.

Cava López, María Gema (2004), «Niños e infancia en la investigación sobre la Edad Moderna: el abandono de una historia de abandonados», en J. Contreras, A. Alvar y J. I. Ruiz (coords.), *Política y cultura en la época moderna (cambios dinásticos, milenarismos, mesianismos y utopías*), Madrid: Universidad de Alcalá, pp. 751-762.

Egido López, Teófanes (1975), «Aportación al estudio de la demografía española: los niños expósitos de Valladolid (siglos XVI-XVIII)», en *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*, vol. 3, Santiago de Compostela: Ediciones Universidad de Compostela, pp. 333-346.

Fernández Álvarez, Manuel (1974), *La sociedad española del renacimiento*, Madrid: Cátedra.

Fernández Ugarte, María (1988), *Expósitos en Salamanca a comienzos del s. XVIII*, Salamanca: Diputación Provincial de Salamanca.

Fresneda Collado, Rafael y Elgarrista Domeque, Rosa (1987), «Aproximación al estudio de la identidad familiar: el abandono y la adopción de expósitos en Murcia (1601-1721)»,en F. Chacón, *Familia y sociedad en el Mediterráneo occidental: siglos XV-XIX*, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 93-116.

García Fernández, Máximo (2012), «Ser joven en el siglo XVIII: ¿formados en el taller o en la academia?», en I. Arias de Saavedra (coord.), *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*, Granada: Universidad de Granada, pp. 645-662.

García Fernández, Máximo (2019a), «Caminos de civilización en el Antiguo Régimen: modelos juveniles masculinos», en Juan Pablo Blanco Carrasco y Máximo García Fernández (coords.), *Jóvenes y juventud en los espacios ibéricos durante el Antiguo Régimen: Vidas en construcción*, Lisboa: Ediciones Colibrí, pp. 189-213.

García Fernández, M. (2019b), *Los caminos de la juventud en la Castilla Moderna. Menores, huérfanos y tutores*, Madrid: Sílex.

Hay, Maciamo (2014), «Genetic history of Spain and Portugal», *Eupedia*. Recuperado de https://www.academia.edu/8937422/Genetic_history_of_Spain_and_Portugal [07/06/2023].

Iglesias Rodríguez, Juan José (2011), «El prohijamiento o adopción en la Edad Moderna: ley, práctica y doctrina», en F. Núñez Roldán, *La infancia en España y Portugal, siglo XVI-XIX*, Madrid: Sílex, pp. 111-132.

Lara Ródenas, Manuel José (1997), «El niño abandonado en la Huelva del siglo XVII: una visión de conjunto», *Huelva en su Historia*, 6, pp. 75-86.

León Vegas, Milagros (2015), «Un estudio de caso sobre abandono infantil en la Andalucía Moderna. Los expósitos de la inclusa antequerana», *Revista de Demografía Histórica-Journal of Iberoamerican Population Studies*, 33(1), pp. 99-133.

Lorenzo Pinar, Francisco Javier (1988), «El aprendizaje de los oficios artesanos en la Zamora del siglo XVI», *Studia Historica Historia Moderna*, 6(1), pp. 449-464.

Lorenzo Pinar, Francisco Javier (1989), *Actitudes religiosas ante la muerte en Zamora en el siglo XVI: un estudio de mentalidades*, Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo".

Lorenzo Pinar, Francisco Javier (2009), *El aprendizaje de oficios artesanos en la ciudad de Toro durante el siglo XVI*, Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos.

Lorenzo Pinar, Francisco Javier (2019), «Las cuentas de curaduría en el siglo XVI: Posibilidades de estudio para conocer a los jóvenes huérfanos», en J. P. Blanco Carrasco, M. García Fernández y F. Olival (coords.), *Jóvenes y juventud en los espacios ibéricos durante el Antiguo Régimen: Vidas en construcción*, Lisboa: Ediciones Colibrí, pp. 73-112.

Marcos Martín, A. (2004), «La Iglesia y la beneficencia en la Corona de Castilla durante la época moderna: mitos y realidades», en L. Abreu (coord.), *Igreja, caridade e assistência na Península Ibérica (secs. XVI-XVIII)*, Lisboa: Edições Colibri, pp. 97-131.

Martín Sánchez, Miguel Ángel (2003), «Los orígenes del Colegio Menor de la Concepción de Huérfanos de Salamanca», *Studia Historica. Historia Moderna*, 25, pp. 217-240.

Martín Sánchez, Miguel Ángel (2007), *Historia y pedagogía del Colegio Menor de la Concepción de Huérfanos de Salamanca*, Salamanca: Universidad de Salamanca.

Martín Sánchez, Miguel Ángel (2008), «Marginación y Educación en la edad moderna: el caso del colegio de huérfanos de la Universidad de Salamanca», *Campo Abierto: Revista de Educación*, 27(1), pp. 37-53.

Martín Sánchez, Miguel Ángel (2011), «El Colegio Menor de Huérfanos de Salamanca en la matrícula universitaria. Siglos XVI-XVIII», *REDEX. Revista de Educación de Extremadura*, 2, pp. 143-169.

Núñez Roldán, Francisco (coord.) (2011), *La infancia en España y Portugal. Siglo XVI-XIX*, Madrid: Sílex.

Rodríguez Blanco, C. (2021), «La asistencia infantil en torno a la catedral de Palencia: (1800-1810)», en C. Borreguero Beltrán *et al.* (coords.), *A la sombra de las catedrales: cultura, poder y guerra en la Edad Moderna*, Burgos: Universidad de Burgos, pp. 679-693.

Rodríguez Blanco, C. (2023), «La enseñanza del oficio: aprendizaje artesano en la Palencia del siglo XVII», *Cuadernos de Historia Moderna*, 48(1), pp. 201-223.

Sala Balust, Luis (1964), *Constituciones, estatutos y ceremonias de los antiguos colegios seculares de la Universidad de Salamanca*, Salamanca: Acta Salmanticensia, 4 vols.

Salazar y Acha, María Paz (2003), *Ciudad Rodrigo en el siglo XVIII: sus luces y sombras a través de los libros de acuerdos de su concejo*, Ciudad Rodrigo: Centro de Estudios Mirobrigenses.

Torrubia Balagué, Eulalia (2008), *La infancia abandonada. Acoger y educar. Iniciativas salmantinas durante los siglos XVI-XIX*, Granada: Grupo Editorial Universitario.

Torrubia Balagué, Eulalia y Alfonso Sánchez, José Manuel (2021), «El Seminario de Carvajal. Un colegio al servicio de la infancia más necesitada», en J. A. Jiménez Hernández *et al.* (coords.), *Construyendo juntos una escuela para la vida*, Madrid: Dykinson, pp. 1193-1199.

Torrubia Balagué, Eulalia y Tellechea Idígoras, José Ignacio (2004), *Marginación y pobreza: expósitos en Salamanca (1794-1825)*, Salamanca: Diputación Provincial.
Villar y Macías, Manuel (1887), *Historia de Salamanca. Tomo VII: Desde Felipe III a la Guerra de Sucesión*, Salamanca: Gráficas Cervantes.

## 7.2 Fuentes primarias

Constituciones del Colegio Seminario, 1712, A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 1.
Constituciones del Colegio Seminario, 1718, A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1, n.º 8.
Levas de soldados de pueblos de la provincia, 1640, A.M.Sa., Ficheros, caja 156 (1).
Libro de claustros y sesiones de la Universidad de Salamanca, 1641-1642, A.U.S.A., 111.
Libros de Matrícula de la Universidad de Salamanca desde el curso 1612-1613 hasta el curso 1659-1660 y de los cursos 1747-1748 y 1754-1755, sigs. A.U.S.A., 320; 321; 322; 323; 324; 325; 326; 327; 328; 329; 340; 341; 342; 343; 344; 345; 346; 347; 348; 349; 350; 351; 352; 353; 354; 355; 356; 357; 358; 359; 360; 361; 362; 363; 364; 365; 366; 367; 455; 462. https://ausa.usal.es/ausa_matriculas.php
Libro de pagos del Seminario, S. XVIII, A.C.Sa., CJ. 84, LG. 2, n.º 1.
Libro de registro de recepción de muchachos, 1663-1862, A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800.
Libro de registro de recepción de muchachos, 1663-1862, A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 800.
Libro de testamento de Antonio de Vergas Carvajal, 1659, A.C.Sa., CJ. 84, LG. 1 n.º 2.
Partida de bautismo de José Antonio de la Encina, 1726, A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 7.
Protocolos notariales A.H.P.Sa., P.N., sigs. 5667, año 1649; 4128, año 1705; 4475, año 1705; 4483, año 1710; 4794, año 1711; 4478, año 1713; 5415, año 1713; 4480, año 1716; 4481, año 1717; 4485, año 1717; 4481, año 1718; 3411, año 1719; 4486, año 1720; 4907, año 1721; 4490, año 1728; 5752, año 1749.
Razón de los seminaristas que salen a oficio del Seminario de Carvajal, 1712-1851, A.C.Sa., CJ. 82, LG. 1, n.º 804.
Recopilación de las ordenanzas de esta ciudad de Salamanca, 1619, A.M.Sa., Gobierno, Ordenanzas Municipales, caja 3257, lib. 424.
Relación de juros y censos del Colegio Seminario de Carvajal, S. XVIII, A.C.Sa., CJ. 83, LG. 2, n.º 34.
Testamento de Antonio de Vergas Carvajal, 1649, A.C.Sa., CJ. 83, LG. 1, n.º 1.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425245275

# POLÍTICA, CRISIS Y ENFERMEDAD. EL MEDITERRÁNEO EN EL *MERCURIO HISTÓRICO Y POLÍTICO-MERCURIO DE ESPAÑA* (1756-1799)[1]

## *Politics, Crisis and Illness. The Mediterranean in the* Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España *(1756-1799)*

Antonio Manuel BERNÁ ORTIGOSA
Universidad de Alicante
antoniomanuel.berna@ua.es

Fecha de recepción: 07/11/2023
Fecha de aceptación: 04/04/2024

RESUMEN: El *Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España* (1738-1830) se consagró como un periódico oficial en 1756. Desde entonces sus contenidos adquirieron un componente ideológico. En este trabajo arrojamos luz sobre cómo se politizaron las enfermedades junto a otras noticias para conformar un discurso dominante que, entre 1756-1799, distinguió a los Estados mediterráneos occidentales y orientales. El hilo conductor es la peste, interrelacionado con las creencias otomanas, la inestabilidad política, las coyunturas económicas, la conflictividad social y la guerra; en frente del progreso económico, el control sanitario, la filantropía y el orden cristiano.

*Palabras clave*: *Mercurio*; peste; progreso; crisis; siglo XVIII; Mediterráneo.

ABSTRACT: The *Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España* (1738-1830) turn an official newspaper from 1756. Then a what big part of his contents

1. Dicha propuesta está financiada por la subvención para la contratación de personal investigador de carácter predoctoral de la Comunitat Valenciana (ACIF 2020 / Exp. 172).

purchased an ideological component. In this work pretend to shed light on how used the illnesses beside other news to conform a dominant speech that, among 1756-1799, distinguished to the western Mediterranean States and oriental. The conductive thread is the plague, interrelated with the Ottomans beliefs, the political unsteadiness, the famine, the social conflicts and the war, in front of the economic progress, the sanitary control, the philanthropic and the Christian order.

*Key words*: *Mercurio*; plague; progress; crisis; 18th century; Mediterranean.

## 1. Introducción

El Mediterráneo es un personaje histórico cuyas características naturales han favorecido el desarrollo de las sociedades humanas. El asentamiento en esta zona es idóneo por las condiciones climáticas –inviernos templados y húmedos y veranos secos y cálidos– y la fertilidad del suelo. La orografía, flanqueada por escarpadas montañas y bosques, está comunicada naturalmente con ríos, valles y llanuras. La agricultura y la conexión interna configuraron un modelo de vida conectado a los puertos y transportes marítimos. Las actividades náuticas, en un mar impredecible, se limitaban a los meses de primavera y verano, cuando se podía viajar entre las costas occidentales y orientales. La cuenca mediterránea, como dice Armando Alberola Romá, es un espacio de influencias física, económica, social y cultural que marca el nivel de intercambios comerciales, la lucha contra el medio y la obtención de rendimientos agrícolas[2].

La historiografía ha trabajado laboriosamente para dar a conocer todas las fases y dinámicas que se intrincaron en este mar. Como es evidente no tenemos margen –y tampoco lo pretendemos– para dar cuenta de todo ello. Sin embargo, queremos poner el foco en dos factores concretos: la transmisión de enfermedades[3] y de noticias periodísticas. Las enfermedades son un fenómeno biológico vinculado a unas determinadas características ambientales y climáticas. En suma, las sociedades mediterráneas padecieron la *Pequeña Edad del Hielo* durante el siglo XVIII. Es decir, una oscilación climática que tuvo su fase más álgida en la Edad Moderna y que redujo la temperatura media en 1-2 ºC, agudizó la variabilidad e intensidad hidrometeorológicas de signo opuesto, benefició la proliferación de epidemias y desencadenó motines o crisis de subsistencia[4]. Así, el movimiento

2. Alberola Romá (2019: 83-119) reflexionó específicamente sobre el papel que jugaron los fenómenos hidrometeorológicos y biológicos extremos en la articulación del paisaje y de los sectores productivos.

3. Aquí no nos centramos en la distribución de los estados de salud y de las colectividades humanas, una de las líneas de investigación más usuales de la historia de la medicina (López Piñero, 2000: 16).

4. Para España, consúltese a Alberola Romá (2014); y para Europa, a Le Roy Ladurie (2017).

de pasajeros y mercancías por los puertos del *Mare Nostrum* favoreció el traslado de los agentes patógenos[5].

Es curioso que la historiografía apenas se haya hecho eco de la perspectiva periodística en el ámbito mediterráneo. La riqueza de la prensa ofrece nuevas posibilidades para conocer hechos desconocidos y comprender las visiones culturales que los acompañaron. Por tanto, deseamos aclarar que las noticias, lejos de ser un conjunto de información neutra y objetiva, son mensajes que comprimen –en unas escasas líneas– el imaginario de una sociedad y su época. El periodismo dieciochesco español informó entre sus páginas de autoridades, instituciones, disposiciones legales, desplazamientos comerciales, agricultura, viajes, batallas, encuentros, ideas, inventos, curiosidades o eventos cotidianos. Pero también de enfermedades contagiosas y epidémicas que, con un marcado carácter coyuntural, viajaron por todo el Mediterráneo, ocasionaron la muerte de centenares de personas, paralizaron las labores económicas, despertaron el ingenio de las autoridades e impregnaron un miedo reconocible en los subconscientes colectivos. La evolución histórica de las sociedades ha significado un difícil proceso de adaptación y coexistencia con estas manifestaciones biológicas. Las enfermedades fueron –y son– una realidad cotidiana. Por lo tanto, son objeto de historia; y a nosotros nos interesa la perspectiva de cómo se imaginaron y difundieron en la prensa.

Todo aquel fenómeno pensado es cultura porque interviene directamente en el lento discurrir de la vida. Lo es en la medida en que se concibe a partir de unas ideas y experiencias que marcan la percepción de esa vivencia y de las que están por venir[6]. Aquí nos interrogamos por el parecer que esbozó la prensa española con estos temas. ¿Por qué? ¿Para qué? El *Memorial Literario* (1784-1808) ha sido la

5. La literatura especializada sobre enfermedades infecciosas durante el siglo XVIII es abundante. Por ejemplo, Bueno Vergara y Perdiguero Gil (2023: 13-39) analizaron las principales líneas historiográficas del Setecientos en España; John Chircop y Francisco Javier Martínez (2018) han coordinado el volumen más actualizado sobre contención y enfermedades en el Mediterráneo, desvelando los factores que condicionaron el desarrollo de las cuarentenas sanitarias y las diferencias en su uso y evolución desde España hasta Estambul. También es de obligada lectura la obra editada por Varlik (2017) sobre el Mediterráneo islámico, donde están presentes la variante religiosa, las epidemias del siglo XVIII o las respuestas otomanas. Por último, Barona Vilar (2023) y Bernabeu Mestre (2024) han producido dos monografías que abordan desde la óptica total –y actual– las profesiones, espacios, tradiciones y métodos de sanación, así como los contextos de la historia de las crisis sanitarias.

6. Esto es algo que ha definido magistralmente la investigadora mexicana García Acosta (2005). La percepción es una construcción colectiva articulada por un sistema social con unas ideas, manifestaciones y valores que cambian con el tiempo. Dicho de otra forma: una interpretación cultural de las nociones de riesgo y peligro. Baehrel (1951: 113-146) decía que las enfermedades eran proyecciones que conducían a unas cotas de miedo y angustia que, lejos de frenarlas, las extendían con mayor virulencia. Otro caso es el de Arrizabalaga Valbuena (1991: 114-117), quien habló de cómo se construyó la peste negra medieval y cómo evolucionó desde entonces la idea de contagio en las comunidades mediterráneas latinas. Recientemente García Álvarez-Busto (2020: 6-39) realizó un balance historiográfico de las respuestas sociales, económicas, políticas y mentales de las sociedades humanas a partir de la *Longue Durée*.

fuente hemerográfica más importante en este sentido[7]. Si bien todo papel periódico –como medio de comunicación– tiene la capacidad de coger unos datos y reformularlos para difundir su ideario, desde luego la mirada de la prensa no fue uniforme y dependió mucho de la cabecera. En nuestro caso vamos a centrarnos en la posición del *Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España* (1738-1830) por cuatro motivos: 1. El *Mercurio* fue un periódico oficial ligado a los dictámenes de la Secretaría de Estado, por lo que su visión compartió un componente ideológico de gran interés[8]. 2. La cabecera posó su foco de atención en el Mediterráneo, carácter que adquirió de copiar los contenidos de su homólogo de La Haya[9], y que reforzó desde 1762 con la estrategia de ventas dispuesta por el gerente Francisco Manuel de Mena[10]. 3. Estamos ante un terreno inexplorado que puede ayudar a trazar la cosmovisión que tenían las sociedades mediterráneas sobre sí mismas; a lo que se suma el poco conocimiento sobre el Imperio otomano[11]. 4. La fuente y la materia hacen que sea una línea de investigación innovadora dentro del área de Historia Moderna, y más en el contexto de postpandemia.

Nuestro principal objetivo es identificar los usos dicotómicos de las noticias de enfermedades en el Mediterráneo entre 1756-1799[12], y ver cómo se integraron como parte de un discurso más amplio para proyectar una imagen de un modelo occidental caracterizado por el orden, la filantropía y el progreso; y uno oriental inestable, anárquico e imbuido en el fanatismo religioso. Para ello dividimos el estudio en dos bloques temáticos. Mediterráneo oriental: peste y creencias; peste e inestabilidad política; peste y conflictividad social; peste y coyunturas económicas; y peste y guerra. Mediterráneo occidental: cuarentenas, cordones sanitarios y progreso; e inoculación, filantropía y progreso. Por lo tanto, hemos vaciado, sistematizado y analizado los datos del *Mercurio*[13], los que contraponemos y complementamos con los de otras fuentes periodísticas o archivísticas con el fin de reforzar nuestra argumentación.

7. La tesis doctoral de Durán Maseda (2004) recopiló todo su contenido médico, pero también expuso cómo estaba marcado por la orientación pragmática de la Ilustración y su dimensión cultural. Por otra parte, Alberola Romá (2015) subrayó la relación establecida entre clima y salud por medio de efemérides impresas como la de Fernández Navarrete.

8. Véase Enciso Recio (1957).

9. No sabemos por qué razón exactamente, pero lo intuimos por los vínculos comerciales que los holandeses tejieron en el Mediterráneo (Crespo Solana, 2000: 7-162).

10. La *Gaceta de Madrid* se encargó de la Europa continental y el *Mercurio* del Mediterráneo (Lozano Díaz y Berná Ortigosa, 2023: 223-252).

11. Parafraseando a Bunes Ibarra (2015: 9): «Es una de las asignaturas pendientes que aún quedan por saldar en el pensamiento histórico español de los últimos siglos».

12. La disimetría entre peste y otras enfermedades no recrea ninguna selección personal, ya que responde a los datos y a la mirada mediterránea del *Mercurio* –que no tuvo que ajustarse a la realidad– ante la grave gestión de las enfermedades.

13. Véase: Berná Ortigosa (2024: 30-43).

## 2. La prensa periódica del siglo xviii: una reflexión

La historiografía de la prensa dieciochesca española se consolidó gracias a unos/as investigadores/as que asentaron las bases conceptuales y metodológicas de esta línea de estudio. En los años cincuenta irrumpió Luis Miguel Enciso Recio (1957), quien, entre otros temas, analizó la estructura periodística y socioeconómica de la prensa oficial española. En 1973 Paul Guinard revolucionó el mundo académico con *La Presse espagnole de 1737 à 1791*[14]. Por otra parte, no olvidamos a María Dolores Sáiz García, Elisabel Larriba e Inmaculada Urzainqui Miqueleiz[15]. A la postre de otros que no tienen cabida aquí por motivos de espacio, debemos poner en valor revistas como *Cuadernos de Ilustración o Romanticismo* o *El Argonauta Español* por su vinculación con el periodismo moderno. Al igual que grupos de investigación como el de HicPan, enlazado al patrimonio periodístico andaluz. Nosotros creemos que el siguiente paso es profundizar en las estrategias editoriales, el circuito de la información y la noticia, pues la verdadera riqueza y complejidad de las formas periodísticas se ocultan en estos tres campos. En este caso nos detenemos en la novedad.

Una enfermedad podía convertirse rápidamente en un evento extraordinario que fracturara la cotidianeidad[16] de la sociedad. Ante esta circunstancia las autoridades destinaban recursos, personas o directrices con las que atajar el azote biológico. Los efectos no eran baladíes: paralización de las actividades productiva y bélica, migraciones forzadas, cuarentenas o suspensión del correo. Entonces las personas afectadas sacaban toda clase de remedios de su recetario popular, bagaje de las creencias de la época y de las experiencias colectivas. Las noticias periodísticas son el vestigio cultural de esa mirada. Así, la prensa se hizo eco de la tensión social, la violencia, el hambre, el miedo, la angustia, la muerte o el endeudamiento. Es muy común que las cabeceras insertaran cartas de lugares lejanos con las que satisfacer la sed informativa de sus lectores/as. Una de esas epístolas podría haber sido perfectamente la que escribió Juan de la Fuente Yepes, obispo de Nueva Segovia, sobre la epidemia de peste padecida en Pangasinán de Ilocos, Filipinas. El religioso, con fecha de 4 de julio de 1756, refirió el fallecimiento de 20.000 personas con una cruenta virulencia y rapidez; al igual que el cese de las labores de siembra y simientes[17].

14. Guinard (1973) distinguió las cabeceras, temas y formas de la época.

15. Sáiz García (1990) discernió la historia, características y fases de la prensa del Setecientos; Larriba (2013) investigó las listas de suscriptores de los periódicos más relevantes de España; y Urzainqui Miqueleiz (2022) escribió sobre los horizontes de la prensa del siglo XVIII o la relación de las mujeres con el periodismo.

16. Según Franco Rubio (1998: 60-72) es la categoría vital por la que cada grupo social se rige y adapta a un conjunto de rutinas, en la medida en que su ruptura les causaba un trastorno.

17. AGI, 24, Filipinas, 293, n.º 76.

Los datos de la misiva fueron consustanciales al drama que describió el obispo. El relato mostró su impotencia y temor ante la tragedia de los hechos. Cuando un periódico cogía un material así podía hacer que pivotara hacia cualquier dirección. El sentido más lógico era el sensacionalista con tal de provocar una emoción en el/la lector/a y romper la monotonía de la lectura. Aunque no fue el único. Para nosotros la noticia es una construcción intelectual perfectamente calculada con unos esquemas estratégicamente diseñados destinada a un público que espera informarse, pero cuyos contenidos implícitos también moldean su percepción de la realidad. Aquí entran en juego variantes tales como la formulación de la oración, los adjetivos, los datos, la posición en el texto o los juicios parciales. Así, la novedad siempre poseía –y más en la prensa oficial– un sesgo ideológico que constituyó un alegato hegemónico. Es decir, esa carta podría emplearse de forma directamente proporcional para criticar o alabar la gestión de la epidemia, a partes iguales, pero el factor diferencial recaía en la decisión de la redacción. Por eso nosotros pensamos que el *Mercurio* usó las noticias de enfermedades para reforzar una mirada prestablecida y antagónica entre las civilizaciones cristiana y musulmana.

El periodismo es un medio de pensar que genera códigos, con ideas y creencias, a partir de los cuales un/a lector/a articula su día, su manera de pensar y su forma de ver el mundo. El contenido invisible de las noticias le dota de una opinión que hace de rasero para medir otras y, por lo tanto, desarrollar una identidad como sujeto informado. Así, la prensa es una ventana para entender cómo funcionaba la organización social. El *Mercurio* instrumentalizó políticamente unos acontecimientos para expresar una idea cultural dominante con la que retroalimentar la postura de la sociedad. Aunque es un tema escurridizo, nos permite reflexionar sobre esos significados otorgados en un contexto mediático. El éxito de la fórmula estaba en la sutileza de comunicar unos hechos que, aparentemente neutros, tenían una alta carga de influencia. De este modo, se creaba un espacio periodístico en el que todos podían identificarse a partes iguales y hacerse partícipes de sus opiniones. La intención del *Mercurio* era difundir una visión codificada –en un mensaje activo, sujeto a opinión– de un mundo unitario y sin escala de grises. Por lo tanto, la novedad periodística es la superposición de informaciones y sus percepciones de forma cohesionada, por lo que el estudio del periodismo presenta la dicotomía de distinguirlos en su versión definitiva.

La reflexión es que la lectura de un periódico no era –ni es– inocente. Las noticias estaban confeccionadas para llamar la atención del público y después persuadirlo y convencerlo del mensaje implícito. El formato fue –y es– muy relevante porque, si nos fijamos bien, usaban –y usan– técnicas de verificación: testimonios, datos objetivos, ubicaciones, citas o contrastación de las fuentes. Un procedimiento que servía –y sirve– para cargar de credibilidad a las informaciones. Más allá de que los datos sean reales o no, la clave está en que son imágenes proyectadas y ficcionadas que gozan de la capacidad de enseñar la naturaleza del mundo y el filtro –acertado– para reaccionar a lo que está dentro y fuera de esa noción.

Llegados a este punto nos preguntamos, ¿qué visión divulgó el *Mercurio* sobre las enfermedades en el Mediterráneo entre 1756-1799?

## 3. Mediterráneo otomano

La peste es el factor más importante para la construcción del artículo de Constantinopla. Los redactores la usaron para catalizar la crisis crónica del Imperio otomano. El contagio aparecía puntual en los peores momentos, ya que las intrigas políticas, las coyunturas agrícolas, las revueltas o los enfrentamientos bélicos siempre acompañaron a esta enfermedad, que terminaba de fracturar la poca estabilidad del mundo musulmán. La peste se convirtió rápidamente en objeto de moda para los contemporáneos debido al grado de impacto que tenía en la vida común de las personas y sus actividades.

Por ejemplo, Benito Jerónimo Feijoo (1770: 290) se cuestionaba –en su carta XL– de dónde procedía. El benedictino argumentaba que había una gran ignorancia en cuanto a las causas de la enfermedad, puesto que algunos autores la achacaban al calor, el frío, el aire, la humedad o la sequedad, cuando estas condiciones ambientales imperaban en muchos países que no la padecían. Feijoo no supo discernir el origen de la peste, pero parece que eso era lo que menos le importaba. Él prefirió subrayar que las personas eran los vectores de transporte y contagio de la infección.

Por una parte, el *Diccionario de las Autoridades* la definió en 1737 como la «enfermedad contagiosa ordinariamente mortal, y que causa muchos estragos en las vidas de los hombres y de los brutos. Ocasiónase por lo común de la infección del aire, y suelen ser señal de ella unos bultos que llaman bubones o landres»[18]. Para el *Mercurio*, en realidad, era un producto fruto de la suciedad de los musulmanes, la insalubridad de sus ciudades y costumbres y la ignorancia de la ortodoxia mahometana, hechos que contrastaban claramente con Occidente. Esta misma posición fue la que mantuvo el *Diario de Madrid*. El tomo de 19 de septiembre de 1788 apuntó que

> Solo los turcos fatalistas la desprecian, no poniendo precaución alguna contra la peste: ha muchos siglos que ven los destrozos de este azote, que en las naciones cristianas se evita o ataja; mas ellos, fanáticamente resignados, cierran los ojos al peligro, y aguardan tranquilos su destino[19].

Por otra, la *Colección de papeles interesantes sobre las circunstancias presentes* puntualizó que, a pesar de ser un castigo divino, los cristianos estaban

18. *Diccionario de las Autoridades*, tomo V (1737).

19. Biblioteca Nacional de España, Hemeroteca Digital (en adelante: BNE, HD), *Diario de Madrid*, n.º 201, 19/07/1788, p. 794.

obligados a precaverse de ella. Un claro recado a los habitantes de la parte más oriental del Mediterráneo.

> Las enfermedades, la peste, la opresión o la esclavitud, y otros males de pena que padecen los hombres, son sin duda dispuestas u ordenadas por Dios o en castigo de los males, o para ejercicio de los buenos, o por otros inapelables designios de su divina providencia: la resignación cristiana nos inspira mansedumbre y paciencia para sufrirlos; pero no impide que nos procuremos de ellos, antes al contrario, las más veces estamos obligados[20].

Estas referencias compartieron el mismo punto de vista que el *Mercurio*. ¿Esta posición era una opinión mayoritaria? No lo sabemos, aunque podría serlo. Dicha pregunta requiere de la contrastación de otras muchas fuentes y de un trabajo aparte, pero es imprescindible responderla para ver si esta era la tendencia comunicativa preferida de la sociedad. En cualquier caso, a nosotros nos interesa la postura del *Mercurio*, donde sí que lo fue durante la segunda mitad del siglo XVIII.

### 3.1 Peste y creencias

El *Mercurio* utilizó la peste como un medio para manifestar un conjunto de ideas y valores relacionados con las creencias de los otomanos. Así, la enfermedad adquirió una carga cultural proyectada desde Occidente, en la que su presencia e impacto suponían un significado que trascendía lo estrictamente material. Para este apartado vamos a retrotraernos unos años atrás. En enero de 1739 la cabecera publicó una alegoría en la que la peste se asimilaba a la muerte y el hambre, dejándose claro que su capacidad de arrebatar vidas era superior a la de la guerra:

> Algo distante de esta tienda se descubría un oscuro y grande sótano, lleno de muertos hasta arriba. La peste era la dueña, y, jactándose, se gloriaba de haber ganado más que el dios de la guerra con todas sus armas. Veíase, un poco lejos, en otra tienda, también distante, el hambre, que pesaba el pan contra el oro, obligando a amigos y enemigos a alguna que otra paz momentánea[21].

En mayo de 1754 se comentó que, después de una racha de varios meses de epidemia, la enfermedad remitió. Para los otomanos la infección era la principal causa de que sus vidas y actividades cotidianas quedaran completamente paradas. Por lo tanto, la ausencia-presencia de la peste marcaba el ritmo vital de las poblaciones de la capital y de los lindes del Imperio. Sin embargo, el *Mercurio* compartió un juicio muy avanzado para su tiempo: no mataba la peste, sino la ignorancia. El periódico decía que el dogma de la predestinación cegaba a los mahometanos

20. BNE, HD, *Colección de papeles interesantes sobre las circunstancias presentes*, n.º 9, 1808, p. 270.
21. BNE, HD, *Mercurio Histórico y Político* (en adelante: *MHP*), XIII, 1-1739, p. 42.

como «origen de una infinidad de males», por lo que no se anticipaban a un nuevo brote y, en tal caso, solo esperaban a la llegada del invierno. En esta misma línea, la irrupción de los calores veraniegos se temía por el aumento de los estragos[22]. Por esta razón muchas veces se diferenciaba a los cristianos, griegos o judíos residentes de los musulmanes. Un ejemplo de este tipo lo encontramos, entre otros muchos, en septiembre de 1759. Los católicos de Esmirna, que se cuidaban del contagio, no contribuían «a la secta mahometana»[23].

La peste promovió grandes daños en Constantinopla a mediados de marzo de 1765. La calamidad reinaba en todos los barrios de la ciudad, incluso en el de los ministros extranjeros. En la casa del embajador de Francia, después de los síntomas padecidos por mozos y cocheros, se encerraron. El *Mercurio* sentenció que la época dorada del Imperio otomano había pasado y que ahora imperaban la barbarie y la predilección hacia la tiranía. Sin héroes al cargo del Gobierno y con un sistema de conquista obsoleto, la política interna se reducía a evitar estallidos sociales[24]. En verano se dijo directamente que «el mahometismo apaga aquellos espíritus que mueven a los europeos a mirar por su libertad» y que «el pueblo es un animal muy feroz y peligroso cuando se desboca»[25]. Aquí queremos apuntar algo muy importante. Si nos fijamos bien todas las noticias otomanas se escribieron desde un prisma peyorativo, a diferencia de las del Mediterráneo occidental. La composición gramatical de las oraciones es muy nítida. Vamos a contraponer varios ejemplos: si en Constantinopla la peste lastraba el comercio, en los puertos italianos se hacían cierres para que la actividad mercantil continuara con cierta normalidad; si los movimientos de las tropas extendían el contagio por las fronteras otomanas, en las austriacas se instalaban cordones sanitarios para que no sucediera lo mismo; si el Gran Visir, sujeto a los arbitrios de las conspiraciones y de los descontentos populares, era incapaz de mantener el orden, alterado por el hambre y los impuestos, los Estados cristianos estimulaban nuevas técnicas, tecnologías o empleos con los que incentivar la riqueza.

Desde mayo de 1766 «atendemos a los sollozos y sobresaltos que excitan Turquía». El Imperio estaba sacudido por alborotos, incendios, revueltas y peste, lo que la redacción del *Mercurio* comparó con los últimos emperadores romanos. Para colmo se dio prueba de la inhumanidad de los otomanos con el naufragio de la fragata cristiana *La Modesta*, cuyos tripulantes murieron ahogados en los puertos argelinos por el tardío rescate[26]. El *Mercurio* de agosto de 1783 explicitó que «los turcos están atrasados». Si bien es cierto que se refería a la hora de luchar, moverse y acampar, todo artículo de Constantinopla era un indicio del retraso de

22. BNE, HD, *MHP*, CXII, 5-1754, pp. 4-8.
23. BNE, HD, *MHP*, CLXI, 9-1759, p. 104.
24. BNE, HD, *MHP*, CLXVIII, 5-1765, pp. 3-17.
25. BNE, HD, *MHP*, CLXVIII, 7-1765, p. 182.
26. BNE, HD, *MHP*, CLXXXI, 5-1766, p. 5; CLXXXII, 10-1766, p. 111; 11-1766, pp. 205-206; 12-1766, pp. 312-313.

la civilización otomana, en la medida en que deberían «asimilarse a lo europeo». En estos momentos la peste hacía mucho percance en las riberas septentrionales del mar Negro, incentivado por los preparativos para la próxima campaña contra Rusia[27]. La cabecera acusó a los ulemas en septiembre como los grandes responsables de las calamidades del Imperio al asociar la guerra con el dogma. Incluso, la peste llenó de muertos y moribundos las calles. En estas circunstancias los mahometanos, «imbuidos de su predeterminación absoluta, miran con indiferencia este espectáculo, sin tomar ningún remedio ni precaución contra el mal», y se burlaban del cuidado que tenían los cristianos de no tocar a los apestados[28]. El *Mercurio* fue mucho más directo en el tomo de octubre: el pueblo deseaba progresar, pero los ulemas y la propia religión lo impedían porque

> El Islam nace en los desiertos de Arabia de gente que vagueaba por arenales […]. Hacen consistir la perfección en un estado completamente opuesto al verdadero objeto de la sociedad. Mahoma había querido formar un pueblo exterminador o conquistador […]. Al presente empiezan a brotar ideas más sanas; el Muftí fulmina; los imanes gimen; los *derviches* declaman; pero el pueblo se va despojando poco a poco de su antigua barbarie[29].

En mayo de 1785 se dijo que este problema era histórico, por lo que difícilmente se corregiría «una multitud de abusos introducidos desde largo tiempo»[30]. En verano la peste azotó Esmirna y las islas del Archipiélago –Grecia– como consecuencia de los rigores del calor. El periódico explicó la ignorancia de los musulmanes al culpar a este fenómeno térmico de las calamidades de la enfermedad. La principal razón que adujo fue la prohibición de la lectura entre los islámicos porque la escritura contravenía el dogma, pues la única interacción social válida era aquella emanada desde los poderes y la religión[31]. El ejemplo más recurrente fue el de la fiesta del Bayram o pascua turca. En diciembre se imprimió algo inédito hasta entonces. La Puerta intentó edificar frustradamente lazaretos en Esmirna, Morea, Pireo, Alejandría y las islas del Archipiélago. Además, cada uno de ellos contaría con un médico europeo y varias lavanderas; aparte de un régimen de quince días de incomunicación para las personas y de veinticinco para las mercancías. Pero este avance chocó con la ortodoxia mahometana[32], por lo que no es de extrañar que meses después hablara de cómo la peste acarreaba el «espectáculo más triste y doloroso» ante un «populacho bárbaro y turbulento»[33]. Un tema que

27. BNE, HD, *MHP*, II, 8-1783, pp. 298-299.
28. BNE, HD, *MHP*, III, 9-1783, pp. 5-12.
29. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1783, pp. 103-104.
30. BNE, HD, *Mercurio de España* (en adelante: *ME*), II, 5-1785, p. 3.
31. BNE, HD, *ME*, III, 10-1785, pp. 96-99.
32. BNE, HD, *ME*, III, 12-1785, pp. 309-310.
33. BNE, HD, *ME*, III, 9-1786, pp. 4 y 12.

se retomó con motivo del contagio de algunos soldados en febrero de 1796. La novedad sintetizó muy bien la trayectoria de la peste y las creencias:

> Se había tratado de establecer una cuarentena, como en todos los países civilizados, pero los ulemas se han opuesto alegando el dogma de la predestinación. Se espera, sin embargo, que la firmeza del Gran Señor vencerá esta bárbara oposición[34].

### 3.2. Peste e inestabilidad política

En abril de 1805 las *Efemérides de España* catalogaron la peste como «el mayor de los males que pueden sobrevenir a un reino» porque podía arruinar a una potencia de primer orden[35]. En el *Mercurio* esta idea se manifestó en casi todos los artículos de Constantinopla. La inestabilidad política se retroalimentaba con la enfermedad. La peste sacudió los arrabales de Pera y Galata o el Serrallo a finales de 1756, al tiempo que el Gran Tesorero del Imperio perdía su puesto y el pueblo exigía la destitución del Gran Visir por sus desfases e ineptitud[36]. En 1758 ocurrió lo mismo con el Aga de los jenízaros y el Tesorero. Por otra parte, la pomposa celebración del matrimonio del Gran Visir con una de las hermanas del Gran Señor no le granjeó precisamente la estima del pueblo, obligado a permanecer en la ciudad, diezmado por la peste y sin tomar precauciones frente a ella en un momento en el que todos los ministros extranjeros se retiraron al campo[37].

Un brote de peste se reavivó en los últimos días del invierno de 1759, el cual mató a muchas personas. Sin embargo, el Gobierno no le prestó atención a esta realidad, pues sofocó la conspiración del jefe de los eunucos blancos[38]. El papel periódico testimonió otro inconveniente permanente en el interior del Imperio otomano a finales de 1760. A saber: el constante levantamiento de provincias como Junina, Damasco o Iconia[39]. El *Mercurio* demostró con estos contenidos una clara brecha entre los dos sectores más alejados de la sociedad, cada uno preocupado por sus intereses y supervivencia, con unas características muy desiguales entre sí. En el Mediterráneo occidental encontramos la imagen opuesta: unas autoridades volcadas al servicio del bienestar de los súbditos. Por ello toda oportunidad de magnificencia era aprovechada con creces para ocultar la verdadera cara del mundo otomano. Un caso significativo lo tenemos con la llegada el día 27 de julio de 1762 del barón Penckler, internuncio de la Corte de Viena, con regalos, desfiles y una gran ostentación. Pero la otra versión la representaron

34. BNE, HD, *ME*, I, 2-1796, pp. 77-78.
35. BNE, HD, *Efemérides de España*, n.º 38, 05/04/1805, pp. 20-24.
36. BNE, HD, *MHP*, CXLII, 11-1756, pp. 3-5.
37. BNE, HD, *MHP*, CLXII, 6-1758, pp. 3-8; CLXIII, 7-1758, pp. 3-4; CLXVII, 11-1758, p. 3.
38. BNE, HD, *MHP*, CLIX, 4-1759, pp. 289-291.
39. BNE, HD, *MHP*, CLXIV, 11-1760, pp. 212-215.

las ciudades de Alejandreta, Adana, Alepo, Brussa, Nissa y Belgrado que, junto a algunas barriadas de Constantinopla, estaban infestadas de peste[40].

El periódico reconoció en marzo de 1764 la labor del Gran Visir Mustafá Baxa, gobernador de Alepo, al indicar que las ausencias de incendios y peste «se atribuye[n] a su cuidado». No obstante, la peste apareció con mucha virulencia en verano. En la capital la infección llegó hasta la casa del embajador de Francia, que se marchó al campo; y en Esmirna asoló el barrio de los armenios[41]. En 1765-1766 tenemos una acumulación de todas estas circunstancias con la revolución de Musun Oglow en Morea, las intrigas de los eunucos, la fiesta de Al-Maulid –cumpleaños de Mahoma–, la entrega de regalos a los jenízaros para mantenerlos contentos, la «ilusión» de los encuentros diplomáticos y la peste[42]. Inclusive, la inestabilidad política del Imperio se acrecentó por los muchos acontecimientos que sobrevinieron en el verano de 1767. La peste originó grandes perjuicios, «como un terrible azote», por todos los distritos de Constantinopla. Así, el Gran Señor y su familia se trasladaron al Serrallo, en plena coyuntura diplomática con Rusia[43]; y la guerra estalló en 1768 como consecuencia de las pretensiones comerciales de Rusia en el mar Negro y su deseo de controlar el sur de Ucrania.

El estado de la Puerta era caótico en plena liza. «La peste continúa sus terribles estragos en esta ciudad» y las autoridades, extranjeras o no, se alejaron al campo. Pero antes de ello estipularon la orden de que cada familia enterrase a sus muertos y, en caso de no quedar miembros, el vecino más próximo. El Diván, lejos de encargarse de esto, negoció con Viena, Petersburgo y Berlín porque el pueblo deseaba la paz ante la carestía general de víveres y la enorme inversión en el sistema de baterías del mar Negro[44]. El *Mercurio* polarizó todavía más a los dos planos sociales de Constantinopla con una sociedad lastrada a sobrevivir con todo tipo de penurias y males; y un Gobierno encargado de mantener las fronteras y el orden interno, sin conseguir ni lo uno ni lo otro, pues el conflicto prosiguió sin los resultados esperados durante los siguientes años, asunto que tratamos en el apartado de «peste y guerra».

La cabecera reconoció en abril de 1780 que «las leyes concernientes al buen orden y la tranquilidad pública empiezan a ser reconocidas y respetadas en esta capital». El *Mercurio* fue muy hábil en este momento porque mencionó que la peste suscitó auténticos horrores en el arrabal de Galata, donde los diplomáticos extranjeros se confinaron en sus casas. Así reconocía el desdén de las autoridades otomanas por el pueblo y su primacía por la conservación del poder. Para ello el Gran Visir conformó una policía secreta para perseguir a los malcontentos y

40. BNE, HD, *MHP*, CLXX, 9-1762, pp. 3-4; 10-1762, p. 113.
41. BNE, HD, *MHP*, CLXXIV, 3-1764, pp. 20-21; CLXXV, 8-1764, pp. 289-290.
42. BNE, HD, *MHP*, CLXXVII, 6-1765, pp. 97-106; CLXXIX, 10-1765, pp. 95-98; 11-1765, pp. 205-210; CLXXXI, 5-1766, pp. 3-5.
43. BNE, HD, *MHP*, CLXXXV, 9-1767, pp. 4-7; 10-1767, pp. 89-91.
44. BNE, HD, *MHP*, CCVI, 8-1771, p. 254; CCVII, 11-1771, pp. 271-276.

apresarlos antes de que interviniesen[45]. Pese a que la peste atacase asimétricamente a las poblaciones otomanas de todo el Imperio, la primera preocupación del Gran Visir en 1783 era mantener el orden de las provincias limítrofes[46]. El periódico imprimió el mismo discurso en el verano de 1784 y, en suma, prestó bastante atención a la ceremonia del matrimonio entre la Sultana y el Gran Señor, a pesar de que la peste transformara «en un desierto» ciudades como Esmirna –con 15.000 muertos semanales– y Constantinopla o las islas del Archipiélago. La demarcación de los límites fronterizos con Austria se posicionó como otro tema recurrente en este contexto[47].

Rusia exigió la cesión completa de Crimea en 1785. Pero en el Imperio estaban satisfechos tras el regreso del Capitán Baxa por su expedición en el Archipiélago. Aunque parte de la tripulación tuviera peste, el militar entró con todos los honores en la capital. Esta es otra idea que debemos remarcar: la negativa de controlar la enfermedad hasta el punto de que convivir con gente infectada fue normal. El *Mercurio* reflexionó sobre por qué la inestabilidad política del Imperio otomano era una «verdad confirmada por la historia». La respuesta se basó en la ausencia de un poder fuerte en torno al soberano. Las fiestas del Ramadán y el Bayram no ocultaron la tensión que supuso el pacto entre rusos, austriacos y venecianos al abrir el Mediterráneo como un nuevo frente. Por lo tanto, la Puerta reforzó las fronteras, aunque la peste representara «el espectáculo más triste y doloroso» en 1786. La guerra estalló en 1787 por las pretensiones otomanas de recuperar los territorios cedidos en la anterior. La coyuntura llevó a que «en esta capital se guarda el más profundo silencio sobre los negocios políticos del Imperio»[48].

Los siguientes tomos del *Mercurio* se volcaron prácticamente en cubrir la guerra y la conflictividad social. Después del conflicto se repitieron los mismos dramas hasta que en 1798 se dijo que «jamás se ha hallado el Imperio Otomano en una situación tan crítica como la presente». La inestabilidad política era latente por la rebelión de Passewan-Oglow, la invasión francesa de Egipto, las mudanzas de los ministerios, el descontento de los jenízaros, las revueltas provinciales, las insurrecciones griegas y la peste. Esto desencadenó que las autoridades solicitaran ayuda a Pablo I y se preguntaran «¿con qué pagaremos a la Rusia tantos servicios?». La indemnización era –previsiblemente– la Turquía europea[49]. Ante este problema –estructural– el periódico concluía:

45. BNE, HD, *ME*, I, 4-1780, p. 331; III, 10-1780, pp. 205-206.

46. BNE, HD, *ME*, I, 3-1783, pp. 183-186; 4-1783, pp. 279-282.

47. BNE, HD, *ME*, II, 6-1784, pp. 101-104; 7-1784, pp. 195-199; 8-1784, pp. 301-309; III, 10-1784, pp. 94-97.

48. BNE, HD, *ME*, I, 1-1785, pp. 29-32; III, 9-1785, pp. 3-7; 10-1785, pp. 97-101; 12-1785, pp. 301-302; III, 9-1786, p. 12; II, 8-1787, p. 261.

49. BNE, HD, *ME*, III, 11-1798, pp. 219-227; I, 1-1799, p. 11. Según Bunes Ibarra (2015: 193), significó la penetración del mundo europeo en Oriente como parte de un nuevo equilibrio en el tablero continental europeo.

> La puerta que por su inconsideración se ha puesto a merced de sus mayores enemigos naturales, no tiene ya otro recurso que abandonarse ciegamente a los consejos de las tres poderosas potencias cristianas, con quienes hace causa común contra los franceses[50].

### 3.3. Peste y coyunturas económicas

Las coyunturas económicas adoptaron muchas formas en el Imperio otomano. La carestía de víveres, la subida de los precios y la presión fiscal conformaron el triunvirato que más mermó a los grupos urbanos. La peste agudizó todos estos factores y contribuyó a empeorar otros. La escasez de mano de obra fue notoria en las producciones agrícola y manufacturera porque mucha gente, contaminada o muerta, no acudía a su trabajo. La enfermedad también impidió el normal funcionamiento de los mercados diarios ante la ausencia de personas y mercancías; y la circulación de la moneda se volvió residual, y más cuando su valor nominal era devaluado. Entonces la principal preocupación de los habitantes consistía en acceder a comestibles con los que subsistir, lo que muchas veces suponía toparse con los monopolizadores. La percepción del *Mercurio* presentó el desabastecimiento como una circunstancia habitual porque el mercado interior estaba muy mal articulado ante la falta de materias que intercambiar, comerciantes o infraestructuras; al igual que por la actividad de los saqueadores y la inestabilidad social de las provincias. El comercio con los Estados italianos era casi inexistente por la piratería berberisca, la cual tampoco reportaba alimentos. Por eso el Gobierno recurrió a expropiar la comida de los territorios más alejados de la capital, cuya consecuencia lógica eran los estallidos de subsistencia.

Constantinopla sufrió una profunda carestía en 1758 porque los cereales desaparecieron de los almacenes después del Ramadán y sus precios se dispararon. Esto provocó que el Gobierno embargara todos los navíos del mar Negro; como los cristianos en las costas esmírneas. Esta crisis coincidió con un brote de peste que encerró a los comerciantes en sus casas. La enfermedad diezmó a los arrabales de Pera y Galata, y en Esmirna morían diariamente ochenta personas[51]. Por otra parte, el *Mercurio* mostró las tretas de algunos comerciantes en 1759. Tenemos ejemplos de panaderos que despachaban panes por encima del peso estipulado, particulares que vendían café sin permiso o mercaderes extranjeros que escondían fardos para pagar menos derechos[52]; y el Aga ejecutó al Tesorero de los jenízaros por fabricar monedas falsas en el verano de 1761[53]. La cabecera reseñó en 1762 que el Imperio no podía funcionar por cuatro razones: muchos musulmanes se

50. BNE, HD, *ME*, II, 8-1799, p. 345.
51. BNE, HD, *MHP*, CLXIV, 8-1758, pp. 3-4; CLXV, 9-1758, pp. 3-4; CLXVIII, 12-1758, pp. 3-4.
52. BNE, HD, *MHP*, CLIX, 2-1759, pp. 100-101; CLXI, 10-1759, p. 102; 11-1759, pp. 202-203.
53. BNE, HD, *MHP*, CLXVI, 7-1761, pp. 197-198.

hacían pasar por extranjeros para no pagar el impuesto personal; la escasa recaudación de las provincias por las sediciones de los beyes; los abusos de los jenízaros con las poblaciones; y la peste[54]. También aparecieron referencias más específicas como la crisis sedera de Esmirna en 1766 o la laxitud de los rusos a la entrada de barcos europeos con víveres ante la hambruna general que padecían las provincias otomanas en 1771[55].

Esta tesitura se cronificó para los habitantes del Imperio. La población se vio aliviada con la llegada de provisiones entre finales de 1772 y principios de 1773. Las cargas más importantes procedieron del Archipiélago y Asia Menor, con barcos que traían cincuenta mil quillotes de trigo. Sin embargo, la peste hacía «cada vez más estragos en esta capital, sin hallarse remedio que la palie»[56]. Además, la Puerta permaneció en guerra contra los rusos hasta 1774. La derrota otomana supuso una fase inédita en la historia del Imperio. La tensión política era notable en el Diván y las intrigas se sucedieron en la Corte del Gran Visir, mientras que el descontento entre los ministros y los jenízaros causaba problemas. Sin embargo, la posición del pueblo otomano se volvió desesperada en 1778-1780. Los mercaderes no fondeaban sus barcos porque el agua del mar Negro había bajado de nivel; Siria se hallaba asolada por el hambre; los mercados no contaban ni con la mitad del grano necesario para abastecer a la capital; la langosta devoró las viñas, granos y pastos; los precios se mantenían al alza por culpa de los monopolizadores; y la peste castigó severamente a los barrios más humildes[57].

El Gran Visir se comprometió a organizar un gran mercado cruzado entre musulmanes y cristianos en el interior del Imperio, pues la guerra europea había encarecido los productos occidentales y quebrado el comercio inglés en 1780. La idea era establecer la libre navegación en el Mediterráneo, eliminar a los corsarios berberiscos, instalar factorías extranjeras y potenciar los contactos ingleses de Egipto con la India. Pero este proyecto se topó con la realidad. La escasez de carne y el aumento de los precios desataron un profundo malestar en la población. Por lo tanto, el Gran Visir reguló las ventas, hecho que enfureció a los comerciantes, que tampoco querían sacrificar a todos sus carneros. En suma, la moneda otomana perdió un 12 % de su valor por la poca circulación de metales preciosos que había a finales de año; y la virulencia de la peste se recrudeció por los calores estivales. Por ejemplo, la ciudad de Adriánopolis perdió a 80.000 habitantes[58]. Por otra parte, el 21

54. BNE, HD, *MHP*, CLXVIII, 2-1762, pp. 111-113; CLXX, 11-1762, pp. 226-227; 12-1762, pp. 335-336.

55. BNE, HD, *MHP*, CLXXXII, 12-1766, p. 312; CCVI, 8-1771, p. 249.

56. BNE, HD, *MHP*, III, 12-1772, pp. 284-285; II, 5-1773, p. 5.

57. BNE, HD, *MHP*, II, 7-1778, pp. 206-208; III, 9-1779, p. 5; 12-1779, pp. 336-339.

58. BNE, HD, *MHP*, I, 2-1780, pp. 131-139; II, 7-1780, pp. 233-238; 8-1780, pp. 338-341; I, 1-1781, pp. 25-26. Según Extremera Extremera (2020: 157-178), la unificación del mercado interior era uno de los grandes objetivos del Imperio otomano. La producción a pequeña escala, enfocada en la vida cotidiana, hacía que las manufacturas fueran generalmente baratas y de calidad.

de junio de 1783 se reconoció la libertad de comercio para las embarcaciones rusas en los dominios otomanos; al igual que un derecho al 3 % en todas las mercancías y el permiso para instalar casas de comercio. Esto trajo consigo dos problemas: el primero era que la Puerta ya no podía conceder privilegios a otras potencias; y el segundo que el mercado otomano se plegaba a los intereses rusos[59].

Las condiciones del Imperio otomano no mejoraron en los siguientes años. El de 1786 terminó siendo límite por la revuelta del Bey de Egipto. Esta provincia era el núcleo del comercio otomano y estaba infestada de peste, como la de Siria[60]. El contagio continuaba en estas zonas en el verano de 1787 y «la agricultura se halla enteramente abandonada, y el pueblo no ve más alternativa que la de ser víctima de la peste o perecer de hambre»[61]. El periódico afirmó que el comercio estaba aniquilado en 1791, y que las provincias otomanas eran un desierto. Las ciudades de Esmirna, Salónica y El Cairo pasaron los mayores tormentos a causa del azote de la peste, el hambre y el bandolerismo en la caravana de La Meca[62]. Esto orientó a que el Gobierno otomano se planteara liberalizar el comercio de vino y aguardiente en 1792[63]. La cabecera dijo, en junio de 1795, que Constantinopla «presenta un triste aspecto con motivo de la extrema carestía de víveres que aflige a la ciudad y a las provincias cercanas». La carne era escasa y de mala calidad, el pan muy caro y la peste eliminó a los más desnutridos[64]. Finalmente, la invasión napoleónica aceleró el proceso de descomposición económica del Imperio otomano entre 1798-1801. El *Mercurio* mostró a una sociedad fracturada, anárquica, hambrienta y extremadamente violenta.

### 3.4. Peste y conflictividad social

La conflictividad social en el Imperio otomano se dividió en varios tipos. El pueblo se amotinaba contra el poder –generalmente el Gran Visir– ante una coyuntura económica; los ministros eran objeto de conspiración cuando sus decisiones políticas o religiosas contravenían la tradición; la convivencia entre musulmanes, griegos, cristianos o cismáticos a veces era complicada y suscitaba peleas entre ellos; la volatilidad de los jenízaros era un problema frecuente y preocupante, puesto que estos militares se levantaban furiosamente –quemando la ciudad o saqueándola– cuando desde las altas instancias trataban de controlar su influencia;

59. BNE, HD, *MHP*, II, 8-1783, pp. 293-299. Bunes Ibarra (2015: 266) sostiene que el control de los derechos aduaneros de los puertos de cada gobernación era crucial para salvaguardar la hacienda otomana.
60. BNE, HD, *ME*, III, 11-1786, pp. 187-196.
61. BNE, HD, *ME*, II, 8-1787, p. 269.
62. BNE, HD, *ME*, II, 8-1791, pp. 278-281.
63. BNE, HD, *ME*, II, 8-1792, pp. 247-248.
64. BNE, HD, *ME*, II, 6-1795, p. 123.

y las rebeliones de los beyes sediciosos en las provincias otomanas también resultaron un serio problema. El *Mercurio* entendió que estos males eran inherentes a la composición y características de la Puerta. La peste fue la última variante que desestabilizó un modelo civilizatorio condenado al fracaso.

Los ánimos del pueblo estaban agitados en 1756, cuando los jenízaros fomentaron un motín que acabó con 25.000 casas incendiadas en la capital; momento en el que la peste seguía haciendo estragos. Tampoco fue de ayuda que el Gran Visir prohibiera a los griegos armenios vestir telas de precio moderado, consigna que se saltaron sistemáticamente[65]. Los musulmanes no mostraron ningún tipo de alegría por el cese del contagio en el verano de 1759, ya que volcaron sus frustraciones contra los matrimonios mixtos[66]. Los problemas se concentraron en las ciudades de Adrianópolis y El Cairo en 1768. En la primera las autoridades y los cristianos de San Antonio se enfrentaron por la construcción de varios templos; y en la segunda los súbditos se alzaron contra los recaudadores por el aumento de los impuestos. Sin embargo, nada se hizo en la capital, detenida por el efecto de la peste[67]. La siguiente noticia más destacada se imprimió años después, en octubre de 1769. Los habitantes de Constantinopla, en plena campaña contra los rusos, ola de calor, brote de peste, carestía e inflación, ajusticiaron al Gran Visir «por traidor al Imperio y a la Religión»[68]. Las penurias de la guerra llevaron a las tropas otomanas a saquear las casas de los extranjeros en el arrabal de Pera; al tiempo que los soldados de Macedonia se insubordinaron con tal de no ir al frente a finales de 1770[69]. En los tomos siguientes el *Mercurio* se concentró en los temas militares y económicos.

Por eso es necesario saltar hasta principios de 1780, cuando el Capitán Baxa reprimió varias revueltas griegas en Morea y Canea. Esta era la mayor preocupación de las altas esferas políticas en la capital, pero los residentes estaban inquietos por los rumores sobre los amagos de la peste en el arrabal de Galata. El colmo llegó en los días finales de la fiesta del Bayram cuando varias compañías de jenízaros se enfrentaron hasta la intervención del Aga. Además, el invierno fue menos riguroso y el azote no se extinguió[70]. La realidad del Imperio otomano se tensó todavía más en 1781. Las turbaciones de Egipto se recrudecieron tras la sedición del último Bey, a la postre de que la peste mató a 40.000 personas; los griegos cismáticos trasmitieron una intolerancia contra los latinos; y parte de los

65. BNE, HD, *MHP*, CXL, 9-1756, pp. 3-5; CLI, 8-1757, pp. 3-5. Extremera Extremera (2020: 280) incidió en la importancia de estas disposiciones con las que se querían generar códigos de vestimenta que marcaran la condición y la función de las personas.
66. BNE, HD, *MHP*, CLXI, 11-1759, pp. 201-203.
67. BNE, HD, *MHP*, CLXV, 1-1761, pp. 6-7; CLXVII, 12-1761, p. 364.
68. BNE, HD, *MHP*, CCI, 10-1769, pp. 82-84.
69. BNE, HD, *MHP*, CCV, 3-1771, pp. 196-199.
70. BNE, HD, *MHP*, I, 4-1780, pp. 333-334; II, 5-1780, pp. 411 y 415; III, 12-1780, pp. 279-282.

vecinos de Morea se posicionaron en favor de los rusos[71]. El contagio de las sublevaciones estalló entonces entre los drusos, albaneses, montenegrinos y chipriotas. En suma, las provincias levantinas del Imperio sufrieron un brote de peste y una plaga de langostas[72].

La cosa no iba mucho mejor en 1785: los piratas lesgieros –pueblo del monte Cáucaso– saquearon Georgia; muchos musulmanes abandonaron la fe en la Croacia húngara y austriaca; los caminos de la Romelia se convirtieron en una guarida de bandidos; y la peste arrasó el arrabal de Galata[73]. Aparte, el tomo de noviembre de 1786 anexó la expedición del Capitán Baxa, fechada el 14 de agosto, contra los beyes refractarios de Egipto. Por otra parte, los gobernadores de Albania y Dalmacia se rebelaron contra la capital –donde reinaba la peste– y ordenaron a las tropas rapiñar a las poblaciones[74]. De otro lado, el asunto de los beyes sediciosos de Egipto prosiguió en 1787. El tomo de junio confirmó que estos fueron derrotados definitivamente en la villa de Girgi, lo que desmintió el de agosto, diciendo que el Capitán Baxa luchó contra ellos otra vez en Alejandría[75]. Empero, la guerra lo empeoró todo en el verano de 1788, cuando Constantinopla albergó 60.000 tropas indisciplinadas que saquearon la ciudad durante meses. Incluso, la peste desoló la capital y las provincias de alrededor; y una familia entera de artesanos franceses falleció en el arrabal de Pera, ya que «este azote parece que descarga este año mucho más sobre los extranjeros que sobre los turcos»[76].

Las negociaciones de paz entre Rusia y la Puerta se rompieron en la primavera de 1791. Esto provocó que los habitantes de Constantinopla, cansados de la guerra, desvalijaran e incendiaran la ciudad. El estado del Imperio otomano era grave. Los Baxas de Diarbeck, Damasco, Acre y Alepo se amotinaron contra la Puerta; encima la tensión alcanzó tal punto que el Gran Señor prohibió que los musulmanes insultaran a los cristianos, lo que ocasionó la sublevación de los jenízaros en algunas ciudades como Belgrado; y la peste arrasó las de Morea, El Cairo, Esmirna, Salónica y Constantinopla. El contagio se achacó a la constante violencia que se vivía en las calles otomanas[77]. El *Mercurio* corroboró que los tumultos eran una prueba manifiesta de la debilidad de la Corte mahometana. Por ejemplo, las provincias asiáticas se alzaron también en 1793; y las últimas cartas de Egipto hacían «un retrato de los más lúgubres» por la presencia de la peste, donde murieron 6000 personas y 1/5 del total de la capital. Además, «el Nilo no ha hecho su inundación regular y no hay esperanza de ninguna cosecha», algo que contrastaba con la prosperidad del Imperio romano[78]. Los Baxas

71. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1781, pp. 117-122.
72. BNE, HD, *ME*, II, 8-1784, pp. 301-309.
73. BNE, HD, *ME*, I, 1-1785, pp. 29-36; 3-1785, pp. 184-185.
74. BNE, HD, *ME*, III, 11-1786, pp. 183-190; 12-1786, pp. 293-301.
75. BNE, HD, *ME*, II, 6-1787, pp. 89-91; 8-1787, pp. 262-263.
76. BNE, HD, *ME*, II, 7-1788, pp. 167-172.
77. BNE, HD, *ME*, II, 8-1791, pp. 276-281; III, 9-1791, pp. 5-6; 12-1791, pp. 291-294.
78. BNE, HD, *ME*, I, 3-1792, pp. 181-183.

de Scutari o Belgrado se sublevaron entre 1793-1797, cuando surgieron cuadrillas en el interior de las provincias y la peste reinaba desde Constantinopla hasta Serbia[79].

Sin embargo, el rebelde Passewan-Oglow –que viajó desde Alejandría hasta el Danubio– y Napoleón Bonaparte –que invadió Egipto– marcaron un punto de no retorno en el Imperio otomano. El siglo XIX concentró todos estos tipos de conflictividad en una violencia extrema. Así, el Gobierno otomano fue incapaz de detener los progresos de la peste y mucho menos de «socorrer a los infelices contagiados»[80].

### 3.5. Peste y guerra

El Imperio otomano sufrió dos conflictos bélicos contra Rusia y Austria en la segunda mitad del siglo XVIII. La primera guerra, entre 1768-1774, se inició por los deseos expansionistas de Rusia en el mar Negro. La segunda, durante 1787-1792, fue un intento frustrado de los otomanos por recuperar los territorios perdidos. Esto se convirtió en el último factor de una civilización que parecía al borde del colapso; y donde la peste siguió siendo ese agente biológico que erosionó lentamente las estructuras de Constantinopla.

El *Mercurio* realizó un seguimiento bastante concienzudo de la lucha desde las tensiones iniciales, fechadas en 1764. La contienda consistió al principio en un intercambio de golpes favorables al estandarte de la media luna. El grueso de las operaciones empezó en el otoño de 1769, cuando los rusos se lanzaron a la conquista de Ochákov, una fortaleza ubicada estratégicamente en la desembocadura del río Dniéper, al sur de Ucrania. La lid se pausó por la incidencia de la peste y la rigurosidad del invierno. La siguiente empresa se preparó en la primavera de 1770, momento en el que el calor regresó acompañado de la peste. Los otomanos se centraron en defender la frontera del Danubio y restablecer el control de Morea, donde los rusos instigaron una revuelta griega[81].

El primer punto de no retorno llegó con la derrota naval de Çeşme, en julio. Los rusos avanzaron posiciones y los turcos resistieron en Valaquia durante 1771. Sin embargo, los primeros penetraron por Crimea y hostigaron a las islas griegas. Aunque la guerra se estancó sin más acciones decisivas después del verano, la suerte estaba echada para los otomanos porque los rusos tenían acceso al mar Negro en Sebastopol o Yalta, desde donde podían navegar hasta Constantinopla, en la otra orilla. El caos se desencadenó en la capital otomana, interrumpida por

79. BNE, HD, *ME*, I, 2-1794, pp. 172-174; I, 4-1795, p. 328; I, 2-1798, pp. 92-95.
80. BNE, HD, *ME*, I, 4-1798, pp. 291-295; II, 5-1798, pp. 3-8; I, 1-1799, pp. 3-11.
81. BNE, HD, *MHP*, CCI, 11-1769, pp. 165-167; CCIII, 5-1770, pp. 3-5.

la peste, y con el Diván obcecado en preparar un ilusorio sistema de baterías para defender el mar Negro[82].

La realidad se impuso al final y los osmanlíes se vieron abocados a unas negociaciones muy desiguales. El Congreso de Fockzani se abrió en verano de 1772, pero la paz se demoró dos años más porque los turcos no cedían ante las exigencias compensatorias de los rusos. Las conversaciones se rompieron en Bucarest y los musulmanes iniciaron una maniobra en el Danubio. No obstante, los moscovitas dieron el golpe definitivo sobre el mar Negro y Dardanelos. Además, la peste «destruyó» en este tiempo las ciudades del Imperio, en concreto, la de Bagdad, donde 240.000 muertos sembraron los campos y se amontonaron en las casas. La paz se firmó el 21 de julio de 1774 y el Imperio otomano reconoció la victoria rusa con la concesión de Moldavia y Valaquia, fijándose la frontera en el río Dniéper. En suma, Catalina II accedió comercialmente al mar Negro y Crimea se transformó en una península independiente[83].

El origen de la siguiente guerra se fraguó paulatinamente desde entonces. El sentimiento de revanchismo se reavivó enseguida con la concentración de tropas y suministros en las fronteras por parte de ambas potencias. Los contactos diplomáticos se sucedieron en un juego de tensión-distensión política, pues la península de Crimea se hallaba en una guerra civil y se rumoreaba que los rusos iban a anexionársela, proceso que se completó en la primavera de 1783. El *Mercurio* declaró que no se sabía si iba a haber guerra, pero sostuvo que los otomanos se defenderían con tal de no perder más territorios, y les desaconsejaba una pelea abierta por su «falta de disciplina y absoluta ignorancia de la táctica militar»[84]. Esta presión persistió hasta el verano de 1787, cuando Catalina II estableció un protectorado en Georgia y envío un cónsul ruso a Egipto[85].

Las expediciones otomanas –mal preparadas y peor ejecutadas– se concentraron en Serbia, Transilvania, Georgia, Moldavia y el sur de Ucrania. Las derrotas retrataron a los turcos, quienes se atrincheraron en Valaquia, Bulgaria y Bosnia. El sistema de baterías del mar Negro salió en el peor momento, cuando la armada otomana fracasó estrepitosamente. Los rusos también desbarataron el frente del Danubio, lo que obligó al repliegue de los musulmanes. Para no hablar de la derrota «se han cerrado todas las hostelerías, y se ha prohibido con pena de muerte juntarse en las calles o plazas de la capital». El 21 de mayo de 1791 se inició el Congreso de Szestove y las cortes de España, Nápoles y Francia se postularon como mediadoras. El 9 de agosto se firmó un armisticio que colmó los deseos de

82. BNE, HD, *MHP*, CCIV, 10-1770, pp. 89-90; CCVI, 8-1771, pp. 245-250; CCVII, 9-1771, pp. 3-6; 10-1771, pp. 91-92.

83. BNE, HD, *MHP*, III, 9-1772, pp. 3-6; 10-1772, pp. 103-110; II, 5-1773, pp. 3-9; III, 12-1773, pp. 255-259; II, 5-1775, pp. 3-8.

84. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1783, pp. 97-103.

85. BNE, HD, *ME*, III, 9-1787, pp. 3-11. La clave, como dice Extremera Extremera (2020: 60), estaba en el deseo de Rusia y Austria de repartirse los Balcanes para equilibrar el tablero europeo.

paz del pueblo. El tratado definitivo se rubricó el 9 de enero de 1792 y en él se reconocía la soberanía rusa sobre Crimea y Georgia[86].

El *Mercurio* destacó la supremacía bélica occidental sobre el Imperio otomano. La debilidad estructural del alto mando militar turco era palpable a la hora de organizar y ejecutar las campañas. Las tropas siempre estaban mal abastecidas y pertrechadas, a la postre de ser indisciplinadas y no saber contrarrestar el modelo bélico europeo. La sensación era de absoluta inferioridad. Por eso la peste se concibió como el verdadero enemigo de las fuerzas cristianas en la guerra. La movilidad de las tropas y el intercambio de prisioneros se posicionaron como los principales vectores de contagio, ya que la peste fue la que les impidió avanzar por el interior de las provincias otomanas, obligándoles a replegarse a la retaguardia. Así, la frontera del Danubio marcaba la línea imaginaria entre dos modelos civilizatorios. El desgaste de este agente biológico fue terrible para los occidentales, pues el número de enfermos ascendió hasta cuatrocientos por cada batallón vienés apostado en el río. El conflicto se saldó con 130.000 bajas austriacas y 200.000 rusas y el periódico responsabilizó a la peste como la principal instigadora, tanto por las muertes directas como por debilitar a los soldados que luego morían en el frente. Las tropas de Catalina II ganaron porque tenían una dilatada experiencia de combate en estas tierras, sabían cómo organizarse y, ante todo, atacaron a los puntos flacos del Imperio otomano. No obstante, el *Mercurio* perfiló una realidad que se cumplió el 21 de mayo de 1799, cuando Napoleón Bonaparte levantó el sitio de San Juan de Acre por la cantidad de heridos y apestados que había en su ejército, incapaz de continuar con la conquista. Es decir, la naturaleza venció al sistema occidental de guerra en suelo otomano[87].

## 4. Mediterráneo occidental

El escenario de las enfermedades en el Mediterráneo occidental contrastó frontalmente con el sector otomano. El periódico lo diseñó como una oportunidad aprovechada por los Estados europeos para favorecer el progreso humano. Los avances de la medicina traerían la mejora de la salud de las personas y la razón se entendía como el mejor instrumento para controlarlas y erradicarlas. Por ello las noticias de estos artículos plasmaron la predisposición filantrópica de las autoridades por el bien común, en especial para proteger la agricultura y el comercio, entendidos como las actividades de subsistencia de la sociedad. La peste vendría a ser el reflujo que llegaría desde el otro lado del mar, que ya no solo testimoniaba la presencia de dos modelos civilizatorios en las potencias cristiana y musulmana, sino que también manifestaba la preeminencia del primero sobre el segundo. Las

86. BNE, HD, *ME*, II, 5-1788, pp. 3-22; III, 9-1788, pp. 3-8; III, 10-1789, pp. 103-108 y 132-133; I, 2-1791, pp. 83-91; II, 8-1791, pp. 275-280; III, 9-1791, pp. 3-5 y 42; I, 3-1792, pp. 179-180.

87. *Ibidem*. BNE, HD, *ME*, III, 9-1799, pp. 3-4.

novedades del *Mercurio* rezumaron un aura de progreso socioeconómico imparable en una imagen que no era idílica, pero que sí estaba idealizada, y que se adscribió a esa mirada de resolución de problemas de los Estados del Antiguo Régimen. Así, la decadencia de las tradiciones y la desidia de los poderes otomanos se oponían con el uso de cuarentenas y cordones sanitarios o la inoculación de las viruelas. La lectura de esta sección del periódico terminaba de perfilar la superioridad cultural de Occidente.

Esta misma idea de control la encontramos en la *Medicina doméstica* de Jorge Buchan, quien sostenía que lo más relevante era evitar el contacto con los enfermos. Por eso pedía mucha atención en la actividad comercial, donde él consideraba que el mal era más peligroso, esencialmente por el contrabando y la negligencia de los magistrados. En su opinión todo puerto –ventilado y sin porquerías– debería tener un médico autorizado que interviniera en las inspecciones, al igual que un espacio de cuarentena y desinfección. La idea de que la peste no residía ni en el aire ni en la atmósfera se difundió poco a poco, ya que procedería de una materia mortífera que se pegaba entre las personas[88]. Por tanto, algunos periódicos pidieron que las personas enfermas que contagiasen fueran juzgadas por atentar contra la sociedad[89]. Este discurso señaló la responsabilidad del ser humano como parte de la *res publica*, lo que implicaba una actitud correcta en época de epidemia: no visitar a los enfermos, desinfectar todo aquello que procediese de la calle o guardar confinamiento. Algo que contrastaba con la vida del Imperio otomano, donde no se tenía ningún tipo de cuidado. Por lo tanto, el desastre o los mecanismos de resistencia-resiliencia se focalizaron en la acción de las personas que construían el riesgo y las vulnerabilidades del entorno.

Sin embargo, las viruelas –y no la peste– fueron el principal enemigo biológico de las sociedades del Mediterráneo occidental[90]. Este asunto cobró un gran eco periodístico por la polémica en torno a los efectos de la inoculación[91]. Detrás de este debate se escondió toda una campaña propagandística emanada por el Estado para que la gente se sometiera a la operación con la firme creencia de que

88. BNE, HD, *Semanario de Zaragoza*, n.º 223, 04/11/1800, p. 669.

89. BNE, HD, *Correo de Sevilla*, n.º 123, 01/12/1804, p. 141.

90. Buchan (1786: 208-215) nos dice que era la enfermedad más general entre los niños europeos. Por eso la inoculación no podía reservarse a unos pocos y debía formarse a un grupo de operarios para tal tarea. El doctor remarcó el papel de la Iglesia en este proceso por su influencia en el pueblo, pero indicó que antes tenía que superar sus objeciones religiosas, las mismas que imperaban entre los más desfavorecidos. Por otra parte, el médico suizo Tissot (1773: 15-21 y 100-112) añadió el hándicap de las deficiencias alimenticias y de las casas de materiales perecederos perjudicadas por los contrastes térmicos.

91. Encontramos un gran ejemplo de esta realidad en la tesis doctoral de Duro Torrijos (2014). El Protomedicato la rechazó en un primer momento, pero fomentó su práctica en las ciudades y pueblos de España desde 1762. Este tema supuso la renovación de las ciencias médicas por medio de la prensa, espacio que trajo un alud de escritos –hasta 426 referencias– a favor o en contra de la inoculación.

eso mejoraría la salud de las personas y la hacienda del país[92]. De esta manera, el *Mercurio* se ubicó como un portavoz del progreso y de los beneficios de la inoculación de las viruelas como paradigma para ejemplificar la filantropía del Estado y su capacidad para mantener la armonía social. El periódico oficial no incluyó ningún tipo de controversia en sus páginas, pero otros papeles precisaron que la intervención tenía que realizarse por facultativos especializados, de lo contrario podía estallar un brote de viruela entre los inoculados[93]; y otros se opusieron directamente a ella. D. J. J. N. escribió en el *Semanario de Zaragoza* que la inoculación propagaba de forma «artificial» la infección, por lo que la tildaba de «invención de bárbaros que rebasaba los límites de la naturaleza»[94]. No obstante, la labor de la Corte de Madrid consistió en «propagar los medios que pueden contribuir al bien de la humanidad»[95]. Así, el *Mercurio* fue el instrumento político que fomentó unas prácticas e ideas que contrastaron con la imagen del Imperio otomano.

### 4.1. Cuarentenas, cordones sanitarios y progreso

La idea de control prevaleció en todas las novedades del Mediterráneo occidental como la seña de identidad por la que se distinguían a sus Estados, encargados de favorecer las actividades agrícola y comercial. Las enfermedades poseían la facilidad de romper el discurrir cotidiano, razón por la que había que detenerlas con cuarentenas y cordones sanitarios. El comercio se coronó como el medio de contagio por excelencia gracias a los barcos que procedían o regresaban de los puertos otomanos, por lo que la entrega de certificados de sanidad y el paso por los lazaretos eran habituales en este contexto. De este modo, las autoridades siempre actuaban en proporción a la gravedad de la epidemia, exigiendo el riguroso cumplimiento de la ley. Un caso muy común residió en el envío de tropas a las fronteras –generalmente el Danubio en los Balcanes– para impedir el paso de emigrantes o mercancías. El objetivo del *Mercurio* era proyectar la imagen de una mejora perenne en las condiciones sociosanitarias de las urbes gracias a la labor de los gobernantes, lo que permitía el bienestar de sus habitantes.

El magistrado de Sanidad de Nápoles instauró un bloqueo para los barcos que arribaran de Albania en 1756[96]. Lo mismo ocurrió con todo el Levante en la

92. Campomanes (1774) expresó la misma idea en el capítulo VIII de su *Discurso sobre el fomento de la industria popular*.

93. BNE, HD, *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*, n.º 31, 03/08/1797, pp. 58-67; n.º 196, 02/10/1800, p. 224. BNE, HD, *Correo Mercantil de España y sus Indias*, n.º 47, 11/06/1801, p. 370. BNE, HD, *Minerva ó El Revisor General*, n.º 7-9, 1806, pp. 141-143.

94. BNE, HD, *Semanario de Zaragoza*, n.º 188, 27/02/1800, pp. 117-118; n.º 189, 06/03/1800, pp. 129-132.

95. BNE, HD, *Memorial Literario o Biblioteca Periódica de Ciencias, Literatura y Artes*, n.º 17, 1802, p. 288.

96. BNE, HD, *MHP*, CXXXII, 4-1756, p. 24; CXXXIV, 10-1756, p. 11.

primavera de 1759. Una de las zonas que más se restringió era El Cairo, donde la peste mataba a mucha gente[97]. De otro lado, una enfermedad epidémica afligió a Nápoles y Sicilia desde el verano de 1764, lo que dio lugar a que todos los puertos italianos cerraran sus muelles a este reino. La situación volvió a la normalidad cuando los médicos napolitanos descubrieron un antídoto en forma de bálsamo. Sin embargo, el soberano mantuvo la prohibición de meter harinas extranjeras para incentivar la producción doméstica[98]. Además, el comercio mediterráneo se limitó con las costas norteafricanas, donde había un fuerte brote de peste en la primavera de 1768[99]. El Gobierno vienés se unió a estas medidas, dos años después, fijando un cordón de soldados en los pasos de Transilvania por el flujo de infectados procedentes de Polodia, Volhinia, Silesia y Ucrania. En suma, la Corona financió los experimentos de un profesor de medicina para que las cuarentenas contaran con remedios que purificasen la masa sanguínea de los confinados[100].

El Imperio otomano sufrió una de las epidemias de peste más graves de su historia entre 1775-1783, lo que tuvo efectos directos sobre el comercio italiano, pues el cierre del mercado levantino provocó una crisis cerealística en Roma y Nápoles en 1778. La capital eclesiástica compró trigo por valor de 250.000 escudos en las provincias de alrededor. En cambio, la Junta de Sanidad napolitana clausuró los contactos con Dalmacia; y el Gobierno compró grano a Gran Bretaña y peleó para que el trigo del norte de Italia saliera por los puertos meridionales. Venecia se convirtió en el Estado más mermado por la enfermedad y las restricciones económicas. El contexto era idéntico en la primavera de 1779, aunque los problemas siempre tenían solución en este lado del Mediterráneo. Por eso el monarca napolitano fomentó la lucha contra los corsarios berberiscos y liberalizó el arrendamiento del tabaco; Liorna intensificó el comercio con las ciudades bálticas en 1780; y la administración de Trieste mandó construir treinta embarcaciones para abrir un nuevo mercado en el Adriático austriaco[101].

La celebración de la feria de Senigallia fue motivo de disputa en la congregación romana. El 20 de mayo de 1784 el papa decretó su suspensión por haberse verificado una enfermedad contagiosa en Dalmacia. El cardenal Antonelli protestó contra este dictamen por querer participar en ella, pero la decisión fue firme, a pesar del «perjuicio notable» que sufriría el comercio italiano. Incluso, las ciudades de Ancona, Urbino, Ascoli y Fermo formaron un cordón marítimo con permiso para abrir fuego a las embarcaciones sospechosas, mientras que en el resto de los puertos se guardaba una cuarentena escrupulosa. Aparte, la vigilancia de las costas genovesas era igual de celosa por el día que por la noche, prohibiendo la

97. BNE, HD, *MHP*, CLXI, 8-1759, p. 255; CLXV, 1-1761, p. 29.
98. BNE, HD, *MHP*, CLXXVI, 10-1764, pp. 102-103; 11-1764, p. 197.
99. BNE, HD, *MHP*, CLVII, 7-1768, p. 205.
100. BNE, HD, *MHP*, CCIV, 10-1770, pp. 141 y 155; CCV, 3-1771, p. 250.
101. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1778, pp. 113-114; 11-1778, p. 221; II, 7-1779, pp. 225-226; I, 4-1780, p. 339; I, 5-1781, p. 121.

entrada de cualquier bastimento levantino que no contara con patente de sanidad. Las noticias del *Mercurio* asumían implícitamente el ideario de gestión italiano en la medida en que era mejor soportar los padecimientos económicos ante la contingencia de la enfermedad que el hundimiento que supondría la entrada de la epidemia, negando los argumentos de aquellos que defendían la libertad de comercio[102].

El periódico concretó que Venecia estableció un confinamiento para los navíos procedentes de las costas croatas en el verano de 1785. Al año siguiente el embajador de esta república pidió en Viena el restablecimiento del lazareto de Semlim «por las relaciones de comercio que hay entre Hungría y los puertos austriacos del golfo adriático». No obstante, el emperador rehusó restituirlo por beneficio del comercio, por lo que el diplomático emitió una queja ante el peligro de contagio. Por esta razón el Gobierno veneciano potenció el comercio con Rusia en el mar Negro e impuso el pago del diezmo y de los bienes territoriales atrasados a las familias patricias. En el artículo de Florencia de mayo de 1786 se dijo que la peste penetró en Trípoli por «la falta de precauciones necesarias en el registro y admisión de buques de países extranjeros»; y además se informó de la salida del general Emo contra los corsarios berberiscos. La Corte de Madrid también tomó estas precauciones con el lazareto de Mahón en la isla de Menorca, destinado a proteger a la península de la peste levantina por medio de procesos de cuarentena y cartas de sanidad certificadas por los cónsules españoles[103]. Estas medidas prosiguieron en Italia a mediados de 1787, por lo que Liorna rebajó las mercancías en un 3 % para estimular el comercio[104].

El papa lo favoreció en 1788 al permitir que las embarcaciones austriacas hicieran la cuarentena en Goro, y no en Ancona, con tal de que el viaje les resultara más barato y, así, vinieran más a menudo a comerciar. Incluso, Nápoles la impuso a los navíos diplomáticos de las regencias berberiscas como fue el caso de Sidi Mahmud, enviado de Trípoli, que traía caballos, camellos, dromedarios, simios, gatos monteses y avestruces para regalárselos al rey. Las precauciones se redoblaron en los puertos italianos con el estallido de la guerra entre austriacos, rusos y otomanos. Todos los muelles continuaron con las incomunicaciones desde 1790, y la cautela se extremó en aquellos más próximos a las zonas contagiadas. Un ejemplo fue Venecia con las costas balcánicas y las islas griegas; o el cordón austriaco para evitar el tránsito desde las fronteras serbias en 1796[105].

102. BNE, HD, *ME*, II, 7-1784, pp. 202-203; 8-1784, pp. 319-320.

103. La empresa del lazareto de Mahón fue un proyecto en revisión durante este periodo, de tal forma que no estuvo operativo plenamente hasta 1817 (Vidal Hernández, 2002: 15-40), lo que refuerza nuestra tesis de una imagen occidental falseada por el *Mercurio*.

104. BNE, HD, *ME*, II, 8-1785, pp. 310-311; I, 1-1786, pp. 50-51; II, 5-1786, p. 22; I, 1-1787, pp. 47-48; 4-1787, pp. 356-357; II, 5-1787, p. 58; III, 9-1787, p. 16.

105. BNE, HD, *ME*, III, 10-1788, p. 91; III, 9-1789, p. 15; II, 7-1791, pp. 177-178; I, 4-1796, p. 389.

El Mediterráneo occidental mantuvo un complejo equilibrio entre los intereses mercantiles y sanitarios para comerciar con el Imperio otomano. A veces esta relación asimétrica traía medidas con las que activar el mercado interior de algunos puertos italianos, pero la sensación era de una insuficiencia por las expectativas que generaban las riquezas orientales. La invasión francesa de Egipto auguró la oportunidad para acceder definitivamente a las materias, rutas y ferias de Oriente Medio. Ahora bien, el presumible nuevo contexto abría el hándicap de la coexistencia con la peste. Por eso la información de Mr. Balderín, cónsul francés de Alejandría, se situó como una tendencia periodística. La noticia procedía de la *Gazette de France* y se copió en el *Mercurio*, la *Gaceta de Madrid*, el *Semanario de Agricultura*, el *Correo Mercantil*, el *Correo Periódico de Valencia*, el *Semanario de Zaragoza* o la *Gazeta de Lisboa*. El contenido hablaba del aceite de oliva como un preservativo eficaz contra la peste. El diplomático francés sostenía que los obreros de los molinos aceiteros no contraían la enfermedad porque sus cuerpos siempre estaban cubiertos de dicha sustancia. Sin embargo, esta esperanza frustrada abocó en una historia cíclica de complicados intercambios comerciales entre Mediterráneo occidental y oriental[106].

### 4.2 Inoculación, filantropía y progreso

La inoculación fue otra manifestación expresada por el periódico para hablar del orden, la filantropía y el progreso de los Estados del Mediterráneo occidental. El *Mercurio* aspiró a normalizar esta práctica como algo bueno para las personas comunes y por ello manejó varias estrategias con las que concienciar a los/as lectores/as. El discurso evidenció la peligrosidad de las viruelas para después certificar el criterio médico de los beneficios de la inoculación, al que se acogían los miembros de la alta sociedad. Toda una campaña de *marketing* apoyada en exhibiciones con las que validar la seguridad del procedimiento y movilizar a los estratos más reacios y supersticiosos.

La primera noticia apareció en noviembre de 1754. Las viruelas mataron a 6000 personas en Roma desde junio; y en París provocaron la muerte de otras 3500 entre agosto y octubre de 1755. El asunto se volvió mediático a partir de 1764, especialmente porque la capital parisina se consolidó como el mayor foco epidémico de viruela, lo que condujo a que el presidente del Tribunal de París y el recaudador general de la Real Hacienda inocularan a sus familiares. Por esta razón, la Facultad

106. Bibliothèque Nationale de France, Gallica, *Gazette de France*, n.º 74, 12/03/1798. BNE, HD, *ME*, I, 4-1798, p. 326. BNE, HD, *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*, n.º 69, 26/04/1798, p. 272. BNE, HD, *Correo Mercantil de España y sus Indias*, n.º 49, 18/06/1798, p. 406. BNE, HD, *Correo Periódico de Valencia*, n.º 118, 1798, p. 455. BNE, HD, *Semanario de Zaragoza*, n.º 63, 10/08/1798, p. 94. BOE, Colección histórica, *Gaceta de Madrid*, n.º 26, 30/03/1798, p. 285. Hemeroteca Digital de Lisboa, *Gazeta de Lisboa*, n.º 15, 10/04/1798, p. 24. Esta novedad no la hemos localizado en los periódicos italianos de la época, inmersos en los temas políticos y bélicos.

de Medicina votó a favor de la práctica como medio de preservar la salud pública. Las cosas en Italia eran bastante parejas a principios de 1766. Por ejemplo, el rey de Nápoles se retiró a Portici por los estragos que ocasionaban en la capital. Incluso, la archiduquesa vienesa Isabel murió de esta infección el 30 de octubre de 1767[107].

El ducado de Parma planteó introducir en 1768 el método del doctor Gatti para preparar la inoculación, ejecutarla y curarla porque aspiraba a la felicidad de sus vasallos. Este procedimiento se aplicó, bajo la dirección del mismo médico, a los discípulos de la Escuela Militar de París. Al margen, un decreto vienés con fecha de 8 de septiembre reguló la distancia a la que había que efectuar la operación en las poblaciones muradas y abiertas. Desde entonces el doctor Radnicki destacó en la capital, donde inoculó a la archiduquesa Teresa, hija única del emperador. Por otra parte, el Gobierno de Florencia utilizó las casas expropiadas a los jesuitas para hacerlo gratuitamente. La práctica también se frecuentó en la república veneciana hacia 1772. Años después, el 27 de septiembre de 1777, el doctor Gatti inmunizó a la familia real napolitana[108].

No obstante, todavía quedaba mucho por avanzar. Un médico parisino denunció la presencia de una epidemia de viruelas en la primavera de 1784 ante la que «debemos compadecer la suerte de tantas víctimas de la preocupación y de la ignorancia, y aplicar nuestros esfuerzos a que se propague el método saludable de la inoculación». Por eso mismo el señor Jauberthon inoculó el primero de septiembre de 1785 al delfín y al duque de Berry en el palacio de San Cloud. Además, Luis XVI implantó un certificado de viruelas para que los súbditos pudieran moverse por los diferentes parajes del reino[109]. El *Mercurio* dejó durante unos tomos el tema de la viruela para centrarse en las tercianas que se experimentaron en la península ibérica. Sin embargo, no vamos a fijarnos en ello porque la epidemia fue exclusiva de España –informativamente hablando– y las características y las finalidades de estas novedades respondían a los mismos criterios que la inoculación, pero con el suministro de quina[110]. Las viruelas se retomaron en mayo de 1787 con una noticia que dio buena prueba de la desconfianza de ciertos sectores sociales hacia la técnica:

> El doctor Gatti acaba de hacer felizmente en el Real Sitio de Caserta [Nápoles] la inoculación de las viruelas al príncipe heredero y a la princesa Amalia, y la reina ha hecho inocular en el mismo sitio a doce criaturas pobres […], gratificando a los padres de cada una de dichas criaturas con 50 ducados[111].

107. BNE, HD, *MHP*, CXVIII, 11-1754, pp. 10-11; CXXIX, 10-1755, p. 78; CLXXV, 6-1764, p. 109; CLXXVI, 10-1764, p. 123; CLXXX, 3-1766, p. 240; CLXXXV, 11-1767, p. 226.

108. BNE, HD, *MHP*, CLVII, 3-1768, p. 197; CLVIII, 10-1768, p. 147; 12-1768, pp. 323 y 337; CLIX, 1-1769, p. 41; CCVII, 11-1771, p. 104; II, 5-1772, p. 20; III, 11-1777, p. 204.

109. BNE, HD, *ME*, II, 5-1784, pp. 40-44; III, 10-1785, p. 121; I, 3-1786, p. 351.

110. BNE, HD, *ME*, II, 8-1786, pp. 367-368; III, 9-1786, pp. 65-66; I, 2-1787, pp. 184-185; 2-1787, pp. 188-194.

111. BNE, HD, *ME*, II, 5-1787, p. 16.

El 28 de abril de 1787 se hizo una escenografía similar con los archiduques de la Lombardía austriaca. En la villa valenciana de Ademuz sucedió lo propio el 29 de diciembre de 1789 con los hijos del comisario de Marina Francisco Campuzano. Además, el doctor Juan de Maqueriza vacunó en Lequeitio, Vizcaya, a «muchos niños de familias de labradores y pescadores pobres que no podían atender a su asistencia y alimento»; y la cabecera contó asimismo cómo el médico O'Scanlan operó a sesenta y tres personas en Madrid a finales de 1792 o a las familias de los ministros españoles en otoño de 1794[112]. La publicística más intensa del *Mercurio* se produjo a partir de 1797, cuando difundió las actividades de los médicos que inoculaban a personas corrientes de pueblos y provincias del reino. Tenemos los ejemplos de Madrid, Toboso, Añover, San Sebastián del Valle, Moraleja, La Granja de Escarpe, Bretun, Sevilla y Alberite[113]. Esta propaganda quería mostrar la posición aventajada de España en la carrera por el progreso sanitario. Pero en cualquier caso formaba parte de un discurso que aspiraba a superar los prejuicios populares, reivindicar el papel paternalista de los Estados occidentales y elogiar su bienestar social. Una imagen que contrastaba con la del Imperio otomano.

## 5. Consideraciones finales

La pandemia de la COVID-19 es uno de esos procesos históricos que nos ha permitido viajar atrás en el tiempo. El número de muertos, el origen del virus, los bulos, las olas, los confinamientos, las limitaciones de movilidad, el pasaporte COVID, los debates económicos, la inoculación, las desigualdades, el miedo, la angustia o la ansiedad son hechos semejantes a los aparecidos hace doscientos años en el *Mercurio*. Así, la sociedad más preparada de la historia, y con más recursos y conocimientos a su alcance, se ha visto reducida a las mismas prácticas y dinámicas que la del siglo XVIII, algo que confirma la vigencia del tiempo pasado con el actual, y la necesidad de aprender y tomar conciencia de cara a nuevos retos infecciosos favorecidos por los cambios ambientales del calentamiento global.

Los libros de Secundaria alojarán en unos años un apartado dedicado a la crisis epidémica de 2020-2022. El temario lo enfocará como un suceso unificado, pero desde un punto de vista cultural existieron muchísimas pandemias. Cada persona, por sus creencias, vivencias y circunstancias, la experimentó de forma distinta, de tal manera que si le preguntáramos nos daría una opinión subjetiva, aunque su mensaje estuviera cargado de datos neutros e imparciales. Parte de esa visión está condicionada por unas afinidades ideológicas que sirven como vara de medir los acontecimientos. La prensa unificó estas miradas en un producto

112. BNE, HD, *ME*, II, 6-1787, p. 102; II, 6-1790, p. 151; I, 4-1791, pp. 306-308; III, 12-1792, pp. 361-362; I, 1-1795, pp. 118-119.

113. BNE, HD, *ME*, III, 9-1797, p. 84; I, 2-1798, pp. 175-177; 3-1798, pp. 270-271; III, 12-1798, pp. 382-389; II, 5-1799, pp. 87-88 y 123; II, 6-1799, pp. 216-217; 7-1799, pp. 306-307; III, 9-1799, pp. 101-102.

homogéneo. Por eso no es lo mismo leer un periódico contrario al Gobierno, que consultar las notas oficiales de prensa emitidas por el Ministerio de Sanidad. En el Setecientos ocurría lo mismo. Así, el *Mercurio* diseñó una percepción con la que valorar los sucesos del mundo. Nuestro objetivo oponía el uso informativo de las enfermedades en el Mediterráneo, lo que ha revelado dos bloques claramente enfrentados. Una imagen con la que reafirmar la superioridad cultural del modelo civilizatorio cristiano, y con la misión de influir, dirigir y reforzar la mentalidad sesgada del público. Las noticias del periódico se vendían como verdades universales y el/la lector/a podía creérselas o no, pero al menos ya opinaba o se hacía un juicio en torno al criterio oficial.

El contenido del Imperio otomano estaba escrito de primeras con un sentido negativo. La peste fue el principal recurso narrativo del relato para constatar la ignorancia y el desmoronamiento de la sociedad musulmana. Las políticas del Gobierno no se encauzaron en casi ningún momento a proteger a la población, que lidiaba con los contagios, la carestía, la inflación y la violencia social. Constantinopla era un reflejo del caos de las provincias; un país llevado al límite de sus fuerzas durante la guerra y cuyas fronteras marcaban la separación entre la barbarie y la civilización. En cambio, las novedades del Mediterráneo occidental enseñaban un orden y un progreso intrínsecos a la naturaleza de sus Estados. El paternalismo de las autoridades nacía de una bondad innata que les empujaba a mejorar las condiciones vitales de las personas corrientes, con un daño que era proporcional al éxito de la gestión. Las cuarentenas y los cordones sanitarios eran la mejor manera de protegerse de los peligros biológicos otomanos. Además, la inoculación de las viruelas demostró que esto iba seguido de un avance médico con el que desterrar los prejuicios populares, fomentar su práctica y aumentar el bienestar social.

El *Mercurio* ofreció a sus contemporáneos un discurso uniforme con unos mensajes codificados. La gran pregunta es qué reconocimiento tuvo esta perspectiva en la prensa extranjera. ¿Era una imagen aceptada? ¿La cabecera española reprodujo una opinión mayoritaria? ¿Qué decían el periodismo francés, italiano o austriaco? La historiografía tiene muchas preguntas por delante y aquí se abre una línea de investigación inédita basada en la comparativa de los contenidos implícitos y sus usos en la prensa española y europea. El pensamiento periodístico sobre el Mediterráneo es parte de esa larga duración, en el seno de las civilizaciones cristiana y musulmana, que nos permite comprender la cultura, las mentalidades, las actividades económicas, las respuestas sociales y las formas de vida desde la historia total. Y el *Mercurio* es una pequeña porción de esa tradición mediterránea.

## 6. Bibliografía

Alberola Romá, Armando (2014), *Los cambios climáticos. La Pequeña Edad del Hielo en España*, Madrid: Cátedra.

Alberola Romá, Armando (2015), «Tiempo, clima y enfermedad en la prensa española de la segunda mitad del siglo XVIII. Diarios meteorológicos y crónicas de desastres en el Memorial Literario», *El Argonauta Español*, 12. En línea, https://journals.openedition.org/argonauta/2142

Alberola Romá, Armando (2019), «Paisatge, clima, perill, por i patiment: una ullada al Mediterrani occidental a l' época moderna», *Pedralbes. Revista d' Història Moderna*, 39, pp. 83-119. http://hdl.handle.net/10045/107923

Arrizabalaga Valbuena, Jon (1991), «La Peste Negra de 1348: los orígenes de la construcción como enfermedad de una calamidad social», *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, 11, pp. 73-117. https://raco.cat/index.php/Dynamis/article/view/105920

Baehrel, René (1951), «Epidémies et terreur: histoire et sociologie», *Annales historiques de la Révolution française*, 23, pp. 113-146. https://www.jstor.org/stable/i40089486

Barona Vilar, Josep Lluis (coord.) (2023), *Manual de Historia de la Medicina*, Valencia: Tirant lo Blanch.

Berná Ortigosa, Antonio Manuel (2024), *Prensa y «desastres» en el Mercurio Histórico-Mercurio de España* (1738-1830), San Vicente del Raspeig: Universidad de Alicante. http://hdl.handle.net/10045/141220

Bernabeu Mestre, Josep (2024), *Prevenir antes que curar. Las crisis sanitarias y las lecciones de la historia*, Valencia: Edicions del Bullent.

Buchan, Jorge (1786), *Medicina doméstica o Tratado completo del método de precaver y curar las enfermedades*, Madrid: Imprenta de Benito Cano. http://hdl.handle.net/10045/121121

Bueno Vergara, Eduardo y Perdiguero Gil, Enrique (2023), «La historiografía española sobre salud y enfermedad en el siglo XVIII: Estado de la cuestión y asignaturas pendientes», *Cuadernos Dieciochistas*, 24, pp. 13-39. https://doi.org/10.14201/cuadieci2023241339

Bunes Ibarra, Miguel Ángel de (2015), *El imperio otomano (1451-1807)*, Madrid: Editorial Síntesis.

Chircop, John y Martínez, Francisco Javier (coords.) (2018), *Mediterranean quarantines, 1750-1914: Space, identity and power*, Manchester: Manchester University Press.

Crespo Solana, Ana (2000), «El comercio marítimo entre Ámsterdam y Cádiz (1713-1778)», *Estudios de Historia Económica*, 40, pp. 7-162. http://hdl.handle.net/10261/14961

Durán Maseda, María José (2004), *Medicina y sociedad en el Memorial Literario (1784-1808)*, Valladolid: Universidad de Valladolid. https://uvadoc.uva.es/handle/10324/58818

Duro Torrijos, José Luis (2014), *Los inicios de la lucha contra la viruela en España. Técnica e ideología durante la transición de la inoculación a la vacuna (1750-1808)*, San Vicente del Raspeig: Universidad de Alicante. http://hdl.handle.net/10045/45825

Enciso Recio, Luis Miguel (1957), *La Gaceta de Madrid y el Mercurio Histórico y Político, 1756-1781*, Valladolid-Madrid: Universidad de Valladolid-Escuela de Historia Moderna del CSIC.

Extremera Extremera, Miguel Ángel (2020), *La civilización otomana (1300-1800)*, Madrid: Sílex.

Feijoo, Benito Jerónimo (1770), *Cartas eruditas, y curiosas* […], Madrid: por Joaquín Ibarra, a costa de la Real Compañía de Impresores, y Libreros. https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcns2v8

Franco Rubio, Gloria (1998), *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla: Mergablum.

García Acosta, Virginia (2005), «El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos», *Desacatos: Revista de Ciencias Sociales*, 19. En línea, https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2005000300002

García Álvarez-Busto, Alejandro (2020), «Pandêmon Nosêma. Una revisión historiográfica de cómo las sociedades respondieron ante las epidemias a lo largo de la historia», *Historiografías*, 21, pp. 6-39. https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/historiografias/article/view/5710

Guinard, Paul (1973), *La presse espagnole de 1737 à 1791: formation et signification d' un genre*, Paris: Centre de Recherches Hispaniques.

Larriba, Elisabel (2013), *El público de la prensa en España a finales del siglo XVIII (1781-1808)*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Le Roy Ladurie, Emmanuel (2017), *Histoire humaine et comparée du climat*, Paris: Fayard.

López Piñero, José María (2000), *Breve historia de la medicina*, Madrid: Alianza Editorial.

Lozano Díaz, José Daniel y Berná Ortigosa, Antonio Manuel (2023), «A comparative analysis of earthquakes as reported in the official Spanish press (1770-9): A commercial strategy?», en Domenico Cecere and Alessandro Tuccillo (eds.), *Communication and Politics in the Hispanic Monarchy: Managing Times of Emergency*, Berlin: Peter Lang, pp. 223-252. https://doi.org/10.3726/b21360

Rodríguez Campomanes, Pedro (1774), *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid: Imprenta de Antonio Sancha. https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj9652

Sáiz García, María Dolores (1990), *Historia del periodismo en España. 1. Los orígenes. El siglo XVIII*, Madrid: Alianza Editorial.

Tissot, Samuel Auguste (1773), *Avisos al pueblo sobre su salud*, Pamplona: Imprenta de Pasqual Ibáñez. https://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000211975&page=1

Urzainqui Miqueleiz, Inmaculada (2022), *La República de la Prensa: periódicos y periodistas en la España del siglo XVIII*, Eduardo San José Vázquez y María Fernández Abril (eds.), Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII, Universidad de Oviedo y Ediciones Trea.

Varlik, Nükhet (coord.) (2017), *Plague and Contagion in the Islamic Mediterranean*, York: Arc Humanities Press.

Vidal Hernández, Josep Miquel (2002), *El Lazareto de Mahón, una fortaleza sanitaria*, Menorca: Institut Menorquí d'Estudis.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425277308

# EL ARTE FRANCÉS DEL SIGLO XVIII Y LA PROBLEMÁTICA DEL REALISMO: RUPTURA ESTÉTICA O CONTINUIDAD RETÓRICA. LA PINTURA DE JEAN BAPTISTE GREUZE Y LAS IDEAS POÉTICAS DE SU ÉPOCA

## *The French Art of the Eighteenth Century and the Problematic of Realism: Aesthetic Break or Rhetorical Continuity. The Painting of Jean Baptiste Greuze and the Poetic Ideas of his Time*

Jaime BLANCO APARICIO
Universidad Complutense Madrid
jaimeblapa@gmail.com

Fecha de recepción: 10/07/2023
Fecha de aceptación: 16/02/2024

RESUMEN: La pintura del siglo XVIII en Francia ha sido interpretada frecuentemente en relación con las problemáticas del realismo. El objetivo del presente artículo es mostrar cómo estas escenas cotidianas que proliferan en estos instantes son la consecuencia no tanto de una ruptura estética, sino el resultado de una transformación de la poética clásica a finales del siglo XVII. La cual se extenderá en el siglo XVIII a las diversas artes, como reflejará la obra de Greuze, quien trasladará a su pintura estas ideas poéticas que exploran los nuevos géneros literarios como el *roman*, la comedia *larmoyante* o en el drama. Estos géneros nos descubren el triunfo de un régimen literario descriptivo y doxológico, frente al régimen prescriptivo y axiológico anterior, que se interesa por la recepción y por las reacciones emocionales a la hora de enjuiciar una obra, lo que favorecerá las escenas cotidianas y familiares, patéticas, etc.

*Palabras clave*: Jean Baptiste Greuze; realismo; pintura francesa; siglo XVIII; literatura.

ABSTRACT: French Painting from the 18th century has frequently been understood with regard to the problems of Realism. The objective of this article is to show how these everyday scenes that proliferate in these moments are not the result of an aesthetic rupture, but of a transformation of classical poetics at the end of the 17th century. This change will extend to the several arts in the 18th century, as showed in the work of Greuze, who will transfer to his painting these poetic ideas that explore new literary genres, such as the novel, the larmoyante comedy or the drama. These genres reveal the triumph of a descriptive and doxological literary regime –which is opposed to previous prescriptive and axiological regime– interested in the reception and emotional reactions, fostering everyday, familiar, pathethic scenes, etc.

*Key words*: Jean Baptiste Greuze; Realism; French Painting; 18th Century; Literature.

Una parte de la historiografía artística actual ha destacado como uno de los rasgos más novedosos de la pintura francesa del siglo XVIII el surgimiento de obras de temática cotidiana y doméstica (Bailey, Conisbee y Gaehtgens, 2003: X), como la realizada por Chardin o Greuze (Fig. 1). Las cuales han sido interpretadas como la consecuencia de un cambio filosófico, social, económico y político, que habría dado lugar a un realismo estético, preludio del que se desarrollará en el siglo XIX, tal y como fue subrayado por los estudiosos de la novela dieciochesca, tanto en el mundo anglosajón[1] como francés[2]. Esta interpretación retomaba los argumentos de la crítica del siglo XIX, de Champfleury o Duranty, quienes ya buscaron los antecedentes del realismo decimonónico en Diderot o Restif, construyendo, así, la ilusión de una evolución lineal entre ambos siglos, a través de la cual se creyó descubrir un sentido histórico oculto en el arte occidental, caracterizado por un impulso de conquista de la realidad. Esta interpretación transhistórica, favorecida por la equívoca identificación entre realismo y mímesis –como leemos en Erich Auerbach–, se ha visto progresivamente cuestionada (Dufour, 1998), subrayándose las diferentes concepciones del realismo a lo largo de la historia y enfatizando las distintas maneras de mirar el mundo según las experiencias históricas y los marcos poetológicos predominantes. De este modo, el objeto de nuestro estudio no se circunscribirá al grado de realismo presente en una obra, sino que atenderá a la naturaleza de ese realismo, pues no hay mayor contradicción con el espíritu clásico que defender una estricta imitación de la realidad (Forestier, 1990). Por lo que buscaremos comprender qué tipo de relación establecieron estas obras con la realidad y el fundamento teórico donde se asentaron.

1. «Briefly, they have seen "realism" as the defining characteristic which differentiates the work of the early eighteenth-century novelist from previous fiction.» (Watt, 1987: 10).

2. «L[…] les romanciers du XVIIIe siècle ont ainsi fait faire un grand pas au réalisme romanesque, avant le triomphe qu'il connaîtra au XIXe siècle […]» (Coulet, 1967: 319).



Fig 1. Jean-Baptiste Simeon Chardin, *La toilette du matin*, 1741, Stockholm Nationalmuseum®.

Estas escenas cotidianas reflejan para muchos aquella crisis de conciencia que marca la ruptura entre ambos siglos[3]. Mientras el siglo XVII habría estado presidido por el Clasicismo, caracterizado por el predominio de la retórica y de las reglas poéticas, en cambio, el siglo XVIII habría dado paso a una nueva concepción del arte, romántica y moderna (Folkierski, 1969), construida sobre una estética enraizada en lo sensible, lo que favorecería el realismo doméstico.

> Al surgir nuevas ideas científicas y filosóficas y nuevas exigencias políticas y sociales, se vive el cambio de los patrones estéticos. La nueva época exige, con mayor energía y conciencia cada vez, un nuevo arte. Al *pathos* y al cálculo heroico del drama clásico francés, opone Diderot un sentir social nuevo y, con él otro sentido estético, y por eso pide un nuevo género poético y propugna la *tragédie domestique*. (Cassirer, 1993: 326)

Frente a este relato de lo moderno, condicionado por una filosofía alemana que leía el XVIII como un preludio a la estética kantiana, nuestro objetivo será analizar estas escenas cotidianas a la luz de una poética clásica que continúa

3. «Quel contraste! Quel brusque passage! La hiérarchie, la discipline, l'ordre que l'autorité se charge d'assurer, les dogmes qui règlent fermement la vie : voilà ce qu'aimaient les hommes du dix-septième siècle. Les contraintes, l'autorité, les dogmes, voilà ce qui détestent les hommes du dixhuitième siècle, leurs successeurs immédiats.» (Hazard, 1961: 7).

manteniendo su vigencia a lo largo del siglo XVIII (Kibedi-Varga, 1990: 7; Chantalat, 1992: 9); por lo que estudiaremos este siglo desde la idea de continuidad (Dagen-Roger, 2004) frente a aquellos que –como Hazard– plantean una ruptura. Nos alejaremos, pues, de aquellos que reducen el Clasicismo al dogmatismo de las reglas, planteando la existencia de una doctrina clásica (Bray, 1966) que habría entrado en crisis en el siglo XVIII dando lugar al nacimiento de la estética; y propondremos, por el contrario, una visión donde la poética clásica, caracterizada por su variedad de aproximaciones, se transforma a finales del siglo XVII recuperando ciertos posicionamientos pretéritos que resurgen de nuevo, permitiendo explicar las propuestas artísticas dieciochescas. Nos centraremos, así, en los instantes en los que se produce el cuestionamiento de aquella aproximación poética y prescriptiva, que priorizaba las reglas (Kibedi-Varga, 1970: 134) y que comprendía el texto desde la *dispositio*; es decir, en función de la adecuada disposición de las partes de la obra de acuerdo a unas reglas[4]. Una concepción poética que se habría impuesto tras las *querelle du Cid* (Merlin, 1994: 153), determinando el triunfo de los *regulares*[5]. Esta dará paso a una aproximación retórica, en la que se piensa la obra desde la recepción y los efectos causados en el espectador, esto es, desde la *elocutio*[6]. Es a partir de esta acentuación de la dimensión retórica y descriptiva –principalmente en el ámbito del *roman*– que estas pinturas de lo cotidiano dieciochescas encontrarán su explicación más certera, sin necesidad de acudir a la tesis sobre el nacimiento de la estética o del realismo.

## 1. De la estética a la retórica dieciochesca. El problema de la novela moderna

Señala Todorov que «[…] la estética empieza en el momento preciso en que termina la retórica.» (1993: 169). Heredaba, así, una tradición que contraponía la

4. «Une action poétique est celle dont les parties sont composées et arrangées entre elles, de la meilleure manière possible, sans avoir égard à la vérité des faits […] Il suffit qu'on y voie des motifs raisonnables, un plan naturel, un dessein suivi, dont l'exécution commence, s'avance, s'achève par des moyens vraisembables.» (Batteux, 1771: t. I, I, remarque VI, n.º 5, 285-286).

5. «[…] il ne suffirait pas que les pièces du théâtre plussent pour être bonnes, si le plaisir qu'elles produisaient n'était fondé en raison et si elles ne le produisaient par les voies qui le rendent régulier […]» (Chapelain, 2007: 284).

6. «[…] c'est précisément aux confins des deux (souci de la construction et souci de l'effet) que me semble se situer la ligne de passage d'une conception "poétique" du romanesque à une conception "rhétorique" : le triomphe de la psycologie dans le roman classique français serait alors l'indice d'un glissement qui, du roman héroïque à la nouvelle historique de la fin du siècle, quitterait peu à peu la vision globale d'un objet artistique clos –dont le mot clé est la dispositio, régie par l'ordo artificialis qui règne sur le poème héroïque– pour centrer l'attention sur l'efficacité du discours fictionnel– dont le mot clé serait, cette fois, l'élocutio, fondée sur la pertinence des figures et la vraisemblance physchologique des caractères, quitte à renoncer aux effets structurels qui ont fait la gloire du roman baroque.» (Bury, 2000: 11).

estética, fundamentada en lo sensible y en la antropología kantiana, a un Clasicismo identificado con las reglas y la retórica: «[…] la estética no se presenta ahora con su código en la mano delante del artista, ni pretende establecer reglas universales para el espectador, no quiere ser otra cosa que el espejo en que se miren los dos y donde se reconozcan a sí mismos, sus experiencias y vivencias fundamentales.» (Cassirer, 1993: 333-334). Frente a esta historiografía modernista que ha valorado el siglo XVIII como una época prerromántica que habría abandonado la mímesis (Kristeller, 1986), esto es, el espejo, en favor de una comprensión estética y psicológica del arte, la lámpara (Abrams, 1974); Halliwell (2002: 21) ha mostrado que ya desde Platón y Aristóteles el arte fue pensado, a través de la noción de mímesis y en estrecho diálogo con la retórica, más allá de la idea de imitación, en función de la recepción y de los efectos psicológicos. Ello nos permitirá comprender el siglo XVIII no como el resultado de una ruptura estética –y la consecuencia de la irrupción de la *sensibility*–, sino como un momento de recuperación de ciertos valores retóricos presentes en la reflexión artística ya desde la Antigüedad y que reaparecen a lo largo de los debates poetológicos del siglo XVII.

Si bien es verdad que desde comienzos del siglo XVIII asistimos a un cuestionamiento de la noción de verosimilitud: «[…] avec le permission d'Aristote, la vraisemblance ne suffirait pas.» (Voltaire, 1880a: 253), la cual constituía uno de los fundamentos de la poética clásica[7], sin embargo, deducir de ello una crisis de la noción de mímesis y el nacimiento de la estética sería cuestionable. De hecho, las críticas se dirigían más bien hacia una concepción concreta de verosimilitud, de las distintas existentes (Kibedi-Varga, 1977): «Mais la nature étant une, comment concevez-vous, mon ami, qu'il y ait tant de manières diverses de l'imiter et qu'on les approuve toutes?» (Diderot, 1995a: 283). Concretamente, hacia aquella verosimilitud ontológica que entiende el arte como imitación de la idea natural –materializada en las obras antiguas– mediante unas reglas, como proponía la poética humanista aristotélica: «J'en demande pardon à Aristote; mais c'est une critique vicieuse que de déduire des règles exclusives des ouvrages les plus parfaits, comme si les moyens de plaire n'étaient pas infinits.» (Diderot, 1995b: 383). Asistimos, ahora, a la defensa de una verosimilitud subjetiva (Frantz, 2005: 270) que buscaba repensarla a partir de los efectos de la recepción, acentuando la dimensión retórica de la poética clásica, dificultando –como planteaba Todorov– la posibilidad de hablar de nacimiento de la estética y de interpretarlo como una ruptura y como un preludio a la obra de Kant (Trottein, 2000).

Frente a la continuidad histórica entre ambos siglos, hoy en día sigue predominando la idea de ruptura, describiéndose los inicios del siglo XVIII como un instante en el que se alumbraría un arte nuevo, reflejo de las profundas transformaciones de

7. «[…] en un mot la vray-semblance est, s'il le faut ainsi dire, l'essence du poëme dramatique, et sans laquelle il ne se peut rien faire ni rien dire de raisonnable sur la scéne.» (Aubignac, 1927: Livre II, chap. 2, 76).

lo moderno, como ha enumerado Ian Watt a propósito de la novela. A nivel económico, con el nacimiento del capitalismo. A nivel social, con el surgimiento de una nueva clase burguesa y un nuevo tipo de lector-público. A nivel político, con el desarrollo del liberalismo y de un interés por la igualdad social. A nivel filosófico, con el desarrollo del empirismo, fundamento de una teoría del conocimiento enraizada en la sensibilidad del Hombre. Finalmente, a nivel artístico, con un nuevo género preponderante: la novela, donde todos estos cambios cristalizaron, caracterizándose por su realismo. Una interpretación que heredó el mundo francés[8], condicionando la interpretación del arte dieciochesco en su conjunto, como observamos a propósito de la pintura de Greuze en Anita Brookner (1972) o en Emma Barker (2005), quienes la presentan como un reflejo de estas rupturas de lo moderno y de aquella cultura de la sensibilidad inglesa encarnada en la novela.

El gran artífice de esta asociación entre modernidad, novela y realismo fue Hegel: «Lo humano es lo interesante. [Nuestro] epos moderno [es] la novela.» (2006: 505); quien, además, establecía un vínculo entre esta modernidad y el desarrollo de un arte real, objetivo o prosaico[9]. Una tesis retomada por la crítica literaria decimonónica que condicionó el arte dieciochesco, que fue subordinado a las problemáticas del *roman,* pues: «Le roman est le seul genre d'art qui soit en progrès au XVIII$^{e}$.» (Lanson, 1906: 659). Si bien son numerosos los trabajos que han cuestionado esta ruptura, moderna, así como esta primacía de la novela, sin embargo, el arte dieciochesco sigue estando condicionado por la pregunta sobre el origen de esta. La única, según parece, capaz de desentrañar las claves de lo moderno (McKeon, 2002) y establecer sus características (Pavel, 2005). La novela se convertía, así, en el gran género transhistórico capaz de desvelar la historia de la humanidad, pues a través de ella se narraba –supuestamente– la conquista del Hombre de su individualidad y de la realidad circundante, revelando, con ello, una tendencia realista en el arte occidental que se haría patente en el siglo XVIII, cuando se abandonan las formas fantásticas del pasado a favor de una visión objetiva de la vida común: «La novela también tiene por objeto a un caballero, el cual, sin embargo, no se propone fines fantásticos sino fines vulgares de la vida común […] Por tanto, [la novela es una] corrección de lo fantástico.» (Hegel, 2006: 358 y 360). Consideramos, así, que ha sido esta interpretación hegeliana sobre

8. «La forme romanesque nous paraît être en effet la transposition sur le plan littéraire de la vie quotidienne dans la société individualiste née de la production pour le marché.» (Goldmann, 1964: 36). «[…] ce qui a déterminé l'évolution du roman, c'est le progrès de l'esprit bourgeois, la nécessité d'élaborer une forme d'expression littéraire à l'image du monde et de la pensée modernes quand les formes traditionnelles étaient liées à un état dépassé de la société […]» (Coulet, 1967: 323-324).

9. «[…] y de lo natural, real, deviene algo enteramente exterior, y, a su vez, por un lado los objetos se convierten como tales, [como] objetos prosaicos, en objetos del arte […] Un aspecto es que el material deviene entonces naturaleza enteramente prosaica, exteriormente objetiva, y [los objetos prosaicos] así aprehendidos pasan a ser los objetos del arte. Propiamente dicho, surge aquí eso que llamamos imitación de la naturaleza: objetos prosaicos tratados con medios del arte.» (Hegel, 2006: 361).

la Historia Moderna y sus manifestaciones artísticas la que ha condicionado la interpretación del arte dieciochesco y de la pintura, dificultando su comprensión.

## 2. El *roman* en Francia, entre dos siglos. De la *dispositio* a la *elocutio*

Críticos como Huet formularon ya la pregunta sobre el origen del *roman*, subrayando su transformación a finales del siglo XVII. Un fenómeno que ha sido estudiado por Esmein-Sarrazin (2018: 15) y que ha llevado a distinguir entre un *roman* deudor de la epopeya y un *roman* diferente, influenciadas por la galantería y la mundanidad, que dialoga con diversos géneros y que para Kibedi-Varga (1966) se conformaría como un género diferente: la *nouvelle*, el cual parece imponerse hacia finales del siglo XVII. Esta *nouvelle* –o *petite-roman* (Godenne, 1966)– mostraría, sin embargo, algunas deudas formales con el *roman* (Denis, 2003), de ahí que hayamos empleado el término *nouvelle-roman* –y no el de novela– buscando acentuar estas continuidades y discontinuidades entre ambos. El propio Chapelain, representante de aquella aproximación poética pretérita, construida sobre la *dispositio*, parecía incidir sobre esta transformación: «Notre nation a changé de goût pour les lectures et, au lieu des romans, qui sont tombés avec La Calprenède, les voyages sont venus en crédit et tiennent le haut goût dans la Cour et dans la Ville.» (1936: 477). Diversos estudios parecen coincidir sobre esta reformulación poética de finales del siglo XVII (Viala, 2002; Bury, 2000), la cual transformará el *roman* y el régimen literario pretérito: prescriptivo y axiológico[10], así como sus instituciones, subrayándose el papel protagonista del *roman* en tal crisis (Piva, 2008; Pavel, 2004).

Ante las críticas crecientes hacia la *nouvelle-roman*, Huet trató de establecer unas reglas que legitimasen unas manifestaciones que parecían cuestionar, por un lado, el régimen poetológico anterior basado en una tradición y en unas reglas deducidas de ella, y, por otro lado, el campo literario y las instituciones de la vida literaria que se impusieron tras la Fronda (Viala, 1985: 9-10). Estas instituciones se fundamentaron –tras la *querelle du Cid*– sobre unas reglas amparadas por la Academia y defendidas por los autoproclamados representantes de la *république des lettres* (una creación de Scudéry), a través de las cuales se legitimó un sistema de géneros y de jerarquías mediante las que se discriminaban los textos legítimos e ilegítimos; sirviendo, además, para ordenar la sociedad, vinculando entre sí el orden político: la soberanía, y el orden literario defendido por la *république des lettres* (Merlin, 1994: 168). Es, por ello, que un arte sin reglas, como algunos

10. Alain Viala tomaba la idea de régimen literario de Jacques Rancière, y a través de él contrapondrá un régimen determinado por el 'modo ético', donde predominará la dimensión axiológica de la idea, que define como prescriptivo, frente a un 'modo poético', donde predominarán los valores sensibles, y que denominará descriptivo (Viala, 2002: 288).

describían el *roman*[11], que anteponía los efectos placenteros de la recepción y que cuestionaba aquel campo literario e institucional impuesto tras la Fronda, reactivó, ante su proliferación a finales de siglo, las querellas poetológicas. Su éxito se sustentó sobre un público mundano cuyo gusto determinó su triunfo, favoreciendo, finalmente, la recuperación de ciertas concepciones poetológicas pretéritas, heredadas de los debates humanistas que, si bien generaron diversas querellas entre los distintos clasicismos (Forestier-Néraudau, 1995), estimularon la creación de nuevas formas artísticas.

La *Poética* aristotélica se construyó sobre dos principios poetológicos diferentes: de naturaleza retórica y poética, por lo que su tardío redescubrimiento en la Italia humanista dio lugar a comentarios contradictorios (Weinberg, 1961), favoreciendo diversas querellas poetológicas. Por un lado, nos encontramos el bando de los regulares, que buscó fijar unas normas y unas reglas de acuerdo a las reflexiones y a los géneros existentes desde la Antigüedad. Por otro lado, el de los irregulares, que antepuso la recepción y los efectos sobre las reglas, favoreciendo aquellas formas artísticas de nueva creación no tratadas en la *Poética*. Estas polémicas tuvieron como telón de fondo el deseo de superar las sospechas que acompañaban a la ficción poética desde Platón y los Padres de la Iglesia, precisamente, por sus efectos causados en el espectador. De ahí que los humanistas se vieran obligados a legitimar la ficción otorgándole un propósito moral, característico de la *Retórica* y ajeno a la *Poética*, releyendo a Aristóteles a través de Séneca, Horacio, etc. Se enfatizó, con ello, una dimensión retórica que permitía desvincular la ficción de los problemas de la Verdad[12], pensándola en términos de persuasión y de verosimilitud[13]. No obstante, y para atemperar los efectos de un arte retórico, se favoreció una poética fuertemente reglada que los controlase y que se legitimaba mediante la tradición. Sin embargo, mientras ciertos autores priorizaron la libertad de invención, defendiendo la irregularidad, valorando las obras por sus efectos: la *elocutio*; otros, en cambio, defendieron una interpretación prescriptiva de la *Poética*, otorgando prioridad a la *dispositio* y a las reglas.

Estas dos concepciones poéticas determinaron las grandes querellas literarias entre regulares e irregulares en Italia, afectando de lleno a los partidarios de la

11. «[…] la séverité de nos règles; mais on m'a assuré que les Romans ne sont pas ennemis de ces sortes de Beautés, et que tout ce genre d'écrire est hors de l'étendue de notre juridiction.» (Guez de Balzac, 1629: 78).

12. «[…] dans la poétique classique, le terme de vérité est dépourvu d'une qualité essentielle, l'universalité; elle n'est pas susceptible d'être généralisée. Par vrai, on entend la vérité historique, accidentelle, l'unicité d'un événement qui n'exclut pas rigoureusement le hasard. Il faut se méfier de la vérité qui est irréductible au système, à la structure de la poétique classique. À la vérité capricieuse on préfère la vérité organisable et organisée qui a nom vraisemblance.» (Kibedi-Varga, 1990: 37).

13. «Le poète doit préférer la vraisemblance à la vérité, plutôt travailler sur une chose toute feinte pourvu qu'elle soit conforme à la raison; ou s'il est obligé de prendre une matière historique de cette nature pour la porter sur le théâtre […] il la doit réduire aux termes des bienséances, mêmes aux dépends de la vérité […]» (Chapelain, 2007: 289).

epopeya y del *romanzo* (Giorgi, 1999). Mientras los primeros defenderán el respeto a los preceptos de Aristóteles, los partidarios del *romanzo* la considerarán como una forma liberada de las reglas de los antiguos, defendiendo su modernidad. La publicación del *Orlando Furioso* de Ariosto abrió el debate, regresando en una segunda etapa con la aparición y la difusión del *Poema heroico* de Tasso. Este último criticaba a aquellos que buscan distinguir entre epopeya y *roman*, simplemente porque este último no había sido teorizado por Aristóteles, reconciliando *romanzo* y epopeya, e integrándolos en un *roman* de caballería que condicionó el mundo francés (Boliève-Guerlet, 1993). Tasso representaba el triunfo de la epopeya como modelo para el *roman* y el triunfo de su interpretación regular a partir de Aristóteles:

> Une fois que le poète aura choisi une matière capable en elle-même de toutes les perfections, il lui reste la tâche bien plus difficile de lui donner forme et disposition poétique: et c'est dans ce travail, comme étant son sujet propre, que se manifeste pour ainsi dire toute la vertu de l'art. (Tasso, 1997: 89)

Estas discusiones condicionarán las tres fases por las que atravesará el *roman* en Francia. En una primera, entre 1630 y 1640, predominará un *roman héroïque* que tomará como referencia la epopeya reelaborada por Tasso, así como el *roman* griego (Plazenet, 2001). Se construyó en función de un régimen prescriptivo donde la obra se sometía a la idea y a las reglas, debiendo el autor corregir la realidad con el objetivo de rellenar las expectativas del lector[14], construyendo una idealidad[15] que producía un efecto de alejamiento[16]. Para Tasso la elección de la idea de la intriga era prioritaria respecto a la elección de un tema histórico para ilustrarlo, lo que favorecía la fantasía y lo maravilloso, al priorizar la adhesión racional a la idea y a lo verosímil.

En una segunda fase, entre 1650 y 1660, el *roman* comienza a adaptarse a los gustos mundanos, dialogando con la Historia y dando prioridad a los hechos conocidos o más cercanos en el tiempo, evitando aquellos instantes lejanos propensos a las fantasías: «Comment serai-je touché des infortunes de la reine de Guindaye et du roi d'Astrobacie, puisque je sais que leurs royaumes mêmes ne sont point en la carte universelle; ou pour mieux dire, en l'être des choses.» (Scudéry, 1665: I, s. p.).

14. «[…] dans le Roman les beautés d'une belle vie y sont déduites et rapportées avec tout le soin d'un Auteur; les défauts ordinaires sont réparés, les bassesses des désirs sont relevées, les impuretés en sont bannies, et tout ce que la belle âme peut désirer ou penser de beau, devient l'objet de celui qui écrit et de celui qui le lit […] et ne laisser rien de grand et de beau à désirer à la curiosité de son lecteur.» (Pure, 1660: II, 373-374).

15. «Car la verité ne fait les choses que comme elles sont; et la vray-semblance les fait comme elles doivent estre. La verité est presque toûjours défectueuse, par le mélange des conditions singulières, qui la composent.» (Rapin, 1675: XXIV, 36).

16. «[…] à l'âge classique les mondes décrits par la littérature s'éloignaient considérablement de la réalité empirique et de la vie quotidienne.» (Pavel, 1993: 13).

Se alejó, igualmente, de aquella repetición de tópicos característica del *roman héroïque* que lo había vuelto predecible, pues en este lo importante no era la novedad de la intriga, sino la capacidad de disponer de forma adecuada la trama respecto a las reglas. El *roman historique* mostraba, por el contrario, un interés mayor por la recepción, favoreciendo la claridad y simplificando las complejas narraciones, buscando atemperar lo maravilloso para hacer las historias más creíbles: «Un récit qui ne contient que du vrai est une histoire; un tissu de fictions est une fable; le melange de la fable et de l'histoire fait le roman.» (Cornevon, 1728: 47). La Historia ofrecía nuevas herramientas a la hora de construir un tipo de ficción donde el lector se reconociese, de ahí que acudiese a las memorias, a las biografías o a las cartas, lo que le permitía describir personajes menos tópicos y más complejos:

> […] ce qui s'est passé dans la ville me touche plus que ce qui se passe en Grèce; et ce qui arrive en mon siècle, fait plus d'impression en mon cœur, que ce qui est arrivé du temps de Romulus […] je soutiens hardiment […] qu'il n'y a point de distance de lieux, qui ôte la sensibilité du cœur, ni point de siècle si éloigné, que l'imagination ne rapproche assez, pour donner de la pitié, car ce sont les choses en elles-mêmes qui touchent […] (Scudéry, 1658)[17]

Algunos autores han interpretado este diálogo del *roman* con la Historia como la prueba del surgimiento de un nuevo tipo de ficción verdadera a través de la cual el *roman* inició su camino hacia el realismo (Tieje, 1913; May, 1955). Sin embargo, este diálogo escenificó, más bien, una tensión entre, por un lado, aquella aproximación poética y prescriptiva, defendida por los eruditos y fundamentada en la *dispositio*, que repetía constantemente unas tramas que hastiaban al público mundano; y, por otro lado, una aproximación retórica y descriptiva, interesada en los procesos de recepción y en emocionar al público.

Hacia 1660 podemos señalar el inicio de una tercera fase en la que se mira más allá de la epopeya, hacia formas narrativas hasta ahora marginales: picaresca, *roman comique*, *nouvelles*, historiografía, literatura galante, etc. Vinculada con las formas lúdicas mundanas de la *honnêteté*, de la conversación y las descripciones, lo galante ocupa un lugar central a la hora de comprender las transformaciones de la poética clásica a finales de siglo y a la hora de explicar el paso de un régimen prescriptivo a un régimen descriptivo[18] que culminará con el auge de la *nouvelle-roman*. Tras el paulatino triunfo de esta, observamos un proceso de mundanización (Génetiot, 1997) y de acentuación retórica de lo literario, caracterizado por la descripción y por los efectos de recepción: «[…] enfin on ne reconnoist la veritable Poësie que par l'impression qu'elle fait sur l'âme: elle n'est point comme il faut qu'elle soit, si elle ne va au cœur.» (Rapin, 1675: XL, 75). Este régimen descriptivo

17. Citado en (Esmein, 2004: 194-195).

18. «Il me paraît donc que l'essor de la nouvelle galante correspond à un essor du régime descriptif au detriment du prescriptif, et que le recours à l'histoire vaut dans ce cadre, comme un moyen de légitimer la description» (Viala, 2002: 292).

cuestionaba el campo literario pretérito y sus jerarquías entre géneros, favoreciendo la defensa de nuevos géneros[19] asentados en las emociones de un público que parece sustituir al juicio erudito de la *république des lettres*. Proponía, asimismo, una nueva noción de verosimilitud doxológica, la cual favorecía los procesos de reconocimiento e identificación entre lector y obra –esto es, la recepción– a través de un imaginario cultural compartido, es decir, de una *doxa* (Cauquelin, 1999): «Le vraisemblance est tout ce qui est conforme à l'opinion du public.» (Rapin, 1675: XXIII 34). Retomaba, pues, ciertas estrategias persuasivas de la retórica, empleando los lugares comunes (Goyet, 2018) para lograr atraer al lector al mundo ficcional propuesto.

En el siglo XVI y XVII se distinguían tres sentidos del término verosímil (Duprat, 2004). Moral, donde para que la fábula fuese verosímil los malos debían ser castigados. Social, donde la obra debía estar conforme a la opinión pública. Ontológico, en el que lo verosímil superaba lo verdadero en nombre de una idea superior perfecta. A finales del siglo XVII la *nouvelle-roman* ya no comprende la verosimilitud como la trasposición del ideal al arte mediante las reglas, esto es, de forma axiológica u ontológica, sino que se piensa a partir de la reacción del espectador, buscando el reconocimiento y la adhesión de este a un mundo conocido y compartido culturalmente, entendiendo la verosimilitud como *doxa* (Declercq, 1992: 136-140): «On est accoutumé depuis un certain nombre d'années, à ne donner au public […] que des fictions conformes à nos mœurs présentes.» (Auvigny, 1735: iii). Este tipo de ficción no busca provocar una creencia racional en ella, sino una adhesión sentimental: «[…] la vraisemblance et l'effet théâtral n'exigent pas que l'on croie à la fiction, mais qu'on y adhère; et c'est à quoi se sont mépris les spéculateurs.» (Marmontel, 1818-20: XV, 384). Esta verosimilitud doxológica buscará generar un patetismo y una *enargeia* entre obra y espectador –o adhesión– que constituirá su fundamento.

> Par un roman, on a entendu jusqu'à ce jour un tissu d'événements chimériques et frivoles, dont la lecture était dangereuse pour le goût et pour les mœurs. Je voudrais bien qu'on trouvât un autre nom pour les ouvrages de Richardson, qui élèvent l'esprit, qui touchent l'âme, qui respirent partout l'amour du bien, et qu'on appelle aussi des romans. (Diderot, 1951a: 1059)

Esta verosimilitud entroncaba con aquellas propuestas de los irregulares, interesados por las cuestiones de la *elocutio*, y proponía un nuevo pacto de lectura entre obra y lector que favoreció el surgimiento de nuevas estrategias narrativas

19. «[…] les longs romans pleins de paroles et d'aventures fabuleuses, et vides des choses qui doivent rester dans l'esprit du lecteur et y faire fruit, étaient en vogue dans le temps que les Chapeaux pointus étaient trouvés beaux. On s'est lassé presque en même temps des uns et des autres […]» (Le Noble, 1694: 596).

a finales de siglo, las cuales terminaron por definir un tipo nuevo de ilusión[20], caracterizada por la adhesión emocional y la conmoción sentimental, sustentado en un mundo reconocible y cotidiano: «Un bon roman doit être le tableau de la vie humaine.» (Desfontaines, 1757: I, 218-219). Se desarrolló, pues, un realismo romanesco[21] que abría la ficción al problema de la realidad (Pavel, 2002), donde lo importante no eran los medios técnicos empleados, sino el efecto producido. No obstante, se favorecieron, también, los escenarios reconocibles[22], la complejidad psicológica de los personajes[23], empleando tipos comunes[24], etc. Todo ello estaba al servicio de un aprendizaje moral, no mediante un precepto ideal –como en el régimen prescriptivo–, sino a través de un ejemplo real, de lo humano[25], pues se considera que emociona con mayor intensidad al espectador.

> Une maxime est une règle abstraite et générale de conduite dont on nous laisse l'application à faire. Elle n'imprime par elle-même aucune image sensible dans notre esprit: mais celui qui agit, on le voit, on se met à sa place ou à ses côtes, on

20. «L'objet de l'art n'est pas la vérité elle-même, mais l'apparence de la vérité. Pour offrir cette apparence, il est obligé de recourir à des moyens de convention: c'est-à-dire qu'il est forcé de se permettre des mensonges, que les spectateurs conviennent de recevoir comme des vérités, et sans cette convention, l'art n'existerait pas […] La sorte de vérité que l'artiste se propose, ne va donc pas jusqu'à produire l'illusion.» (Levesque, 1792: V, 800).

21. «En quittant le champ proprement "poétique", le roman rompt aussi avec la conception classique de la vérité en art, qui est fondée sur l'imitation de la "belle nature". Renoncer, par la force des choses, à cette poétique globale, qui vise à construire un objet clos et cohérent, "surnaturel" par idéalisation, conduit le roman à préférer la prise en compte "rhétorique" des procédés divers –ce qui donne le primat à l'élocutio– en vue d'une efficacité immédiate, sans médiation intellectuelle. C'est à ce prix qu'on été fondées, sur les ruines de la vraisemblance, les conditions de possibilités du réalisme romanesque moderne […]» (Bury, 2000: 33).

22. «On n'a point assemblé les hommes pour leur montrer sur un théâtre ce qui se pase tous les jours autor d'eux, surtout parmi la populace. La nature est encore plus vraie et plus touchante que son imitation, et s'il ne s'agissait que de la vérité, les carrefours, les hôpitaux, la grève seraint de salles de spectacles.» (Marmontel, 1818-20: XIII, 178).

23. «Les héros des Romans modernes sont mieux caractérisés; on leur donne des passions, des vertus, ou des vices, qui se sentent de l'humanité; ainsi tout le monde se retrouve dans ces peintures, qui doivent être précises, et marquées par des traits qui expriment nettement le caractère du Héros, afin que l'on ne s'y trompe pas et que l'on connaisse d'abord sa qualité prédominante, qui doit donner le branle à tous les mouvements, et à toutes les actions de la vie. C'est ce qui inspire au lecteur de la curiosité, et une certaine impatience de voir la fin des incidents, dont la lecture cause un plaisir fort exquis, quand ils sont finement maniés.» (Morvan de Bellegarde, 1702: 90-91).

24. «Pour mieux […] jeter dans les esprits les semences de ces vertus nécessaires à toute société, on a choisi des personnages dans l'ordre commun […] De tels personnages, qui se rapprochent plus de la nature, et la simplicité du style qui leur convient ont paru devoir faire plus d'impression et mieux concourir au but proposé: les théâtres ont assex de ces aventures tragiques qui ne se passent qu'entre des souverains et qui sont de peu d'utilité pour rester des hommes.» (Voltaire, 1832: 13-14).

25. «Le roman enfin est le livre de l'humanité. Il insinue dans notre âme cette sensibilité, cette tendresse, le principe des véritables vertus […] De tous les genres de livres, le roman est celui qui les fait naître, les soutient et les fortifie davantage.» (Arnaud, 1745-56: xii).

> se passionne pour ou contre lui; on s'unit à son rôle, s'il est vertueux; on s'en écarte avec indignation, s'il est injuste et vicieux. (Diderot, 1951a: 1060)

El abandono de ciertos autores de la aproximación poética anterior, prescriptiva y axiológica, por un nuevo tipo de ficción, descriptiva y doxológica, provocó el resurgir de las críticas hacia la *nouvelle-roman* desde 1660. Favorecidas, por un lado, por un resurgir del agustinismo platonizante, que se mostraba reacio a la ficción y a la imagen (Thirouin, 1997), y que consideraba el *roman* como engañoso[26] y corruptor de las costumbres[27]; y, por otro lado, por aquellos críticos y eruditos de la *République des Lettres* que, ante el cuestionamiento de las jerarquías y los géneros antiguos por parte de los modernos –con el resurgir de la *querelle des anciens et des modernes*–, veían peligrar el control que ejercían sobre la publicación desde las instituciones literarias oficiales, al desplazar el lugar del juicio hacia el público y hacia la recepción. Sin embargo, las *nouvelles-romans* continuaron incrementándose a lo largo del siglo XVIII (May, 1963: 75), junto a las críticas[28] y al deseo por controlar su publicación, hacia 1738[29]. Se trataba, además, de un momento en el que el joven monarca, Luis XV, buscó afirmar su poder tras la Regencia, en un contexto marcado por las tensiones institucionales y por unas críticas refugiadas tras las publicaciones clandestinas, que la monarquía intentó controlar de nuevo afirmando tanto aquella institución literaria de antaño como sus valores poéticos, sus clasificaciones genéricas y sus jerarquías; valorándose, así, esta *nouvelle-roman* como un desestabilizador del orden inherente al régimen axiológico.

Georges May ha señalado que para contrarrestar estas críticas sobre su inverosimilitud y amoralidad (explicando el desarrollo del *roman* y su evolución hacia el realismo a partir de este dilema) la *nouvelle-roman* dialogó con la disciplina histórica. De ahí que algunos autores afirmasen en sus prefacios la verdad de los hechos relatados en él: «Ce n'est point ici un Roman, c'est une Histoire très véritable» (Boisguilbert, 1675: 1-2). Esto generó una controversia sobre qué tipo de

26. «Le poète est, dis-je, maître de ses vers, mais il ne l'est pas du cœur de l'homme […] Il ne peut pas non plus regler les pensées et les affections de ceux qui lisent ses ouvrages, et prévenir tous les mauvais effets que causent infailliblement les funestes images dont il remplit leur esprit.» (Lamy, 1668: 46).

27. «[…] selon les principes de la Religion Chrétienne, et les règles de l'Évangile. Un faiseur de Romans et un poète de théâtre est un empoisonneur public, non des corps, mais des âmes des fidèles […] Plus il a en soin d'en couvrir d'un voile d'honnêteté les passions criminelles qu'il y décrit, plus il les a rendu dangereuses, et capables de surprendre et de corrompre les âmes simples et innocentes.» (Nicole, 1683: 253).

28. «La lecture des romans est plus dangereuse: je ne voudrais pas que l'on en fît un grand usage; ils mettent du faux dans l'esprit. Le roman n'étant jamais pris sur le vrai, allume l'imagination, affaiblit la pudeur, met le désordre dans le cœur; et pour peu qu'une jeune personne ait de la disposition à la tendresse, hâte et précipite son penchant.» (Lambert, 1748: 81-82).

29. «Le goût misérable des romans, ainsi ressucité, paraissait un peu ralenti ces dernières années par le zéle du chef de la magistrature, qui les a proscrits avec raison: mais les Français aiment trop la bagatelle et l'amusement pour pouvoir se passer longtemps de livrer puérils et frivoles […] Goût méprisable et fatal, contre lequel on a beau s'élever.» (Granet, 1739: 50).

ficción realmente proponían: «[…] leurs auteurs font souvent la sottise d'en avertir leurs lecteurs à la tête de l'ouvrage. Quelle illusion prétendent-ils faire, après cela? Cependant l'illusion est essentielle à un livre de fiction. C'est un grand arte de savoir éviter l'apparence de l'art.» (Desfontaines, 1757: 220). En los prefacios de muchas *nouvelles-romans* asistimos, pues, a un nuevo pacto de lectura y a un nuevo tipo de ilusión retórica que afirmaba su ficcionalidad mediante su aparente ocultamiento, a través de su diálogo con la Historia, aseverando en ellos la verdad de los hechos que iban a ser narrados (Herman, Kozul y Kremer, 2008). Algunos autores han querido ver tras esta afirmación sobre la verdad de la *nouvelle-roman* un preanuncio del realismo decimonónico, sin embargo, esta ilusión verdadera no pretendería interpretar el mundo circundante, sino plantear un nuevo pacto de lectura –de carácter retórico– que buscaba la adhesión sentimental a lo conocido[30], a los lugares comunes, y el mejoramiento moral del Hombre[31]. La descripción que promulgaba se circunscribía a los caracteres de los hombres y no tanto al entorno físico y social, pues no pretendía dar cuenta de la realidad (Souiller, 2002: 18), ya que, «décrire, ce n'est jamais décrire du réel, c'est faire preuve de son savoir-faire rhétorique» (Hamon, 1993: 13 y 26).

> Le roman donc représente l'homme tel qu'il est, ses vertus, ses vices; c'est un tableau naturel de la société à la portée de tous les esprits. Chaque lecteur peut goûter le plaisir de s'y reconnaître, de s'y retrouver, et par conséquent, de s'amuser et de s'instruire à la fois, beaucoup mieux qu'en parcourant tous les volumes d'histoire. (Arnaud, 1754; cit. en Montandon, 1999: 38)

Esta descripción o ilusión verdadera, de carácter retórico, tenía, por tanto, una finalidad moral que buscaba permitir al lector corregir sus vicios al verlos expuestos: «Il me semble du moins que c'est rendre un service aux mœurs, que de dévoiler les moyens qu'emploient ceux qui en ont de mauvaises pour corrompre ceux qui ont de bonnes, et je crois que ces lettres peuvent concourir efficacement à ce but.» (Laclos, 1952: 5). De ahí que la *nouvelle-roman* se presente, ante las críticas de inmoralidad, como un género de ejemplaridad superior a la Historia, castigando el vicio y recompensando la virtud.

> Laissons à l'histoire à traverser les hommes vertueux, à détrôner les bon princes, à faire prospérer les tyrans, à établir des scélérats sur la ruine des plus gens de bien […] Mais le roman doit faire tout le contraire: la vertu y doit être honorée, la probité s'y doit faire estimer des princes, la sagesse y être récompensée. (Lenglet-Dufresnoy, 1970: 63)

30. «C'est toujours par une relation qui nous est personnelle que [le] sentiment nous saisit […] il est […] plus ou moins vif selon que le rapport qu'il suppose de l'objet à nous est plus ou moins direct et sensible.» (Marmontel, 1818-20: XIV, 146).

31. «Si les auteurs qui écrivent des romans dans ce goût nouveau, toujours attachés au vrai, ne se laissent point entraîner à quelque nouvelle mode (car les ouvrages d'esprit y sont sujets), il y a apparence que leurs écrits seront aussi utiles pour former les mœurs que la comédie, puisqu'on rendra les romans le tableau de la vie humaine.» (Argens, 1754: II, 30).

Esta ilusión verdadera no fue el resultado de un deseo por describir en términos de parecido la realidad, esto es, de forma realista, como pretendía la Historia, sino la consecuencia de una nueva comprensión doxológica de la verosimilitud, la cual buscó, a través de la retórica y de la moral consecuente, un arte más vivo[32], más patético, como propuso la *nouvelle-roman* –entre otros géneros–, que favoreciese, finalmente, los procesos de adhesión del lector, ayudándole, a través de esta ilusión, a corregir su espíritu.

> O Richardson! J'oserai dire que l'histoire la plus vraie est pleine de mensonges, et que ton roman est plein de vérités. L'histoire peint quelques individus; tu peins l'espèce humaine: l'histoire attribue à quelques individus ce qu'ils n'ont ni dit, ni fait; tous ce que tu attribues à l'homme, il l'a dit et fait: l'histoire n'embrasse qu'une portion de la durée […] j'oserai dire que souvent l'histoire est un mauvais roman; et que le roman, comme tu l'as fait, est une bonne histoire. O peintre de la nature! C'est toi qui ne mens jamais. (Diderot, 1951a: 1067-68)

## 3. De la crisis de la retórica a la elocuencia persuasiva: simplicidad, naturalidad y familiaridad

Esta transformación poetológica acontecida a finales del siglo XVII, en la que la *elocutio* predomina sobre la *dispositio*, debe comprenderse, paradójicamente, como el resultado de una crisis previa de la retórica, sucedida en los años 30, cuando esta fue cuestionada como fundamento del pensar y del conocimiento (Declercq, 1999). Un hecho que provocó una crisis de los campos del saber (Caron, 1992) que afectó profundamente al ámbito de los discursos, redefiniendo el lugar de la palabra, de la poética y de las diversas artes que se sustentaban sobre la retórica, las cuales se alejaron a partir de entonces de los problemas de la Verdad para abrirse hacia la exploración de la dimensión persuasiva de los discursos. Como resultado de las críticas a la lógica neoaristotélica, que había fundamentado una retórica comprendida como un procedimiento de conocimiento y acceso a la verdad, Descartes propuso un nuevo método analítico, simple y claro, abierto a un razonamiento natural que buscaba alcanzar un conocimiento verdadero a través de la experiencia. Se oponía, con ello, a los complejos silogismos lógicos de la retórica aristotélica, así como a aquellos recursos del orador, como los lugares comunes o *doxa*, mediante los cuales este buscaba convencer al auditorio, en tanto que se consideraban como el fundamento de la argumentación verosímil: «Je réputais presque pour faux tout ce

32. «Le faux en lui-même nous blesse et n'a pas de quoi nous toucher. Que croyez-vous qu'on cherche si avidement dans les fictions? L'image d'une vérité vivante et passionnée; nous voulons de la vraisemblance dans les fables même, et toute fiction qui ne peint pas la nature est insipide. Il est vrai que l'esprit de la plupart des hommes a si peu d'assiette qu'il se laisse entraîner au merveilleux, surpris par l'apparence du grand. Mais le faux, que le grand leur cache dans le merveilleux, les dégoute au moment qu'il se laisse sentir; on ne relit point un roman.» (Vauvenargues, 1821: I, 111-112).

qui n'était que vraisemblable.» (Descartes, 1888: 52). Su método privilegiaba la Naturaleza sobre los tópicos del arte retórico, considerando los lugares comunes como perjudiciales[33], pues pensaba que la ciencia no debía reflexionar sobre el mundo a partir de una lógica interna al ser humano, sino en función de un análisis de un mundo exterior. Nos encontramos, así, ante dos caminos de acceso a la verdad, uno fundamentado en la *doxa*, otro fundamentado en el conocimiento profundo de los temas y que considera al primero como un signo de ignorancia científica.

La retórica al dejar de ser el fundamento del razonamiento sobre la Verdad se vio obligada a profundizar en sus facultades de persuasión, encontrando un espacio propicio para su desarrollo en el mundo de la predicación religiosa (Vénuat-Jérémie, 2015). Se favoreció, así, una elocuencia de la carne (Boucher, 1894) que situaba al hombre y sus facultades psicológicas en un lugar prioritario, y que se dirigía hacia la persuasión del fiel para convencerle sobre la verdad divina. Para lograrlo se impulsaron ciertas estrategias expresivas que acudían a las lágrimas y al patetismo, retomando las vías de lo sublime (Hache, 2002), considerando que eran las palabras claras y sencillas del Evangelio las que encarnaban aquella energía capaz de lograr la conversión del oyente. Recordemos que Descartes, frente a la verosimilitud, había propuesto ya una vía de lo natural y de lo simple[34], la cual se incorporó a esta nueva elocuencia sagrada que elogiaba la claridad y que desarrollaba un estilo simple y natural, expresivo y sublime, que terminará por trasladarse a la teoría poética clásica (Bury y Meiner, 2013).

Ante las dos perspectivas lógicas enfrentadas: la ciencia analítica y la retórica silogística, una parte de los retóricos repensarán la retórica en relación con la verdad y con la lógica, en la línea cartesiana; sin embargo, otros, como Pascal, la repensarán sin sucumbir al pensamiento geométrico (Carr, 1990), considerando que no todo podía ser pensado de acuerdo al método. No obstante, y frente a la retórica académica humanista anterior, Pascal defiende una elocuencia de la simplicidad, caracterizada por lo bajo, común y familiar[35], no atrayéndole tanto las cuestiones del bien decir, sino aquella Verdad de Dios a la cual se accede mediante la persuasión de la palabra; y, por tanto, a través de un discurso que debía construirse sobre lo bajo y común, y sobre la familiaridad entre orador y auditorio, mostrando gran

33. «Cet art est donc dangereux pour les personnes qui n'ont qu'un petit savoir, parce qu'ils se contentent de ces preuves qui se trouvent facilement, et qu'ils ne prennent par la peine d'en chercher d'autres qui soient plus solides.» (Lamy, 1688: 315-316).

34. «Toute la méthode consiste dans l'ordre et la disposition des choses vers lesquelles il faut tourner le regard de l'esprit, pour découvrir quelque vérité. Or nous la suivrons exactement, si nous ramerons graduellement les propositions compliquées et obscures aux plus simples, et ensuite, partant de l'intuition des plus simple, nous essayons de nous élever par les mêmes degrés à la connaissance de toutes les autres.» (Descartes, 1953: 52).

35. «L'une des raisons principales qui éloignent autant ceux qui entrent dans ces connaissances du véritable chemin qu'ils doivent suivre, est l'imagination qu'on prend d'abord que les bonnes choses sont inaccesibles, en leur donant le nom de grande, hautes, élevées, sublimes. Je voudrais les hommer bases, communes, familières: ces noms-là leur conviennent mieux: je hais ces mots d'enflure» (Pascal, 1991: 428).

interés por los efectos en el oyente. Readaptaba, así, la tópica y la verosimilitud de la retórica al gusto mundano, favoreciendo una retórica sentimental construida sobre el modelo de la conversación, que ya había sido elogiada por Descartes[36]. Esta retórica ya no entiende los lugares comunes como una enciclopedia erudita, sino como un espacio de reconocimiento e identificación que debe adaptarse a los imaginarios de un auditorio que tampoco debe aceptar sin más las ficciones idealizantes que se le propongan, sino identificarse con lo visto (Declercq, 1999: 650-651): «Une logique sans épines, qui n'est ni sêche ni abstraite; […] une rhétorique courte et facile, qui instruit plus par les exemples que par les préceptes, et qui n'a guère d'autre règles que ce bon sens vif et brillant.» (Bouhours, 1677: s. p.).

La lengua francesa, a través del elogio de la conversación, y en tanto que representación de un orden natural, se convirtió en un modelo de sencillez, claridad y naturalidad, que fundamentará las poéticas de un Clasicismo que se asentará, definitivamente, sobre los gustos mundanos y galantes[37], transformando el campo literario (Denis, 2001). Desde finales de siglo asistimos, pues, al desarrollo de una poética elocuente, natural, simple y familiar, expresiva y sentimental, progresivamente interesada por un *je-ne-sais-quoi* y por aquello que estuviese más allá de la claridad y de las reglas, como leemos en Boileau a propósito de lo sublime. Se rompía, así, con aquella obligatoriedad de la aproximación poética anterior de reflejar un orden natural reglado, propia del régimen prescriptivo y axiológico, que manifiesta ahora su debilitamiento (Bury, 2000: 17), favoreciendo una aproximación retórica y elocuente, interesada por los efectos de la recepción y por las sombras de las emociones.

> La clarté est bonne pour convaincre, elle ne vaut rien pour émouvoir. La clarté, de quelques manières qu'on l'entendre, nuit à l'enthousiasme. Poètes, parlez sans cesse d'éternité, d'infini, d'immensité, du temps, de l'espace, de la divinité, des tombeaux, de mânes, de enfers, d'un ciel obscur, des mers profondes, des fôrets obscures, du tonnerre, des éclairs qui déchirent la nue. Soyez ténébreux. (Diderot, 1995a: 235)

## 4. El patetismo en el arte del siglo xviii. La pintura moral de Greuze

La elocuencia sagrada ya se había interesado por el *pathos* y por lo sublime, que fue pensado –siguiendo a Longino– fuera de la tríada de los estilos retóricos, asociándolo a lo natural, a la sencillez y a lo familiar; favoreciendo su traslado a unas *belles-lettres* que se interesaban, también, por una elocuencia persuasiva,

36. «Je n'ai point trouvé de style plus commode, que celui de ces conversations honnêtes, où chacun découvre familièrement à ses amis ce qu'il a de meilleur en sa pensée […]» (Descartes, 1967: II, 1108).

37. «Mais ce qu'il y a de plus merveilleux en nostre langue […] c'est qu'estant si noble et si majestueuse, elle ne laisse pas d'être la plus simple et la plus naïve langue du monde […] La langue Française est peut-être la seule qui suive exactement l'ordre naturel, et qui exprime les pensées en la manière qu'elles naissent dans l'esprit.» (Bouhours, 1920: 45 y 55).

expresiva y sentimental, alejada de la razón[38]. Lo sublime atrajo la atención de la poética a finales del siglo XVII y, con él, las lágrimas y el *pathos*[39], que son asociados al movimiento del alma: «Q[…] que le sublime n'est pas proprement une chose qui se prouve et qui se démontre; mais que c'est un merveilleux qui saisit, qui frappe et qui se fait sentir.» (Boileau, 1966: 546). A lo largo del siglo XVIII este interés por el *pathos* se irá extendiendo bajo el término patético (Coudreuse, 1999: 3; Coudreuse, 2001), revelando un gusto por las emociones intensas ante la contemplación de una obra (Marchand, 2009).

> Le pathétique est cet enthousiasme, cette véhémence naturelle, cette peinture forte, qui émeut, qui touche, qui agite le cœur de l'homme. Tout ce qui transporte l'auditeur hors de lui-même, tout ce qui captive son entendement et subjugue sa volonté, voilà le pathétique. (Chamfort, 1776: II, 391)

La Bruyère, en *Les Caractères*, subrayaba todavía el pudor de los espectadores de teatro ante las lágrimas, reivindicando este efecto patético al considerarlo como un indicativo de la calidad de una obra. Frente a una poética pretérita dirigida hacia el control de las pasiones y sustentada en la lectura racional de la obra, desde finales del siglo XVII asistimos a una reivindicación de la reacción sentimental, la cual debía ser clara, visible y natural. Esta poética sentimental priorizaba la *elocutio*, interesándose por la recepción, por el público y por los efectos causados en él, favoreciendo que, a lo largo del siglo XVIII, la persuasión mediante los sentimientos se considerase más eficaz que la persuasión mediante la razón y las reglas[40]. Este patetismo auspició la experimentación artística, surgiendo nuevos géneros que buscaban explorar los procesos de identificación emocional entre obra y espectador, tras los que subyacía una finalidad moral que, junto a su inscripción en las cuestiones de la verosimilitud, dificulta el poder hablar de nacimiento de la estética. Las obras pasaban a ser valoradas, ahora, por este sentimiento y no por la adecuada disposición de las reglas.

> […] les poèmes et les tableaux ne sont de bons ouvrages qu'à proportion qu'ils nous émeuvent et qu'ils nous attachent […] c'est qu'un ouvrage peut être mauvais sans qu'il y ait des fautes contre les règles, comme un ouvrage plein de fautes contre les règles peut être un ouvrage excellent. (Du Bos, 1993: 22, 276)

38. «Il ne persuade pas proprement mai il ravit, il transporte et produit en nous une certain admiration mêlée d'étonnement et de surprise, qui est toute autre chose que de plaire seulement ou de persuader […] Il donne au discours une certaine vigueur noble, une force invincible qui enlève l'âme de quiconque nous écoute […] Mais quand le sublime vient à éclater là où il faut, il renverse tout comme un foudre et présente d'abord toutes les forces de l'orateur ramassées ensemble.» (Longino, 1674: 5).

39. «Pathos, mot grec qui signifie Passion, et ne s'emploie que pour signifier les mouvements que l'orateur excite dans les auditeurs, ne se dit guère qu'en conversation.» (Académie Française, 1694: 198).

40. «[…] cette vive délicatesse de sentiment d'où résulte le goût le sentiment l'emporte sur la raison, par la rapidité avec laquelle il nous instruit, et la force avec laquelle il nous persuade. La raison est un guide lent, qui ne nous découvre les choses que succesivement, et peut-à-peu. Le sentiment est une activité précipitée, qui nous les fait toucher et saisir.» (Laugier y Cochin, 1771: 47-48).

El llanto se convirtió, así, en uno de los elementos centrales de la renovación teatral: «[…] le petit Baron […] faisait pleurer tout le monde comme on saigne du nez.» (Voltaire, 1880b: 52), buscándose, constantemente, la emoción patética en el público[41]. Sin duda, el éxito de la obra de Richardson en Francia, a partir de los años 40 (Charles, 2018), incrementó este interés por lo patético y sentimental[42], viendo Diderot en él no tanto una ruptura con la tradición poética francesa y el triunfo de la *sensibility* inglesa, sino el refrendo de aquella aproximación retórica construida sobre la *elocutio* y la descripción de las cosas cotidianas, y no sobre las quimeras del modelo idealizante[43], como observaremos en su noción de drama.

Si bien la tragedia conservó su hegemonía en el siglo XVIII, sin embargo, las propuestas artísticas al incorporar paulatinamente las nuevas ideas poéticas fueron transformando los géneros pretéritos. Así, Diderot buscó con el drama diferenciar entre el efecto trágico, vinculado a la noción de *coup de théâtre*, y lo patético, vinculado a la noción de *tableau* (Frantz, 1998), lo que favorecía una comprensión más expresiva y energética[44], capaz de crear un aspecto de ilusión verdadera, en tanto que más natural[45]. Estas búsquedas se extenderán igualmente a un nuevo género de comedia seria que se alejará de la farsa y de la risa -característica de las *foires*, y que se prolongará en el *boulevard-*, acercándose a lo patético, definiendo un género medio, entre trágico y cómico, que algunos describirán como *larmoyante*[46].

> Si la Comédie doit être la représentation des mœurs […] on y voit un mélange de sérieux et de plaisanteries, de comique et de touchant. C'est ainsi que la vie des hommes est bigarrée; souvent même une seule aventure produit tous ces contrastes. (Voltaire, 1738: s. p.)

41. «Ô poètes dramatiques! L'applaudissement vrai que vous devez vous proposer d'obtenir, ce n'est pas ce battement de mains qui se fait entendre subitement après un vers éclatant, mais ce soupir profond qui part de l'âme après la contrainte d'un long silence et qui la soulage.» (Diderot, 1996: 1284).

42. «Sans *Pamela* Mylord, nous ne saurions ici que lire ni que dire […] on se sent attendri jusqu'aux larmes. Du moins avovera-je que ce livre m'a fait pleurer à plus d'un endroit.» (Crébillon, 2010: IV, 828-29).

43. «[…] le fond de son drame est vrai; ses personnages ont toute la réalité possible; […] les passions qu'il peint sont telles que je les éprouve en moi; ce sont les mêmes objets qui les émeuvent, elles ont l'enérgie que leur connais; […] il me montre le cours général des choses qui m'environnent. Sans cet art, mon âme se pliant avec peine à des biais chimériques, l'illusion ne serait que momentanée et l'impression faible et passagère.» (Diderot, 1951a: 1060-61).

44. «Un incident imprévue qui se passe en action, et qui change subitement l'état des personnages, est un coup de théâtre. Une disposition de ces personnages sur la scène, si naturelle et si vraie, que, rendu fidèlement par un peintre, elle me plairait sur la toile, est un tableau» (Diderot, 1951b: 1211).

45. «Je vais prouver que le nouveau genre appellé drame, qui résulte de la tragédie et de la comédie, ayant le pathétique de l'une et les peintures naïves de l'autre, est infiniment plus útile, plus vrai, plus intéressant, comme étant plus à portée de la foule des citoyens» (Mercier, 1773: 94).

46. «Il est singulière que le titre de comique larmoyante, donné d'abord par dérison à des monstres moitié gais, moitié tristes soit peu à peu devenue familiar même aux personnes les plus raisonnables et qu'il ne leur paraisse pas aussi ridicule que celui de tragique plaisant» (Cailhava, 1786: I, 18-19).

Descubrimos, pues, un interés generalizado en las diversas artes dieciochescas por encontrar un género medio que materializase estas nuevas búsquedas poetológicas descriptivas, interesadas en la recepción y en el efecto sentimental. Para ello incorporó buena parte de los hallazgos de la *nouvelle-roman*, estimulando la experimentación con nuevas estrategias narrativas; con escenarios y personajes sacados de la cotidianidad; con temas centrados en el drama familiar o en los infortunios del juego, de la ambición o de la virtud[47]: «[…] que le sujet en soit important; et l'intrigue, simple, domestique, et voisin de la vie réelle.» (Diderot, 1951b: 1246). En estos nuevos géneros el valor de una obra dependía del efecto causado y no de la *dispositio*: «Il ne faut donner l'exclusion à aucun genre, et si l'on me demandait quel genre est le meilleur, je répondrais, celui qui est le mieux traité» (Voltaire, 1738: s. p.); por lo que la jerarquía y la separación entre géneros, propias del régimen prescriptivo, parecían desdibujarse, favoreciendo la hibridación y el diálogo entre ellos. No obstante, continúa criticándose la pretensión de mezclar los géneros tradicionales entre sí: «Il serait dangereux d'emprunter, dans une même composition, des nuances du genre comique et du genre tragique. Connaissez bien la pentre de votre sujet et de vos caractères, et suivez-la» (Diderot, 1951b: 1247).

Esta transformación poetológica influirá, también, en la pintura de comienzos del siglo XVIII, a medida que las instituciones pictóricas que dominaban hasta ahora su producción: la Academia, la Corte y la Iglesia, se ven interpeladas por un público mundano y un mercado artístico creciente que demandan obras que les emocionasen y que respondiesen a sus nuevos gustos. Amparados por una nueva poética que sitúa la recepción y el juicio del sentimiento –del propio público– en un lugar preponderante. Aquellos géneros vinculados a una poética prescriptiva, como la pintura de historia, mitológica o religiosa, mantendrán su preponderancia; sin embargo, ante las demandas de un público y un mercado cada vez más variado y competitivo, los pintores buscarán nuevos caminos, intentando trasladar a la pintura aquellos géneros literarios que cosechaban éxitos, como la *nouvelle-roman*, el drama o la *comédie larmoyante*. Aspiraban, pues, a lograr un éxito semejante incorporando aquellas estrategias descriptivas y patéticas, alejándose de la carrera académica tradicional adscrita a la pintura de historia y al efecto trágico, lo que favorecerá el surgimiento de nuevos géneros pictóricos que explorarán el patetismo, las lágrimas, lo cotidiano y familiar, buscando la sencillez de lo natural.

47. «Les drames que j'aime sont ceux où […] les situations sont puisées dans la nature et offrent l'image fidèle de ce qui se pase chaque jour dans la société, où l'on peint la vertu aux prises avec le malheure […]» (Cubière-Palmézeaux, 1810: I, 94).



Fig. 2. Jean-Baptiste Greuze, *La Piété filiale*, 1763. Museo Estatal de San Petersburgo®.

Diderot había reflexionado en sus diversas obras literarias sobre la elocuencia silenciosa de la imagen, pues, como había teorizado la tradición retórica a propósito de la hipotiposis la imagen era fuente de expresividad, lo que la situaba en un lugar privilegiado dentro de esta nueva poética construida sobre los valores retóricos y expresivos que buscaba emocionar al espectador. Este diálogo entre palabra e imagen, característico de la retórica, había fundamentado desde el Humanismo el sistema de las artes: *ut pictura poesis*, mostrando la fuerte dependencia de las teorías pictóricas respectos a las teorías literarias, lo que se reflejará, nuevamente, en el siglo XVIII tras este diálogo entre pintura y nuevos géneros literarios que propondrá la obra de Greuze, tal y como expresan los propios literatos de su época: «Greuze et moi sommes deux grands peintres, du moins Greuze me reconnaissait pour tel. Nous nous connaissions depuis longtemps; il a mis le drame dans la peinture, et moi la peinture dans le drame» (Mercier, 1990: 17). Quizás, por ello, Diderot se interesó

por la obra de Greuze (Ehrard, 1986), explorando a través de él su nueva propuesta de ficcionalidad retórica: la ilusión[48], construida sobre el patetismo[49].

> Au récit d'une grande action […] nos larmes coulent. Quelle éloquence! Que éloge! On a excité notre admiration, on a mis en jeu notre sensibilité. Nous monstrons cette sensibilité. C'est une si belle qualité! […] Nous aimons mieux encore réciter une belle action que la lire seule. Les larmes qu'elle arranche de nos yeux tombent sur les feuillets froids d'un libre. Elles n'exhortent personne. Elles ne nous recommandent à personne. Il nous faut des témoins vivants. (Diderot, 1995a: 87)

Si bien apenas contamos con testimonios del propio Greuze, sin embargo, su obra fue interpretada, ya en su época, en función de los intereses de los distintos grupos en conflicto, asociándose frecuentemente a los filósofos[50], quienes buscaban a través del sentimiento una transformación de la sociedad, influenciados por la teoría de la *sensibility* (Vila, 1998). Esto ha llevado a algunos especialistas, como Barker, a querer ver tras su pintura una problemática sociológica, pues su obra irrumpió en unos instantes en los que una oleada moralista reivindica la necesidad de una reforma social. En ella, la familia y las virtudes cotidianas debían ocupar un lugar destacado, defendiendo algunos, ante la falta de ejemplaridad, la vía del arte como vehículo de esta transformación, viendo en Greuze un posible artífice para tal regeneración.

> M[…] mais Greuze doit avoir ici la premier place, il est le peintre de l'innocence, des vertus domestiques, et des passions douces destinées à unir les familles. Son carácter dominan test la vérité même, il appartient plus à notre âge […] que les images des vertus domestiques mille fois retracées dans nos meilleurs écrits, devenues l'aliment de tous les esprits, doivent enfin se reproduire dans les cœurs et devenir l'âme de la vie comune. (Pétiot, 1777: 35 y 40)

Más allá de este contexto, su obra fue, sobre todo, una respuesta pictórica a las transformaciones poetológicas de su época. De las distintas temáticas que afrontó, su fama quedó asociada a las escenas familiares en interiores domésticos, que fueron pintadas entre los años 60 y 70 (Fig. 2). Se trataba de escenas cotidianas, de gran patetismo, que pronto recibieron grandes elogios por parte de la crítica, como fue el caso de Diderot, quien vio en ellas un género nuevo: la pintura moral. Un género medio, entre la pintura de historia y la pintura de género.

48. «S'il fallait en croire quelques spéculateurs modernes, tout, dans les arts, devrait concourir à ce qu'ils appellent l'effet, c'est-à-dire à l'illusion et à l'émotion la plus forte; et plus l'illusion serait complète et le spectacle pathétique, plus il nous serait agréable […]» (Marmontel, 1818-1820: XIII, 189).

49. Esta noción de ilusión retórica se alejaría de la definición de ilusión estudiada por Hobson (1982).

50. «Comment! Vous passez sous silence. Et Monsieur Greuze […] L'un qui fait couler les larmes de nous yeux […] Quoi! L'un grand Philosophe […]» (Anónimo, 1779: 28).

> D'abord le genre me plaît. C'est la peinture moral. Quoi donc, le pinceau n'a-t-il pas été assez et trop longtemps consacré à la débauche et au vice? Ne devons nous pas être satisfaits de la voir concourir enfin avec la poésie dramatique à nous toucher, à nous instruire, à nous corriger et à nous inviter à la vertu? Courage, mon ami Greuze! Fais de la morale en peinture, et fais-en toujours comme cela […]. Que n'étais tu à côté de cette jeune fille qui regardant la tête de ton Paralytique, s'écria avec une vivacité charmante: Ah, mon Dieu, comme il me touche; mais si je le regarde encore je crois que je vais pleurer; et que cette fille n'était-elle la mienne! Je l'aurais reconnue à ce mouvement. Lorsque je vis ce veillard éloquent et pathétique, je sentis, comme elle, mon âme s'attendrir et des pleurs prêts à tomber de mes yeux. (Fig. 2) (Diderot, 2007: 234)

En estos cuadros, Greuze buscó trasponer la pintura de historia –inscrita dentro de un régimen pictórico prescriptivo– a un espacio doméstico y cotidiano –propio de un régimen descriptivo–, donde los héroes dan paso a personajes de baja condición, tal y como hemos señalado a propósito de la *nouvelle-roman* o del drama: «Le genre qu'il paroît avoir mis à la mode est à celui de l'histoire ce que les drames modernes sont à la tragédie» (Fréron, 1777: 339-340). Alejado de aquella comicidad farsesca, asociadas en su época a las escenas holandesas, Greuze nos presenta una comedia seria, fundamentada en el patetismo y la emotividad de lo cotidiano que se definirá como *tragédie domestique*: «[…] qui a pour objet la vertu et les devoirs de l'homme»; diferente a la tragedia que «[…] aurait pour objet les catastrophes publiques.» (Diderot, 1875: 308-309). Se trataba de una pintura construida sobre el patetismo: «C'est un père qui vient de payer le dot de sa fille. Le sujet est pathétique, et l'on se sent gagner d'une émotion douce et le regardant.» (Diderot, 2007: 164); que, de acuerdo a las nuevas reflexiones poetológicas, buscaba el reconocimiento del público, su adhesión e identificación con la escena para lograr conmover sus sentimientos y producir, finalmente, sus lágrimas y su elevación moral[51].

> Je n'ai jamais vû un coloris plus vrai, des larmes plus touchantes, une simplicité plus sublime. Les connoisseurs, les femmes, les petits-maîtres, les pédans, les gens d'esprit, les ignorans & les sots, tous les spectateurs sont d'accord sur ce Tableau. On croit voir la nature; on partage la douleur de cette file; on voudroit sur-tout la consoler. J'ai passé plusieurs fois des heures entieres à la considérer attentivement; je m'y suis enivré de cette tristesse douce y tendre, qui ressemle a la volupté; & je suis forti pénétré d'une mélancolie délicieuse. (Fig. 3) (Mathon de La Cour, 1765: 52-53)

Con estas tragedias domésticas, Greuze se alejaba de aquellos géneros, como la pintura de historia, que conducían al más alto reconocimiento y prestigio, otorgado por la institución académica y por una parte de la crítica del Salón que añoraban la *république des lettres* del siglo pasado (adscritos ambos a un régimen prescriptivo). Greuze apostaba, por el contrario, por un público mundano

51. «Ne devons-nous pas être satisfaits de le voir concourir enfin avec la poésie dramatique à nous toucher, à nous instruiré, à nous corriger et à nous inviter à la vertu?.» (Diderot, 2007: 234).

que asiste al Salón, que le visita en su estudio y que leía las nuevas publicaciones periódicas, buscando conmoverse. De ahí que sus obras dialogasen con los nuevos géneros literarios, como la *nouvelle-roman*[52] o la comedia *larmoyante*[53], buscando a través del contacto con los literatos más exitosos (y en cierto modo ajenos a la *république des lettres*, como Diderot, Mercier o Sedaine) legitimar sus propuestas, creando un género nuevo que fue, finalmente, reconocido por el público mundano: «M. Greuze est, sans contredit, de tous nos Artistes celui qui s'est le plus illustré dans ce genre, dont il peut passer en quelque sorte pour le premier inventeur» (Anónimo, 1777: 20). Pintar de acuerdo a un género reconocible era el primer paso para poder ser reconocido por las instituciones oficiales, tal y como había hecho Watteau con sus escenas galantes. Pero Greuze no se conformaba con el título académico de pintor de género, sino que buscaba el prestigio más elevado reservado a la pintura de historia. Sin embargo, su apuesta por una poética descriptiva, centrada en lo patético y en el juicio sensible, desestabilizaba el concepto de género y de jerarquía elaborado por la aproximación poética pretérita, fundamentada, asimismo, en la defensa de un juicio artístico basado en el reconocimiento de unas reglas que se consideraba garantes de un orden político y social, en el que la Academia de Pintura se inscribía todavía desde los tiempos de Le Brun y Félibien.

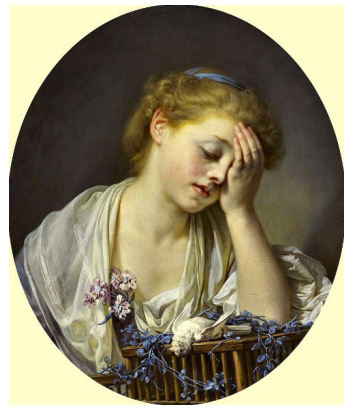


Fig. 3. Jean Baptites Greuze, *Une jeune fille, qui pleure son oiseau mort,* 1765. The National Galleries of Scotland, Edimbourg®

Su deseo de trasponer aquel patetismo a la pintura de Historia, como se refleja en su cuadro *Septime Sévère* (Fig. 4), suponía la mezcla de géneros y, sobre todo, de regímenes literarios[54], lo cual generó malestar (Poivet y Lemoine, 2005) entre unas instituciones oficiales que se veían amenazadas por el juicio sensible del público. Muchos criticaron de esta obra la mezcla impropia de géneros –o más bien de principios poetológicos– que proponía.

52. «Voici votre peintre et le mien; le premier qui se soit avisé nous de donner des mœurs à l'art, et d'enchaîner des événements d'après lesquels il serait facile de faire un roman.» (Diderot, 1984: 177).

53. «Dans six dessins qu'il a exposé cette année, il nous rappelle le genre qu'il a crée en quelque sorte. Je veux parler de ces détails de la vie privée qu'on pourrait nommer le comique larmoyante de la peinture et qui forment une suite de drames très intéresants.» (Anónimo, 1999: 67-69).

54. «c'est pourquoi l'Histoire […] le style héroique en Peinture, tient et doit tenir le premier rang […] M. Greuze, me répondrez-vous, qui m'a fait verser des larmes dans sa *Malédiction Paternelle*, ce grand Peintre n'est donc par un Peintre d'Histoire? […] M. Greuze est le Molière de la Peinture, mais il n'en est ni le Corneille, ni le Racine.» (Journal de Paris, 1777: 3).



Fig. 4. Jean-Baptiste Greuze, *L'Empereur Septime Sévère reproche à Caracalla*, 1769. Musée du Louvre®.

> Le sublime d'une fable n'est pas celui d'un poëme épique. Le bon pere de famille, le retour de nourrice, la mariée, sont des scênes charmantes; mais transformez ses acteurs en Consuls & en Dames Romaines, aulieu de ce paralitique, supposez encore un Empéreur expirant, & vous verrez que la maladie d'un héros & d'un homme du peuple, comme leurs fantés ne doivent pas être la même chose. La majesté des Césars demande un caractere de grandeur qui doit se faire sentir dans la form & dans les mouvements de l'ame & du corps. (Renou, 1773-74: 42-43)

Ni como pintor de género ni de historia, Greuze fue considerado por muchos como el pintor del sentimiento[55], al lograr dar forma pictórica a las nuevas ideas poéticas que estaban transformando el arte dieciochesco. No obstante, algunos

55. «Voici, Monsieur, un tableau d'histoire, de cet Artiste, dont vous connoissez le talent & la réputation. C'est *l'Empereur Severe* […] Je vous avouerai que quand elles seroient infructueuses, je ne pourrai jamais m'acoutumer à le voir comme peintre de genre; ses scenes philosophiques touchantes,

autores pretendieron reducir su obra a la simple influencia de las escenas de género de la pintura del norte: «Son ton de couleur et sa manière de peindre […] son dans le goût flamand […] pleins de naïveté, d'expression et de vérité» (Correspondance littéraire, 1878: 94). Sin embargo, más allá de sus deudas formales con esta tradición, sus cuadros ponían de manifiesto el deseo de explorar lo natural, la sencillez y lo verdadero, característica de una elocuencia expresiva que triunfa desde finales del siglo XVII en Francia y que había explorado Roger de Piles en su teoría pictórica a través del color (Lichtenstein, 1999). Fue, precisamente, esta asociación entre categorías como lo verdadero, la sencillez y lo natural, y la pintura del norte[56], manifestada por de Piles, lo que facilitó el redescubrimiento de esta tradición pictórica en el siglo XVIII, favoreciendo un tipo de pintura que adaptaba las nuevas búsquedas poéticas a las formas del norte –al creer ver encarnadas en ella estas nuevas ideas–. No obstante, la crítica tendió a distinguir entre la pintura francesa, más inclinada a la moral y a lo agradable, respecto a la pintura del norte, más inclinada a lo verdadero[57], logrando, precisamente, Greuze crear un género medio entre ambos[58].

Greuze se asoció en su época a los nuevos géneros literarios, ya fuera a la *comédie larmoyante* de La Chaussée[59] o a Molière: «Il est le Moliere de nos Peintres» (La Porte, 1755: 17), mostrando cómo su aproximación retórica-patética a la pintura, deudora de la literatura, fue reconocida por los propios críticos.

> Témoins tous ces jolis Tableaux, sort à la mode depuis quelques années, où l'on représente de petites scenes morales, très intéressantes pour le plus grand nombre des spectateurs. Ce goût a passé de l'Opéra Comique sur la toile. Ce dont comme autant de situations gaies ou attendrissantes, tirées de nos Drames modernes; & les Peintres de ce genere pourroient s'appeller à juste titre les Sedaines, Les Favart, Les Marmontel de la Peinture, si pourtant ceux-ci n'aiment mieux se dire les Greuze, les Aubry, les Théaulon, & les Wille de la Poésie Dramatique. (Anónimo, 1777: 19)

A finales de los años 70 la obra de Greuze estaba asociaba al patetismo: «[…] le tableau le plus pathétique que j'aie vue de ma vie.» (Bouquier, 1975: 98), y a

& neuves ne sont point des bambochades, & s'il falloit lui donner un titre qui rendit la plaisir qu'il fait éprouver dans ses ouvrages, je l'appellerois le peintre du sentiment.» (Anónimo, 1769: 37-38).

56. «[David II Teniers] se laissent entrainer par la vérité des ses paysages et le naïf de ses figures.» (Gersaint, 1744: 79).

57. «Teniers peint des mœurs plus vraies peut-être. Il serait plus aisé de retrouver les scènes et les personnages de ce peintre; mais il y a plus d'élégance, plus de grâce, une nature plus agréable dans Greuze […]» (Diderot, 2007: 168-169).

58. «Greuse. Son goût tient un milieu entre celui de Chardin & celui de Jeaurat. Il peint les Bourgeois de Village. Petite nature; mais grande manière.» (Baillet de Saint-Julien, 1755: 10).

59. «[…] pourquoi les excluroit-on de ces scenes villageoises dont ils augmentent le natural et la vérité. C'est là le caractère distinctif des ouvrages de M. Greuze […] Quant à l'invention et au génie, je crois qu'il en a plus qu'aucune des peintres François actuels: par son défaut de noblesse s'il ne vaut rien dans la tragédie, il est excellent pour le drame, pour larmoyant, c'est le La Chaussée de la peinture.» (Pindasat de Mairobert, 1779: 246-247).

las lágrimas: «[…] l'intérêt et le pathétique ont… fait verser les larmes aux âmes indifférentes.» (Le Brun, 1776: 93); reflejando su obra aquel proceso de transformación poetológica –desde lo prescriptivo a lo descriptivo– acontecida a finales del siglo XVII y que habría logrado trasponer a la pintura, permitiéndonos comprender sus escenas cotidianas como el resultado de esta nueva retórica sensible y no tanto como la consecuencia de una ruptura estética que habría dado lugar al realismo moderno.

## 5. Bibliografía

Abrams, M. H. (1974), *El espejo y la lámpara. Teoría romántica y tradición crítica*, Barcelona: Barral.

Académie Française (1694), *Le dictionnaire de l'Académie François,* 2 vols., Paris: Coignard.

Anónimo (1769), «Lettre sur l'exposition des ouvrages de peinture et de sculpture au Sallon du Louvre, 1769», en *Collection Deloynes*, t. XLIX, Rome.

Anónimo (1777), «Lettre V. Lettres pittoresques, a l'occasion des tableaux exposés au Sallon, en 1777», en *Collection Deloynes*, t. X, Paris: P.F. Gueffier.

Anónimo (1779), «Le miracle de nos jours; conversations écrite et recueillie par un sourd et muet et la Bonne lunette», en *Collection Deloynes*, t. XI.

Anónimo (1999), «Salon de 1769», en *Les salons des «Mémoires secrets», 1767-1787*, Bernadette Fort (ed.), Paris: ENSBA.

Argens, Jean-Baptiste de Boyer (1754), *Lettres Juives*, t. 2, La Haye: Pierre Paupie.

Arnaud, F. T. Baculard d' (1745-1756), «Préface», *Theresa, histoire italienne avec un Discours sur le roman, 1745*, 2 vols., La Haye.

Aubignac, Abbé de (1927), *La pratique du théâtre, 1657*, Jules Carbonel (ed.), Paris: Alger-Edouard Champion.

Auvigny, Jean de Castre de (1735), «Préface», en *Anecdotes galantes et tragiques de la cour de Néron*, Paris: Pierre-Michel Huart.

Bailey, Colin; Conisbee, Philip y Gaehtgens, Thomas (eds.) (2003), *The Age of Watteau, Chardin and Fragonard. Masterpieces of French Genre Painting*, Ottawa, New Haven: National Gallery of Canada, Yale U.P.

Baillet de Saint-Julien, Guillaume (1755), «Lettre a un partisan du bon goût. Sur l'exposition des Tableaux faite dans le grand Sallon du Louvre, le 28 août 1755», en *Collection Deloynes,* t. VI.

Barker, Emma (2005), *Greuze and the Painting of Sentiment*, Cambridge: Cambridge U.P.

Batteux, Charles (1771), *Les quatre Poétiques…*, 2 vols., Paris: Saillant et Nyon.

Boileau, Nicolas (1966), «Préface, Traité du Sublime», en *Œuvres Complètes*, François Escal (ed.), Paris: Gallimard.

Boisguilbert, p. (1675), «Le Pasant de Avis», en *Marie Stuart, reine d'Écosse. Nouvelle historique*, Paris: C. Barbin.

Bolième-Guerlet, Annick (1993), *Le genre romanesque. Des théories de la Renaissance italienne aux réflexions du XVII^e siècle français*, Santiago de Compostela.

Boucher, Édouard (1894), *L'Éloquence de la chair. Histoire littéraire de la Prédication*, Lille: Desclée de Brouwer.

Bouhours, Dominique (1677), «Avertissement», en *Manière de bien penser dans les ouvrages d'esprit*, Paris: Sebastien Mabre-Cramoisy.

Bouhours, Dominique (1920), *Entretiens d'Ariste y d'Eugene*, René Radouant (ed.), Paris: Bossard.
Bouquier, Gabriel (1975), «Observations critiques sur le Salon de 1775», *Revue du Louvre*, 25, 2, pp. 95-104.
Bray, René (1966), *La formation de la doctrine classique en France*, Paris: Nizet.
Brookner, Anita (1972), *Greuze. The Rise and Fall of an Eighteenth-Century Phenomenon*, London: Paul Elek.
Bury, Emmanuel (2000), «À la recherche d'un genre perdu: le roman et les poéticiens du XVII[e] siècle», en *Prospecttive della Ricerca sul genere narrativo francese del Seicento*, Pise-Genève: Édizioni Ets-Éditions Slatkine, pp. 9-33.
Bury, Emmanuel y Meiner, Carsten (dirs.) (2013), *La clarté à l'âge classique,* Paris: Garnier.
Cailhava d'Estandoux, Jean-François (1786), *De l'art de la comédie*, 2 vols., Genève.
Caron, Philippe (1992), *Des Belles Lettres à la Littérature. Une archéologie des signes de savoir profane en langue française, 1680-1760*, Bruxelles: Peeters.
Carr, Thomas (1990), *Descartes and the Resilience of Rhetoric: Variations of Cartesian Rhetorical Theory*, Edwardsville: Southern Illinois U.P.
Cauquelin, Anne (1999), *L'art du lieu commun. Du bon usage de la doxa*, Paris: Seuil.
Cassirer, Ernst (1993), *Filosofía de la Ilustración*, México: FCE.
Chamfort, S. R. N. (1776), *Dictionnaire dramatique*, 3 vols., Paris: Lacombe.
Chantalat, Claude (1992), *Á la recherche du goût classique*, Paris: Klincksieck.
Chapelain, Jean (1936), «Lettre à M. Carrel de Sainte-Garde, du 15 décembre, 1663», en *Opuscules Critiques*, Alfred C. Hunter (ed.), Genève: Droz.
Chapelain, Jean (2007), «Les Sentiments de l'Académie française sur la tragi-comédie du Cid, 1635», en *Opuscules critiques*, Alfred C. Hunter (ed.), Genève: Droz.
Charles, Shelly (2018), *Pamela ou les vertus du roman. D'une poetique à sa reception*. Paris: Garnier.
Cornevon, Seigneux de (1728), «Lettre à Mme D** sur les romans», en *Bibliothèque française, ou l'Histoire littéraire de la France*, Amsterdam: Jean Frédéric Bernard.
*Correspondance Littéraire, philosophique et critique* (1878), «septembre 1755», t. III, Maurice Tourneux (ed.), Paris: Garnier.
Coudreuse, Anne (1999), *Le goût des larmes au XVIII[e] siècle*, Paris: PUF.
Coudreuse, Anne (2001), *Le refus du pathos au XVIII[e] siècle*, Paris: Honoré Champion.
Coulet, Henri (1967), *Le roman jusqu'à la Révolution*, Paris: Armand Collin.
Crébillon, Claude-Prosper (2010), «Lettre a lord Chesterfield, 26 juillet 1742», en *Œuvres Complètes*, t. IV, J. Sgard (ed.), Paris: Garnier.
Cubière-Palmézeaux, Michel de (1810), «Le dramaturge ou la manie des drames sombres, Lettre a une femme sensible», en *Œuvres dramatiques*, 2 vols., Paris: Desmarets.
Dagen, Jean y Roger, Philippe (eds.) (2004), *Un siècle de deux cents ans? Les XVII[e] et XVIII[e] siècles. Continuités et Discontinuités*, Paris: Les Éditions Desjonquères.
Declercq, Gilles (1992), *L'Art d'argumenter*, Éditions Universitaires.
Declercq, Gilles (1999), «La Rhetorique classique entre évidence et sublime», en *Histoire de la Rhetorique dans l'Europe Moderne, 1490-1950*, Marc Fumaroli (dir.), Paris: PUF, pp. 659-665.
Denis, Delphine (2001), *Le parnasse galant*, Paris: Honoré Champion.
Denis, Delphine (2003), «Le roman, genre polygraphique?», *Littératures Classiques*, 49, pp. 339-366.
Descartes, René (1888), *Disocurs de la Méthode*, T. Charpentier (ed.), Paris: Hachette.

Descartes, René (1953), «Règles», en *Œuvres et Lettres*, A. Bridoux (ed.), Paris: Gallimard.
Descartes, René (1967), «La recherche de la Vérité par la lumières naturelle», en *Œuvres philosophiques*, t. II, F. Alquité (ed.), Paris: Garnier.
Desfontaines, Pierre-François (1757), «Observations sur les écrits modernes, 1736», en *L'esprit de l'Abbé des Desfontaines*, t. I, Londres: Clement.
Diderot, Denis (1875), «De la poésie dramatique», en *Œuvres Complétes de Diderot*, t. VII, J. Assézat (ed.), Paris: Garnier.
Diderot, Denis (1951a), «Éloge de Richardson», en *Œuvres*, André Billy (ed.), Paris:Gallimard.
Diderot, Denis (1951b), «Entretiens sur le Fils Naturel», en *Œuvres*, André Billy (ed.), Paris: Gallimard.
Diderot, Denis (1984), *Salon de 1765*, t. II, Else Marie Bukdahl y Annette Lorenceau (eds.), París: Hermann.
Diderot, Denis (1995a), *Salon 1767*, t. III, Else Marie Bukdahl, Michel Delon y Annette Lorenceau (eds.), Paris: Hermann.
Diderot, Denis (1995b), «Pensées détachées sur la peinture…», en *Salons de 1769, 1771, 1775…*, t. IV, Else Marie Bukdahl, Annette Lorenceau y Gita May (eds.), Paris: Hermann.
Diderot, Denis (1996), «De la poésie dramatique, 1758», en *Œuvres*, t. IV, L. Versini (ed.), Paris: Robert Laffont.
Diderot, Denis (2007), *Essais sur la peinture. Salons de 1759, 1761, 1763*, t. I, J. Chouillet y G. May (eds.), Paris: Hermann.
Du Bos, Jean-Baptiste (1993), *Réflexions critiques sur la poésie et sur la peinture*, Paris: ENSBA.
Dufour, Philippe (1998), *Le Réalisme: de Balzac à Proust*, París: PUF.
Duprat, Anne (2004), «Les trois formes du vraisemblance au XVII[e] siècle», en *Vraisemblance et Représentation au XVII[e] siècle*, M. Baschera, P. Dumont *et al*. (dirs.), Dijon: éditions CICE, pp. 219-274.
Ehrard, Antoinette et Jean (dirs.) (1986), *Diderot et Greuze*, Clermont-Ferrand: Adosa.
Esmein, Camille (ed.) (2004), *Poétique du roman*, Paris, Honoré Champion.
Esmein-Sarrazin, Camille (2018), *L'essor du Roman. Discours Théorique et Constitution d'un genre littéraire au XVII[e] siècle*, Paris: Honoré Champion.
Folkierski, Wladyslaw (1969), *Entre le Classicisme et le Romantisme. Étude sur l'esthétique et les esthéticiens du XVIII[e] siècle*, Paris: Champion.
Forestier, Georges (1990), «Imitation parfaite et vraisemblance absolue. Réflexions sur un paradoxe classique», *Poétiques*, 82, pp. 187-202.
Forestier, Georges y Néraudau, Jean-Pierre (dirs.) (1995), *Un Classicisme ou des Classicismes?* Pau: Publications de l'Université de Pau.
Frantz, Pierre (1998), *L'esthétique du tableau dans le théâtre du XVIII[e] siècle*, Paris: PUF.
Frantz, Pierre (2005), «Voltaire et ses fantômes», en *Dramaturgies du l'ombre*, François Lavocat y François Lecercle (dirs.), Rennes: P.U. Rennes, pp. 263-275.
Fréron, M. (1777), «1 janvier, 1777, Lettre XIV», en *L'Année Littéraire*, t. VI, E. Fréron y M. Grosier (eds.), Paris: Mérigot.
Génetiot, Alain (1997), *Poétiques du loisir mondaine*, Paris: Honoré Champion.
Gersaint, Edmé François (1744), *Catalogue de la vente Question de Lorangère*, Paris.
Giorgi, Giorgetto (1999), «Epopea e romanzo nelle poetiche italiane et francesi del Cinquecento», en *Riflessioni teoriche et trattati di poetica tra Francia e Italia nel Cinquecento*, Fasano: Schena Editore, pp. 141-150.
Godenne, René (1966), «L'association "nouvelle-petit roman" entre 1650 et 1750», *CAIEF*, 18, pp. 67-78.

Goldmann, Lucien (1964), *Pour une sociologie du roman*, Paris: Gallimard.
Goyet, Francis (2018), *Le Sublime du «lieu commun». L'invention rhétorique dans l'Antiquité et à la Renaissance*, Paris: Garnier.
Granet, Abbé François (1739), *Réflexions sur les ouvrages de littérature*, t. IX, Paris: Briasson.
Guez de Balzac, J.-L. (1629), «Lettre à une dame de qualité», en Esmein, Camille (ed.) (2004), *Poétique du roman*, Paris, Honoré Champion.
Hache, Sophie (2002), *La langue du Ciel. Le sublime en France au XVII^e siècle,* Paris: Honoré Champion.
Halliwell, Stephen (2002), *The Aesthetics of Mimesis. Ancient Texts and Modern Problems*, Princeton: Princeton U.P.
Hamon, Philippe (1993), *Du descriptif,* Paris: Hachette.
Hazard, Paul (1961), *La crise de la conscience européenne, 1680-1715*, Paris: Fayard.
Hegel, G. W. F (2006), *Filosofía del arte o Estética (verano de 1826)*, A. Gethmann-Siefert y B. Collenberg-Plotnikov (eds.), Madrid: Abada.
Herman, Jan; Kozul, Mladen y Kremer, Nathalie (2008), *Le Roman véritable. Stratégies préfacielles au XVIII^e siècle*, Oxford: Voltaire Foundation.
Hobson, Marian (1982), *The Object of Art. The Theory of Illusion on Eighteenth-Century France*, Cambridge: Cambridge U.P.
Huet, Pierre-Daniel (1670), *Traité de l'origine des romans*, Paris.
Journal de Paris (1777), «Seconde Lettre de M. Le comte de ***, 7 oct, 1777, n.º 280», *Journal de Paris*.
Kibedi-Varga, Aron (1966), «Pour une définition de la nouvelle à l'époque classique», *CAIEF*, 18, pp. 53-65.
Kibedi-Varga, Aron (1970), *Rhétorique et Littérature*, Paris: Didier.
Kibedi-Varga, Aron (1977), «La Vraisemblance. Problèmes de terminologie, problèmes de poétique», en *Critique et Création littéraire en France au XVII^e siècle*. Paris, CNRS, pp. 325-333.
Kibedi-Varga, Aron (1990), *Les poétiques du classicisme*, Paris: Klincksieck.
Kristeller, Paul Oskar (1986), «El sistema moderno de las artes», en *El pensamiento renacentista y las artes*, Madrid: Taurus, pp. 179-240.
Laclos, Pierre-Ambroise Choderlos de (1952), «Préface du rédacteur», en *Les Liaisons dangereuses, 1782*, Yves Le Hir (ed.), Paris: Garnier.
Lambert, Marquis de (1748), *Avis d'une mère à son fils et à sa fille, 1728*, La Haye: Jean Neaulme.
Lamy, Bernard (1668), *Nouvelles Réflexions sur l'art poétique*, Paris: André Pralard.
Lamy, Bernard (1688), *La Rhetorique ou l'art de Parler,* Paris: André Pralard.
Lanson, Gustave (1906), *Histoire de la littérature française*, 9.ª ed., Paris: Hachette.
Laugier, Marc-Antoine y Cochin, Charles-Nicolas (1771), *Manière de bien juger des ouvrages de peinture*, Paris: Jombert.
La Porte, Joseph de (1755), «Sentimens sur plusieurs tableaux exposés cette année dans la grand Sallon du Louvre. 1755», en *Collection Deloynes*, t. VI.
Le Brun, Abbé (1776), *Almanach historique raisonné des architectes, peintres, sculpteurs, graveurs et ciseleurs*, Paris: Delalain.
Lenglet-Dufresnoy, Nicolas (1970), *De l'usage des romans, 1735*, Genève: Slatkine Reprints.
Le Noble, E. (1694), «Au lecteur», en *Ildegerte, reine de Norvège, ou l'amour magnanime*, Paris: G. de Luyne, en Esmein, Camille (ed.) (2004), *Poétique du roman*, Paris, Honoré Champion.

Levesque, Pierre-Antoine (1792), «Art. 'vérité'», en *Dictionnaire des arts de Watelet*, t. V.
Lichtenstein, Jacqueline (1999), *La couleur éloquente. Rhétorique et peinture à l'Âge Classique*, Paris: Flammarion.
Longino (1674), «Traité du Sublime ou du Merveilleux dans le discours», en *Œuvres diverses Du Sieur D****, Boileau (ed.), Paris: Denys Thierry.
Marchand, Sophie (2009), *Théâtre et Pathétique au XVIII^e^ siècle. Pour une esthétique de l'effet dramatique*, Paris: Honoré Champion.
Marmontel, Jean-François (1818-1820), «Éléments de littérature», en *Œuvres Complètes*, 19 vols., Paris: Verdière.
Mathon de La Cour, Charles-Joseph (1765), *Lettre à Monsieur***, sur les Peintures, les Sculptures exposées au sallon du Louvre en 1765*, Paris: Bauche et Dhoury.
May, Georges (1955), «L'Histoire a-t-elle engendré le roman? Aspects français de la question au seuil du siècle des Lumières», *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, 55, pp. 155-176.
May, Georges (1963), *Le Dilemme du Roman au XVIII^e^ siècle*, Paris: PUF.
McKeon, Michael (2002), *The Origins of the English Novel, 1600-1740*, Baltimore: The Johns Hopkins U. P.
Mercier, Louis-Sébastien (1773), *Du théâtre, ou Nouvel essais sur l'art dramatique,* Amsterdam: Van Harrevelt.
Mercier, Louis-Sébastien (1990), *Tableau de Paris, Introduction au Tableau de Paris, Paris le jour, Paris la nuit*, Paris: Robert Laffont.
Merlin, Hélène (1994), *Public et littérature en France au XVII^e^ siècle*, Paris: Les Belles-Lettres.
Montandon, Alain (1999), *Le roman au XVIII^e^ siècle en Europe*, Paris: PUF.
Mourvan de Bellegarde, J.-B. (1702), «Lettre d'une Dame de la Cour à Monsieur l'Abbé de Bellegarde», en *Lettres curieuses de littérature et de morale*, Paris: J. et M. Guignard.
Nicole, Pierre (1683), «Première Vissionnaire, 1665», en *Les Imaginaire et les Visionnaires. Traité de la foi humaine*, Cologne: p. Marteau.
Pascal, Blais (1991), «De l'Esprit Géométrique», en *Œuvres Complètes*, t. III, Paris: Desclée de Brouwer.
Pavel, Thomas (1993), *L'art de l'éloignement. Essai sur l'imagination classique.* Paris: Gallimard.
Pavel, Thomas (2002), «Comment poser la question du réalisme», en *Réalisme et Réalité en question au XVII^e^ siècle*, D. Souiller (dir.), Dijon (col. Littérature Comparée, n.º 1), pp. 261-270.
Pavel, Thomas (2004), «Continuité ou Coupure? : considerations sur le roman français du XVII^e^ au XVIII^e^ siècle», en *Un siècle de deux cents ans? Les XVII^e^ et XVIII^e^ siècles. Continuités et Discontinuités*, Jean Dagen y Philippe Roger (eds.), Paris: Desjonquères, pp. 171-179.
Pavel, Thomas (2005), *Representar la existencia. El pensamiento de la novela.* Barcelona: Crítica.
Pétiot, Abbé (1777), *De l'opinion et des mœurs, ou de l'influence des lettres*, London-Paris: Moureau.
Pindasat de Mairobert, M. F. (1779), «4 january, 1779», en *L'Espion Anglais, ou correspondance secrète entre Milord All'Eye et Milord All'Ear*, 10 vols., t. X, London.
Piva, Franco (2008), «Crise du roman, roman de la crise. Aspects du roman français à la fin du XVII^e^ siècle», en *Prospecttive della Ricerca sul genere narrativo francese del Seicento*, Pise-Genève: Édizioni Ets-Éditions Slatkine, pp. 281-303.

Plazenet, Laurence (2001), «Révolution ou Imposture? De l'imitation à l'invention du roman grec en France aux XVI[e] et XVII[e] siècle», en *Commencements du roman,* Jean Bessière (dir.), Paris: Honoré Champion, pp. 23-47.
Poivet, Clémence y Lemoine, Annick (coms.) (2005), *Greuze et l'affaire du Septime Sévère,* Paris-Tournus: Somogy-Musée Greuze.
Pure, M. de (1660), *La Précieuse ou le mystère des ruelles. Dédiée à telle qui n'y pense pas*, 2 vols., Paris: G. de Luyne.
Rapin, René (1675), *Réflexions sur la Poétique de ce temps…* 2.ª ed., Paris: Claude Barbin.
Renou, Antoine (1773-1774), «Dialogues sur la Peinture», en *Collection Deloynes*, t. X, Paris: Tartouillis.
Scudéry, Madeleine (1658), *Clélie. Histoire romaine*, Quatrième Partie, livre II, t. VIII, Paris: Augustin Courbé, en Esmein, Camille (ed.) (2004), *Poétique du roman*, Paris, Honoré Champion.
Scudéry, Madeleine de (1665), «Préface», en *Ibrahim ou l'illustre Bassa, 1641*, 2 vols., Paris: Compagnie des Libraires du Palais.
Souiller, Didier (dir.) (2002), *Réalisme et réalité en question au XVII[e] siècle : position du problème*, Dijon (col. Littérature Comparée, n.º 1).
Tasso, Torquatto (1997), «Discours», en *Discours de l'art poétique, Discours du poème héroïque,* F. Graziani (ed.), Paris: Aubier.
Thirouin, Laurent (1997), *L'aveuglement salutaire. Le réquisitoire contre le théâtre dans la France Classique*, Paris: Honoré Champion.
Tieje, Arthur J. (1913), «A peculiar Phase of the Theory of Realism in Pre-Richardsonian Fiction», *PMLA*, 28(2), pp. 313-352.
Todorov, Tzvetan (1993), *Teorías del símbolo*, Caracas: Monte Ávila Editores.
Trottein, Serge (ed.) (2000), *L'esthétique, naît-elle au XVIII[e] siècle?*, Paris: PUF.
Vauvenargues, Luc de Clapiers (1821), «Des romans», en *Œuvres complètes de Vauvenargues*, t. I, Paris: J. L. J. Brière.
Vénuat, Monique y Jérémie, Christian (dirs.) (2015), *L'Éloquence ecclésiastique de la pré-Réforme aux Lumières*, Paris: Honoré Champion.
Viala, Alain (1985), *Naissance de l'écrivain*, Paris: Minuit.
Viala, Alain (2002), «De Scudéry à Courtliz de Sandras: Les nouvelles historiques et galantes», *Revue XVII[e] siècle: 'La invention du roman français au XVII[e] siècle'*, 2 (215), pp. 287-295.
Vila, Anne (1998), *Enlightenment and Pathology. Sensibility in the Literature and Medicine of Eighteenth-Century France*, Baltimore: The Johns Hopkins U. P.
Voltaire (1738), «Préface», en *L'enfant prodigue*, Paris: Prault.
Voltaire (1832), «Discours historique et critique à l'occasion de la tragédie des Guèbres» en *Œuvres de Voltaire*, t. IX, M. Beuchot (ed.), Paris: Levèvre-Firmin Didot.
Volatire (1880a), «Remarques sur les sentiments de l'Academie française sur la tragi-comédie du Cid», en *Œuvres complètes*, t. XXXI, Paris: Garnier.
Voltaire (1880b), «Lettre (1436) du 5 mai 1741, à M. Le Compte d'Argental», en *Œuvres complètes de Voltaire, Correspondance*, t. XXXVI, Paris: Garnier.
Watt, Ian (1987), *The Rise of the Novel*, London: The Hogarth Press.
Weinberg, Bernard (1961), *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance*, 2 vols., Chicago: University of Chicago Press.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425309326

# REBELIÓN DE LA COMPAÑÍA DE PRADO EN 1712

## *Rebellion of Prado's Company in 1712*

María Asunción FLÓREZ ASENSIO
Investigadora independiente
maflorezasensio0@outlook.es

Fecha de recepción: 15/11/2023
Fecha de aceptación: 16/02/2024

RESUMEN: A principios de 1712, formadas ya las compañías madrileñas, la pretensión del Ayuntamiento de incluir un nuevo actor en la dirigida por José de Prado fue rechazada por sus miembros, especialmente por sus actrices. Ante la insistencia y las amenazas de la Villa, la compañía tomó la drástica decisión de no representar en el corral que se le había asignado, refugiándose la mayoría de sus miembros en la iglesia de San Sebastián. Considerando esta actitud un atentando a su autoridad, el consistorio reforzó sus amenazas, que no hicieron mella en los actores. Sólo tras la petición dirigida por Prado al rey y la intercesión de Garcés, autor de la otra compañía estante en Madrid (y posiblemente de magnates como el duque de Osuna), se resolvió una situación que perjudicaba tanto a la Villa como a los actores.

*Palabras clave*: Rebelión compañía Prado; 1712.

ABSTRACT: At the beginning of 1712, with the Madrid companies already formed, the City Council's intention to include a new actor in the one directed by José de Prado was rejected by its members, especially by its actresses. Faced with the insistence and threats of the Villa, the company made the drastic decision of not performing in the corral that had been assigned to it, taking refuge in the church of San Sebastián. Considering this attitude an attack on its authority, the council reinforced its threats, which did not make a dent in the actors. Only after the request addressed by Prado to the king and the intercession of Garcés, author of the other company stationed in Madrid (and possibly of magnates such as the Duke of Osuna), was resolved a situation that was detrimental to both the Villa and the actors.

*Key words*: Prado Company Rebellion; 1712.

El 20 de mayo de 1712 la compañía de José de Prado[1], una de las dos estantes en la Villa y Corte, decidió no representar en el corral asignado (Príncipe), pese a haber puesto carteles y encontrarse el local «… con mucha gente y en los balcones personas de toda distinción»[2]. El motivo de tan grave «desacato»[3] –hoy sería una huelga salvaje– fue la imposición del consistorio a la compañía (cuando ya estaba formada) de tener que aceptar un nuevo miembro[4], causándoles con ello «grave perjuicio» pues «… esta porción menos les tocaría, hallándose los suplicantes en el último extremo de necesidad por la calamidad de los tiempos»[5]. La reacción de los cómicos no debió coger al Ayuntamiento por sorpresa pues el 19 de mayo ya sabía que Prado, tras incumplir la orden dada el día anterior para que «recibiese» a Luis Gerónimo[6], se había «… retirado a la iglesia de San Sebastián con los demás compañeros, faltando hoy día de la fecha a la representación de la comedia y del público»[7]. Inicialmente se intentó justificar como un problema transitorio. Según los libros de cuentas de los corrales, «En el día 19 de mayo de 1712 no representó Joseph de Prado, y se pone la cuenta corriente del Corral de la Cruz, por falta de dama cuando vino de Granada» (*Fuentes XVI*: 203); no obstante, pronto se demostró que el asunto era mucho más grave porque la compañía tampoco representó del 20 al 25 de mayo; sólo «En el día 26 de mayo volvió a representar Joseph de Prado»[8].

Tamaña indisciplina era muy peligrosa debido a que, por su dimensión pública, había hecho evidente ante todo Madrid la falta de respeto hacia el conde de Gondomar (protector de teatros) y Ayuntamiento, representado «… en su corregidor y comisarios, dando al pueblo el motivo no sólo de la inquietud y desazón, sino de la censura, pues viendo lo que ellos vociferaron, no estando instruidos del verdadero hecho, se atribuyó a defecto de la Junta lo que sólo fue malicia de su

1. Nieto de Antonio de Prado, hijo de José Antonio de Prado y de María de Anaya, pertenecía a una de las principales dinastías cómicas de la época. Su larga carrera se inicia hacia 1685. Autor de una de las compañías madrileñas desde 1710, murió en la Villa y Corte el 24 de enero de 1724. Ver su biografía en el *DICAT*.

2. Informe de la Junta del Corpus al rey, 25/05/1712, Archivo Municipal de la Villa (AMV), Secretaría, 2-201-15, sin foliación.

3. Así se califica en el acuerdo de la Junta madrileña de 21/05/1712, AMV, Secretaría, 2-201-15.

4. «Mandaron se notifique a Joseph de Prado, autor de una de las dos compañías de representantes, reciba en su compañía en papel de por medio a la persona de Luis Gerónimo y lo ejecute luego y sin dilación alguna con apercibimiento de apremio». Orden de la Junta a Prado del 18/05/1712, reiterada al día siguiente, AMV, Secretaría, 2-201-15.

5. Petición de Prado al rey, ¿23/05/1712?, AMV, Secretaría, 2-201-15.

6. Previsto inicialmente como 2.º barba de Garcés, fue desplazado por Antonio Gamarra, padre de Isabel Gamarra, contratada como 4.ª dama que «consta» que era música además de actriz. Acuerdo de la Junta del Corpus de 09/05/1712, AMV, Secretaría, 2-201-15. En 1713 Luis Gerónimo vuelve a figurar en la lista de Garcés, pero ahora como 4.º AMV, Secretaría, 2-201-16.

7. Acuerdo de la Junta de 19/05/1712, AMV, Secretaría, 2-201-15.

8. *Fuentes XVI*: 203. Según los libros de cuentas, Prado representó el martes 17 y miércoles 18 *El jenízaro de Hungría* (de Matos Fragoso). El jueves 26 representó *Amor, ingenio y mujer* (la había hecho del 5 al 8 del mismo mes). Ver *Fuentes XVI*: 203 y *Fuentes IX*: 56-57 *(Amor)* y137 *(Genízaro)*.

osadía»[9]. No obstante, si repasamos el ambiente teatral madrileño en los últimos años del XVII y principios del XVIII, este «desacato» se nos presenta como el estallido inevitable ante la situación cada vez más precaria en la que los comediantes venían desarrollando su trabajo.

Pese a lo extendido de la opinión que considera a los actores un grupo social marginado (García Valdecasas, 1989: 843; Rodríguez Cuadros, 1989: 36 y Amaya Macías, 2021: 224 y 226), lo cierto es que «… constituyeron un particular grupo social de alta profesionalidad, excelentemente organizado y respetado por amplios círculos de la sociedad» (Oehrlein, 1989: 33, y Flórez Asensio, 2018: 203-204), cuya posición era envidiada por sus colegas europeos. Por ejemplo, Pier Maria Cecchini afirma que «Sono di così onorata condizione quei comici che non è stato interdetto loro lo ascender a' gradi, […] stati conferiti, per riconoscimento dell'acutezza de i loro ingegni»[10]. Esto era especialmente cierto en el caso de las compañías estantes en Madrid, que actuaban continuamente ante el rey, aristócratas, altas autoridades del Estado y embajadores, constituyendo sus miembros un grupo integrado en los niveles medios de la sociedad urbana de la época. De hecho, la documentación conservada demuestra cómo los actores españoles contaron siempre con el apoyo de las autoridades civiles, las clases privilegiadas, incluido el propio monarca, así como con la decidida protección de la Iglesia[11] (fundamental para su integración social) gracias, principalmente, a la representación anual de autos sacramentales y también a las enormes exigencias del teatro cortesano. La aparición de un teatro musical netamente hispano –la fiesta real cantada–[12] en el que confluían música, pintura y poesía, terminó influyendo en otros géneros teatrales y convirtió a las actrices en protagonistas indiscutibles de la escena madrileña. Es indudable que ellas eran claramente conscientes de su relevancia social y profesional, sobre todo en una época de crisis generalizada en la que escaseaban los buenos actores y, especialmente, actrices-músicas de valía. Por ello no dudaron en defender de forma más decidida y enérgica que sus compañeros sus prerrogativas profesionales, protagonizando con mayor dureza y en mayor medida que ellos diversos enfrentamientos con las autoridades municipales (Flórez, 2006: 481 y Flórez Asensio,

9. Informe de la Junta del Corpus al rey de 25/05/1712, AMV, Secretaría, 2-201-15.

10. Prólogo «A' Lettori» en su *Brevi Discorsi Intorno Alle Comedie, Comedianti E Spettatori* (Vicenza, 1614). Ver en Marotti y Romei, 1994: 535-550, p. 543. Nacido en Ferrara en 1563, encarnó con éxito el papel de Frittellino (uno de los Zanni), y en sus últimos años asumió a Pantalone y el Doctor. Ver su biografía en Marotti y Romei, 1994: 63-64, n. 1; y *Dizionario Biografico degli Italiani*, t. 23 (1979). En red DOI: https://www.treccani.it/enciclopedia/pier-maria-cecchini_%28Dizionario-Biografico%29/. Fecha de consulta: 11/03/2023.

11. Se vincularon también con la Iglesia a través de la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, fundada en 1631 en Madrid, con sede y capilla propia en la iglesia de San Sebastián. Les garantizaba ayuda en caso de enfermedad, honras fúnebres dentro de la ortodoxia católica y un entierro en la iglesia.

12. Para sus características, que lo diferencian claramente de otros modelos europeos, ver Flórez, 2006: 229-350.

2023: 66-68). Así lo hicieron también en esta ocasión pues, en su informe[13] al monarca, la Villa señala cómo, tras ordenarse la admisión del nuevo actor, «… lo repugnó Joseph de Prado y su compañía con tal vehemencia que fue preciso mandárseles notificase que pena de cien ducados y seis meses de prisión admitiesen la parte que se les ponía y continuasen la representación». Pese a ello, «… no sólo obedecieron con desacato…», sino que «… pasaron las mujeres de dicha compañía a hacer nueva representación al Corregidor sobre su instancia, que no admitió, mandándolas obedeciesen y representasen, y desatendiendo esta orden se retiraron unas y otros individuos de la compañía al subterfugio del sagrado…», quedando suspendidas las representaciones en el corral. Resulta significativo que en la junta celebrada el 21 de mayo en el Ayuntamiento para acordar las medidas a tomar contra los rebeldes, se incida especialmente en penalizar al autor y a las actrices con medidas muy concretas y severas, siendo mucho más elusivos con los miembros masculinos:

> Se acordó que la compañía de dicho Joseph de Prado no pueda y se la prive de representar en esta Corte y en todo el reino, y a las mujeres que de dicha compañía puedan ser habidas se las ponga en la cárcel, para que desde allí pasen a la Casa de ~~San Nicolas de bari~~ Galera[14], en donde se las ponga y estén en reclusión por tiempo de cuatro años, y a Joseph de Prado, autor de ella, por el desafuero cometido se le reduzca a la cárcel y de allí se le lleve a galeras por tiempo de cuatro años; y a los demás hombres de dicha compañía que se hubiesen refugiado y lo estén, luego que puedan ser habidos se les ponga, así mismo, presos en la cárcel desta villa para pasar la junta a tomar la resolución que tenga por conveniente. (AMV, Secretaría, 2-201-15)

Atendiendo únicamente a la organización estamental de la sociedad barroca, apenas podríamos entender la rebeldía de la compañía de Prado. No obstante, hay dos aspectos, relacionados entre sí, que podrían explicarla. Uno sería la escasez de buenos representantes en Madrid que pudieran afrontar las exigencias del teatro cortesano, protagonizado esencialmente por las actrices[15], extendidas también a los autos sacramentales. El segundo serían las particulares circunstancias de un oficio que permitía a sus miembros más prestigiosos relacionarse con las élites de

13. Fechado el 25/05/1712, AMV, Secretaría, 2-201-15.

14. Tachado en el original y escrito encima «Galera». Estas prisiones femeninas fueron instituidas por Felipe III. Promovidas por sor Magdalena de San Jerónimo, buscaban la corrección de las reclusas, a las que se creía más «reformables» por su blanda naturaleza femenina que los hombres. Ver Barbeito, 1991 y Lagunas, 2000.

15. Los prejuicios contra los castrados, que los eliminaron del teatro musical cortesano y autos, favorecieron que las actrices asumieran todo el protagonismo en los papeles cantados, reflejándose claramente en su consideración socio-profesional, así como en sus retribuciones económicas, lo que contradice la visión de marginalidad de las actrices, sostenida, entre otros por Amaya Macias, 2021: 224 y 226-227 y Arias de Cossío, 2000: 56. Para la relevancia de las actrices-músicas ver Flórez, 2006: 476-484; y Bec, 2016.

la sociedad cortesana, e incluso el acceso directo a los reyes[16], cuya protección buscaban en caso de enfrentamiento con las autoridades municipales[17]. Lo cierto es que desde el último cuarto del siglo XVII los actores de las compañías madrileñas parecen haber establecido una relación privada con los aristócratas[18], que se prolongaba más allá de las tablas. Esta situación, así como la consideración social de los actores, se irán deteriorando con el cambio de siglo y dinastía debido, fundamentalmente, al escaso aprecio de Felipe V por la profesión cómica. Así se percibe en la resolución del monarca (26/05/1712) ante la rebelión de la compañía de Prado, cuando ordena que

> … compuesto luego este insustancial embarazoso reparo continue la compañía en representar, no se prive el pueblo de esta diversión y se excuse el notable reparo que produce en él un asunto en sus principios y fundamento tan débil y despreciable, y más particularmente cuando por el memorial se sujeta el autor Prado y se resigna al cumplimiento de aquella obediencia que se le impuso. (AMV, Secretaría, 2-201-15)

Un año más tarde contestó de forma aún más desabrida a la petición[19] de la Villa para que interviniese ante el desacato del actor Juan Álvarez, quien se hallaba «… refugiado con el patrocinio de persona de grado…» para evitar su inclusión en una de las compañías madrileñas, posiblemente con el objetivo de mejorar su contrato. No sólo rehusó intervenir, sino que concedió tácitamente permiso a todos los representantes para abandonar cuando quisieran las compañías al considerar que «No hallo interés de causa publica ni circunstancia en la poca edificativa profesión de la farsa, que pueda justificar se haga violencia a que continue en ella quien por cualquiera motivo quiera separarse de perseguirla». Este desdén hacia los cómicos no le impidió patrocinar la llegada a Madrid en 1703 de los Trufaldines, una compañía italiana de *commedia dell'arte* más acorde con los gustos de la real pareja que, gracias a la descarada protección del rey, no tardó en hacer una competencia desleal a los comediantes españoles, desestabilizando también el sistema teatral hispano del arriendo de los corrales, del que se eximió a los italianos (Domenech Rico, 2007: 35-38). Es más, en 1707 se les renovó el privilegio de actuar en el Coliseo[20] del Buen Retiro (un teatro de propiedad real que ya había causado problemas

16. Fue el caso de Cosme Pérez, el célebre *Juan Rana,* al que Felipe IV cita en ocho de las 74 cartas que dirigió a la condesa de Paredes de Nava (desde octubre de 1644 a septiembre de 1660), mientras que cita a Velázquez únicamente en cuatro. Muy apreciado por Mariana de Austria, en 1651 el rey le concedió una ración ordinaria que habría "…de gozar por la casa de la Reina nuestra señora, en consideración de lo que la hace reir". Ver Flórez Asensio, 2023: 71.

17. Así lo hicieron en 1703 Manuel de Villaflor y su mujer, Sabina Pascual, tras escapar de su casa para evitar ser embargados, refugiándose ella en casa de la duquesa de Osuna y él en la del embajador de Portugal. AMV, Secretaría, 2-201-2. Ver un resumen en Flórez Asensio, 2015, II: 620.

18. Podía ser intercesión frente a las autoridades municipales, regalos y ayuda económica. Ver Bec, 2016: 388-389.

19. Fechada el 08/04/1713. El rey respondió apenas dos días después. AMV, Secretaría, 2-201-16.

20. Para el funcionamiento de este teatro de corte ver Flórez Asensio, 1998.

a los arrendadores) sin sujetarse al sistema tradicional. Apenas un año más tarde el Ayuntamiento les permitió levantar un teatro propio sobre el lavadero de los Caños del Peral (hoy plaza de Isabel II). Aunque no tenemos pruebas documentales, es muy posible que los continuos privilegios concedidos a los italianos creasen un malestar entre sus colegas hispanos[21], cuya situación económica no había hecho más que empeorar tras la muerte de Carlos II. Si en noviembre de 1700, durante el último mes de vida del monarca, por un «accidente» que tuvo el rey «… no entró un alma por los corrales de comedias, así por el susto que causó este día, como después, por el que se temían…»[22], apenas instalado Felipe V en Madrid (a principios de 1701), comenzaron las primeras hostilidades, declarándose formalmente la guerra de Sucesión en 1702, que se prolongó hasta 1713.

La rebelión de Prado y sus compañeros se inserta, por tanto, en una década muy conflictiva, en la que los Borbones tuvieron que abandonar Madrid en dos ocasiones: 1706[23] y 1710. Además, la situación teatral mantenía un alto grado de conflictividad. Es cierto que tras la vuelta definitiva de los reyes a Madrid se llegó a un compromiso por el cual los soberanos «… podían divertirse en privado con la compañía italiana de los Trufaldines, pero las celebraciones oficiales, de gran repercusión pública, debían tener un fuerte componente español que demostrase a los súbditos del monarca la identificación de la nueva dinastía con el país» (Bermejo Gregorio, 2015: 879). Sin embargo, continuaron las intromisiones de la casa real en el sistema teatral, que ya habían causado graves problemas a la Villa en el reinado anterior[24]. Así, en el verano de 1712 la Casa Real provocó la queja del Ayuntamiento al encomendar al actor Francisco de Castro la autoría de una compañía que debía representar en el Coliseo del Buen Retiro en el mes de agosto «… sin dar parte a Madrid…», siendo «… todo el producto y utilidad para

21. Según Domenech (2007: 44 y 48-49), es probable que inicialmente los comediantes –y el arrendador– no les dieran mucha importancia pensando que no atraerían al público. Sin embargo, pese a la grave situación económica y política, los italianos atrajeron a sus espectáculos a toda clase de espectadores.

22. Pese a ello, se les ordenó «… que de ninguna manera dejasen de continuar en su ejercicio por causa de que el vulgo (viendo [que] cesaban las representaciones) no confirmase lo que sospechaba. Obedecieron a costa de su trabajo y a costa de pagar los gastos que causaban las comedias y algunas de teatro…», lo que les ha «acabado de destruir». Memorial del 19/01/1701 dirigido a la Villa por Teresa de Robles y Juan de Cárdenas solicitando una ayuda de costa para recuperar parte de sus cuantiosas pérdidas y mantener formadas las compañías por si llegase el caso de representar. AMV, Secretaría, 3-471-3. Ver *Fuentes XI*: 51; y Flórez Asensio, 2023: 59.

23. Ese verano las tropas del archiduque entraron en la capital, a la que Felipe V no pudo regresar hasta el 4 de octubre. Fue un momento de máxima tensión al dividirse la corte en dos bandos: los fieles al Borbón (la mayoría del pueblo, clases urbanas y pequeña nobleza) y los austracistas, principalmente la aristocracia, defraudada en sus expectativas por el joven monarca.

24. Para el sistema de «bajas» que compensaban al arrendador cuando las compañías no podían representar en los corrales por ir a palacio ver Flórez Asensio, 2015, I: 137-138. La muerte de Carlos II (01/11/1700), que suspendió las representaciones, y el inicio de la guerra de Sucesión provocaron un agravamiento de los problemas económicos.

la compañía y gastos». Esta nueva injerencia del monarca[25] en el sistema teatral privaba a la Villa de unos ingresos fundamentales para sostener a los hospitales madrileños, financiados con el producto de los corrales, agravando una situación que parece haber sido bastante desesperada. Ese año no hubo «… persona que entre a arrendar este propio por la total falta que hay en España de representantes y músicas»[26]. Como consecuencia, el 6 de abril la Villa acordó que la administración de los corrales corriera a cargo de los comisarios de Corrales en calidad de interventores, nombrando como administrador al anterior arrendador: Juan Antonio Penón (*Fuentes XI*: 154). En la petición de «… alguna baja del alcance que resultara…» de su arriendo (1708-1712) dirigida a la Villa al finalizar éste, Penón expone con meridiana claridad los motivos de la crisis. Además de la ausencia de los monarcas, el arrendador había tenido que lidiar con la

> … venida de enemigos, falta de gente y de los papeles más principales de las compañías, ausencias de otros representantes que por sus fines particulares salieron de esta Corte, no siendo menos considerables los crecidos gastos que al suplicante se le han originado en traer partes de fuera de esta Corte para restablecer dichas compañías[27].

El 14 de marzo la Junta de arrendamiento de los corrales y Corpus ya había acordado hacer «… una lista de todos los comediantes y comediantas que hubiere en esta villa y fuera de ella, y sus habilidades de cada una de estas partes…», y también «Que se escriba por el Sr. Protector a Burgos y Zaragoza por las personas que se necesitan, a Burgos por Rosa Jordán y a Zaragoza por una música segunda (Joseph de Prado dirá su nombre) y por [María de] Nabas y [Antonio] Ruiz» » (AMV, Secretaría, 2-469-12. Ver *Fuentes XI*: 153, doc. 82b). Que se pensase en la Navas y en Ruiz, austracistas ambos, que habían huido de Madrid en 1710 (Flórez Asensio, 2018), es claro indicio de la grave situación teatral. Es muy probable que, precisamente por ello, al final de su arriendo Penón decidiese repartir «graciosamente» entre los principales miembros de las compañías el producto de algunas localidades de los corrales para que «… tuviesen este alivio y esforzasen su habilidad en las representaciones así para su útil como para el del arrendamiento…»[28]. Esta costumbre, ocasional en años anteriores[29], se institucionalizará en los sucesivos. Significativamente, los agra-

25. Ver *Fuentes XI*: 157-163. En 1698 Carlos II ya intentó que se formase una compañía para «fiestas reales», pero tuvo que desistir al exponerle el Ayuntamiento los «grandes perjuicios e inconvenientes» de la empresa. Ver AMV, Secretaría, 2-200-8, y Flórez Asensio, 2004, IV: 179-180.

26. Borrador de acuerdo de la Junta, sin fecha, AMV, Secretaría, 2-469-12. Ver *Fuentes XI*: 153. El arriendo anterior (1708-1712) comenzó más tarde de lo habitual y tuvo problemas desde su inicio. El problema se agudizó en el periodo 1712-1716, penúltimo arriendo ya que el sistema finalizó en 1719. Ver *Fuentes XIII*: 170-173 (1708) y 177-179 (1712).

27. Sin fecha, pero en papel sellado de 1712. Ver *Fuentes XI*:154, doc. 83b.

28. *Memoria* de Penón, sin fecha, en la que figura la lista de los actores y las plazas concedidas. AMV, Secretaría, 2-201-15.

29. Así se desprende de las alegaciones de Paula María de Rojas para entrar en una de las compañías, quien «… suplica a Madrid se sirua de entrar en la consideración de que a veinte y seis años

ciados fueron partes «esenciales» para la representación: autores, damas, graciosos y músico principal, perteneciendo la mayoría a la compañía de Prado:

CUADRO 1. PRODUCTO DE ALGUNAS LOCALIDADES CONCEDIDO POR EL ARRENDADOR A LOS ACTORES DE AMBAS COMPAÑÍAS. AMV, SECRETARÍA, 2-201-15

| CORRAL DE LA CRUZ | CORRAL DEL PRÍNCIPE |
|---|---|
| A Manuela de Torres 1.ª Dama [Prado] la plaza de los taburetes | A Sabina Pasqual, 1.ª Dama [Garcés] la plaza de la mitad de los taburetes |
| A Beatriz [Rodríguez] graciosa [Prado] su plaza de la tertulia | A Joseph Garces la plaza de la grada de mano izquierda |
| A Paula María [de Rojas] graciosa [Garcés] la plaza de bancos de patio | A Josepha Laura, 2.ª Dama[30] la plaza de la tertulia |
| A Fran[cis]co de Castro, gracioso [Prado] la plaza de la fruta y el agua de ambos corrales | A Faustina de Robles [4.ª Dama de Prado] la plaza de ~~patio~~ [*sic*] bancos de patio compañera y corresp[on]de a la que tiene Paula Maria en el corral de la Cruz |
| A Ju[an] de Serqueira, Musico [Prado] la plaza de los corredores | |

Según consta en acuerdo de la Junta del dos de mayo de 1712 sobre la formación de las compañías, en el último año de su arrendamiento Penón había dado «… algunas raciones diarias…» que importaban «… cada año más de doce mil reales…», aunque «… por la junta no se asintió mediante ser novedad…». Por ello habían solicitado a los comediantes que «… manifestasen su ánimo en que quedaron, por cuyo motivo están por formarse dichas compañías…», dado que la Villa consideraba «… excesivas y de grave perjuicio…» las pretensiones de los actores. Pese a la oposición de algunos regidores a estos «abusos» del arrendador, finalmente se acordó «… se continúen los treinta y cuatro reales y cuartillo que se daban a diferentes individuos de las compañías con nombre de Raciones cada día»[31].

que esta siruiendole y auiendo tenido la Plaza de la tertulia Theresa de Robles, Manuela de la Cueua y Beatriz Rodriguez terzeras damas de las compañías suplica a V.S. se sirua de darle esta plaza por estar baco…». Sin fecha. AMV, Secretaría, 2-201-15.

30. Debería ser Josefa de Cisneros, 2.ª dama de Garcés en 1712 y 1713.

31. Acuerdo de la Junta del Corpus del 09/05/1712, AMV, Secretaría, 2-201-15. Opinión de Sebastián Pacheco, que en la Junta del 6 de mayo había aconsejado «…se continúen los treinta y cuatro reales y cuartillo a las partes expresadas…» ya que compensaba frente a «…diferentes cantidades mucho más crecidas que a las principales partes que componían las compañías se daban por vía de gratificación». AMV, Secretaría, 2-201-15.

No es de extrañar que los comediantes se sintieran lo suficientemente fuertes como para enfrentarse al Ayuntamiento, dado que no era la primera vez que esto sucedía. Un claro antecedente lo tenemos en 1694, cuando la Villa también encontró graves dificultades para formar las compañías debido a las exigencias económicas de los actores, especialmente de las actrices. Águeda Francisca, por ejemplo, «… dijo que para servir a sus majestades y a Madrid en todas sus fiestas esta pronta a hacerlo sin interés ninguno, pero en cuanto a lo que toca a la compañía, no dándola el partido de Primera Dama no puede representar». María de Navas intentó evitar su inclusión en la compañía de Agustín Manuel alegando haber «… dicho a la Villa y a Su Mgd. que al hallarse falta de salud no puede servir a Madrid…», por lo que pidió licencia para quedarse fuera de las compañías para curarse. Como la Junta insistió y le embargó su «hato» (algo habitual), la actriz dirigió un memorial al rey en el que dejaba claro que sus motivos eran puramente económicos, pues «… habiéndole dado la villa algunos años al formarse las compañías de ayuda de costa cincuenta doblones no tan solo [no] los da pero le ha quitado la ropa como a otras muchas para hacer que firme por fuerza sin darle lo que otros años…»[32]. Lo más interesante es que la queja no cayó en saco roto, y tanto el protector como el corregidor tuvieron que justificarse ante el monarca[33].

La novedad en 1712 parece haber sido no tanto la actitud de los actores, sino el hecho de que fuese corporativa y llevada al extremo al ausentarse del corral pese a «haber puesto carteles». Aunque la Villa[34] amenazó a los actores con las penas más severas, los medios que se pusieron para encontrarles y apresarles parecen haber sido bastante laxos. Además de embargarles los bienes que «se hallaren», se ordenó a los «ministros» y escribano que fuesen a la iglesia de San Sebastián con el fin de apresar a los que pudiesen «ser habidos» sin violar el sagrado. No obstante, la vigilancia, iniciada dos días después del primer incidente, fue muy relajada. El 21 de mayo «… siendo como a hora del toque de las oraciones…», tomaron las puertas de la iglesia por si Prado y «… demás hombres de su compañía desamparaban y salían de dicho sagrado…». Allí estuvieron hasta las diez de la noche «… sin que pudiese ser habido ninguno de los referidos hombres…». Volvieron «… como a hora de las once de la noche…» y estuvieron «… hasta las doce y cuarto…» sin que pudiese ser «… habido ninguno…». En cuanto

32. Cortesanamente también declara que «… para servir a V.M. está muy pronta, aunque la dejen fuera de las compañías…» y «aunque sea de balde». Ver ambas en AMV, Secretaría, 2-200-4.

33. Tras explicar los motivos de su decisión, alegaron que para evitar que «…falte al pueblo el alivio de las representaciones…» la Villa había tenido que asumir cada vez «…gastos tan excesivos [que] son abusos mal introducidos de pocos años a esta parte…». Consulta de 27/03/1694. AMV, Secretaría, 2-200-4. Ver el documento completo en Flórez Asensio, 2004, IV:152-153.

34. Finalizado el arriendo en 1712, había tratado de compensar a los comediantes, «… gratificándoles con exuberancia…» para que no cesasen las representaciones en los corrales. Informe de la Junta del Corpus al rey, 25/05/1712, AMV, Secretaría, 2-201-15.

a las actrices, ese mismo día ministros y escribano las buscaron en sus domicilios, sin hallar a ninguna[35].

El 22 de mayo los funcionarios se presentaron ante la iglesia «… como a hora de la una del día y se estuvieron cogidas las puertas principal y cementerio hasta las tres menos cuarto de la tarde…», sin éxito. De las mujeres supieron ese día por un vecino que «… Manuela de Baos y Beatriz Rodríguez se habían refugiado en el convento de Santa Catalina».

El 23 volvieron hacia las cuatro de la mañana «… y cercaron la iglesia cogiendo la puerta principal y la del cementerio […] y se estuvieron desde dicha hora hasta las siete y media poco más o menos…». Volvieron hacia las «… ocho de la noche…» y «… como a hora de las once y media de la noche se retiraron…», con idéntico resultado que los días anteriores.

Ese 23 de mayo José Garcés presentó ante la Villa una petición de clemencia hacia sus compañeros, al tiempo que Prado elevaba un memorial al rey solicitando «… se sirva mandar darles por libres…» ante las amenazas de la Villa. Tras pedir explicaciones al Consistorio, el monarca atendió la petición de los comediantes, por lo que el incidente se resolvió sin mayores consecuencias para los rebeldes. Así lo demuestra que el 28 de mayo Prado solicitase a la Junta del Corpus «… se les dé la ayuda de costa y emprestido, con la misma forma que se ha ejecutado con la compañía de Joseph Garcés…» (AMV, Secretaría, 2-201-15), librándosele las cantidades solicitadas ese mismo día. Es posible que también los duques de Osuna, de manera oficiosa, mediasen de alguna forma en el asunto, pues Francisco M.ª de Paula Téllez-Girón y Benavides (1678-1716), VI duque de Osuna, fue uno de los aristócratas españoles más cercano a Felipe V[36]. Su influencia en la vida teatral madrileña debía ser notoria según se desprende de las alegaciones de Juan Antonio de Guevara (Barba 1.º), quien declara «… que habiéndole puesto el exmo. Sr. Duque de Osuna en la compañía de Prado quitándole de su tropa para ella…». Petronila Morales también dijo «… que el señor Duque de Osuna la largo a ella y a Juana de Orozco para las compañías…»[37]. Posiblemente, el magnate intervino tras una petición de la Junta del Corpus que, en su reunión del 17 de marzo, ante «… los inconvenientes que se encuentran para formar dos compañías

35. Todas vivían en la calle de Santa María. En casas diferentes Beatriz Rodríguez, Manuela de Baos y Paula de Olmedo, y Faustina de Robles y Manuela de Torres en la misma. AMV, Secretaría, 2-201-15.

36. Acompañó al rey en las campañas de Cataluña e Italia durante la guerra de Sucesión y fue nombrado primer plenipotenciario de España en la firma de la Paz de Utrech (1713). En abril de 1712 se encontraba en París (allí murió en 1716) como embajador ante la corte francesa, preparando «… las prevenciones y gastos […] para entrar en el Congreso de paces…». Ver la *Memoria* de las «*prevenciones y gastos que el duque de Osuna está ejecutando en aquella Corte*» en BNE, Ms. 12026. Ver su biografía en el *Diccionario Biográfico Español* (DB~e) DOI: https://dbe.rah.es/biografias/45552/francisco-maria-de-paula-tellez-giron-y-benavides. Fecha de consulta: 17/03/2023.

37. Alegaciones de los actores a la pretensión de la Villa de modificar las raciones extraordinarias y reparto del producto de algunas localidades de los corrales. AMV, Secretaría, 2-201-15.

de buena calidad por las pocas partes que hay para conseguirlo…», informa de que «… las partes para conseguirse esta formación con algún acierto están debajo de la protección del exmo. Señor Duque de Osuna: se acordó se haga la diligencia por el Sr. Procurador General que se lleva entendido…» (AMV, Secretaría, 2-201-15). Aunque las aficiones musicales y escénicas de los duques de Osuna son conocidas, apenas tenemos datos de esta compañía privada; sí sabemos que en el palacio ducal de Madrid existía un fastuoso coliseo, cuyo escenario, con seis divisiones para mutaciones, permitía complicadas puestas en escena[38]. El VI duque fue, además, un decidido protector de Sebastián Durón (declarado austracista), incluso durante el exilio del compositor en Francia, al que señaló una pensión de veinticinco doblones mensuales, que Durón cobró hasta la muerte del duque (Fernández-Cortes, 2007: 96-97).

## Conclusiones

La actitud indisciplinada de los actores, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVII, fue una constante con la que tuvieron que lidiar tanto las autoridades municipales como el protector de teatros, lo que desmonta la extendida teoría de que los actores eran un grupo poco menos que de excluidos sociales. La escasez de actores de valía que pudiesen afrontar las enormes exigencias del teatro cortesano y de los autos del Corpus alentó la indisciplina de los comediantes –especialmente de las actrices– para mejorar sus condiciones laborales.

La rebelión de la compañía de Prado se comprende mejor si tenemos en cuenta estos antecedentes, así como la complicada situación en la que vivía el país desde la muerte de Carlos II. A los problemas económicos y políticos por el cambio de dinastía, se sumó la desdeñosa actitud de Felipe V[39] hacia los cómicos, que terminará influyendo en la consideración social de los actores[40].

Pero si la decidida actitud de los comediantes en defensa de sus prerrogativas profesionales contaba con una larga tradición, lo que resulta novedoso en este caso es su sesgo corporativo, ya que, lejos de tratarse de iniciativas individuales,

38. Descrito por el marqués del Saltillo (1945: 91-94). Ver Fernández Cortés, 2007: 82. Para el mecenazgo musical de los Osuna –iniciado en la segunda mitad del siglo XVI por Juan Téllez-Girón– hasta la muerte del VI duque, ver Fernández Cortés, 2007, pp. 89-98.

39. Su puritanismo se puso de manifiesto en los nombramientos como protectores del conde de Ysla (1705) y su sucesor, el conde de Gondomar (1706), a los que se encomienda tener «particular cuidado» con el modo de vivir de los comediantes. Ver el nombramiento de Ysla (04/12/1705) en AMV, Secretaría, 2-201-7; el de Gondomar como «Superintendente de comedias» el 14/10/1706, en BNE, Mss 14004/6, s. f.

40. El contrato firmado el 28/08/1714 por Fernando de Mesa y Juan Francisco con los miembros de su compañía incluyó cláusulas que permitían la expulsión de aquellos que causaran escándalo. AHP, P.º 14673, ff. 92-95. Ver Flórez Asensio, 2023: 72. Para la reivindicación profesional y social de su actividad por los actores ya en el siglo XVIII ver Álvarez Barrientos, 1997 y 2019.

fue una respuesta unánime[41] de toda la compañía ante las pretensiones de la Villa. El hecho de que se resolviera sin perjuicio alguno para los rebeldes (tras aceptar estos la inclusión de su compañero) es clara muestra del importante papel social que cumplía el teatro y de cómo para el Ayuntamiento era primordial «… que no falte al pueblo el alivio de las representaciones…»[42]. Principal afición de todas las capas sociales, la continuidad de las representaciones contribuía, además, a mantener una paz social cada vez más amenazada por la «calamidad de los tiempos».

## Bibliografía

Álvarez Barrientos, Joaquín (1997), «El cómico español en el siglo XVIII: pasión y reforma de la interpretación», en *Del oficio al mito: el actor en sus documentos*, 2 vols., Evangelina Rodríguez (coord.), Valencia, Universidad de Valencia, vol. II, pp. 287-309.

Álvarez Barrientos, Joaquín (2019), *El actor borbónico (1700-1831)*, Madrid, Asociación de Directores de Escena de España.

Amaya Macias, M.ª del Carmen (2021), «La intersección de categorías marginadas en el teatro español del siglo XVIII: actrices y dramaturgas», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, , 27, pp. 217-244.

Arias de Cossío, Ana M.ª (2000), «La imagen de la actriz en España», *Boletín de Arte*, , 21, pp. 53-78.

Barbeito, Isabel (1991), *Cárceles y mujeres en el siglo XVII: Razón y forma de la Galera*, Madrid: Castalia-Instituto de la Mujer.

Bec, Caroline (2016), *Les comédiennes-chanteuses à Madrid au XVIIIe siècle (1700-1767)*, Paris, Honoré Champion.

Bermejo Gregorio, Jordi (2015), *La dramaturgia poético-musical de Antonio de Zamora. Estudio de las fiestas reales barrocas en un autor de finales del siglo XVII y principios del XVIII*, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.

*Diccionario biográfico de actores del teatro clásico español (DICAT)* (2008), Teresa Ferrer Valls (ed.), Kassel: Reichenberger.

Domenech Rico, Fernando (2007), *Los Trufaldines y el Teatro de los Caños del Peral (La Commedia dell'arte en la España de Felipe V)*, Madrid: Fundamentos.

Fernández-Cortés, Juan Pablo (2007), *La música en las casas de Osuna y Benavente (1733-1882). Un estudio sobre el mecenazgo musical de la alta nobleza española*, Madrid: SEdeM.

41. Por motivos económicos se produjo una nueva huelga en 1735, que obligó al Ayuntamiento a traer otra compañía desde Huelva. Ante el intento de la Villa de obligar a los comediantes a sufragarse «… su alimento y vestuario del tablado…», las compañías de Serqueira y San Miguel decidieron «… separarse de la representación y resguardarse en su casa…». Carta del 30/03/1735 firmada por los miembros de la compañía de Serqueira. AMV, Corregimiento, 1-75-9. La decisión de reservar para el Ayuntamiento y hospitales 2/3 de la ganancia de ambas compañías, dejándoles sólo un tercio, provocó que ese 30 de marzo faltasen a la representación la mayoría de los actores. Ver Soriano Santacruz, 2023, I: 176, n. 620.

42. Consulta tras la queja al rey de María de Navas, 27/03/1694. Ver Flórez Asensio, 2004, IV: 152.

Flórez, María Asunción (2006), *Música teatral en el Madrid de los Austrias durante el Siglo de Oro*, Madrid: ICCMU.

Flórez Asensio, María Asunción (1998), «El Coliseo del Buen Retiro en el siglo XVII: teatro público y cortesano», *Anales de Historia del Arte*, 8, pp. 171-195.

Flórez Asensio, María Asunción (2004), *Teatro musical cortesano en Madrid durante el siglo XVII: espacios, intérpretes y obras*, 4 vols., Tesis doctoral, Madrid: Universidad Complutense.

Flórez Asensio, María Asunción (2015), *Músicos de compañía y empresa teatral en Madrid en el siglo XVII*, 2 vols., Kassel: Reichenberger.

Flórez Asensio, María Asunción (2018), «Libelos en torno a María de Navas "la comedianta". Realidad social y situación profesional de un arte controvertido», *Janus*, 7, pp. 191-215.

Flórez Asensio, María Asunción (2023), *Sirena de los tablados: Teresa de Robles. Recorrido vital y profesional de una «hija de la comedia»*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.

*Fuentes para la historia del teatro en España IX. Comedias en Madrid: 1603-1709. Repertorio y estudio bibliográfico* (1989), John E. Varey y Norman D. Shergold (eds.), London: Támesis.

*Fuentes para la historia del teatro en España XI. Teatros y comedias en Madrid: 1699-1719. Estudio y documentos* (1985), N. D. Shergold y J. E. Varey (eds.), London: Támesis.

*Fuentes para la historia del teatro en España XIII. Los arriendos de los Corrales de Comedias de Madrid: 1587-1719: Estudio y Documentos* (1987), J. E. Varey y Charles Davis (eds.), London: Támesis.

*Fuentes para la historia del teatro en España XVI. Los libros de cuentas de los corrales de comedias de Madrid: 1706-1719. Estudio y documentos* (1992), J. E. Varey y Ch. Davis (eds.), London-Madrid: Támesis.

García Valdecasas, Amelia (1989), «Concepción de los actores en la sociedad de la época», *Diálogos Hispánicos de Amsterdam*, 8/3, pp. 843-852.

Lagunas, Cecilia (2000), «Apuntes sobre un tratado carcelario femenino del siglo XVII: "La galera", escrito por sor Magdalena de San Jerónimo», *La Aljaba. Segunda Época: Revista de Estudios de la Mujer*, V, pp. 164-174.

Marotti, Ferruccio y Giovanna Romei (1994), *La Commedia del'Arte e la società Barocca. La Professione del teatro*, Roma: Bulzoni.

Oehrlein, Josef (1989), «La profesión de actor en el Siglo de Oro: imagen de la profesión y reputación social», en José M.ª Diez Borque (ed.), *Actor y técnica de representación del teatro clásico español*, London: Támesis, pp. 17-33.

Rodríguez Cuadros, Evangelina (1989), «Registros y modos de representación en el actor barroco: datos para una teoría fragmentaria», en *Actor y técnica de representación del teatro clásico español*, José M.ª Diez Borque (ed.), London, Támesis, pp. 35-53.

Saltillo, marqués del (1945), «Casas madrileñas del Pasado», *Revista de la Biblioteca Archivo y Museo*, 51, pp. 25-102.

Soriano Santacruz, Antonio (2023), *La música para comedias en el Madrid del siglo XVIII*, Tesis doctoral, Madrid: Universidad Complutense.

## Anexos[43]

### Doc. 1. Petición de clemencia de José Garcés y su compañía (23-05-1712)[44]

Illmo. sr. José Garces y su compañía, noticiosos de la justa resolución que VSI se ha servido tomar con Joseph de Prado y su compañía por la inadvertida resolución que ejecutaron faltando a la reverente obediencia que a VSI debemos tener, cuya culpa reconocida, confesada y sentida apadrina el ruego cuando a quien se pide es poderoso para remitirla, se ponen a los pies de VSI y ponen a sus compañeros con el más sumiso rendimiento, impetrando de VSI la piedad que le dicta su grandeza y suplicando a VSI use de su gran benignidad perdonando esos delincuentes y absolviéndoles de la determinada instancia, en el cierto conocimiento de no a haber hecho reflexión seria tan de el desagrado de VSI, que a contemplarlo así no lo ejecutaran, pues siempre han sabido obedecer con pronta resignación, como ahora lo harán, en lo que VSI les mandare, y así lo esperan de VSI y en ello recibirán merced.

### Doc. 2. Petición de Prado dirigida al rey. Sin fecha[45] (¿23/05/1712?)

Señor. Joseph de Prado, autor de una de las compañías de representantes, puesto a los reales pies de V.M. dice: que habiendo de orden desta villa formado su compañía con las partes necesarias que la referida villa nombro y hizo firmar la lista para el acostumbrado estilo, y hecho diferentes representaciones con ellas y estando para hacer los ajustes y escripturas en virtud de ella, se intentó por la villa introducirles otro sujeto en grave perjuicio suyo pues esta porción menos les tocaría, hallándose los suplicantes en el último extremo de necesidad por la calamidad de los tiempos, por cuyo motivo se excusaron de admitirle y refugiaron por temor de haberles impuesto cien ducados de pena y seis meses de prisión; y habiéndoseles imputado a inobediencia, pasó la Junta a imponerles diferentes penas corporales, según tienen noticia, por lo cual suplican a VM que en atención a que nunca su intención fue ser inobedientes como se les quiere imputar, sino es que como partes tan débiles estaban expuestos a cualquiera invasión y que están prontos a ejecutar lo que la villa ha mandado, esperan en la piedad de VM se sirva

43. Todos los documentos, sin foliar ni numerar, pertenecen al expediente del Archivo Municipal de la Villa (AMV), Secretaría, 2-201-15. He regularizado la ortografía según su uso actual.

44. Al margen otra mano escribió: «Madrid y Mayo 23 de 1712 en su Ayuntamiento remitese a la Junta de fiestas del Corpus».

45. El documento no lleva fecha, pero en el expediente hay una orden del rey fechada el 23 de mayo «para que VSI informe de lo que se le ofreciere y pareciere en razón de la instancia q[ue] contiene». La petición de clemencia dirigida al protector por Garcés también fue vista en el Ayuntamiento el 23 de mayo.

mandar darles por libres respecto de lo cargados de familia y obligaciones que se hallan, en que recibirán merced.

Doc. 3. Informe de la Junta del Corpus al rey sobre el problema con la compañía de Prado (25/05/1712)

Señor. Obedeciendo la real orden de V. Mgd., participada al conde de Gondomar en papel de don Manuel de Vadillo de veinte y tres de este mes (con cuyo motivo la convocó), se le ofrece a la Junta representar a V. Mgd.: que habiendo cesado el arrendamiento de los corrales en siete de Abril de este año, deseando la Junta no faltase al pueblo la diversión de las representaciones ni el producto que pudiesen dar –a beneficio de los hospitales a quienes esta consignado–, facilitó continuasen las compañías, gratificándolas con exuberancia; y pasando a plantearlas formalmente, estando ejecutadas las listas sin igualdad por haberse solicitado partes de fuera que se necesitaban, se incluyeron en la compañía de Joseph Garces una mujer y dos hombres que faltaban, quitando de ella para que pasase a la de Joseph de Prado un hombre; y siendo cierto que aún en esta compañía, recibido éste, faltan otras dos partes para estar iguales ambas en número de personas, lo repugno Joseph de Prado y su compañía con tal vehemencia que fue preciso mandárseles notificase que, pena de cien ducados y seis meses de prisión, admitiesen la parte que se les ponía y continuasen la representación, que no solo obedecieron con desacato, sino que, habiendo puesto carteles, pasaron las mujeres de dicha compañía a hacer nueva representación al corregidor sobre su instancia, que no admitió, mandándolas obedeciesen y representasen, y desatendiendo esta orden se retiraron unas y otros individuos de la compañía al subterfugio del sagrado, dando motivo a que a las tres de la tarde fuese preciso cerrar el patio que estaba con mucha gente y en los balcones personas de toda distinción, siendo tan de caso pensado este hecho como lo manifiesta que, habiéndoseles mandado embargar los bienes, no se hallaron por haberlos retirado previendo el suceso, con cuya noticia tomó la Junta la determinación (de que a V. Mgd. se le ha dado cuenta con inciertos supuestos).

Es constante (Señor) que el arbitrio de esta Junta para formar las compañías es con la amplitud de quitar y poner en ellas las partes que la parezcan convenientes, mudándolas de una a otra hasta en el número de personas que le parece sin que en esto haya limite ni termino, sí solo el estilo de que queden iguales en número por escusarles las celosas envidias que suele motivar su codicia, y que nunca han tenido repugnancia, pueden ni deben tenerla a obedecer lo que se les manda; y siendo cierto que en el exabrupto que cometieron faltaron al respeto del Consejo, en quien reside la regia autoridad representada en el conde de Gondomar, y al de Madrid en su corregidor y comisarios, dando al pueblo el motivo no solo de la inquietud y desazón sino de la censura, pues viendo lo que ellos vociferaron no estando instruidos del verdadero hecho, se atribuyó a defecto de la Junta lo que

solo fue malicia de su osadía, y no parece sería justo quedase sin satisfacción la autoridad y la vindicta publica, porque si se les tolerase o disimulase se llevaría su inferioridad y sería escándalo el permiso que agrava la consideración del interés que en esto tienen los hospitales, censualistas y otros interesados de justicia, que perderían sus haberes si se consintiese este desorden y no quedasen escarmentados experimentando el castigo para la enmienda, mediante lo cual y que la Junta tomó la resolución con la más madura reflexión que el caso pide, espera será de la real aprobación de V. Mgd. lo ejecutado, que es lo que debe informar y consta de los autos. V. Mgd. lo mandará ver y resolverá lo que sea más de su real agrado y servicio. Madrid y Mayo 25 de 1712.

Doc. 4. Resolución del rey (26/05/1712)

Enterado S.M. de la instancia de Joseph de Prado, autor de una de las compañías de comediantes de Madrid, de la consulta que ha hecho la Junta del Corpus y del papel con que V.S. la remitió al Sr. D. Manuel de Vadillo, me manda S.M. disponga que, compuesto luego este insustancial embarazoso reparo, continue la compañía en representar, no se prive el pueblo de esta diversión y se excuse el notable reparo que produce en él un asunto en sus principios y fundamento tan débil y despreciable, y más particularmente cuando por el memorial se sujeta el autor Prado y se resigna al cumplimiento de aquella obediencia que se le impuso. De que participo a V.S. para que, como S.M. manda, dé V.S. las providencias convenientes para que tenga puntual cumplimiento su resolución, de cuya ejecución me avisará V.S. luego para ponerlo en su real noticia. Dios guarde a V.S. muchos años. Madrid, a 26 de Mayo, 1712.

Doc. 5. Compañías madrileñas en 1712

| | José de Prado[46] | José Garcés[47] |
|---|---|---|
| 1.ª Dama | Manuela de Torres | Sabina Pascual |
| 2.ª Dama | ~~Paula de Olmedo~~[48] Angela de Fuentes | Josefa de Cisneros |

46. AMV, Secretaría, 2-201-15. Ver también Soriano Santacruz, 2023: 574-575. Para una breve biografía de cada uno de ellos ver *Fuentes XVI*: 359-373. Ver también la entrada de cada uno de ellos en el *DICAT*.

47. AMV, Secretaría, 2-201-15.

48. Tachado en el original. Según Soriano Santacruz (2023: 574) la segunda dama era Josefa Laura. Sin embargo, parece que Paula de Olmedo la sustituyó, según se desprende de la petición que dirigió a los comisarios señalando que «ha remediado las Segundas Damas habiéndole ofrecídolas en propiedad el autor, como asimismo las conveniencias que Josefa Laura tenía por V.S. cedió de la parte

| | | |
|---|---|---|
| 3.ª Dama | Beatriz Rodríguez | Paula María de Rojas |
| 4.ª Dama | Faustina de Robles | Isabel Gamarra[49] |
| 5.ª Dama | Manuela de Baos | Francisca de Borja |
| 6.ª Dama | – | Petronila de Morales |
| Sobresaliente | Paula de Olmedo | Agustina Mosquera |

| | | |
|---|---|---|
| 1.º Galán | Juan Simón | José Garcés |
| 2.º Galán | José de Prado | Juan Álvarez |
| 3.º Galán | Juan Quirante[50] | Juan de Cárdenas |
| 4.º Galán | ~~Juan Quirante~~[51] Bernabé Vela | Antonio Quirante |
| 5.º Galán | – | Matías de Morales |

| | | |
|---|---|---|
| 1.º Barba | Juan Antonio Guevara | Manuel Alonso y Antonio Gamarra[52] |
| 2.º Barba | Lucas de San Juan | Luis Jerónimo |
| 1.º Gracioso | Francisco de Castro | Juan de Castro |
| 2.º Gracioso | Francisco Rico | Manuel Pacheco[53] |
| Vejete | Diego Rodríguez | Juan Basque[54] (*sic* por Vázquez) |
| Sobresaliente | José Andrés Guerrero | – |

de segundas damas, y así no será razón que lo pierda todo, por lo que suplica a V. S. me atiendan viendo los atrasos de los tiempos y que con el partido no puede pasar y pagar la silla, espera de V. S. la amparen dándole la tertulia y la silla arreglándome a lo que es gusto de V. S.». Sin fecha y sin foliar. AMV, Secretaría, 2-201-15.

49. María Teresa según Soriano Santacruz, 2023, I: 574.
50. Manuel Pacheco según Soriano Santacruz, 2023, I: 574.
51. Tachado en el original.
52. Se indica que «partiendo primeros y segundos barbas». AMV, Secretaría, 2-201-15.
53. Bernabé Vela según Soriano Santacruz, 2023, I: 574.
54. Ramón de Villaflor según Soriano Santacruz, 2023, I: 574. Aunque no aparece en esta lista, Villaflor sí figura entre los comediantes que el 12 de mayo dieron poder al autor para contratar y pleitear. AMV, Secretaría, 2-201-15.

| | | |
|---|---|---|
| Papel de por medio | Francisco de la Cueva<br>Matías de Morales y<br>Diego Rodríguez[55] | Juan Ordoñez[56] |

| | | |
|---|---|---|
| 1.º Músico | Juan de Serqueira | Pedro de Castro |
| 2.º Músico | Salvador de Navas | Juan de ¿Chaves?[57] |

| | | |
|---|---|---|
| Apuntador | Agustín de Moya | Juan Bautista [Ventura] |
| Cobrador | – | Cristóbal Lorenzo[58] |

55. Según Soriano Santacruz (2023, I: 574) Matías de Morales y Diego Rodríguez también fueron contratados como papeles de por medio, pero no aparecen como tales en la lista del AMV, Secretaría, 2-201-15.

56. Matías de Morales y Ramón de Villaflor según Soriano Santacruz, 2023, I: 574.

57. Aparece borrado por mojadura. Chaves según Soriano Santacruz, 2023, I: 575.

58. Según Soriano Santacruz, 2023, I: 574.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425327352

# LAS PROCLAMACIONES DE FERNANDO VI Y CARLOS III EN BUENOS AIRES[1]

## *The Proclamations of Fernando VI and Carlos III in Buenos Aires*

Juan A. GONZÁLEZ DELGADO
Universidad de Sevilla
Juangondel97@gmail.com

Fecha de recepción: 13/11/2023
Fecha de aceptación: 15/04/2024

RESUMEN: El objetivo principal de la presente investigación es demostrar que las proclamaciones de Fernando VI y Carlos III en Buenos Aires funcionaron como mecanismos de legitimación del poder y de cohesión social en los que la unión de las artes fue fundamental. Este estudio se basará en las relaciones que narraron dichas proclamaciones y que se conservan en el Archivo General de Indias. Estas, si bien fueron abordadas por una historiografía clásica, no han sido analizadas con la profundidad que merecen.

*Palabras clave*: iconografía; Monarquía; música; poder; teatro.

ABSTRACT*:* The main objective of this research is to demonstrate that the royal proclamations of Fernando VI and Carlos III in Buenos Aires worked as mechanisms of power legitimation and social cohesion, where art had a central role. The base of this article will be the documents from the Archive General of Indias that narrate

1. El presente trabajo se inscribe en el desarrollo del proyecto «Arquitecturas del poder. Emulación y pervivencias en América y el sudeste asiático (1746-1808)». Ministerio de Ciencia e Innovación. Plan Estatal 2021–2023. PID2021-122170NB-100.

those proclamations. The classical historiography already addressed them, but they deserve a deeper analysis.

*Key words*: Iconography; Monarchy; Music; Power; Theatre.

Las proclamaciones, precedidas siempre por las exequias del anterior monarca, suponían el momento de encuentro entre el nuevo rey y sus súbditos. Se convirtieron en un mecanismo fundamental por el cual los ciudadanos y las autoridades locales mostraban lealtad a la monarquía como ente abstracto y al rey como su máxima autoridad, fomentando la estabilidad de la Corona. Esta ritualidad, que tenía como base el juramento al nuevo monarca y con ello la renovación del pacto político (Del Río Barredo, 2000: 23-32), se configuró mediante una ceremonia muy marcada. En el cambio de dinastía, se ha señalado cómo el ocultismo que comenzó con Felipe II se aminoró con la llegada de Felipe V y los Borbones (Del Río Barredo, 2004: 733-752). Sin embargo, esto tuvo pocas consecuencias para el ámbito americano, donde el rey siempre estaba ausente. La proclamación real funcionaba, por tanto, como un mecanismo fundamental para la legitimación del carácter sucesorio de la monarquía. La ceremonia comenzaba con la llegada de la Cédula Real que anunciaba la proclamación del monarca y daba las instrucciones que debían ser seguidas en la ciudad. Mediante un pregón se comunicaba a la ciudad el protocolo que debía cumplirse y los actos que debían llevarse a cabo. El elemento central de estas celebraciones en el panorama urbano de la ciudad fue siempre la plaza mayor a modo de teatro público, donde se proclamaba al nuevo rey y se realizaban numerosos actos festivos (Osorio, 2015: 177-194). Estas ceremonias cobraron una mayor importancia en los virreinatos americanos debido a la lejanía y a la ausencia física del monarca (Mínguez, 1995). Esto suponía un especial desafío para la sociedad virreinal a la hora de representar la presencia simbólica de la realeza a través de las artes. De igual modo, estas proclamaciones fueron reflejo de la necesidad de legitimación que sintieron tanto la propia monarquía como los grupos dirigentes de las ciudades y los virreinatos. Al servicio de estos objetivos se ponían todas las artes; los elementos festivos de la danza, el teatro, la música o la pintura se hacían presentes en el marco escénico que representaba la ciudad.

La historiografía lleva décadas prestando atención al contexto de la fiesta desde el punto de vista de la historia del arte, centrándose especialmente en la representación del poder regio. Sin embargo, debe superarse la visión de la fiesta como únicamente reflejo de un poder regio y una sociedad virreinal. Para ello servirá de referencia el concepto de fiesta como «ritual codificado para la comunicación» propuesto por García Bernal (2006: 37), enfatizando ese carácter comunicativo del ritual festivo. Desde fines del siglo pasado, como consecuencia de los estudios semiológicos en la antropología y la historia del arte, se ha complejizado la lectura del hecho artístico (Geertz, 1994: 117-146), especialmente aquel asociado al

ámbito festivo, entendiéndose como sistema cultural dinámico de enorme poder en la sociedad. Más recientemente, la proclamación real en territorio americano se viene entendiendo como simulacro, dependiente de la invisibilidad o ausencia del rey, en el que se ponen en juego cuestiones de gran relevancia tales como la lealtad al monarca, el contexto urbano como teatro del poder real y marco de la fiesta o su magnificencia y costo como muestra del poder local ante otras ciudades del entorno (Osorio, 2015: 177-194). Siguiendo con estas consideraciones metodológicas, resultará de gran utilidad entender la fiesta mediante el concepto de «intermedialidad» (Rajewsky, 2005: 43-64; Prieto, 2017: 7-18). Si bien este término ha sido empleado especialmente en las teorías en torno al lenguaje y la imagen del siglo XX en adelante, resulta aplicable para comprender otros fenómenos anteriores. En el ámbito de la festividad barroca, este vendría a actualizar la concepción de la fiesta como unidad y diálogo de diversas artes y sistemas comunicativos en un solo acto, todo ello con una función propagandista de ciertos valores asociados a la exaltación de la monarquía.

En los últimos años, en el contexto hispánico se han publicado numerosos estudios que investigan las fiestas relacionadas con la monarquía y los virreinatos en los diferentes territorios que la componían (Rodríguez Moya y Mínguez, 2016; Mínguez, Rodríguez Moya, González Tornel y Chiva Beltrán, 2012; Chiva Beltrán, 2012; Valenzuela Márquez, 2001). Sin embargo, se ha privilegiado el estudio de otro tipo de festividades asociadas al poder sobre las proclamaciones, que sólo han recibido estudios de carácter parcial, probablemente debido al menor número de representaciones existentes. En cuanto a las proclamaciones reales en el ámbito del virreinato del Perú durante el periodo borbónico, han sido mayormente abordadas aquellas que responden a periodos más tardíos. Es el caso de la proclamación de Carlos IV (1788) en Lima, Córdoba de Tucumán y Montevideo y la de Fernando VII (1808) también en la capital uruguaya (Ollero Lobato y Rey Ashfield, 2014: 132-146; Rey Ashfield y Ollero Lobato, 2013: 179-202; Page, 2004: 77-94). Sobre la proclamación de Fernando VI (1746) sí existe un estudio acerca del caso limeño, así como del novohispano (Mínguez, 2007: 273-292; Ortemberg, 2000: 91-113). Asimismo, también se tienen datos de las proclamaciones reales de Carlos III y Carlos IV en Santiago de Chile (Valenzuela Márquez, 2005: 49-78). Es por ello por lo que el estudio de las proclamaciones de Fernando VI y Carlos III en Buenos Aires constituyen otros casos que pueden aportar nueva información que complemente el resto de los trabajos que han abordado otras zonas u otro tipo de festividades. Estas proclamaciones, cuyas relaciones se conservan en el Archivo General de Indias, eran conocidas gracias a dos estudios de carácter tradicional, uno de ellos decimonónico, que han tenido nulo recorrido para la historiografía artística y que se limitaban a una descripción de la relación de las fiestas (Torre Revello, 1943: 115-138; Gutiérrez, 1871: 82-98). Es por ello por lo que resulta necesaria una revisión que analice estas fiestas en un contexto global en lo que a la cultura visual se refiere.

El objetivo principal de la presente investigación es demostrar que las proclamaciones de Fernando VI y Carlos III en Buenos Aires funcionaron como mecanismos

de intermedialidad y de comunicación tendentes a la legitimación del poder regio y a la cohesión social en los que la unión de las artes fue fundamental. Se abordarán en ese sentido elementos tales como el espacio, la imagen o el sonido. A través de ellos se tratará de analizar la sociedad bonaerense del momento y sus muestras de fidelidad a la monarquía borbónica. Para referirse al espacio en relación con el urbanismo de la ciudad en fiesta, se identificarán las zonas privilegiadas y aquellas que fueron excluidas, tratando de demostrar el carácter español o criollo de la fiesta. Para ello se cruzarán los datos proporcionados por las relaciones con los planos existentes de la ciudad. En cuanto al discurso visual, que tendrá prevalencia en el presente estudio, se concretarán los diferentes mecanismos que se usaron para presentar la figura del nuevo monarca y su conexión con el concepto abstracto de la monarquía, así como el resto de las iconografías presentes en las fiestas. Asimismo, al abordar a nivel interno la sociedad bonaerense se intentará demostrar que, en estas festividades organizadas por una élite social, el papel de la población indígena siempre estuvo al servicio de dichas élites. Su participación en ellas, a diferencia de otras ciudades americanas, se vio reducida a la actuación como elementos propios del lugar que daban un tono popular a los festejos. Por último, se abordarán aquellas manifestaciones sonoras, entendidas como elementos indispensables en la exaltación de la monarquía. En ellas se englobarán tanto el ruido y la música como el teatro, que jugó un papel fundamental. Estas celebraciones serán siempre analizadas en comparación con otros festejos tanto en la Península como en otros puntos del continente americano, entendiendo estas fiestas en Buenos Aires como muestras de un espacio globalizado.

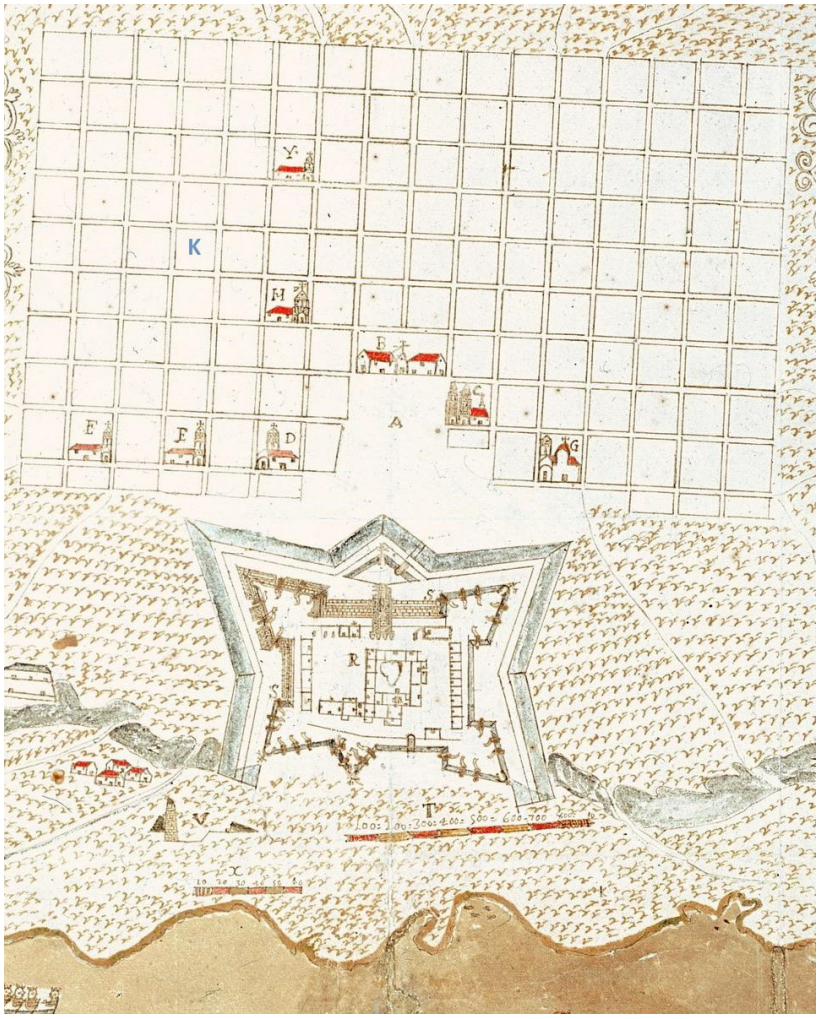
La proclamación real era una de las grandes fiestas asociadas a la institución monárquica. Estas han sido conceptualizadas como «rituales de afirmación del poder», pero también con una doble condición «socio-comunicativa y simbólica» (García Bernal, 2006: 39, 127); en ellas se ponían en juego elementos comunicativos de las diferentes esferas del poder monárquico y local. Fueron fundamentales como elementos simbólicos de continuidad entre dinastías y reyes; a través de este ritual se reafirmaba el pacto entre la población y el monarca y se legitimaba la propia institución. Además, se ha de recordar la importancia que en el Antiguo Régimen tuvieron las dinastías en el devenir político de un país, marcando la política exterior en sus pactos y alianzas, así como las guerras. En ese aspecto, se ha de subrayar la reciente llegada al trono español de la dinastía borbónica. Este acto de proclamación contaba con una ceremonia muy marcada, de origen castellano, que consistía en la procesión del estandarte real como símbolo del poder de la monarquía y que no varió en demasía con el cambio de dinastía. Estas proclamaciones eran recogidas por cronistas, que se hacían eco de los sucesos que tenían lugar en la ciudad en aquellos días tan marcados. En todas ellas existen numerosos paralelismos que lo conforman como un género, destacando sobre todo el interés del autor por hacer creer que dicha fiesta fue de una excepcionalidad sin parangón y superior al resto (Bonet Correa, 1990: 8). En algunos casos, estas se imprimían y publicaban, llegando a incluir grabados que ilustraban la descripción.

Esto se ha interpretado como «el gesto definitivo que subraya la lealtad de la comunidad a su Señor» (García Bernal, 2006: 91), mostrando a la ciudad como digno vasallo y ejemplo para las demás. De este modo deben interpretarse también las relaciones que se mandaron desde las diversas ciudades americanas a la metrópolis, aunque no fueran publicadas. Este es el caso de las que aquí se presentan, cuya publicación hubiera sido de gran dificultad por no contar Buenos Aires en ese momento con una imprenta, que sólo se fundaría en 1780 (Ares, 2009: 91-119). La función de estas relaciones era, por tanto, demostrar la obediencia y la exaltación a la monarquía por parte de los poderes locales y la población de las diversas ciudades en territorios tan lejanos. En este caso, debido a la carencia de una imprenta, no puede pensarse en un interés por la difusión de esas fiestas a través de su publicación.

## 1. Los espacios de la fiesta: urbanismo y poder

Las exequias y las proclamaciones de los monarcas españoles en territorio americano suponían un momento crucial para la demostración de la autoridad local. Principalmente el Cabildo y la Iglesia, pero también buena parte de la sociedad civil como los gremios, trataban de demostrar su protagonismo. Todo ello se reflejaba en las ceremonias de la proclamación, así como en la decoración y la organización de otros elementos festivos. Es por ello por lo que el estudio de las proclamaciones desde el punto de vista urbanístico revela mucha información acerca de la importancia de diferentes puntos en la ciudad y las instituciones que allí tenían su sede o control. El recorrido que se realizaba en las proclamaciones reales constituía una jerarquización de espacios que no puede ser ignorada, suponía una mediación comunicativa y marcaba la ciudad como escenario en el que se construía la comunidad política, poniéndose en juego una negociación ritual entre los diversos grupos sociales. Del mismo modo, la propia ciudad y su modelo ideal, con su uso de arquitecturas fingidas, así como la propia espacialidad, se erigían como «artificio comunicativo» (García Bernal, 2006: 54-56, 124, 147; Bonet Correa, 1990: 18-20). Sin duda, dos fueron los centros neurálgicos que concentraron el protagonismo en estas ceremonias, representando a las dos grandes instituciones del poder civil y eclesiástico: la catedral y la plaza mayor (Imagen 1) (Mínguez, Rodríguez Moya, González Tornel y Chiva Beltrán, 2012: 50-53). Como sintetizó Bonet Correa (1990: 20-21), «la plaza hispánica en el barroco es el auténtico corazón de la ciudad en fiestas». Centro neurálgico de los grandes poderes, este era el lugar simbólico del gobierno del rey y reflejo de la sociedad colonial (Correal Avilán, 2017: 1-15). Además, era elemento rector de la ciudad, espacio para el mercado, lugar de reunión o escenario de la vida cotidiana y de los grandes sucesos (Gutiérrez, 2010: 91-95). Es por ello que el protagonismo de la plaza mayor resulta catalizador de las diferentes vertientes de la fiesta, uniendo desde el nivel simbólico asociado a la monarquía y al poder local, hasta la vida cotidiana de la población. Todos estos elementos se unían en el ámbito

festivo teniendo como centro dicha plaza, tal y como ocurría desde inicios de la época virreinal. Sin embargo, hubo otros espacios de poder en torno a la fiesta en la ciudad que deben ser tenidos en cuenta.




Leyenda: A) Plaza Mayor, B) Casas de Cabildo, C) Iglesia Mayor, D) Convento de San Francisco, E) Convento de Santo Domingo, F) Hospital de los Betlemitas, G) Convento de Nuestra Señora de las Mercedes, H) Colegio de la Compañía de Jesús, Y) Parroquia de indios de San Juan Bautista, [K) Casa de Francisco Rodriguez de Vida], […] R) Fuerte de San José. Imagen 1. Detalle de un plano de Buenos Aires en 1713, José Bermúdez (Archivo General de Indias, MP. Buenos Aires, 39).

La proclamación de Fernando VI en Buenos Aires tuvo lugar el 10 de noviembre de 1747, tras las exequias de Felipe V[2]. Estas exequias contaron con un mausoleo sobre cuatro columnas, con una corona sobre la cornisa y con representaciones de la muerte y el retrato del monarca. La proclamación de Fernando VI se inició con la salida en procesión desde las casas del cabildo con una comitiva de doce capitulares, maceros, militares de la compañía de dragones y el gobernador, es decir, los representantes del poder civil y militar, que en Buenos Aires estaban muy vinculados debido a la alta militarización de su sociedad. Esta comitiva recogió el estandarte real, que había quedado a cargo del alguacil mayor de la Inquisición y alcalde de segundo voto, Francisco Rodríguez de Vida. Esta casa, como receptora del estandarte, se convirtió en otro centro fundamental de esta proclamación, siendo decorada y alojando algunos actos festivos. Después, continuada la procesión, el estandarte se colocó bajo dosel en las casas del alcalde, siendo custodiada por una guardia de la compañía de infantería. Para ello se construyó un aparato de arquitectura efímera con una arquería de dos cuerpos. De nuevo salió en procesión el estandarte real llevado por el alférez a la cabeza y escoltado de un cuerpo de la compañía de dragones en la vanguardia y la retaguardia. Se acompañaba la procesión por una compañía de vecinos y representantes del cabildo, justicia y regimiento. El destino era la plaza mayor, donde finalmente se proclamó al rey. Sin embargo, la procesión debía continuar hasta la catedral, donde quedaría bajo dosel durante la celebración del tedeum para luego retornar. Al día siguiente, el estandarte real volvió a visitar la catedral con motivo de las fiestas del patrón. Con esto se cerraba la procesión del estandarte real, pero, durante el desarrollo de las fiestas, hubo otras procesiones, como la de los carros triunfales, y otros espacios que alojaron numerosos actos festivos. En el caso de la proclamación de Carlos III, celebrada el 10 de noviembre de 1760, la procesión del estandarte real fue muy similar[3]. De nuevo fue la casa del alférez, en este caso Jerónimo Matorras, la elegida para recibir el estandarte. Y, asimismo, también tuvieron lugar otro tipo de actos celebratorios como los carros triunfales o la representación de obras teatrales y música.

Las relaciones conservadas sobre estas fiestas no detallan con precisión la localización de las casas de los encargados de custodiar el estandarte real, lugar que marcaba el inicio de la procesión y un foco central de las celebraciones. Asimismo, tampoco se detallan los lugares recorridos por los carros triunfales. Sin embargo, se pueden plantear hipótesis que permitan al menos localizar aquellas zonas de mayor importancia y establecer una jerarquía de espacios en la ciudad durante estas fiestas.

2. Carta de Francisco Rodríguez de Vida al marqués de la Ensenada adjuntando la relación de las fiestas de la proclamación de Fernando VI, sin foliar, Buenos Aires, 29 de marzo de 1748, Archivo General de Indias (AGI), Buenos Aires, 302.

3. Relación de las fiestas con motivo de la proclamación de Carlos III, escritas por el escribano José Ferrera Feo, sin foliar, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1760, AGI, Buenos Aires, 304.

La plaza mayor, espacio en el que también se ubicaba la catedral, fue el centro principal de los actos. En ella se proclamó al monarca, pero también se celebraron corridas de toros y juegos de cañas y sortijas. Este tipo de actos, que tenían lugar siempre en las plazas más importantes de cada ciudad, eran un elemento vertebrador de la fiesta barroca en España, siendo un ejemplo de ocio de masas con una raíz en las diversiones caballerescas (López Cantos, 1992: 156-182, 188-190). Asimismo, también se representaron comedias financiadas por los militares del presidio y se asistió a un concierto. En el caso de la proclamación de Carlos III, en la plaza mayor, los vecinos costearon la construcción de un teatro en su cara norte. Al occidente se encontraban las casas del cabildo, que se decidieron replicar en la parte oriental de la plaza con arquitectura fingida en madera y pintada. En la misma plaza ubicó el alcalde otros dos teatros, dedicado uno de ellos a conciertos. Ante la falta de otro tipo de decoración como podían ser arcos triunfales, la presencia del teatro asume en estas fiestas una gran importancia.

Otro espacio fundamental fue la fortaleza de la ciudad, que también se ubicaba en el entorno de la plaza mayor. Se trataba de un espacio por aquel entonces de escasa fiabilidad defensiva, pero de alto valor simbólico, reforzado por la enorme importancia de los militares en Buenos Aires. Allí se hicieron conciertos, bailes, así como representaciones de comedias y ópera, reuniéndose la aristocracia bonaerense. Asimismo, se volvió a representar una de las comedias financiadas por los militares y se organizó una ópera interpretada por los indios de las misiones. El teatro que se levantó de arquitectura efímera estaba compuesto de siete arcos de tafetanes en su parte inferior y tres en su cuerpo superior. Entre ambos cuerpos había espacio para tres balcones en los que se representaban pasajes de las obras. Esta arcada de tres vanos parece remitir al esquema del arco triunfal, relacionado tradicionalmente con la arquitectura del poder.

El acto de proclamación de Carlos III se reiteró en otros espacios de la ciudad, lo cual puede servir para señalar aquellos puntos de una mayor relevancia. Aunque no se citan para el caso de Fernando VI es de suponer que ocurrió de manera similar. Estos espacios fueron las plazas de la Compañía de Jesús, el hospital de los betlemitas y los conventos de San Francisco, Santo Domingo y Nuestra Señora de las Mercedes. Es decir, las grandes órdenes, presentes en las fiestas celebradas en Buenos Aires, jugaron un rol fundamental como elementos vertebradores de la ciudad. Además, también instalaron pequeños teatros en algunas de estas plazas y estas habían de estar decoradas con diferentes iconografías en honor al monarca.

Una vez definidos los espacios pueden establecerse aquellas zonas de mayor importancia y aquellas relegadas a la exclusión. El eje central era la plaza mayor, actual plaza de Mayo, donde se concentraban la fortaleza, la catedral y las casas del cabildo. Del centro de esa plaza partían dos calles a izquierda y derecha. A un lado, de más cerca a más lejos de la plaza, se ubicaban el convento de San Francisco, el de Santo Domingo y el Hospital de los Betlemitas. Al otro lado, cercano a la catedral, estaba el convento de Nuestra Señora de las Mercedes. A este gran eje se ha de sumar la iglesia de la Compañía de Jesús, que se encontraba en la vertical

del convento de San Francisco, una cuadra más al oeste que las casas de cabildo. A estos espacios sólo quedaría por añadir las casas particulares de los encargados de custodiar el estandarte real, donde también se realizaron numerosos actos. Las relaciones no detallan dónde se ubicaban en el trazado urbano. Se puede suponer que, al tratarse de personajes cercanos a la alta sociedad bonaerense, debían situarse en un entorno cercano al descrito y no en barrios más periféricos. Gracias a documentación complementaria se ha podido localizar una de ellas, la de Francisco Rodríguez de Vida, alguacil mayor de la Inquisición. Gracias al censo de 1744, apenas tres años antes de la proclamación, es posible conocer la ubicación de su vivienda (VV. AA., 1920-1955: 447). Esta se ubicaba en la misma calle que el convento de Santo Domingo, pero en la quinta cuadra hacia el oeste, de tal manera que sería uno de los puntos más alejados de la fiesta.

Una vez trazada el área de mayor importancia, conviene indicar qué espacios fueron excluidos. Es sintomático el silencio de la documentación acerca de la otra parroquia de la ciudad, la iglesia de indios de San Juan Bautista. Esta omisión en la relación oficial resulta de gran interés para comprender cómo las relaciones sociales tenían su reflejo en el urbanismo en fiesta. La exclusión de la parroquia de indios, que ya de por sí se encontraba más alejada del núcleo de la plaza mayor, es indicativa del carácter criollo de la celebración. El protagonismo de la población indígena en estas celebraciones fue muy escaso, quedando relegados normalmente a ser meros espectadores o bien a participar únicamente como elemento exótico de la celebración.

Por último, se han de tener en cuenta otros elementos cuya ubicación no es posible precisar. Es sabido que muchas calles recibieron luminarias. Habrían de ser aquellas vías más céntricas, cercanas a los órganos de poder como la plaza del cabildo o la catedral. De igual modo, se realizaron diversas procesiones y mascaradas en ambas procesiones, que discurrirían por varias de esas calles. Además, los balcones se decoraron como era habitual con ricas telas, contribuyendo al enmascaramiento efímero del urbanismo de la ciudad. También había de tenerse en cuenta la presencia de castillos de pólvora, cuya ubicación no se detalla. Todo ello involucraba a buena parte de la ciudad y de la sociedad de Buenos Aires en las fiestas de proclamación por los nuevos monarcas.

## 2. La representación del monarca ausente y la legitimación de la monarquía

Quizás el tema central de los estudios de la historia del arte con respecto de las proclamaciones reales en territorio americano ha sido el problema de hacer presente la figura del nuevo monarca a la población de los virreinatos (Mínguez, 1995). El ejemplo más evidente era la fabricación de retratos del monarca que tomaban como modelo obras procedentes de la Península, de manera que el pueblo tomase contacto con la fisionomía del rey entrante. Sin embargo, no fue este el único modo en que la figura del rey se presentó de manera virtual en territorio

americano, sino que se sirvieron de otros mecanismos. Además, las figuras del monarca no se concebían únicamente aisladas, sino que solían asociarse a su linaje, e incluso a la dinastía anterior, convirtiéndose en una defensa de la monarquía como la institución gobernadora de esos territorios por derecho. En el presente apartado se ahondará en la presencia de retratos reales, pero también se indagará en otras representaciones de la figura de los monarcas Fernando VI y Carlos III en Buenos Aires, así como otras iconografías tendentes a la legitimación de la monarquía hispánica.

En el caso de la proclamación de Fernando VI, cuya celebración tuvo lugar en Buenos Aires el 10 de octubre de 1747, fueron varios los mecanismos a través de los cuales se representó al rey o al concepto de la monarquía hispánica[4]. En primer lugar, se ha de destacar la presencia del estandarte real, elemento cuya presencia era obligada y que constituía el centro de la ceremonia como símbolo del poder imperial. En la casa del cabildo se erigió una arquitectura efímera de dos cuerpos cuyo propósito era alojar dicho estandarte real bajo un dosel adornado con rapacejos. Este aparato presentaba en su cuerpo inferior cuatro arcadas con pinturas de fábulas y trofeos militares cuyo objetivo debía ser loar al nuevo rey. La presencia de la emblemática era el medio más habitual para ensalzar la monarquía y contaba con una larga tradición asociada al contexto hispánico. Sin embargo, se ha de incidir en la difícil lectura para un grueso de la población que no estaba habituada a ver este tipo de representaciones, siendo sólo legibles para un pequeño sector culto de la ciudad. En el cuerpo superior, en el que se repetían los cuatro arcos, se representaban las armas reales. Esta estructura de dos cuerpos con arcadas parece replicar la arquitectura civil habitual para los edificios gubernativos, pudiéndose asociar a una arquitectura del poder. Otra representación del monarca Fernando VI se ubicó en la catedral, en el dosel dispuesto para recibir el real estandarte. Bajo este se encontraban los retratos del monarca y su esposa, Bárbara de Braganza. También se dispusieron los retratos de los reyes en un teatro efímero que se levantó en la fortaleza de la ciudad. Este se componía de tres cuerpos, el primero de ellos con siete arcos de tafetanes y colgaduras de damasco y un segundo cuerpo de tres arcos, que serían los que acogerían las figuras de los monarcas flanqueando a las armas reales, que ocuparían el lugar central, todos ellos bajo dosel. El número impar de vanos se hacía necesario para ubicar esos tres elementos, tal y como podía ser habitual en los arcos triunfales. Se ha de incidir en la presencia de los retratos reales en los edificios de mayor importancia de la ciudad, la fortaleza y la catedral. Sólo faltaría la plaza mayor, donde es de suponer su presencia para el acto de proclamación, lo cual era habitual en estos actos.

4. Carta de Francisco Rodríguez de Vida al marqués de la Ensenada adjuntando la relación de las fiestas de la proclamación de Fernando VI, Buenos Aires, 29 de marzo de 1748, Archivo General de Indias (AGI), Buenos Aires, 302.

En el caso de la proclamación de Carlos III se repitieron este tipo de representaciones[5]. En la plaza de la ciudad se erigió arquitectura fingida para simular que dicho espacio era regular, copiando los edificios reales al lado contrario. En este trampantojo de arquitectura fingida se representó sobre el balcón la efigie del rey inmerso en un programa iconográfico más complejo, pero, en suma, no de gran originalidad teniendo en cuenta la larga tradición de la emblemática asociada a la monarquía hispánica. Se representaron deidades, probablemente de la mitología clásica, así como jeroglíficos, elementos indispensables para elogiar de manera simbólica al monarca.

Otro espacio adornado fue la casa del alférez real Jerónimo Matorras, que recibió arquitectura efímera tanto en su puerta como en el zaguán y el patio central. Destaca, en este caso, la presencia del zaguán y del patio de una casa privada como espacios semipúblicos durante las festividades, ya que se realizaron numerosos actos en ella. Quedaría por dilucidar si esa casa estuvo abierta para que la población bonaerense pudiera observar tanto el estandarte real como las iconografías y retratos regios que allí se representaron. En la puerta se levantaron bastidores en dos cuerpos, ubicándose en el arco central el estandarte real y la imagen del monarca. Esto se replicaba de algún modo en el patio, donde sus paredes también se adornaron con bastidores, ubicándose en los arcos centrales los retratos de Carlos III y su esposa, María Amalia de Sajonia. Se trataría, por tanto, de una representación múltiple del monarca, es decir, en espacios diferenciados de una misma casa. Además, contaba con la presencia de otros lienzos con retratos de sus antecesores en el trono, elemento relativamente habitual en la tradición y que permitía vincular ambas dinastías. Se encontraban sus dos hermanos, Fernando VI y Luis I, así como su padre, Felipe V, y el último de los Austria, Carlos II. De este hecho se deduce la existencia de retratos de aquellos monarcas, probablemente procedentes de los enviados desde España para sus proclamaciones. Este aparato iconográfico presenta una mayor complejidad e interés, en cuanto reafirma la legitimidad del reinado de Carlos III a través de su lugar no sólo como un miembro más en la línea sucesoria de los Borbones, sino que también se une esta dinastía a la anterior, la de los Austria. Esta representación del poder de la monarquía se potenciaba con la presencia de virtudes tales como la Fama, el Valor, la Justicia y la Piedad, como símbolos del buen gobierno. Igualmente, también se representaron las cuatro partes del mundo, reflejo del poder de la monarquía (Zugasti, 2004: 289-334). Se trata de una iconografía de gran éxito en ámbito europeo, pero que también se empleó asiduamente en el continente americano, tanto en fiestas religiosas como símbolo de la expansión de la fe cristiana como en exequias y proclamaciones reales. Asimismo, había otras escenas representadas menos habituales en estos ámbitos, pero que servían para potenciar estos significados de poder y

5. Relación de las fiestas con motivo de la proclamación de Carlos III, escritas por el escribano José Ferrera Feo, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1760, AGI, Buenos Aires, 304.

buen gobierno, tales como un magistrado pidiendo audiencia o un cuerpo de guardia, así como otros jeroglíficos. Finalmente, también estaban el escudo de la ciudad y las armas de España. La presencia de estos retratos pictóricos junto a las armas reales era muy común en las proclamaciones de los monarcas en territorio americano y eran la manera más visual de permitir que un pueblo tan distante como el bonaerense entrase en contacto con sus nuevos monarcas y pudieran asociarlos con una imagen. Del mismo modo, también permitían vincularlos con el símbolo abstracto de las armas reales, señal inequívoca del dominio que la monarquía ejercía sobre esos territorios.

Otro mecanismo de contacto entre el nuevo monarca y el pueblo bonaerense se dio en la plaza mayor, en la que se repartieron monedas y medallas con la efigie del monarca en ambas proclamaciones (Imagen 2). Esto era algo habitual en las proclamaciones reales, tanto americanas como en la metrópolis (Herrera, 1884). Por ejemplo, se tiene constancia de este mismo tipo de actos en Santiago de Chile, con monedas acuñadas por su propia Casa de Moneda, si bien en Buenos Aires estas se acuñaron en Lima (Contreras Carranza, 2016: 39-49 y 444-451; Valenzuela Márquez, 2005: 49-78). Se ha de entender que parte de las monedas serían arrojadas al público, mientras que las medallas, en menor número, serían entregadas únicamente a personajes de cierta relevancia en la ciudad. La disposición de retratos y símbolos de la monarquía en las arquitecturas efímeras de la ciudad supone la concepción de una experiencia pública y compartida, que solamente se podía experimentar los días que durase la fiesta. En cambio, la acuñación de medallas y su entrega a las autoridades constituye un cambio interesante en estos paradigmas; en primer lugar, se trata de objetos de gran significado, cuya vida material era más duradera, y, en segundo lugar, el público receptor se individualiza, haciendo el vínculo más íntimo. Además, el reparto de medallas y monedas ha sido interpretado como una promesa de futuras riquezas proporcionadas gracias a la monarquía (Mínguez, 2007: 282). En la medalla de Fernando VI se observa en su anverso el busto del monarca portando una coraza, en torno al cual corre una inscripción que le identifica como rey de «Hispania» y las Indias (Herrera, 1884: 63). Este modelo puede verse tanto en su antecesor como en otras medallas acuñadas en la península, especialmente las de Barcelona y la de Cádiz y otras ciudades cercanas (Herrera, 1884: 53-63). Por su parte, en el reverso se representa la ciudad de Buenos Aires, identificada mediante una inscripción con la fecha del suceso, así como por el escudo de la ciudad. Este presenta algunos elementos tradicionales en la representación de Buenos Aires desde 1649, cuando se modificó el escudo originario (Osorio, 2007: 597-618 y 743-848). Dichos elementos son el mar y el ancla, así como la paloma como símbolo del Espíritu Santo, protector de la ciudad. Más novedosa era, en cambio, la inclusión de los dos barcos, que respondía al escudo que Felipe V concedió en 1716. Sería la proclamación de Fernando VI la primera vez que este escudo se emplease (Osorio, 2007: 615). En cuanto a su diseño, la imagen no resalta ningún elemento definitorio en la fisionomía de la ciudad, sino que la destaca como puerto de manera más abstracta.

Este modelo puede verse replicado sin apenas variantes en las medallas por la proclamación de sus sucesores Carlos III y Carlos IV y es el que ha llegado a la actualidad como escudo de la ciudad, aunque sin la presencia del ancla.

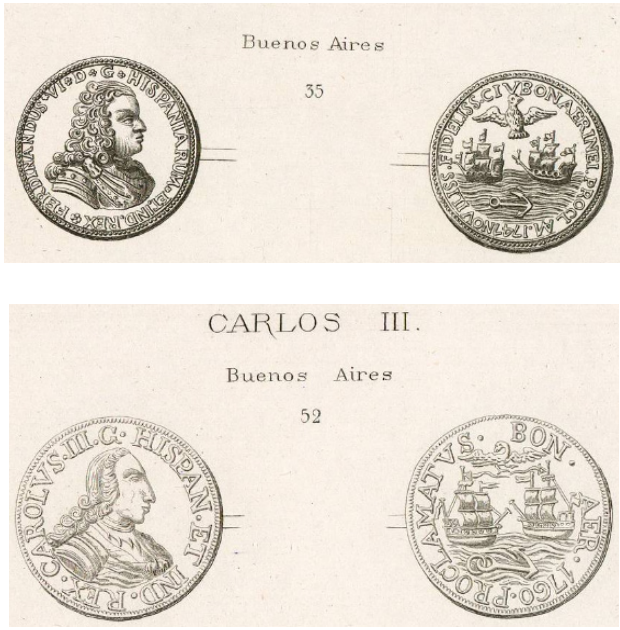



Imagen 2. Medallas de Fernando VI (arriba) y Carlos III (abajo) repartidas con motivo de su proclamación en Buenos Aires (Herrera, Adolfo: *Medallas de proclamaciones y juras de los reyes de España*, Madrid, 1884).

Si los retratos de los monarcas acercaban al nuevo gobernante a sus súbditos, otro modo de representar al rey en ambas proclamaciones fue a través de actores. En el caso de Fernando VI, el día siguiente a su proclamación, recorrió las calles de Buenos Aires un carro triunfal. En este de nuevo se representaron el escudo de la ciudad y las armas reales, así como otras pinturas de trofeos militares y follajes[6]. Todo el conjunto se iluminaba con numerosas antorchas. Encima del carro había representaciones de las cuatro partes del mundo vestidas con sus trajes correspondientes que felicitaban al monarca, representado por un infante vestido como rey. Finalmente, en su parte inferior se encontraba un grupo de músicos.

6. Carta de Francisco Rodríguez de Vida al marqués de la Ensenada adjuntando la relación de las fiestas de la proclamación de Fernando VI, sin foliar, Buenos Aires, 29 de marzo de 1748, Archivo General de Indias (AGI), Buenos Aires, 302.

De algún modo esta representación escénica puede considerarse como un paso más allá de la pintura, que se hace realidad a través de la representación teatral. Además, se trata de un tema iconográfico que era habitual representar en pintura, como ya se ha visto para Carlos III. La presencia de personas figurando como monarcas en proclamaciones reales puede rastrearse en otros casos. Se repitió en la proclamación de Carlos IV en Montevideo, donde de nuevo aparecieron en un carro triunfal el monarca y su esposa María Luisa bajo dosel, aunque con otra iconografía a su alrededor, como eran el sol y el león (Ollero Lobato y Rey Ashfield, 2014: 132-146). Si bien presentaba otros paralelismos como la presencia de cuatro personajes representando las cuatro partes del mundo, ser tirado por ocho mulas, la celebración conjunta de mascaradas o los cirios y antorchas que iluminaban la escena. De igual modo, también en Córdoba de Tucumán para la proclamación de Carlos IV se dispuso un carro triunfal con el monarca y otras cuatro figuras, aunque en este caso representaban a América, la Memoria, el Entendimiento y la Voluntad, mezclando la presencia de una de las partes del mundo con algunas virtudes de origen clásico (Page, 2004: 77-94). Es indudable la conexión que existió entre algunos elementos en las celebraciones de toda el área del Río de la Plata, con Buenos Aires, Córdoba de Tucumán y Montevideo como principales ciudades. En este caso, la iconografía de las cuatro partes del mundo parece un tema recurrente en América del Sur, siendo menos habitual en otros lugares.

En la proclamación de Carlos III, el aspecto escénico y de representación teatral del monarca se hizo más complejo. No sólo se representó su persona a través de un actor, sino que se simuló su propio recibimiento como rey en su desembarco en Barcelona. El gremio de plateros levantó en la plaza una fortaleza de tres pisos que representaba el castillo de Montjuïc en Barcelona[7]. Desde el otro extremo entraba una falúa que acogía al monarca en su desembarco a la ciudad. Esto fue representado mediante el izado de la bandera de escuadra y el lanzamiento de salvas desde el castillo. Además de representación de marineros con disfraces con las armas reales y máscaras, también se encontraba el marqués de la Victoria como gobernador de la Armada. En el centro de la falúa se levantaba un pabellón carmesí en el que se encontraban sentados la familia real y los monarcas. Todo ello era acompañado de música y otros elementos. Se trata de un espectáculo realmente inusual en territorio americano y con muchas implicaciones desde la cultura visual. Se trata, por un momento, de hacer presente la metrópolis en Buenos Aires. Una especie de simulacro, de repetición del hecho en otro continente para que sus habitantes pudieran gozar de la presencia del monarca. No debería ser leído este hecho simplemente como un elemento lúdico y festivo, sino que es necesario ir más allá y atender a la manera en que se plantea la relación metrópoli-virreinato y monarca-súbditos.

7. Relación de las fiestas con motivo de la proclamación de Carlos III, escritas por el escribano José Ferrera Feo, sin foliar, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1760, AGI, Buenos Aires, 304.

La presencia de la fortaleza de Montjuïc como símbolo visible de Barcelona resulta de gran relevancia. Puede interpretarse como una lectura que vincula la ciudad con su elemento defensivo, resaltando de nuevo su calidad como puerto y la necesidad de defensa ante ataques enemigos. Si se piensa en relación con Buenos Aires, una sociedad altamente militarizada y cuyo carácter de puerto es central, se puede comprender mejor la elección de la fortaleza de Montjuïc. Por otra, parte, la presencia de una fortificación en un contexto lúdico y festivo puede relacionarse con otros ejemplos similares. Dos casos cercanos se dieron en la proclamación de Carlos IV en Santiago de Chile y Montevideo. En el caso santiaguino, se representó la ciudad de Troya, con una fortaleza y un caballo de fuego que entraba en la ciudad (Valenzuela Márquez, 2005: 59-60). En Montevideo se simuló el asalto a un castillo defendido por los turcos, celebrando su conquista en nombre del monarca (Ollero Lobato y Rey Ashfield, 2014: 132-146). La escena, al igual que en Buenos Aires, se situó en la plaza del ayuntamiento, elemento urbanístico central en estas celebraciones. Otro ejemplo en el ámbito festivo puede encontrarse en uno de los carros triunfales de la proclamación de Fernando VI en Sevilla, así como en la propia comitiva (Morales, 2005: 2-21). En esta había representaciones de la Defensa y la Arquitectura militar, en el carro del Fuego se representó al volcán Etna sobre una fortaleza con su artillería, mientras que en el de la Fortaleza volvía a aparecer una fortificación como símbolo de dicha virtud. A pesar de sus diferencias materiales e iconográficas, estas comparaciones permiten elucubrar la idea de cierto imaginario lúdico y festivo en torno a las fortificaciones y la presencia y significancia que estas tuvieron fuera del contexto bélico.

Por otra parte, otros elementos festivos que contribuían al control social y al elogio de la monarquía fueron las procesiones de carrozas serio-jocosas y las mascaradas. En el caso de Fernando VI, uno de los carros ha sido ya descrito, con la presencia de las cuatro partes del mundo y un actor representando al monarca[8]. Al día siguiente, salió otro carro con un carácter más lúdico. Se representaba en pintura al Tiempo con el dios Baco a sus espaldas. Dentro del carro iban fingidos niños con barba que gritaban loas a los monarcas Fernando VI y Bárbara de Braganza. También en el carro, cuando no se hallaban los niños, había un concierto y música de un órgano que el autor de la relación dice que emitía sonidos de gatos, acompañado de ronquidos de lechones, en lo que probablemente fuera un comentario sarcástico sobre la calidad de la música. A su vez salía una pequeña calesa con niños montados en carneros para el público infantil. Es evidente que toda esta procesión tenía un tono jocoso y humorístico que pondría el contrapunto a los elementos más serios de la celebración. En cuanto a la iconografía se ha de destacar la ausencia de elementos relacionados con el sol, un símbolo sumamente

8. Carta de Francisco Rodríguez de Vida al marqués de la Ensenada adjuntando la relación de las fiestas de la proclamación de Fernando VI, sin foliar, Buenos Aires, 29 de marzo de 1748, Archivo General de Indias (AGI), Buenos Aires, 302.

empleado para ensalzar al monarca, especialmente en Nueva España (Mínguez, 2001; Mínguez, 2007: 273-292). La presencia del humor en estas carrozas no debe sorprender, ya que en estas festividades lo jocoso tenía tanta importancia como lo serio y era asimismo vehículo de esos mensajes de lealtad a la Corona a través del entretenimiento público. En la fiesta barroca, estos elementos dispares se unían, dando lugar a lo que se denominó «jocoserio», lo cual podía suavizar el mensaje y facilitar su asimilación (Ollero Lobato, 2013: 143-173). Tal y como expresó Bonet Correa, lo festivo, y especialmente su parte más asociada a la risa y lo alegre, funcionaba como «válvula de escape» para «mantener el equilibrio y la conexión entre las clases», es decir, para reducir la conflictividad social, creando un espacio utópico que rompía con la cotidianidad del pueblo (Bonet Correa, 1990: 5).

Durante la proclamación de Carlos III la falúa que imitaba la llegada del monarca a Barcelona en dicha embarcación procesionó por la ciudad[9]. Además, en la plaza se dio una contradanza con música de cuerda que bailaron ocho personas enmascaradas, cuatro de ellas como mujeres. Estas máscaras se acompañaban de otras veinticuatro, que iban pintadas mitad de blanco y mitad de negro, con hachas de cera y escudos con inscripciones. Es difícil desentrañar el significado de estas máscaras sin conocer el contenido de las inscripciones, pero podía hacer referencia a la asimilación de los contrarios. El gremio de carpinteros, por su parte, acompañó la procesión con hasta cuatrocientas personas a caballo con máscaras de mojiganga y doce jóvenes con disfraces de mono que realizaron otra contradanza. De nuevo, estos de mascaradas y mojiganga son elementos lúdicos y jocosos que servían de contrapunto a la seriedad de otros elementos. Estas mojigangas fueron un género teatral, pero también acabaron formando parte de la fiesta barroca (Buezo, 1993: 13-16, 25-78, 206-207). Al día siguiente, otras trescientas máscaras a caballo y otras veintiséis a pie representando a las cuatro órdenes religiosas fueron acompañando a otro carro triunfal. Este, comisionado por cordoneros y sastres, representaba un monte en cuya cima se encontraba representada la Fama. En dicho carro se ubicó un concierto de música que cantó alabanzas al nuevo monarca. Es este un símbolo habitual a la hora de representar el poder de la monarquía, señalando la Fama como recompensa al buen gobierno del rey. El gremio de los zapateros hizo otro carro con su mascarada, pero se desconoce su iconografía. Parecen estar representados los gremios más importantes de la ciudad, siendo en su conjunto el otro gran protagonista en estas ceremonias, encargándose de estos elementos más festivos. De entre ellos quizás convendría destacar el de plateros, ya que la grandeza de la representación y su tema eran de un mayor protagonismo en las fiestas.

9. Relación de las fiestas con motivo de la proclamación de Carlos III, escritas por el escribano José Ferrera Feo, sin foliar, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1760, AGI, Buenos Aires, 304.

## 3. La palabra, el ruido y la música: elementos sonoros en las proclamaciones

Los estudios desde la historia del arte acerca de las proclamaciones reales y otros eventos festivos han tendido a privilegiar los aspectos visuales, más cercanos a su campo de trabajo. Sin embargo, han de resaltarse otros elementos indispensables como eran los sonoros, concepto bajo el cual se busca comprehender aspectos tan diferentes como los discursos, las representaciones teatrales, la música, el canto o las salvas de artillería. Todo ello crea un espacio sonoro indispensable para la comprensión de la fiesta. Se trata, además, de un campo de estudio que ha recibido interesantes aportaciones en los últimos años (Bejarano Pellicer, 2015; Murray Schafer, 2013; Martínez Villa y Landavazo, 2018: 115-148).

El paisaje sonoro de la ciudad durante estas celebraciones es un elemento central, al mismo nivel que los aspectos visuales, para comprender la fiesta y la exaltación de la monarquía. En las procesiones del estandarte real y de los carros triunfales, a la música habría que unir el bullicio general de la población, concentrada allí para el disfrute de estos actos. A ello le acompañaba el repicar de las campanas de las diferentes iglesias y las salvas de artillería, así como cohetes tronadores en conjunción con los castillos de pólvora y luminarias, en una conjunción de sonidos e imagen abrumadora en pos de celebrar al nuevo monarca. Otro elemento es la palabra hablada. Constituye el acto fundamental de la proclamación del rey y se acompaña con los vivas y loas exclamadas por la población durante la mayoría de los actos. Luego, en el ámbito catedralicio la palabra se revela fundamental para ensalzar al rey, especialmente a través de los sermones. El otro gran momento ocurrido en la catedral era la entonación del tedeum¸ himno que siempre se interpretaba en estos actos celebrativos y el sermón pronunciado en honor al nuevo monarca. Estos tenían una gran carga simbólica y política, siendo fundamentales en ese elemento comunicativo de las proclamaciones reales. Por una parte, el sermón debía elogiar al nuevo monarca y desear su buen desempeño en el trono, sirviendo de trasmisor de estos valores a la población. Pero, además, en estos sermones se ponía en juego algunas reclamaciones o deseos en torno al nuevo gobierno y la situación tanto global como local (Rípodas Ardanaz, 2008: 527-553).

En el caso de Buenos Aires, no se ha podido localizar el sermón que tuvo lugar en honor a Carlos III, sí en cambio el de su antecesor en el trono, Fernando VI[10]. Este documento, aunque no lleve título, ni autor ni fecha, por su contenido debe coincidir con dicho sermón pronunciado por el jesuita Juan Barrera, tal y como ha sido estudiado por otros autores (Mariluz Urquijo, 2006: 191-212). En su discurso, Barrera comenzó planteando una imagen de reminiscencias neoplatónicas asociando el Sol a Dios. El reflejo de este astro crearía otros dos soles correspondientes a Fernando VI y san Martín. Esta asociación se concretaba mediante una cita a Anaxágoras, de quien decía que «en el sol material contemplaba al sol

10. [Sermón en honor a Fernando VI], s. f. y sin autor, AGI, Buenos Aires, 302.

divino», es decir, que en el ejemplo del santo y, sobre todo, del monarca se podía contemplar a Dios. El protagonismo de san Martín en el sermón se debía a que ese día coincidía con la celebración del santo y este era patrón de la ciudad. Se ha de recordar que la asociación entre el monarca y el astro solar tuvo una extensa tradición tratadística y emblemática, aplicándose con gran profusión a la Corona francesa, pero también en el caso español ya desde los Austria, especialmente en el aspecto visual a través de retratos y emblemas, pero también por la literatura (Mínguez, 2001). El sermón se hallaba intercalado de numerosas citas cultas a autores profanos y religiosos como Dionisio Areopagita o san Agustín. Es elocuente la referencia al profeta Malaquías afirmando que «Un hermoso sol brillante que traerá en sus veloces alas la sanidad de los pueblos», donde ya se avanza el papel del monarca como portador de justicia y sanidad al pueblo al igual que hizo Cristo, tema en el que reincidirá el jesuita en su sermón. Acto seguido se introducía la parte más política, recordando la obediencia de su pueblo al monarca y las muestras de fidelidad y alegría de las diversas instituciones de Buenos Aires, citando a los dos cabildos y el comercio. Tras glosar la vida de san Martín y recordar que «no se administra justicia sin sabiduría», Barrera hace un elogio de la formación del monarca. En este ejercicio de propaganda política se glosaban los conocimientos de Fernando VI en historia e idiomas, así como su capacidad de tocar instrumentos, cantar o pintar. Sobre estas habilidades destacó la de militar, con una extensa descripción de sus saberes en torno a la poliorcética, no sólo en lo teórico, sino también en lo práctico: «Sabe con desembarazo y destreza formar baluartes, medir sobre el plan las distancias, contar los pies, echar cimientos, tirar cuerdas, abrir zanjas, levantar murallas y las demás especies de hornabeques, darles a los flancos vigorosos los esfuerzos, formar cuarteles, separar almacenes y construir por sí solo toda especie de fortalezas». Finalmente, Barrera alabó las primeras decisiones del monarca en el trono, destacando la reducción de gastos en la administración, la buena elección del primer ministro o su defensa del catolicismo. Además, mostró el deseo de que su gobierno fuera tan beneficioso para el pueblo como el de sus antecesores, refiriéndose no a su padre Felipe V o a otros monarcas de los Austria, sino a Fernando III el Santo y Fernando V el Católico, algo habitual en otras proclamaciones de este rey (De la Torre Molina, 2004: 320-321) y que reforzaba una idea de la monarquía como institución rectora más allá de las diversas dinastías. En definitiva, en un claro ejemplo de propaganda política, el sermón pronunciado por Barrera servía como presentación del nuevo monarca a la población, de manera complementaria a los elementos visuales como los retratos.

Un aspecto fundamental en estas proclamaciones eran las representaciones teatrales. Prueba de su importancia era el hecho de que se levantasen varios teatros de arquitectura efímera en la ciudad. El análisis de estas representaciones resulta fundamental para la comprensión de parte de la sociedad bonaerense del momento. Las obras representadas fueron comedias, sin embargo, no debe entenderse este término como en la actualidad, sino que engloba géneros muy diferentes teniendo en común su desarrollo en tres jornadas. En varias de estas

representaciones puede leerse un claro mensaje de legitimación de la monarquía. En el caso de Fernando VI y Carlos III, se citan hasta seis obras representadas, de las cuales se tiene el título de cinco de ellas. De esas cinco, cuatro son de Calderón de la Barca: *Las Armas de la hermosura*, *Efectos de odio y Amor* y *La vida es sueño* en la proclamación de Fernando VI y *El segundo Escipión* en la de Carlos III (Pelletieri, 2005: 45). La restante, titulada *Primero es la honra* y representada en honor a Fernando VI, pertenece a Agustín Moreto, autor que ha sido considerado un seguidor de Calderón. Todas estas obras pertenecen al siglo XVII, por lo que debe considerarse como una elección en lugar de obras más contemporáneas, lo cual era otro mecanismo de legitimación en el empleo de obras clásicas de época de los Austria. A su vez, también se ha de tener en cuenta el carácter periférico de Buenos Aires con lo que eso conllevaba en cuanto a la recepción de novedades artísticas con respecto a la corte. Se trata además de comedias tradicionalmente representadas en contextos cortesanos y que en ocasiones tienen como protagonistas a miembros de la monarquía. Estas representaciones del Siglo de Oro no deben leerse tanto como una búsqueda de conexión con la dinastía de los Austria, sino que su consumo público era una forma de comunicación simbólica y práctica integrativa que se enmarcaría en una cultura imperial o colonial hispánica (Jaúregui y Friedman, 2006: 9-30).

La fortuna de Calderón de la Barca en el siglo XVIII fue ambivalente. Por una parte, comenzó a ser considerado, al igual que todo el Siglo de Oro, como un teatro pasado de moda, lo cual, no obstante, afectó a la frecuencia de sus representaciones sólo a finales de la centuria. A la vez que era considerado anticuado, Calderón fue reivindicado como muestra de lo español (Álvarez Barrientos, 2000: 279-324). Aunque en varias ocasiones fue notoria la baja asistencia de público, Calderón de la Barca fue el dramaturgo más representado del siglo XVIII (Andioc, 1976: 17-31). No sería hasta finales de siglo que decayese en este sentido. Sin embargo, para el caso novohispano, Calderón seguía siendo el autor más representado en la década de 1790 (Hernández Reyes, 2008: 196). La baja asistencia de público se ha asociado a un mayor interés por parte de la nobleza y el contexto cortesano que por las clases populares. De hecho, la que es la obra más conocida entre las citadas, *La vida es sueño*, se representó en la corte de los Austria en 1673, 1684 y 1695 (Vega García-Luengos, 2002: 91-112). Además, la presencia de representaciones de obras de Calderón de la Barca asociadas a fiestas reales ha sido documentada para el caso limeño (Rodríguez Garrido, 2008: 45). En el ámbito bonaerense ha de interpretarse que Calderón de la Barca todavía era un autor de gran prestigio y cuyos temas conectaban con las clases dirigentes y asociadas a la monarquía, por ello fueron sus obras las elegidas para ser representadas en ambas proclamaciones.

Todas las obras representadas tienen en común formar parte de un teatro cortesano, en que el monarca o el concepto del buen gobierno suelen ser centrales, inspirándose en buena medida en los espejos de príncipes. Esto hace que en su mayoría aborden temas similares, más allá del propio argumento de la obra,

tales como las obligaciones del gobernante, la justicia o el poder. En ellas, a la vez que se refuerza la legitimidad del monarca, se reflexiona acerca del deber moral y las virtudes necesarias para ello. La obra más antigua de entre las representadas es *La vida es sueño*, la comedia más reconocida de la producción de Calderón de la Barca. La primera publicación de esta obra data de 1636, en ella su autor toma al rey Segismundo de Polonia para abordar temas de gran calado político y filosófico. Similar a un espejo de príncipes, en la obra se destacan las cualidades necesarias en el gobernante, pero también se abordan temas filosóficos como el libre albedrío o la distinción epistemológica y de reminiscencias cartesianas entre la realidad y el sueño en relación con el conocimiento (Moreno Castillo, 2014; De la Rosa Delgado, 2018: 328-368). La comedia *Afectos de odio y amor* fue escrita por Calderón en 1658 para ser representada en palacio durante carnaval. La protagonista se basa en la figura de la reina Cristina de Suecia, quien pasó de aliada tras su conversión al catolicismo a enemiga de Felipe IV. La obra tiene un argumento en el que se mezclan las situaciones amorosas en un entorno cortesano con las luchas políticas. En ella toca temas políticos de gran alcance como las cualidades del buen gobernante o la creación de leyes justas (De la Rosa, 2018: 261-285).

Otras obras pertenecen ya al reinado de Carlos II. Entre ellas *El segundo Escipión* es sin duda la más desconocida (Ulla Lorenzo, 2022: 361-384). Se trata de una obra estrenada en la corte en 1676, con una inspiración clásica en la *Historia de Roma* de Tito Livio. El tema central es el superarse a sí mismo como signo de todo buen gobernante. Puede ser considerada una obra con un cariz pedagógico en línea con las teorías de los espejos de príncipes. *Las armas de la hermosura* se estrenó con motivo del cumpleaños de Carlos II en 1678. De temática bélica, la obra reflexiona acerca de asuntos políticos tales como el poder y la autoridad, así como el papel de la mujer (Hernández González, 2016: 193-296). La única obra que no pertenece a Calderón de la Barca es *Primero es la honra*, de Agustín Moreto, en la que de nuevo la temática concierne al monarca, involucrado en amores cortesanos (Buezo, 2008: 93-106). Si en un principio se muestra a un *rex inutilis* con defectos en su proceder, la obra pone de relieve la necesidad de decoro moral por parte del rey, quien finalmente se muestra racional y valedor de dicha virtud. Todas estas obras tienen un claro componente ideológico de defensa de la monarquía concretado en la figura del monarca como representante del buen gobierno. Es por ello por lo que su representación en Buenos Aires no debe ser tomada simplemente como un elemento festivo, sino que se ha de poner de relieve ese carácter propagandístico. La representación de obras de Moreto en América durante el siglo XVIII en absoluto es extraña. En el caso novohispano se tiene constancia de la puesta en escena de sus obras en numerosas ocasiones. En el caso concreto de la pieza representada en Buenos Aires, fue puesta en escena en el Coliseo de México en 1786, 1790 y 1791 (Hernández Reyes, 2008: 195-224).

Además del teatro, otro de los grandes entretenimientos de las proclamaciones reales fue la música. Los momentos más importantes, como eran los actos en la catedral y la procesión del estandarte, iban acompañados de música. En el caso

de la procesión se cita música de clarines y trompas, probablemente de carácter solemne y militar, ya que en dicha procesión la presencia de escuadrones de la compañía de dragones era notoria. Es lógico pensar que, en una ciudad militarizada como Buenos Aires, fueran estos los encargados de la música. Se trata de un tipo de música estandarizada al modo de proceder en la Península (Mena Calvo, 2013: 137-178). Como se ha estudiado en ese contexto, la música militar con instrumentos de viento-metal y percusión tenía una gran presencia en las fiestas de proclamación, ya fueran tocadas por militares, como en el caso de Buenos Aires, o también por otras orquestas contratadas para ello. Es destacable el hecho de que en Buenos Aires se usaran trompas además de clarines y no se citasen elementos de percusión, ya que lo habitual eran los clarines acompañados de timbales (De la Torre Molina, 2004: 53-140).

En la proclamación de Fernando VI destaca la música y las danzas que interpretaron los indios de las doctrinas[11]. Esta es una de las pocas intervenciones de la población indígena en estas fiestas y puede interpretarse todavía como una muestra de lo popular. Al igual que se ha visto en el teatro, todo al modo europeo, también en la música puede interpretarse que el público objetivo era una población hispano-criolla, en la que el elemento indígena no tenía protagonismo por sí mismo, sino únicamente como divertimento para dicho público. Además, se ha de recordar que la población de Buenos Aires era eminentemente blanca, representando la población negra o mulata un porcentaje que oscila entre el 16,9 y el 28,4 por ciento entre 1744 y 1778, siendo además una sociedad muy militarizada (Johnson y Migden Socolow, 1980: 329-349). Otra ocasión en la que actuaron los indios de las misiones fue en una ópera llevada a cabo en la fortaleza, en una noche de danzas y conciertos probablemente al modo europeo, en que la presencia de una ópera indígena debía servir de contrapunto. Estos conciertos y bailes se repitieron en la proclamación de Carlos III, pero ya sin que se haga referencia a población indígena, sino poniendo especial énfasis en el público femenino[12]. De nuevo hubo presencia de música asociada a la población indígena en los juegos de cañas y sortijas. En estas participaron cuatro cuadrillas de doce hombres cada una representando a españoles, moros, turcos e indios. Resulta interesante destacar la presencia de cierta alteridad asumida en los moros y turcos, enemigos míticos de la Corona, así como de los indios, que entraban con una música propia a base de caja y tamboril, mientras que para el resto era de caja y clarín. El empleo de estos instrumentos ha de asociarse con lo popular y rural en oposición al carácter militar de las otras músicas. De nuevo, la fiesta demuestra hacerse desde

11. Carta de Francisco Rodríguez de Vida al marqués de la Ensenada adjuntando la relación de las fiestas de la proclamación de Fernando VI, sin foliar, Buenos Aires, 29 de marzo de 1748, Archivo General de Indias (AGI), Buenos Aires, 302.

12. Relación de las fiestas con motivo de la proclamación de Carlos III, escritas por el escribano José Ferrera Feo, sin foliar, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1760, AGI, Buenos Aires, 304.

los ojos de los criollos o españoles, que, al igual que sucedía en la Península, engloban al indio en un estereotipo (González Hernández, 2021: 249-255). Esto se presenta aún con mayor claridad en el caso de los bailes que tuvieron lugar en casa del alférez en la proclamación de Carlos III, donde se hace referencia explícita a que estos eran bailes españoles y franceses. Es decir, que se trata de un intento de traslación de la fiesta cortesana europea al ámbito americano, con un público criollo que aspiraba a dicho entorno.

Otro ámbito en el que la música jugó un papel principal fue en las procesiones de carros triunfales. No se trataba de acompañamientos externos, sino que los conciertos se hallaban dentro de los propios carros, algo inusual. Mención aparte merece el concierto de animales que había en uno de esos carros y que sonaba en algunos intermedios entre otro tipo de conciertos. Podía escucharse un órgano de gatos maullando con ronquidos de lechones. Se trata evidentemente de una música de carácter cómico acorde con la representación del carro triunfal. La música también estuvo presente en el simulacro de la llegada de Carlos III a Barcelona. En ella sonaban flautas, trompas y clarines, probablemente en un tono celebratorio. Del mismo modo, también en los carros más jocosos hubo música, que debía servir de acompañamiento a los diferentes bailes que se ejecutaron. Unos más cómicos, como una cuadrilla de muchachos disfrazados de mono, y otros más serios, como el del carro que portaba a la Fama.

## 4. Conclusiones

El estudio de las proclamaciones de Fernando VI y Carlos III en Buenos Aires ha permitido comprenderlos como dos casos más de este tipo de celebraciones en territorio americano. Eran escasos los estudios en torno a las proclamaciones de estos monarcas en América e igualmente poco numerosas las investigaciones acerca de proclamaciones reales en Buenos Aires, ciudad que adquirió una gran importancia en el siglo XVIII. Estas han podido ser analizadas en un contexto global, compartiendo elementos con otros espacios geográficos y destacando también sus particularidades, tratando de combinar distintos enfoques que no reparen únicamente en los aspectos visuales, entendiendo todos ellos como necesarios para la exaltación del nuevo monarca. Se ha podido constatar cómo la proclamación real fue un escenario idóneo para desplegar ciertos mecanismos de comunicación tanto a nivel local como global. Por una parte, la ciudad y sus instituciones mostraron su lealtad al nuevo monarca y le pidieron un buen gobierno. Dentro de la ciudad, estas instituciones trasladaron al pueblo estas ideas de exaltación del nuevo monarca en un claro ejemplo de propaganda política. Se ha podido demostrar cómo las relaciones sociales entre grupos étnicos tuvieron su repercusión en las fiestas, tanto en la diferenciación de espacios en el urbanismo como en la escasa presencia en las fiestas de la población indígena. Se ha demostrado clara la exclusión de los barrios periféricos y la parroquia de naturales del recorrido y

protagonismo de las fiestas, así como la presencia de los indígenas únicamente en danzas y actuaciones donde el público objetivo era el español o criollo y donde ellos nunca tuvieron autonomía dentro de la fiesta. Además del habitual protagonismo de la plaza mayor como elemento central del urbanismo de la fiesta, se ha identificado el fuerte de Buenos Aires como espacio de una gran importancia en el desarrollo de las fiestas, vinculado a su enorme simbolismo como defensa de la ciudad y representación de la ciudad y de la propia monarquía. Se ha podido ahondar en la noción de simulacro y la representación del rey distante no sólo a través de la retratística en pintura y medallas, sino también con la presencia de actores y otros elementos simbólicos, lo cual aporta información inédita a una larga serie de estudios que se han venido realizando sobre esta cuestión. Asimismo, se han podido constatar ciertos elementos arcaicos, aunque de gran importancia, como la presencia de heráldica o la representación de piezas de teatro de la centuria anterior. A la vez que se han localizado elementos más excepcionales como la representación del desembarco de Carlos III en Barcelona, lo cual es un caso único de gran interés. Otras particularidades que han podido ser señaladas son la ausencia de arcos de triunfo y el privilegio de otros elementos festivos como el teatro, los carros triunfales o las arquitecturas fingidas. Por último, siguiendo con esa intención de analizar la fiesta como unión de numerosas artes, se ha podido comprender el sermón en honor a Fernando VI dentro de estos mecanismos de propaganda política y de transmisión de mensajes al pueblo mediante una serie de metáforas independientes del programa iconográfico y de los elementos visuales que se desplegaron en la ciudad. Todo ello hace de este estudio una aportación interesante a las investigaciones que desde hace décadas se vienen centrando en el estudio de las proclamaciones reales en territorio americano.

## 5. Bibliografía

Álvarez Barrientos, Joaquín (2000), «Pedro Calderón de la Barca en los siglos XVIII y XIX, fragmentos para la historia de una apropiación», en Luciano García Lorenzo (coord.), *Estado actual de los estudios calderonianos*, Kassel: Reichenberger, pp. 279-324.

Andioc, René (1976), *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid: Castalia.

Ares, Fabio (2009), «Real Imprenta de Niños Expósitos: revalorización patrimonial tipográfica del Buenos Aires virreinal (1780-1810)», *Boletín del IIB*, 14(1-2), pp. 91-118.

Bejarano Pellicer, Clara (2015), *Los sonidos de la ciudad. El paisaje sonoro de Sevilla, siglos XVI al XVIII*, Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla.

Bonet Correa, Antonio (1990), *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximaciones al barroco español*, Madrid: Akal.

Buezo, Catalina (1993), *La mojiganga dramática. De la fiesta al teatro. I. Estudio*, Madrid: Caja de Madrid.

Buezo, Catalina (2008), «En los límites del decoro: la comedia moretiana *Primero es la honra*», *Bulletin of Spanish Studies*, 85, pp. 93-106.

Chiva Beltrán, Juan (2012), *El triunfo del virrey: glorias novohispanas: origen, apogeo y ocaso en la entrada virreinal*, Castellón: Universitat Jaume I, 2012.
Contreras Carranza, Carlos (ed.) (2016), *Historia de la Moneda en el Perú*, Lima: Banco Central de Reserva del Perú e Instituto de Estudios Peruanos.
Correal Avilán, Natalia (2017), «La plaza hispanoamericana. Siglos: XVI, XVII y XVIII. Casos de estudio como análisis tipológico», *Revistarquis*, 6(2), pp. 1-15.
De la Rosa Delgado, Pilar (2018), *La historia y la ideología política en el teatro de Calderón*, Tesis doctoral.
De la Torre Molina, María José (2004), *Música y ceremonial en las fiestas reales de proclamación de España e Hispanoamérica (1746-1814)*, Tesis doctoral.
Del Río Barredo, María José (2000), *Madrid, urbs regia: la capital ceremonial de la Monarquía Católica*, Madrid: Marcial Pons.
Del Río Barredo, María José (2004), «Los rituales públicos de Madrid en el cambio de dinastía (1700-1710)», en Eliseo Serrano (ed.), *Felipe V y su tiempo*, vol. 2, Zaragoza: Diputación de Zaragoza, pp. 733-752.
García Bernal, José Jaime (2006), *El fasto público en la España de los Austrias*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
Geertz, Clifford (1994), «El arte como sistema cultural», en *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona: Paidós, pp. 117-146.
González Hernández, Miguel-Ángel (2021), «La influencia de Iberoamérica y de España en las fiestas reales de la Monarquía Hispánica», en Víctor Hugo Limpias Ortiz (comp.), *Patrimonio religioso de Iberoamérica. Expresiones tangibles e intangibles (siglos XVI-XXI)*, Santa Cruz de la Sierra: Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra, pp. 249-255.
Gutiérrez, Juan María (1871), «De cómo se celebraba en Buenos Aires a mediados del siglo XVIII la coronación de un rey católico», *Revista del Río de la Plata*, 1, pp. 82-98.
Gutiérrez, Ramón (2010), *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Madrid: Cátedra.
Hernández González, Laura (2016), Los privilegios de las mujeres, *comedia de varios ingenios, y* Las armas de la hermosura*, de Calderón de la Barca. Edición y estudio crítico*, Tesis doctoral.
Hernández Reyes, Dalia (2008), «La recepción del teatro de Agustín Moreto en la Ciudad de México del siglo XVIII», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXV(7-8), pp. 195-224.
Herrera, Adolfo (1884), *Medallas de proclamaciones y juras de los reyes de España*, Madrid.
Jáuregui, Carlos y Friedman, Edward H. (2006), «Teatro colonial hispánico», *Bulletin of the Comediantes*, 58(1).
Johnson, Lyman L. y Migden Socolow, Susan (1980), «Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII», *Desarrollo Económico*, 20 (79), pp. 329-349.
López Cantos, Ángel (1992), *Juegos, fiestas y diversiones en la América Española*, Madrid: Editorial Mapfre.
López de Munaín, Gorka (2013), «Una aproximación a la cultura visual de la fiesta barroca. Los retratos de presencias virtuales», *Imago*, 5, pp. 7-17.
Mariluz Urquijo, José M. (2006): «La predicación rioplatense frente al poder durante el siglo XVIII», *Revista de Historia del Derecho*, 34, pp. 191-212.
Martínez Villa, Juana y Landavazo, Marco Antonio (2018), «Sonidos del poder y ruidos populares: el entorno sonoro de las fiestas regias en Valladolid de Michoacán», *Estudios de Historia Novohispana*, 58, pp. 115-148.

Mena Calvo, Antonio (2013), «Aportación militar al desarrollo de la música española», *Revista de Historia Militar*, 2, pp. 137-178.

Mínguez, Víctor (1995), *Los reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*, Castellón: Universitat Jaume I.

Mínguez, Víctor (2001), *Los reyes solares. Iconografía astral de la monarquía hispánica*, Castellón: Universitat Jaume I.

Mínguez, Víctor (2007), «La ceremonia de jura en Nueva España: proclamaciones fernandinas en 1747 y 1808», *Varia Historia*, 23(38), pp. 273-292.

Mínguez, V.; Rodríguez Moya, I.; González Tornel, p. y Chiva Beltrán, J. (2012), *La fiesta barroca: los virreinatos americanos (1560-1808)*, Castellón y Las Palmas de Gran Canaria: Universitat Jaume I y Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Morales, Alfredo J. (2005) «Imagen urbana y fiesta pública en Sevilla: la exaltación al trono de Fernando VI», *Reales Sitios*, 165, pp. 2-21.

Moreno Castillo, Enrique (2014), *Sobre el sentido de* La vida es sueño, Madrid: Biblioteca Nueva.

Murray Schafer, R. (2013), *El paisaje sonoro y la afinación del mundo*, Barcelona: Intermedio.

Ollero Lobato, Francisco (2013), «Las mascaradas, fiesta barroca en Sevilla», *Potestas*, 6, pp. 143-173.

Ollero Lobato, Francisco y Rey Ashfield, William (2014), «La proclamación de Carlos IV en Montevideo. Fiesta y escenificación en los márgenes del mundo indiano», *De Arte*, 13, pp. 132-146.

Ortemberg, Pablo (2000), «Celebraciones del poder real en Lima: itinerarios teóricos metodológicos», *Memoria Americana*, 9, pp. 91-113.

Osorio, Alejandra B. (2015), «The ceremonial King: Kingly rituals and Imperial power in seventeenth-century New World cities», en Fernando Checa Cremades y Laura Fernández-González (eds.), *Festival Culture in the World of the Spanish Habsburgs*, pp. 177-194.

Osorio, Daniel (2007), «El primer escudo de la ciudad de La Trinidad (Buenos Aires) concebido por su fundador Juan de Garay (1580). Representación heráldica y su interpretación semiótico-simbólica», *Hidalguía*, 324-325, pp. 597-618; 743-848.

Page, Carlos A. (2004), «Las proclamaciones reales en Córdoba de Tucumán», *Revista Complutense de Historia de América*, 30, pp. 77-94.

Pellettieri, Osvaldo (dir.) (2005), *Historia del teatro argentino: el periodo de constitución 1700-1884*, Buenos Aires: Galerna.

Prieto, Julio (2017), «El concepto de intermedialidad: una reflexión histórico-crítica», *Pasavento*, 5(1), pp. 7-18.

Rajewsky, Irina O. (2005), «Intermediality, Intertextuality, and Remediation: A literary perspective on Intermediality», *Intermédialités / Intermediality*, 6, pp. 43-64.

Rey Ashfield, Willia y Ollero Lobato, Francisco (2013), «Proclamatio barroca en Montevideo. Permanencias de la escenificación festiva colonial en las proclamaciones de Carlos IV y Fernando VII», *Humanidades: Revista de la Universidad de Montevideo*, 13, pp. 179-202.

Rípodas Ardanaz, Daisy (2008), «Una imagen de rey modélico en la América de los Austria. La propuesta de las exequias y proclamaciones reales», en José de la Puente Brunke y Jorge Armando Guevara Gil (eds.), *Derechos, instituciones y procesos históricos*, Lima: Pontificia Universidad de Lima, pp. 527-553.

Rodríguez Garrido, José A. (2008), «El teatro cortesano en la Lima colonial: recepción y prácticas escénicas», *Histórica*, 32 (1), pp. 115-143.

Rodríguez Moya, Inmaculada y Mínguez, Víctor (dirs.) (2016), *Visiones de un imperio en fiesta*, Fundación Carlos de Amberes.

Torre Revello, José (1943), *Crónicas del Buenos Aires colonial*, Buenos Aires: Editorial Bajel.

Ulla Lorenzo, Alejandra (2022), «Calderón vuelve a la corte: estreno y fortuna escénica de *El segundo Escipión*», *Anuario Calderoniano*, 15, pp. 361-384.

Valenzuela Márquez, Jaime (2001), *Las liturgias del poder: celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*, Santiago de Chile: DIBAM.

Valenzuela Márquez, Jaime (2005), «Poder y pirotecnia, artesanos y mapuches: apogeo barroco en las proclamaciones reales en Santiago de Chile, 1760-1789», *Colonial Latin American Historical Review*, 14(1), pp. 49-78.

Vega García-Luengos, Germán (2002), ««La vida es sueño» en las imprentas y librerías del Antiguo Régimen», en F. Domínguez Matito y J. Bravo Vega (eds.), *Calderón entre veras y burlas. Actas de las II y III Jornadas de Teatro Clásico de la Universidad de La Rioja*, Logroño: Universidad de La Rioja, pp. 91-112.

VV. AA. (1920-1955), *Documentos para la Historia de Argentina*, Buenos Aires: Peuser, tomo X.

Zugasti, Miguel (2004), «América y otras alegorías indianas en el ámbito colonial del siglo XVII: del arte efímero al teatro», en Karl Kohut y Sonia V. Rose (eds.), *La formación de la cultura virreinal. II. El siglo XVII*, Frankfurt y Madrid: Vervuert e Iberoamericana, pp. 289-334.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425353387

# LA CASA-ESQUILEO DEL SIGLO XVIII Y SU FUNCIÓN DE REPRESENTACIÓN Y HOSPEDAJE ASOCIADO A LA CORTE BORBÓNICA

## *The 18th Century Casa-Esquileo and its Function of Representation and Accommodation Associated with the Bourbonic Court*

Nicolás GUTIÉRREZ-PÉREZ[1]
Universidad de Alcalá
nicolas.gutierrez@uah.es

Eugenio SANTOS-ARANAZ
Universidad de Zaragoza
esantos@unizar.es

Fecha de recepción: 09/10/2023
Fecha de aceptación: 18/03/2024

RESUMEN: La casa-esquileo constituye un arquetipo único en la historia de la arquitectura, que se desarrolla singularmente en el piedemonte segoviano, por conformar una tipología híbrida que acoge de forma uniforme las funciones propiamente industriales con el alojamiento de las élites españolas del siglo XVIII. En este artículo analizamos cómo estos edificios, además de adecuarse a estos objetivos, participan, durante toda la centuria, de los fines y el ceremonial asociado a la corte borbónica de acuerdo con su proximidad al Real Sitio de La Granja de San Ildefonso, a la cercanía y lealtad de sus propietarios y, específicamente, a la riqueza y capacidad de su arquitectura. En concreto, y como demostramos, estas magníficas

1. Autor beneficiario de una Ayuda Posdoctoral Margarita Salas, concedida por la Universidad de Alcalá.

casas-esquileo sirven, entre otros, para alojamiento del propio rey y de su familia o de importantes embajadas; es decir, actúan como una extensión e infraestructura más del aparato y representatividad de la corte.

*Palabras clave*: corte española; Real Sitio de San Ildefonso; alojamiento; embajadas; esquileo; arquitectura híbrida.

ABSTRACT: The *casas-esquileo* constitute a unique typology in the history of architecture that developed only in the Segovian foothills, forming a hybrid typology that uniformly combines strictly industrial functions with the accommodation of the Spanish elites of the 18th century. In this article we analyze how these buildings, in addition to adapting to these objectives, participate throughout the century in the purposes and ceremonial associated with the Bourbon court according to their proximity to the Royal Site of La Granja de San Ildefonso, the closeness and loyalty of its owners and, specifically, the richness and capacity of its architecture. Concretely, and as we demonstrate, these magnificent *casas-esquileo* serve, among others, as accommodation for the King himself and his family or for important embassies; in other words, they act as another extension and infrastructure of the apparatus and representativeness of the Court.

*Key words*: Spanish court; Royal Site of San Ildefonso; Accommodation; Embassies; Shearing building; Hybrid architecture.

## 1. Introducción

Durante la primera mitad del siglo XVIII en el contexto del piedemonte segoviano surge un extenso corredor industrial constituido por más de cuarenta esquileos destinados a la obtención de la tan preciada lana castellana[2]. Además, sus comitentes conformarán una nueva élite de hombres de negocios ennoblecidos y aupados por la recién instaurada monarquía borbónica, navarros en su mayoría, que fueron compensados por su lealtad durante la guerra de Sucesión (1701-1713) (Caro Baroja, 1969; Guerrero Elecalde, 2011). Precisamente esta especial circunstancia explica, entre otras razones, la consolidación del esquileo como un fenómeno único de la industria española dieciochesca, derivando de ello importantes consecuencias para la tipología, tanto formal como simbólica (Gutiérrez Pérez, 2022).

La masiva adquisición de grandes cabañas trashumantes y la construcción o renovación de los extraordinarios esquileos segovianos por parte de estas élites

2. Con la llegada de la nueva dinastía se promoverá y fortalecerá una de las más ricas y ancestrales empresas del reino, la lana trashumante, provocando que la nueva élite cortesana –en su práctica totalidad– quiera participar de este «grande producto que da a la Corona este ramo, caracterizándole de preciosa joya de la nación o de verdadero vellocino de oro» (Larruga, 1791: 87).

supondrá, más allá de su enriquecimiento personal, la evolución tipológica de los mismos. La razón de ello es que, durante el siglo XVIII, los esquileos ya no se proyectan únicamente como infraestructuras industriales, sino que integrarán en sus programas otras ricas dependencias con todo tipo de comodidades destinadas al alojamiento y disfrute de sus poderosos comitentes[3]. Consecuencia de ello, los grandes esquileos segovianos no solo ayudaron a nutrir las arcas del Estado como resultado de sus pingües beneficios, sino también a cubrir las necesidades derivadas de una corte que ahora se define como eminentemente itinerante. Es decir, en este momento, las casas-esquileo del piedemonte segoviano se presentarán como una óptima solución para el alojamiento y el recreo de sus más altos miembros–incluidos monarcas o príncipes–, así como de algunas de sus más importantes embajadas –entre otras, la del *Ministro de la Puerta Otomana*–.

En definitiva, durante el siglo XVIII hablamos de la irrupción y la confluencia de una serie de circunstancias que, además de redefinir el esquileo como tipología híbrida, nos permiten vincularlo directamente a la corte borbónica, sus miembros y ceremonial. Prueba evidente de ello es el conjunto de documentos –reales órdenes, misivas, privilegios, partidas económicas, etc.– que hemos hallado en el Archivo General de Palacio (AGP) y en el Archivo Histórico Nacional (AHN), la mayoría de ellos inéditos, que nos obligan a abordar una nueva línea de investigación hasta ahora no desarrollada: la consideración de estos complejos –originalmente industriales– como espacios residenciales dotados de un valor escenográfico y de representatividad a la luz de los importantes acontecimientos en ellos vividos y documentados hasta el momento. Precisamente, el desconocimiento de muchas de estas fuentes ha supuesto una merma en la aproximación historiográfica al fenómeno de los esquileos durante el siglo XVIII, al ser estudiados únicamente en su faceta industrial[4], sin entrar a analizar el fondo de la cuestión que aquí nos ocupa y lo cual tratamos de subsanar. Al mismo tiempo, estos documentos nos servirán para ampliar nuestro conocimiento de un patrimonio que, resultado de su abandono tras la guerra de Independencia (1808-1814), ha desaparecido y sido expoliado prácticamente en su totalidad.

3. La llegada de los Borbones a España a comienzos del siglo XVIII supuso la asunción de una serie de reformas que implicaban una nueva manera de entender y articular la realidad administrativa y política hispánica. Concretamente, en lo que nos atañe, destaca el interés de esta dinastía por asumir, consolidar y acrecentar los logros del ancestral y lucrativo monopolio lanar castellano; objetivo que, en último término, supuso el enriquecimiento de los grandes propietarios ganaderos y la redefinición de la casa-esquileo como tipología híbrida (García Martín, 1992).

4. Entre otros, Cruz y Soler (2000) y Plaza Pastor (2017). No obstante, sí se ha tratado desde otras perspectivas como los estudios asociados al ceremonial y la gastronomía de la corte borbónica (Pérez Samper, 2003).

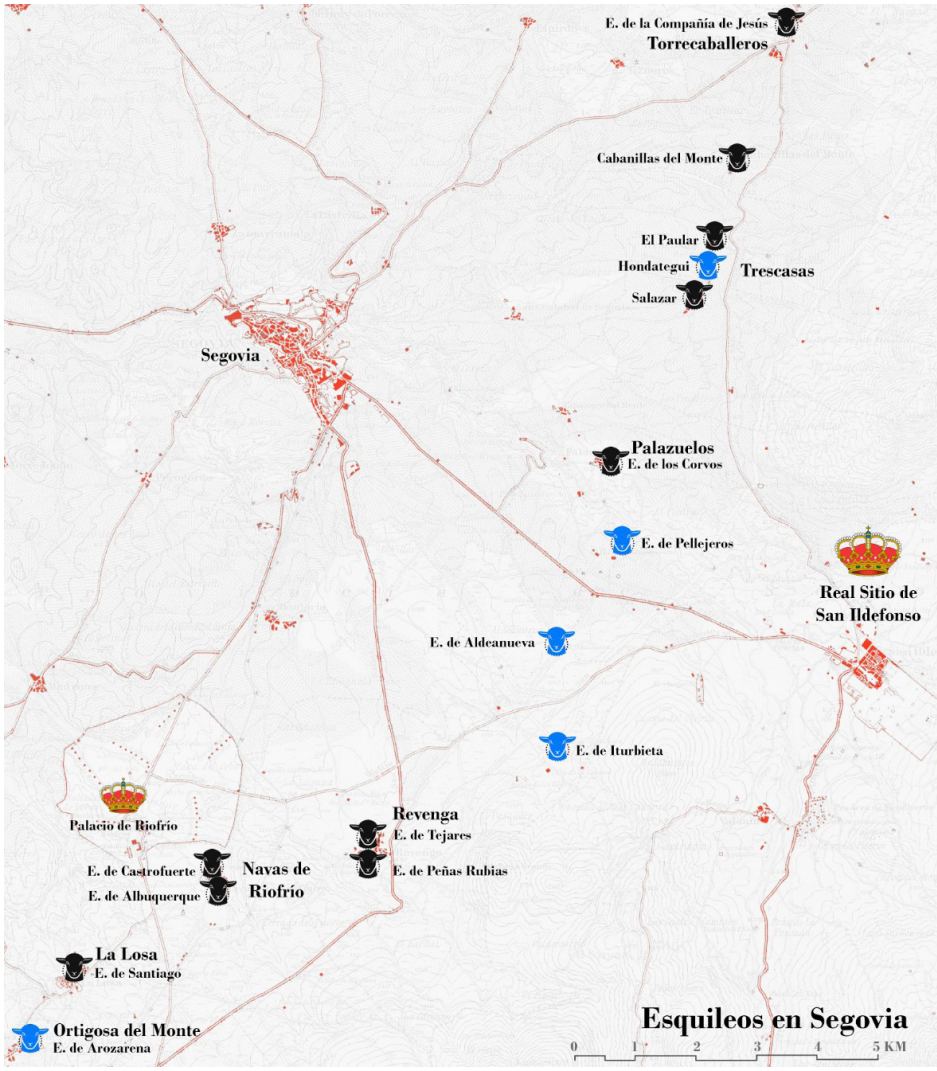



Fig. 1. Ubicación de los esquileos próximos al Real Sitio de San Ildefonso en el contexto del piedemonte segoviano. En azul se indican los esquileos sobre los que trataremos en el artículo. Elaboración propia.

## 2. La casa-esquileo y su papel institucional en la corte borbónica durante el siglo xviii

A comienzos del siglo XVIII se instaura en España la dinastía borbónica bajo el reinado de Felipe V, momento en el que se apuntala un tipo de corte itinerante según el modelo europeo, que se desplaza en jornadas entre los diferentes Reales Sitios –lugares de disfrute, descanso y prolongación de sus deberes–, destacando, al objeto de nuestra investigación, el Real Sitio de San Ildefonso (Fig. 1), que tendrá un importante efecto en los esquileos del piedemonte (Gutiérrez Pérez, 2022). El monarca será quien rija este sistema por el cual toda la corte –sus gentes, etiqueta y oficios– queda supeditada a su voluntad, e inspirado por la necesidad de desempeñar sus funciones en lugares más agradables, evitar o mitigar enfermedades, dar respuesta a su afición cinegética o hallarse entre un menor círculo de leales cortesanos, manteniendo sus obligaciones con independencia de su residencia (López-Cordón Cortezo, 2016). En este sentido, no hablamos de un aspecto secundario a nuestra investigación, sino que, por el contrario, «la rutina de los viajes reales a los Reales Sitios y las incidencias que alteran su transcurso, resultan reveladoras de una realidad: la importancia de la regia familia en la vida de la corte y, por tanto, en los distintos lugares de residencia, así como la voluntad del rey de una vida y de una representación conjunta» (López-Cordón Cortezo, 2016: 68).

Uno de los Reales Sitios que mayor relevancia adquirirán en este siglo es el proyectado precisamente en tiempos y por el propio Felipe V en la zona de la sierra de Guadarrama: el palacio de La Granja de San Ildefonso[5]. Este Real Sitio se destinará durante el siglo XVIII y sus sucesivos reinados al aposentamiento del monarca y la familia real durante el verano; desde finales de julio, todo agosto y septiembre y comienzos de octubre (Varas Teleña, 2016). No obstante, durante la primera mitad de este siglo el complejo palatino se encuentra en estado de implementación (Sancho, 2016) y, por tanto, no se dispondrá del espacio suficiente para hospedar a todos aquellos relacionados con el desenvolvimiento administrativo y político de la corte[6], incluidos los embajadores extranjeros, a los cuales habrá que hospedar en otras residencias del entorno próximo. Además, las diferentes jornadas en las que se organizaba el tránsito entre los Reales Sitios igualmente implicaban la necesidad de contar con lugares de hospedaje estratégicamente situados en

5. «La historia de La Granja es la del empeño de Felipe V e Isabel de Farnesio para lograr un Sitio Real acorde a sus gustos. […] En una de sus excursiones cinegéticas descubrieron un paraje retirado y ameno, la pequeña ermita de San Ildefonso, que con una casa de campo o granja y una hospedería servía de residencia estival a los monjes jerónimos de El Parral en Segovia. Seducidos los reyes por el lugar, lo adquirieron en 1720» (Bonet Correa, 1990: 44).

6. «Hizo corte y gobernó su extensa monarquía [se refiere a Carlos III], aumentando el aparato administrativo que le acompañaba, despachando con los ministros y recibiendo a los nuevos embajadores» (López-Cordón Cortezo, 2018: 127).

el camino –*mansiones*, *casas-esquileo*, etc.– con la suficiente dignidad como para albergar a tan nobles e ilustres huéspedes.

Prueba documental de estas necesidades espaciales y su razón en el contexto de itinerancia entre los Reales Sitios es la relación de 1740 dirigida al marqués de Villarias[7], en la que se informa de las casas-esquileo del piedemonte segoviano con capacidad, ubicación y riqueza adecuadas para poder alojar y agasajar en ellas a diferentes embajadas:

> Respecto a la mucha escasez que cada un año ha ocasionado el aumento de la Corte he pasado esta mañana a reconocer el esquileo que llaman Aldea Nueva poco más allá de Nuestra Señora de Robledo, el cual he encontrado con bastante capacidad de viviendas y demás oficinas que se necesitan, en el cual ha alojado las jornadas antecedentes el embajador de Cerdeña, y este año va a Segovia; asimismo pasé a reconocer el de Pellejeros que ocupaba el de Inglaterra el cual está con la misma proporción, ambos dos están distantes una legua corta de este Real Sitio. Lo cual participo a V.Q.ª. para que se sirva de ponerlo en noticia de Su Majestad que si llegare el caso de necesitar alojamiento para alguna persona que no pida particular residencia en este Real Sitio se les podrá alojar en los referidos parajes, y otros que hay en Tres Casas a la misma distancia[8].

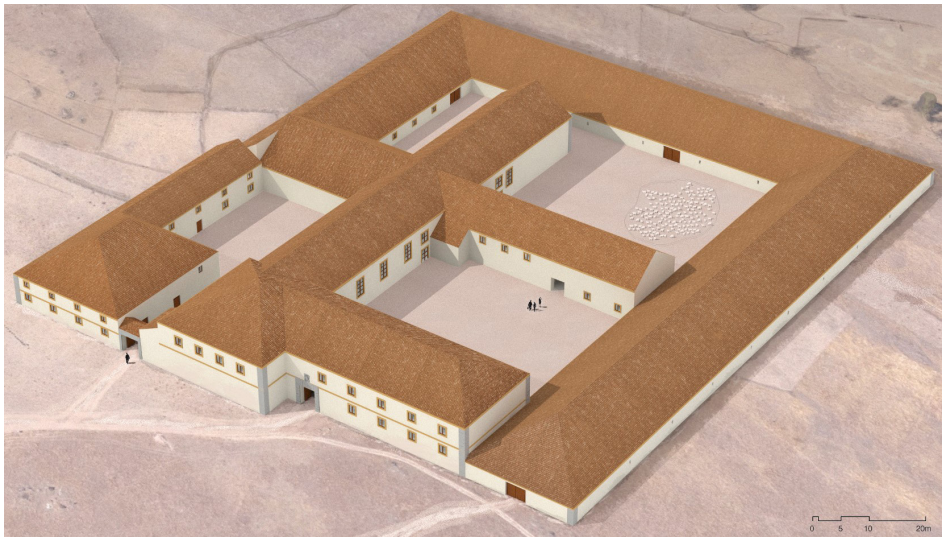



Fig. 2. Reconstrucción del esquileo de El Paular, situado en Trescasas. Elaboración propia.

7. Sebastián de la Quadra y Llarena (1687-1766), entre otros cargos, secretario del Despacho de Estado, secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, consejero del Consejo de Estado.
8. AGP, caja 22.180, exp. 5.

La proximidad al nuevo Real Sitio[9], su rica fábrica y sus nobles propietarios leales a la monarquía borbónica hacen de estas casas-esquileo una opción idónea a la hora de suplir las carencias y dar soporte a las necesidades de una corte itinerante cada vez más compleja en su ceremonial, protocolo y etiqueta (Gómez-Centurión Jiménez, 2004); además, como vemos, tanto en su desenvolvimiento interno como en su relación con otros grandes representantes extranjeros. Consecuencia de ello, durante el siglo XVIII las grandes casas-esquileo del piedemonte segoviano se instituyen como una tipología que, más allá de definirse simplemente como industrial, se explica como una tipología híbrida –casa y esquileo–, al acoger variados usos asociados a los intereses de sus ricos y nobles propietarios, que toman como modelo para su implementación los ideales ilustrados de la nueva corte: «Todos estos edificios son nuevos; tienen todas las comodidades posibles; sirven además del fin principal, para recreo de varios sujetos» (Larruga, 1791: 87).

Así, las élites asociadas al poder de la monarquía borbónica se caracterizarán en este momento por contar, la mayoría de sus miembros, con un esquileo en propiedad y en el contexto del piedemonte segoviano; caso paradigmático de lo cual es el propio Manuel Godoy –ministro del rey y uno de los grandes personajes históricos de la época–, quien adquirirá la más rica cabaña del reino, la del monasterio de El Paular (Belmonte Díaz y Leseduarte Gil, 2004). Es más, la propia Casa Real participará de este negocio ancestral, bien mediante la posesión de cabañas trashumantes –de lo cual tenemos constancia documental relativa al rey Felipe V y la adquisición de su cabaña por parte del marqués de Iturbieta–[10] o bien mediante la adquisición de esquileos –destinados en este caso a ganadería y no a la función original de los mismos, como es el caso del esquileo de Aldeanueva (Fig. 3)–[11].

Incluso, gracias a los documentos hallados en el AGP y el AHN –algunos inéditos como los que citamos a continuación– hemos podido demostrar la función de estas casas-esquileo segovianas del siglo XVIII como aposentamiento de algunos de los más importantes miembros de la corte; *mansiones* destinadas a usos recreativos como la caza o de hospedaje en las jornadas de desplazamiento entre los Reales Sitios. Este es el caso del rey Carlos IV, el cual según se afirma en documento autógrafo y fechado en 1793, por el que se concede privilegio de hidalguía a Thomas Sachristan, se hospedó en uno de los esquileos sitos en la localidad

9. «A los alrededores de Segovia, y a distancia de media, una, y dos leguas se hallan los esquileos de las principales cabañas del reino» (Larruga, 1790: 82).

10. «El de la cabaña del Marqués de Iturbieta a una legua de Segovia sobre el camino de Madrid a esta ciudad me servirá de modelo para dar una idea de las demás, así por la regularidad, y buena simetría de su construcción como porque su cabaña puede con más razón que otra apropiarse la primacía entre las de la Cabaña Real por haber sido anteriormente la propia y privativa del Rey a quien la compró». (Cano, 1764: 159).

11. Carlos III adquiere la dehesa y el esquileo de Aldeanueva el 2 de julio de 1768, con el fin de destinar este espacio a la cría de ganado para el suministro de carne del Palacio Real de La Granja de San Ildefonso (Manuel Valdés, 1997).

segoviana de Trescasas, el de Hondategui, que por su rica factura y proximidad a bosques en los que poder practicar una de las grandes aficiones del monarca, la caza, resultaba idóneo para tal menester.



Fig. 3. Antiguo esquileo de Aldeanueva.
Fotografía de M.ª Pía López.

> Que con motivo de la diversión de la caza, se ha dignado S.M. aposentarse en distintas ocasiones en la casa Esquileo que en el lugar de Tres Casas próximo al Real Sitio de San Ildefonso está al cuidado del dicho D. Thomas Sachristan, como finca del insinuado Patronato de Ondategui[12] que disfruta y administra como queda manifestado, el cual ha concurrido personalmente 2464 cabezas de ganado lanar que tenían valor 244.565 y les producía 15.996.
> D. Carlos […] y por haber tenido el honor vuestra familia de que yo me haya dignado a aposentarme diversas veces en la casa esquileo de Tres Casas correspondiente por Patronato, habiéndose dado en tales ocasiones por el referido D. Thomas vuestro hermano a mi cargo las disposiciones más acertadas para mi comodidad y la de mi Real comitiva: explicándose que en atención a todo lo referido, sea servido conceder en Privilegio de Hidalguía… Con fecha 26 de Agosto de este año [1793], he venido en considerar a vuestra instancia[13].

Como podemos comprobar, el aposentamiento del monarca en esta casa-esquileo no se refiere como un hecho excepcional o anecdótico, sino como una

12. Tras la muerte sin descendencia de Diego Ochoa Ondátegui, propietario del esquileo y de la cabaña trashumante homónima, y según disposición testamentaria, se crea una Fundación y Patronato Real encargados de conservar y gestionar todos sus bienes con el fin de que sus beneficios se destinen al establecimiento y manutención de un colegio y escuela para niños huérfanos y pobres de la ciudad de Segovia. ADS, Sección Fundación de Ochoa Ondátegui, Libro Bezerro del Patronato Real.

13. AHN, Sección Consejos, legajo 4.622, exp. 86 y legajo 8.966, exps. 43, 44 y 45.

práctica habitual por parte del rey –«de que yo me haya dignado a aposentarme diversas veces en la casa esquileo de Tres Casas»–; lo cual se explica porque el citado esquileo de Hondategui se ubica en la población segoviana de Trescasas, a unos 8 km de distancia del Real Sitio de San Ildefonso, en una ubicación estratégica dada la abundancia de caza. De hecho, el interés de la monarquía hispánica por esta zona geográfica, resultado de su proximidad y riqueza cinegética, ya surge anteriormente de la mano de su padre, el rey Carlos III, quien incluso estima elevar la dignidad de esta egregia localidad de Trescasas mediante reformas arquitectónicas y urbanísticas, como la construcción de una iglesia de nueva planta que garantizara sus obligaciones religiosas durante sus jornadas de caza[14].



Fig. 4. Nueva iglesia de Trescasas (1774-1777), obra de Díaz Gamones. Fotografía: *El Día de Segovia*.

Concretamente, este esquileo, cuyo origen debemos situar en el siglo XVII[15], pasaría a formar parte del patrimonio de la familia Hondategui –originaria de Vizcaya– en el año 1726, cuando será adquirido por D. Diego Ochoa de Hondategui, residente en la cercana ciudad de Segovia[16]. A la muerte de éste y por disposición testamentaria se promoverá la constitución de un patronato asociado al esquileo –uno de cuyos administradores será el ya citado D. Tomás Sacristán– que

14. En 1787 el rey promoverá la construcción de un nuevo templo que sustituyera a las viejas iglesias de la localidad, proyecto que encargará al maestro de obras José Díaz Gamones; arquitecto de S.M. en el Real Sitio de San Ildefonso y artífice de su imagen de ciudad ideal, cortesana e ilustrada, del siglo XVIII (García García, 1988; Montalvo Martín, 2007). Entre las obras más destacadas de José Díaz Gamones se encuentra la Real Fábrica de Cristales de la Granja de San Ildefonso, situada también en este mismo contexto serrano de Segovia (Ruiz Hernando y Callejo Delgado, 1988).

15. AHPS, Protocolo 1.972, f. 272.

16. Al respecto, esta casa-esquileo se presenta como una excepción a lo que será la norma en el conjunto de los esquileos del piedemonte segoviano, cuyos propietarios son ricos empresarios ascendidos a condición de noble y residentes en la villa de Madrid, sede principal del poder cortesano.

sirviéndose de los rendimientos obtenidos de la esquila promoverá diversas obras de beneficencia en la ciudad de Segovia. Además, «la calidad y prestancia de este conjunto y de sus lujosas dependencias, se confirma en el hecho de que el rey Carlos IV se alojara en varias ocasiones en el esquileo junto a su comitiva» (Gutiérrez Pérez, 2020); así como por las elevadas partidas (339.991 reales y 32 maravedís) que se hacen constar en los libros de actas de la Fundación, resultado de las reformas acometidas en el esquileo en 1789 por los arquitectos Antonio de la Torre y Juan de la Torre (padre e hijo), las cuales fueron inspeccionadas y tasadas por Manuel Díaz Gamones, arquitecto de S. M. en los Reales Alcázares:

> Digo yo, Juan de la Torre y López, vecino de esta Ciudad de Segovia, que recibí por mano del Sr. D. Tomás Sacristán, como Administrador del Real Patronato que en ella fundó el Sr. D. Diego Ochoa de Ondátegui, trescientos treinta y nueve mil novecientos noventa y un reales y treinta y dos maravedís de vellón en esta forma. […], y además se acredita del reconocimiento y tasación que de ellas y las otras se hizo por D. Manuel Díez, Arquitecto y Aparejador por S.M. de los Reales Alcázares, esta expresada ciudad y para que conste la entrega de dichas cantidades como tener cumplido el sobre dicho trato doy el presente, que firmo a treinta del mes de abril de mil setecientos ochenta y nueve. Son 339.991 reales y 32 maravedís. (Fdo.) Juan de la Torre y López[17].



Fig. 5. Proximidad formal entre los arruinados huecos de ventana del esquileo de Hondategui (izq.) y los del Palacio Real de Valsaín (dcha.). Fotografía de los autores y de *Segovia, un buen plan*, respectivamente.

En todo caso, al objeto de nuestro estudio, no debemos olvidar que estas casas-esquileo funcionaban durante el siglo XVIII como una tipología híbrida; de hecho, todo su programa se hallaba perfectamente articulado para la convivencia y sistematización de los diferentes espacios. Uno de los elementos en planta que más evidencian esta circunstancia es el oratorio de la casa-esquileo –también en el

17. ADS, Sección Fundación de Ochoa Ondátegui, caja 4, signatura 4564 (IV).

caso de Hondategui–[18], pues éste se dispone como nexo de unión entre el núcleo residencial y el operativo (el rancho del esquileo), al ser accesible desde ambos espacios –físicamente desde la residencia y visualmente desde el rancho– y a los efectos de garantizar las celebraciones religiosas preceptivas sin que los esquiladores perdieran tiempo en el desempeño de sus funciones.

Por tanto, no es de extrañar que, aunque no hay constancia documental de ello, el monarca Carlos IV –que como hemos demostrado llegó a hospedarse varias veces en el esquileo– hiciera uso del oratorio y, por ende, que pudiera vislumbrar al menos desde éste, a modo de balcón abierto hacia el rancho, las dependencias directamente relacionadas con el desarrollo de esta trascendental industria (Fig. 6). En este sentido, es lógico pensar que el monarca se interesara además por la infraestructura que sostenía a tan rica empresa y quisiera conocer el desempeño de un oficio que se había convertido en un auténtico pasatiempo para la élite ilustrada: «Los dueños de las cabañas brindados de la buena estación, y del gusto de ver sus ganados y sus esquilmos también toman por diversión y días de placer el pasar estas temporadas entre diversiones y convites en sus esquileos» (Cano, 1764: 165).



Fig. 6. Interior del rancho del esquileo de Hondategui. Tras el gran hueco central se ubicaba el oratorio de la casa en la que se alojó Carlos IV. Fotografía de los autores.

18. «Que todas las puertas y ventanas de la segunda planta han de ser de enrasado fino, incluyendo en ellas la del Oratorio que será a dos haces». ADS, Sección Fundación de Ochoa Ondátegui, caja 4, signatura 4564 (II).



Fig. 7. Interior del rancho de Cabanillas del Monte, único edificio conservado. Se observa la galería volada donde los propietarios se asomaban a contemplar las tareas, así como la gran puerta central tras la cual se situaba el oratorio de la casa. Fotografía de los autores.

No obstante, el recurso de la corte borbónica a estas grandes casas no se limita exclusivamente al monarca, como demuestran algunos documentos de Archivo que nos permiten relacionar, en general, a diferentes miembros de la familia real con estos esquileos. En concreto, y dada la necesidad de ordenar y gestionar todas las cuestiones relativas a las diferentes jornadas en el viaje de los «individuos de la Real Casa» entre los diferentes Reales Sitios, se recurre nuevamente a estos lugares intermedios o secundarios como sitio de descanso en el camino, para su alimentación y hospedaje. Claro ejemplo de ello es el documento firmado por el conde de Floridablanca en 1785 por orden de S. M., a los efectos de abordar esta cuestión fundamental para el correcto funcionamiento de la Casa:

> Para que los individuos de la Real Casa que hacen las jornadas de los Sitios Reales tengan los alojamientos correspondientes a proporción del grado de cada uno, y para evitar también las quejas de estos con motivo de la desigualdad y aun tardanza con que se les aloja, se ha servido el Rey mandar que V.E. me remita una relación de todos los individuos de la citada Real Casa que se alojan actualmente de su cuenta en ellos; otra de los alojamientos propios de S.M. en cada Real Sitio; otra de los que se alquilan en cada uno de ellos de su cuenta; y a cuánto ascienden al año los alquileres de estos, acompañando igualmente V.E. un plan topográfico de cada alojamiento, sin excepción alguna, con expresión de si es cuarto principal, bajo o guardilla, y el sujeto que le ocupa. Todo con la mayor brevedad, claridad y exactitud,

empezando desde luego por este Real Sitio del Pardo, y siguiendo después por los demás por el orden con que S.M. acostumbra ir a ellos. Lo que prevengo a V.E. de su Real Orden para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde a V.E. El Pardo 11 de enero de 1785. El Conde de Floridablanca[19].



Fig. 8. Portada blasonada en el esquileo de Ortigosa del Monte, propiedad de J. M. de Arozarena. Fotografía de los autores.

Junto a éste, y reflejo nuevamente de la preocupación por controlar todas aquellas cuestiones relativas a la itinerancia de los miembros de la Real Casa, disponemos de un documento inédito, también de 1785, en el que se hace mención expresa al viaje de los «Príncipes». Se trata de una breve enumeración de las jornadas que estos realizarían, así como una relación de los diversos lugares destinados a su descanso, alimento y hospedaje; entre los cuales, se recurre una vez más a una de las grandes casas-esquileo del piedemonte segoviano, y que en palabras de Eugenio Larruga –economista, escritor y viajero ilustrado– es «el famoso esquileo y lavadero del Señor Arozarena» (Larruga, 1791: 83), es decir, la casa-esquileo y lavadero de don Juan Mathias de Arozarena situada en la localidad segoviana de Ortigosa del Monte (Fig. 8)[20]:

19. AGP, Reinado de Carlos III, legajo 777.

20. Este esquileo fue adquirido en 1704 por el I marqués de Pesadilla, Isidoro Garma de la Puente. Sus descendientes venden el esquileo en 1745 a la marquesa de Ugena, viuda de Juan Francisco de Goyeneche Irigoyen (AHPS, Protocolo 2738, ff. 322-360). Hacia 1750 el edificio pasa a manos de Pedro Iturriría y, tras su fallecimiento, a sus hijas, una de las cuales –Joaquina– casa con Juan Matías Arozarena (AHPM, Protocolo 16.528, ff. 244r.-248r.).

> El Rey ha resuelto que el día 18 del corriente hagan tránsito los Príncipes Nuestros Señores en el lugar de Torrelodones para comer y en la fonda de San Rafael sita a la caída del Puerto de Guadarrama para dormir, y al día siguiente para mediodía en la Casa de Esquileo y Lavadero de Don Juan Mathias de Arozarena. Y los Señores Infantes Don Gabriel y Doña María Ana Victoria, harán tránsito para comer en Galapagar y para dormir en Guadarrama. Lo que participo a su señoría para su inteligencia[21].

## 3. La casa-esquileo como escenario de representatividad

La función residencial de estas casas-esquileo destinadas a hospedar a sus ilustres propietarios, además de a monarcas y resto de miembros de la nueva dinastía, se consolida y amplía asimismo por su vinculación al ceremonial de representatividad de la nueva corte borbónica. Ejemplo evidente y clarificador de ello es la visita a España del embajador turco Ahmet Vasif Efendi, entre septiembre de 1787 y marzo de 1788, aprobada por Real Orden de S. M. Carlos III y con el fin último de conceder audiencia a tan ilustre emisario. Las diferentes órdenes, partidas e incidencias concernientes a esta visita de Estado se recopilan en un expediente general hoy custodiado en el AGP bajo el título «Hospedaje de Vasif Efendi Ministro de la Puerta Otomana Año de 1787. Órdenes y avisos comunicados»[22], el cual nos ha servido como fuente documental indispensable para nuestra investigación. Concretamente, la Real Orden autoriza y fija su viaje en diferentes jornadas *cortas* –según costumbre turca– desde su llegada al puerto de Barcelona hasta el Real Sitio de San Ildefonso, lugar en el que el monarca se hallaba veraneando junto a la familia real y toda la corte y, por tanto, donde le concedería audiencia, para finalmente poder marchar a Cartagena:

El Rey ha determinado dar audiencia en este Sitio al Sr. Ahmet Vasif Effendi Ministro de la Puerta Otomana cerca de S.M. que habiendo aportado a Barcelona y hecho allí su cuarentena debía salir de aquella ciudad en toda esta semana, bien que es regular que venga a jornadas cortas como acostumbran los turcos y moros, y que no llegue aquí hasta el 20 del mes próximo.

> Aunque según lo observado en Constantinopla con el Ministro de S.M. D. Juan de Bouligny y el uso de aquella corte solo debieran enviarse al Ministro Turco muebles para poner una casa a la española, o dársele como 200 pesos[fs.] en dinero equivalente a 450 piastras, moneda turca, que se enviaron para este efecto a Bouligny; quiere S.M. que se le destine y alhaje de la Real cuenta una casa proporcionada para alojar hasta unas cincuenta personas, siendo las principales, además del Ministro, dos secretarios, un Dragomán, un Capellán, Tesorero, Caballerizo, y Mayordomo, encargándose de esta disposición los oficios de la Real Casa. Lo participo, pues, de orden de S.M. a V.E. para que pueda dar las que le parezcan más oportunas, a fin

21. AGP, Reinado de Carlos III, legajo 777.
22. AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, f. 1.

> de que se busque y prepare en el mejor modo posible una casa en este Sitio o en sus contornos para el intento, y que se ejecute lo mismo en Madrid para cual el Ministro pase a aquella Villa. […] 31 de agosto de 1787. El Conde de Floridablanca. Al Sr. Marqués de Sta. Cruz[23].

Además, como podemos comprobar, dada la carencia de espacio que ya hemos analizado anteriormente, se acuerda hallar residencia idónea en el entorno del Real Sitio para hospedar y agasajar a su ilustre invitado, siendo escogida entre las diversas y mejores opciones la afamada casa-esquileo del marqués de Iturbieta, en el término municipal de Revenga (Segovia): «Inmediatamente di la orden correspondiente para que diariamente, durante la permanencia del Enviado de la Puerta Otomana en la Casa Esquileo del Marqués de Yturbieta, en que se halla hospedado de cuenta de S.M.»[24].



Fig. 9. Reconstrucción gráfica del esquileo de Iturbieta (hoy completamente arruinado), cuya fachada principal se corresponde con la casa del propietario. Elaboración propia.

Partimos, por tanto, de un nuevo caso de estudio, la casa-esquileo del marqués de Iturbieta, o *esquileo de Santillana*, un importante referente de la tipología, pues a mediados del siglo XVIII se llegarán a esquilar en sus instalaciones hasta 34.000 cabezas de ganado –siendo la media de unas 20.000 ovejas por

23. AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, I, f. 9.
24. AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, f. 157.

propietario–[25]. Según Pascual Madoz (1847: 468), «Este edificio es uno de los que más adornan las cercanías de Segovia por su buena construcción y hermosura; y en su clase de esquileo compite con cuantos se conocen en el país». Además, este tiene «53 posesiones destinadas para habitación y operarios del esquileo, prestan cuanta comodidad puede apetecerse en un establecimiento de esta clase».

Las primeras noticias de la adquisición de los terrenos y construcción de un esquileo por parte del marquesado de Iturbieta –título creado por Felipe V, dada la lealtad y ayuda prestada a la nueva dinastía por parte de la familia Arizcun, originaria del valle navarro del Baztán (Felices de la Fuente, 2012; Imízcoz Beunza, 2014)– se remonta a 1744[26]. Apenas veinte años después, en 1764, contamos ya con uno de los más importantes testimonios documentales asociados a este esquileo, que nos ayuda a conocer y entender, más allá de cifras concretas, su verdadera dimensión material y simbólica[27]. Hablamos de la vívida crónica que nos ofrece uno de sus ilustres visitantes, fray Alonso Cano (1764), quien se hospedaría varias veces en la *casa de Iturbieta* durante la temporada de esquileo, sirviéndole de modelo ideal para ejemplificar la magnificencia y la complejidad de la tipología:

> La misma calidad de la maniobra, y cantidad de ganados exigen por su naturaleza una fábrica vasta; pero en algunos es verdaderamente magnifica. El de la cabaña del Marqués de Iturbieta a una legua de Segovia sobre el camino de Madrid a esta ciudad me servirá de modelo para dar una idea de las demás, así por la regularidad, y buena simetría de su construcción como porque su cabaña puede con más razón que otra apropiarse la primacía entre las de la Cabaña Real por haber sido anteriormente la propia y privativa del Rey a quien la compró. Y en señal conserva por marca, y divisa del Ganado una Corona Real. Añádase a esto el haber adquirido en él con la ocasión de haber asistido allí algunas temporadas del esquileo las noticias y observaciones que aquí expongo, y entre ellas la de que es el más bien ideado y proporcionado para su destino. (Cano, 1764: 159)

Anteriormente ya hemos hecho alusión a las casas-esquileo como lugar de hospedaje para diversas embajadas (Cerdeña e Inglaterra) consecuencia de su proximidad a los Reales Sitios y, por tanto, al monarca. Sin embargo, en este

25. AGS, Catastro Ensenada, Segovia (común). Fechado en 22 de mayo de 1753.

26. AHPS, Protocolo 2944, ff. 381-392.

27. Junto a esta, una fuente secundaria de principios del siglo XX apuntala la vinculación histórica de este esquileo con la nueva dinastía borbónica, a través del relato de una anécdota que, si bien no podemos documentar por fuentes primarias, sí que resulta esclarecedora al objeto de nuestra investigación, pues con ella vislumbramos la percepción que se construirá en época contemporánea en torno a estas casas-esquileo más allá de su función puramente industrial. Concretamente, el relato firmado por el historiador José Rincón Lazcano en la revista *Blanco y Negro* del año 1928, se propone reconstruir la visita que en 1759 realizaría la reina Isabel de Farnesio, viuda de Felipe V, a esta noble casa-esquileo, interesándose por ella e, incluso, entablando conversación con el factor del esquileo para conocer el funcionamiento del complejo. [«La reina, su carroza y unos esquiladores» (Estampas Españolas), *Blanco y Negro*, n.º 1933, 3 de junio de 1928, pp. 51-52].

caso hablamos de una embajada excepcional en el contexto de las monarquías ilustradas europeas, que tratan de afianzar los lazos comerciales con el *turco* y, por tanto, agasajarlas conforme a su dignidad y trascendencia diplomáticas. Una vez más, este acontecimiento histórico, perfectamente documentado, nos permite comprender el papel desempeñado por estas casas-esquileo más allá de su función puramente industrial, como residencias dotadas de representatividad. De hecho, toda la documentación hallada en torno a esta comitiva *turca* o de la *Puerta Otomana* y el protocolo asociado a su hospedaje en el citado esquileo de Iturbieta nos sirven además a los efectos de conocer el alto grado de especialización, normatividad y lujo asociado a la corte borbónica durante el siglo XVIII (Gómez-Centurión Jiménez, 2004); que, en este caso, irradia también a la tipología esquileo. Por ejemplo, sabemos que los Borbones tomarán como modelo para la visita el ceremonial fijado por la dinastía anterior de los Austria con ocasión de haber recibido a la embajada turca en el año 1649 (Díaz Esteban, 2006), tal y como se refiere en documento asociado al ya citado expediente general del año 1787:

> Habiendo nombrado la Puerta Otomana a Vasif Effendi con el carácter de Ministro cerca del Rey nuestro señor y estando prevenido en el artículo 55 del Ceremonial del año 1717 que para semejantes casos se tenga presente el que se observó en el Embajador del Gran Turco en el año 1649 que está explicado por menor en la etiqueta de la Casa Real; lo participo de orden del Rey a V.E. a fin de que disponga que se pase a mis manos una copia de dicho ceremonial […][28].

Es más, la poderosa embajada de la Puerta Otomana también será recibida a lo largo del siglo XVIII por otras monarquías europeas, destacando la que en el año 1741 se produce en la corte de Carlos VII de Borbón, rey de Nápoles y futuro rey Carlos III de España, que tendrá una honda trascendencia histórica, cultural e, incluso, artística. De hecho, la importancia y excepcionalidad de esta comitiva turca quedarán inmortalizadas en la pintura que el rey manda realizar al pintor italiano Giussepe Bonito y la cual envía a su madre Isabel de Farnesio, reina de España (Fig. 10). Así pues, una y otra embajada quedan vinculadas por un mismo protagonista, el rey Carlos III, el cual conseguirá alcanzar en la corte napolitana algunas de las más altas cotas del espíritu ilustrado de la Europa del XVIII y que, ahora, trata de emular también en España (Urrea Fernández, 1989).

En el caso que nos concierne, la visita se produce tras la firma del tratado de paz de 1783 entre la monarquía hispánica y la Sublime Puerta –ambas, potencias territoriales en franco retroceso, aunque con suficiente peso en el contexto internacional–, cuando el Imperio otomano enviará al embajador Ahmet Vasif Effendi, para ratificar lo acordado e interesarse y conocer de primera mano todo aquello relativo a este país con el que se convenía una paz (Önalp, 2000). Con tal fin, desde la corte se autorizará el itinerario y se marcará el protocolo a seguir en

28. AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, I, f. 5.

el recibimiento del *Ministro de la Puerta Otomana* en cada una de las jornadas subsiguientes[29]. El propósito del viaje, como ya hemos señalado, era alcanzar el epicentro del poder borbónico representado en esta ocasión por el Real Sitio de La Granja de San Ildefonso, lugar en el que el monarca veraneaba y, por tanto, en el que concedería audiencia a dicho enviado.



Fig. 10. Giuseppe Bonito, 1741, *La embajada turca en Nápoles*.
Museo Nacional del Prado.

Esta fuente documental nos sirve para constatar, en primer lugar, lo ya defendido en cuanto a la importancia de esta tipología híbrida como soporte del ceremonial de la corte borbónica; y, en segundo lugar, para poder conocer más profundamente, o al menos vislumbrar, las cualidades y las características de estos núcleos residenciales, la mayoría de los cuales han sido expoliados y se

29. Desde su llegada al puerto de Barcelona el 28 de julio de 1787, y tras pasar la preceptiva cuarentena en una *mansión* de la ciudad y hospedándose en las ciudades de Tortosa y Valencia. *Ibídem*, ff. 9 y ss.

encuentran en avanzado estado de ruina[30]. Muestra de ambas cuestiones son las «Órdenes tocantes al recibimiento del embajador turco» –que forman parte del expediente general ya citado–, entre las que se fija el protocolo a seguir en atención a su llegada al esquileo del marqués de Iturbieta el día 24 de septiembre de 1787 y su posterior recibimiento en el Real Sitio de San Ildefonso:

> Respecto de que el Enviado Turco ha anunciado por medio del Comisario que le acompaña que desea, si es posible, apearse en público en la casa que se le destina y que se le envíen coches para entrar con ello; pasará uno de los Aposentadores a Guadarrama en la tarde del domingo 23 para instruirse del mismo Comisario de las disposiciones que habrá que dar en la Casa del Esquileo de Yturbieta destinada al alojamiento del Enviado para el lunes inmediato en que ha de llegar a ella, y tomará la hora en que cuente estar en las inmediaciones de Revenga.
> Con esta noticia saldrán del sitio el lunes en un coche con tiro de las Reales Caballerizas el Introductor de Embajadores y el Intérprete al camino de Revenga a paso proporcionado para encontrar por allí al Ministro a quien hará el Introductor el cumplido regular de parte de S.M. habiéndose apeado ambos de sus coches. Luego entrará el Enviado en el del Introductor poniéndose este al testero y entrando a los vidrios el Comisario Don José Luis Miñano con el Intérprete. Los demás seguirán en los coches de camino.
> Al llegar a la casa de Yturbieta estará ya allí una media compañía de Artilleros de Segovia, que pondrá armas al hombro y tocará la llamada.
> También habrá pasado a ella el Mayordomo de S.M. Don Juan Pacheco, el cual saldrá a recibir al Enviado en lo alto de la escalera y le ofrecerá la Casa en nombre del Rey y su Persona para obsequiarle de cuenta y orden de S.M.
> Así que se haya hecho este cumplido presentado al Enviado los oficiales de su Guardia se servirá un refresco por la Real Casa.
> Acabado el refresco instruirá el Introductor al Enviado de que debe inmediatamente enviar al Secretario de Legación a dar cuenta de su llegada al primer Secretario de Estado, visitar a este pidiéndole día y hora para ello y entregarle copia de las credenciales.
> Hecho esto se volverán al Sitio el Mayordomo, Introductor e Intérprete y quedará en la casa el Comisario bajo las órdenes del Mayordomo, mientras este haga las funciones de tal en ella; poniéndose de acuerdo para la asistencia del Enviado, pues aunque en el viaje y en la casa todo se haga a costa de S.M. llegado el enviado a esta; parece corresponde el gobierno de ella a la misma Real Casa.
> Antes que llegue el Enviado estarán ya a su disposición en la misma Casa dos coches de la Real Caballeriza con tiro uno más distinguido que otro y algunos caballos, para que los monten las personas de su séquito que hayan de acompañarle cerca del coche; y después que se hayan retirado el Mayordomo, Introductor e Intérprete

30. Lamentablemente, en la actualidad solo se conserva con cierta integridad el esquileo de Cabanillas del Monte, que perteneció a una familia segoviana. Un edificio de menor escala que el resto de complejos que se construyeron en las proximidades de Segovia para alojar a las élites del momento. Por ello, y aunque sirve como ejemplo construido, no es suficiente como para establecer un paralelismo debido a la potencia y riqueza de la mayoría de sus comitentes (Gutiérrez Pérez, 2020).

de los cuales pasarán los dos últimos a informar al primer Secretario de Estado de lo ocurrido, saldrá el Secretario del Enviado en uno de sus dos coches para traer al primer Secretario de Estado el recado con la noticia de la llegada del Ministro: le preguntará por su salud y pedirá día y hora para la visita de aquel.
El Primer Secretario de Estado volverá el cumplido diciéndole que le recibirá el jueves a las 11 de la mañana. […][31].



Fig. 11. Reconstrucción de la escalera principal del esquileo de Iturbieta, donde el mayordomo de S. M. aguardó al enviado de la Puerta Otomana. Elaboración propia.

Es más, el aposentamiento de tan ilustre embajador en la cercana y capaz casa-esquileo del marqués de Iturbieta, entre el 24 y el 28 de septiembre de 1787, queda documentado y descrito, a modo de diario, en uno de los documentos que integran el expediente general y que se intitula como «Razón de lo que va ocurriendo de más esencial en la estancia del Ministro de la Puerta Otomana en el esquileo de Yturbieta»[32]:

31. AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, I, f. 70.
32. «Día 25. Desde este día se hicieron los turcos para sí todo y de su cuenta, la vianda de almuerzo, comida y cena; y solo se sirvió estado de cuenta de S.M. al Intérprete Dragomán Don Pedro;

> Día 24 de septiembre de 1787. Este día por la tarde llegó dicho Ministro al nombrado esquileo con su comitiva de 49 turcos; un comandante de dragones con un sargento, dos cabos y once soldados; otro comandante de fusileros con siete soldados; un Mayordomo Don Domingo Boti; un ayudante de la plaza Don Joseph Marigal y un tesorero Don Francisco Oteyza; estos vinieron acompañando desde Barcelona; en dicho Esquileo se presentaron para hacer la guardia el mismo día 24, dos oficiales con treinta y dos soldados artilleros de la ciudad de Segovia y estuvieron toda la mansión con su tambor, hubo refresco general y cena en nombrado día 24 de cuenta de S.M.

A la luz de estos documentos, podemos afirmar que la tipología casa-esquileo es considerada por parte de la Corona como una escenografía idónea a los efectos de recibir al enviado y a su comitiva –unos cincuenta integrantes en total– y aposentarlos con la mayor riqueza y comodidad debida a su cargo y dignidad. En este sentido, destacan toda una serie de partidas registradas en las diversas cuentas vinculadas a este expediente general ya citado, gracias a las cuales podemos conocer cómo estos lugares de hospedaje destinados al *enviado turco* –casas-esquileo, pero también otras residencias de nobles señores o la propia casa del embajador de Portugal próxima a La Granja de San Ildefonso conocida como *Casa de las Ánimas*– eran intervenidos directamente por la Real Casa. En nuestro caso, hablamos de órdenes y partidas asociadas al quehacer de los oficios de Furriera, Tapicería y Guardajoyas en la mejora, ornato y provisión de la casa-esquileo del marqués de Iturbieta y en el servicio a sus ilustres invitados, muestra de lo cual son las «Ocurrencias diarias a la llegada del embajador Turco, año 1787 y 788, con noticias de los gastos en hospedaje»[33], apartado del ya citado expediente; entre otras, las siguientes a efectos ilustrativos:

---

a Don Luis otro que vino desde Constantinopla; […]. Este día salió el citado Ministro por la tarde a caballo por las inmediaciones del esquileo un rato, le acompañaron [ilegible] y el Ayudante de la Plaza.

Día 26. En este día siguió en todo la manutención como ayer. Por la tarde salió en nombrado Ministro a ver Segovia a caballo con los coches detrás y le acompañaron 26 o 28 turcos […]; paseó dicho Ministro la ciudad de parte a parte en derretura al Alcázar, y enfrente de él se apeó y tomó el coche sin entrar en dicho Alcázar ni hacer mansión en parte alguna, se volvió en él al esquileo, en donde tomó café y tuvo de visita varios Grandes incluso el Señor Mayordomo Mayor del Rey y otras personas de distinción hasta que cenó que después le vieron cenar se retiraron al Sitio.

Día 27. Este día lo mismo en cuanto a la manutención. Por la tarde a las 4 fue dicho Ministro en el coche a hacer la visita al Ministro de Estado conde de Floridablanca […], que concluida la visita de ceremonia que fue breve, se volvieron al Esquileo en derretura; habiendo visto la Casa Aposentamiento que se le tenía preparada en el Sitio solo para hacer mansión cuando viniese del Esquileo.

Día 28. Este día Ydem. en la manutención. Por la tarde fue al Sitio a ver los Jardines de San Ildefonso a caballo en los dos coches detrás y después que los vio, se fue a la Casa Aposentamiento por haberle gustado el antecedente día que la vio y el Rey lo supo, y mandó bien ocuparla desde aquella noche si gustaba por cuyo recado y permisión se dispuso con la mayor prontitud, remover todos los muebles y provisiones; turcos y demás personas que acompañaban al citado Ministro en el Esquileo […]». AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, ff. 3 y ss.

33. AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, f. 1.

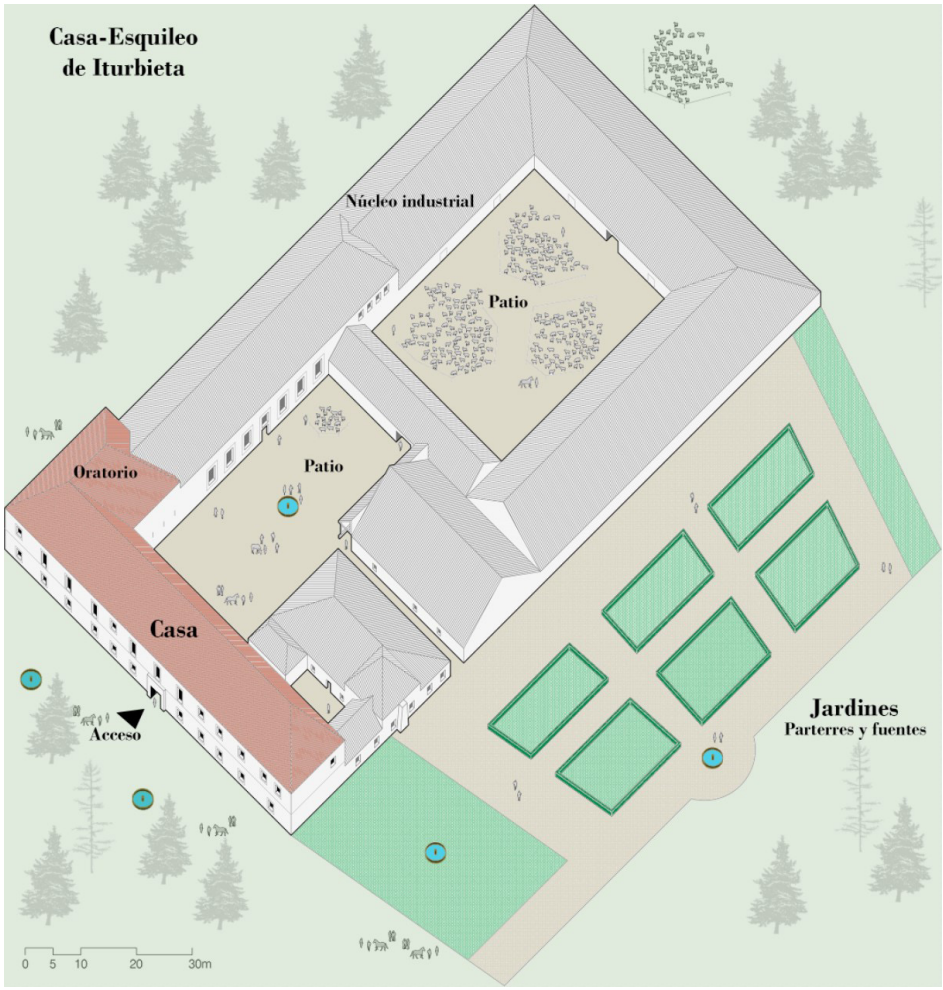



Fig. 12. Reconstrucción del esquileo de Iturbieta y sus jardines.
Elaboración propia.

Partidas de mobiliario y carruaje necesario para su transporte por los Oficios de Furriera, Tapicería y Cerería de S.M.:

– Razón del carruaje necesario a conducir los muebles de la Tapicería de S.M. y los por su disposición buscados a servir en el adorno y Casa Esquileo del Marqués de Yturbierta próxima al Real Sitio de San Ildefonso, que han de servir al hospedaje del Ministro de la Puerta Otomana y acompañamiento. […]

Once carros abiertos de a cuatro mulas cada uno a dejar, ocho mulas de paso para un maestro esterero con un oficial y los restantes mozos extraordinarios por el oficio, y que llevan los interesados en sus muebles a su compostura y cumplimiento.

Una calesa de a dos a orden, que ha de ocupar Monsieur Rober y Don Ignacio Calvo, dependientes de la misma Real Tapicería y concluida la colocación de los muebles regresaron al Escorial a las proporciones de la destinada allí para igual hospedaje y dicho Rober a su Casa. Madrid septiembre de 1787[34].

- Muebles que se deben suministrar en la Casa del Sr. Marqués de Yturbieta para la servidumbre del Ministro de la Puerta Otomana[35].
- Para conducir la plata[36], cera, sebo y hachas ordinarias de viento desde este Real Sitio a la Casa Esquileo del Marqués de Yturbiteta que hace mansión el Señor Ahmed Vasif Effendi Embajador de Constantinopla. Se necesitan tres acémilas para las que es necesario el correspondiente abono. San Ildefonso a 23 de septiembre de 1787[37].
- Para conducir desde San Ildefonso a la Casa Esquileo de Yturbieta una colgadura de Damasco carmesí guarnecida de galones de oro permanente en el Oficio de dicho Sitio y que mandó adornar con ella el Señor Mayordomo de Semana comisionado en el Hospedaje próximo del Ministro de la Puerta Otomana, la pieza de respeto en dicha Casa, se ocupó desde el mismo Sitio un carro de cuatro mulas. Madrid y septiembre 24 de 1787[38].

Servicio de Cocina de Estado y Repostería:

- Para la asistencia y manutención del Enviado de la Puerta Otoma y toda su comitiva de turcos (sin incluir la Mesa de Estado para los españoles que le acompañan) se les suministra desde 24 de septiembre de 1787 que llegaron al Esquileo de Yturbieta en las inmediaciones del Real Sitio de San Ildefonso, los géneros que piden y se les da por la Cocina de Estado y Repostería; con los cuales los cocineros turcos hacen las viandas que todos ellos comen; y por lo regular el Enviado come a las 9 de

34. AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, V, f.30

35. «Una escribanía con todo el recado de escribir. La servidumbre entera de plata para el retrete del Embajador con los paños correspondientes. Caja de tanteo. Naipes. Paños para los retretes de las habitaciones principales. Toallas y paños de manos. Lienzo ordinario para paños de cocina y repostería. Medias lunas para la cocina. Cuchillas y cuchillos Servidumbre para el café. Palas de hierro y badiles. Mantelería. Cinco o seis escribanías de estaño para los secretarios, capellán, Dragomán y Tesorero. La cerería debería entregar todos los candeleros de metal que sean necesarios». AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, f. 153.

36. Plata… 33 candelabros, 2 veladores, 2 piezas [ilegible]. *Ibídem*, f. 116.

37. AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, V, f. 40.

38. *Ibídem*, f. 46.

> la mañana y cena a las 6 de la noche poco más o menos; y en seguida su familia turca. La mesa de Estado de Españoles, a la una la comida y a las nueve y media la cena; compuesta del oficial de Contralor General, Comandante Dragón, un Ayudante, un Tesorero, un Comandante de Miñones, un Mayordomo, el oficial de la Guardia, el Dragomán turco o Intérprete Don Pedro por ser católico, el Intérprete español Don Pascual Timoni que es de Constantinopla, Don Luis Español que le trae en su compañía dicho Enviado desde Constantinopla y le sirve de Intérprete. También se les da Estado a los Dependientes de Furriera, Tapicería, Cerería, Cocina y Repostería; y dos o tres de Caballerizas que están de guardia continua; a los Dragones 14; Miñones 7 y 23 soldados de la Guardia. […] Al citado Enviado se le pone en la pieza dormitorio todos los días, para su gasto, una fuente de dulces del ramillete, algunos platillos más con mostachones u otros géneros que suele pedir: también otra fuente de frutas y melones, y sandías que igualmente algunas veces pide; como asimismo agua de limón, que todo se sirve por la Repostería de Estado; y unas horchatas por la Botica del Rey, que igualmente se le receta por los médicos y cirujano custodio, de cuando en cuando; como asimismo doce bollos, los seis por la mañana y seis por la tarde; este método se ha observado en el Esquileo, San Ildefonso y San Lorenzo, en donde se concluyó a excepción del día sábado 27 de octubre de 1787 que llegaron a Madrid, en donde así al Enviado como a todos los turcos y acompañantes se les dio por el Estado cena, respecto de haberse ajustado en especie de dinero con dicho Enviado, por un tanto, sirviéndose de el para su manutención y la de los turcos que son 48 desde el siguiente día 28 Domingo[39].

Obras de adecuación varías, como cerrajería, albañilería o carpintería:

- Cuenta que yo Francisco Maluenda Cerrajero de Cámara de S.M. en este Real Sitio de San Ildefonso presento de la obra de herrería y cerrajería que he ejecutado para la servidumbre del Excmo. Sr. Embajador de Constantinopla y su familia así en el alojamiento del Esquileo del Sr. Marqués de Iturbieta como en la Casa que llaman de las Ánimas en este Real Sitio y es en la forma siguiente[40].
- Memoria de la obra que yo Antonio de la Vega tengo ejecutada en la Casa de Campo del excelentísimo Señor Marqués de Yturbieta para la servidumbre de la embajada de Turquía es las siguientes: […] se han dorado dos marcos para espejos […] se han dorado setenta y seis cabezas de tornillos y dos escarpias grandes y los colgaderos de los marcos […]

39. AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, f. 10.
40. AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, IV, f. 3.

se han dado de blanco cuatro piezas de bovedillas […] se han dado de blanco nueve pares de puertas…[41].

– Cuenta de la obra de carpintería que yo Juan Ramón López, Maestro Carpintero de la Real Furriera de este Sitio, tengo hecha para la servidumbre del embajador del Gran Señor en la jornada del presente año de 1787[42].

Miembros dispuestos al servicio del embajador turco en la casa esquileo de Iturbieta:

– Relación de las personas que existen en el Esquileo de Yturbieta desde el día 25 de septiembre de 1787 para la asistencia del Ministro de la Puerta Otomana.
  Personas que llegaron acompañando a dicho Ministro desde Constantinopla y Barcelona[43].
  Soldados[44].
  Criados del Rey en San Ildefonso[45].
  Repostería de estado[46].

En todo caso, debemos señalar que, aunque en el presente trabajo nos hemos centrado en las partidas y órdenes del expediente relativas al esquileo del marqués de Iturbieta –por ser el objeto de nuestro estudio–, éstas no se limitan a esta *casa-esquileo* y, por tanto, no deben entenderse como reflejo de las carencias edilicias y decorativas a ella asociadas. Por el contrario, este mismo proceder se seguía –y así consta en el citado expediente– respecto a las otras *mansiones* en las que se hospedaría el enviado turco y su comitiva –caso de la ya citada *Casa de las Ánimas*–; o, incluso, en los Reales Sitios de La Granja de San Ildefonso, de El Buen Retiro o de El Escorial[47]:

41. *Ibídem*, f. 78.

42. *Ibídem*, f. 9.

43. Don Pedro, Intérprete Dragomán desde Constantinopla. Don Luis otro Intérprete desde Ydem. Don Luis Miñano comandante de Dragones desde Barcelona. Don Joseph Marigal Ayudante de la Plaza. Ydem. Don Domingo Boti. Ydem. Don Oteiza tesorero Ydem. De Segovia: Dos oficiales de Artillería. AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, f. 16.

44. 1 Sargento de Dragones desde Barcelona. 2 cabos. 11/14 soldados. 7 soldados fusileros Yd. 32 soldados artilleros de Segovia. *Ídem*.

45. Don Ignacio Abad oficial de Contralor General. Don Antonio Samaniego Ayuda de la Furriera y Aposentador. Don Facundo Sanz otro. Baltasar García varr.º de Cámara. Cinco mozos externos. Un oficial de Carpintero. Un oficial de Cerrajero. Un Farolero. Sebastián González mozo de la Tapicería. Mathias Sabías otro externo. Domingo Barreiro otro Yd. Francisco Marones mozo ordinario de la Cerería. *Ídem*.

46. *Ibídem*, f. 16.

47. Por ejemplo, se refiere cómo «Por el Oficio de la Tapicería de S.M. hago estado de mi cargo para la conducción de los muebles, así de dicho mi oficio, como alquilados, que sirvieron en la Casa Esquileo de Iturbieta y después la que ocupó el Enviado de la Puerta Otomana en el Real Sitio de San Ildefonso, se han devengado nueve carros cubiertos de a cuatro mulas cada uno». AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, V, f. 35.

> […] Todo produjo los gastos que refieren las treinta y siete cuentas que adjuntan y esperan por menor las viandas de Estado que se han servido, los alquileres de Casas ocupadas en dichos sitios de San Ildefonso y San Lorenzo, y los de los muebles alquilados para amueblarlos y el alojamiento del Buen Retiro, los carruajes servidos para trasladarse de ellos a Madrid y las obras ejecutadas por todos los oficios de mano y de albañilería para disponer y arreglar las habitaciones…[48].

Es decir, a estas nobles casas y palacios, al igual que al esquileo, se enviarán todo tipo de muebles, recados y oficiales, al mismo tiempo que se acometerán pequeñas obras, a fin de acondicionarlos acorde a la etiqueta de la Real Casa para tan alto propósito. De hecho, podemos constatar que, consecuencia de la trascendencia jerárquica de los Reales Sitios en comparación a los lugares secundarios de hospedaje –entre los que se hallan las *casas-esquileo*– las referencias a sus habitaciones concretas en las que intervenir, sus medidas y cualidades se encuentran descritas con mayor minuciosidad[49]. Así pues, cabe comprender que este agravio comparativo de la relación documentada supone una desventaja para el objeto de nuestra investigación: si bien las fuentes documentales demuestran el papel desempeñado por estos complejos segovianos más allá de su función industrial, amén de reflejar la capacidad y la riqueza de sus núcleos palatinos, por el contrario no amplían nuestro conocimiento respecto a las características tectónicas de sus estancias. Esta falta de información no es baladí si tenemos en cuenta el actual estado de ruina en el que se encuentran la totalidad de estos complejos –salvo la única excepción del modesto esquileo de Cabanillas del Monte–, los cuales no podemos conocer en su estado original –especialmente sus núcleos residenciales–, sino únicamente a través de algunos vestigios materiales, fuentes documentales y trabajos de investigación como los aquí presentados.

A pesar de ello, no debemos olvidar que la tipología esquileo responde a algunas de las más altas cotas de calidad arquitectónica durante el siglo XVIII. Esto resulta evidente, por ejemplo, en los núcleos operativos o infraestructuras que dichos complejos destinan a la labor de esquileo –por tanto, fuente directa de riqueza para sus propietarios–, los cuales contarán con algunos de los mecanismos, tecnologías y sistemas más avanzados de la época[50].

48. AGP, Reinado de Carlos III, leg. 498, f. 89.

49. Por ejemplo, al referir el alquiler de muebles y su disposición en el «Real Palacio del Retiro», su descripción y ubicación es mucho más detallada respecto a la que se aborda en relación a la casa-esquileo del marqués de Iturbieta; sirva de ejemplo: «Primeramente sirven en la pieza de Antecámara [se refiere al Palacio del Buen Retiro] seis taburetes de nogal cubiertos de moqueta de colores […] Por una mesa que sirve en la misma pieza, con pies doradas y tablero jaspeado […] por una Araña de cristal de Bohemia de seis luces […]». Así, se sigue con toda una relación de estancias y amueblamientos concretos: «Sala principal […], Sala tercera […], Dormitorio […]», etc. AGP, Histórica, caja 47, expediente 8, II, ff. 10-13.

50. Incluso serán objeto de espionaje industrial por parte de enviados franceses (García Sanz, 2001).




Fig. 13. Fachada secundaria y portada del arruinado esquileo del marqués de Perales, en El Espinar. Fotografías de los autores.

Asimismo, por la presencia en estas casas-esquileo de elementos de notable riqueza, calidad y belleza, tanto arquitectónica como decorativa, símbolo del poder de sus nobles comitentes y el recurso a ciertos modelos palatinos próximos como La Granja o Valsaín. Por ejemplo, destaca la inclusión en los muros perimetrales de estos esquileos de grandes portadas de acceso rematadas por el correspondiente escudo nobiliario, que denotan desde un primer vistazo la importancia del complejo al mismo tiempo que son símbolo del poder de la familia u orden militar propietarias: este es el caso de los ya citados esquileos de Ortigosa del Monte (Fig. 8) y del marqués de Perales con hasta tres grandes portadas (Figs. 13 y 14). También destaca, por ejemplo, el uso de excepcionales y ricos materiales o la fábrica y acabado de sus elementos que, directamente, podemos asociar o parangonar a algunos de los mejores ejemplos del tipo palaciego auspiciado por la Corona: este es el caso del esquileo de Hondategui y sus elementos de sillería –cornisas o remates de esquina, conservados en parte, aunque muy expoliados– o el diseño de las ventanas directamente vinculable al de las del Palacio Real de Valsaín (Fig. 5). Igualmente, es muy destacable la presencia de jardines ornamentales o recreativos destinados, como ya hemos señalado, al deleite y disfrute de sus propietarios e invitados durante la temporada de esquila por el mes de mayo, como si de un pasatiempo cortesano e ilustrado más se tratara; en concreto, destacan los importantes jardines que podemos localizar, aunque hoy desaparecidos,

en las ruinas de la ya citada casa-esquileo de Santillana en Segovia, propiedad del marqués de Iturbieta (Fig. 12). Este es uno de los mejores ejemplos que han sobrevivido (en su trazado) con una superficie total de unos 6.000 m², en el cual se siguen los principios de orden, simetría y control de la vegetación propios de los jardines palatinos europeos de los últimos dos siglos y referente absoluto de lo cual serán los más famosos ejemplos franceses (Luengo Añón, 2008). Además, en este caso, el jardín se articulaba a través de una serie de paseos, encuentros y fuentes –que podemos reconstruir a través de sus vestigios–, destacando la perfecta y característica armonía entre ser humano, agua y naturaleza (Fig. 12). En cualquier caso, todo ello demuestra el interés de sus dueños por habilitar un espacio de deleite, asumiendo sobre todo el modelo cercano y referencial de La Granja de San Ildefonso que ahora irradia también esta tipología industrial.



Fig. 14. Fachada y puerta principal del esquileo del marqués de Perales, en El Espinar, donde se observa la calidad de la fábrica. Fotografías de los autores.

## 4. La constatación de una tipología híbrida: un *proyecto de pensado* de 1796

Como prueba de la relevancia que tienen en los esquileos segovianos estos nuevos usos asociados al ceremonial de la corte durante el siglo XVIII, traemos a colación otras fuentes que, sin estar directamente relacionadas con acontecimientos de la corte –como los vistos hasta el momento–, sí que nos permiten constatar la evolución y la complejización del tipo derivado de nuevas funciones de carácter representativo. Hablamos de nuevos documentos inéditos, en este caso, localizados en los fondos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Madrid). Concretamente, hablamos de un ejercicio académico realizado por uno de sus estudiantes, y titulado «Casa de esquileo para poder esquilar en la temporada sesenta mil cabezas, con habitación decente para el dueño». Se trata de las

pruebas «de repente» y «de pensado» que el alumno Tadeo Jesús de la Plaza realizó entre los meses de enero y septiembre del año 1796, para su habilitación como maestro de obras[51].

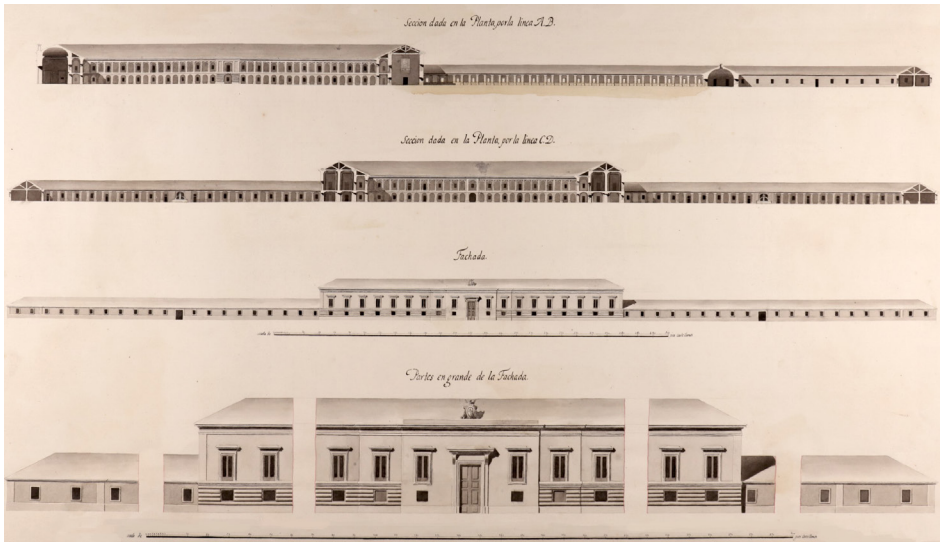



Fig. 15. Tadeo Jesús de la Plaza, 1796, *prueba de pensado*. Alzados y secciones de la casa de esquileo proyectada por el estudiante. RABASF, A-2217.

La existencia de este documento nos permite afirmar que la tipología del esquileo segoviano era reconocida en la sociedad del momento y que se hallaba integrada en los circuitos arquetípicos contemplados y estudiados en la Real Academia. Asimismo, es probable que a finales del siglo XVIII existiera una demanda arquitectónica que exigiera el conocimiento necesario para proyectar nuevos esquileos o acometer reformas en los existentes. De hecho, el periodo de máximo esplendor en la historia de esta industria se inicia en el año 1782, como consecuencia del marco bélico europeo y la consiguiente demanda de aprovisionamiento de los ejércitos (García Martín, 1992). En todo caso, nos hallamos ante una fuente de carácter académico, cuyo valor reside precisamente en que nos ofrece un arquetipo ideal que, a ojos del futuro arquitecto, sería capaz de responder a los

51. El expediente, con fecha 30 de octubre de este mismo año, lo conforman cuatro dibujos realizados sobre papel verjurado y avitelado de gran formato: el primero lo constituye la «prueba de repente», realizada a lápiz negro, y los tres restantes conforman la «prueba de pensado», delineada a tintas negra y roja con aguadas de color. RABASF, A-2214, A-2215, A-2216 y A-2217.

requerimientos y circunstancias solicitados por los comitentes del momento; en el caso que nos ocupa, la propia corte o las élites asociadas a esta.

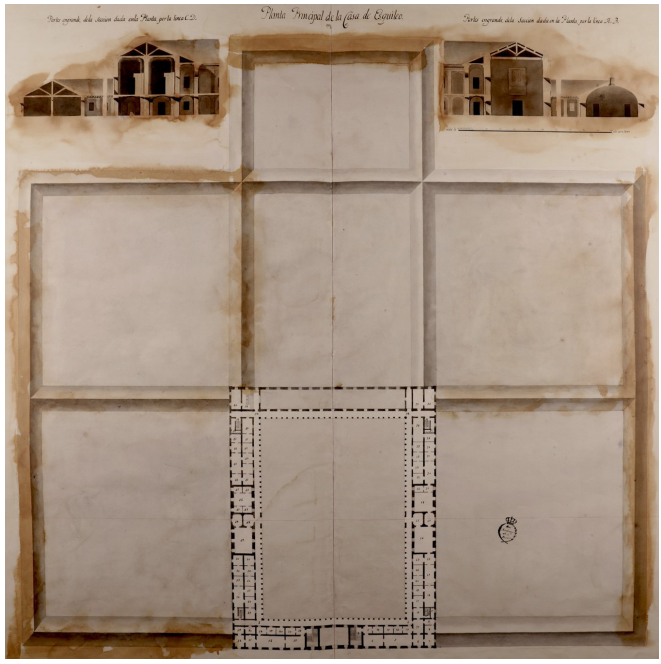


Fig. 16. Tadeo Jesús de la Plaza, 1796, *prueba de pensado*. Planta superior de la casa de esquileo proyectada por el estudiante. RABASF, A-2216.

La propuesta se desarrolla fundamentalmente en planta baja y se articula mediante un conjunto de patios en torno a los cuales se ubica el complejo industrial del edificio –encerraderos, almacenes de lana, rancho de esquila, etc.–, lo que demuestra el conocimiento solvente de tipo; pero, además, a los efectos que nos ocupan, la referencia evidente a las trazas del Real Monasterio de El Escorial (Fig. 16). Alrededor del patio principal el edificio adquiere una planta más, la noble, que alberga un enorme palacio de gran altura donde reside el propietario durante únicamente el mes de mayo –momento de la esquila–. Este espacio se articula mediante una galería que circunda el patio y permite la comunicación entre las estancias, al igual que sucede en el Palacio Real de Madrid, y a la cual se accede mediante dos grandes escaleras situadas junto al zaguán de la fachada principal. En esta última (Fig. 15), sobresale una gran portada, para cuyo alzado el autor toma como referencia los diseños de Juan de Villanueva para la Casa del Nuevo Rezado, actual Real Academia de la Historia, construida en el año 1788 (Chueca Goitia, 2001). Todo ello, confirma que en la articulación de esta propuesta el autor

parte de la consideración del tipo en relación a los nuevos usos cortesanos, que irremediablemente imponen la proyección de estancias que respondan a funciones representativas que van más allá de la puramente industrial.




Fig. 17. Tadeo Jesús de la Plaza, 1796, *prueba de pensado*. Planta superior de la casa de esquileo proyectada por el estudiante. RABASF, A-2216.

En concreto, el interior del palacio alberga un conjunto de salas de aparato y recreo que se estructuran de la forma que sigue, y que nos permiten vislumbrar cómo sería una casa-esquileo ideal en el siglo XVIII (Fig. 17); un espacio que pudiera alojar adecuadamente los nobles usos y acontecimientos que, como hemos demostrado, ya se venían produciendo:

– La fachada principal la ocupan los aposentos y gabinetes de la familia dueña del esquileo: a la derecha del zaguán, las del «Señor y Señora» y, a la izquierda, la «habitación de un hijo del Señor y un huésped de carácter».

- La panda occidental se encuentra divida en tres partes. En la inferior, se sitúan las dependencias de los mayorales de la cabaña; que, en efecto, se alojaban junto a los propietarios (Cano, 1764). En el centro de la crujía, distintas «piezas de juego» seguidas de los dormitorios para huéspedes y, en la superior, las habitaciones de «pajes y criados» junto a los aposentos del «capellán». Por último, en la esquina noroeste, y separados del resto, la sacristía y el oratorio. Este último se abre a la doble altura del rancho a través de un hueco de gran formato (Fig. 17, arriba); asumiendo, por tanto, una disposición típica de los esquileos segovianos que, como hemos mencionado, permitía oír misa a los trabajadores sin que estos cejaran en sus tareas.
- La oriental presenta un mismo esquema organizativo. La parte inferior alberga las «piezas de comer» junto a otras salas auxiliares, y en el centro destaca el «salón de baile» que forma parte de un núcleo de divertimento que también alberga una «sala de refrescar». A continuación, la «habitación de doncellas y criados» y, por último, varios «graneros para cebada» y «trigo».
- Por último, la panda septentrional la ocupa por completo el rancho al que los propietarios podían asomarse a través de la galería que circunda el patio y que ofrecía unas vistas privilegiadas: «galerías por donde los Sres. ven hacer las maniobras que se hacen en el rancho». Una solución original que reformula esta particularidad propia del esquileo, resuelta habitualmente mediante la introducción de una galería volada de madera que circundaba alguno de los lienzos internos del rancho (Fig. 7), pero que aquí se presenta integrada en una unidad arquitectónica.

## 5. Conclusiones

Con el presente artículo hemos podido enriquecer la consideración tipológica de las casas-esquileo segovianas del siglo XVIII y demostrar la función de éstas como una infraestructura más al servicio de los usos y representatividad de la Real Casa y de la corte. Gracias a esta investigación podemos ampliar la visión y el conocimiento que de estos edificios se tenía hasta el momento como simples espacios industriales, y vincularlos a otros fines que hasta ahora no se habían tratado; esto es, los usos recreativos de una nueva élite propietaria aupada por la dinastía borbónica, la participación en el desenvolvimiento de las funciones representativas del Estado e, incluso, el alojamiento de algunos miembros de la familia real que evidencia la adecuación suficiente del espacio a los criterios de etiqueta y ceremonial cortesanos. En este sentido, con la documentación aportada se demuestra que este tejido de grandes infraestructuras industriales –que se articula en el piedemonte segoviano durante el siglo XVIII y en el espacio inmediato al Real Sitio de San Ildefonso– no puede explicarse en toda su extensión

sin considerarlo como parte integrante del entramado funcional y espacial de la corte dieciochesca. Es más, esta nueva perspectiva nos permite comprender en toda su extensión la importancia arquitectónica de estos magníficos edificios que hoy se encuentran arruinados y cuyos palacios constituían uno de los pilares articulares de la tipología arquitectónica. Como muestra de ello, hemos presentado una abundante relación documental –apoyada con reconstrucciones gráficas de elaboración propia– que permite probar el estrecho vínculo de estos espacios con el quehacer político-administrativo y recreativo de la dinastía borbónica en sus sucesivos reinados. Además, hemos querido exponer la única muestra gráfica que nos ha llegado del proyecto de una casa-esquileo ideal –una prueba de pensado de 1796 realizada en el contexto de la Real Academia– que nos sirve para evidenciar la causalidad de los usos cortesanos y su representatividad en la configuración del tipo: un conjunto de nuevas dependencias que, más allá del uso industrial, responden a los requerimientos de grandeza, calidad y ornato de la nueva élite económica, pero también política y social. En suma, con la presente investigación se viene a completar la definición de un tipo arquitectónico, que ahora amplía su noción operativa e industrial con la comprensión habitacional del espacio, que deriva de las nuevas funciones asociadas a las distintas necesidades de la monarquía y sus élites durante todo el siglo XVIII.

## 6. Bibliografía

Belmonte Díaz, José y Leseduarte Gil, Pilar (2004), *Godoy: historia documentada de un expolio*, Bilbao: Ediciones Beta.

Bonet Correa, Antonio (1990), *Fiesta, poder y arquitectura. Aproximaciones al barroco español*, Madrid: Akal.

Cano, A. (1764), «Papel que escribió sobre el origen de la cabaña Real, el R. p. Mro. Fra Alonso Cano, Religioso Trinitario Calzado en Madrid, (y actualmente Obispo de Segorve)», en *Papel que de orden del Señor Felipe V (…) escribió en el año de 1714, Don Melchor de Macanaz, para el gobierno y remedio de varias cosas de consideración que comprende la disciplina eclesiástica*, pp. 129r.-175v. Manuscrito inédito, Biblioteca Nacional de España, signatura: MSS/17708.

Caro Baroja, Julio (1969), *La hora navarra del siglo XVII (personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona: Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana.

Chueca Goitia, Fernando (2001), «La casa del Nuevo Rezado y otros edificios», en *Tesoros de la Real Academia de la Historia*, pp. 39-44.

Cruz, Oscar y Soler, Jorge (2000), *El esquileo de Cabanillas del Monte*, Segovia: Segovia Sur.

Díaz Esteban, Fernando (2006), «Embajada turca a Felipe IV», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 203, cuaderno 1, pp. 65-87.

Felices de la Fuente, María del Mar (2012), *La nueva nobleza titulada en España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, Almería: Universidad de Almería.

Fernández Fernández, Javier (2016), «Floridablanca y el aposentamiento de la corte. José Merlo y los planos de 1785 para alojamiento de la Real Comitiva en los Reales Sitios»,

en José Luis Sancho y Javier Ortega Vidal (coords.), *Una Corte para el Rey: Carlos III y los Sitios Reales*, Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General de Patrimonio Cultural, 2016, pp. 236-243.

García García, Teodoro (1988), *La Ilustración en la Iglesia de Trescasas. En memoria de Carlos III (1788-1988)*, Madrid: Edición del autor.

García Martín, Pedro (1992), *La Ganadería Mesteña en la España Borbónica (1700-1836)*, Madrid: Secretaría General Técnica, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

García Sanz, Ángel (2001), *Antiguos Esquileos y Lavaderos de Lana en Segovia*, Segovia: Real Academia de Historia y Arte de San Quirce.

Gómez-Centurión Jiménez, Carlos (1996), «Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: El reglamento de entradas de 1709 y el acceso a la persona del rey», *Hispania*, 56(194), pp. 965-1005. https://doi.org/10.3989/hispania.1996.v56.i194.721

Gómez-Centurión Jiménez, Carlos (2004), «Corte de Felipe V: el ceremonial y las Casas durante el Reinado del Primer Borbón», en Eliseo Serrano Martín (ed.), *Felipe V y su Tiempo. Congreso Internacional*, Zaragoza: Diputación Provincial de Zaragoza e Institución Fernando el Católico, pp. 879-914.

Guerrero Elecalde, Rafael (2011), *Las élites vascas en el gobierno de la monarquía borbónica: redes sociales, carreras y hegemonía en el siglo XVIII (1700-1746)*, Tesis doctoral, Universidad del País Vasco.

Gutiérrez Pérez, N. (2020), «Recuperación del Patrimonio Industrial de la Trashumancia. Una reconstrucción gráfica del Esquileo de Santillana», *EGA Expresión Gráfica Arquitectónica*, 25(39), 220-231. doi: 10.4995/ega.2020.12293

Gutiérrez Pérez, N. (2022), «Un corredor industrial en la corte española del siglo XVIII: Los esquileos de lana en el piedemonte segoviano», *Librosdelacorte.Es*, (25), 35-64. https://doi.org/10.15366/ldc2022.14.25.002

Imízcoz Beunza, José María (2014), «Los navarros en la corte. La Real Congregación de San Fermín (1683-1763)», en Bernardo José García García y Óscar Recio Morales (coords.), *Las corporaciones de nación en la monarquía hispánica (1580-1750): identidad, patronazgo y redes de sociabilidad*, pp. 141-212.

Larruga, Eugenio (1787-1800), *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España, con inclusión de los reales decretos, ordenes, cedulas, aranceles y ordenanzas expedidas para su gobierno y fomento*, vols. 1 a 45, Madrid: Imprenta de Benito Cano.

López-Cordón Cortezo, María Victoria (2016), «Servir y seguir al rey: Séquitos, desplazamientos y alojamientos en las "jornadas"», en José Luis Sancho y Javier Ortega Vidal (coords.), *Una Corte para el Rey: Carlos III y los Sitios Reales*, Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General de Patrimonio Cultural, pp. 64-81.

López-Cordón Cortezo, María Victoria (2018), «Los Sitios Reales en tiempos de Carlos III», *Libros de la Corte*, 17, pp. 126-149, https://doi.org/10.15366/ldc2018.10.17.006

Luengo Añón, Mónica (2008), «El jardín barroco o la terza natura. Jardines barrocos privados en España», en Aurora Egido y José Enrique Laplana Gil (coords.), *Mecenazgo y Humanidades en tiempos de Lastanosa: Homenaje a Domingo Ynduráin*, pp. 89-112.

Madoz, Pascual (1846-1850), *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, vols. 1 a 16, Madrid.

Manuel Valdés, Carlos (1997), *Estudio histórico selvícola del Monte de Valsaín (siglos XVI-XX)*, Madrid: Organismo Autónomo Parques Nacionales.

Montalvo Martín, Francisco Javier (2007), «La colección de platería de la iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción de Trescasas (Segovia)», *Estudios Segovianos*, 50(107), pp. 335-379.

Önalp, Ertugrul (2000), «La crónica de Ahmet Vasif Efendi», *Historia 16*, 24(293), pp. 108-122.

Pérez Samper, María Ángeles (2003), «La alimentación en la corte española del siglo XVIII», *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo II, pp. 153-197.

Plaza Pastor, Eugenio (2017), *Ranchos esquileos de Trescasas y Sonsoto*, Segovia: Diputación de Segovia.

Ponz, Antonio (1772-1794), *Viage de España, ó Cartas, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse que hay en ella*, 18 volúmenes, Madrid: Imprenta de Joaquín Ibarra.

Rincón Lazcano, José (3 de junio de 1928), «La reina, su carroza y unos esquiladores» (Estampas Españolas), *Blanco y Negro*, n. 1933, pp. 51-52.

Ruiz Hernando, José Antonio y Callejo Delgado, María Jesús (1988), «Las fábricas de vidrio de la Granja. Estudio arquitectónico», en *Vidrio de La Granja: Real Fábrica de Cristales de La Granja de San Ildefonso*, Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, pp. 33-55.

Sancho, José Luis (2016), «Carlos III "de monte en monte". Cinco poblaciones para una corte cosmopolita», en José Luis Sancho y Javier Ortega Vidal (coords.), *Una Corte para el Rey: Carlos III y los Sitios Reales*, Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General de Patrimonio Cultural, pp. 84-187.

Urrea Fernández, Jesús (1989), *Carlos III en Italia, 1731-1759. Itinerario italiano de un monarca español*, Madrid: Museo Nacional del Prado.

Varas Teleña, Noé (2016), «Calendario de las jornadas a los Sitios Reales en el reinado de Carlos III», en José Luis Sancho y Javier Ortega Vidal (coords.), *Una Corte para el Rey: Carlos III y los Sitios Reales*, Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General de Patrimonio Cultural, pp. 264-265.

## Abreviaturas

ADS Archivo Diocesano de Segovia
AGP Archivo General de Palacio
AGS Archivo General de Simancas
AHN Archivo Histórico Nacional
AHPS Archivo Histórico de Protocolos de Segovia
AHPM Archivo Histórico de Protocolos de Madrid
RABASF Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425389420

# JOSÉ BERATÓN (1746-1796): NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE UN PINTOR DE CÁMARA[1]

## *José Beratón (1746-1796): Biographical News of a Chamber Painter*

Jesús LÓPEZ ORTEGA
Universidad Complutense de Madrid
jesuslopezortega@hotmail.com

Fecha de recepción: 13/09/2023
Fecha de aceptación: 09/06/2024

RESUMEN: Este trabajo viene a recoger más de cuarenta documentos inéditos relativos a la vida del pintor José Beratón y su familia en Madrid. En ellos se dan noticias concernientes a su mujer, Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada; la llegada del aragonés a la Corte; los domicilios donde habitó; el nacimiento de sus dos hijos; su testamento; la fecha de su muerte; la prestamera concedida por el rey a su hijo Manuel en Víllora (Cuenca),y de algunos de los bienes que poseyó en vida.

*Palabras clave*: pintor; siglo XVIII; José Beratón; Manuela Sánchez de Ahumada.

ABSTRACT: This study collects more than forty unpublished documents related to the life of the painter José Beratón and his family in Madrid. They give news of the arrival of the Aragonese to the Court, the addresses where he lived, his wife (Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada), the birth of his two children, his will, the

1. Esta investigación se ha realizado en el seno del proyecto de investigación PGC2018-094432-B-I00 *El artista en el ámbito académico madrileño (1759-1833): su formación, producción artística y clientela* (MCI/AEI/FEDER, UE), del Grupo de Investigación UCM 970866 «Patrimonio cultural y sociología artística. Artífices, obras y clientes en los territorios de la Monarquía hispánica (1516-1898)», del que el autor de este artículo forma parte.

date of his death, the loan granted by the King to his son Manuel in Víllora (Cuenca) and some of the assets he owned while he was alive.

*Key words*: Painter; Eighteenth century; José Beratón; Manuela Sánchez de Ahumada.

José Beratón pertenece a esa extensa nómina de pintores españoles de la segunda mitad del siglo XVIII olvidados por la historiografía, y eso a pesar de que se ha dedicado algún que otro estudio en conjunto a su figura. En los manuales de carácter general, es recordado únicamente como paisano y condiscípulo de Francisco de Goya en Zaragoza, aun cuando ostentó, al igual que éste, el título de pintor de cámara. Con la documentación recogida en este trabajo, ven la luz una serie de noticias inéditas del pintor y su familia en la Corte y se matizan otras que vienen a mejorar el conocimiento que se tiene de su semblanza.

Ceán Bermúdez fue el primero en referenciar al pintor, al dedicarle una voz de su *Diccionario*(1800, tomo I: 128-129).En ella, indicaba el año de su nacimiento en Zaragoza, rectificado después por Zapater y Gómez (1863: 29), así como el de su fallecimiento en Madrid; su formación en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde logró un premio de segunda clase, y las obras que ejecutó para el Oratorio del Caballero de Gracia en Madrid y para la parroquia de la villa de Pedrola en Zaragoza. Tanto Zapater y Gómez como Ossorio y Bernard (1890: 75-79) incidieron en su faceta como ilustrador de composiciones grabadas y habría que esperar a las aportaciones de Sánchez Cantón para tener noticias de su suerte como pintor de cámara, al dar a conocer pasajes de su expediente personal conservado en Palacio, donde rescataba la figura de su esposa y de una serie de cuadros que realizó para la catedral de Segovia al final de sus días (1916: 211). Estas breves papeletas sirvieron a Arturo Ansón Navarro para completar, años después, un primer trabajo monográfico sobre su vida y su obra (1986: 58-60), que desarrollaría posteriormente en su, hasta ahora, definitivo estudio sobre el pintor (2007: 75-79). La relación del aragonés con el infante don Gabriel de Borbón y Sajonia ha sido subrayada por Martínez Cuesta, en un artículo de célebre recorrido y en la publicación de su tesis doctoral (1991 y 2003), y más recientemente por Santiago Rubio Liniers (1999), en relación con los trabajos emprendidos por el arquitecto Juan de Villanueva para el Priorato de San Juan de Jerusalén en La Mancha; por Enrique Herrera Maldonado (2012), al dar noticia de los cuadros de altar del cuerpo de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de la villa de Villafranca de los Caballeros (Toledo), y por Jesús López Ortega (2023), con documentación inédita sobre los cuadros ejecutados para el testero de la iglesia parroquial de San Juan de la villa de Consuegra en Toledo. En otro orden de cosas, se deben destacar también las aportaciones que, sobre algunos aspectos de su arte, han ido desenterrando Juan Carrete Parrondo, en cuanto a sus diseños para grabar (*Calcografía Nacional*, 2004, tomo 1); Carlos Montes Serrano (1993) y Graciliano Roscales Olea

(1994), respecto a los cuadros que ejecutó para el Oratorio del Caballero de Gracia en Madrid, o Enrique Pardo Canalís (1979), en relación a una serie de copias de Anton Rapahel Mengs que el pintor llevó a cabo para el ministro de Estado Manuel Godoy.

## 1. Su traslado a la Corte

Por Juan Agustín Ceán Bermúdez (1800, tomo I: 128) se sabe que el pintor José Beratón[2] se formó en su Zaragoza natal con José Luzán Martínez, para pasar después a Madrid, donde completó sus estudios junto a su paisano Francisco Bayeu. Arturo Ansón Navarro (2007: 86) fijó este traslado a finales del verano o comienzos del otoño de 1764, al confesar el propio pintor en 1768 y en 1769 llevar estudiando en la Academia de San Fernando tres y cuatro años respectivamente. Esta fecha se debe de adelantar dos años, pues como dejó constancia, a comienzos de diciembre de 1776, fray Melchor de Astudillo, teniente cura de la parroquia de San Martín de Madrid, José Beratón había sido parroquiano suyo durante «treze años» (documento 7). Es decir, que se encontraba ya en Madrid en febrero de 1763[3]. No obstante, en los mismos autos, el propio Beratón confesó llevar viviendo en la Corte «ha catorze años» (documento 4), lo que concretaría su presencia en Madrid en el verano o el otoño de 1762, antecediendo varios meses el asentamiento definitivo de Bayeu en la Corte.

Así pues, es imposible apoyar ya la idea de que a su llegada a la Corte pasase a vivir en el número 7 de la calle del Reloj, donde Francisco Bayeu establecería su residencia y hubo de abrir un importante estudio (Ansón Navarro, 2007: 86). En realidad, durante los años que siguieron a su asentamiento en la Corte, Beratón arrendó una serie de cuartos pertenecientes a la feligresía de San Martín: la «casa de Castañeda» situada en la calle del Limoncillo (actual Limón), el número 29 de la calle de la Puebla a la del Río, el número 1 de la calle de la Flor Baja y el número 8 de la calle de los Reyes (documentos 4 y 7); todos ellos muy próximos a la casa-taller de Francisco Bayeu.

2. Ya en su día, Arturo Ansón Navarro dio noticia del hallazgo, en el archivo parroquial de la iglesia metropolitana del Pilar de Zaragoza, del acta de bautismo de un tal Juan José Beratón Martín, fechada el 8 de febrero de 1746, que supuso que fuese la que correspondía al pintor (1986: 58), dándola ya como segura años después, en una exposición dedicada al pintor Francisco Bayeu y sus discípulos (2007: 75). Este documento se viene a confirmar ahora, pues, en 1776, el propio pintor presentaría una copia de la citada acta como requerimiento indispensable para poder contraer matrimonio con Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada (documento 2).

3. Las matrículas parroquiales de cumplimiento pascual se redactaban entre febrero y junio del año en curso.

## 2. Manuela Sánchez de Ahumada

Es sabido que José Beratón contrajo matrimonio con Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada (Sánchez Cantón, 1916: 211), de quien ahora se van a aportar una serie de noticias. Nacida en Madrid, el 18 de junio de 1745, era hija del madrileño Juan Francisco Sánchez de Ahumada y de su segunda mujer Manuela López del Moral, oriunda de la villa de Herencia, perteneciente al priorato de Uclés (Ciudad Real). Fue bautizada al día siguiente en la parroquia de San Ginés, ya que sus padres habían arrendado las casas que Juan Gómez Baraona poseía en la calle de las Hileras de Madrid (documento 1).

Su padre, Juan Francisco Sánchez de Ahumada, era hijo de Juan, ayuda de la cava de la reina Isabel de Farnesio, y de Ángela Rodríguez Ramírez, cuyas raíces, al parecer hidalgas, se hundían en la villa de Cebolla (Toledo) y en la ciudad de Soria respectivamente[4]. Al igual que su padre, fue criado de la reina madre, pues fue bujier (o busier) y potajier de Isabel de Farnesio[5]. Tuvo un hermano, Nicolás Ambrosio, quien debió de fallecer entre 1713 y 1719, ya que su nombre no figuraba el 13 de abril de este último año, cuando Juan Sánchez Ahumada otorgaba, en virtud de un poder conjunto redactado años antes, el testamento de su difunta esposa, fallecida el 5 de abril de 1719[6]. Poco después, Juan Sánchez suscribiría uno nuevo para testar a favor de su hijo Juan Francisco, a quien nombraba heredero universal de todos sus bienes[7].

El 13 de abril de 1721 Juan Francisco contrajo primeras nupcias en Pinto (Madrid) con María Melchora Alguacil Ramos, natural de la citada villa e hija de Diego Alguacil Ramos y de Leonarda de Toro Romano Pantoja[8], con quien, que se sepa, tuvo dos hijos: José y María Leocadia. El primero falleció en fecha desconocida, aunque antes de 1735[9], mientras que de María Leocadia se sabe que contrajo

4. El 10 de mayo de 1726, Juan Francisco Sánchez de Ahumada, «criado de la reina nuestra señora en su real salsería», entregaba un poder a Francisco Martínez de Santaolalla, vecino de la ciudad de Ávila, para que en su nombre solicitase a Francisco Sánchez Gonzalo, vecino también de Ávila, «la carta executoria de hijodalgo de dicho apellido Sánchez que ha recaído en el susodicho por mis antepasados que gozaron de dicho previlegio [sic] en la villa de Zebolla, de donde soi originario y natural y de cuyo tronco desciendo […]» (AHPM, prot. 14.111, f. 519).

5. Según el *Diccionario de Autoridades*, el bujier o busier es un término que deriva de la «bugía», como jefe de la bujiería, la pieza de la casa real donde se guardaban y distribuían los combustibles (*Diccionario de la Lengua Castellana*, 1780: 162). Mientras que, en 1726, ya se definía al potajier como «el xefe de la potagería de las Casas Reales. Es voz de Francia, introducida en España con la entrada de la Casa de Borgoña»; esto es, relativo a la potajería: «la oficina en que se guardan y distribuyen las semillas o potages» (*Diccionario de la Lengua Castellana*, 1726-1739, tomo V: 341).

6. AHPM, prot.14.110, ff. 151-157.

7. AHPM, prot.14.110, f. 158.

8. AHPM, prot. 14.110, ff. 360-364.

9. A José se le cita tanto en el testamento de María Melchora Alguacil Ramos, otorgado por Juan Francisco Sánchez de Ahumada el 3 de enero de 1724, como en el poder conjunto que redactó seis días después junto a su suegra, Leonarda de Toro; no así en la carta de pago y recibo de dote otorgada el

matrimonio en dos ocasiones: con José Lorenzo Álvarez Carmona, abogado de los reales Consejos y agente fiscal de la dirección del Tabaco, y con Santiago Suárez del Castillo, teniente de caballería del regimiento del príncipe. El 12 de diciembre de 1723 fallecía María Melchora, motivo por el cual Juan Francisco otorgó tanto el testamento de su difunta esposa, en función de lo acordado por ambos cónyuges el 10 de febrero de 1722, como un poder para testar conjunto con Leonarda de Toro Romano Pantoja, por estar «en compañía» de su yerno en Madrid[10].

A comienzos de 1735 Juan Francisco volvería a contraer matrimonio con la madre de Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada, Manuela López del Moral, hija de Francisco López del Moral y Ángela Fernández, ya que el 25 de marzo de aquel año el busier de la reina redactó la carta de pago y recibo de dote de los bienes trasladados por la citada Manuela al matrimonio, «respecto de que me hallo con una hija lexítima y de la dicha doña María Melchora Alguacil de Ramos»[11]. Además de Manuela Marcelina, el matrimonio hubo de tener dos hijos más: Juliana, fallecida «en la edad pupilar antes y primero que la dicha doña Manuela su madre», y Juan de la Mata, nacido el 8 de febrero de 1743.

La propia Manuela López del Moral fallecería en Madrid el 23 de julio de 1746bajo la disposición de un poder que para testar redactaron tanto ella como su marido el 6 de octubre de 1735 y que el propio Juan Francisco otorgó el 29 de agosto de aquel mismo año. En él nombraba como herederos universales de todos sus bienes a sus hijos Juan de la Mata y Manuela Marcelina[12].

No tardaría mucho Juan Francisco en reunirse con su difunta esposa, pues murió en Madrid el 6 de junio de 1754. Adjunto a su testamento, redactado el 9 de septiembre de 1746, Juan Francisco habría de suscribir una memoria escrita de su mano, fechada el 20 de junio de 1753, en la que relataba sus últimas disposiciones[13]. Aparte de varios arreglos económicos, nombraba como tutor y curador *ad bona* de sus dos hijos menores a Francisco Solera, miembro del Consejo del rey en su real Hacienda y secretario y único poderhabiente general del infante don Felipe para el gobierno universal de sus rentas y estados en España[14]. Sin embargo, no habría de pasar un año desde su nombramiento cuando Solera presentara la dejación absoluta de la curaduría en razón a su puesto de apoderado del citado infante «y la de tener [tanto Juan de la Mata como Manuela] parientes muy inmediatos en quienes conforme a derecho puede recaer el enunciado ofizio». El alcalde de casa y corte y teniente corregidor de Madrid Juan Gayón abriría entonces un auto por el cual se nombraría curador *ad litem* de los dos menores

25 de marzo de 1735 por Juan Francisco a favor de Manuela López del Moral; lo cual implica que para aquella fecha José había fallecido (AHPM, prot. 14.111, ff. 187 y 193, y prot. 14.114, f. 410).

10. AHPM, prot. 14.110, ff. 462 y 463; y prot. 14.111, ff. 186, 187, 192 y 193.
11. AHPM, prot. 14.114, ff. 409, 410 y 414-421; y prot. 16.342, ff. 245 y 246.
12. AHPM, prot. 14.114, f. 521.
13. AHPM, prot. 16.447, ff. 254-260; y prot. 17.483, ff. 423 y 424.
14. AHPM, prot. 16.447, ff. 261-264.

a Antonio Rama Palomino, procurador del número de la villa de Madrid. Por las diligencias llevadas a cabo por este último, se sabe que los menores estaban al cuidado de su cuñado Santiago Suárez del Castillo, marido de su hermana María Leocadia Sánchez de Ahumada, «quien desde luego se los llevó a su casa y los ha estado y está manteniendo, educando y enseñando», y a quien, a comienzos de diciembre de 1754, proponían como curador *ad bona*. Los gastos causados tanto en el sustento como en la educación de Manuela y Juan de la Mata, «poniendo a la una en el colejio que llaman de Leganés y al otro en la casa de un preceptor», fue el detonante para que, al año siguiente, el propio Santiago Suárez abriese las diligencias oportunas destinadas a la ejecución de la partición e hijuelas de los bienes contenidos en el testamento y en la memoria escrita de Juan Francisco Sánchez de Ahumada[15]. En la hijuela para Manuela, entre la legítima materna y paterna, gananciales adquiridos, el tercio del caudal común de la partición y el residuo líquido del quinto con que su padre la mejoró, le correspondieron 68.877 reales y 15 maravedís entre pinturas, objetos de madera, ropas, colchones, trastos de cocina, piezas de plata, diamantes y suplementos procedentes de los cargos que ostentaron en el real servicio de la reina madre su padre y su abuelo[16].

Como así había referido el citado Santiago Suárez del Castillo, Manuela cursó sus estudios de forma interina en el colegio de las Niñas de Leganés. Una vez concluidos, en 1759, pasó a vivir a la denominada casa de San Martín, situada en la plazuela de Lodones, perteneciente a la parroquial de los Santos Justo y Pastor[17], posiblemente el hogar donde habitaba su hermana María Leocadia[18].

A finales de 1762 Manuela se comprometía en matrimonio con un mozo de oficio del estado de damas de la reina madre Isabel de Farnesio de 42 años de edad, Domingo Antonio Rodríguez del Quintanal, natural de Bodé, en el concejo de Parres, perteneciente al obispado de Oviedo, con quien llegaría a contraer matrimonio el 15 de febrero de 1763 en la parroquia de los Santos Justo y Pastor de Madrid[19]. Como acto previo a su enlace, Domingo Rodríguez suscribió el recibo de la dote aportada por Manuela Sánchez al matrimonio. Según la escritura,

15. AHPM, prot.16.448, ff. 787-795.

16. AHPM, prot. 16.449, ff.1-114.

17. A comienzos de 1763 la propia Manuela confesaría «que es parroquiana de San Justo de quatro años a esta parte por vivir en la plazuelade Lodones, casa de San Martín, que antes lo ha sido de San Luis desde corta hedad, viviendo en el colegio de Niñas de Leganés […]» (AHDM, caja 4.325/47).

18. Según los documentos recogidos, Santiago Suárez del Castillo poseía una casa en la «calle Mayor y portal de Roperos», donde, al parecer, no habitaba, pues la tenía alquilada a un amigo de la familia, Francisco Antonio Rosete, mercader de géneros de Madrid (AHDM, caja 4.325/47). Un arrendamiento que el matrimonio hubo de dejar en manos de José Castro y Cuesta, secretario del rey y oficial de su contaduría del Real Hospedaje de Corte, en 1766, con motivo de «hacer ausencia de esta Corte para la ciudad de Oviedo a negocios que les precisa […]» y poder así cuidar, administrar y cobrar «las pensiones, sueldo y alquileres de las casas que les pertenece en esta Corte […]» (AHPM, prot. 17.726, ff. 274 y 275).

19. AHDM, ASJyPM, Libro de matrimonios 22, f. 195.

entre vestidos, ropa blanca y los bienes de la hijuela que le correspondieron tras el fallecimiento de su padre, su capital ascendía a los 110.182 reales. Sin embargo, tras haberse otorgado, se previno de ciertas cantidades que se habían puesto de aumento y se debían reducir de la carta: 8.748 reales en valor a un crédito que se debía, 2.390 reales del residuo de la almoneda de los bienes de Juan Francisco Sánchez de Ahumada, 608 reales satisfechos por el propio Domingo Rodríguez «a Ygnacio de la Goa y a Julia Gutiérrez, mozos de oficio que fueron de busier y portafier [sic], y les quedó debiendo su difunto padre […]» y 3.832 reales que Santiago Suárez del Castillo tuvo que pagar por varios gastos de la propia Manuela «en la partición a el contador, derechos del señor juez [de] oficio y curador *ad litem*». En total, la dote se estableció en los 93.604 reales líquidos, una cantidad nada despreciable a pesar del ajuste[20].

No obstante, «por varios motivos que en aquella ocasión ocurrieron» y que fueron causa de haberse acelerado el enlace, Domingo Rodríguez no redactó en ese momento la carta del capital de los bienes aportados al matrimonio, sólo una memoria firmada, en donde, con individualidad, se expresaba el capital aportado por cada uno de los contrayentes. Por este motivo, el 9 de marzo de 1763, el asturiano presentaba la debida declaración de bienes que ascendía a los 18.308 reales, una cuantía bastante inferior a la que había aportado su esposa al matrimonio[21].

El matrimonio se asentó en una casa situada en la calle de la Salud, perteneciente al distrito parroquial de San Martín, donde tuvieron dos hijos: María Gregoria, nacida 24 de abril de 1764 y que debió de morir poco después del alumbramiento, y Ramón Ceferino, nacido el 26 de agosto de 1765 y, por los datos que se tienen, fallecido también a edad temprana[22]. No acabaron aquí las desgracias para Manuela, pues, apenas transcurridos los seis años desde la celebración de su enlace, el 28 de diciembre de 1769, Domingo Rodríguez fallecería en su domicilio de la calle de la Manzana número 5, enterrándose de secreto en la iglesia de San Marcos de Madrid[23].

Algunos años antes, el 10 de marzo de 1763, ambos habían redactado un poder conjunto por el cual aquel de los dos que sobreviviese al otro ejecutaría, según las voluntades recogidas en el documento, el testamento del que falleciese primero. En la escritura nombraban herederos universales de todos sus bienes a los hijos que hubiese en el matrimonio y uno al otro en caso de no tenerlos, a excepción de «la hacienda raíz y vienes muebles» que le pertenecían a Domingo Rodríguez «por muerte de dichos mis padres y existen en el citado lugar de mi naturaleza, pues, esto es mi voluntad, los disfrute y herede doña Ana María Rodríguez, mi hermana, vecina del mismo lugar, atendiendo a la cortedad de ellos y

20. AHPM, prot. 17.726, ff. 38-42.
21. AHPM, prot.19.057, ff. 27-30.
22. AHDM, ASMM, Libro de bautismos 40, ff. 265-266 y 467-468.
23. AHDM, ASMM, Libro de difuntos 21, f. 347.

que a ésta la pueden servir de alguna utilidad para ayuda de su manutención y al contrario a la nominada mi mujer por la mucha distancia de esta Corte […]»[24]. Así, el 27 de abril de 1770, según lo recogido en el señalado poder, Manuela Sánchez de Ahumada redactaba el testamento de su difunto marido. Según declararía, a causa de la dilatada enfermedad de Domingo Rodríguez «y otros contratiempos ocurridos durante nuestro matrimonio, a havido un gran desfalco de mis bienes dotales, por cuia causa los que han quedado de ambos no sufragan ni con mucho para completar mi carta de dote […]»[25].

## 3. El matrimonio Beratón-Sánchez de Ahumada

No se sabe cuándo conoció José Beratón a Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada, ni se puede calibrar hasta qué punto la amistad que ambos profesaban con figuras como la del dorador del rey Manuel Sánchez Hurtado, que vivía en el número 20 de la calle de Majaderitos y conocía al «susodicho de onze años a esta parte y a la referida ha siete años […]» (documento 5), jugaron un papel en todo ello. Tal vez el simple hecho de que viviesen próximos el uno del otro, dentro de la misma feligresía, en las citadas calles de los Reyes y de la Manzana, fuese el desencadenante de su incipiente relación. Lo que sí parece seguro es que el pintor debió de tratar a Manuela cuando aún estaba casada con Domingo Rodríguez.

No obstante, desde que el pintor aragonés diese palabra de matrimonio a Manuela, a finales de 1773, hasta que se hiciese efectivo su enlace, transcurrirían cerca de tres años. Un trienio de espera que sólo se explica ateniéndose a la situación profesional de Beratón,y que, sin duda, los contrayentes pretendían llevar mucho más allá en el tiempo, pues, años después, la propia Manuela declararía que «por la celeridad y reservación pública con que se celebró dicho mi segundo matrimonio, no se otorgó por el referido don Juan Josef Beratón escritura de recivo de dote de las alhajas de diamantes, plata y otros bienes míos propios que aporté a su poder, ni otro ynstrumento alguno en orden a eso» (documento 15).

24. AHPM, prot. 19.057, ff. 31 y 32. Poco después,el propio Domingo Rodríguez cambiaría de opinión, posiblemente por el nacimiento de sus dos hijos, pues a comienzos de julio de 1769 redactó un poder especial a favor de José López, vecino de Bodé, para que en su nombre pudiese partir y dividir dicha herencia entre su hermana y él (AHPM, prot. 19.060, ff. 76 y 77). Tras la muerte de Domingo Rodríguez, el asunto seguiría coleando, ya que el 16 de enero de 1770 Manuela Sánchez de Ahumada otorgaba en nombre de su hijo Ramón Ceferino otro poder al citado Domingo Antonio Rosete, vecino del lugar de Tresmonte, perteneciente al concejo de Parres (Asturias), para que compareciese ante la justicia de Bodé y pidiese puntual inventario y tasación de los bienes correspondientes a Domingo Rodríguez o se nombrasen contadores para ello, en caso de no haberse divido todavía los bienes entre el citado Domingo y su hermana Ana María Rodríguez (AHPM, prot. 19.060, ff. 9 y 10).

25. AHPM, prot. 19.060, ff. 93-95. Para hacer efectiva la herencia de su hijo Ramón Ceferino, «el único que vive de otros que ha havido y tenido en dicho matrimonio […]», Manuela Sánchez de Ahumada confirió un poder a su hermano Juan de la Mata Sánchez de Ahumada para que, en nombre de su hijo, percibiese todos los bienes que le correspondiesen de su difunto padre (AHPM, prot. 19.060, ff. 144 y 145).

Alumno de la Academia de San Fernando desde 1764, José Beratón había conquistado el segundo premio de segunda clase de Pintura en los premios generales celebrados dos años después y, entre 1768 y 1771, varias ayudas de costa por sus trabajos en las aulas de la docta corporación, entre las cuales se han podido identificar dos de ellas en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Sevilla (figuras 1y 2)[26]. En 1775, se constata su participación en la ejecución, como ayudante del pintor madrileño José del Castillo, de los diseños para los tapices que debían decorar el gabinete de la princesa de Asturias en el Palacio real del Pardo. Unos méritos de poca estima que difícilmente podrían paliar las cargas de un matrimonio (Ansón Navarro, 2007: 76).

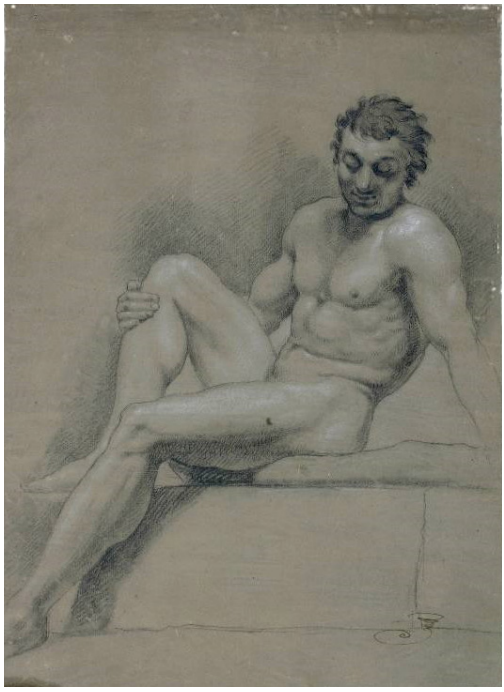


Figura 1. José Beratón, *Hombre desnudo recostado*, 1768/1771, n.º inv.101097, lápiz negro y clarión sobre papel verjurado preparado con aguadas de tonalidades pardas, 465 x 340 mm, Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Sevilla, Sevilla.

26. *Hombre desnudo recostado*, n.º inv. 101097, y *Hombre desnudo con la pierna cruzada*, n.º inv. 101241, 465 x 340 y 590 x 475 mm respectivamente, ambos a lápiz negro y clarión sobre papel verjurado preparado con aguadas de tonalidades pardas. El segundo contiene una serie de inscripciones: en el frente, abajo a la izquierda, «En 14 de En.º de 1771»; y en el reverso, «Beraton»; se trata pues del premio de primera clase de Pintura que el aragonés obtuvo por el mes de enero de 1771, traducido en 400 reales.

Para aquel entonces, Manuela había arrendado varios cuartos dentro del mismo distrito parroquial (en la calle de la Estrella número 6 y en la calle de la Salud casas de administración), antes de trasladarse, a finales de 1775, al número 19 de la calle de San Juan, casas de Ribera, pertenecientes al distrito parroquial de San Sebastián (documentos 3 y 9). Mientras que José Beratón, a finales de octubre de 1776, pasó a ser feligrés de la iglesia de San José, al ocupar un cuarto en el número 11 de la calle de las Infantas (documentos 4 y 8).



Figura 2. José Beratón, *Hombre desnudo con la pierna cruzada*, 1771, n.º inv. 101241, lápiz negro y clarión sobre papel verjurado preparado con aguadas de tonalidades pardas, 590 x 475 mm, Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Sevilla, Sevilla.

Tal vez la carta remitida por el pintor al licenciado Tomás Antonio Fuertes, teniente vicario de Madrid y su partido, el 10 de diciembre de 1776, pueda explicar, al menos en parte, la «celeridad y reservación pública» de su matrimonio, al decir de Manuela. En su escrito, José Beratón relataba que, por orden del infante don Gabriel, se hallaba en la necesidad de salir con la mayor brevedad posible de Madrid «a executar una obra de pintado» para la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de la villa de Tembleque (Toledo) y, por lo tanto, de contraer urgentemente matrimonio con la citada Manuela, pues de lo contario no se podría celebrar en mucho tiempo, «hasta que se restituya el suplicante a esta Corte de lo que

se le causarían graves perjuicios». Por este motivo, solicitaba que se les dispensase dos de las tres amonestaciones establecidas (documento 6).

Sin que se tenga una certeza absoluta de cómo el pintor entró en contacto con el infante, mucho tendría que haber pesado su compromiso matrimonial con Manuela, pues, como se ha señalado anteriormente, en sus últimas voluntades, Juan Francisco Sánchez de Ahumada había propuesto a Francisco Solera como tutor de su hija, quiena su vez hubo de ser nombrado por el propio Gabriel de Borbón y Sajonia, precisamente en 1776, administrador general de su hacienda (Mut Calafell y Peña García, 1985: 319).

En cualquier caso y condescendiendo con lo que solicitaba el pintor, se decretó que se les amonestase una sola vez y se enviase dicha amonestación al inquisidor ordinario y vicario de Madrid y su partido Francisco Javier Ruiz. Tras hacerse efectiva el día 15, sin impedimento alguno, se les dispensó la oportuna licencia para poder casarse en la iglesia de San Sebastián de Madrid[27].

El 17 de diciembre el teniente mayor doctor Juan Antonio Irusta desposaba a los contrayentes en la citaba parroquia ante los testigos Manuel Sánchez Hurtado, Francisco González y Antonio Ortega (documento 10).

Todo parece indicar que, tras su regreso a la Corte, José Beratón y su mujer se establecieron en la feligresía de los Santos Justo y Pastor, pues allí, en las casas del colegio de San Isidro, sitas en la calle del mismo nombre, nacería, el 21 de enero de 1778, su primer hijo, a quien se impuso por nombres Manuel José Inés María de Loreto (documento 11).

El 8 de mayo de 1783 José Beratón y Manuela Sánchez de Ahumada se presentarían en la escribanía de Manuel de Navas con la intención de redactar un poder recíproco, por el cual, aquel de los dos que sobreviviese al otro formase y ejecutase el testamento del que falleciese primero. Un documento-tipo que ya hubo de redactar la propia Manuela junto a su primer marido. En iguales circunstancias que aquél, en la escritura se especificaba que ciertas disposiciones, como el hábito con el cual sería amortajado el difunto; la iglesia y lugar de la sepultura donde se le habría de enterrar; el número de misas que se celebrasen por su alma, así como las iglesias y altares donde éstas se habrían de oficiar; las limosnas destinadas a ellas, a hospitales y santos lugares, y demás disposiciones, quedarían al arbitrio de su cónyuge. Del mismo modo, estarían a su cargo las mandas, disposiciones y advertencias acordadas previamente, que estarían contenidas en el testamento que el superviviente debía redactar cuando el otro falleciese. Se nombraban recíprocamente albaceas y testamentarios, señalando, del mismo modo, al bailío Miguel Cuber, secretario del infante don Gabriel; Alejo Rojo Tamariz, oficial de la Contaduría principal de la Real Renta de Lotería;a Miguel Perales, y al citado Manuel Sánchez Hurtado, a quienes encargaban que se cumpliesen las disposiciones del testamento que habría de redactar el otro. Para ello disponían

27. AHDM, caja 4.611/11.

de la venta de los bienes que dejase el difunto, en almoneda pública o fuera de ella, prorrogándose lo que fuese necesario el tiempo de su albaceazgo. Instituían como únicos y universales herederos del remanente de todos sus bienes a su hijo Manuel y a los demás hijos que hubiese en el matrimonio. En caso de que hubiesen fallecido todos sus hijos, se nombraban herederos el uno al otro, revocando cualquier instrumento, testamento, codicilo o disposición redactada previamente al presente poder (documento 12).

Para aquel entonces la familia del pintor se habría vuelto a mudar de domicilio, ya que el 6 de enero de 1784, día de la Epifanía, nacía su primera y única hija, María del Pilar Gaspara Melchora Baltasara Teresa Francisca de Paula, en las casas que Miguel de Oramendi poseía en la calle de la Concepción Jerónima. Dos días después era bautizada, con capilla y órgano, en la iglesia de Santa Cruz de Madrid (documento 13).

## 4. La muerte del pintor

Ya se sabía que José Beratón hubo de fallecer en 1796, a los 49 años de edad, aunque se desconocía la fecha exacta de tan fatídico hecho. Ahora se puede precisar que murió el 7 de enero en su casa de la calle de la Concepción Jerónima número 2, siendo enterrado al día siguiente en la parroquia de Santa Cruz (documento 14). A finales de aquel mismo mes y como así se había acordado en el citado poder redactado por el pintor y su mujer en 1783, Manuela Sánchez de Ahumada ejecutaba el testamento de su difunto marido ante el escribano real Francisco Gregorio Gómez y los testigos Vicente Lozano, Bernabé de Torres, Bernardo de la Casa y Juan José y Francisco de Pavía Gómez. En el documento, Manuela confesaba que se habían pagado los debidos derechos de entierro del artista a la parroquia de Santa Cruz (4 ducados), las misas celebradas por su alma (44 misas rezadas, 10 de ellas en la citada iglesia de Santa Cruz, entregándose por vía de limosna 4 reales por cada misa), la donación de 6 reales por una sola vez a los Santos Lugares de Jerusalén, Redención de Cautivos Cristianos y Hospital General y de la Pasión de Madrid, «distribuidos entre estas obras pías por terceras partes». Según fue deseo de su marido, asumía la tutoría y curaduría de sus dos hijos y les declaraba herederos del remanente de los bienes de su padre a partes iguales, además confirmaba el albaceazgo de los citados Miguel Cuber (que, en aquellos momentos, se encontraba fuera de Madrid), Alejo Rojo Tamariz, Miguel Perales y Manuel Sánchez Hurtado, prorrogándoles el año establecido de albaceazgo a lo que necesitasen (documento 15).

Diez días después y por los mismos cauces, la propia Manuela otorgaba su propio testamento. Era su voluntad que, una vez fallecida, fuese amortajada con el hábito de carmelita descalza y enterrada en la iglesia de Santa Cruz de Madrid. Mandaba que se celebrasen cincuenta misas rezadas por su alma, la cuarta parte en la citada parroquia de Santa Cruz, debiéndose pagar 4 reales por cada una. Al

igual que había señalado para su marido, entregaba, por vía de limosna, 6 reales, por una sola vez, a los Santos Lugares de Jerusalén, Redención de Cautivos Cristianos y Hospital General y de la Pasión de Madrid. Si en el momento de su muerte sus dos hijos aún no hubiesen alcanzado la mayoría de edad, instituía como tutor y curador de ellos a Alejo Rojo Tamariz, «por la entera satisfacción que tengo de su christiandad y acreditada conducta […]». Finalmente, nombraba como albaceas testamentarios a su hijo Manuel, al citado Alejo Rojo y a Manuel Sánchez de Hurtado y como herederos universales a sus dos hijos legítimos[28].

Manuela Sánchez de Ahumada viviría aún algunos años más que su marido, pues fallecería el 18 de junio de 1813, a los 68 años de edad, en su domicilio de la calle de los Remedios número 17, «no habiendo recibido sacramento alguno por su repentino accidente […]». Cuatro días antes había otorgado declaración de pobre ante el escribano Matías Elías López, donde nombraba herederos de los posibles bienes que tuviese a Manuel y María del Pilar Beratón[29]. Fue enterrada de misericordia en el cementerio extramuros de la Puerta de Toledo (documento 18).

## 5. La prestamera de Víllora (Cuenca)

Dos días después del fallecimiento de José Beratón, su mujer se dirigía al rey Carlos IV solicitando, en función del puesto de pintor de cámara de su difunto marido, «la viudedad que sea de vuestro real agrado» y una pensión en clase de dote para su hija, «así como la disfruta la hija de don Francisco Bayeu, sin perjuicio de la viudedad de su madre». Para Manuel no demandaba nada, pues, según afirmaba, el propio rey le había concedido «el corto beneficio de Víllora en el año pasado para auxilio en sus estudios […]»[30].

A través de esta conocida solicitud de Manuela Sánchez de Ahumada, se daba noticia de que el hijo mayor del pintor había comenzado a encauzar su carrera profesional hacia una vida religiosa. Precisamente, en octubre de ese mismo año, Manuel Beratón se presentaba como «clérigo de menores órdenes» y «poseedor de la prestamera de la iglesia parroquial de villa de Víllora […]». Con el fin de percibir y cobrar «los frutos y rentas de ella en maravedís, trigo, cevada y otros granos, semillas y expecies […]», el hijo del pintor hubo de conferir un poder, el 1 de junio de 1795, a Pedro Domínguez, «vecino de la villa de la Parrilla, para la administración y recaudación de las rentas de dicho beneficio prestamera […]»[31]. Un poderque Manuel revocó el 19 de octubre de 1797, cuando, en su lugar, nombrase a Juan

28. AHPM, prot. 20.753, ff. 26 y 27. En el documento se citan como testigos de protocolo a León Sanz Tenazas, Andrés Pujol, Bernardo de la Casa y a Juan José y Francisco de Pavía Gómez.

29. El documento ha desaparecido del protocolo.

30. Archivo General de Palacio, Personal, caja 117/34. Morales y Marín, 1991, doc.58: 62.

31. Tal vez se refiera a la localidad conquense de San Lorenzo de la Parrilla, situada a unos 100 kilómetros de Víllora.

de Dios Sánchez, administrador general de la real Lotería de la ciudad de Cuenca, «para que extrajudicial o judicialmente pida y tome cuentas al referido don Pedro Domínguez del tiempo que ha corrido con la percepción de las rentas del citado beneficio y haia y cobre de él las cantidades en que fuere alcanzado, precedido el examen y liquidación de ellas y su aprovación»[32]. Cargo del cual Juan de Dios fue cesado años más tarde, ocupando su puesto Miguel Cruz de Ortiza, oficial de rentas de la diócesis de Cuenca, que a su vez sería sustituido, el 18 de noviembre de 1805, por Cristóbal María de Torrecilla, vecino de la ciudad de Cuenca y oficial mayor de la Contaduría principal de aquella provincia, al habérsele concedido al anterior un nuevo empleo «en distinto pueblo al que mudar su domicilio […]»[33].

No fueron pocos los quebraderos de cabeza que sufrió Manuel con su beneficio eclesiástico. Al parecer Bartolomé Murciano, cura párroco de la localidad conquense, no satisfacía el pago «de los diezmos que pertenecen al otorgante como tal beneficiado de la citada villa de Víllora». Por este motivo, al poco de adquirir su prerrogativa, hubo de entablar pleito con el señalado párroco: primero ante el provisor y vicario eclesiástico de la diócesis de Cuenca, para lo cual otorgó un poder al ya señalado Juan de Dios Sánchez[34], y después ante el vicario general del arzobispado de Toledo en la ciudad de Alcalá de Henares, otorgando otro poder a Pedro Antonio González y a Juan Antonio Huerta, procuradores de los juzgados de la citada ciudad[35]. Y, «aunque la sentencia del dicho provisor de Cuenca a sido confirmada por la que a dado definitivamente el referido señor vicario general, el expresado don Bartholomé Murciano apeló a ella para ante el Tribunal de la Nunciatura o de la Rota de esta Corte […]», con lo que el litigio debió de continuar, aunque se desconoce, por el momento, el resultado final de la apelación[36]. No obstante, a través del pago de un crédito que en metálico concedió una tal María Agustina Céspedes, viuda de Martín de la Puerta, a Manuel el 25 de septiembre de 1820, se sabe que todavía disfrutaba de su beneficio eclesiástico, pues los 2.800 reales que se le habían prestado los habría de pagar de «los frutos y rentas de la prestamera que disfruta el señor compareciente en el obispado de Cuenca», primero a la citada María Agustina y después a su heredero y hermano José Céspedes.

32. AHPM, prot.20.753, f. 122.
33. AHPM, prot. 20.754, f. 97.
34. AHPM, prot. 20.753, f. 85.
35. AHPM, prot.20.754, f. 49.
36. AHPM, prot. 20.754, f. 89. Durante los autos por recurso de apelación, fallecería el procurador de la ciudad de Alcalá de Henares Juan Antonio Huerta, motivo por el cual Manuel Beratón hubo de otorgar, el 26 de abril y el 25 de octubre de 1806, sendos poderes a «Manuel Braulio de Huerta, hijo del enunciado difunto y procurador también de la propia vicaria general de Alcalá, para que continúe las diligencias necesarias en ella hasta que se verifique la revisión de los autos del citado pleito al dicho superior Tribunal de la Nunciatura o Rota de esta Corte o que se desplaze por desierta la apelación introducida por el nominado don Bartholomé Murziano, sobre lo qual presentará los pedimentos y escritos convenientes y hará y practicará las demás gestiones y diligencias judiciales que estimare […]» (AHPM, prot. 21.597, f. 596).

También se daba noticia de que, por aquel entonces,ejercía como sacristán mayor del convento de la Magdalena en Madrid[37].

## 6. Noticia de algunos bienes que poseyó en vida José Beratón

Es difícil poder precisar cuándo se inició el trato personal entre María del Pilar Beratón Sánchez de Ahumada y Narciso San Juan Beratón. Una relación que, con el tiempo, se vino a traducir en matrimonio, fraguado, tras un largo proceso administrativo, en 1807. Narciso era natural de Zaragoza e hijo de Francisco Antonio San Juan y Joaquina Beratón, hermana del pintor José Beratón[38]. Debido a su condición de primo hermano de María del Pilar, Narciso hubo de abrir trámites de dispensación en segundo grado de consanguinidad. Un impedimento que se vino a resolver en la ciudad de Alcalá de Henares, mediante bula papal, el 11 de octubre de aquel año. Tres días después y amonestados una sola vez, Narciso San Juan y María del Pilar Beratón contraían matrimonio y recibían las velaciones nupciales en la iglesia parroquial de Santa Cruz de Madrid, oficiando el sacramento el hijo del pintor y hermano de la contrayente, Manuel Beratón, «con licencia del señor doctor don Francisco Ygnacio Muñoz, cura propio de dicha iglesia […]» (documento 17).

Como acto previo a su enlace, el 13 de octubre, Manuela Sánchez de Ahumada ofrecía «dar a dicha doña María del Pilar, su hija, varios bienes para ayuda de sustentar la carga de dicho matrimonio, con tal que todos ellos constituyan el otorgante la carta de pago y recibo de dote correspondiente». Buena parte de estos bienes formaban parte de la herencia que correspondía a María del Pilar de su padre José Beratón.

Entre los enseres de ropa blanca, vestidos, menaje del hogar, muebles, objetos de oro y plata y joyas la carta ascendía a los 10.735 reales, a los que se habrían de añadir 1.650 reales de una prebenda «para ayuda de tomar estado de las memorias fundadas por doña María Josefa de los Arcos y Antilla […]» (documento 16).

Un análisis aparte merecen las pinturas que se incluyen entre las diferentes partidas. El total ascendía a ocho cuadros y es muy probable que todos ellos fuesen producto de los pinceles de José Beratón, pues entre las pinturas que le correspondieron a Manuela Sánchez de Ahumada en la hijuela de los bienes de su padre no existe ningún cuadro que se pueda identificar con las entradas

37. AHPM, prot. 23.375, ff. 107 y 108.

38. El 7 de mayo de 1805 Joaquina Beratón otorgaba en Madrid declaración de pobre. En el documento, declaraba ser natural de la ciudad de Zaragoza e hija de Pedro Beratón y Josefa Martín y viuda de Francisco San Juan y Jiménez. Nombraba como herederos universales de los posibles bienes que pudiese reunir a sus dos hijos, Narciso y Nolasca (AHPM, prot. 22.258, f. 681).

registradas en la carta de dote[39]. En ésta se incluyen una pintura con la imagen de la *Inmaculada Concepción* «de más de vara con marco dorado», valorada en 120 reales; dos cuadros con marcos dorados, representando en uno el *Nacimiento de Cristo* y en el otro una *Epifanía*, tasados en 250 reales; otras dos pinturas, con las imágenes del *Ángel de guarda* y *San Francisco de Asís*, con marcos dorados, valoradas en 340 reales; el busto enmarcado de *Cristo*, tasado en 40 reales,y, por último, «dos quadros con cristal y marcos dorados, en quarenta reales».

Dado el precio que alcanzan las obras es posible que se trate de bocetos de presentación o de copias. En la visita a la residencia de Manuel Godoy, a la sazón ministro de Estado, que, el 12 de noviembre de 1800, llegó a recoger en sus diarios el grabador extremeño Pedro González de Sepúlveda, éste señaló que el príncipe de la Paz atesoraba entre sus pertenencias «una copia del nacimiento de Mengs hecha por Beratón muy buena y acaso la mejor de los que han copiado asta ahora y, del mismo tamaño para compañero reducido, el de la Anunciación de Mengs»; afirmando más adelante que «en el oratorio ay otra copia del nacimiento de Mengs del oratorio del rey […]». Como así llegó a señalar Enrique Pardo Canalís (1979: 301, 306 y 307), es posible que estas dos últimas copias señaladas fuesen también productos de los pinceles del aragonés, aunque no lo indicase expresamente el grabador. Las reproducciones en cuestión se pueden poner en relación con las entradas en las que se registran un «Nacimiento de nuestro señor Jesu-Christo, y la otra de la Adoración de los santos Reyes». Si bien no se tienen noticias de la *Epifanía*, el cuadro del *Nacimiento de Cristo* se puede identificar con una copia de la *Adoración de los pastores* del bohemio conservada en la Cocoran Gallery of Art de Washington, destinada en origen al oratorio privado del rey en el Palacio real de Madrid (Sancho Gaspar, 1997: 521; Roettgen, 1999, n.º 23:55-56) (figura 3), o con la que se custodia en el Museo Nacional del Prado de Madrid, para la pieza de vestir del propio rey en Palacio (Roettgen, 1999, n.º 19: 49-51) (figura 4). Habría que recordar que, precisamente, José Beratón ejecutó en 1791 un diseño de esta última con destino a una estampa para la colección de la *Compañía para el grabado de los cuadros de los Reales Palacios*[40] (Figura 5).

39. «Primeramente se adxudica a la dicha doña Manuela una estampa en papel de Nuestra Señora de el Pilar con dos vidrios hordinarios marco de color y negro de tercia de alto en dos reales de vellón… 002./ Una pintura en tabla de Nuestra Señora de la Concepción de tercia de alto y quarta de ancho con marco negro en doce reales… 012./ Tres pinturas de siete que ban puestas por cuerpo de hacienda residuo de las once que en la partida se incluyeron en el ymbentario estimadas a seis reales cada una y prebinieron ser tan antiguas y maltratadas que sólo la una se conocía ser Nuestra Señora de Belén y al respecto dicho importan las que aquí se aplican diez y ocho reales… 018./ Otra de dos varas menos quarta de largo con las dos trinidades y marco negro en sesenta reales… 060» (AHPM, prot. 16.449, ff. 78 y 79).

40. En la zona inferior, se registran las siguientes inscripciones, de izquierda a derecha: «Eq. Ant. Raphael Mengs pinxit; Joseph Beratón delin; Raphael Morghen sculp. Roma»; más abajo: «Esta tabla del Nacimiento, que pintó en Roma el Caballero Mengs, y está en el Real Palacio de Madrid, tiene de alto ocho/ pies de rey y seis de ancho» (*Calcografía Nacional*, 2004, tomo 1: 221).



Figura 3. Anton Raphael Mengs, *Adoración de los pastores*, 1764/1765, n.º 2014.136.114, óleo sobre lienzo, 264,2 x 152,4 cm, Cocoran Gallery of Art, Washington.

Otra de esas copias del bohemio que, en 1792, Pedro de Sepúlveda pudo contemplar de Beratónen el palacio de Godoy fue una *Inmaculada Concepción*, perteneciente a los Cinco Gremios Mayores de Madrid, conocida actualmente por copias (Jordán de Urríes y de la Colina, 2000: 79), y que, para Arturo Ansón Navarro, podría tratarse del ejemplar que apareció en la Sala Retiro Subastas de Madrid en 2002 (óleo sobre lienzo, 183 x 132 cm. Ansón Navarro, 2007: 86). No obstante, por sus medidas, no parece que pueda encajar con la que se registra en el documento. Es probable que ésta venga a identificarse con un boceto del cuadro destinado a la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de la villa de

Villafranca de los Caballeros (Toledo), que hubo de ejecutar por orden del infante don Gabriel. Tanto más por cuanto en la citada carta se inscriben tanto un *Ángel de la guarda* como un *San Francisco de Asís*, completando así el conjunto que el aragonés pintó, entre 1790 y 1791, para la señalada parroquia del Priorato, hoy en día en paradero desconocido (Avendaño Pozo, 1993; Rubio Liniers, 1999: 123; Herrera Maldonado, 2012: 280).

Más problemas plantean tanto «la cabeza de nuestro redenptor Jesu christo […]» como los dos cuadros enmarcados con cristales, pues, por el momento, no es posible relacionarlos con obra alguna de José Beratón.



Figura 4. Anton Raphael Mengs, *Adoración de los pastores*, 1770, P2204, óleo sobre tabla de roble, 256 x 190 cm, Museo Nacional del Prado, Madrid.




Figura 5. Raffaello Morghen, *La Adoración de los pastores*, según dibujo de José Beratón sobre el original de Anton Raphael Mengs, h. 1791, R2724, talla dulce, aguafuerte y buril sobre plancha de cobre, 615 x 414 mm, Calcografía Nacional, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.

## Apéndice documental

Documento 1. *Acta de bautismo de Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada, mujer de José Beratón*, Madrid, 19-6-1745 (Archivo parroquial de San Ginés de Madrid, Libro de bautismos 37, f. 239; AHDM, caja 4.325/47).

> Partida. En la villa de Madrid à diez y nueve días del mes de Junio año de mil setecientos quarenta y cinco, en la Yglesia Parrquial de S.n Gines Yo D.n Santiago de Paredes Gato, theniente Cura de dha Parroquia y S.n Luis su anexo, Baptize à Manuela, Marcelina, hija de D.n Juan Sanchez Aumada, Natural de Madrid, y de D.a Manuela Lopez del Moral su lexitima Muger, Natural de la villa de Herencia, Priorato de Ucles, viven Calle de las Yleras, Casas de D.n Juan Gomez Baraona, que dixeronaver nacido en diez y ocho, de dho mes y año fue su Padrino el Hermano Eugenio de S.n Joseph Donado de S.n Gil a quien adverti el Parentesco espiritual y lo firme= D.n Santiago de Paredes Gato=.

Documento 2. *Acta de bautismo de José Beratón*, Zaragoza, 8-2-1746 (AHDM, caja 4.611/11, según lo recogido en el Archivo parroquial de la iglesia del Pilar de Zaragoza, Libro de bautismos 6, f. 118).

> A ochò de Febrero de mil setecientos y quarenta y seis, yo Mossen Joseph Peynado Regente del Pilar bautize en dicha Yglesia un niño de esta Parroquia, hijo de Pedro Beraton, y de Maria Martin, naturales de Zaragoza Conyuges, Vecinos de esta Parroquia y Parroquianos de ella; llamose Juan Joseph Ronualdo, fue madrina Maria Martin a quien adverti el parentesco espiritual: Liz.do Juan Chrisostomo MontestruqueVic.o del Pilar=.

Documento 3. *Declaración otorgada por Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada en los autos de soltería previos a su enlace matrimonial con José Beratón*, Madrid, 9-12-1776 (AHDM, caja 4.611/11).

> La Contray.te. En la Villa de Madrid à Nuebe de Diz.e de mil setez.s setenta y seis Yo el Not.o recivi Juram.to por Dios nroS.r y a una cruz conforme a dro de l que espreso ser la Contray.te y hav.do jurado como se requiere ofreciendo decir verdad preg.da= dijo se llama D.a Manuela Sanchez de Haumada, que es nral de esta Villa, Viuda de D.n Domingo Rodrig.z con el que estubo casada y haciendo vida maridable hasta que ha siete años fallecio en esta Corte que le vio Difunto que esta enterrado en la Yg.a de S.n Marcos, que es Parroq.na de San Sev.an de un año a esta parte por vivir en la calle de S.n Juan casa numero diez y nuebe que lo demas de su vida lo ha sido de S.n Martin por haver vivido en la calle de la Salud casa de Adm.n […].

Documento 4. *Declaración otorgada por José Beratónen los autos de soltería previos a su enlace matrimonial con Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada*, Madrid, 9-12-1776 (AHDM, caja 4.611/11).

> El Contray.te. En la Villa de Madrid a nueve de Diz.e de mil Setez.s setenta y seis Yo el Not.o recivi Juram.to por dios nroS.r y a una Cruz conforme a dro del que espresò ser el Contray.te y hav.do jurado como se requiere ofreciendo decir verdad preg.do= Dijo se llama d.n Josef Beraton, que es nral de la Ciudad de Zaragoza, hijo de

Pedro Beraton, Difunto, y de Josefa Martin, que ha catorze años reside en esta Corte siendo Parroq.no de San Josef de mes y medio a esta parte por vivir en la Calle de las Ynfantas casa numero onze que el restante tiempo lo ha sido de San Martin por haver vivido en la Calle de los Reyes casa numero nuebe que lo demas de su vida ha residido en dha ciudad su nral siendo Parroq.no de NraSra del Pilar […].

Documento 5. *Información aportada por Manuel Sánchez de Hurtado en los autos de soltería de José Beratón y Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada*, Madrid, 9-12-1776 (AHDM, caja 4.611/11).

Ynformacion. En la villa de Madrid a nueve de Diz.e de mil Setez.s setenta y seis de presentaz.n de los Contray.tes y para inform.n de su libertad Yo el Not.o recivi Juram.to por Dios nroS.r y a una Cruz conforme a dro del que espresò llamarse Manuel Sanchez Hurtado ser Dorador del rey y vivir en la calle de Majaderitos casa de numero veinte y hav.do jurado como se requiere ofreciendo decir verdad preg.do= dijo que à D.n Josef Beraton, y a d.a Manuela Shz Haumada contray.tes que le presentan los conoce trata y comunica en esta Corte a el susodho de onze años a esta parte y a la referida ha siete años con el motivo de amistad que la ha conocido casada y hacer vida maridable con D.n Domingo Rodriguez hasta que ha siete años fallecio en esta Corte que le vio difunto […].

Documento 6. *Carta de José Beratón a Tomás Antonio Fuertes, teniente vicario de Madrid y su partido*, Madrid, 10-12-1776 (AHDM, caja 4.611/11).

Señor. Don Josef Beraton Pintor honorario de el Ser.mo Ynfante D.n Gabriel Con el devido respeto hace presente à V.S. Que esta proximo à ausentarse a la Villa de Tembleque a executar una obra de Pintado q.e a espensas de su Alteza como gran Prior se ha de hacer en la Yg.a Parroq.l de aquel Pueblo, y se persuade q.e a mas tardar se le dè la orden la semana proxima, y en este Caso se halla en la necesidad de marchar sin falta alguna, con cuio motibo si antes no efectua su Matrim.o con D.a Manuela Shz Aumada con q.n para ello ha practicado las primeras dilig.s en este Tribunal, no le podran celebrar en mucho tiempo y hasta q.e se restituya el Sup.te a esta Corte de lo que se le causarian graves perjuicios, y gastos, y para su remedio deseando salir de este cuidado. Supp.ca a V.S. rendidam.te se digne dispensarle dos amonestaz.s q.e si para acreditar sus libertades necesitare algun requisito ù otro particular esta prompto a executarlo, cuia gracia espera de la justi.n de V.S. Madrid y Dic.re 10 de 1776. Josef Beraton [rubricado].

Documento 7. *Certificación del teniente cura de la parroquia de San Martín de Madrid, Manuel Astudillo, sobre las libertades de José Beratón y Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada*, Madrid, 16-12-1776 (AHDM, caja 4.611/11).

[…] El Contray.te ha sido mi feligrestreze años, y ha mes y medio que falta de esta Parroq.a vivioC.e del Limonzillo, casa de Castañeda, en la de la Puebla a la del Rio, n.o veinte y nuebe, flor baja, n.o uno, y calle de los Reyes, n.o ocho; assi mesmo lo fue la Contray.te desde antes y despues de su viudedad hasta de un año a esta parte que lo dejo de ser, vivio Calle de la Manzana, Casa n.o cinco, y c.e de la Estrella, n.o seis […].

Documento 8. *Certificación del teniente cura de la parroquia de San José de Madrid, el licenciado Íscar González, sobre las libertades de José Beratón y Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada*, Madrid, 16-12-1776 (AHDM, caja 4.611/11).

> […] El contrayente es y ha siso mi feligres de mes y m.º a esta parte, viviendo calle de las Ynfantas, cassa n.º 11 […].

Documento 9. *Certificación del teniente cura de la parroquia de San Sebastián de Madrid, José Martínez Astudillo, sobre las libertades de José Beratón y Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada*, Madrid, 16-12-1776 (AHDM, caja 4.611/11).

> […] la Contray.te es mi Parroquiana, desde febrero de este de la fecha, hasta el pres.te viviendo Calle de S.n Juan, Casa de Rivera […].

Documento 10. *Acta de matrimonio de José Beratón y Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada*, Madrid, 17-12-1776 (Archivo parroquial de la iglesia de San Sebastián de Madrid, Libro de matrimonios 28, f. 82).

> d.n Juan Josef Varaton con D.a Manuela Sanchez de Aumada. C.e de S.n Juan casa de Adm.on, n.º 19 Yg.a. En diez y siete de Diciembre de mil Setecientos setenta y seis años con mandam.to del Señor Liz.do d.n Fran.co Jabier Ruiz Ynquisidor ordinario y Vicario de esta villa de Madrid y su Partido ante Nicolas de la Fuente Notario su fha diez y seis de dho mes y año haviendo precedido una amonestacion y dispensando las dos de las tres que el Santo Concilio manda y no resultando impedim.to alguno Yo el d.r d.n Juan Antonio de Yrusta theniente maior de la Yg.a Parroquial de S.nSebastian de esta Corte, despues de haverlos examinado y allandolos capaces en la doctrina Christiana Despose por palabras de presente que hacen verdadero y legitimo matrimonio teniendo mutuo consentim.to à D.n Juan Josef Baratonnral de la ciudad de Zaragoza hijo de Pedro y de Josefa Mrn, con d.a Manuela Sanchez Aumada nral de esta corte Viuda de d.n Domingo Rodriguez fueron testigos d.n Manuel Sanchez Urtado, Fran.co Gonz y Antonio Ortega, y lo firme D.r d.n Juan Ant.o de Yrusta [rubricado].

Documento 11. *Acta de bautismo de Manuel Beratón, hijo de José Beratón*, Madrid, 21-1-1778 (AHDM, ASJyPM, Libro de bautismos 41, f. 94).

> Man.l Josef Ynes Maria hijo de d.n Josef Beraton. Cap.o. En la Villa de Mad.d en veinte y uno de Henero de mil setez.tos setenta y ocho Yo d.n Juan de Rueda th.e Cura de esta Yg.a Parroq.l de S.n Justo y Pastor de dha Villa Bautice puse oleo y Chrisme a un niño a quien puse p.r nreMan.l Josef Ynes Maria de Loreto, que nacio en dhodia, hijo de d.n Josef Beratonn.l de la Ciudad de Zaragoza, y de d.aMan.la Sanchez Aumada, su Mugern.l de Madrid, Calle de S.n Ysidro casas del Colegio, fue su Madrina d.a Bernarda Garcia a quien adverti el parentesco espiritual y la obligacion de enseñarle la Doctrina Christiana y lo firme= d.n Juan de Rueda [rubricado].

Documento 12. *Poder conjunto para testar otorgado por José Beratón a su mujer Manuela Marcelina Sánchez Ahumada*, Madrid, 8 de mayo de 1783 (AHPM, prot. 20.753, ff. 13-16).

> Poder para testar de D.n Juan Josef Beraton, Pintor del Sermo Señor Ynf.te D.n Gabriel, y D.a Manuela Sanchez de Aumada, vecinos de esta Corte. Otorgado En 8 de Mayo de 1783. Ante Manuel de Navas, escrivano del Rey nroS.or y de los del colegio de esta Corte.

Yn dey Nomine Amen: Sepase como nos d.ⁿ Juan Josef Beraton Pintor del serenisimo señor Ynfanted.ⁿ Gabriel, natural de la Ciudad de Zaragoza, hijo de lexitimo matrimonio de D.ⁿ Pedro Beraton, y D.ª Josefa Martin, yà Difuntos, vecinos que fueron de la referida ciudad, y D.ª Manuela Sanchez de Aumada, natural de èsta Corte, y villa de Madrid; hija de igual lexitimo matrimonio de D.ⁿ Juan Fran.ᶜᵒ Sanchez de Aumada; y de D.ª Manuela Lopez del Moràl, tambien difuntos, natural esta de Herencia, y el òtro de la yàdha de Madrid, ambos marido, y muger, de un acuerdo y conformidad, hallandonos en nuestro sano; y caval juicio, memoria, y entendimiento natural, pues conocimos lo que vemos, y adbertimos lo que mas dicen creyendo como firme, y verdaderamente confesamos el alto, e incomprehensible misterio de la santisima Trinidad, Padre, hijo y Espiritu santo, tres diferentes Personas, y un solo Dios verdadero, y en todos los demas misterios que nos enseña nuestra Santa madre Yglesia Catholica, apostolica Romana, vajo de cuya soberana proteccion hemos vivido, y protestamos morir como sus Catholicos hijos; Y deseando estar prevenidos para quando llegue el trance de nuestra muerte: Decimos Que todas las cosas conducentes a nuestra ultima, y determinada voluntad, nos las tenemos Comunicadas, y para que se executen, otorgamos en la via, y forma que mas haya lugár, que reciprocamente nos dimos Poder cumplido, el que de derecho se requiera, y sea necesario, para que el que de los dos superviviere, haga, y òrdene el testamento del que primero falleciere, arbitrando en el abito con que ha de ser amortajado, templo, y sepultura donde se ha de enterrar, Misas que por si Alma se han de decir, Yglesias, y Altares donde se han de celebrar, Limosna de èllas, las de los Hospitales, y santos Lugares de Jerusalem, con todas las demas circunstancias funerales pues queda uno, y òtro à eleccion, y voluntad de èl que de los dos superviviere, quien igualmente harà las mandas, prevenciones, y advertencias que entre los dos està tratado, y nos comunicaremos en adelante; En cuyo supuesto desde ahòra, para quando llegue el caso, aprueva, y ratifica el que antes falleciere, quanto contenga el Testamento, y disposiciones que en virtud de èste Poder executare el que de los dos sobreviviere, y queremos mutuamente, se estè, y pase por èllo, como sì con particularidad se contubiera en èl presente instrumento; Y a èfecto del devido Cumplimiento que se ha de dàr, tomarà el que superviviere quanto tiempo necesite, aun que pase de èl que el derecho dispone, pues reciprocamente nos lo prorrogamos, y ampliamos por el que fuere menester.

Nos nombramos reciprocamente por Albacea, y testamentario el uno del òtro, y también eleximos, y señalamos por tales al Yll.ᵐᵒ Señor D.ⁿ Miguel Cubel, D.ⁿAlexo Rojo tamariz, D.ⁿ Miguel Perales, y D.ⁿ Manuel Sanchez Hurtado, a cada uno in solidum, con facultad, y Poder bastante, para que luego que fallezca qualquiera de nos los otorgantes, entren, y se apoderen de los vienes que dejare, vendiendolos en publica almoneda, ò fuera de èlla, para con su producto, ò dè lo mejor, y mas bien parado que hallaren, cumplir, y pagar todo lo que se òrdenare por el superviviente; y se contubiere en èl testamento que ha de executar, para lo quàl han de poder usàr los referidos Testamentarios del tiempo que necesiten, aunque pase de èl del el Albaceazgo, pues les queda a èllos, y al Superviviente, prorrogado por todo el que fuere preciso.

Dejamos, instituimos, y nombramos por nuestro unico, y universal heredero del remanente de todos nuestros vienes, muebles, y rayces, derechos, y acciones y futuras subcesiones, quanto al presente tenemos, y en adelante nos puedan

corresponder por qualquier motibo, y sin reservacion de cosa alguna, a D.n Manuel Beraton Sanchez de Aumada, de hedad de unos quatro años, nuestro hijo lexitimo, a los demàs que durante nuestro matrimonio fuese Dios servido darnos; pero si este, y los òtros fallecieren antes que qualquiera de nos los òtorgantes, para en èste caso, nos nombramos por heredero el uno del òtro, y el que el de los dos Marido, y Muger, sobreviviere, disfrutarà gozarà, y poseherà perpetuamente, y con la vendicion de Dios, los vienes del primero de los dos falleciere.

Y por el presente Poder, revocamos, anulamos, y damos por de ningun valor, ni èfecto, otros quales quiera semejantes Ynstrumentos, Testamentos, Cobdicilos, y ultimas disposiciones que antes de èsta hayamos hecho, y otorgado, por escrito, de palabra, ò en òtra forma, que ninguna queremos valga, ni haga feè, en juicio, ni fuera de èl, excepto este Poder, y el Testamento que en su virtud ha de hacer el que de los dos sobreviviere, pues uno, y òtro queremos sirba por ultima voluntaria determinacion de los dos, en aquella via, y forma que mas haya lugar en derecho: Asi lo òtorgamos, y firmamos, ante el presente escrivano de S.M., y de los del colegio de Notarios de Reynos Domiciliados en èsta corte, a òcho dias del mes de Mayo de mil Setecientos ochenta y tres, Siendo testigos D.n Manuel Garcia, D.n Damian Vega, D.n Santos Molino, y D.n Alexandro Perez, vecinos de esta Corte, Y a los òtorgantes yo el escrivano doy fè conozco= Manuela Sanchez Aumanada [rubricado]. Juan Josef Beraton [rubricado]. Ante mi: Manuel de Navas [rubricado].

Documento 13. *Acta de bautismo de María del Pilar Beratón, hija de José Beratón*, Madrid, 8-1-1784 (AHDM, ASCM, Libro de bautismos 29, f. 475).

M.a del Pilar, de don Jph Beratòn. Capilla 2 r.s. Organo= En la Yg.a Parroq.l de S.ta Cruz de esta Villa de Madrid, en ocho de Enero de mil setecientos ochenta y cuatro. Yo D.n Valentin Garcia Cabello, then.te Cura de dhaYg.a, bapticè solemnem.te una niña q.e naciò en seis de dho mes y año, hija de D.n Joseph Beratòn, nat.l de la Ciudad y Arzobisp.do de Zaragoza, y de D.a Manuela Aumada, nat.l de esta Corte; legitimam.te Casados y Parroq.nos de esta Yg.a q.e al presente viven y habitan en la Calle de la Concepcion, Casas de D.n Miguel de Oramendi: Pùsela por nre Maria del Pilar Gaspara, Melchora Balthasara Theresa Fran.ca de Paula; fue su madrina q.e la tuvo en la Pila, d.a Ysabel Sanchez y Ruesta, Parroq.na de S.n Sebastian, advertile el parentesco espiritual y la oblig.n de enseñarla lo q.e la Conviene saber p.a ser buena Christiana, y lo firmè= D.n Valentin Garcia Cavello [rubricado].

Documento 14. *Acta de defunción de José Beratón*, Madrid, 7-1-1796 (AHDM,ASCM, Libro de defunciones 15, f. 399).

Poder} Hasta aqui sacados los Testam.os y Poderes en vista. Armuña [rubricado]. D.n Joseph Veraton de edad de cinquentaa.s, natural de la ciudad y Obispado de Zaragoza, casado con d.a Manuela Shz de Ahumada; Parroquiana de esta Yg.a, en calle de la Concep.n, casa numero dos; habiendo recivido los Santos Sacramentos, falleciò en siete de Enero de mil setecientos noventa y seis; Otorgò poder para testar en ocho de mayo del año pasado de mil setecientos ochenta y tres ante Manuel de Navas, ess.no R.l à fabor de dha su muger, cuio arbitrio dejò la disposicion de su entierro y misas, nombrandolap.r testamentaria junto con el Yll.mo s.rd.n Miguel Cuber, ya difunto, d.n Alexo Rojo Tamariz, d.n Manuel Sanchez Hurtado y d.n Miguel Perales: Ynstituyò por

sus unicos y universales herederos à d.ⁿ Manuel Beraton su hijo y a los demas que tubiere durante su matrimonio; Enterrose en esta Yglesia y diò a la Fabrica quatro ducados y lo firmè por el teniente m.ᵒʳ -∂044. Manuel GarciaBasco [rubricado].

Documento 15. *Testamento de José Beratón redactado según el poder conferido por su esposa Manuela Marcelina Sánchez de Ahumada*, Madrid, 31 de enero de 1796 (AHPM, prot. 20.753, ff. 10-12).

Testamento de D.ⁿ Juan Josef Beraton hecho en virtud de Poder por su mug.ʳD.ª Manuela Sanchez Ahumada} En 31 de enero de 1796.

En el nre de Dios todo Poderoso Amen. Sea notorio por esta publica escritura de testamento y ultima voluntad como Yo D.ª Manuela Sanchez de Ahumada vecina de esta villa, y viuda de D.ⁿ Juan Josef Beraton Pintor de Camara de S.M. Digo q.ᵉdho mi marido fallecio bajo un Poder reciproco para testar que haviamos otorgado a ocho de Mayo del año pasado de mil setecientos ochenta y tres ante d.ⁿ Manuel de Navas Ess.ⁿᵒ de S.M. y del colegio de esta Corte, y en el nos conferimos mutuam.ᵗᵉ las mas amplias facultades para que el superviviente hiciese y solemnizase el testamento del que premuriese en el modo y forma que nos teniamos comunicado y acordaremos en adelante, cuio Poder para la legitima constitucion de este Ynstrumento entrego original al presente Ess.ⁿᵒ para que le inserte y ponga con él; e yo el infrascripto asi lo hago y de tenor es el siguiente.

Aqui el Poder [documento 12].

El traslado del Poder antecedente và cierto y verdadero y concuerda con su original que queda con el registro de esta escritura, al qual yo dha D.ª Manuela Sanchez de Ahumada me remito; Y en conformidad a la facultad que por el se me conzede y en la via y manera que mas haia lugarde dro, Otorgo que traigo y otorgo el testamento del citado D.ⁿ Juan Josef Beraton, mi difunto marido con arreglo a lo que a cerca de su ultima voluntad me comunico y bajo de la invocacion Divina y confesion de nra Santa Fe catholica contenida en el dho inserto Poder (que siendo necesario repito) en la forma siguiente.

Primeramente encontrando el Anima del referido mi marido a Dios Nro S.ᵒʳ que la crio de la nada y la redimio con el inestimable precio de su Sacratisima Sangre Pasion y Muerte y declaro que haviendo fallecido su cuerpo en el dia siete del corriente mes fue sepultado en el siguiente en la Yglesia Parroquial de Santa cruz de esta Corte de que era feligres à la hora y en el modo y forma que sus dhos testamentarios y yo acordamos, haviendose pagado los correspondientes dros a esta Parroquia de que tengo en mi poder el necesario resguardo a que me remito.

Asi mismo en virtud del citado Poder inserto se han encargado por mi y se han aplicado por el Anima de dho mi difunto marido quarenta misas rezadas, con inclusion de las diez pertenecientes a la referida Yglesia Parroquial, cuia limosna he satisfecho a razon de quatrorr.ˢ cada una; segun se acredita de los recivos que igualmente conservo en mi poder.

Ygualmente en consecuencia de la facultad que por dho Poder inserto se me confieren señalo de limosna seis r.ˢ de v.ⁿ por una vez a los Santos Lugares de Jerusalem, Redempcion de Cautivos Cristianos, y Hospital General y Pasion de esta corte, distribuidos entre estas obras Pias por terceras partes, con lo que separo el dro que a los bienes del dho mi difunto marido pudieron tener.

En uso de las aplicadas facultades que se me confieren por el citado Poder, y de lo que el dho mi marido me dejó comunicado, Declaro que quando contrajimos nro Matrimonio me hallava yo en estado de viuda y sin hijo alguno de D.n Domingo Rodriguez, criado que fue de la S.ra Reyna D.a Ysavel Farnesio; y que por la celeridad y reservacion publica con que se celebròdho mi segundo matrimonio, no se otorgo por el referido D.n Juan Josef Beraton, Escritura de Recivo de Dote de las Alhajas de Diamantes, Plata, y otros bienes mios propios que aporte à su poder, ni otro Ynstrumento alguno en orden á eso. Pero asi lo prevengo en virtud del encargo del dho mi difunto marido para que siempre conste.

Mediante la menor edad en que se hallan D.n Manuel y d.a Maria del Pilar Beratonnros dos unicos hijos, fue voluntad del enunciado D.n Juan Josef Beraton mi marido, y me dejo comunicado, nombrarme en uso de la facultad que las leies R.s le concedian, por tutora y Curadora relevada de Fianzas de los drosnros dos hijos. Y yo en cumplimiento de dha su voluntad, en su nombre como su Apoderada, y por el amor que les tengo como su natural y legitima Madre, acepto su Tutela, educacion y Crianza, y pido y suplico como tal Apoderada del dho mi difunto marido àqualq. rS.r Juez ante quien se presentàre el cargo de tal curadora con dharelevacion.

El referido mi marido nombro en dho Poder inserto, por sus Alvaceas y Testamentarios al S.or D.n Miguel Cuber (que se halla ausente) à d.nAlejo Rojo Tamariz, d.n Miguel Perales, d.n Manuel Sanchez Hurtado, y à mi la otorgante, dandome y confiriendoles con calidad de in solidum, el mas cumplido y general Poder para que apoderandose de sus bienes, y vendidos en Almoneda ò fuera de ella, pagasen de su producto lo que se contenia en dho Poder y lo que constase de ese su Testamento, para cuiaejecucion les prorrogo el año del Albaceazgo al que mas necesitasen. Y yo la otorgante en virtud del preinserto Poder repito y confirmo el expresado Nombramiento de Testamentarios y Albaceas con las propias facultades y prorrogacion de termino que en el se contienen.

Asi mismo el referido D.n Juan Josef Beraton mi difunto marido en el preinserto Poder nombrop.r herederos universales de todos sus bienes dros y acciones que le pudieren pertenecer a d.n Manuel Beraton Sanchez de Ahumada nrounico hijo, entonces, y à los demas que durante nro Matrimonio Dios Nro S.or fuese servido darnos: Y respecto à que posteriormente a la fecha del citado Poder, tubimos una hija que actualmente vive llamada D.a Maria del Pilar BeratonSanchez de Ahumada que se halla en la edad de doce años, desde luego en virtud de lo prevenido en el mismo Poder declaro son ambos herederos de por mitad del remanente de los dhos bienes dros y acciones que han quedado p.r fallecim.to del dhod.n Juan Josef, como sus hijos únicos legitimos y de mi la otorgante; y les encargo y pido à nombre del dho su difunto Padre no se olviden de encomendarle à Dios Nro S.or.

Y ultimamente fue voluntad del expresado mi difunto marido revocar y anular, como yo en dho su nombre revoco y anulo, doy por ningunos y de ningun valor los testamentos, cobdicilos y otros Ynstrumentos de esta clase que antes hubiese hecho para que no valgan, pues solo quiso que el poder que queda inserto y este testamento que en su virtud traigo fuesen tenidos y refutados judicial y extrajudicialmente por tal su testamento y formal voluntad en la via y forma que mas haia lugar de dro en cuio cumplimiento asi lo declaro y otorgo ante el presente ess.no de S. M. y del Colegio de esta corte y villa de Madrid à treinta y un dias del mes de Enero de mil setecientos noventa y seis siendo testigos D.n Vicente Lozano, Bernave

de Torres, Bernardo de la Casa, d.ⁿ Juan Josef y d.ⁿ Fran.ᶜᵒ de Pavia Gomez vecinos de esta Villa; y la otorgante, à q.ⁿ Yo el ess.ⁿᵒ doy fè conozco, lo firme= entre renglones: con arreglo a lo que acerca de su ultima voluntad me comunico: declaro= valgan= Manuela Sanchez de Ahumada [rubricado]. Ante mi, Fran.ᶜᵒ Gregorio Gomez [rubricado].

Documento 16. *Carta de dote otorgada por Narciso San Juan Beratón a favor de María del Pilar Beratón*, Madrid, 13 de octubre de 1807 (AHPM, prot. 20.754, f. 74).

Carta de Dote otorgada p.ʳ d.ⁿ Narciso de S.ⁿ Juan y Beraton a favor de d.ªMaria del Pilar Beraton} En 13 de Octubre de 1807.
En la Villa de Madrid a trece de Octubre de mil ochocientos y siete, ante mi el Ess.ⁿᵒ y tgos pareció D.ⁿ Narciso de S.ⁿ Juan y Beraton de estado soltero, natural de la ciudad de Zaragoza Reino de Aragon, hijo lexitimo de D.ⁿ Fran.ᶜᵒ de S.ⁿ Juan, y d.ª Joaquina Beraton tambien naturales de ella, y Dijo que para mas bien servir a Dios nro S.ᵒʳ y a su Santisima madre la Virgen Marianra Señora, esta tratando casar in facie Eclesia con D.ⁿ Maria del Pilar Beraton, de estado soltera, natural de esta corte, e hija lexitima de D.ⁿ Josef Beraton, ya difunto, natural que fue de dha Ciudad de Zaragoza, y de D.ª Manuela Sanchez Ahumada, que lo es de esta Villa, para la qual se ha concedido la dispensa necesaria del impedimento de consanguinidad que mediava, y se han practicado las demas diligencias prevenidas por el Santo Concilio de Trento, en cuia virtud à de tomar efecto en uno de los mas próximos dias. Y por quanto la expresada D.ª Manuela Sanchez de Ahumada a ofrecido dar a dha D.ª Maria del Pilar su hija varios bienes para ayuda de sustentar la carga de dho matrimonio, con tal que todos ellos constituya el otorgante la carta de pago y recibo de Dote correspondiente; viendo ser justa esta condicion a condescendido a ella, y en su consecuencia Otorga, que recibe en este acto de mano la referida D.ª Manuela Sanchez Ahumada, como bienes dotales de la dha D.ª Maria del Pilar Beraton, futura esposa del otorgante las ropas, Alhaxas y demas efectos que con expecificacion del coste de los nuevos y tasacion de los visados son a saber.
Ropa blanca.
Primeramente seis camisas de cotanza nuevas para mujer, han costado trescientos r.ˢ.....∂300
Quatro finas guarnecidas de Musolina rasada, han costado ciento y veinte r.ˢ.....∂120
Unas enaguas de lienzo fino, quarenta r.ˢ.....∂040
Una Sabana fina guarnecida de Musolinaa costado ciento y veinte r.ˢ.....∂120
Otras tres Savanas de Cotanza han costado trescientos y quarenta r.ˢ.....∂340
Otras dos Savanas caseras ciento y quarenta r.ˢ.....∂140
Ocho Almoadas de Frise, han costado ciento y sesenta r.ˢ.....∂160
Una colcha de Cotona guarnecida de Musolinaraiadaa costado trescientos y veinte r.ˢ.....∂320
Otra colcha de China en ciento y sesenta r.ˢ.....∂160
Otra de Damasco carmin usada en sesenta r.ˢ.....∂060
Dos Tablas de manteles de Gusanillo casero nuevas han costado cien r.ˢ.....∂100
Seis servilletas iguales, sesenta r.ˢ.....∂060

Seis Toallas sin mojar en noventa r.s ..... ∂090
Quatro pares de Calcetas nuevas en quaren.ta r.s ..... ∂040
Vestidos.
Un vestido bordado de plata, en doscientos r.s ..... ∂200
Otro vestido de seda guarnecido de ciento y cuarenta r.s ..... ∂140
Otro de Musolina rasada en ciento y veinte r.s ..... ∂120
Otro de CotoniaYnglesa guarnecido en ciento y quarenta r.s ..... ∂140
Otro de china en ochenta r.s ..... ∂080
Un Zagalejo de Cotina guarnecido de Musolina en trescientos r.s ..... ∂300
Otro de Lienzo en quarenta r.s ..... ∂040
Ptro de punto en igual cantidad ..... ∂040
Otro de Musolina bordado de seda en ochenta r.s ..... ∂080
Otro de coton en treinta r.s ..... ∂030
Un Jubon de raso color de barquillo guarnecido de lo mismo
en ciento y quarenta r.s ..... ∂140
Otro de color de Avellana bordado de plata fina en docientosr.s ..... ∂200
Otro de Sarga negra de seda en sesenta r.s ..... ∂060
Otro de punto en quarenta r.s ..... ∂040
Otro Jubon de Cotona en quarenta r.s ..... ∂040
Otro de los mismo en treinta r.s ..... ∂030
Otro de Lienzo, en treinta r.s ..... ∂030
Otro de coton en veinte r.s ..... ∂020
Tres Justillos nuevos en treinta r.s ..... ∂030
Una Basquilla bordada de Cañutillo, en doscientos y quarenta r.s ..... ∂240
Otra Basquiña todo guarnecida de fleco, en doscientos r.s ..... ∂200
Otra con dos flecos en ciento y quarenta r.s ..... ∂140
Una mantilla de punto en doscientos y veinte r.s ..... ∂220
Otra de Crespon guarnecida de Encage en ciento y ochenta r.s ..... ∂180
Otra de Sarga guarnecida de cinta de terziopelo en ciento y quarenta r.s ..... ∂140
Otra de Musolinaraiada en ochenta r.s ..... ∂080
Una Pañoleta de punto en quarenta r.s ..... ∂040
Otro de Musolina en treinta r.s ..... ∂030
Diez y seis pañuelos p.a el Cuello en ochenta r.s ..... ∂080
Seis Pañuelos finos de lienzo para faltriquera en cien r.s ..... ∂100
Dos pares de Media de seda blancas nuevas han costado ochenta r.s ..... ∂080
Dos pares de Zapatos de seda han costado sesenta r.s ..... ∂060
Otros dos pares de Tafileta quarenta y ocho r.s ..... ∂048
Siete Abanicos bordados, tasados todos en doscientos y sesenta r.s ..... ∂260
Cama y Ropa de ella.
Una Cama nueva de pino dada de color de caoba con su cabecera,
con perfiles dorados, a costado trescientos sesenta r.s ..... ∂360
Tres Colchones grandes nuevos de coti color de Rosa, han costado
quinientos cincuenta y cinco r.s ..... ∂555
Quatro Fundas de Olanda color de Rosa han costado ochenta r.s ..... ∂080
Maderas y Pinturas.
Una Comoda de pino nueva pintada de color de caoba, con sus bronces
y cerraduras, a costado trescientos r.s ..... ∂300

Dos Rinconeras de pino pintadas de igual color de caoba, han costado
ciento y quarenta r.s .....∂140
Una mesa de nogal en sesenta r.s .....∂060
Una Pintura de la concepción de nra S.ra de mas de vara con marco
dorado en ciento y veinte r.s .....∂120
Otras dos la una del Nacimiento de nro S.or JesuChristo, y la otra
de la Adoracion de los S.tos Reyes con marcos dorados, ambas
en doscientos y cincuenta r.s .....∂250
Otras dos la una del S.to Angel de la Guarda y la otra de S.n Fran.co
con marcos dorados, en trescientos y quarenta r.s ambas.....∂340
Otra de la cabeza de nro Redenptor Jesuchristo con su marco dorado,
en quarenta r.s .....∂040
Otros dos quadros con cristal y marcos Dorados en quarenta r.s.....∂040
Alhaxas de plata y oro,
Seis Cubiertos de plata de cuchara y Tenedor y tres cuchillos con
mangos de lo mismo, valen segun su ley y peso nuevecientos veinte
y dos r.s v.on .....∂922
Dos Mancerinas de plata, valen quinientos y sesenta r.s.....∂560
Una cadena de plata sobredorada con su medallon en ciento
y quarenta r.s .....∂140
Dos Broches de Miniatura con guarnicion de piedras de Francia
en ochenta r.s.....∂080
Dos pendientes de Oro con Corales, en doscientos r.s .....∂200
Un par de Anillos de Oro en cincuenta r.s .....∂050
Unos pendientes de plata en ochenta r.s.....∂080
Tres Relicarios de plata en cien r.s .....∂100
Dos Sortijas de oro la una con dos diamantes en noventa r.s.....∂090
Dos Alfileres, uno de oro y otro Similor con su color, ambos
en sesenta r.s.....∂060
Dos Jicaras de piedra con sus platillos con perfil de oro en ciento
y veinte r.s.....∂120
Otra de platillos de China en sesenta r.s.....∂060
Quatro platillos de China en sesenta r.s.....∂060
Dos vasos de Cristal quaxado para en veinte r.s.....∂020
Prevenda.
Y ultimamente son propios de la dha D.a Maria del Pilar Beraton, y
completan esta su dote ciento y cinquenta duc.os de v.on que valen un
mil seiscientos y cincuenta r.s de la propia moneda, importe de esta
Prevenda para ayuda de tomar estado de las memorias fundadasp.r D.a
Maria Josefa de los Arcos y Antilla, à que esta nombrada por
sus Patronos.....1∂650
.....12∂385

Los qualesdhos bienes y efectos importan los figurados doce mil trescientos ochenta y cinco r.s de v.on segun los costes que han tenido los nuevos y las valuaciones dadas à los usados, cuias tasaciones consiente y aprueva el otorgante por estar hechas por personas inteligentes y de Consecuencia de satisfaccion de ambas partes, Y por que la entrega de todos ellos, à excepción del de la citada Prevenda es ahora contado

piden a su ex.mo que de ella dè fe= E yo el infrascripto la doy de que a mi presencia y de los tgos de esta escritura la referida D.ª Manuela Sanchez Ahumada puso de manifiesto los expresados bienes y efectos, y que el insinuado D.n Narciso de S.n Juan y Beraton los recivio y se dio por entregados de ellos, como Dote y caudal propio de la dha D.ª Maria del Pilar Beraton su futura Esposa a cuio favor dà y constituye forma para carta y pago q.e se convenga Y en su consecuencia se obliga en la mas cumplida forma de dro a tenerlo en su poder sin disiparlos ni obligarlos a deuda alguna suia civil criminal, para entregarlos siempre que dho su Matrimon.o fuere disuelto por muerte, Divorcio u otro de los casos prevenidos en dro à qualquiera persona que para pedirlos y percibirlos fuere parte lexitima, y en su defecto aportara y pagarà sus valores y precios de su tasacion y bajo de la pena de execucion y costas. Y al cumpimiento de esta ess.ra obliga sus bienes muebles y raices presentes y futuros, con Sumision a las Justicias R.s de su fuero competentes y renunciación que hace de las leyes de su favor en forma; y asi lo dijo y firmò siendo tgos D.n Fran.co Rodriguez, d.n Joaquin Sanchez Hurtado, y d.nMariano de Cordovavez.os de esta Villa; q.e dijeron conocen al otorg.te y es el mismo que queda expresado copiado es q.e lo dijeron hacen al otorg.te y es el mismo que queda expresado; deq.e doy fè= entre reng.s: Seis Almohadas de Frise han costado ciento sesenta r.s= a excepcion del importe de la citada Prevenda= a cuio favor doi y constituye la mas firme carta de pago que la convenga= valgan= Narciso de San Juan y Beraton [rubricado]. Ante mi D.n Fran.co Gregorio Gomez [rubricado].

Documento 17. *Acta de matrimonio de Narciso San Juan Beratón y María del Pilar Beratón-Sánchez de Ahumada*, Madrid, 14-10-1807 (AHDH, ASCM, Libro de matrimonios 17, f. 72).

D.n Narciso S.n Juan y Beraton con d.ª Maria del Pilar Beraton. Desp.s y Velad.s Y dispensados en el segundo grado de Consanguinidad. En la Yglesia Parroquial de S.ta Cruz de esta villa de Madrid en catorce de Octubre de mil ochocientos siete: Yo d.n Manuel Beraton, Pbro, con Licencia del S.or D.or d.n Fran.co Ygnacio Muñoz, Cura propio de dhaYglesia, y con Despacho del S.or D.or d.n Miguel Casanoba y Anchuelo, Vicario gral en la Audiencia y Corte Arzobispal de la Ciudad de Alcala de Henares, y todo el Arzobispado de Toledo: Otro Juez Apostolico en virtud de Bula de dispensacion de N.M.S.P. Pio por la Divina Misericordia Papa Septimo, ganada à favor de d.n Narciso S.n Juan y Beraton, natural de Zaragoza, hijo de d.n Fran.co Antonio, y de d.ª Joaquina Beraton (ya difuntos) y d.ªMaria del Pilar Beraton Sanchez de Ahumada, natural de esta Corte, hija de d.n Josef (ya difunto) y de d.ª Manuela Sanchez Ahumada, para efecto de contraer Matrimonio y dispensacion de segundo grado por linea legal de Consanguinidad, que entre ellos media, cuya Jurisdiccion aceptando y de ella usando dho S.or Vicario por su Auto, que proveyò en once de este referido mes en la insinuada Ciudad de Alcala de Henares, ante AngelCalbo su Notario, dispensò con los referidos contrayentes en el Ympedimento de segundo grado de Consanguinidad, para que puedan contraer matrimonio, y contrahido estar y permanecer en el como si tal Ympedimento no tuviesen, y declarò por legitima Prole y generacion que tubieren y procrearen durante su matrimonio. Y no resultando otro ympedimento mas que el ya dispensado de la una sola amonestacion que se ha hecho, de las tres que el S.to Concilio manda por estarles dispensadas las otras dos, estando capaces en la Doctrina Cristiana, precediendo sus mutuos consentimientos,

> y con arreglo à la R.l Pragmatica de S.M. desposè por palabras de presente al dho D.n Narciso S.n Juan y Beraton con la referida d.a Maria del Pilar Beraton: E inmediatamente les dì las Bendiciones nupciales segun costumbre de NraS.ta MadreYglesia, siendo à todo testigos conocidos d.n Juan de Mata Fernandez, y d.n Paulino Perez, residentes de esta Corte, y lo firmè= D.or D.n Fran.co Ygnacio Muñoz [rubricado]. Manuel Joseph Beraton [rubricado].

Documento 18. *Acta de defunción de Manuela Marcelina Sánchez Ahumada, viuda de José Beratón*, Madrid, 18-6-1813 (AHDM, ASCM, Libro de difuntos 18, f. 115).

> Pobre. D.a Manuela Sanchez Ahumada, de sesenta y siete años, natural de esta Corte, hija de d.n Juan y de d.a Manuela Lopez del Moral ya difuntos, y viuda de d.n Josef Veraton, Parroquiana de esta Yglesia que vivia Calle de los Remedios numero Diez y siete, no haviendo recibido Sacram.to alguno por su repentino accidente, fallecio en diez y ocho de junio de mil ochocientos trece. Otorgò declaracion de Pobre en catorce de dicho mes y año, ante Matias Elias Lopez Ess.no de S.M., por la que nombrò por sus herederos a d.n Manuel Josef, Presbitero, y a d.a MariaVeraton, sus dos hijos lexitimos, y del dicho d.n Josef Veraton. Enterrose de misericordia en el Cementerio extramuros de la Puerta de Toledo, y lo firmè como teniente. Josef de Arribas [rubricado].

## 8. Bibliografía

Ansón Navarro, Arturo (1986), *El pintor y profesor José Luzán Martínez (1710-1785)*, Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón.

Ansón Navarro, Arturo (2007), «Los frutos del brillante magisterio de Francisco Bayeu: sus principales discípulos», en Arturo Ansón Navarro (coms.), *Francisco Bayeu y sus discípulos*, Zaragoza, catálogo de exposición celebrada en Zaragoza, del 9 de abril al 15 de junio de 2007, Zaragoza: Cajalón, pp. 75-79.

Avendaño Pozo, María del Carmen (1993), *Estudio histórico-artístico de Villafranca de los Caballeros (Toledo)*, Toledo: Ayuntamiento de Villafranca de los Caballeros.

*Calcografía Nacional*, *Catálogo general*, 2 tomos, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Calcografía Nacional, 2004.

Céan Bermúdez, Juan Agustín (1800), *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Arte en España*, 6 tomos, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

*Diccionario de la Lengua Castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las phrases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, 6 tomos, Madrid: en la Imprenta de la Real Academia Española, por los herederos de Francisco del Hierro, 1726-1739.

*Diccionario de la Lengua Castellana compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso*, Madrid: Joaquín Ibarra, impresor de cámara de S.M. y de la Real Academia, 1780.

Herrera Maldonado, Enrique (2012), «Dos proyectos retablísticos en el priorato de San Juan bajo la supervisión de Juan de Villanueva», en Wifredo Rincón García, María Izquierdo Salamanca y Álvaro Pascual Chenel (eds.), *I Simposium. Patrimonio artístico*

*de la orden de San Juan de Jerusalén en España*, Zaragoza: Aneto Publicaciones, pp. 275-283.

Jordán de Urríes y de la Colina, Javier (2000), «Sobre la *Lista de las pinturas de Mengs, existentes, o hechas en España*», *Boletín del Museo del Prado*, 36, pp. 71-84.

López Ortega, Jesús (2023), «El arte al servicio de la Orden de Malta en La Mancha: la decoración del presbiterio de la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Consuegra en Toledo (1777-1784)», *Archivo Español de Arte*, 382, pp. 147-162.

Martínez Cuesta, Juan (1991), «El Infante don Gabriel de Borbón y su actividad como mecenas de la pintura», *Boletín del Museo del Prado*, 12, 5, pp. 39-62.

Martínez Cuesta, Juan (2003), *Don Gabriel de Borbón y Sajonia. Mecenas ilustrado en la España de Carlos III*, Valencia: Real Maestranza de Caballería de Ronda, Editorial Pre-Textos.

Montes Serrano, Carlos (1993), «El Real Oratorio del Caballero de Gracia en Madrid», *Academia: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 76, pp. 267-312.

Morales y Marín, José Luis (1991), *Colección de Documentos para la Historia del Arte en España*, vol. VII, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Mut Calafell, Antonio y Peña García, José Luis de la (1985), *Inventario del archivo del infante don Gabriel de Borbón, gran prior de la orden de San Juan de Jerusalén en los reinos de Castilla y León, y de sus descendientes. Archivo del Palacio real de Madrid*, Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos.

Ossorio y Bernard, Manuel (1890), *Papeles viejos e investigaciones literarias*, Madrid: Imprenta y Litografía de Julián Palacios.

Pardo Canalís, Enrique (1979), «Una visita a la galería del príncipe de la Paz», *Goya, Revista de Arte*, 148-150, pp. 300-311.

Roettgen, Steffi (1999), *Anton Raphael Mengs, 1728-1779*, vol. 1, Múnich: Hirmer Verlag.

Roscales Olea, Graciliano (1994), «Noticias sobre la pintura del Real Oratorio del Caballero de Gracia», *Academia: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 79, pp. 419-459.

Rubio Liniers, Santiago (1999), *La arquitectura de Juan de Villanueva en La Mancha*, Madrid: Tf. Editores.

Sánchez Cantón, Francisco Javier (1916), «Los pintores de cámara de los reyes de España. Los pintores de los Borbones», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, XXIV (3), pp. 202-220.

Sancho Gaspar, José Luis (1997), «Mengs at the Palacio Real, Madrid», *The Burlington Magazine*, 1.133, pp. 515-528.

Zapater y Gómez, Francisco (1863), *Apuntes histórico-biográficos acerca de la escuela aragonesa de pintura*, Madrid: Establecimiento tipográfico de T. Fortanet.

## Fuentes citadas por abreviaturas

Archivo Histórico Diocesano de Madrid (AHDM).
Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM).
Archivo de la parroquia de Santa Cruz de Madrid (ASCM).
Archivo de la parroquia de los Santos Justo y Pastor de Madrid (ASJyPM).
Archivo de la parroquia de San Martín de Madrid (ASMM).

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425421449

# EL CONFLICTO POR LA PRESIDENCIA DEL BRAZO MILITAR DE CATALUÑA Y SUS IMPLICACIONES (1693-1706)[1]

## *The Conflict for the Presidency of the Military Arm of Catalonia and its Implications (1693-1706)*

Eduard MARTÍ-FRAGA
Universidad Pompeu Fabra
edumarti@gmail.com

Fecha de recepción: 27/07/2023
Fecha de aceptación: 28/04/2024

RESUMEN: En 1693 el Brazo Militar de Cataluña modificaba sus estatutos para afirmar la precedencia del Protector del Brazo por delante de los títulos. La decisión era consecuencia de la pretensión de éstos a preceder al protector en la ceremonia por la beatificación de santa María de Cervelló. Esto provocó un enfrentamiento entre la pequeña y mediana nobleza contra los títulos, los cuales no participaron en el Brazo hasta que se les reconociera su rango. El conflicto guarda puntos de semejanza con el asunto del Banquillo de 1705 entre los grandes de España y Felipe V por la precedencia en las ceremonias por la onomástica de Luis XIV, si bien las dimensiones de ambos conflictos son diferentes. Tras estos enfrentamientos, se dirimía la definición del papel que tenían los títulos en el gobierno del Estado. Este trabajo pretende mostrar cómo, a partir de un mismo acontecimiento, las respuestas de las noblezas catalanas y castellanas fueron diferentes y las consecuencias que esto tuvo.

1. Este artículo se inserta dentro de los trabajos *Grup d'estudi de les institucions i de les cultures polítiques (segles XVI-XXI)* (2017 SGR 1041) y del grupo de investigación *España y Francia: intereses dinásticos e intereses nacionales (1701-1733)*. (PGC2018-097737-B-I00), ambos dirigidos por el profesor Joaquim Albareda.

*Palabras clave*: Brazo Militar de Cataluña; nobleza titulada; pequeña nobleza; participación política; ceremonial.

ABSTRACT: In 1693 the Military Arm of Catalonia modified its statutes to affirm the precedence of the Protector of the Arm before the titles. The decision was a consequence of their claim to precede the Protector in the ceremony for the beatification of Santa María de Cervelló. This provoked a confrontation between the small and medium nobility against the titles, which did not participate in the Arm until their rank was recognized. The conflict has points of similarity with the affair of the Bench of 1705 between the Grands of Spain and Philip V due to the precedence in the ceremonies for the name day of Louis XIV, although the dimensions of both conflicts are different. After these confrontations, what was at stake was the definition of the role and prominence that the titles had in the State government. This work aims to show how, from the same event, the responses of the Catalan and Castilian nobility were different and the consequences that this had.

*Key words*: Military Arm of Catalonia; titled nobility; minor nobility; political participation; ceremonial.

El 27 de marzo de 1693 el Brazo Militar de Cataluña aprobaba una modificación de sus «ordinacions» o estatutos, confeccionados en 1602. El cambio establecía que, a partir de ese momento, solo los grandes de España podían preceder al protector en la presidencia del Brazo, tanto en las reuniones del mismo como en las funciones públicas[2]. El motivo del cambio era consecuencia de la pretensión de la nobleza titulada de preceder al protector[3] y demás oficiales del Brazo en la procesión y el asiento que ocuparían en las celebraciones por la beatificación de santa María de Cervelló, hija de un noble catalán. Ese mismo día, el virrey confirmó que en la ceremonia el protector se sentaría delante de los títulos (LLDBM, 4, fols. 902 y ss.). La modificación de los estatutos generó un conflicto no pequeño entre el Brazo y la nobleza titulada, que se opuso frontalmente al cambio y no asistió a las reuniones del estamento militar hasta que el monarca dictase una sentencia (Robres, 2006: 66). Tanto Carlos II como Felipe V intentaron solucionar el conflicto, pero fue con Carlos III, el archiduque, cuando se consiguió resolver de manera definitiva. El episodio presenta semejanzas con el «asunto del banquillo», sucedido pocos años después, en 1705, entre los grandes de España y Felipe V (Terrasa, 2011). En esa ocasión, las grandezas se negaron a asistir a las celebraciones por la onomástica de Luis XIV porque el monarca había establecido que el

2. Archivo de la Corona de Aragón, *Libro de deliberaciones del Brazo Militar*, G-69, vol. 4, fol. 907r. De ahora en adelante lo citaremos dentro del cuerpo del texto como LLDBM, indicando el volumen y el fol.

3. El protector del Brazo Militar era la máxima autoridad de la institución y su presidente. *Vid. infra*.

capitán de su guardia de Corps se sentase en el banco que había entre el monarca y los grandes. Esto fue interpretado como una afrenta a su dignidad y por esta razón la inmensa mayoría de los grandes de España se negaron a participar en todas las ceremonias que se celebraron en la Capilla Real hasta que no se les retornase a su debido lugar. El episodio fue considerado por algunos como «una sangrienta guerra de la grandeza de España sin sacar la espada»[4], del mismo modo que el conflicto por la presidencia del Brazo Militar de Cataluña fue visto por la nobleza titulada como una apropiación «con exorbitancia» de las prerrogativas reales de un Brazo «constituido parte contra dichos títulos»[5]. Ciertamente, ambos episodios son diferentes en tanto que volumen y dimensión de los actores implicados. A la vez, estamos comparando un problema de representación en un cuerpo político territorial (Cataluña) con un episodio que afectó a la configuración de dicha nobleza en la Corte, con lo que afectaba a todos los estados gobernados por el soberano. Sin embargo, no es menos cierto que en ambos episodios la problemática a la que se enfrentaban la nobleza titulada era la misma: definir su posición y derechos en la jerarquía social. Es desde esta perspectiva que adquiere cierto interés la comparación.

El problema era relevante pues, como ha destacado Enrique Soria, «el poder, para ser tal, ha de visualizarse, pregonarse, mostrarse. No se concibe el poder en la sombra» (Soria, 2011:7). En la misma línea, Weller considera que «In all of these public rituals, the spatial arrangement of the participants was crucial, as ait symbolically reproduced and confirmed the political orders and the social hierarchies of the participants» (Weller, 2019: 111). Ambos episodios son manifestaciones de largas tensiones acumuladas en el seno de la nobleza y reflejan la concepción que tenían de sí mismas y de su función en la monarquía. Antonio Terrasa, analizando el conflicto del banquillo, recuerda que «la preeminencia de los asientos ayuda a distinguir a los primeros de los ínfimos grados del orden de la República» y por eso José de la Serna, fiscal del Consejo de las Órdenes, afirmaba en 1705 que era una «injuria y grave prejuicio ser privado de estas preeminencias» (Terrasa, 2011: 188). Este mismo razonamiento es el que explica el conflicto en el Brazo Militar catalán en 1693, pero con una diferencia notable. Si en el caso castellano el conflicto estaba entre la Corona y los grandes o títulos por definir su papel en la «república», en Cataluña se trataba de un conflicto interno del estamento (entre títulos y mediana y pequeña nobleza) en el que rey tenía que hacer de juez para definir la posición de cada uno en la escala social y en la «república». Ambos conflictos surgieron de un mismo hecho: el lugar que los distintos grados de nobleza debían ocupar en las ceremonias públicas con o sin el monarca. Sin embargo, se solucionaron de manera diferente. Mientras que en Castilla títulos y grandes

4. Biblioteca Nacional de España, mss. 10641. "La memorable y terrible historia del banquillo…".
5. Biblioteca del Institut d'Història Jaume Vicens Vives, Res C. ZX1703.S47. *Señor, los Títulos del Principado de Cataluña…*

vieron reafirmado su poder y la influencia en la Corte con algunos matices, en Cataluña se les privó de ello. Muy significativamente estos acontecimientos se producían dentro de un contexto generalizado de crisis de las noblezas europeas, que desde finales del siglo XVI estaban buscando una nueva identidad que justificase su existencia (Stone, 1965; Bitton, 1969; Jago, 1982). Los episodios de 1693 y 1705 devienen un buen laboratorio para comprender mejor las coincidencias y diferencias entre la nobleza castellana y catalana, así como la definición de una identidad propia que justificase su función dentro del Reino.

## 1. El mismo lenguaje con «notables» diferencias

En los últimos años han sido numerosos los intentos por establecer las diferentes categorías de nobleza que había en la Edad Moderna tanto en Castilla como en los Reinos de la Corona de Aragón (Domínguez Ortiz, 1979; Torras Ribé, 1983; Hernández, 2004; Soria, 2007; Ribot, 2019; Martí-Fraga, 2024). El tema es complejo y no podemos profundizar en él ahora, pero es evidente la existencia de divergencias entre ellas a pesar de usar un mismo lenguaje. En el caso castellano hay consenso en considerar que, a pesar de sus diferencias internas (había hidalgos, caballeros, ciudadanos, etc.), en la Edad Moderna «El término nobleza acabó identificándose en exclusiva con el de nobleza titulada» (condes, marqueses, duques y grandes de España) (Soria, 2007: 38; Carrasco, 2019). Especial mención requieren los grandes de España, el estamento superior, que desde la segunda mitad del siglo XVII era connatural a los duques, pero que la monarquía también podía conceder a marqueses y condes. Los grandes fueron adquiriendo un poder cada vez mayor, ya que el aumento de marqueses y condes convertía esta gracia en uno de los pocos resquicios para mantener las diferencias (Soria, 2007; Hernández Franco, 2014; Carrasco, 2021; Ribot, 2018). Un memorialista anónimo del siglo XVII afirmaba que «Después del emperador, del rey de Francia y de otros soberanos de estas clases, no les queda a los Grandes a quién ceder en dignidad» (Soria, 2007: 56). Lo cierto es, como ha demostrado Adolfo Carrasco, que los grandes monopolizaron los organismos de poder de la monarquía, especialmente durante el gobierno de Carlos II, hasta el punto de que algunos embajadores consideraron la existencia de una «liga de Grandes» (Carrasco, 1999: 109). Con Felipe V, su poder siguió creciendo. Indicativa de ello fue la propuesta de creación en 1703 de una «junta de Grandes» para tratar «materias graves de Estado» (López Anguita, 2021: 253). Resulta difícil cuantificar numéricamente el número de grandes que había en la Corona hispánica a finales del siglo XVII y principios del XVIII. Según Mar Felices, hacia 1700 en la Corona de Castilla había 1047 miembros de la nobleza titulada (Felices, 2013: 414), de ellos, según un memorial de 1707, 113 eran grandes (Domínguez Ortiz, 1992: 360), es decir, el 11 %.

En Cataluña asistimos a otro escenario. La mayor parte de la historiografía reconoce la existencia de cuatro categorías en el siglo XVII: los ciudadanos

honrados, los caballeros, los nobles y los títulos (Torras Ribé, 1983; Morales Roca, 1983; Molas, 2004). No resulta fácil establecer comparativas con Castilla. Elliott consideraba que las tres primeras categorías, más numerosas, serían equivalentes a los hidalgos castellanos (Elliott, 1990: 104). En 1709 el archiduque Carlos III concedía a Josep Angelet, ciudadano honrado residente en Madrid, «el privilegio de caballero o hidalgo a fuero de Castilla», lo que nos puede dar una idea de esta equivalencia[6], si bien es cierto que no son exactamente iguales y tienen algunas diferencias considerables (Moreno, 2016). En cambio, la nobleza titulada sí seguía los mismos patrones. La principal diferencia entre ambas noblezas se hallaba en que los títulos en Cataluña eran muy pocos. Como consecuencia, el protagonismo político de los grados inferiores nobiliarios en las instituciones y la vida política catalana era mucho mayor. Solo un dato ilustrativo. En los reinados de Felipe III, Felipe IV, Carlos II y Felipe V se concedieron en Castilla 777 títulos, mientras que en Cataluña solo 31 (Felices, 2011; Molas, 2004). Ciertamente hidalgos y regidores controlaban la dirección de los órganos municipales, pero en ellos también participaban los títulos (Aranda, 2023: 99; Hernández, 2004). En cambio, en Cataluña los municipios en general estaban controlados por los ciudadanos honrados y estamentos no privilegiados. Solo a partir de 1498 pudieron participar los caballeros en el Consejo de Ciento de Barcelona. Más tarde, a principios del siglo XVII, se constata la progresiva entrada de los nobles en diferentes municipios (Torras Ribé, 2003: 82-92).

Otro elemento que diferenciaba las dos noblezas en el siglo XVII era la existencia en el Principado de una institución que los representaba: el Brazo Militar (Martí-Fraga, 2016). De esta institución nos interesa destacar ahora solo algunos elementos que ayudan a entender el conflicto de 1693. Si bien el origen del Brazo se remonta a finales del siglo XV, en 1602 se dotó de unos nuevos estatutos con el fin de defender los intereses de la nobleza durante los periodos en que no estaban abiertas las Cortes. Se creó un órgano director compuesto por un protector o presidente, un clavario y seis consejeros de los tres grados de nobleza (dos ciudadanos, dos caballeros y dos nobles). Las reuniones del estamento eran libres (no necesitaban aprobación por parte de ninguna autoridad real) y podían participar todos los miembros de la nobleza que lo deseasen, sin que existiera ninguna cuota de asistencia máxima. Los oficiales del Brazo (protector, clavario y consejeros) eran escogidos por votación directa de los asistentes cada 3 de mayo. El mismo sistema (mayoría simple de votos de los asistentes) se utilizaba en la toma de deliberaciones. Entre las responsabilidades del protector destacaban tres: convocar el Brazo cuando las circunstancias lo requiriesen, presidirlo y establecer los temas

6. Archivio di Stato di Napoli, Consiglio di Spagna, n. 157, fol. 168. En adelante lo citaremos en el cuerpo de texto como ASN, CS, indicando número y folio.

que debían ser tratados[7]. Sin embargo, los capítulos 5 y 9 establecían que, cuando entre los presentes en la reunión se encontrase un miembro de la nobleza titulada, éste asumía las referidas responsabilidades del protector. Fueron estos capítulos los que se modificaron en 1693 y provocaron el conflicto.

En la Corona de Castilla no existía ninguna institución que representase al estamento noble en el periodo entre Cortes, a las cuales no asistía desde 1538 y que se dejaron de convocar durante el reinado de Carlos II (Castellano, 1990). La influencia política de la nobleza titulada durante los siglos XVI y XVII se ejerció a través del control de los diferentes Consejos que gobernaban la Corona. Esta realidad había adquirido una fuerza especial durante el reinado de Carlos II, momento en el que, a raíz de la supresión de secretario de despacho universal y los validos, los títulos y los grandes de España monopolizaron el gobierno, reduciendo la capacidad de actuación del monarca. En 1670 Baños de Velasco consideraba que el monarca debía reservar el gobierno únicamente para la nobleza porque «en los nobles están los beneficios, honras, premios y mercedes bien hechos, estos son los que debe el príncipe tener a su lado. La plebe a sus pies. Estos para gobernar la república. Los otros para servir en ella» (Baños, 1670: 41). Por esta razón diversos historiadores, como Adolfo Carrasco, no dudan en afirmar que con Carlos II se asentó con más fuerza el poder de los grandes, «porque se les concedía un derecho natural a participar en el poder y que se limitara el acceso a ese poder a otros grupos nobiliarios y mesocráticos letrados» (Carrasco, 1999: 82). Con la llegada de Felipe V y los cambios que introdujo, se favoreció una cierta oposición de los grandes, que, como recuerda Francisco Andújar, tenían un claro «poder informal […] que encabezó la oposición a los cambios introducidos por Felipe V, pero que carecía de cualquier representación de carácter institucional», lo que sin duda debilitaba su actuación (Andújar, 2013: 69). De este modo, si en Cataluña la nobleza estaba controlada por sus estamentos más bajos y ejercía su influencia a través de una institución propia (el Brazo Militar), en Castilla sucedía justo el proceso inverso: la nobleza titulada pretendía representar a todo el estamento y ejercía su influencia desde el interior de las instituciones políticas del Reino.

A pesar de ello, ambas noblezas carecían de una fuerte cohesión interna que nos permita poder hablar de ellas como un grupo social cerrado y coherente. Recientemente, Francesco Benigno nos ha recordado que a la hora de hablar de la nobleza resulta «necesario renunciar a la idea de una clase, de un grupo social coherente, jerárquicamente ordenado y dotado de una autoconciencia arraigadas» (Benigno, 2023: 17). Es significativo que tanto el «Asunto del banquillo» como en el conflicto de precedencia del 1693 estuvieron precedidos por conflictos menores que ilustraban estas divisiones internas provocadas por la necesidad de definir el lugar que ocupaban en la jerarquía social. Tanto titulados castellanos

7. ACA, Llibre verd, G-225, fol. 6r. En adelante lo citaremos en el cuerpo de texto como LLV indicando el folio.

como catalanes utilizaron el mismo lenguaje para justificar sus derechos, pero su aplicación práctica fue diferente. En el caso del banquillo, el incidente anterior se produjo en 1701, cuando Felipe V estableció que el rango de duques y pares de Francia fuera igual que el de los grandes de España (Luzzi, 2017; Terrassa, 2011). La decisión fue cuestionada por algunos duques, especialmente el de Arcos, el cual consideraba que el decreto les degradaba en la jerarquía social porque «no es ni puede ser recompensados los grandes con tener el cuarto lugar y grado en Francia». Desde su perspectiva, los grandes españoles eran equivalentes a los príncipes de sangre de Francia y no a los duques, pues en Castilla entre el monarca y los grandes no había ningún grado intermedio, como sí lo había entre los pares y el rey de Francia. Arcos se remontaba a 1520, cuando Carlos V «añadió y agregó a la dignidad de Grande el tratamiento de Primo», mostrando así la consanguinidad con el monarca. Además, recordaba que en Aragón «los marqueses tienen trato de primos sin ser Grandes» y que, en Castilla, «hay unos marqueses o condes que son llamados primos o sobrinos […] otros que no tiene más tratamiento que el de honrados marques o condes amigo». Esta diferencia se había acentuado con Carlos II, el cual había «llamado primos a los Grandes, y pariente a los segundos de ellos y a los títulos» (Arcos, 1702: 5-6, 38-39 y 48). De este modo, se establecía una defensa de la dignidad de la grandeza en un doble sentido. Por un lado «ad extra», frente las pretensiones de duques y pares franceses de equipararse a los grandes. Por otro lado, «ad intra», frente a las pretensiones de marqueses y condes de tener su misma dignidad. Este desprecio hacia los títulos que no gozaban de la grandeza ayuda a entender el poco apoyo que recibió el memorial y que Felipe V no cambiara su decisión (Terrasa, 2011: 166).

A pesar de su número reducido, las tensiones internas también existían entre los titulados catalanes. De hecho, hablamos de títulos porque grandes de España en Cataluña solo había uno en 1693 (Moreno: 2012), el duque de Cardona, que pertenecía a Luis Francisco de la Cerda y Aragón, duque de Medinaceli, que pasó gran parte de su vida entre Andalucía, Italia y Madrid (Ribot, 2010). En el caso catalán el conflicto de 1693 había sido precedido, desde mediados de los años ochenta, por las diputas entre condes y marqueses por la precedencia en el Brazo. Los marqueses fundamentaban su derecho sobre los condes en que ellos firmaban las constituciones catalanas por delante de los condes y que el monarca se dirigía a los marqueses como «primos» mientras que los condes solo eran «parientes»[8]. Es decir, el mismo razonamiento de Arcos, pero ampliando el tratamiento de «primo» a todos los marqueses, mientras que Arcos lo reservaba solo a los grandes, que podían ser en ocasiones marqueses o condes. Los condes, por su lado, basándose

8. Biblioteca de Catalunya (BC), «Por los Condes residentes en el Principado de Catalunya con los marqueses del mismo…». Follets Bonsoms, 10987, fol. 16r., pp. 21-22. El memorial de los marqueses no se ha conservado, su contenido lo conocemos por este memorial de los condes. En adelante lo citaremos dentro del cuerpo de texto como FB, 1087, indicando el folio.

en un voto emitido por los abogados Josep Güell y Valeriano Valda, pretendían demostrar que era la antigüedad del título lo que marcaba la precedencia y no el tratamiento que les otorgase el monarca (FB, 10987, fol. 221). La disputa se cerró en 1692 cuando Carlos II decretó la precedencia de los marqueses sobre los condes en «tots los actes y funcions públiques en que uns y altres concorran» (LLDBM, 4: 900). Podemos ver que el conflicto se jugaba en la misma cancha lingüística de Arcos (la precedencia y la familiaridad con el rey por ser «primo» o «pariente»). Si para Arcos los grandes eran «primos» del Rey, los marqueses catalanes consideraban que ellos también lo eran, mientras que los condes eran simples «parientes». Por otro lado, no podemos olvidar que esta discusión no tenía la misma relevancia en Castilla que en Cataluña. Hacia 1700 se calcula que había más de 500 títulos castellanos (Felices, 2011; Morales Roca, 1983, Rodríguez, 2010), mientras que en Cataluña, a duras penas llegaban a las 25 personas[9]. Lo que difícilmente podían esperar los titulados catalanes era que, un año después, los estamentos inferiores, mucho más numerosos que ellos, los cuestionasen y consiguieran suprimir su precedencia en el Brazo y las ceremonias públicas.

## 2. Una nobleza de «grandes» reticencias

Hace años Lynch consideraba que «la monarquía de Carlos II era una especie de monarquía aristocrática donde los grandes se reunían para formar o derribar un gobierno sin tener en cuenta la voluntad real» (Lynch, 1992: 314). Numerosos trabajos han puesto de manifiesto cómo las diferentes Juntas de Gobierno estaban monopolizadas casi exclusivamente por la nobleza titulada (Carrasco, 1999; Luzzi, 2014; López Anguita, 2016, Dedieu, 2019; Molina Recio, 2020). Por eso, con la llegada de Felipe V a la península, la corte de Versalles se sorprendió al tomar conciencia del poder que tenían los títulos. Uno de los objetivos de la nueva dinastía fue, en palabras de Antonio Terrassa, «que el rey dejara de ser prisionero del ceremonial borgoñón y de los Grandes, para convertirse en el centro de la Corte» (Terrasa, 2011: 165). La tarea no fue sencilla. Durante los primeros años de gobierno de Felipe V, se intentó reducir el poder de los títulos a través de diferentes métodos. Por un lado, estaba el mencionado conflicto por la equiparación a los duques y pares de Francia, lo que reducía su visibilidad pública. Por otro lado, también se llevó a cabo, no sin esfuerzo, una reducción de los miembros de la familia real y los titulados que tenían acceso directo a la Real Cámara. Como ha destacado Gómez Centurión, el abultado número de títulos y grandes que la formaban favorecía una «invisibilidad» del monarca y que «la reclusión de la persona

9. 5 marqueses (Cardona, Aitona, Cerdanyola, Tamarit y Sentmenat) y 8 condes (Santa Coloma, Solterra, Vallfogona, Robres, Benavent, Rupit, Centelles y Savallà).

del rey vigilada por los Grandes […] mermaba su autoridad en palacio y su independencia» (Gómez Centurión, 1996: 970).

A la vez, se intentó reducir el peso de los grandes y títulos en los Consejos de la Corte. Para López Anguita, durante los primeros años de gobierno de Felipe V, la actitud francófila y dictatorial del cardenal Portocarrero facilitó un progresivo alejamiento de los grandes del monarca, los cuales veían con gran preocupación el creciente peso que adquirían en el gobierno de la monarquía el embajador francés duque de Harcourt y el financiero Jean Orry (López Anguita, 2016: 218). El objetivo, como ha señalado Bernardo Ares, era transformar «la monarquía aristocrática de los Austrias en la monarquía meritocrática de los borbones» (Bernardo Ares, 2008: 149). Pero no fue fácil. Todavía en 1703, el Consejo de Estado estaba formado enteramente por grandes de España con diferentes títulos (2 duques, 3 marqueses y 4 condes) (Luzzi, 2014: 147). Las formas de oposición y resistencia a estas reformas por parte de los grandes fueron de diversa índole, desde la dimisión de cargos de marina y del ejército por no querer servir a superiores franceses, pasando por diferentes reuniones «secretas» en sus casas, hasta la negativa a asistir a las ceremonias de la capilla real como consecuencia del asunto del Banquillo. Tanto Versalles como Felipe V eran conscientes de que no se podía gobernar sin el apoyo de los grandes, por lo que decidieron crear en 1703 una «Junta de Grandes» que se encargaba de «materias graves de estado», iniciativa que no prosperó (López Anguita, 2021: 244 y 253). A la vez, intentaron debilitar el poder de la Junta de Estado potenciando el «Consejo de Gabinete», creado *ex novo*, el cual estaba controlado por Amelot y algunos grandes de probada fidelidad a la Corona (Andújar, 2013: 60). En el fondo, como recuerda María Luz González, «la corona no buscaba minar a la aristocracia como estamento, sino terminar con el poder político de los Grandes. Asimismo, se creaba una nueva tradición noble, de promoción basada en el servicio y lealtad» (González Mezquita, 2023: 120). Todo este proceso culminó con la modificación del ceremonial de la Corte en 1709. La nueva normativa, si bien no disminuía el acceso de los grandes a las estancias del monarca, sí que diluía su protagonismo al forzarlos a asistir a los actos públicos del monarca «sin apenas diferencias de rango» (Gómez-Centurión, 1996: 993-996).

Pero pensar que existía un enfrentamiento directo entre los grandes y títulos frente a las formas de hacer de la nueva dinastía sería un error. Como también lo es pensar que entre ellos había una gran cohesión interna de pensamiento y actuación. Diversos autores han puesto de manifiesto que resulta difícil afirmar que existieran «partidos» o «facciones» claramente cohesionados y diferenciables. Ni tampoco que compartieran la misma visión de la función que debían tener los estamentos privilegiados en el gobierno de la monarquía (Albareda, 2010; Andújar, 2013; Luzzi, 2014). De hecho, Amelot consideraba en 1705 que «Los Grandes de España no son temibles por ellos mismos, porque no tienen unión entre ellos» (Andújar, 2013: 56). Las distintas formas de resistencia de parte de la nobleza titulada a los cambios que querían imponer la nueva monarquía tenían cierto parecido a la actitud «rebelde» de la pequeña nobleza catalana desde la segunda mitad

del siglo XVII y durante la guerra de Sucesión (Martí-Fraga, 2023). Como bien ha destacado Terrasa, «no era tanto una cuestión de austriacismo o de resistencia a la nueva dinastía cuanto de poner límites constitucionales –por supuesto, tal y cómo los entendían la alta aristocracia del Antiguo Régimen– al poder real» (Terrasa, 2011: 188). Esta misma resistencia es la que explicaba la oposición que existió durante los primeros años a las formas «tiránicas de Portocarrero», tras las cuales se escondía una «defensa de las formas tradicionales de gobernar la monarquía» (Luzzi, 2014: 144).

## 3. Las consecuencias de una beatificación

Como queda dicho, el conflicto por la precedencia del Brazo Militar en Cataluña se produjo en abril de 1693 a raíz de la necesidad de determinar si el protector debía preceder a la nobleza titulada en las ceremonias para celebrar la beatificación de santa María de Cervelló. El problema se había iniciado unas semanas antes, el 23 de febrero, cuando el Brazo decidió encargar a una comisión de 8 personas el protocolo de la ceremonia, a la vez que pedía un dictamen a los abogados del Brazo Militar (Luis de Valencia y Pere Cardona) y a dos abogados externos (Valeriano Balda y Francisco Ametller). Los dos primeros consideraron que los titulados debían preceder al protector (LLDBM, 4: 906r.), mientras que Valda y Ametller fueron de la opinión contraria. Para estos últimos era necesario y lícito modificar los capítulos 5 y 9 de las ordinaciones de 1602 de modo que se afirmase que el protector debía preceder a los titulados tanto en las ceremonias públicas como en las reuniones del Brazo[10]. El cambio otorgaba un mayor protagonismo político al protector del Brazo, pues ya no debía ceder sus responsabilidades en la institución cuando hubiese títulos presentes. Los votos discordantes de los abogados generaron numerosas tensiones internas (Robres, 2006: 66). Finalmente, el 27 de marzo, el Brazo aprobó por mayoría la propuesta de modificación de los mencionados capítulos en una reunión a la que asistieron 67 personas (LLDBM, 4: 907r.). Solo los grandes tendrían la precedencia sobre el protector, una categoría que se reducía en aquel momento únicamente al duque de Cardona, que no residía en Cataluña.

La reacción de los títulos a la decisión del virrey y la modificación de los estatutos por parte del Brazo no se hizo esperar. Pocos días después protestaron ante la Real Audiencia y el Consejo de Aragón. Los títulos argumentaban la ilegalidad de la decisión tomada por el Brazo y por eso la Corona inició diligencias para escuchar a ambas partes. Mientras esto sucedía, los títulos decidieron no participar

10. El capítulo 5 establecía que un título era responsable de proponer la cuestión a tratar «y en cas no la vulla proposar que dit Protector aya de proposar aquella». El capítulo 9 establecía el lugar donde se sentaban cada uno de los miembros del Brazo, fijando que «que en cas hi assistescan alguns titulars, ducs, marquesos y comtes hagen de tenir lo primer o millor lloch y apres de aquell o aquells lo Protector». *Cfr.* LLV: 5 y ss.

en las reuniones del Brazo hasta que el monarca no solucionara el conflicto. Como recuerda el conde de Robres: «no resolvió el Señor Carlos II la competencia y se abstuvieron de concurrir en el estamento los títulos hasta estas Cortes» (Robres, 2006: 77). Una lectura detallada de los acontecimientos nos muestra que la realidad fue más compleja. Por un lado, los títulos se equivocaban al negar el derecho del Brazo a modificar sus estatutos, pues esta posibilidad estaba contemplada en el artículo 19 de la normativa de 1602 (LLV: 11r.) y se había hecho con regularidad a lo largo del siglo XVII (Martí-Fraga, 2016: 37)[11]. Es significativo que, de los 67 asistentes a la reunión que modificaba los estatutos, 40 fueran nobles, 18 caballeros y 7 ciudadanos honrados (LLDBM, 4: 906r.). Entre estas personas estaba Miquel Clariana, conde de Plegamans, lo que pone de manifiesto que no todos los titulados estaban en contra de la reforma. Clariana continuó participando en las reuniones del Brazo y en sus comisiones de trabajo durante los años 1693, 1694 y 1695, reconociendo así los derechos que había adquirido el protector (LLDBM, 5: 5r., 99r., 128r. y 137r.).

A ello se añade la presencia continuada en el Brazo de hijos y herederos de algunos miembros de la nobleza titulada durante esos años. Es el caso de Josep Marimon (hijo de Félix Marimon, marqués de Cerdanyola) o Josep Clariana (hijo de Miquel Clariana) (LLDBM, 5: 415; 6: 344). La documentación del Brazo pone de manifiesto que las diferencias por la precedencia no enturbiaron las relaciones entre el estamento y algunos titulados, como lo demuestra la correspondencia que entre 1693 y 1701 mantuvieron el protector y los marqueses de Tamarit, Vilanova, Cerdanyola, Camarasa o los condes de Erill, Peralada, Solterra, Montagut y Rupit (LLDBM, 5: 52v., 348 y 256v.; 6: 26 y 67). Incluso encontramos que algunos titulados fueron a despedirse del Brazo Militar antes de asumir un cargo real, como el marqués de Castelldosrius, nombrado embajador de Carlos II en París en 1699. Estos hechos ponen de manifiesto un reconocimiento de la superioridad y la dignidad del protector por parte de algunos titulados (LLDBM, 6: 67). Se constata que, del mismo modo que sucedía con la nobleza titulada castellana, difícilmente podemos hablar de títulos catalanes como un cuerpo común y unificado. Más allá de los cambios que esto suponía en la visibilización de la nobleza y su jerarquía, hay que valorar que la medida afectó a pocas personas. En concreto a 20 individuos que poseían 22 títulos catalanes (1 duque, 6 marqueses y 15 condes), de los cuales 9 estaban ausentes del Principado y no podían participar en las reuniones del estamento[12]. Es decir: solo impidió la entrada en el Brazo de 11 personas de los más de mil miembros de la nobleza que había aproximadamente en Cataluña en ese momento[13].

11. Se habían hecho modificaciones los años 1605, 1642 y 1648. En 1671 y 1683 hubo otras propuestas de modificación que no tuvieron el apoyo suficiente para ser aprobadas.

12. En concreto, el duque de Cardona; los marqueses de Aitona, Tamarit, Cerdanyola, y los condes de Peralada, Vallfogona, Palamós, Guimerà y Erill. *Cfr.* Molas, 2004.

13. La cifra de mil miembros es una aproximación a partir de la suma de concesión de mercedes a catalanes que hicieron Felipe III, Felipe IV y Carlos II y Felipe V. *Cfr.* Amelang, 1986; Fluvià, 1998;

Si nos aproximamos a este conflicto desde una perspectiva más amplia podemos ver que, si bien es cierto que durante el siglo XVII se había observado con normalidad la prioridad de los títulos sobre el protector[14], también lo es que hubo ocasiones donde este privilegio fue cuestionado. Una de ellas la encontramos el 15 de abril de 1621, cuando en la Junta de Brazos de la Diputación el protector Bernat de Pinós pretendió hablar en primer lugar, justo después del presidente del Brazo Eclesiástico. Ello se hacía a pesar de que a la reunión asistía también el vizconde de Joch, a quien realmente le correspondía la presidencia[15]. Diferentes datos muestran que la existencia de un cierto rechazo a los títulos, o al menos a su liderazgo, era algo frecuente. Pere Molas ha destacado que en las fracasadas Cortes de 1626 también se había planteado un conflicto por la precedencia entre viejos y nuevos nobles (Molas, 2004: 81). El 3 de mayo de 1679 fue escogido como protector el conde de Peralada, pero fue cuestionado por no ser natural de Catalunya (LLDBM, 3: 526 y ss.). En 1671 el Brazo instaba a la Diputación a exigir a la Corona el fin de los abusos que cometían «grandes, títols o personas particulars» (DGC, 7: 382). El hecho de que no mencionase directamente a los nobles, caballeros o ciudadanos honrados, y sí a los titulados, es indicativo de la poca influencia que ejercían estos últimos en la institución.

No solo eso. A lo largo del siglo XVII su implicación en la vida política del Principado y su compromiso con los intereses del Brazo Militar había sido reducida, lo que ayuda a entender mejor la reticencia de una parte importante de la nobleza a que ejercieran la presidencia de la institución cuando asistían. Los datos conservados sobre las reuniones del estamento entre 1623 y 1692, si bien limitados, son suficientes para hacer una valoración. De las 498 reuniones que hemos constatado, solo en 66 hubo presencia de nobleza titulada, lo que supone un 13 %. En los primeros años (1624-1626), se percibe una mayor asistencia, sobre todo del conde de Santa Coloma y, en menor medida, Cardona, Savalla y Montagut, pero entre 1634 y 1654 desparecen absolutamente, precisamente cuando el Brazo tuvo un mayor protagonismo político (LLDBM, 1: 6r., 8v., 57r. y 63r; 112-115). Entre 1654 y 1691, su participación fue todavía menor, reduciéndose a menos del 2 % del total de reuniones documentadas[16]. Solo asistieron con regularidad cuando habían sido escogidos como protectores, cosa que sucedió en 5 ocasiones entre 1624 y 1693 (Martí-Fraga, 2016: 78). Todo ello pone de manifiesto que, a

Morales, 1975 y 1983.

14. Entre 1624 y 1634 participaron en 60 reuniones, si bien no todos los años (no estuvieron en 1626-1628, 1630 y 1632). A partir de esa fecha se constata una ausencia continuada solo rota por alguna reunión muy puntual en los años 1654, 1655, 1682, 1684, 1690 y 1691. *Cfr.* LLDBM, vols. 1-4.

15. *Dietaris de la Generalitat de Catalunya* (1994-2008) (10 vols.), Barcelona: Generalitat de Catalunya, vol. 4, pp. 466-468. En adelante lo citaremos dentro del texto como DGC, indicando el volumen y la página.

16. Lo habitual era que asistieran uno o dos títulos a la vez. Solo el 7 de octubre de 1682 y el 10 de abril de 1690 hubo tres miembros. *Cfr.* LLDBM, 3: 575; 4: 673.

diferencia de lo que sucedía con los titulados y grandes de España castellanos, en Cataluña eran pocos y estaban poco interesados en participar en la vida política del Principado. Por eso se entiende que para Castellví los títulos «eran nombres que la nación siempre ha aborrecido» (Castellví, 1997: 187)[17].

## 4. Un Brazo de «caballeros»

A lo largo de los años siguientes, entre 1693 y 1702, tanto los títulos como el Brazo redactaron diversos memoriales justificando sus derechos de precedencia[18]. Allí se reflejaban dos concepciones diferentes de la identidad de la nobleza catalana, a la vez que ilustran sus semejanzas y divergencias con la castellana. En el trasfondo de los memoriales subyace la discusión sobre un tema fundacional que justifica las diferentes posturas: determinar si el Brazo Militar de Cortes y el Brazo Militar «laico», el que se reunía fuera de Cortes, eran el mismo. Para los títulos, el Brazo laico era un brazo de nobles al que en 1481 se habían añadido los caballeros y ciudadanos por concesión real (MT: 14-18). Por tanto, a la hora de establecer la precedencia, primaban las normas del de Cortes a pesar de los estatutos del Brazo de 1602. Con ello estaban afirmando veladamente que la auténtica nobleza era la de los títulos, que permitían o consentían la participación de los estamentos privilegiados inferiores en su Brazo. Era el mismo enfoque que había en Castilla, donde los titulados también pretendían representar a toda la nobleza. La otra gran cuestión de debate era determinar la relevancia del protector. Para los títulos, antes de las ordinaciones de 1602 el Brazo laico no tenía una cabeza visible porque los títulos ejercían ese papel (MT: 58). Esta afirmación no hace justicia a la realidad. Hemos podido comprobar que con anterioridad a 1602 hubo ocasiones en que protector no fue un título (DGC, 3: 209 y 428). Para los condes y los marqueses, el protector era «solo un oficial cierto y destinado […] para cuydar de las dependancias que ocurrieren en él [el Brazo Militar] y informar de ellas al título o títulos que según su graduación devían presidir en él». Su creación en 1602 se explicaba porque los títulos «no estaban siempre fixos en la Ciudad de Barcelona» y, por tanto, no podían dirigir la institución de modo habitual (MT: 67). Además, añadían, la figura del protector nunca había sido reconocida por los reyes hasta 1701. La modificación de los estatutos del Brazo Militar en 1693 se había hecho

17. Francesc de Castellví era un militar contemporáneo de los hechos que escribió unas importantes memorias, que hemos recogido en la bibliografía.

18. Los dos memoriales se encuentran en la Biblioteca del Institut d'Història Jaume Vicens Vives de la Universitat Pompeu Fabra. El del Brazo, redactado en 1694, lleva por título *Por el muy ilustre y fidelísimo Braço Militar sobre el acierto con que revocó…* (Res C. 1694. P67). En adelante lo citaremos dentro del texto como MBM, indicando la página. El de los títulos, redactado en 1702, se titula *Señor, los Títulos del Principado de Cataluña…* (Res C. ZX1703. S47). En adelante lo citaremos en el cuerpo del texto como MT, indicando el folio.

«en beneficio de cierto número de personas comprendidas en el colegio, y en odio de los demás, particularmente si se hazen sin su interesencia» (MT: 63). Es decir, se planteaba como una lucha de intereses particulares o de clase dentro del estamento noble.

Los argumentos usados por el Brazo Militar para justificar la modificación de los Estatutos en 1693 eran justamente los contrarios. Cuando se creó el Brazo en 1389, era de caballeros, separados de los títulos, de modo semejante al Reino de Aragón, en que había dos brazos, el de nobles y el de infanzones (Redondo, 1984). Es con Fernando II, en 1481, cuando se permite la entrada de los títulos en el Brazo y que se puedan reunir fuera de Cortes, privilegio del que carecía el Brazo de nobles, que desapareció (MBM: 3 y 5). Por tanto, concluía el Memorial, «este Braço por si es de cavalleros, y esta es la calidad esencial que para su inclusión es menester, como por si mismo lo prueba la palabra Bras o estament militar», de manera que «es accidental, superabundante y no necesaria cualquiera otra de Duque, Marqués o Conde para el Braço» (MBM: 8). Así se reafirmaba la igualdad esencial de toda la nobleza y que las diferentes categorías internas tenían una relevancia menor. El memorial destacaba que lo mismo sucedía en el Brazo Eclesiástico: los obispos participaban en él no por ser obispos, sino por ser canónigos, y ocupaban su lugar en función «de su antigüedad, sin preceder [los obispos] a los más antiguos» (MBM: 9). La estructura interna del Brazo Militar creada en 1602 ya ponía de manifiesto esta realidad: las tres categorías de nobleza (ciudadanos honrados, caballeros y nobles) tenían el mismo número de consejeros, podían acceder en igualdad de condiciones a los cargos de protector y clavario o presidir y dirigir el Brazo en ausencia de ellos.

La precedencia del protector se justificaba por el sistema electivo de votación, pues la institución se consideraba un colegio o gremio[19]. Una denominación, «gremio», que también era usada y reconocida por los contemporáneos para referirse al Brazo[20]. Lo mismo sucedía en las Universidades Literarias: el rector era escogido por los doctores, a pesar de que pudiera haber obispos entre los miembros, los cuales asistían en calidad de doctores, no de obispos (MBM: 14). Siguiendo este planteamiento, la presencia de los títulos en el Brazo era por su condición de miembro del estamento sin importar el grado. Finalmente, se recordaba que la figura del protector y su precedencia había sido reconocida y respetada por diferentes monarcas, instituciones y algunos títulos. En 1481 Fernando II ya se dirigía al estamento como los «il·lustre egregios nobles magníficos y amados nuestros, el Protector y Brazo Militar de Cataluña» (Salvador, 1975: 370). A lo largo del

19. En numerosas ocasiones el Brazo se autodenomina «gremio». Véase los casos de 1700 y 1707. *Cfr*. LLDBM, 6: 64; 8: 70v. Por otro lado, los estatutos de 1602 afirmaban el derecho de la nobleza de crear «un col·legi y Bras per conservació de sas prerrogativas». *Cfr*. LLV: 3v.

20. Josep Alòs se refería a «los oficios de aquel gremio» (Gay, 1997: 756) y Francisco Ametller criticaba al «gremio del Brazo Militar» (Sanpere, 2001: 677).

siglo XVII, pero especialmente con Carlos II, se constatan numerosas cartas que el monarca y algunos títulos dirigieron expresamente al protector[21].

Resulta evidente que la reforma de 1693 pretendía adaptar la realidad institucional del Brazo a los cambios experimentados por la nobleza durante el siglo XVII. Cuando se redactaron las ordinaciones de 1602 todavía estaba cercana la oleada de 9 títulos que se había concedido a catalanes al finalizar las Cortes de 1599. Sin embargo, desde esa fecha hasta 1692 solo se habían creado 10 títulos más. A lo largo del siglo XVII, se había comprobado que una parte importante de los títulos no participaban de la vida política catalana ni en la institución[22], ni mostraban interés por los miembros de su estamento de inferior categoría. El protagonismo que había adquirido el Brazo en la vida política y el aumento de las cuestiones en que estaba implicado eran consecuencia de la relevancia social y política de la pequeña nobleza. Esta nobleza, fruto de los cambios socioeconómicos, era cada vez más numerosa y totalmente implicada con la defensa de las constituciones (Martí-Fraga, 2016: 115-155). De ahí la insistencia en reafirmar las prerrogativas del protector.

## 5. Felipe V y los títulos catalanes

Las Cortes de 1701-1702 convocadas por Felipe V fueron el escenario donde el conflicto adquirió una nueva dimensión. Antes de iniciarse hubo conflictos por decidir quién debía presidir el Brazo Militar de Cortes: el protector o un título. El 3 de mayo de 1701 se habían renovado los cargos de protector y clavario, siendo designados los nobles Josep Terre y Felicià Cordelles. Sin embargo, Terré nunca llegó a tomar posesión y fue Cordelles el que lideró la batalla por la presidencia. Como recuerda Emmanuel Mas, en las reuniones previas a la apertura de las Cortes, en el Brazo Militar «no hubo título alguno, por tener esa pretensión de preceder al Protector» (Mas, 1705: 18). El Brazo, partiendo de la base de que ambos brazos eran el mismo, intentó que el noble Pere Torrelles, elegido por votación, fuera el presidente durante las Cortes (Castellví, 1997: 336), pero Felipe V decidió nombrar al valenciano Ramon de Rocafull, conde de Peralada. Con esta decisión parecía posicionarse a favor de la nobleza titulada, pero no está tan claro. En la ceremonia de juramento de fidelidad al rey por parte de los comunes, Felipe V había permitido que algunos nobles precedieran a los títulos en el besamanos (LLDBM, 6:

21. Es el caso del duque de Sesa en 1689 o el duque de Cardona, el marqués de Aitona y el conde de Peralada en 1696. *Cfr.* ACA, Generalitat, Varia, V203, n. 84; V206, n. 62; V211, n. 107).

22. Entre 1600 y 1714 solo hubo 1 duque y 9 condes que estuvieran insaculados en la Diputación: el duque de Cardona y los condes de Robres, Placencia, Guimerà, Santa Soloma, Peralada, Centelles, Palamós, Montagut y Erill. Solo fue diputado militar el conde de Plasencia. *Cfr.* Serra, 2015. En el Consejo de Ciento no ocuparon ninguna consejería. En las novenas de la Diputación, entre 1654 y 1700, solo participaron el vizconde de Joch en 2 novenas y el conde Rupit en 6 de un total de 54 que hubo (15 %). *Cfr.* Martí-Fraga, 2014.

346-347). Los primeros en presentarse fueron los marqueses seguidos de 4 nobles (Josep Agulló, Pere Cartellà, Francisco Junyent y Jeroni Rocabertí) y en un tercer lugar se situaron los condes y el resto de nobleza no titulada. Felipe V también había permitido que el 30 de septiembre, a los pocos días de llegar a Barcelona, el Brazo Militar, presidido por el clavario Felicià Cordelles, le diera la bienvenida oficial en Sant Feliu de Llobregat en nombre de toda la nobleza (LLDBM, 6: 341). De este modo, y en contra del parecer de los titulados, el monarca reconocía la relevancia institucional del protector.

Las Cortes se iniciaron el 12 de octubre de 1701. El libro familiar del Brazo Militar muestra que entre esa fecha y el 7 de noviembre, los títulos estuvieron siempre presentes en las reuniones y las presidieron[23]. Su número era pequeño: solo 10 personas frente a los más de 200 caballeros y nobles que asistían habitualmente, lo que suponía entre un 3,8 y un 4,4 % del total (PEMC, 1701: 44 y ss.). Con la excepción de conde de Creixell y el marqués de Sentmenat, estas 10 diez personas tituladas eran las únicas que podían asistir de los 25 títulos que había en aquel momento[24]. Esta situación cambió el 8 de noviembre cuando la nobleza no titulada volvió a cuestionar quién debía presidir el Brazo. Se decidió crear una comisión formada por dos títulos designados por el presidente con dos representantes de la nobleza no titulada escogidos «per escrutini» (PEMC, 1701: 162). Se acordó que en caso de no llegar a un consenso se recurriera a Felipe V para que tomase una posición. Los títulos decidieron actuar por su cuenta y apelaron directamente a la intercesión de la Corona. En consecuencia, por sugerencia de Feliciano Cordelles, el Brazo deliberó continuar reuniéndose sin los títulos, con la excepción del marqués de Peralada, pues era el presidente designado por el monarca. La propuesta era ilustrativa del sentir del Brazo: «Attenent que ab los exemplars de las Corts precedens queda clar que si no es en lo molt Ilustres presidents en los demés que concorran en lo present Braç Miliar, ja sian titulats o no ho sien, nos mire ni se observa graduació en los puestos de assentar-se, sino que cada un se assenta allí ahont li apar y te gust. Perçó […] en la present Cort se observe lo mateix» (PEMC, 1701: 164). Cordelles tenía razón: en las Cortes inclusas de 1626 el Brazo había sido presidido por el duque de Cardona seguido del protector: Luis Corbera y Castellet. Y eso a pesar de que en aquel momento ya había en Cataluña 9 condes nombrados en 1599 a los que no se les asignó un trato diferente[25]. A partir de esa fecha y hasta el final de las Cortes Peralada presidió todas las reuniones del

23. ACA, N-1065-1066, «Procés de l'estament militar de la Cort General de Barcelona», fols. 1-153. En adelante lo citaremos dentro del cuerpo de texto como PEMC, 1701, indicando el folio. La foliación de los dos volúmenes es continuada.

24. De las 22 personas tituladas (varias poseían más de un título), solo 12 residían en Cataluña y dos de ellos no podían asistir por ser oficiales reales: conde de Centelles (baile general) y el marqués de Rubí (habilitador de Cortes). Los condes de Creixell y Sentmenat fueron los únicos que podían asistir y no lo hicieron.

25. ACA, N-1057, fol. 1.

estamento, al que no volvió a asistir ningún otro noble titulado. Solo entre el 2 y el 13 de enero Pere Torrelles presidió el Brazo «per voluntat de dit Braç Militar per indisposició del marqués de Anglesola» (PEMC, 1701: 635)[26]. Los datos muestran que el Brazo Militar de Cortes estuvo completamente bajo el control de la pequeña y mediana nobleza, lo que ayuda a entender mejor el rigor con que defendieron las constituciones (Bartolí, 1979; Serra, 1996). Los títulos asistieron los primeros 27 días, mientras que el resto de la nobleza dirigió la institución en solitario durante los últimos 66 días, justo cuando se aprobó la legislación más relevante.

A esta realidad cabe añadir la existencia de una gran desconfianza de nobles y caballeros respecto a los títulos. Ilustrativo de ello es que cuando el 1 de noviembre se nombraron por votación los miembros de las cinco comisiones de trabajo de las Cortes, solo uno de los 18 miembros escogidos pertenecía a la nobleza titulada[27]. A estas comisiones habría que añadir otros cargos creados anteriormente como los dos responsables del Brazo para tratar los asuntos de la Corte con los tratadores del rey (el marqués de Besora y Pere Ribes) o los miembros de la Junta de Medios, responsable de definir el donativo (PEMC, 1701: 918). Todos ellos fueron escogidos por votación de las más de 300 personas que estaban habilitadas en esas fechas (PEMC, 1701: 123). La constatación de que el estamento no eligiera a casi ningún título para estos puestos nos muestra el poco prestigio de que gozaban entre sus semejantes. Este hecho ayuda a entender también la disminución de la presencia de los títulos en las reuniones del Brazo antes de la ruptura del 9 de noviembre. Entre el 19 y el 24 de octubre no asistió el marqués de Besora y en la reunión del 7 de noviembre tampoco lo hicieron los de Santa Coloma y Savalla (PEMC, 1701: 50-153). El 14 de enero se cerraban las Cortes con el besamanos del rey. Ese día asistieron al juramento y la firma de las constituciones un total de 306 nobles. De ellos solo había dos títulos: el presidente conde de Peralada y el marqués de Besora. En tercer lugar, se situaba Pere Torrelles, la persona designada por el estamento para presidirlo en ausencia de Peralada (PEMC, 1701: 660). De este modo se podía decir que la legislación aprobada no contaba con el beneplácito de «toda» la nobleza, solo de sus grados inferiores, que eran mayoritarios. Los títulos, por una cuestión de protocolo y reconocimiento social, habían decidido no participar en su confección, lo que disminuía su influencia política a la vez que daban argumentos a los que les criticaban su falta de compromiso con la defensa de las Constituciones catalanas.

## 6. Después de Cortes

Si bien Felipe V no tomó una resolución sobre la cuestión de la precedencia, las Cortes supusieron un paso más en la identificación entre los dos Brazos,

26. El conde de Peralada también era marqués de Anglesola.
27. El marqués de Besora (PEMC, 1701: 123).

favoreciendo implícitamente a la pequeña nobleza. Varios elementos lo muestran. Por un lado, los abogados, el notario y el andador del Brazo eran los mismos a excepción de Pere Cardona, que fue substituido por Plácido Copons (PEMC, 1701: 218). Como promotor del Brazo, es decir, la persona que transmitía las deliberaciones del Brazo a los otros estamentos o al monarca, se escogió a Felicià Cordelles, clavario y presidente del Brazo laico. A ello se añade que, en la recta final (entre el 2 y el 13 de enero), Pere Torrelles lideró la institución en ausencia del conde de Peralada. Fue en esas fechas cuando se aprobó el texto definitivo de las Constituciones, así como el donativo. Torrelles llegó incluso a firmar algunos documentos clave de las Cortes en tanto que presidente: es el caso de los pagos a los tratadores del rey o la creación de los oficios de cronista real y de picador de caballos (PEMC, 1701: 920).

Durante los años siguientes, el conflicto se agudizó como consecuencia de algunas decisiones adoptadas por Felipe V. La primera fue la concesión de nuevos títulos a catalanes. La medida tenía una doble finalidad: por un lado, premiar a aquellas personas que le habían sido fieles y, por otro, ganarse el favor de los más díscolos. Entre 1702 y 1705 nombró a 14 títulos nuevos: 12 marqueses y 2 condes (Morales, 1975; Fluvià, 1998; Molas, 2004). Entre ellos hubo cuatro que ya durante las Cortes había mostrado una actitud beligerante y que luego se posicionaron de manera clara a favor de Carlos III el archiduque: Josep Galcerán de Pinós, Pere Ribes, Antoni Armegnol, Cristófol Potau y Bernat Aimeric. A ellos había que añadir a Pere Torrelles, el cual rechazó el título de marqués (Castellví, 1997: 375, 474 y 482). Estas gracias suponían casi doblar el número de nobleza catalana titulada: de las 22 personas que había en 1700 se pasó a 36 en 1705. Todavía más: de los 14 nombrados, solo uno no residía en Cataluña[28], de modo que entre 1702 a 1705 el número de personas tituladas que podían participar en Cortes creció de 15 a 28 individuos. La decisión reforzaba el poder de la nobleza titulada en el estamento a la vez que pretendía generar vínculos de fidelidad y clientelaje que consiguiesen reducir la oposición al nuevo monarca.

Como línea general los nuevos titulados no cambiaron su decisión de ausentarse de las reuniones del Brazo. Josep Galcerán de Pinós fue uno de los pocos que rompió esta uniformidad y que asistió a algunas reuniones del Brazo y participó en las comisiones de trabajo, sin exigir ningún trato preferencial (LLDBM, 6: 380; 7: 184). Otros titulados decidieron mantener su participación política a través de las conferencias y las novenas de la Diputación, de modo que continuaban en primera línea política, sin entrar en conflicto con el Brazo. Es el caso del mismo Josep Galcerán de Pinós, pero también de Josep Cartellà y Desbach y Francisco Bournoville[29]. A ello habría que añadir que, igual que había sucedido anteriormen-

28. Francisco Comes, conde de Rocamartí, que era miembro del Consejo de Aragón y residía en Madrid. Molas, 2004: 149.

29. Ambos participaron en las novenas del 3 de marzo, 6 junio, 19 de junio y 12 de julio de 1704 de la Diputación (DGC, 10: 432, 462, 466, 477). A ellos cabría añadir al marqués de Rupit (DGC, 10: 246).

te, algunos títulos continuaron recurriendo a familiares para estar presentes en el estamento, como Josep Clariana, Pere Ribes, Francisco Amat Planellas, Miquel de Pinós y otros[30]. Con todo, en cifras absolutas su participación en la vida política catalana continuó siendo reducida. De los 28 títulos residentes en Cataluña entre 1702 y 1705, solo 7 fueron miembros o estuvieron presentes en el Consejo de Ciento, Diputación, Brazo Militar o sus comisiones inferiores.

La agudización de esta ausencia del Brazo permitió un mayor protagonismo del protector. Entre 1701 y 1705 el Brazo estuvo presidido por dos nobles que habían tenido un papel clave en la defensa de las constituciones durante las anteriores Cortes: Felicià Cordelles y Pere Torrelles (Martí-Fraga, 2016: 194). Si Carlos II había reconocido en ocasiones la importancia del protector, a partir de 1700 este reconocimiento público aumentó de manera notable. El mismo Luis XIV escribía al estamento militar el 24 de abril de 1701 felicitándoles por la aceptación de su nieto como rey de la Corona Hispánica. La misiva empezaba dirigiéndose a «À notre très cher, bien-aimé, protecteur et bras militaire de la Catalogne» (LLDBM, 6: 303). Igualmente, otros títulos escribieron al protector esos años como los duques de Cessa, Gandía y Priego o los marqueses de Anglesola, Castelldosrius, Santiesteban, además de los virreyes Santa Coloma y Velasco[31]. Por otro lado, se constata la visita de miembros de la nobleza titulada que pasaron por Barcelona, sin que nada sugiera que existiera problemas por la precedencia. Es el caso del duque de Ixar el 30 de enero de 1703 o de Tursis el 27 de septiembre de 1704 (LLDBM, 6: 717; 7: 244). Todo ello ponía de manifiesto el protagonismo político del protector, algo que inicialmente Felipe V se negó a reconocer. El libro de deliberaciones del Brazo constata que el monarca se dirigía desde noviembre de 1700 al estamento como «Ilustres, egregios, nobles, fidelísimos y amados míos del estamento militar del Principado de Cataluña», sin mencionar a su presidente o protector. Esta situación se mantuvo al menos hasta junio de 1704 (LLDBM, 6-7). A partir de esa fecha, y ante el evidente prestigio de la institución, el monarca empieza a dirigirse a ellos como «Muy ilustres, egregios, nobles, magníficos, amados y fieles nuestros el Protector y Brazo Militar del principado de Cataluña» (LLDBM, 7: 203). Podemos ver cómo, a medida que pasaba el tiempo, el Brazo Militar estaba monopolizando la representación de toda la nobleza, incluidos los títulos, mientras que en Castilla eran los grandes y los títulos los que monopolizaban esa representación (Soria, 2007).

Sin embargo, estos datos no nos pueden llevar a pensar que el Brazo Militar fuera un núcleo de resistencia frente a la nobleza titulada, a la que «odiaban» según la perspectiva de Robres (Robres, 2006: 66). Mas bien eran algunos titulados los que no querían igualarse con el resto. El caso del duque de Cardona es ilustrativo

30. Josep Clariana era hijo del conde de Múnter, Pere Ribes era el padre del marqués de Alfarràs, Francisco Amat era hermano del marqués de Castelbel y Miquel de Pinós hijo del marqués de Santa María de Barberá. Su presencia se puede constatar en LLDBM, 6: 544 y 803; 7: 132r., 194 y 283.

31. Entre otros lugares véase LLDBM, 5: 553; 6: 260, 409-416, 839, 869, 1059 y 1072; 7: 202.

de ello. En septiembre de 1702 pasó por Barcelona. El Brazo fue a darle la bienvenida y él quiso devolver la visita asistiendo tanto a una reunión general como a la Junta de Oficiales. Sin embargo, al saber que no tendría ninguna precedencia en las reuniones, renunció a ello (Feliu, 1707: 503). Por contra, diversos hechos ponen de manifiesto el deseo del Brazo de entenderse con los títulos. De haber existido un rechazo no se entendería que se hubiese permitido al marqués de Santa María de Barberá participar en sus reuniones y comisiones de trabajo durante esos años. Solo finalizar las Cortes, el Brazo intentó hablar con los títulos para llegar a un acuerdo, pero estos se negaron (LLDBM, 6: 354r.). A principios de 1705 el juez de la Real Audiencia Domingo Aguirre buscó una solución que tuvo buena acogida en el estamento (LLDBM, 7: 285v.), pero no resultó. El 30 de marzo de 1705 nobles, caballeros y ciudadanos honrados mostraban su desánimo por la actitud reticente de los títulos, pues el estamento «ha sempre desitjat y apreciat la unió y llur assistència [de los títulos], en sos congressos, lo que fins vuy no se ha pogut conseguir» (LLDBM, 7: 288v.). La necesidad de defender Barcelona ante los asedios de 1704 y 1705 supuso otra ocasión para mostrar su actitud favorable a los títulos. En ambos casos el Brazo Militar organizó los turnos de las escuadras que harían las guardias nocturnas, las cuales iban dirigidas por dos miembros del estamento. En 1704 participaron 16 títulos diferentes de un total de 28 y en 1705 lo hicieron 7[32]. Para el Brazo, los titulados no eran un «enemigo», sino miembros de su mismo estamento, y por eso mismo se contaba con ellos en la gestión ordinaria de sus obligaciones. Así se entiende también que el Brazo se opusiese el 4 de diciembre de 1705 al decreto con el que Carlos III, el archiduque, anulaba todas las mercedes concedidas por Felipe V, incluidos los 14 títulos creados entre 1702 y 1705. Es significativo que a esa reunión asistieran 56 personas entre nobles, caballeros y ciudadanos honrados, ninguno de los cuales era titulado y pocos habían recibido mercedes por parte de Felipe V (LLDBM, 7; 437). El hecho de que personas no tituladas defendieran los derechos de los titulados solo se entiende si se concibe el estamento como una reunión de «iguales» dentro de los privilegiados, sin diferencia de rangos.

## 7. La «grandeza» de los cargos

Con la llegada de Carlos III, el archiduque, la situación va a cambiar radicalmente. En la primera carta que el pretendiente austríaco escribió al Brazo (18 de octubre de 1705) ya se dirigía específicamente al protector, indicando así un reconocimiento de su protagonismo (LLDBM, 7: 374). De hecho, la situación de «indeterminación» que imperó en la ciudad durante el mes de noviembre va a tener como consecuencia que algunos títulos vuelvan a participar en las reuniones del

32. Los participantes fueron los marqueses de Sentmenat, Llupià, Besora, Argensola, Gironella, Rubí, Cartellà, Benavent, Santa María de Barberá, Castellbell y los condes de La Florensa, Plasencia, Múnter y Santa Coloma LLDBM, 7: 15-28; 329-336.

Brazo sin exigir la precedencia. Es lo que sucedió el día 26 con Carlos de Llupià, marqués de Llupià (LLDBM, 7: 421 y ss.). Dos días después, el 28 de octubre, en la ceremonia del juramento del rey se presentaron por parte del Brazo 178 personas, presididas por el protector. Entre los restantes miembros, y sin seguir ningún orden, se encontraban 7 títulos: los marqueses de Sentmenat, Santa María de Barberà, Rubí, Benavent y los condes de Santa Coloma, Savallà y Solterra (LLDBM, 7: 426). Pocas semanas después Carlos III decidió convocar Cortes y decretó que el protector fuera el presidente del Brazo Militar sin que los títulos tuvieran la precedencia (LLDBM, 7: 435 y ss.). De este modo daba la razón al Brazo Militar laico al afirmar que era el mismo que el de Cortes, pues también compartían los mismos abogados y andador (Generalitat, 2016: 19). Sobre la precedencia de los títulos, se puntualizaba que se permitía solo «por esta vez» para facilitar una rápida conclusión de las Cortes y abriendo la puerta a una futura solución de consenso (LLDBM, 7: 436). Las Cortes confirmaron los buenos presagios: la nobleza titulada participó en las reuniones con toda normalidad, especialmente el marqués de Besora y los condes de Solterra y Santa Coloma, pero también Savallà y Múnter. Tanto el marqués de Rubí como el conde de Centelles no pudieron participar por tener cargos reales[33].

Si bien las Cortes de 1705 no cerraron el conflicto sí que supusieron un cambio del tablero de juego. Algunos de los nobles que más se habían opuesto a la concesión de la presidencia a los títulos se habían convertido en marqueses o condes[34]. Igual que con Felipe V, la cuestión era saber si continuarían negando la precedencia al protector o cederían a las exigencias del Brazo que ellos mismos habían defendido antes. No hizo falta ponerlos frente a este dilema. Carlos III se adelantó a los acontecimientos y en junio de 1706 concedió el privilegio de grandes de España al protector, al clavario y cinco oficiales del Brazo. El libro de deliberaciones del Brazo constata que el 22 de junio de 1706, cuando fueron a despedirse del rey, que abandonaba la ciudad camino de Madrid, el monarca indicó a los oficiales del Brazo que se cubriesen en su presencia (LLDBM, 7: 530 y 539). La merced, de la que ya gozaban consellers de Barcelona desde 1690[35], formaba parte de una política más amplia del monarca austríaco que pretendía ganarse el favor de las instituciones regnícolas mediante la concesión de gracias. Prueba de ello es el hecho de que también se concediera la dignidad de grandes a los diputados y oidores de la Generalitat y a los *jurats* de València (ASN, CS 155: 254-260). Con este decreto, los oficiales del Brazo Militar tenían una dignidad superior a la nobleza titulada y, por tanto, los títulos ya no podían exigir la presidencia del Brazo. Aparentemente el decreto tenía como consecuencia asemejar

33. Rubí era el lugarteniente del maestro racional y Centelles baile general. De todos los títulos residentes en Barcelona, solo se ausentaron voluntariamente cuatro: Darnius, Llar, Robres y Rupit.

34. Es el caso de Felicià Cordelles o Pere Torrelles, entre otros.

35. *Dietari Antich del consell Barceloní*, Barcelona: Ayuntamiento de Barcelona, 1982-1975, XX, p. 390.

las instituciones catalanas a las castellanas, en el sentido de que ambas estaban controladas por la nobleza titulada y tenían la precedencia en las manifestaciones públicas. Sin embargo, la diferencia entre las dos era notable. En Castilla, los cargos eran para los grandes, mientras que en el Principado los cargos te otorgaban la dignidad de grande. Es decir, la grandeza no se vinculaba a la persona, sino a la responsabilidad social y política que tenían en tanto que miembros de una institución. Esto comportaba importantes consecuencias en la representación del poder. A partir de ese decreto, un ciudadano honrado que fuera consejero ciudadano por el Brazo ocupaba en el ceremonial una posición preferente a cualquier título por el cargo que ostentaba. Lo mismo sucedía con los consejeros mercaderes, artista y menestrales que eran oficiales del Consejo de Ciento.

La otra consecuencia que tuvo el decreto fue la normalización y el aumento de la presencia de la nobleza titulada en la vida política del Brazo Militar y del resto de instituciones, algo que no sucedía antes y que fue favorecido por las numerosas concesiones de mercedes que hizo Carlos III, el archiduque (Voltes, 1962). Los ejemplos de ello son numerosos. En la reunión del 24 de septiembre de 1706 que trató sobre el nombramiento del nuevo virrey y un conflicto con los notarios casuísticos, participaron 4 títulos, en igualdad de condiciones que el resto de miembros del estamento, ciudadanos honrados incluidos (LLDBM, 7: 579). A lo largo de los años siguientes, su presencia fue algo habitual[36]. No solo eso: su implicación en la institución los llevó a formar parte también de las comisiones de trabajo nombradas por el protector. Entre 1693 y 1705 solo 4 títulos habían sido miembros de alguna de estas comisiones, mientras que entre 1706 y 1710 la cifra aumentó hasta 9[37]. Además, a partir de 1706, 7 títulos diferentes fueron miembros del Consejo de Ciento[38], 16 participaron en las conferencias de los comunes que hubo entre 1703 y 1714 (Martí-Fraga, 2009: 187-197), y varios de ellos tuvieron un papel clave en los órganos de gobierno de Cataluña durante el asedio de Barcelona de 1713-1714 (Martí-Fraga, 2015)[39].

Finalmente, la normalización de la nobleza titulada y la afirmación de la superioridad en rango de los oficiales del Brazo Militar se visualizó en los ceremoniales públicos, que habían sido la causa del inicio del conflicto en 1693. El 26 de mayo de 1706 el rey comunicaba a la Diputación el protocolo de la procesión para celebrar la retirada de Felipe V de Cataluña. Les ordenaba que «en la procesión ocupéis el primer lugar inmediato al tabernáculo y palio, a la derecha del Protector

36. Entre ellos encontramos a los marqueses de Vilallonga y Cartellà o al conde de Claramunt LLDBM, 8: 1192r. y 1048r.

37. LLDBM, 7: 517, 567, 583; 8: 65, 119, 255, 346, 476, 700.

38. Los marqueses de Vilallonga, de Terré, de Aimeric, de Tamarit y los condes de Santjoan, Claramunt y Terré. *Cfr*. Arxiu Històric Municipal de Barcelona, *Llibre de delibercions del Consell*, B.II, vols. 215-223.

39. Fueron los marqueses de Santa María de Barberá, de Tamarit y los condes de La Torre y Plasencia.

del Brazo Militar, después del cabildo y los maceros, que es el lugar de los Grandes» (DGC, 10: 705). Es decir, el protector estaba por delante de los grandes. En la entrada de la reina en 1708, se fijaba que en el último lugar fueran «los senyors deputat ecclesiàstich y Protector» pero destacando que «immediadament seguia la filera dels Grandes» (DGC, 10: 916). En la despedida de Carlos III en 1711, se mostró de manera más clara el protagonismo de los oficiales del Brazo, los cuales tuvieron el privilegio de besar la mano del emperador, cosa que no pudieron hacer los titulados (DGC, 10: 1200). Era la antítesis de lo que había sucedido durante el siglo anterior y de lo que esos años pasaba en la Corona de Castilla.

## 8. Lo que la precedencia esconde

Francesco Benigno considera que «la aristocracia titulada es parte de un universo aristocrático amplio y mucho más complejo. Ella es un segmento decisivo, pero no autosuficiente. […]. En cierto sentido la nobleza titulada representa una especie de expresión sintética del universo nobiliario, pero esto no siempre significa la capacidad o derecho de representar a la totalidad de los intereses nobiliarios» (Benigno, 2023: 19). A lo largo de las líneas anteriores lo hemos podido comprobar. Un mismo acontecimiento, la cuestión de la precedencia de los titulados en las ceremonias públicas, tiene dos consecuencias diferentes en la configuración y la representación del estamento privilegiado en la sociedad. En Castilla, las reformas emprendidas por Felipe V produjeron un enfrentamiento con los grandes, cuyo culmen fue el asunto del Banquillo. Con ello, el monarca consiguió modificar la forma en que la nobleza titulada y los grandes de España ejercían su poder, pero no lo disminuyeron. Solo lo encauzaron para hacerlos acordes a la voluntad real (Luzzi, 2014). En Cataluña sucede el proceso contrario. El conflicto de 1693 va a tener como consecuencia final una degradación de los titulados, los cuales fueron relegados en la visualización pública del orden jerárquico por detrás de los oficiales del Brazo Militar, que en ocasiones pertenecían a categorías sociales inferiores. De este modo se asientan dos maneras diferentes de entender la identidad nobiliaria en la Edad Moderna. En Castilla, la grandeza proporciona el cargo, mientras que en Cataluña el cargo otorga la grandeza.

El conde de Robres constataba que la amplia política de concesión de mercedes por parte de Felipe V había sido perniciosa pues «bien distribuidos son un manantial inagotable con que premian los monarcas grandes servicios, mas comunicados a personajes indignos se hacen despreciables. Tal ha sido en España el de título, y si bien no falta quién apetezca el de lo ilustre, hay muchos que lo desdeñan» (Robres, 2006: 83). Resulta inevitable aquí preguntarse por qué Pedro Torrelles rechazó la gracia de marqués que le ofreció Felipe V, cuando otros destacados miembros de la pequeña nobleza, partidarios de Carlos III, el archiduque, sí lo aceptaron, como Pere Ribes, Josep G. de Pinós o Josep Meca. Robres ponía el dedo en la llaga al destacar que la concesión de títulos se hacía por la necesidad de ganar fidelidades y no

por los servicios o capacidades de gobierno de los agraciados. La misma crítica se la hicieron también a Carlos III, el archiduque. Consecuencia de ello, el 6 de abril de 1712 el monarca austríaco manifestó su intención de no dar privilegios de nobleza por las consecuencias que ello implicaba (ASN, CS, 164: 6).

Por otro lado, no hemos de olvidar que el «nombre» no te convertía en «noble» ni la «grandeza de España» te otorgaba «la honra deseada». Las realidades socioculturales y económicas de Castilla y Cataluña eran diferentes, y eso condicionaba la naturaleza de sus noblezas. La concesión de títulos en Cataluña fue un proceso reciente, que se acentúo solo con Carlos II y los borbones. Estos personajes, por muy titulados que fueran, continuaban siendo lo que eran: pequeña nobleza activa en la política del Principado, con importantes vínculos con miembros de estamentos inferiores. En general no formaban un grupo cerrado ni estaban alejados de sus conciudadanos. La figura de Pau Ignasi Dalmases es ilustrativa. Su abuelo era un peraire de Sant Martí de Sesgueioles (Vic); su padre tenía una tienda de telas en Barcelona en 1655 y se convirtió en uno de los grandes mercaderes del momento. Pau Ignasi fue marqués de Villalonga en 1709 y embajador de los comunes en Londres en 1713. Aparentemente nunca se dedicó a las actividades mercantiles de su padre, pero el resto de su familia sí lo hizo, incluyendo a su hijo Ramon (Martí-Fraga, 2008: 435). En el testamento Caterina Dalmases, esposa de Pau Ignasi, figuraban como albaceas un marqués, tres nobles, un canónigo y un caballero hijo de mercader[40]. Por muy marqués que fuera de Vilallonga, no podemos ignorar que no pertenecía a la alta nobleza. Lo mismo podríamos decir de Felipe Ferran, conde de Ferran y embajador de los catalanes en La Haya en 1713. Entre sus albaceas hay tres nobles y dos caballeros, además de varios canónigos[41]. Son numerosos los casos en que miembros de la nobleza titulada aparecen como albaceas de personas de categorías inferiores, lo cual es otro indicador de la cercanía entre estratos sociales diversos[42]. De hecho, de los 10 títulos concedidos por Carlos II, solo 6 fueron otorgados a familias nobles de larga tradición, los otros cuatro fueron para un financiero, dos barones o caballeros y una familia descendiente de ciudadanos honrados (Molas, 2004: 104-124).

Este perfil bajo y reciente de los titulados catalanes es lo que ayuda a entender que la política de concesión de mercedes por parte de los monarcas no tuviera como consecuencia la creación de un grupo cohesionado que tuviera una mayor fidelidad a la Corona. De los 13 titulados que residían en Barcelona en 1700, 10 fueron partidarios de Carlos III, el archiduque, o al menos no abandonaron la ciudad con su llegada y 3 apoyaron la causa borbónica[43]. Igualmente, de los 14

40. Arxiu Històric de Protocols de Barcelona (AHPB), 958/29.

41. AHPB, 934/54, fol. 220.

42. Entre los albaceas del canónigo Domingo Fogueres estaban tanto el conde Múnter como el campesino de Arbúcies Joan Torres, además de un apotecario. AHPB 859/49, fol. 289.

43. Se quedaron en la ciudad los condes de Savallà, Centelles, Santa Coloma, Rupit, Múnter, Darnius y los marqueses de Besora, Sentmenat y Rubí. Los que apoyaron la causa borbónica fueron

títulos nombrados por Felipe V en los años posteriores a las Cortes de 1702, residían en la ciudad 13. De ellos 5 la abandonaron con la llegada del pretendiente en 1705[44]. De los 8 restantes, 5 fueron austracistas o bien permanecieron en una posición equidistante[45]. Realmente no existió una ruptura, porque nunca había existido una unidad. Por titulados que fueran, al final no dejaban de ser pequeños nobles agraciados, que velaban más por sus intereses personales de poder e influencia que por el boato de su rango. Desde esta perspectiva, el conflicto por la precedencia del Brazo Militar reforzó el peso de la pequeña nobleza en el gobierno del Principado, suprimiendo las pretensiones que pudieran tener algunos de diferenciarse del resto.

## 9. Bibliografía

### 9.1. Fuentes manuscritas

Archivo de la Corona de Aragón (ACA)
*Libro de deliberaciones del Brazo Militar*, Generalitat, G-69, vols. I-VIII.
*Llibre Verd*. Generalitat, G-225.
*Varia,* Generalitat, V-203, V-206, y V-211.
*Procés de l'estament militar de la Cort General de Barcelona*. Generalitat, N-1065 y N-1066
Archivo Histórico Municipal de Barcelona (AHMB)
*Llibre de delibercions del Consell*, 1B, II, n. 209-223.
Archivio di Stato di Napoli
Consiglio di Spagna, nn. 155, 157 y 164.
Biblioteca del Seminario Conciliar de Barcelona
Mas, Emmanuel (1705), *Diari des del novembre del any 1700 fins a l'octubre del any 1705*, mn 419.
Biblioteca de Cataluña
*Anales Consulares*, mn 173, vol. II.
«Por los Condes residentes en el Principado de Catalunya con los marqueses del mismo…», Follets Bonsom, 10987.
Biblioteca del Institut de Historia Jaume Vicens Vives
*Señor, los títulos del Principado de Cataluña*…, Res C. ZX1703.S47
*Por el muy ilustre y fidelísimo Braço Militar sobre el acierto con que revocó…*, Res C. 1694.P67.
Biblioteca Nacional de España (BNE)
Arcos, duque de (1702), *Memorial dado por el Duque de Arcos a nro. Rey Felipe V cuando al principio de su reinado quiso establecer*…, mn. 18.

los condes de Solterra, Llar y Robres.

44. Abandonaron la ciudad los marqueses de Gironella, Moja, Cartellà, de la Florensa y Rocabertí.

45. Los cinco que fueron declarados partidarios de Carlos III eran los marqueses de Aimeric, Ciutadilla, Barberá, Alfarràs, y el conde de Vallcabra. Los marqueses de Casllebel y Llupià tuvieron un papel discreto, pero familiares suyos fueron destacados austracistas. En cambio, el marqués de Benavent se mostró progresivamente favorable a Felipe V (Molas, 2004).

Baños de Velasco, Juan (1670), *Lucio Anneo Séneca. Ilustrados en Blasones políticas y morales*, mn. 1682.

## 9.2. Fuentes manuscritas editadas

Ayuntamiento de Barcelona (1892-1975), *Dietari antich del Consell de Cent Barceloní* (DACB), Barcelona, vols. XIII-XXVIII.
Castellví, Francesc de (1997), *Narraciones Históricas*, vol. 1, Josep M. Mundet i Gifré (ed.), Madrid: Fundación Francisco Elías de Tejada.
Feliu de la Peña, Narcís (1999), *Anales de Catalunya*, edición facsímil, Barcelona: Base.
Generalitat de Cataluña (1994-2008), *Dietaris de la Generalitat de Catalunya* (DGC), Barcelona: Departament de Cultura, vols. 3, 7 y 10.
Generalitat de Catalunya (2016), *Cort General de Barcelona (1705-1706) Procés familiar del Braç Militar*, Barcelona: Generalitat de Catalunya.
Robres, Conde de (2006), *Memoria para la historia de las Guerras Civiles de España*, Jose María Iñurritegui (ed.), Madrid: Centro de Estudios políticos y Constitucionales.

## 9.3. Bibliografía secundaria

Albareda, Joaquim (2006), «Les Corts de 1701-1702 i 1705-1706. La represa del constitucionalisme», en *Constitucions, capítols i actes de Cort 1701-1702, 1705-1706*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, pp. XVII-XLV.
Albareda, Joaquim (2010), *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona: Crítica.
Amelang, James (1986), *La formación de una clase dirigente. Barcelona, 1490-1714*, Barcelona: Ariel.
Andújar, Francisco (2013), «Cataluña en el contexto de los cambios políticos de 1705», *Pedralbes*, 33, pp. 39-75.
Aranda, Francisco José (2023), «La oligarquización de los gobiernos urbanos en Castilla en el siglo XVII: ¿Inercias, cambios, revoluciones?», en Eduard Martí-Fraga (ed.), *La resistencia nobiliaria al poder real en el siglo XVII ¿Noblezas Rebeldes?*, Valencia: Albatros, pp. 85-102.
Bartrolí. Jaume (1979), «La Cort de 1701-1702: un camí truncat», *Recerques*, 9, pp. 57-75.
Bernardo Ares, José M. (2008), «Franceses divididos y españoles desencantados. La lucha por el poder en los primeros años del reinado de Felipe V», en José Luis Castellano y María L. López (eds.), *Homenaje a Don Antonio Domínguez Ortiz*, vol. III, Granada: Universidad de Granada, pp. 135-157.
Billacois, François (1976), «La crise de la noblesse européenne (1550-1650). Une mise au point», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXIII, pp. 258-277.
Bitton, Davis (1969), *The French Nobility in crisis, 1560-1640*, Stanford: Standford University Press.
Bru de Sala, Lluís y Fluvià, Armand (1998), *Nobiliari del reial cos de la noblesa de Catalunya*, Barcelona: Joventut.
Carrasco, Adolfo (1999), «Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II», *Studia Historica. Historia Moderna*, 20, pp. 77-136.
Carrasco, Adolfo (2019), «El dispositivo del poder nobiliario-señorial en la Monarquía de los Austrias», *E-spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, 34.

Carrasco, Adolfo (2021), «Una ética para la distinción. Los Grandes y el estoicismo en los siglos XVI y XVII», *Magallanica: Revista de Historia Moderna*, 7/14, pp. 44-66.

Castellano, Juan Luis (1990), *Las Cortes de Castilla y su Diputación (1621-1689), entre el pactismo y el absolutismo*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Dedieu, Jean-Pierre (2019), «El canto del cisne del Imperio y el canto del cisne de la grandeza. O cómo se gobernaba el Imperio», Marina Mestre-Zaragoza (coord.), *L'Espagne de Charles II, une modernité paradoxale: 1665-1700*, París: Garnier, pp. 13-45.

Domínguez Ortiz, Antonio (1979), *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid: Istmo.

Domínguez Ortiz, Antonio (1992), *La sociedad española en el siglo XVII*, Granada: Universidad de Granada.

Elliot, John (1990), *España y su mundo*, Madrid: Alianza.

Felices, María del Mar (2011), *La nobleza titulada en el reinado de Felipe V. Formas de acceso y caracterización*, Tesis doctoral, Almería: Universidad de Almería.

Felices, María del Mar (2013), «Recompensar servicios con honores: el crecimiento de la nobleza titulada en los reinados de Felipe IV y Carlos II», *Studia Historica. Historia Moderna*, 35, pp. 409-435.

Gay Escoda, Josep M. (1997), *El corregidor a Catalunya*, Madrid: Marcial Pons.

Gómez Centurión, Carlos (1996), «Etiqueta y ceremonial palatino durante el reinado de Felipe V: el reglamento de entrada de 1709 y el acceso a la persona del rey», *Hispania*, 56, pp. 965-1005.

González Mezquita, María L. (2023), «Repensar la lealtad nobiliaria en la Guerra de Sucesión española: ¿Rebeldes o patriotas?», en Eduard Martí-Fraga (ed.), *La resistencia nobiliaria al poder real en el siglo XVII ¿Noblezas Rebeldes?*, Valencia: Albatros, pp. 103-120.

Hernández Benítez, Mauro (2004), «Ayuntamientos urbanos, trampolines sociales. Reflexiones sobre las oligarquías locales en la Castilla moderna», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34/2, pp. 91-114.

Hernández Franco, Juan (2014), «Formación y desarrollo de las casas nobiliarias castellanas (siglos XVI-XVII)», en Juan Hernández Franco, José Antonio Guillén Berrendero y Santiago Martínez Hernández (coords.), *Nobilitas: estudios sobre la nobleza y lo nobiliario en la Europa Moderna*, Madrid: Doce calles, pp. 139-175.

Jago, Charles (1982), «La crisis de la aristocracia en la Castilla del siglo XVII», en John Elliott (ed.), *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona: Crítica.

López Anguita, José Antonio (2016), «Lealtad, oposición y servicio al rey: La grandeza ante el advenimiento de los Borbones al trono español», en Marcella Aglietti, Alejandra Franganillo y José Antonio López Anguita (eds.), *Élites e reti di potere. Strategie d'integrazione nell'europa di età moderna*, Pisa: Pisa University Press, pp. 215-230.

López Anguita, José Antonio (2021), «Actitudes de la Grandeza ante el advenimiento de Felipe V al trono español: tres estudios de caso», en Anne J. Cruz, Alejandra Franganillo y Carmen Sanz (coords.), *La nobleza española y sus espacios de poder (1480-1715)*, Madrid: Sanz y Torres, pp. 239-262.

Luzzi, Marcelo (2014), «Entre la prudencia del rey y la fidelidad a su persona y dinastía: los grupos de poder en la corte de Felipe V durante la Guerra de Sucesión», *Cuadernos Dieciochistas*, 15, pp. 135-163.

Luzzi, Marcelo (2017), «Usos de la historia en los conflictos ceremoniales de la Grandeza de España: la equiparación con los duques y pares de Francia», *Magallánica*, 3(6), pp. 86-115.

Lynchs, John (1992), *El mundo hispano en crisis y cambio, 1598-1700*, Oxford: Oxford University Press.

Martí-Fraga, Eduard (2008), *La Conferencia de los Tres Comunes (1697-1714). Una institución decisiva en la política catalana*, Lérida: Milenio.

Martí-Fraga, Eduard (2009), *La classe dirigent catalana*, Barcelona: Fundació Noguera.

Martí-Fraga, Eduard (2014), «La composición de las novenas de la Diputación y las conferencias con el Consell de Cent en la segunda mitad del siglo XVII», *Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea*, 13/2, pp. 117-156.

Martí-Fraga, Eduard (2015), «L'organització política de la resistència de Barcelona», en Núria Sallés y Conxita Mullfulleda (eds.), *Actes del Congrés Internacional els Tractats d'Utrecht. Clarors i foscors de la pau*, Barcelona: Museu d'Història de Catalunya, pp. 327-340.

Martí-Fraga, Eduard (2016), *El Braç Militar de Catalunya (1602-1714)*, Valencia: Publicacions Universitat de València.

Martí-Fraga, Eduard (2023), «La nobleza catalana y el Brazo Militar en el cambio de siglo XVII», en Eduard Martí-Fraga (ed.), *La resistencia nobiliaria al poder real en el siglo XVII ¿Noblezas Rebeldes?*, Valencia: Albatros, pp. 225-242.

Martí-Fraga, Eduard (2024), «La nobleza catalana en la época moderna», en Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño y Roberto Quirós Rosado (eds.), *Las noblezas de la monarquía de España, 1556-1725*, Madrid: Marcial Pons (en prensa).

Molas, Pere (2004), *L'alta noblesa catalana a l'Edat Moderna*, Vic: Eumo.

Molina, Raúl (2020), «La evolución del papel político de la nobleza española de la edad moderna a la contemporánea: el ejemplo de los Fernández de Córdoba», *Revista de Historia Moderna*, 38, pp. 144-182.

Morales Roca, José (1975), «Privilegios nobiliarios del Principado de Catalunya. Dinastía de Austria. Reinado de Carlos II (1665-1700)», *Hidalguía*, 155-159, pp. 725-757.

Morales Roca, José (1983), *Próceres habilitados en las Cortes del Principado de Catalunya, siglo XVII (1599-1713)*, Madrid: Hidalguía.

Moreno, Antonio y Ladrons, Manuela (2016), *La hidalguía en la Corona de Castilla, siglos XVII al XIX*, Pamplona: EUNSA.

Moreno, Pedro (2012) «La noblesa catalana titulada: els grans d'Espanya», *Armoria*, 1. pp. 129-155.

Redondo, Guillermo (1984), «Las Cortes de Aragón y su desarrollo histórico», en Jerónimo Martel, *Forma de celebrar Cortes en Aragón*, Zaragoza: Cortes de Aragón, pp. 11-45.

Ribot, Luis (2010), «Cerda Fernández de Córdoba Folch de Cardona y Aragón, Luis Francisco de la», en *Diccionario Biográfico Español*, vol. XIII, pp. 193-197.

Ribot, Luis (2018), «El IX conde de Santisteban (1645-1716). Poder y ascenso de una Casa noble a través del servicio a la Corona», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV, Historia Moderna*, 31, pp. 23-42.

Ribot, Luis (2019), *La Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Madrid: Marcial Pons.

Rodríguez Hernández, Antonio José (2013), «El precio de la fidelidad dinástica: colaboración económica y militar entre la monarquía hispánica y el imperio durante el reinado de Carlos II (1665-1700)», *Studia Historica. Historia Moderna*, 35, pp. 409-435.

Salvador, Felipe (1975), «El Real Cuerpo de la Nobleza, antiguo Brazo Militar del Principado de Cataluña y condados de Rossellón y de Cerdaña», *Hidalguía,* 5, pp. 369-376.

Sanpere i Miquel, Salvador (2001), *Fin de la Nación Catalana*, Barcelona: Base.

Serra, Eva (1996), "Les Corts de 1701-1702. La represa política a les vigílies de la guerra de Successió", *L'Avenç*, 206, pp. 22-28.

Serra, Eva (coord.) (2015), *Els llibres de l'ànima de la Diputació del General*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans.

Soria, Enrique (2002), «Los grandes de España: la historia de una ambición», *Clío: Revista de Historia*, 9, pp. 44-50.

Soria Mesa, Enrique (2007), *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*, Madrid: Marcial Pons.

Soria Mesa, Enrique (2011), «La imagen del poder. Un acercamiento a las prácticas de visualización del poder en la España Moderna» *Historia y Genealogía*, 1, pp. 5-10.

Stone, Lawrence (1965), *The crisis of aristocracy, 1558-1681*, Oxford: Oxford University Press.

Terrasa, Antonio (2013), «El asunto del banquillo de 1705 y la oposición de la grandeza a las mudanzas borbónicas. De la anécdota a la defensa del cuerpo místico de la monarquía», *Cuadernos Dieciochistas*, 14, pp. 163-197.

Torras Ribé, Josep. M. (1993), *Els municipis catalans de l'Antic Règim (1453-1808)*, Barcelona: Curial.

Voltes, Pedro (1962), «Noticias sobre las mercedes nobiliarias otorgadas por el archiduque Carlos de Austria durante su gobierno en Barcelona», *Documentos y Estudios*, 10, pp. 65-105.

Weller, Thomas (2019), «Political representation and symbolic communication in de Early Modern Period: The imperial cities of the Holy Roman Empire», en Joaquim Albareda y Manuel Herrero (eds.), *Political representation in the Ancient Régime*, London: Routledge, pp. 105-120.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425451481

# EL PROYECTO ILUSTRADO DE REGULARIZACIÓN Y ACTUALIZACIÓN ESTÉTICA DE LOS INTERIORES DE LA SEO DE ZARAGOZA (*C.* 1772-1773), UNA AMBICIOSA PROPUESTA NO EJECUTADA DEL DESTACADO ARQUITECTO CLASICISTA AGUSTÍN SANZ

## *The Enlightened Project for the Regularization and Aesthetic Updating of the Interiors of the Saragossa Cathedral (c. 1772-1773), an Ambitious Unexecuted Proposal by the Prominent Classicist Architect Agustín Sanz*

Javier MARTÍNEZ MOLINA
Universidad de Zaragoza
javimat@unizar.es

Fecha de recepción: 29/09/2023
Fecha de aceptación: 12/02/2024

RESUMEN: En este artículo se estudia un ambicioso proyecto de la época de la Ilustración para la regularización y la actualización estética de los interiores de La Seo o Catedral de San Salvador de Zaragoza en clave barroca clasicista, una trascendental propuesta arquitectónica no ejecutada del prominente arquitecto ilustrado aragonés Agustín Sanz Alós datada hacia 1772-1773. El eje del estudio es un magnífico dibujo de sección longitudinal de la catedral firmado por Sanz y recientemente redescubierto entre los fondos de la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

*Palabras clave*: siglo XVIII; Ilustración; arquitectura; catedral; dibujo arquitectónico; barroco clasicista; Agustín Sanz; La Seo de Zaragoza; Catedral de San Salvador.

ABSTRACT: This article studies an ambitious project from the Enlightenment era for the regularization and aesthetic updating of the interiors of La Seo or Cathedral of San Salvador in Zaragoza in a classicist baroque way, a transcendental unexecuted architectural proposal of the prominent Aragonese enlightened architect Agustín Sanz Alós dated around 1772-1773. The focus of the study is a magnificent longitudinal section drawing of the cathedral signed by Sanz and recently rediscovered among the collections of the Royal Library of the Royal Palace of Madrid.

*Key words*: 18th century; Enlightenment; architecture; cathedral; architectural drawing; classicist baroque; Agustín Sanz; La Seo de Zaragoza; Cathedral of San Salvador.

El renombrado arquitecto Agustín Sanz Alós (Zaragoza, 1724-1801) llegó a ser, por derecho propio, el máximo exponente de la arquitectura del periodo de la Ilustración en Aragón y, en consecuencia, uno de los principales responsables de la profunda renovación que durante la segunda mitad del siglo XVIII experimentó la anquilosada arquitectura aragonesa, que mediada dicha centuria se enmarcaba todavía, a imagen y semejanza del resto de la española, en la línea de un barroco pleno, exuberante y castizo, muy alejado aún de los nuevos principios ilustrados de racionalidad, sencillez y funcionalidad. En concreto, Sanz fue el máximo representante en Aragón de la corriente barroca clasicista o académica, de claras resonancias italianas, especialmente de raíz barroca romana, que dominó las enseñanzas de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid hasta comienzos de la última década del siglo XVIII y que se difundió en tierras aragonesas a partir del gran foco irradiador en que se convirtió la profunda reforma del zaragozano Templo del Pilar y su nueva Santa Capilla, proyectada en 1750 por el prestigioso arquitecto áulico Ventura Rodríguez Tizón (Ciempozuelos, 1717-Madrid, 1785) y ejecutada a partir de 1754. De hecho, Sanz fue discípulo directo de Rodríguez, con quien colaboró en las obras del Pilar, asimilando con coherencia sus enseñanzas y su concepción de la arquitectura, que, no obstante, supo interpretar de manera personal, evolucionando hacia propuestas cada vez más sobrias, sencillas y funcionalistas que se fueron aproximando, ya al final de la centuria, a los nuevos planteamientos neoclásicos que empezaban a difundirse en el ámbito cortesano. El arquitecto zaragozano, a través de sus obras distribuidas por todo Aragón, pero también mediante su sostenido papel docente en la Real Academia de San Luis de Zaragoza y sus entidades precursoras y los importantes cargos que ejerció al servicio de diferentes instituciones públicas (visor y maestro de obras municipal de Zaragoza, arquitecto de referencia de la Intendencia General de Aragón y la Escribanía de Aragón del Consejo de Castilla, arquitecto de confianza en Aragón de la Comisión de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando…), contribuyó decisivamente a configurar y determinar, como principal arquitecto aragonés del último tercio del siglo XVIII, la arquitectura aragonesa, en general, y la de carácter religioso, en particular,

en la que destacó sobremanera (iglesias de la Santa Cruz de Zaragoza, Urrea de Gaén, Vinaceite, Épila, Sariñena…)[1].

## 1. Aproximación a las circunstancias y pretensiones del proyecto de Agustín Sanz para La Seo de Zaragoza

El proyecto de arquitectura religiosa de mayor relevancia que le fue encomendado a Agustín Sanz durante su primer periodo creativo, su etapa de establecimiento y afianzamiento profesional (1762-1775)[2], fue la elaboración de una ambiciosa propuesta para la regularización y la actualización estética de los interiores de La Seo o Catedral de San Salvador de Zaragoza y la mejora puntual de sus exteriores, que habría que enmarcar dentro de un proceso general de renovación clasicista de la arquitectura religiosa aragonesa iniciado a raíz de la reforma interior del Templo del Pilar proyectada por Ventura Rodríguez. Dicha propuesta, que no llegó a ejecutarse materialmente pero que puede conocerse gracias a un preciosista dibujo de la sección longitudinal del templo firmado por Sanz y conservado en la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid[3], habría que situarla cronológicamente en torno a 1772-1773, siendo muy oscuros, a día de hoy, el origen y las circunstancias de su encargo. No obstante, no cabe duda de que la iniciativa partió de un comitente ajeno al Cabildo Metropolitano y al Arzobispado de Zaragoza, dado que en los ricos archivos de ambas instituciones no hay rastro documental del encargo. De hecho, varios indicios parecen indicar que el origen fue cortesano y muy vinculado a la Casa Real: el extraordinario empeño puesto por Sanz en los detalles y acabados de la única traza conservada, que se reflejó, por ejemplo, en los magníficos angelotes que dibujó como suntuoso enmarque de la escala; el uso en dicha traza del pie de Castilla como unidad referencial de medida, algo absolutamente extraño en encargos aragoneses y que Sanz no volvió a repetir en ninguno de sus planos conocidos;

1. Véanse algunas de las últimas aportaciones sobre Agustín Sanz en Martínez Molina (2015a; 2015b; 2016: 317-320; 2023).

2. Véase una aproximación a las tres etapas creativas de la trayectoria de Agustín Sanz –etapa de establecimiento y afianzamiento profesional (1762-1775), etapa de esplendor creativo (1775-1792) y etapa final o de madurez creativa (1792-1801)– en Martínez Molina (2015a).

3. Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid (RBPRM), sign. IX-M-9 (1). La Dra. M.ª Isabel Álvaro Zamora y el Dr. Javier Ibáñez Fernández publicaron en 2009 una vieja fotocopia del diseño de Agustín Sanz, hasta entonces inédito, que hallaron descontextualizada en el Archivo Capitular de La Seo de Zaragoza. Dicha fotocopia los llevó a considerar el proyecto de Sanz, que no llegaron a estudiar, «un proyecto lamentablemente desaparecido, del que tan solo se conserva una fotocopia en el Archivo Capitular de la Seo de Zaragoza». Afortunadamente, apenas unos años después, el propio técnico del Archivo Capitular de La Seo, Jorge Andrés Casabón, localizó en internet de manera fortuita la ubicación del diseño original que mostraba la fotocopia, que no había desaparecido, sino que se custodiaba en otra institución: la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Aprovecho esta nota para agradecer a Jorge Andrés que me informara del hallazgo y me comunicara la signatura del diseño. Véase Álvaro Zamora e Ibáñez Fernández (2009: 469-470).

la exquisitez de la fórmula latina empleada por Sanz para firmar el dibujo: «Agustín Sanz fecit» («Agustín Sanz lo hizo»), que nunca había empleado y que no volvió a utilizar, al menos que se sepa; y sobre todo la custodia de la traza en la Real Biblioteca. Lamentablemente, ir más allá resulta difícil ya que dicho dibujo se conserva sin documentación vinculada (Figs. 1, 2, 3 y 4)[4].




Fig. 1. Agustín Sanz, *Sección longitudinal del proyecto de regularización y actualización estética de La Seo de Zaragoza*, *c*. 1772-1773. Lápiz, tinta negra y aguadas gris y negra sobre papel verjurado, 665 x 860 mm. Escala gráfica de 50 pies de Castilla. Madrid, Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid, Patrimonio Nacional.



Fig. 2. Vista general del interior de La Seo de Zaragoza en la actualidad (zona de los pies).

4. RBPRM, sign. IX-M-9 (1).




Fig. 3. Escala del dibujo de sección longitudinal de La Seo de Zaragoza elaborado por Agustín Sanz hacia 1772-1773. En este detalle se aprecian los cuatro rollizos angelotes de aire giaquintesco con los que el arquitecto adornó la escala demostrando sus grandes cualidades para el dibujo de figuras. El empeño puesto en este y otros elementos denota la importancia del proyecto y su comitente. Nótese que la escala está calculada en pies castellanos y no aragoneses.

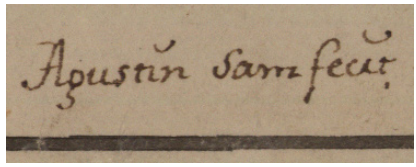



Fig. 4. Firma de Agustín Sanz en el dibujo de sección longitudinal de La Seo de Zaragoza.

En cuanto a la cronología, sí que se puede afinar algo más. Para situarla en torno a 1772-1773 me baso en tres factores complementarios: en ciertos motivos decorativos que aparecen en el dibujo de Agustín Sanz, en la evolución de su situación profesional y en la progresiva transformación de su estilo. A mi juicio, el empleo de ciertos recursos ornamentales, especialmente tarjetones o cartelas con perfil de tornapuntas o motivos de rocalla todavía de tradición rococó, permite reducir el arco cronológico de elaboración de los diseños al periodo 1760-1775/80 a tenor del uso que de elementos decorativos similares se dio en el ámbito zaragozano. Sin embargo, otra circunstancia, la evolución de la situación profesional de Sanz en las décadas de 1760 y 1770, permite ajustar más: dado que no fue hasta finales de la década de 1760 o principios de la de 1770, y especialmente a partir del fallecimiento de su antiguo y prestigioso maestro Julián Yarza Ceballos (Zaragoza, 1718-1772) en marzo de 1772, cuando Sanz empezó a jugar un papel realmente preponderante en el panorama arquitectónico zaragozano tras haberse ganado un sólido prestigio desde su establecimiento profesional en 1762, resulta altamente improbable que un encargo del relumbrón y la trascendencia de este, que requería sin duda de un gran crédito profesional y artístico, se le hubiera hecho con anterioridad a los primeros años de la década de 1770, cuando todavía no era lo suficientemente conocido ni había demostrado aún su valía profesional y artística. Un último dato, la constatada renuncia de Sanz a utilizar el motivo decorativo del tarjetón perfilado con tornapuntas o rocalla en su arquitectura religiosa a partir de

1773-1775[5], permite acotar aún más la cronología de la elaboración del proyecto de regularización y actualización estética de los interiores de La Seo, que quedaría limitada a mi juicio, y como ya he dicho, al periodo 1772-1773[6].

El diseño de sección longitudinal conservado en la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid es solo uno, aunque sin duda el más relevante por la exhaustiva información que aporta, de los varios dibujos que conformarían en origen el aparato gráfico del proyecto de Agustín Sanz para la unificación y la modernización estética de los interiores de La Seo de Zaragoza y la mejora puntual de sus exteriores. De hecho, va numerado en el ángulo superior derecho con el número 1, lo que indica que había más, al menos una planta general a la que se hace alusión en la leyenda y alguna sección transversal, algo lógico teniendo en cuenta la trascendencia del proyecto y su notable y variado alcance[7].

Este dibujo, a pesar de su cronología relativamente temprana dentro de la trayectoria de Agustín Sanz, evidencia, como ningún otro entre los salidos de su mano todavía conservados, el altísimo nivel técnico y gráfico que alcanzó como dibujante de arquitectura, nivel que respondía a los parámetros académicos más avanzados del momento en el ámbito del dibujo arquitectónico, a la vez que testimonia sus grandes cualidades como dibujante de figuras[8].

El diseño de sección longitudinal muestra una propuesta de regularización y renovación estética general de los interiores de la catedral zaragozana y de mejora

5. Agustín Sanz ya no utilizó tarjetones o cartelas perfiladas con tornapuntas o motivos de rocalla en la iglesia de la Santa Cruz de Zaragoza, cuya construcción dirigió desde 1773; su tercer proyecto para la parroquial de Urrea de Gaén, que rubricó el 18-IV-1775; o el segundo para la de Vinaceite, que firmó con la misma fecha que el anterior. En el resto de los edificios religiosos que proyectó coetánea o posteriormente a los mencionados tampoco utilizó el motivo ornamental en cuestión. Véase Martínez Molina (2011) y Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (ARABASF), Dibujos, A-4001 (Tercer proyecto para la Iglesia de Urrea de Gaén) y A-4002 (Segundo proyecto para la Iglesia de Vinaceite).

6. No comparto la tardía y vaga cronología que la Dra. M.ª Isabel Álvaro Zamora y el Dr. Javier Ibáñez Fernández adjudicaron a este proyecto de Agustín Sanz, que situaron en el último cuarto del siglo XVIII y además sin emplear argumento alguno, ni siquiera estilístico. A su vez, para justificar que dicho proyecto no llegara a ponerse en obra, dieron por supuesto que fue desestimado a pesar de carecer de datos sobre las circunstancias de su encargo, descartando por tanto otras posibilidades factibles: que fuera un encargo particular sin pretensiones constructivas reales, que se hubiera aplazado su ejecución *sine die* por falta de fondos… Véase Álvaro Zamora e Ibáñez Fernández (2009: 469-470).

7. RBPRM, sign. IX-M-9 (1). *Perfil levantado de su planta, por la línea de el centro, desde la letra M. a la N.* Dibujo en papel verjurado delineado a tinta negra sobre lápiz, con aguadas gris y negra, 665 x 860 mm. Escala gráfica de 50 pies de Castilla. Fue restaurado en 2001 por el Departamento de Restauración de Patrimonio Nacional.

8. El nivel como dibujante que evidencia este dibujo sería prácticamente equiparable, al menos en ciertos aspectos (rigor, precisión, vivacidad…), al alcanzado por los grandes maestros españoles del momento como Ventura Rodríguez o José de Hermosilla. La expresión gráfica de Agustín Sanz respondía plenamente a los parámetros técnicos y de calidad vigentes en la Real Academia de San Fernando de Madrid, que a su vez derivaban de los reinantes en la Academia de San Lucas de Roma, que habían sido establecidos a finales del siglo XVII por Carlo Fontana (Novazzano, 1634/38-Roma, 1714) y que no eran sino los propios de su escuela.

puntual de sus exteriores, basada en importantes depuraciones decorativas, ambiciosas intervenciones de ornamentación arquitectónica y escultórica complementarias a dichas depuraciones y ciertas modificaciones arquitectónicas aunque de envergadura menor. Como se colige de dicho diseño, que lamentablemente no muestra todos los cambios ideados por Agustín Sanz aunque sí la mayor parte de ellos, la propuesta se caracterizó por su moderación dado que no pretendió sacrificar ni ocultar la configuración y el aspecto general medieval del templo (algo por otro lado prácticamente imposible de lograr dada su particular estructura y solución espacial), algo que sí ocurrió en el caso de otras catedrales medievales españolas, como las de Valencia, Segorbe y Teruel, que en el último tercio del siglo XVIII fueron reformadas de forma muy agresiva enmascarando en el interior su estructura medieval con una nueva piel clasicista (Figs. 5 y 6)[9].

Lo que Agustín Sanz pretendió, siguiendo una pauta muy habitual en la época y probablemente alentado a ello por el desconocido comitente impulsor del proyecto, fue eliminar los excesos decorativos, fundamentalmente barrocos, que habían afectado al edificio y que se circunscribían principalmente a las embocaduras o portadas de yesería de sus capillas laterales, que, además de completamente dispares en sus dimensiones, configuración y aspecto, eran en su mayoría de un decorativismo que los ilustrados consideraban fuera de toda norma de buen gusto y decoro, siendo excelente ejemplo de dicha consideración la valoración que hacia 1788 dio de las mismas el célebre abate Antonio Ponz Piquer (Bejís, 1725-Madrid, 1792), precursor de la historia del arte en España y abanderado del antibarroquismo ilustrado español, que las calificó de «extravagancias ridículas» que afean la catedral y que «sería muy acertado quitar» (Ponz Piquer, 1788: 29) (Fig. 7)[10].

9. La Catedral de Valencia fue reformada a partir de 1774 bajo la dirección del destacado arquitecto ilustrado Antonio Gilabert Fornés (Pedreguer, 1716-Valencia, 1792), que en 1773 había ganado el concurso para su remodelación. Recubrió su interior gótico con una nueva y exquisita "piel" barroca clasicista exceptuando las bóvedas de crucería sencilla de las naves. Lamentablemente, buena parte de dicho recubrimiento fue eliminado, en busca del gótico primigenio, en una controvertida restauración acometida aproximadamente entre 1970 y 1985 bajo la dirección del reconocido arquitecto restaurador Fernando Chueca Goitia. Por su parte, el interior de la Catedral de Segorbe fue completamente revestido en un exquisito estilo clasicista protoneoclásico entre 1791 y 1795 según proyecto del prestigioso arquitecto ilustrado valenciano Vicente Gascó y Masot (Valencia, 1734-1802), revestimiento que aún se conserva. En cuanto a la Catedral de Teruel, los datos son más imprecisos, aunque no hay duda de que su arquitectura mudéjar, incluida su magnífica techumbre, fue completamente enmascarada interiormente por un nuevo recubrimiento barroco tardío de tendencia clasicista en el último tercio del siglo XVIII, un recubrimiento que, tras quedar muy dañado durante la Guerra Civil y descubrirse entonces la soberbia techumbre mudéjar que había permanecido oculta, fue eliminado (se preservó únicamente el revestimiento de la girola, que en si misma era un añadido completo de nueva planta) para dejar al descubierto dicha techumbre y recuperar el ideal aspecto mudéjar del edificio. Véanse Bérchez Gómez (1987: 97-157; 2001), García Melero (1989: 258-259; 2002).

10. Antonio Ponz consideraba distintas intervenciones «modernas» que se habían acometido en La Seo, fundamentalmente la creación de nuevas embocaduras para las capillas laterales, «de ninguna

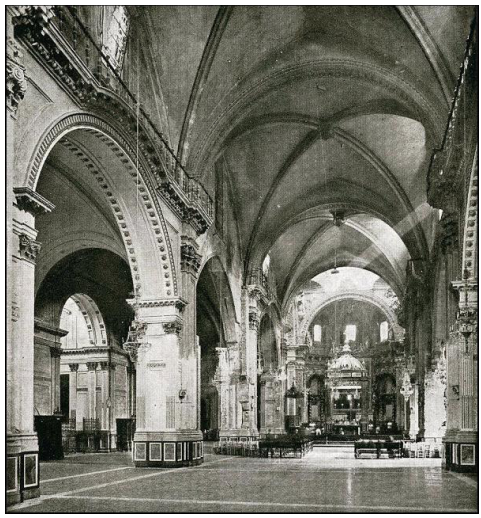


Fig. 5. Vista del interior de la Catedral de Valencia justo antes de la restauración de la década de 1970. Se aprecia todavía su revestimiento interior barroco clasicista, que prácticamente solo estaba ausente en las bóvedas.



Fig. 6. Vista actual del interior de la Catedral de Segorbe con su magnífico revestimiento clasicista protoneoclásico.

arquitectura», habiendo servido según él para «trastornar la uniformidad, y confundir lo bueno que en esta como en otras muchas catedrales había». Véase Ponz Piquer (1788: 29).



Fig. 7. Vista de algunas de las embocaduras barrocas de las capillas laterales del lado de la epístola de La Seo de Zaragoza, aún conservadas.

A su vez, de forma complementaria a la anterior pretensión, Agustín Sanz buscó modernizar o actualizar estéticamente el edificio para acomodarlo a los gustos más avanzados del momento, algo que ya se estaba haciendo en su templo hermano del Pilar, que constituía toda una referencia. No obstante, su principal afán fue potenciar su unidad, equilibrio y armonía interior. Para lograrlo, contrariamente a lo que planteó posteriormente en un estadio ya muy avanzado de su carrera en otros edificios medievales en los que intervino como la Colegiata de Borja[11], acudió, a pesar de que parezca contradictorio, a un lenguaje clasicista que, aunque muy neutro y de compromiso, no se ajustaba al lenguaje arquitectónico que predominaba en el templo en el que debía intervenir, el gótico-mudéjar[12], pero que sí podía dialogar con él

11. En el caso de la Colegiata de Borja, cuya restauración proyectó en 1792 y que se acometió parcialmente entre 1793 y 1794, Agustín Sanz, haciendo gala ya de una nueva mentalidad historicista muy avanzada para su tiempo, decidió no introducir en el edificio el lenguaje clasicista vigente, sino por el contrario respetar al máximo la estética entre mudéjar y tardogótica propia del mismo, diseñando aquellos elementos arquitectónicos que debían reconstruirse o añadirse de nueva planta (bóvedas, arcos exteriores de refuerzo…) en un estilo "neomudéjar" o "neotardogótico" que debía mimetizarse con la arquitectura precedente. Es más, en ciertos elementos del templo, como las bóvedas de crucería estrellada de la nave, pretendió alcanzar, mediante depuraciones ornamentales, lo que él interpretaba como la pureza del «estilo gótico». Véase Martínez Molina (2015c: 29-101).

12. En la España del último tercio del siglo XVIII, que se encontraba inmersa en plena eclosión del clasicismo academicista en sus diferentes variantes (barroca clasicista, funcionalista, neoclásica…), los estilos arquitectónicos medievales, fundamentalmente el gótico, eran todavía poco valorados e incluso denostados, considerándose de forma generalizada muy inferiores al vigente sistema arquitectónico de raíz clásica. Por ello, al intervenir en edificios medievales para modernizarlos, ampliarlos o añadirles nuevos elementos arquitectónicos, lo más habitual fue que los artífices echaran mano de lenguajes clasicistas

con cierta fluidez e integrarse en el "todo" del edificio sin estridencias, sin contrastes demasiado llamativos, contribuyendo notablemente a su modernización o actualización estética y aportando al conjunto una sensación de unidad en lo decorativo de la que había carecido hasta entonces al haberse limitado dicha unidad a lo meramente estructural (sistemas portante y de cubrición). Se puede decir, por tanto, que Sanz pretendió lograr una especie de unidad secundaria o de segundo nivel, por debajo de la estructural, pero complementaria a esta, basada en la conjunción y el equilibrio de las formas que constituían la decoración adventicia de los interiores del edificio. Esa búsqueda de unidad en lo decorativo se basó fundamentalmente en la introducción de formas, motivos o recursos ornamentales que se repetían (con pequeñas variaciones en algunos casos para evitar la monotonía) resultando comunes a distintas zonas del edificio. Afectó a cuestiones como las capillas, para las que Sanz diseñó un modelo común de embocadura del que creó dos variantes, diferenciadas en pequeños aspectos, que fue alternando para evitar la monotonía; el sistema de iluminación, que modificó por completo sustituyendo la disparidad de vanos existente por un único modelo de ventana geminada clasicista (solo salvó los óculos renacentistas del testero de los pies); o la ornamentación heráldica y retratística de los paramentos laterales que salvan la diferencia de altura entre las bóvedas de la nave central y las de las colaterales, que sustituyó por un modelo común de decoración a base de *ignudi* portantes de escudos, que repitió en todos los tramos, pero siempre con variantes para evitar la monotonía (Fig. 8)[13].

## 2. Análisis del proyecto de Agustín Sanz para La Seo de Zaragoza

Pasando ya a analizar pormenorizadamente cada una de las intervenciones de regularización y actualización estética propuestas por Agustín Sanz en su proyecto, cabe destacar en primer lugar que la más importante, sin lugar a dudas, fue la que se centró en la sustitución de las antiguas portadas de las capillas laterales, todas ellas diferentes entre sí y muy suntuosas, por un modelo unitario de embocadura barroco clasicista muy refinado y sobrio, acorde a los nuevos gustos estéticos ilustrados. Con su repetición, además de desterrar el barroquismo de las anteriores portadas, Sanz pretendía lograr que el perímetro interior del gran salón

que nada tenían que ver con su esencia arquitectónica al no valorar siquiera la posibilidad de emplear en ellos una estética de raíz medieval. Esto fue una práctica habitual entre todos los arquitectos españoles del momento, incluidos los más avanzados o encumbrados como Ventura Rodríguez, Francesco Sabatini (Palermo, 1721-Madrid, 1797) o Juan de Villanueva (Madrid, 1739-1811). La valoración de los estilos medievales, especialmente del gótico, y por tanto las intervenciones historicistas en edificios del medievo no comenzaron, aunque de forma muy tímida y progresiva, hasta los años finales del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Véase García Melero (1989: 223-225 y 231-244).

13. RBPRM, sign. IX-M-9 (1).

de cinco naves que era el templo presentara una continuidad estética que potenciara la unidad del edificio en su conjunto[14].



Fig. 8. Detalle del dibujo de sección longitudinal de La Seo de Zaragoza elaborado por Agustín Sanz. Se aprecia su propuesta para crear nuevas portadas clasicistas de diseño unitario en las capillas laterales.

El modelo de embocadura ideado por Agustín Sanz responde a un esquema de arco de medio punto de rosca de frente moldurado, impostas resaltadas y enjutas cajeadas con roseta, flanqueado por sendas pilastras corintias de fuste liso, dispuestas sobre alto basamento. Dichas pilastras sostienen visualmente un entablamento corintio rematado en frontón curvo partido que se proyecta lateralmente coincidiendo con las pilastras y en cuyo centro se dispone un tarjetón o cartela todavía de tradición rococó sostenido por una pareja de angelotes. Para evitar la monotonía Sanz alternó en las portadas dos modelos de tarjetón diferentes, correspondientes a su vez a dos posturas generales de sus angelotes también distintas. Logró así una unidad "variada". Uno de los dos modelos de tarjetón es más voluminoso, de formato pseudooval apaisado y se enmarca con sendas tornapuntas laterales de gran tamaño. A dicho modelo le corresponden un cortinaje de base que presenta distinta disposición, plegado y caída según los casos y que permite ganar altura al tarjetón, y dos angelotes tenantes en vuelo dispuestos en horizontal, pero con diferentes posturas según la portada.

14. La sustitución de las embocaduras de las capillas debía ir acompañada también de la regularización del tamaño y forma de sus arcos, que eran dispares. No obstante, la distancia entre una y otra embocadura no sería constante por la diferente anchura de los tramos en los que estas nuevas embocaduras se integrarían. No obstante, el efecto general sería homogéneo ya que la diferente separación apenas sería perceptible.

El tipo alternativo de tarjetón es algo menos voluminoso, de formato pseudooval vertical y se enmarca con varias tornapuntas de pequeño tamaño combinadas con motivos de rocalla. A este tipo de tarjetón le corresponde, en sustitución del cortinaje de base existente en el otro modelo, un podio formado por dos volutones vegetales afrontados que apoyan sobre un basamento lineal dispuesto sobre la cornisa del entablamento. También le corresponden sendos angelotes tenantes, pero dispuestos en posición erguida o semiagachada y sin volar (Figs. 9 y 10).



Fig. 9. Vista de dos de las nuevas embocaduras clasicistas diseñadas por Agustín Sanz para las capillas laterales de La Seo de Zaragoza. Es un detalle del dibujo de sección longitudinal de la catedral elaborado por el arquitecto hacia 1772-1773.



Fig. 10. Detalle de la decoración escultórica propuesta por Agustín Sanz para la coronación de los frontones curvos partidos de las portadas diseñadas por él para las capillas laterales de La Seo de Zaragoza. Se aprecia también parte de la ornamentación que propuso para los pseudocapiteles de los grandes pilares fasciculados y para los paramentos laterales que salvan la diferencia de altura entre la nave central y las dos adyacentes. Es parte del dibujo de sección longitudinal de la catedral elaborado por el arquitecto hacia 1772-1773.

Este modelo de embocadura, a pesar de ser barroco clasicista en la resolución de sus elementos constitutivos[15], tiene su origen tipológico en el clasicismo protobarroco de pervivencias manieristas de finales del siglo XVI y las primeras décadas del XVII, en el que las portadas de arco de medio punto entre pilastras o columnas rematadas en entablamento con frontón curvo partido fueron muy habituales, primero en Italia y más tarde en España, aunque generalmente con los extremos de dicho frontón acabados en espiral[16]. De hecho, en la propia catedral existía una portada protobarroca que respondía a este patrón: la de la capilla de las Santas Justa y Rufina (tercera del lado del evangelio desde los pies), construida entre 1643 y 1645 (Lacarra Ducay, 1982-1991: 156). Dicha embocadura, por su buena traza y notable clasicismo, fue alabada como la mejor de toda la catedral por el ya mencionado Antonio Ponz, coetáneo de Agustín Sanz muy influyente, que le dedicó estas palabras: «Tiene también esta capilla muy buena portada: ¡ojalá lo fuesen, y no tan ridículas como lo son las de las Capillas de S. Vicente Mártir, y de Santiago!» (Ponz Piquer, 1788: 33).

La portada de la capilla de las Santas Justa y Rufina, aún conservada, se abre en arco de medio punto de rosca y jambas resaltadas y cuarteadas, impostas molduradas y enjutas cajeadas con roseta, arco que se dispone entre pseudopilastras corintias de fuste agramilado con formas geométricas (rombos y óvalos). Dichas pseudopilastras, que apoyan sobre alto basamento, sostienen visualmente un entablamento, de decorativo friso también agramilado, rematado en frontón curvo partido de extremos gallonados y avolutados que flanquean en el centro una hornacina entre pseudopilastras toscanas de fuste cuarteado que sostienen un frontón triangular que sirve de coronación al conjunto. A mi juicio, dados los paralelismos compositivos existentes, Agustín Sanz pudo tomar el esquema general de esta portada, debidamente depurado y modificado en clave barroca clasicista dieciochesca[17], como referencia o punto de partida para plantear su propuesta de renovación y unificación de las embocaduras de las capillas, sin duda al haber podido constatar, desde su perspectiva estética ilustrada y por comparación con

15. Este esquema general de portada, aplicado también a la retablística, seguía plenamente vigente en la arquitectura española de la Ilustración. De hecho, fue utilizado, con distintas variantes más o menos complejas, por autores tan destacados como Ventura Rodríguez (retablos laterales de su proyecto de Templo Magnífico para la Academia de San Lucas de Roma, altar mayor de la iglesia de San Marcos de Madrid, retablo de la capilla de San Lorenzo del Templo del Pilar de Zaragoza…).

16. Este modelo general de portada se había ido configurando en el ámbito romano desde finales del siglo XVI como reelaboración clasicista de precedentes manieristas, principalmente miguelangelescos (Porta Pía de Roma…) y vignolescos (fachada no ejecutada para la iglesia del Gesù de Roma…).

17. El modelo general de embocadura ideado por Agustín Sanz prescinde de la geométrica decoración agramilada omnipresente en la portada de la capilla de las Santas Justa y Rufina, que cubre elementos como los fustes de las pseudopilastras o el friso del entablamento. También prescinde de otros recursos ornamentales como los cuarteados superficiales y simplifica la resolución del frontón curvo partido al otorgarle la curvatura canónica, suprimir el gallonado de sus fragmentos de tímpano y eliminar las volutas de los extremos de su cornisa superior.

los de las restantes portadas, que era el más adecuado para ello entre los existentes en el templo por su clasicismo moderado, un clasicismo bastante neutro que podía dialogar sin estridencias con el lenguaje general gótico-mudéjar de la estructura del templo (Figs. 11 y 12).



Fig. 11. Vista general del interior de La Seo de Zaragoza desde el atrio de la Pabostría. En el extremo izquierdo se aprecia la embocadura protobarroca de la capilla de las Santas Justa y Rufina.

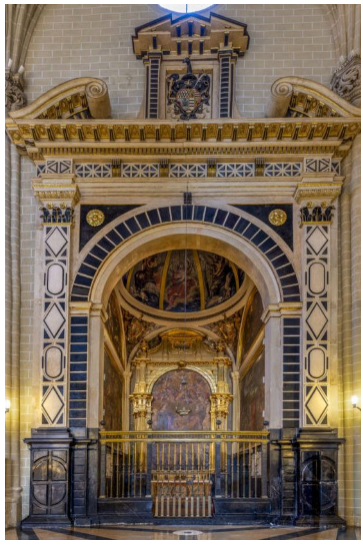


Fig. 12. Vista de la portada protobarroca de la capilla de las Santas Justa y Rufina de La Seo de Zaragoza.

La segunda medida en importancia que propuso Agustín Sanz para potenciar la unidad interior de la catedral y modernizar su aspecto fue la sustitución de los distintos tipos de vanos de iluminación existentes en sus muros perimetrales, que por su origen cronológicamente diverso eran muy dispares en su diseño (arcos apuntados con o sin tracerías, óculos…), tamaño y ubicación concreta en el tramo correspondiente[18], por un nuevo modelo unificado para todo el perímetro interior del templo a excepción del transepto y del testero de los pies, lugar este último donde existían unos magníficos óculos renacentistas, alineados en vertical de tres en tres o dos en dos según los tramos, que Sanz decidió salvar por su calidad y clasicismo. El nuevo modelo que proponía era un estilizado vano geminado de medio punto con fina columnilla toscana central a modo de mainel, cerrado con vidrios emplomados, un tipo de ventana muy sencillo y neutro que, manteniendo un indudable clasicismo en las formas, acudía inteligentemente a una composición y unas proporciones de raíz gótica que entroncaban a la perfección con la solución estructural y las proporciones del edificio[19]. Los nuevos vanos, que eran de gran formato para aumentar ostensiblemente la luminosidad interior del templo y articular los paramentos de manera efectiva, debían abrirse en el centro de cada tramo de los muros laterales, siempre a la misma altura, ocupando prácticamente todo el espacio existente entre los tarjetones de las nuevas embocaduras de las capillas y las bóvedas[20]. Por su constante y rítmica repetición en los distintos tramos de los dos flancos del gran salón de cinco naves que era la catedral, pero también por la luminosidad que aportarían, que se expandiría sin obstáculos por todos los rincones del templo gracias a la altura uniforme de sus bóvedas, los nuevos vanos potenciarían enormemente la sensación de unidad, equilibrio y armonía interior del recinto (Fig. 13).

18. Tal y como se puede apreciar en la actualidad en ciertas zonas del exterior de la catedral (muro perimetral recayente a la plaza de La Seo), los vanos antiguos del templo eran de diseño, tamaño y ubicación concreta muy dispar en su correspondiente tramo por su diferente origen a lo largo del tiempo y su pertenencia a distintas fases constructivas o decorativas. La unificación de vanos planteada por Agustín Sanz no se llevó a término, pero, posteriormente, probablemente en el siglo XIX, muchas de las ventanas antiguas, fundamentalmente medievales, fueron sustituidas en el interior por simples vanos circulares con los que se buscó una unidad general similar a la planteada por Sanz, pero sin su sistematicidad e imitando de forma simplificada la forma y aspecto de los magníficos óculos renacentistas del testero de los pies, que se tomaron como modelo. No obstante, la huella de muchos de los antiguos vanos pervivió en el exterior.

19. De hecho, el modelo de vano diseñado por Agustín Sanz recuerda a modelos renacentistas hispánicos de inicios del siglo XVI en los que se combinaron las nuevas formas de raíz clásica con unas proporciones todavía góticas. Sanz, consciente sin duda de que dicho maridaje se adecuaba a la perfección a las necesidades del templo y a lo que él pretendía lograr, lo asumió como propio haciendo gala de una gran versatilidad y capacidad de adaptación a la realidad del edificio sobre el que debía intervenir, un rasgo que siempre le caracterizó. Cabe incluso la posibilidad, aunque remota, de que tomara como modelo un vano de este tipo que ya existiera en el edificio, pero que hoy no se conserva.

20. RBPRM, sign. IX-M-9 (1).



Fig. 13. Detalle del dibujo de sección longitudinal de La Seo de Zaragoza de Agustín Sanz. Se aprecian dos de los vanos geminados propuestos por este para unificar el diseño de las ventanas y también parte de la decoración escultórica de las embocaduras de las capillas laterales, de los pseudocapiteles de los pilares y de los paramentos que salvan la diferencia de altura entre la nave central y las dos adyacentes.

La tercera medida unificadora y actualizadora ideada por Agustín Sanz consistió en la introducción de un ambicioso programa unitario de ornamentación escultórica figurativa que sustituyera a la vieja y dispar decoración escultórica gótica y renacentista, de todo tipo, realizada fundamentalmente en yeso, que acompaña a la estructura arquitectónica gótico-mudéjar como complemento decorativo y simbólico. Dicho programa, que debía complementar a la decoración escultórica superior de las nuevas embocaduras de las capillas (angelotes tenantes con tarjetones), se dividía en realidad en dos líneas principales de actuación diferenciadas: la decoración de los paramentos murales que salvan la diferencia de altura entre las bóvedas de la nave central y las de las dos naves laterales que la flanquean; y la ornamentación de los pseudocapiteles de los grandes pilares fasciculados sobre los que apoyan las bóvedas y el friso que recorre, a la misma altura que dichos pseudocapiteles, el perímetro interior del presbiterio sirviendo visualmente de base al arranque de su bóveda de crucería estrellada.

La decoración propuesta por Agustín Sanz para los paramentos que salvan la diferencia de altura entra las bóvedas de la nave central y las de las dos naves laterales que la flanquean pretendía sustituir a la dispar ornamentación escultórica de yesería existente en los mismos, fundamentalmente escudos episcopales sostenidos por grifos, leones o angelotes, y retratos renacentistas enmarcados por guirnaldas vegetales circulares[21]. Dicha decoración propuesta por Sanz es unitaria

21. La ejecución de esta decoración y de otros elementos, como una parte importante de los pseudocapiteles de los pilares fasciculados, había sido contratada en 1549 por el maestro de obras

pero no repetitiva ya que, siguiendo una pauta similar a la empleada en la ornamentación superior de las nuevas embocaduras de las capillas, decidió alternar dos versiones de un mismo esquema general, introduciendo además pequeños cambios en cada caso. Así, planteó decorar cada paramento con dos *ignudi* en relieve, de clara tradición miguelangelesca[22], que sostienen en el centro un escudo episcopal, pero siguiendo dos variantes diferenciadas en función del formato del escudo y de la postura general de dichos *ignudi*. La primera variante incluye un escudo episcopal encintado de formato italiano o de *testa di cavallo*, dispuesto sobre un fondo que semeja un haz de plumas, al que le corresponden dos *ignudi* que lo flanquean y sostienen dándose la espalda entre sí sentados de forma efectista sobre el arco apuntado que sirve de base al paramento, cuya forma perfilan con las piernas. La segunda variante, que se alterna con la anterior, está formada por un escudo episcopal de formato oval o eclesiástico[23] que lateralmente queda enmarcado por lo que parecen ser dos hojas de acanto y al que le corresponden dos *ignudi* que lo flanquean y sostienen, pero en este caso dándose la cara entre sí y disponiéndose arrodillados o sentados. En ningún caso, a pesar de corresponder a una u otra variante o esquema general, se repiten exactamente los gestos o las posturas de los *ignudi* ni los diseños de los escudos o su ornamentación (Fig. 14).



Fig. 14. Detalle de una de las parejas de *ignudi* ideadas por Agustín Sanz como decoración de los paramentos que salvan la diferencia de altura entre la nave central y las adyacentes. Es parte del dibujo de sección longitudinal de La Seo de Zaragoza elaborado por el arquitecto zaragozano.

Por su parte, la ornamentación unitaria concebida por Agustín Sanz para los pseudocapiteles de los grandes pilares fasciculados sobre los que apoyan las bóvedas del templo y para el friso que, coincidiendo con la altura de dichos pseudocapiteles, recorre el perímetro interior del presbiterio sirviendo visualmente de base al arranque de su bóveda pretendía sustituir a la dispar decoración escultórica en yeso existente en dichos lugares, que era gótica (cardinas, cardinas con

Charles de Mendibe (¿?, p. s. XVI-Zaragoza, 1557/58), que actuó como contratista y coordinador de los trabajos. Véase Criado Mainar e Ibáñez Fernández (2002: 231-232).

22. La influencia, tanto iconográfica como formal e incluso funcional, de los *ignudi* que Miguel Ángel pintó en la bóveda de la Capilla Sixtina es muy evidente e indicativa de la notable formación artística de la que gozó Agustín Sanz, que conocería el programa decorativo de la capilla vaticana gracias a estampas.

23. El variado repertorio de formatos de escudos que empleó Agustín Sanz en este proyecto indica que tenía buenos conocimientos de heráldica o que estaba bien asesorado por algún experto en la materia. También cabe la posibilidad de que tuviera acceso a bibliografía especializada.

animales fantásticos, espirales vegetales…) o ya renacentista (pequeños angelotes sosteniendo escudos heráldicos)[24] según las zonas, con el objetivo de contribuir a la modernización estética y a la unidad del interior del templo. En el caso de los pseudocapiteles de los pilares, la ornamentación unitaria ideada por Sanz se basaba en el uso de parejas de rollizos angelotes de tradición barroca romana dispuestos entre la cornisa inferior y la superior de dichos pseudocapiteles (que debían hacerse nuevas e iguales en todos ellos), acompañadas de decoración vegetal de fondo, sosteniendo escudos heráldicos de dos formatos diferentes alternos (oval o eclesiástico y francés redondeado y apuntado) en posturas muy diversas y dinámicas para lograr la unidad del conjunto, pero sin caer en la repetición y la monotonía. En el caso del friso del presbiterio, Sanz propuso remplazar la decoración vegetal gótica de cardinas existente por una ornamentación también vegetal, pero clasicista, dispuesta entre dos cornisas continuas idénticas a las de los pseudocapiteles de los pilares y situadas a su misma altura. Dicha decoración vegetal debía ir acompañada de angelotes de raigambre italiana, similares a los de los pseudocapiteles de los pilares, dispuestos en parejas en torno a las ménsulas de la bóveda del presbiterio, ménsulas que se integrarían en el friso y que los angelotes simularían sujetar, y de ciertas parejas de *ignudi* de tradición miguelangelesca situadas en puntos significativos del friso, como las ménsulas centrales de los dos flancos del presbiterio (Fig. 15).



Fig. 15. Detalle de la decoración a base de angelotes e *ignudi* propuesta por Agustín Sanz para el friso del presbiterio de La Seo de Zaragoza. Es parte del dibujo de sección longitudinal de la catedral elaborado por el arquitecto.

Al margen de las tres grandes medidas de regularización y actualización estética ya analizadas, Agustín Sanz incluyó en su proyecto otras intervenciones complementarias mucho más puntuales o focalizadas y, por tanto, menos relevantes para la consecución de la unidad estética del conjunto catedralicio. Sin embargo, no dejaron de ser importantes ya que su misión principal, en este caso, fue la renovación estética del edificio en clave clasicista dieciochesca, pero siempre dialogando con mesura y sin estridencias con el lenguaje gótico-mudéjar predominante.

24. La realización de los pseudocapiteles con pequeños angelotes sosteniendo escudos heráldicos había sido contratada en 1549, junto a otras labores de ornato, por el maestro de obras Charles de Mendibe. Véase Criado Mainar e Ibáñez Fernández (2002: 231-232).

La más ambiciosa de las intervenciones concretas de modernización estética propuestas por Agustín Sanz, que se extendió también a lo funcional, afectó al gran cimborrio mudéjar con decoración gótica y renacentista construido en el crucero bajo la dirección de Juan Lucas Botero "el Viejo" entre 1520 y 1521 (Gómez Urdáñez, 1988: 29-36; Criado Mainar, 1998: 116). Consistió en la depuración y la redecoración interior de su tambor, en la sustitución de sus vanos y en la creación de una nueva cobertura exterior incluyendo una nueva linterna clasicista de remate (Fig. 16).



Fig. 16. Vista del exterior del cimborrio de La Seo de Zaragoza. Hoy mantiene todavía su configuración primigenia. Al fondo se observa la torre campanario, diseñada por Giovanni Battista Contini en 1685.

La depuración y la redecoración interior del tambor octogonal del cimborrio se basó en la eliminación de los motivos escultóricos y ornamentales góticos y renacentistas y su sustitución por otros similares en aspecto y forma, pero más austeros y de resolución estética clasicista. Así, en lo referente al anillo inferior del octógono Agustín Sanz planteó remplazar la gran banda de decoración vegetal gótica de cardinas adornada con pequeños escudos en el centro de cada lado y con esfinges de alas desplegadas flanqueando grandes escudos heráldicos en los ángulos, por una sencilla cornisa moldurada clasicista ornada en las ocho esquinas

del octógono con parejas de leones afrontados flanqueando y sosteniendo tarjetones o cartelas barrocas clasicistas (Fig. 17).



Fig. 17. Vista del interior del cimborrio de La Seo de Zaragoza. Mantiene su configuración original del primer cuarto del siglo XVI.

En cuanto al tambor propiamente dicho, el arquitecto propuso remplazar los decorativos pseudopilares octogonales angulares coronados con complejos serafines por estilizadas columnas toscanas rematadas con expresivos mascarones alados de tradición barroca. Planteó a su vez sustituir el monumental pseudoentablamento con inscripción gótica existente sobre los pilares angulares por una sencilla cornisa moldurada clasicista que, apoyando sobre las columnas toscanas, marcara la transición con el casquete. Sin embargo, el cambio más relevante afectó a las complejas hornacinas renacentistas que presiden cada uno de los ocho lados del tambor, que planteó depurar ornamentalmente hasta dejarlas en meras oquedades murales enlazadas entre sí mediante la prolongación lateral de sus impostas. También propuso sustituir las modestas imágenes de yeso cobijadas en las hornacinas, realizadas, al igual que el resto de la decoración escultórica del tambor del cimborrio, por el escultor Pedro Laguardia en 1520-1521 (Criado Mainar e Ibáñez Fernández, 2002: 228-229), por ocho nuevas estatuas clasicistas de santos obispos, sin duda los padres de las Iglesias latina y oriental, una iconografía muy adecuada al edificio y al propio elemento arquitectónico que permite iluminar el crucero y el presbiterio del templo (Fig. 18)[25].

25. El uso de los cuatro padres de la Iglesia latina u occidental (san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio Magno) como elemento simbólico y decorativo en cúpulas de crucero,

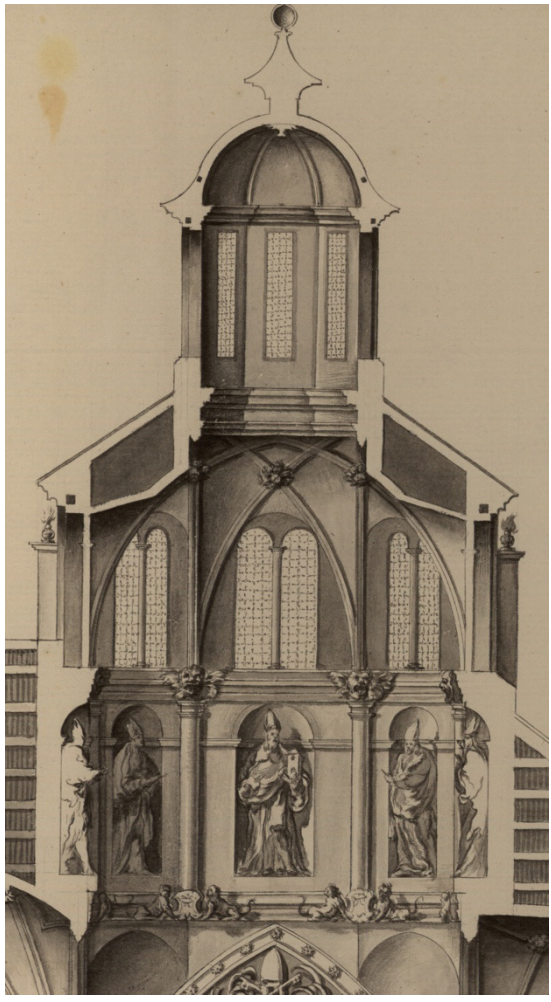


Fig. 18. Propuesta de Agustín Sanz para reformar y redecorar el cimborrio de La Seo. Es un detalle de su dibujo de sección longitudinal de la catedral zaragozana.

generalmente en sus cuatro pechinas, fue muy frecuente en España en la segunda mitad del siglo XVIII –buen ejemplo de ello son las series pictóricas goyescas de Calatayud, Muel y Remolinos–. Sin embargo, este caso de La Seo de Zaragoza resulta singular por las características arquitectónicas de la propia estructura afectada, un cimborrio octogonal, pues, ante la necesidad de rellenar ocho espacios en vez de cuatro, Sanz optó por incluir también a los cuatro padres de la Iglesia oriental (san Atanasio, san Basilio, san Gregorio Nacianceno y san Juan Crisóstomo), una iconografía mucho menos habitual.

En lo referente al casquete del cimborrio, Agustín Sanz propuso respetar, por su gran validez funcional, el complejo sistema de abovedamiento mudéjar de inspiración hispanomusulmana a base de cuatro parejas de arcos entrecruzados. No hizo lo mismo con los grandes vanos apuntados de doble mainel y las complejas y decorativistas tracerías góticas que se abren en el centro de sus ocho caras, que planteó sustituir por estilizados y clasicistas vanos geminados de medio punto con fina columnilla toscana central a modo de mainel similares a los que propuso para los muros perimetrales del templo. Debían cerrarse, al igual que estos, con vidrios emplomados.

Más visible todavía y de mayor importancia si cabe, por variar el perfil exterior del templo, fue la otra modificación que Agustín Sanz propuso en el casquete. Consistió en rebajar el tambor octogonal exterior que lo envuelve hasta unas hiladas por encima de los ocho vanos de su perímetro para crear una cornisa moldurada clasicista exterior[26] que sirviera de base a un nuevo tejado inclinado a ocho aguas similar al de las grandes cúpulas de tambor octogonal exterior típicas de su arquitectura religiosa (iglesias de la Santa Cruz de Zaragoza, Épila…), tejado que debía converger en el anillo inferior de la nueva linterna octogonal de iluminación que debía rematar el cimborrio.

La nueva linterna de iluminación barroca clasicista propuesta por Agustín Sanz como coronación del cimborrio debía sustituir a la vieja linterna mudéjar concluida en 1521, incluida su vistosa envoltura exterior octogonal de arcos conopiales, con el fin de mejorar la iluminación natural que el cimborrio aportaba al crucero y al presbiterio, pero sobre todo para completar sin grandes dispendios la actualización estética del perfil exterior de la catedral en clave barroca clasicista ya iniciada con la monumental torre campanario, muy vinculada al barroco romano, diseñada por el prestigioso arquitecto italiano Giovanni Battista Contini (Montalcino, 1642-Roma, 1723) en 1685 y levantada entre 1686 y 1704 (Ibáñez Fernández y Sutera, 2010: 193), y continuada con la nueva fachada hacia la plaza de La Seo, muy relacionada con modelos de Ventura Rodríguez, trazada por Julián Yarza en 1763 y construida entre 1764 y 1767 aproximadamente (Ansón Navarro, 1981: 54-55 y 59-60).

Agustín Sanz concibió una nueva linterna que debía ser monumental, pero a la vez sencilla y estilizada para cumplir eficazmente con su misión de convertir exteriormente el cimborrio, en combinación con el rebaje y nuevo cubrimiento de su casquete, en una auténtica cúpula barroca clasicista. Tal y como se observa en su dibujo de sección longitudinal de la catedral, la ideó de planta octogonal

26. Los grandes contrafuertes angulares exteriores también debían rebajarse, pero todavía algo más para no interferir con la cornisa. Para compensar su rebaje, disimularlo y contribuir a la vez a la modernización del aspecto del cimborrio, debían coronarse con sencillos flameros típicamente barroco-clasicistas.

dado que debía adaptarse al hueco de la preexistente[27]. En el interior presenta en su base un sencillo entablamento de arquitrabe de doble faja, friso liso y cornisa moldurada sin dentículos que, a modo de anillo octogonal, delimita y perfila el entronque con el casquete. Sus ocho caras, que interiormente se muestran lisas y despojadas de ornamentación dado que esta resultaría prácticamente imperceptible desde abajo, están presididas por un estilizado vano de formato rectangular. En el exterior esos ocho vanos rectangulares presentan un cajeado perimetral que arranca del sencillo zócalo que les sirve visualmente de base, siendo este el único recurso de animación mural. Tanto en el interior como en el exterior las ocho caras de la linterna se rematan mediante una sencilla cornisa clasicista moldurada (la exterior es de mayor envergadura), dos cornisas que sirven física y visualmente de base al cupulín pseudohemisférico (es de base octogonal) que corona la linterna. Dicho cupulín se articula interiormente con ocho falsos nervios de escaso grosor que perfilan la unión entre los ocho plementos curvos sin decoración que lo conforman, falsos nervios que convergen en una roseta a modo de clave pinjante que entona con las de los arcos del casquete y que constituye la única concesión ornamental del interior de la linterna. Exteriormente, las ocho caras del cupulín, sin duda emplomadas, confluyen, describiendo una suave curvatura, en un cilindro que, a modo de peana, sirve de base a la pseudopirámide de ocho caras rematada por bola que corona la linterna aportándole un estilizado y clasicista perfil de raigambre barroca italiana[28].

Otra de las intervenciones concretas de renovación estética propuestas por Agustín Sanz afectó al conocido como atrio de la Pabostría, bloque constructivo independiente de planta rectangular, levantado entre 1555 y 1558 bajo la dirección del maestro de obras Charles de Mendibe (Criado Mainar e Ibáñez Fernández, 2002: 253) siguiendo aún pautas estéticas tardogóticas en lo estructural y renacentistas en lo ornamental, que da acceso al interior de la catedral por los pies y que en la teoría, aunque no en la práctica, constituye su entrada principal, al menos desde un punto de vista litúrgico. Sanz planteó su modernización estética mediante la creación de una nueva portada interior de diseño similar al de las nuevas embocaduras de las capillas laterales (frontón curvo partido…), pero de menor formato, dotada de columnas corintias en vez de pilastras y carente de la

27. RBPRM, sign. IX-M-9 (1).

28. El perfil exterior que hubiera adquirido el cimborrio de haberse acometido la reforma de Agustín Sanz resultaría similar al de una de las cúpulas más importantes diseñadas por este: la que remata el crucero de la iglesia parroquial de Épila (1777-1808). De hecho, el tambor octogonal exterior de dicha cúpula se cubre con un tejado de ocho vertientes similar al propuesto para el cimborrio de La Seo, ocho vertientes que confluyen en una linterna también parecida, aunque más estilizada y ciega en la actualidad. Las ocho caras de dicha linterna se articulan, al igual que las de la ideada por Sanz para el cimborrio catedralicio, mediante cajeados rectangulares, y se rematan, como allí, con una clasicista cornisa moldurada que sirve de base al cupulín emplomado que corona el conjunto, que culmina en un estilizado vástago de ocho caras con bola y cruz.

decoración escultórica superior a base de angelotes sosteniendo tarjetones presente en estas por la necesidad de respetar un óculo renacentista preexistente. Esta portada clasicista debía sustituir a aquella mucho más suntuosa creada *al romano* por el mazonero de aljez Francisco Santa Cruz (*¿?*, p. s. XVI-Zaragoza, *c*. 1571) en 1557-1558[29], que Sanz debió de considerar demasiado decorativista a pesar de incluir un variado repertorio ornamental de raíz clásica. Otro cambio consistió en la sustitución de las cuatro ventanas que se abrían en la parte alta de los lados largos del atrio (Criado Mainar e Ibáñez Fernández, 2002: 253), dos en cada uno de sus dos tramos, por cuatro clasicistas óculos de mediano formato, enmarcados por una corona vegetal y cerrados con vidrios emplomados, que debían entonar con el óculo renacentista abierto sobre la portada interior[30]. La sustitución de la ornamentación escultórica renacentista existente en el centro de los dos lados largos del atrio (coincidiendo con los arranques centrales de sus bóvedas de crucería estrellada) por otra decoración de idéntica iconografía pero de mayor presencia y modernidad, en concreto sendas parejas de ángeles mancebos de tradición barroca romana afrontados entre sí con sus alas desplegadas y en pleno vuelo sosteniendo conjuntamente y con las dos manos el escudo heráldico del Cabildo Metropolitano de Zaragoza[31], pretendió contribuir también a la actualización estética del atrio en clave barroca clasicista, pero sin chocar estéticamente con su arquitectura tardogótica y su decoración renacentista (Figs. 19 y 20).

En relación con la redecoración parcial del atrio de la Pabostría habría que poner otra de las intervenciones concretas de renovación estética propuestas por Agustín Sanz, dado que afectó a un elemento íntimamente ligado a dicho atrio: el testero de los pies del templo, con el que está conectado. En este caso se trató de una intervención tendente a mejorar la imagen exterior del edificio. Sanz propuso articular el enorme testero, que abarca la anchura de las cinco naves del templo, se remata a dos aguas y es un simple paramento liso de ladrillo reforzado con enormes contrafuertes y horadado por diversas hileras verticales de óculos renacentistas, mediante un enorme frontón triangular abierto por abajo adaptado a la forma a dos aguas del tejado que, además de protegerlo gracias a su saliente, lo monumentalizaría en clave barroca clasicista con su refinado perfil moldurado

29. Francisco Santa Cruz cobró entre noviembre de 1557 y mayo de 1558 un total de 2.000 sueldos jaqueses por la ejecución en yeso de la portada interior, la cornisa, las ménsulas (incluida su decoración con la divisa del Cabildo Metropolitano sostenida por ángeles tenantes), las ventanas, los óculos y las claves del atrio de la Pabostría. Véase Criado Mainar e Ibáñez Fernández (2002: 241-242, 244 y 253-258).

30. RBPRM, sign. IX-M-9 (1). Los cuatro óculos diseñados por Agustín Sanz no llegaron a ejecutarse, pero paradójicamente, solo unos años después, en 1783-1784, dentro de una intervención de reforma del atrio concebida y dirigida por el maestro mayor de obras de La Seo, Julián Yarza Lafuente (Morata de Jalón, 1712-Zaragoza, 1785), las cuatro ventanas renacentistas de Francisco Santa Cruz fueron sustituidas por cuatro óculos, pero mucho más grandes que los ideados por Sanz. Véase Casamayor Ceballos (1784: 313).

31. Criado Mainar e Ibáñez Fernández (2002: 253); y RBPRM, sign. IX-M-9 (1).

para ponerlo a tono con las zonas del edificio ya actualizadas. El frontón triangular abierto se complementaría con unos nuevos remates escultórico-decorativos, en concreto unos grandes volutones vegetalizados de tradición barroca romana, que se añadirían a sus grandes contrafuertes para monumentalizarlos en sentido barroco clasicista y suavizar su transición con el gran paramento del testero[32].

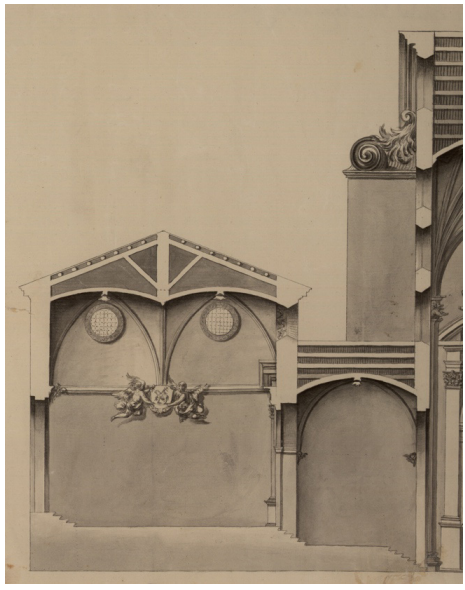


Fig. 19. Propuesta de Agustín Sanz para redecorar el atrio de la Pabostría y reformar el testero de los pies de La Seo de Zaragoza. Es un detalle de su dibujo de sección longitudinal de la catedral.

32. Estos volutones vegetalizados, que resultan singulares por su naturalista acabado superior, se inspiran muy probablemente, aunque debidamente reinterpretados, en los que Carlo Fontana diseñó para la fachada de la iglesia de San Marcello al Corso de Roma, que Agustín Sanz conocía sin duda a través de la estampa que de dicha fachada se recogió en el *Insignium Romae Templorum* (1684), un célebre repertorio de estampas arquitectónicas de iglesias romanas de la Edad Moderna que usó con frecuencia en su actividad profesional y que ejerció una gran influencia durante todo el siglo XVIII entre los profesionales españoles de la arquitectura (tuvo una gran difusión y lo poseyeron instituciones artísticas, eruditos y arquitectos tan relevantes como Ventura Rodríguez), junto con otros repertorios como el *Disegni di Vari Altari e Cappelle* (1689-1691?) y los tres volúmenes del *Studio d'Architettura Civile* (1702, 1712 y 1721). Estos repertorios ayudaron a codificar el barroco clasicista o académico español, que tomó como referencia las propuestas arquitectónicas y estéticas del barroco romano, debidamente adaptadas y reinterpretadas en clave clasicista, como vía para la renovación de la anquilosada arquitectura española a mediados del siglo XVIII. Sobre la influencia de los repertorios de estampas de arquitectura en la España del siglo XVIII véase Rodríguez Ruiz (2013).



Fig. 20. Vista de la portada renacentista del interior del atrio de la Pabostría, que enmarca el acceso al cuerpo de naves de La Seo de Zaragoza por los pies. Agustín Sanz planteó sustituirla por una nueva embocadura clasicista mucho más sencilla.

También de gran importancia para la recualificación estética exterior del edificio era otra de las propuestas de intervención de Agustín Sanz, aunque la misma estaba ya prevista desde hacía décadas: la ejecución de la decoración escultórica de la gran torre campanario de raigambre barroca romana diseñada por Giovanni Battista Contini en 1685 y construida a partir de 1686, que había quedado pendiente tras la conclusión de sus obras a nivel arquitectónico en 1704 (Ibáñez Fernández y Sutera, 2010: 193-195 y 197). Aunque el diseño de sección longitudinal de Sanz solo permite conocer parcialmente su propuesta al no mostrar la cara principal de la torre, recayente a la plaza de La Seo, es suficiente para colegir que su idea era que se ejecutara fielmente la decoración prevista por Contini en sus trazas conservadas en el Archivo Capitular de La Seo[33], tanto aquellos elementos de carácter meramente ornamental, principalmente los flameros del último cuerpo y de la base de su chapitel, como los más puramente escultóricos, entre ellos los estilizados y movidos ángeles trompeteros concebidos por el italiano para las peanas angulares del segundo cuerpo, dos de los cuales fueron magníficamente dibujados por Sanz en su diseño de sección longitudinal. Curiosamente, dichos ángeles fueron los únicos elementos escultóricos previstos por Contini que no llegaron a materializarse cuando finalmente se ejecutó la ornamentación escultórica de la torre entre 1787 y 1789 por el escultor aragonés Joaquín Arali Solanas (Zaragoza, 1737-Madrid, 1811)[34], al ser sustituidos por estatuas de las cuatro virtudes cardinales, que se debieron de considerar más adecuadas desde un punto de vista iconográfico, pero también estético por su disposición más estática y, por tanto, más acorde a los gustos clasicistas vigentes (Fig. 21).

Las dos restantes intervenciones de modernización estética propuestas por Agustín Sanz que pueden observarse en su diseño de sección longitudinal fueron de escasa envergadura. Una de ellas afectó al óculo que se abre en la parte alta del paramento que cierra el extremo del brazo del transepto del lado del evangelio y que exteriormente corresponde a la monumental fachada barroca clasicista de Julián Yarza. Sanz planteó en el interior dar realce y prestancia a dicho óculo, que era de resolución demasiado simple, con un sencillo marco vegetal de hojarasca de notable clasicismo.

La otra intervención se centró en el sepulcro tardogótico de don Juan de Aragón, administrador de la diócesis de Zaragoza entre 1458 y 1475, ubicado

33. Archivo Capitular de La Seo de Zaragoza (ACLS), Trazas y dibujos, 104-1 y 104-2. Véanse las trazas de Contini en Ibáñez Fernández y Sutera (2010: 195-196).

34. ACLS, Documentos de las Cuentas de la Administración de Fábricas, año 1787, cuenta-recibo n.º 27; y Casamayor Ceballos (1787: 46 r.; 1790: 150 r.). De la ejecución de los elementos de la torre más puramente ornamentales (flameros, marco de la gran cartela del primer cuerpo…) se encargó simultáneamente el maestro cantero Antonio Ribes Roures (Oliva, *c*. 1730-Zaragoza, 1797) con su taller. Aunque las esculturas de Joaquín Arali estaban ya terminadas a principios de septiembre de 1789, las obras de decoración de la torre en su conjunto, iniciadas en junio de 1787, no se dieron por concluidas hasta el 11-X-1790.



Fig. 21. Dibujo de Agustín Sanz de la torre campanario de La Seo de Zaragoza incluyendo la decoración escultórica proyectada por Giovanni Battista Contini en 1685, que permanecía sin ejecutar. Es un detalle del dibujo de sección longitudinal de la catedral elaborado por Sanz.

bajo arcosolio en el muro lateral del presbiterio del lado del evangelio. Dicho sepulcro había sido remodelado en la primera mitad del siglo XVIII junto a toda la parte baja del muro en el que se inserta, que fue cubierta con un revestimiento pétreo barroco de piedra negra de Calatorao, piedra de La Puebla de Albortón y jaspe rojo, articulado mediante pseudopilastras toscanas y una cornisa general superior que en unión con la prolongación lateral de los baquetones de dichas pseudopilastras actúa visualmente de entablamento. Sanz planteó sustituir la embocadura del arcosolio, aún dentro de los parámetros del barroco pleno, por otra ya barroca clasicista mucho más sencilla y sobre todo de menor altura, en forma de vano adintelado de jambas y dintel de frente moldurado con una sencilla banda plana en resalte y esquinas recortadas en cortinilla, un esquema de raíz borrominesca que en la década de 1770 Sanz empleó también en otros lugares como la portada de la iglesia de la Santa Cruz de Zaragoza, que presenta grandes paralelismos con este arcosolio[35]. La nueva embocadura del arcosolio debía rematarse con las esculturas de dos rollizos angelotes de raigambre barroca romana similares a los concebidos por el propio Sanz para el friso de la parte alta del presbiterio y las embocaduras de las capillas laterales. Dichos angelotes debían disponerse en posición frontal, sentados sobre los extremos del dintel del arcosolio, pero en animada y compleja postura levantando sus brazos más próximos, con los que sostendrían por la base el escudo heráldico de formato oval o eclesiástico de don Juan de Aragón, que se dispondría en la parte más

35. Este esquema de embocadura derivaba de un tipo de enmarque utilizado con profusión por Francesco Borromini en la planta baja de la fachada principal del colegio de la Propaganda Fide de Roma y que ya había usado previamente, pero con menor protagonismo, en las ventanas de la planta baja del Oratorio de los Filipenses y en las fachadas laterales de San Carlino, también en Roma.

alta de la efectista pero a la vez equilibrada composición piramidal que formarían dichos brazos, justo por debajo de la cornisa que remata el paramento pétreo en el que se integra el arcosolio. Dicho paramento pétreo también debía simplificarse para restarle protagonismo, algo que se lograría mediante la supresión de la línea continua que forman los baquetones enlazados de los capiteles de sus pseudopilastras y la probable eliminación de las incrustaciones pétreas de jaspe rojo de distintas formas complejas que adornan los fustes de dichas pseudopilastras (Fig. 22).

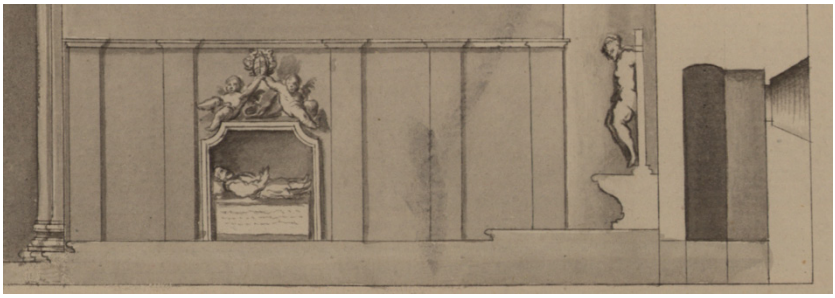


Fig. 22. Propuesta de Agustín Sanz para reformar la embocadura del sepulcro de don Juan de Aragón. Es un detalle del dibujo de sección longitudinal de La Seo de Zaragoza elaborado por Sanz.

Como dato curioso, cabe mencionar por último que, para facilitar la lectura e interpretación de sus distintas propuestas de intervención en el edificio, pero también para ahorrarse esfuerzos innecesarios, Agustín Sanz prescindió en su sección longitudinal de ciertos elementos o estructuras que por su ubicación o disposición debería haber representado, como fue el caso de: los retablos de las capillas laterales del lado del evangelio, el cancel interior de la puerta de la plaza de La Seo, el baldaquino y capilla del Santo Cristo, la sillería coral[36] o el retablo mayor[37].

36. También cabe la posibilidad, aunque bastante remota, de que Agustín Sanz hubiera llegado a plantear el desmontaje y traslado del coro para liberar la nave central, algo que proponían ciertos ilustrados que rechazaban la costumbre española de ubicar los coros catedralicios en el centro de las naves mayores. Ello podría explicar que el baldaquino y la capilla del Santo Cristo, así como la sillería coral, no aparecieran reflejados en la sección longitudinal. No obstante, dado que el coro era difícil de ubicar en el presbiterio, envolviendo el altar mayor como se hizo a finales del siglo XVIII en algunas catedrales como la de Jaca, por sus limitaciones espaciales, que otras ubicaciones alternativas no eran factibles, y que su supresión era impensable desde un punto de vista litúrgico, todo parece indicar que la ausencia del coro en el diseño se debió a meras razones prácticas vinculadas a la representación gráfica.

37. Al no representar el enorme retablo mayor del siglo XV por probables razones de economía gráfica, Agustín Sanz decidió dibujar en la cabecera de la catedral la sección de una mesa de altar barroca de perfil ondulante que soporta la imagen de un Cristo Crucificado de tamaño natural, muy probablemente para indicar la ubicación del altar mayor y singularizar la trascendencia de dicho lugar.

Lamentablemente, el resto de intervenciones que Agustín Sanz concibió para la Catedral de San Salvador de Zaragoza dentro de su proyecto general de unificación y actualización estética no se reflejan en su magnífico diseño de sección longitudinal conservado en la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid, por lo que son imposibles de determinar a día de hoy por no conservarse o, al menos, permanecer en paradero desconocido el resto de las trazas que elaboró para dicho proyecto y su documentación vinculada. No obstante, las más relevantes se han podido analizar en este estudio, con el que se ha pretendido arrojar luz sobre una ambiciosa propuesta no materializada que hubiera cambiado profundamente la faz de la vieja seo zaragozana acercándola a los nuevos gustos estéticos ilustrados.

## 3. Bibliografía

Álvaro Zamora, María Isabel e Ibáñez Fernández, Javier (2009), «¿Gótico *vs* Academia? La sala capitular de la Seo de Zaragoza y las transformaciones en su plano catedralicio. José de Yarza y Lafuente, 1803-1818», *Artigrama*, 24, pp. 467-513.

Ansón Navarro, Arturo (1981), «El Arzobispo D. Francisco Ignacio de Añoa y Busto y la fachada de la Catedral de La Seo de Zaragoza (1764), obra de Julián de Yarza y Lafuente», *Seminario de Arte Aragonés*, XXXIII, pp. 53-64.

Bérchez Gómez, Joaquín (1987), *Los comienzos de la arquitectura académica en Valencia: Antonio Gilabert*, Valencia: Ed. Federico Domenech.

Bérchez Gómez, Joaquín (2001), *La renovación ilustrada de la Catedral de Segorbe: del obispo Alonso Cano al arquitecto Vicente Gascó*, Valencia: Fundación La Luz de las Imágenes.

Casamayor Ceballos, Faustino (1784, 1787 y 1790), *Años Políticos e Históricos. De las cosas particulares sucedidas en la Ciudad de Zaragoza*, ms. 106 (año 1784), ms. 109 (año 1787) y ms. 110 (año 1790), Fondo Antiguo de la Biblioteca General de la Universidad de Zaragoza.

Criado Mainar, Jesús (1997-1998), «Juan Lucas Botero *el Viejo* y el cimborrio de la Catedral de Tarazona», *Turiaso*, XIV, pp. 107-132.

Criado Mainar, Jesús e Ibáñez Fernández, Javier (2002), «Francisco Santa Cruz (1526-1571), mazonero de aljez», *Artigrama*, 17, pp. 223-273.

García Melero, José Enrique (1989), «Realizaciones arquitectónicas de la segunda mitad del siglo XVIII en los interiores de las catedrales góticas españolas», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, 2, pp. 223-286.

García Melero, José Enrique (2002), *Las catedrales góticas en la España de la Ilustración: la incidencia del neoclasicismo en el gótico*, Madrid: Ed. Encuentro.

Gómez Urdáñez, Carmen (1988), «Juan Lucas, alias Botero, y la arquitectura aragonesa de la primera mitad del siglo XVI», *Artigrama*, 5, pp. 27-74.

Ibáñez Fernández, Javier y Sutera, Domenica (2010), «Entre Gaspar Serrano y Giovanni Battista Contini: la reforma barroca del campanario de la catedral de Zaragoza», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 22, pp. 189-208.

Lacarra Ducay, María del Carmen (1982-1991), «Iglesia catedral de San Salvador o la *Seo*», en VV. AA., *Guía Histórico-Artística de Zaragoza*, 2.ª ed., Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 117-165.

Martínez Molina, Javier (2011), «La Iglesia de la Exaltación de la Santa Cruz de Zaragoza, obra de Julián Yarza Ceballos y Agustín Sanz (1769-1780)», *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 112-113, pp. 115-151.

Martínez Molina, Javier (2015a), «Agustín Sanz (1724-1801): el primer arquitecto moderno de Aragón», *Aragón, Turístico y Monumental*, 378, pp. 35-41.

Martínez Molina, Javier (2015b), «Agustín Sanz y Francisco de Goya: el proyecto de reforma del Palacio de los Duques de Híjar en Zaragoza y la fallida decoración pictórica de su fachada (1773-1774)», *Cuadernos Dieciochistas*, 16, pp. 259-289.

Martínez Molina, Javier (2015c), *La reforma neoclásica de la Colegiata de Santa María de Borja y sus proyectos previos (1791-1831)*, Borja (Zaragoza): Centro de Estudios Borjanos e Institución "Fernando el Católico" (CSIC).

Martínez Molina, Javier (2016), «La Ilustración, una edad de oro de la arquitectura aragonesa (1750-1808)», en Domingo Buesa Conde (comis.), *Pasión por la libertad. La Zaragoza de los Pignatelli*, Zaragoza: Ibercaja Obra Social, pp. 314-355.

Martínez Molina, Javier (2023), *Arquitectura religiosa de la época de la Ilustración en Aragón: estudio histórico-artístico de la arquitectura religiosa de Agustín Sanz Alós (1724-1801)* (tesis doctoral), Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

Ponz Piquer, Antonio (1788), *Viage de España*, tomo XV, Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra.

Rodríguez Ruiz, Delfín (2013), «De viajes de estampas de arquitectura en el siglo XVIII. El *Studio d'Architettura Civile* de Domenico de Rossi y su influencia en España», *Boletín de Arte*, 34, pp. 247-296.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425483508

# LA CASA DE LOS CINCO SEÑORES DE MÉXICO, UN EDIFICIO OLVIDADO DE ÉPOCA VIRREINAL[1]

## *The House of the Five Lords of México, a Forgotten Building of the Colonial Era*

Miguel Ángel NIETO MÁRQUEZ
Universidad de Córdoba
m92nimam@uco.es

Fecha de recepción: 03/10/2023
Fecha de aceptación: 23/02/2024

RESUMEN: El presente artículo da a conocer parte de la historia de un edificio de época virreinal de la Ciudad de México, la Casa de los Cinco Señores. Aunque dicho inmueble no se conserva, la consulta de diferentes documentos del Archivo General de Indias (Sevilla) ha permitido hallar múltiples datos que demuestran la relevancia que tuvo a finales del siglo XVIII. Así pues, ha podido documentarse que esta casa de vecinos se convirtió en sede provisional del Tribunal de la Acordada y posteriormente en cuartel de dragones. En dicho proceso participaron personalidades relevantes de la capital mexicana, caso del arquitecto Francisco Guerrero y Torres y del ingeniero Pedro Ponce Camacho, quienes protagonizaron una serie de polémicas que condicionaron la materialización de las obras proyectadas.

1. El presente estudio se inscribe en el desarrollo del proyecto de investigación «Arquitecturas del poder. Emulación y pervivencias en América y el sudeste asiático (1746-1808) PID2021-122170NB-I00», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España. También se enmarca en el desarrollo del proyecto de investigación del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) IN402321: «El legado técnico constructivo de los ingenieros militares a la arquitectura de la Nueva España en el siglo XVIII» de la Dirección de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

*Palabras clave*: cárcel; Ignacio de Castera; José Eligio Delgadillo; Cordón de San Francisco.

ABSTRACT: This paper reveals part of history of the House of the Five Lords, a missing building in Ciudad de México. The consultation of different documents from the Archivo General de Indias (Sevilla) has made it possible to find multiple data that demostrate its relevance during the 18th century. In this way, it has been known that this house became the provisional headquarters of the Tribunal de la Acordada. Later it was a cavalry barracks. During the process, personalities such as the architect Francisco Guerrero y Torres and the engineer Pedro Ponce Camacho conditioned the materialization of the projected works.

*Key words*: Prison; Ignacio de Castera; José Eligio Delgadillo; Cordón de San Francisco.

## 1. Introducción

Durante los siglos XVII y XVIII surgieron nuevos planteamientos para mejorar las condiciones de vida de la milicia. Entre sus reformas emprendidas, los Borbones apostaron por el establecimiento de unos alojamientos permanentes que fueran más estables y seguros que los existentes en los campamentos. Dichas intenciones cobraron más sentido en las ciudades, donde los soldados residían todo el año. Además, con la construcción de nuevos cuarteles, se aliviaría a la población, pues durante mucho tiempo fue la encargada de facilitar alojamiento a las tropas. Como ocurre con otras tipologías arquitectónicas, los acuartelamientos cuentan con pocos estudios, aunque investigadores como Marzal Martínez (1980: 33-58), Cantera Montenegro (2007), Hernández (1991: 239-264) o Nieto Márquez (2021a: 843-850 y 2021b: 279-299) han contribuido considerablemente a su conocimiento[2]. De esta manera, se ha subrayado la intención de sus diseñadores de atender a las necesidades higiénicas y alimenticias de sus usuarios, así como su comodidad. A pesar de ello, hasta la segunda mitad del Setecientos la situación aún dejaba mucho que desear, siendo los ingenieros militares quienes, incentivados por las ideas ilustradas, insistieron en la mejora de las condiciones de vida de estos cuarteles (Cantera Montenegro, 2003: 47). Ejemplo de ello son los proyectos que Félix Prósperi y Lorenzo de Solís realizaron para la ciudad de Veracruz, si bien solamente se construyó el primero, que, aunque originalmente era de caballería, terminaría acogiendo también a la infantería[3].

Mediante el presente artículo se corrobora que, frecuentemente, los cuarteles se establecieron en casas preexistentes. Así ocurrió con la Casa de los Cinco

2. Sobre la vida en los cuarteles españoles del siglo XVIII, véase Moncada Maya, 2003a.
3. Nieto Márquez, 2023: 293-315.

Señores de la capital mexicana, actualmente desaparecida. Dicho inmueble fue estudiado en su momento por Angulo Íñiguez (1939: 381-383), quien, además de localizar una serie de planos en el Archivo General de Indias (Sevilla), recogió algunos datos sobre sus diferentes usos. Sin embargo, dicho repositorio conserva un expediente que aporta un mayor volumen de información, lo que ha posibilitado ampliar el estudio de dicho historiador onubense. De esta manera, se ha recogido minuciosamente el proceso mediante el que, tras funcionar como cárcel del Tribunal de la Acordada, el edificio fue convertido en cuartel de dragones[4]. Además, ha podido profundizarse en las dificultades y conflictos que se advirtieron durante dicha conversión, destacando la problemática que, protagonizada por el arquitecto Francisco Antonio Guerrero y Torres, requirió la intervención de uno de los ingenieros militares de mayor proyección en el virreinato, Pedro Ponce Camacho.

## 2. Una sede provisional para el Tribunal de la Acordada

La cárcel del Tribunal de la Acordada fue una de las tres prisiones que, a finales de la época virreinal, existían en la capital mexicana (Lozano Armendares, 1993: 150). Dicha institución fue creada por el virrey duque de Linares a principios del siglo XVIII para recluir a los asaltantes que amenazaban los caminos novohispanos (Cámara Bolio, 1979: 145). En un principio, su sede se estableció en la propia casa del juez, mientras que posteriormente pasaría a unos galerones del Alcázar de Chapultepec. No obstante, dicho inmueble tampoco resultó adecuado, pues, además de carecer de las oficinas suficientes, se encontraba demasiado lejos de la ciudad. Finalmente, la cárcel se estableció en un edificio ubicado en la calle del Calvario, hoy avenida Juárez, siendo inaugurada en diciembre de 1759 (Bazán Alarcón, 1964: 331-332). Precisamente, este inmueble fue uno de los arruinados a causa del terremoto producido el 21 de abril de 1776, de modo que entre el año siguiente y 1781 fue sometido a unas obras de reconstrucción siguiéndose el proyecto realizado por el arquitecto novohispano José Joaquín García de Torres, quien renovó sus medidas de seguridad y su distribución (Angulo Íñiguez, 1939: 150-152).

Desde dicho derrumbamiento hasta la culminación de la nueva prisión, se produjeron una serie de episodios cuyo análisis ayuda a comprender la realidad novohispana de la segunda mitad del siglo XVIII. Tras el terremoto, el Tribunal se vio obligado a buscar una sede provisional, por lo que el virrey Bucareli ordenó al capitán de la cárcel, Francisco Aristimuño, la selección de alguna casa de la capital donde pudieran recluirse los condenados[5]. Así, en 1778 se arrendó la llamada Casa

4. Desde mediados del siglo XVI, se conoció con el nombre de «dragones» a los soldados que combatían como caballería e infantería. En el virreinato de Nueva España fueron conocidos como «dragones de cuera». Véase Bueno, 2014.

5. *Testimonio del expediente formado a instancia de D.ª Bárbara María de Aldaz sobre la compra de la casa que estaba sirviendo de cárcel de la Acordada* (28 de junio de 1779), Archivo General

de los Cinco Señores, una propiedad de Bárbara María de Aldaz localizada en la calle del Puente de los Gallos, a espaldas de la parroquia de la Santa Vera-Cruz (Angulo Íñiguez, 1939: 381)[6]. Dicho inmueble era una casa de vecinos que poco tiempo antes había mandado construir «a todo costo» su difunto marido, por lo que el virrey decretó el desalojo de todos sus inquilinos, comenzando a pagar por su arrendamiento 1.100 pesos anuales[7]. El alquiler se efectuó con la única condición de que el edificio volviera a su estado original una vez fuera desocupado por el Tribunal. Sin embargo, cuando estaba a punto de ser recompuesto para su devolución, la propietaria avisó de que, a pesar de las reformas, nadie querría residir allí debido a la aprehensión que producía su reciente pasado carcelario. Por este motivo, solicitó al virrey que la casa fuera adquirida por la Real Hacienda para cumplir otra función, por ejemplo, la de cuartel (Angulo Íñiguez, 1939: 382).

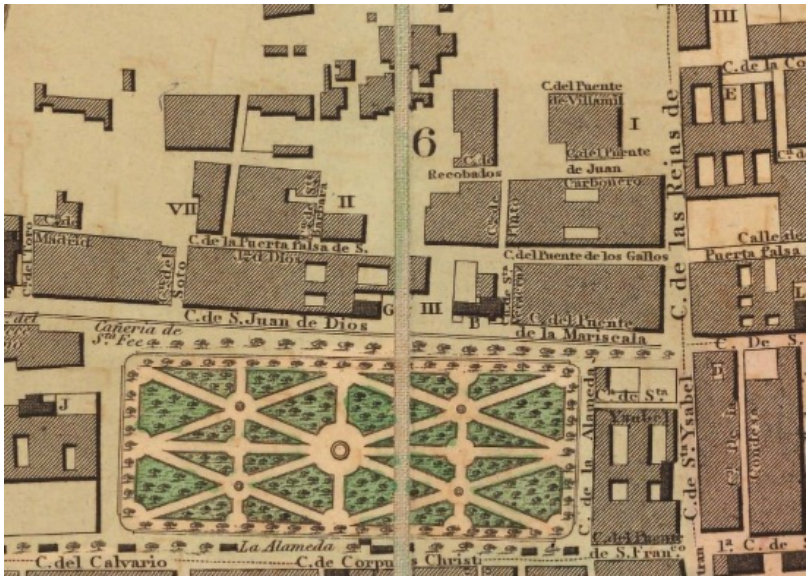



Fig. 1. Mogg, Eduardo (1811), *Plano General de la Ciudad de México levantado por Diego García Conde en el año 1793*. The David Rumsey Map Collection.

de Indias (AGI), Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 7v.-8v.

6. La calle del Puente de los Gallos se corresponde con la actual calle de la Santa Veracruz. Así se corrobora en el mapa de la Ciudad de México por el teniente coronel Diego García Conde en el año 1793, que fue copiado por Eduardo Mogg en 1811. A este respecto, véase Moncada Maya y Escamilla Herrera, 2016: 455.

7. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 7v.-8v.

Tras la muerte de D.ª Bárbara, las diligencias fueron llevadas por su albacea testamentario Francisco Antonio de Santiago y Orrantia, marido de la heredera María Manuela Carrero y Aldaz. Dicho individuo insistió en lo expuesto por la difunta, añadiendo que, a pesar de las obras de reestructuración, la casa nunca volvería a su apariencia original. Durante su utilización como prisión, se establecieron las correspondientes oficinas y calabozos, incluyéndose planchas y lumbrales para sostener medias paredes y techos, así como arcos que soportaran tabiques y comunicaran diferentes estancias. La eliminación de todos estos añadidos podría ocasionar un deterioro en las viviendas y afectar a su durabilidad, lo que condicionaría a futuros compradores. Igualmente, el albacea señaló los daños que habían provocado las corrientes de agua, el desplome de algunos techos y la proliferación de insectos «al calor de los muchos reos depositados» en el inmueble. Por tanto, sería necesario destechar y envigar nuevamente la mayor parte de la finca, disparándose el coste económico. En caso de efectuarse la compra por parte de la Real Hacienda, estas obras serían innecesarias, mientras que las ya realizadas podrían contemplarse en el precio. Además, otra razón para la adquisición del edificio era la dificultad que podría darse en la división de la herencia.

Ante estas circunstancias, fue necesario que el arquitecto José Eligio Delgadillo informara sobre el estado del edificio, pues, al servicio del Ayuntamiento, solía encargarse de avalúos de casas para su posterior reparación[8]. Así mismo, entre sus labores, destaca su participación en 1777 en la comisión del proyecto del ingeniero Miguel Constanzó para el amurallamiento de la ciudad o su revisión diez años después junto a Ignacio de Castera del proyecto de José Damián Ortiz de Castro para la catedral (Torre Villalpando, 1999: 177-193; Berlin, 2012: 38)[9]. Su informe sobre la Casa de los Cinco Señores los realizó junto a su padre Jacinto, señalando que el edificio ya contaba con un lavadero y con las viviendas altas del frente principal iniciadas. Igualmente, reconoció que la redistribución del inmueble no sería fidedigna, sino una evocación de su aspecto primigenio, dando así la razón al albacea de D.ª Bárbara[10].

Dicho reconocimiento llevó a que en mayo de 1781 se optara por la compra del inmueble. Meses después, en noviembre, el edificio fue tasado por el célebre arquitecto Francisco Antonio Guerrero y Torres en 23.326 pesos, contando con

8. *Testimonio del expediente…*, 28 de junio de 1779, AGI, Sevilla, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 1v.-5r. El 24 de junio de 1782 reconoció unas casas situadas en la calle de San Juan, al parecer pertenecientes al convento de Balvanera. Dicho dato fue recogido en López Reyes, 1993: 19. Sobre estas tareas, véase también Valdés, 1790-1791: 179.

9. Su importante trayectoria le llevó a que en 1790 la Academia de San Carlos lo propusiera para conseguir el grado de académico sin la necesidad de examinarse y de presentar planos, contando con el apoyo del virrey Revillagigedo. Pezzat Arzave, 2002: 62.

10. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 1v.-7v.

la colaboración de los citados Castera y Eligio Delgadillo (Angulo Íñiguez, 1939: 382). Cabe destacar aquí la importancia de estos arquitectos, responsables de relevantes edificios mexicanos. En cuanto a Castera, llegó a convertirse en maestro mayor de la catedral, debiéndosele obras tan significativas como el antiguo colegio de la Enseñanza o la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. En otros puntos del virreinato, se encargó de otros edificios como el convento de las Capuchinas de Guadalupe, la catedral de Querétaro, la iglesia de Santiago de Chalco o la iglesia de San Pedro de Tláhuac[11]. Mucho más peso ha tenido Guerrero y Torres en la historiografía, pues, aparte de ser aprendiz de Lorenzo Rodríguez, se le deben obras de gran envergadura tanto en el ámbito civil como en el religioso, siendo considerado el arquitecto más importante del México dieciochesco. En el momento de la tasación de la Casa de los Cinco Señores, ocupaba el cargo de maestro mayor de las obras del Palacio Virreinal, y estaban culminándose proyectos tan representativos como el Palacio de los condes de Santiago Calimaya, actual Museo de la Ciudad de México; las Casas del Mayorazgo de Guerrero Dávila, y la Capilla del Pocito, en Guadalupe[12].

El cálculo de estos arquitectos aporta muchos datos sobre el aspecto que presentaba el edificio tras haber sido prisión. Según sus testimonios, en su frente contaba con un zaguán doble donde se ubicaba un cuerpo de guardia con recámara y corral y otra estancia que había funcionado como accesoria, también como recámara y una sala comunicada con el interior del inmueble. Al otro lado del zaguán había un sector compuesto por dos dependencias, cuatro cuartos y un pasadizo, que era el espacio donde en su momento se estableció el Tribunal de la Acordada propiamente dicho. Los maestros también hicieron referencia al patio, señalando que, a pesar de contar con 11 ámbitos, originalmente había estado compuesto por 16 salas con corrales y 11 cocinas cuyas puertas fueron tapiadas al no necesitarse para la prisión. Además, contaba con un tanque cubierto de tierra destinado a calabozo que antes había servido de lavadero, con una fuente o retén y una alcantarilla. Por otra parte, también señalaron la existencia de dos escaleras abovedadas, siendo una de ellas de dos tramos, dando ambas acceso a unos corredores que conducían a las viviendas. Así mismo, apuntaron que la vivienda del alcaide, los calabozos, la enfermería, la capilla y otras estancias habían ocupado 18 dependencias con cocinas de la casa original[13].

En el reconocimiento también se prestó atención a los materiales, siendo la fábrica de mampostería y piedra negra, los ornamentos de cantería y el techado

11. Sobre Ignacio de Castera, cabe destacar la monografía de Hernández Franyuti, 1997. Véase también Rodríguez Morales, 2015: 124; Hernández, 2006; García Martínez, 2005: 143-254. Acerca de la relación de maestro arquitecto con el ingeniero militar Miguel Constanzó, véase Moncada Maya, 2003b.

12. Entre los diversos estudios acerca de este arquitecto, véase Bérchez, 2001, 2003; González-Polo Acosta, 2006; Loera Fernández, 1982.

13. La información que sigue está extraída de *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 11r.-16v.

de vigas. Las estancias de la planta baja estaban envigadas, mientras que los pisos altos y la azotea estaban enladrillados. Respecto a las puertas y ventanas, estaban realizadas de madera de cedro, indicándose que los calabozos aún conservaban las rejas de hierro. Finalmente, los arquitectos apuntaron que los portales estaban sostenidos sobre planchas de cedro y pilares de cantería, mientras que los patios estaban enlosados y contaban con canales para desagües.

Tras la tasación, Francisco Antonio de Santiago aceptó los 20.000 pesos que ofreció la Real Hacienda por la casa, de modo que el 12 de junio ya había recibido la cantidad de 6.866 pesos y 5 tomines de oro. De dicha cantidad, 6.500 pesos corresponderían a los gastos destinados a devolver el aspecto original a la casa, mientras que los 355 y 5 tomines restantes le fueron entregados por el arrendamiento.

## 3. El proyecto de cuartel y la adquisición de un nuevo solar

Una vez adquirido, el inmueble fue brindado a distintas instituciones. Primeramente, fue ofrecido al Tribunal del Consulado, que lo rechazó al no necesitar a largo plazo ninguna casa. Con posterioridad, se pensó entregarlo a las direcciones de tabaco y pólvora, a la superintendencia de alcabalas, al director del Monte de Piedad y a la ciudad, pero todas estas opciones se descartaron. Finalmente, a proposición del tesorero y comisario ordenador de guerra Fernando Mesía, el 14 de febrero de 1782 el virrey Martín Díaz de Mayorga decretó usarlo como cuartel de dragones, satisfaciendo así la petición que habían realizado los oficiales reales de las Cajas de México. De esta forma, se dejarían de pagar los casi 2.000 pesos anuales que desde 1765 estaba costando el arrendamiento de los mesones de Santa Bárbara y Santa Ana para alojar dicha compañía. Concretamente, se desembolsaban 1.900 reales, aunque cuando los regimientos estaban completos se pagaba otro arrendamiento en sus inmediaciones de 600, por lo que todo ascendía a 2.500 pesos. Por ello, se optó por trasladar el cuartel a la Casa de los Cinco Señores, donde habría capacidad para alojar a tres escuadrones completos, estando el cuarto alojado en el Palacio Virreinal (Angulo Íñiguez, 1939: 382). Así pues, los 20.000 pesos invertidos en la compra de la casa, sumados a los 10.000 o 12.000 que costarían las obras para adaptarla a su nueva funcionalidad, supondrían un gasto de 32.000 pesos, teniendo en cuenta también que sus réditos al 5 % importaban 1.600 pesos, cantidad menor de lo que se venía gastando en el arrendamiento de los citados mesones[14].

En este caso, el diseño del cuartel fue encargado a Guerrero y Torres, mientras que la dirección de las obras estaría a cargo de Ramón Calderón, ayudante

14. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fol. 25r.

mayor del Regimiento de Caballería de México. Fechado el 11 de febrero de 1782, el proyecto se conserva en el Archivo General de Indias, dibujado a plumilla y coloreado en rojo, amarillo y azul (Figs. 2 y 3). Como claves de interpretación, el color rojo corresponde a las zonas ya construidas, el amarillo a lo que faltaban por edificar y el azul al agua de la pila y de los abrevaderos. El plano cuenta, además, con una tabla explicativa situada en el margen derecho donde se indicaban las distintas dependencias del edificio y con una escala gráfica de 15 varas[15].

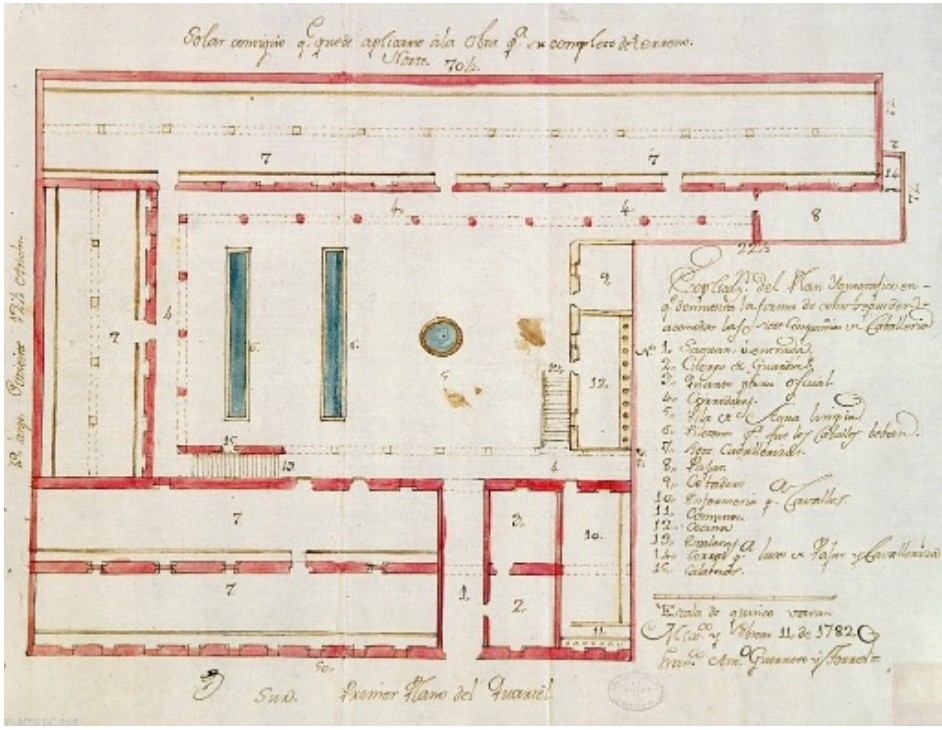


Fig. 2. Guerrero y Torres, Francisco Antonio (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la cárcel de la Acordada. Piso inferior.* Archivo General de Indias, Sevilla.

15. *Plano de la fábrica proyectada para cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada* (11 de febrero de 1782), AGI, Mapas, planos iconográficos y documentos especiales, MP-MÉXICO, 368; MP-MÉXICO, 368BIS; MP-MÉXICO, 369, y MP-MÉXICO, 369BIS.

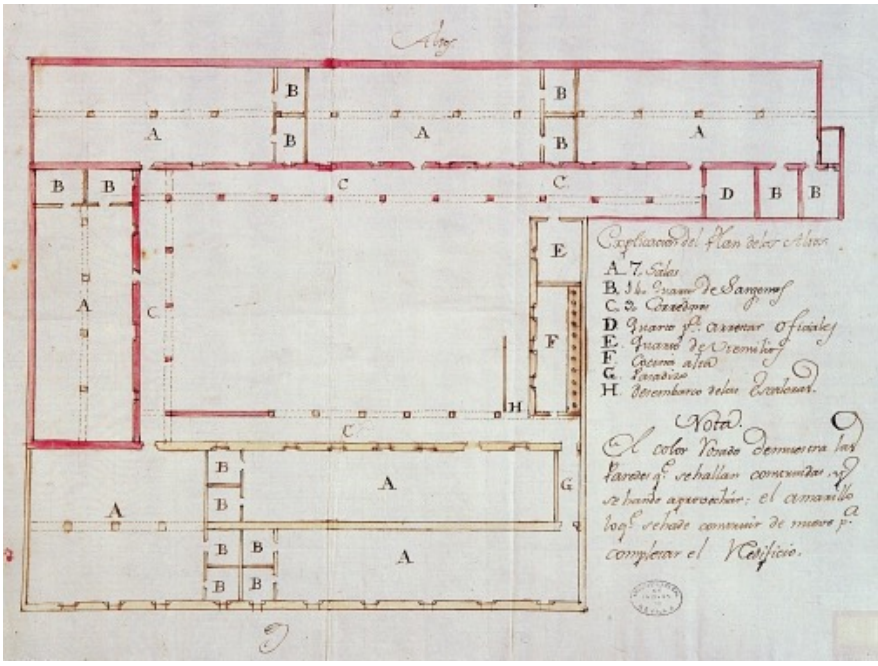


Fig. 3. Guerrero y Torres, Francisco Antonio (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la cárcel de la Acordada*. Piso superior. Archivo General de Indias, Sevilla.

En el plano de la planta baja se puede comprobar que la mayor parte del edificio preexistente iba a ser aprovechada para el nuevo cuartel. De hecho, ya contaba con el zaguán de entrada (1), el cuerpo de guardia (2), el cuarto del oficial (3), las galerías del patio (4), las caballerizas (7), el pajar (8 y 14), la «enfermería para caballos» (10), unas escaleras (13) y los calabozos (15). Por tanto, solo faltaba por construir el cebadero (9), los servicios (11), la cocina (12) y unas nuevas escaleras para acceder al piso superior (13). Así mismo, se comprueba que las caballerizas del norte y de poniente deberían ser divididas en dos galerías mediante pilares, unos elementos sustentantes que también se incluirían en la parte sur del patio. Respecto al segundo piso, faltaban las estancias del lado sur, al igual que las dependencias inmediatamente superiores a la cocina y el cebadero. Por su parte, dicha planta ya contaba con cuatro salas (A), ocho cuartos para los sargentos (B), las galerías o corredores superiores (C) y el calabozo de oficiales (D), necesitándose añadir un almacén (E), otra cocina (F), tres nuevas salas (A), otros seis cuartos para sargentos (B) y un pasillo (G). Al igual que ocurría en el piso inferior, las salas deberían dividirse en dos partes mediante pilares, utilizando estos soportes para culminar la galería sur del patio.

Tipológicamente, el edificio proyectado consistía en una inteligente adaptación de un corral de vecinos a cuartel de caballería, contando con un patio porticado central que comunicaría las diferentes estancias y serviría como lugar de ejercicios para la tropa, además de receptáculo para los animales, donde podrían abrevar agua (Cantera Montenegro, 2003: 49-51). Así pues, de alguna manera, el proyecto muestra una funcionalidad similar a los cuarteles que los ingenieros estaban diseñando en ese momento. Dichos profesionales, siguiendo los postulados del francés Bernard Forest de Bélidor, estaban apostando por un modelo separado de las murallas e integrado en la trama urbana, disponiendo cuatro bloques alargados en torno a un patio central cuadrado, un esquema que facilitaba la transmisión y la ejecución de las órdenes (Marzal Martínez, 1980: 36). Igualmente, se advierte la influencia de Jorge Próspero Verboom, quien contempló la construcción de cuarteles de dos pisos, con planta rectangular y con unos extremos lo suficientemente amplios para alojar a los oficiales (Bonet Correa, 1985: 65-66)[16].

Llama la atención la existencia de otros planos del mismo cuartel en el Archivo de Indias. Se trata de unos dibujos firmados por Ramón Calderón el 14 de febrero del mismo año, en los que se puede contemplar la idea propuesta por Guerrero y Torres con algunas modificaciones (Figs. 4 y 5). La diferencia más evidente es la proyección de un único pilón en el centro del patio, con planta rectangular y otro circular al centro (5 y 6). Igualmente, se contempla una ampliación del patio, quedando completamente rodeado de galerías porticadas, presentando una mayor consonancia con los modelos de Bélidor. Esta modificación conlleva la eliminación de las escaleras y el cambio de ubicación de la cocina y el cebadero, que pasarían al lado sur del edificio, cuya distribución es completamente distinta a la diseñada por Guerrero y Torres. Así, se comprueba que la entrada principal se encuentra en el centro (1), contando con el cuerpo de guardia y el cuarto del oficial a derecha e izquierda. A continuación, también a ambos lados, se proyectan dos escaleras en forma de «L» (13), disponiéndose en sus respectivos huecos dos calabozos (14). Respecto al resto de estancias, a la derecha se proyecta la cocina (12), un cuarto (17) y unas caballerizas a las que se accedería por un pasadizo (7 y 16), mientras que en el lado izquierdo se repite el mismo esquema, si bien el lugar de la cocina lo ocupa el cebadero (9).

Obviamente, estas modificaciones planteadas en la planta baja se vieron reflejadas en el segundo piso, aunque solo en la parte central y occidental. En el centro, junto a la desembocadura de las dos escaleras (G), se distribuirían cinco cuartos de sargentos (B), tres salas de armas (C) y dos habitaciones sobrantes (H), mientras que en el ala occidental se repetiría el esquema original de Guerrero y Torres, aunque en el extremo se sustituiría el pasillo por un nuevo cuarto para sargentos (B): Por otra parte, en el resto de la planta se observan más diferencias, concretamente en la inclusión de un cuarto de armas en las cuatro salas (A) y en

16. Véanse, también: Muñoz Corbalán, 2015a; Hernández, 1991: 239-264.

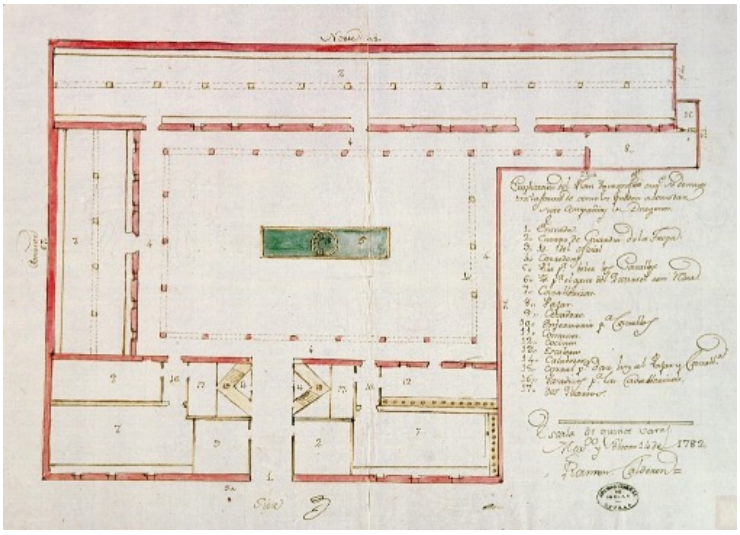


Fig. 4. Calderón, Ramón (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada. Piso inferior*. Archivo General de Indias, Sevilla.

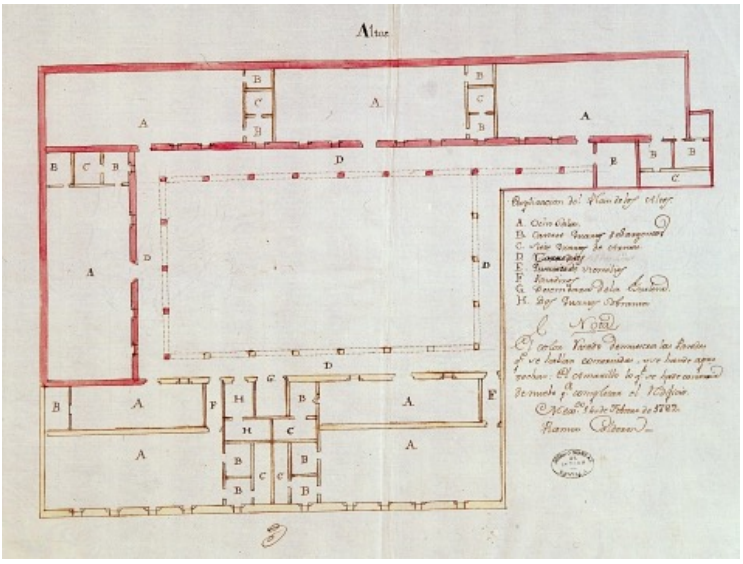


Fig. 5. Calderón, Ramón (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada*. Piso superior. Archivo General de Indias, Sevilla.

el cambio de funcionalidad de la estancia originalmente destinada a calabozo de oficiales, que pasaría a ser un almacén (E). Finalmente, cabe destacar cómo Calderón deja de contemplar la división de las salas en dos partes mediante pilares, planteándose así unos espacios más diáfanos. Por tanto, el proyecto original fue profundamente modificado por el director de las obras, proponiendo un cuartel más cercano a los ya comentados postulados de la ingeniería militar.

Aunque la extensión de la casa adquirida era suficiente para los tres escuadrones, para la perfección del nuevo cuartel sería necesario adquirir más terreno. Así lo consideró Guerrero y Torres, quien en la parte superior de su plano ya señaló la existencia de un solar que podría utilizarse para ampliar el cuartel[17]. Por ello, junto a Eligio Delgadillo, propuso la compra de dicho terreno, que era propiedad de Lucas José Rodríguez. Dicho espacio se encontraba a espaldas de la Casa de los Cinco Señores, en la calle Loceros, que conectaba la calle de las Rejas del convento de la Concepción con la plazuela del Placer y el callejón de la Cabada. Así mismo, el solar se encontraba frente a una pulquería situada en la calle del Puente de Juan Carbonero, que, como puede comprobarse en el plano de Mogg, era paralela a la del Puente de los Gallos (Angulo Íñiguez, 1939: 382).

Sin embargo, antes de adquirir el nuevo terreno fue necesario solventar una deuda de antiguos propietarios con la cofradía del Cordón del convento de San Francisco[18]. El pretendido solar contaba con unas casas que, en su momento, fueron heredadas por los hijos de Juana de Dios de los Reyes Guerrero. Así, una parte fue heredada por Agustina y Cristóbal de los Reyes Guerrero, mientras que el resto pasó a sus otras tres hijas, Manuela, Ángela y Josefa. Según la documentación, el 2 de septiembre de 1776, la mencionada cofradía registró una escritura contra las hermanas Agustina y Ángela por un préstamo de 5.000 pesos del que gozaron durante cinco años. Dichas hermanas debían pagar anualmente a dicha corporación un 5 % de los réditos, obligándose a redimir la cantidad de 1.566 pesos de una capellanía de la que era patrono el Santo Tribunal de la Inquisición, mientras que 185 pesos y 2 tomines pertenecían al convento de San José de Gracia y la cantidad restante debía destinarse a la restauración de las tres casas situadas en el llamado Puente Galán y que habían heredado de su madre. El 21 de junio de 1781, Agustina y Cristóbal vendieron sus dos casas al mencionado Lucas Rodríguez, quien pagó 7.500 pesos, donde se incluían los 5.000 pertenecientes a la cofradía. Esto provocó que estas casas y las que en ese momento estaba construyendo dicho Rodríguez en el Puente de Leguisamo quedaran hipotecadas a dicho

17. *Plano de la fábrica proyectada para cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada* (11 de febrero de 1782), AGI, Mapas, planos iconográficos y documentos especiales, MP-MÉXICO, 368; MP-MÉXICO, 368BIS; MP-MÉXICO, 369, y MP-MÉXICO, 369BIS.

18. La archicofradía del Cordón de San Francisco, también llamada de la Cuerda, fue la corporación más significativa de dicho convento mexicano. Sobre las cofradías de dicha fundación, consúltese la tesis doctoral de Espinosa Valdivia, 1991. Véase también Carbajal López, 2012: 79-101; Bazarte Martínez y García Ayluardo, 2001; Bazarte Martínez, 1989.

crédito de la cofradía, cuyo rector y tesorero en aquella época era Diego Suárez de Peredo. Ante esta situación, en una reunión celebrada el 2 de mayo de 1782 en la casa del conde del Valle de Orizaba, los miembros de la junta de gobierno fueron informados de la pretendida compra por parte del rey, pudiendo además contemplar el plano y el avalúo realizado por Guerrero y Torres. La reunión concluyó consintiéndose que el terreno deseado por la Real Hacienda quedara segregado y libre para las intenciones de la Corona, ya que los 5.000 pesos quedarían asegurados con las mencionadas fincas del Puente de Leguisamo[19].

Antes de la resolución de la deuda, en el mes de abril, Guerrero y Torres ya había reconocido el terreno junto a Fernando Mesía y Ramón Calderón, comprobando su idoneidad y recogiendo sus medidas en el informe a través de una pequeña e inconclusa planta. Por su parte, Delgadillo también pudo comprobar que el tamaño del solar era el adecuado, al igual que apuntó la posibilidad de aprovechar sus construcciones, consistentes en cuatro estancias de adobe con cimientos de mampostería que presentaban una altura aceptable. Contándose con estas humildes edificaciones, el cálculo del arquitecto ascendió a 1.367 pesos, mientras que la regulación de Guerrero y Torres y Calderón fue de 1.180[20].

19. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 27v.-54v.

20. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 21v.-30v.

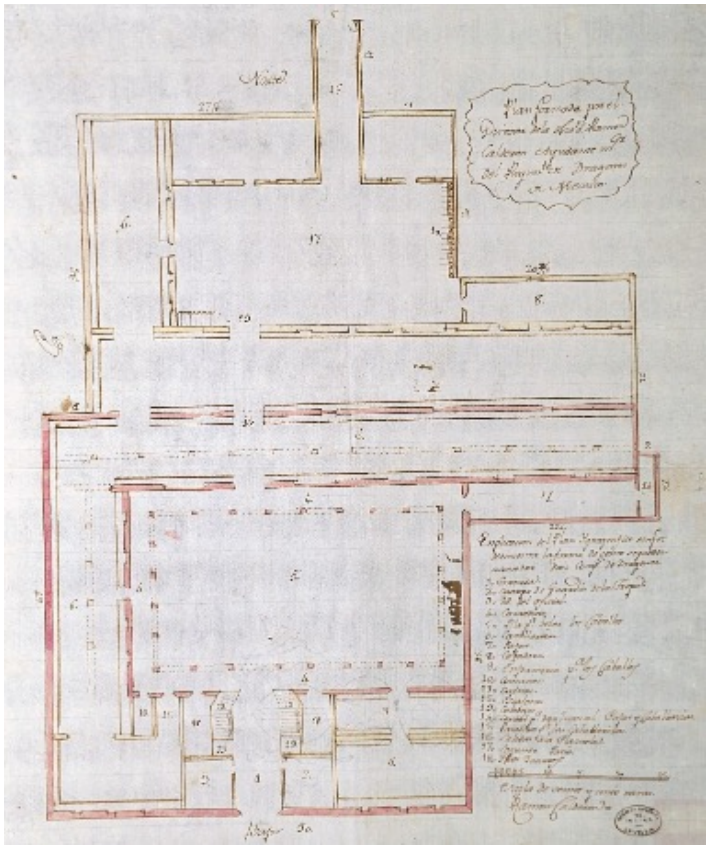


Fig. 6. Calderón, Ramón (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la cárcel de la Acordada y solar contiguo. Piso inferior*. Archivo General de Indias, Sevilla.

Los planos relativos a la ampliación del cuartel también se conservan en el mismo repositorio, firmados por Calderón el 15 de julio (Figs. 6 y 7)[21]. En ellos se comprueba que la adquisición del solar obligaba a modificar lo antes proyectado. Así, en la planta baja se advierte un cambio en la disposición de las escaleras, que, aunque continuaban situadas en el zaguán de entrada, abandonarían la forma de L, desplazando los calabozos a continuación del cuerpo de guardia y del

21. *Plano de la fábrica proyectada para cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada y solar contiguo* (15 de julio de 1782), AGI, Mapas, planos, documentos iconográficos y documentos especiales, MP-MÉXICO, 373; MP-MÉXICO, 373BIS; MP-MÉXICO, 372, y MP-MÉXICO, 372BIS.

cuarto del oficial (13). Asimismo, en el lado derecho se sustituye la cocina por la enfermería de los caballos (9), desde donde se accedería al pajar, eliminándose el pasadizo. Respecto al lado izquierdo, se suprimió el cebadero, ampliándose la caballeriza y uniéndola con la situada al oeste (6 y 15), si bien se incluyó en la esquina del patio un pequeño cuarto (18). Otro importante cambio se localiza en la disposición de las caballerizas que rodean el patio, que en esta ocasión aparecen conectadas, sin muros divisorios, mientras que una modificación menor es el añadido de un corral para la iluminación en el pajar (7). Por su parte, el segundo piso no muestra ninguna modificación.

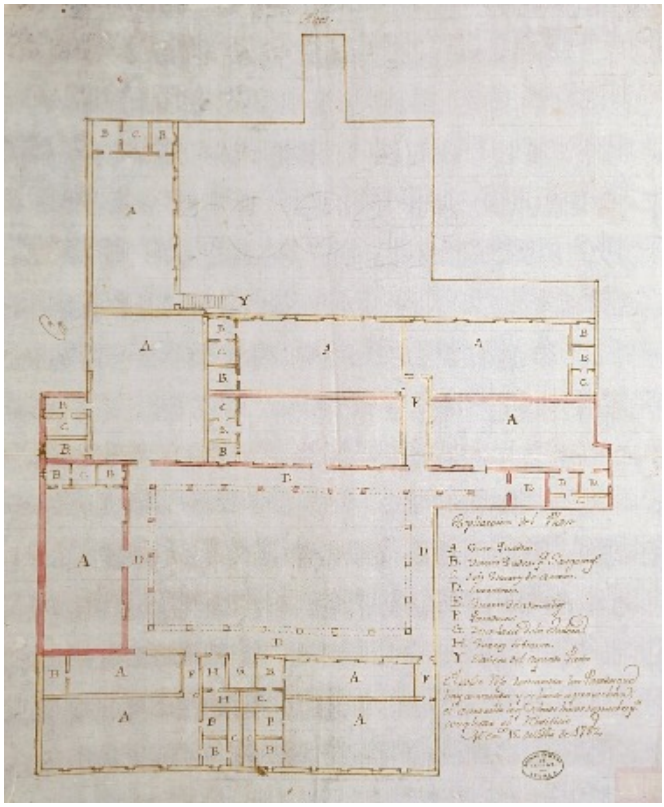


Fig. 7. Calderón, Ramón (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la cárcel de la Acordada y solar contiguo. Piso superior*. Archivo General de Indias, Sevilla.

Los colores del plano indican que la parte nueva estaba por edificar en su totalidad. A la misma se accedería desde la caballeriza norte, a través de un pasadizo

que comenzaba en el patio (15). Dicha zona estaría compuesta por dos caballerizas que formarían una L (6), desde las que se accedería a un segundo patio (17) con el cebadero (8), los lugares comunes (10), las cocinas (11), las escaleras para acceder al piso superior y, finalmente, la salida a una plazuela (16). En cuanto a la planta alta, el acceso a sus dependencias se encontraba en la galería norte del patio principal, desde donde podía ingresarse a cuatro salas (A) con sus respectivos cuartos de sargentos y salas de armas (B y C). Igualmente, cabe destacar la existencia de una sala más con los mismos cuartos auxiliares en el lado occidental del segundo patio, cuyo único acceso sería la mencionada escalera que se había proyectado en el mismo (Y).

En el expediente relativo a este cuartel aparece otro proyecto que fue realizado al mismo tiempo que el de Calderón (Figs. 8 y 9)[22]. Según se indica en el plano, su responsable fue el maestro mayor de obras del palacio virreinal «Francisco Xavier de Torres». Ninguna noticia se tiene sobre un personaje con tal nombre, resultando muy extraña la posible intervención en estas obras de un maestro mayor que no fuera el citado Guerrero y Torres (Castro Morales, 1976: 142). Por tanto, teniendo en cuenta que en el expediente el nombre de «Francisco Xavier de Torres» solo es utilizado por el ingeniero Pedro Ponce Camacho en sus posteriores intervenciones, es probable que se trate de un error, por lo que estos últimos proyectos también se deberían al célebre arquitecto mexicano.

Por consiguiente, Guerrero y Torres volvería a modificar sustancialmente la planta baja del edificio existente. En el zaguán de entrada, a la derecha se dispondrían dos dependencias para el cuerpo de guardia, mientras que a la izquierda se proyectó una única escalera y un calabozo (D). Respecto a las estancias del frente principal, se apostó por incluir cuatro caballerizas (E) que se sumarían a las del norte y oeste del patio principal (I), que ya no estaría porticado en sus cuatro lados. El segundo piso también contó con una serie de modificaciones, proyectándose unas estancias diferentes a las planteadas por Calderón, si bien se desconoce su funcionalidad al carecer de letras o números de identificación. Por el contrario, las modificaciones en la ampliación fueron mínimas, incluyéndose solamente una caballeriza en el patio donde antes se proyectaba una cocina (E) y eliminándose la escalera, pues en este caso sí podría accederse desde la proyectada de la entrada principal. En cualquier caso, este planteamiento fue el que finalmente imperó, evidenciándose un acercamiento al proyecto original del mismo Guerrero y Torres. No obstante, como se observará a continuación, las obras avanzaron siguiéndose lo dispuesto por Calderón, lo que generaría una serie de problemas para la administración.

22. *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada y solar contiguo* (15 de julio de 1782), AGI, Mapas, planos, documentos iconográficos y documentos especiales, MP-MÉXICO, 374; MP-MÉXICO, 374BIS; MP-MÉXICO, 375, y MP-MÉXICO, 375BIS.

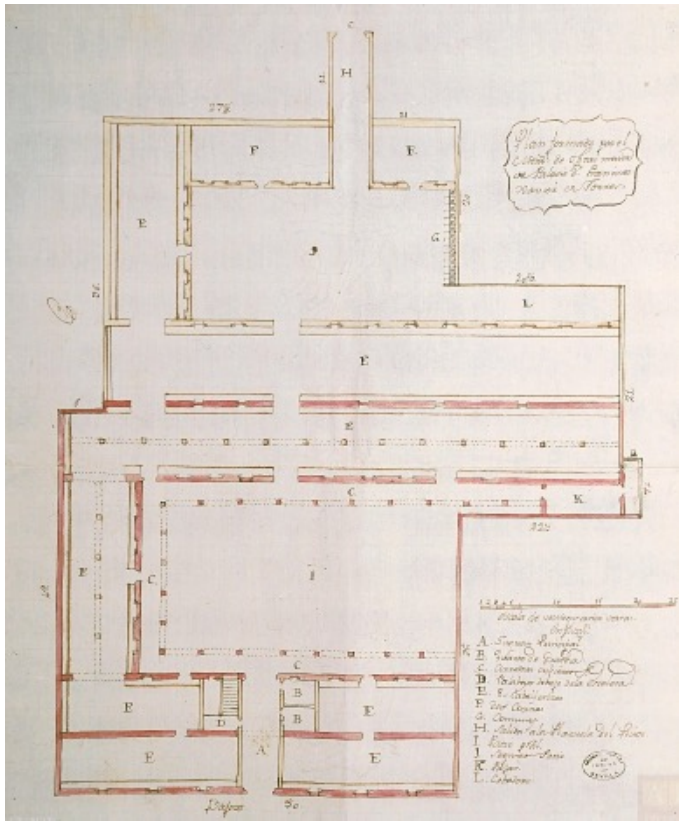


Fig. 8. ¿Torres, Francisco Xavier de? (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada y solar contiguo. Piso inferior*. Archivo General de Indias, Sevilla.

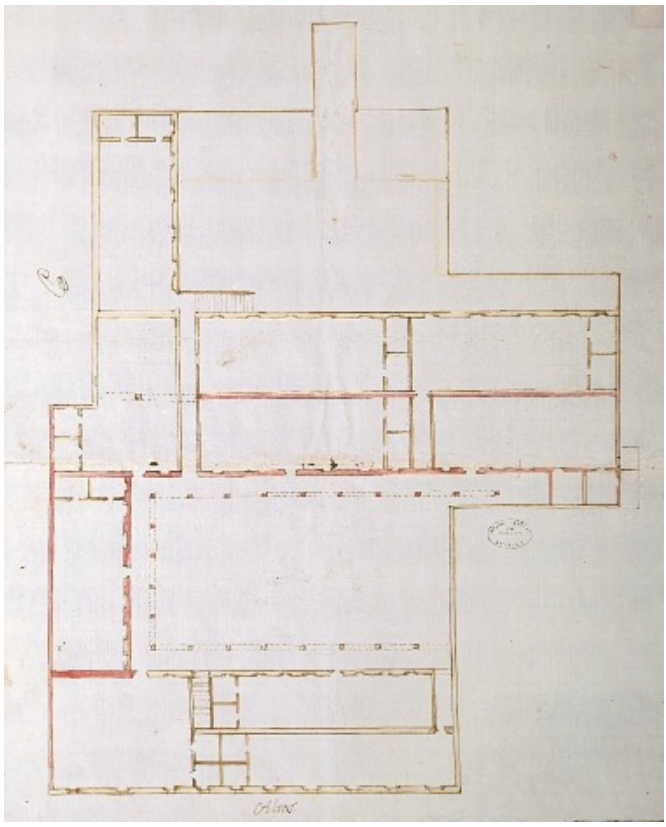


Fig. 9. ¿Torres, Francisco Xavier de? (1782), *Plano de la fábrica proyectada para el cuartel del Regimiento de Dragones de México en la casa de la cárcel de la Acordada y solar contiguo. Piso superior*. Archivo General de Indias, Sevilla.

## 4. Interrupción de las obras. La intervención del ingeniero militar Pedro Ponce Camacho

Una vez comprado el solar de Rodríguez, fue posible reanudar las obras. Sin embargo, el mismo mes de julio de 1782, Guerrero y Torres solicitó más caudales, pues ya se habían gastado prácticamente los 10.000 pesos que en principio se calcularon para su culminación[23]. Hasta ese momento, se había cercado el nuevo

23. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 37v.-41v. Los datos que siguen están extraídos de la misma fuente.

solar, se le había dotado de un zaguán en su lado norte, y se habían construido dos caballerizas de 53,5 y casi 21 metros respectivamente. Así mismo, los techos del cuartel ya se encontraban sostenidos por pilastrones, e incluso se habían construido varios arcos de los que se habían proyectado para comunicar las estancias. No obstante, el fin de las obras aún quedaba muy lejos, necesitándose 12.000 o 14.000 pesos más.

El expediente indica detalladamente las obras que faltaban por acometer. En la planta baja, aún había que culminar dos cocinas, los lugares comunes, las caballerizas del frente sur y trasladar el zaguán principal al centro de dicho frente. En la planta baja, aún había que culminar dos cocinas, los lugares comunes, las caballerizas del frente sur y trasladar el zaguán principal al centro de dicho frente. Igualmente, aún era necesario dotar al edificio de dos cuartos para los oficiales de guardia, de dos escaleras contiguas al zaguán con dos calabozos en sus covachas, de pajar y cebadero e incluso de dos tanques de agua, uno para la cocina y otro para los caballos. De la misma forma, la documentación hace referencia a la falta de pesebres y a la terminación del empedrado de las caballerizas y de los patios. Respecto a la planta alta, era necesario terminar las salas del frente principal y cambiar las techumbres del resto, ya que el director de la obra se negó a incluir pilares en el centro de estas estancias. Finalmente, también era preciso acometer las obras del solar adquirido, donde habría que levantar diez salas, entre ellas los dormitorios de los sargentos y dos pequeños calabozos de oficiales.

Sin duda, los trabajos pendientes acarreaban un aumento considerable del coste de las obras, al que se sumaba lo invertido en el nuevo solar. Por ello, el 14 de agosto, el fiscal de la Real Hacienda alertó sobre la posibilidad de que los 12.000 o 14.000 pesos también fuera insuficientes, situación complicada por los gastos que estaba ocasionando la guerra anglo-española. Al mismo tiempo, manifestó su arrepentimiento por haber aprobado la ejecución del proyecto, considerando que Guerrero y Torres lo había regulado «sin ningún esmero» e incluso desconociendo su verdadera naturaleza. Por este motivo, dicho fiscal ordenó la interrupción de las obras.

Este cuartel no fue el único proyecto cuyas obras se vieron interrumpidas por la guerra. Las diferentes contiendas de dicho siglo condicionaron en gran medida a muchos edificios cuya construcción dependía de la Real Hacienda, afectando dicha circunstancia no solo a los arquitectos, sino también a los ingenieros. De igual forma, no cabe duda de que la utilidad de ciertos proyectos variaba en tiempos de guerra o de paz[24]. En este caso, se trataba de un proyecto inesperado fruto de la oportunidad ofrecida por Bárbara María de Aldaz cuya fábrica superó las expectativas de gasto, lo que explica el arrepentimiento del fiscal, quien advirtió cómo el proyecto se había convertido en una inversión inoportuna.

24. Ejemplo de ello es el hospital de convalecencia que se proyectó en Veracruz en el paraje conocido como «Los Moralillos», véase Nieto Márquez, 2022a: 169-184.

Ante este panorama, ya con las obras paralizadas, era necesario que un técnico ajeno a Guerrero y Torres reconociera el estado de las obras, por lo que el virrey Mayorga acudió al ingeniero en segundo Pedro Ponce Camacho[25]. Esta circunstancia no debe resultar extraña, ya que habitualmente las autoridades encargaban a los ingenieros militares su intervención en proyectos iniciados por arquitectos, ocasionándose así un choque de criterios debido a la distinta formación recibida por ambos colectivos (Gutiérrez, 2005: 73)[26]. Un ejemplo cercano en el tiempo se dio en el convento betlemita de Veracruz, donde la lentitud de las obras requirió la intervención de Ricardo Aylmer y Felipe Feringán Cortés (Nieto Márquez, 2022a: 169-184). No obstante, más ilustrativo es el caso que se dio en el proyecto de cuartel de caballería para el Palacio Virreinal de México, donde entre 1761 y 1764 entraron en conflicto los criterios de Lorenzo Rodríguez con los del ingeniero Agustín López de la Cámara Alta y del mismo Pedro Ponce (Nieto Márquez, 2021: 279-299). Veinte años después, dicho técnico volvería a intervenir en el proyecto que ocupa este estudio, corroborándose la confianza de la administración hacia su persona.

Conviene aquí hacer un breve comentario sobre el mencionado ingeniero. A pesar de su presencia en múltiples empresas ingenieriles novohispanas, su figura seguía siendo muy desconocida entre los investigadores. Recientemente ha podido revelarse su origen malagueño, la identidad de sus padres e incluso su aspecto físico, profundizándose también en sus múltiples labores y en la buena relación que mantuvo con sus compañeros y con las autoridades virreinales. Además, debe señalarse que fue uno de los ingenieros que, habiendo recibido una formación diferente a la impartida en la Academia de Matemáticas de Barcelona, consiguió convertirse en una de las figuras principales de la ingeniería militar novohispana. De hecho, aunque llegó al virreinato como asistente del ingeniero Carlos Luján, terminó su vida siendo ingeniero director y gobernador de Veracruz (Nieto Márquez, 2022b: 147-172).

Su dictamen, firmado el 14 de septiembre, declaró que en las obras no se habían respetado los planos de «Francisco Xavier de Torres», que realmente sería Guerrero y Torres. En este sentido, señaló que la extensión del edificio resultaba insuficiente para el regimiento, así como denunció que la decoración interior no era la adecuada para un cuartel, cuyas oficinas, además, se habían trazado con desigualdad[27]. Así mismo, reconoció que algunas de las caballerizas se estaban construyendo de un tamaño mayor al necesario, mientras que otras no contaban con la extensión que se precisaba. De igual forma, alertó sobre la exposición de

25. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fol. 49r.

26. Sobre los conflictos entre arquitectos e ingenieros militares, véase Bonet Correa, Lorenzo Forniés y Miranda Recojo, 1985.

27. Los datos que siguen están extraídos del *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 49r. y 55r.

ciertos materiales de construcción a las inclemencias meteorológicas, sobre todo la madera, que si se mojaba podía quedar inutilizable.

Tras reconocer las obras, Ponce firmó las dos relaciones que en estos casos solían realizarse, por una parte, la correspondiente a los gastos que había ocasionado lo ya construido y, por otra, el cálculo prudencial del dinero necesario para la conclusión del cuartel. Así, se conoce que en ese momento se habían desembolsado 8.237 pesos, 4 reales y 6 granos, mientras que el capital necesario para terminar el edificio ascendía a 26.545 pesos, 1 real y 6 granos, una cantidad muy elevada.

Independientemente de los datos económicos, la minuciosidad de las relaciones permite extraer importante información sobre el aspecto que presentaba o debería presentar el cuartel. A este respecto, el cálculo de lo construido hace referencia a los avances de la obra, a materiales e incluso a elementos concretos que se habían añadido. De esta forma, se tiene constancia de que fue necesario demoler buena parte de la mampostería para abrir nuevos vanos, a la vez que se habían cerrado con el mismo material las puertas y ventanas que ya no tendrían utilidad. Por otra parte, Ponce recogió la culminación de la puerta que comunicaba con la plaza y de la entrada de la caballeriza central, que estaba compuesta de 17 pilares de cantería. Igualmente, llama la atención el empleo de mascarones de piedra con argollas para atar a los caballos. En lo referente a los materiales, la relación recoge el empleo de mampostería, madera de cedro e incluso piedra chiluca, de origen volcánico y muy utilizada en la arquitectura mexicana. Por su parte, el presupuesto para la culminación del edificio aporta otros detalles como la necesidad de dos tanques para que abrevaran los animales, pesebres o 137 amarradores del mismo tipo para la muralla. Sin embargo, más interesantes son los datos que se refieren al ennoblecimiento de la arquitectura, tales como el empedrado del primer piso y el enladrillado del segundo, arcos y marcos «de cantería labrada a todo costo» y la construcción de la puerta principal del cuartel con la dignidad que le correspondía, para lo que de nuevo se acudiría a la «cantería moldeada y perfilada».

De esta manera, se comprueba cómo el nuevo cuartel estaba concebido de la misma forma que gran cantidad de edificios de época virreinal, combinándose la sencillez de sus líneas con una ornamentación muy localizada que hiciera referencia al poder real. Salvando las distancias, podrían citarse ejemplos que responden a esa dualidad, como los proyectos para la Aduana de Campeche (López Hernández, 2016: 187-203) o los casos sevillanos para la Real Fábrica de Tabacos o la Casa de la Moneda de Sevilla, dos obras cumbre del ingeniero Sebastián van der Borcht (Gámez Casado, 2019).

En definitiva, según los cálculos de Ponce, a los 21.180 pesos que habían costado la casa y el solar había que sumar 55.962 pesos, 4 reales y 6 granos del plan realizado por el supuesto «Francisco Xavier de Torres». Como se apuntó anteriormente, la situación bélica imposibilitaba invertir tanto dinero en dicho proyecto, por lo que las obras se detuvieron definitivamente el 17 de agosto de 1782. Tras dicha decisión, el fiscal de la Real Hacienda volvió a recurrir al ingeniero para el cubrimiento y resguardo de los materiales que estaban a la intemperie, una

operación que debía culminarse con celeridad y economía[28]. Dicha orden constituye otra prueba de cómo los ingenieros se convirtieron en «chicos para todo», ya que con su destreza y su habilidad podían solucionar todo tipo de advenimientos (Muñoz Corbalán, 2015b: 11-15). De igual modo, dicho fiscal recomendó apercibir seriamente a Guerrero y Torres, quien debería ser multado por la poca solidez de sus trazados y por la incorrecta regulación de su coste[29].

## 5. Medidas preventivas y reanudación de las obras

Cuatro meses después, las autoridades seguían preocupadas por el inacabado cuartel, ya que ciertas partes del edificio continuaban en alberca. Así se refleja en un nuevo informe realizado el 10 de diciembre por Ignacio de Castera junto a José Damián Ortiz de Castro, otro relevante arquitecto que pocos años después proyectaría importantes obras, como los campanarios de la catedral[30]. Ambos maestros señalaron que el agua de la lluvia quedaba estancada en las cubiertas de las caballerizas. Si bien es cierto que hasta ese momento no se había originado ningún daño, aseguraron que las futuras precipitaciones sí lo harían, pudiéndose deteriorar las maderas almacenadas. Aparte de este peligro, comunicaron que las dos paredes maestras de la antigua fábrica presentaban riesgo de derrumbe, por lo que un mínimo movimiento sísmico podría provocar su caída, generando graves daños en las paredes interiores. Así mismo, realizaron un nuevo cálculo para la conclusión del cuartel, que precisamente ascendía a los 26.000 pesos que reguló en su momento Ponce[31].

Llegado enero de 1783, Guerrero y Torres puso de manifiesto una serie de gastos provocados por la suspensión de las obras. En primer lugar, fueron necesarios 22 pesos y 7 reales para mezclar la cal que había sobrado, la cual debería venderse antes de que quedara inutilizable. Seguidamente, con el objetivo de salvaguardar el edificio, el arquitecto comunicó que debió pagar tres reales a dos vigilantes entre el 18 de agosto y el 14 de enero. A este respecto, en caso de que dicha suspensión se alargara en el tiempo, el arquitecto recomendó ahorrar dicho gasto, pudiéndose tapar todos los vanos de la obra con piedras y lodo, dejando solo accesible la puerta principal, que quedaría protegida con su cerradura. Finalmente, también advirtió del daño que ocasionarían las lluvias a los techos, que eran de cascajo y tierra, y a las paredes, pudiéndose producir un hundimiento

28. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 50v.-55v.

29. *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 55r.-55v.

30. Sobre José Damián Ortiz de Castro, véase Pacheco Medina, 2015; Rodríguez Morales, 2015: 124-133; Cortés Rocha, 2010: 37-47; Álvarez Noguera, 2008; García Guiot, 1942.

31. Los datos que siguen proceden del *Testimonio del expediente…* (28 de junio de 1779), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 56r.-57r.

que terminara deteriorando las maderas que había en el interior del inconcluso cuartel. Con estos comentarios, se intuye cómo Guerrero y Torres consideraba contraproducente la paralización de las obras, ya que su continuado abandono podría suponer que el desembolso económico que se había llevado a efecto hasta entonces hubiera sido en vano.

Las advertencias del maestro mayor dieron resultado, ya que en la Junta de Real Hacienda convocada por Mayorga el 25 de enero se decidió reparar lo ya construido. Así, Guerrero y Torres calculó dicha intervención en 4.000 pesos, incluyéndose en esa cantidad los 2.000 del arrendamiento y de los gastos relativos al cuartel de Santa Bárbara[32]. Aunque el 13 de mayo el fiscal de la Real Hacienda ordenó poner en marcha estas reparaciones, una nueva reunión de la Junta producida diez días después acordó que la obra se reanudara siguiendo el proyecto original, invirtiendo en la misma el dinero que fuera necesario, estando fechada la aprobación del rey el 11 de noviembre[33]. Por tanto, al contrario de otros cuarteles cuya materialización se desconoce o fue suspendida, el proyectado en la Casa de los Cinco Señores sí fue terminado, paliando los problemas existentes respecto al alojamiento de la tropa. El cuartel se mantuvo en pie hasta el siglo XX, si bien había sufrido importantes transformaciones. No obstante, mantenía la planta proyectada en los planos, destacando su monumental portada y las esculturas de perros que coronaban la fachada (Angulo Íñiguez, 1939: 383).

## 6. Conclusión

El presente artículo rescata del olvido la Casa de los Cinco Señores, uno de los edificios de época virreinal desaparecidos de la capital mexicana. Su buena construcción y distribución como casa de vecinos posibilitó convertirse provisionalmente en cárcel de la Acordada, si bien dicha función marcaría su destino para siempre. De esta forma, se han podido documentar las negociaciones entre la familia de Bárbara María de Aldaz y la administración para vender la casa a la Real Hacienda y convertirla en cuartel de dragones. Igualmente, se ha comprobado que sus diversos planos estaban muy relacionados con las novedades de la tratadística, así como se han podido descubrir los trámites para adquirir un terreno a espaldas del edificio, llamando la atención la resolución de la deuda existente entre los antiguos propietarios y la cofradía del Cordón de San Francisco. Por otra parte, el texto muestra un nuevo ejemplo de intervención ingenieril en un proyecto iniciado por arquitectos, si bien en este caso solo consistió en un reconocimiento realizado por Pedro Ponce. Dicho documento, clave para el futuro de las obras del cuartel, recoge el nombre

32. *Testimonio de Francisco Antonio Guerrero y Torres* (11 de febrero de 1783), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, fols. 1r.-2r.

33. *Carta al virrey de Nueva España* (11 de noviembre de 1783), AGI, Gobierno, Audiencia de México, Expedientes de fortificaciones pertrechos, MÉXICO, 2468, s. f.

de un maestro mayor de obras de Palacio llamado Francisco Xavier de Torres, un personaje del que nada se ha podido descubrir, por lo que posiblemente se trate de un error del ingeniero, ya que en ese momento dicho cargo lo ocupaba Guerrero y Torres, autor de los proyectos de este cuartel. Finalmente, se han podido dar a conocer las medidas de conservación que se tomaron cuando la obra estaba paralizada, así como la reanudación de la misma siguiendo el proyecto original. Tras su culminación, a pesar de haber sido un espacio tan funcional y de haber contado con una cierta monumentalidad, la Casa de los Cinco Señores no ha llegado a nuestros días, siendo necesarios nuevos estudios que ayuden a completar su historia y a conocer los motivos de su desaparición.

## 7. Bibliografía

Álvarez Noguera, José Rogelio (2008), *José Damián Ortiz de Castro. Maestro mayor de la catedral de México*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Angulo Íñiguez, Diego (1939), *Planos de monumentos arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo de Indias. Estudio de los planos y de su documentación*, Sevilla: Laboratorio de Arte.

Bazán Alarcón, Alicia (1964), «El Real Tribunal de la Acordada y la delincuencia en la Nueva España», *Historia Mexicana*, 13(3), pp. 317-345.

Bazarte Martínez, Alicia (1989), *Las cofradías de españoles en la ciudad de México (1526-1864)*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Bazarte Martínez, Alicia y García Ayluardo, Clara (2001), *Los costos de la salvación: Las cofradías y la ciudad de México (siglos XVI al XIX)*, México: CIDE Instituto Politécnico Nacional, Archivo General de la Nación.

Bérchez, Joaquín (2001), «Francisco Guerrero y Torres y la cultura arquitectónica novohispana del siglo XVIII», *Reales Sitios. Revista del Patrimonio Nacional*, 148, pp. 50-68.

Bérchez, Joaquín (2003), «Francisco Guerrero y Torres y la arquitectura de la Ciudad de México a finales del siglo XVIII», *Annali di architettura, Rivista del Centre Internazionale di Studi de Architettura Andrea Palladio*, 15, pp. 215-232.

Berlin, Heinrich (2012), «Artífices de la Catedral de México», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 3(11), pp. 19-39.

Bonet Correa, Antonio (1985), «Utopía y realidad en la arquitectura», en Manuel Serrano Marzo (dir.), *Domenico Scarlatti en España. Catálogo general de las exposiciones «Utopía y realidad en la arquitectura» (Museo Municipal), «Iconografía musical» (Teatro Real) y «Salón y corte» (Palacio de Velázquez)*, Madrid: Gabinete Técnico del Diseño, pp. 19-82.

Bonet Correa, Antonio; Lorenzo Forniés, Soledad y Miranda Recojo, Fátima (1985), *La polémica de ingenieros-arquitectos en España, siglo XIX*, Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Bueno, José María (2014), *Las Guarniciones de los Presidios de Nueva España. Los Dragones Cuera*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Cámara Bolio, María Josefina (1979), «Las cárceles en Méjico y su evolución», *Anuario de Derecho Penal y Ciencias Penales*, 32, pp. 141-172.

Cantera Montenegro, Jesús (2003), «Arquitectos e ingenieros: los ingenieros militares en el adelantamiento de la España ilustrada», en *De la Paz de París a Trafalgar. La*

*organización de la defensa de la monarquía*, Madrid: Ministerio de Defensa, Instituto Español de Estudios Estratégicos, pp. 24-82.

Cantera Montenegro, Jesús (2007), *La «Domus Militaris» hispana. Origen, evolución y función social del cuartel en España*, Madrid: Ministerio de Defensa.

Carbajal López, David (2012), «La reforma de las cofradías novohispanas en el Consejo de Indias, 1767-1820», *Revista Complutense de Historia de América*, 38, pp. 79-101.

Castro Morales, Efraín (1976), *Palacio Nacional de México. Historia de su arquitectura*, México: Secretaría de Obras Públicas.

Cortés Rocha, Xavier (2010), «José Damián Ortiz de Castro, arquitecto de las torres de la Catedral de México: un reencuentro», *Academia XXII*, 1, pp. 37-47.

Espinosa Valdivia, María del Carmen (1991), *Las cofradías en el convento de San Francisco de la ciudad de México y la organización social novohispana. Siglo XVII*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Gámez Casado, Manuel (2019), *El ingeniero militar Sebastián van der Borcht. De Flandes a Sevilla*, Sevilla: Diputación de Sevilla.

García Guiot, Silvano (1942), «El arquitecto Don José Damián Ortiz de Castro», *Divulgación Histórica*, 3(3), pp. 130-136.

García Martínez, Ana Lorena (2005), *La Vanguardia Americana. Tradición arquitectónica novohispana y modelos importados en la arquitectura de la segunda mitad del siglo XVIII: El caso de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, Ciudad de México* (Tesis de maestría), México: Universidad Nacional Autónoma de México.

González-Polo Acosta, Ignacio (2006), *Vida y obra del arquitecto Francisco Antonio Guerrero y Torres (1727-1792)* (Tesis doctoral), México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Gutiérrez, Ramón (2005), *Fortificaciones en Iberoamérica*, Madrid: Ediciones El Viso.

Hernández, Juan Carlos (1991), «Gerónimo Amici y los proyectos de cuarteles para el regimiento de caballería de Andalucía, en la provincia de Huelva», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, 4, pp. 239-264.

Hernández Franyuti, Regina (1997), *Ignacio de Castera: arquitecto y urbanista de la ciudad de México 1777-1781*, México: Instituto Mora.

Hernández Franyuti, Regina (2006), «El discurso ilustrado en la cartografía de Ignacio de Castera», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 10, [en línea] https://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-218-79.htm

Loera Fernández, Gabriel (1982), «Francisco Antonio Guerrero y Torres. Arquitecto y empresario del siglo XVIII», *Boletín de Monumentos Históricos del INAH*, 8, pp. 61-92.

López Hernández, Ignacio J. (2015), «Proceso y proyectos sobre la construcción de la Aduana de Campeche. 1778-1790», en María del Mar Albero Muñoz y Manuel Pérez Sánchez (coords.), *Las artes de un espacio y un tiempo: el setecientos borbónico*, Murcia: Universidad de Murcia, pp. 187-203.

López Reyes, José Luis S. (1993), *Catálogos de documentos de Arte 17. Archivo General de la Nación, México. Ramo: Templos y conventos, Segunda parte*, vol. IV, México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Lozano Armendares, Teresa (1993), «Recinto de maldades y lamentos: la cárcel de la Acordada», *Estudios de Historia Novohispana*, 13, pp. 149-157.

Marzal Martínez, Amparo (1980), «Los cuarteles andaluces del siglo XVIII», *Revista de Historia Militar*, 49, pp. 33-58.

Moncada Maya, José Omar (2003a), «El cuartel como vivienda colectiva en España y sus posesiones durante el siglo XVIII», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 7, p. 146, [en línea] https://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(007).htm

Moncada Maya, José Omar (2003b), «El ingeniero militar Miguel Constanzó en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de la Nueva España», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 7, pp. 133-156, [en línea] https://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-136.htm

Moncada Maya, José Omar y Escamilla Herrera, Irma (2016), «Diego García Conde, un militar español en la transición al México Independiente», *Revista de Indias*, 76(267), pp. 449-480.

Muñoz Corbalán, Juan Miguel (2015a), *Verboom. Jorge Próspero Verboom. Ingeniero militar flamenco de la monarquía hispánica*, Madrid: Fundación Juanelo Turriano.

Muñoz Corbalán, Juan Miguel (2015b), «La profesión de ingeniero en la Ilustración», en Alicia Cámara Muñoz (coord.), *Ingeniería de la Ilustración*, Madrid: Fundación Juanelo Turriano, pp. 11-34.

Nieto Márquez, Miguel Ángel (2021a), «El ingeniero Lorenzo de Solís y los cuarteles de la plaza de Veracruz», en Yolanda Guasch Marí, Rafael López Guzmán e Iván Panduro Sáez (eds.), *Identidades y redes culturales. V Congreso Internacional de Barroco Iberoamericano*, Granada: Ministerio de Cultura y Deporte, Editorial Universidad de Granada, pp. 843-850.

Nieto Márquez, Miguel Ángel (2021b), «Arquitectos e ingenieros militares en el Palacio Real de México. Proyectos fallidos para un cuartel de caballería (1761-1764)», *Temas Americanistas*, 47, pp. 279-299.

Nieto Márquez, Miguel Ángel (2022a), «Sobre algunos proyectos de hospitales para Veracruz en la segunda mitad del siglo XVIII», en Nuria Hinarejos y Pedro Luengo (coords.), *Ingenieros para la paz, militares para la guerra. Del Caribe al Sudeste asiático (1748-1825)*, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 169-184.

Nieto Márquez, Miguel Ángel (2022b), «De asistente de ingenieros a gobernador de Veracruz: el caso de Pedro Ponce Camacho (1718-1797)», *Perspectiva Pictorum*, 1(2), pp. 146-172.

Nieto Márquez, Miguel Ángel (2023), *Ingenieros, fortificaciones y obras públicas en el Golfo de México durante la segunda mitad del siglo XVIII* (Tesis doctoral), Sevilla: Universidad de Sevilla.

Pacheco Medina, María Esther (2015), «Desvelando el pasado: José Damián Ortiz de Castro y el proyecto de la parroquia, hoy catedral de Tulalcingo», *Xihmai*, 10, 19.

Pezzat Arzave, Delia (2002), *Catálogos de documentos de Arte 17. Archivo General de la Nación, México. Ramos: Policía, Ayuntamientos, Caminos y Calzadas*, México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Rodríguez Morales, Leopoldo (2015), «El legado de un arquitecto del siglo XVIII: inventario *post mortem* de los bienes materiales de José Damián Ortiz de Castro, académico de mérito y maestro mayor de la ciudad de México», *Boletín de Monumentos Históricos*, 34, pp. 124-133.

Torre Villalpando, Guadalupe de la (1999), «Proyectos urbanísticos para el resguardo de la ciudad de México. Siglo XVIII», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 74-75, pp. 177-193.

Valdés, Manuel Antonio (1790-1791), *Gazetas de México, compendio de noticias de Nueva España desde principios del año de 1784…*, México: Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425509557

# CENSURA DE LAS *OBRAS POÉTICAS* DE EUGENIO GERARDO LOBO EN 1796: UNA REIMPRESIÓN FRUSTRADA

## *Censorship of the* Obras Poéticas *of Eugenio Gerardo Lobo in 1796: A Frustrated Reprint*

Tania PADILLA AGUILERA
Universidad de Córdoba
taniapadillaguilera@gmail.com

Fecha de recepción: 30/11/2023
Fecha de aceptación: 11/04/2024

RESUMEN: En el Archivo Histórico Diocesano de Madrid se conserva una censura negativa de la vicaría, fechada en el año 1796, para la reimpresión de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo, en concreto, de su reedición de 1769. A partir de esta pista, se llega al hallazgo del expediente completo de la causa en el Archivo Histórico Nacional, en el que se constata que el Consejo decide, finalmente, denegar la licencia. El censor pone el foco en la falta de coherencia entre la dedicatoria mariana de la obra y su contenido, marcadamente mundano, la mayor parte de las veces vinculado al mundo de las fiestas, el galanteo y otros placeres. Una vez más, gracias a la documentación de archivo podemos reconstruir un proceso editorial fallido que nos ayuda a entender mejor la recepción *post mórtem* de un poeta de la talla de Lobo.

*Palabras clave*: Eugenio Gerardo Lobo; *Obras poéticas*; censura; reedición; advocación mariana; chichisbeo.

ABSTRACT: In the Diocesan Historical Archive of Madrid, a negative censorship of the vicariate is preserved, dated in the year 1796, for the reprinting of the *Obras poéticas* of Eugenio Gerardo Lobo, specifically, its reissue of 1769. From this clue,

one arrives to the discovery of the complete file of the case in the National Historical Archive, which shows that the council finally decided to deny the license. The censor focuses on the lack of coherence between the Marian dedication of the work and its content, markedly mundane, most of the time linked to the world of parties, courtship and other pleasures. Once again, thanks to archival documentation we can reconstruct a failed editorial process that helps us better understand the post-mortem reception of a poet of Lobo's stature.

*Key words*: Eugenio Gerardo Lobo; *Obras poéticas*; censorship; reissue; Marian devotion; *chichisbeo*.

## 1. Introducción

Tras tener noticia de que en el Archivo Histórico Diocesano de Madrid se halla una censura negativa o desfavorable para reimprimir las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo (caja 9183, 1796: 1796/2)[1], pongo en marcha la correspondiente pesquisa. Dicha censura se remite desde el Consejo el 14 de abril de 1796. El vicario se la encarga al censor don Matías Cesáreo Caño[2]. Esta es devuelta al Consejo con fecha 29/7. El informe es bastante extenso y alude principalmente a la dedicatoria del libro de Lobo «a María Santísima de la Peña Sacra». Para justificar su veredicto, el autor material de la censura copia algunos fragmentos poéticos del texto. Gracias a estos testimonios podemos saber que la censura de la vicaría pedía denegar la licencia y que, finalmente, el Consejo así lo decidió. Esto no siempre pasaba, pues este órgano podía haber optado por solicitar que se llevaran a cabo los cambios indicados o, incluso, por recabar otras censuras. Así pues, la existencia de esta documentación nos sitúa ante una reimpresión de Lobo que no llegó a producirse y cuyo intento de publicación en 1796 se desconocía.

En primer lugar, accedo a través de PARES a la copia digitalizada de la «Licencia de reimpresión de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo solicitada por el librero Diego Moreno», que actualmente se encuentra en el Archivo Histórico Nacional (Consejos, 5561, exp. 19). Dado su carácter compilador en lo que respecta a los tiempos y el contenido del proceso, hemos tomado este documento como base para el estudio de este caso. Asimismo, una vez sometido a un esclarecedor proceso de transcripción y modernización, ha sido incorporado a este artículo como dosier. Este documento es anterior al citado al inicio de este capítulo, ya que se elabora a raíz del encargo de la causa al vicario por parte del Consejo. Puntualmente cotejaremos la información contenida en este expediente con la

1. Es el profesor Fernando Durán López (Universidad de Cádiz) quien me pone en conocimiento de la existencia de este documento. No he encontrado rastro de la edición sobre la que versa este expediente en la *BAESXVIII* de Aguilar Piñal (vol. 5, 1989).

2. Este censor figura con frecuencia en las censuras de libros conservadas en el AHDM entre 1775 y 1796, todas ellas relativas a literatura religiosa, principalmente mariana.

emitida por el órgano religioso, que es la que actualmente se halla en el Archivo Histórico Diocesano de Madrid. Este documento ha sido también incorporado al citado dosier tras su consulta física en el Archivo Diocesano (sig. 9.183/II. 10). No se añade su transcripción porque este texto, íntegro, aparece copiado de forma literal en el expediente de la licencia de impresión conservada en el AHN. En concreto, la censura exenta se corresponde con el fragmento que se extiende desde «Cumpliendo con el decreto» hasta «dictamen de vuestra señoría».

A raíz de algunas indagaciones iniciales, he comprobado que no hay testimonio de este hallazgo en ningún estudio reciente. Ni tan siquiera Álvarez Amo (2013) da noticia de él en su enjundiosa tesis doctoral sobre la obra que aglutina toda la poesía del poeta manchego. Por esta razón, creo que este artículo puede actuar como avanzadilla para continuar indagando en la vida, trayectoria y obra de este poeta dieciochesco que cosechó un relativo éxito en la primera mitad del siglo XVIII. Aplicaré al estudio de este documento una metodología que combina la sociología de la literatura (Bourdieu, 1997) con la paleografía y la bibliografía material. Solo a través de una mirada ecléctica lograremos vincular este documento a la obra de Lobo sin caer en apriorismos. Al contrario, es mi propósito que la lectura en profundidad de este documento contribuya a arrojar luz sobre los procesos de lectura de su obra poética, que, movida por un prurito compilador, siempre trató de ser una reunión de composiciones aisladas. Esto convierte la obra de Lobo en una suerte de corpus vivo continuamente alimentado por el propio poeta. El problema de este monstruoso compendio es que se fue paulatinamente hipertrofiando hasta llegar a un estado (1796) en el que, evidentemente, el autor ya no tenía ningún control sobre él.

La finalidad de esta investigación es indagar en las posibles razones histórico-literarias de esta censura negativa, así como en el impacto que esta pudo tener en Lobo y su trayectoria (tanto vivo como *post mórtem*) en relación con el campo poético en el que desarrolló su obra. Las específicas condiciones que encontramos en este caso, en el que la censura negativa se produce sobre una reedición de carácter póstumo de una obra que ha sufrido una serie de cambios en su contenido a lo largo de sus distintas ediciones, hacen que el doble objeto de estudio abordado (el libro impreso y la documentación jurídica relacionada con su censura) deba verse complementado con el examen coyuntural del tiempo en el que se emite cada texto. Así pues, en las siguientes páginas rastrearé las diferentes ediciones de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo para ver qué divergencias exactas existen entre ellas y en qué medida la reprobación se relaciona con injerencias de otros autores o con el contenido específico de un prólogo que no parece guardar el exigido decoro. Pero antes empezaré analizando someramente la trayectoria del poeta dieciochesco. Tal vez un breve repaso por su perfil autorial, así como por los principales hitos de su carrera literaria y vital, nos ayude a entender mejor el asunto principal de esta investigación.

## 2. Eugenio Gerardo Lobo (1679-1750), «el Capitán Coplero»

Lobo es el poeta más editado de su tiempo y sigue siendo publicado incluso después de su muerte, tal y como vemos en el caso que aquí nos atañe. Es probable que su éxito se debiera a su carisma como personaje público, pues el auge de su trayectoria poética coincide con su carrera como soldado. Álvarez Amo lo explica de forma muy elocuente en estos términos:

> La popularidad de los versos de Lobo es, en mi opinión, efecto colateral de su carisma como personaje de la sociedad exquisita, lo que explicaría de paso el hecho de que el lugar de impresión de las sucesivas ediciones de sus obras poéticas coincida aproximadamente con su periplo vital como soldado. Lobo, en efecto, consagra su vida a la carrera militar. Sus contribuciones poéticas son siempre las del escritor ocasional. (Álvarez Amo, 2013: 27)

En varias de sus composiciones Lobo presume de ser un escritor despreocupado: afirma no corregir sus poemas, no conservar copia de ellos y escribir en los ratos libres que le brindan las guardias. Esta laxitud parece encontrar su reflejo contextual en los ingentes vulgarismos de su poesía. Su obra poética, que aparece ligada a su juventud belicista, puede considerarse «de circunstancia», aunque de ella, particularmente de sus sonetos, muy logrados, pueden extraerse enseñanzas morales de carácter universal. No obstante, es difícil rastrear en su poesía un compromiso estético o ideológico. A menudo se encuentran en su obra críticas más o menos explícitas a los avances científicos (por ejemplo, al microscopio), que parece cuestionar debido a su mentalidad más barroca que ilustrada, antes que por mostrarse reticente al progreso (con la Ley de la gravedad se muestra más cauto), que en esta etapa encontró en los *novatores* a sus principales adalides (Pérez-Magallón, 2002). Tiene una concepción de la poesía ligada al galanteo y los salones (Martín-Gaite, 1972) que, sin embargo, acaba trascendiendo el ámbito de lo privado para, a través de la imprenta, salir a la calle[3]. Sobre esto, son particularmente reveladoras las palabras de Álvarez Amo:

> A los autores españoles del Bajo Barroco se les puede describir, también, como inconstantes. O, para evitar caracterizar su actividad, en la medida de lo posible, a través de expresiones negativas («inconstancia», «intrascendencia», etc.), se impone citar algunos de los rasgos que Alain Bègue [2011: 147] considera ordinarios en la poesía del Bajo Barroco, como, por ejemplo, la «irrupción de la cotidianeidad» y la «delicada atención a lo prosaico». (Álvarez Amo [ed.], 2012: 7)[4]

3. Para una biografía completa sobre Lobo, véase Escribano Escribano (1996) y https://dbe.rah.es/biografias/12228/eugenio-gerardo-lobo-rodriguez [última consulta: 19/03/2024].

4. Se trata de una edición *on line* de las *Obras poéticas líricas* (1738) de Eugenio Gerardo Lobo. PHEBO, Universidad de Córdoba: http://www.uco.es/phebo/sites/default/files/lobo_obras_poeticas_liricas.pdf [última consulta: 27/11/2023].

El hecho de que Eugenio Gerardo Lobo incluya su propia firma en sus publicaciones desde el inicio de su trayectoria evidencia su fuerte vocación inicial, así como la posterior consolidación de cierto perfil profesionalizante. Creemos que esta actitud, que en su caso en absoluto rivaliza con un perfil más académico y ceñido al manuscrito, es síntoma de un éxito editorial temprano. Precisamente ha de ser este el que lo lleve a cultivar esa sugerente imagen de soldado-poeta que nos remite directamente a Garcilaso. No obstante, a pesar de que Lobo evita desde el principio el uso del seudónimo, al menos en sus obras impresas,

> […] no podemos descartar la influencia de la entrada en vigor de las nuevas leyes de responsabilidad legal decretadas por Carlos III, que obligaban a firmar los textos que se publicaban con el objetivo de tener un mayor control sobre estos. Estamos ante las primeras medidas legales que surgen tras las iniciales muestras de una clara conciencia autorial, que derivarán a lo largo de la siguiente centuria en algo parecido al actual concepto del *copyright*. (Foucault, 1969, *apud* Padilla Aguilera, 2019: 540)

La poesía de Lobo oscila estilísticamente entre la aparente sencillez garcilasiana y los versos alambicados de Góngora, aunque formalmente parece estar más próxima a los modelos barrocos que a las coetáneas tentativas ilustradas. Esto ha hecho que con frecuencia la poesía de Lobo se haya englobado bajo el simplificador adjetivo de *ultrabarroca*. Su condición de soldado, unida a su juventud y a esa actitud despreocupada con respecto a su obra que siempre lo caracterizó, lo convierten en un autor más próximo a los modelos clásicos que a los coetáneos, aunque no podemos pasar por alto la elevada formación intelectual que proporcionaba la carrera militar a partir del siglo XVIII. Para entender mejor su perfil autorial, podemos recurrir a las palabras que le dedica Strosetzki al escritor José Joaquín Benegasi y Luján, contemporáneo y amigo de Lobo:

> Mediante sus publicaciones el poeta se exhibe como un autor alejado tanto del ámbito académico, en el que predomina la poesía lúdica, gratuita, como del culto a la inspiración y al genio natural que acompañan al vate iluminado, tradicionalmente asociado al retiro campestre, que desde el siglo XVI se convertirá en una referencia para los nobles eruditos. (Strosetzki, 1997: 60-64)

El enorme éxito comercial del que Lobo goza en vida, que él mismo se encarga de alimentar, hace que podamos hablar en su caso de la existencia de nuevas estrategias próximas a esa tendencia profesionalizante. Este tipo de actitudes ya son propias de un tiempo en el que el lector ha adquirido un papel fundamental, hasta tal punto que llega a condicionar la producción literaria de los autores. Sirva este célebre soneto de Lobo como declaración de intenciones. Son claros los vínculos con Góngora: tanto el lenguaje como el planteamiento, e incluso el mensaje último, guardan cierta similitud con el soneto gongorino «Cosas, Celalba mía» (Góngora, 1596; Carreira [ed.], 1993: 117-118). Sin embargo, la composición

también es deudora de la nueva mentalidad dieciochesca (circunstancia, anécdota, ironía, preciosismo, trivialización):

> Despida horrores la celeste esfera;
> de luto vista su mansión el viento;
> el terrestre caduque pavimento;
> todo a cenizas reducido muera;
> sustos respire la aura lisonjera;
> atormente a la vida el pensamiento;
> desate triste, fúnebre el acento
> nocturna el ave, funeral la fiera;
> rayos desgaje, rígida, Belona;
> el cisne vierta su congoja en gritos;
> despedace Neptuno su corona;
> desprecie Venus amorosos ritos,
> pues antes de llegar de Barcelona
> se perdieron, ¡ay, Dios!, los tres manguitos.
>
> (Lobo, 1738; Álvarez Amo [ed.], 2012: 11)

No podemos aislar a Eugenio Gerardo Lobo de su contexto socioliterario (Padilla Aguilera, 2021: 79-81). Su nombre viene a engrosar la nómina de esos poetas bajobarrocos de cuya estética anticuada ya se mofaban los jóvenes ilustrados[5]. Esta es la ristra de autores que plantea Moratín que, más allá de su mofa, nos puede servir para reconstruir las redes de sociabilidad en las que se insertará más tarde Lobo:

> Y allí, por último, salieron a volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre León Marchante, dulce estudio de los barberos, las del cura de Fruime, Gerardo Lobo, la madre Céo, Boscán y Garcilaso a lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasi, Villamediana, Bocángel, Tafalla, Zabaleta, Montoro y Salas Barbadillo, con el *Arte* de Gracián y las comedias, silvas y romances de Henríquez Gómez. (Fernández de Moratín, 1789; John Dowling [ed.], 1973: 90)

Junto a la red de poetas en la que se incluye, que supone su posicionamiento en sincronía dentro del campo literario de su tiempo, cabe destacar la presencia de una ya apuntada trayectoria que lo convierte en un autor reconocible por el público y, según todas las evidencias, *famoso*. Esta puntualización de carácter diacrónico en lo que concierne al específico perfil autorial de Lobo se evidencia en el reiterado prurito compilador que presidió su labor poética. En su producción encontramos las ya mencionadas reediciones y reimpresiones de sus *Poesías líricas*, que trataremos de forma más pormenorizada en este estudio. El popularmente conocido como «Capitán Coplero» recogió su obra poética en la *Selva de las Musas*

5. Acerca de los postulados estéticos ilustrados y su paulatina consolidación en la sociedad española, véase Andioc (1987).

(Cádiz, 1717), obra compuesta por dos volúmenes que fue reeditada durante su vida y reiteradamente reimpresa tras su muerte (Pamplona, 1724; Barcelona, 1725 y 1732; Madrid, 1738, 1758, 1769)[6].

Una vez trazada esta sucinta semblanza socioliteraria de Lobo, sería conveniente apuntar algunos aspectos generales acerca del proceso de censura gubernamental. Solo así podremos distinguir los mecanismos consustanciales al proceso concreto que aquí analizamos de aquellos otros que formaban parte de una praxis común.

## 3. La literatura en el siglo XVIII: una aproximación a los procesos de censura de libros

Para entender mejor la censura póstuma de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo, creemos necesario tener en cuenta en primer lugar la legislación vigente en la época sobre censura del libro[7]. Esta concernía a un amplio espectro de contenidos y enfoques en las obras literarias publicadas, pero mostraba un especial énfasis en los textos alusivos a algún aspecto religioso o espiritual, como es el caso de la que aquí nos compete.

La existencia de dos expedientes sobre la misma causa evidencia la implicación de los dos órganos (estatal y eclesiástico) en este tipo de procesos. Las fechas de cada expediente nos ayudan a determinar los tiempos internos de la causa. Normalmente, a la hora de tramitar las censuras de libros, el Consejo manda un oficio al vicario con el encargo en cuestión. Entonces este designa al censor. Cuando recibe la censura, remite otro oficio al Consejo con la resolución. A partir de este punto, el Consejo continúa con los trámites previstos, que pueden incluir la solicitud de otras censuras a diferentes instituciones o personas. El proceso puede complicarse, pero el lapso temporal del expediente hallado en el AHDM siempre estará comprendido en el proceso hallado en el AHN, que es el primigenio.

No se subordina la licencia eclesiástica a la civil hasta tiempos de Carlos III. Entonces la primera pasa a ser un trámite previo, pero en ningún caso autónomo. En el AHDM se conservan miles de censuras de libros comprendidas entre los años 1785 y 1817 aproximadamente[8]. En cualquier caso, la plena implicación del órgano eclesiástico en estos trámites revela el estricto control que la Iglesia seguía ejerciendo sobre la libertad intelectual a estas alturas del siglo XVIII.

6. Posteriormente se editó en *Biblioteca de Autores Españoles* de Manuel Rivadeneyra, tomo LXI. Álvarez Amo (2013: 37) apunta que Lobo «nada tuvo que ver, o muy poco» con esta edición.

7. La legislación del libro vigente en España en esta época se recoge en el libro VIII *(De las ciencias, artes y oficios)* de la *Novísima recopilación de las leyes de España […],* Madrid, 1805, Madrid: BOE, 2019: https://www.boe.es/biblioteca_juridica/publicacion.php?id=PUB-LH-1993-63&tipo=L&modo=2 [19/03/2024]. Asimismo, cabe consultar Reyes Gómez (2000).

8. Acerca de este tema se han publicado trabajos de enorme interés, como es el caso de los de Darnton (2014) o Durán (2016).

La presencia en el documento de los nombres de los diferentes actantes que participan en el proceso arroja una información que nos puede servir de ayuda a la hora de una interpretación más ajustada del contenido del texto, principalmente en lo que respecta a la razón principal de que un libro que en varias ocasiones vio la luz acabe siendo vetado. Además, el acceso a esta información es esencial a la hora de la reconstrucción del contexto socioliterario en el que este documento se inserta, y bajo cuyos implícitos códigos debe ser interpretado desde nuestros días[9].

No obstante, no podemos dejar de considerar la enemistad con otro actante del campo literario de la época como causa que justifique el carácter negativo de esta censura a la reimpresión de las obras poéticas de Lobo. A menudo, eran los propios escritores los que participaban en el encausamiento o censura de una obra, con lo cual los intereses judiciales iban de la mano de intereses personales relacionados con la inquina o el amiguismo. De hecho, tal y como apunta De Lorenzo Álvarez (2021: 62), las censuras constituyen una excusa perfecta para las polémicas[10], que tanta relevancia tienen a la hora de reconstruir el contexto socioliterario de una época:

> Pero en el ámbito de las polémicas, las series de sus censuras además son indicio –menos visible que otros, pero no menos concluyente– de su constitución, desarrollo e incluso su fin. Partiendo de la casuística propia del proceso de comunicación polémico, las censuras permiten conocer quién y por qué razones entendió que cierto escrito crítico podía ser publicado –y por tanto, que un autor y una obra merecían ser criticados– o sostuvo que otra invectiva no debía ver la luz –protegiendo por determinadas razones a un autor y su obra– o zanjó una polémica que antes otro censor permitió que se pusiera en marcha, solventando el interminable encadenamiento de críticas y respuestas a que tienden los polemistas.

Sin embargo, la presencia de la censura no evidencia por sí misma el desarrollo de la correspondiente polémica. Así ocurre en el caso de la censura que aquí abordamos, de cuyos ecos no hemos encontrado rastro en los archivos. Quizá en este caso pueda explicarse esta circunstancia por el hecho de que se trate de una censura sobre una obra *post mórtem*. No obstante, no podemos dejar de tener en cuenta lo que De Lorenzo Álvarez opina al respecto (2021: 62) con el propósito de argumentar las razones de la muestra escogida para su análisis:

> A modo de muestra de la casuística, pudieran haberse elegido las censuras gubernamentales de señeros escritos polémicos, pero ha de contarse con la existencia de dos limitaciones, prosaicas pero inapelables: por un lado, con frecuencia los textos polémicos corrieron en los mentideros sin que se pretendiera publicarlos, y por tanto no

9. Consciente de lo arduo de esta labor, así como de su hasta ahora ignoto interés, dejo para más adelante la reconstrucción de la identidad de cada uno de los firmantes en esta censura.

10. A propósito de las controversias en la literatura española de los siglos XVI al XVIII, son fundamentales los recientes monográficos coordinados por Mercedes Blanco y Juan Montero (2019) y Mercedes Comellas (2021), respectivamente.

> se sometieron a proceso de censura; por otro lado, si cada escrito polémico es una unidad que solo adquiere su verdadero sentido en el diálogo con la serie en que se genera, no siempre se conoce el paradero de las censuras de una serie completa.

En definitiva, a partir de la documentación conservada relativa a esta censura de una obra póstuma de Lobo, podemos reconstruir los procesos para la censura literaria tanto en su vía gubernamental como en la eclesiástica (una vez que la primera solicita el pronunciamiento de la segunda). A lo largo de este trabajo intentaré seguir el rastro de esta edición fallida y, en la medida de lo posible, reconstruir su truncado proceso de reimpresión. Asimismo, como hemos visto más arriba, el surgimiento de la polémica va muy ligado a la aparición de una censura. Es lógico que la república literaria defienda sus intereses ante las decisiones, en ocasiones arbitrarias, tanto de los órganos eclesiásticos como gubernamentales.

En el siguiente punto abordaré el estudio de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo a lo largo de sus sucesivas ediciones. En la medida de lo posible, acometeré el estudio de estas tanto desde los aspectos más vinculados a la bibliografía material (tipo de edición, tirada, reediciones…) como desde la clásica articulación de la retórica: *inventio* (contenido), *dispositio* (ordenación y *mise en page*) y *elocutio* (estilo, tono). Sin duda, el análisis de estos aspectos nos ayudará a entender mejor las razones de la censura negativa de carácter póstumo que recayó sobre esta obra.

## 4. Las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo: un *work in progress* poético

Las *Obras poéticas líricas* de Eugenio Gerardo Lobo fueron publicadas por primera vez en 1738. Sin embargo, desde 1717 ya se venían editando sus obras escogidas, así como pliegos de menor extensión. A partir de 1750 podemos rastrear al menos dos ediciones (1758 y 1769), ya *post mórtem*. Álvarez Amo sospecha de la autenticidad de la reedición de 1758 en relación con la de 1738, que es la que él aborda en su estudio:

> Explico más abajo los motivos que, según creo, nos deberían obligar a seguir el texto de la edición de 1738 y a sospechar de la autenticidad de las composiciones añadidas a partir de la póstuma de Joaquín Ibarra, en 1758. El cotejo de los distintos testimonios me convence cada vez más de la veracidad de mis conclusiones y, por tanto, todas mis citas remiten a esta edición, la de Peña Sacra […]. La edición de 1738 corrige innumerables erratas, algunas de ellas de muy compleja enmienda (véase el «Aparato crítico»). Además, presenta […] indicios de revisión autorial. (Álvarez Amo, 2013: 27 y 42)

Sin embargo, como ya se ha apuntado en el arranque de este trabajo, es precisamente la dedicatoria a «Santa María de la Peña Sacra» la causa de que la reedición que se pretende hacer en 1796 reciba una censura negativa. Esto corrobora que su presencia no es exclusiva de la primera edición (así como tampoco de la

póstuma de 1769, como se verá más adelante), lo que en absoluto constituye un marchamo de autenticidad y pureza. El hecho de que no exista ningún rastro de la reedición aquí abordada, la proyectada para 1796, prueba que la trayectoria de este proyecto editorial fue abortada definitivamente por dicha censura negativa.

En primer lugar, analizaremos el contenido de la obra a la que sí tenemos acceso y que fue escrupulosamente editada y modernizada por Álvarez Amo en 2013[11]. En su portada, podemos leer el siguiente texto:

> *Obras poéticas líricas que su autor, el coronel don Eugenio Gerardo Lobo, capitán de Guardias de Infantería Española, ha cedido a la Congregación de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Peña Sacra, que se venera en el Real de Manzanares. Sácalas a luz la misma congregación, y las dedica a esta Soberana Señora, siendo hermano mayor el excelentísimo señor marqués de Casasola, y consiliarios del culto de Su Majestad don Felipe Alcocer y don Antonio Téllez de Acevedo. Corregidas y enmendadas las que antes estaban impresas, y añadidas en mucho que hasta ahora no ha salido a luz, y va notado con esta señal:* * Con privilegio, en Madrid, en la Imprenta Real, por don Miguel Francisco Rodríguez, año de 1738. (Lobo, 1738; *apud* Álvarez Amo, 2013: 77)

A partir de este extenso título, podemos extraer una serie de conclusiones reveladoras. La doble adjetivación de «obras», término que ya alude a un todo recopilado, a un conjunto representativo, parece tener la finalidad de matizar el subgénero poético al que se adscribe la producción de su autor, cuya naturaleza es lírico-amorosa (no épica ni religiosa, o no de forma preponderante), es decir, que ocuparía el espectro *mediocris* en la esclarecedora *rota virgilii*. Esto ya parece constituir una disonancia con respecto al dedicatario primero del libro, que precisamente es quien lo sufraga. El «coronel» y «capitán» Lobo (no podemos obviar la pomposa explicitación de los cargos militares) afirma en esta portada que cede su obra a dicha congregación y la dedica a su «Soberana Señora», de la que se incluye un grabado al inicio (Lobo, 1738: [6]). Pero pronto se descubre a quién quiere agasajar el poeta manchego, pues en esta portada también se afirma que es hermano de esta congregación el «excelentísimo señor marqués de Casasola[12], y consiliarios del culto de Su Majestad don Felipe Alcocer y don Antonio Téllez de Acevedo». Con esta aclaración quedan plenamente reveladas las pautas de mecenazgo seguidas por Lobo (Lefevere, 1997). Finalmente, vemos que el libro está impreso en Madrid, en la Imprenta Real, lo que evidencia que Lobo ocupa un lugar central en el campo literario de su tiempo. Esto hace que, pese a su trabajo

11. Aunque tenemos acceso a una copia digitalizada del ejemplar original (BNE 2/69411), citamos a través de esta edición por cuestiones de comodidad y claridad ortotipográfica y, como consecuencia, conceptual.

12. Queda pendiente para un trabajo posterior rastrear los vínculos entre este noble y nuestro poeta. En general, una reconstrucción de su red de sociabilidad nos ayudaría a conocer mejor su contexto de producción.

como militar y las primeras tentativas manuscritas, podamos hablar en su caso de un perfil altamente profesionalizado (Jiménez Belmonte, 2012).

Como ya sabemos, la obra se abre con una protocolaria dedicatoria a Santa María de la Peña Sacra. A esta le siguen varias censuras. Casi todas ellas se circunscriben al decoro en relación con otros referentes literarios, principalmente clásicos. Sin embargo, la aprobación, firmada por Pedro González, señala en el texto aspectos que resultan de un enorme interés para el caso que aquí abordamos:

> Será gloria inmortal del Parnaso español que resuenen entre las melodías delicadas de sus cisnes las sonoras voces de este Lobo y del otro Lope, que hacen sin duda los papeles más altos en el coro de sus más sublimes poetas. Aquella desgraciada y creída transformación de algunos hombres en lobos, llamada licantropía de los griegos, no es ya tan infeliz ni increíble, viendo que dos tan grandes hombres y poetas españoles son lobos, hombres y cisnes. Pero diciendo, como es justo, lo que siento, en nada muestra más el autor su ingenio y su juicio que en el asunto que llama chichisbeo, mal recibido de los fervores y delicadeza del celo cristiano. Luce en este juguete su ingenio, haciendo especulativamente probable lo que es tan arduo y difícil en materia la más lúbrica y peligrosa, y ostenta su cristiandad y juicio confesando su mala moralidad en la práctica.
>
> En fin, no contiene cosa alguna este libro opuesta a nuestra santa fe o buenas costumbres, y puede v[uestra] s[eñoría] dar la licencia de que se imprima, para nuevo lustre de la poesía y de la lengua española. San Nicolás de Madrid y abril 10 de 1738.
>
> Doct[or] d[on] Pedro González.
>
> (Lobo, 1738: [10-11]; *apud* Álvarez Amo, 2013: 79)

Como vemos, en las palabras de Pedro González ya se manifiestan las reticencias con respecto al contenido global de un texto que no acababa de considerarse adecuado para ser consagrado a la Virgen. Sin embargo, en esta edición la censura es favorable y los reparos del propio censor son matizados por él mismo en su tópico intento de agasajar al autor y a la obra. De todos modos, no podemos obviar que la publicación de esta obra no deja de ser una operación comercial de la congregación: el censor es el párroco titular de la parroquia de San Nicolás y, si se deniega la licencia, no hay negocio para la congregación (buen negocio, además, pues lleva aparejado privilegio por diez años).

Siguen a los paratextos legales una serie de paratextos literarios en los que una nómina bastante significativa de amigos y compañeros poetas de Eugenio Gerardo Lobo alaban su obra mediante composiciones de distinta índole (sonetos, endecasílabos, romances…) que ya preconizan la heterometría del conjunto. Entre estos autores se incluyen religiosos (fray Antonio Ventura de Prado[13], don

13. Este autor también fue miembro de la Real Academia, al igual que Pedro González García, arriba mencionado. O bien esta institución tenía menos reparos ante ese marchamo barroquista

Michael de Reina Ceballos), académicos (don Miguel de Villafuerte) y nobles (marqués de la Olmeda), tanto de España como de México, que escriben tanto en español como en latín. Esto evidencia los variados y numerosos contactos del poeta manchego.

A continuación de estos preliminares encontramos una nota «al lector» que aparece sin firmar y que perfectamente puede atribuirse a Lobo pese al uso en ella de la tercera persona:

> Después de las muchas impresiones que clandestinamente se han hecho de las obras del coronel don Eugenio Gerardo Lobo, introduciendo entre ellas otras que no son suyas (aunque algunas no lo desmerecían), se ha logrado su permiso y consentimiento para hacer esta impresión y la cesión de ellas a la Congregación de Nuestra Señora de Peña Sacra, para el fin que se expresa en la dedicatoria. Todo es suyo cuanto aquí va impreso, menos el soneto segundo de la página 242 y la elegía de la página 368, que se han puesto porque no se echen menos leyendo las respuestas del autor. Y también van al fin las impugnaciones a la definición del chichisbeo, por la razón que se apunta, pág. 371. Se ha añadido todo lo que tiene en el principio esta señal: *, y saliera más completo el libro si se hubieran hallado más ejemplares, que aunque el autor franqueó los borradores que tenía, eran pocos, porque nunca ha pensado en conservar lo que ha escrito, como lo más ha sido sin cuidado y por divertirse y no estar ocioso. No obstante puede la curiosidad prometerse segundo tomo, porque se espera recoger varios papeles suyos que andan esparcidos por el reino, y porque se cree que tiene escrita la expedición de Italia, de que en algún modo testifica el padre Maffei en la elegía que le escribió a la despedida y va puesta aquí al principio, la que, si está acabada, no se sabe qué razón ha tenido para no haberla publicado. Pero no se duda que así dicha expedición como también otras obras que tiene el autor empezadas las franqueará a la misma congregación en acabándolas, y con ellas y lo que se espera recoger de otros se hará segundo tomo. Lo que se ha reimpreso, sale corregido y enmendado, según los originales y mente del autor, como lo advertirá cualquiera que haga cotejo de uno con otro. Vale. (Lobo, 1738: [31-32]; *apud* Álvarez Amo, 2013: 93)

En primer lugar, con estas palabras Lobo quiere presentar esta edición como la única que contiene toda su auténtica producción poética entre las publicadas coetáneamente, de las cuales afirma que contienen textos que no son suyos. El argumento que utiliza para privilegiar esta edición frente a otras es su dedicataria (la Virgen de la Peña Sacra) y todo lo que esta significa (protección, amparo religioso, mecenazgo). Sin embargo, seguidamente el autor se excusa diciendo que todo es suyo (como consecuencia, también de la Virgen y la congregación) con la excepción del «soneto segundo de la página 242 y la elegía de la página 368», que pertenecen a Luis de Losada (aunque este se trata de un romance) y Rayneiro María Maffei respectivamente. En relación con esta idea, habla a continuación Lobo de la inclusión de las «impugnaciones a la definición del chichisbeo», de las que

señalado por Moratín, o bien Lobo no era exactamente considerado, en este momento del siglo, un representante del «mal gusto». Sus citas en la poética de Luján apuntan en este mismo sentido.

no publica las décimas que le sirven como detonante porque «no se han hallado» (Álvarez Amo, 2013: 382). En la misma tónica de evidenciar lo que es suyo y, como consecuencia, resulta novedoso, señala con asterisco (recurso bastante común en la época) las nuevas incorporaciones, al tiempo que se excusa de haber perdido algunos manuscritos. Estimamos que esto forma parte de un perfil autorial orientado a dar una imagen *(self-fashioning)* de amateurismo literario, quizá más compatible con el desempeño de una labor militar que la de exhibir esa actitud profesionalizante (compilaciones impresas, público lector, reimpresiones, redes de sociabilidad literaria…) que ciertamente desempeña en el campo literario de su tiempo.

Precisamente en la página 242, el reverendo Luis de Losada juega ingeniosamente con la polisemia del apellido de nuestro poeta en un detallado romance. Entre otras alusiones festivo-procaces, incluye el poema estos elocuentes versos:

> Lobo de tanto atractivo
> que ha dejado enamoradas
> todas cuantas lobas cubren
> manteos en Salamanca.
>
> (Lobo, 1738: 242; *apud* Álvarez Amo, 2013: 279)

Asimismo, en la también mencionada elegía (en forma de soneto) de la página 368, firmada por Maffei, encontramos un nuevo juego con el apellido del autor que da lugar a un sugerente tapiz de concordancias:

> Quae Lobium perimit Lobio laudatur eodem
> Et capit illata praemia magna nece.
> Barbara quae perimit Lobii post carmina vatis
> Vivet in aeternos envidiosa dies.
>
> (Lobo, 1738: 368; *apud* Álvarez Amo, 2013: 381)

Como vemos, los ejemplos señalados por el propio Lobo sirven de vacuna que anticipa el rechazo de los responsables de que el libro vea la luz. O quizá fue más bien al revés: estos pudieron instar al autor a que advirtiera al futuro lector del libro de que este contenía algunas ideas contrarias a la moral imperante. No obstante, no son estas las únicas ideas «inapropiadas» que contiene la obra, ya que en ella abundan composiciones sobre las mujeres como objeto de deseo, así como sobre las múltiples virtudes del ejercicio del chichisbeo.

Así, la mayor parte del libro lo integran una serie de composiciones de diferente extensión que conforman un conjunto de 27 poemas, todos ellos numerados y titulados. Como ya se ha señalado, esta se caracteriza por una deliberada heterometría que parece perseguir el entretenimiento del lector mediante una suerte de ensalada poética en la que Lobo exhibe sus dotes líricas en una notable variedad de formatos.

Abre la obra una serie de sonetos circunstanciales (relativos a una anécdota, a un evento climático, dedicados a un amigo y/o mecenas…) que van precedidos de jocosos títulos que orientan la lectura. Con este recurso el poeta sigue una moda barroca que poco a poco fue introduciéndose en las composiciones rococós (vemos este fenómeno, entre otros, en Meléndez Valdés).

Más adelante el autor incluye largas tiradas de octavas consagradas a episodios bélicos, algunas de ellas dedicadas a nobles. Todas ellas conforman 3 dilatados poemas épicos; el más célebre es el titulado «Rasgo épico de la conquista de Orán». Después encontramos una paráfrasis de la carta ovidiana «De Enone a Paris», en la que especifica que «corresponde a cada dístico una lira», y otra de la «De Dido a Eneas», compuesta en coplas que conforman un extenso romance en arte mayor. A estos poemas más cultos les siguen una serie de cartas en verso a nobles, damas, amigos y conocidos (entre los que se incluyen un tesorero y un cura) a modo de agradecimiento por regalos o motivos circunstanciales, en ocasiones vinculados a enfrentamientos personales. En todas ellas predomina el verso de arte menor, en concreto, en forma de romance.

En la página 156 (Lobo, 1738; Álvarez Amo, 2013: 212), aparece de nuevo un soneto cuyo carácter autoburlesco aproxima sus endecasílabos al tono imperante en la serie de décimas que lo siguen, en las que Lobo, con la excusa de dedicar sus textos a altas personalidades, aprovecha para trazar jocosas sátiras contemporáneas, la mayor parte de las veces en el marco de una anécdota vivida. El tono dialéctico que caracteriza a todas estas composiciones, muchas de ellas concebidas como respuesta o réplica a otras de ajena autoría (o puede que sea esta fingida y nos encontremos ante una simple convención literaria), queda evidenciado con la inclusión de la glosa «A unas redondillas que le dio una dama para glosar» (Lobo, 1738: 184; Álvarez Amo, 2013: 235).

A continuación de las décimas aparecen dos «relaciones» escritas a modo de romance de carácter cómico. Estas van seguidas de un provocador «Soliloquio que hace un amante expresando sus ansias» (Lobo, 1738: 194; Álvarez Amo, 2013: 242). Justo después el autor vuelve a proponer una ruptura del tono planteando una ristra de romances dedicados a militares y compañeros durante su estancia en Córdoba. A estos les siguen nuevos romances circunstanciales vinculados a sucesos con mujeres. Después encontramos una serie de octavas que, gongorinamente, son puestas al servicio de temas vulgares, así como un diálogo métrico de inspiración clásica en el que se hace burla de la relación entre Paris y Helena.

Tras una serie de composiciones circunstanciales escritas en décimas, Lobo aprovecha para desplegar otra ristra de composiciones de carácter político-amoroso en clave contenida. Encontramos en esta parte de la obra una loa concebida a la manera de un diálogo alegórico de contenido religioso que recuerda a un breve auto sacramental. El poeta afirma haberla escrito entre los doce y los trece años «a fin de sacar limosna para un trono de plata a Nuestra Señora de los Desamparados» (Lobo, 1738: 355; Álvarez Amo, 2013: 370). La parte final del impreso está consagrada a liras y endechas, que se alternan con romances y décimas de muy

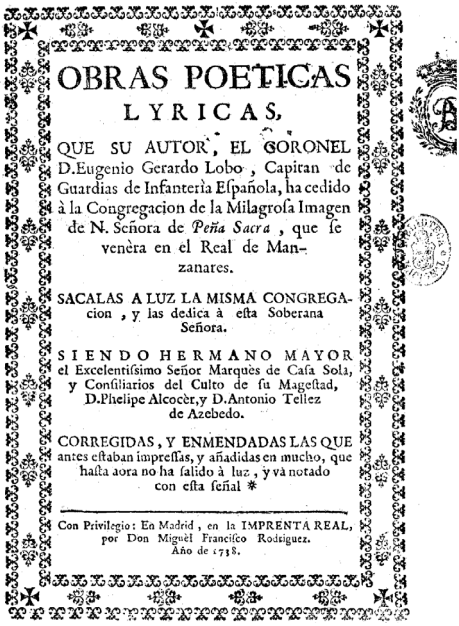
diverso jaez. Antes de cerrar su heterogénea obra completa, Lobo dedica unas cuantas décimas y romances a hablar con detenimiento sobre la práctica del chichisbeo, tan de moda en los salones de la época. En relación con esta, el poeta recrea un enfrentamiento (a buen seguro presente en su época) mediante sucesivas tesis y antítesis (respuestas, réplicas, impugnaciones…) dispuestas en forma de diálogo. No puede ser casual la ubicación de estos poemas (décimas, romances) en la parte final de la obra. Precisamente cierra el libro una composición titulada «Contra el chichisbeo» (Lobo, 1738: 388; Álvarez Amo, 2013: 396) que se clausura con el lema religioso «Soli deo honor et gloria», con el que Lobo parece tratar de contrarrestar el hecho de haber abordado asuntos frívolos en el libro (a pesar de que se hiciera desde una perspectiva crítica).

Tras este somero examen de la *dispositio* textual, podemos afirmar que el desorden compositivo (o quizá será mejor decir la falta de orden) que impera en la obra nos disuade del concierto que creíamos haber apreciado al inicio. A la variedad de asuntos, temas, tonos y metros, cabe añadir el cuestionamiento de la autoría, pues no en pocos casos atribuye Lobo sus composiciones a otros autores sin hacer alusión alguna a nombre o seudónimo. Este aparente desorden, sin embargo, es contrarrestado con la inclusión, muy probablemente deliberada, de composiciones más cultas al inicio y en la parte central y más mundanas al final. Así, a pesar de la alternancia de metros y temas, podemos intentar establecer una lógica en esta edición sufragada por una congregación religiosa[14].

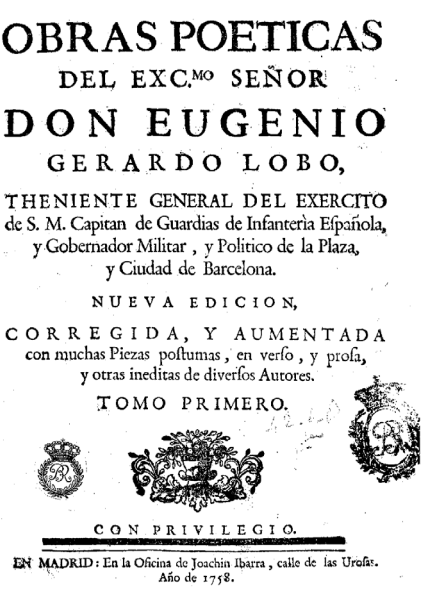
Como ya hemos apuntado más arriba, este libro se reedita en 1758, esto es, ocho años después de la muerte de Lobo, en dos volúmenes[15] con el título de *Obras poéticas del excelentísimo señor don Eugenio Gerardo Lobo […]. Nueva edición corregida y aumentada con muchas piezas póstumas en verso y prosa, y otras inéditas de diversos autores*. Sale de las prensas del madrileño Joaquín Ibarra. En esta ocasión, en la portada se obvia la alusión a Santa María de la Peña Sacra, así como los epítetos dedicados a la congregación que sufragaba la obra. Sin embargo, el contenido del libro es idéntico al que acabamos de analizar, salvo por el añadido final. Esto hace que nos tengamos que preguntar por el nuevo papel que desempeñan las composiciones poéticas dedicadas a esta Virgen y su congregación en el seno de esta edición. Lo haremos más adelante. De momento, echémosles un vistazo a sendas portadas: la de la edición de 1738, sobre la que el autor ejerció su control, y la menos fiable de 1758, cuyo carácter póstumo invita al recelo.

14. Acerca de la ordenación del libro, véase Álvarez Amo (2013: 629 y ss.).

15. De la edición en dos volúmenes de un texto que en su edición original estaba constituido por uno solo también podemos colegir la existencia de una elaborada estrategia editorial. El impresor busca sacar el mayor rédito posible de un autor ya fallecido cuya obra sigue siendo exitosa.



OBRAS POETICAS
LYRICAS,
QUE SU AUTOR, EL CORONEL D.Eugenio Gerardo Lobo, Capitan de Guardias de Infantería Española, ha cedido à la Congregacion de la Milagrosa Imagen de N. Señora de *Peña Sacra*, que se venèra en el Real de Manzanares.
SACALAS A LUZ LA MISMA CONGREGACION, y las dedica à esta Soberana Señora.
SIENDO HERMANO MAYOR el Excelentísimo Señor Marquès de Casa Sola, y Consiliarios del Culto de su Magestad, D.Phelipe Alcocèr, y D.Antonio Tellez de Azebedo.
CORREGIDAS, Y ENMENDADAS LAS QUE antes estaban impressas, y añadidas en mucho, que hasta aora no ha salido à luz, y và notado con esta señal *
Con Privilegio: En Madrid, en la IMPRENTA REAL, por Don Miguèl Francisco Rodriguez. Año de 1738.



OBRAS POETICAS
DEL EXC.MO SEÑOR
DON EUGENIO
GERARDO LOBO,
THENIENTE GENERAL DEL EXERCITO de S. M. Capitan de Guardias de Infantería Española, y Gobernador Militar, y Politico de la Plaza, y Ciudad de Barcelona.
NUEVA EDICION,
CORREGIDA, Y AUMENTADA con muchas Piezas postumas, en verso, y prosa, y otras ineditas de diversos Autores.
TOMO PRIMERO.
CON PRIVILEGIO.
EN MADRID: En la Oficina de Joachin Ibarra, calle de las Urosas. Año de 1758.

Edición de 1738 Edición de 1758

Como vemos, ambas son bastante elocuentes. Además de eliminarse el confuso adjetivo «líricas», el nombre del autor aparece en mayor tamaño en la edición póstuma, de lo que cabe inferir que a estas alturas la de Lobo es ya una figura consolidada del parnaso español, cuyas obras merece la pena reeditar (por interés literario, pero, desde luego, también desde un punto de vista económico).

Gracias al estudio de Álvarez Amo (2013), hemos podido esclarecer aquello que no iluminaron ni Palau ni Rubio (1947). Al final del segundo volumen (Lobo, 1758: 184 y ss.; Álvarez Amo, 2013: 525 y ss.), se incluyen poemas nuevos, esto es, que no aparecen en la edición de 1738. La mayor parte de estos son sonetos, algunos de ellos dedicados a nobles y otros en los que se abordan asuntos de carácter circunstancial; también se incluyen 5 composiciones en endecasílabos, la mayoría de ellas consagradas a asuntos de carácter solemne; varias canciones que alternan una temática más elevada (épica) con otra más pedestre; un puñado de romances líricos, y una serie de composiciones en arte menor en las que el poeta trata temas circunstanciales estableciendo sutiles diálogos de réplica y contrarréplica. Sigue a estas composiciones una carta datada el 20 de mayo de 1743 en Bolonia (Lobo, 1758: 229-331; Álvarez Amo, 2013: 609-610) que es una «Copia de una carta escrita por el autor al reverendísimo padre M. Francisco N.». En ella el poeta ofrece un retrato peyorativo de sí mismo:

> Yo tengo la recompensa en los estados de la posibilidad, de suerte que vengo a ser la paradoja de este ejército: brigadier sin sueldo, capitán sin compañía, pensionista sin situación y Lobo sin pellejo. (Lobo, 1758: 330; Álvarez Amo, 2013: 609)

Y también de la muestra que le manda de sus versos, que, según cabe suponer, son los que siguen. Estos acaban de completar esta edición de 1758:

> El que está en el último escalón fortifique mi cerebro, restaure mis fuerzas y se las comunique a vuestra reverendísima para tolerar esta sarta de desatinos con muchos años de vida. (Lobo, 1758: 231; Álvarez Amo, 2013: 610)

Entre estas composiciones se incluyen sonetos (con alguna paráfrasis del italiano), romances y décimas. Es probable que se añadieran estos textos inéditos del poeta recién difunto con objeto de mostrar, además de la totalidad de su ingente obra poética, una imagen de humildad y discreción que contribuyera a engrandecer la percepción de Lobo de cara a la consolidación de su perfil autorial en un Parnaso de las letras españolas acechado por los nuevos vientos de cambio propagados por los poetas jóvenes, normalmente de corte más ilustrado.

Tal y como se especifica en la documentación hallada, adjunta a este estudio, la obra examinada para su reimpresión en 1796 se titula «*Obras poéticas del excelentísimo señor Eugenio Gerardo Lobo, etc*., dos tomos en cuarto impresos en Madrid, año 1769» (AHN, Consejos, 5561, exp. 19, p. [4]). La fecha de 1796 no coincide con la de ninguna de las ediciones manejadas. Asimismo, esta no aparece recogida en ninguno de los estudios examinados sobre la poesía de Lobo. En efecto, parece ser que finalmente esta edición no llegó a ver la luz. Curiosamente, hallamos en una referencia de la investigación de Álvarez Amo (2013: 466) la posible razón que justificaría la pretensión de edición de esta obra en la citada fecha: la imagen de la Virgen de la Peña Sacra, que se guardaba en la ermita homónima del municipio de Manzanares el Real, se destruyó de forma accidental precisamente en el año 1769. Así pues, este pudo ser el pretexto para que se reimprimieran las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo. Para ello se recurrió a la edición que se consideraba más completa, aquella en la que, del mismo modo, se conservaban íntegros los paratextos dedicados a la Virgen y su congregación.

Pero antes de pasar a un análisis más pormenorizado de la documentación hallada, conviene que señalemos tres aspectos fundamentales a la hora de abordar estas ediciones y reimpresiones póstumas de Lobo (tanto la localizada de 1758 como la mencionada en la documentación de 1796). Ambas toman como referencia una obra del autor que, siguiendo a Rozas (1990), podríamos calificar como *de senectute*. Cuando Lobo publica sus *Obras poéticas líricas* en 1738 tenía setenta y un años y le faltaban tan solo dos para morir. A pesar del enorme éxito literario del que gozó el poeta desde sus primeras incursiones en el mundo literario y editorial de su tiempo, es en la etapa final de su vida cuando comienza a preocuparse por recopilar su obra dispersa, tanto impresa como manuscrita, en un ejercicio poético-editorial que tiene que ver con los operativos conceptos de *trayectoria* y

*autorrepresentación* (Greenblatt, 1980), esto es, con la definición plena de un recorrido literario y una imagen autorial. A estas alturas de su carrera, Lobo se sabe soldado, poeta y hombre de mundo, y es eso lo que se refleja en la ambiciosa obra que edita en 1738, una suerte de minotauro de Pasífae que busca ofrecer una visión total de su obra poética y que sea claro exponente de su manera de entender la lírica y su personalísimo sello autorial. En esta obra compilatoria *de senectute*, Lobo se propone lucir todo su talento poético, de ahí su carácter heterogéneo. Como ya hemos visto, en el libro encontramos composiciones de arte mayor y menor, distintos tipos de estrofa, diferentes tonos y asuntos, incluso paráfrasis o traducciones de textos poéticos en otros idiomas. La presencia de poemas de diversos autores persigue refrendar y afianzar su puesto en la república literaria de la que se siente parte. En lo que respecta a las composiciones atribuidas a otros poetas sin especificar su nombre, es más que probable que estas hayan salido de la pluma del propio Lobo. Este juego le permite lograr una polifonía que la mayor parte de las veces ayuda al autor a establecer polémicas consigo mismo siguiendo un evidente esquema de réplica-contrarréplica[16]. Este le permite duplicar enfoques y, en el caso de tener que rendir cuentas, posicionarse a favor de la opción adecuada. Este es el caso del tratamiento del chichisbeo, que resulta crucial en el análisis de la mencionada censura. Lobo se posiciona en contra de esta práctica después de enumerar todas sus características, entresijos y ventajas. En cualquier caso, este rasgo es sintomático de una clara profesionalidad autorial.

El segundo de los aspectos que debemos señalar es el fenómeno de las reediciones. Estas son un síntoma claro del éxito de un autor. En el caso de Lobo, su obra fue sucesivamente compilada y reeditada a pesar de los esfuerzos que esto debió de suponer para el autor, que, como hemos visto más arriba, se quejaba de no ser lo suficientemente ordenado con su obra manuscrita. Como es lógico, estas reediciones abundan en vida de Lobo, y en la portada de ellas se anuncia pertinentemente en cada caso en una tipografía de mayor tamaño lo novedoso del contenido añadido con respecto a la edición anterior. Y es que en este doble movimiento parece residir la clave del éxito literario: en dar a los lectores algo ya conocido (que puedan reconocer fácilmente y no consideren ajeno), a la vez que se les ofrece algo novedoso (que los estimule, pero que puedan leerlo bajo el paraguas de lo ya conocido).

Finalmente, debemos centrarnos en ese singular marchamo que tiene la obra poética *post mórtem*. Así, encontramos que las reediciones hechas en vida (la mayor parte de ellas bajo la observancia más o menos estrecha del autor) son sustituidas por reimpresiones más o menos deturpadas sobre las que, evidentemente, el autor ya no puede ejercer ningún control. Este es el caso de las de 1758 y 1769,

16. No obstante, no debemos descartar en absoluto la tesis de una polifonía fruto, en efecto, de distintas voces que conforman un campo literario en el que abunda la confrontación dialéctica.

así como de la fallida de 1796[17]. En este sentido, conviene traer a colación el caso de Lope de Vega, cuyos procesos de edición, complejísimos, transcurren en el siglo anterior. Acerca de él hemos estudiado con anterioridad (Padilla Aguilera, 2017) el desarrollo de una trayectoria similar a la de Lobo (aunque cabe suponer que a diferente escala): canonización en vida, reediciones y reimpresiones reiteradas, compilaciones con un propósito totalizador, alternancia entre la firma y el seudónimo o la identidad oculta o confusa, la mezcla entre estilo y temas elevados y vulgares, y el desarrollo de estrategias específicas en la etapa *de senectute* encaminadas a una previsible fama póstuma. En relación con esta última idea, está el fenómeno de la reimpresión de una obra que en su día fue exitosa. El hecho de que, como es el caso que aquí nos concierne, haya un editor interesado en reimprimir un libro (probablemente porque la tirada de la edición «conmemorativa» de 1769 ya estaba agotada y seguía habiendo demanda por parte del público lector) es lo suficientemente significativo como para no desdeñar la relevancia de este en el examen de la censura hallada.

Tras esta revisión de las ediciones en las que se basa la solicitud de reimpresión de 1796 a la que alude la documentación administrativa que aquí abordamos, así como de las singularidades de las estrategias de Lobo en el contexto socioliterario en el que desempeñó su papel durante los últimos años de su vida y los siguientes a su muerte (hasta finales del siglo XVIII), nos encontramos en disposición de acometer por fin el estudio del documento hallado en el Archivo Histórico Nacional: una censura negativa, fechada en 1796, para la redición de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo de 1769.

## 5. La licencia de impresión de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo solicitada por el librero Diego Moreno en 1796: texto y contexto. Una reconstrucción

Como se apuntaba en la introducción a este trabajo, tuve noticia de la existencia de una censura negativa de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo a través de una referencia a la misma que se conservaba en el Archivo Diocesano de Madrid (caja 9.183, 1796: 1796/2). Esta se incluye, íntegra, en el anexo que acompaña a este trabajo. Para entender mejor este documento, indagué en el Archivo Histórico Nacional, donde hallé un breve dosier titulado «Licencia de impresión de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo solicitada por el librero Diego Moreno» (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19). A continuación de la copia de la censura exenta del libro, integran el mencionado anexo una copia del documento original seguida de la transcripción modernizada del texto que lo conforma. Este

17. Nos llama particularmente la atención esta fecha tan tardía en relación con el interés editorial que pudiera haber en esta obra, cuya estética es tan marcadamente barroca. Nos detendremos en esto en el último epígrafe de este trabajo.

documento lo conforman 12 páginas sin numerar (numeradas entre corchetes en la transcripción adjunta), una de las cuales está en blanco (la número 11). Debido a la homogeneidad del contenido del conjunto, he numerado con el 1 la página que funciona como portadilla del documento. En esta, junto a las consabidas referencias administrativas, se constata directamente el propósito de la causa: el librero madrileño don Domingo Moreno (encontraremos oscilaciones en el nombre de pila a lo largo del documento) solicita «que se le conceda licencia para reimprimir» las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, p. [1]).

A continuación, se inicia el desarrollo del dosier. En primer lugar, el librero mencionado, a quien esta vez se lo denomina, de forma correcta, Diego Moreno, a partir de ahora representado por Vicente Francisco Gutiérrez, solicita la pertinente licencia para la citada reimpresión «a fin de poderlo ejecutar [el cometido de la reimpresión] sin incurrir en pena alguna» (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, p. [2]).

Con un nuevo cambio de letra y *mise en page*, la página [3] del documento corre a cargo del vicario José Pérez García, quien pide la licencia de forma oficial mencionando el año concreto de la obra de Gerardo Lobo que se desea reimprimir: sus *Obras poéticas* de 1769.

A partir de la siguiente página (la número [4]), se inicia la censura de la obra, fechada en Madrid, el 14 de abril de 1796, con la indicación de que el texto ha de remitirse al antes mencionado vicario, que es quien encarga oficialmente la redacción de un informe de censura. En esta página también se recoge la nómina de los miembros del Consejo.

Así pues, como respuesta a su solicitud, este recibe de vuelta el ejemplar de la obra en cuestión que debió de adjuntar para su examen junto con el informe emitido y posteriormente rubricado por el Consejo arriba designado, en el que, de forma muy pormenorizada, se comunica la resolución a la que este ha llegado junto a las razones que la sustentan. El destinatario final del oficio es don Bartolomé Muñoz (en la documentación, su nombre figura al final de la última página). En el expediente se copia de forma literal «el decreto del doctor don José Pérez García, inquisidor ordinario y vicario de esta villa de Madrid y su partido» (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, p. [4]), dirigido a él por el censor, Matías Cesáreo Caño. Este, después de leer «con todo cuidado» el texto de Lobo de 1769 (es decir, la obra que quiere reimprimirse es un libro ya publicado *post mórtem*, sin el visto bueno de su autor), emite su veredicto. Toda la documentación es enviada finalmente al secretario del Consejo, que es quien había oficiado la censura.

Lo primero que este constata es su sorpresa ante la presencia de una dedicatoria «a María Santísima con la advocación de la Peña Sacra» en una obra que Lobo escribió «para entretenimiento o diversión o para satisfacer el gusto, insinuación y precepto de quien deba complacer sin que le pasase por la imaginación que llegase el caso de imprimirse» (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, pp. [4-5]). A continuación, para refrendar su indirecta acusación, copia las palabras textuales con las que Lobo expresa dicha dedicatoria. Como ya podemos saber por lo que

hemos visto en los epígrafes anteriores, es evidente que al lector le falta la contextualización necesaria para entender el vínculo que existía entre la dedicatoria y el cuerpo del texto en la edición original de las *Obras poéticas líricas* de 1738, la cual fue costeada (como hemos visto, en beneficio propio) por la congregación a la que se dedica aún en vida del autor. En el caso de las editadas *post mórtem*, este vínculo, que, como hemos visto en el epígrafe anterior, desaparece por completo de la portada, puede recuperarse en la reimpresión de 1769, ya que esta podría encontrar su sentido último en el accidente que acabó con la imagen mariana ese mismo año. Es probable que, en ausencia de esta información contextual, el censor dé por hecho que Lobo, quien a estas alturas tal vez hubiera perdido parte de su fama (quizá como consecuencia del paulatino destierro del gusto por lo barroco en nuestras letras), fue en su día un autor *amateur* circunscrito al ámbito académico. Así pues, el censor Cesáreo Caño, pese a que confiesa haber iniciado la lectura de forma no prejuiciosa y con cierto gusto, expone estar sorprendido ante la nula correspondencia entre la dedicataria (en última instancia, la Virgen María) y el contenido de la obra que se desea reimprimir.

Asimismo, agrega a este inconveniente otro vinculado a la confusión en lo que respecta a la atribución de los poemas, ya que «en la portada de la misma obra se dice "Nueva edición corregida y aumentada con muchas piezas póstumas en verso, otras inéditas de otros autores" pues, hallándose en ella no poco que notar, y silenciándose los nombres de aquellos, no se puede formar juicio puntual de las piezas genuinas de Eugenio Gerardo Lobo entre las suplantadas de otros ingenios» (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, pp. [5-6]). Como hemos visto más arriba, no podemos negar el carácter contradictorio de esta propuesta de Lobo de mezclar su obra reconocida como propia con la de otros autores, en algunos casos sin distinguir una de otra.

Así pues, sobre estos dos puntos van a pivotar los principales argumentos para la censura negativa que pesará sobre la reimpresión de la obra. De esta forma lo expresa recapitulativamente el censor antes de proceder a copiar algunas pruebas textuales:

> Que esta obra está adulterada, que abunda de piezas amatorias indignas de hallarse en obra dedicada a María Santísima, vaso de cualquier advocación: de romances con expresiones y equívocos indecentes […] (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, p. [6])

A continuación, este procede a exponer algunos ejemplos con los que persigue reforzar sus tesis. Para ello escoge un fragmento del que comienza «A vos, *monsieur* Chichisbeo» (Lobo, 1758: tomo I, pp. 256-260)[18] y otro del dedicado «A

18. Cito mediante la edición de 1758, que es a la que tengo acceso. No obstante, la de 1769, que fue la examinada por el censor, coincide con esta en la paginación referenciada, de lo cual podemos colegir que la edición de 1769 es una reimpresión de la de 1758. Recordemos que ambas son póstumas y, en cualquier caso, toman como referente la de 1738.

la viuda muda y recia, llorando la muerte de su marido» (Lobo, 1758: tomo II, pp. 277-286). Precisamente, el primero de ellos, del que el censor evita citar el título, fue preventivamente titulado por Lobo «Contra el chichisbeo».

Mediante estos dos ejemplos, Caño pretende respaldar su censura negativa, a pesar de la cual reconoce el puntual talento poético del autor: «Hay algunas piezas buenas que debe creerse sean de don Gerardo Lobo» (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, p. [7]). Sin embargo, su valoración global, apoyada en numerosos ejemplos no explicitados, es rotundamente negativa:

> Pudiera, señor, escribir muchas pruebas que tengo apuntadas en tres pliegos, pero por no molestar la atención de Vuestra Señoría y ser suficientes las que llevo expuestas para conocer que esta obra, según se presenta, no es digna de publicarse. (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, p. [7])

La naturaleza de los dos ejemplos argüidos por el censor nos pone en la pista del tipo de contenido que podía ser reprobable en relación con una obra *a priori* dedicada a una advocación de la Virgen. El primer poema mencionado es una disertación sobre la práctica del chichisbeo, tan extendida en la época; el segundo está concebido como un parlamento jocoso con una viuda, aún joven, a la que el autor anima a disfrutar de la vida. En el fragmento que copia Caño en el expediente incluso se menciona la posible herencia recibida y el papel del clérigo en este periodo de luto en el que el autor invita a la viuda a disfrutar:

> Si en lugar suyo te queda
> un premio como unas doblas,
> un confesor como un padre
> y una señora doncellona,
> *dime, ¿por qué lloras?* (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, p. [7])

Tal y como cabe colegir de las palabras del censor, que son las que han de trasladarse al Consejo arriba citado para que este tome una resolución definitiva al respecto, las razones de su rechazo a que esta obra se reimprima son tanto de índole editorial (se afirma que está «adulterada», es decir, que tiene un carácter apócrifo) como religioso o moral. En definitiva, su censura se apoya en la ausencia de decoro en el sentido más lato posible. El contenido de la obra no es decoroso ni en relación con su dedicatoria religiosa ni con respecto a los valores morales que deben imperar en el sujeto virtuoso. En conclusión, la de Lobo es una obra mundana dedicada a la Virgen. Y aún hay una tercera noción del decoro en juego: la literaria. En este sentido, no puede pasarnos inadvertido que los dos ejemplos escogidos sean un romance y unas coplas respectivamente y que, por el contrario, la única mención positiva que se hace de la obra de Lobo va destinada a sus sonetos. A lo largo del siglo XVIII, sobre todo a partir de la segunda mitad, existe cada vez un mayor rechazo hacia el arte menor, asociado a obras de temática vulgar, y un predominio del uso del endecasílabo, así como de otros cómputos que acercan el verso a la prosa. A esta triple dimensión del decoro cabe añadir el hecho de la autoría difusa.

Ciertamente, este es un recurso de Lobo que no es frecuente en autores reconocidos que rubrican con su apellido y cargos todas sus obras. Quizá quepa explicar su actitud como lúdica, heredera del juego académico en el que se desenvolvía, si no del todo, en gran medida ajeno a los círculos literarios profesionales. Lobo era, ante todo, un soldado, un funcionario al servicio de la corona *(negocio)*, que en sus ratos libres *(ocio)* escribía poemas. Ratifica este perfil su exhibido desdén con respecto a su obra poética, expresado sistemáticamente en los paratextos de esta: a menudo Lobo ha extraviado los poemas manuscritos o simplemente no los conserva porque en su día no hizo copia de ellos. Debido al carácter circunstancial de gran parte de sus composiciones, estas eran concebidas como regalo y ofrenda. Así pues, este es el balance final que hace el censor:

> Lo primero, [no es digna de publicarse] por contar de muchísimas piezas amatorias, burlescas, chocarreras y con expresiones contrarias a la veneración y culto debido a María Santísima, nuestra señora, se opone a la religión católica; lo segundo, con lo contenido en la mayor parte de las referidas piezas se abren los ojos a los incautos, enseñando la práctica de los vicios que es opuesta diametralmente a las buenas costumbres; y, por tanto, doy de parecer que, no reformándose esta esta obra [subrayado] y reduciéndola a las piezas que conste ser genuinas del célebre ingenio de don Eugenio Gerardo Lobo y, aun entonces, omitiéndose la dedicatoria de ella a María Santísima, no merece, antes bien debe negarse la licencia que para su impresión se solicita. (AHN, CONSEJOS, 5561, exp. 19, pp. [7-8])

Como vemos, su dictamen es rotundo y los ejemplos que arguye son sólidos. No tenemos noticia de la existencia de más material de archivo en relación con este expediente, pero cabe suponer que el Consejo hizo caso al informe del censor. De la misma forma, tampoco tenemos señal de ninguna reimpresión de Lobo en la última década del siglo. Creo que podemos tomar ambas ausencias como pruebas fehacientes de que esta censura negativa impidió que esta obra viera la luz más de cuarenta años después del fallecimiento de su autor. A estas alturas del XVIII, probablemente Eugenio Gerardo Lobo, quien había gozado de una enorme aceptación en vida y tras su fallecimiento, hasta superada la mitad del siglo, ya había sido expulsado del canon. Cabría suponer que este hecho también pesaría en la decisión del censor.

Después del examen de la documentación conservada, surgen nuevos interrogantes. Las respuestas a estos podrían llegar a esclarecer, además de este caso en particular, algunos aspectos de interés sobre las prácticas censoras en la segunda mitad del siglo XVIII español. Queda pendiente la identificación del solicitante de la impresión, Diego (o Domingo) Moreno, librero afincado en Madrid. Dada la denominación que se le da en los documentos, no parece que ejerciera como impresor. El hecho de que desempeñe únicamente un papel como vendedor de libros no deja dudas acerca de su solicitud. Su propuesta no es de reedición (en la que podría alterar de algún modo el contenido de la obra), sino de reimpresión. Podemos deducir entonces que Moreno no pretende ofrecer un producto nuevo

(enriquecido, modificado) a sus lectores, sino recuperar un libro probablemente ya agotado sobre el que seguía existiendo cierta demanda.

Esta circunstancia nos lleva a plantearnos las razones por las que esta obra seguía interesando al público casi 60 años después de su salida a la luz y transcurridas varias décadas desde la muerte de su autor. La respuesta a esta cuestión implicaría la célebre vigencia, a las puertas ya del siglo XIX, de la vieja estética barroca frente a la ya triunfante neoclásica. Es más que probable que el gran público continuara resistiéndose a la novedad de los inminentes cambios, políticamente atribuidos a los franceses. Esta actitud más conservadora acabará desembocando en ese tenue y tardío romanticismo que caracteriza a nuestra literatura del XIX. No obstante, la reconstrucción de la red de sociabilidad en la que se inserta este librero nos ayudaría a conocer mejor las razones que lo mueven a solicitar el permiso necesario para la reimpresión de esta obra: quizá estuviera próximo a algún noble o autor, incluso descendiente de Lobo, que lo instara a solicitar dicho permiso para la reimpresión de un libro ya agotado que, sin embargo, podría seguir siendo interesante para el lector finisecular.

## 6. Conclusiones

Esta investigación aproximativa surge a raíz del hallazgo de un proceso de censura libresca fechado en 1796 del que tengo noticia tanto a través del Archivo Histórico Diocesano de Madrid como, posteriormente, del Archivo Histórico Nacional. En este puedo acceder al dosier manuscrito original de una censura negativa de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo reeditadas en 1769. Tras leerlo con detenimiento, lo transcribo y modernizo[19]. Una vez presentado el documento y antes de pasar a su examen, he considerado oportuno llevar a cabo una breve reconstrucción del perfil autorial de Lobo que pueda arrojarnos luz a la hora del examen del documento histórico. A continuación, he trazado algunos apuntes sobre el desarrollo de los procesos de censura libresca en la segunda mitad del siglo XVIII para no perder de vista el contexto en el que cabe estudiar esta causa y los lugares comunes que pueden hallarse en ella. Tras esta información he indagado en el contenido del libro que se desea reimprimir, las *Obras poéticas* de Lobo de 1769. La edición original fue publicada, en vida del autor, en el año 1738 con el título, más completo, de *Obras líricas poéticas*, y sufragada por la congregación de la Virgen de la Peña Sacra, a la que este libro se dedica. Es probable que este hecho se debiera a algún contacto relevante del poeta con un miembro de la congregación. A esta le sigue la edición de 1758, ya póstuma, con el título de *Obras poéticas* y en dos volúmenes. Esta es la que se reimprimirá, suponemos

19. Como ya ha sido señalado más arriba, como anexo a este trabajo se adjunta tanto el dosier escaneado original como el texto de este modernizado.

que sin cambios, en 1769 (creemos que con motivo del reciente incendio de la imagen de la Virgen de la Peña Sacra), que es la edición que se desea reimprimir de nuevo y a la que accede el censor en 1796. Esta sucesión de ediciones refrenda lo complejo del examen de los procesos de edición y reimpresión de un libro cuya trayectoria es casi de un siglo. En el apartado final del trabajo, se analiza el documento en sí, atendiendo particularmente a los juicios del censor, así como a los ejemplos mediante los que justifica el carácter negativo de su censura. De ambos puede extraerse una información altamente significativa.

En lo que respecta a la pesquisa archivística, hemos visto que en este caso se conserva la documentación de la tramitación de la licencia de impresión ante el Consejo de Castilla (AHN, Consejos, leg. 5561, exp. 19), y también la de la entidad a que el Consejo encarga la censura, la Vicaría Eclesiástica (AHDM, caja 9183/1796). Esta última nos aporta una información fundamental que habitualmente las instituciones censoras ocultan al Consejo: el nombre del censor. La presencia de los dos expedientes nos permite reconstruir el proceso de tramitación. Según el expediente conservado en el AHN, en 1796 el apoderado Vicente Francisco Gutiérrez solicita licencia en nombre del librero Diego Moreno para reimprimir las *Obras poéticas* de EGL impresas en 1769; el 14 de abril el Consejo de Castilla decide que la obra pase a censura de la Vicaría Eclesiástica de Madrid, lo que se anota que hace ese mismo día el secretario, Bartolomé Muñoz. Ya en el AHDM, se conserva la remisión firmada por el secretario, en la que la Vicaría anota que se solicita censura a Matías Cesáreo Caño el 17 de abril de 1796. En su censura autógrafa firmada el 22 de junio, este plantea sus reparos ante la obra objeto de examen. El 29 de julio el vicario remite al secretario del Consejo su dictamen, que se conserva en el AHN: como es habitual, omite el nombre del censor y dice que el informe ha sido redactado «por persona de mi confianza», transcribiendo en este caso a continuación literalmente el informe del censor. A la vista de tal dictamen, el 19 de agosto de 1796 el Consejo («en sala presentes…») resuelve rechazar la propuesta de reimpresión. En definitiva, tanto la documentación del AHN como la del AHDM se corresponden con dos fases de un mismo proceso de tramitación que supone el rechazo de la licencia de reimpresión de las *Obras poéticas* de Lobo.

La pesquisa filológica aquí trazada plantea un doble juego: la censura negativa se apoya en una argumentación que va acompañada de unas pruebas (fragmentos de texto que refuerzan la argumentación). A su vez, este documento sirve como prueba de un proceso literario complejo en el que es obligatorio atender al perfil de autor, al papel del impresor o librero, al gusto de los lectores, a las estrategias de mecenazgo y a la operatividad del decoro entendido en su sentido más lato: el que alude a la adecuación entre fondo y forma, pero también el que atañe al tono, a los asuntos tratados, a los géneros en relación con los dedicatarios. Este documento corrobora el éxito editorial de Lobo, que, pese a las oscilaciones del público lector, trasciende su propia muerte. No podemos obviar que su existencia apunta a una reimpresión *post mórtem* fallida que tuvo lugar a las puertas

del nuevo siglo, esto es, conectando con el romanticismo venidero, con el que el espíritu barroco que anima la obra de Lobo guarda alguna relación.

En definitiva, nos encontramos ante un documento de cierta relevancia para entender mejor los procesos editoriales en la segunda mitad del siglo XVIII. Podemos concluir que: 1) el ejemplo de Lobo es extrapolable a otros autores de similar perfil poliédrico (que oscilan entre el amateurismo y la profesionalidad); 2) las ramificaciones del proceso de aprobación, especialmente en lo que respecta a la doble censura, gubernamental y religiosa, arrojan una información que puede aplicarse a otros casos similares que evidencian un *modus operandi* bien establecido, y 3) en las sucesivas reediciones y reimpresiones de una obra poética en relación con su fuente de financiación y el lugar en el que se imprime y/o vende pueden rastrearse procesos comunes. Por tanto, la documentación hallada ha de servirnos para arrojar un poco más de luz sobre este periodo tan sujeto a prejuicios y nunca lo suficientemente estudiado de nuestras letras.

## 7. Bibliografía

Aguilar Piñal, Francisco (1981-2001), *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid: CSIC (vol. 5, 1989).

Álvarez Amo, Francisco Javier (2013), *Las* Obras poéticas líricas *(1738) de Eugenio Gerardo Lobo: edición y estudio*, tesis doctoral, Universidad de Córdoba.

Andioc, René (1987), *Teatro y sociedad en el siglo XVIII*, Madrid: Castalia.

Bègue, Alain (2011), «Juan de Castelví y Coloma, miembro desconocido del Parnaso español (fines del siglo XVII)», en Antonio Azaustre Galiana y Santiago Fernández Mosquera (coords.), *Compostella Aurea. Actas del VIII congreso de la AISO*, vol. I, Santiago de Compostela: Universidad, pp. 141-152.

Blanco López, Mercedes y Montero Delgado, Juan (coords.) (2019), *Controversias y poesía (De Garcilaso a Góngora)*, Sevilla: Universidad.

Bourdieu, Pierre (1997, reed. 2005), *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Madrid: Anagrama.

Comellas, Mercedes (coord.) (2021), *Controversias ilustradas. Las polémicas literarias en la república de las letras durante el siglo XVIII*, *Anejos de Dieciocho*, 8.

Darnton, Robert (2014), *Censores trabajando. De cómo los estados dieron forma a la literatura*, México: Fondo de Cultura Económica.

Durán, Fernando (coord.) (2016), *Instituciones censoras. Nuevos acercamientos a la censura de libros en la España de la Ilustración*, Madrid: CSIC.

Escribano Escribano, José María (1996), *Biografía y obra de Eugenio Gerardo Lobo*, Toledo: Diputación Provincial.

Escribano Escribano, José María (2023), «Eugenio Gerardo Lobo Rodríguez», en *Biografías de la Real Academia de la Historia*, RAH. https://dbe.rah.es/biografias/12228/eugenio-gerardo-lobo-rodriguez [última consulta: 19/03/2024].

Fernández de Moratín, Leandro (1789), *La derrota de los pedantes. Sátira contra los vicios de la poesía* española, en Madrid: por Benito Cano, John Dowling (ed.), Barcelona: Labor, 1973.

Foucault, Michel (1969), «Qu'est-ce qu'un auteur?», *Bulletin de la Société française de philosophie*, 63e année, n. .º 3, juillet-septembre; pp. 73-104.
Góngora, Luis de (1993), *Antología poética*, Antonio Carreira (ed.), Madrid: Castalia.
Greenblatt, Stephen (1980, reed. 2005), *Reinassance self-fashioning: from more to Shakespeare*, Chicago: University.
Jiménez Belmonte, Javier (2012), «*Amateurs* preclaros de la España postbarroca: nostalgias de un modelo socioliterario», *Calíope*, 18(1), pp. 78-101.
Lefevere, André (1997), *Traducción, reescritura y manipulación del canon literario*, Salamanca: Colegio de España.
Lobo, Eugenio Gerardo (1717), *Selva de las Musas*, Cádiz: Jerónimo de Peralta.
Lobo, Eugenio Gerardo (1738), *Obras poéticas líricas […]*, Madrid: Imprenta real, Javier Álvarez Amo (ed.), PHEBO, Universidad de Córdoba, 2012: http://www.uco.es/phebo/sites/default/files/lobo_obras_poeticas_liricas.pdf [última consulta: 19/3/2024].
Lobo, Eugenio Gerardo (1758), *Obras poéticas […]. Nueva edición corregida y aumentada […]*, Madrid: Joaquín Ibarra.
Lorenzo Álvarez, Elena de (2021), «La censura gubernamental y las polémicas literarias de la Ilustración», en Mercedes Comellas (coord.), *Controversias ilustradas. Las polémicas literarias en la república de las letras durante el siglo XVIII, Anejos de Dieciocho*, 8, pp. 61-102.
Martín Gaite, Carmen (1972), *Usos amorosos del dieciocho en España*, Madrid: Siglo XXI.
Padilla Aguilera, Tania (2017), «Lope último: los pliegos sevillanos (1621-1696)», *Arte Nuevo. Revista de Estudios Áureos*, 4, Université de Neuchâtel, pp. 357-381.
Padilla Aguilera, Tania (2019), «J. J. Benegasi y Luján en sus impresos: la construcción de un perfil poliédrico», *Cuadernos Dieciochistas*, vol. 20, pp. 527-559.
Padilla Aguilera, Tania (2021), «Una aproximación al contexto socioliterario de José Joaquín Benegasi y Luján», *Iberoromania*, n.º 93, pp. 68-84.
Palau y Dulcet, Antonio (1923-1945), *Manual del librero hispano-americano; bibliografía general española e hispano-americana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos, con el valor comercial de los impresos descritos*, tomo XIV (1962), Barcelona: Librería anticuaria de A. Palau.
Pérez-Magallón, Jesús (2002), *Construyendo la modernidad: la cultura española en el «tiempo de los novatores» (1675-1725)*, Madrid: CSIC.
Reyes Gómez, Fermín de los (2000), *El libro en España y América. Legislación y censura*, Madrid: Arco Libros.
Rivadeneyra, Manuel (1846-1880), *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo LXI, Madrid: Atlas.
Rozas, Juan Manuel (1990), «El ciclo *de senectute*», en *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid: Cátedra, pp. 73-133.
Rubio, Jerónimo (1947), «Algunas aportaciones a la biografía y obras de Eugenio Gerardo Lobo», *Revista de Filología Española*, 31, pp. 19-85.
Strosetzki, Christoph (1997), *La literatura como profesión (En torno a la autoconcepción de la existencia erudita y literaria en el Siglo de Oro español)*, Kassel: Reichenberger.
VV. AA. (1805), *Novísima recopilación de las leyes de España dividida en XII libros en que se reforma la recopilación publicada por el señor don Felipe II en el año de 1567, reimpresa últimamente en el de 1775 […]*, libro VIII: *De las ciencias, artes y oficios*, Impresa en Madrid /Agencia Estatal, Boletín Oficial del Estado (2019): https://www.boe.es/biblioteca_juridica/publicacion.php?id=PUB-LH-1993-63&tipo=L&modo=2 [última consulta: 19/03/2024].

ANEXO

Licencia de impresión de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo solicitada por el librero Diego Moreno. (Archivo Histórico Nacional, CONSEJOS, 5561, Exp. 19[20]).

[1]

[A lápiz: x 19, leg. 5561. Consejos, 5561, EXP. 19]
Corte / Legajo 36 / 1796
Don Domingo [sic] Moreno, librero en esta corte,

sobre

que se le conceda licencia para reimprimir las *Obras poéticas* de don Gerardo de Lobo.

Gobierno[21] [Firma]

[2]

[Cuarenta maravedís. Sello cuarto, cuarenta maravedís, año de mil setecientos noventa y seis]
Legajo 36

MPS

Vicente Trancho[22] Gutiérrez, en nombre de don Diego Moreno, librero en esta corte, ante Vuestra Alteza como más haya lugar, digo: que mi parte desea reimprimir las *Obras poéticas* de don Gerardo de [sic] Lobo y a fin de poderlo ejecutar sin incurrir en pena alguna.
A Vuestra Alteza[23] suplico se sirva a conceder a mi parte la licencia correspondiente para su reimpresión en que recibirá especial merced, etc.
Vicente Trancho Gutiérrez
[Rúbrica]

[3]

[Ocupando, en formato apaisado, solo una de las cuartillas]
Don Domingo [sic] Moreno, librero de esta corte.
Secretario Muñoz

20. La reconstrucción de algunos vocablos particularmente oscuros o que aparecen cortados en el manuscrito conservado, ha sido posible gracias al cotejo de este manuscrito con la censura exenta, conservada en el Archivo Histórico Diocesano de Madrid (sig. 9.183/II. 10), que asimismo se adjunta en este Anexo. Esta no la transcribo en la medida en que su texto se corresponde íntegramente con el inserto en esta licencia.

21. Se refiere a que el expediente va a la Sala de Gobierno del Consejo, su órgano central.

22. O tal vez Irancho.

23. Título que recibía el Consejo como institución colectiva.

pide licencia para reimprimir las obras de don Gerardo de Lobo. Impreso en Madrid, año de 1769.
[En el margen izquierdo, a modo de lista:]
Señores de Gobierno[24]:
Su Excelencia[25]
Roda
Mesía
Fita
*Creoeman*
*Palenzo*
Moreno
Morales
Hinojosa
González
Madrid, 14 de abril de 1796. Remítase a la censura del Vicario eclesiástico de Madrid. Fecho[26] en dicho día.
[Rúbrica]

[4]

1 [tachado]
Muy señor mío: devuelvo a vuestra señoría las adjuntas *Obras poéticas* de don Gerardo Lobo que, de acuerdo de los señores del consejo, se sirvió remitirme para su revisión, mediante a que, practicada esta diligencia por persona de mi confianza, resulta de su censura lo siguiente:
Cumpliendo[27] con el decreto del doctor don José Pérez García, inquisidor ordinario y vicario de esta villa de Madrid y su partido, etc., he leído con todo cuidado la obra intitulada *Obras poéticas del excelentísimo señor Eugenio Gerardo Lobo, etc*., dos tomos en cuarto impresos en Madrid, año 1769 y en su vista debo decir: Lo primero que llamó mi atención [subrayado] en esta obra fue la dedicatoria de ella a María Santísima con la advocación de la Peña Sacra, hecha por una congregación, a cuya instancia según se refiere, se venció la resistencia y mortificación que tenía don Eugenio Gerardo Lobo, en que lo que

[5]

escribió, o para entretenimiento o diversión o para satisfacer el gusto, insinuación y precepto de quien deba complacer sin que le pasase por la imaginación que llegase el caso de imprimirse, hubiese sido publicado e impreso sin

24. El término alude a los consejeros (miembros del consejo) que asistieron a ese pleno. Consigno en cursiva las transcripciones dudosas.
25. Así se denomina a la persona que presidía el consejo.
26. Fórmula habitual en lugar de «fecha».
27. Este es el inicio de la censura conservada en el AHDM.

su consentimiento varias veces, sigue la dedicatoria diciendo: "efecto fue, sin duda, su prontitud del innato amor y devoción a nuestra Majestad, pues no habiendo podido lograrlo las instancias de algunas personas de representación sus apasionadas, lo ha conseguido el entender que pueda conducir para el mayor culto y veneración debidos".
Entré gustoso a leer la obra hasta concluirla, pero cada instante aumentaba mi admiración, observando cuán distante está de conducir para el mayor culto y veneración de Santísima semejante dedicatoria en obra de tal calidad, lo que paso a manifestar, mas antes es preciso advertir que en la portada de la misma obra se dice "Nueva edición corregida y aumentada con muchas piezas póstumas en verso, otras inéditas de otros autores" pues, hallándose

[6]

en ella no poco que notar, y silenciándose los nombres de aquellos, no se puede formar juicio puntual de las piezas genuinas de Eugenio Gerardo Lobo entre las suplantadas de otros ingenios. *Ello es constante, señor* [subrayado en el documento original]. Que esta obra está adulterada, que abunda de piezas amatorias indignas de hallarse en obra dedicada a María Santísima, vaso de cualquier advocación: de romances con expresiones y equívocos indecentes, entre los cuales se leen desde las páginas 229 hasta la 260 del primer tomo. Tratando del *chichisbeo*, que actualmente se llama *cortejo*, varios y, particularmente, página 256 uno que empieza:
[Composición en dos columnas]
«A vos, *monsieur* Chichisbeo…». Y entre otras copias hay las siguientes:
A vos de, cuyos congresos,
por milagro o por hechizo
salen hechos cornucopias
cuantos entraron pollinos,
y el que estableció por ley
en señal de su dominio
que las madamas le oigan
sus secretos silogismos.
Que los maridos honrados
se den por desentendidos
de sus consecuencias,
que concluyan a un Teatino.
Y que los pobres, menguados,
celebren con regocijo
que cante usted con la electa
un dúo con chicolíos.

[7]

Tomo segundo. En este se hallan también muchos sonetos amatorios semejantes a los del primero, aunque hasta la página 186 hay algunas piezas

buenas que debe creerse sean de don Gerardo Lobo, pero después siguen otras como, verbigracia, la que tiene por título «A una viuda moza y rica, llorando la muerte de su marido», y, entre otras, las siguientes

Coplas
[en doble columna]
Si era[28] tu marido estando anciano
y quedas tan fresca y moza
aunque con algo de menos
de más con otras mil cosas,
*dime, ¿por qué lloras?* [subrayado en el original]
Si en lugar suyo te queda
un premio como unas doblas,
un confesor como un padre
y una tía doncellona,
*dime, ¿por qué lloras?*
Si el árbol puede dar frutos
y para evitar la nota
hay aldea por san Juan
otra pila, otra parroquia,
*dime, ¿por qué lloras?*
Si el carnero te […][29]
y puedes ha a poca cosa,
componer aun con ganancia
con otras carnes tu olla,
*dime, ¿por qué lloras?*

Pudiera, señor, escribir muchas pruebas que tengo apuntadas en tres pliegos, pero por no molestar la atención de Vuestra Señoría y ser suficientes las que llevo expuestas para conocer que esta obra, según se presenta, no es digna de publicarse. Lo primero, por contar de muchísimas

[8]

piezas amatorias, burlescas, chocarreras y con expresiones contrarias a la veneración y culto debido a María Santísima, nuestra señora, se opone a la religión católica; lo segundo, con lo contenido en la mayor parte de las referidas piezas se abren los ojos a los incautos, enseñando la práctica de los vicios que es opuesta diametralmente a las buenas costumbres; y, por tanto, soy de parecer que, no reformándose esta esta obra [subrayado] y reduciéndola a las piezas que conste ser genuinas del célebre ingenio de don Eugenio Gerardo Lobo y, aun entonces, omitiéndose la dedicatoria de ella a María Santísima, no

28. «Hera» en el original.
29. Tapado por la encuadernación.

merece, antes bien debe negarse la licencia que para su impresión se solicita. Así lo siento salvo el más acertado dictamen de Vuestra Señoría (…)[30].
Y no ofreciéndose otra cosa que exponer más que lo que aparece de la

[9]

anterior nuestra censura, espero que Vuestra Autoridad lo traslade todo a la elevada comprensión de los señores del consejo, para que en su vista resuelvan lo que fuere de su *superior*[31] agrado.
Dios nuestro señor guarde la vida de usted muchos años. Madrid, 22 de julio de 1796.
[Rúbrica] Besa las manos de Vuestra Señoría su más atento servidor y capellán.
[Rúbrica] José Pérez García.
Señor don Bartolomé Muñoz[32].

[10]

Censura del Vicario Eclesiástico de Madrid a las *Obras poéticas* de Gerardo Lobo.

[11: *en blanco*]

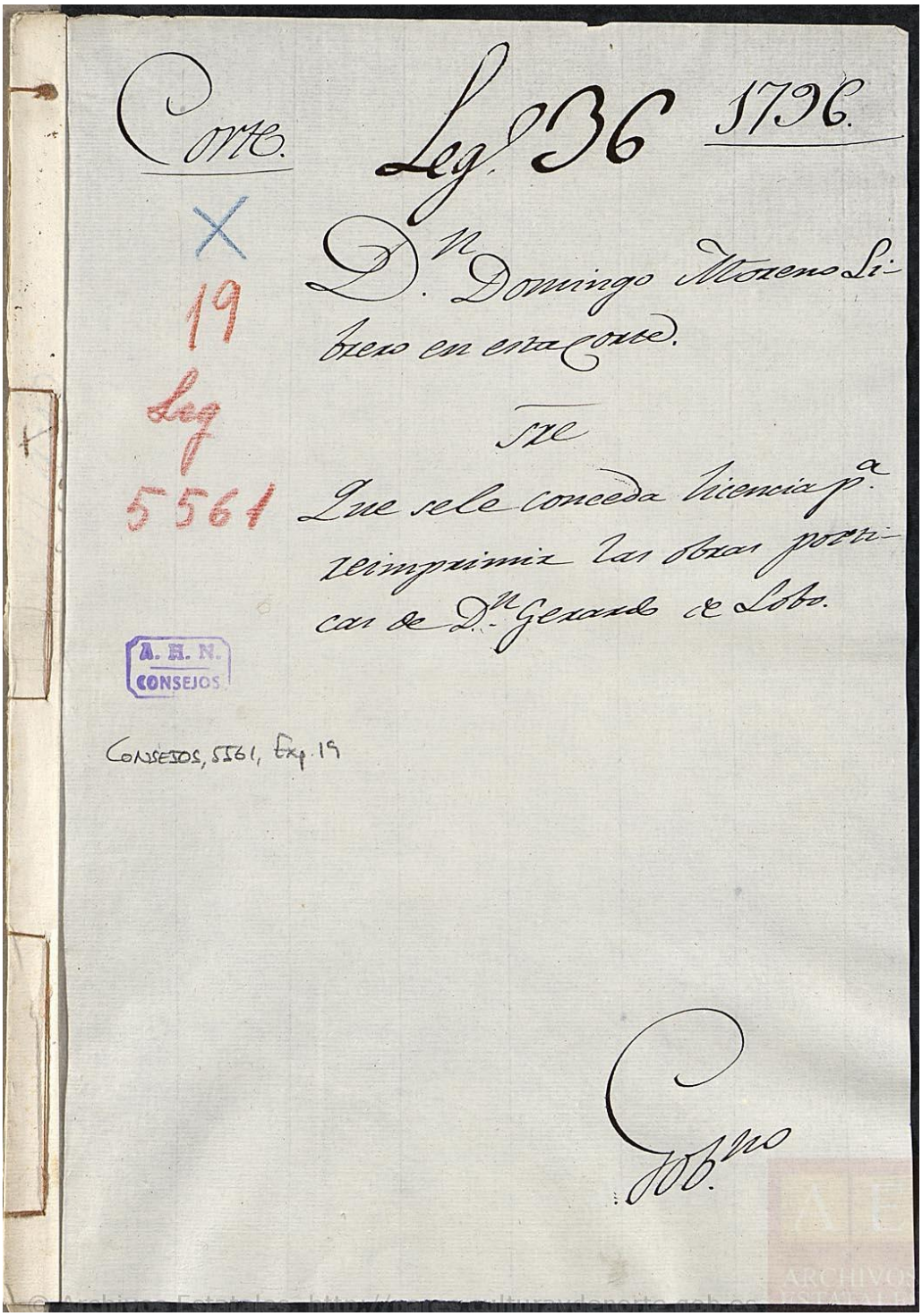
[12]

Censura del Vicario Eclesiástico de Madrid a las *Obras poéticas* de don Eugenio Gerardo Lobo.
[En el margen izquierdo, a modo de lista:]
Señores de Gobierno:
Su excelencia
Mesía
Vilches
*Fita*
Hermida
Puente
*Yumiza*

Madrid, a 19 de agosto de 1796
Excúsese[33]
[Rúbrica]

30. La censura hallada en el AHDM finaliza en este punto. A este texto le sigue la firma y fecha del vicario: «En mi estudio, Madrid, 22 de junio de 1796». Fdo. «Matías Casares Caño».
31. Vocablo cortado en el documento.
32. En un oficio se ponía siempre el nombre y título del destinatario al final de la última página, pegado al margen izquierdo. El vicario ha copiado la censura dirigida a él por el censor y se la envía al secretario del Consejo, que es quien lo había oficiado para encargársela.
33. Esta es la decisión final del expediente. Con esta fórmula la licencia queda rechazada.

Licencia de impresión de las *Obras poéticas* de Eugenio Gerardo Lobo solicitada por el librero Diego Moreno. (Archivo Histórico Nacional, CONSEJOS, 5561, Exp. 19).


Corte. Leg.o 36 1796.

X
19
Leg
5561

D.n Domingo Moreno Li-
brero en esta Corte.

Sre

Que se le conceda licencia p.a
reimprimir las obras poeti-
cas de D.n Gerardo de Lobo.

A. H. N.
CONSEJOS

CONSEJOS, 5561, Exp. 19

Corte 1796

Quarenta maravedis.

SELLO QVARTO, QVARENTA MARAVEDIS, AÑO DE MIL SETECIENTOS NOVENTA Y SEIS.

M.P.S. Lo 36

Vicente Francho Gutierrez en nombre de Dn. Diego Moreno Librero exerca parece ante V.A. como mas haya lugar y Dige: Que tiene pedida licencia para reimprimir las obras Poeticas de Dn. Gerardo de Lobo y assi lo pide se le conceda sin incurrir en pena alguna.

A.V.A. suplica assi lo mande, concediendo ampliamente la licencia correspondiente para dha reimpresion en que recibira

Vicente Francho Gutz

D. Domingo [illegible]
esta Corte.

Mio
S. Muñoz

Pide licencia para
reimprimir las obras
poeticas del Dn. Gerardo
de Lobo.

Imprimo en esta
dicha año de 1769

Mad. catorce de Abril de 1756

Remitase á la censura del
Vicario Ecco de esta

Ha en Madrid

Sr. D. Joseph
Sr. Ecca
Rodas
Garcia
Fita
Casamayor
Palomo
Moreno
Morales
Hinojosa
Gonzalez

1

Muy S. mio: Debuelvo a V.S. las adjuntas obras Poeticas de D. Gerardo Lobo, q. de acuerdo de los Señores del Consejo, se hizo remitirme para su revision; mediante aque practicada esta diligencia por Persona de mi confianza remito sin Censura lo siguiente. Cumpliendo con el Decreto del Sr. D. D. Josef Perez Garcia Provisor ordinario y Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido &a he leido con todo cuidado la obra intitulada, obra Poeticas del Excmo S. D. Eugenio Gerardo Lobo &a dos tomos en quarto impresos en Madrid año de 1769. y en mi vista devo decir. Lo primero que llamó mi atencion en esta obra fue la dedicatoria de ella a Maria Santisima con la advocacion de la Peña sacra, hecha por una congregacion, a cuia instancia segun se refiere, se venció la reluctancia, y moxificacion que tenia D. Eugenio Gerardo Lobo, en que lo que

A. H. N.
CON

© Archivos Estatales. http://pares.culturaydeporte.gob.es

escrivio, ó para entretenimiento ó dive
ó para satisfacer el gusto inmediato
precepto de quien debia complacer, sin q
le pasase por la imaginacion que llegase
el caso de imprimirse, huviese sido publica
é impreso sin su consentimiento varias veces.
sigue la dedicatoria diciendo: "efecto fue su
nda su promovido del innato amor y devo
á nuestra Hagestad, pues no haviendo pod
logrado las instancias de algunas Person
de reprehensacion sus apasionadas, lo ha
conseguido el entender que pueda conduc
para el mayor culto y veneracion del
Entrè gustoso á leer la obra hasta concl
la; pero cada instante aumentada mi a
miracion, observando quan distante est
de conducir, para el mayor culto y vene
de Deidad Santissima semejante dedicat
en obra de tal calidad; lo que paso á ma
festar, mas antes es preciso advertir, qu
en la Portada dela misma obra se dice
Nueva edicion corregida y aumentada
con muchas Piezas, posthumas en verso
otras ineditas de diversos autores, pues hallo

en ella no poco que notar, y silenciandose los nombres de aquellos, nose puede formar juicio primitivo de las Piezas geminas de D.n Eugenio Gerardo Lobo entre las implantadas de otros ingenios. Ello es constante señor, que esta obra esta adulterada, que abunda de Piezas amatorias, indignas de hallarse en obra dedicada a Minerva Santissima vaso de qualquiera advocacion: De romances con expresiones y equivocos indecentes, entre los quales se leen desde las paginas 229. hasta la 260 del primer tomo tratando del Chichiveo q.e actualmente se nombra Cortejo, vasios, y particularmente Pag. 256, uno que empieza;

" Arros Atomius Chichiveo:::::. y entre otras
" coplas hay las siguientes.
" A vos de cuios congresos
" por milagro ó por echizo,
" salen hechos coxmicopias
" quantos entraron pollinos
" Y el que estableció por ley
" en señal dem dominio
" que las Madamas le oygan
" sus secretos silogismos.

Que los citados hombres se dén por desentendidos dem consequencias que conchuian con Teatino

Y que los Pobres menguados celebren con regocijo que cante vd. con la electa un Duo con Nicolini

tomo segundo. En este se hallan tam
muchos sonetos amatorios, semejance
alos del primero; aun que hasta la Pag
hay algunas Piezas buenas, que debe cr
se sean de D.n Gerardo Lobo, pero despue
siguen otras como v.g.a la que tiene p
titulo ala Vida ditoza y Rica llorando
muerte del Marido, y entre otras las

## Coplas.

Si biera tu Marido anciano
y quedas tan fresca y moza
aun q.e con algo de menos
demas con otras mil cosas
dime por que llora s.?

Si en lugar suyo te queda
un premio como unas Bodas,
un confesor como un Padre
y una Tia Doncellona
dime por q.e llora s.?

Si el Amor puede.
y para evitar la m
hay Aldea q. S. Juan
otra Pila, otra Parr
dime q. que llora

Si el carnero te fait
y puedes a poca cos
compon aun con ganan
con otras carnes tu
dime p. q. llores?

Pudiera Señor escribir muchas pruevas que tes
apuntadas en tres Pliegos; pero por no molest
la atencion de V.S. y ser suficientes las que
llevo ecspuestas, para conocer que esta obra
segun se presenta, no es digna de publicar
lo primero por Comun de muchu ma

Piezas amatorias, vuxlescas, chocarrexe
con expresiones contrarias ala veneracion y
culto debido à Maria Santisima nuestra
Señora, se opone dla religion Catolica: lo
segundo con lo contenido enla mayor parte
dllas referidas Piezas, se abren los ojos
à los incautos, enseñando la practica delos
vicios, es opuesta diametralmente à la
buenas costumbres; y por tanto soy de
parecer, que no retoxmandose esta obra
y reduciendola à las Piezas, que contie
ex geminas del celebre ingenio de Dn
Eugenio Gerardo Lobo, y aun entonces
omitiendose, la dedicatoria de ella, à
Maria Santisima, no merece, antes bien
debe negarse, la licencia q. para su
impresion se solicita. Asi lo siento salvo
el mas acertado dictamen dlos. Sres. Sta. Vo.

Y no ofreciendoseme otra cosa que
exponer, mas q. lo q. aparece dlla

anterior inserta censura, espero q. V.
lo traslade todo ala elevada comprension
dlos Señores del Consejo, para que enter
vista resuelvan lo que fuere de su agrado.

Dios Nro S. gue. la vida de
ms as. Madrid 29 de Julio de 179

B.L.M. de V.S. sumas
atento Serv. y Capellan

Joseph Perez Garcia

Sr. Dn. Mc
S. D. Barn. Atuñez.

Censura del Vicario eccº de Mª. a las
Obras poeticas de Gerardo Lobo.
Y.



Para despachos de oficio quatro mrs. 71

SELLO QVARTO, AÑO DE MIL SETECIENTOS NOVENTA Y SEIS.

A. H. N.
CONSEJOS

Archivos Estatales. http://pares.mcu.es/portalpares.html

Censura del Viario Ecō de Mad.d á las Obras poeticas de Dn Eugenio Gerardo Lobo

A. H. N.
CONSEJOS

Mad.d Diez y nueve de Agto de 1796

Dn S. de Lofno
S. Exa
Mena
Vlcher
Frta
Hermida
Puente
y Aguirre

Excuse se

d. Dn. Martin Cevallos Cano
en 17 de Nob.e de 1796

D. R. con mexicon
de la Censura en 29
de Julio de 1796.

Dean del Consejo
remito a la Censura
de V.S. las obras poeti-
cas de Dn. Gerardo de
Lobo, y confia que
Dios recibirá V.S.
Dobbexmela, dando
me enel interin
avio de recibo p.a
ponerlo enmi Expd
xor noticia?

Dios gue

a V.S. M.to A.do e suoi
di Madrid li 14 di Aprile
1796

Gio.Bmo Muñoz

S.r Vicario Ecco di Madrid

Cumpliendo con el Decreto del S.r D.r D.n Joseph Perez
Garcia Inquisidor Ordinario Vicario de esta Villa de
Madrid y su Partido de.a he leido con todo cuidado la
Obra intitulada. Obras Poeticas del Ex.mo S.r D.n Eugenio
Gerardo Lobo de.a Dos tomos en quarto impresos en Madrid
año de 1769. y en su vista debo decir:

Lo primero que llamó mi atencion en esta Obra fue
la Dedicatoria de ella à Maria Santissima con la advo-
cacion De la Pena Sacra, hecha por una Congregacion
à cuia instancia, segun se refiere, se venció la renitten-
cia y mortificacion que tenia D.n Eugenio Gerardo Lobo
en que lo que escribió ò para entretenimiento y diver-
sion, ò para satisfacer el gusto insinuacion ò precepto
de quien debia complacer, sin que le pasase por la ima-
ginacion que llegase el caso de imprimirse, huviera sido
publicado è impreso sin su consentimiento varias veces:
sigue la Dedicatoria diciendo: "Efecto fue sin duda su
"prompritud del innato amor y devocion à vuestra Mages-
tad; pues no haviendo podido lograrlo las instancias
"de algunas personas de representacion sus apasionadas,
"lo ha conseguido el entender que pueda conducir para
"el mayor culto y veneracion de vuestra Magestad."

Entré gustoso à leer la Obra hasta concluirla; pero
cada instante aumentaba mi admiracion observando
quan distante està de conducir para el mayor culto
y veneracion de Maria Santissima semejante Dedi-
catoria en Obra de tal calidad: lo que paso à manifestar.

Más antes, es preciso advertir que en la Portada de
la misma Obra se dice: Nueva edicion correjida y
aumentada con muchas Piezas posthumas, en verso, y
otras ineditas de diversos Autores; pues hallandose en ella
no poco que notar, y silenciandose los nombres de aquellos
no se puede formar juicio puntual de las piezas genuinas de
D. Eugenio Gerardo Lobo entre las suplantadas de otros ingenios. Ello

Ello es constante, Señor, que esta obra está adulterada: que abunda de Piezas amatorias indignas de hallarse en obra dedicada a María Santísima bajo de qualquiera advocacion: de romances conceptos, y equivocos indecentes, entre los quales se leen, desde las pagina 229 hasta la 260 del primer tomo (tratando del Chichiveo, que actualmente se nombra Cortejo) varios y particularmente, pag 256, uno que empieza: A vos Monsieur Chichiveo ..... y entre otras coplas hay las siguientes

" A vos, de cuyos conceptos
" por milagro, o por hechizo,
" salen hechos comunicados
" quantos entran por pollinos
" Del que estableció por ley
" en seguida don Domingo,
" que las Madamas le oygan
" sus secretos silogismos

Que los maridos honrados
se den por desentendidos
de sus consequencias, que
concluyan a un teatro
y que los pobres manguados
celebren con regocijo,
que canta usted con la electa
un duo con chicolicos.

Tomo Segundo

En este se hallan tambien muchos Sonetos amatorios semejantes, a los del primero; aunque hasta la pag 186. hay algunas Piezas buenas, que debe creerse son de D Gerardo Lobo; pero despues siguen otras como y. p. la que tiene por titulo: A una Viuda Moza y Rica, llorando la muerte de su marido, y entre otra las siguientes coplas

Si era tu marido anciano,
y quedas tan fresca y moza
aunque con algo de mayor
de mas, con otra mi cosa:
dime porque llorar.

Si en lugar suyo te queda
un premio como unas dobla,
un Confesor como un Padre
y una hija doncellona:
dime, porque llorar?

Si el arbol puede dar frutos,
y para evitar la ninota,
hay Aldea por San Juan,
otra Pila, otra Zamoguira;
dime porque llorar?

Si el carnero te fastidia,
y puedes a poca costa
componer, y aun con ganancia
con otras carnes tu olla;
dime, porque llorar?

Pu-

Pudiera, Señor, escribir muchas mas pruebas, que tengo apuntadas en tres pliegos, pero por no molestar la atencion de V.S. y ser suficientes las que llevo expuestas para conocer que esta obra, segun se presenta, no es digna de publicarse: lo primero, por constar de muchisimas, Piezas amatorias, burlescas, chocarreras con expresiones contrarias à la veneracion y culto debido à Maria Santisima Nra Señora, se opone à la Religion Catolica: lo segundo: con lo contenido en la mayor parte de las mismas Piezas se abren los ojos à los incautos: ensenando la practica de los vicios en opuesta diametralmente à las buenas costumbres; y por tanto.

Soy de parecer, que no reformandose esta Obra y reduciendola à las Piezas que conste ser genuinas del celebre ingenio de Don Eugenio Gerardo Lobo, y aun entonces omitiendose la Dedicatoria de ella à Maria Santisima no merece, antes bien debe negarse la Licencia que para su reimpresion se solicita.

Asi lo siento, salvo el mas acertado dictamen de V.S.
En mi Estudio. Madrid 22 de Junio de 1796

Mathias Cesareo Cano

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425559583

# POMPA Y CIRCUNSTANCIA. LA REAL PROCLAMACIÓN DE CARLOS IV EN LA CAPITAL DEL REINO DE MALLORCA[1]

## *The Royal Proclamation of Charles IV in the Capital of the Kingdom of Mallorca*

Eduardo PASCUAL RAMOS
Universitat de les Illes Balears
eduardo.pascual@uib.es

Fecha de recepción: 05/11/2023
Fecha de aceptación: 06/04/2024

RESUMEN: Con la victoria borbónica en el reino de Mallorca se inaugura un nuevo modelo del ceremonial de proclamación real según el modelo castellano y de un monarca físicamente ausente, pero materializado simbólicamente a través de representaciones iconográficas. Este artículo estudia la real proclamación de Carlos IV en la capital del reino de Mallorca, Palma, con la descripción y el análisis de los aspectos más destacados de los días 11 y 14 de julio de 1789. Para ello se describen los principales actores, cómo se organizó la ceremonia y se estudia a sus protagonistas. Un último apartado está centrado en los gastos y su financiación.

*Palabras clave*: proclamación real; Mallorca; Palma; siglo XVIII; Carlos IV.

ABSTRACT: With the Bourbon victory in the kingdom of Mallorca, a new model of royal proclamation ceremony is inaugurated according to the Castilian

1. Este trabajo se ha realizado dentro del marco de Subvencions per donar suport a projectes d'investigació d'humanitats i de la cultura (INV-02-2021) del Institut d'Estudis Baleàrics de les Illes Balears.

model and with a monarch physically absent, but symbolically materialized through iconographic representations. This article examines the royal proclamation of Carlos IV in the capital of the kingdom of Mallorca, Palma, by describing and analyzing the highlights of the days of July 11 and 14, 1789. It describes the main actors, how the ceremony was organized, and studies its protagonists. A final section focuses on the expenses and their financing.

*Key words*: royal proclamation; Mallorca; Palma; XVIII century; Charles IV.

Los actos de la proclamación real en las capitales fuera de la Corte tenían la finalidad de legitimar al nuevo monarca y manifestar la presencia de la monarquía en los territorios alejados de Madrid con la despampanante puesta en escena del ornato y la decoración de la urbe empleando formas de expresión artísticas. La celebración exigía una planificación y una preparación que ponía de manifiesto la dimensión política de la institución organizadora y con la participación de todo el cuerpo social perfectamente regulada y jerarquizada. No parece extraño que las autoridades y vecinos engalanaran las fachadas y balcones de sus edificios con colgaduras y tablados donde los músicos amenizaban con sus interpretaciones o que se hicieran las luminarias nocturnas, espectáculos de fuegos artificiales, torneos, correr sortija y juegos de cañas (Salvá Riera, 1968-1972: 287-313). Todo un espectáculo urbano que podría catalogarse como el más importante de todas las fiestas y que en cada ciudad era diferente al resto.

Los estudios sobre las festividades públicas barrocas, en particular aquellas vinculadas a la casa real, han captado considerable interés no solo en los aspectos formales, sino también en la perspectiva social, la música, los jeroglíficos, la literatura laudatoria y el arte efímero. Las celebraciones de acontecimientos vinculados con esta familia constituyeron mecanismos fundamentales en la construcción de la imagen de la monarquía, ya fueran proclamaciones, reales exequias, embarazos de la reina o la princesa, natalicios, aniversarios, onomásticas o enlaces matrimoniales reales (Pascual Ramos, 2024: 255-285). Todas ellas tenían el mismo propósito de exaltación de la monarquía, unas desde la alegría, apropiándose del término «fiesta», y otras desde el duelo.

La sociedad palmesana era propensa a dirigirse a la catedral o a su iglesia para solicitar al Todopoderoso diversos favores para la comunidad, desde la provisión de agua, buenas cosechas y la erradicación de epidemias, hasta la obtención de victorias sobre los enemigos y el bienestar del gobierno. Así quedan reflejados en las crónicas fastos de eventos civiles y religiosos como los dedicados a la festividad de San Juan, la fiesta del Estendard, bodas de la nobleza, la entrada de capitanes generales y obispos o el encumbramiento de un mallorquín a gran maestre en la Orden de San Juan (Martínez Oliver, 2015: 680-705).

La llegada de la dinastía borbónica cambió significativamente el modelo celebrativo de los actos de proclamación en los territorios que se habían rebelado

durante la guerra de Sucesión. Los trabajos de Monteagudo Robledo para Valencia así lo confirman con el fin de recordar quién tenía el poder absoluto amparado en la victoria de las armas (Montoya Rodríguez, 2009: 781-794). De forma análoga, las exequias reales en la capital del reino de Mallorca pasaron a un segundo plano al convertirse la proclamación real en la más destacada de todas las fiestas civiles. Estos cambios no han pasado desapercibidos en la historiografía especializada y su extensa bibliografía, aunque en menor medida en las capitales y ciudades de la antigua Corona de Aragón. Hay que destacar ejemplos significativos como los de María Pilar Monteagudo Robledo para el caso valenciano (Monteagudo Robledo, 1993: 329-337), Laura García Sánchez, Esther Galinda Blasco o María Ángeles Pérez Samper para Cataluña (Pérez Samper, 1988: 561-576), y Eliseo Serrano Martín en Aragón (Serrano Marín, 2019: 78-109). En el caso insular han sido abordados desde la estética festiva (Perelló, 1986: 71-82), la historia del arte (Rodríguez Moya, 2015: 311-342), las medallas de proclamación (Boada Salom, 2018) y más recientemente desde una perspectiva de conjunto (Pascual Ramos, 2023).

Las relaciones o crónicas de estos fastos eran recogidas por escrito para la puesta al servicio de la propaganda, con un lenguaje laudatorio y cargado de tópicos para amplificar los valores que los organizadores querían destacar del homenajeado. En esta ocasión, las relaciones cronísticas abundan al contar con una producción impresa mayor que en anteriores ocasiones. Se trata de cuatro impresos sobre la jura de Carlos IV en la capital del reino de Mallorca que incluyen versos de poetas menores, grabados y sobre todo crónicas de lo acontecido con fórmulas propias del estilo de la época y adecuadas al fin perseguido de honrar al monarca y a la monarquía. Esta superproducción coincide con la profusión de textos sobre la jura de Carlos IV para el conjunto hispano, al contabilizarse hasta ciento cuarenta y dos impresos de las poblaciones españolas más relevantes, especialmente Madrid, Valencia, Sevilla y Barcelona (Soto Caba, 1990: 259-271).

Así, los objetivos generales de este artículo son analizar cómo fue organizada la real proclamación de Carlos IV en la capital del reino de Mallorca, sus protagonistas (alférez mayor, reyes de armas, maestro de ceremonias, oficiales, músicos, nobleza, gremios…), los preparativos, cuáles fueron sus escenarios principales, así como el programa festivo de las instituciones civiles y religiosas con juegos ecuestres, fiestas gremiales, simulación de combates navales y fuegos artificiales. No podía faltar cómo se financió.

## 1. Los protagonistas en la proclamación

Con el triunfo de las armas borbónicas hubo un cambio significativo del modelo de proclamación del rey siendo sustituido por uno nuevo, el castellano, levantando el pendón real en nombre del monarca. Mallorca desconocía esta práctica de la proclamación de reyes que fue adaptada del ejemplo de la ciudad de Toledo según el relato del libro *Los Reyes Nuevos de Toledo* de Cristóbal Lozano

(Lozano, 1665). De modo que los actos de proclamación regia de Luis I (Pascual Ramos, 2023b: 554-581) inauguraron en la capital insular una nueva forma de celebrar la llegada al trono del nuevo monarca combinando el modelo toledano y los propios con cabalgata ecuestre, tedeum, mojiganga, etc.

Sin lugar a duda, el nuevo soberano era el principal protagonista y para su exaltación era necesaria la presencia simbólica de la monarquía asumida por el pendón real que protagonizó los principales actos bajo la atenta mirada del retrato del nuevo monarca. El pendón real contenía el escudo de las armas del soberano y los de la ciudad en los ángulos del estandarte simbolizando a una Corona basada en el modelo castellano. Así que este pendón era diferente en cada proclamación al portar el escudo de armas del nuevo rey.

Con la implantación del Decreto de Nueva Planta de gobierno se introdujeron relevantes novedades institucionales en la Mallorca postbélica con la supresión de los Jurats y del Gran i General Consell del reino de Mallorca por el modelo municipal de ayuntamientos encabezados por el consistorio palmesano, ahora encargado de organizar la proclamación regia en la capital (Pascual Ramos, 2013 y 2016). Otra de las novedades fue el responsable de tremolar el pendón real en nombre del nuevo soberano, que recayó esta responsabilidad en el alférez mayor (Martínez Barbeito, 1965: 19-23). La cuestión es que este cargo no existía en Mallorca por lo que sus funciones fueron asumidas por el regidor decano o el más veterano que estuviera en condiciones de ejercer este privilegio. Para ello, el ayuntamiento solicitaba al regidor decano si aceptaba y en caso negativo era consultado al segundo más antiguo y así sucesivamente. El elegido portaba el pendón real desde su casa hasta el ayuntamiento para hacerlo tremolar el primer y tercer día de la proclamación. Así lo hizo en 1789 el regidor Salvador Sureda de Sant Martí i Cotoner, marqués de Villafranca, por indisposición del regidor decano y otros dos más veteranos[2].

Los cuatro reyes de armas fueron otra novedad con el objeto de asistir al alférez mayor y ocupar sus puestos en las cuatro esquinas del tablado mientras que el alférez mayor se situaba en el centro del mismo. Uno de sus cometidos principales

2. El mallorquín Salvador Sureda de Sant Martí nació en 1709 fruto del matrimonio de Salvador Sureda de Sant Martí i Çanglada i Magdalena Cotoner i Sureda, de la casa de los marqueses de Ariany. En 1748 obtuvo una regidoría en el Ayuntamiento de Palma, aunque retrasó su ingreso por la muerte sin descendencia de su primo Francisco Sureda de Sant Martí al suceder en el antiguo mayorazgo de la caballería de Sant Martí de Aranzell. Finalmente accedió a la regidoría en 1752 al estar más interesado en la gestión de sus extensas propiedades. En 1746 se casó con María Josefa de Pinós y una vez viudo volvió a contraer nupcias con Isabel Desbrull. En 1759 fue elegido diputado para representar al Ayuntamiento de Palma en las Cortes de la jura de Carlos III de cuya representación el soberano le agració con el marquesado de Villafranca (1760) con la misma denominación que concedió el archiduque Carlos a su tío en 1708 y que Felipe V derogó en 1715. Uno de sus últimos actos más destacados fue ejercer de alférez mayor en 1789 en la proclamación de Carlos IV. En 1790 fue exonerado de su cargo por su avanzada edad con achaques y falleció tres años después siendo enterrado en la iglesia de los Padres Carmelitas en Palma (Ramis de Aireflort y Sureda, 1998: 139-141).

era en el acto de tremolar el pendón por el alférez mayor: debían advertir al público asistente y ante las principales autoridades con las siguientes voces: «Silencio, silencio, silencio, atención, atención, atención, oíd, oíd, oíd» para dar paso a continuación al discurso ensalzador de la figura del monarca. Su participación era extensible al tercer día destinado a la retirada del real pendón asistiendo al alférez mayor en el tablado para vitorear al rey proclamado. El consistorio seleccionaba a los reyes entre los medidores y cribadores de la Quartera de la ciudad de Palma. Su destacado papel obligaba a vestirse con ricas y costosas vestimentas de seda de color carmesí y un dorado escudo de las reales armas en los pechos.

Otro personaje clave era el maestro de ceremonias, cuyo origen, que nosotros sepamos, no tiene una fecha exacta, aunque desde 1574 era ejercido de forma permanente por un notario nombrado por el Gran i General Consell. A causa de su proximidad con los seis jurados en los actos públicos se le consideró como el «setè jurat» (Escobar Sánchez, 2021: 48). Como indica Juan Muntaner, su principal tarea era dirigir con exactitud el ceremonial cumpliendo con observancia el protocolo a fin de evitar innovación, tanto en la sala de plenos como en los actos oficiales que asistía la corporación municipal (Muntaner Bujosa, 1968: 162). También la de organizar y coordinar con otras instituciones los eventos y festejos oficiales municipales además de planificar los elementos necesarios según las prácticas antiguas. En tiempos de los Borbones siguió redactando y custodiando el libro de Ceremonial que recoge los actos civiles y religiosos en los cuales organizaba o participaba la corporación municipal palmesana. El buen estado de las mazas que eran utilizadas en las comitivas y su reposición en caso de pérdida o reparación si no eran aptas para las funciones públicas también era su responsabilidad[3]. No menos relevante era fiscalizar los pequeños gastos de la proclamación, para lo que tenía a su disposición cierta cantidad dineraria para pagar estas expensas (ordinarios y extraordinarios)[4].

Las crónicas de la proclamación describen a otros grupos bien participando en la cabalgata portando el pendón real o en los principales escenarios. Consta la presencia de oficiales y subalternos en la comitiva de acompañamiento del alférez mayor, como los alguaciles que precedían a los reyes de armas en la comitiva; los

3. En las mazas estaban grabados los nombres de los jurados «que havia en tiempo de su construccion». El maestro de ceremonias consultó al ayuntamiento si las nuevas mazas debían tener inscritos estos nombres. Arxiu Municipal de Palma [AMP], AH 2.125/2, f. 163, Palma, 27-IX-1798.

4. Un ejemplo repetido en la documentación del gasto contable del escribano de gastos menudos indica 448 libras anuales para sufragar diversas fiestas vinculadas con la ciudad: San Sebastián (50 libras); beato Ramón Llull (54); Ángel Custodio (25); músicas en San Sebastián, Santa Ana, Santa Práxedis y Ángel Custodio (38); Francisco de Borja (30); cuatro sermones de fiestas votivas de la ciudad (9); San Andrés Avelino (30); San Andrés apóstol y Santa Bárbara (115); el día que se recuerda la conquista de la isla y distribución de la procesión del clero de catedral (77); sacristanes y monaguillos de la catedral para la asistencia que hace en las fiestas de la ciudad (19); Arxiu del Regne de Mallorca [ARM], D-1447, f. 70, Palma, 31-XII-1789.

maceros o vergueros con las mazas de la ciudad en el hombro derecho con un vistoso atuendo de color carmesí, con vueltas de tono grana, abiertos en la parte delantera, con gorguera y la cabeza descubierta. Estas mazas eran de plata labradas en 1664 y fueron renovadas en 1798, cuyas medidas serían de 88 centímetros y rematadas con un pomo de prisma hexagonal con dos troncos de pirámide, el inferior unido a la caña y el superior rematado por una bellota (Muntaner Bujosa, 1968: 175-183).

La nobleza participó en los principales actos de proclamación al ser invitada oficialmente en la sala de plenos para que organizase el habitual juego ecuestre de la sortija al día siguiente de tremolar el pendón real. Una representación de doce nobles acudió al plenario para confirmar su participación[5]. Su privilegiada posición social les permitía estar en la comitiva que acompañaba al alférez mayor desde su casa a la plaza del ayuntamiento portando el pendón y disfrutar de la fiesta desde los balcones de la alta clase social. De igual forma, los mayordomos de los gremios también fueron convocados para participar de la fiesta de proclamación y que nombrasen algunos representantes para coordinarse con los regidores Antonio Montis e Ignacio Ferrandell[6].

La música también estuvo presente con tambores, trompetas, timbales y ministriles. El cronista Juan Muntaner Bujosa recuerda que la primera noticia documental existente de la concurrencia de tambores en la Universitat i Regne de Mallorca está datada en 1529, aunque hubo que esperar hasta 1589 para el nombramiento de forma estable de tres de estos timbaleros La banda fue reorganizada en 1601 dotándola de dos indumentarias, una de gala compuesta por medias rojas, zapatos bajos negros, gorra azul con cintas radiales rojas y otra de diario que se diferenciaba por sus pantalones largos y rojos con banda azul. Esta formación de tambores continuó en el siglo XVIII compuesta por ocho timbales para acompañar en vanguardia al ayuntamiento en los eventos que estaba obligado a participar, para difundir los pregones o asistir en los actos públicos de tortura. El grupo tamboril estaba formado por el maestro, un enseñante y seis tambores, con un maestro carpintero constructor de los propios tambores municipales.

A la comitiva acompañaba los ministriles y trompetas que actuaban cuando participaba la corporación municipal tanto en celebraciones civiles como

5. AMP, AH 2113/1, Palma, 28-II-1789. El consistorio decidió convocar en la sala de plenos a una representación de la nobleza insular: Jorge de Puigdorfila, Francisco Cotoner y de Salas, Francisco Villalonga y Truyols, Nicolás Brondo y Villalonga, Pedro Serra y Prom, Francisco Dameto y Berga, conde de Montenegro, marqués de Vivot, marqués de Ariany y a Antonio Salas. Una semana después acudieron los convocados, menos el marqués de Vivot por enfermedad, y el marqués de Bellpuig respondió que «en nombre de todos, que lo tratarían entre si y procurarían esmerarse en el lusimiento de dicha función» (AMP, AH 2113/1, ff. 97v-98, Palma, 5-III-1789). Casi un mes y medio después, doce caballeros confirmaban su participación a pesar de «la gran dificultad de la falta de caballos que es notoria, se ha hallado bastante numero para hazerla» (AM, AH 2113/1, ff. 207v.-208, Palma, 28-IV-1789).

6. AMP, AH 2113/1, f. 225v., Palma, 5-III-1789.

religiosas. Estos ministriles, según Juan Muntaner, tendrían origen a finales del siglo XVI cuando el cabildo de la catedral ofreció a estos músicos solemnizar las comitivas municipales. Si en origen eran cinco músicos, en el siglo XVIII quedó reducido a dos. Además, la sección de viento la completaban en ocasiones cinco trompetas y un músico de cornetilla. Los registros de pagos incluyen a otros subalternos que participaban en estos actos y que no son mencionados en la literatura de la proclamación. Nos referimos a los cinco *corredors de coll* encargados de publicar los eventos por las calles de la ciudad y gratificados por su participación[7].

## 2. Los preparativos

La celebración de esta fiesta exigía una planificación y una preparación para llevarla a cabo en un espacio de tiempo relativamente corto, los días previos, y en un espacio determinado, la ciudad, cuyo aspecto cambiaba como consecuencia de la decoración que se desarrollaba en él. El programa festivo estuvo configurado en tres jornadas sucesivas según el calendario establecido. En el primer día por la mañana se procedió al izado del pendón real en la plaza del ayuntamiento y por la tarde el tedeum en la catedral. En la tarde del segundo día se celebró el juego de la sortija en la plaza del Borne, que era propio de la nobleza insular pues daba ocasión para lucir sus caballos y sus habilidades caballerescas, engalanar sus monturas y lacayos en una rememoración de lo que fue su actividad militar, perdida en el tiempo y transformada en una teatralización bélica. En la mañana de la tercera jornada se procedió a retirar y guardar el pendón real que había estado expuesto públicamente y por la tarde los gremios organizaban una mojiganga por las calles de la ciudad. La tarde del cuarto día, la bahía de Palma acogió un simulacro naval que no era desconocido al público y muy apreciado y finalmente la quema de un castillo de fuegos artificiales no podía faltar para cerrar el programa de festejos. La celebración de etiqueta continuaba con saraos y bailes en el interior organizados por la nobleza con la indumentaria y muestras de la buena crianza, mientras la diversión seguía fuera.

El responsable de la organización y puesta en escena era el ayuntamiento palmesano, para lo que debía convocar un cabildo extraordinario para fijar los detalles del artificio ornamental en los lugares comunes. El programa comenzó con la recepción de la noticia del fallecimiento regio y de la orden del 27 de diciembre de 1788, del capitán general interino y comandante de armas, Antonio Gutiérrez y González Barona, quien instaba al ayuntamiento a realizar la real proclamación «como se solían hacer». Por ello, el luto por Carlos III quedó suspendido durante los días de proclamación y debía retomarse hasta cumplir los seis meses que exigía el protocolo. Se pasó de la tristeza a la alegría, del lloro a la diversión, se bailó

7. AMP, LN 2008/45, n.º 4.

y se consumieron licores y refrescos que ofrecían los sectores más pudientes que financiaron la fiesta.

El ayuntamiento organizaba las diferentes diputaciones de regidores encargadas para dar el pésame al capitán general, solicitar oficialmente el uso de la plaza del Borne y los auxilios necesarios para la función que en dicha plaza debía celebrar la nobleza, fijar la fecha de la proclamación e invitar a las principales autoridades civiles y religiosas. También convidaba a otras instituciones, profesionales y a los insulares para que la fiesta contara con la máxima concurrencia.

La fachada del ayuntamiento era el centro neurálgico del acto y para ello los diputados regidores sacaban a subasta el diseño y la construcción del frontis de la fachada principal del consistorio para su decoración, donde se tremolaba el pendón real. Es por ello que el ayuntamiento recibió diferentes diseños y la propuesta aceptada fue la del pintor Juan Muntaner i Cladera, aunque el regidor Francisco Piza expuso «que lo adaptara con tal que tuviese la altitud hasta el texado, por ser fachada y no adorno, y lo contrario lo hallaba improporcionado»[8]. Parte imprescindible de la celebración eran las luminarias nocturnas en las casas particulares, edificios públicos, plazas, calles e iglesias, de tal forma que la urbe luciera lo mejor posible. Esta luminaria era una exigencia de las autoridades para que sus habitantes disfrutaran de una experiencia visual de su ciudad haciendo que se escucharan expresiones como la noche se hizo día o la noche compitió con el día en alusión al efecto lumínico. Además, los diputados solicitaban a las autoridades eclesiásticas el repique de campanas en las iglesias, conventos y capillas en los momentos fijados.

Los diputados preparaban minuciosamente los detalles de cada acto para que los escenarios tuvieran la pulcritud que requerían las circunstancias. Una tarea importante era la diputación encargada de la limpieza de los lugares por donde discurriría la comitiva, arreglo del empedrado y de engalanar las calles. Los vecinos quedaban obligados a engalanar las fachadas de sus casas con colgaduras y a colocar por la noche luminarias. Los militares también participaban con las descargas de artillería, abanderando y cerrando las comitivas y con la custodia del pendón real en los días que quedaba expuesto. De modo que era necesario solicitar al capitán general y a los jefes de regimientos la participación de la tropa. Otra tarea, no menos relevante, era encargar e imprimir el relato de la crónica de proclamación. Esta crónica tenía la finalidad de recoger en el texto los máximos detalles de los elementos en escena, el protocolo y los principales momentos, de naturaleza luctuosa, del reconocimiento y obediencia de los súbditos palmesanos a su nuevo soberano. Este panegírico ensalzaba las virtudes, teóricas, del nuevo monarca en el cual se exteriorizaba el sentimiento de sus vasallos mallorquines, más bien de las autoridades de Palma, con el predominio de un tono grandilocuente y de exaltación de la monarquía. Para facilitar el éxito de la ceremonia se

8. AMP, AH 2113/1, f. 225v., Palma, 5-III-1789.

recurría a las descripciones de anteriores proclamaciones para conocer el protocolo que debía seguirse. La principal fuente documental era el libro del ceremonial con la descripción de los principales escenarios de los festejos. En segundo lugar, la consulta de las actas municipales depositadas en el archivo municipal, que no siempre se incluían las descripciones.

La fecha la fijaba el consistorio, lo antes posible tras las reales exequias y en la medida de lo posible haciéndola coincidir con alguna circunstancia significativa como una onomástica, el cumpleaños del rey, la festividad de algún patrón o santos para una mayor confluencia del pueblo. Para que ningún vecino dejara de asistir se procedía a la lectura pública mediante bando leído a pleno pulmón por el pregonero. En cambio, la nobleza y los gremios eran convocados directamente por el consistorio compareciendo en la sala de plenos para solicitar su participación oficial. Los gremios desplegaban una fiesta para el pueblo con mojigangas o fiesta de disfraces y en las procesiones portando sus pendones. Por su parte, el cabildo catedralicio también tuvo un papel destacado sacralizando algunos de los actos de la proclamación:

> […] para enarbolar el Pendon Rl. y proclamar Rey de las Españas a nro. Augusto Monarca Carlos IV, y el dia 13 para archivar dho. Rl. Pendon para cuyas Funciones convidava la Ciudad a M. I. Cavdo. de estas Sta. Ygsa. y a un mismo tiempo le suplicava diese las providencias que conviniese para que se solemnizase dha. Proclamación con el solemne te Deum acostumbrado en iguales casos en acción de Gracias a Dios Nro. Sr. para el ingreso al Gobierno de Nro. Catholico Monarca, y por su salud y conservación como asi lo esperaba la Ciudad del acreditado zelo de su Sa.

La petición fue aceptada no sin preguntar si la procesión tras el tedeum sería «per ambitum Ecclesie o si encaminaría a pasear por la Plaza de Corte». La votación acordó que pasaría por la plaza del ayuntamiento como «assi se practico en la Proclamacion ultima que ese hizo en esta Isla del Señor Rey de las Españas Carlos III»[9]. La fijación de la fecha de proclamación se coordinó con el cabildo catedralicio para celebrar el correspondiente tedeum y con el repique de campanas generales en la víspera de la proclamación y en los diferentes actos.

La novedad por lo que respecta a la presencia y la participación de los miembros del gobierno municipal llegó con los nuevos representantes del común (diputados del común y el síndico personero), quienes solicitaron estar presentes en los actos de la proclamación. Esta petición volvió a tensionar las malas relaciones entre los nuevos oficios y los ediles con la pretensión de una igualdad entre miembros del consistorio, según el auto acordado de 1766. Por ello, el síndico personero José Ruiz de la Torre, solicitó que los diputados del común y los síndicos personeros tuvieran un traje de gala similar al de los regidores. Los comunes palmesanos sabían que sus homólogos madrileños, barceloneses y valencianos

9. ACM, ACA 1665, ff. 284-284v., Palma, 3-VII-1789.

habían participado en la proclamación de sus respectivas ciudades y «no haberse diferenciado en nada sus Diputados y Personeros y la uniformidad con que se presentaron todos los miembros de aquella Ciudad [Barcelona] en decoro y honor de la misma a imitación de Madrid»[10]. Los ediles palmesanos no lo pusieron fácil al remitir la petición al Consejo de Castilla, conscientes de que la respuesta se eternizaría en las covachuelas de la Corte. Pero contra todo pronóstico, la contestación más determinante llegó del Real Acuerdo, tribunal que resolvía asuntos de competencias locales, frustrando las expectativas de los regidores y dando la razón a los comunes hasta que el Consejo de Castilla no dijese lo contrario[11]. En el fondo, el Real Acuerdo quería que los representantes del común (diputados del común y síndico personero) fueran equiparados a los regidores en los actos de proclamación:

> Que al Síndico Personero, y Diputados del Común les corresponde en el acto de la Proclamación hacer la Ceremonia de besar y poner sobre la cabeza la Real Orden, sin votar, y percivir la misma porción de monedas que entregue a cada uno de los Regidores como igualmente la tea en caso de repartir[12].

Como ya se ha indicado, la ausencia del rey era suplida con el real pendón y ante el retrato del soberano pintado para la ocasión. El consistorio encargaba a un renombrado pintor local el retrato del rey para presidir bajo dosel los diferentes actos, especialmente en la fachada del ayuntamiento. En esta ocasión, el pintor Guillermo Ferrer Puig recibió el encargo de confeccionar un retrato de Carlos IV (Figura 1) y seguramente otro de su esposa María Luisa de Parma ya que la documentación indica que los cuadros pintados fueron dos, a partir de imágenes o copias procedentes de Madrid[13].

La plaza del ayuntamiento fue transformada para albergar aquel magno acto con la construcción de varios entablados y el frontis de la fachada consistorial, para cuyo diseño se convocó un concurso público. El proyecto ganador fue presentado por el pintor Juan Muntaner i Cladera[14]. Semanas después salió a concurso público la pintura de esta construcción efímera con dos propuestas, una del propio Juan Muntaner y otra de Antonio Colom i Fiol. Este fue quien ganó con un presupuesto de 185 libras que incluía las telas, bastidores, clavos, cuerdas, cartones y otros materiales necesarios y con posibilidad de recuperar los materiales una vez desmontado el frontis[15].

10. ARM, AA, exp. 782/23, Palma, 23-III-1789.
11. ARM, AA, exp. 782/23.
12. ARM, AA, exp. 784/56, Palma, 9-VII-1789.
13. AMP, AH 2.113/1, ff. 90v.-91, Palma, 28-II-1789 y ARM, AH 2.113/1, f. 170, Palma, 17-IV-1789.
14. AMP, AH 2.113/1, f. 98, Palma, 5-III-1789.
15. AMP, LN 2.008/1, Palma, 23-I-1789. Antonio Colom i Fiol trabajó en la pintura de las reales exequias de María Bárbara de Braganza, Fernando VI y María Amalia de Sajonia.



Figura 1. Retrato de Carlos IV. Obra del pintor Guillem Ferrer i Puig.
Cortesía del Ajuntament de Palma.

En estas celebraciones solía ser habitual, desde Fernando VI, la acuñación de medallas de proclamación con la efigie del monarca con motivo de su ascenso al trono. Estas medallas eran arrojadas al público asistente en la plaza del ayuntamiento tras la ceremonia del izado del pendón real (Boada Salom, 2018: 107-111). El ayuntamiento encargó al veterano regidor Antonio Dameto i Sant Martí encontrar a las personas idóneas para la acuñación y al edil Antonio Montis la redacción de las leyendas para antes del 5 de marzo[16]. El elegido para la delicada tarea de grabar los cuños fue el presbítero Juan Muntaner i Moner, sobrino de Juan Muntaner i Cladera, que diseñó el frontis del ayuntamiento. El primer problema fue que el módulo de estas medallas era más grande que el de la última proclamación y la figura no se ajustaba a la imagen del rey, como denunció el platero Antonio Cuschieri al ayuntamiento. Por ello se tuvo que rectificar. El segundo fue incluir el error tipográfico de CAROLO en una primera acuñación. El error fue subsanado por el platero y grabador José Bonnin con una segunda edición con la inscripción CARLO, como indica Jaume Boada, con una mayor precisión al ser batidas las medallas con una máquina en acuñación uniforme. Sea como fuese, las medallas estuvieron listas para el día de la proclamación (Figura 2).

16. AMP, AH 2.131/1, f. 91, Palma, 28-II-1789.




Figura 2. Medallas de proclamación de Carlos IV.
Fuente: Aurero & Calicó Subastas Numismática.

Los regidores quisieron que estos festejos tuvieran el mismo esplendor que en anteriores ocasiones a pesar de quedar reducidas a cuatro días y no cinco como con Carlos III. En principio se decidió que serían entre los días 25 y 27 de mayo, aunque la enfermedad del alférez mayor, la falta de caballos y que no hubiera plenilunio retrasó los festejos casi dos meses, es decir, a los días 11, 12, 13 y 14 de julio. Los actos litúrgicos fueron coordinados con el capítulo catedralicio y la procesión, después del tedeum, fue igual que la realizada en la proclamación de Carlos III[17].

## 3. Proclamación de Carlos IV

Carlos III murió el 14 de diciembre de 1788 y el príncipe de Asturias fue proclamado monarca el 20 de enero de 1789 según las directrices de la juramentación de las Cortes de 1760. Diez días después del óbito llegó a Mallorca la triste noticia que iniciaba el riguroso luto de seis meses decretado por la Real Audiencia con la suspensión de los actos festivos de la próxima cabalgada que conmemoraba anualmente la conquista cristiana de Mallorca cada 31 de diciembre[18]. El nuevo soberano ordenó a su ayuntamiento palmesano proceder con el ceremonial de levantar el real pendón en su nombre[19]. Aunque el consistorio se tomó su tiempo en responder ya que hasta el 4 de febrero no envió una carta exaltando su figura:

> La Ciudad de Palma y vuestro Reyno de Mallorca demuestra a Vuestra Majestad rendidamente el más interminable jubilo por su exaltación al trono, tributándole la enhorabuena con toda la ternura de que se halla penetrado el Corazón de unos vasallos que se precian de su lealtad en el más alto punto y cuya continuación asegura esta Ciudad habiendo dado ya las más eficaces disposiciones para demostrarla públicamente en la Proclamación de la Augusta Persona de Vuestra Majestad a quien con el afecto más fino acreditará siempre la obediencia y amor rendido[20].

17. Arxiu Capitular de Mallorca [ACM], ACA 1.665, ff. 284-284v., Palma, 3-VII-1789.
18. ARM, Doc. Impresa, Palma, 19-I-1789.
19. AMP, AH 2.113, f. 378, Palacio, 27-XII-1788.
20. AMP, AH 2.113/1, f. 64, Palma, 4-II-1789.

Los festejos se desarrollaron sin variaciones respecto a anteriores ocasiones. La plaza consistorial volvió a ser el escenario principal con la construcción de gradas y palcos para que la clase más distinguida no se mezclase con la plebe. El valioso testimonio del capitán mahonés Juan Roca, que viajó a Mallorca para asistir a la proclamación, describe que la grada de izquierda de la plaza estuvo destinada al gobernador militar Gutierres, al capitán Antonio Barceló y diferentes militares, en otra para el obispo, capítulo catedralicio, el regente y oidores de la Real Audiencia e inquisidores, y en diferentes palcos para los caballeros, eclesiásticos y damas. El frontis de la fachada, obra del pintor Juan Montaner y Cladera, estaba compuesto, como indica Inmaculada Rodríguez, por dos órdenes arquitectónicos, jónico y corintio, imitando tres arcos y rematado con un tímpano triangular, que recuerda al levantado en Madrid para la misma celebración. Siguiendo la descripción de esta autora, en el eje de la arquitectura se colocaron los retratos de los soberanos y las armas de la ciudad, flanqueados por las figuras de Ceres y Neptuno en el primer orden y la Victoria y la Abundancia en el segundo. En el tímpano se representaron a los dioses del Olimpo rindiendo pleitesía a Júpiter (Rodríguez Moya, 2015: 321). En la parte superior de los otros dos ángulos salía un pequeño zócalo sosteniendo un león y en el fondo del salón las armas reales[21].

El primer día festivo, a las diez de la mañana, en la plaza de Cort se congregó a una multitud de público y las principales autoridades políticas, militares, religiosas y sociales. Las puertas de la sala de plenos se abrieron. En su interior estaba reunida la corporación municipal formada por el alcalde mayor Manuel Llorca y Agulló, regidores, diputados del común, síndico personero y los síndicos forenses. El secretario municipal leyó la real orden para la proclamación, tras lo cual se dio paso a que la comitiva de cuatro regidores, acompañados por una banda municipal, fueran a la céntrica Rambla donde estaba la vivienda del alférez mayor, marqués de Villafranca de Sant Martí. Allí esperaban dos compañías del regimiento de infantería de España y la de Suizos de Reding con un destacamento de dragones del rey, los cuatro reyes de armas –vestidos de tafetán carmesí con las armas reales escudadas al pecho y en sus mazas las de Castilla y Mallorca–, los maceros que custodiaban el pendón real bajo dosel y unos setenta caballeros de la nobleza. La comitiva que acompañó al alférez mayor y el real pendón hasta el ayuntamiento estaba encabezada por el sargento mayor de la plaza con un ayudante, un piquete de Dragones, una compañía de suizos y treinta y dos parejas de caballeros con sus criados, los músicos municipales con los maceros, reyes de armas y finalmente el maestro de ceremonias con los cuatro regidores llevando en medio al alférez mayor, que portaba el pendón

21. *Exacta descripción de las publicas demostraciones y fiestas, que en la Proclamación de nuestro Augusto Rey y Señor Don Carlos IV hizo la ciudad de Palma capital del Reyno de Mallorca, en el Año de 1789*, Mallorca: Imprenta Real, 1789.

real[22]. Una compañía de granaderos de España cerraba la comitiva que transitó desde la Rambla, lugar de residencia del alférez mayor, hasta la casa consistorial por las calles de Palma: Olmos, San Miguel, Argentería hasta la plaza de Santa Eulalia para posteriormente descabalgar y acceder a la plaza de Cort (Figura 3).

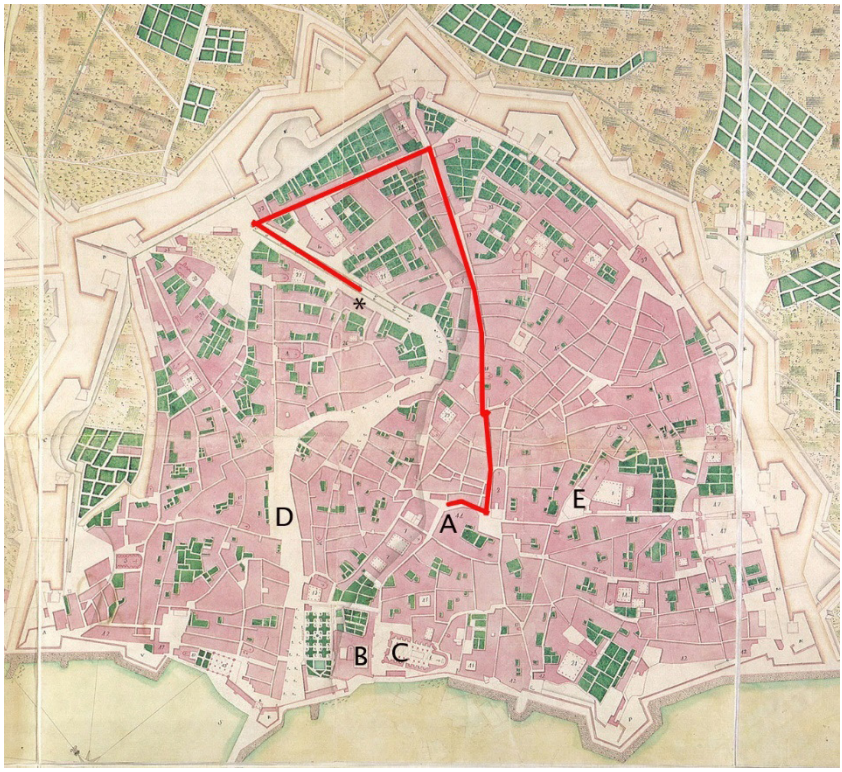



Figura 3. Plano de la ciudad de Palma (siglo XVIII). Principales escenarios de la proclamación de Carlos IV. A (Ajuntamiento de Palma); B (Real palacio); C (Catedral de Mallorca); D (Plaza del Borne).
Recorrido desde la vivienda del alférez mayor (*) hasta el ayuntamiento (A).
Fuente: Elaboración propia.

El alférez mayor y los regidores accedieron a la sala de plenos para colocar el real pendón al pie del altar de la Inmaculada Concepción. A continuación, el acalde mayor pronunció un discurso laudatorio sobre el nuevo monarca:

22. Los reyes de armas fueron los cribadores y medidores Antonio Barrera, Guillermo Morro, Bartolomé Gamondí y Antonio Deyà.

> El justo y merecido elogio que acaban V.S. de oír dichosísimo Reyno de Mallorca, y nobilísima Ciudad de Palma, de las virtudes de nuestro Augusto Monarca el Señor Don Carlos IV, que nos ha dado el Cielo, y conserve largos años; debe ser para todos, nosotros, el más digno motivo de júbilo con que en el día de hoy le proclamamos. Demos gracias al todo Poderoso por habernos dado un Rey, que con razón, envidiarán las Potencias extranjeras, un Rey dotado de los sentimientos más propios para hacer felices a sus vasallos, un Rey que llenará los designios de Dios por sus virtudes, de gloria a la Religión por su conocida piedad, un Rey digno Sucesor de los Alfonsos y Fernandos, y de su gloriosísimo Padre el Señor Don Carlos III que goze de Dios. No dilatemos mas Ilustrísimo Congreso levantar el Real Pendón; apresuremos a una acción tan gloriosa, que hará felices nuestros días, y los de nuestros hijos, y cuya dulce memoria, quedará perpetuamente gravada en los corazones de los leales Mallorquines: levantemos la voz, y entre vitores, y aclamaciones digamos llenos de jubilo y gozo, que nuestro Catholico Monarca el Señor Don Carlos IV. viva, viva, viva.

En medio de los vítores, el alférez mayor se dirigió con el pendón real a la barandilla del tablado construido para la ocasión donde se oyó la voz de los reyes de armas con el «oíd, atended» repetido hasta tres veces para proceder el alférez mayor a levantar el real pendón ante el público congregado tras vociferar «Este Pendón levanto por el Rey Don Carlos IV. Castilla, Castilla, Castilla, Mallorca, Mallorca, Mallorca, por el Rey Don Carlos IV. Viva, viva, viva». A los vítores, se unieron los repiques de campanas, las salvas de artillería y el lanzamiento de las medallas al público acuñadas para la ocasión (Herrera, 1882: 123-124). Como era habitual, el pendón quedó expuesto en la sala custodiado por dos soldados y dos regidores relevados cada cuatro horas[23]. De este modo, las principales autoridades prestaron juramento de fidelidad y homenaje al nuevo soberano, excepto el barón de Ciudadela que lo hizo en nombre de las instituciones menorquinas ante el regente de la Real Audiencia.

Las funciones religiosas formaron parte de la fiesta. A las cinco de la tarde, el pleno consistorial, el teniente del rey, la nobleza y capellanes de las parroquias y frailes de los conventos palmesanos asistieron a la catedral para dar gracias entonando un solemne tedeum oficiado por el obispo Pedro Rubio Benedicto y Herrero. Al acabar hubo una procesión por las calles de Palma, que transitó por la sala donde estaba el pendón y acabó en la catedral, mientras que de fondo se oía el sonido de campanas y una triple salva de la artillería que se disparó en los baluartes.

Por otro lado, hubo actividades paralelas a los actos oficiales que acapararon el interés de los palmesanos. Nos referimos al anfiteatro diseñado para la ocasión por el pintor naturalista mallorquín Cristóbal Vilella, cerca de su casa, que reproducía el reino de Antfítrite, inspirado en la obra de Fenelón, con los retratos de la pareja real. Además, diseñó el carro triunfal de los gremios que paseó por las

23. *Exacta descripción de las publicas…*, pp. 10-19.

calles de Palma aquella tarde[24]. Las crónicas describen a este curioso carro barroco de temática mediterránea que simulaba estar tirado por un caballo marino montando por Neptuno sobre una concha que portaba una palma y un pedestal con una columna que sostenía un globo (Cantarellas, 1981: 130)[25].

Llegada la noche, la ciudad quedó encendida por unas luminarias, y adornada con decoraciones florales, pilastras y estatuas alegóricas que se colocaron en los balcones y balaustradas de varias casas nobles. La vivienda del alférez mayor, marqués de Villafranca de Sant Martí, acogió un sarao con baile al que concurrió en pleno la nobleza, sujetos distinguidos vestidos con sus mejores indumentarias, oficialidad militar y cargos de la administración para disfrutar de abundantes refrescos, dulces y música que se prolongó hasta las cuatro de la madrugada. El arreglo de esta vivienda manifestaba la solvencia económica de su propietario y solo fue visible para la élite palmesana. La gran dimensión festiva tuvo presentes a las principales órdenes religiosas. Los dominicos y los franciscanos procuraron lucirse con sendas procesiones nocturnas con cirios encendidos que iluminaron las calles de la ciudad portando cada uno los santos de sus correspondientes órdenes.

Al día siguiente, la plaza del Borne fue el escenario del juego de la sortija y de las cintas organizado por la nobleza insular que gracias a la publicación de un impreso se describen las hazañas de los jóvenes nobles. Siguiendo la estela «historicista» se construyó un arco triunfal adornado con símbolos de la monarquía y de Castilla (Figura 5). Se trata de una arquitectura efímera más cercana a la estética del barroco que a la del racionalismo ilustrado. Todo para rendir homenaje al monarca con un trasnochado juego ecuestre, al más puro estilo caballeresco medieval, con la participación de treinta y cuatro nobles, entre maestres de campo, despejadores y caballeros agrupados en cuatro columnas de jinetes o cuadrillas distinguidos por sus trajes de «antiguo Español» según colores[26]. Primero formaron en columna y

24. El artista mallorquín Cristóbal de Vilella (Palma, 1742-1803) fue académico de pintura naturalista de la Real Academia de San Fernando, pintor del rey y académico de mérito de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. De joven cursó estudios en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y posteriormente con Rafael Mengs. Vilella presentó al conde de Floridablanca el diseño de un catafalco para las exequias de Carlos III en la capital mallorquina. La propuesta fue rechazada por el ayuntamiento palmesano ya que no se ajustaba a los cánones. Azcárate Luxán, 1987: 417-432; Azcárate Luxán y Salinero Moro, 1995: 205-212; Bover, 1868; Pascual Ramos, 2021: 215-216.

25. «Todo es poco para la alteza, y dignidad del objeto a que dedica respetuoso estos humildes obsequios en los días 11, 12, y 13 del mes de julio del presente año 1789 en que el M. Itre. Ayuntamiento de la Ciudad de Palma del Reyno de Mallorca celebra las fiestas de la Real Proclamación de su Augusto Soberano el Señor D. Carlos IV…», Palma, 1789, pp. 2-4.

26. Las cuatro cuadrillas de caballeros estaban divididas por colores. Verde: marqués de Ariany, Pedro Serra de Marina i Estada, José Togores i Zanglada, Nicolás Rossiñol de Delfa i Comellas, Antonio Dameto i Sureda, Tomás Despuig i Zaforteza y José Zaforteza i Sureda; Azul: Francisco Dameto i Berga, Juan Vidal i Serra de Marina, José Cotoner i Despuig, Mariano Cirerols i Santandreu, Antonio Cotoner i Despuig, José Despuig i Fortuny y Antonio Puigdorfila i Cotoner; Romero: Antonio Salas i Cotoner, Jaime Morey i Pizá, Ramón Villalonga i Rossiñol, Francisco Mariano Villalonga i Bordils, Antonio Salas i Boxadors, Ramón Despuig i Zaforteza y Nicolás Dameto i Despuig; Encarnado: marqués de Vivot,

posteriormente en orden de batalla ante los retratos de la pareja real, a los cuales se procedió el saludo. Los cuatro escuadrones se colocaron cada uno en una esquina para realizar los juegos ecuestres. Los dos maestres de campo fueron el marqués de Bellpuig y Bartolomé Desclapés i Fuster, representantes de dos de las principales casas nobiliarias de la isla que monopolizaban este evento de prestigio y honor. Debe señalarse que esta fue la última puesta en escena de la nobleza en el juego de la sortija ya que con Fernando VII fue sustituida por una parada militar.

Para esta ocasión, la plaza del Borne fue cercada con un cuadrilongo de un enrejado colocando en uno de los extremos los retratos de la pareja real bajo dosel de damasco carmesí junto a una orquesta de músicos (Figura 4). Y, en el otro, un arco del triunfo de medio punto sobre pilastrones, obra de Muntaner i Cladera, que servía de soporte a la sortija y carrillo de las cintas. Conocemos la estética y las dimensiones de este arco triunfal de orden compuesto, de siete varas de ancho, sesenta y siete palmos de alto, y en los laterales contaba con volutas en los pies, prolongadas por columnas corintias rematadas por pirámides y banderolas. El arco central de la estructura estaba coronado por un pequeño hastial con el escudo y las banderas de Castilla y León (Rodríguez Moya, 2015: 322-324). Otro de los elementos a tener en cuenta fue el tablado de las autoridades, que fue adornado con las armas reales. Además, los balcones y los miradores de las casas lindantes acogieron a la nobleza que quería unas vistas más exclusivas. Cabe destacar, especialmente, el balcón del regidor decano, Antonio Dameto i Sureda de Sant Martí, donde concurrió la nobleza más destacada de la ciudad.

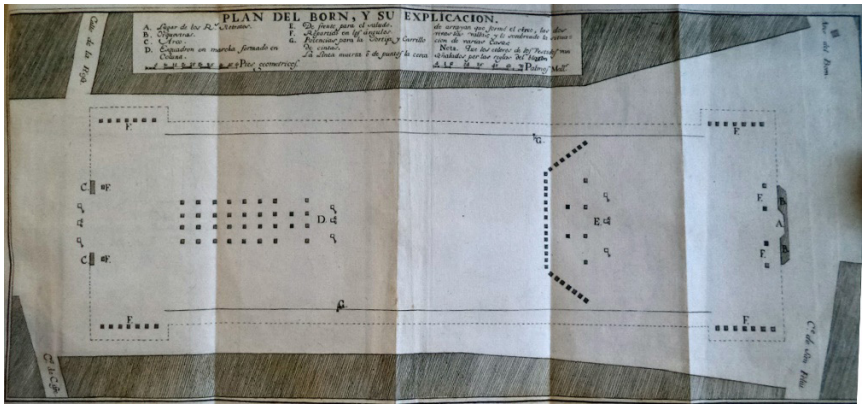



Figura 4. Plano de la plaza del Borne para la fiesta de la sortija y la cinta en la proclamación de Carlos IV.
Fuente: BLA, V-2 (152)12.

Ramón Santandreu i Pizá, conde de Ayamans, Jorge Oleza i Descallar, José Desclapés i Boxadors, Ramón Fortuny i Puigdorfila y Francisco Dameto i Despuig. *Breve noticia*…, s/p.

Una vez terminado el juego ecuestre, los maestres de campo volvieron a formar a los caballeros; cada uno portaba un cirio *(acha),* para saludar los reales retratos y retornar a la iglesia del convento de San Francisco por las principales calles de la ciudad. La fiesta se trasladó a los salones de la casa del marqués de Bellpuig con la invitación a los jinetes a un banquete en el que se vitoreó al rey y a la reina. Aquella noche hubo la segunda luminaria en la ciudad en honor al nuevo soberano y el impresionante arco triunfal (Figura 5), construido en el Borne para el juego ecuestre, albergó en su interior más de mil pequeñas luminarias que gracias a estar pintado de transparente tuvo la apariencia de mármol.



Figura 5. Arco triunfal construido en el Borne para la fiesta de la sortija. BLA, V-2(152)/12.

A las diez de la mañana del día 13 de julio, tercer día de los festejos, las autoridades vestidas de gala volvieron a reunirse para guardar el pendón. Para ello, el alférez mayor procedió a retirar el pendón real para agitarlo hasta en tres ocasiones ante el público asistente vociferando «Por el Rey» con respuesta de vivas antes de guardarlo en el archivo municipal. Por la tarde, la mojiganga de los gremios recorrió las calles de Palma con la participación de doscientos cuatro individuos, agrupados en nueve cuadrillas de diversos colores. La comparsa estaba encabezada por el carro triunfal diseñado por Cristóbal Vilella, con el dios Jano con las

armas de España, y otro la cerraba con la figura de la isla adornada con diversa simbología planetaria (sol, luna y cuatro estrellas) en referencia a los nuevos monarcas y su familia. En un trono se mostraba a dos niños simbolizando Apolo y Diana –representando al rey y a la reina– teniendo a sus pies una matrona que representaba la Balear y a sus lados la Voluntad y el Placer[27].

Para clausurar el estado de fiesta, la tarde del día 14 el colegio de capitanes y patrones mareantes del puerto de Palma engalanó la entrada de su capilla, San Telmo, con un pedestal en cuyo centro se colocó una barca al estilo romano, en cada extremo una columna con la corona regia y en la cúpula de la cornisa el escudo de armas reales. La plaza de San Telmo fue decorada con diez arcos de murta, laureles y faroles para albergar una tarima en la que una orquesta de once músicos amenizó las tres noches de fiesta, entre la nueve y las once. El momento álgido de aquel último día fue el simulacro de la batalla naval en el fondeadero del lazareto palmesano. Se escenificó el desembarco, al pie del castillo de Bellver, de un bergantín y un jabeque con «un vivo fuego de Granadas» mientras salían del puerto cuatro jabeques defensores. El simulado asalto fue neutralizado obligando a los «enemigos» a tomar vela hacía poniente. Dos horas después, las naves enemigas se rendían a las del pabellón español tras el fogueo demostrando la pericia y el acierto de la tripulación local en aquel simulacro hostil[28]. Una vez en puerto, el Colegio de Capitanes y Patrones del puerto organizó una comparsa que desfiló por las calles de Palma con una carroza engalanada tirada por seis caballos simulando una barca sobre la cual había una orquesta que amenizó la función, que duró hasta las doce de la noche con descargas generales entre vítores a favor del nuevo soberano, la ciudad, sus jefes, la nobleza y, cómo no, el cuerpo de la marina[29].

La crónica recuerda que «todos los Pueblos de la Isla, imitaron a la Capital a proporción de su vecindario, y facultades y celebraron sucesivamente sus fiestas con luminarias y corridas a estilo del país». El programa festivo no olvidó a los más necesitados de la ciudad al contar con diversas medidas caritativas. La iniciativa más

27. *Exacta descripción de las publicas…*, pp. 43-44.

28. El Colegio de Capitanes y Patrones Mareantes quería que la batalla naval fuera el primer día de la proclamación, pero el ayuntamiento lo consideró inoportuno y de este modo pasó a la tarde del día 14; AMP, AH 2.113/2, f. 353, Palma, 4-VII-1789.

29. *Colegio de Capitanes y Patrones Mareantes de este puerto impulsa de su acreditado amor al Soberano, y estimulado también de la memoria que merecieron a la muy ilustre Ciudad en un Oficio, que pasó al Ministerio de Marina de esta Provincia, para que aquellos contribuyesen por su parte al lucimiento de las funciones Reales, dispuso, y ejecutó a su costa los adornos y diversiones siguiente en los días 11, 12, 13 y 14 de Julio de 1789*, Palma: Casa de Pedro Antonio Guasp, 1789. La crónica relata que el recorrido de la comparsa partió desde la capilla de San Telmo y transitó por «Calle de San Juan, la del Vino, de las Carasas, Borne, Mercado, Rambla, Calle de Olmos, la de San Miguel, Plaza de Santa Eulalia, y la de Corte, Calle de Santo Domingo, Cathedral, Palacios del Excelentisimo Señor Capitan General, e Ilustrisimo Señor Obispo, bajando después al Borne desde donde tuvieron de volver al Convento de Monjas de Santa Clara a solicitud de estas, y de allí retrocedieron a la Pau, Calle de San Pedro, Atarazanas, Plasa de la Longa y Sant Telmo, donde terminó la funcion […]», p. 7.

importante fue a costa del obispo, consistente en el donativo de dos duros de oro a cada una de las viudas de artesanos de la ciudad, uno a cada mujer pobre «per poder fer llum en les nits» (Llabrés Bernal, 1953: 505), más la dote de diez libras a trescientas doncellas y socorro a los pobres de la cárcel con ciento cincuenta libras con igual cantidad para el hospicio. Estas actuaciones le costaron la relevante cifra de seis mil doscientas cuarenta libras. Por su parte, los comerciantes sufragaron durante los tres días festivos la comida de los pobres del hospital y de la prisión[30].

## 4. Gastos y financiación

Las autoridades municipales tenían la obligación de celebrar la real proclamación por orden del monarca. Cumplieron consistentemente con esta responsabilidad, incluso en medio de necesidades básicas y dificultades económicas, sin que estas últimas representaran un obstáculo. En pocas semanas, además de cubrir los costosos gastos de la real proclamación, también debían hacer frente a los gastos de las reales exequias y los relacionados con el viaje y la estancia en Madrid de los procuradores para la juramentación en Cortes (Pascual Ramos, 2017: 173-198). Por consiguiente, resulta imprescindible tener una visión global del lujoso gasto asociado a la despedida y la llegada del nuevo soberano en la capital insular (Pascual Ramos, 2023). En 1789, se destinaron un total de 10.297 libras, 10 sueldos y 11 dineros de las arcas públicas para cubrir los gastos de estos tres eventos. El mayor desembolso se destinó al envío y la estancia de los procuradores en las Cortes de 1789 para prestar juramento a Carlos IV, con un total de 5.308 libras. Por otro lado, las reales exequias representaron un gasto de 1.533 libras, mientras que la real proclamación implicó un desembolso de 3.336 libras[31].

Sin embargo, la precisión en la contabilidad del gasto total presenta ciertas dificultades, ya que las partidas correspondientes a los organismos participantes, como el capítulo catedralicio, los gremios o la cofradía de San Jorge, que asumieron sus propios gastos, no están documentadas ni registradas posteriormente en los registros contables. Por lo tanto, estas cantidades no se contabilizan en el balance final.

Sabemos que, a partir de 1724, los gastos relacionados con la real proclamación tenían un carácter «universal», es decir, eran comunes a todo el territorio insular y no incumbían exclusivamente al ayuntamiento de Palma, según lo estipulado en el capítulo 24 de la Concordia de 1684. Sin embargo, no se especificó una cantidad exacta, sino que simplemente se estableció que se destinaría todo lo «necesario y preciso para el gasto y decoro de la función»[32]. En relación con el monto a gastar, se tomaría como referencia el desembolso realizado en la última

30. *Exacta descripción de las publicas…*, pp. 46-47.
31. ARM, D-1.446, ff. 9, 10, 11, 14, 59, 66 y 66v.
32. ARM, AA, exp. 108/3.

proclamación. En 1746, el Consejo de Castilla aprobó un real decreto el 4 de agosto que permitía a las ciudades recurrir a diversos sistemas de financiación para cubrir los gastos (como impuestos fijos o extraordinarios, préstamos, etc.), y el Consejo sería informado sobre la cantidad[33]. A partir de ese año, los ayuntamientos tenían la obligación de enviar al Consejo de Castilla el presupuesto previsto para los gastos de la proclamación, con la correspondiente rectificación presupuestaria si fuera necesaria.

En la proclamación de Carlos IV, Pedro Escolano de Arrieta volvió a permitir a los ayuntamientos disponer de recursos necesarios para los festejos regios[34]. Aunque el consistorio solicitó, mediante su agente en Corte, aumentar el techo del gasto al recordar que «en el año de 1746 valían mucho menos los frutos materiales y mano de obra»[35]. El consistorio así se lo hizo saber al conde de Floridablanca ya que si no aumentaba el tope de gasto «no se podrá hacer la Real Proclamación con el lucimiento que corresponde»[36]. Esta y otras solicitudes no tuvieron respuesta desde Madrid. De hecho, el secretario municipal recriminó a Miguel Amer, agente en Corte, que no hubiera aclarado o resuelto la petición municipal[37]. La resolución desde Madrid no llegó y el Real Acuerdo negó ampliar el techo de gasto[38].

Los regidores de Palma quisieron saber los gastos de las proclamaciones de Fernando VI y Carlos III como punto de referencia. Una búsqueda en el archivo municipal reveló que el gasto de la proclamación de Fernando VI ascendió a 2.820 libras[39]. En la proclamación de Carlos III, se identificaron dos partidas: una de 1.653 libras y otra destinada a los costosos trajes del corregidor, regidores y escribanos, que ascendió a 1.632 libras[40]. Los gastos de la proclamación de Carlos IV ascendieron a 3.336 libras, cantidad similar a la de la proclamación de su padre[41].

En cuanto a la organización contable, el ayuntamiento designaba a uno o dos regidores para gestionar las partidas económicas relacionadas con la proclamación, y estos regidores asumían la responsabilidad financiera ante las autoridades superiores. Además, disponían de una partida limitada de dinero «a su favor o póliza en tabla de la partida destinada» para cubrir algunos gastos que no fueran pagados por el maestro de ceremonias. Por otro lado, el maestro de ceremonias, que también actuaba como escribano de los gastos menudos, en esta ocasión Miguel

33. AMP, AH 2.033/2, ff. 219v.-219bisv.
34. AMP, AH 2.113/1, f. 54v.
35. AMP, AH 2.113/1, ff. 61-62, Palma, 4-II-1789.
36. AMP, AH 2.113/1, f. 174.
37. AMP, AH 2.113/1, ff. 125-125v.
38. AMP, AH 2.113/1, f. 270v., Palma, 28-V-1789.
39. AMP, AH 2.113/2, ff. 310-315.
40. AMP, AH 2.113/1, ff. 289-292v.
41. ARM, D-1.446, ff. 10, 10v. y 14. Dos pagos. 1: 2.928 libras por los gastos según lo estipulado en la real carta del 8-X-1746; 2: 408 libras para pagar los trajes del síndico personero y los cuatro diputados del común. Uno de los gastos más cuantiosos fue la rica indumentaria de los regidores costeada por los fondos de la Universal Consignación.

Puig, contaba con su propia partida económica para realizar pagos de menor cuantía, los cuales debían ser debidamente justificados ante el diputado-regidor.

## 5. Conclusiones

El espectáculo festivo mallorquín del Setecientos tuvo un gran desarrollo gracias a las proclamaciones reales que por razones políticas e institucionales avalaron su prodigalidad. En este sentido, las proclamaciones regias no tuvieron tanta atención como en este siglo y la de Carlos IV no fue una excepción con la transformación del espacio urbano de la ciudad durante tres días para ensalzar la imagen y los valores del nuevo monarca como símbolo de máximo poder. Para ello se requirió el uso de artificios barrocos para crear un espacio de ilusionismo ambiental cuyo origen en la capital insular habría que remontarlo a la proclamación de Luis I. Así, la fiesta y su desarrollo fastuoso dio lugar a la creación de estructuras artísticas efímeras, que desaparecieron una vez finalizados los eventos y que adornaron espacios públicos y vistieron fachadas. La ciudad de Palma se preparó con tiempo suficiente para que el acontecimiento resultara deslumbrante y acorde con lo que quería manifestar. Los escenarios fueron los mismos que en anteriores ocasiones. El ayuntamiento y su frontis decorativo fue el escenario del simbólico y emblemático alzado de pendón dedicado al nuevo soberano de forma similar a anteriores ocasiones. Las autoridades y destacados personajes políticos, civiles y del clero ocupaban un lugar determinado en la ceremonia, según lo dictaba el estricto protocolo. Nada se dejaba al azar. El Borne volvió a ser el escenario de la fiesta caballeresca que canalizó el mensaje del poder de la nobleza con su despliegue fastuoso de colorido y destreza acusado por un pasado medieval.

Vestidos de gala, nobleza y las bellas damas desfilaron por los saraos privados organizados por la alta sociedad palmesana que no faltaron cada noche. Pero los cronistas no narran lo que ocurrió de aquellas fiestas, sus personajes, cómo eran las vestimentas o qué sonó. Todo parece indicar que estas fiestas privadas fueron un medio elocuente del poder visible de la sociedad estamental mallorquina.

El ceremonial religioso y la liturgia de la proclamación respondieron a la obligación de sacralizar tan magno acto y rogar por el buen gobierno del nuevo monarca en una obligada etiqueta profana que regulaba de forma minuciosa el acontecimiento con su estructura jerarquizada, con la escenificación de música, incienso y el solemne marco de la catedral para oír la misa mayor y el tedeum.

La ciudad de Palma hizo de escenario privilegiado respondiendo, como hemos visto, a una excelente organización con tintes estamentales y clasicistas, en la que todos los grupos sociales tuvieron su cuota participativa a través de su participación en desfiles, juegos, oficios religiosos y en la ambientación urbana. No obstante, estos festejos resultaron ser enormemente costosos siendo los más caros del siglo. El apogeo de los fastos de proclamación de la segunda mitad del siglo XVIII continuó en los primeros años del XIX manteniendo una mezcla de

tradición y austeridad, aunque con un creciente protagonismo de lo militar en detrimento de lo civil.

## 6. Documentación impresa

*Breve noticia de las festivas demostraciones que con el plausible motivo de la Real proclamación del señor Don Carlos IV hecha en la ciudad de Palma día 11 de Julio de 1789 executó la nobleza mallorquina el día 12 del propio mes, y año*, Palma: Imprenta Real, 1789.

*Exacta descripción de las públicas demostraciones y fiestas, que en la proclamación de nuestro augusto Rey y Señor Don Carlos IV. hizo la ciudad de Palma, capital del Reyno de Mallorca, en el año de 1789*, Palma: Imprenta Real, 1789.

*El Colegio de Capitanes, y Patrones Mareantes de este puerto impulsado de su acreditado amor al Soberano, y estimulado también de la memoria que merecieron a la muy ilustre ciudad en un oficio, que pasó al Ministerio de Marina de esta provincia, para que aquéllos contribuyesen por su parte el lucimiento de las funciones reales…*, Palma: Casa de Pedro Antonio Guasp, 1789.

*Todo es poco para la alteza, y dignidad del objeto a que dedica respetuoso estos humildes obsequios en los días 11, 12, y 13 del mes de julio del presente año 1789 en que el M. Itre. Ayuntamiento de la Ciudad de Palma del Reyno de Mallorca celebra las fiestas de la Real Proclamación de su Augusto Soberano el Señor D. Carlos IV…,* Palma, 1789.

## 7. Bibliografía

Azcárate Luxán, Isabel (1987), «Cristóbal Vilella: un naturalista en la Academia», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 64, pp. 417-432.

Azcárate Luxán, Isabel y Salinero Moro, María del Carmen (1995), «Cristóbal Vilella (1742-1803) y la fundación del Gabinete de Historia Natural en el siglo XVIII», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 80, pp. 205-212.

Boada Salom, Joan (2018), *Les medalles de proclamació de les terres de parla catalana: Catalunya, València i Balears (1724-1843)*, Barcelona: Societat Catalana d'Estudis Numismàtics y Institut d'Estudis Catalans.

Bover, Joaquín María (1868), *Biblioteca de escritores baleares*, tomo I, Palma: Imprenta de p. J. Gelaber.

Cantarellas, Catalina (1981), *La arquitectura mallorquina desde la Ilustración a la Restauración*, Palma: Institut d'Estudis Baleàrics.

Campaner i Fuertes, Álvaro (reed. 1984), *Cronicón Mayoricense*, Palma: Ajuntament de Palma.

Casanova y Todolí, Ubaldo (2004), *Aproximación a la historia mallorquina del siglo XVII*, Salamanca: Amarú ediciones.

Durán Vadell, Maria (2003), «Fiesta y ceremonial en Palma en los siglos XVIII y XIX», *Festa i ceremonial a Palma*, Palma: Ajuntament de Palma, pp. 51-69.

Escobar Sánchez, Aina M. (2021), «El setè jurat», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 77, pp. 45-59.

Étienvre, Jean-Pierre (1978), «Guerre et jeu: Vision ludique de la guerre au debut du XVIII siècle en Espagne», *Melanges de la Casa de Velázquez*, 14, pp. 313-351.

Forteza Oliver, Miquela (2009), «El expediente personal de Francisco Muntaner Moner, un claro exponente de la exigencia de limpieza de sangre para acceder a la Academia de Bellas Artes de San Fernando», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 65, pp. 177-190.

Herrera, Adolfo (1882), *Medallas de proclamaciones y juras de los reyes de España*, Madrid: Imprenta de Manuel Ginés Hernández.

Llabrés Bernal, Juan (1953), «*Viaje a Mallorca del capitán mahonés Don Juan Roca en 1789*», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, XXX, pp. 502-509.

Llompart Moragues, Gabriel (2000), «Festes i devocions santjoanistes», en *L'Ordre de Malta, Mallorca i la Mediterrània*», *Catàleg de l'exposició*, Sobirà Orde de Malta, Palma: Delegació de Balears.

López, Roberto J. (1995), *Ceremonia y poder a finales del Antiguo Régimen. Galicia 1700-1833*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

Lozano, Cristóbal (1665), *Los reyes de Toledo*, Toledo: Francisco Serrano de Figueroa.

Martínez Oliver, Bartolomé (2015), «Fiesta, poder y devoción en la Mallorca de los siglos XVII y XVIII. El discurso narrativo y el vocabulario artístico del arte efímero y procesional en los espacios urbanos y eclesiásticos», en Nuria Rodríguez-Ortega y Miguel Taín Guzmán (coords.), *Teoría y literatura artística en España: revisión historiográfica y estudios contemporáneos*, Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pp. 680-705.

Monteagudo Robledo, María Pilar (1993), «Fiesta oficial e ideología del poder monárquico en la proclamación de Luis I en Valencia», en León Carlos Álvarez Santaló y Carmen M.ª Cremades Griñán (eds.), *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, vol. 2, Murcia: Moratalla, pp. 329-337.

Montoya Rodríguez, María del Carmen (2009), «Los discursos del orden ante la quiebra del sistema moderno: papeles impresos y fiestas sevillanas por la proclamación de Carlos IV», en Elena de Lorenzo Álvarez (coord.), *La época de Carlos IV (1788-1808)*, Oviedo: Ediciones Trea, pp. 781-794.

Muntaner Bujosa, Juan (1968), *Bosquejos de la Ciudad de Palma*, Palma: Ajuntament de Palma.

Pascual Ramos, Eduardo (2017), «De la marginación a la participación desde la periferia. La representación del reino de Mallorca en las Cortes del siglo XVIII», en Manuel Rivero Rodríguez (ed.), *La crisis del modelo cortesano: el nacimiento de la conciencia europea*, Madrid: Polifemo editorial, pp. 173-198.

Pascual Ramos, Eduardo (2013), «El régimen de gobierno del reino de Mallorca durante el siglo XVIII», en *Corte de los Borbones: Crisis de modelo cortesano*, I, Madrid: Polifemo, pp. 649-690.

Pascual Ramos, Eduardo (2016), *El Decret de Nova Planta de Mallorca. Temps del Leviatan*, Palma: Lleonard Muntaner editor.

Pascual Ramos, Eduardo (2021), «La liturgia del absolutismo. Las exequias reales en el reino de Mallorca a finales del Antiguo Régimen», en José Martínez Millán y Natalia González Heras (coords.), *De reinos a naciones: política e instituciones*, Madrid: Polifemo editorial, pp. 189-225.

Pascual Ramos, Eduardo (2023), «Las proclamaciones regias en la capital del Reino de Mallorca (1724-1789)», *Obradoiro de historia moderna*, 32.

Pascual Ramos, Eduardo (2023b), «Fiesta y ceremonia por el monarca ausente. La real proclamación de Luis I en la capital del reino de Mallorca», *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea*, 43, pp. 554-581.

Pascual Ramos, Eduardo (2024), «Representar la ausencia. Celebraciones de los ciclos vitales de la familia real en la capital del reino de Mallorca a finales del Antiguo Régimen (1715-1833)», *Memoria y Civilización*, 27(I), pp. 255-285 (en prensa).

Perelló, Antonia M. (1986), «La «festa barroca» a la Mallorca del segle XVIII», *Pedralbes: Revista d'història moderna*, 6, pp. 71-82.

Pérez Samper, María Ángeles (1997), «El Rey Ausente», en p. Fernández Albadalejo (coord.), *Monarquía, Imperio y Pueblos de España Moderna*, Alicante: Universidad, pp. 379-393.

Quijada Álamo, Diego (2021), *Celebración y propaganda regia. Fiesta y regocijo en Palencia (1700-1834)*, Valladolid: Universidad de Valladolid.

Ramis de Aireflort y Sureda, José (reed. 1998), *Alistamiento Noble de Mallorca*, Palma: E. y p. Libros Antiguos.

Rodríguez Moya, Inmaculada (2015), «Un archipiélago para los Borbones: fiestas regias en Mallorca en el siglo XVIII», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie VII, 3, pp. 311-342.

Salvá Riera, J. (1968-1972), «Fiesta caballeresca en el Borne», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 33, pp. 287-313.

Sebastián, S. y Alonso, A. (1973), *Arquitectura mallorquina y contemporánea*, Palma: Estudio General Luliano.

Serrano Martín, Eliseo (2019), «Ceremonias y cultura política en el Reino de Aragón con los primeros borbones (1700-1746)», *Magallanica: Revista de Historia Moderna*, 5, 10, pp. 78-109.

Soto Caba, Victoria (1990), «Fiesta y ciudad en las noticias sobre la proclamación de Carlos IV», *Espacio, Tiempo y Forma, serie VIII. Historia del Arte*, 3, pp. 259-271.

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425585615

# LA POLÉMICA DE LOS GATOS DE 1779, ¿UNA APOLOGÍA ANIMALISTA?

## *The Cats' Controversy of 1779, an Animalist Apology?*

Miguel RODRÍGUEZ GARCÍA
Investigador independiente
miguelrodgar@gmail.com

Fecha de recepción: 29/08/2024
Fecha de aceptación: 20/02/2024

RESUMEN: En 1779 Mariano Madramany publicó en Madrid, bajo seudónimo, una curiosa *Oración* en la que argumentaba que era preferible sufrir ratones en las casas a tener gatos. Ese mismo año, esta premisa animó a otros tres autores (y a él mismo, usando otro seudónimo) a defender la utilidad de los felinos domésticos y a disculpar sus conductas más vituperadas. Estas obras constituyen ejercicios de retórica y despliegues de erudición e inventiva, pero también contienen información del trato hacia los gatos por parte de los españoles de la época, de algunos de sus hábitos biológicos, leyendas, anécdotas, noticias históricas, supersticiones y referencias a la literatura anterior. El objetivo de este trabajo es el estudio de esta polémica, sus antecedentes literarios y su contenido animalista desde la perspectiva de los estudios de animales, con el fin de iluminar la relación entre los españoles y los gatos reflejada en estos textos.

*Palabras clave*: gato; polémica; Ilustración; estudios de animales; Madramany; Paradis de Moncrif.

ABSTRACT: In 1779 Mariano Madramany published in Madrid, under a pseudonym, a curious *Oración* in which he argued that it was preferable to have mice in houses instead of cats. That same year, this premise encouraged three other authors (and himself, using another pseudonym) to defend the usefulness of domestic cats and to excuse their most vilified behaviors. These works constitute

rhetorical exercises and displays of erudition and inventiveness, but they also contain information on the treatment of cats by the Spaniards of the time, on some of their biological habits, legends, anecdotes, historical news, superstitions, and references to former literature. The objective of this work is the study of this controversy, its literary background and its animalist content from the perspective of *Animal Studies*, in order to illuminate the relationship between the Spanish and cats reflected in these texts.

*Key words*: cat; controversy; Enlightenment; Animal Studies; Madramany; Paradis de Moncrif.

## 1. Introducción

Las polémicas literarias se sucedieron con asiduidad en la España del Setecientos. A su amplia variedad temática hay que sumar el empleo de diversos formatos discursivos, pues estos escritos se formulaban como *oraciones*, *disertaciones*, *diálogos*, *cartas*, *apologías*, etcétera (Aradra Sánchez, 2021: 36-41). Además de servir para la reflexión y el contraste de ideas, las polémicas funcionaban como un cauce por el que dirimir rivalidades entre autores, trasladando ataques más o menos velados –bajo la protección del seudónimo– a los que subyacen intereses políticos y personales (50-51). En el caso que nos atañe, los participantes de la polémica de los gatos de 1779 son cuatro y todos se ocultan tras seudónimos: su iniciador, Mariano Madramany y Calatayud; Marcos Antonio de Orellana; Miguel Serrano Belezar, y Gregorio Romay Ceda. Los tres primeros son valencianos y abogados, mientras que el cuarto es un seudónimo –según Aguilar Piñal (1995: 601)– que corresponde a un autor no identificado.

En este trabajo efectuamos un análisis de las obras de esta controversia, que aún no habían sido estudiadas con detalle pese a su interés para el conocimiento de la situación y de las opiniones que se tenían en la época sobre un animal tan popular en la actualidad como lo es el gato. Valoraremos la información que recogen sobre el trato de los felinos domésticos por parte de los españoles; sus posibles modelos y referencias literarias, y el modo en que representan a los gatos: sus hábitos biológicos y conductas aludidas, noticias históricas, supersticiones y leyendas relativas a ellos, etcétera. Una de las preguntas a la que intentaremos responder es en qué medida estas publicaciones abogan por el felino doméstico, teniendo en consideración las razones que se arguyen para despreciarlo, los argumentos en los que se sustenta su defensa, hasta qué punto domina la sátira o si se emplea el tema como una simple excusa para el lucimiento (de conocimientos, de estilo, de ingenio…) de los autores.

Dado el enfoque de esta investigación, resulta indispensable la elección de las perspectivas teóricas de los estudios de animales. No realizaremos un panorama de los orígenes intelectuales de esta corriente o una revisión de su influencia

en la academia española[1]. Baste indicar que los estudios de animales son un campo interdisciplinar que pone el acento en la interacción entre el ser humano y otros animales (DeMello, 2021: 4-5), procurando superar las reductivas interpretaciones simbolistas en disciplinas como la literatura, en la que usualmente los animales se entienden como alegorías y metáforas de conceptos humanos, lo que anula su agencia y los convierte en seres vacíos e invisibles (Lönngren, 2021: 39-40). En concreto, en este trabajo adoptaremos algunos planteamientos de Éric Baratay, uno de los principales promotores de los estudios de animales en Francia. Este investigador, que ha discutido la pertinencia de figurarse el punto de vista de los animales y de tener en cuenta el cambio de sus comportamientos y culturas en función de su relación histórica con la humanidad (Baratay, 2014: 97-98), ha defendido la necesidad de acudir a ciencias naturales como la etología para el estudio de los animales en la historia (Baratay, 2017: 235-237). En el caso que nos concierne, será preciso indagar en la conducta del gato y en la psicología para la correcta valoración del contenido de estas publicaciones y de su veracidad. Sin embargo, y puesto que parte de la información que se reproduce en estas obras procede de fuentes escritas, su estudio ha de complementarse con el recurso a fábulas, cuentos populares, historias naturales y otros documentos históricos y literarios, en un acto de transgresión de las fronteras disciplinares obligatorio para la práctica de los estudios de animales (Morgado García, 2011: 18).

Un paso previo al análisis de los textos estriba en facilitarle al lector unas notas mínimas del que ha sido el papel de los gatos en las sociedades humanas europeas hasta el Setecientos, información que contribuye a la contextualización del tema estudiado y que justifica la excepcionalidad y la importancia de la existencia de una apología felina.

Aunque probablemente fueron los romanos los introductores del gato en varias partes de Europa, la relación de la humanidad con este felino es mucho más antigua: fue el desarrollo de la agricultura en Oriente Medio, hace 11000 años, lo que propició la domesticación de los gatos a partir de un comportamiento comensal, pues se aproximaron a los asentamientos humanos por la mayor abundancia de roedores (Serpell, 2014: 87-93). No obstante, si en Egipto el gato había recibido veneración desde la Antigüedad, en Occidente no corrió la misma suerte. Las gatas fueron asociadas por los naturalistas clásicos con la lascivia (Aristóteles, 1992: 241-242), una connotación simbólica –la del erotismo femenino– que aún perdura y que se advierte en títulos de la literatura áurea española como *La Gatomaquia* (1634), de Lope de Vega, una obra que ha recibido una interesante interpretación de Martín (2012: 410-419), en la que son exploradas las zonas de contacto entre las mujeres y los felinos domésticos. En la Edad Media, la bula papal promulgada

1. Sobre la gestación de la conciencia animalista desde 1970 y su relación con los estudios literarios, véase Marrero Henríquez (2017: 259-266). Acerca de la penetración de los estudios de animales en España, léase Carretero González y Marchena Domínguez (2018: 19-20).

por Gregorio IX en 1233, *Vox in Rama*, testimonia la aversión que suscitaban los gatos negros, vinculados a Satán y a la herejía (Engels, 2001: 183-188). En relación con los casos de brujería, en el *Malleus Maleficarum* de 1487 se describe la metamorfosis de varias mujeres en gatos y se apunta su simbolismo demoníaco (Mackay, 2009: 340-342). Estos felinos son asimismo mencionados entre las formas que asumen los brujos en el *Auto de fe* de Logroño de 1610, que editó en 1811 Fernández de Moratín (1820: 43). Si bien en España la condena de brujas por parte de la Inquisición no parece que fuera tan ferviente como la que tuvo lugar en otros países europeos (Pérez, 2022: 75), la afinidad entre estas hechiceras y los gatos pervivió en la literatura del dieciocho, en la *Nueva relación y curioso romance* debida a un autor anónimo (1700-1800: s. p.) que relata un caso acontecido en Oviedo, en 1752, sobre una anciana bruja a la que le desfiguró el rostro el Diablo transformado en gato negro. También reaparece, más tarde, en la serie de grabados de *Los Caprichos* de Goya, y todavía se produjo una ejecución por brujería –la de la Beata Dolores– en 1781, en Sevilla.

Relevante para nuestro análisis es el asunto de las torturas y matanzas de gatos (y otras criaturas), que nunca faltaban en los salvajes juegos carnavalescos que se celebraban en España durante la Edad Moderna, como demuestra la «broma» de la *gatada*, explicada por Calderón, que implicaba el apaleamiento del felino (Deleito y Piñuela, 1988: 24); o los tristemente célebres órganos de gatos medievales (Delort, 1984: 342). En Francia, se quemaban gatos en las hogueras de San Juan (Michelet, 2014: 12) y es bien conocido el episodio de la Gran Matanza de Gatos de París de 1730, escrito por Nicolás Contat y que estudió en profundidad Darnton (2022: 84-111). El refranero español ofrece pistas de la que fue la relación entre los seres humanos y los gatos entre los siglos XVI y XVII, caracterizada por la precariedad del sustento de los segundos y por su utilización para el exterminio de ratones en las viviendas en obras como el *Vocabulario de refranes* de Correas (Cazal, 1997: 47-49). En el resto de Europa, el afecto que cosecha el felino doméstico es variable: en Francia, Richelieu o Montaigne –entre otros– sentían simpatía por los gatos, pero no así el célebre naturalista Buffon (1847: 180), que afirma que tienen «una malicia innata, un carácter falso, un natural perverso que se aumenta con la edad, y que la educacion no hace mas que disfrazar». También fueron defendidos con ímpetu por el poeta inglés Alexander Pope (1796: 348-349) en un ensayo que se publicó originalmente en 1713 y en el que se pronunciaba no solo por los gatos, sino por todas las especies que no se probasen perjudiciales para el ser humano[2].

2. En el siglo XVIII fueron más los pensadores que reprobaron el abuso de la especie humana sobre otras, un presagio de la emergencia de una mayor concienciación en el Ochocientos. A filósofos como Voltaire, Rousseau o Bentham y naturalistas como Buffon, ha de añadirse el padre Feijoo, que allanó el camino intelectual en España hacia una actitud animalista, como estudió Escartín Gual (2017: 350-359). Sobre la innovación y la trascendencia del pensamiento del benedictino en lo alusivo a la consideración hacia los animales en el siglo XVIII, puede leerse también Gómez Centurión (2011: 403-412).

Si Boehrer (2010: 20) fecha entre los siglos XVI-XVII el cambio en la percepción del gato en Europa, que habría pasado de ser un carroñero tolerado en los hogares a convertirse en animal de compañía, y Thomas (1983: 110) marca el dieciocho como el momento en el que este felino se establece como mascota estimada en Inglaterra, nosotros matizaríamos que dicha transformación, al menos en España y fuera de las clases sociales más elevadas, no parece que se consolide, como pronto, hasta la horquilla entre los siglos XVIII y XIX[3]. Si bien el apego de las personas hacia animales concretos ha existido desde siempre, el amor por las mascotas como tendencia social y cultural nace en la Europa dieciochesca y decimonónica (Raber, 2011: 87). En el caso del gato, sabemos que ya podía entrar en las casas desde finales de la Edad Media, pero su aceptación en el domicilio se supeditaba, generalmente, a su actividad utilitaria como cazador de ratones, refrendada en refraneros y diccionarios[4], una ocupación que se destaca por encima de cualquier otra consideración. Así pues, lo que impera en la España de este periodo es una visión utilitaria de este animal, siguiendo la clasificación de Morgado García (2015: 14).

Por último, habrá que puntualizar que esta polémica compete especialmente a los gatos domésticos *(Felis silvestris catus)* residentes en las casas, no a los gatos monteses *(Felis silvestris)* ni tampoco a los gatos de granja o los gatos callejeros o ferales, algunos de los grupos que distinguen los etólogos partiendo de su relación con los seres humanos[5], un factor crucial –coincidimos con Baratay (2021: 13-17)– y que se debe especificar para la adecuada delimitación del objeto de estudio, ya que cada una de estas poblaciones exhibe conductas diferentes. En este sentido, las obras que estudiaremos se ubican en un punto evolutivo inmediatamente anterior o, quizás, transicional hacia el concepto contemporáneo del gato como animal de compañía (cuya función más eminente, por la que reciben cariño y cuidado, es la de acompañar al ser humano), deudor de una mirada afectiva

3. En relación con la historia de las mascotas en Occidente, puede consultarse la espléndida síntesis de Zelinger (2021: 426-431), en la que discute la existencia de los animales de compañía antes de la Edad Moderna, apuntando como factores para su surgimiento los avances socioeconómicos, tecnológicos y científicos, y la gestación de una nueva sensibilidad –a la que ya se refirió Thomas– que se intensifica desde finales de la centuria del XVIII y, especialmente, en la del XIX. En lo atañedero a las asociaciones de clase sobre la tenencia de mascotas, se apreciarán asimismo en el cuadro goyesco de *Don Manuel Osorio Manrique de Zúñiga, niño* (ca. 1787) (Vázquez Jiménez, 2017: 70-71).

4. Basta ver la definición de «gato» que proporciona Covarrubias (1611: 431), que le otorga el cometido de limpiar la casa de ratones. Este era el principal propósito de su crianza en los hogares, según el *Diccionario de Autoridades* (Real Academia Española, 2012). Décadas más tarde, Terreros y Pando (1787: 217) indicaba su enemistad natural con los ratones, sin referirse explícitamente a su labor doméstica. Habrá que esperar a la quinta edición del *Diccionario de la lengua castellana* para que en la entrada del gato no se aluda a su deber como controlador de alimañas, si bien se continúa resaltando su antipatía hacia estas, así como la creencia de que es poco agradecido (Real Academia Española, 1817: 439), una prueba de la baja estimación que han padecido en España estos felinos. De hecho, las dudas relativas a su utilidad aún se prolongarán hasta bien entrado el diecinueve (Morgado García, 2015: 277).

5. Véase, por ejemplo, Brown (2020: 76-79).

más desarrollada desde el diecinueve, pero que se alcanza a vislumbrar en varios de estos textos.

## 2. Las oraciones de Madramany

Mariano Madramany y Calatayud nació en L'Alcùdia de Valencia en 1746, estudió Derecho Civil en la ciudad de Valencia, se doctoró en Leyes en 1768, se trasladó pocos años después a Madrid para ejercer de jurista, fue secretario del Santo Oficio en Valencia desde 1815 y, en 1817 y hasta su muerte en 1822, fiscal en Mallorca (Lledó Cardona, 2013: IV-XXVI). Su primera *Oración* es un ejercicio de retórica, un interés del autor que, casi dos décadas después, daría lugar a la elaboración de su manual de retórica, *Tratado de la elocución o del perfecto lenguaje* (1795). El autor declara el carácter experimental de esta *Oración* en una nota añadida a la segunda edición de 1816, defendiéndose de quienes lo acusen de haber invertido su talento en un tema aparentemente estéril y ponderando el ingenio, la erudición y el mérito de esta obra (Madramany, 1816: 3-4). El empleo de un seudónimo (Damián Marón en la primera oración; Ramón en la segunda) sugiere que no deseaba que lo identificasen, probablemente por juzgar el tema poco relevante; es más, el autor no consideraba que fuera una de sus obras de mayor valor (Lledó Cardona, 2013: XXIV). Estos hechos nos informan del escaso interés que merecían los asuntos concernientes a los animales no humanos en la literatura de la época, a no ser que se pudiera extraer algún provecho o entretenimiento de ellos. Madramany lo demuestra en el resto de su producción literaria, con otros dos títulos que versan sobre las abejas y sobre los gusanos de seda, respectivamente: *Analogía entre la monarquía constitucional y la república de las abejas* (1820) y *Discurso sobre la segunda cosecha de seda* (1787). En el primer caso, se establece un paralelismo con el gobierno humano basado en las propiedades simbólicas de las abejas –su organización social, ya alabada por los autores latinos (Plinio, 2003: 461-462)–, a las que se ha de sumar su utilidad para el hombre por la generación de miel; y, en el segundo, el gusano es el encargado de elaborar este producto y, si bien Madramany no alude a esta realidad en el texto, el procedimiento estándar para obtener la seda consiste desde antiguo en hervir o ahumar al insecto que habita el capullo antes de que lo rompa, a fin de prevenir el deterioro del material.

En otras palabras, Madramany no era un animalista tal y como entendemos hoy ese concepto. La disputa literaria que inició fue un ensayo en el que hacía gala de su originalidad y de su capacidad argumentativa mediante la defensa de una postura controvertida. Sin embargo, la idea de contraponer a estos dos animales –que se había considerado fruto de su ingenio y que Madramany había ofrecido al público como tal– probablemente no fuera suya. Como discurriremos más abajo, parece seguro afirmar que se inspiró en Paradis de Moncrif, poeta e historiador francés que en 1727 había publicado unas cartas apologéticas de los

gatos, *Les chats*[6], y que en ese mismo año dio a la imprenta *Lettre d'un rat Calotin, a Citron Barbet*, un texto paródico en el que refutaba algunos de sus argumentos anteriores y se burlaba de sí mismo[7].

En los dos siguientes subapartados analizaremos el contenido de sus oraciones, que cotejaremos al final con los textos de Paradis de Moncrif.

### 2.1. La *Oración* a favor de los ratones

Esta oración comienza con la acostumbrada justificación del autor, en la que explica al lector el motivo que lo habría impulsado a escribir sobre dicho tema: en una tertulia a la que asistía se estaban denunciando las arterías y rapiñas de los gatos, y a él se le ocurrió respaldar la atrevida proposición que ya anticipa el título de su primera *Oración* (Madramany, 1779a: II-III). Dejando de lado el grado de veracidad de este suceso, Madramany presenta su obra como un epítome de erudición y de ingenio, y menciona otras que han tratado con estilo sublime de asuntos triviales, como la *Batracomiomaquia* atribuida a Homero y la *Galeomiomaquia* de Teodoro Pródromo, que él le adjudica a su editor, Aristóbulo Apostolio. En los siguientes folios el autor introduce su tesis: que la presencia de ratones en los hogares es preferible a la de los gatos. Esto no implica que el autor exculpe a los roedores de sus tropelías, pues los considera «ladrones de todo quanto la economía conserva, sucios y hediondos animalejos, que todo lo roen, causándonos aun mayor incomodidad por lo asqueroso, que por su glotonería» (II); más bien, señala que los felinos son todavía peores.

Su argumentario puede concretarse en cinco puntos:

1. La voracidad de los gatos, puesta en relación con su tendencia al robo de víveres, una reputación negativa (la de ladrones) que había sido aprovechada literariamente por Quevedo y que estaba bien instalada en el imaginario popular[8]. Aunque admite que los ratones lo roen todo, estos felinos se comportan como rateros que usurpan «lo mas guardado» (IV), en tanto que los roedores cometen solo sustracciones menores. Refiere el autor los hurtos de los gatos en las cocinas y cómo dan cuenta de las

6. Esta obra, reeditada en 1767, no pasó desapercibida en la Francia del siglo XVIII y recibió una réplica en *Histoire des rats* (1737), atribuida a Claude-Guillaume Bourdon de Sigrais. Como el texto de Madramany, *Les chats* posee no pocas vetas satíricas (de hecho, fue concebida como una crítica contra la pedantería). Por ejemplo, se celebra la desaparición de los gatos en las hogueras de San Juan como si fueran días de júbilo para esta especie (Paradis de Moncrif, 1727a: 7) y se alaba hiperbólicamente el sonido de sus maullidos (52-53).

7. Sin ir más lejos, el ficticio escritor de la carta es una rata que encuentra el libro de *Les chats*, regalado y aún sin abrir, en la biblioteca de una dama (Paradis de Moncrif, 1727b: 7).

8. Una de las acepciones de «gato» en el *Diccionario de Autoridades* (Real Academia Española, 2012) aplica metafóricamente esta voz a los ladrones, definición que también recoge Covarrubias (1616: 431).

longanizas, salchichas, torreznos, pedazos de carne, etcétera. Además, mientras que los ratones solo devoran la comida que está en el suelo, los gatos «no dexan ni en los elevados clavos, ni en los altos estantes ó vasares cosa que no sirva á su insaciable apetito» (X). Estos delitos, perpetrados siempre con ligereza y astucia, provocan disgustos a las familias y originan reprimendas de las amas a las criadas por sus descuidos almacenando las viandas, de los que se beneficia el gato (XIV).

2. Las manchas de la orina en la ropa y la hediondez de los excrementos de los gatos, que, según este autor, depositaban en el grano, en el carbón o en el cisco para la lumbre, de manera que al encender la estufa se esparcía el hedor por la vivienda (XV). Esta conducta, con visos de certeza, podría derivar del estrés, del ocultamiento deliberado de las heces por los castigos recibidos, de impulsos territoriales o bien de la ausencia de un espacio acondicionado en el domicilio para su evacuación (Brown, 2020: 146-149).
3. La malignidad de los gatos y la cualidad tóxica de su saliva (Madramany, 1779a: XVI), un punto en el que sigue al médico italiano Pablo Zaquías, que indica los desmayos que causan los gatos entre ciertas gentes (XVI-XVII). Aunque, de hecho, muchas de las supersticiones en torno a la toxicidad del vello felino, sobre las "alergias" –temblores y sudores– que teóricamente generaban los gatos, databan de etapas anteriores y ya fueron descritas en el siglo XVI por Gesner (Delort, 1984: 341) y por Ambroise Paré (Bobis, 2006: 95-96). Por el contrario, los ratones poseerían propiedades medicinales, de acuerdo con Plinio.
4. Los daños que provocan los gatos con sus mordeduras y arañazos a quienes les pisan la cola por accidente o a los niños que les hacen «burlas» (XVII).
5. El sonido estridente de los maullidos de los gatos en enero, el mes del celo –junto con febrero– según el conocimiento popular vertido en el *Refranero* de Correas (Cazal, 1997: 46), y cómo perturba el sueño, frente al más suave murmullo de masticación de los ratones (Madramany, 1779a: XVIII-XIX). Con ello se proclama un dato erróneo, pues el estro de las gatas, cuyos clamores son constantes y ruidosos en este periodo, empieza comúnmente a partir de la primavera (Brown 2020: 90-91).

Por todo esto, el valenciano concluye que los gatos deben eliminarse y desterrarse de la compañía del ser humano, y más cuando pueden ser sustituidos en la caza de ratones por trampas y venenos fabricados por el hombre (Madramany, 1779a: XIX-XX). Se dirige entonces a las cocineras, asegurándoles que, una vez se haya expulsado a estos felinos de los hogares, «verémos en estas [las cocinas] renovado el dichoso siglo de oro» (XX). La obra se cierra con un soneto del autor en el que se reprueba al gato.

No hay mucho que comentar desde una perspectiva animalista en este documento, diseñado desde su formulación primera hasta su finalización en términos

utilitarios. La visión de Madramany es completamente antropocéntrica, no disculpa a los gatos por sus comportamientos instintivos –tampoco a los ratones– e incluso se insinúa que deben soportar los castigos (denominados «burlas» por el autor) a los que los someten los niños sin resistirse. Adviértase, eso sí, que en el texto se verifica la antigua asociación entre el fingido destinatario de su mensaje (las cocineras), al que se invoca en las últimas líneas, y el objeto central de la discusión: el felino. Se plantea con este artificio retórico que el interés de esta cuestión se circunscribe al estrecho ámbito doméstico, el emplazamiento tradicional de las mujeres y los gatos en la España de la época[9], una evidencia más de la posición de reducida importancia que ocupaban determinados animales en la mentalidad del momento.

### 2.2. Oración en defensa de los gatos

Esta segunda oración, publicada el mismo año, contó también con otra edición en 1816. En este documento, Madramany, utilizando un anagrama distinto por seudónimo, desmonta uno a uno los argumentos que esgrimía en el texto anterior y arremete contra los ratones. En el prólogo indica que el deseo de novedad y de ostentar erudición e ingenio se hallará en los cimientos de la *Oración* previa (Madramany, 1779b: I-II), una forma de desautorizarla y de preparar el terreno para la tesis que sostendrá aquí: «los importantes servicios que han hecho los gatos á los hombres, y á mí en particular» (III), que los hacen merecedores de la estimación de las gentes.

En primer lugar, Madramany rebate la gravedad de los hurtos de estos felinos. Los disculpa de sus latrocinios por la falta de atención de la cocinera o por el «hambre extraordinaria, nacida de no haberles dado de comer à su tiempo, y como merecen sus servicios» (IV). Los gatos, para él, «son ladrones, digamoslo asi, por accidente», mientras que los ratones roban por naturaleza (IV), y afirma que, si se les alimenta, como se hace en ciertas bibliotecas e iglesias, «no están precisados, como algunos infelices à tomar el oficio de ladrones» (V). Por tanto, defiende también a los gatos de los descuidos de las criadas, pero «aun en esto son utiles, pues contribuyen à que las cocineras procuren guardarlo todo, y ponerlo en salvo contra otros gatos de mayores uñas, exercitando por este medio la diligencia, y el cuidado» (VII), una metáfora con la que alude a los más glotones humanos.

También ataca el autor a los ratones: nota la agudeza de sus dientes, su ligereza trepando, su astucia y su valor, refiriendo a este respecto varias historias curiosas. De fray Luis de Granada extrae un relato sobre cómo los ratones meten

9. Pese a la existencia de una creciente discusión científica en torno a las diferencias de los sexos, la conexión entre la feminidad y la esfera del hogar y su administración, que se remonta en realidad a etapas pasadas (Outram, 1995: 81-89), sigue activa en la era ilustrada, como apreciamos en estos documentos.

la cola en las aceiteras para sorber el aceite (IX). Del naturalista español Jerónimo de Huerta, traductor de Plinio, trae otro cuento –que, en realidad, proviene de Eliano (1984: 232)– de ratones que utilizan sus colas como cuerdas para sacar de un vaso a otro cautivo (Madramany, 1779: X-XI). Otra narración fantástica sobre el arrojo y la glotonería de estas criaturas la toma del padre Feijoo, quien a su vez siguió al historiador Gil González Dávila, y trata de una plaga de ratones que fue supuestamente enjuiciada y exiliada de Asturias (X-XI)[10]. Abunda Madramany en su condición de plaga, atestiguando su uso como tal por parte de Dios en la Biblia; la muerte del arzobispo de Maguncia del siglo X, Hatto II, por obra de estos roedores –que es, en verdad, el cuento folclórico de la Torre del Ratón (ATU 751F*) (Uther, 2004a: 405)–, y otras narraciones de la destrucción que eran capaces de provocar, como el hecho de que desalojasen de humanos la Isla de Giara, según Teofrasto (Madramany, 1779b: XI-XII).

Seguidamente declara que los ratones son mucho más sucios que los gatos, pues viven en lugares inmundos, nutriéndose de la basura (XII), y despiertan más espanto entre las damas (XIII). Defiende a los gatos de la acusación de hediondez, apuntando que si depositan sus heces en zonas recónditas es porque intentan esconder su excremento «para que no ofenda, y mortifique su delicado olfato» (XIV), razones higiénicas que los investigadores consideran posibles y que se deben unir a un potencial proceso de cría selectiva (Bateson y Turner, 2014: 236). Nuestro autor da testimonio de su limpieza por las múltiples veces que se asean la cara, citando a Buffon. Se refiere, además, al maro o *marum*, conocido como «tomillo de gato» en la actualidad, que despide un olor fragante que sería del agrado de estos felinos (Madramany, 1779b: XIV-XV), en lo que parece una confusión con las propiedades de la hierba gatera *(Nepeta cataria)*, ya identificada en la época, que actúa como un estimulante para los gatos (Brown, 2020: 61). El valenciano recurre al *marum* para descalificar a su otro seudónimo, Marón, basándose en la presunta etimología de su apellido, pues estos felinos dañan la planta al lamerla y al revolcarse sobre ella (por su afición a esta), «de donde se descubre la causa del odio á los gatos» (Madramany, 1779b: XV), que habría sido heredada.

Sobre la hipotética malignidad de los gatos y los desmayos que, en teoría, producía su presencia, expone aquí que se debe a «la particular disposicion ó causa unicamente relativa à aquellos sujetos» (XVII), desmintiendo dicha superstición. En cuanto a los maullidos y la conducta de los gatos en enero, los indulta por motivos puramente instructivos y simbólicos, que recuerdan al uso didáctico de las fábulas, ya que una vez pasada la etapa reproductiva «buelven à aquel reposo primero, que observan los machos con las hembras con toda honestidad,

10. Madramany no puntualiza un dato importante y que habría debilitado su argumentación: que el padre Feijoo (1773: 351) dudaba en su texto sobre la veracidad del suceso referido por González Dávila, quien rescató de un escrito el proceso de este pleito, y especulaba que podría tratarse de una pieza burlesca.

y templanza, dando à los viciosos exemplo de moderacion, los quales en todos tiempos gatean» (XVIII). Esta información, procedente de saberes populares, no se corresponde con nuestros conocimientos actuales de los ciclos sexuales de las gatas, que entran en su periodo fértil varias veces al año y, sobre todo, en los meses cálidos (Brown, 2020: 90-91). En todo caso, los ratones serían mucho más promiscuos y fértiles que los felinos, una certeza que argumenta acudiendo a diversos autores y a los naturalistas clásicos (Madramany, 1779b: XIX-XX). A efectos de su proliferación, y teniendo en cuenta lo que había indicado sobre la perspicacia de los ratones, Madramany también cuestiona que las ratoneras sean soluciones eficaces para deshacerse de estas criaturas, cuyo veneno no solo evitan, sino que además ha sido la causa de la muerte de algunos niños (XX). Los gatos, no obstante, habrían sido investidos de garras, agilidad y astucia por la Divina Providencia para la caza de ratones, así como de ojos resplandecientes y buena vista en la oscuridad (XXII-XXIII).

En las últimas páginas, Madramany certifica el aprecio que han merecido los gatos en el Antiguo Egipto, donde se imponían graves penas a quienes los hiriesen, y el hecho de que hayan acompañado a hombres célebres como Petrarca y hayan sido conmemorados en epigramas, como los que reproduce del poeta italiano Antonio Querenghi, dedicados al elogio de su gata (XXII-XXIV). Tras haber aducido los numerosos beneficios de esta especie, reprende al señor Marón e insta a los felinos domésticos a «vindicar vuestra honra con las agudas y penetrantes uñas que os dió naturaleza, esgrimiendolas contra quien no respetando vuestros vigotes, os echó en ellos tantas injurias y baldones» (XXV). Apostrofa finalmente a los héroes gatunos de la *Gatomaquia* y los anima a vengarse de sus enemigos y a detener a Marón con el fin de restituir «la posesion del justo aprecio de las gentes por medio de vuestras armas ofensivas, al paso que yo os defiendo tambien con el cañon de mi pluma, y estas balas de papel» (XXVI), en un deslizamiento final hacia lo paródico que, sin invalidar sus razonamientos anteriores, le resta seriedad a la oración.

La representación del gato en esta oración es infinitamente más positiva que en la primera, en tanto que el ratón resulta aún más vilipendiado, lo que intensifica la oposición entre el útil felino doméstico y los fastidiosos roedores. El gato alcanza aquí una mejor consideración y es dispensado por comportamientos que atentan contra los intereses de los humanos. Por ejemplo, el hecho de que ocasionalmente robe comida es justificado por la necesidad natural de alimentarse y se culpa a los amos que les hacen pasar hambre y a las criadas que no guardan bien las viandas.

La conducta de los gatos se reproduce de un modo relativamente fiel, según los conocimientos zoológicos de la época y las ideas populares sobre sus hurtos y celos, con un apunte llamativo, en la oración previa, en lo tocante a los sitios donde evacúan. En cambio, la información de los ratones procede más a menudo de referencias antiguas y de cuentos y relaciones fantásticas que, pese a recogerse en crónicas e historias naturales, podrían considerarse fábulas. Este patrón se reitera

para los otros autores de la polémica, que acuden con más frecuencia a este tipo de documentos para retratar a estos roedores, menos conocidos y tratados por las personas, en general, que los felinos domésticos.

El número de fuentes que emplea aquí Madramany es mucho más nutrido que en su primera oración y revela el conocimiento enciclopédico del autor. Teniendo en cuenta que esta obra se publicó también en 1779 –lo que sugiere que ambas fueron preparadas simultáneamente, o bien una inmediatamente después de la otra–, parece evidente que el autor se reservó la mayor cantidad de erudición para la defensa del felino doméstico, una empresa más fácil de ejecutar, para la que dispondría de más testimonios y que avalaba, asimismo, la razón ilustrada. El valenciano cita o al menos menciona a Quevedo, Jenofonte, Piero Valeriano, Plutarco, Erasmo, Alciato, Aristóteles, Lope de Vega, Buffon y un largo etcétera. Se encontrarán asimismo frases hechas –también aparecía alguna en su otra oración– y una alusión no documentada por el autor a Plinio (2003: 130), cuando afirma que el elefante teme al ratón (Madramany, 1779b: XIII)[11]. Así pues, y como era de prever, proliferan las alusiones a los naturalistas clásicos, que nunca perdieron su atractivo ni su prestigio entre las masas, pese a los progresos en las investigaciones zoológicas y a la paulatina popularización de la historia natural por vía de las traducciones de Buffon (Gómez Centurión, 2011: 72-80), también invocado por nuestro polemista.

En cuanto a la deuda de Madramany con Paradis de Moncrif, apreciamos un tono burlesco común y paralelismos temáticos entre las cartas del francés y las oraciones de nuestro autor, como, por ejemplo, las referencias al aseo de los gatos, a sus maullidos, a los desvanecimientos que pueden provocar, al Antiguo Egipto o a la toxicidad de ciertos efluvios. La selección de herramientas argumentativas es parecida, pues ambos se apoyan en todo género de erudición, en refranes, en poemas y en la etimología. Sin embargo, el planteamiento y la organización de la materia por parte de Madramany resultan distintos de los que realiza Paradis de Moncrif. El francés escribe una historia apologética del gato, mientras que Madramany polemiza sobre la necesidad de hospedar a estos felinos en las casas, confrontándolos con los ratones, y compone su discurso con la finalidad de probar dicha tesis. Sí se percibe una semejanza más notable con el prólogo de la segunda edición de la obra de Paradis de Moncrif (1767: III-VIII), en el que también se enumeran poemas satíricos dedicados a animales, se justifica la elección de un asunto banal (aquí, por la elevación del espíritu) y se dirige el texto a un público femenino, aspectos que también aparecen al inicio de la primera oración del valenciano o en su conclusión. En todo caso, las coincidencias en el contenido seguramente

11. Indica Madramany en el mismo pasaje que el león también se espanta del ratón, pero esta información no figura ni en la fábula clásica ni en la historia natural, donde lo que ahuyenta al monarca felino, según Eliano (1984: 168), es el canto del gallo. Podría tratarse de una confusión que, en todo caso, contribuye a magnificar el terror que supuestamente han de infundir los ratones.

se deben, más que a una copia directa, al hecho de que se discute un mismo tema y a que se emplean fuentes compartidas o que albergan información similar.

En lo que Madramany sí que imita a Paradis de Moncrif es en el procedimiento compositivo que engarza sus dos oraciones: primero expone una tesis (la inconveniencia de los gatos) y luego, mediante otro seudónimo, la impugna y ensalza al felino doméstico. El francés había hecho algo similar a través del personaje de una rata, solo que invirtiendo la polaridad de la crítica y sin valerse del seudónimo. Como consecuencia, el resultado último varía: Paradis de Moncrif lleva a cabo un desmontaje paródico de su apología de los gatos por medio de su *Lettre d'un rat Calotin*; Madramany, en cambio, con su segunda oración decantó el triunfo de la razón ilustrada, que consagra al gato como el animal más adecuado al que mantener en el hogar. Que el valenciano no referenciase a Paradis de Moncrif en sus textos –a pesar de que parece claro que siguió su ejemplo– tiene sentido, si lo que pretendía era presentar sus *Oraciones* como un producto exclusivo de su ingenio.

## 3. La *Disertación* de Orellana

Marcos Antonio de Orellana, considerado un erudito, se ocupó desde 1779 en la preparación de varios trabajos de temática histórica y valenciana. Nacido en Valencia, en 1731, y fallecido en 1813, estudió filosofía y leyes en la Universidad de Valencia, fue abogado en la Real Audiencia de Valencia, luego en la de Cádiz y en la de Madrid, y fue asimismo miembro de la Academia de lengua latina Matritense y de la Real Academia de San Fernando (Fuster, 1830: 354). Pudo haber coincidido con Madramany durante su estancia en Madrid, pues en su *Disertación* da a entender, mediante una sentencia latina, su amistad con el autor de la *Oración*, pese a que sostiene una opinión contraria y le lanza algún reproche al ficticio señor Marón (Orellana, 1779: 10-11). Al igual que Madramany, Orellana también se ampara tras un seudónimo, aunque en varias alusiones a lo largo del texto se descubre la procedencia del autor y su dedicación a las leyes. Pero si la obra de Madramany se pretende un ejercicio de inventiva, Orellana justifica en el prólogo su participación en la polémica como un divertimento jovial, inocente y honesto, una *eutrapelia* (10) motivada por el pensamiento de que «no es razon queden indefensos (los gatos), y que en su silencio (que ocupe veces de rebeldía) subsista, y prevalezca una invectiva, y asercion tan perturbativa de su preferente derecho: en el que tiene tambien parte (tanto, ó mas considerable) la causa pública, y el beneficio comun» (4).

Después de haber citado a otros autores que se ocuparon de asuntos frívolos o que protagonizaron competiciones de ingenio (6-9), aumentando la extensa nómina que incluyó Madramany en su primera oración, Orellana inicia su defensa del gato preguntándole retóricamente a Marón –a quien va dirigido el texto– por el mal que le han infligido estos seres (10), «un Animal perfecto en su especie,

curioso, noble, familiar, jovial, y (lo que es mas en su abono) que nos es util, y muy util, y aun preciso, y muy preciso, subalterno de nuestras casas» (12), en tanto que al ratón (calificado de «reptil» porque se arrastra por los suelos) lo hace engendrarse de la podredumbre, un dato que ya consignó Eliano (1984: 145) y que nuestro autor remite a los naturalistas, en general. Destaca las facultades del gato para abatir toda clase de insecto o animal repulsivo o pernicioso y aun sugiere que su aliento basta para amedrentar a los ratones (Orellana, 1779: 13). Su frugalidad y sus cualidades higiénicas son también encomiadas, pues no se sustenta «solo con la comida, sino con los desperdicios que de la comida sobraron, reduplicando mas, y mas los beneficios, pues aun con lo que se mantiene, nos evita la hediondéz que las hezas havian de ocasionar» (13), al tiempo que libra la vivienda de inmundicias y malos olores.

Orellana también admira el modo en que las madres de estos felinos cuidan de su prole y cuenta al lector que su gata les llevaba gorriones –aves tenidas por nocivas– a sus cachorros (15-16). Se trata, por tanto, de un animal benévolo, barato y que da compañía. El autor proporciona a continuación, en tono afectuoso, una descripción de algunos de sus hábitos caseros: el gato se pone al lado de un brasero, se recuesta al sol o retoza, se lava la cara, juega con sus hijos, les acaricia con cariño, trepa por las sillas o se mira en el espejo, de manera que sus acciones «derraman en nuestro animo un gusto, y recreacion deliciosa, y agradable, conque serenamos la mas pesada melancolia» (16). De este modo, y más allá de su utilidad práctica, se corrobora el deleite que se extrae de contemplar a este animal, en una recreación fiel de algunas de sus rutinas y preferencias domésticas, como su atracción por los sitios calientes (Brown, 2020: 58), el aseo y el juego social (99-102). Más adelante en el texto, nuestro autor halaga la «penetracion tan adelantada [del gato], que su instinto parece respira humos de entendimiento muy cabal» (Orellana, 1779: 36) y señala que los gatos aguardan en la puerta a sus amos y que claman y brincan con gozo al verlos (36), un proceder este último más propio de un perro, y que quizá se trate de una exageración colorida del autor, pues los gatos tienden a expresar una disposición amistosa alzando la cola y restregando su cuerpo (Brown, 2010: 124-125).

Por los motivos arriba citados, Orellana no le encuentra tachas a este felino. Desde este punto, irá examinando los cargos que le había imputado Madramany en su primera oración y desarticulándolos uno por uno. Así, si Madramany lo había acusado de robar suministros, este autor lo dispensa afirmando que «el comer, yo no lo tengo por pecado; si lo halla [el sustento], hace bien (y muy bien) en tomarse la racion que le es devida» (Orellana, 1779: 16-17) y culpa, en su lugar, a los amos, «pues si aquellos cumpliesen con su obligacion, pagandole al Gato, y dandole puntualmente la corta racion conque se contenta por servir, no se la tomaria por su mano» (17). Si bien le concede al dueño que «Si el Gato no le sirviese bien, quedale al Amo expedita la accion para despedirle, échele uorabuena de casa; pero negarle la comida por el tiempo que en su casa le tiene, eso es crueldad

y eso, eso, sí es latrocinio» (18); es decir, que el gato debe desempeñar su papel como depredador de ratones para ganarse el hospedaje.

Seguidamente, apunta Orellana que se le atribuyen al gato más hurtos de comida de los que en realidad comete. Para defender este punto, expresa haber oído a un joven confesar que sacaba la carne del puchero y que responsabilizaba a su gato (20). Carga, también, contra ciertas familias y contra las criadas, refiriendo varios casos personales a propósito de sus sisas (19-20). Sobre la consideración de los gatos como ladrones, que –para el autor– consagró Quevedo con sus metáforas, muy ofensivas para la fama del felino (20), resulta interesante la distinción que practica entre el gato real y el gato figurado. Orellana explica que se les acomoda el nombre de gatos «por metafora sacada de la ligereza conque diestramente el Gato toma alguna cosa» (21) y aplaude la perspicacia del animal.

En cuanto a la supuesta suciedad de los gatos, nuestro autor arguye lo contrario, celebra el arte con el que estos felinos cubren sus excrementos para no sufrir su hedor, siguiendo a Palmireno, y añade por su cuenta que detestan tocar el lodo o el suelo mojado con sus zarpas (22), una observación que insiste en sus hábitos de limpieza. Advierte, al respecto de sus deposiciones, que el gato tiene disposición para el aprendizaje y que puede dirigirse al desván, a la buhardilla o a un rincón con arena preparado para su desahogo (23). De hecho, el autor relata que en cierta casa los gatos estaban tan bien educados que solo salían de su habitación para comer al oír sonido de una campanilla y que regresaban a su retiro al escuchar otra distinta atada a un látigo (24), un dato –bastante veraz, ya que los gatos son receptivos al entrenamiento (Brown, 2020: 129)– que nos informa de la aplicación de técnicas de condicionamiento clásico[12] para el adiestramiento de los felinos en un hogar de la época. También revela que algunos gatos sí recibían sustento de sus amos con regularidad, más allá de las alimañas que pudieran matar o de los víveres y las sobras que atrapasen en las cocinas.

Por todo ello, resulta lógico que nuestro autor disculpe al gato de sus micciones en la ropa, discutiendo que han de tratarse de casos poco habituales o que quizá se deba a un accidente repentino o una urgencia violenta, como ocurre entre humanos (Orellana, 1779: 25-26). Orellana culpa de estas tendencias a los criados, que no enseñan a los gatos dónde han de acudir a satisfacer sus necesidades (26), e indica que muchas veces claman para que les abran la puerta y poder aliviarse, pero que la familia se desentiende de ellos o que les dan paso a regañadientes, propinándoles un puntapié (26-27).

12. El condicionamiento clásico opera mediante la asociación entre dos estímulos –uno de ellos, instintivo– para producir una determinada respuesta ante el que no es natural. Aquí se habría asociado el sonido de la campana con la oferta de comida, lo que resultaría en la llegada de los gatos, y el chasquido del látigo con un golpe, lo que generaría una respuesta de evitación y la vuelta a su cuarto. Véase una explicación más exhaustiva de este fenómeno en Lavond y Steinmetz (2003: 8-9).

En relación con las incomodidades que originan los maullidos, Orellana cree que, si el amo le paga con alimentos, el gato molestará poco, pues no tendrá razón para rebelarse (27). En cuanto al asunto de los celos de enero, se extraña el autor con justicia de que los ruidos perturben a nadie por las noches, ya que las casas están cerradas (27).

Acerca de la presunta malignidad de los gatos, Orellana no descarta que esta criatura pueda conducirse con alguna malicia, aunque matiza que «sino le provocamos, á buen seguro, que toda su cólera y malignidad cede en nuestro favor» (28). Niega la suposición de que estos felinos sean pérfidos por el mero hecho de que haya humanos que se asusten de ellos, ya que se produce el mismo fenómeno con los ratones y tales personas pueden ser, sencillamente, espantadizas (34-35). Sobre las agresiones de los gatos, Orellana asevera que solo atacan para defenderse y, para legitimarlos, confirma que la ley aprueba este comportamiento en el caso de los hombres (28-30). El autor censura a los humanos que «provocan á los Gatos, y tal vez cerrados en un aposento les embisten las criadas, les apaléan, les maltratan inhumanamente, otras veces les cogen de la cola, les arrastran, les enarboléan, les insultan y mortifican» (30). Sí que acepta Orellana que los gatos pueden transmitir la rabia con su mordida (31) y se lamenta de quienes –muy pocos, en su opinión– sufren sus iras injustificadamente, «pero si es porque le insultó, y exasperó con formidables amenazas, y desapiadados golpes (como es frequente), sufra resignado qualquier mala resulta» (32-33).

También desmiente Orellana la idea de que ingerir pelo de gato sea perjudicial[13], argumentando que estos animales rondan los fogones (pues gustan del calor) y que no sería inusual comerse algún vello, lo que, de darse el caso, ya habría ocasionado muchas muertes (33). Ahora bien, si rebate esta superstición, en cambio, valida la creencia de que los pelos arrancados de raíz se transforman en culebras (33). En todo caso, para seguir demostrando que los gatos son benéficos, refiere las bondades de su piel y de su carne, más otros usos terapéuticos (34), unas declaraciones que parecen contradictorias, habida cuenta de sus condenas de la crueldad contra los gatos, pero que han de comprenderse en el contexto de un pensamiento utilitario y antropocéntrico propio de su tiempo.

Para concluir su apología de los gatos, Orellana pasa revista a la adoración de esta especie en el Antiguo Egipto, el luto que les guardaban los egipcios y los tributos fúnebres que les dedicaban (37). Hecha esta final alabanza, el autor analiza el caso de los ratones. Los considera sagaces para el mal e incapaces de hacerse útiles, porque, según Palmireno, no asimilan la enseñanza (38). Denuncia los estragos que cometen los ratones en las ropas, en las iglesias, y expone que devoran los cadáveres de las tumbas en los cementerios, lo que los vuelve especialmente profanos (39-40). Y si algunos piensan que las sustracciones del ratón

13. Se han documentado creencias equiparables en la Edad Media sobre los males que producía la consunción del cerebro de los gatos (Bobis, 2006: 93-94).

son despreciables, Orellana juzga a estos animales dañinos en extremo, porque roen documentos legales y libros (46-47). La carne colgada también peligra ante ellos, ya que trepan para alcanzarla y consumen toda clase de viandas: higos, almendras, nueces, avellanas, etc., alimentos que no agradan al gato (42), una observación muy certera sobre sus preferencias dietéticas, pues el felino doméstico es un animal estrictamente carnívoro (Brown, 2020: 64). Nuestro autor considera a los roedores plagas, dado que devoran palomas, pajarillos, cachorros en sus madrigueras, frutos, gusanos de la seda, etcétera (Orellana, 1779: 42). Siguiendo a Horacio, asegura que hacen naufragar los navíos porque agujerean la madera del casco (43) y cita a múltiples autoridades para probar su fecundidad, su voracidad, su destructividad, la corrosividad de su orina y ciertos hábitos alimenticios ficticios (su hipotética afición por el oro)[14] (44-49).

En las últimas páginas de la obra, Orellana propone el cotejo entre ambas especies. Frente al ratón, pernicioso en extremo, el gato es «util y mas que util, necesario, y muy necesario […] barato, y nada costoso […] fiel, compañero, sociable, curioso, divertido […] agraciado epilogo de infinitos bienes» (50-51).

Además de estos razonamientos, Orellana suministra informaciones de carácter histórico a lo largo de su disertación. Por ejemplo, da noticia de la enemistad de los gatos con los denostados gitanos, que supuestamente los devoraban (10). También indica que eran estimados en algunas comunidades religiosas, como en la Iglesia Metropolitana de Valencia, donde se alimentaba a ocho gatos con una renta diaria de ocho sueldos (15). No obstante, según Fuster (1830: 355), este dato se trata de un error que el autor quiso enmendar en una adición manuscrita posterior –que no hemos podido encontrar– en la que habría agregado más fundamentos a su defensa de los gatos, otra prueba del particular interés que despertaba este asunto en Orellana. Nuestro autor relata, asimismo, un curioso caso de enjuiciamiento animal: en cierta iglesia los gatos orinaron en los vestidos canonicales, lo que promovió que se decretase una sentencia para matarlos en 1770; aunque, al final, gracias a un escrito de apelación, los capitulares se retractaron y todo quedó en un mero apercibimiento (Orellana, 1779: 26). Otro suceso notable habría acontecido en el convento del Carmen Calzado de Valencia: un gato, sorprendido de no oír la campana en Viernes Santo, saltó a la cuerda y empezó a tocarla furiosamente, acción que, para el autor, es signo de inteligencia (36-37). En realidad, es posible que los impulsos predatorios de los gatos y su afición por la persecución de objetos en movimiento (Brown, 2020: 101), como una cuerda oscilando, fuera lo que motivase que alguno hiciera sonar la campana[15].

14. Sobre la presencia de esta creencia en la literatura clásica, en la española y en un cuento popular venido de India, véase Pedrosa (2005: 195-199).

15. Otra anécdota parecida publicada en la prensa, en 1803, la transcribió Morgado García (2015: 262-263). Historias de gatos que tocaban las campanas en las iglesias debían de ser relativamente habituales en este periodo.

Pese al uso del seudónimo, Orellana no se esfuerza por esconder algunos aspectos de su identidad real en el texto, lo que le confiere mayor autenticidad a su apología felina. Sobre su ejercicio como jurista, además de varias alusiones en distintos puntos de la obra que denotan sus conocimientos jurídicos (Orellana, 1779: 30), comenta el caso de una mujer que le consultó acerca de la posibilidad de desterrar al gallo de un huerto cercano porque interrumpía su descanso por las noches (27-28). En cuanto a su origen valenciano, y en relación con su curiosidad por la historia, narra varios acontecimientos situados en esta comunidad e incluso alguno en el que afirma haberse visto involucrado, como el caso del muchacho que falleció en Foyos, en 1778, por la mordedura de un gato que le contagió la rabia (29).

En comparación con Madramany, Orellana se muestra más emotivo, más vehemente en su defensa del felino doméstico y más enérgico en sus reproches al ser humano por su ingratitud (y, sobre todo, a las criadas, una queja tópica)[16], sin dejar de apelar a su utilidad para el hombre y agregando anécdotas posiblemente vividas u oídas por el autor y relaciones de sucesos curiosos que informan del trato que recibían estos animales en su tiempo. Varias de estas noticias han de vincularse con su interés por la historia de Valencia, que dio origen a la publicación de otras obras, como *Noticia histórica-cronológica de los principales sucesos acontecidos en la Ciudad y Reino de Valencia* (1779). También han de valorarse sus esfuerzos por desacreditar creencias erróneas (aunque confiera credibilidad a otras), como las atinentes al pelo de gato; la nítida pintura que lleva a cabo de la conducta felina en varios momentos de la *Disertación* –que bien podría partir de su experiencia directa tratando a esta especie, pues manifestó haber tenido gatos–, y la manera cariñosa en la que describe a estos animales en ciertos pasajes del texto.

Finalmente, en cuanto a su erudición, el texto de Orellana se posiciona a una altura equivalente a la segunda oración de Madramany (a la que, por cierto, este autor no alude), con referencias a autoridades grecolatinas, extranjeras y españolas de prestigio. Los discursos de Madramany son más concisos y efectivos, al menos desde una perspectiva actual, ya que Orellana usa con mayor frecuencia figuras patéticas y sentencias en latín que no benefician a la fluidez de la lectura. Haciendo a un lado el aparato bibliográfico, al igual que Madramany, Orellana utiliza toda clase de argumentos para demostrar su tesis y acude a la etimología –por ejemplo, menciona la hierba gatera, que es medicinal y enloquece a los gatos (34)–, al acervo paremiológico, y, de forma destacable en este caso, al sentido común y al razonamiento deductivo para refutar los argumentos de Marón.

16. Existe un cuento folclórico (ATU 1373), con difusión en España, en el que una criada roba comida y culpa a un gato, cuya popularidad quizá influya en estas acusaciones. Véase Uther (2004b: 1373).

## 4. *Declamaciones* de Serrano Belezar

Miguel Serrano Belezar estudió filosofía y jurisprudencia en la ciudad de Valencia, fue abogado del Colegio de Valencia, alcalde mayor de Balaguer (Cataluña) y publicó una decena de obras –varias de ellas, de temas valencianos– hasta su fallecimiento en 1809, en Valencia, la tierra que lo vio nacer (Fuster, 1830: 331-332). Este autor, camuflado tras un seudónimo, se dirige en su texto a un amigo de la ciudad de Valencia, don Federico Eslava, para darle parte de un acontecimiento extraordinario que le habría contado su perro Galafre: una junta de gatos alarmados por la publicación de la primera oración de Madramany habrían discutido a medianoche, en la calle Tente-Tieso de Madrid, sobre cómo actuar en respuesta a esta. En el texto, que remeda en su elenco de actores a «El cabildo de los gatos» de Quevedo, dominan las tonalidades burlescas y el elemento ficcional, una singularidad respecto de los otros documentos estudiados. Y paradójicamente, pese a que lo que se debate en dicho concejo es la relación del gato casero con el hombre, una situación como la que se describe solo tendría cabida dentro de una colonia de gatos (esto es, ejemplares cimarrones), ya que las relaciones entre los felinos domésticos de un mismo vecindario suelen ser tirantes (Brown, 2020: 78-81).

Son tres los personajes que participan en el diálogo: Marramafuf, un gato desorejado y sin rabo, de origen sevillano y el más provecto de los presentes; Jaramaf, de Murcia; y Marramau, un gato negro de Getafe instruido en el arte piscatorio (¿una posible alusión a la brujería?). El orden de intervención se decide primero por la edad y, luego, en función de lo cerca que queden los tertulianos del más anciano (Serrano Belezar, 1779: 8), comenzando por la izquierda, «lugar entre los Gatos de no peor condicion que el de la diestra» (17), según el autor, una prueba más de las notas satíricas que abundan en el texto y un descrédito a los gatos por las connotaciones simbólicas de esta dirección.

Marramafuf presagia la ruina que se precipita sobre ellos a causa de la publicación de la primera oración de Madramany y responsabiliza de ella a los ratones cobardes que no lograron colocarles el cascabel en el cuello (9-10), una referencia a esta popular fábula persa, que acabó transmitiéndose como refrán e ingresando en la fabulística occidental de esta época (Haro Cortés, 2014: 193-200). El viejo gato proclama que su especie es precisa para el género humano, que la Divina Providencia los dio en servicio del hombre y que ahora temen que los expulsen de las casas y los despojen de sus vidas (Serrano Belezar, 1779: 10-11). Prevé que serán perseguidos y asesinados (12), a pesar de que fueron adorados por los egipcios como símbolos de la luna (13) y pese su parecido con el león (13). Señala asimismo que su especie es un obsequio para las damas, que son apreciados por los hombres valerosos y acariciados por los eruditos, pero que, desde ese momento, serán desechados, oprimidos y muertos (14-15). Con estas palabras, Marramafuf expone el caso que motiva su reunión e invita a los demás a deliberar sobre cómo proceder (16-17).

Después de Marramafuf, pide permiso para intervenir Jaramaf, un gato blanco y anaranjado de edad más que mediana (17-18). Aunque ensalza a Marramafuf, Jaramaf considera que el daño infligido por la primera oración de Madramany no es grave, ya que el papel está escrito como travesura y no ha de tomarse en serio (19-20). Argumenta Jaramaf lo útil que le resulta su especie al hombre, pues le limpia el domicilio de ratones, lagartijas y gorriones, pájaros que devoran las mieses en los campos de labranza (21-22). Para demostrar su punto, menciona a uno de los numerosos héroes de esta especie, el insigne Furrunfufu, gato de Jerónimo de Torres[17], que se cubría de lodo y trigo y se fingía muerto para cazar a estas aves (22-23), una estratagema parecida a la que ejecuta el zorro en los bestiarios y que Correas le adjudicó a la gata (Cazal, 1997: 37), pero con escasos visos de autenticidad.

Refiere, acto seguido, Jaramaf las rentas dispuestas para la conservación de los gatos y el hecho de que los soberanos prevengan de su asistencia en los buques en sus Ordenanzas de Marina (Serrano Belezar, 1779: 24-25). También apunta que su carne puede servir a los humanos en un aprieto y que su especie acaba con los ratones inmundos (25-26). Por estas razones, Jaramaf encuentra absurda la proposición de Marón y anima a sus camaradas a no atemorizarse, a no ser que adviertan en los humanos señales de convicción o de perplejidad ante dicha obra; en cuyo caso, deben huir para preservar la vida (27-28).

Este orador también denuncia que

> en algunos Pueblos cortos, compuestos de un rustico vulgo, sé que se observaron vários movimientos contra nosotros, y experimentamos vários desprecios, como tambien en las mayores poblaciones, en las casas de los avarientos, que creyeron ahorrar el corto y desechable alimento que por su propia conveniencia nos daban. (28-29)

Se trata de una protesta por el descuido de los amos, que los matan de hambre, y, posiblemente, de una crítica a las muertes de gatos en entornos rurales por causas festivas, supersticiosas, o, quizá, por los asesinatos de gallinas o de conejos debidos a gatos ferales o a otros animales (gatos monteses, garduñas o zorros) que se le habrían imputado erróneamente a su género. En cualquier caso, y en opinión de Jaramaf, si los hombres los expulsasen todavía podrían subsistir solos (30) o alimentándose de las plantas que toman cuando están enfermos (31), una anotación bastante atinada de su conducta, pues estos animales a veces consumen hierba para facilitar sus digestiones (Brown, 2020: 145). Y aún podrían vengarse de los humanos matando palomas, gallinas y conejos de sus corrales o atacándolos con sus garras (Serrano Belezar, 1779: 31-32). No obstante, Jaramaf invita a sus semejantes a permanecer calmados, aunque sin bajar la guardia (33).

17. Sospechábamos que se tratase del militar del siglo XVI Jerónimo de Torres y Aguilera, pero en la única obra suya que se conoce (su *Crónica* de 1579) no hemos localizado ninguna alusión a este gato, de lo que se extrae que se trata de otro Jerónimo de Torres o que –probablemente– el autor se lo inventó.

El último participante en el parlamento es Marramau, que inicia su discurso descalificando al autor «anagramático» de la *Oración*, burlándose de su «notable laberinto de erudicion» y de su estilo (36-38), y anticipando el escaso «mérito que adquirirá entre las gentes semejante escrito, como que en la realidad solo contiene quatro vulgaridades» (39). Tras esta evaluación, se dedica a refutar sus argumentos, comenzando por la protesta de la orina, que no es motivo suficiente para justificar la propiedad de su erradicación (40) y que puede remediarse recurriendo a baúles, perchas y otros muebles para la ropa (44-45). En cuanto al hedor de sus heces, afirma que basta con dejarles arena en el desván para que se desahoguen (49), lo que nos informa –como ya hizo Orellana– de los usos previos, presentes en esta época, a la bandeja sanitaria que se emplea en la actualidad para el alivio de las necesidades de los gatos.

Marramau defiende a los gatos por el bien que realizan a los hombres, pese a sus travesuras, pues corresponde al género humano proteger sus viandas y, además, el daño que provocan los ratones es infinitamente mayor (41-43). En lo tocante a las sustracciones de comida, recomienda que a los gatos se les instruya desde pequeños para que no entren en cocinas ni en gabinetes, usando «el látigo y cascabél, como suelen hacer en varias Comunidades» (45-46), una forma de entrenamiento que recuerda a la que propuso Orellana[18]. Aporta varios ejemplos de gatos amaestrados que son modelos de obediencia: él mismo defendía la carne de los perros y le enseñaron a dormir con un gorrión mediante el escarmiento físico; y a otro miembro de esta especie en la ciudad de Sevilla lo metían en una pajarera, donde preservaba a las crías de los canarios de los ataques de las lagartijas (46-47). Ignoramos si estos casos pudieron ser reales, aunque se sabe de la convivencia armoniosa de estos felinos con animales como el perro en el hogar (Brown, 2020: 81).

Con todo, el método de adiestramiento que avala Marramau lo consideraríamos hoy brutal: sugiere que, si algún gato sale díscolo, bastaría con castigarlo hasta dejarlo medio muerto, como hacen los humanos con los suyos (Serrano Belezar, 1779: 47-48). Propone, asimismo, cortar las colas a los gatos para que no arañen si se les pisa sin querer, pero reconoce que «nada de esto fuera necesario si mirasen donde los ponían; con lo qual, y castigar á sus hijuelos quando quieran meterse con nosotros, cesarian aquellas decantadas infelicidades, y las funestas consecuencias que pondera que causamos á éstos quando nos hacen alguna burla» (50). En todo caso, Marramau opina que se les debe perdonar de los incordios que ocasionan porque libran a los humanos de otros mayores (51), y desautoriza a Pablo Zaquías, a Diego de Torres[19] y a otros enemistados con ellos (52-53). En

18. El empleo del cascabel para ubicar a los gatos por el sonido que emite es, de hecho, más antiguo, como certifican fábulas, refranes y diccionarios.

19. Probablemente Serrano Belezar se refiera al poema de Torres Villarroel (1737: 153-161) en el que maldice en liras a un gato que hizo sangrar en el pecho a una dama.

cuanto al uso de venenos para deshacerse de los roedores, lo desaconseja, ya que el dueño expondrá a la muerte «á sus palomas, gallinas, conejos, perros, y demás animalillos de su diversion; y lo que es mas, hasta los inocentes niños, e ignorantes pobres que recogen cualquier desperdicio» (53).

La alocución de Marramau merece el aplauso de los gatos allí congregados y a su terminación, el congreso suspende la sesión hasta que se produzcan novedades (54-55). El texto concluye con una evaluación, por parte del autor, de las intervenciones de los tres conferenciantes, en la que se valora su estilo y sus argumentos, y se les califica en función de su desempeño. En estos comentarios finales Serrano Belezar proporciona datos que, en algún caso, también han sido mencionados por otros autores de esta polémica, como la creencia del apetito de los ratones por el oro (58), la historia de Montenegro y el gato que le compró Diego de Almagro en Perú en el siglo XVI, la plaga de roedores en la Isla de Giara, el valor medicinal de los gatos después de muertos (60-63) o las supuestas propiedades cáusticas de la orina de las ratas en celo (67).

El uso de personajes ficticios por parte del autor insinúa cierta distancia emocional de los argumentos que se exponen. Aun así, por boca de estos felinos, que frecuentemente reciben burlas en sus presentaciones, Serrano Belezar reprueba realidades contrarias a su bienestar: las muertes de gatos en las aldeas, los castigos por parte de los niños y el hambre a la que los someten ciertos dueños. También culpa a los humanos de sus descuidos al almacenar la ropa, al proteger la comida o al pisarles las colas. Como solución a estas situaciones sugiere el adiestramiento y otras medidas que hoy nos parecen inapropiadas. En todo caso, esta apología de los gatos a menudo se sustenta en su utilidad para el ser humano, y los actores felinos que declaman en ella apelan constantemente al provecho del hombre, el verdadero destinatario del mensaje del autor. Dicho de otro modo, pese al artificio de concederles la palabra a los animales no humanos y los reproches por ciertas actitudes perniciosas para los gatos, no es el punto de vista de estos seres el que predomina en el texto, sino la mirada y los intereses del hombre trasplantados a sus protagonistas animales (como tiende a suceder en las fábulas). Solo Jaramaf elude puntualmente este juicio cuando propone a sus camaradas que se vuelvan ferales, pues no requieren del mantenimiento del hombre para sobrevivir[20].

En lo relativo a su erudición, Serrano Belezar puntúa lejos de Madramany y de Orellana, aunque ofrece información sobre la educación, la dieta y la acomodación del espacio doméstico a los gatos, su presencia obligatoria en los barcos y otras noticias de autenticidad cuestionable. Esta deficiencia se compensa con un acercamiento original al tema, que no disimula sus invectivas contra Marón y que tampoco está exento de cierta carga satírica contra los felinos. Desde el principio, Serrano Belezar es consciente de que el «anagramático autor» de las dos oraciones

20. Esta propuesta es correcta y se verifica por la existencia de las colonias de gatos independientes en entornos urbanos y rurales aun en la actualidad. Véase al respecto Brown (2020: 78-79).

es el mismo, pues señala por medio de Jaramaf que «quizá mañana el mismo Autor la borrará discurriendo al contrario» (20) y más tarde ironiza que lo que insinúa este personaje «fuera una operacion risible, una inconsecuencia manifiesta, y una prevaricacion agena de un hombre de obligaciones» (63-64). Ahora bien, resulta difícil discernir si conocía la identidad real del autor de las oraciones. A priori, podría darnos esa sensación, dado que avisa de que en la oración de Marón no se hallará el mérito de otros de sus escritos (36), pero no consta que Madramany hubiera publicado otras obras antes de esta, con lo cual o Serrano Belezar se equivoca, o existen textos suyos que no se conocen o la acusación es de carácter tópico. Sus ataques son más rotundos y sarcásticos que los de Orellana y transparentan una opinión crítica, como se desprende del enjuiciamiento que hace Marramau de esta *Oración* (36-38) y de las palabras que cierran el ensayo, una burla expresa, pues asegura que le habría sido «de especial complacencia verle tropezar en la renovacion del siglo de Oro, que […] se seguiría del destierro y extincion de los Gatos, pues es para mí novedad inaudita, que en aquel siglo no les hubiese, y que su falta contribuyese á su felicidad» (67).

Por último, respecto de su relación con el poema de Quevedo, las diferencias entre estos dos textos son patentes. Serrano Belezar contesta a Madramany en prosa, rebate las ideas de su primera oración para demostrar la tesis opuesta e inserta sus opiniones sobre el asunto. «El cabildo de los gatos» está escrito en romance, es una sátira de oficios y, a pesar de que en ciertos versos pueden leerse quejas de los felinos hacia los humanos –y, más específicamente, hacia los propietarios de cada gato– (Quevedo, 1628: 121-124), no se busca probar la utilidad de estos animales para el hombre[21]. Ahora bien, es innegable que existen similitudes tanto en la situación como en la naturaleza felina de sus personajes, así como un aire burlesco compartido. Por consiguiente, no se puede descartar que estas *Declamaciones* no se inspirasen, siquiera remotamente, en «El cabildo de los gatos».

## 5. La *Oración* de Romay Ceda

Gregorio Romay Ceda es el seudónimo de un autor al que no hemos conseguido identificar. Su texto se publicó en Sevilla y, si hemos de creer lo que se divulga en el escrito, se trataría de «un muchacho sin letras, sin estudio, sin talento, sin exercicio; mas que todo sin nombre, llevado de la razon, enojado de la injusticia, y por el desengaño comun, os harè ver mas claro que el Sol, la utilidad de los Gatos, la perversidad de los Ratones, y la debilidad de su Patrono» (Romay Ceda, 1779: 6). Sin embargo, teniendo en cuenta que más adelante desautoriza las fuentes que emplea Madramany y que él también usa varias referencias cultas, es

21. Sobre las lecturas animalistas de este poema en el que el felino, en lugar de adoctrinar, «expone su vida desdichada y, sobre todo, la manera en que nuestro contacto con él le afecta, severamente» (Rodríguez Mansilla, 2019: 44), véase el lúcido análisis de Rodríguez Mansilla.

probable que en esta introducción recurriese al tópico de la falsa modestia para captar la benevolencia de sus lectores y que no fuera tan joven o, como mínimo, que no se juzgase a sí mismo un ignorante.

Sería, según las palabras del autor, la lástima de ver a estas criaturas maltratadas la que lo habría llevado a dar a la imprenta su apología de los gatos, así como el respaldo de un erudito conocido suyo (3-4). No parece seguro que supiera la identidad de Madramany, aunque sí advirtió que el autor de las dos oraciones era el mismo en el soneto que precede a la suya, en el que juega con los dos seudónimos de Madramany: Marón y Ramón (4). Con Marón se prueba duro, lo desacredita varias veces por los autores que utiliza –y también por los que no utiliza– para fundamentar su diatriba contra el felino doméstico (6-7) y lo acusa de citar a «dos, ò tres Autores medicos antiguos, arabes y de fe sospechosa» (9) cuando argumenta sobre la malignidad de la baba de los gatos.

Como los otros participantes de esta querella, Romay Ceda cuestiona el latrocinio de los gatos, disculpa que roben los pedazos de comida que se encuentran por el suelo y apunta que, como retribución, aniquilan a los gorriones, aves nocivas para los sembrados (7). Para este autor, el gato está legitimado a perpetrar sus robos por la ley de la naturaleza, «la que permite el hurto cotidiano de lo necesario para el sustento de la vida; porque la conservacion propria es el precepto mas estrecho que conocen los vivientes» (8). Aunque no niega que su orina y sus heces sean fétidas, se pregunta si «¿este vicio es solo de los Gatos? ¿No es comun á los Ratones?» (8). En cuanto a las manchas en la ropa, culpa a los dueños por tolerárselo, por descuidarse o por no castigarlos (9). En lo relativo a los alborotos de los gatos en invierno, los estima divertidos para el espectador, compara sus enfrentamientos con los torneos medievales y, en las noches de verano –quizá con ironía–, iguala la musicalidad de sus maullidos al concierto de una orquesta (9-10), dos momentos que remiten al escandaloso periodo del celo de estos felinos (que tiene lugar en los meses cálidos) y a las reyertas entre machos por el apareamiento con las hembras (Brown, 2020: 91-92)[22].

El autor concluye que los cargos contra los gatos son débiles y examina los de los ratones: trepan y comen de todo; chupan los líquidos y los infestan; deterioran tejidos y papeles; y cruzan los mares en embarcaciones a las que, en ocasiones, hacen naufragar (Romay Ceda, 1779: 10-12). La inclinación destructiva de los ratones se arguye con una referencia al rey polaco del siglo IX Popiel II –una variante del cuento de la Torre del Ratón (ATU 751F*)–, al presunto hecho de que royeran el oro del templo de Júpiter y a otros atentados contra objetos de metal o contra los habitantes de diversas poblaciones, como lo acontecido en la Isla de Giara, su

22. Este comportamiento, que debía de ser presenciado con cierta frecuencia en las ciudades, fue representado pictóricamente por Goya en su *Riña de gatos* (1786-1787). Puede consultarse la interpretación de la obra que lleva a cabo Vázquez Jiménez (2017: 74-76) desde la perspectiva de los estudios de animales.

persecución jurídica en Asturias (ya aludida) y en varias provincias de Francia, según el *Tratado de la opinión* (1733) del marqués de Saint Aubin, que es la fuente de la que extrae los dos últimos datos (12).

En comparación, las virtudes de los gatos le parecen «ciertas, notorias, innegables» (13); entre ellas, que exterminan ratones. Romay Ceda examina a continuación el papel de los gatos en la historia, acudiendo a su tratamiento en Egipto y a la presunta guerra de este pueblo contra los romanos por la muerte de una gata (13). Aborda después la necesaria sección onomástica y enumera parajes como el cabo de Gata de Almería y la provincia de los Maragatos de Castilla y León, además de varias personalidades célebres nombradas en hipotética referencia a los gatos, como Agatocles o Agatárcides (13-14). Apoyándose en la etimología, manifiesta que los gatos son «Maestros de la nacion Española para los primeros pasos y movimientos» (14), lo que el autor relaciona con el gateo de los bebés.

Tras esto, Romay Ceda regresa a la falta de higiene que les achacaba en su primera oración Madramany, indica sus regulares hábitos de aseo, que vierten tierra sobre su orina y deposiciones para que no huelan, que matan sabandijas, que juegan entre ellos y con los humanos y que son, en resumen, «divertidisimos, graciosisimos, capaces de hacer reir à las piedras» (14-15) de cachorros. Y todavía añade un ejemplo más de las bondades de los gatos sacado del *Tatler*, un periódico inglés: la historia de Whittington[23], un mercader de una de las casas más opulentas de Inglaterra que se hizo rico al introducir una gata en un país africano que estaba siendo asolado por las ratas (14-15).

Su *Oración*, dirigida a las «discretas Madres de familias» (5), concluye con una exhortación a este colectivo, al que asume ya persuadido de sus razones y al que anima a no «despojar á unos Ciudadanos utiles, benemeritos, y laboriosos de sus hogares, de sus posesiones, de sus pertenencias» (15) por las palabras que ha proferido un desconocido. Se trata de una apelación a la verdad, a la justicia, la conveniencia y al provecho; a la utilidad y, en suma, a los valores ilustrados. Y al igual que Madramany, reitera la asociación entre mujeres y gatos por su compartición de espacio vital al situar este debate –de poco interés, como había admitido a través de un presunto erudito en el prólogo (4)– en la esfera de lo doméstico.

En comparación con los otros escritores, el estilo de Romay Ceda es más pobre y su erudición, limitada, pues proviene en buena medida del *Tratado de la opinión* de Saint Aubin. Aunque saca a colación alguna leyenda que no había sido mencionada y agrega datos novedosos en materia de onomástica, su originalidad es menor que la del resto de participantes de la polémica y emula elementos de Madramany –también compone un soneto– e incluso destina su *Oración* al mismo auditorio.

23. La veracidad de esta leyenda la esclarece Hahn (2015: 164). Al parecer, existió un mercader rico llamado Richard Whittington en la Inglaterra del siglo XV, pero la historia aquí referida –la del gato de Dick Whittington– es ficticia y se comenzó a popularizar gracias a una balada durante el Seiscientos.

Juzgado desde un prisma animalista, Romay Ceda le concede al gato el derecho a sustentarse robando comida, culpa al propietario de las manchas de orina y refiere los hábitos higiénicos del felino doméstico, pero su defensa de este animal se sostiene en una mirada antropocéntrica y utilitaria: los gatos matan animales contrarios a los intereses de los humanos, son limpios y entretienen con sus luchas y maullidos. A pesar de que este autor aporta pocas innovaciones a la controversia, señala –como ya lo hizo Orellana– lo divertido que resulta contemplarlos y jugar con ellos, un argumento que insinúa una interacción más positiva y potencialmente satisfactoria entre las personas y estos felinos.

## 6. Conclusiones

La polémica de los gatos de 1779 surgió de una obra juvenil, un ensayo de ingenio y un ejercicio retórico para el que Madramany seguramente se inspiró en dos libros de Paradis de Moncrif. Participantes como Orellana hicieron honor en su intervención a ese espíritu lúdico, aunque en los escritos de Serrano Belezar (el más satírico de todos) y de Romay Ceda se hallarán críticas más contundentes. Si bien varios de estos autores respaldaron sus aportaciones con copiosa erudición, el tema no se juzgaba demasiado importante. Así, los comentarios favorables hacia los gatos, las alabanzas y exculpaciones de ciertos comportamientos (sus hurtos en las cocinas, los hedores de sus efluvios, sus maullidos, sus mordidas, etc.) en determinados casos vienen seguidos de chanzas, juegos de palabras, burlas e ironías que dan a entender que el asunto no se tomaba siempre en serio. Pero tampoco se tomaba del todo a broma, teniendo en cuenta la longitud de estos textos, la cantidad de referencias y la elaboración de los argumentos. Seguramente uno de los objetivos de estos autores fuera lucir sus conocimientos y su habilidad discursiva, atraídos por la inusual premisa de la primera oración de Madramany, pero no se puede negar que –de manera unánime– al final todos abogaron por el gato, amparándose en su provecho para el ser humano.

Entre burlas y veras, esta controversia supone una apología deliberada y necesaria del felino doméstico y testimonia, cuando no afecto, sí una estima creciente hacia un animal atacado, torturado y vilipendiado en siglos anteriores y todavía en el Setecientos, como queda expuesto en estos documentos. Aunque el argumentario de estos autores remite a menudo al servicio que presta el gato a la humanidad, en algunos de estos textos –sobre todo, en la respuesta de Orellana– se advierte un aprecio más sincero, reproches por la crueldad del hombre de la época, que culpa injustamente a los gatos de los robos en las cocinas y de los orines en la ropa, y que los atormenta y les escatima sus debidas raciones de comida. Todo esto enmarcado en los límites de la sensibilidad ilustrada, capaz de mostrar empatía ante el sufrimiento de otros animales en la medida en que no se opongan a los intereses humanos o a su progreso material o económico (Wolloch, 2019: 107). Es decir, se va imponiendo la idea de hacer un uso relativamente

respetuoso de los demás vivientes, que no debían ser castigados por recreo ni tiranizados o masacrados con gratuidad; y esto, en parte, se debe a los nuevos planteamientos filosóficos, pero también a la experiencia directa de las gentes con los animales de granja y con las mascotas, que habría de convencer a muchos de la perspicacia y de la sensibilidad de estos seres (Gómez Centurión, 2011: 416-419). En este sentido, la existencia de estas cuatro publicaciones no garantiza que los felinos recibieran un mejor trato en la España de finales del dieciocho, pero se puede especular que, más allá de su concepción como entretenimiento, quizá esta defensa resonase en las mentes de sus lectores e influyese positivamente en su relación con ellos.

Así pues, la polémica de los gatos de 1779 ha de interpretarse como un pasatiempo literario, una disputa jocoseria y un espacio apto para la ostentación de estilo, ingenio y sabiduría, pero también como un alegato a favor de los a menudo maltratados felinos domésticos (principalmente, por los beneficios que se derivan de su tenencia), concordado con el pensamiento utilitario y racional de la Ilustración. En ella se encontrarán creencias antiguas, leyendas, poemas, algunas observaciones acertadas sobre la conducta de estos felinos y su entrenamiento, anécdotas, refranes y noticias históricas que sirven para conocer cómo ha evolucionado nuestra relación con los gatos con el paso del tiempo, desde su inclusión en los hogares –y en iglesias, naves y bibliotecas– por motivos profilácticos, en calidad de cazadores de ratones, a su consideración actual como mascotas y compañeros de vida.

## 7. Bibliografía

Aguilar Piñal, Francisco (1995), *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, tomo VIII, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Anónimo (1700-1800), *Nueva relacion, y curioso romance, en que se da quenta, y declara un horrorofo caso, que ha fucedido en la Ciudad de Oviedo, con una mujer llamada Joſepha Alvarez, natural de la miſma Ciudad, la qual eſtuvo catorce dias ſin comer, hablar, ni dormir, ni tener en ſu roſtro ſeñales de persona humana, por havercele deſſigurado el Demonio en figura de un horrible Gato negro: Aqui ſe refier el deſaſtrado fin que tuvo en pena de ſu mala vida. Era Bruja Hechicera, y vivió mas de cinquenta años en ſus perverſas coſtumbres. Sucediò a 6 de Julio del año de 1752*, s. l.: s. i.

Aradra Sánchez, Rosa María (2021), «Las polémicas literarias en el siglo XVIII: ¿un género historiográfico?», *Dieciocho*, Anejo 8, pp. 27-60.

Aristóteles (1992), *Investigación sobre los animales*, trad. Julio Pallí Bonet, Madrid: Gredos.

Baratay, Éric (2014), «Écrire l'histoire du point de vue de l'animal», en Vinciane Despred y Raphaël Larrère (eds.), *Les animaux: deux ou trois choses que nous savons d'eux*, París: Hermann, pp. 83-100. https://doi.org/10.3917/herm.despr.2014.01.0083

Baratay, Éric (2017), «Constructing an Animal History», en Aurélie Choné, Isabelle Hajek y Philippe Hamman (dirs.), *Rethinking Nature: Challenging Disciplinary Boundaries*, Londres: Routledge, pp. 232-242.

Baratay, Éric (2021), *Cultures félines (XVIIIe-XXIe siècle). Les chats créent leur histoire*, París: Éditions du Seuil.

Bateson, Patrick y Turner, Denis C. (2014), «Postscript: questions and some answers», en Dennis C. Turner y Patrick Bateson (eds.), *The Domestic Cat. The Biology of its Behaviour*, 3.ª ed., Reino Unido: Cambridge University Press, pp. 231-240. https://doi.org/10.1017/cbo9781139177177.022

Bobis, Laurence (2006), *Une histoire du chat*, París: Fayard.

Boehrer, Bruce Thomas (2010), *Animal Characters: Nonhuman Beings in Early Modern Literature*, Pensilvania: University of Pennsylvania Press. https://doi.org/10.1086/670282

Brown, Sarah (2020), *The Cat. A Natural and Cultural History*, Reino Unido: Ivy Press.

Buffon (1847), *Obras completas de Buffon. Con las clasificaciones comparadas de Cuvier, y la continuacion hasta el día, de Mr. Lesson, miembro del Instituto de Francia. Traducida al castellano de la ultima edicion francesa. Tomo V. Historia natural de los cuadrúpedos. Tomo segundo*, Madrid: Establecimiento tipográfico de D. F. de p. Mellado.

Carretero González, Margarita y Marchena Domínguez, José (2018), «Introducción. ¿Cómo se representa la naturaleza alter-humana desde la cultura? Entender el medioambiente para entender nuestro mundo, el mundo de todos», en Margarita Carretero González y José Marchena Domínguez (eds.), *Representaciones culturales de la naturaleza alterhumana. Aproximaciones desde la ecocrítica y los estudios filosóficos y sociales*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 15-26.

Cazal, Françoise (1997), «Gatos y gatas en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo de Correas (1627)», *Criticón*, 70, pp. 33-52.

Covarrubias, Sebastián (1611), *Tesoro de la Lengva Castellana, O Española. Compvesto por el licenciado Don Sebaſtian de Cobarruvias Orozco, Capellan de su Mageſtad, Maſtrescuela y Canonigo de la ſanta Iglesia de Cuenca, y Conſultor del ſanto Oficio de la Inquiſicion*, Madrid: Luis Sánchez, Impresor del Rey N. S.

Darnton, Robert (2022), *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. Carlos Valdés, 1.ª ed. electrónica, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Deleito y Piñuela, José (1988), *También se divierte el pueblo*, Madrid: Alianza Editorial.

Delort, Robert (1984), *Les animaux ont une histoire*, París: Éditions du Seuil.

DeMello, Margo (2021), *Animals and Society. An Introduction to Human-Animal Studies*, 2.ª ed., Nueva York: Columbia University Press.

Eliano, Claudio (1984), *Historia de los animales. Libros I-VIII*, trad. José María Díaz-Regañón López, Madrid: Gredos.

Engels, Donald W. (2001), *Classical cats: the rise and fall of the sacred cat*, 1.ª reimpresión, Nueva York: Routledge.

Escartín Gual, Montserrat (2017), «El maltrato a los animales: ciencia, ética y literatura», *Cuadernos Dieciochistas*, 18, pp. 331-365. https://doi.org/10.14201/cuadieci201718331365

Feijoo, Benito Jerónimo (1773), *Theatro critico universal, ó Discursos varios de todo género de materias, para desengaño de errores comunes: escrito por el muy ilustre señor D. Fr. Benito Geronymo Feyjoó y Montenegro, Maestro General del Orden de San Benito, del Consejo de S. M. Tomo sexto. Nueva impresión, en la qual ván puestas las addiciones del Suplemento en sus lugares*, Madrid: Imprenta de Don Antonio de Sancha.

Fernández de Moratín, Leandro (1820), *Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en los dias 7 y 8 de noviembre del año de 1610, siendo inquisidor general el cardenal*

*arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandobal y Roxas. Ilustrada con notas por el bachiller Gines de Posadilla, natural de Tebenes*, Madrid: Imprenta de Collado.

Fuster, Justo Pastor (1830), *Biblioteca valenciana de los Escritores que florecieron hasta nuestros días y de los que aun viven. Con adiciones y enmiendas á la de D. Vicente Ximeno. Por D. Justo Pastor Fuster, Socio de Mérito de la Real Sociedad Económica de Valencia y su Reino. Tomo segundo*, Valencia: Imprenta y Librería de Ildefonso Mompié.

Gómez Centurión, Carlos (2011), *Albajas para soberanos. Los animales reales en el siglo XVIII: de las leoneras a las mascotas de cámara*, España: Junta de Castilla y León.

Hahn, Daniel (ed.) (2015), *The Oxford Companion to Children's Literature*, 2.ª ed., Reino Unido: Oxford University Press.

Haro Cortés, Marta (2014), «Origen del motivo narrativo de "El cascabel al gato". La fábula de "El rey de los ratones" del *Kalila y Dimna*», en Carlos Alvar Ezquerra (coord.), *Formas narrativas breves: lecturas e interpretaciones*, España: Cilengua. Centro Internacional de Investigación de la Lengua Española, pp. 194-219.

Lavond, David G. y Steinmetz, Joseph E. (2003), *Handbook of Classical Conditioning*, Países Bajos: Kluwer Academic Publishers.

Lledó Cardona, Miguel Ángel (2013), *Los Ethicorum Libri III del ilustrado valenciano Mariano Madramany y Calatayud: edición crítica, traducción y notas*, Universitàt de Valencia, Departament de Teoria dels Llenguatges i Ciències de la Comunicació (Tesis doctoral) [https://roderic.uv.es/handle/10550/30418].

Lönngren, Ann-Sofie (2021), «Metaphor, Metonymy, More-Than-Anthropocentric. The Animal That Therefore I Read (and Follow)», en Susan McHugh, Robert McKay y John Miller (eds.), *The Palgrave Handbook of Animals and Literature*, Suiza: Springer Nature, pp. 37-50. https://doi.org/10.1007/978-3-030-39773-9_3

Mackay, Christopher S. (2009), *The Hammer of Witches. A Complete Translation of the* Malleus Maleficarum, Nueva York: Cambridge University Press.

Madramany, Mariano (1779a), *Oracion, en que se persuade, que es menor mal sufrir ratones, que tener gatos en nuestras casas. Compuesta por D. Damian Maron y Rama*, Madrid: D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.

Madramany, Mariano (1779b), *Oracion en defensa de los gatos, contra la que afavor de los ratones publicó don Damian Maron y Rama. Compuesta por don Ramon Amad y Ramani*, Madrid: Don Miguel Escribano.

Madramany, Mariano (1816), *Oracion, en que se persuade, que es menor mal sufrir ratones, que tener gatos en nuestras casas. Compuesta por D. Damian Maron y Rama*, Valencia: D. Francisco Brusola, Impresor de Cámara de S. M.

Marrero Henríquez, José Manuel (2017), «Animalismo y ecología: sobre perros parlantes y otras formas literarias de representación animal», *Castilla. Estudios de Literatura*, 8, pp. 258-307. https://doi.org/10.24197/cel.8.2017.258-307

Martín, Adrienne L. (2012), «Erotismo felino: las gatas en Lope de Vega», *AnMal Electrónica*, 32, pp. 405-420.

Michelet, Jules (2014), *La bruja*, Valladolid: Editorial MAXTOR.

Morgado García, Arturo (2011), «Una visión cultural de los animales», en Arturo Morgado García y José Joaquín Rodríguez Moreno (eds.), *Los animales en la historia y en la cultura*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 13-42.

Morgado García, Arturo (2015), *La imagen del mundo animal en la España Moderna*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. https://doi.org/10.37049/9788498285093

Orellana, Marcos Antonio de (1779), *Disertacion, o carta satisfactoria en respuesta de la publicada por D. Damian Maron y Rama, persuadiendo, que es menor mal sufrir Ratones, que tener Gatos. Convencese todo lo contrario, y que siendo los Ratones en nada utiles, y en todo perniciosos; los Gatos por el contrario son utiles, y muy necesarios. Su autor D. Martin Anselmo de Orive*, Valencia: José Estevan y Cervera.

Outram, Dorinda (1995), *The Enlightenment*, Nueva York: Cambridge University Press.

Paradis de Moncrif, François Agustin (1727a), *Les chats*, París: Gabriel-François Quillau.

Paradis de Moncrif, François Agustin (1727b), *Lettre d'un rat Calotin, a Citron Barbet, au sujet de l'histoire des Chats. Par M. de Montgrif. Prix eſt de 8. ſols*, Ratópolis: Maturin Lunard.

Paradis de Moncrif, François Agustin (1767), *Dissertation sur la préeminence des chats, dans la ſociété, ſur les autres Animaux D'Egipte. Sur les distinctions et privileges dont ils ont joui personnellement, sur le traitement honorable qu'on leur faiſoit pendante leur vie & des monuments et autels qu'on leur dressoit apres leur mort avec plusieurs pieces curieuses quiy ont raport*, Ámsterdam: Barthelemi Vlam.

Pedrosa, José Manuel (2005), *La historia secreta del Ratón Pérez*, Madrid: Páginas de Espuma.

Pérez, Joseph (2022), *Breve historia de la inquisición en España*, trad. María Pons Irazazábal, 4.ª reimpresión, Barcelona: Crítica.

Plinio (2003), *Historia natural. Libros VII-XI*, trads. E. del Barrio Sanz, I. García Arribas, A. M.ª Moure Casas, L. A. Hernández Miguel y M.ª L. Arribas Hernáez, Madrid: Gredos.

Pope, Alexander (1796), «Reflexiones de Pope, sobre la crueldad con los animales», en *Miscelánea instructiva, curiosa y agradable*, Alcalá: Oficina de la Real Universidad, pp. 345-358.

Quevedo, Francisco (1628), *Sveños, y diſcvrsos de verdades deſcvbridoras de abvsos, Vicios, y Engaños, en todos los Oficios, y Eſtados del Mundo. Por Don Franciſco de Queuedo Villegas, Cauallero del Orden de Santiago, y Señor del Iuan Abad. Corregidos y emendados en eſta impresión, y añadida la casa de los Locos de Amor*, Valencia: Juan Bautista Marçal.

Raber, Karen (2011), «From Sheep to Meat, From Pets to People: Animal Domestication 1600-1800», en Matthew Senior (ed.), *A Cultural History of Animals in the Age of Enlightenment*, Oxford: Berg Publishers Limited, pp. 73-99. https://doi.org/10.5040/9781350049536-ch-003

Real Academia Española (1817), *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*, 5.ª ed., Madrid: Imprenta Real.

Real Academia Española (2012), *Diccionario de autoridades. (1726-1739)*, en línea: https://apps2.rae.es/DA.html [último acceso: 03/08/2023].

Rodríguez Mansilla, Fernando (2019), «Quevedo y los estudios de animales: una lectura de "Consultación de los gatos" (núm. 750)», *La Perinola*, 23, pp. 129-149. https://doi.org/10.15581/017.23.129-149

Romay Ceda, Gregorio (1779), *Oracion en defensa de los gatos, Probando su utilidad en las casas. Escrita por don Gregorio Romay-Ceda*, Sevilla: D. Manuel Nicolás Vázquez y Compañía.

Serpell, James (2014), «Domestication and history of the cat», en Dennis C. Turner y Patrick Bateson (eds.), *The Domestic Cat. The Biology of its Behaviour*, 3.ª ed., Reino Unido: Cambridge University Press, pp. 83-100. https://doi.org/10.1017/cbo9781139177177.011

Serrano Belezar, Miguel (1779), *Declamaciones y sentimientos que hicieron los gatos de Madrid en el concejo ó junta general que celebraron la noche del 12 de Abril de este*

*año, con motivo de haberse publicado en la Gaceta de 3 de los mismos la Oracion en que se intenta persuadir que es menor mal sufrir Ratones, que tener Gatos en nuestras casas. Participadas por don Nicolas Monleon de la Pedriza, á su amigo Don Federico Eslava, vecino de la Ciudad de Valencia, con varias reflexiones sobre el asunto*, Madrid: Imprenta de la Gaceta.

Terreros y Pando, Esteban (1787), *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina é italiana: su autor el p. Esteban de Terreros y Pando. Tomo segundo*, Madrid: Viuda de Ibarra, hijos y compañía.

Thomas, Keith (1983), *Man and the Natural World. A History of the Modern Sensibility*, Nueva York: Pantheon Books.

Torres Villarroel, Diego de (1738), *Juguetes de Thalia, entretenimientos de el numen. Varias poesías, que a diferentes assumptos escribió el doctor don Diego de Torres Villarroel, de el gremio, y claustro de la Universidad de Salamanca, y su cathedratico de prima de matemáticas, &c*, Salamanca: Imprenta de la Santa Cruz.

Uther, Hans-Jörg (2004a), *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography. Part I: Animal Tales, Tales of Magic, Religious Tales, and Realistic Tales, with an Introduction*, Helsinki: Academia Scientiarum Fennica.

Uther, Hans-Jörg (2004b), *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography. Part II: Tales of the Stupid Ogre, Anecdotes and Jokes, and Formula Tales*, Helsinki: Academia Scientiarum Fennica.

Vázquez Jiménez, Lydia (2017), «Riña de gatos, de Goya: la gatomaquia como espectáculo simbólico», *Miríada Hispánica*, 14, pp. 65-77.

Wolloch, Nathaniel (2019), *The Enlightenment's Animals. Changing Conceptions of Animals in the Long Eighteenth Century*, Ámsterdam: Amsterdam University Press. https://doi.org/10.1515/9789048539321

Zelinger, Amir (2021), «History of Pets», en Mieke Roscher, André Krebber y Brett Mizelle (eds.), *Handbook of Historical Animal Studies*, Berlín/Boston: De Gruyter, pp. 425-438. https://doi.org/10.1515/9783110536553-033

ISSN: 1576-7914 - e-ISSN: 2341-1902
DOI: https://dx.doi.org/10.14201/cuadieci202425617648

# LA ORQUESTA EN LAS CATEDRALES ESPAÑOLAS ENTRE *C.* 1770 Y *C.* 1820: USO DEL TÉRMINO Y CONFIGURACIÓN DE LAS PLANTILLAS*

## *The Orchestra in the Spanish Cathedrals between* c. *1770 and* c. *1820: Use of the Term and Configuration of the Ensembles*

Héctor Eulogio SANTOS CONDE
Universidad de La Rioja
hector-eulogio.santos@unirioja.es

Fecha de recepción: 21/06/2023
Fecha de aceptación: 29/04/2024

RESUMEN: En el presente texto se pretende documentar qué se entiende por *orquesta* en la documentación catedralicia española durante la transición del siglo XVIII al XIX. Si bien diversos trabajos han planteado la reconstrucción de este tipo de *ensembles* durante el periodo analizado, apenas se encuentran reflexiones sobre los significados y usos asociados al término. Para ello, en primer lugar, se analizan las definiciones recogidas en los diccionarios históricos y se muestran ejemplos procedentes de tratados musicales, obras literarias, publicaciones periódicas y la documentación administrativa de doce instituciones religiosas españolas, que ilustran cómo se empleó el término *orquesta* en las fuentes contemporáneas. Posteriormente, la configuración de los conjuntos instrumentales catedralicios se contrasta con la realidad europea, tomando como referencia la taxonomía propuesta por John

* Este trabajo se ha realizado al amparo de las ayudas Margarita Salas para la formación de jóvenes doctores de la Universidad de La Rioja (Resolución 761/2021, de 28 de junio), financiadas por el Ministerio de Universidades y la Unión Europea. Trabajo financiado por la Unión Europea-Next GenerationEU. Asimismo, este artículo forma parte de los resultados del proyecto I+D «La música como interpretación en España: historia y recepción (1730-1930)» (PID2019-105718GB-I00) financiado por el MCIN / AIE / 10.13039/50110001

Spitzer y Neal Zaslaw. En definitiva, este doble enfoque corrobora la integración de las catedrales españolas, aun con ciertas particularidades, dentro del consenso paneuropeo propiciado por la consolidación de la orquesta como institución.

*Palabras clave*: lexicología musical; orquesta; instrumentos musicales; catedrales españolas.

ABSTRACT: This text aims to answer the following question: what does «orchestra» mean in the Spanish cathedral documentation during the transition from the 18th to the 19th century? Although various studies have proposed the reconstruction of this type of ensemble during the period analyzed, there are hardly any reflections on the meanings and uses associated with the term. Firstly, I analyze the definitions collected in the historical dictionaries and I show examples from musical treatises, literary works, periodical publications and administrative documentation of twelve Spanish religious institutions, which illustrate how the term orchestra was used in the contemporary sources. Subsequently, I compare the configuration of cathedral instrumental ensembles with the European reality, taking as a reference the taxonomy proposed by John Spitzer and Neal Zaslaw. In conclusion, this double approach corroborates the integration of Spanish cathedrals, even with their peculiarities, within the pan-European consensus promoted by the consolidation of the orchestra as an institution.

*Key words*: musical lexicology; orchestra; musical instruments; Spanish cathedrals.

## 1. Introducción

«La música se desarrolla en un contexto y, por eso mismo, posee ampliamente conceptos complejos, poliédricos y, sobre todo, variables que convendría problematizar a la hora de abordar la narración historiográfica» (Justiniano, 2017: 220). Con estos términos, que sintetizan la orientación del presente trabajo, finaliza Juan Carlos Justiniano su artículo acerca de la necesidad de abordar las voces técnicas que se refieren a la música desde un prisma lexicográfico. En la misma dirección se expresa Amaya García cuando afirma que «Las palabras solo tienen sentido cuando están insertas en un marco conceptual concreto, en un paradigma concreto, porque es ahí donde se cargan de significado y se vinculan a uno o varios conceptos» (García, 2020: 308). En sintonía con estas ideas, Cristina Diego resume, por tanto, que

> La investigación en lexicología musical consiste, pues, en analizar un vocabulario de especialidad utilizado en situaciones concretas con una finalidad definida (interpretación, descripción de acontecimientos, pedagogía o mera exposición teórica), con el fin de situar las palabras en su contexto. (Diego Pachecho, 2022: 285)

La amalgama de significados que muchos vocablos han ido adquiriendo con el paso del tiempo, unida a la variabilidad de contextos en que se han empleado,

requieren la lectura crítica de la documentación, lo cual no puede plantearse sin establecer en primera instancia su dimensión semántica. Solo una vez expuestas las distintas acepciones es cuando se puede pasar a documentar los usos particulares de los términos en las diversas fuentes, lo que se corresponde con su dimensión pragmática[1]. Para poder llevar a cabo esta última fase es necesario «recabar un amplio espectro de fuentes», como explica Juan José Carreras, puesto que solo de este modo se puede obtener «una reconstrucción histórica significativa de los distintos usos del concepto» (Carreras, 2016: 30)[2]. Esta propuesta metodológica aparece materializada, en mayor o menor medida, en diversos trabajos recientes englobados dentro de este ámbito de investigación (Mazuela-Anguita, 2019; Santos, 2019a; García, 2020; Diego Pacheco, 2022).

En la línea de lo apuntado en el párrafo anterior, en este trabajo se pretende determinar qué se entiende por *orquesta* en España, más concretamente en los contextos catedralicios, durante el último cuarto del siglo XVIII y las dos primeras décadas del XIX. La motivación que fundamenta este texto es que, aunque numerosos estudios abordan la reconstrucción de este tipo de conjuntos instrumentales[3], no se suele plantear una reflexión acerca de los significados asociados al vocablo *orquesta* y el uso que se dio a dicho término en las fuentes contemporáneas. Para alcanzar este primer objetivo, además de analizar las definiciones incluidas en los diccionarios –tanto generalistas como específicos–, se consultan tratados teóricos, obras literarias y anuncios de la prensa y se incluyen ejemplos extraídos de la documentación procedente de doce instituciones religiosas –en concreto, informes de cuentas, actas capitulares, memoriales de músicos y planes de reforma de las capillas–[4]. Por su parte, el segundo bloque presenta un enfoque comparativo. Se toma como punto de partida la lista de características que John Spitzer

1. Una explicación sobre la dimensión semántica y pragmática de los conceptos se recoge en Blanco, 2012: 12.

2. La descripción de los distintos tipos de fuentes manejados en el proyecto *Léxico Musical del Renacimiento* constituye un ejemplo paradigmático de esta afirmación (Diego Pacheco, 2022: 288-290).

3. En el ámbito religioso destacan el trabajo pionero de Raúl Arias del Valle sobre la orquesta de la Catedral de Oviedo (Arias, 1990) y las investigaciones de Francisco Javier Garbayo sobre la capilla musical de Santiago de Compostela durante los magisterios de Buono Chiodi y Melchor López (Garbayo, 1995: vol. I, 53-94 y vol. III, 2-47; Garbayo, 2013), aunque es habitual que en las monografías dedicadas a las distintas capillas se incluya algún apartado para reconstruir la configuración de la sección instrumental. Los trabajos de José Máximo Leza, Marina Barba y Josep Martínez permiten conocer la composición de las orquestas de los teatros madrileños durante la segunda mitad del siglo XVIII (Leza, 2008; Barba, 2015; Martínez, 2017: 63-65, 150, 155). Los conjuntos instrumentales que formaban parte de la Real Capilla y que conformaban la Real Cámara durante los reinados de Carlos III y Carlos IV aparecen analizados por Judith Ortega en su tesis doctoral (Ortega, 2010: vol. I, 61-66, 147-154 y 170-174). Asimismo, se debe mencionar el estudio específico que le dedica Juan Pablo Fernández a la orquesta patrocinada por la XII duquesa y XV condesa de Benavente entre los años 1781 y 1792 (Fernández, 2005: vol. I, 217-243).

4. Un trabajo que recopila y analiza las distintas tipologías de fuentes administrativas catedralicias que pueden contener informaciones relativas a la música es Montero y Gómez, 2011.

y Neal Zaslaw ofrecen para delimitar qué es una orquesta en el ámbito europeo durante la segunda mitad del siglo XVIII y primeros años del XIX (Spitzer y Zaslaw, 2004: 19-22)[5], las cuales se contrastan con la información que proporcionan las fuentes de once catedrales españolas. Es preciso recalcar que estos autores se circunscriben a cuatro ámbitos geográficos –Italia, Francia, Alemania e Inglaterra (Spitzer y Zaslaw, 2004: 137-305)– y analizan por lo general contextos laicos –ya que únicamente en el capítulo dedicado a Italia se dedica un epígrafe específico a las orquestas de las iglesias (Spitzer y Zaslaw, 2004: 160-166)–, consolidando de este modo una visión particular acerca de la historia de este tipo de agrupaciones durante el periodo estudiado. Dicho de otro modo, el enfoque aplicado por estos investigadores contribuye a fundamentar una genealogía hegemónica que perpetúa una imagen canónica y excluyente, que obvia el análisis de otras realidades y marcos geográficos. Sin embargo, aun con estas prevenciones, el hecho de que Spitzer y Zaslaw hablen de un consenso transnacional acerca de lo que se entendía que era una orquesta (Spitzer y Zaslaw, 2004: 308, 334-337) invita a preguntarse hasta qué grado las catedrales españolas participaron de él. La utilización de las dieciséis instituciones mencionadas a lo largo del texto viene determinada, preferentemente, por la existencia y la disponibilidad de documentarios o estudios concretos previos, si bien en algunas de ellas –casos de las catedrales de León y Toledo– se ha podido realizar una revisión *in situ* de las fuentes primarias.

## 2. Etimología del término orquesta: de ubicación a conjunto de instrumentistas

Si bien Zaslaw ya recopilaba en 1988, por orden cronológico, cinco acepciones que se han asociado históricamente con la palabra *orquesta* –partiendo desde la antigüedad grecolatina hasta alcanzar la segunda mitad del siglo XVIII (Zaslaw, 1988: 484)–, son Spitzer y el propio Zaslaw quienes reiteran la evolución

5. Para facilitar su consulta, dichas características se añaden a continuación: «1. An orchestra is based on bowed stringed instruments of the violin family; 2. In an orchestra several instruments of the same type play each of the string parts. The violins are doubled more heavily than the other strings; 3. The instrumentation of orchestras is considerably standardized within a given time and place. As a consequence, repertories emerge of specifically orchestral music; 4. Orchestras include one or more bowed bass instruments sounding in the 16-foot (double bass) register; 5. Orchestras have a keyboard continuo, usually either a harpsichord or an organ. They may also include plucked string continuo instruments like lutes and theorbos; 6. Orchestras perform as unified ensembles under centralized control and discipline; 7. Orchestras have distinct organizational identities and administrative structures; […] 8. *Wind instruments*. By the end of the eighteenth century wind instruments had become an integral part of the orchestra; […] 9. *Leadership*. Late eighteenth-century orchestras were led by the first violinist, who set tempos, led rehearsals, and maintained discipline; […] 10. *Specialization*. By the end of the eighteenth century most orchestra musicians had become specialists on their instruments; 11. *Placement*. Orchestras became central to events in which they participated; […] 12. *Nomenclature*. By Haydn's time the orchestra was universally called by the name "orchestra"».

que tuvo el significado de este término desde el siglo XVII: de hacer referencia al lugar donde los instrumentistas se situaban en un teatro –primera mitad del XVII–, se extiende a los propios músicos que tocaban en estos emplazamientos (Spitzer y Zaslaw, 2004: 15-16). Ambos autores también afirman que «By the first part of the eighteenth century, "orchestra" had come to refer unequivocally to the instrumentalists and to their collective identity as an ensemble» (Spitzer y Zaslaw, 2004: 16). Esta última acepción es la que permanece vigente desde mediados del siglo XVIII (Spitzer y Zaslaw, 2004: 18). Los diccionarios de los principales idiomas europeos –franceses, alemanes e italianos– aceptaron lentamente este nuevo significado de *orquesta* (Spitzer y Zaslaw, 2004: 17-18), siendo la entrada que propone Jean-Jacques Rousseau para la *Encyclopedie* de Diderot y D'Alembert (década de 1750), reutilizada posteriormente en su *Dictionnaire de Musique* de 1768, una de las primeras en reconocer de forma explícita este sentido moderno (Rousseau, 1768: 358).

La voz *orchestra* –con sus variantes *orquestra* u *orquesta*–, incluida en el *Diccionario de Autoridades* (tomo quinto, 1737) y en las cuatro primeras ediciones del *Diccionario de la lengua castellana* (1780, 1783, 1791 y 1803), vincula este término con la segunda y tercera acepciones recogidas por Zaslaw, de manera similar a sus homólogos europeos:

> ORCHESTRA. s. f. El lugar que en los theatros estaba destinado para sentarse los Senadores Romanos a ver los juegos públicos [segunda acepción]; pero el día de hoy se toma por el tablado, que se forma, regularmente en arco, para que se sienten los músicos que tocan los instrumentos en las Comedias y otras fiestas [tercera acepción]. (Diccionario de Autoridades, 1737: vol. 5, 47-48)

De igual manera, el *Diccionario castellano* de Esteban de Terreros y Pando (Terreros y Pando, 1787: 726) incluye los tres primeros significados que menciona Zaslaw en su artículo:

> ORQUESTRA, vulgarmente *orquesta*, paraje delante del teatro, en el cual se ponen los coros de música [tercera acepción]. Fr. *Orchestre*. Lat. *Orchestra*, *hiposcena*. It. *Orchestra*. Entre los Griegos servía para colocar los músicos y danzantes [primera acepción]; pero entre los Latinos era el asiento de los Senadores [segunda acepción].

El primer diccionario de la lengua castellana que asocia inequívocamente el término *orquesta* con una agrupación de músicos instrumentistas es un suplemento incorporado a la cuarta edición de la Real Academia Española: «El conjunto de músicos de varios instrumentos que tocan composiciones escritas a propósito con el acorde de todos ellos» (Real Academia Española, 1803: 925). Aunque posterior al marco cronológico en el que se centra este estudio, se debe mencionar que la acepción de espacio físico todavía pervive en el diccionario sobre terminología musical de Antonio Fargas y Soler, fechado en 1852, si bien es cierto que dicho autor reconoce el sentido de un *ensemble* de músicos que interpretan música juntos como el más habitual. Es preciso destacar que la última frase de esta entrada,

relativa a poder evaluar el resultado sonoro producido por estas agrupaciones, está en buena medida calcada de la definición aportada casi un siglo antes por Rousseau[6]. En el ámbito francés, el primer diccionario de la *Académie Françoise* que recoge el significado de conjunto instrumental para definir el término *orquesta* fue la quinta edición, publicada en 1798, es decir, cinco años antes que en España[7]. Por su parte, en el contexto alemán, esta acepción ya aparece integrada, con veintiséis años de anticipo respecto a España, en el *Grammatisch-kritisches Wörtebuch* de Johann Christoph Adelung, fechado en 1777 (Spitzer y Zaslaw, 2004: 17-18). De este modo, en el caso español también se confirma, al igual que en otros idiomas europeos, la aseveración planteada por Spitzer y Zaslaw acerca de que los «Dictionaries were slow to acknowledge the new usage of orchestra as designating people rather than places» (Spitzer y Zaslaw, 2004: 17).

## 3. Dimensión pragmática: el uso del término orquesta en España durante la transición del siglo XVIII al XIX

### 3.1. Obras literarias, tratados teóricos y noticias en la prensa

A diferencia de los diccionarios, diversas fuentes teóricas, literarias y hemerográficas españolas ya empleaban desde mediados del siglo XVIII el término *orquesta* en su acepción más moderna, haciendo referencia, sin ninguna duda, a un determinado conjunto de instrumentos. Así, una crónica localizada en la *Gaceta de Madrid*, en la que se describe la entrada solemne de los reyes Fernando VI y Bárbara de Braganza en Madrid, fechada el 10 de octubre de 1746, constituye un temprano ejemplo que ilustra el uso del vocablo *orquesta* para referirse a un determinado conjunto de músicos instrumentistas. En este caso, esta etiqueta sirve para designar un *ensemble* de amplias dimensiones –conformado por «50 instrumentos de todos géneros»– ubicado sobre un tablado, el cual se distingue explícitamente de otras posibles agrupaciones instrumentales, como la que podían conformar los músicos militares[8].

6. Fargas y Soler, 1852: 146: «ORQUESTA. Se decia antiguamente y se dice aun el dia del lugar donde están reunidos los músicos que la forman; pero la acepción de esta palabra se toma mas á menudo por el efecto que produce la ejecución de los músicos reunidos. Así se dice, que una *orquesta es buena ó mala* según sea buena ó mala la ejecución de los músicos que la componen».

7. L'Académie Françoise, 1798: 196: «ORCHESTRE. s. m. (On prononce *Orkestre.*) C'etoit dans le théâtre des Grecs le lieu où l'on dansoit [primera acepción]; et dans le théâtre des Romains, le lieu où se plaçoient les Sénateurs [segunda acepción]. C'est parmi nous le lieu où l'on place la symphonie, et qui sépare le théâtre du parterre [tercera acepción]. Il se dit aussi De la réunion de tous les Musiciens [cuarta acepción]».

8. *Gaceta de Madrid*, 18-10-1746, n.º 42, p. 334: «En esta forma, y sin la menor interrupción en todo el Acompañamiento, vinieron marchando sus Magestades por la Puerta de Alcalà, y al entrar en el Arco de la Calle de este nombre, *encontraron situada en un Tablado*, que se construyò á este fin por disposición de los Gremios, *una Orquesta de 50. Instrumentos de todos géneros* [cuarta acepción], que

Por su parte, Tomás de Iriarte (1750-1791), en su famoso poema *La Música* (1779), describe el órgano mediante su comparación con el resto de los instrumentos, afirmando que es «obra superior del arte humano», puesto que «Las voces de una orquesta numerosa / Se compendian en él, baxo la mano / De un solo executor» (Iriarte, 1779: 61)[9]. Los instrumentos con los que Iriarte contrasta el órgano y que, por tanto, conformarían dicha «orquesta numerosa» son, por este orden, el clave, el oboe, la trompa, la flauta y los de cuerda –violín, viola, violonchelo y contrabajo– (Iriarte, 1779: 62). Posteriormente, al describir la música teatral, especifica las funciones que cada uno de ellos debía cumplir o el carácter que evocan, añadiendo a los anteriormente mencionados el clarín, el fagot, el clarinete –asociado con el ámbito militar– y los timbales (Iriarte, 1779: 81-83).

En una entrada del *Diario de Madrid* fechada el 9 de febrero de 1790, elaborada por un autor anónimo vinculado con Iriarte (al que llega a denominar «mi amigo»), se encuentra una descripción similar del cometido encargado a cada instrumento dentro de la orquesta, también circunscrita al ámbito teatral. Justo antes de desarrollar esta explicación, este artículo presenta las distintas acepciones mencionadas por Zaslaw, aunque se centra exclusivamente en las dos últimas –orquesta entendida como un lugar específico y como conjunto instrumental–:

> I. Aunque la orquesta fue entre los antiguos distinta cosa que lo que es hoy; pero al presente se entiende esta parte del teatro por la delantera de la escena entre la luneta y el tablado, y en donde se colocan los coros de música. Compónese por lo común la orquesta de violines, violas, violones, contrabajos, oboes, flautas traversas, clarines, fagotes, trompas, y uno, o dos clavicordios[10].

En términos similares a Iriarte, aunque con una intención crítica, se expresa Antonio Rafols, violinista primero de la Catedral de Tarragona, en su *Tratado de la Sinfonía* (1801) cuando afirma que el órgano no debe utilizarse juntamente con el resto de los instrumentos, debido a que por su mayor volumen sonoro impide escuchar a estos últimos:

> Los inventores son los mismos Organistas, los quales mientras están solazándose en este género de conjuntos [sinfonías para orquesta con la participación del órgano], dando muestras de su habilidad ó agilidad, absorben freqüentemente á todos los demás Músicos [instrumentistas], de quienes no se percibe mas entonces que un inútil meneo de brazos; y así mas propiamente llamaríamos á dicha orquesta

alternando con las Musicas, y toques Marciales de la Tropa, hacían una deliciosa Harmonía». https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1746/042/A00331-00340.pdf [resaltado en cursiva por el autor] [última consulta: 02/09/2024].

9. Esta asociación propuesta por Iriarte puede vincularse con el interés que se consolida en su época por la construcción de instrumentos que fueran capaces de aunar los sonidos de los distintos instrumentos de la orquesta (Dolan, 2003).

10. *Diario de Madrid*, 9-2-1790, n.º 40, pp. 157-159, «Poética del Teatro. Discurso sobre la Música teatral, sus especies, y variedades». Citado en Acker, 2007: 102.

> monofonía, que sinfonía; pues no oimos mas que un sonido recio [el del órgano], y no la union de varios sonidos, a lo menos por parte de los otros instrumentos. (Rafols, 1801: 61)

Rafols emplea la etiqueta *orquesta* para referirse a este conjunto de músicos instrumentistas, utilizando como sinónimo el término *sinfonía*, del mismo modo que hace la quinta edición del diccionario de la *Académie Françoise* (1798)[11].

En su novela *Don Lazarillo Vizcardi*, Antonio Eximeno (1729-1809) defiende, mediante una conversación entre los personajes Narciso Ribellés y Lazarillo Vizcardi (capítulo III de la segunda parte), que una *orquesta* debía utilizarse con moderación en el ámbito eclesiástico[12]. Para alcanzar dicho objetivo, recomendaba que se eliminasen los instrumentos de viento y percusión –flautas, oboes, clarinetes, trompas, órgano y timbales–, permaneciendo únicamente los de la familia del violín, por empastarse estos últimos de forma más natural con la voz humana (Eximeno, 1872: 136-137, párrafo 7).

Por su parte, Pedro Aranaz y Vides (1740-1820), maestro de capilla de la Catedral de Cuenca, junto con Francisco Olivares (1778-1854), organista primero en la de Salamanca, dedican la última sección de su *Tratado completo de composición fundamental* (1807) a describir las cualidades, características y, en algunos casos, funciones que cumplen los distintos instrumentos que denominan «de Orquesta y Capilla». Entre ellos, no solo aparecen mencionados el órgano (o pianoforte) y los habituales instrumentos de cuerda y viento que conforman una *orquesta* –violines, viola, violonchelo, contrabajo, flauta travesera, oboe, clarinete, clarín, trompa, fagot–, sino también otros asociados tradicionalmente a los espacios eclesiásticos –como el arpa, la chirimía o el bajón– y a la música militar –octavín (flautín), requinto, figle, trombón o *buccen* y corneta de llaves– (Aranaz y Olivares, 1807: 175-194).

### 3.2. Documentación catedralicia

Al igual que las fuentes analizadas en el apartado anterior, la documentación catedralicia española ya empleaba, desde al menos la década de 1770, la palabra *orquesta* para referirse a los conjuntos conformados por los músicos de instrumento o a las actuaciones que estos *ensembles* realizaban. En la Catedral de León, este término aparece mencionado por primera vez en el año 1772. En la de Cádiz, la

11. La tercera acepción del término *orchestre* se expresa en este diccionario del siguiente modo: «ORCHESTRE. s. m. […] C'est parmi nous le lieu où l'on place la symphonie, et qui sépare le théâtre du parterre» (L'Académie Françoise, 1798: 196). Por su parte, una de las acepciones que recoge este mismo diccionario para el vocablo *symphonie* afirma que «Il se dit quelquefois Du corps des Symphonistes [= aquellos que tocan los instrumentos de música]; mais on dit plus communement *Orchestre*» (L'Académie Françoise, 1798: 622).

12. Sobre esta novela pueden consultarse, en particular: Rodríguez, 1995; Hernández, 2021.

utilización de este vocablo se documenta en fuentes fechadas entre 1777 y 1805 (Díez, 2004: 323-325). En Sevilla, el término se emplea habitualmente en la documentación catedralicia a partir del año 1779[13]. En las catedrales de Plasencia, Jaén y Santiago de Compostela, la palabra *orquesta* se localiza por primera vez en las actas capitulares durante los años 1795 y 1796. En otras catedrales como Burgos, Córdoba, Las Palmas de Gran Canaria o Segovia se encuentran menciones en los primeros veinte años del siglo XIX.

Una libranza de pago del año 1772 conservada en la Catedral de León hace referencia al dinero que se le debía retribuir a los músicos instrumentistas por la actuación de la *orquesta* que realizaron el día 14 de agosto, víspera de la Patrona:

> Corpus, y Semana Santa e Iluminación y Orquesta del día de Nuestra Señora: Pagará VM señor Don Tomás Rodríguez López Contador de la fábrica de esta Santa Iglesia a Juan Hidalgo Longero 300 reales de vellón para repartir entre los músicos que han de asistir con instrumentos la Víspera de Nuestra Señora de Agosto a la orquesta [= actuación] que se ha de tener en los Miradores de Regla en lugar de fuegos y coste de Luminarias que por este se le abonaran a vm en sus cuentas. León. Agosto 14 de 1772. Son 300 reales de vellón[14].

Esta costumbre de anunciar la víspera de la Patrona con una función independiente de los instrumentistas denominada *orquesta* está documentada hasta, al menos, el año 1836, como evidencia la siguiente carta enviada por las autoridades civiles de la ciudad al cabildo catedralicio:

> Puede V.I disponer la iluminación de la fachada de la Catedral, y la orquesta con que según antigua costumbre se anuncia la celebridad del día de su Patrona. Pues que ni es de esperar que este acto se interrumpa por nada que pueda alterar la tranquilidad. Para lo que se tomarán por el señor Comandante General de la Provincia las medidas necesarias, para que se perturbe en lo más mínimo dicha función. Dios guarde a V.I León 14 de Agosto de 1836. Antonio Valcarce[15].

En un edicto capitular procedente de Santiago de Compostela, fechado en julio de 1817, el término *orquesta* parece emplearse en el mismo sentido que en León, es decir, se entiende como una actuación independiente de los músicos durante la noche de la festividad del patrón de la catedral (25 de julio, aunque también puede referirse al anochecer de la víspera). Si bien no se explicita concretamente qué intérpretes son los que participaban en dicha actividad, puesto

13. La primera mención que he localizado del término *orquesta* en la documentación de la catedral hispalense aparece en un edicto capitular de marzo de 1779. Véase: E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 142, f. 60, 6-3-1779. Citado en: Montero, 2016: 181-182. Las siglas para referirse a los distintos archivos son las propuestas por el RISM (Répertoire International des Sources Musicales): https://rism.info/community/sigla.html [última consulta: 02/09/2024].

14. E-L, Fondo General, *Libranzas de fábrica de 1772*, sig. 21314.

15. E-L, Fondo General, sig. 26826.

que se emplea el término genérico «músicos», se puede pensar, por analogía con el caso leonés, que a este evento acudían exclusivamente los instrumentistas de la capilla catedralicia[16].

En la Catedral de Jaén, este término se ha localizado por primera vez en un acta capitular fechada en marzo de 1796[17]. En dicha acta se acuerda enviar un conjunto de músicos instrumentistas de la catedral, los necesarios «para componer una orquesta», a Andújar y La Carolina para que actuasen durante los festejos celebrados con motivo del paso de la comitiva real de Carlos IV y María Luisa de Parma por dichas localidades (días 14 a 16 de marzo) en su camino de vuelta desde Sevilla hasta el Real Sitio de Aranjuez[18]. Este documento proporciona una información relevante, ya que menciona el número específico de músicos que eran necesarios para conformar una orquesta, según se entendía en el contexto giennense en este momento: en concreto, se requiere la participación de cuatro violines, dos trompas, dos oboes, dos flautas, un contrabajo y un violón, es decir, un total de doce músicos. Cuatro meses antes, en diciembre de 1795, el corregidor de Trujillo (Cáceres) también solicitó al cabildo de la Catedral de Plasencia la presencia de la orquesta de la capilla catedralicia para festejar el paso de la comitiva real. De nuevo, en este caso, la etiqueta *orquesta* se vincula explícitamente con los músicos de instrumento, aunque, a diferencia de Jaén, no se especifica el número concreto de instrumentistas que acudieron a este evento[19].

En la Catedral de Santiago de Compostela, sin contar el edicto de julio de 1817 incluido previamente, la primera mención de este término se ha localizado en las actas capitulares del año 1796, cuando Francisco Nicolini le pide al cabildo que ceda a algunos músicos de la catedral para que «asistan a la ópera, para completar la orquesta»[20]. Los intérpretes solicitados eran, sin duda, los de instrumento, puesto que un mes después son ellos («individuos instrumentistas») los que piden permiso al cabildo para acudir a tocar en las óperas[21]. En ambos casos, la peti-

16. E-SC, Libro de actas capitulares, vol. 66, f. 445, 23-7-1817: «En este cabildo manifestó el señor Medrano, fabriquero, que media onza de oro que se daba a los músicos la noche del día de nuestro Apóstol por la orquesta [¿= actuación del conjunto instrumental?], no sabía a dónde se había de cargar, pues recibía en ello este perjuicio la fábrica; y en vista de lo más que manifestó se acordó que la media onza se saque de donde se acostumbra».

17. E-JA, Actas capitulares, vol. de 1796, acuerdo capitular de 8-III-1796. Citado en Jiménez, 1998a: 579-580.

18. La información acerca del itinerario seguido por los reyes en el viaje que realizaron a Sevilla en 1796 procede de García, 2013: 93.

19. E-P, Actas capitulares, vol. 79, ff. 422-422v., «Junta capitular en la sacristía de lo viejo, 29 de diciembre 1795». Citado en Gómez, 1982: 517-518; Martín, 2015: vol. 2, 109-110.

20. E-SC, Libro de actas capitulares, vol. 62, f. 251, 13-4-1796: «En este cabildo se ha visto memorial de don Francisco Nicolini, en que suplica al Cabildo le franquee algunos músicos que asistan a la ópera, para completar la orquesta, lo que se ha denegado, con privación de todos y cualesquier músicos que asisten sus respectivas plazas».

21. E-SC, Libro de actas capitulares, vol. 62, f. 259, 24-5-1796: «En este cabildo se ha visto memorial de los individuos instrumentistas de esta santa iglesia, en que solicitan licencia para asistir a

ción fue denegada. Por su parte, el maestro de capilla Melchor López (1759-1822) utiliza la palabra *orquesta* en diversos memoriales, en los que se refiere siempre a músicos instrumentistas. Por ejemplo, en abril de 1802 propone al músico Francisco Badía para una plaza de segundo violín con viola agregada, diciendo de esta última que es un «instrumento preciso en toda buena orquesta y muy análogo al violín» (citado en Garbayo, 1995: vol. III, 144-145, doc. 55; Garbayo, 2007: 236).

En el contexto catedralicio leonés, la palabra *orquesta* no solo designaba la intervención independiente que realizaban los músicos de instrumento durante la víspera del día de la Patrona, como ya se ha indicado, sino que también hace referencia a la propia agrupación conformada por estos individuos. Así lo atestigua un informe que Tomás Medrano, primer violinista de la capilla entre 1783 y 1807, envió al cabildo en el contexto de una oposición a una plaza de violín (1803):

> Pongo en primer lugar a D$^{n}$ Luys Antonio de Sousa Primer violín de la S$^{ta}$ Yglesia Cath$^{l}$ de Astorga por su mucha execu$^{n}$, brillantez, hermoso tono y destreza para el gobierno de una horquesta. Y en segundo a D$^{n}$ Fran$^{co}$ Balladar, Primer Violín de la compañía de cómicos q$^{e}$ actualmente se halla en la ciudad de Zamora, pues este aunque es un buen Músico su tono es muy corto por lo q$^{e}$ no sirbe para gobernar una orquesta. Dios guarde a V. S. Yllma. León y Febrero 7 de 1803. Thomas Medrano [firma][22].

En este documento se hace referencia a los dos aspirantes que concurren a esta plaza y se centra la atención en evaluar la habilidad de cada uno de ellos para dirigir una orquesta, entendida en su acepción de conjunto instrumental. Como se desarrollará más adelante, Medrano menciona en este documento una de las funciones asociadas al primer violinista dentro de estas agrupaciones.

En la Catedral de Burgos, la salida del instrumentista Cipriano Corral en 1803 provocó que el cabildo preguntara si era necesario adjudicar la plaza vacante a otro músico de instrumento «para completar la orquesta de la capilla»[23]. Asimismo, el maestro Gregorio Yudego, ante la petición del violinista Cristóbal Andreozzi de ingresar en la capilla catedralicia (abril 1804), indica que «con su asistencia sería más brillante la orquesta y más lucidas las funciones por esta parte [= sección instrumental]». La vinculación del término *orquesta* con el conjunto instrumental de la capilla queda inequívocamente establecida cuando, más adelante, este maestro afirma que «la capilla en punto a instrumentistas está bien, pero con la asistencia de Andreozzi estaría mejor»[24].

la ópera, y se acordó no haber lugar».

22. E-L, Fondo General, sig. 3736, f. 7r.

23. E-BUa, Actas capitulares, vol. 124, f. 300, 31-1-1803, «Instrumentista se despide». Citado en López-Calo, 1996: 209-210.

24. E-BUa, Actas capitulares, vol. 124, f. 559, 19-4-1804, «Memorial autógrafo del maestro Gregorio Yudego». Citado en López-Calo, 1996: 223. Una breve semblanza biográfica de Cristóbal Andreozzi se puede consultar en Ortega, 2010: vol. II, 6-7.

En Córdoba, un edicto capitular fechado el 31 de octubre de 1805 indica que Miguel Reynaldi –primer violinista de la capilla, admitido en septiembre de ese mismo año y activo hasta, al menos, 1822 (Bedmar, 2009: 145, 306-307)– solicitaba un aumento de sueldo, así como una ayuda de costa para regresar de Madrid a Córdoba y «para proporcionar ciertas sinfonías y cuartetos consecuentes para el arreglo de la orquesta»[25]. La vinculación de este documento con la petición de un violinista y la mención de géneros musicales destinados para agrupaciones instrumentales más o menos amplias no admite otra interpretación para la etiqueta *orquesta* que la de referirse al conjunto instrumental de la capilla catedralicia. En este mismo sentido se debe entender la información que aporta un ceremonial de 1774 relativo a las consagraciones de obispos procedente del Monasterio de las Descalzas Reales, ya que en dicho documento se indica explícitamente que la orquesta contratada exprofeso para este tipo de actos debía interpretar una obertura tanto al comienzo como al final[26].

En la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria, el maestro de capilla José Palomino (1753-1810) también emplea el término *orquesta* para denominar a la sección instrumental de la capilla, como se comprueba en el plan de reforma que elabora en el año 1809. Cuando menciona los instrumentos de viento imprescindibles en cualquier conjunto, este músico indica que «sin acordarse de clarinetes, fagotes, oboes y otros muchos instrumentos de que se está usando actualmente en grandes orquestas dentro y fuera de los templos, solo diré que son como indispensables dos clarinetes y dos trompas» (Siemens, 1980: 299). Asimismo, del violonchelo afirma que es «una de las tres cabezas principales del instrumental de una buena orquesta» (Siemens, 1980: 300).

En Segovia, un instrumentista llamado Antonio García solicitó, en 1813, una «plaza en la orquesta de capilla», comprometiéndose a aprender el contrabajo y enseñar la flauta y el clarinete a los niños de coro[27]. Dos edictos capitulares de esta misma institución, fechados en octubre de 1825 y septiembre de 1828, revelan que dos mozos de coro, instruidos en el clarinete y la trompa respectivamente, reclamaron al cabildo que los contratara a ellos para «los días de orquesta» –es decir, aquellas festividades en las que participaba un conjunto instrumental constituido *ad hoc*–, en lugar de a otros músicos ajenos a la catedral[28]. Del mismo modo, en Jaén (c. 1803) y Sevilla (1806), dos planes que regulaban el número de plazas en ambas capillas ya distinguían los tipos de festividades por la participación de la

25. E-C, Actas capitulares, vol. 98, fol. 28v., «jueves 31 de octubre de 1805». Citado en Bedmar, 2009: 308-309.

26. *Regla de lo que / deve hazer y Can- / tar la Capilla en / las Consagraciones / de Sres Obispos / 1774*, ff. 2r. y 6v. Ejemplar manuscrito de la Biblioteca Nacional de España, sig. MSS/13874.

27. E-SE, Actas capitulares, vol. 45, f. 392v., 23-6-1813. Citado en López-Calo, 1990: 319.

28. E-SE, Actas capitulares, vol. de 1821 a 1826, 5-10-1825. Citado en López-Calo, 1990: 336; E-SE, Actas capitulares, vol. de 1827 a 1833, 3-9-1828. Citado en López-Calo, 1990: 339.

orquesta, lo que implicaba la asistencia o no de determinados instrumentos[29]. En la catedral hispalense, un edicto de noviembre de 1811 confirma que las festividades en las que participaba la orquesta eran únicamente aquellas que tenían categoría de primera clase propia, diferenciándolas de las fiestas con aparato de primera clase[30].

Para concluir esta sección, es preciso resaltar la información que proporciona un informe de agosto de 1793, enviado por los instrumentistas de la Real Capilla al Cardenal Patriarca con motivo de un nuevo reparto de las mesadas eclesiásticas. Este documento evidencia, por un lado, la autoconciencia que presentan los miembros de la orquesta como un colectivo independiente dentro de esta institución, diferenciándose e, incluso, enfrentándose con otros músicos de la misma como los cantantes o los organistas, y clarifica, por otro, qué instrumentos eran los que conformaban este conjunto[31]. El plan que regula la distribución de estas mesadas, en forma de aumento de salario para todos los miembros de la Capilla Real, datado en el año siguiente (1794), muestra que dicha orquesta estaba formada por un total de 32 músicos de instrumento, manteniendo la misma estructura que ya presentaba en 1756: doce violines, cuatro violas, tres violonchelos y tres contrabajos, cuatro oboes (que también tocaban la flauta), dos fagotes, dos trompas y dos clarines[32]. En definitiva, la información presentada a lo largo de este apartado permite comprobar la concepción unitaria de lo que se entendía por *orquesta* durante este periodo en España, a pesar de que cambien los contextos interpretativos (teatral, religioso y cortesano).

## 4. Características y configuración de los conjuntos instrumentales catedralicios españoles

Una vez establecido el uso del término, es posible plantear la siguiente cuestión: ¿qué particularidades tiene que presentar un conjunto instrumental para que se le pueda denominar *orquesta*? Como ya se indicó en la introducción, Spitzer y Zaslaw proponen una serie de características para definir qué es una orquesta a mediados y finales del siglo XVIII en el ámbito europeo (Spitzer y Zaslaw, 2004: 19-22). Debido a que estos autores no abordan el contexto español, el cotejo entre estas características y las plantillas instrumentales de determinadas catedrales

29. «Plan para la capilla […] Estos quatro violinistas o a lo menos los tres últimos, deberán tocar otros Ynstrumentos o tener alguna voz pa. Cantar en las festividades qe. no hay orquesta» (Jiménez, 2011: 199); «VIOLINES 6 […] PRIMERO con la obligación de asistir quando hay Orquesta […] Vacante SEXTO con obligación de asistir quando hay Orquesta» (E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 169, ff. 86v.-87, 12-9-1806. Citado en Montero, 2016: 859).

30. E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 174, f. 70, 11-11-1811. Citado en Montero, 2016: 966.

31. E-Mpa, Real Capilla C.ª 164/24. Citado en Ortega, 2010: vol. II, 222.

32. E-Mpa, Real Capilla C.ª 164/21. Citado en Ortega, 2010: vol. II, 232-233.

hispanas se antoja pertinente, puesto que permite responder a la pregunta anterior y posibilita evaluar hasta qué punto dichos conjuntos formaban parte del consenso transnacional que caracterizó al periodo entre *c*. 1740 y *c*. 1815 (Spitzer y Zaslaw, 2004: 308, 334-337).

Antes de comenzar el análisis, se debe tener en cuenta que la utilización de colegiales, acólitos o mozos de coro[33], la contratación de músicos externos para ceremonias puntuales[34] o la habilidad de los músicos locales en tocar varios instrumentos[35] impide conocer con exactitud cómo estaban conformados los conjuntos instrumentales catedralicios españoles durante este periodo. José Máximo Leza sintetiza este aspecto, indicando que «el número de los puestos oficiales que muestran los documentos no coincide necesariamente con las posibilidades musicales reales, ampliadas por refuerzos internos o externos» (Leza, 2014: 53). Al igual que en el contexto español, los efectivos instrumentales permanentes de diversas instituciones religiosas italianas nunca eran muy amplios[36], aunque para festividades especiales se solían aumentar mediante la contratación puntual de músicos procedentes de otros ámbitos (Spitzer y Zaslaw, 2004: 161, 164-165).

En primer lugar, una orquesta es un conjunto basado en los instrumentos de la familia del violín. Además, los papeles destinados a la cuerda pueden estar interpretados por más de un músico, destinando, en todo caso, un mayor número de ejecutantes a las partes agudas que a las graves (Stowell, 1988: 28-29; Spitzer y Zaslaw, 2004: 319-330). Como se comprobará a continuación, esta última práctica

33. Un plan para reorganizar las plazas de instrumentistas en la Catedral de Burgos, fechado en enero de 1804, hace referencia explícita a que los niños de coro serían los encargados de completar las vacantes que no estuviesen cubiertas por músicos con plaza fija: «Los 3130 reales que restan hasta los 19.630 se agregarán al colegio, como también las 96 fanegas de trigo; con este agregado y las rentas del colegio, que ascienden poco más o menos a 22000 reales, pueden mantenerse *doce niños de coro*, o acaso algunos más, y *con ellos bien dirigidos habrá suficiente número para completar todos los instrumentos, incluso el contrabajo*. Será en este caso obligación de los niños aprender los instrumentos que se les señalen según la necesidad de la capilla y las circunstancias del niño y tocarlas como los demás instrumentistas» (E-BUa, Actas capitulares, vol. 124, f. 510, 13-1-1804, «Plan sobre plazas de músicos instrumentistas». Citado en López-Calo, 1996: 220) [resaltado en cursiva por el autor].

34. En Sevilla, un edicto capitular de septiembre de 1815 confirma indirectamente que el maestro de capilla se encargaba de llamar a instrumentistas ajenos a la catedral para completar la orquesta (E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 178, f. 170v., 27-9-1815. Citado en Montero, 2016: 1091).

35. A pesar de la tendencia hacia la especialización en un único instrumento, la presencia de músicos que pudieran tocar varios permaneció habitual durante el siglo XVIII: «Such multi-tasking remained common in the profession through the eighteenth century (wind players shifting from flute through oboe to clarinet; a situation not unknown in modern pit orchestras) and to the present day (clarinettists playing saxophone), even as rising standards of instrumental performance forced increased specialisation just on specific instruments rather than their families» (Carter y Levi, 2003: 4-5); «Professional instrumentalists were frequently double-handed – that is, competent on two or more instruments» (Zaslaw, 2019: 25).

36. Dexter Edge, en su reconstrucción de las plantillas orquestales de las iglesias vienesas en torno a 1780, también afirma que «Viennese church orchestras seem typically to have been quite small» (Edge, 1992: 67).

variaba entre las diferentes instituciones, pudiendo diferenciarse dos clases. Por un lado, aquellas en las que se encuentran únicamente dos o tres violinistas titulares, el tercero de los cuales solía tener agregado de viola. Por ejemplo, en la Catedral de León, los salarios recogidos en los libros de fábrica entre 1783 y 1820 evidencian la presencia de dos violinistas titulares, a los que se suma, en determinados años, un tercer violinista agregado. En la Catedral de Tuy (Pontevedra), un plan del año 1814 revela las plazas de músicos instrumentistas que debía tener, como mínimo, la capilla de música. Respecto a los violinistas, este documento menciona, en sintonía con el caso precedente, la inclusión de dos titulares y un tercero con agregado de viola: «Instrumental; primer violín con la [dotación] de 400 duc[ados]; segundo, con la de 300 duc, tercero con agregado de viola con la de 300 duc, sin este con la de 200 duc»[37]. Pero en diversas catedrales se documenta la presencia de entre cuatro y ocho violinistas, alguno de los cuales tocaría también la viola en determinadas ocasiones[38]. En la Catedral de Santiago de Compostela, el número de violinistas durante el magisterio de Melchor López (1783-1822) variaba entre cuatro y ocho (Garbayo, 2013: 274), de manera similar a Córdoba, donde oscilaba entre cuatro y siete a lo largo de la estancia de Jaime Balius como maestro (1785-1822) (Bedmar, 2009: 144-146). En Toledo, la capilla de música de la catedral primada contaba con alrededor de siete violinistas entre los años 1796 y 1807[39]. Por su parte, durante el magisterio de Ramón Garay (1787-1823), la capilla musical de la Catedral de Jaén contaba habitualmente con cuatro o cinco violinistas (Jiménez, 2011: 192, 195, 197, 199, 201-202, 206, 210-211). El conjunto orquestal que propone Palomino en su plan de reforma de 1809 para reorganizar la capilla catedralicia de Las Palmas de Gran Canaria requiere, al menos, cuatro violines –dos primeros y dos segundos–, ya que considera que este número «es el más limitado que debe haber para equilibrar con las voces» (Siemens, 1980: 298). En la Catedral de Sevilla, un plan para la configuración de la capilla de música, datado en septiembre de 1806, hace referencia a seis plazas –tres primeros y tres segundos–, algunas

37. E-TUY, Actas capitulares, vol. XXXIII, f. 32, 4-2-1814. Citado en Trillo y Villanueva, 1987: 452.

38. Dexter Edge ofrece unas cifras similares para el contexto eclesiástico vienés de finales del siglo XVIII y confirma que los instrumentistas de viola no solían citarse de forma independiente en los listados de las plantillas, siendo habitualmente violinistas los que cubrirían este papel: «Of the 32 Viennese churches for which orchestra members are listed by name, 11 had string sections consisting of four violins, a single cello and a single contrabass. Since violists were seldom listed separately (although violas were undoubtedly used), it seems likely that at least one of the so-called "Violinisten" was a violist. Eight other church orchestras consisted of four violins and one contrabass, without a cello. Of the remaining orchestras, several, including the orchestra at the church "Am Hof", were even smaller. Even the largest Viennese church orchestras included at most seven violins» (Edge, 1992: 68).

39. Miguel Ángel Ríos ofrece una reconstrucción de la plantilla instrumental entre los años 1802 y 1805 (Ríos, 2020: 202-203). Por mi parte, he consultado los libros de Obra y Fábrica de los años 1796 y 1807, documentos que recogen los pagos anuales realizados a los músicos instrumentistas integrados en la capilla de música: E-Tc, Libros de Obra y Fábrica, *Frutos de 1795. Gasto de 1796*, ff. 87r.-99r.; E-Tc, Libros de Obra y Fábrica, *Frutos de 1806. Gasto de 1807*, ff. 91r.-103v.

de ellas (de la tercera a la sexta) con instrumentos agregados[40]. En la Catedral de Gerona, a finales del siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX, existen cuatro puestos de violín, dos destinados a músicos laicos y los otros dos para músicos clérigos (Galdón, 2003: vol. II, 577).

Por lo que respecta a la viola, Aranaz y Olivares exponen cuáles eran las funciones habituales que cumplía este instrumento dentro de las composiciones. Por un lado, servía de relleno armónico, completando «las especies que faltan a la armonía» (Aranaz y Olivares, 1807: 180), pero también se podía emplear, por otro, para reforzar el papel del *basso* a la octava superior, lo que Garbayo denomina «viola en clave de bajo» (Garbayo, 1995: vol. I, 277-290). Otra posibilidad consistía en transcribir dicha parte en clave de sol, sin exceder la nota $sol_2$[41], para poder interpretarla también con un tercer violín (Garbayo, 1995: vol. I, 315-318; Santos, 2019b: 52, nota a pie n.º 80)[42]. No obstante, a pesar de la utilidad que algunas fuentes atribuyen a este instrumento (Aranaz y Olivares, 1807: 180; Siemens, 1980: 298; Garbayo, 1995: vol. III, 144-145, doc. 55), su ausencia en las plantillas era una práctica bastante extendida como evidencian numerosas obras instrumentales compuestas por músicos catedralicios (Santos, 2019b: 140-141, 148-150, 158, 577, 579-583, 585-589). Como ya se ha mencionado en el párrafo anterior, era usual que los instrumentistas que ocupaban otras plazas vieran incrementada su carga de trabajo con un agregado de viola, pero en algunas catedrales como la de Gerona o la de Las Palmas de Gran Canaria se menciona la existencia de puestos independientes para este instrumento: dos en la primera (Galdón, 2003: vol. II, 611) y uno en la segunda (Siemens, 1980: 297-298). A pesar de no documentarse plazas específicas para este instrumento, es preciso destacar que el uso de la viola en la capilla de la Catedral de Santiago durante los magisterios de Buono Chiodi (1770-1783) y Melchor López estuvo más arraigado de lo que era común en otras instituciones eclesiásticas españolas –a excepción de la Capilla Real–, dando incluso como resultado composiciones que requerían dos partes obligadas de viola (Garbayo, 1995: vol. II; Garbayo, 2007).

En cuanto a los registros graves de la sección de cuerda, Spitzer y Zaslaw indican que «Orchestras include one or more bowed bass instruments sounding in

40. E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 169, ff. 86v.-87, 12-9-1806. Citado en Montero, 2016: 859. La génesis, aplicación y derogación de este plan, que se mantuvo en vigor entre 1806 y 1815, aparece analizada de forma específica en Pacheco-Costa, 2022. Desde la década de 1730, estos seis violinistas tenían distinta consideración contractual: dos pertenecían a la capilla, mientras que los cuatro restantes eran denominados «supernumerarios» (Montero, 2001: 130-132).

41. Para referirse a la altura de las notas se emplea el sistema franco-belga (Chiantore, Domínguez y Martínez, 2018: 112-113).

42. 33 composiciones del corpus sinfónico vinculado con la basílica de Santa María de Vilafranca del Penedès también preservan un papel de viola en clave de sol. En estas partichelas se emplean, indistintamente, los términos «violeta», «alto viola» y, en menor medida, «viola». Sobre la terminología empleada para designar a la viola durante el periodo estudiado, véase Garbayo, 2007: 231-232.

the 16-foot (double bass) register» (Spitzer y Zaslaw, 2004: 19). La documentación conservada en diversas catedrales confirma la inclusión de, al menos, un contrabajo en los conjuntos instrumentales de las capillas. Aranaz y Olivares sintetizan en su tratado la importancia de contar con este instrumento –concretamente el modelo de tres cuerdas ($la_0$, $re_1$ y $sol_1$)–[43] en estos *ensembles*: «El contrabajo. Ynstrumento excelente, y el más útil y necesario para la orquesta que la abraza con su profundo y bajo sonido» (Aranaz y Olivares, 1807: 181). La introducción de este último instrumento en la Catedral de Santiago de Compostela tuvo lugar durante el magisterio de Chiodi, el cual lo consideraba «indispensable para uso de la capilla», como se desprende de un memorial presentado por el mozo de coro encargado de aprenderlo en 1771 (Garbayo, 1995: vol. III, 111, doc. 13). Treinta años después, Melchor López se expresa en los mismos términos cuando afirma la necesidad de contratar un buen intérprete de este instrumento, al considerar el contrabajo «uno de los instrumentos principales de toda buena orquesta por ser cimiento sobre el que ha de estribar el edificio de la armonía» (Garbayo, 1995: vol. III, 132, doc. 39). Al igual que estos maestros, Palomino confirma en su plan de reforma de 1809 la importancia del contrabajo como fundamento sobre el que debe sustentarse cualquier orquesta:

> El contrabajo es el padre y abrigo de toda la familia. Es fundamental bajo que abriga voces e instrumentos. Sin él no puede haber cuerpo de música completo, y solo en la infancia de la música se suplía con los violones de seis cuerdas y con los bajones el acompañamiento de las voces. (Siemens, 1980: 299)

Por su parte, la función de *basso* por parte del violón –o violonchelo–[44], rellenando la tesitura entre la viola y el contrabajo, viene acreditada por diversas fuentes teóricas[45]. No obstante, en el tratado de Aranaz y Olivares se reconoce además la posibilidad de utilizarlo como instrumento obligado en su registro más agudo, al igual que hace Palomino en su plan de reforma de 1809 (Siemens, 1980: 298-299). Los intérpretes de violón de la Catedral de Santiago de Compostela ilustran este segundo uso, puesto que, junto con otros instrumentistas, tenían la obligación de participar como solistas en los conciertos que se celebraban en las principales

43. Para una explicación de este modelo de contrabajo, véase Gándara, 1999: 148-151. El contrabajo de tres cuerdas también aparece recomendado en el tratado de Giuseppe Scaramelli sobre las obligaciones que tenía que cumplir un violín primero que actuara como director de orquesta (Scaramelli, 1811: 12).

44. La voz «violón» del diccionario de Esteban de Terreros y Pando (Terreros y Pando, 1788: 806) plantea, por un lado, que es un instrumento grave con seis cuerdas y trastes, perteneciente, por tanto, a la familia organológica de las violas. No obstante, incluye posteriormente una segunda posibilidad, indicando que este instrumento, junto con la viola, presenta únicamente cuatro cuerdas sin trastes, evidenciando de este modo su vinculación con la familia del violín. Con respecto al violonchelo afirma que es «otra especie» de violón. En este último sentido es como se emplea en este texto.

45. Iriarte, 1779: 81-82; *Diario de Madrid*, 9-2-1790, n.º 40, pp. 157-159. Citado en Acker, 2007: 102; Aranaz y Olivares, 1807: 181.

festividades del año litúrgico desde mediados de la década de 1770 (Garbayo, 1995: vol. III, 115, doc. 19; Santos, 2019a: 26-27).

En la catedral compostelana se encuentran uno o dos violones y un contrabajo durante el magisterio de Melchor López (Garbayo, 2013: 274). En la Catedral de Jaén, se documenta la presencia de un violonchelo y/o un contrabajo a lo largo de todo el magisterio de Garay (Jiménez, 2011: 192, 195, 197, 199, 201-202, 206, 211). En la de Córdoba, la sección grave de la capilla estaba conformada, como máximo, por dos violonchelos y dos contrabajos entre 1785 y 1822 (Bedmar, 2009: 146), al igual que en Toledo[46]. La de Sevilla oscilaba entre dos y cinco intérpretes, puesto que contaba con dos o tres violonchelos –uno o dos procedentes de la capilla y el otro supernumerario– y dos contrabajos –uno de la capilla (a partir de 1805) y el otro supernumerario– (Montero, 2001: 130-132). En Gerona existía una plaza titular de contrabajista durante la primera mitad del siglo XIX, aunque diversos músicos también eran capaces de tocar este instrumento (Galdón, 2003: vol. II, 633).

La utilización de uno o dos instrumentos de teclado para realizar el continuo, habitualmente el órgano, se documenta en un destacado número de obras instrumentales conservadas en diversas catedrales[47]. También se han localizado diversas composiciones en las que el órgano se empleó como instrumento solista[48]. Desde un punto de vista teórico, Rafols apunta en el capítulo diez de su tratado contra la participación conjunta del órgano con el resto de instrumentos, debido a los dos motivos siguientes: el primero se debe a que un excesivo volumen sonoro del órgano podía tapar a los demás instrumentistas, haciendo superflua su participación, y el segundo se vincula a que, cuando el balance permitía distinguir el timbre de todos los integrantes, se hacía patente la disonancia de temperamento entre el órgano (imperfecto en sus semitonos) y los otros instrumentos (perfectos). Por estas razones, este autor recomendaba finalmente que ambos bloques actuasen de forma separada (Rafols, 1801: 61-62). A pesar de esta preeminencia del órgano, también era posible la participación de otros instrumentos de teclado junto con los *ensembles* orquestales. Un acta capitular procedente de la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria, datada en abril de 1818, atestigua la integración del piano en un conjunto instrumental con la función de acompañar las sinfonías que se tocaban durante la Octava del Corpus (citado en Torre y Díaz, 2008: 581, «Martes 21 de abril de 1818»). Por su parte, en la Catedral de Sevilla se preservan dos sinfonías de Johann Franz Xaver Sterkel (1750-1817) que incluyen una partichela específica destinada para el acompañamiento con el claviórgano, debido a

46. Véanse Ríos, 2020: 202-203; E-Tc, Libros de Obra y Fábrica, *Frutos de 1795. Gasto de 1796*, ff. 88v., 89v.; E-Tc, Libros de Obra y Fábrica, *Frutos de 1806. Gasto de 1807*, ff. 91v., 100v.

47. Los tres juegos de versos orquestales para vísperas preservados en la Catedral de Segovia, fechados entre *c.* 1793 y 1835, constituyen un buen ejemplo de esta realidad (Santos, 2019b: 210-211, 649-680).

48. El repertorio de veintiún conciertos preservado en la Catedral de Málaga, compuesto por los organistas José Barrera, Esteban Redondo y Joaquín Tadeo de Murguía, es uno de los principales resultados de esta práctica (Pino, 2013).

que la capilla de esta institución contaba con un ejemplar de este último instrumento (Santos, 2020: 208-209).

Como indican Spitzer y Zaslaw, los instrumentos de viento se incorporan generalmente por parejas (Spitzer y Zaslaw, 2004: 21, 315). Un informe del maestro Melchor López, fechado en marzo de 1819, atestigua de forma explícita la necesidad de incluir siempre un par de cada uno de estos instrumentos, porque si no «resultaría, en parte, incompleta la armonía» (citado en Garbayo, 1995: vol. III, 192-193, doc. 95). Los diferentes planes de reforma, así como las tablas de salarios de las catedrales mencionadas hasta el momento, confirman esta afirmación. Además, entre estos instrumentistas se comprueba una mayor tendencia a ejecutar más de un instrumento, aunque la plaza que tuvieran asignada estuviera asociada solo a uno de ellos. Esta habilidad era apreciada por los cabildos a la hora de designar a un músico para un puesto determinado, ya que les permitía gastar un único sueldo por un profesional que podía cumplir diversas tareas. Los propios músicos resaltaban en sus memoriales esta aptitud para obtener una plaza o una mejora de salario y aquellos puestos que incluían el agregado de otro instrumento solían estar mejor dotados económicamente. Debido al elevado número de documentos que atestiguan esta realidad, a continuación, se presentarán solamente algunos a modo de ejemplo. Así, en la Catedral de León, un acta capitular de mayo de 1789 revela que la plaza de bajón segundo vacante tenía como instrumentos agregados el oboe, la chirimía y la flauta[49]. Por su parte, los libros de cuentas de la Catedral de Toledo atestiguan que Josep Peix, músico ministril de la capilla entre, al menos, 1796 y 1807, tenía la obligación de «tocar quatro instrumentos a saber Fabot [= fagot], Flauta, trompa y violín, quando se le mande por el Mtro de Capilla»[50]. Del mismo modo, en el plan de 1806 de la catedral sevillana, a los dos oboístas también se les impone la obligación de tocar la flauta, el fagot y, algo poco habitual en el ámbito catedralicio español, el corno inglés[51]. En Las Palmas de Gran Canaria, Palomino recomendaba que los dos clarinetes practicasen asimismo con la flauta por si el maestro las consideraba precisas en alguna composición, mientras que los trompas debían acudir diariamente a la catedral para tocar el bajón (Siemens, 1980: 297, 299). Por último, el informe de 1814 procedente de la Catedral de Tuy requería la presencia de seis instrumentistas de viento: dos flautas, a las que se les pagaría más si también tocaban el oboe; dos trompas, que podrían reforzar la sección de los bajones, y dos bajonistas, al primero de los cuales se le daría un mayor sueldo si era además capaz de ejecutar el fagot[52].

Como indican Iriarte, la entrada anónima de 1790 extraída del *Diario de Madrid* y Palomino en su informe de 1809, estos instrumentos se utilizaban para

49. E-L, Actas capitulares, vol. 10047, f. 157r., 25-5-1789, «Diego González pide se le confiera la plaza de bajón, negado».

50. E-Tc, Libros de Obra y Fábrica, *Frutos de 1795. Gasto de 1796*, f. 90v.

51. E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 169, ff. 86v.-87, 12-9-1806. Citado en Montero, 2016: 859.

52. E-TUY, Actas capitulares, vol. XXXIII, f. 32, 4-2-1814. Citado en Trillo y Villanueva, 1987: 452.

reforzar y, de este modo, potenciar la sonoridad del bloque conformado por las cuerdas, así como para proporcionar una mayor variedad en las composiciones mediante sus diversas combinaciones[53]. Es en este sentido como se puede entender un edicto capitular de julio de 1775 procedente de la Catedral de León, en el que un canónigo se quejaba de que los oboes y las flautas «no acompañasen a los violines», es decir, no los doblasen reforzando de ese modo la sonoridad global del conjunto durante las intervenciones puramente instrumentales que tenían lugar en las misas de las principales fiestas[54].

Cada uno de estos instrumentos tenía asociado un carácter, derivado de sus cualidades tímbricas, y se le adjudicaba una determinada función dentro de los *ensembles*[55]. Del oboe se destaca su similitud con la voz humana y su capacidad de mover los afectos (sonido «patético») (Iriarte, 1779: 82, XXII; Aranaz y Olivares, 1807: 184). Por lo que respecta a la flauta travesera, las fuentes teóricas coinciden en manifestar su sonoridad dulce, lo que la hace más apta para «las composiciones de afectos tristes, y amorosos, que para los de fortaleza y brillantez» (Aranaz y Olivares, 1807: 183). Palomino, refiriéndose a las trompas, justifica su integracion en los conjuntos orquestales explicando que proporcionan «una alma a la armonía [puesto que ayudan a completarla en la tesitura de contralto] y un cierto brillo que nadie puede suplir por ellas» (Siemens, 1980: 299). El tipo de trompa y la práctica interpretativa que explican Aranaz y Olivares en su tratado –con tonos intercambiables («cañones») para formar las distintas tonalidades y la utilización de una técnica consistente en introducir la mano en la campana para realizar las notas fuera del diapasón (Aranaz y Olivares, 1807: 187-188)– se relacionan sin duda con el uso orquestal más habitual que se dio a este instrumento durante la segunda mitad del siglo XVIII (Meucci y Rocchetti, 2001: 12-15). Al igual que el violonchelo, del fagot se puede destacar su doble función dentro de la orquesta, ya fuera como refuerzo de la línea del *basso*, siendo el bajo natural del oboe (Palatín, 1990: 63), o como instrumento al que se le adjudican pasajes obligados

53. Iriarte, 1779: 82; *Diario de Madrid*, 9-2-1790, n.º 40, pp. 157-159. Citado en Acker, 2007: 102; Siemens, 1980: 299. Esta doble funcionalidad de los instrumentos de viento se desarrolló a lo largo del siglo XVIII. Si bien durante la primera mitad, «wind instruments in this repertoire tend to play either *colla parte* with the strings or to reinforce the armony» (Morrow, 2013: 37), hacia finales de la centuria, conforme se ampliaba su número dentro de la orquesta, «they increasingly took on melodic roles and could even be further subdivided into wind and brass choir» (Morrow, 2012: 786).

54. E-L, Actas capitulares, vol. 10045, f. 206r., 11-7-1775, «Propuesta del señor Campuzano sobre obues y trompas».

55. En su lectura del número inicial «Die Vorstellung des Chaos» de *Die Schöpfung* (Hob. XXI: 2) de Joseph Haydn, Emily I. Dolan sintetiza estas ideas indicando que «this music explores the basic identity of the orchestra, presenting it as a community of instruments with established behaviors and identities and particular ways of interacting» (Dolan, 2010: 30). Estas mismas ideas se desarrollan más ampliamente en Dolan, 2013: 148-156.

de tipo cantabile (Aranaz y Olivares, 1807: 188)[56]. Por su parte, la integración del bajón –instrumento eclesiástico por excelencia– en los conjuntos instrumentales modernos es significativa, empleándose o bien como integrante de pleno derecho de la sección grave o incluso como solista en algunas obras compuestas por músicos catedralicios[57]. Por último, la introducción en las capillas catedralicias del clarinete –instrumento «moderno» asociado preferentemente con las esferas militar y teatral (Gil, 2013)– fue controvertida, ya que, mientras algunos maestros como Pedro y José Palomino lo defendían y consideraban más adecuado que el oboe y la flauta, otros como Francisco Torrens y Melchor López recomendaban no interpretar o arreglar para el clarinete las composiciones escritas originalmente para oboe[58]. Fernando Palatín, en la entrada que dedica al «fagot» en su diccionario de música de 1818, también ofrece su opinión acerca de la transformación tímbrica que implicaba emplear el clarinete en lugar del oboe, dando preferencia al primero sobre el segundo (Palatín, 1990: 63). Las tres últimas sinfonías compuestas por Garay en Jaén, fechadas en 1817 (veinte años después de la séptima), constituyen un buen ejemplo de este reemplazo del oboe por parte del clarinete durante las primeras décadas del siglo XIX (Jiménez, 2011: 307). Lo mismo ocurre en los tres juegos de versos orquestales breves, destinados para el segundo salmo de vísperas en las festividades de primera clase, compuestos por tres maestros de capilla de la Catedral de Segovia: el de Pedro Antonio Compta, activo entre los años 1793 y 1818, todavía requiere oboes, si bien su uso no era obligatorio, como evidencia la referencia «ad libitum»; sin embargo, las colecciones de Manuel Laguía (fechada en 1827) y de Bonifacio Manzano (1835) ya los sustituyen por clarinetes (Santos, 2019b: 210).

A finales del siglo XVIII, las orquestas solían estar dirigidas por el primer violín (Spitzer y Zaslaw, 2004: 21), si bien en el ámbito teatral este rol podía estar asignado al clave[59]. No obstante, en los contextos catedralicios es posible docu-

56. Seis tocatas instrumentales compuestas por Domingo Arquimbau en Sevilla en torno a 1810 ilustran de manera evidente el uso del fagot en la tesitura de tenor (Santos, 2019b: 150-153).

57. Para consultar una primera recopilación de composiciones para bajón solista con acompañamiento de orquesta u órgano conservadas actualmente, véase Santos, 2019b: 97-98, 211-212.

58. El edicto capitular que se hace eco de la disputa entre Pedro Palomino y Francisco Torrens acerca de la conveniencia de sustituir el oboe por el clarinete aparece recogido en Torre, 2006: 443-444, «Sábado 19 de julio de 1800». La propuesta de José Palomino se incluye dentro de su plan para actualizar la capilla de música de 1809 (Siemens, 1980: 299). Por último, la argumentación de Melchor López se encuentra en un memorial de marzo de 1819, en el que se reflexiona acerca de la utilidad de los instrumentos de viento en la capilla (Garbayo, 1995: vol. III, 192-193, doc. 95).

59. Iriarte, 1779: 82-83; *Diario de Madrid*, 9-2-1790, n.º 40, pp. 157-159. Citado en Acker, 2007: 102. Giuseppe Scaramelli documenta esta realidad, aunque, como violinista-director de la orquesta del teatro de Triestre, se opone a ella (Scaramelli, 1811: 8-9). La información proporcionada por Josep Martínez confirma también la preeminencia del concertino en el contexto teatral madrileño, ya que una de sus tareas consistía en gobernar a la orquesta (Martínez, 2017: 63, 150, 329). Por su parte, Robin Stowell analiza las diferentes opciones que había para dirigir una orquesta durante el siglo XVIII, aunque se

mentar la preeminencia del violinista primero dentro del conjunto instrumental de la capilla. De forma genérica, Aranaz y Olivares confirman este estatus privilegiado cuando afirman que el violín es «el alma de la orquesta, y en algún modo el que la rige y gobierna» (Aranaz y Olivares, 1807: 179). En términos semejantes se expresa Palatín cuando, al final de la segunda acepción que da al término «violín», explica qué funciones cumple el individuo que actualmente denominamos concertino:

> El primero de los primeros *Violines*, se llama también primer *Violin* ó principal, y es el Gefe y Director de toda la Orquesta: el que da el tono, guía todos los Músicos, y los pone en órden cuando faltan, y sobre el cual deven todos reglarse. (Palatín, 1990: 105)

Durante el periodo estudiado, la importancia de esta figura dentro de los *ensembles* instrumentales cobró tal relevancia que si no cumpliese bien con su obligación o directamente no existiese no se podría hablar con propiedad de un conjunto orquestal, siguiendo la explicación de Palatín: «no siendo así [si no se dan las características comentadas en la cita anterior], no será Orquesta sera otra cosa» (Palatín, 1990: 105).

Varios testimonios procedentes de la documentación administrativa catedralicia revelan esta tarea vinculada al primer violín de la capilla. En la Catedral de Sevilla, un acta de enero de 1783 revela que Nicolas Núñez –violinista supernumerario que aparece mencionado como primer violín desde junio de 1784– solicitó una ayuda de costa al cabildo, que le fue concedida, por desempeñar la función de «gobernar la Orquesta»[60]. Como ya se ha indicado en el apartado 3.2., Tomás Medrano, violinista primero de la Catedral de León, consideraba importante resaltar cómo dirigían una orquesta los opositores a una plaza de violín (1803)[61]. Esta misma cualidad la destaca el maestro Francisco Antonio Gutiérrez en el informe relativo a la oposición que realizó el violinista Calixto Filipo para ingresar en la capilla de la Catedral de Toledo en mayo de 1805[62]. En Santiago, un edicto firmado por Melchor López en abril de 1802 revela cuáles son las aptitudes que destaca dicho maestro en Isidoro Llanos, aspirante al puesto de primer violín. Una de ellas se relaciona con la capacidad de transmitir energía al resto de instrumentistas al mismo tiempo que les dirige (Garbayo, 1995: vol. III, 144, doc. 55). En la Catedral de Cádiz, la figura del director de orquesta, que coincidía con el primer violinista, se institucionaliza en un acta de marzo de 1803, aunque este documento también corrobora que dicha función ya venía siendo ejercida con anterioridad[63]. Algo similar ocurre en Las Palmas de Gran Canaria, donde Palomino se adjudica a sí

detiene en describir las obligaciones y las cualidades que debía desempeñar y poseer el intérprete que ocupara el puesto de *concertmaster* (Stowell, 1988).

60. E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 146, f. 10, 13-1-1783. Citado en Montero, 2016: 322.

61. E-L, Fondo General, sig. 3736, f. 7r.

62. E-Tc, Actas Capitulares, 4/5/1805, 94, ff. 112v.-113r. Citado en Ríos, 2020: 208. Una breve semblanza biográfica de Calixto de Filipo se puede consultar en Ortega, 2010: vol. II, 35-36.

63. E-CZ, Actas capitulares, vol. 44, ff. 326-326v., 24-3-1803. Citado en Díez, 2004: 324.

mismo las plazas de maestro de capilla y de primer violín (Siemens, 1980: 298). Por su parte, en la Catedral de Jaén se encuentran algunos indicios que atestiguan la preeminencia del primer violinista dentro del conjunto instrumental. En un memorial enviado por el violinista Vicente Gómez al cabildo en mayo de 1794 se evidencia que el músico que obtuviera esta plaza tenía derecho a situarse en el lugar principal de la capilla[64]. En concreto, el propio Gómez se queja de que otro violinista, Agustín Blanco, le había usurpado esta prerrogativa por ser sacerdote:

> Vicente Gomez, Musico […] primer violinista de dicha Capilla, en algunas fiestas que han ocurrido en esta Santa Yga., ha solicitado ponerse en el más preeminente lugar que es el que le corresponde y el qe. todos sus antecesores han ocupado, lo que no le ha sido permitido por Dn. Agustin Blanco colocándose en él.

Asimismo, de este mismo memorial se deduce que el primer violinista estaba encargado de llevar correctamente el compás para transmitirlo al resto de músicos de la capilla, ya que el músico solicitante, Vicente Gómez, protesta porque en el segundo puesto de los primeros violines «no puede conmodamente ber el compás para llevar el arreglo devido, como que es quien deve tener sobre ello el principal cuidado». Una última obligación del músico que ocupara esta plaza consistía en suministrar al resto de intérpretes la música instrumental –concretamente, sinfonías– que se fuera a tocar en las festividades catedralicias: «[…] al citado Dn. Agustin, quien devera llevar sinfonias para las fiestas de esta Sta. Ygla. que es de cargo del violinista primero, supuesto que quiere colocarse en el lugar de este». La importancia del primer violinista como garante de la compenetración interpretativa de los miembros de la orquesta se infiere, por vía negativa, de un memorial de Garay, fechado en mayo de 1817. En este documento, dicho maestro afirmaba que, si faltase José Morales, quien actuaba como concertino del conjunto instrumental de la capilla, se «desbarataba toda la orquesta»[65]. Esta tarea asociada al violín primero, relativa a servir como nexo entre el director/maestro de capilla y el resto de los instrumentistas, también se desprende de un documento que menciona las obligaciones de los músicos de instrumento de la Real Capilla (1754)[66].

Para finalizar, en la siguiente tabla se ofrece una comparación de las plantillas orquestales de nueve catedrales durante el periodo comprendido entre 1770 y 1820. Como ya se ha prevenido anteriormente, estas reconstrucciones deben

64. Jiménez, 1998b: 313: «N.º 442. Jaén, 16-V-1794. Vicente Gómez, violinista primero de la catedral, solicita ocupar el primer lugar en las funciones».

65. Jiménez, 1998b: 467-468: «N.º 655. Jaén, 9-V-1817. Ramón Garay informa sobre la suficiencia de José Morales, violinista primero de la catedral».

66. E-Mpa, Real Capilla, C.ª 2/4, «Obligaciones de los músicos instrumentistas». Citado en Ortega, 2010: vol. II, 200. Fabio Biondi resume las ventajas a nivel interpretativo que implica el tener al primer violín como director del conjunto instrumental: «Conducting from the violin is generally beneficial because the violinist's gestures communicate phrasing and expression naturally to all other musicians in the orchestra, fostering a common way of "breathing"» (Biondi, 2018: 6).

consultarse con cautela, debido a que algunos documentos administrativos presentan las plantillas ideales que se pretendían configurar antes que las que en realidad existían. A esto se une la variabilidad en cuanto a efectivos que provocaba la inclusión de mozos de coro como músicos supernumerarios o agregados, la contratación puntual de intérpretes ajenos a la catedral para determinadas festividades y las múltiples combinaciones existentes en una misma capilla, ya que muchos de los músicos eran capaces de tocar diversos instrumentos[67]. A pesar de estos inconvenientes, el tamaño y el equilibrio interno de estos conjuntos catedralicios se contrasta con el de las agrupaciones orquestales sufragadas por otras instituciones españolas. Aunque los contextos son diferentes y, por tanto, poco proclives a este tipo de equiparaciones, este cotejo permite vislumbrar, desde un punto de vista cuantitativo, qué lugar ocupaban los *ensembles* vinculados a las catedrales en el contexto español de este periodo.

TABLA 1. PLANTILLAS ORQUESTALES DE NUEVE CAPILLAS CATEDRALICIAS ESPAÑOLAS (*C.* 1770-*C.* 1820)

| CATEDRAL (AÑO) | CUERDA | VIENTO | TOTAL |
|---|---|---|---|
| Barcelona (1770)[68] | 5 violines<br>1 viola<br>1 contrabajo | 2 oboes<br>1 fagot<br>2 trompas | 12 |
| Santiago de Compostela (1784)[69] | 6 violines más un niño de coro con este instrumento<br>2 violones<br>1 contrabajo | 2 oboes<br>3 bajones<br>2 trompas | 17 |

67. Estas mismas prevenciones son mencionadas en publicaciones que reconstruyen las plantillas orquestales de este periodo: «For the period up to 1800, at least, statistics such as these must be treated with caution: they variously rely on haphazard sources, do not always take account of possible doublings or additional players, and sometimes tend to reflect extraordinary events» (Lawson, 2003: 272); «Tables 9.4–9.8 should be regarded with caution. Unlisted performers, supernumeraries, absentees, etc. can affect balances considerably. So can double-handed players: a couple of trumpeters who play viola when there is no trumpet part can turn a seemingly small viola section into a large one» (Spitzer y Zaslaw, 2004: 325). «Many orchestral rosters of the period survive, but they must be used cautiously as evidence. Literal interpretations can lead to under- or overstating the operational size of forces available on any given occasion» (Zaslaw, 2019: 25).

68. Ezquerro, 2004: 16, nota a pie n.º 12.

69. Garbayo, 1995: vol. III, 16.

| Catedral (Año) | Cuerda | Viento | Total |
|---|---|---|---|
| León (1791)[70] | 2 violines<br>1 violón/contrabajo | 2 bajones (con agregado de oboe, flauta y chirimía)<br>2 trompas (con agregado de clarín) | 7 |
| Jaén (1796)[71] | 4 violines<br>1 violonchelo<br>1 contrabajo | 2 flautas<br>2 oboes<br>2 trompas | 12 |
| Córdoba (1805)[72] | 6 violines<br>2 violonchelo (uno de ellos pasa a tocar el violín)<br>2 contrabajos | 2 oboes (uno con agregado de flauta y violín)<br>3 bajones<br>3 trompas (uno con agregado de viola) | 18 |
| Sevilla (1806)[73] | 6 violines (tercero y cuarto con agregado de bajón, el quinto con agregado de oboe y el sexto con agregado de oboe y trompa)<br>1 violonchelo<br>1 contrabajo | 2 oboes (con agregado de flauta, fagot y corno inglés)<br>1 bajón<br>2 trompas | 13 |
| Toledo (1807)[74] | 6 violines + 1 violín con agregado de trompa<br>2 violones<br>2 contrabajos | 2 oboes y flautas<br>2 bajones y fagotes<br>2 trompas y clarines<br>3 multi-instrumentistas | 20 |
| Las Palmas de Gran Canaria (1809)[75] | 4 violines<br>1 viola<br>1 violonchelo<br>1 contrabajo | 2 clarinetes (agregado de flauta)<br>2 trompas (agregado de bajón) | 11 |

70. E-L, Fondo General, Cuaderno de cuentas de fábrica, vol. 9590, *Fábrica. Frutos de 1790 y Gastos de 1791*, f. 29r.

71. E-JA, Actas capitulares, vol. de 1796, acuerdo capitular de 8-III-1796. Citado en Jiménez, 1998a: 579-580.

72. Bedmar, 2009: 144-151.

73. E-Sc, Libro de autos capitulares, vol. 169, ff. 86v.-87, 12-9-1806. Citado en Montero, 2016: 859-860.

74. E-Tc, Libros de Obra y Fábrica, *Frutos de 1806. Gasto de 1807*, ff. 91r.-103v. La plantilla de instrumentistas la completarían otros tres bajonistas, dos cornetas que también tocarían la chirimía, además de tres organistas.

75. Siemens, 1980: 297-298.

| Catedral (Año) | Cuerda | Viento | Total |
|---|---|---|---|
| Tuy (1814)[76] | 3 violines (el tercero con agregado de viola)<br>1 violonchelo<br>1 contrabajo | 2 flautas (con agregado de oboe)<br>2 trompas (con agregado de bajón)<br>2 bajones (el primero con agregado de fagot) | 11 |

Si bien estos conjuntos quedan lejos de la amplia nómina de la Capilla Real –que comprendía entre 30 y 35 instrumentistas según la planta de música de 1756, permanente, sin apenas cambios, hasta 1808 (Ortega, 2010: vol. I, 61-66)–, la sección instrumental de las capillas musicales de algunas catedrales, como Toledo, Santiago de Compostela y Córdoba, iguala e incluso supera el número de músicos de que constaban, por ejemplo, la orquesta patrocinada por la XII duquesa y XV condesa de Benavente entre 1781 y 1792 –alrededor de diecisiete músicos titulares (Fernández, 2005: vol. I, 226)– o los *ensembles* que acudían a las estancias privadas de Carlos IV –una media de quince– (Ortega, 2010: vol. I, 147-154 y 170-174). No obstante, los restantes casos evidencian que las orquestas catedralicias solían ser de un tamaño modesto, puesto que oscilaban entre siete y quince intérpretes, de manera similar a los conjuntos contratados en los teatros madrileños desde 1760 hasta finales de siglo, los cuales fluctuaban entre ocho y veinte músicos (Barba, 2015; Martínez, 2017: 64; Angulo, 2020: 16-19).

Por lo que respecta al equilibrio sonoro interno, se pueden extraer resultados parciales al contrastar los datos de las plantillas instrumentales catedralicias con las reconstrucciones de orquestas asociadas a otros ámbitos interpretativos[77]: en los *ensembles* sufragados por las catedrales los violines tienden a ocupar alrededor del 65-70 % de toda la cuerda, superando el balance de la Capilla Real (54 %), pero inferior al que presentan por término medio las orquestas teatrales (en torno al 75 %); la sección grave –violoncellos y contrabajos– es de reducidas dimensiones, de manera similar a lo que ocurre en los conjuntos instrumentales de otras instituciones españolas (aproximadamente el 15-20 % del total de músicos, no superando en ningún caso el 25 %); es en los vientos donde el porcentaje se amplía hasta el 45 % de media, frente al aproximadamente 30 % que se documenta en otras orquestas hispanas. En síntesis, si bien la proporción de violines y vientos se sitúa dentro de los parámetros ofrecidos por Spitzer y Zaslaw –entre el 50 y el

76. E-TUY, Actas capitulares, vol. XXXIII, f. 32, 4-2-1814. Citado en Trillo y Villanueva, 1987: 452.

77. Para realizar esta comparación se han empleado las reconstrucciones incluidas en la Tabla 1. Los porcentajes se han obtenido siguiendo el modelo propuesto por Spitzer y Zaslaw: «[…] violins as a percentage of all strings, violas as a percentage of all strings, winds as a percentage of all instruments, basso instruments as a percentage of all instruments, and the ratio of cellos to double bases» (Spitzer y Zaslaw, 2004: 325-328).

70 % y entre el 20 y el 50 %, respectivamente– (Spitzer y Zaslaw, 2004: 308), en la sección grave es donde se observa una reducción respecto a las orquestas europeas del mismo periodo (del 15-20 % en España al 20-30 % en Europa).

## 5. Conclusiones

El análisis etimológico efectuado en el presente trabajo corrobora, en sintonía con la información proporcionada por Spitzer y Zaslaw, que los diccionarios españoles, al igual que sus homólogos europeos, tardaron en adoptar el significado más actual de *orquesta* para referirse a una agrupación de músicos de instrumento. Si bien la primera mención en este sentido moderno es del año 1803, hay constancia de que a mediados del siglo XIX se seguía registrando todavía la acepción de espacio físico donde se colocaban estos instrumentistas. Por su parte, las fuentes teóricas de contenido musical emplean este término para designar un determinado conjunto de instrumentos, comparándolo en ocasiones con la magnificencia sonora del órgano y definiendo las cualidades sonoras y las funciones que cada uno de estos instrumentos cumplía dentro del *ensemble*. Por lo que respecta a la documentación administrativa catedralicia, el término *orquesta* distingue la sección instrumental que constituye una capilla de música e, incluso, hace referencia a las actuaciones que dicha agrupación llevaba a cabo de manera independiente. En este tipo de fuentes, si bien no siempre se presenta la configuración detallada de estos conjuntos, sí que se ofrecen pistas acerca de cuáles son los instrumentos que los conformaban o el tipo de repertorio que interpretaban (sinfonías, oberturas).

Como se ha podido comprobar en el último epígrafe, los *ensembles* instrumentales catedralicios presentan la mayoría de características propuestas por Spitzer y Zaslaw para definir la «orquesta clásica» en el ámbito europeo (*c.* 1740-*c.* 1815): i) tienen como núcleo básico los instrumentos de la familia del violín, incluyendo el contrabajo como soporte del conjunto, aunque se diferencian de sus homólogas europeas por la aparición irregular de la viola; ii) numerosas catedrales presentan plantillas con varios músicos que interpretan una parte instrumental específica (habitualmente, los violinistas), aunque en otras solo se documenta la participación de un único músico titular por sección; iii) la realización del continuo, cuando lo hay, se encarga por lo general al órgano, pero se ha evidenciado también la utilización ocasional de otros instrumentos como el piano o el claviórgano; iv) los instrumentos de viento se integran habitualmente por parejas; v) el liderazgo y/o dirección del conjunto recaía en la figura del violín primero. Únicamente no se cumple que los músicos fueran especialistas de un solo instrumento. Por último, estas agrupaciones catedralicias suelen presentar un modesto tamaño –oscilando entre ocho y veinte intérpretes–, equiparándose a la configuración que presentan los conjuntos instrumentales patrocinados por otras instituciones españolas del periodo estudiado. En términos más globales, se corrobora la información que

plantean Spitzer y Zaslaw acerca de que las orquestas eclesiásticas solían ser de pequeñas dimensiones, ya que habitualmente estaban conformadas por menos de veinticinco músicos (Spitzer y Zaslaw, 2004: 317). Por lo que respecta al equilibrio sonoro interno, las agrupaciones instrumentales catedralicias se integran en buena medida en los porcentajes planteados por estos dos investigadores, aunque los datos no son concluyentes debido a la reducida muestra utilizada, quedando este último aspecto pendiente de un mayor desarrollo en futuras investigaciones. En definitiva, el presente trabajo pone de manifiesto que las catedrales españolas, aunque muestran particularidades conservadoras que las distinguen de otros contextos interpretativos, formaron parte de la cultura transnacional que propició la consolidación de la orquesta («orchestral consensus»), facilitando de este modo la movilidad y la difusión tanto de intérpretes como de repertorios durante la transición del siglo XVIII al XIX y posibilitando, por consiguiente, su participación activa dentro de la modernidad sonora del periodo estudiado.

## 6. Bibliografía

Acker, Yolanda F. (2007), *Música y danza en el Diario de Madrid (1758-1808): noticias, avisos y artículos*, Madrid: Centro de Documentación de Música y Danza (INAEM).

Angulo, Raúl (ed.) (2020), *Vicente Baset (1719-1764): Oberturas y Sinfonías*, Madrid: Asociación Ars Hispana.

Arias, Raúl (1990), *La orquesta de la S. I. Catedral de Oviedo (1572-1933). (En los orígenes y desarrollo de la música culta en Asturias)*, Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.

Barba, Marina (2015), «Las orquestas de los coliseos madrileños Príncipe y Cruz durante la segunda mitad del siglo XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 16, pp. 165-185. Doi: https://doi.org/10.14201/cuadieci201516165185

Bedmar, Luis Pedro (2009), *La Música en la Catedral de Córdoba, a través del Magisterio de Jaime Balius y Vila (1785-1822)*, [Sevilla]: Consejería de Cultura.

Biondi, Fabio (2018), «Editorial», *Eighteenth-Century Music*, 15/1, pp. 5-8. Doi: https://doi.org/10.1017/S1478570617000367

Blanco, José Javier (2012), «La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e histórica», *Politeia*, 35/49, pp. 1-33.

Carreras, Juan José (2016), «*Música nacional*, historia de un concepto», en Antonio Colorado, Mariona Lloret y Enric Ucelay-Da Cal (eds.), *El pentagrama político. Ensayos sobre música y nacionalismo*, Barcelona: Universitat Pompeu Fabra, pp. 27-52.

Carter, Tim y Levi, Erik (2003), «The history of the orchestra», en Colin Lawson (ed.), *The Cambridge Companion to the Orchestra*, Cambridge, New York: Cambridge University Press.

Chiantore, Luca, Domínguez, Áurea y Martínez, Silvia (2018), *Escribir sobre música*, Barcelona: Musikeon Books.

Diego Pacheco, Cristina (2022), «Música y léxico: una aproximación disciplinaria a la música antigua», *Cuadernos de Música Iberoamericana*, 35, pp. 281-328. Doi: https://dx.doi.org/10.5209/cmib.83712

Díez, Marcelino (2004), *La música en Cádiz: la Catedral y su proyección urbana durante el siglo XVIII*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz.

Dolan, Emily I. (2003), «The Origins of the Orchestra Machine», *Current Musicology*, 76, pp. 7-23.

Dolan, Emily I. (2010), «The Work of the Orchestra in Haydn's *Creation*», *19th-Century Music*, 34/1, pp. 3-38.

Dolan, Emily I. (2013), *The Orchestral Revolution: Haydn and the Technologies of Timbre*, Cambridge, New York: Cambridge University Press.

Edge, Dexter (1992), «Mozart's Viennese Orchestras», *Early Music*, 20/1, pp. 63-88. URL: https://www.jstor.org/stable/3127669

Ezquerro, Antonio (2004), *Música instrumental en las catedrales españolas en la época ilustrada (conciertos, versos y sonatas, para chirimía, oboe, flauta y bajón –con violines y/u órgano–, de La Seo y El Pilar de Zaragoza)*, Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Institución «Milà i Fontanals», Departamento de Musicología.

Fernández, Juan Pablo (2005), *El mecenazgo musical de las Casas de Osuna y Benavente (1733-1844). Un estudio sobre el papel de la música en la alta nobleza española*, Universidad de Granada, Departamento de Historia del Arte (Tesis de doctorado) [http://hdl.handle.net/10481/855].

Galdón, Montiel (2003), *La música a la Catedral de Girona durant la primera meitat del segle XIX*, Universitat Autònoma de Barcelona, Departament d'Art (Tesis de doctorado) [http://hdl.handle.net/10803/5192].

Gándara, Xosé Crisanto (1999), «El violón ibérico», *Revista de Musicología*, 22/2, pp. 123-163.

Garbayo, Francisco Javier (1995), *La viola y su música en la Catedral de Santiago entre el barroco y el clasicismo*, Universidade de Santiago de Compostela (Tesis de doctorado, 4 vols.).

Garbayo, Francisco Javier (2007), «La viola en el ámbito eclesiástico hispano: la orquesta de la capilla de música de la Catedral de Santiago de Compostela y el uso de dos violas en la música del maestro Melchor López (1783-1822)», *Anuario Musical*, 62, pp. 229-256. Doi: https://doi.org/10.3989/anuariomusical.2007.62.24

Garbayo, Francisco Javier (2013), «Estilo Galante y Sinfonías de F. J. Haydn en la capilla de música de la catedral de Santiago de Compostela durante el magisterio de Melchor López (1783-1822): La renovación del repertorio instrumental», *Anuario Musical*, 68, pp. 263-292. Doi: https://doi.org/10.3989/anuariomusical.2013.68.155

García, Amaya S. (2020), «Los conceptos "diatónico", "cromático" y "enarmónico" a lo largo de la historia», *Cuadernos de Música Iberoamericana*, 33, pp. 305-328. Doi: https://doi.org/10.5209/cmib.71699

García, Miguel Ángel (2013), «Festejos taurinos en la visita de Carlos IV a Córdoba (1796)», *Revista de Estudios Taurinos*, 33, pp. 93-131.

Gil, Jorge (2013), *«Aria con clarinete obligado». El instrumento en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid: Visión Libros.

Gómez, Román (1982), «La Orquesta de la Catedral de Plasencia en Trujillo durante la visita del rey Carlos IV en 1796», *Revista de Estudios Extremeños*, 38/3, pp. 515-526.

Hernández, Alberto (2021), «"Utile dulci": modelos didáctico-musicales y género literario en las *Investigaciones músicas de Don Lazarillo Vizcardi*, de Antonio Eximeno (1729-1809)», *Bulletin of Spanish Studies*, 98/9, pp. 1411-1442, https://doi.org/10.1080/14753820.2021.1997463

Jiménez, Pedro (1998a), *Documentario Musical de la Catedral de Jaén. I. Actas Capitulares*, Granada: Centro de Documentación Musical de Andalucía.

Jiménez, Pedro (1998b), *Documentario Musical de la Catedral de Jaén II. Documentos de Secretaría*, Granada: Centro de Documentación Musical de Andalucía.

Jiménez, Pedro (2011), *Ramón Garay (1761-1823): Un clásico, autor de 10 sinfonías*, Jaén: Servicio de Publicaciones, Universidad de Jaén.

Justiniano, Juan Carlos (2017), «Las voces de la música. Una reflexión previa», *Cuadernos de Música Iberoamericana*, 30, pp. 209-220. Doi: https://doi.org/10.5209/CMIB.58570

Leza, José Máximo (2008), «Opera orchestras in Madrid during the 18th and early 19th Centuries», en Niels Martin y Franco Piperno (eds.), *Musical Life in Europe 1600-1900. Circulation, Institutions, Representation. I. The Orchestra in Society*, vol. I, Berlín: Berliner Wissenschafts-Verlag, pp. 409-439.

Leza, José Máximo (2014), «La música en las instituciones eclesiásticas», en José Máximo Leza (ed.), *Historia de la música en España e Hispanoamérica, vol. 4. La música en el siglo XVIII*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, pp. 43-76.

López-Calo, José (1990), *Documentario musical de la Catedral de Segovia. vol. I. Actas Capitulares*, Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

López-Calo, José (1996), *La música en la Catedral de Burgos. vol. VII. Documentario musical. Actas Capitulares (V) (1776-1839)*, Burgos: Caja de Ahorros del Círculo Católico.

Martín, Alicia (2015), *Esplendor y ocaso en las instituciones eclesiásticas del norte de Extremadura: las prácticas musicales en las catedrales de Plasencia y Coria entre 1750 y 1839*, Universidad de Extremadura (Tesis de doctorado) [http://hdl.handle.net/10662/3905]

Martínez, Josep (2017), *El surgimiento del concierto público en Madrid (1767-1808)*, Universidad de La Rioja, Departamento de Ciencias Humanas (Tesis de doctorado) [https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=122696]

Mazuela-Anguita, Ascensión (2018), «Las pandorgas a través de sus fuentes: música estudiantil en el mundo hispánico a inicios de la Edad Moderna», *Cuadernos de Música Iberoamericana*, 32, pp. 347-370. Doi: https://doi.org/10.5209/cmib.65539

Meucci, Renato y Rocchetti, Gabriele (2001), «Horn», en *Oxford Music Online*. https://doi.org/10.1093/gmo/9781561592630.article.13353

Montero, Josefa y Gómez, Pedro José (2011), «Fuentes musicales en los archivos eclesiásticos a través del ejemplo del Archivo Catedral de Salamanca», *Nassarre*, 27, pp. 249-288.

Montero, María Luisa (2001), *Domingo Arquimbau. Maestro de Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla. 1790-1829. Un estudio estilístico de sus misas*, Universidad de Sevilla (Tesis de doctorado) [http://hdl.handle.net/11441/31533]

Montero, María Luisa (2016), *La música en la Catedral de Sevilla a través de sus autos capitulares. Volumen IV. 1771-1830*, [Granada]: Centro de Documentación Musical de Andalucía.

Morrow, Mary Sue (2012), «Sketch for a History of the Eighteenth-Century Symphonic Repertoire", en Mary Sue Morrow y Bathia Churgin (eds.), *The Symphonic repertoire. Vol 1. The Eighteenth-Century Symphony*, Bloomington: Indiana University Press, pp. 779-792.

Morrow, Mary Sue (2013), «Other classical repertoires», en Julian Horton (ed.), *The Cambridge Companion to the Symphony*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 29-60.

Ortega, Judith (2010), *La música en la corte de Carlos III y Carlos IV (1759-1808): de la Real Capilla a la Real Cámara*, Universidad Complutense, Departamento de Musicología (Tesis de doctorado) [https://eprints.ucm.es/id/eprint/11739/]

Pacheco-Costa, Alejandra (2022), «La capilla musical de la catedral de Sevilla en el siglo XIX: la labor reformadora de Domingo Arquimbau», en María José de la Torre

(ed.), *Música y ceremonial en Andalucía (siglos XVI-XIX)*, Valencia: Tirant Humanidades, pp. 301-336.

Palatín, Fernando (1990), *Diccionario de música (Sevilla, 1818)*, edición y estudio preliminar de Ángel Medina, Oviedo: Ethos-Música.

Pino, Antonio Tomás del (ed.) (2013), *José Barrera (1729-1788). Conciertos de órgano*, Fundación Gustavo Bueno, Ars Hispana.

Ríos, Miguel Ángel (2020), «Tres sonatas de oposición de Francisco Gutiérrez (1762-1828) en la catedral primada de Toledo: estudio y edición», *Nassarre*, 36, pp. 195-231.

Rodríguez, Carmen (1995), «Las "Investigaciones músicas de don Lazarillo Vizcardi". Una propuesta sincrética para una música en busca de su identidad», *Musica e Storia*, III, pp. 121-156.

Santos, Héctor Eulogio (2019a), «Definiciones y usos del término "concierto" en la documentación catedralicia española entre c. 1750 y c. 1830», *Resonancias*, 23/44, pp. 13-35. Doi: https://doi.org/10.7764/res.2019.44.2

Santos, Héctor Eulogio (2019b), *Música orquestal en las catedrales españolas entre c. 1770 y c. 1840: funciones, géneros y recepción*, Universidad de La Rioja, Departamento de Ciencias Humanas (Tesis de doctorado) [https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=232088]

Santos, Héctor Eulogio (2020), «"De esta obertura se tocará el minuetto y último tiempo": recepción de sinfonías centroeuropeas (*ca.* 1780-1800) en las catedrales españolas durante el primer tercio del siglo XIX», *Revista de Musicología*, 43/1, pp. 193-224. Doi: https://doi.org/10.2307/26915456

Siemens, Lothar (1980), «José Palomino y su plan de reforma para el mejoramiento de la capilla de música de la Catedral de Canarias (1809)», *Revista de Musicología*, 3/1-2, pp. 293-305.

Spitzer, John y Zaslaw, Neal (2004), *The birth of the orchestra: history of an institution, 1650-1815*, Oxford: Oxford University Press.

Stowell, Robin (1988), «"Good Execution and Other Necessary Skills": The Role of the Concertmaster in the Late 18th Century», *Early Music*, 16/1, pp. 21-33.

Torre, Lola de la (2006), «Documentos sobre la música en la Catedral de Las Palmas (1791-1800)», *El Museo Canario*, 61, pp. 353-454.

Torre, Lola de la y Díaz, Roberto (2008), «Documentos sobre la música en la Catedral de Las Palmas (1811-1820)», *El Museo Canario*, 63, pp. 487-598.

Trillo, Joám y Villanueva, Carlos (1987), *La música en la catedral de Tui*, [La Coruña]: Diputación Provincial de La Coruña.

Zaslaw, Neal (1988), «When is an Orchestra Not an Orchestra?», *Early Music*, 16/4, pp. 483-495.

Zaslaw, Neal (2019), «Boccherini's symphonies: generic and historiographical puzzles», en Marco Mangani, Germán Labrador y Matteo Giuggioli (eds.), *Le sinfonie di Luigi Boccherini. Contesti, fonti, analisi*, Firenze: Leo S. Olschki Editore, pp. 19-42.

## 7. Fuentes primarias

Aranaz, Pedro y Francisco Olivares (1807), *Tratado completo de composición fundamental para la instrucción de los niños que se dedican al estudio de la Musica; y principalmente en las Catedrales de España. Dispuesto en Salamanca por los Profesores*

*Dn Pedro Aranaz y Vides, Presbítero, Maestro de Capilla jubilado de la Catedral de Cuenca, y Dn Franco Olibares, Presbítero Prebendado Organista, y Rector del Colegio de Niños de Coro de Salamanca. Año de 1807*, ejemplar manuscrito de la Biblioteca Nacional de España, sig. M/1244.

*Diccionario / de la lengua castellana, / en que se explica / el verdadero sentido de las voces, / su naturaleza y calidad, / con las phrases o modos de hablar, / los proverbios o refranes, / y otras cosas convenientes / al uso de la lengua. / Dedicado / al Rey Nuestro Señor / Don Phelipe V. / (Que Dios Guarde) / A cuyas reales expensas se hace / esta obra. / Compuesto / por la Real Academia Española. / Tomo Quinto. / Que contiene las letras O. p. Q. R. / Con Privilegio*. Madrid: en la Imprenta de la Real Academia Española: Por los Herederos de Francisco del Hierro, 1737, vol. 5.

Eximeno, Antonio (1872), *Don Lazarillo Vizcardi. Sus investigaciones músicas con ocasión del concurso a un magisterio de capilla vacante*, Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.

Fargas y Soler, Antonio (1852), *Diccionario de Música, o sea esplicación y definición de Todas las palabras técnicas del Arte, y de los instrumentos músicos antiguos y modernos, según los mejores diccionarios publicados en Francia, Italia y Alemania*, Barcelona: Imprenta de Joaquín Verdaguer, Rambla frente al Liceo.

Iriarte, Tomás de (1779), *LA MÚSICA, / POEMA. / Por / D. Tomás de Yriarte. / Con superior permiso*, Madrid: en la Imprenta Real de la Gazeta.

L'Académie Françoise (1798), *Dictionnaire de L'Académie Françoise, revu, corrigé et augmenté par L'Académie elle-même. Cinquième Édition*, tomo Segundo, Paris: Chez J. J. Smits et C.º Imp.-Lib., rue de Tournon, n.º 1133, Faubourg Germain.

Rafols, Antonio (1801), *Tratado / de la / Sinfonía: / […] Su Autor / Don Antonio Rafols presbítero / Beneficiado Violín primero en la Capilla de la Santa Metropolitana Iglesia de Tarragona, Pri- / mada de las Españas, y Organista de / profesión*, Reus: en la oficina de Rafael Compte, Administrada por Francisco de Paula Compte Librero.

Real Academia Española (1803), *Diccionario de la lengua castellana, compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso. Quarta edición*, Madrid: Por la Viuda de Don Joaquín Ibarra, impresora de la Real Academia.

*Regla de lo que / deve hazer y Can- / tar la Capilla en / las Consagraciones / de Sres Obispos / 1774*, ejemplar manuscrito de la Biblioteca Nacional de España, sig. MSS/13874.

Rousseau, Jean-Jacques (1768), *Dictionnaire de Musique*, Paris: Chez la Veuve Duchesne.

Scaramelli, Giuseppe (1811), *Saggio / sopra i doveri / di un / primo violino / direttore d'orchestra / di / Giuseppe Scaramelli / veneziano / Accademico Filarmonico / e / primo violino direttore d'orchestra del Teatro di Trieste*, Triestre: Dalla Stamperia di G. Weis.

Terreros y Pando, Esteban de (1787), *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina, e italiana*, vol. 2, Madrid: en la imprenta de la viuda de Ibarra, hijos y compañía.

Terreros y Pando, Esteban de (1788), *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina, e italiana*, vol. 3, Madrid: en la imprenta de la viuda de Ibarra, hijos y compañía.

# RESEÑAS

CEÁN BERMÚDEZ, Juan Agustín, *Ocios y escritos sobre bellas artes y arquitectura*, David García López y Miriam Cera Brea (eds.), Gijón: Ediciones Trea, 2023, 384 pp.

Hasta no hace tantos años, Juan Agustín Ceán Bermúdez era el autor de una biografía que glorificaba la figura de Gaspar Melchor de Jovellanos, convertido en ese texto y en el que le dedicó Isidoro Antillón en el más importante mártir laico de la Ilustración y la revolución españolas. Ceán figuraba en la historia de la cultura nacional como un personaje secundario, secretario o vicario de la figura máxima que era Jovellanos. En esto era similar a Martín Sarmiento, considerado durante mucho tiempo como la sombra o el colaborador necesario de Benito Jerónimo Feijoo, y no como el intelectual de talla internacional que fue.

Esta distribución de papeles, en el caso de Ceán Bermúdez, se ha quebrado desde hace ya algún tiempo gracias a los trabajos de Elena Santiago Páez, Daniel Crespo Delgado y David García López, que han puesto a disposición de los interesados diferentes obras del asturiano y lo han convertido en lo que fue, el primer historiador de las bellas artes españolas, de la arqueología, y de la arquitectura, gracias a la edición que hizo de las *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, de Eugenio Llaguno, aspecto este estudiado por Miriam Cera Brea en su libro sobre el papel de la arquitectura en la construcción de la identidad nacional española.

En los últimos tiempos, David García López ha liderado diferentes proyectos y centrado su investigación en el surgimiento de la historia del arte en España y en el papel pionero que Ceán Bermúdez desempeñó en este proceso, con notables aportaciones, siendo uno de sus últimos trabajos en este ámbito la edición en 2020 de la correspondencia entre éste y José de Vargas Ponce, amigo y colaborador decisivo a la hora de acopiar materiales y noticias para la redacción del *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes*, la obra que está en la base de la historiografía del arte en España.

En el paso del siglo XVIII al XIX, y en consonancia con lo que sucedía en el resto de Europa, Ceán Bermúdez puso los fundamentos del sistema historiográfico sobre el arte en España, prestando atención tanto a los pintores como a los arquitectos, a los escultores y grabadores. De hecho, era famosa su colección de estampas. Mientras se ocupaba del estudio y edición de textos "mayores" como los señalados, prestaba igualmente atención a la producción de otros de menor ambición historiográfica porque eran trabajos de divulgación, pero del mayor interés por el tono que eligió, por el formato nuevo en que se expresó y por el medio en el que publicó varios de ellos. Ceán se propuso llegar a más público, y para ello empleó la prensa periódica y el formato del folleto y del ensayo periodístico, a menudo en forma de supuesto diálogo lucianesco entre diferentes artistas ya desaparecidos. Si, como digo, esto le permitía llegar a un público potencial más amplio, también le ofrecía la posibilidad de tratar los asuntos de modo más libre y cercano. Al utilizar este registro, se sumaba a la tendencia iniciada en las décadas finales del

siglo XVIII gracias al cambio de los lenguajes que se empleaban para dirigirse a los lectores y para hablar de las materias científicas y culturales. Quizá, por esto mismo, merezca la pena reparar en el uso de la palabra "ocio" como forma de denominar algunos de esos trabajos, pues varios fueron los autores que se valieron de ella para referirse a sus actividades literarias, aparentemente, menos importantes, de entretenimiento, como destacaba el *Diccionario de Autoridades*, pero con los mismos objetivos que Ceán después. Así, José de Cadalso lo hizo para titular sus poesías: *Ocios de mi juventud*; Jerónimo Martín de Bernardo, para sus *Ocios de mi arresto, o correspondencia mitológica*, tratado didáctico sobre mitología, a los que se pueden sumar otros ejemplos. La denominación alude al uso divertido y útil del tiempo, al empleo de un lenguaje cercano al tratar materias serias. Y esta senda siguió Juan Agustín, para el que dedicarse a redactar esos entretenimientos era una forma de descanso, de olvido de la desagradable realidad en torno, "desnudo de carne, de las pasiones y deseos", en recuerdo del viejo tópico clásico.

Los textos que aquí se publican se escribieron entre 1812 y 1822, precisamente en momentos no solo de crisis políticas, sino de cambios notables en las estructuras culturales de la época, en coincidencia con el ascenso del lector y del espectador, del público, como referente de artistas, literatos y políticos, y mientras se potenciaba el papel político de la cultura y del pasado como elementos identificadores de la nación.

Por eso, recuperar figuras destacadas del arte nacional, de "artistas muertos", como hizo Ceán en diferentes diálogos, se convertía en un acto de patriotismo, de servicio a la nación, para lo cual era determinante servirse de instrumentos que dieran publicidad a los textos y facilitaran su divulgación entre aficionados y curiosos, ampliando así el alcance de sus obras eruditas, pues estas más breves y directas podían servir de estímulos para ampliar más en aquellas. Estos textos tienen por protagonistas al arquitecto de El Escorial, Juan de Herrera, convertido en gloria nacional; a Carreño de Miranda, a Alonso Cano y a Berruguete, y plantean asuntos importantes entonces, como la primacía entre la pintura y la escultura, los orígenes y desarrollo de la escultura, junto a cuestiones más concretas como el análisis de algunos cuadros y bajorrelieves, la necrológica del grabador Pedro González de Sepúlveda y un discurso sobre el churriguerismo, concepto que, como se sabe, era una beligerante declaración de principios estéticos.

Los editores han actualizado ortográficamente los textos y en ocasiones han incorporado variantes de interés, pues existen copias diferentes de algunos de ellos. Para presentar estas obras de Ceán han redactado dos capítulos introductorios. El de Cera Brea es un recorrido que se centra en los ocios dedicados a la arquitectura, destacando su aportación a la historia de esta materia y al papel que la "Vida de Herrera" jugó en la vindicación del arquitecto como figura central de la historia de las bellas artes nacionales. Por su parte, el de García López contextualiza al autor como hombre de letras en el convulso periodo de las primeras décadas

del siglo XIX, en las que, junto a las tensiones bélicas y políticas conocidas, se siguen desarrollando las tendencias culturales borbónicas. De esas iniciativas se beneficiaron las bellas artes, mediante la creación del Museo del Prado, mediante publicaciones, mediante el aumento de noticias en la prensa, exposiciones de pintura, y gracias a proyectos de museos y centros culturales que no siempre llegaron a buen puerto, pero que creaban un estado de opinión y discusión que daba mayor visibilidad a las artes, a los artistas, a los críticos, a los aficionados y a los aún no denominados historiadores, si bien Ceán fue así llamado por uno de los periodistas que en el extranjero dio cuenta de su fallecimiento. Ceán Bermúdez, como señala David García, supo aprovecharse de este impulso, tanto como contribuir a él, desde la Real Academia de San Fernando, la de la Historia y desde su puesto en el Ministerio de Negocios Eclesiásticos.

En estos escritos más breves repasó la historia de las artes y las acercó a los interesados, del mismo modo que otros habían escrito obras que divulgaban ciencia, matemáticas, botánica. Con ellos se sumaba a las labores para que las bellas artes tuvieran más espacio en la esfera pública. Conviene destacar esta labor suya como publicista porque no todos los investigadores ni todos los profesores son capaces de cambiar su registro lingüístico y escribir en un tono y para un público diferente del habitual entre colegas.

En su introducción, García López da cuenta de la importancia que tienen estas piezas, de su suerte en el siglo XIX, así como de parte de los bienes bibliográficos de Ceán y de sus colecciones, puestas a la venta por sus hijos tras su muerte. Son interesantes páginas, con noticias novedosas, en las que intervienen personajes como José Musso, Martín Fernández de Navarrete, Valentín Carderera, Cruzada Villaamil y Zarco del Valle, sobre el destino que tienen las obsesiones e intereses de los individuos al final de sus vidas, sobre cómo aquello que fue el centro de sus vidas resulta no significar nada para sus herederos. A continuación, las páginas introductorias se resuelven en una biografía intelectual del autor al hilo del análisis de los diferentes trabajos editados. Se destacan sus peculiaridades y su significación en la historia del arte, en las labores de Ceán y en los momentos vitales en los que los escribió, pues conoció la persecución política tras la guerra de la Independencia, aunque finalmente fuera depurado.

Se destaca así mismo de estos escritos en apariencia frugales el que respondan también a los principios metodológicos modernos que caracterizaron el hacer de autor: por ejemplo, el uso de fuentes veraces y el abandono de la fábula para rellenar los huecos de la historia. En esto, como en otros aspectos, Ceán estaba en el pelotón de cabeza de los renovadores de la historiografía nacional. Como había reclamado Martín Sarmiento, se hacía "otra" historia de España, no solo la que tenía como protagonistas a los grandes héroes y a las batallas, y así, a ella se incorporaba también la de su cultura. El pasado –los artistas muertos que conversan en sus diálogos–se convertía en historia y esa historia respondía a los criterios y a las necesidades

contemporáneas. Esta última instancia, relacionada con el patriotismo de los ilustrados, es evidente en la "Respuesta de don Juan Agustín Ceán Bermúdez a M. H. Le Bas, arquitecto de París", donde se rebaten las noticias que hacían a arquitectos franceses e italianos responsables de la construcción del monasterio de El Escorial. La peripecia que dio pie a este escrito se reconstruye en estas enjundiosas páginas, que a la postre proporcionan una muy centrada imagen del personaje y de su época, del modo en que un intelectual es capaz de desarrollar una nueva actividad –la de historiador del arte– en la España que transita los diferentes escenarios proporcionados por los borbones del XVIII, José I y luego Fernando VII.

La actividad de Ceán Bermúdez, así como la introducción a estos escritos sobre bellas artes, dan cuenta de cómo se profesionalizaba la práctica intelectual en las diferentes ramas del árbol de la ciencia, gracias, en parte, a la prensa periódica y al desarrollo del mundo editorial. Más tarde estas actividades pasarían al mundo universitario. *Ocios y escritos sobre bellas artes y arquitectura* son un elemento más para conocer esta figura que fue Ceán Bermúdez y son, así mismo, de modo indirecto, una contribución importante para cartografiar el modo en que se levantaba el espacio público de las bellas artes.

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS

ANDREU, Xavier y BOLUFER, Mónica (eds.), *European Modernity and the Passionate South. Gender and Nation in Spain and Italy in the Long Nineteenth Century*, Leiden/Boston: Brill, 2023, 271 pp.

La dialéctica norte/sur ha sido parte sustancial de la identidad europea desde el periodo grecorromano. En el siglo XVIII, como bien sabemos, esta perspectiva se intensifica en la intelectualidad ilustrada, que estudia los caracteres nacionales y traza las fronteras mentales de la civilización y la barbarie desde postulados que oscilaron entre el determinismo climático y la buena o mala política. El Norte adquiere entonces el rol modernizador y sofisticado; en consecuencia, el Sur se convierte en un contramodelo, un ejemplo del atraso y una decadente advertencia a los países prósperos. Este discurso especular tuvo tal fortuna que fue asimilado (desde la autocrítica o el apologismo) por las propias élites de los países mediterráneos.

Dos fundamentales corrientes decimonónicas de pensamiento, como el Romanticismo y -sobre todo- el Nacionalismo, heredarían dichas fronteras en disputa. En el siglo XIX, el Mediterráneo europeo vive un proceso de orientalización (de vertiente "saidiana") de muy largo recorrido, basado en criterios de corte más esencialista.

Pero, a pesar de lo que la escuela negrolegendaria (tan aferrada al victimismo patrio) pretende hacernos ver, estas imágenes, estas fronteras, no son en absoluto estáticas, ni rígidas, ni dicotómicas, ni homogéneas; por el contrario, se antojan dinámicas, históricas, heterogéneas, polifónicas y multifactoriales.

La obra que aquí nos ocupa -un excelente ejercicio de Historia Cultural y de Género- estudia esa mencionada dialéctica norte/sur en torno a España e Italia en los siglos XVIII y XIX. Por medio de trece capítulos firmados por reconocidas y reconocidos especialistas, acierta a ofrecer una lectura no maniquea ni simplificadora sobre el particular, asumiendo que los ejercicios de otredad se producen a múltiples niveles y viven sujetos a una amplia gama de factores y matices. Así, los textos de este volumen tienen en cuenta las escalas personal, regional, nacional y continental; y aplican variables fundamentales como la orientación política o la clase.

Especialmente relevante en el libro es la utilización del género como categoría de análisis a la hora de afrontar estos discursos relativos al nivel de civilización de los países europeos y extraeuropeos. Los modelos de masculinidad y feminidad servirán de metáfora para repartir los roles dominantes de los países, pero también para evaluar sus respectivas sociedades según la sofisticación de sus miembros y las relaciones entre los sexos.

El capítulo de Mónica Bolufer es, precisamente, un estudio del fenómeno del cortejo en España e Italia que demuestra que, si bien tuvo firmes detractores, no fue unánimemente censurado en el XVIII. Fueron varios los autores propios y ajenos que desmintieron la sospecha de adulterio que se cernía sobre esta práctica, mientras que otros lo asociaron al refinamiento propio de las formas de sociabilidad aristocrática

y valoraron el papel que cumplía en la iniciación de los jóvenes. Resulta de interés ver cómo, mientras los críticos españoles culpaban a la influencia francesa de esta costumbre, autores franceses (tanto favorables como contrarios al galanteo) señalaron su origen español.

Los textos de Ester García-Moscardó y Nuria Soriano Muñoz se detienen en *Le Voyageur François* de Joseph La Porte (1772). La primera estudia las tensiones derivadas de la imagen genérica de los europeos respecto al resto de pueblos y, a su vez, las lecturas particulares del autor sobre España, que queda configurada como "el otro" dentro de lo propio, conformando un modelo mixto entre lo occidental y lo oriental. La segunda autora se centra en la -muy adaptada- versión española de la obra, titulada *El viajero universal*. Su traductor, Pedro Estala, se posicionó del lado europeo en la llamada "Disputa del nuevo mundo". Lo que en principio era un desdoro para la monarquía hispánica -la inferioridad americana postulada por De Paw, así como el estado precario de aquellas colonias- fue convertido por Estala en un elogio, al afirmar que todo avance producido en aquel territorio suponía, dadas las circunstancias adversas, doble mérito para los españoles.

Los dos siguientes trabajos, ya con ambos pies en el XIX, ponen el foco en sendas formas de violencia propias de los relatos nacionalistas europeos. El de Alberto M. Banti hace una llamativa lectura de los relatos de agresión sexual interétnica, esto es, aquellos en los que la heroína es violada por un extranjero, y de los recursos narrativos existentes para evitar el simbólico mestizaje de la patria, manteniendo intactos su honor y pureza. En cuanto al capítulo de Joep Leersen, se refiere al héroe "byronico", un modelo de masculinidad presente en la novela romántica que suele ubicarse en el mundo mediterráneo, escenario exótico y propenso a la criminalidad (acorde con el horizonte mental de los lectores) donde el protagonista puede dar rienda suelta a su valor y contención norteños y rendirse a los encantos de una sureña damisela en apuros. Se convierte el Sur, así, en una vía de escape para el público lector, que intenta evadirse de una sociedad burguesa almidonada.

En torno a esta imagen del Sur como territorio de bandoleros, Xavier Andreu (que recurre a textos, tanto de autores internos como externos al ámbito hispano-itálico) constata el dinamismo de la percepción europea de estos personajes a finales del XVIII y en la primera mitad del XIX: criticados por la novela gótica y ensalzados por la romántica; considerados por los liberales radicales como héroes en tiempos de guerra contra el francés y denostados como criminales en tiempos de paz.

Y es que, como también demuestra Florencia Peyrou, la tendencia política debe ser también tenida en cuenta para comprender la complejidad de estas supuestas dicotomías. La autora llama la atención (a través del estudio de ocho novelas de mediados del XIX) sobre los modelos de masculinidad y feminidad en el liberalismo radical, demostrando que estos no se atienen a la dinámica general del siglo, ya que plantean una mayor permeabilidad en las esferas pública y privada, y un mayor reparto de virtudes y responsabilidades.

Son varios los capítulos que inciden en la idea del Sur como "otro interno" en el panorama decimonónico europeo. El trabajo de Diego Saglia sobre el grupo de Coppet destaca las ambivalencias de sus autores a la hora de categorizar las distintas latitudes del continente, por ejemplo, a la hora de otorgar los tradicionales (y patriarcales) roles masculino (dominante como el norte, rudo como el sur) y femenino (sensible como el norte, dependiente como el sur). Por su parte, Maria Pia Casalena nos muestra, a través de la publicación de biografías de mujeres italianas ejemplares (una reescritura de la famosa obra de Abrantes bajo el título de *Vite e ritratti delle donne celebre d'ogni tempo e d'ogni paese*, 1838), cómo la intelectualidad italiana reinterpreta el pasado nacional y se posiciona ante el Norte, pero también ante otros países del Sur, como la propia España.

La maleabilidad de estas nociones norte/sur y la sutileza del juego de espejos se puede apreciar en varios textos que se ocupan de cómo, dentro de los propios países sureños, se repartieron los papeles del progreso y el atraso. Coro Rubio observa que los viajeros europeos de finales del XVIII y principios del XIX vieron en el País Vasco un territorio "norteño" dentro del Sur; una excepción a la pereza, el atraso y la falta de industria achacada al resto de los españoles. Estas tensiones entre centro y periferia se dieron también a nivel interno, por parte de los propios intelectuales españoles e italianos. Isabel Burdiel estudia la polémica mantenida entre Emilia Pardo Bazán –una celebridad de su tiempo, autocaracterizada como autora nacional– y Manuel Murguía, que la criticó en contraposición con el modelo femenino y regional representado por otra escritora gallega como Rosalía de Castro. Burdiel destaca también la visión pardobazoniana del país, más preocupada por las diferencias transversales de clase que por las regionales. Para el caso italiano, Antonio de Francesco analiza la dialéctica norte/sur por parte de los padres intelectuales del *Risorgimento*. En este caso, es una visión "interna" la que vuelca todos los prejuicios en los territorios monárquicos y conservadores de la zona meridional, acusándola de ser un lastre para el progreso del resto.

Como cierre del volumen, el texto de Ferrán Archilés completa esta imagen del Sur como espacio liminal al estudiar los discursos imperialistas españoles en relación con Marruecos. Este territorio africano era el mediodía geográfico y mental español, donde los intelectuales del país podían trasladar el supremacismo del Norte poniéndose del lado europeo. Al mismo tiempo, la legitimación de las actuaciones hispánicas sobre la vida y el gobierno de los marroquíes se hizo a través de un discurso que acercaba (vínculos históricos y culturales) y distanciaba (costumbres bárbaras, bajo desarrollo) a ambos pueblos.

Se puede afirmar, por lo tanto, que, a pesar de tratarse de un libro misceláneo, *European Modernity and the Passionate South* funciona muy bien como monografía, pues sus capítulos comparten una aproximación y unos objetivos comunes. La amplia y acertada variedad de fuentes consultadas (novelas, obras de teatro, libros de viaje, ensayos históricos, tratados de

costumbres y prensa, principalmente), tanto "sureñas" como "norteñas", colabora igualmente en el logro de esta completa visión de conjunto.

La obra tiene, finalmente, el mérito de integrar al Sur en el debate historiográfico continental. Al situar el *quid* de la cuestión en dos de los países "orientalizados", como España e Italia, y publicar la obra en inglés y en una editorial de prestigio internacional, Xavier Andreu y Mónica Bolufer realizan un valioso y necesario ejercicio de desperiferización que, a buen seguro, enriquecerá el conocimiento (y el estado de la cuestión) sobre la pluralidad identitaria europea en el periodo contemporáneo.

Antonio CALVO MATURANA

BERNINI, Emilio, *El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos*, Buenos Aires: Editorial Las Cuarenta, 2021, 350 pp.

*El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos*, escrito por Emilio Bernini, revisa la obra de Jean Jacques Rousseau con el objetivo de probar la tesis de que, entre la amplia variedad de géneros, teorías y conceptos que la componen, hay una constante y es de naturaleza metodológica. Esta lectura permite repensar constructivamente las paradojas y las aporías de la obra del filósofo, por medio de la articulación de múltiples capas de sentido, conceptuales e históricas, que permiten una nueva comprensión de las mismas. Bernini enseña que de manera intertextual –es decir, entre obra y obra, en referencia a hipotextos que remiten a diversas tradiciones– Rousseau asume diferentes posiciones de discurso, a los fines de ensayar distintas respuestas a los mismos problemas filosóficos, que son puestos así a prueba en contextos y escenarios con objetivos y estrategias retóricas particulares. Para ubicar el método de Rousseau, entonces, se requiere un trabajo que no se realiza exclusivamente hacia el interior de su obra, sino también en la reconstrucción de la interacción de su obra con otros escritos, ya sean contemporáneos del propio filósofo o anteriores.

El libro se estructura en tres partes, las cuales conducen al lector por un vasto recorrido, cargado con aires de novedad. La primera parte, "Posiciones de discurso", presenta la heterogeneidad del posicionamiento discursivo rousseauniano, en cuanto a diversas tradiciones y a determinados conceptos centrales de su teoría. La segunda, "Estatutos de la ficción", arroja luces sobre la importancia y la peculiar concepción metodológica que tiene Rousseau de la ficción y de la mímesis. En la tercera parte, "Transfiguraciones", se condensa la tesis de Bernini, allí convergen el análisis con la letra del filósofo. Esta tripartición es a su vez deudora de un estudio introductorio que es fundamental: dado que la recomposición histórico-conceptual arroja nuevos claroscuros sobre la teoría del pensador de Ginebra, el autor de *El método…* inicia el libro con la puesta en valor de su propia tesis, en relación con otros estudios críticos contemporáneos.

La introducción, titulada "La querella de las interpretaciones", se sitúa de lleno en el terreno de la disputa por el sentido de la obra de Rousseau, más específicamente en la pregunta por la unidad y la sistematicidad de la misma. Se recuperan, en este esquema, posicionamientos ya clásicos, como los de Victor Goldschimdt o Jean Starobinski, con el fin de mostrar las limitaciones heurísticas de sus lecturas (p. 14). Subsiguientemente, el primer atisbo del método se observa en las lecturas de Louis Althusser, quien sugiere que las paradojas rousseaunianas se deben pensar a partir de un desfasaje –*décalage*–. Para Althusser, la literatura complementa, en Rousseau, a la teoría filosófica, allí cuando esta misma se ve obturada por desenlaces paradojales. Esta operación de desfasaje o de dislocación del hilo argumentativo se retomaría en otros escritos, de naturaleza estrictamente literaria, en un gesto que Althusser considera como una "fuga

ideológica", como lo *otro* de la teoría, como una transferencia que se resuelve de manera práctica (p. 19).

No obstante, Althusser parte de una concepción demasiado general de literatura, que homogeneiza la diversidad de géneros que utiliza Rousseau –como son, la novela, el ensayo, la autobiografía o los diálogos–. Frente a esto Bernini interpone otra lectura. Esta diversidad de géneros no solo no sería homologable, sino que, además, lo "literario" y la ficción son dos instancias fundamentales del discurso filosófico rousseauniano, que no articula sistemas conceptuales, sino que conceptualiza a partir del contexto de su formulación (p. 21). En este sentido, con experticia, Rousseau hace una puesta en valor de la diversidad de géneros literarios y aprovecha la singularidad de cada uno para decir cosas que no pueden ser dichas de otra manera o en ciertas economías textuales, explotando y a la vez reconociendo las limitaciones, como ser, de un ensayo, un tratado o un discurso filosófico.

Bernini enseña que su tesis se fundamenta en un "giro metodológico", en los intérpretes rousseaunianos de principios de siglo XX. Este giro se desmarca de otros enfoques, también contemporáneos, canonizados, como es el caso de la escuela de Ginebra (cuyo más renombrado representante es Jean Starobinski), en donde subsiste el problema de la unidad de la obra, la cual se encontraría en la biografía y el *topos* de la intención del autor. El abordaje metodológico, en cambio, deja de lado las dificultades que conlleva la problemática del sistema y de la unidad conceptual y asume la premisa de que dicha conceptualización procede por medio de operaciones de posicionamiento y reposicionamiento discursivo. En esto, puede encontrarse una metodología de apropiación, de crítica, de formulación y de reformulación de los conceptos, frente y desde las tradiciones que se refieren a la formación de Rousseau. "Rousseau desplegaría así una metodología recurrente y variable que promueve un dinamismo conceptual que tiende a no fijar sentidos últimos o definitivos" (p. 36).

En la primera parte, "Posiciones de discurso", se reconstruye el singular posicionamiento de Rousseau en relación a la formación discursiva clásica. Se señala acá la relevancia de la Querella de los Antiguos y los Modernos, que enfrentaba dos posiciones antagónicas del siglo XVIII respecto de la tradición greco-romana: una que podría decirse de continuidad y otra de ruptura. Bernini demuestra cómo Rousseau toma elementos de ambas tradiciones. Se retoman y se reconstruyen aquí los debates que sostuvieron autores como D'Alembert, Perrault, Boileau, Racine y Fénelon, y se observa cómo esta reconstrucción histórica y conceptual deviene fundamental para aprehender la profundidad de la reflexión filosófica de Rousseau, y, en este caso, la complejidad de un texto como el *Discurso sobre el origen de las ciencias y las artes*.

A continuación, se analizan dos conceptos en los que se puede apreciar, desde otra perspectiva, la dinámica conceptual sugerida. En primer lugar, se recupera la peculiar concepción rousseauniana sobre el *origen*, en diálogo con Condillac, atendiendo a las diferencias habidas, en la formulación

del concepto, entre el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* y el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Se pone de relieve, entonces, la economía textual de cada texto, así como la vinculación y el desencuentro, entre Condillac y Rousseau, en torno a este tema, que involucra posicionamientos deliberados sobre la ficción, el lenguaje y el origen de las sociedades, en el marco de la crítica dieciochesca al método empirista y al espíritu de sistema del siglo XVII (p. 105).

Por otro lado, se problematiza la noción de *sentimiento*, aunque ya no ubicando la posición discursiva de Rousseau entre los círculos intelectuales y los textos de la época, sino por medio de una genealogía intertextual, exclusivamente centrada en la obra del filósofo. Se analiza el desarrollo multipolar de este concepto en relación con nociones que lo abarcan en su plasticidad –los sentidos, la razón sensitiva, la luz interior, la conciencia– y en distintas obras, como el mencionado *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, los *Diálogos*, *Emilio*, *Cartas Morales*, la *Profesión de Fe del Vicario Saboyano* o las *Notas*, en *Refutación de Helvecio*.

La segunda parte, "Estatutos de la ficción", recupera la ficción como una categoría clave en el despliegue del método. En este caso, se comprenden las posiciones discursivas del filósofo en torno a la cuestión de la *mímesis*, en relación con la teoría estética clásica y su concepción sobre la novela y el tratamiento de las pasiones. Siguiendo a Bruno Bernardi, Bernini entiende que es factible afirmar que "en Rousseau la ficción opera como categoría filosófica; es una reformulación, una co-formulación de su filosofía que no posee estatuto secundario o complementario" (p. 171). Característicamente procesual, la ficción ve modificado su propio estatuto y función en el transcurso de la redacción y de las tramas narrativas (p. 173). Bernini distingue seis grados de la ficción en *Emilio* y en su secuela inacabada, *Emilio y Sofía, o los solitarios*. En la yuxtaposición y despliegue de estos grados de ficcionalización, entre la teoría, la especulación y la dimensión empírica de los hechos, entre las posibilidades de narración de la interioridad de la subjetividad y la deconstrucción de un relato, se despliega un lenguaje filosófico. En "lo ficcional se encuentra la posibilidad misma del pensamiento, su experiencia y experimentación" (p. 205).

Por supuesto que es menester determinar y luego explicar la ficción en su relación con la literatura novelesca, lo cual se aborda en discusión con las teorías clásicas de la retórica de las pasiones (Lamy, Arnauld) y la teoría del estilo (Fresnoy); en relación, sobre todo, con su concepción acerca del vínculo que sostiene la novela con la esfera moral. Se repone acá la teoría del lenguaje que subyace a esta concepción clásica, que hace de las novelas y de la retórica un modulador de las pasiones, a los fines de comprender el explícito rechazo de Rousseau a esta tradición, en la medida en que las pasiones no son algo que hay que reprimir, sino que se puede y que hay que modificar. El problema será, en este caso, el afán mimético de los lectores y su tendencia a identificarse con lo que leen de manera dogmática o acrítica. Al

igual que con respecto a las ciencias y las artes, Rousseau escribe novelas para compensar el mal que las mismas traen consigo. *Julia, o La nueva Heloísa* es así una novela que está escrita para afectar e incidir en los sentimientos del lector/a de novelas, en orden a esta compensación. "Se trata de una experimentación de las pasiones por la imaginación y por el discurso… en eso consiste la utilidad de la buena mímesis en Rousseau: la ficción novelesca puede enseñar, bien dirigida –estructuralmente orientada– la transformación de las pasiones mismas" (p. 229).

La tercera parte del libro, "Transfiguraciones", está compuesta por dos capítulos que revisan la narrativa del sí mismo en Rousseau. Allí se abordan los diversos posicionamientos del sujeto autoral en relación a las avenencias y desavenencias del autor mismo, quien intenta de esta manera replicar y resolver su propia coyuntura. Estos escritos de sí mismo están concatenados y deben ser comprendidos en esta relatividad, ya que la subjetividad se explica y despliega –se transforma– de distintos modos, en atención a los requerimientos de los distintos contextos. Las experiencias narradas, el estilo de la redacción y la concepción del yo se ven modificadas consiguientemente en sus objetivos, en su resolución y en las estrategias de cada abordaje (pp. 246-248). Esto se podría observar, por ejemplo, en el trabajo intertextual que hace Rousseau en las *Confesiones*, escrito que estaría en relación de transposición con las *Confesiones* de Agustín de Hipona (p. 283), en lo que sería cierta concepción de la subjetividad que se modifica en los *Diálogos*, en donde Rousseau revisa y discute la filosofía de Diderot (p. 293). Nuevamente, y en cada caso, la metodología orienta la propuesta teórica y exige ubicar estas narrativas de sí mismo con relación a sus respectivos hipotextos e interlocutores.

*El método…* propone que, hacia el final de su trayectoria filosófica, Rousseau se esfuerza por inventar un "lenguaje nuevo" (p. 281), que se reconoce en un último viraje metodológico. Habría una "última filosofía" –de acuerdo, en este punto, con Charrak–, en esta etapa vespertina del pensamiento del filósofo, que se constituiría esta vez como antimetódica. Este nuevo método y posición discursiva emergen concretamente en *Ensoñaciones*, en donde se busca capturar, concebir, conceptualizar sobre la marcha momentos que constituyen una verdadera transfiguración personal –experiencial– del autor. Al decir de Bernini, en este texto "la imaginación es la experiencia filosófica misma" (p. 312). Se busca una transfiguración que no será premeditada u organizada: la experiencia de la escritura de las ensoñaciones busca sublimar el puro placer de existir que se siente al experimentar las ensoñaciones mismas. Según Bernini, es posible encontrar acá una experiencia de transfiguración, en el sentido cristiano, de aniquilación y reintegración del yo en un orden trascendente. No obstante, la crítica subsiste, en cuanto la transformación no es una fundición en Dios, sino en la naturaleza, en la materialidad de los sentidos y en el placer sensual de la existencia.

En conclusión, Emilio Bernini logra hacer palpable una rigurosa metodología y una relación de continuidad que Rousseau se obstina en asignar a

sus escritos. Esto lo logra revivificando, por medio de un arduo y minucioso estudio, aquellas tradiciones, debates y querellas que lo inspiraron. Llenado de un vocabulario crítico que cualquier lector de Rousseau debe incorporar para ir más allá de la letra de sus textos –Bernini recupera desde Gerard Genette una vasta terminología para pensar la retórica y la estilística del autor–, el libro *El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos* es en sí mismo una caja de herramientas que permeabiliza las paradojas de la obra y le brinda continuidad a la reflexión y la deliberación filosóficas.

Juan CRUZ APCARIÁN

DÍAZ MATTEI, Andrea; OLLERO LOBATO, Francisco; QUILES GARCÍA, Fernando, *Alarifes Ruiz Florindo. Arquitectura barroca desde Fuentes de Andalucía*. Sevilla: Diputación de Sevilla-Universidad Pablo de Olavide, 2023, 164 pp.

El Servicio de Archivo y Publicaciones de la Diputación de Sevilla y la Universidad Pablo de Olavide presentan esta obra de Andrea Díaz Mattei, Francisco Ollero Lobato y Fernando Quiles García titulada *Alarifes Ruiz Florindo. Arquitectura barroca desde Fuentes de Andalucía*. Se trata del catálogo de la exposición del mismo título, organizada entre el 28 de junio y el 4 de septiembre de 2022 en la Casa de la Provincia de la Diputación de Sevilla. La exposición se proyectó con el asesoramiento museográfico de Andrea Díaz Mattei y las investigaciones de los profesores de la Universidad Pablo de Olavide Francisco Ollero Lobato y Fernando Quiles García, en torno a la saga de los Ruiz Florindo y su repercusión en el barroco rural sevillano del siglo XVIII.

Los Ruiz Florindo desarrollaron un estilo constructivo y decorativo caracterizado por el uso del ladrillo cocido, cortado y tallado en la composición y ornamentos de fachadas, portadas, patios y torres, en consonancia con el lenguaje arquitectónico que había arraigado en el entorno de la Campiña sevillana. La libertad creadora y el equilibrio formal con el que componían sus fachadas y portadas, inspiradas en la retablística barroca, contrasta con la imposición académica del lenguaje neoclásico, revestido de razón y eficacia, del último cuarto del siglo de las luces.

Dadas las características de la publicación, los autores explican de manera rigurosa, pero a la vez sencilla y accesible, la iconografía y la iconología arquitectónica de la obra de los Ruiz Florindo, permitiéndonos apreciar la evolución desde la exuberancia barroca de la primera mitad del siglo, hasta la simplificación de las formas y la composición en sus postrimerías, en consonancia con el espíritu neoclásico.

Comienza analizando el núcleo geográfico principal de los Ruiz Florindo, Fuentes de Andalucía, así como algunos de sus hitos arquitectónicos. En el capítulo dedicado a la saga, se menciona a Juan Ruiz Florindo (1699-1753), Alonso Ruiz Florindo (1722-1786), Cristóbal Ruiz Florindo (1724-1786), Antonio Ruiz Florindo (1746-1814) y Alonso Ruiz Florindo de Carmona (1753-1793).

Juan Ruiz Florindo (1699-1753) desarrolla un lenguaje cercano a los diseños ornamentales y arquitectónicos más enraizados en el barroco andaluz del siglo XVII. Incorpora cajas de decoración vegetal sobre soportes con almohadillados –característicos de la primera etapa de evolución del estilo (Sancho Corbacho, *Arquitectura barroca sevillana del siglo XVIII*, 1952: 14)–, así como la pilastra de apariencia salomónica y el arco trilobulado –presente en Leonardo de Figueroa–. Entre sus obras destacan: la desaparecida Casa de la calle San Antonio y el Convento de San José de Mercedarios, de Fuentes de Andalucía, 1737; así como la Casa de los Marqueses de la Peña de los Enamorados, de Arahal, ca. 1740.

Alonso Ruiz Florindo (1722-1786) es el maestro más notable de la familia. Según los autores, «manifiesta un

profundo conocimiento del lenguaje arquitectónico, cuyos elementos altera con elegancia en las portadas y los ejes verticales de vanos entre alturas» (p. 41). Sobresale el tono elaborado de su lenguaje compositivo y de los elementos ornamentales en su arquitectura no sólo por la variedad de los recursos, sino por la complejidad de los trazados y la articulación de la composición estética en favor de unos efectos visuales que contribuyen a la suntuosidad. Se resaltan las siguientes obras: Casa palacio de la familia Fernández de Peñaranda, en Fuentes de Andalucía, 1753; Casa palacio de la familia León y Orbaneja, en Fuentes de Andalucía, entre 1750-1760; Casa de la calle Aguabajo, de Écija; Palacio de Almenara Alta de la calle Mármoles, de Écija, ca. 1760; y la Casa de la calle Carrera, de Fuentes de Andalucía, ca. 1760. Respecto de su obra religiosa, se referencian la Ermita de San Francisco, en Fuentes de Andalucía, 1752-1758; la Iglesia del Santo Cristo y el Hospital de la Misericordia, en Arahal, ca. 1760; ampliaciones y torre de la Iglesia parroquial de Fuentes de Andalucía; la Iglesia parroquial de La Asunción, en Palma del Río; la Capilla de la Vera-Cruz, de Arahal, ca. 1780; el proyecto de Ayuntamiento para Fuentes de Andalucía, 1763; y los proyectos para las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, 1770-1780.

Su hijo, Alonso Ruiz Florindo de Carmona (1753-1793), y su hermano, Cristóbal Ruiz Florindo (1724-1786), desarrollan su labor a su estela. Manifiestan una tendencia al recato ornamental, en consonancia con los nuevos ideales estéticos regulados por la Real Academia. Esto repercute en la imagen de unas edificaciones bajo imperativos de utilidad orillando arraigos contextuales. Destacan dos portadas en la Iglesia parroquial de Fuentes de Andalucía, 1780-1784 –bajo la dirección de Antonio de Figueroa–; el Pósito y Carnicería, de Fuentes de Andalucía, 1790-1791; y la Casa de la familia Gil de Gibaja, en La Campana.

Antonio Ruiz Florindo (1746-1814) evoluciona su lenguaje cuando sale del entorno geográfico de la saga familiar, recalando en la bahía de Cádiz. El barroco de la Cilla del Cabildo de Osuna –con Ambrosio de Figueroa–, ca. 1773; la Casa Noble del Pozo Dulce, de Arahal; la Capilla de los Desamparados de la Iglesia de San Sebastián, de Marchena; y el Convento de la Merced, de Osuna, 1768-1775, y de Cartaya, 1775-1778; contrasta, ya en tierras gaditanas, con obras de arquitectura pública desarrolladas bajo la dirección de Torcuato Benjumeda, como el Acueducto de la Fuente del Rey, de Algeciras, 1779-1783; el plano del Trocadero, 1787; la Plaza de Abastos, 1791-1802; el Muelle, 1798-1801; o la Capilla de los Servitas de la Iglesia parroquial de Puerto Real, 1782-1795.

Teodoro Falcón alude a la disparidad entre el neoclasicismo proyectado por los arquitectos académicos y la persistencia barroca de los maestros alarifes (Falcón, *Pedro de Silva. Arquitecto andaluz del siglo XVIII*, 1979: 23). Por su parte Francisco Ollero señala que la Ilustración, con todas sus virtudes de racionalización espacial y eficacia profesional –p. ej. Van der Borcht, Lucas Cintora, José Echamorro– puestas de manifiesto a partir de las dificultades técnicas planteadas durante los procesos de rehabilitación a consecuencia

del terremoto de Lisboa, fue sin embargo incapaz de convivir con una realidad social a la que no podía cambiar, aunque transformara su escenario urbano. El conflicto social y cultural de esta manifestación del despotismo ilustrado era inevitable (Ollero, *Cultura artística y Arquitectura en la Sevilla de la Ilustración, 1775-1808*, 2004: 13, 31 y ss.). En este tiempo que se abre no hay lugar al ensueño, al capricho ni al ornato; el nuevo lenguaje acusa de delirio a esa fugacidad barroca aportando eficacia, estética y moralidad en aras de una perpetuidad clásica: «la geometría es el lenguaje de la razón en el universo de los signos» (Starobinski, *1789, los emblemas de la razón*, 1988: 41). Esto sin embargo conllevó, entre otras circunstancias, una compleja asimilación de la racionalización cultural, «por cuanto entrañaba el sacrificio de elementos religiosos, mitológicos y poéticos arraigados en una potente tradición histórica» (Subirats, *Metamorfosis de la cultura moderna*, 1991: 100). Como apunta Alfredo Morales, «el fuerte arraigo popular de dicho arte hará que las disposiciones de la Real Academia encuentren escaso eco en determinados círculos artísticos y que, en el medio rural, sobre todo, el gusto y el sentir barroco pervivan con fuerza» (Morales, *La piel de la arquitectura. Yeserías sevillanas de los siglos XVII y XVIII*, 2010: 202). Y es que, como afirma Antonio Luis Ampliato, «la arquitectura, como todo lenguaje, es un mundo de valores relativos en el que los significados surgen de un juego de resonancias contextuales» (Ampliato Briones, *La Giralda renacentista*, 2011: 68-69). La evolución desarrollada por los Ruiz Florindo ilustra ese tránsito; un lenguaje que, a pesar de la animadversión con que fue valorado también por las élites culturales del XIX, regresó con la evocación arquitectónica del regionalismo, particularmente desarrollado, en este caso concreto, por Juan Talavera Heredia.

Manuel CARBAJOSA AGUILERA

ABAD ZARDOYA, Carmen, *Lujos de comodidad: léxico del espacio doméstico en las fuentes notariales del largo siglo XVIII*, Gijón: Trea Ediciones, 2023, 334 pp.

En la Historia del Arte español el siglo XVIII ha sido un periodo a veces acallado. Quienes abordan su estudio suelen ser especialistas en arte de la Edad Moderna que, en ocasiones, transitan esta sugestiva etapa histórica de manera casi solitaria, frente a los más numerosos estudios sobre el arte del Siglo de Oro. Esta falta tiene como contrapartida que el siglo XVIII español continúe siendo un periodo que requiere nuevos estudios y enfoques. Además, tal y como esta publicación demuestra, esta centuria constituyó el arranque de ciertos fenómenos capitales para comprender la sociedad contemporánea. Este fue el motivo por el que este libro llegó a mis manos: necesitaba entender mejor ciertos códigos dieciochescos que tendrían su impacto en el arte decimonónico y, en general, en la noción contemporánea de gusto.

Su autora, Carmen Abad Zardoya, es profesora del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Su investigación tiene dos intereses principales: el espacio doméstico entendido desde la perspectiva de género y, por su inusual trayectoria, las relaciones entre arte y gastronomía. Esta publicación se suma a su larga lista de libros, artículos y actividades científicas y divulgativas encaminadas a conectar los ámbitos de la Historia del Arte con el estudio del espacio doméstico y de la gastronomía a través de la cultura material y la historia social.

La profesora Abad presenta a través de esta publicación una obra híbrida, pues incluye en ella un ensayo sobre el impacto del gusto dieciochesco en la habitabilidad del espacio doméstico –considerando nociones como el lujo, la comodidad o la iluminación del hogar–, además de un glosario sobre la materialidad de los objetos elaborado a partir de la consulta de documentación notarial moderna. Este trabajo parte de la labor que realizó durante la preparación de su tesis doctoral, titulada: *Poner quartos. Lecturas del espacio doméstico en la España ilustrada. Distribución espacial y decoración en la España del siglo XVIII*, defendida en 2021 en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza y merecedora del premio de la Cátedra Gonzalo Borrás en su primera edición (2022). Dicha investigación se amplió de forma considerable en el seno del Proyecto I+D *La vida cotidiana entre los discursos y las prácticas*, dirigido por la reconocida dieciochista Gloria A. Franco (UCM). Gracias a su trabajo en el Archivo de Protocolos Notariales de Madrid, Abad Zardoya pudo acometer el análisis comparado entre fuentes documentales zaragozanas y madrileñas, cuestión que se ve reflejada tanto en el ensayo como en el glosario. La autora eligió estos dos casos de estudio al ser la capital aragonesa un reflejo y al mismo tiempo un punto de distribución comercial de ciertas modas que comenzaban en Madrid, modelo aspiracional de otros núcleos de provincias.

A continuación, recojo algunas de las principales aportaciones de las dos partes diferenciadas de la publicación. De los tres capítulos en que se

encuentra dividido el ensayo, el primero se destina a estudiar la noción de lujo en el siglo XVIII. Al respecto, esta centuria vivió una basculación entre la idea de fasto o de lujo antiguo –basada en la alta calidad de los materiales de los objetos y su duración en el tiempo– y el lujo propiamente dicho o lujo moderno –fundamentado ya no en la calidad o precio del material, sino en las nuevas modas del diseño–. La autora explica el fenómeno del *populujo* o *démi-luxe* analizado por la historiografía anglosajona y francesa (Fairchild, Meiss), pero no por la española. Con este término se alude al éxito comercial de aquellas versiones económicas de los objetos exclusivos que incorporaban un plus de diseño o novedad, fomentando al mismo tiempo una estética de la fragilidad compartida por amplios sectores sociales. Y es que estos artículos no solo se difundieron entre los hogares más modestos, sino también entre los consumidores acomodados. Al respecto, este siglo fue también una edad dorada de los objetos *contrahechos*, réplicas de piezas ricas que llevaron a desarrollar toda una pléyade de técnicas imitativas en el grabado y en el mobiliario, fingiendo ricos materiales. Otra cuestión abordada es la del *lujo civilizador*, frente al llamado *lujo de placer* o *de vanidad*. Progresivamente, se propugnó el primero, que ahondaba en la búsqueda de la comodidad doméstica. El último epígrafe lleva por título «Genealogía del *kitsch*» y comienza con una definición etimológica de este término para luego rastrear sus primeros indicios en el siglo XVIII. Carmen Abad rescata aquí varios de los indicadores de esta categoría definidos por el pensador francés Abraham Moles y aporta ejemplos de sus propias investigaciones; véanse la tendencia al hiperdecorativismo, la utilización de técnicas imitativas en la reproducción de materiales o la alteración del tamaño de la imitación en relación al referente original –los *bibelots* son buen ejemplo–. Abad recoge también de Moles cómo el *kitsch* tiene su manifestación en una actitud que lleva al amontonamiento indiscriminado de objetos en los interiores domésticos, desarrollando el ejemplo de las repisas de chimenea a lo Marot.

La segunda parte del ensayo lleva por título «El siglo de la comodidad». Esta fue comprendida en sus inicios como una abundancia de bienes y un progreso de las artes y las ciencias. En este sentido, el *confort* fue visto como un símbolo del progreso y una forma de garantizar el bienestar de los habitantes de una casa, tomando como modelo los espacios domésticos de los países del norte, especialmente de Inglaterra, e incidiendo en la condena de los lujos de ostentación. Esta búsqueda del confort y la salubridad desembocó en las corrientes higienistas decimonónicas. Comodidad y confort también implicaban una preocupación por la mejoría de la salud de los habitantes de la casa. Al respecto, se buscaba evitar la humedad y las corrientes de aire, alcanzando un grado de confort higrotérmico hasta entonces desconocido en España. Aborda también Abad la relevancia de los aromas, la asociación de comodidad y belleza y el importante rol desempeñado por las chimeneas en la nueva sociabilidad.

La tercera parte, «Hogares esclarecidos», es una reflexión sobre la importancia de la iluminación en los hogares dieciochescos. La autora analiza, entre otras

cuestiones, la relevancia dada a las velas de buena calidad, responsables de una adecuada iluminación. Los sistemas de alumbrado también sirven para construir y definir espacios domésticos, alterando la percepción de sus habitantes. Poco a poco se difundieron los puntos fijos de luz en el techo frente a los sistemas móviles de iluminación, constituyendo un antecedente de las luces de gas.

La segunda parte de la publicación es el glosario «enraizado en la materialidad de los objetos», una audaz labor de recopilación y de contraste de diferentes fuentes documentales y lexicográficas. Su autora nos avisa de que no se trata del glosario elaborado por una lexicógrafa, sino por una historiadora del arte. Precisamente ese es uno de sus principales intereses, pues nos ofrece un panorama de técnicas artísticas, mobiliario y enseres varios, prestando atención a los adjetivos que permitían a los notarios describir un acabado o un tipo de labor ornamental en concreto. También precisa la autora cómo las voces utilizadas durante el siglo XVIII pertenecen a un momento de transición, un terreno fronterizo entre los conceptos utilizados durante la primera modernidad y otras formas popularizadas durante la Edad Contemporánea.

Las voces presentes en este glosario proceden de los protocolos notariales aragoneses y madrileños consultados por la autora. En ellos, los notarios utilizaban términos que les permitían identificar correctamente los bienes a la hora de ejecutar una herencia, un testamento o una dote. En este sentido, se ha atendido a procesos como el del «desplazamiento semántico», la tendencia a emplear voces o expresiones antiguas para aludir a nuevos objetos que sustituyen en sus usos a los antiguos. Es buen ejemplo de ello la llegada desde Francia de las cómodas, cuya denominación también de origen francés no fue utilizada por los notarios aragoneses hasta el siglo XIX, quienes hicieron uso de términos preexistentes como *calagera*, arquimesa, papelera de moda o papelera de Francia.

La labor llevada a cabo por Carmen Abad, que completa un trabajo de recopilación de términos comenzado en el marco de su tesis doctoral antes citada, ha sido ardua. Lo que podría haberse limitado a un trabajo de recopilar y glosar términos, aquí se completa con ejemplos materiales que permiten identificar visualmente aquellas realidades que los notarios nombraban de manera genérica. Investigar y sistematizar una cultura material cuya principal fuente de estudio son los documentos de archivo no es fácil. Por ello, para facilitar su estudio, la autora completa este libro con un brillante corpus de imágenes a color –procedentes en su mayoría del Museo Nacional de Artes Decorativas– que son el complemento visual perfecto para muchas de las voces del glosario.

Esas imágenes son el colofón de este trabajo modélico que servirá a estudiosos de la cultura material y visual del siglo XVIII –y doy fe que también del XIX–, guiándoles en el enmarañado universo de la terminología de las artes decorativas y del espacio doméstico, que no solo concierne a los estudiosos de las artes suntuarias, sino también a especialistas que deban analizar las representaciones de estos objetos en otras artes como la pintura o la estampa.

Guillermo JUBERÍAS GRACIA

BURNS, Alexander S. (ed.), *The Changing Face of Old Regime Warfare. Essays in Honour of Christopher Duffy*, Warwick: Helion & Company (From Reason to Revolution, 1721-1815, n.º 94), 2022, 344 pp.

Christopher Duffy (1936-2022) ha sido sin duda uno de los más prestigiosos e influyentes historiadores militares anglosajones de la Edad Moderna en el último medio siglo. Su reciente desaparición nos ha privado del que probablemente ha estado entre los mayores expertos en los ejércitos austríaco, prusiano y ruso del siglo XVIII. Sus publicaciones sobre las revueltas jacobitas en Escocia o la guerra de los Siete Años son una fuente imprescindible en cualquier investigación seria sobre estos episodios. Es indudable el impacto de obras como su biografía militar de Federico II de Prusia, *Frederick the Great: a military life*; su estudio sobre la evolución de las fortificaciones entre los siglos XVII y XVIII, *The Fortress in the Age of Vauban and Frederick the Great, 1660-1789*, y sobre todo su *magnum opus*, *The Military Experience in the Age of Reason*, que con seguridad continuará siendo un trabajo de referencia. Además, Duffy ha llevado a cabo incursiones en la historia militar de las guerras napoleónicas y las guerras mundiales del siglo XX. Cabe destacar, a modo de síntesis de su carrera, el hecho de haber sido pionero en realizar una historia militar integral que ha abarcado desde la reflexión en torno a las mentalidades y los contextos de la toma de decisiones de los generales de los ejércitos hasta las experiencias personales de los soldados rasos bajo su mando, un enfoque en el que tanto él como otros historiadores militares de su generación han creado escuela.

Si hay algo que pueda sorprender más que la amplitud y la calidad de la producción académica de Duffy es la relativa ignorancia respecto a su figura en el ámbito universitario español. Esta circunstancia no es sino otro síntoma más del desinterés que en la historiografía española de las últimas décadas ha habido por buena parte de los autores de la nueva historia militar anglosajona. No es de extrañar, por tanto, que no haya ningún español entre las firmas de este libro, provenientes de siete países repartidos por tres continentes. Afortunadamente, nunca es tarde para reinvidicar la contribución de un gran historiador como Duffy y la publicación del libro que es reseñado aquí es una ocasión inmejorable para hacerlo.

Alexander S. Burns (Universidad de Virginia Occidental) es el encargado de coordinar este compendio o *festschrift* de 16 trabajos para rendir tributo a Christopher Duffy que lleva por título *The Changing Face of Old Regime Warfare*, lo que vendría a significar en español, si se diera la fortuna de que alguna editorial se interesara por su traducción, "El rostro cambiante de la guerra en el Antiguo Régimen". Aunque técnicamente fue publicado en vida de Duffy, su fallecimiento pocos meses después ha provocado que se trate en la práctica de un homenaje póstumo que viene a glosar las principales líneas de investigación actuales herederas de su legado. En su introducción, Burns destaca la relación de Duffy con el gran público. El autor británico se preocupó siempre por hacer su narrativa histórica

accesible a todo tipo de lectores y se involucró en la conservación de campos de batalla europeos como el de Culloden, prestando sus servicios como guía o como asesor en producciones de ficción. Burns recalca asimismo el hecho de que los autores de la obra reflejen una gran diversidad: los mismos se encuentran en diferentes estadios de la carrera académica y trabajan variados ámbitos y objetos de investigación que se complementan entre sí.

A continuación, la obra se estructura en cuatro secciones establecidas con un criterio no cronológico sino temático. La primera, destinada a servir como contexto general para el resto de aportaciones, incluye una perspectiva global sobre la guerra en el siglo XVIII a cargo del prestigioso Jeremy Black, que en ausencia de Duffy es ahora probablemente el especialista sobre historia militar del Siglo de las Luces con mayor impacto y difusión, y una reflexión sobre el legado historiográfico de Duffy a cargo del propio Burns. La segunda, titulada "Commanders and their Armies", reúne nueve textos que analizan la trayectoria de generales, ejércitos, armas o unidades concretas desde la década de 1740 hasta la batalla de Austerlitz. La tercera, *Voices from the Past*, está centrada en el trabajo con fuentes primarias como relaciones de batallas y correspondencia de soldados. La cuarta y última, *New Perspectives*, es como su nombre indica la que ofrece aportaciones más novedosas en las que puede comprobarse cómo las nuevas metodologías de las últimas décadas han contribuido a ampliar los campos de estudio de la historia militar. Estas van desde la arqueología de campos de batalla a la deliberación en torno al carácter decisivo de las batallas de la época y su representación cultural y propagandística, pasando por la reivindicación de sujetos históricos tradicionalmente soslayados como los militares de origen extraeuropeo.

El revelador capítulo de Jeremy Black es un esfuerzo por superar visiones tradicionales. Black pone en duda que la paz de Westfalia significara verdaderamente un antes y un después, cuestionando que el supuesto respeto mutuo entre los poderes europeos tuviera vigencia en las décadas siguientes y que los objetivos religiosos hubieran dejado de estar en la agenda de los monarcas, como queda claro en el caso de Luis XIV o en la política de los Borbones españoles en el norte de África. Según Black, no podría llevarse a cabo un verdadero corte en 1648, especialmente si se tiene en consideración el resto del mundo. En Europa, la guerra continuó siendo una realidad permanente, y la gloria y el heroísmo militar, valores fundamentales de la sociedad. Los reyes aspiraron a emprender campañas de corta duración que alimentaran sus ambiciones territoriales y dinásticas, pero frecuentemente provocaron imprevistas reacciones internacionales que complicaron y dilataron las contiendas hasta agotar a ambos bandos. A pesar de que gradualmente los monarcas dejaron de tener un rol protagonista en las campañas, Black recuerda que la representación de los mismos como guerreros continuó siendo una constante, reflejo de una sociedad en la que el honor militar era un elemento predominante.

La fama del siglo XVIII como una centuria de guerra "civilizada" contrasta

con la inclinación de los líderes a provocar en sus enemigos tantas bajas como fuera posible, incluso a cambio de un alto número de bajas propias. La concepción de la guerra como algo tan normal y necesario como sangriento suscitó habituales críticas entre los autores ilustrados, si bien estas no tuvieron excesivo impacto en la maquinaria bélica de los distintos Estados. Black alerta contra la atractiva pero engañosa asimilación de lo bélico en este período con la construcción del Estado moderno: la guerra servía también a otros propósitos y los procesos no burocráticos mantuvieron su vigencia, por ejemplo a la hora de reclutar y mantener tropas. Black aboga por una mejor imbricación de la historia militar de Asia en los asuntos europeos (presta especial atención a la Persia de Nadir Shah, la India mogola y anglofrancesa y la China manchú), destacando las interacciones entre diferentes esferas y culturas y llamando la atención sobre el factor desestabilizador de las intromisiones europeas, que intensificaron las guerras, sobre todo en aquellos escenarios de frontera donde predominaban las entidades no estatales.

Black denuncia las veleidades teleológicas tras la teoría de las denominadas "revoluciones militares", concepto que considera superado, y pone en cuestión la visión de la historia militar europea como un mero relevo entre poderes hegemónicos que triunfan durante un tiempo concreto al haber introducido determinadas innovaciones antes que sus rivales. El autor finaliza criticando que se haya puesto habitualmente el foco principal del análisis en la Francia del XVIII y principios del XIX, cuando fracasó en su objetivo de dominar Europa occidental, mientras que la emergente Rusia, frecuentemente soslayada, sí que triunfó en Europa oriental. El espíritu de reflexión, cambio y reforma en el arte de la guerra no nació con la Revolución francesa, sino que contó con numerosos precedentes en toda Europa.

Alexander S. Burns toma el relevo en el siguiente capítulo insistiendo en la necesidad de superar las visiones teleológicas que presentaban a los ejércitos napoleónicos como grandes innovadores que culminaban la evolución de los siglos anteriores. Según Burns, la gran aportación de Duffy fue demostrar cómo durante la guerra de los Siete Años, medio siglo antes de las grandes campañas de Napoleón, la manera de plantear las batallas cambió radicalmente al introducirse un orden menos rígido, con mayor autonomía para los oficiales subordinados y mayor protagonismo de las columnas y unidades menores, que con frecuencia tenían sus propios objetivos. La guerra durante la Edad Moderna no fue un fenómeno inalterado durante siglos, sino que manifestó la naturaleza cambiante a la que hace referencia el título del libro. Duffy también fue pionero al superar la concepción simplista de los militares del siglo XVIII como reclutas forzosos de extracción criminal, aborregados, aterrorizados y dirigidos férreamente por oficiales inflexibles sin imaginación, cuando en realidad la panoplia de motivaciones para servir en el oficio de las armas era mucho más extensa y compleja. Duffy no llegó a estas conclusiones al poco de iniciar su carrera investigadora, sino más adelante, superando

sus propios prejuicios y rectificando respecto a sus primeras publicaciones, lo que da fe de su humildad y su búsqueda del rigor científico, según Burns.

La última parte del estudio de Burns es un recorrido historiográfico por la producción científica de Duffy que divide su carrera en tres etapas: la primera, de 1960 a 1978, recoge sus primeras publicaciones desde el libro surgido en 1964 de su tesis doctoral, *The Wild Goose and the Eagle*, sobre el mariscal Von Browne, hasta sus influyentes trabajos *The Army of Frederick the Great* (1974) y *The Army of Maria Theresa* (1977), pasando por obras menores como las que abordan las batallas napoleónicas de Borodino (1972) o Austerlitz (1977).

La segunda, de 1979 a 1999, fue su período de consagración entre el gran público y el mundo académico, con los mencionados libros sobre fortificaciones o sobre Federico el Grande, en el que superaba sus anteriores prejuicios negativos respecto al ejército prusiano, aunque reconociendo la responsabilidad del monarca en la violencia desatada en Europa en las décadas centrales del XVIII, y su estudio sobre la occidentalización y modernización del ejército ruso *Russia's Military Way to the West* (1985). En *The Military Experience in the Age of Reason* (1987), Duffy examinaba la élite militar europea del XVIII y su cultura literaria. También fue esta la etapa en la que el historiador realizó su primera incursión en la historia contemporánea con su trabajo sobre la guerra entre el Tercer Reich y la URSS en la Segunda Guerra Mundial, *Red Storm on the Reich: The Soviet March on Germany* (1991), el cual destacó por su minucioso análisis de la historia militar germano-rusa en los teatros de operaciones de 1941-1945, haciendo hincapié en el fin de la civilización germánica en las ciudades alemanas de Europa central y del este que fueron conquistadas por las tropas soviéticas. El mismo fue sucedido por su obra canónica sobre el ejército prusiano que sigue siendo reeditada en nuestros días, *The Army of Frederick the Great* (1996), en la que llevó a cabo un trabajo más extensivo con fuentes de archivo, lo que le hizo rectificar algunas de las conclusiones del primer período de su carrera. Esta etapa se caracterizó asimismo por una relación más intensiva con la recreación histórica y los campos de batalla. Duffy siempre consideró imprescindible visitar físicamente estos últimos para estudiarlos históricamente de una manera más rigurosa.

La última fase que Burns identifica en la carrera de Duffy es la que va de 2000 a 2020. Esta comienza con la gran obra de 1000 páginas en dos volúmenes *The Austrian Army in the Seven Years War* (2000), en la que realiza un análisis pormenorizado del ejército austríaco de la emperatriz María Teresa y la contienda en general. Fue seguida por *Prussia's Glory: Rossbach and Leuthen 1757* (2003), el que sería su último libro sobre la guerra que fue su objeto de estudio predilecto. En sus últimos años, Duffy exploró otros temas como la Primera Guerra Mundial, tratando cómo los alemanes veían a los británicos durante la misma (*Through German eyes: the British and the Somme, 1916*, 2006), o el conflicto jacobita en Gran Bretaña a través de una trilogía

de libros publicada entre 2007 y 2015 que reflexiona sobre la revuelta de 1745 y el papel del príncipe Carlos Estuardo (conocido como Bonnie Prince Charlie) y de los soldados alemanes en dicha guerra.

La segunda sección del libro comienza con un breve pero exhaustivo análisis del último tratado militar obra de Federico II de Prusia, *Éléments de castramétrie et de tactique*, a cargo de Jürgen Luh. En este memorándum, el rey prusiano reflexionaba sobre algunas de las lecciones aprendidas durante su carrera militar, en gran medida frente al general austríaco Leopold von Daun, haciendo hincapié en el estudio del terreno, el establecimiento de fuertes posiciones defensivas y el uso masivo de la artillería pesada. Sin embargo, la aplicación de estos nuevos principios no llevó a Prusia al éxito en la guerra de Sucesión de Baviera, lo que puede explicarse por aquellos factores que Federico infravaloró, como el empleo de la infantería ligera, la cual tendría un peso importante en las guerras napoleónicas.

La siguiente contribución viene a cargo de Peter H. Wilson, que ha destacado en los últimos años por sus obras sobre la guerra de los Treinta Años y la historia del Sacro Imperio Romano Germánico. En su capítulo, Wilson aborda el papel del ejército del ducado de Wurtemberg en la guerra de los Siete Años. El ambicioso duque Carlos Eugenio mantuvo un difícil equilibrio entre sus aliados Francia y Austria a lo largo de la contienda. Él aspiraba a conseguir objetivos políticos como la ampliación del territorio del ducado o su reconocimiento como elector imperial, pero se debió conformar con algunos subsidios económicos a cambio del concurso de sus tropas en las campañas. El duque llegó al extremo de ofrecer el envío de un contingente de sus fuerzas a España en 1762 para combatir en la campaña de Portugal, aunque las negociaciones con Carlos III terminaron fracasando. El ejército de Wurtemberg combatió principalmente junto a franceses y austríacos entre Hessen, Sajonia y Silesia, logrando pocos éxitos a costa de numerosas bajas. A juicio de Wilson, Carlos Eugenio hizo gala de una gran inexperiencia y un pobre liderazgo militar, si bien la situación diplomática de su Estado era compleja de inicio. Todo ello explica que Wurtemberg saliera de la guerra habiendo fracasado militar y políticamente, con abultadas deudas y una mayor dependencia respecto a los Habsburgo de Viena.

Frédéric Chauviré se ocupa en su texto de analizar la crisis de la caballería francesa en la guerra de los Siete Años. Hasta dicho conflicto, el ejército francés no había tenido la oportunidad de conocer las reformas de Federico II en la caballería prusiana, ya que Francia y Prusia habían sido aliadas durante la guerra de Sucesión austríaca. Aquellos años resultaron traumáticos para las armas francesas, especialmente debido a humillaciones como Rossbach en 1757. No obstante, Chauviré matiza la decadencia de la caballería francesa, arrojando luz sobre su importante papel en batallas como Lutzelberg en 1758. En la posguerra, el ejército francés aprendió de las duras lecciones impartidas por el prusiano e introdujo profundas reformas, que van desde la ordenanza de 1766, la cual reglaba

importantes cambios en las maniobras y la instrucción, a la adopción de nuevos sables de caballería de mayor tamaño y calidad.

El siguiente capítulo complementa como anillo al dedo al anterior, pues trata el efecto de estas reformas en las guerras napoleónicas, concretamente en el éxito francés de Austerlitz en 1805. Frederick C. Schneid señala cómo, a pesar de las mismas, la caballería de la Francia revolucionaria adoleció de una gran debilidad, al haber sido considerada un arma aristocrática. Gran parte de la oficialidad se dispersó tras la Revolución y las granjas de cría caballar del Antiguo Régimen fueron disueltas en 1790. Bebiendo del legado de las obras de Duffy sobre las guerras napoleónicas, Schneid propone analizar los datos de bajas de caballería en el flanco norte de la batalla de Austerlitz para concluir que la mayoría de estas no se produjeron en enfrentamientos entre formaciones de caballería o entre caballería e infantería, sino debido al fuego de la artillería enemiga. Frente al mito de las grandes cargas de caballería napoleónicas, los datos muestran que el factor clave en lo que respecta a la caballería fue su empleo en acciones menores que habilitaban las maniobras y los avances de la infantería.

Jonathan Abel profundiza en este contexto de reformas en el seno del ejército francés del XVIII con el proceso de introducción de las divisiones de armas combinadas, las cuales no terminarían de fraguar hasta la época de Napoleón. La Francia borbónica únicamente pudo avanzar en esta dirección hasta cierto punto, según Abel, ya que una contundente reforma de la oficialidad conllevaba necesariamente un cuestionamiento del orden social vigente. Cuando el ejército revolucionario estableció su sistema de divisiones, lo hizo sobre los cimientos de los proyectos y ensayos de los oficiales de las décadas anteriores al servicio de Luis XVI.

La aportación de James R. McIntyre es un detallado estudio sobre la evolución de la infantería ligera y la guerra irregular a lo largo del siglo. A pesar de que su uso no estuvo exento de críticas, que las consideraban poco disciplinadas, las tropas ligeras fueron ganando protagonismo a partir de la guerra de Sucesión austríaca y especialmente en la guerra de los Siete Años, cuando lideraron grandes golpes de mano como la captura de Berlín en 1757 por la pequeña fuerza austríaca de 3400 hombres de Andreas Hadik, formada principalmente por húsares y croatas.

Petr Wohlmuth, inspirado por los escritos de Duffy sobre fortificación, se encarga de arrojar luz sobre la trayectoria del médico e ingeniero militar británico Charles Bisset. La traumática experiencia del asedio de Bergen-op-Zoom en 1747 le llevó a escribir en 1751 su *Theory and Construction of Fortification*, donde reivindicaba la guerra subterránea de contraminas y cuestionaba las teorías de Vauban. Sin embargo, su influyente obra fue ignorada por la *Board of Ordnance* que dirigía el cuerpo de ingenieros británico, quizá por considerarle un advenedizo. Finalmente, Bisset volvió a dedicarse a la medicina al no ser atendidas sus solicitudes de ascenso, lo que refleja las dificultades e incomprensiones que

muchos ingenieros militares europeos sufrieron en el XVIII.

La tercera sección del libro, "Voces del Pasado", se centra en relaciones manuscritas de testigos de la guerra de los Siete Años. Adam L. Storring ilustra la narración de la campaña de 1758 del clérigo Christian Täge, reclutado por el ejército ruso para servir a los luteranos del mismo, que ofrece interesantes detalles sobre la religiosidad y las penurias de civiles y militares en el asedio de Cüstrin y la batalla de Zorndorf. El texto incluye la transcripción en inglés de 5 capítulos del diario de Täge. Por su parte, Katrin y Sascha Möbius tratan las 18 cartas preservadas de Christian Friedrich y Joachim Dietrich Zander, respectivamente tío y sobrino, y las memorias del mercenario suizo Ulrich Bräker, todos soldados del regimiento Itzenplitz del ejército prusiano. El trabajo muestra cómo se transmitía la información de las campañas a las familias y a los habitantes de sus pueblos, donde las cartas se leerían públicamente, y cómo militares de origen civil gestionaban su deseo de abandonar la guerra mediante la obtención de una licencia o la deserción.

Comenzando la cuarta y última sección, "Nuevas Perspectivas", el capítulo de Grzegorz Podruczny presenta los resultados de la investigación arqueológica entre 2009 y 2019 sobre la batalla de Kunersdorf de 1759. Hallazgos como estructuras de fortificaciones de campaña y cultura material (proyectiles, granadas de mano, etc.) son puestos en relación con la historiografía clásica y reciente sobre la batalla. Kurt Baird analiza la relación entre el ejército austríaco y la sociedad de Austria y Bohemia durante las guerras napoleónicas, mostrando cómo gradualmente los militares imperiales fueron convirtiéndose en una presencia cada vez más común entre los civiles, con unas estructuras profundamente enraizadas en la sociedad urbana y rural. Alexander Querrengässer y Marian Füssel reflexionan en sus capítulos sobre el hecho de que las victorias pudieran ser realmente decisivas en esta época y plantean una crisis de la batalla como elemento decisorio capaz de condicionar el resultado de una guerra. Füssel analiza los ejemplos de las batallas de Lobositz y Zorndorf, en las que ambos bandos afirmaron haber vencido. Controlar el relato en la prensa escrita se había vuelto tan importante como controlar el campo de batalla al final de la misma. La representación del éxito en las narraciones para consumo propio determinó que las generaciones posteriores continuaran aspirando a una batalla decisiva para destruir al enemigo y alcanzar la victoria en la guerra de manera rápida.

El libro concluye con el capítulo de Dennis Showalter, incluido a pesar de que este falleció en 2019, antes incluso que Christopher Duffy, el autor homenajeado. Su contribución sobre las tropas coloniales de los aliados en la Primera Guerra Mundial permite reivindicar también la aportación que Duffy hizo a la historia de esta contienda.

*The Changing Face of Old Regime Warfare* es una obra colectiva imprescindible para conocer las actuales líneas de investigación y perspectivas de estudio sobre la historia militar moderna y contemporánea. No obstante, a pesar de la extracción diversa de sus

autores, el panorama que se traza es desigual, de manera que la información que se aporta es más abundante en relación a Austria, Prusia o Rusia que la que aparece mencionada sobre España o Gran Bretaña, por ejemplo. Este desequilibrio en el enfoque no hace sino plasmar cuáles fueron los principales intereses investigadores de Duffy a lo largo de su carrera, por lo que no deja de ser comprensible que sus discípulos sigan sus pasos en este sentido.

Es improbable que este homenaje a Christopher Duffy sea traducido al español, como sin duda debería serlo por su interés historiográfico como recorrido por su carrera y legado. Ya es tarde para valorar a Duffy en su justa medida en España y el mundo hispanohablante en general en vida del autor. Sin embargo, todavía estamos a tiempo de imbricar la historiografía militar española sobre el siglo XVIII en el horizonte de investigación generado por las aportaciones de Duffy y otros historiadores de su generación, a ser posible también en inglés y colaborando con especialistas y universidades de todo el mundo.

Víctor GARCÍA GONZÁLEZ

FEIJOO, Benito Jerónimo, *Cartas eruditas y curiosas, III. Obras completas, tomo IV*, edición crítica de Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés, Oviedo: Universidad de Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Ayuntamiento de Oviedo, 2022. Col. Autores Españoles del Siglo XVIII, 1-IV, 733 pp.

Hay que proclamar, también ojalá más allá del ámbito de una revista especializada como estos *Cuadernos Dieciochistas*, empeños editoriales de tanta envergadura como la publicación de las *Obras completas* de Feijoo, que impulsó, hace más de cuarenta años, la entonces Cátedra Feijoo como órgano precedente del actual Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII. Fue en 1981 cuando apareció el primer volumen de una ambiciosa *opera omnia* feijoniana con la *Bibliografía*, elaborada por José Miguel Caso González y Silverio Cerra Suárez, en un proyecto que sufrió un parón de muchos años hasta que, ya en nuestro siglo XXI, se retomó con los tomos I y II de las *Cartas eruditas y curiosas* en 2014 y 2018, reseñados, respectivamente, en *Cuadernos Dieciochistas* por Rodrigo Olay Valdés –vol. 15 (2014), pp. 398-401– y por María Fernández Abril –vol. 21 (2020), pp. 607-609–, y, posteriormente, con el volumen de la *Poesía* en 2019, del que dimos cuenta en el número 22 de esta revista –(2021), pp. 536-539–. Se reproduce en nuestros días una especie de representación de lo que fue la historia editorial de todo un fenómeno impresionante de difusión de obras de pensamiento en el siglo XVIII, como subrayó Inmaculada Urzainqui en el «Estudio introductorio» que encabezó el tomo II ya citado que incluía la primera entrega de las *Cartas eruditas y curiosas,* y al que remitiré necesariamente en este comentario del nuevo tomo III, cuarto de la colección de las *Obras completas*, preparado en edición crítica por la eminente investigadora junto a dos especialistas como Eduardo San José Vázquez y el citado Rodrigo Olay Valdés.

Como antaño en 1750, tras las setenta y cuatro cartas publicadas en los dos primeros tomos de las *Cartas eruditas y curiosas, en que, por la mayor parte, se continúa el designio del Theatro Crítico Universal, impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes…*, salidos de la imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro en 1742 y 1745, disponemos en esta nueva entrega de treinta y dos cartas entre las que se encuentran algunas de las más representativas de las líneas temáticas de la obra que fueron detalladas por Inmaculada Urzainqui en su estudio. Así, el interés por la lengua y la literatura en el contraste entre Lucano y Virgilio de la carta V («Respuesta a dos objeciones»); la preocupación por la decadencia de España y el afán por el adelantamiento de las ciencias (carta XXXI «Sobre el adelantamiento de ciencias y artes en España. Y apología de los escritos del autor»), que es una carta en la que alude a su propia dedicación, como hace en la mencionada quinta o en la XIV («Sobre las traducciones de las obras del autor en otros idiomas»), o a su carácter y condición, en la XXV («Ingrata habitación la de la corte»). También están ejemplos del interés por determinadas obras de reciente aparición, que se reseñan

con ánimo impugnatorio, «Sobre un libro nuevo de Medicina», o con ánimo laudatorio, en la carta XXIX («Sobre el libro intitulado: *Indice de la Filosofía Moral Cristiano-Política*, que compuso el Rmo. p. Antonio Codorniu, de la Compañía de Jesús»), y otras muestras de su reafirmación sobre ideas ya tratadas, como cuando aborda de nuevo el sistema copernicano (carta XX «Sobre el sistema copernicano» y XXI «Del sistema magno»).

El tratamiento de este *corpus* es cumplido, riguroso con los textos que se editan y obsequioso en información con el lector, que recibe de quienes han preparado esta edición una guía muy útil para contextualizar la pieza que se trate. Podemos tomar como ejemplo una carta, media en extensión –ni de las más breves, como la XXIV «Exterminio de ladrones», pp. 357-360, y ni de las más largas, como la XXXI, pp. 461-497–, la XXIII, «Erección de hospicios en España» (pp. 347-355), que lleva treinta y tres notas. «Esta es la segunda carta que Feijoo dirige a un gobernante para hacer una propuesta de carácter político. En este caso, vinculada a la vieja lacra social de la vagancia, el pauperismo y la delincuencia, uno de los problemas que más decidida y novedosamente enfrentó el pensamiento ilustrado, como refleja la abundante bibliografía sobre el tema» (p. 357), dice la primera y extensa nota que hace las veces, como es habitual en la edición, de introducción general a la pieza, ya incluida –así se nos trasmite– en antologías de Feijoo como la preparada por Sánchez Agesta en la Biblioteca de Escritores Políticos del Instituto de Estudios Políticos en 1947 o la de *Cartas eruditas* de Francisco Uzcanga en la colección Clásicos y Modernos de Editorial Crítica en 2009. Sobre la identidad del destinatario se conjetura que fue la del ministro José de Carvajal y Lancáster, el mismo al que quizá dirigió la número 22 («Sobre la grave importancia de abreviar las causas judiciales»), en la nota siguiente, a la que siguen oportunos comentarios sobre aspectos de interés que surgen en la reflexión de Feijoo sobre este asunto que, gracias a estos escolios al pie, es iluminado por referencias varias a otras voces como antecedentes –Juan Luis Vives, Cristóbal Pérez de Herrera, Antonio de Heredia y Bazán…–, algunas coetáneas, como la de Bernardo Ward y su *Obra Pía,* de 1750. Otras veces la traducción de unos términos latinos o una noticia bibliográfica ocupan estas notas que aportan a los lectores un estudio utilísimo de aproximación a la carta de que se trate. Como diría Feijoo, estoy en juicio de que la lectura exenta de cualquiera de las treinta y dos cartas editadas en este volumen puede representar el alto nivel de rigor y de exhaustividad del estudio que las sostiene.

A esto hay que añadir los añadidos que todos los volúmenes llevan, con dos glosarios, uno léxico y otro onomástico. El primero desarrolla aquellos vocablos marcados en el cuerpo del texto con un asterisco volado y cuya interpretación puede ser dudosa o que merecen una explicación más precisa que la que dan los diccionarios. Por su parte, el índice de nombres se fija principalmente en figuras históricas aludidas en las cartas. Son, como la bibliografía –clasificada en obras y estudios

citados y repertorios y publicaciones periódicas– o los índices, secciones fijas en cada tomo de la colección, a las que hay que sumar en este tomo cuarto de las *Obras* unos «Apéndices» que incluyen tres cartas a Agustín de Ordeñana, hombre de confianza del marqués de la Ensenada, a propósito principalmente de objeciones de este a la carta XIX de este mismo tomo «Paralelo de Luis XIV, rey de Francia, y Pedro el Primero, czar o emperador de la Rusia», que se publicaron en la quinta edición de 1781 de la edición conjunta de las obras de Feijoo a continuación de la décima novena y de las que hay un manuscrito de la Biblioteca Nacional de España cuyas variantes se tienen en cuenta aquí (pp. 517-538).

Es admirable, pues, el resultado de esta nueva entrega de un proyecto editorial en marcha sobre el que caben muy pocos reparos, insignificantes. Por ejemplo, que, aun cuando en el tomo primero de las *Cartas* se especificaron las tareas para las que se contó con algunos colaboradores, la concurrencia ahora, junto a algunos que ya estaban, de nuevos nombres haría necesaria una mención en la nota preliminar a este tomo que precisase en este la colaboración de Pedro Álvarez de Miranda, para los aspectos del léxico y la fijación textual; María Fernández Abril; Guillermo Fernández Ortiz; Noelia García Díaz; Armando Menéndez Viso; Jorge Ordaz Gargallo, como historiador de la ciencia para las fuentes de Feijoo en esta área, y Pedro Riesco García. O un detalle que no pasará inadvertido al coleccionista de la serie iniciada con el tomo II de las *Obras completas* y primero de las *Cartas eruditas y curiosas*: los encabezamientos de las páginas de este volumen no recogen en página impar el título de cada carta, como se hacía en los dos tomos anteriores, sino el número de la carta, dejando el encabezamiento par para la rotulación general de CARTAS ERUDITAS Y CURIOSAS. Sería útil para la consulta del lector restituir esos títulos en la cabecera. Vale.

Miguel ÁNGEL LAMA

OLAY VALDÉS, Rodrigo, *Feijoo, poeta. Antología*, Oviedo-Gijón: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII y Ediciones Trea, 2024, 140 pp.

Esta antología de título contestatario al repetido reproche «Feijoo no fue poeta» nace con un notable precedente, una *hermana* mayor que fue la magna edición preparada también por Rodrigo Olay Valdés de la *Poesía* del benedictino –la reseñamos en *Cuadernos Dieciochistas*, 22 (2021), pp. 536-539–, y parte de cuya recepción explica hoy esta selección de la poesía feijoniana. El caso es que, cuando apareció aquella edición crítica, uno de sus primeros comentaristas en la prensa generalista, el escritor José Luis García Martín, encomió el minucioso trabajo filológico que había detrás de aquellas páginas, a la vez que se preguntaba si realmente ese esfuerzo no quedaba en una mera curiosidad erudita sobre unos textos de los que no sabemos si tienen una vigencia, algo que solo se arreglaría con «una verdadera edición que ponga al alcance de los lectores actuales los pocos poemas de Feijoo que han resistido el paso del tiempo, que siguen siendo poemas y no mera materia de erudición» (*Hoy*, 11 de julio de 2020). Y añadía a esto que Olay tendría que preparar para ello «otra edición dirigida al común de los lectores». Unos meses más tarde, el poeta y académico Luis Alberto de Cuenca escribió en *ABC Cultural* (23 de octubre de 2020) al reseñar igualmente aquella imponente edición: «Ahora solo falta que exista en el mercado una antología de la poesía de Feijoo destinada a un amplio espectro de lectores, basada en criterios puramente estéticos y despojada de erudiciones». Ambos críticos, ambos poetas, reconocían la importancia histórica del rescate de toda la producción lírica del fraile; pero también a ese reconocimiento sumaban el cargo de lo restrictivo y reservado del ámbito de recepción de una obra así, atiborrada para el común de los lectores del *insufrible* aparato de erudición.

No sé si esta edición publicada en Trea colmará los deseos de aquellos comentaristas primeros, pues cuando se piensa en una antología más divulgativa y de mayor difusión parece que viene la imagen de un manejable libro de bolsillo que ofrezca el texto del autor sin notas y sin más explicaciones que un preliminar de situación. Por ser más preciso, pienso en aquella popular antología *La luz de Jovellanos* preparada por Elena de Lorenzo Álvarez y que publicaron el Ayuntamiento de Gijón, *La Voz de Asturias* y también Ediciones Trea en 2011, en el bicentenario de la muerte del ilustrado asturiano. Quizá se ha considerado extremo el desembarazo del cimiento erudito de una edición como aquella, y esta antología *Feijoo, poeta* no ha logrado desprenderse del todo de los rasgos del parentesco con aquella *hermana* mayor. A pesar de sus intenciones, que son claras en la nota «Esta edición»: «[…] nos hemos ajustado a 19 textos feijonianos, entre los que quedan representados los diferentes conjuntos temáticos del corpus. Ceñimos a lo sustancial la anotación e introducción de los poemas y eliminamos por completo todas las indicaciones filológicas sobre variantes u otras disquisiciones para especialistas. Lo que aquí nos interesan son los poemas de Feijoo, que hemos desnudado hasta donde nos ha sido

posible e ilustrado en los dos sentidos de la palabra, con el objeto de hacerlos inteligibles y ofrecérselos a los curiosos lectores de poesía, mirando en particular a la posible aplicación didáctica de los materiales» (p. 53). Sin embargo, es mucha la información que envuelve la selección de los poemas, a pesar de que es en la extensión en donde se aprecia mejor el afán de aligerar de erudición el gran precedente de la edición crítica que se publicó en 2019 –de 876 páginas, con 131 poemas– que ahora se extracta en menos páginas –140–, menos poemas –19, como se ha dicho– y menos notas; aunque más ilustraciones, pues se ha entendido que un rasgo más de su carácter tenía que ser el de tener más láminas, como una manera de amenizar su contenido, desde las primeras páginas hasta la última. Son más de cincuenta figuras –algunas de ellas dobles– a las que hay que sumar los escudos a color que acompañan a cada una de las doce quintillas dedicadas «A la muerte de Luis I, rey de España, en la catedral de Oviedo» (pp. 67-70), que se corresponden con las doce provincias españolas. En la misma línea de atributos propios de una edición aligerada están la cronología y, sobre todo, el esfuerzo hecho para no incluir ni en la introducción ni en los comentarios de los poemas referencias bibliográficas. De hecho, la antología ni siquiera tiene una selecta bibliografía, aun cuando se remite a autoridades como Otero Pedrayo, César Barja, Menéndez Pelayo, Gregorio Marañón, Rafael Lapesa, etc., lo que hace más obvio que se ha evitado ese atisbo de erudición.

Los conjuntos temáticos de la producción poética de Feijoo a los que se refiere esa nota transcrita arriba son los siguientes, con su número de composiciones recogidas: poemas religiosos (2), poemas fúnebres (4), poemas encomiásticos (2), poemas amorosos (4), poemas satíricos-burlescos (6) y poemas traducidos (1). Solo el último rompe con el criterio de clasificación por temas, pues se trata de un soneto mitológico de corte satírico traducido del escritor francés Bernard le Bovier de Fontenelle que Feijoo leyó en una de las obras del erudito Gilles Menage. Referencias como esta en este último poema de la antología son las que quizá arropen en demasía la desnudez buscada «hasta donde nos ha sido posible», como apuntaba Rodrigo Olay en su nota justificativa. Esa organización del *corpus* poético mantiene la de la edición crítica, que también ofrecía la distinción entre poemas publicados en vida –tan solo tres– y los aparecidos tras la muerte de Feijoo, además de incluir un apartado de poesía atribuida –nueve poemas– y la mención de la noticia de un poema perdido. El editor, sin embargo, en esta antología es bien consciente de que el criterio temático es el que prevalece y por ello distingue en su estudio «cinco grandes campos» (p. 29), que son los que articulan su selección, marginando, aunque no explícitamente, el poema traducido.

Poco poeta había en una gran figura del XVIII español que tan solo había publicado tres poemas en vida y sin firmarlos con su nombre. A esto da Rodrigo Olay una respuesta clara –que ya dio en su edición crítica–: «Hoy sabemos que son 131 los poemas de Feijoo: 107 de atribución segura, 10 atribuidos, 13 traducciones y un poema perdido

que solo conocemos por tradición indirecta» (p. 9). Sí son las palabras preliminares a la edición de estos poemas una excelente introducción o puerta de entrada para cualquier lector interesado en la poesía de Benito Jerónimo Feijoo. Salvo el apartado dedicado a la transmisión impresa y manuscrita de la obra poética feijoniana, el preliminar (pp. 9-15), el perfil biográfico «El poeta» (pp. 17-22) y, sobre todo, el análisis de «La poesía de Feijoo» (pp. 23-38) son partes esenciales en el carácter introductorio y divulgativo de esta propuesta de difusión de tan poco conocida literatura.

Finalmente, esta antología añade un caso más a esos signos que, como ya dijimos en la ocasión de encomiar la *Poesía* completa, evidencian la enorme aportación que la edición esmerada de los textos principales del Setecientos hace a la evolución en alza de nuestro conocimiento del siglo XVIII.

Miguel Ángel LAMA

LAVIANO, Manuel Fermín de, *El Sigerico. Tragedia*. Edición de Alberto Escalante Varona, Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII/Ediciones Trea, 2023, 269 pp.

Presentamos el estudio y edición crítica de una obra poco conocida de un autor poco conocido. Alberto Escalante Varona, profesor de la Universidad de La Rioja, culmina una serie de trabajos en los que ha dado a conocer la figura y la producción de un dramaturgo popular dieciochesco que dormía –con mayor o menor fortuna– en los entreactos de las plumas más célebres: Manuel Fermín de Laviano. Esta tragedia, *El Sigerico*, permite a Escalante no solo ofrecer un análisis pormenorizado de la pieza y de su contexto autorial, sino también ahondar cabalmente en el hibridismo genérico que presenta. Ve la luz esta publicación gracias al Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII y a Ediciones Trea, sellos comprometidos con los mejores trabajos de la literatura del período.

En su estudio preliminar, el editor persigue una estructura que paulatinamente va cerrándose en lo particular: la tragedia como género ante los gustos del público, Laviano como autor de lo que más tarde llamará *tragedia popular*, cuestiones externas de la obra en cuestión (fuentes, testimonios de la obra particular, *stemma codicum*), estudio interno de *El Sigerico* (personajes, temas), análisis del propio género, suerte teatral de la pieza y criterios de edición.

Para Escalante, el público gusta de lo trágico, pero no de la tragedia. Cuando se cierre el círculo de este estudio, el lector entenderá que ya desde sus primeras páginas se nos ofrece una de las principales aportaciones de este volumen: la edición de un texto que introduce elementos populares en el molde clásico con el fin de que sea interesante para los espectadores en una suerte de hibridismo genérico. Asume que Laviano es un autor que conoce las normas clásicas y, ducho en lo popular como dramaturgo, capaz de hacer que esos elementos trágicos gusten al público. Sin embargo, como se advertirá más adelante, *El Sigerico* fue un fracaso de cartelera. Continúa el estudio con una síntesis biográfica de Laviano trufada de comentarios sobre algunas de sus obras, las cuales jalonan precisamente esa biografía.

A partir de ahí, el investigador se dedica a las fuentes de la tragedia *El Sigerico*. Refiere que son escasas porque el reinado de este godo tan solo había durado unos pocos días y que, precisamente por la naturaleza de ese reinado (cómo accedió y cómo dejó el trono –con magnicidios– y cuáles fueron algunas de las decisiones trascendentales de su monarquía –el pacto con los romanos–), era una vida que se prestaba a que reposara literariamente en el género trágico. Así, Escalante incluye varias crónicas que están en la base del conocimiento de la figura de Sigerico, pero subraya especialmente dos. En primer lugar, la *Historia general de España* del padre Mariana por ser la obra a partir de la cual se otorga una visión negativa a dicho monarca, en oposición a lo que se había escrito hasta ese momento. Por otro lado, la *Corona gótica* de Saavedra Fajardo, accesible en época de Laviano debido

a sus reimpresiones, que contiene muchos de los rasgos y hechos incluidos en crónicas anteriores, pero también otros nuevos que el dramaturgo introducirá en su tragedia.

Son varios los testimonios textuales con los que cuenta *El Sigerico*, estudiados con detenimiento en esta publicación. Traza el editor una historia editorial en la que introduce los movimientos de ejemplares, las manipulaciones, las reseñas, las aportaciones de la censura. Además, incluye algunos testimonios gráficos de las portadas y otros datos de los ejemplares que maneja.

El establecimiento del *stemma codicum* se basa, como explica Escalante, en su método de estudio y acercamiento a esta tragedia: la filología de autor. Hace una brillante justificación no solo de dicho *stemma*, sino también de los motivos que le han llevado a elegir el método que emplea, a todas luces muy adecuado para *El Sigerico* por su proceso de redacción en varios estadios. Tres son las fases en las que la tragedia sufre alteraciones, incluyendo las alimentadas por agentes externos como la censura, y todas ellas están convenientemente sustanciadas en el estudio. Explica Escalante que la versión impresa es la suma del original y de varias correcciones del propio autor asumidas en otros testimonios manuscritos previos, afectados estos por la censura.

Seguidamente, el editor se adentra en el estudio interno de la pieza y aborda la caracterización de sus personajes desde los tipos sobre los que están construidos, su estilo, su relación con otras fuentes, el hibridismo a partir de la presencia de rasgos de la comedia heroica, etc., con una ejemplificación ingente que deja pocas dudas sobre las afirmaciones que hace Escalante. Además, se analizan los temas y motivos, entre los que destaca la «violencia hiperbólica» (p. 77) que inunda toda la obra. No obstante, los agonistas encuentran pequeños espacios para distanciarse de ese rasgo general y defender, por ejemplo, su honra.

Especialmente interesante por la aportación que supone es el asunto del género. Alimenta la idea de que *El Sigerico* no es una tragedia total, pues no sigue los preceptos del clasicismo y está influida por la comedia heroica, de corte popular. En este sentido, resuena nuevamente esa idea inicial de que al público le gustaban los motivos trágicos, pero no una tragedia encorsetada al estilo clasicista. Laviano conoce tanto este esquema como los recursos de lo popular, y en su tragedia intenta aunarlos, aunque, como se ha dicho, no cosecha todo el éxito al que aspiraba. Así, *El Sigerico* se sitúa «en un precario equilibrio entre el efectismo propio de la comedia heroica (donde, pese a las reticencias y trabas de la censura, todavía se representaban escenas truculentas) y la contención escénica, que no temática, de la tragedia» (p. 77).

Partiendo de una bibliografía solvente, aborda cuestiones sobre géneros neoclásicos, especialmente, claro, sobre la tragedia, considerando que fue modificada por Laviano –en puridad, también por otros– hacia finales de siglo con la obra que se edita en este volumen. Se trata de un caso de popularización del género, estilema que ya había recogido la crítica a propósito de los estertores de los géneros literarios

neoclásicos. Trata cómo es, por ejemplo, la catarsis en esta pieza, basada en los designios providenciales. Vincula *El Sigerico* a la tradición popular de otros autores, como Luciano Francisco Comella o Gaspar Zavala y Zamora. Además, subraya el interés de Laviano no solo por escribir obras populares como las comedias heroicas, sino por servir a los intereses del Estado –recuérdese que era funcionario– asistiendo a círculos intelectuales e intentando demostrar que también podía escribir obras clasicistas como esta tragedia, que lo es desde el punto de vista externo, aunque estilísticamente hace que sea un texto híbrido y se acerque a lo popular. Es, por tanto, una «obra de transición» (p. 145).

Acercándose a los epígrafes finales del estudio preliminar, Escalante Varona señala que *El Sigerico* fue un fracaso en las tablas, justificando sus aseveraciones con los pocos días que duró su estreno en cartelera, la poca recaudación que consiguió comparada bibliográficamente con lo que era habitual en otras obras que se entendían como exitosas, la escasa asistencia de público, las malas críticas literarias que cosechó –por ejemplo, en el *Memorial Literario*–, etc. Por tanto, hemos de destacar el interés y la pulcritud del editor a la hora de apuntalar sus afirmaciones: no solo indica que fue un fracaso, sino que lo justifica atendiendo a los parámetros y oscilaciones que habitualmente se emplean para valorar el éxito del estreno de una obra. Además, incluye datos sobre las piezas breves que conformaban la fiesta completa que envolvió la representación de *El Sigerico*.

Los criterios de edición explicados por el autor verifican un interesante debate sobre la elección del testimonio base sobre el que hacer la propuesta textual: el impreso (I, en el *stemma*), el último manuscrito del autor –sobre el que se hace el impreso y que incluye la voluntad revisada por el propio autor tras la censura– (M1) o el primer manuscrito (P). Escalante vertebra una extraordinaria descripción de los puntos a favor y en contra de elegir un testimonio u otro y justifica la metodología dadas las circunstancias del proceso de redacción. Es en este punto donde se aúnan los objetivos y el método de trabajo: la elección del primer manuscrito avala la presentación de *El Sigerico* como una novedad crítica de «tragedia popular» (p. 153) a través del hibridismo entre la tragedia clasicista y la comedia heroica en un proceso final de popularización del género, recogiendo todas las actuaciones de Laviano en la obra desde ese momento hasta el de su publicación mediante el método de la filología de autor, que permite dar relevancia a esas intervenciones. Seguidamente, Escalante desarrolla otros criterios de edición, anotación, regularización ortográfica, etc.

Tras el estudio preliminar aparece la edición crítica de *El Sigerico*. El aparato de variantes se incluye progresivamente a pie de página, permitiendo al lector acercarse a una propuesta de texto pulcro y sin demasiadas anotaciones que le despisten. Estas se centran, además de en las variantes, en aclaraciones léxicas y explicativas, pero no son abundantes, y no deben serlo. Esa es la voluntad del editor y se cumple, en nuestra opinión, acertadamente.

La bibliografía final es completa y actualizada y da muestras de que el autor maneja con solvencia el tema de trabajo.

En definitiva, el estudio y edición crítica de la tragedia *El Sigerico*, de Manuel Fermín de Laviano, que nos ofrece Alberto Escalante Varona constituye una relevante aportación a los estudios dramatúrgicos del siglo XVIII por varias razones que orbitan alrededor de la novedad. En primer lugar, recupera un texto que dormía en el tiempo sobre un autor relativamente poco conocido para el teatro popular y del que precisamente el editor es especialista; no en vano, sus aportaciones son fundamentales para conocer la vida y la obra de este autor. Pero no se trata solo de editar un texto desconocido, sino de que este sirva como modelo para entender la popularización de un género neoclásico, la tragedia, que la crítica había advertido como uno de sus caminos finales. Así, al ver la luz ahora *El Sigerico*, se sustenta la teoría del hibridismo genérico en el teatro del Setecientos y, por primera vez, se edita críticamente la tragedia de un autor popular empleando, además, el método de la filología de autor como sistema que permite entender las alteraciones textuales que provienen del genio creador. Es una publicación que plantea su hipótesis de trabajo, justifica los procesos que le sirven de aproximación y avala esos objetivos con la propuesta científica que supone ofrecer un texto a partir de varios testimonios y facilitar todas sus variantes para permitir cualquier otra lectura adyacente que se desee realizar.

Ismael LÓPEZ MARTÍN

DEANDA CAMACHO, Elena, *Ofensiva a los oídos piadosos. Obscenidad y censura en la poesía española y novohispana del siglo XVIII*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2022, 272 pp.

Mientras termino de redactar esta reseña me llega la noticia del fallecimiento de Jean-Marie Goulemot (1937-2023), editor de Sade (1969), Bienville y Tissot (1980), y sobre todo autor de *Ces livres qu'on ne lit que d'une main. Lecture et lecteurs de livres pornographiques au XVIIIe siècle* (Alinéa, 1991, trad. española en R&B, 1996). Aquel mismo año Robert Darnton publicaba *Édition et sédition. L'univers de la littérature clandestine au XVIII^e siècle* (Gallimard, 1991), a la que siguieron *The Corpus of Clandestine Literature in France, 1769-1789* y *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France* (Norton, 1995-1996). Estos trabajos aportaron una refrescante visión del siglo XVIII y reivindicaron su literatura erótica y pornográfica como objeto de estudio, una línea de investigación que, en lo que hace al estudio del XVIII español, ha tenido fructífera trayectoria, en buena parte debida a los estudios de Philip Deacon, David T. Gies, Emilio Palacios e Iris Zavala.

En esta tradición se inserta *Ofensiva a los oídos piadosos. Obscenidad y censura en la poesía española y novohispana del siglo XVIII*, que ha sido merecedora en 2023 del Premio de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII a la mejor monografía de temática dieciochista publicada en 2022, y que es obra de Elena Deanda Camacho, profesora en la Facultad de Medieval and Early Modern Studies del Washington College (Maryland, USA) y autora ya de numerosos trabajos sobre el tema que nos ocupa, como «*El chuchumbé te he de soplar*: sobre obscenidad, censura y memoria oral en el primer "son de la tierra" novohispano» (*Mester*, 2007); «From Hell to Hell: Bodily Regimes and Archival Research in Mexico, Spain, the Vatican, and France» (*Dieciocho*, 2016); «Quixotic Sade: Echoes of Cervantes in *120 Days of Sodom*» (*Studies in Eighteenth Century Culture*, 2017); «The Reproduction of Non-Productive Sex: The Brothel as a Site of Learning in English, French and Spanish Pornologies» (*Das achtzehnte Jahrhundert*, 2020); «Dys/Eu-phemisms: The Pornographic and the Erotic in Eighteenth Century Spanish Poetry» (*Pornographic Sensibilities*, Routledge, 2020); «La pornología como un instrumento epistemológico en *Fanny Hill*, *Thérèse Philosophe*, el *Arte de putear* y las *Décimas a las prostitutas de México*» (*Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 2020), o «*El onanismo* de Tissot en España: economías espermáticas del cuerpo-nación en la censura monárquica del siglo XVIII español» (*Bulletin of Spanish Studies*, 2023).

En la portada de este volumen la proposición *piarum aurium offensiva* definida en el *Manuale qualificatorum Sanctae Inquisitionis* (1642) por el inquisidor Giovanni Alberghini se alía eficazmente con *Le Discret* de Joseph Ducreux (*c*. 1791) para evocar las nociones de transgresión y secreto que atraviesan este corpus, e introducirnos en una obra en que a lo largo de cinco capítulos se analizan los términos en que la poesía obscena fue juzgada ofensiva en el siglo XVIII español.

En cuanto a corpus y enfoque, el trabajo aborda la lectura de poemas de autor y de corte popular producidos en la península y el virreinato de Nueva España, atendiendo a la representación de la sexualidad prostibularia, clerical, no doméstica y no reproductiva; el abordaje se efectúa desde una lectura cultural y explícitamente feminista de los textos; y la aproximación a los usos y sentidos de lo obsceno en la poesía dieciochesca se realiza predominantemente a partir de los tratados inquisitoriales y los expedientes que los textos generaron y al margen del debate sobre si los poemas son eróticos o pornográficos. En última instancia, la intención del trabajo no es tanto el análisis literario del corpus de poesía erótica y pornográfica dieciochesca como el estudio de la naturaleza de lo obsceno, abordado desde un enfoque dogmático y censorio, a la luz del concepto de lo obsceno que emana de los tratados del Santo Oficio y de los informes que generaron los poemas que fueron sometidos a censura inquisitorial –como en otros trabajos podría abordarse el estudio de lo juzgado obsceno en la narrativa o el de lo juzgado obsceno a juicio de la censura gubernamental–.

De ahí que, como los poemas se abordan desde el denominador común de la heterodoxa obscenidad que la Inquisición les achacó, no sea imprescindible que rija el matiz entre lo erótico y lo pornográfico, que la autora cuestiona: a fin de cuentas, aunque el Santo Oficio manejaba amplias y detalladas gradaciones en las clases de errores en que podían incurrir las obras, el carácter metafórico o elusivo de los textos eróticos no los salvó de merecer sin matiz la nota de escandalosos y ofensivos de que por supuesto se hacían acreedores los textos explícitamente pornográficos. En este sentido, Deanda alega el caso de las dos majas de Goya, ambas «escandalosas, deshonestas y obscenas» para la Inquisición, por más que una estuviera vestida (p. 207); y de ahí que en este volumen terminen juntos, y casi revueltos –para perplejidad de algún lector–, el *Arte de putear* de Moratín padre y los *Besos de amor* de Meléndez Valdés: a nuestros ojos la distancia entre ambas obras es tanta como la que separa a las dos majas, pero es cierto que tanto el contenido del *Arte* como el de los *Besos* quedan englobados entre las *propositiones damnabiles* y la obscenidad que se les atribuía los condenaba a circulación clandestina.

En resumen, *Obscenidad y censura en la poesía española y novohispana del siglo XVIII* no plantea un análisis literario de la poesía obscena de la Ilustración, sino un estudio cultural de lo obsceno en el siglo XVIII que se realiza a partir del corpus poético y de los tratados e informes calificatorios de los poemas que fueron notados de obscenos por la Inquisición.

Consecuentemente, a la lectura de lo obsceno ha de preceder la propia definición de lo obsceno, concepto histórico que se reconstruye con tino en el capítulo I a partir de las dos fuentes habituales en el ámbito inquisitorial: los índices de libros prohibidos promulgados desde el de Valdés de 1559 hasta el de Rubín de 1790, y lo planteado sobre el asunto en los tratados *de fide,* con especial atención a los *Estragos de la lujuria* de Antonio Arbiol

(1726), «piedra de toque de los tratados eclesiásticos en materia sexual» (p. 55).

A partir de esta poética de lo obsceno, y a lo largo de los cuatro capítulos restantes, se atiende al «canon de la pornografía peninsular»; ya se han mencionado el *Arte de putear* (1775-1777) y los *Besos de amor* (1780), a los que se suman *El jardín de Venus* de Samaniego (1782), las *Fábulas futrosóficas* atribuidas a Leandro (1821) –pero en 2023 ya demostradas de Bartolomé José Gallardo (Deacon, *Dieciocho*)–, el *Perico y Juana* de Tomás de Iriarte y sus *Poesías lúbricas que no deben imprimirse* (1804), y también poemas novohispanos anónimos de corte popular: las *Décimas a las prostitutas de México* que circulan bajo el pseudónimo de *Juan Fernández* (1782-1785) y los sones *Chuchumbé* (1766) y *Jarabe gatuno* (1802).

El resultado es ciertamente innovador en varios aspectos. Por un lado, es fructífero el necesario diálogo entre textos peninsulares y producidos en la América española, en ocasiones artificialmente escindidos más en virtud de fronteras geográficas y académicas que por peculiaridades intrínsecas de los textos; como también lo es el aportar al estudio del canon porno-erótico hispánico una mirada renovada eminentemente teórica que arroja nuevas perspectivas, en cierto modo complementaria para el caso español de *Masculinity and Queer Desire in Spanish Enlightenment Literature* de Mehl Penrose (2014) y en la línea de *The Invention of Pornography. Obscenity and Origins of Modernity* de Lynn Hunt (1993); los trabajos de Jean Christophe Abramovici *Le libre interdit, Obscénité et classicisme* y *The Obscene, the Word, the Thing. Methodological Questions* (1996, 2003 y 2021); *Mighty Lewd Books: The Development of Pornography in Eighteenth-Century England* de Julie Peakman (2003), o *Schooling Sex: Libertine Literature and Erotic Education in Italy, France, and England* de James G. Turner (2003) –que normalmente obvian el corpus español, como los estudios españoles el virreinal–.

Por otro lado, en lo que hace a las dinámicas censoriales, metodológicamente es de notable interés la comparación de las que operan en la península y en el virreinato, que según la autora evidencian «distintas políticas de regulación cultural ejercidas por la Inquisición y la monarquía, más permisivas en la metrópoli y más restrictivas en la periferia» (p. 16), donde además pesan los criterios de clase y etnia encarnadas en las castas (p. 151).

Y, si en esto difieren los aparatos censores, Elena Deanda subraya certeramente que, sin embargo, hay un punto en que censores y muchos censurados se encuentran al abordar los imaginarios sexuales: el producir «discursos hechos por hombres para hombres» y la misoginia que los textos de unos y buena parte de los otros destilan (pp. 17 y 80). Los poemas que vienen a salir mejor parados son los *Besos* porque ya «no estamos ante el sexo mercenario del *Arte*» y se «abren, aunque complicados, espacios para el goce compartido», aunque –a decir de la autora– «la mujer y su cuerpo siguen siendo objetos de consumo» (pp. 228 y 241); y las *Fábulas futrosóficas, o la filosofía de Venus*, «más democráticas en el reconocimiento de los placeres no heteronormativos, al incluir

nuevas sexualidades en escena y reivindicaciones femeninas» sobre la igualdad del placer, lo que «desestabiliza las políticas patriarcales de la pornografía» (pp. 118 y 241), si bien finalmente, «aunque se avistaba la posibilidad de comprender la lógica femenina, el fiscal ejerció todo el poder del patriarcado y transformó su reclamo al goce en un manifiesto de la promiscuidad, por el cual fueron castigadas» (p. 139).

La autora recuerda con Foucault y Bourdieu que el discurso sobre el sexo no es subversivo por el mero hecho de tratar estos asuntos, y concluye que, cuando los poemas refuerzan la hegemonía patriarcal, esto matiza el carácter subversivo que tradicionalmente se atribuye a buena parte de la literatura libertina por el hecho de serlo. Así, por ejemplo, «desde una perspectiva de género, las coplas del *Chuchumbé* pierden su naturaleza subversiva ya que, en tanto son fuertemente falocéntricas, pecan de misoginia», aunque «el son se vuelve un estandarte de la resistencia o la disidencia de las castas, especialmente afromestizas, ante el control religioso y colonial» (pp. 191-192); y en el *Arte de putear* –sobre cuya misoginia ya habían advertido Pilar Pedraza en su edición (1999) y Gloria Franco Rubio (2001)– «políticamente, no hay […] nada subversivo, pues es un texto misógino y falocentrista que domina tanto a la mujer como al hombre al prescribir su sexualidad», si bien es «poéticamente subversivo», conque la obra se resiste a «una homogeneización del sentido» e «impide una lectura totalizadora» (pp. 96 y 115).

La tensión que se reconoce en la mayoría de las obras, subversivas o no según el prisma, obliga a matiz e impide simplificaciones, si bien no es contradictorio con que nombrar lo innombrable fuera obsceno para los *oídos piadosos* y por ello clandestino, denunciado, prohibido y perseguido –como lo fueron los textos y algunos autores–, e inquietante, transgresor, desestabilizador y hasta liberador respecto a los parámetros sociales, culturales y morales del Antiguo Régimen.

Heterodoxo, si se quiere; porque, como bien recuerda Elena Deanda, todavía Menéndez Pelayo afirmaba que

> no es lícito siquiera sacar a plaza ni los títulos de composiciones nefandas que, por honra de nuestras letras, hemos de creer y desear que no estén impresas, pero sí es necesario dejar consignado el fenómeno histórico de que […] fueron los versos calculadamente lúbricos y libidinosos […] una de las manifestaciones más claras, repugnantes y vergonzosas del virus antisocial y antihumano que hervía en las entrañas de la filosofía empírica y sensualista, de la moral utilitaria y de la teoría del placer […]. ¡Cuánto podría decirse de la literatura secreta del siglo XVIII y de sus postreras heces en el XIX, si el pudor y buen nombre de nuestras letras no lo impidiesen! (p. 113)

*No es lícito* tratar estos asuntos, decía el censor académico, como antes los inquisitoriales; sin embargo, en algo tenía razón: los versos *ofensivos a los oídos piadosos* eran manifestación clara del espíritu del siglo, y era mucho lo que había que decir sobre la literatura secreta del XVIII español.

Elena de LORENZO ÁLVAREZ

ESTABLIER PÉREZ, Helena (edición, introducción y notas), *Damas del siglo ilustrado. La escritura de las mujeres españolas en el siglo XVIII. Antología crítica de textos fundamentales*, Madrid: Editorial Iberoamericana-Vervuert, 2023, 390 pp.

Tomando prestado el título del poema de la religiosa María Nicolasa Helguero y Alvarado, que criticaba a las «tropas de presumidas» que se atrevían a manifestar públicamente su deseo de un desarrollo intelectual propio, la profesora Helena Establier Pérez reúne en esta antología una colección de obras literarias de mujeres españolas del Siglo de las Luces, con el propósito revalorizar las interesantes aportaciones de estas escritoras, en muchos casos olvidadas, a la Historia de la Literatura, «atendiendo a criterios de interés literario y representatividad de los principales géneros, líneas temático-formales y tendencias estéticas que recorre la escritura de las mujeres en dicho periodo» (p. 39). La compilación incluye un total de dieciocho composiciones de diecisiete autoras, agrupadas en nueve poemas, cinco textos en prosa, fundamentalmente ensayos, y cuatro piezas teatrales, dispuestas en cada una de las secciones siguiendo el criterio cronológico, según su fecha de su elaboración o de su publicación. Únicamente la malagueña María Rosa de Gálvez, cuya voz descuella en el panorama de la literatura femenina dieciochesca española, repite con dos producciones: los versos de «La poesía: oda a un amante de las artes de imitación» y la tragedia *Safo*. En algunos de los casos, las obras no habían sido objeto de reediciones desde su publicación hace ya más de dos siglos y en otros casos permanecían manuscritas, lo que sin duda acrecienta el interés y la oportunidad de esta publicación.

En el estudio que precede a la antología, Helena Establier contextualiza a las autoras y sus obras. Explica la evolución en la participación de las mujeres en la «República de las letras» como parte de un proceso histórico en el que fueron adquiriendo paulatinamente mayor protagonismo, que venía fraguándose –como han llamado la atención numerosos estudiosos, con sus necesarios avances y retrocesos, con sus inevitables paradojas propias del devenir histórico– desde la Edad Media en Europa, pero que, en la segunda mitad del siglo XVIII, se aceleró. A pesar de no tratarse de una corriente mayoritaria, voces contundentes «libraban una fragorosa batalla intelectual por desarticular la superioridad de raciocinio masculina y ampliar el espacio del pensamiento a los dos sexos» (p. 13). Nos encontramos ante una época dicotómica, en la que, por una parte, se concretaban las bases para la generalización del modelo de feminidad, enraizado históricamente y cargado de perjuicios y condicionantes contra ellas, que sujetaba a las mujeres en el espacio doméstico y, por otra, se afirmaban tanto su protagonismo como su visibilidad en el espacio público.

España no permaneció ajena a las propuestas político-sociales de la Ilustración y se incorporó al debate sobre la capacidad intelectual femenina, como lo demuestra el hecho de la profusa nómina de señoras que empuñaron la pluma en esta época. En la segunda mitad del siglo XVIII confluyeron

diferentes elementos favorables para el progreso material de la nación que propiciaron que los avances económicos vinieran acompañados de cierta liberalización política, «factores todos ellos facilitadores de una apertura moderada en cuanto a la consideración y proyección social de las mujeres» (p. 14). Estas transformaciones socioculturales repercutieron favorablemente en sus vidas, aunque el impulso renovador tuviera un alcance más limitado que en otras latitudes europeas. Gracias a una mayor permisividad, no solo accedieron a la cultura y se aprestaron a desarrollarse intelectualmente mediante la escritura, sino que se incorporaron a diversos espacios institucionales del reformismo ilustrado, como fueron las academias y las sociedades económicas de amigos del país. También los espacios informales de sociabilidad como tertulias y salones contaron con la presencia de ilustres anfitrionas, que destacaron en los ámbitos de la actuación civil.

Por otra parte, la preocupación ilustrada por la educación, cuestión clave para el debate de los sexos, permitió que «Las mujeres fueran beneficiarias colaterales de este optimismo formativo que invadió el reformismo ilustrado español, impulsado por la corona y por la influencia de los textos extranjeros sobre la educación femenina» (p. 19). Las medidas impuestas para la mejora de su formación, aunque fueran minoritarias, contribuyeron al acceso a la lectura, lo que permitió el ensanchamiento del mercado editorial, con publicaciones especializadas dirigidas a ellas.

A medida que el siglo avanzaba se intensificó su presencia en las letras españolas. Los ejemplos son variados, desde traductoras a dramaturgas y poetas, pasando por novelistas y ensayistas. Resulta notable el ejemplo de aquellas que cogieron la pluma para participar en la «polémica de los sexos», bien representadas en esta antología, con puntos en común bajo el hilo conductor de las reivindicaciones del talento femenino. Josefa Amar y Borbón, Teresa González, Inés Joyes y Blake y otras defendieron las capacidades intelectuales de las mujeres y, en consecuencia, su derecho a recibir una educación. En consecuencia, resulta lógico pensar que estas se concienciaran del valor de su propia formación y de sus potencialidades para el crecimiento intelectual. En palabras de Helena Establier, «la educación se les revelaba, en primera instancia, como una vía de perfeccionamiento individual y, por tanto, de acceso al universo de la cultura, de la razón y de las letras, pero además, la adquisición de saberes era también una estrategia para ganar autoridad y proyección social» (p. 21).

La selección de escritos representativos de algunas figuras clave de la literatura española femenina del siglo XVIII que aparecen en este cuidado volumen participa en la revalorización del papel de las mujeres en esta época, demostrando que la «contribución femenina en este campo fue mucho más plural, nutrida y enjundiosa de lo que cabría esperar de la esquinada posición que aquellas mantuvieron en los círculos socioculturales de su tiempo» (p. 38). El texto de cada autora viene precedido de una presentación con unos breves datos biográficos –si ha sido posible reunirlos, pues de algunas de estas escritoras se desconoce cualquier noticia–,

así como información sobre el conjunto de su obra literaria, para poder apreciar la composición seleccionada desde una perspectiva conjunta. Los textos, perfectamente anotados con su pertinente aparato crítico, aparecen agrupados por géneros literarios: poesía, prosa y teatro. Así, en cuanto a la lírica, están representadas Teresa Guerra, la poetisa religiosa granadina sor Ana de San Jerónimo, María Josefa de Céspedes, la gaditana María Gertrudis Hore –la «Hija del Sol»–, Margarita Hickey, la monja cisterciense del monasterio de las Huelgas, María Nicolasa Helguero y Alvarado, María Martínez Abello, la reconocida y prolífica escritora María Rosa de Gálvez y la canaria María Joaquina Viera y Clavijo. En el apartado de la prosa, se reúnen textos ensayísticos de la periodista Beatriz Cienfuegos, de la entusiasta por la astronomía la cordobesa Teresa González, de la prestigiosa intelectual aragonesa Josefa Amar y Borbón y de la autora de la «Apología de las mujeres» Inés Joyes y Blake, aunque también hay espacio para una novela breve, *El instruido en la corte* de Clara Jara de Soto. Las piezas teatrales elegidas corresponden a autoras como María Cabañas, Isabel María Morón, Joaquina Comella y la ya citada Rosa María de Gálvez.

En conclusión, en esta antología la profesora Helena Establier, tras el estado de la cuestión con el pertinente repaso a las condiciones en las que se desenvolvió la escritura de las mujeres españolas en la Ilustración, apuesta por un escogido repertorio de voces, buenas representantes de las «damas del siglo ilustrado» con inquietudes literarias. La variada elección de las autoras, unas más conocidas que otras, y la acertada selección de las obras permiten poner a disposición de los lectores, especializados o no, un ramillete de textos, con una cuidada edición y que en buena parte eran de difícil acceso.

Elisa MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE

PADRÓN, Rafael (ed.), *Ilustración, centro y periferia. Actas del VII Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII*, Gijón: Ediciones Trea, 2023, 512 pp.

El pasado otoño del año 2022, la Universidad de La Laguna acogió el VII Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del siglo XVIII. Este encuentro científico ha dado como fruto la obra *Ilustración, centro y periferia* (2023), que con sus tres ponencias y veinticuatro comunicaciones compila diferentes facetas del dieciochismo acerca de los imaginarios centro y periferia durante el período ilustrado.

Su editor, Rafael Padrón, que abre el volumen, ensalza la identidad insular tinerfeña, incide en la decisiva influencia de este movimiento en «la constelación canaria» y presenta los temas de interés y su enfoque interdisciplinar.

La ponencia de Donoso explica la vinculación entre «Filipinas y el universalismo de la Ilustración hispánica» a propósito de Juan de la Concepción; del neoclasicismo filipino en latín, español y tagalo, y de los escritores Saguisín, Zumalde y Rodríguez Varela.

Perdices de Blas y Ramos Gorostiza plantean «La conciencia del atraso socioeconómico: la mirada de los viajeros españoles del siglo XVIII hacia las "periferias" europea y musulmana», con el fin de reflexionar sobre qué buscaban estos exploradores españoles en otras zonas periféricas como Portugal, Rusia, Marruecos o el Imperio otomano y sobre su utilidad en el marco ilustrado.

Con el trabajo «Ciencia y técnica en la Ilustración canaria. María de Betancourt y Molina», Perdomo Reyes rescata el legado de esta notable mujer, cuyos trabajos técnicos, contribuciones a la industria sedeña e implicaciones educadoras han sido prácticamente desconocidos.

Ya en la primera comunicación, Arauz Mercado se adentra «En búsqueda de la felicidad. Una revisión a las propuestas de Madame de Staël» y analiza el pensamiento crítico y la defensa de un imaginario femenino que esta escritora y divulgadora francesa encarnó en sus cinco obras, donde toman protagonismo valores europeístas como el derecho a la felicidad.

Cadez atiende a la idea de «Escribir desde los confines americanos: el caso de fray Juan Agustín Morfi» e ilustra cómo este franciscano abandona un papel socialmente periférico y pasa a ser una figura europea en las lides americanas, cuyas tensiones geopolíticas entre metrópoli y colonias de la Nueva España plasma en sus escritos.

«¿Carácter nacional? La reivindicación del centro de las bellas artes españolas en la Ilustración», de Crespo Delgado, denota el papel que las categorías de centro y periferia representaron en la historiografía artística ilustrada, de modo que ennoblece literariamente el patrimonio del arte hispano como identidad nacional.

El trabajo de Cruz Modesti rastrea «La impronta de Viera en su versión de *La Henriade* de Voltaire» y clasifica rigurosamente las modificaciones que introduce el arcediano canario al acometer la primera traducción histórica de este poema épico francés.

Cuesta Alonso investiga «La *Historia Antigua de México*, de Francisco Clavijero, una ventana al pasado americano» y explica por qué en ella su autor introdujo

ilustraciones y descripciones inapropiadas, que demuestran una influencia tanto indígena como renacentista.

En «América ante el Consejo de Indias: los expedientes de impresión de libros en la periferia del siglo ilustrado (1800-1815)», Fernández Abril examina temáticamente ocho expedientes de impresión de libros indianos y confirma que durante estos años era el Consejo de Indias –y no la RAH– quien controlaba el relato americanista.

Galván González, con «Viera y Clavijo entre el centro y la periferia ilustrada», sugiere la tensa relación centro/corte y periferia/Islas Canarias a través del análisis de ciertos pasajes que manifiestan una mirada insular opuesta al centro.

La contribución de García Fernández sobre «Civilización popular, cultura material y objetos simbólicos: capital y provincias en el siglo XVIII» prueba cómo la diferente indumentaria de Madrid y de las zonas provinciales evidenciaba la modernidad central y el atraso periférico.

García González, en «Un "Gibraltar" español en Italia: el presidio de Porto Longone en la estrategia mediterránea de Felipe V (1715-1736)», logra conocer las características arquitectónicas de este estratégico enclave fortificado gracias a documentos de algunos de sus ingenieros militares.

Los profesores García Sánchez y Hernández González dibujan una «Perspectiva actual de la melancolía en el siglo XVIII» y repasan las adscripciones históricas que de esta enfermedad proponen los ilustrados Cullen (neurótica) y Blackmore (trastorno de depresión mayor).

En la aportación «La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tarragona: aspiraciones y límites de una institución ilustrada», Gimeno Puyol describe el proceso de creación de esta institución tarraconense, pero confirma sus exiguas acciones y las causas de su declive.

Guerrero Cano escribe acerca de «La Casa de Misericordia de Cádiz», una de las fundaciones benéficas que se implantan en la segunda mitad del siglo XVIII, y expone cómo el cuidado de las clases necesitadas evolucionó desde las instituciones religiosas hasta las civiles.

Las pesquisas de Hernández versan sobre «Los caballeritos de Azkoitia» y se remontan al origen y desarrollo de la Bascongada, primera Real Sociedad Económica de Amigos del País, cuya recepción francesa permitió que las ideas ilustradas circulasen desde la periferia vasca hasta el centro madrileño.

Con «Centro, periferia y género en el México colonial: *La Quijotita y su prima* (1818-1819, 1831) de José Joaquín Fernández de Lizardi», Jaffe aborda el recorrido de la protagonista por la moderna metrópoli y por la genuina periferia, cuyos intersticios evocan las tensiones de la construcción identitaria mexicana.

Lasa Álvarez trata los «Espacios de la periferia británica en las traducciones de novelas de Elisabeth Helme publicadas en España», en las que analiza la topografía del norte de Gran Bretaña, sus leyendas y el contraste entre paisajes: los periféricos rurales y la metrópoli urbana.

En la contribución «De la periferia española a un parnaso internacional de *Poesías castellanas*: recorrido editorial

de las *Poesías* de José Iglesias de la Casa», López-Souto, contextualizando la proyección y la difusión de este autor periférico, manifiesta el impacto de sus versos anacreónticos.

El trabajo de López-Guadalupe Muñoz, «Ebullición cofrade en Granada en vísperas del Expediente General de Cofradías», ejemplifica el aumento exponencial de cofradías religiosas en el siglo XVIII, presionadas por dictámenes ilustrados que, ineficazmente, procuraban una nueva ideología cultural, ajena al conservadurismo eclesiástico.

«El viraje de Epicuro: aperturas y censuras al nuevo materialismo» es atendido por Macsotay a propósito de *La Falsa filosofía*, donde Fernando de Ceballos informa sobre sectas contrarias a la autoridad real y religiosa y destaca las estrategias persuasivas y la vocación impostora de la nueva filosofía.

El capítulo de Martínez Torres versa sobre «Cándido María Trigueros y sus lecturas helvéticas. Un acercamiento al gabinete del escritor», donde interpreta la recepción, traducción e imitación del pensador dieciochesco suizo.

En el estudio «"Favorece instruyendo": La Sociedad Económica de Amigos del País de la villa de Aguilar de la Frontera», Martín-Valdepeñas Yagüe reflexiona sobre esta institución cordobesa, su fundación, sus objetivos y sus contiendas con la administración local y la casa ducal de Medinaceli, que truncó sus proyectos ilustrados.

En la contribución «Entre el centro y la periferia: Representaciones de las provincias en la literatura del siglo XVIII», Möller plantea cómo cambia la diversidad regional española debido a un proyecto reformista, cuya renovación del saber se atisba en la literatura ilustrada.

De «La primera traducción al español (*ca*. 1777-1793) de los viajes de James Cook» se ocupa Pablo Núñez, quien fecha tal ejercicio y destaca su fidelidad a la versión inglesa, sin olvidar los indicios de un manuscrito perdido que antecede el resumen de Kippis, doblemente traducido al español.

Peregrín Pizarro habla de «Los desastres naturales en la Ilustración. El debate científico español en torno al Terremoto de 1755: geólogos y hombres de ciencia» y coteja las teorías científicas de Feijoo o López de Amezúa, opuestas a la supuesta ira de Dios.

La obra se cierra con la aportación «Crítica e idea de nobleza en un noble canario: don Cristóbal del Hoyo y Solórzano», donde Precioso Izquierdo y Gutiérrez de Armas esbozan la consagración nobiliaria inherente al Antiguo Régimen y juzgan la opinión sobre la nobleza perceptible en las obras de este marqués y vizconde.

A pesar de las acertadas ilustraciones que salpican el volumen, la cuidada escritura y la riqueza y el interés dieciochesco que despierta, objetamos la ordenación alfabética de las distintas contribuciones, especialmente por reiterados temas comunes, como la filosofía (en Arauz Mercado, García Sánchez y Hernández González y Macsotay), la figura de Clavijero (en Cruz Modesti y Galván González), las diversas Reales Sociedades de Amigos del País (en Gimeno Puyol, Hernández y Martín-Valpeñas Yagüe), la realidad americana (en Cadez, Cuesta Alonso, Fernández Abril y Jaffe) o las instituciones y cofradías religiosas (en Guerrero Cano y

López-Guadalupe y Muñoz). Creemos que con una presentación de los estudios fundada en clasificaciones temáticas se lograría una lectura más organizada. Por lo demás, la calidad científica de los veintisiete capítulos hace de esta una monografía excepcional, cuyo gran mérito es la interdisciplinariedad que propone al recopilar las distintas aristas humanísticas que, desde sus centros y periferias, convergen en el vértice de la Ilustración.

Juan Saúl SALOMÓN PLATA

GUASTI, Niccolò y RAO, Anna Maria (coords.), *Cultura di corte nel secolo XVIII spagnolo e italiano: diplomazia, musica, letteratura e arte. I. Politica e diplomazia*, Nápoles: Federico II University Press, 2023, 413 pp.

El estudio del siglo XVIII por parte de la historiografía española ha experimentado en las últimas décadas un impulso verdaderamente destacado. Lejos de las visiones tradicionales que contemplaban esta centuria como una mera sucesión de conflictos políticos y militares al calor del poder borbónico, el aumento de trabajos con nuevos enfoques interpretativos pone de manifiesto el alto grado de interés que suscita entre los modernistas analizar la compleja realidad histórica del Setecientos. Aproximarse a un período marcado por el cambio dinástico y la desmembración territorial de la Monarquía de España supone afrontar investigaciones capaces de integrar múltiples perspectivas de análisis. Afortunadamente, los estudios realizados sobre la época dieciochesca ahondan en las implicaciones artísticas, sociales y culturales que envuelven los episodios y personajes tratados. Del mismo modo, la fluida comunicación existente en la actualidad entre universidades españolas y sus homólogas internacionales ha permitido desarrollar proyectos de investigación basados en la historia comparada y la articulación de diferentes dinámicas explicativas que enriquecen el conocimiento histórico.

La colaboración entre las sociedades italiana y española de estudios sobre el siglo XVIII, junto a los anteriormente citados presupuestos metodológicos, fueron los componentes que explican la publicación de este volumen. Presentado a modo de compendio de las comunicaciones realizadas en el segundo congreso internacional que ambas asociaciones organizaron en Salamanca a mediados de marzo de 2022, el libro está coordinado por los profesores Niccolò Guasti (Università degli Studi di Modena e Reggio Emilia) y Anna Maria Rao (Università degli Studi di Napoli Federico II). A partir de la aproximación general que se realiza sobre diferentes individuos y procesos en coyunturas concretas se pretende ofrecer una visión lo más completa posible del mosaico cortesano italiano del *Settecento*. En este sentido, se trata de una obra estructurada en cinco grandes bloques que tiene en las cortes italianas el hilo conductor de su discurso. Tras una breve introducción que presenta los textos y explica el sentido original por el cual nació el volumen pueden conocerse las líneas metodológicas expresadas en su interior. Para los coordinadores, este libro es reflejo de la renovación que está experimentando el modernismo sobre los estudios de corte. Sin desmerecer la primacía que los siglos XVI y XVII representaban en los trabajos acerca del universo cortesano, se apuesta por continuar la senda marcada en el último decenio acerca del análisis del sistema cortesano pergeñado por los Borbones.

El libro está compuesto de veinticuatro capítulos breves que se estructuran en cinco grandes bloques (*Politica delle corti, politica nelle corti; Relazioni diplomatiche e cultura di corte; Le corti e le scienze; Mecenatismo e uomini di lettere al servizio del re*, y *Corti e*

*Chiesa*). Conviene subrayar que todos los apéndices incluyen cuatro textos, excepto los dos primeros que agregan dos más, llegando a incluir seis capítulos. Esta decisión permite contar con un volumen equilibrado en todos los aspectos tratados. Igualmente, se insertan estudios tocantes a la mayor parte de territorios italianos, dando como resultado un paisaje prácticamente íntegro del espacio analizado. A su vez, es preciso señalar que la variedad temática y territorial en las investigaciones refuerza el carácter transversal del libro y posibilita conectar estos casos con la proyección mediterránea de la monarquía de Felipe V.

El primer bloque (pp. 3-96) se configura en torno al análisis de la práctica política ejercida en Italia al calor del conflicto dinástico y las transformaciones gubernativas aparejadas a ello. El dispositivo borbónico contaba con la participación de agentes y ministros que se habían formado en la tradición *seicentista,* llegando a representar las bases de los servidores que en los años centrales de la centuria serían fundamentales para apuntalar el proyecto dinástico sobre Nápoles y Sicilia. Sirva de ejemplo la trayectoria de Giovan Battista Vico y su experiencia en la Academia palatina durante los tiempos del IX duque de Medinaceli como virrey del reino partenopeo (p. 5). Esta influencia resultó imprescindible para la evolución del personaje y el papel ejercido posteriormente en el séquito de intelectuales que tanto intervinieron para convertir Nápoles en un centro de irradiación cultural bajo el gobierno de *Carlo di Borbone*. La lectura política que puede extraerse de ese gusto reformista por participar en las relaciones internas del reino contribuye a explicar el complejo entramado político y cultural desarrollado sobre el *Mezzogiorno*. La inclusión en este apéndice de otros trabajos acerca de la dinastía borbónica proporciona una visión mucho más acertada y precisa de las estrategias llevadas a cabo desde Madrid en los albores del siglo XIX, haciendo hincapié en el planteamiento metodológico empleado que entiende el largo Antiguo Régimen como instrumento historiográfico. El trabajo referente a María Luisa de Parma y sus implicaciones familiares en la gestión política de las redes diplomáticas da buena cuenta de ello (pp. 63-79). Por el contrario, también se indaga en la figura del conde de Santisteban y en la proyección italiana que tuvo su marco de acción política en el contexto de la guerra de Sucesión española (pp. 19-30). En otro orden de cosas, a través del caso del gobernador de la Lombardía austríaca Fernando Habsburgo-Lorena, se realiza una aproximación a la cultura de los viajes de los jóvenes aristócratas europeos para comprender el comportamiento aristocrático y las demás variables de imitación que surgen respecto de ello.

Pese a que Nápoles y Sicilia se integran en la mayor parte de los estudios que conforman el segundo bloque (pp. 99-187), se presta especial atención a las complejas redes clientelares que los Borbones fueron capaces de tejer para establecer centros de influencia más allá de sus posesiones e incluso los vínculos con Roma. Un aspecto que vuelve a tratarse en el último apéndice de un modo más detallado

con la presentación de cuatro análisis muy concretos que entrelazan las tensas relaciones con la Santa Sede y la expulsión de los jesuitas (pp. 337-352). En ese clima de latentes tiranteces, a pesar de las difíciles y costosas negociaciones, la cuestión del Concordato fue atendida resueltamente significando una exitosa oportunidad de acercamiento entre ambos poderes (p. 336). La proyección del espíritu ilustrado y la dimensión científica de los circuitos intelectuales constituidos en el interior de las cortes resultante de la circulación de los saberes encuentra su espacio en la totalidad de trabajos del tercer bloque (pp. 207-221; pp. 237-252). Asimismo, el mecenazgo pictórico, literario y musical queda debidamente considerado con la atención prestada al papel femenino en estos menesteres y las implicaciones artísticas que ello acarreaba para dar lugar a ricos e imponentes espacios de influencia cultural (pp. 291-303).

En suma, se trata de un volumen que atesora una sugerente interpretación de la esfera cortesana dieciochesca al distanciarse de las clásicas apreciaciones que definían el período borbónico como un momento de exclusivo acercamiento a los modelos gubernativos franceses sin tener en cuenta el influjo que Italia siguió representando para la naciente monarquía. Aunque se aprecia el esfuerzo de los autores por sintetizar los procesos estudiados, estos resultan excesivamente breves y se echan en falta contextualizaciones más amplias y detalladas que sirvan para ubicar de mejor manera los objetos de estudio. Aun así, el libro ofrece una visión bastante completa de una coyuntura fundamental para entender la evolución de la Europa occidental y tiene un valor añadido muy apreciable por la naturaleza multidisciplinar que atesora en su interior.

Gabriel TÉLLEZ CALVÍN

ORTEGA DEL CERRO, Pablo, *La Escuadra de Asia. Guerra, comercio e información en el ocaso de la primera edad global (1795-1803)*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2023, 211 pp.

El lector que se acerque a esta obra seguramente espere encontrar una historia sobre los sucesos que envolvieron a la Escuadra de Asia y sus integrantes, con especial atención a su comandante, Ignacio María Álava. Si esos son sus propósitos, sin duda verá satisfechas sus expectativas con éxito. No solo por la lectura apacible, en ocasiones novelada, que desde la primera línea nos presenta el autor, sino porque el protagonismo que adquiere la escuadra de la Real Armada que, entre 1795 y 1803, estuvo destinada a defender las islas Filipinas y los intereses de la monarquía española en Asia sirve para entender la complejidad de un orden internacional que estaba mutando a gran velocidad. Asia y las islas Filipinas representan tan solo uno de los escenarios en los que se desarrollan los acontecimientos y los procesos históricos que se analizan en la obra.

El microcosmos, según lo describe el autor en numerosas ocasiones, representado por Ignacio María Álava y la Escuadra de la Armada que comandaba refleja un contexto mundial en profunda transformación. Los sucesos de pequeña escala, que a primera vista pudieran resultar anecdóticos, son inteligentemente presentados por Ortega del Cerro como "la puerta a todo un universo en el que se conjugan diversas dimensiones y escalas" (p. 18). El diálogo constante entre lo micro, lo meso y lo macro se erige en una interesante apuesta historiográfica, conjugando dos tendencias que cada vez con más frecuencia aparecen conectadas. Parte del análisis microhistórico para abordar el "ocaso de la primera edad global", como el autor lo califica desde el título de la obra. Sin embargo, el término "global" no está colocado de forma casual e inocente, tiene un profundo significado historiográfico puesto que supone una clara apuesta por uno de los campos de investigación con más predicamento hoy en día, la *global history*, que surge de un pertinente diálogo de los investigadores con el presente. En un mundo cada vez más globalizado, buscan comprender los orígenes de dicha globalización en la época en la que se expande y consolida lo que Immanuel Wallerstein llamó el sistema mundo.

Ortega del Cerro, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Cádiz, presenta una obra que, en consonancia con su trayectoria investigadora, se enfoca esencialmente en la historia naval a caballo entre el Setecientos y el Ochocientos, un periodo inestable y conflictivo, caracterizado, como el mismo autor indica, por la dependencia y la rivalidad. Precisamente, en menos de una década la Escuadra de Asia presenció tres conflictos bélicos globales, en ocasiones de manera frontal, en otras de forma tangencial.

La obra, presentada de modo coherente en doce capítulos, bien podría encuadrarse en lo que los historiadores británicos llamaron la alta divulgación, con el gran rigor de método y una investigación exhaustiva de fondo, que no deja la más mínima afirmación sin

una amplia carga probatoria que la sustente, sin perjuicio de la claridad expositiva y la capacidad literaria de enganchar al lector. El autor no solo presenta una extensa investigación bibliográfica, por sus páginas se pasean los miles de folios de legajos y protocolos consultados en el Archivo General de Indias, el Archivo General de Simancas, el Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán, el Archivo Histórico Nacional, el Archivo Histórico Provincial de Cádiz y el Archivo del Museo Naval.

En consonancia con los objetivos que plantea en la introducción, Ortega del Cerro dedica un primer capítulo al contexto global en el que se enmarcan las islas Filipinas desde mediados de la centuria, tanto por su interés comercial como geoestratégico. El escenario de partida necesario para comprender el origen de la Escuadra de Asia, cuya creación, viaje y llegada a Cavite son abordados en los capítulos segundo y tercero, entre los años 1795 y 1797. Una expedición que, si bien había sido creada en un contexto en el que Gran Bretaña era una extraña aliada, como demuestra el autor, el plan ideado por la Secretaría de Estado, con el apoyo de la de Marina, tenía en el horizonte la más que probable ruptura con los británicos. De hecho, justo en el momento en que se firmó la paz con Francia y, de nuevo, los equilibrios de poder en Europa cambiaban, Gran Bretaña se erigía como el verdadero enemigo de los intereses de la monarquía española.

Desde su llegada al archipiélago filipino hasta la firma de la Paz de Amiens, en marzo de 1802, y el final de la guerra de la Segunda Colación y la anglo-española, se desarrollan entre los capítulos cuarto y décimo los entresijos de la presencia de la Escuadra de Asia en Filipinas. En esta, que es la parte sustantiva del libro, se demuestra la triple función que cumplía la Escuadra: como elemento defensivo, a lo que contribuía su faceta de medio disuasorio, y por supuesto como elemento ofensivo, con el objeto de garantizar la integridad territorial de las islas Filipinas del mismo modo que se preservaban los múltiples intereses de la monarquía española en Asia frente a los británicos.

En estas páginas se desgrana no solo la importancia del comercio en contextos de guerra para la monarquía española, sino también el valor indispensable de la Armada en el acopio, la gestión e incluso la generación de información esencial para el ejercicio de gobierno. En este sentido, la Escuadra de Asia desenvolvía un rol más acentuado si cabe que otras expediciones debido a la lejanía de los territorios y las dificultades de la comunicación. Como afirma Ortega del Cerro, "los buques de Álava indagaron sobre el estado de la India, Indonesia y China, sobre el comercio cantonés y las transacciones en los puertos europeos, sobre los movimientos de todo tipo de buques, sobre el valor de las mercancías y los mercados" (p. 191).

Álava recibía la orden de su vuelta a Cádiz un 6 de abril de 1802, con una notificación en la que se le instaba a su regreso tras el inicio de las negociaciones de paz, aunque causalmente estas habían finalizado diez días antes, un 25 de marzo de 1802, habiendo dado su objetivo por cumplido. Sobre las condiciones de esta paz, su repercusión en Asia y el viaje de vuelta de la Escuadra

de Asia a Cádiz versan los últimos dos capítulos de la obra.

*La Escuadra de Asia. Guerra, comercio e información en el ocaso de la primera edad global (1795-1803)*, publicada por la prestigiosa editorial universitaria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, no solo es clave para comprender el papel esencial de Asia y especialmente del archipiélago filipino en este periodo tan convulso, sino que es síntoma de una práctica historiográfica cada vez más extendida, que exige el continuo diálogo entre las diversas escalas y dimensiones que se entrecruzan e interaccionan en el análisis de la sociedad.

Diego VICENTE SÁNCHEZ

## LIBROS RECIBIDOS

AMORES FÚSTER, Miguel MARTÍN GONZÁLEZ, Pablo y RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José (Eds.). *Cultura de corte en el siglo XVIII español e italiano: diplomacia, música, literatura y arte. II. Arte, literatura y música*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2024.

CADALSO, José de, *Los eruditos a la violeta. Suplemento al papel intitulado Los eruditos. El buen militar a la violeta*. Edición, introducción y notas de Joaquín Álvarez Barrientos. Madrid: Editorial Castalia, 2024. Clásicos Castalia, 341.

DÍAZ MATTEI, Andrea; OLLERO LOBATO, Francisco; QUILES GARCÍA, Fernando. *Alarifes Ruiz Florindo. Arquitectura barroca desde Fuentes de Andalucía*. Sevilla: Diputación de Sevilla-Universidad Pablo de Olavide, 2023.

ESTABLIER PÉREZ, Helena (edición, introducción y notas). *Damas del siglo ilustrado. La escritura de las mujeres españolas en el siglo XVIII. Antología crítica de textos fundamentales*. Madrid: Editorial Iberoamericana-Vervuert, 2023.

FEIJOO, Benito Jerónimo. *Cartas eruditas y curiosas, III. Obras Completas, tomo IV.* Edición crítica de Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés. Oviedo: Universidad de Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Ayuntamiento de Oviedo, 2022. Col. Autores Españoles del Siglo XVIII, 1-IV.

GÁLVEZ, María Rosa de, *Tres tragedias*. Edición de Fernando Doménech Rico. Madrid: Ediciones Cátedra, 2024. Letras Hispánicas, 894.

GUASTI, Niccolò y RAO, Anna Maria (Coords.). *Cultura di corte nel secolo XVIII spagnolo e italiano: diplomazia, musica, letteratura e arte. I. Politica e diplomazia*. Nápoles: Federico II University Press, 2023.

LAVIANO, Manuel Fermín de, *El Sigerico*. Tragedia, edición de Alberto Escalante Varona, Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII/Ediciones Trea, 2023.

PADRÓN, Rafael (ed.). *Ilustración, centro y periferia. Actas del VII Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII*. Gijón: Ediciones Trea, 2023, 512 pp.

## LIBROS DIECIOCHISTAS

La Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII edita la colección Libros Dieciochistas, cuyas características se encuentran en la página web

http://www.siglo18.org/publicaciones/coleccion-libros-dieciochistas/

La colección pretende dar salida a aquellas publicaciones punteras que no siempre encuentran acomodo en editoriales comerciales o que tienen objetivos distintos de los de la promoción del Dieciochismo español. La SEESVIII anima a todos los investigadores a que presenten sus originales.

## PREMIO SEESXVIII

La Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII convoca el Premio SEESXVIII (http://www.siglo18.org/premio-seesxviii/). El Premio tiene una periodicidad anual y quiere distinguir aquellos trabajos que sean aportaciones notables a nuestro campo de estudio.

CUADERNOS
DIECIOCHISTAS

NÚMERO 26 (2025)

La sección monográfica llevará el título de «¿Un siglo sin nobleza? Revisitando el XVIII español en clave nobiliaria». Será coordinada por el profesor Francisco Precioso Izquierdo (fpi13824@um.es), de la Universidad de Murcia. La fecha límite de entrega de originales para este volumen es 30 de septiembre de 2024.

# SUBMISSION GUIDELINES FOR AUTHORS

*Cuadernos Dieciochistas*, the journal-yearbook of the Spanish Society of 18th Century Studies, came into being as a channel of expression for scholars of this period, with no limitations other than approval by the Editorial Board. This respects the authors' intellectual freedom but does not necessarily support their opinions.

The articles must be unpublished, preferably in Spanish, and will not exceed 15.000 words, including tables, diagrams, maps, notes and bibliography. Each article should be preceded by a page with the title and subtitle (if it has one) in Spanish and English, name and surname of the author/authors, academic or professional details, e-mail address, and URL ORCID according to https://revistas.usal.es/index.php/1576-7914/meta_aut —please bear in mind that personal data should be omitted in the first submission in order to facilitate anonymous peer review. The author must send, together with the article, a short ABSTRACT of 10 lines (150 words maximum) in Spanish and English. Content descriptors or key words (maximum of 6) to facilitate location should be included.The text of the article will be fully justified, the first line of each paragraph indented, with single spacing and no spaces between paragraphs, except before and after long citations. The main text will be typed in a 12-point font, long citations (of more than three lines) and the bibliography in an 11-point font, and footnotes in a 10-point font. Footnotes will be numbered consecutively using Arabic characters. They will be superscripted and placed before the punctuation marks. The first line of the text in each footnote will be indented.Spanish or angular quotation marks will be used for short quotations («»), and successively, for quotations within these, the double quotation marks ("") and single quotation marks ('') will be used. Em dashes (—) will be used with a parenthetical value and in order to mark enumerations or dialogues.The modernization of spelling for literal quotes or bibliographical references is left to the authors' discretion, who must be consistent throughout the manuscript. Other than that, spelling and orthographic issues should follow the current regulations of the RAE.The title (and possible subtitle, if there is one) of the article will be written in capital letters in Spanish, followed by the English version in round font, aligned to the left. The headings of the different sections will also be aligned to the left, numbered in Arabic. The first level of heading will be written using small capital letters, whereas second and subsequent levels will be in round font. Headings will be numbered consecutively, starting with 1. Periods will always be used to separate the numbers that indicate the division of different levels. Tables, images, graphs and maps will be numbered consecutively using Arabic numbers. They will have a short title that identifies it. Authors are also expected to take responsibility for obtaining permission to reproduce any illustrations, tables, etc. from other publishers and to properly acknowledge other authors' works.*Italics* will only be used for emphasis.

The most common abbreviations are: p. and pp. for pages, n.º for numbers, f. and ff. for folios.

Bibliographical references will always be placed at the end of the text, in a separate section, which may be subdivided into primary and secondary sources. French indentation will be used.

- When citing more than one work by the same author with the same year of publication, letters a, b, c, etc. will be used after the year of publication.
- In foreign titles, the spelling conventions of each language will be followed.
- Manuscripts, contemporary press and, in general, material from archives will contain the necessary information that facilitates their location. For example:
  - *Actas de la Academia de Letras Humanas de Sevilla del periodo 1793-1797*, ms. A 333/209, Fondo Antiguo de la Universidad de Sevilla.
  - AHN, Estado, legajo 2847.BNE, Ms. 20156, n.º 51.
  - *Gaceta de Madrid*, n.º 32, 30 de abril de 1769; n.º 44, 29 de octubre de 1771; n.º 9, 3 de marzo de 1778.

The corresponding citations in the body of the text for these references will be made in a clear and concise way. Authors may use acronyms, which will be explained the first time they are mentioned.

- Printed documents obtained from repositories will be cited like any other reference, without indicating the internet address. In the case of digital documents and journals, the corresponding URL or, preferably, the DOI will be included at the end. In these cases, the date of access should not be provided. Dates will only be indicated in less stable sources, such as personal blogs.

As a general rule, bibliographical references will include the following information:

Monographic studies: Surname/s, Name, *Title* (Year of publication), [Name Surname/s (ed.)], [trad. Name Surname/s]. [Number Edition], Place: editor [(Collection)].

Ameneiros Rodríguez, Rocío (2015), *La biblioteca de Martín Sarmiento: recepción de la Ilustración en España*, Universidade da Coruña, Departamento de Humanidades (Teses de doutoramento, 1713) [Repositorio da Universidade da Coruña: https://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/15946].Vasari, Giorgio (2004), *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Luciano Bellosi y Aldo Rossi (eds.), trad. Helena Aguilà, 3.ª ed., Madrid: Cátedra.

If only part of a complete collection is referred to, authors will cite all relevant information. For example:

Farge, Arlette y Zemon Davis, Natalie (dirs.) (2000), *Del Renacimiento a la Edad Moderna. Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 3, Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), trad. Marco Aurelio Galmarini, Madrid: Taurus.

Feijoo, Benito Jerónimo (2018), «La elocuencia es naturaleza y no arte», en *Obras completas III. Cartas eruditas y curiosas…*, carta 6, t. II, Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés (eds.), Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo / KRK Ediciones, pp. 90-103.

Journal articles: Surname/s, Name (Year of publication), «Title of the article», *Journal*, issue (volume), pages.

Chartier, Roger (1998), «Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII», *Studia Historica. Historia Moderna*, 19, pp. 67-83.

Molina, Álvaro y Vega, Jesusa (2018), «Adorno y representación: escenarios cotidianos de vida a finales del siglo XVIII en Madrid», *Cuadernos Dieciochistas*, 19, pp. 139-166, https://doi.org/10.14201/cuadieci201819139166.Chapters in edited books: Surname/s, Name (Year of publication), «Title of the chapter»,in Name Surname/s (ed.), *Title of the book*, [volume], [edition.], Place: editor, pages.

Álvarez de Miranda, Pedro (1997), «Los proyectos enciclopédicos en el siglo XVIII español», en Ángel Vaca Lorenzo (ed.), *Europa: Proyecciones y percepciones históricas. Octavas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea,* 1.ª ed., Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 87-106.

Rodríguez Gutiérrez, María (2006), «Las modalidades literarias en la prensa de las Cortes de Cádiz: el caso de *El Procurador General de la Nación y del Rey* (1812-1813)», en Marieta Cantos Casenave, Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer (eds.), *La Guerra de Pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814). Tomo I. Imprentas, Literatura y Periodismo*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 305-385.

In-text references will follow the Harvard referencing style (Surname/s, year: page). Footnotes that only include bibliographical references should be avoided.

Book reviews will be preceded by a paragraph containing the reference of the book under review. The information provided should be same as in the monographic studies discussed above, indicating the number of pages of the volume as well. Footnotes will not be used in book reviews. The author will include his/her name and surname/s at the end of the review.

*Cuadernos Dieciochistas* will acknowledge receipt of originals within a period of thirty working days after their reception and the Editorial Board will decide on their publication within a period of six months. The authors will receive only one print proof. When sending back the final file that will be used in the copyediting process, all changes derived from the reviewers' recommendations should be highlighted in red to facilitate their verification. The authors commit themselves to correct the proofs in a period of 15 days, counted from the day they are handed over to them.

The authors retain copyright, although the publishing rights correspond to *Cuadernos Dieciochistas*, for which it is always necessary to cite the origin of the journal. Authors assign to Ediciones Universidad de Salamanca the right of publication under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0 International license (CC BY-NC-ND 4.0), which allows third parties to distribute, copy and display the article as long as they acknowledge the authorship of the article and its original publication in *Cuadernos Dieciochistas*.

# NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

*Cuadernos Dieciochistas, revista de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII,* surge como cauce de expresión de los estudiosos de dicho periodo sin más limitaciones que la aprobación por el Consejo de Redacción. Respetuoso este con la libertad intelectual de los autores/as no se solidariza, sin embargo, con sus opiniones.

El autor/a enviará su propuesta de artículo en un fichero Word o de formato compatible a través de «eUSAL Revistas» gestor OJS, debiéndose registrar como tal (y comprobar que no existe un perfil anterior, para evitar duplicidades).Los artículos habrán de ser inéditos, preferentemente en español, con una extensión máxima de 15.000 palabras, incluidos cuadros, gráficos, mapas, notas y bibliografía. Cada texto irá encabezado por el título y subtítulo (si lo tiene) en español e inglés, el nombre y apellidos del autor o autores, su institución académica, dirección de correo electrónico y URL ORCID, si bien se omitirán del primer envío los datos personales para facilitar la evaluación anónima. A continuación, primero en español y luego en inglés, se incluirá un breve resumen de 10 líneas (150 palabras como máximo), seguido de los descriptores o palabras clave (hasta un máximo de 6) del contenido.El texto irá completamente justificado, sangrada la primera línea de cada párrafo, con espaciado simple y sin espacios entre párrafos, a excepción de antes y después de las citas exentas. El texto principal será en cuerpo 12, las citas exentas (para pasajes de más de tres renglones) y la bibliografía en cuerpo 11, y las notas a pie de página en cuerpo 10. Estas irán numeradas correlativamente en caracteres arábigos y voladas sobre el texto, con las llamadas ante los signos de puntuación; y su texto, sangrado en su primera línea.Se usarán las comillas españolas o angulares para citas breves («»), y sucesivamente, para citas dentro de estas, las redondas ("") y las simples (''). Se usarán los guiones largos (—) con valor parentético y para encabezar enumeraciones o fragmentos dialogados.La modernización ortográfica para citas literales o referencias bibliográficas queda a criterio de los autores, debiéndose verificar su coherencia en todo el texto. El resto debe sujetarse a la normativa vigente de la RAE.El título y posible subtítulo del artículo irán en mayúsculas en español, seguidos de la versión inglesa en letra redonda, y alineados a la izquierda. Los epígrafes de los distintos apartados también irán pegados a la izquierda, numerados en arábigos. Cada división del primer nivel irá en versales, y sus subdivisiones en redonda, numeradas consecutivamente, empezando por el 1. Siempre se colocará un punto entre las cifras relativas a las divisiones de los distintos niveles.Los cuadros, imágenes, gráficos y mapas irán numerados en arábigos, correlativamente, y cada uno llevará un título breve que lo identifique y las fuentes de origen. Cada autor/a deberá comprobar los derechos de reproducción de las imágenes.Con finalidad de énfasis solamente se acepta la letra *cursiva*.

Las abreviaturas más usuales son: p. y pp. para páginas, n.º para números, f. y ff. para folios.

Las referencias bibliográficas se situarán siempre al final del texto, en un apartado separado, que puede subdividirse en fuentes primarias y bibliografía secundaria. Se usará la alineación francesa de párrafo.

- Cuando se cite más de una obra de un mismo autor/a con el mismo año de edición, se indicará tras el año a, b, c…
- En los títulos extranjeros se seguirán los usos ortográficos de los respectivos idiomas.
- Los manuscritos, prensa contemporánea y, en general, materiales de archivo, procurarán recoger los datos habituales de modo que faciliten su localización. Ejemplos:
  - *Actas de la Academia de Letras Humanas de Sevilla del periodo 1793-1797*, ms. A 333/209, Fondo Antiguo de la Universidad de Sevilla.
  - AHN, Estado, legajo 2847.
  - BNE, Ms. 20156, n.º 51.
  - *Gaceta de Madrid*, n.º 32, 30 de abril de 1769; n.º 44, 29 de octubre de 1771; n.º 9, 3 de marzo de 1778.

Las citas correspondientes en el cuerpo del texto tratarán de realizarse de manera clara y concisa, pudiéndose adoptar siglas, que se explicarán en la primera alusión.

- Los documentos impresos obtenidos de repositorios se citarán como el resto, sin indicar la dirección de internet. En los documentos y revistas digitales se incluirá al final la url correspondiente o, preferentemente, el DOI, sin fecha de consulta. En cambio, esta se indicará en aquellos recursos menos estables como blogs personales.

Como norma general, las referencias incluirán siempre que sea posible los elementos que se indican a continuación según cada tipo de documento:

- Monografías: Apellidos, Nombre (Año), *Título*, [volumen o tomo], [Nombre Apellido/s (ed.)], [trad. Nombre Apellido/s], [N.º ed.], Lugar: Editorial [(Colección, n.º)].

Ameneiros Rodríguez, Rocío (2015), *La biblioteca de Martín Sarmiento: recepción de la Ilustración en España*, Universidade da Coruña, Departamento de Humanidades (Teses de doutoramento, 1713) [Repositorio da Universidade da Coruña: https://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/15946].Vasari, Giorgio (2004), *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, Luciano Bellosi y Aldo Rossi (eds.), trad. Helena Aguilà, 3.ª ed., Madrid: Cátedra.

Si se alude solo a una parte o a títulos dentro de una colección, se intentarán reflejar los datos pertinentes:

Farge, Arlette y Davis, Natalie Zemon (dirs.) (2000), *Del Renacimiento a la Edad Moderna. Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 3, Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), trad. Marco Aurelio Galmarini, Madrid: Taurus.

Feijoo, Benito Jerónimo (2018), «La elocuencia es naturaleza y no arte», en *Obras completas III. Cartas eruditas y curiosas…*, carta 6, t. II, Inmaculada Urzainqui, Eduardo San José Vázquez y Rodrigo Olay Valdés (eds.), Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo / KRK Ediciones, pp. 90-103.

- Artículos en publicaciones en serie: Apellido/s, Nombre (Año), «Título del artículo», *Título de la Revista*, número (fascículo), pp. del artículo.

Chartier, Roger (1998), «Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII», *Studia Historica. Historia Moderna*, 19, pp. 67-83.

Molina, Álvaro y Vega, Jesusa (2018), «Adorno y representación: escenarios cotidianos de vida a finales del siglo XVIII en Madrid», *Cuadernos Dieciochistas*, 19, pp. 139-166, https://doi.org/10.14201/cuadieci201819139166.

- Capítulos en monografías: Apellido/s, Nombre (Año), «Título», en Nombre Apellido/s (ed.), *Título*, [volumen o tomo], [N.º ed.], Lugar: Editorial, pp. del capítulo.

Álvarez de Miranda, Pedro (1997), «Los proyectos enciclopédicos en el siglo XVIII español», en Ángel Vaca Lorenzo (ed.), *Europa: Proyecciones y percepciones históricas. Octavas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea,* 1.ª ed., Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 87-106.

Rodríguez Gutiérrez, María (2006), «Las modalidades literarias en la prensa de las Cortes de Cádiz: el caso de *El Procurador General de la Nación y del Rey* (1812-1813)», en Marieta Cantos Casenave, Fernando Durán López y Alberto Romero Ferrer (eds.), *La Guerra de Pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814). Tomo I. Imprentas, Literatura y Periodismo*, Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 305-385.

Las citas bibliográficas seguirán el sistema Harvard (apellido/s, año: página). Se evitarán notas que tan solo incluyan referencias bibliográficas.

Las reseñas destacarán en un primer párrafo separado la referencia bibliográfica correspondiente con los mismos datos y formato que las monografías, indicando además el número de páginas del volumen. No llevarán notas al pie. El autor/a incluirá su nombre y apellidos al final de la reseña, sin más datos.

*Cuadernos Dieciochistas* acusará recibo de los originales en el plazo de treinta días hábiles desde la recepción y el Consejo de Redacción resolverá sobre su publicación en el plazo de seis meses.

En el envío del archivo final para editar, los cambios derivados de las sugerencias de los revisores deberán ser destacados en color rojo para facilitar su comprobación. Los autores/as recibirán una sola prueba de edición, comprometiéndose a corregirla en un plazo de 15 días contados desde su entrega, y a no incluir variaciones o adiciones significativas al texto.

# CUADERNOS DIECIOCHISTAS

Fecha de publicación de este volumen: octubre - 2024

ISSN: 1576-7914 - eISSN: 2341-1902 - DOI: https://doi.org/10.14201/cuadieci202425 - CDU: 940 -
IBIC: Estudios literarios: c. 1500-c. 1800 (DSBD)
- BIC: Literary studies: c 1500 to c 1800 (DSBD) -BISAC: LITERARY CRITICISM /
General (LIT000000) HISTORY / Modern / 18th Century (HIS037050)

Vol. 25, 2024

## ÍNDICE

¿El león olvidado? Los países bajos españoles en tiempos de transición (1678-1725)
(Coords. Roberto Quirós Rosado, Thomas Glesener y Cristina Bravo Lozano)

Quirós Rosado, Roberto; Glesener, Thomas and Bravo Lozano, Cristina, *Presentación* ..... 7-13
Sánchez García de la Cruz, Juan, *El sitio de Luxemburgo ¿causa de la caída de un Primer Ministro (1682-1684)?* ..... 15-39
Glesener, Thomas, *La polarización dinástica en los Países Bajos: la nobleza flamenca borbonista entre España y Francia (hacia 1670-1706)* ..... 41-63
Schietere de Lophem, Marc de, *Asegurar la lealtad a través de las relaciones epistolares: la correspondencia de la nobleza flamenca al IX duque del Infantado (1686-1693)* ..... 65-87
Angulo Morales, Alberto, *Los vestigios del ocaso de las relaciones entre el País Vasco y Flandes (1638-1714). Cartas desde Namur* ..... 89-119
Vermeir, René, *«Y en fin los flamencos son españoles, y no alemanes». La representación diplomática española en los Países Bajos austríacos, 1716-1725* ..... 121-143
Bravo Lozano, Cristina, *Gobernar la fe. La capilla diplomática de La Haya y la gestión política del catolicismo entre las Provincias Unidas y los Países Bajos españoles (1649-1716)* ..... 145-181
Bravo Martín, Alberto y Quirós Rosado, Roberto, *La agencia de la hija del gran Prior. La* princesa *María Catalina Isabel de Austria, entre Borgoña, Milán, Castilla y Flandes (1658-1714)* ..... 183-216

Varia

Ajenjo López, Pablo, *El Colegio de San Antonio: la obra pía de Antonio de Vergas y Carvajal en la Salamanca del siglo XVIII* ..... 219-244
Berná Ortigosa, Antonio Manuel, *Política, crisis y enfermedad. El Mediterráneo en el* Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España *(1756-1799)* ..... 245-275
Blanco Aparicio, Jaime, *El arte francés del siglo XVIII y la problemática del realismo: ruptura estética o continuidad retórica. La pintura de Jean Baptiste Greuze y las ideas poéticas de su época* ..... 277-308
Flórez Asensio, María Asunción, *Rebelión de la compañía de Prado en 1712* ..... 309-326
González Delgado, Juan A., *Las proclamaciones de Fernando VI y Carlos III en Buenos Aires* ..... 327-352
Gutiérrez-Pérez, Nicolás y Santos-Aranaz, Eugenio, *La casa-esquileo del siglo XVIII y su función de representación y hospedaje asociado a la corte borbónica* ..... 353-387
López Ortega, Jesús, *José Beratón (1746-1796): noticias biográficas de un pintor de cámara* ..... 389-420
Martí-Fraga, Eduard, *El conflicto por la presidencia del brazo militar de Cataluña y sus implicaciones (1693-1706)* ..... 421-449
Martínez Molina, Javier, *El proyecto ilustrado de regularización y actualización estética de los interiores de la Seo de Zaragoza (c. 1772-1773), una ambiciosa propuesta no ejecutada del destacado arquitecto clasicista Agustín Sanz* ..... 451-481
Nieto Márquez, Miguel Ángel, *La Casa de los Cinco Señores de México, un edificio olvidado de época virreinal* ..... 483-508
Padilla Aguilera, Tania, *Censura de las* Obras poéticas *de Eugenio Gerardo Lobo en 1796: una reimpresión frustrada* ..... 509-557
Pascual Ramos, Eduardo, *Pompa y circunstancia. La real proclamación de Carlos IV en la capital del reino de Mallorca* ..... 559-583
Rodríguez García, Miguel, *La polémica de los gatos de 1779, ¿una apología animalista?* ..... 585-615
Santos Conde, Héctor Eulogio, *La orquesta en las catedrales españolas entre c. 1770 y c. 1820: Uso del término y configuración de las plantillas* ..... 617-648

Reseñas ..... 651-704

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII SEES XVIII

VNiVERSiDAD D SALAMANCA